

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Ciencia Política y de la Administración II



**EL FACTOR DEL LIDERAZGO EN LA ESPAÑA
CONTEMPORÁNEA : EL CASO DEL PSOE (1974-2000)**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Santiago Aparicio García

Madrid, 2003

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

DPTO. DE CIENCIA POLÍTICA Y DE LA ADMINISTRACIÓN II

TESIS DOCTORAL

***EL FACTOR DEL LIDERAZGO POLÍTICO EN LA ESPAÑA
CONTEMPORANEA: EL CASO DEL PSOE (1974-2000)***

TOMO I

POR

SANTIAGO APARICIO GARCÍA

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

2002

Para Mónica

ÍNDICE GENERAL

TOMO I: MARCO TEÓRICO

<u>ÍNDICE GENERAL</u>	I
<u>INTRODUCCIÓN</u>	XIII
<u>CAPÍTULO 1º: PROPEDEÚTICA.</u>	
1. Introducción.....	1
1.1. <i>El ejercicio de la dominación como componente biológico.....</i>	1
1.2. <i>Crítica a la percepción funcionalista del liderazgo.....</i>	4
2. Estudio del poder.....	9
2.1. <i>Definición del concepto de poder.....</i>	10
2.2. <i>Las relaciones de poder y sus condicionantes.....</i>	13
2.3. <i>Las formas del ejercicio del poder.....</i>	15
2.4. <i>Las fuentes del poder.....</i>	19
2.5. <i>El poder en la teoría marxista.....</i>	22
2.6. <i>Energía y transfiguración del poder.....</i>	27
3. El estudio de la autoridad.....	30
3.1. <i>Definición del concepto de autoridad.....</i>	30
3.2. <i>Autoridad hipostatizada, falsa autoridad y dignitas.....</i>	33
3.3. <i>Condiciones para la autoridad y relaciones con el poder.....</i>	36
3.4. <i>Las formas de la auctoritas y autoridad hipostatizada.....</i>	38
4. Los conceptos de liderazgo y líder.....	40
4.1. <i>Aproximación al y perspectivas del concepto de liderazgo.....</i>	40
4.2. <i>Definición del concepto de liderazgo.....</i>	45
4.3. <i>Aproximación al y perspectivas del concepto de líder.....</i>	51

4.4. <i>Definición del concepto de líder</i>	55
4.5. <i>Poder, autoridad y líder</i>	58

CAPÍTULO 2º: EL MITO Y SU RELACIÓN CON EL LIDERAZGO.

Introducción	61
1. El mito como forma de conocimiento	62
1.1. <i>Mito, racionalidad e inconsciente</i>	65
2. El mitologema: símbolos, representaciones e imágenes	68
2.1. <i>El símbolo: significado y actualidad</i>	68
2.2. <i>Representaciones e imágenes</i>	73
3. La significación del mito en la actualidad	74
3.1. <i>La transformación del mito</i>	74
3.2. <i>Mito y política</i>	76
3.3. <i>Características y funciones del mito</i>	77
3.3.1. <i>Las características del mito</i>	77
3.3.2. <i>Las funciones del mito</i>	78
3.4. <i>Mitopoeia y falsos mitos</i>	83
4. Modelos de liderazgo míticos	85
4.1. <i>El líder prometeico</i>	87
4.2. <i>El líder heroico</i>	88
4.3. <i>El líder mesiánico</i>	90
4.4. <i>El líder mosaico</i>	91

CAPÍTULO 3º: TEORÍAS CLÁSICAS Y CONTEMPORÁNEAS DEL LIDERAZGO Y EL GOBIERNO.

Introducción.....	93
1. Teorías clásicas del gobierno y el liderazgo.....	94
1.1. <i>Platón.....</i>	94
1.2. <i>Tomás de Aquino y Juan de Mariana.....</i>	97
1.3. <i>Nicolás de Maquiavelo.....</i>	105
1.4. <i>El largo camino hacia la política de masas.....</i>	109
1.4.1. <i>Thomas Hobbes.....</i>	110
1.4.2. <i>Jean Jacques Rousseau y el Legislador.....</i>	111
1.4.3. <i>Thomas Carlyle y los héroes.....</i>	113
1.5. <i>Karl Marx y la teoría del bonapartismo.....</i>	117
1.5.1. <i>La teoría del bonapartismo.....</i>	120
1.6. <i>Max Weber y los tipos de dominación.....</i>	122
1.7. <i>Lenin y el liderazgo colectivo (la vanguardia del proletariado).....</i>	128
1.8. <i>La teoría de la élite.....</i>	132
1.8.1. <i>Gaetano Mosca.....</i>	134
1.8.2. <i>Wilfredo Pareto y la élite como aristocracia.....</i>	135
1.8.3. <i>Robert Michels y la ley de hierro de la oligarquía.....</i>	137
1.8.4. <i>C. Wright Mills.....</i>	139
1.9. <i>La teoría del caudillaje democrático de Joseph A. Schumpeter.....</i>	142
1.10. <i>Robert Dahl y la poliarquía.....</i>	144
2. Teorías contemporáneas del liderazgo.....	147
2.1. <i>Enfoque de los rasgos personales.....</i>	148
2.2. <i>Enfoque conductual.....</i>	150
2.3. <i>Enfoque situacional-contingente.....</i>	153
2.4. <i>Enfoque del «Nuevo Liderazgo».....</i>	155

CAPÍTULO 4º: EL LÍDER POLÍTICO.

Introducción.....	163
1. Tipología del líder político.....	164
1.1. <i>Tipologías clásicas.....</i>	164
1.2. <i>El modelo de Jean Blondel.....</i>	167
1.2.1. <i>Managers, Ajustadores e Innovadores.....</i>	168
1.2.2. <i>Consolidadores, Redefinidores y Reformistas.....</i>	171
1.2.3. <i>Líderes Salvadores y Paternalistas.....</i>	173
1.2.4. <i>Líderes populistas.....</i>	176
1.2.5. <i>Líderes transformadores y revolucionarios.....</i>	182
2. El estudio de los rasgos del líder político.....	185
2.1. <i>El modelo clásico: Max Weber.....</i>	186
2.2. <i>El modelo de John W. Gardner.....</i>	189
2.3. <i>Otras características del líder.....</i>	192
2.4. <i>La visión, el lenguaje y el líder político.....</i>	194
2.4.1. <i>El lenguaje y el líder.....</i>	195
2.4.2. <i>La visión.....</i>	198
3. Los medios de comunicación y el liderazgo.....	205

CAPÍTULO 5º: EL LIDERAZGO CARISMÁTICO.

1. Carisma y dominación carismática.....	214
1.1. <i>El concepto de carisma.....</i>	214
1.2. <i>Críticas al concepto de carisma y su aplicación política.....</i>	218
1.3. <i>La dominación carismática.....</i>	221
1.4. <i>La visión del líder carismático.....</i>	225
1.5. <i>El surgimiento del liderazgo carismático.....</i>	225
1.6. <i>Las características del carisma: extensión, límites, el falso carisma.....</i>	231

2. El líder carismático.....	236
2.1. <i>La tipología del líder carismático.....</i>	239
2.2. <i>Los rasgos del líder carismático.....</i>	244
2.3. <i>La sucesión del líder carismático.....</i>	254

CAPÍTULO 6º: LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL MARCO DEL LIDERAZGO.

Introducción.....	261
1. Aproximación a los partidos políticos.....	262
1.1. <i>Definición de partido político.....</i>	262
1.2. <i>Las funciones de los partidos políticos.....</i>	266
1.2.1. <i>Las funciones sociales de los partidos políticos.....</i>	267
1.2.2. <i>Las funciones institucionales de los partidos políticos.....</i>	273
1.3. <i>La tipología de los partidos políticos.....</i>	275
1.3.1. <i>Partidos de notables y partidos de masas.....</i>	276
1.3.2. <i>Catch-all party: características, consecuencias y efectos negativos...</i>	277
1.3.3. <i>El partido cartel.....</i>	281
2. La organización interna del partido político.....	284
2.1. <i>Áreas de incertidumbre: la base de la distribución del poder.....</i>	286
2.2. <i>Facciones y tendencias.....</i>	290
2.3. <i>Coalición dominante, oligarquía y democracia interna.....</i>	295
2.4. <i>Miembros e incentivos.....</i>	303
2.5. <i>La ideología en el seno del partido político.....</i>	306
2.6. <i>Líder, organización y cambio.....</i>	310
3. El partido y el líder carismático.....	316

TOMO II

ÍNDICE

I

CAPÍTULO 7º: APARICIÓN DE «ISIDORO» Y ASENTAMIENTO DE FELIPE GONZÁLEZ.

Introducción.....	324
1. La aparición de «Isidoro» y la presentación de Felipe González.....	325
1.1. <i>Felipe González como figura mítica / heroica.....</i>	<i>328</i>
1.2. <i>«Isidoro» en España y en vísperas de la transición.....</i>	<i>331</i>
1.3. <i>La presentación de Felipe González: el 27º Congreso del PSOE.....</i>	<i>336</i>
2. La transición a la democracia.....	348
2.1. <i>La imagen de Felipe González: potenciación y cuidado.....</i>	<i>348</i>
2.2. <i>Análisis de la simbología de los carteles electorales.....</i>	<i>353</i>
2.3. <i>La campaña en televisión.....</i>	<i>360</i>
3. Formación de un hombre de Estado.....	362
3.1. <i>Los pactos de La Moncloa.....</i>	<i>363</i>
3.2. <i>La imagen de Felipe González y Alfonso Guerra durante la redacción constitucional.....</i>	<i>365</i>
3.2.1. <i>La táctica de oscurecer la figura de Enrique Tierno Galván frente a la luminosidad de Felipe González.....</i>	<i>366</i>
3.3. <i>Los viajes de Felipe González y su proyección en España.....</i>	<i>370</i>
4. Las elecciones y los congresos de 1979.....	375
4.1. <i>La finalización del período constituyente y la constitución de 1978.....</i>	<i>375</i>
4.2. <i>La campaña electoral de 1979.....</i>	<i>378</i>
4.3. <i>Los congresos del PSOE y la entronización de Felipe González (o Prometeo se asienta).....</i>	<i>384</i>
4.3.1. <i>Los medios de comunicación y la figura de Felipe González.....</i>	<i>391</i>

4.3.2. Asesinato del «padre» y «totemización» de Felipe González.....	395
5. Antes del cambio: Prometeo a las puertas del gobierno.....	401
5.1. La moción de censura contra Adolfo Suárez (figura y contrafigura).....	402

CAPÍTULO 8º: FELIPE GONZÁLEZ COMO LÍDER CARISMÁTICO Y ALFONSO GUERRA COMO ALTER EGO.

Introducción.....	406
1. La imagen de Felipe González en 1982.....	408
2. Felipe González como líder carismático.....	413
2.1. Emergencia del liderazgo de Felipe González en situación de crisis.....	413
2.2. Características del liderazgo carismático y Felipe González.....	418
2.2.1. La oratoria.....	418
2.2.2. La mirada del líder carismático.....	425
2.2.3. Confianza y fe ciega en las posibilidades.....	426
2.2.4. Energía y/o vitalidad y disciplina personal.....	434
2.2.5. Capacidad de aprendizaje y posesión de gran inteligencia.....	439
2.2.6. Autocontrol.....	442
3. Felipe González como héroe.....	443
3.1. El grado de dificultad de la acción, el riesgo envolvente y la naturaleza del cambio.....	444
3.2. Consenso de los seguidores y constante llamada para la capacidad colectiva.....	449
3.3. Carácter nacionalista del líder político.....	450
3.4. Independencia respecto al poder y «outsider» político.....	454
4. Alfonso Guerra: el gemelo «malo», el intelectual y el izquierdista que se	

inventó a sí mismo.....	457
4.1. <i>Alfonso Guerra como gemelo malo.....</i>	458
4.1.1. <i>El fiel escudero de Felipe González.....</i>	461
4.1.2. <i>El manto carismático y las relaciones de poder.....</i>	464
4.1.3. <i>Corte de fieles y posición dominante de Alfonso Guerra.....</i>	469
4.2. <i>Alfonso Guerra, el intelectual.....</i>	474
4.2.1. <i>Alfonso Guerra: el promotor de la intelectualidad socialista.....</i>	480
4.2.2. <i>Análisis de los textos de Alfonso Guerra.....</i>	486
4.2.3. <i>Alfonso Guerra machadiano, académico y contraintelectual.....</i>	494
4.3. <i>Alfonso Guerra, el izquierdista.....</i>	502
4.3.1. <i>Alfonso Guerra, la izquierda y la acción de gobierno.....</i>	506
4.3.2. <i>Alfonso Guerra y los mitos socialistas.....</i>	514

CAPÍTULO 9º: EL DISCURSO DE FELIPE GONZÁLEZ Y LA ETAPA DE GOBIERNO SOCIALISTA.

Introducción.....	520
1. El discurso de Felipe González.....	522
1.1. <i>El regeneracionismo y las generaciones del 98 y del 14.....</i>	523
1.2. <i>El discurso pre-1982.....</i>	529
1.2.1. <i>El discurso regeneracionista pre-1982.....</i>	535
1.2.2. <i>El discurso socialdemócrata constitutivo del discurso de 1982: influencias intelectuales de Felipe González.....</i>	537
1.3. <i>El discurso de 1982.....</i>	543
1.3.1. <i>La democratización.....</i>	545
1.3.2. <i>La modernización.....</i>	550
1.3.3. <i>Apertura al mundo.....</i>	553
1.3.4. <i>La regeneración ética de España.....</i>	561
1.4. <i>Felipe González dentro de la clasificación blondeliana: entre líder</i>	

<i>salvador y líder transformador.....</i>	568
2. Desarrollo político: distorsiones y continuidades entre discurso y acción del gobierno socialista de Felipe González.....	571
2.1. <i>Análisis de las políticas socioeconómicas de los gobiernos de Felipe González.....</i>	572
2.1.1. <i>Aspectos macroeconómicos, reforma de la estructura productiva y las tasas de desempleo.....</i>	572
2.1.2. <i>Las políticas del Estado de bienestar.....</i>	582
2.2. <i>Consolidación democrática: el terrorismo y las Fuerzas Armadas.....</i>	590
2.3. <i>El papel de España en las instituciones internacionales: el cumplimiento del sueño regeneracionista.....</i>	593
2.4. <i>Vertebración de España.....</i>	604
2.5. <i>Valoración (ciudadana) de la etapa de gobierno socialista.....</i>	607
2.6. <i>Breve epílogo: ¿por qué ganó Felipe González las elecciones de 1993?</i>	626

CAPÍTULO 10º: EROSIÓN Y FATIGA CARISMÁTICA: RAZÓN DE ESTADO Y CORRUPCIÓN.

Introducción.....	634
1. El debate sobre la OTAN y la relación con los sindicatos: los costes de oportunidad políticos y de las políticas.....	635
1.1. <i>La OTAN.....</i>	636
1.1.1. <i>El debate sobre la OTAN: un proceso de cambio.....</i>	637
1.1.2. <i>El ejercicio del liderazgo y el referéndum de la OTAN.....</i>	642
1.1.3. <i>El referéndum y sus consecuencias.....</i>	646
1.2. <i>La relación con los sindicatos.....</i>	650
1.2.1. <i>Los elementos del enfrentamiento: política, ideología y estrategia....</i>	651
1.2.2. <i>Significado y simbolismo del enfrentamiento gobierno/sindicatos.....</i>	656

2. La razón de Estado y el GAL: terrorismo de Estado (la lacra del proyecto de Felipe González I).....	659
2.1. <i>Breve estudio sobre la razón de Estado: ¿pueden los gobernantes actuar libremente?.....</i>	660
2.2. <i>El GAL: una forma de razón de Estado.....</i>	665
2.2.1. <i>El caso GAL: opinión pública y análisis.....</i>	667
3. La corrupción: el pecado mortal del proyecto de Felipe González (Lacra II).....	678
3.1. <i>Los casos de corrupción de la época socialista.....</i>	678
3.1.1. <i>Los casos de corrupción de cargos políticos del PSOE.....</i>	686
4. Sobre el significado del felipismo, la conspiración y la erosión del carisma de Felipe González: el final de la historia.....	694
4.1. <i>El felipismo.....</i>	695
4.1.1. <i>Conceptualización y significado.....</i>	695
4.1.2. <i>Análisis de las características del felipismo.....</i>	699
4.1.2.a). <i>La instauración de un régimen político totalizador.....</i>	699
4.1.2.b). <i>Desprecio por los mecanismos, usos y costumbres de la democracia liberal.....</i>	705
4.1.2.c). <i>Persecución de los medios de comunicación no afines.....</i>	707
4.1.2.d). <i>Utilización del clientelismo poliédrico.....</i>	712
4.1.2.e). <i>Afán de poder y negación de participación política a las instancias ajenas a los partidos políticos.....</i>	718
4.1.2.f). <i>Conclusión sobre el felipismo.....</i>	720
4.2. <i>La conspiración y el proceso de erosión del carisma de Felipe González.....</i>	722
4.2.1. <i>La conspiración: formación y protagonistas.....</i>	723
4.2.2. <i>El proceso de descarismatización.....</i>	725

CAPÍTULO 11º: EL PARTIDO, EL LÍDER CARISMÁTICO Y EL POST-FELIPISMO EN EL PSOE (ALMUNIA Y BORRELL COMO EPÍLOGO).

Introducción.....	737
1. El liderazgo carismático y la vida interna del partido político: repercusión del liderazgo de Felipe González sobre el PSOE.....	738
1.1. <i>El liderazgo de Felipe González durante la transición política española.....</i>	<i>739</i>
1.1.1. <i>La forma de dirección y el estilo de liderazgo, 1977-1979.....</i>	<i>743</i>
1.2. <i>La eclosión del XXVIII Congreso del PSOE en 1979.....</i>	<i>749</i>
1.2.1. <i>El marxismo: el falso debate ideológico.....</i>	<i>751</i>
1.2.2. <i>La renuncia de Felipe González y la imposibilidad de alternativa.....</i>	<i>757</i>
1.2.3. <i>El cambio organizativo y la eliminación estatutaria del adversario...</i>	<i>760</i>
1.2.4. <i>El congreso extraordinario y la eliminación real del adversario.....</i>	<i>767</i>
1.3. <i>Liderazgo carismático, gobierno y partido.....</i>	<i>776</i>
1.3.1. <i>Las relaciones de poder establecidas en el PSOE entre Felipe González y Alfonso Guerra.....</i>	<i>777</i>
1.3.2. <i>La formación de tendencias y facciones en torno al líder carismático.....</i>	<i>784</i>
1.3.2.a). <i>Izquierda Socialista: la formación y desarrollo de una tendencia/corriente de opinión.....</i>	<i>786</i>
1.3.2.b). <i>El guerrismo como facción y aparato: el contrapoder interno a Felipe González.....</i>	<i>794</i>
<i>Actuación del guerrismo y relación con Felipe González.....</i>	<i>801</i>
1.3.2.c). <i>La renovación: de tendencia a facción felipista.....</i>	<i>806</i>
1.3.3. <i>El líder carismático y los barones territoriales.....</i>	<i>815</i>
2. Almunia y Borrell: continuidad y cambio del proyecto del líder carismático.....	818
2.1. <i>La retirada y sucesión del líder carismático.....</i>	<i>819</i>

2.1.1. <i>Joaquín Almunia, el sucesor de Felipe González.....</i>	823
2.2. <i>Crisis de liderazgo y primarias en el PSOE post-Felipe González.....</i>	826
2.2.1. <i>Josep Borrell, el hombre que pudo ser.....</i>	832
2.3. <i>Del liderazgo carismático al manager político.....</i>	835

CONCLUSIONES FINALES.

1. Conclusiones teóricas.....	842
2. Conclusiones empíricas.....	848

<u>LISTA DE CUADROS, GRÁFICOS, IMÁGENES Y TABLAS</u>	869
---	-----

<u>LISTA DE SIGLAS Y ABREVIATURAS</u>	872
--	-----

<u>FUENTES</u>	877
-----------------------	-----

<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	882
----------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

«Si comienza uno con certezas, terminará con dudas, mas si se conforma en comenzar con dudas, llegará a terminar con certezas»

Francis Bacon

No son muchos los estudios que se han realizado en el ámbito teórico y práctico sobre el liderazgo a escala internacional y casi siempre vinculados a los estudios sobre las élites —de hecho, entre los códigos científicos de la UNESCO no existe la distinción de liderazgo, y debe asimilarse a dirigentes políticos o élites políticas—. Más bien cabría hablar de una vía de estudio reducida en comparación a otras ramas de estudio y, casi siempre, de una forma subsidiaria. Sin embargo, desde los años 1990's, las ciencias sociales han retomado el interés sobre el análisis del liderazgo, en especial los estudios empresariales, psicológicos y sociológicos, y en menor medida la ciencia política. Lógicamente el contexto internacional y los cambios producidos en éste han abierto las puertas para sondear nuevas ramas analíticas y retomar las antiguas; aunque esas mismas condiciones han imposibilitado que el estudio del liderazgo haya desplazado a otras ramas de las ciencias sociales en general y la ciencia política en particular. Lo que supone un ámbito reducido de estudio a escala internacional —salvo en Estados Unidos de América, donde está tomando una especial relevancia—, en España es prácticamente un espacio inexplorado¹. Si uno analiza los programas de estudio de licenciatura en ciencia política y sociología —incluso en empresariales o psicología— es prácticamente imposible encontrar una asignatura que contenga en su programa estudios sobre el liderazgo; pero aún peor es analizar los cursos de doctorado —o los, hoy muy apreciados, masters— porque el panorama es similar (¿debería ser diferente?). Como mucho es posible encontrar la antigua

¹Una excepción a este abandono de la ciencia política española es el caso del profesor Natera, autor de un reciente estudio (Antonio Natera Peral, *El liderazgo político en la sociedad democrática*, Madrid, CEPC, 2001), aunque tenemos constancia de que existen al menos ¡dos! estudios (inéditos) más sobre el liderazgo.

concepción weberiana (tradicional, carismático, legal-racional) de las formas de autoridad, o algunas teorías dispersas e inconexas siempre como fórmulas residuales. Vemos, pues, que la escasez de estudios sobre el liderazgo está generalizada en la ciencia política. ¿Por qué se produce esta dejadez? ¿Acaso el fenómeno del liderazgo no es importante? Las respuestas a estas preguntas pueden ser condensadas en dos ámbitos: uno de carácter metodológico; y otro de carácter teórico-práctico. Aún sería posible añadir un tercer factor que podríamos denominar el «factor conservador» de las ciencias sociales.

En primer lugar, en el plano metodológico ha habido dos corrientes de estudio: una que considera que los «liderazgos» tienen una especial determinación en el transcurso de la historia —la llamada teoría del *gran hombre*—; y otra que considera que el factor de liderazgo tiene una importancia relativa. La primera de estas dos corrientes analíticas desestima otros factores de los sistemas políticos, que tienen enorme importancia para el desarrollo político, y encomienda toda acción y cambio histórico a los grandes personajes, derivando de la conducta y la acción de éstos todo lo bueno (o lo malo) que ha acontecido. Incluso hay estudios —no podemos llegar a hablar de subcorrientes— que, aún teniendo en cuenta otros factores sistémicos, dotan de especial preponderancia al factor del liderazgo². Dentro de la otra corriente teórica cabe destacar, a su vez, dos subdivisiones metodológicas —una de ellas un tanto desfasada en nuestros días—: por un lado, estarían aquellos autores que niegan que los liderazgos sean un factor clave o determinante dentro de los sistemas democráticos; y por otro lado, los autores marxistas desestiman el liderazgo, en gran medida, como resultado de conjunciones especiales del bloque en el poder, primando otros aspectos superestructurales y estructurales.

Ambas tendencias han relativizado toda incidencia personal, esto es, han impersonalizado los métodos de análisis para centrarse en las estructuras y los procesos globales. Por exceso y por defecto se ha impedido un desarrollo mayor de los estudios del

² Son numerosos los estudios sobre Hitler, Churchill, De Gaulle o Nixon, especialmente, que pueden ser encuadrados dentro de esta tendencia —incluso dentro de nuestro objeto de estudio pueden ser descubiertas tendencias de este tipo—.

liderazgo, aunque no son muchos los factores que permiten la formación del liderazgo —como se verá en el desarrollo del estudio—. En segundo lugar, y consecuencia directa de lo anterior, existe una *indeterminación teórica del objeto de análisis*. A ciencia cierta, tras consultar las numerosas definiciones existentes, el liderazgo puede ser cualquier actividad que logre reunir en torno a él a un número (indeterminado) de personas para un fin concreto o no. Respecto al líder la situación no es radicalmente distinta, pero existe un acuerdo *casi* generalizado en que el líder se sitúa siempre a la cabeza del grupo. Esta indeterminación ha propiciado que la mayoría de los estudios sobre el liderazgo se inscriban dentro del «deber ser» más que en el «ser», esto es, son numerosos los «neo-espejos de príncipes» existentes y pocos los estudios reales sobre líderes concretos y factores desencadenantes. Es, por lo tanto, un problema teórico-práctico el que imposibilita el avance en el conocimiento del liderazgo, o mejor dicho, un problema de falta de ciencia, de intentar conocer la verdad del liderazgo. Además, y en tercer lugar, las ciencias sociales, y especialmente la ciencia política, han pecado de cierto conservadurismo a la hora de iniciar los análisis sobre el liderazgo, porque se han conformado con la visión funcionalista del liderazgo y no han avanzado en el verdadero espíritu científico. Mas este aspecto será desbrozado en el propio estudio.

El propósito de este estudio es subsanar, dentro de las posibilidades que ofrece el contexto español, esta carencia de estudios, las indeterminaciones teóricas existentes, y, a la vez, aportar una base material para los estudios sobre el liderazgo. Pero las pretensiones, que pueden resultar excesivas —¿qué doctorando no piensa que su trabajo es determinante para su campo de estudio?—, no terminan de explicar ciertos porqués del tema elegido. En primer lugar, el caso de análisis ofrece la plausibilidad de estudiar un liderazgo carismático en España y dentro de un sistema democrático, con todos los factores propiciatorios para que surgiese; además, permite analizar la posible incidencia de una persona —entendiendo «persona» como un factor que va más allá de la figura corpórea individual— en un sistema particular (democracia española) y en un partido político concreto (PSOE) durante un período de veinticinco años. De igual forma, el estudio

permite corroborar o quebrar las certezas o incertidumbres de los estudios sobre el liderazgo mediante la aplicación de un caso concreto; e igualmente pretende introducir cierta normalidad a lo acontecido en España durante ese período de tiempo, ya que son muchas las apreciaciones realizadas por cuestiones «políticas» tanto a favor como en contra del significado que ha tenido Felipe González en nuestra reciente democracia. La magnitud posible de la figura de González sólo puede ser comprendida desde ciertos parámetros que los, hasta el momento analistas, no han utilizado. Desestimar todas las variables metodológicas que conlleva la acción de un liderazgo carismático, como han hecho críticos y epígonos, induce a falsear la propia historia. La figura de Felipe González se ha entendido de forma individualista o como mucho ligada a la figura de Alfonso Guerra, pero la proyección del «manto carismático», el discurso arquetípico o los caracteres míticos, entre otras variables utilizadas, influyen de manera especial en el significado global quebrando la individualidad —cuestión distinta es el personalismo del propio sistema como se verá—. Por lo tanto, es necesario destacar que este estudio ni es hijo de las corrientes críticas, ni es una hagiografía del personaje estudiado; tan sólo supone una búsqueda de la verdad. Pretensión difícil por otro lado.

La tesis doctoral consta de dos partes diferenciadas, por un lado, el marco teórico, y por otro, el marco práctico o análisis de caso. Sin embargo, antes de entrar en el avance del contenido del estudio, conviene que realice una serie de apreciaciones que ayudarán a entender ciertas cuestiones relativas al propio formato del estudio y que considero esenciales. La tesis a primera vista puede ser considerada como un estudio que peca de *elefantosis*, algo cada vez menos habitual, por su considerable volumen. La explicación a este aspecto del estudio es sencilla. Como se afirma en la cita de Francis Bacon, que antecede a estos párrafos, al comenzar el estudio todo eran dudas e incertidumbres, las cuales no se vieron superadas al investigar dentro del plano metodológico y el teórico-práctico. La propia indeterminación del campo de estudio me conminó a tratar de esclarecer lo que el liderazgo y el líder son. Esta búsqueda de la «verdad» me llevó a ir más allá de los propios estudios del liderazgo y buscar

plausibilidades sobre el objeto de estudio indagando en la filosofía, la antropología o la sociología, lugares donde encontré numerosas aportaciones que habían sido desestimadas por otros autores. Igualmente, tras determinar el objeto de estudio había que circunscribirlo dentro de varios campos de acción (sociedad, sistema y partido político), a lo que habría que añadir la plausible especificidad del liderazgo a estudiar. Esto ha propiciado un marco teórico más amplio de lo normal para una tesis teórico-práctica y, a su vez, un estudio mucho más detallado que si hubiese optado por una de las teorías existentes. Por consiguiente, la «elefantosis» del estudio queda explicada y asumida como una necesidad en favor de la veracidad. En el formato de la propia tesis he optado por las citas a pie de página —contraviniendo las recomendaciones oficiales-burocráticas—, por su capacidad aclarativa e inmediata, antes que las citas a final de capítulo. Respecto al marco lingüístico he optado por utilizar el plural científico —el cual no es utilizado en esta introducción— y un lenguaje no específicamente politológico. Es decir, sin dejar de lado los vocablos comunes en la ciencia política y las ciencias sociales en general, he optado por un lenguaje más abierto, en favor de una mayor capacidad explicativa y en contra de la utilización de un lenguaje abstruso y corporativo —se dice que Eugenio d’Ors, tras finalizar algún escrito, interrogaba a su criada respecto a la claridad del texto, y ante una respuesta afirmativa afirmaba: «Oscurezcámoslo». En este sentido he creído conveniente no oscurecer el texto—. Por último, para agilizar la lectura he optado por la utilización del masculino prioritariamente, por lo cual ruego me perdonen las personas feministas y políticamente correctas.

El primer volumen está dedicado al análisis y presentación del marco teórico de la tesis doctoral. El capítulo 1º intenta superar la indeterminación conceptual del objeto de estudio, por lo que se presentan sendas definiciones propias tanto del concepto de liderazgo como del concepto de líder, eso sí sin adjetivarlo de político o social que es una característica del ámbito en el que se ejerce la función. Igualmente recoge el primer capítulo el significado del «poder», de la «autoridad» y de los tipos de «relaciones de poder», variables todas ellas muy ligadas al propio significado del liderazgo,

especialmente el político, y la relación que se establece con el objeto de estudio. El capítulo 2º analiza las relaciones del liderazgo con los mitos, especialmente con los mitologemas, las representaciones y las imágenes, cuestión que ha sido totalmente abandonada por la mayoría de los estudiosos del liderazgo político. Por esta razón se desbroza todo los componentes del mito y las relaciones que se establecen con el liderazgo, lo que propicia la presentación de cuatro modelos de liderazgo míticos. El capítulo 3º realiza una presentación de las teorías clásicas y contemporáneas sobre el liderazgo o cuestiones relativas al gobierno y que influyen en la acción de los líderes. Entre los clásicos se estudiará a Platón, Tomás de Aquino, Juan de Mariana, Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Carlyle, Marx, Weber, Lenin, Mosca Pareto, Michels o Schumpeter; entre las teorías contemporáneas se analizará, entre otros, el liderazgo adaptativo, la teoría de la contingencia, el *servant leadership*, etc. El 4º capítulo se centra en el estudio de las diversas tipologías del líder —adoptando, con ciertas modificaciones, la teoría presentada por Jean Blondel, porque su carácter sistémico está completamente relacionado con nuestro objeto de estudio—, los diversos rasgos que los diferentes autores creen ver en los líderes, y la relación entre el líder y los medios de comunicación. El capítulo 5º está completamente dedicado al liderazgo carismático. Se expone una conceptualización del carisma, un estudio de la dominación carismática con todas sus variables y la tipología, características y sucesión del líder carismático. Por último, el 6º capítulo se centra en el análisis de los partidos políticos y en la relación del liderazgo con la organización y actividad de éstos.

El segundo volumen de la tesis doctoral está dedicado al análisis del caso de estudio. El capítulo 7º presenta la figura de Felipe González desde su presentación en los inicios de la transición hasta antes de las elecciones de 1982. Entre ambos hitos históricos se analiza cómo se fue formando la figura de González y los diversos componentes políticos y míticos que incidieron en su configuración —en especial el significado de las elecciones generales de 1977 y el 28º Congreso del PSOE de 1979—. En el capítulo 8º se explica el porqué de la victoria del PSOE en 1982, las características de Felipe González

como líder carismático y como líder mítico-heroico. De igual forma se estudia el significado y realidad de la figura de Alfonso Guerra desde la perspectiva mítica y la autoconfiguración como intelectual e izquierdista. El 9º capítulo se centra en el análisis del discurso de Felipe González tanto en su aspecto regeneracionista como en su variante socialdemócrata y nacionalista. También recoge la inclusión de González en la clasificación blondeliana y el análisis, resumido y en conexión al discurso, de las políticas implantadas por el PSOE en el gobierno y la visualización de éstas por los ciudadanos españoles. El capítulo 10º está dedicado al proceso de descarismatización —no concluida— de Felipe González debido a cinco elementos clave: OTAN y relación con sindicatos; GAL; corrupción; felipismo; y conspiración. El 11º capítulo se centra totalmente en la influencia del líder carismático sobre el PSOE como organización —aspectos organizativos e ideológicos—, y la sucesión del propio líder (Almunia y Borrell como epílogo) con todas las dificultades e inquietudes generadas. Concluye esta tesis doctoral con un capítulo de conclusiones relativas a la parte práctica del estudio.

El capítulo de agradecimientos está repleto de numerosas personas anónimas que utilizaron algunos minutos de su existencia para contarme anécdotas o acontecimientos del PSOE o de la historia de España durante la transición, las cuales me ayudaron a abrir vías de investigación. Me gustaría agradecer a cierta fundación (no voy a dar el nombre) relacionada con Repsol-YPF que me retirase la beca otorgada para estudiar en el extranjero —gracias a los profesores Andrea Baumeister, Eric Shaw (additional supervisor) y Peter Lynch (principal supervisor) por haber intentado conseguirme, con prisas, una beca para estudiar en la Universidad de Stirling. Una copia de esta tesis será entregada en esa institución como forma de agradecimiento—. Hay que agradecer a los reglamentadores de la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Nacional en el período 1997-2001 por haberme impedido burocráticamente acceder a cierta información que hubo de ser obtenida por otros canales; y a las estúpidas reglas para la obtención de información en el Centro de Investigaciones Sociológicas —llegaron a pedirme ¡medio millón de pesetas! (ó 3.005'06 €) por veinte páginas de información—. Para todos ellos mi desprecio

intelectual porque, pese a sus interferencias, esta tesis ha podido ser culminada —espero que con buena valoración—. Tras ajustar cuentas, algo no tradicional en este tipo de estudios, quiero agradecer a numerosas personas afines o afiliadas al PSOE que tuvieron la amabilidad de entrevistarse conmigo y aportarme información, y también a aquellos que por cuestiones de agenda no pudieron realizar la entrevista, pero que, al menos, intentaron que pudiésemos conversar. Tengo que hacer una mención especial dentro del grupo de entrevistados para con Mario Salvatierra que permitió que saquease sus archivos bibliográficos y personales en busca de información —debe ser porque es de Izquierda Socialista—, además de mantener conmigo innumerables charlas que me permitieron conocer una visión diferente del PSOE. Igualmente quiero expresar que ni Felipe González ni Alfonso Guerra tuvieron la intención de recibirme. Sólo el primero de ellos tuvo la atención de mandarme, vía secretaria, un acuse de recibo dándome su explicación. Toda la gente de Marcial Pons-Humanidades debe figurar entre los agradecimientos de esta tesis porque en la posibilitación de este estudio han tenido mucha culpa: buscando libros casi desaparecidos; dejándome leer numerosos textos que luego no compraba; indicándome textos que se publicaban recientemente o que existían y yo no tenía constancia... He de agradecer mucho los préstamos bibliográficos e intelectuales de los profesores César Díaz-Carrera y Narciso Pizarro: el primero me inició en el mundo intelectual del liderazgo; el segundo me ayudó mucho con Talcott Parsons y otros teóricos de las élites y el funcionalismo. He de agradecer la constante labor de José Ignacio Fernández, secretario administrativo del Dpto. de Ciencia Política y de la Administración II, por haberme facilitado y aclarado numerosos trámites burocráticos. La profesora Benita Beneítez me ayudó mucho anímica y psicológicamente al hacerme ver la realidad de la Universidad. Gracias. Mi director de tesis, el profesor Juan Maldonado, fue un constante aliento, un verdadero crítico y un magnífico maestro para mí. Un verdadero director de tesis y un portento intelectual escondido bajo una coraza que sus hijos/as intelectuales no entendemos. Juan ánimo a escribir, que tienes mucho que enseñar. Esta es la mejor forma que tengo de agradecerte tantas cosas. Igualmente he de agradecer su aliento a numerosos amigos como Javier «Oso» y Yolanda; David «Foro»; Javier «MacE» y Elena; Juan, Susy

y Sara; Marina; Quique y Begoña; Sonia A.; Sonia B.; Sonia C.; Domingo; Álvaro; Sergio y Maite; Francisco y Maite; Rosa; Óscar y Marta; Ricky y Carmela; Miguel y Esther; Miguel Cadavieco; Jorge García; los amigos del primer anfiteatro del fondo norte del Vicente Calderón; y otros que seguramente olvido. Gracias a todos por el aliento y la preocupación por mi persona. Especialmente he de destacar a dos amigos con los que he tenido numerosas discusiones intelectuales, culturales, teológicas, etc., y que me han dado numerosos consejos útiles para la tesis doctoral: Félix Herrador y Gonzalo Arriaga. La doctora Magallón y el doctor Colmenero Ruiz también tuvieron culpa de que yo pudiese completar este estudio al acabar con, e impedir que reaparezca, un tumor que me afectaba peligrosamente. Enormes gracias. Pero la dedicatoria más especial es para Mónica por ser quien es y tener el valor de aguantarme —y querer aguantarme el resto de nuestra vida—, que ya es mucho. Para ti es el resultado de esta tesis doctoral. Por último, sólo quiero expresar que los aciertos de esta tesis doctoral deben ser compartidos con gran parte de las personas, en mayor o menor medida, citadas anteriormente, pero los errores son sólo achacables a quien esto suscribe.

CAPÍTULO 1º: PROPEDEÚTICA.

«“Cuando uso una palabra —dijo Humpty Dumpty, en un tono más bien desdeñoso— *significa sólo lo que yo he decidido que signifique, ni más ni menos*”.

“La cuestión es —dijo Alicia— *si tú puedes hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas*”.

“La cuestión es —dijo Humpty Dumpty— *quién es el que manda, eso es todo*”».

Lewis Carroll

1.) INTRODUCCIÓN.

1.1. El ejercicio de la dominación como componente biológico.

El estudio del liderazgo, sobre todo del liderazgo político, comporta una serie de dificultades conceptuales previas a la exposición de la propia teoría, dificultades que podrían resumirse en las siguientes: por un lado, ¿han sido, son y serán todos los gobernantes, que ha habido, hay y habrá a lo largo de la historia, líderes?; por otro lado, ¿qué debemos conceptualizar antes el liderazgo o el líder y los seguidores?; y por último, en caso de diferenciación cualitativa entre los diferentes gobernantes, ¿cuál es la variable que permite a unos ser líderes y a otros no?. Todas estas preguntas son las que pretendemos resolver en este primer capítulo titulado, por consiguiente, como propedéutica, es decir, «enseñanza preparatoria para el estudio de una disciplina» (Diccionario de la Real Academia Española). Para contestar a estas preguntas principales —posteriormente en el desarrollo de la investigación surgirán numerosas dudas relacionadas con el tema que estamos tratando y con las preguntas de carácter general—, lo mejor sería comenzar por aclarar la tendencia a la formación de agrupaciones humanas, de estructuras organizacionales y las consecuencias de éstas en lo concerniente al gobierno y el liderazgo.

Posiblemente fuese Aristóteles uno de los primeros en observar que el ser humano tan sólo es un ser social en tanto en cuanto se agrupa con otros para formar una comunidad. Empero, Aristóteles no nos decía el porqué de tal agrupación humana. Debemos, pues, comenzar haciendo la pregunta siguiente: ¿es privativo del ser humano el agruparse en comunidades o, por el contrario, es algo connatural a todos o la mayoría de los seres vivos?. Si queremos una respuesta concluyente no queda más remedio que acudir a los diferentes estudios realizados por la etología; estudios que revelan un dato a tener en cuenta: la inmensa mayoría de los seres vivos tienden a agruparse formando comunidades más o menos estables¹. Tales estudios desvelan que el ser humano tiene una forma de organización completamente distinta —debido a su complejidad organizacional, jerárquica y estructural—, pero, a la vez, muy similar a otras especies. Howard Gardner, en su libro *Mentes líderes*, nos aclara con absoluta convicción que nuestra tendencia a la formación de agrupaciones jerárquicas tiene su más firme determinación en nuestra herencia primate, porque «a diferencia de la mayoría de las demás especies, el orden de los primates está organizado en jerarquías con claras relaciones de dominación entre sus miembros»². Sin embargo, Howard Gardner desestima los estudios etológicos en su propuesta al hablar de la dominación, sobre la base de estructuras jerárquicas, y no expone que son muchas las formas en que los animales no-humanos (ni primates) se organizan. En un estudio de Frans de Waal, realizado con chimpancés —por consiguiente, primates y nuestra propia herencia según Gardner—, se analiza perfectamente las formas jerárquicas de estos primates³. Por un lado, estarían los machos que se disputan la jefatura del grupo tomando como base la fuerza bruta —los machos se disputan la jefatura luchando entre sí tanto solitariamente como formando coaliciones con otros machos del grupo—; y, por otro lado, las hembras que son las encargadas de proporcionar al jefe una cierta legitimación —mediante la negación de despiojar al *macho alfa* en primera instancia, o no ofrecer demasiada resistencia al apareamiento—. En esto los humanos y los primates es posible que se

¹Cfr. John H. Crook, «The evolution of leadership», en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, New York, Springer-Verlag, 1986.

²Howard Gardner, *Mentes líderes*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 42.

parezcan —con todas las salvedades y diferencias que se quiera—, pero, como ya anticipamos, en otro tipo de estudios se confirma que otras especies también tienen sus estructuras de dominación. John H. Crook, en un estudio sobre el «liderazgo (sic)» de los animales, nos proporciona seis formas de ejercicio de la dominación:

«1) Liderazgo atribuido a aquellos que poseen información necesaria para otros individuos; 2) liderazgo por erudito y usualmente las más viejas hembras (común en las poblaciones de hembras residentes; 3) liderazgo atribuido a individuos, usualmente machos, que proporcionan protección; 4) liderazgo atribuido por la competición pero aceptado por seguidores poco confiados debido a su protectividad u otras ventajas (ocurre tanto en poblaciones de machos y hembras residentes); 5) liderazgo mantenido por formas de coerción, incluyendo dominio, cautela, colaboración recíproca y tergiversación (ocurre en algunos grupos de primates y las sociedades humanas); y 6) liderazgo atribuido en relación con logros específicos, donde la colaboración ínter e intrasexual es una figura principal de la interacción; la atribución es basada en la valoración, varía en formas de labores específicas y utiliza el criterio interesado con la confianza también como las habilidades relevantes (ocurre en grupos de caza carívoros, algunos primates y las sociedades humanas)»⁴.

Como se observa cuatro de las seis formas de ejercer la dominación —por ejemplo, la primera tendría mucho que ver con las aves⁵ y la segunda con las manadas de leones— no son, principalmente, humanas. Por lo tanto, se podría decir que es connatural a la mayoría de las especies animales el agruparse bajo ciertas formas jerárquicas, mientras que lo que nos diferenciaría, en algunas épocas de nuestra existencia humana, sería la forma de obtención de la jefatura, ya que, principalmente, los seres humanos nos diferenciamos del resto de los seres vivos por la razón y, por lo tanto, formamos estructuras organizacionales que difieren de las animales no humanas. Sin embargo, «no es falsable» la posición de Gardner y de ciertos etólogos cuando entienden que la función de gobierno/jerarquía está predeterminada, al contrario, los seres humanos tienden a

³Frans de Waal, *La política de los chimpancés*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

⁴John H. Crook, op. cit., pág. 28.

agregarse organizativamente con relación a los recursos disponibles, a la protección, etc., nunca de forma predeterminada. Gracias a esta mínima explicación se comprende lo que, a principios del siglo XX, nos decía Gaetano Mosca:

«Entre las tendencias y los hechos constantes que se encuentran en todos los organismos políticos, aparece uno cuya evidencia se le impone fácilmente a todo observador: en todas las sociedades, empezando por las medianamente desarrolladas, que apenas han llegado a los preámbulos de la civilización, hasta las más cultas y fuertes, existen dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados. La primera, que es siempre la menos numerosa, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta e las ventajas que van unidas a él. En tanto, la segunda, más numerosa, es dirigida y regulada por la primera de una manera más o menos legal, o bien de un modo más o menos arbitrario y violento, y a ella le suministra, cuando menos aparentemente, los medios de subsistencia y los indispensables para la vitalidad del organismo político»⁶.

1.2. *Crítica a la percepción funcionalista del liderazgo.*

Ha quedado claro que los seres humanos tendemos a agruparnos en comunidades con estructuras jerárquicas de dominación⁷, pero de este hecho no se infiere que todos los gobernantes sean líderes, sino que existen ciertas personas que, a lo largo de la historia —al menos se puede hablar de la existencia de formas de dominación entre los seres humanos desde el IV y el III milenio a.C.—, han ocupado roles diferentes y por medios totalmente distintos, pero no todos ellos han ocupado roles de líderes —en los términos que analizaremos posteriormente en este mismo capítulo—. Esta mínima conclusión que hemos apreciado, sin embargo, no es compartida plenamente en el ámbito de las ciencias sociales: en parte, debido a un error metodológico del funcionalismo y, en

⁵Cfr. Konrad Lorenz, *El comportamiento animal y humano*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985.

⁶Gaetano Mosca, *La clase política*, México D. F., FCE, 1998, pág. 106.

⁷Gustave Le Bon va más allá de lo propuesto en estas páginas cuando nos recuerda que la multitud es similar a un rebaño dócil que es incapaz de vivir sin un amo, debido, en gran parte, no tanto al instinto como a la sed de obedecer, por lo que acaba sometándose a quien aparece como su jefe. *Psychologie des foules*, Paris, PUF, 1998.

parte, debido al conservadurismo de las propias ciencias sociales⁸. Sólo si nuestro análisis parte de la definición de rol social se podrá comprender el porqué del error que ha estado afectando a las ciencias sociales —también al resto de ciencias, sobre todo las humanas—, dentro del estudio del liderazgo. Según los funcionalistas —corriente mayoritaria en el estudio del liderazgo— en todas las colectividades existe una diferenciación de funciones, gracias a las cuales las personas realizan un aporte específico a la propia colectividad. Una especie de división (social, cultural, etc.) del trabajo a nivel colectivo y social. Debido a esta diferenciación de funciones, el rol social estaría «integrado por normas a las que se sujeta la acción de los individuos que ocupan una posición o desempeñan una función particular en el seno de un grupo o colectividad»⁹.

Pudiendo estar de acuerdo con que en todas las sociedades y colectividades existe una diferenciación de funciones, sin embargo, creemos encontrar un error dentro de la metodología funcionalista: asimilar el rol de gobernante al rol de líder. En otras palabras podríamos decir que el funcionalismo asimila el *estar al frente* de una organización o grupo social, con *liderar* una organización o grupo social. Esta apreciación del funcionalismo es cierta en determinadas —podríamos decir, incluso, excepcionales— ocasiones, no durante todos los días de nuestra existencia social. Nos explicamos. Según la corriente funcionalista existen diferentes funciones y roles predeterminados que afectan al devenir político y social de un sistema o agrupación humana: por un lado estaría la función de gobierno (y el rol de gobernante), por otro lado, la función de subordinación (rol de subordinado), e, incluso más allá, la función de crítica u oposición al gobierno. Sin lugar a dudas esto es cierto dentro de los sistemas políticos; existe realmente esta división de funciones y roles en la mayoría de los contextos —aunque nunca predeterminados—. Bien, pues de estas tres funciones y sus respectivos roles expuestos por los funcionalistas, ninguno está imbricado «directamente» con la supuesta función de liderazgo y el rol de

⁸Existe un amplio grupo de analistas y estudiosos del liderazgo que se sitúan como contradictores del estructural-funcionalismo en el estudio del liderazgo, pero que incurren, igualmente, en el error metodológico de aquél. Por lo tanto, no siendo funcionalistas *de iure* sí lo son *de facto*. De ahí nuestra apreciación de que el funcionalismo es la corriente mayoritaria dentro del estudio del liderazgo.

⁹Guy Rocher, *Introducción a la sociología general*, Barcelona, Herder, 1990, pág. 43.

líder, porque ejercer la función de liderazgo no es una función predeterminada de una colectividad, sino un hecho que acontece de vez en cuando y bajo ciertas circunstancias, como veremos ahora. Los miembros de la corriente funcionalista, ante nuestras críticas, podrían alegar que, ciertamente, existe una función de liderazgo —y por ende un rol de líder— ya que existen personas que, aun no encarnando el rol de gobernante, poseen mayor influencia que aquél. Sin duda existen personas que pueden tener mayor influencia que un gobernante, según esta perspectiva, pero nos gustaría preguntar si ¿realmente, en algunos casos, el jefe o gobernante (la persona que encarna el rol de gobernante) no es más que un individuo interpuesto por el verdadero gobernante, asumiendo realmente el rol de representante y no el de gobernante? Además, el concepto de influencia es, en el sentido parsoniano de la palabra, un medio del poder que se desarrolla entre *ego* y *alter*, pero que sigue, según nuestro punto de vista, incurriendo en el error de crear una similitud entre dos hechos completamente distintos; pues el error es de distinción: «Es necesario distinguir entre los líderes y los que detentan el poder. Por definición, los líderes siempre tienen una cuota de poder. Pero muchos detentadores del poder tienen escaso liderazgo»¹⁰. ¿Por qué se produce este error? Porque en ciertas ocasiones la función de liderazgo se solapa y/o fusiona con la función de gobierno, mejor dicho, la función de liderazgo se superpone y asimila la función de gobierno. Además, la corriente funcionalista piensa que el liderazgo es una mera función de los sistemas de normas colectivas que afectan a la personalidad al producirse una interacción dinámica, lo cual puede encajar perfectamente con el rol —y por ende con el estatus— de gobernante, pero no con el rol de liderazgo porque es difícil pensar en una persona que asume dos roles en un mismo contexto; tal situación provocaría que hubiese funciones duales o dos estatus diferentes para una misma persona en una misma situación. Sinceramente, y visto el marco metodológico del funcionalismo, no puede producirse la situación expuesta porque ¿cuál de las dos funciones responde a los *intereses* (catéticos, cognitivos y evaluativos) de los individuos del colectivo que se estructuran en las *expectativas*?. Podría argumentarse que una función asume un rol y otra función otros roles, lo cual no deja de ser contradictorio para la comprobación de que, en

¹⁰John W. Gardner, *El liderazgo*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991, pág. 80.

numerosas ocasiones no existe la función de liderazgo, por lo que parte de esos intereses no serían correspondidos y, por consiguiente, se crearía cierta inestabilidad en el sistema —teóricamente hablando, porque en la realidad empírica se comprueba que no sucede así—. Además, si los funcionalistas persistiesen en mantener esta dualidad de estatus, se produciría otra contradicción de su propia teoría ya que no puede ocurrir que, en una misma interacción, una misma persona asuma dos roles o funciones; otra cosa sería que en cierto contexto interactivo se ejerciese una función y en otro contexto, totalmente distinto, otro tipo de función. Realmente, lo que sucede es que la función de liderazgo, bajo cierto contexto específico, fagocita la función de gobierno, se apodera de ella, la hace propia, la incorpora a la función de liderar, pero no dualiza funciones; gobernar está dentro de liderar en tanto en cuanto se acceda a posiciones de poder, pero liderar no está dentro de gobernar. Para terminar con este dilema, diremos que los procesos de institucionalización de las normas sociales —cuyo reflejo se observa en las organizaciones políticas— asignan jerarquías normativas y funciones y roles adheridos a ellas, que estructuran la propia sociedad. Una de estas normas, función, rol o forma de institucionalización sería la jefatura o gobierno del grupo dado. Sin embargo, la institucionalización del liderazgo, que no tiene por qué estar siempre presente, acontece cuando se producen una serie de fenómenos no comunes (crisis sistémica, fundación, etc.). La necesidad o institucionalización de jerarquías y jefaturas es permanente en las sociedades, empero, la necesidad de liderazgo es sumamente coyuntural.

*La función de liderazgo es una medida/función frente a un contexto de crisis y, tan sólo, en esos contextos aparece el rol de líder*¹¹. Bajo otras condiciones contextuales, los roles y funciones activos son diferentes. Cuando una crisis afecta a un sistema determinado —dentro de nuestro estudio el sistema es prototípicamente el sistema

¹¹La fundación de un nuevo grupo, nación, Estado, etc., también puede requerir la presencia de un liderazgo, es más, sin esta función difícilmente se podría llevar a cabo el proceso de fundación. No hemos incluido la fundación como un contexto diferente al de crisis, porque entendemos que la fundación de un grupo dado surge de una crisis, más o menos profunda, de un sistema ya existente, dentro del cual un grupo de personas deciden romper con la situación anterior y fundar algo nuevo o, en algunos casos, recuperar aquello que eran o creían ser tiempo ha.

político— hay dos posibilidades de restitución de la normalidad: a) una solución que está prefijada en normas y/o leyes y que soluciona la crisis; o b) el reclamo de un liderazgo capaz de superar la crisis sistémica y que no ha podido ser solucionada mediante la aplicación de las normas prefijadas. Tan sólo el segundo contexto reclama la aparición de un líder político o de la asunción por parte de un grupo de la función de liderazgo. En el resto de los casos el liderazgo no es necesario y, por lo tanto, no existirán los roles de líder. Como perfectamente expone Ernst Cassirer:

*«El anhelo de caudillaje aparece tan sólo cuando un deseo colectivo ha alcanzado una fuerza abrumadora y, por otra, parte, se ha desvanecido toda esperanza de cumplir ese deseo por la vía ordinaria y normal. En esos tiempos, el deseo no sólo se siente hondamente, sino que se personifica. Se ofrece ante los ojos de los hombres bajo una forma concreta, plástica e individual. La intensidad del deseo colectivo encarna en el caudillo»*¹².

Un caso paradigmático del error del funcionalismo lo encontramos en la explicación y definición del liderazgo político por parte de Jean Blondel:

*«¿Qué es, entonces, el liderazgo político? Es manifiesta y esencialmente un fenómeno de poder; es poder porque consiste en la habilidad de uno o varios que están en la cúspide para hacer que otros hagan un número de cosas (positiva o negativamente) que ellos, por lo menos, no deberían haber hecho. Pero no es, por supuesto, cualquier forma de poder. Aparece como poder ejercido desde arriba hacia abajo, por así decirlo; el líder está, en varias formas, arriba de la nación (en el caso del liderazgo político nacional), y puede dar órdenes al resto de los ciudadanos»*¹³.

Se puede observar en la cita de Blondel el error de tipificar como líder cualquier persona que se encuentra en la cúspide del sistema político, de los órganos de gobierno. Sin embargo, como veremos al analizar más profundamente lo que el líder es, sucede que en ocasiones el líder no se encuentra dentro de los denominados cargos gubernamentales, sino

¹²Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, México D. F., FCE, pág. 331 (la cursiva es nuestra)

¹³Jean Blondel, *Political leadership*, London, Sage, 1987, pp. 2 y 3 (la cursiva es nuestra).

fuera, pero ejerce el rol de líder; serían los casos de los *líderes no constituidos* que, posteriormente, analizaremos. No queremos seguir insistiendo en ese error metodológico del funcionalismo —como se puede observar, Blondel no realiza ningún apunte que nos haga percibir que la función del liderazgo político está determinada por un contexto de crisis—, pero sí queremos destacar una frase, concretamente la que hemos señalado con letra cursiva, porque tiene mucha razón Blondel. El liderazgo político es, independientemente de que introduzcamos otras variables, un fenómeno relacionado con el poder. Por lo tanto, debemos realizar un breve análisis del poder, sus fuentes, sus formas, etc. Además, debemos realizar otro análisis del significado de la autoridad y observar las distintas formas que toma, las cuales serán fundamentales para comprender el rol de líder y su diferenciación con otros posibles roles relacionados con el gobierno.

2.) **ESTUDIO DEL PODER.**

Si rememoramos la cita de John W. Gardner (vid. supra), veremos que allí se nos decía que el líder tenía poder, aunque no se clarificaba qué tipo de poder era éste; o si más que poder lo que, principalmente, tiene el líder es autoridad. Esta será una de las dudas que debemos resolver en este espacio analítico. Sin embargo, la función de gobierno que se encuentra asimilada dentro de la función de liderazgo —aunque sea de manera externa (líderes no constituidos)— tiene como base el poder en sus diferentes formas. Desde una posición contractualista Etienne de la Boétie afirmaba que «son los mismos pueblos los que se dejan, más bien, se hacen someter, pues cesando de servir, serían, por esto mismo libres. Es el pueblo el que se esclaviza, el que se corta el cuello, ya que, teniendo en sus manos el elegir estar sujeto o ser libre, abandona su independencia y toma el yugo, consiente en su mal o, más bien, lo persigue»¹⁴. Con esta cita no pretendemos retrotraernos a la discusión hegeliana sobre si el esclavo es esclavo de sí mismo o de su

¹⁴Etienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Madrid, Tecnos, 1995, 2., pp. 13 y 14.

amo, por el contrario, pretendemos metaforizar la cesión de poder¹⁵ (de arriba abajo, de abajo arriba o, incluso, de forma dictatorial) que ha existido a lo largo de las épocas. Lo cierto es que asumimos en cierta manera la posición contractualista al creer que existe cierta cesión de poder en primer término, aunque podamos discrepar en el mantenimiento del poder, o las formas de transfiguración del poder, que se producen posteriormente al pacto. Empero, esto no resulta de especial relevancia para nuestro posicionamiento, y dentro del análisis del poder o el análisis del liderazgo. Pero al hablar de cesión de poder político recordamos el ejemplo de las magistraturas de la democracia ateniense —hablamos del período 462-429 a. C.—, donde los magistrados eran elegidos por la Asamblea de la ciudad —recuérdese que otros tipos de magistraturas menos técnicas se designaban mediante sorteo—, la cual cedía su poder en ese terreno decisonal para la vida pública¹⁶.

2.1. *Definición del concepto de poder.*

Dejando de lado las preferencias particulares de los autores, debemos comenzar el estudio del poder definiéndolo, en palabras de Max Weber, como «la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad»¹⁷. La definición weberiana, clásica dentro de las ciencias sociales, es la base mínima del poder; el poder en su esencia mínima, sin artificios que lo rodeen y/o lo legitimen (o no). Sin embargo, son

¹⁵Al hablar de cesión del poder incorporamos dentro del concepto todos aquellos adjetivos calificativos que se han analizado a lo largo de la historia de las ideas. Se incluye la cesión voluntaria, del tipo que analizó Thomas Hobbes, por ejemplo; se incluye la cesión violenta en referencia a la mayoría de los habitantes de un, por ejemplo, Estado, aunque la cesión de poder no sería tan violenta en las capas altas de la jerarquía política; se incluye, también, la cesión de poder de tipo constitucional; e, incluso, se incluye la transfiguración del poder de la que nos hablaba hace algún tiempo Manuel García Pelayo. Por consiguiente, no estamos hablando de un solo tipo de cesión, sino que el concepto es amplio.

¹⁶Es importante destacar el papel de los *estrategos*, elegibles por tiempo indefinido, los cuales ocupaban cargos ejecutivos de la ciudad —poder civil y militar— y podían, a través del presidente de la *Pritania* (Consejo de los Quinientos), convocar asambleas extraordinarias para aprobar sus propias propuestas. Aunque el poder de los estrategas estuviera limitado por una Asamblea, prácticamente soberana, sin embargo, había una cesión de poder a aquéllos.

¹⁷Max Weber, *Economía y sociedad*, México D. F., FCE, 1993, pág. 43.

numerosas las críticas que se han ofrecido desde posiciones que cuestionan el «absolutismo» de la definición. Se critica que las relaciones de poder no son del tipo suma-cero —uno gana todo y el otro pierde todo—, como por ejemplo Angelo Panebianco, quien reconociendo que las relaciones de poder son asimétricas y recíprocas, alguno gana más que otro, pone un pero a la definición weberiana porque «al ser una relación de intercambio, o mejor, manifestándose de esa forma, *el poder no es nunca absoluto*, sus límites están implícitos en la misma naturaleza de la interacción»¹⁸. Evidentemente, dentro de todas las relaciones de poder no todas son relaciones de suma-cero, es más se podría decir que la mayoría de las relaciones de poder no son absolutas, pero la base mínima del poder es el juego de suma-cero como demuestra Max Weber. Además, es cierto que las relaciones de poder, incluso bajo la monarquía absoluta, siempre tienen una serie de constricciones propias de esa complejidad organizativa que tienen las sociedades humanas. Joseph Schumpeter lo explicaba perfectamente: «Ningún monarca o dictador ni grupo de oligarcas es nunca absoluto. Gobiernan no sólo con sujeción a los datos de la situación nacional, sino también con sujeción a la necesidad de obrar con el concurso de algunas personas, de estar en buenas relaciones con otras, de neutralizar también a otras y de subyugar al resto»¹⁹.

Queda claro que las relaciones de poder mayoritarias, y dentro del ámbito de la política prácticamente todas, no son de suma cero, pero la relación mínima de poder sí es absoluta. Sin embargo, nuestra preferencia por una definición que encuadre mejor nuestro estudio no la encontramos en Max Weber, sino en Manuel García Pelayo, el cual define el poder como:

«La posibilidad directa o indirecta de determinar la conducta de los demás sin consideración a su voluntad o, dicho de otro modo, la posibilidad de sustituir la voluntad ajena por la propia en la determinación de la conducta de otro o de otros mediante la

¹⁸Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 64. (La cursiva es nuestra).

¹⁹Joseph A. Schumpeter, *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Barcelona, Folio (2 Tomos), 1996, Tomo II, pág. 315.

aplicación potencial o actual de cualquier medio coactivo o de un recurso psíquico inhibitorio de la resistencia»²⁰.

No existe una diferencia fundamental entre ambas definiciones, pero, creemos que la expuesta por García Pelayo contiene varios elementos cualitativos que hacen de esta definición un mejor aporte para nuestro estudio. En primer lugar, distingue entre determinación conductual directa e indirecta, cuestión que, en la definición weberiana, tenía que ser discurrida o especulada. En segundo lugar, especifica claramente, ya que hablamos de una base mínima, la utilización de medios coactivos, como también dejaba entrever la definición del sociólogo alemán. Pero, y este es un dato muy importante cualitativamente hablando, en tercer lugar, García Pelayo va más allá al incluir el recurso psíquico inhibitorio de la resistencia, el cual es otra forma de coacción²¹.

El desarrollo del poder tiene numerosas variables, la principal es que si el poder quiere ser considerado como tal debe manifestarse de alguna manera. C. Wright Mills lo decía taxativamente: «el poder no debe ser poder mientras no se manifiesta abiertamente»²². En este aspecto tiene razón el sociólogo estadounidense, el poder debe manifestarse abiertamente para que pueda ser considerado como tal. Podríamos caer en el error de pensar en el poder como forma coactiva sumamente violenta —matar o golpear a alguien sería un buen ejemplo de lo que estamos diciendo, porque algunas posiciones metodológicas, como el marxismo-leninismo, podrían argumentar en contra de las leyes como expresión violenta del poder burgués—, sin pensar que una manifestación propia del poder es la norma o la ley; aunque también caben otras formas de manifestación de tipo simbólico. Además esta afirmación no choca frontalmente con la posibilidad de que se sepa que existe poder, a través de la energía o la potencia acumulada, en algún grupo, o que ese grupo tiene poder; y decimos que no choca respecto a la afirmación de C. W.

²⁰Manuel García Pelayo, *Idea de la política y otros escritos*, Madrid, CEC, 1986, pág. 137.

²¹W. G. Runciman afirma que el ejercicio del poder «en la interacción entre dos o más personas en sus roles respectivos siempre implicará el ejercicio de una inducción o de una sanción» (*El animal social*, Madrid, Taurus, 1998, pág. 74). Es decir, cuando se ejerce el poder cabe desde la persuasión hasta la coacción como explícita la definición de García Pelayo.

Mills, porque es en época de conflicto de intereses cuando hará aparición esa manifestación, y de esta forma calibrar realmente el poder que tiene ese grupo —de esta forma se dilucidará la presunción especulativa que se tenía con respecto a ese grupo—. Una vez definido el concepto de poder, estamos ya en disposición de hablar de las relaciones de poder, es decir, las manifestaciones del poder.

2.2. *Las relaciones de poder y sus condicionantes.*

La manifestación del poder o el ejercicio del poder se realiza, como es evidente a través de relaciones de poder, las cuales pueden tener dos formas elementales: relaciones asimétricas o relaciones simétricas. Las *relaciones asimétricas de poder* o relación de supra y subordinación son aquellas establecidas «entre un sujeto activo, único que dispone de medios de coerción y que decide y ordena, y uno o varios que actúan de acuerdo con la conducta prescrita por la decisión del primero»²³. En este tipo de relaciones, muy frecuentes en las estructuras burocráticas, por ejemplo, el sujeto activo comunica, bajo la forma de mandato imperativo, sus decisiones —las cuales pueden referirse o a un sujeto pasivo concreto como orden individual, o a sujetos pasivos abstractos (los ciudadanos, por ejemplo) como acciones tipificadas, que se desarrollarán mediante normas, leyes, etc., totalmente genéricas—. Ahora bien, dentro de las relaciones de poder asimétricas se puede distinguir entre dos subformas distintas²⁴. Por un lado, las *relaciones de poder asimétricas transitivas* que se configuran de tal forma cuando X está en una relación de poder con Y, e Y se encuentra en relación de poder con Z, entonces X está en la misma relación con Z —conformándose la siguiente formulación (XpYpZ)—. Es decir, tal relación significa que X puede dar órdenes directas a Z sin necesidad de pasar por o sustituyendo a Y. Por otro lado, las *relaciones de poder asimétricas intransitivas* se producen cuando no se puede inferir que de XpY se pueda pasar a la relación XpZ, es decir, que X no puede pasar por o sustituir a Y, necesariamente necesita ordenar al estrato relacional intermedio para que éste

²²C. Wright Mills, *La élite del poder*, México D. F., FCE, 1987, pág. 231.

²³Manuel García Pelayo, op. cit., pág. 188.

²⁴Vid. Ibídem, pág. 191 y ss.

ejecute las órdenes sobre Z con todas las implicaciones que ello conlleva. Por lo que respecta a las *relaciones de poder simétricas*, podemos decir que son aquellas en las que ambos sujetos son activos y, por ende, disponen todos ellos de medios de coacción similares, no existiendo relaciones de subordinación como en el caso de las relaciones asimétricas. Al igual que sucedía con las relaciones asimétricas, las relaciones de poder simétricas pueden descomponerse en dos tipos de relaciones. En primer término, las *relaciones simétricas de cooperación*, que tienen lugar cuando dos o más actores, al tener la misma capacidad de coacción, deciden cooperar aportando parte de su poder en la consecución de objetivos comunes. En segundo término, puede darse el caso de que se establezcan *relaciones simétricas antagónicas*, esto es, cuando los sujetos activos deciden pugnar entre sí enfrentando sus capacidades de poder.

Las relaciones de poder, no confundir con las formas del ejercicio del poder que analizaremos en breve, por su parte, tienen una serie de condicionantes a su acción, los cuales pueden ser resumidos en tres: la dimensión, el tiempo y el espacio. Cuando hablamos de la *dimensión* de las relaciones de poder hacemos referencia al sistema axiológico-cultural, a los objetivos perseguidos, y a los instrumentos disponibles. Estas tres variables limitan y condicionan las relaciones de poder. Por ejemplo, si nos encontramos con una relación de poder asimétrica intransitiva, los instrumentos disponibles limitan el posible ejercicio del poder porque ya no depende de las pretensiones de un sujeto activo sobre un sujeto pasivo, sino que necesita que el sujeto pasivo de X, que es Y, y que con respecto a Z es sujeto activo, transfiera perfectamente las órdenes de X. Otro tipo de condicionante de las relaciones de poder, y del ejercicio del poder por consiguiente, es el *límite temporal*. El tiempo de que se disponga para el ejercicio del poder es fundamental porque cuanto menos tiempo exista para llevar a cabo una acción mayores son las posibilidades de fracaso de la acción. Y, en último término, aunque no podemos ver en ello una jerarquía de importancia, se sitúa el *límite espacial*. Michael Mann en su definición del poder nos dice que éste es «la capacidad para perseguir y

alcanzar objetivos mediante el *dominio del medio* en el que habita uno»²⁵. Traemos a colación la cita de Mann no tanto por el valor que tenga la definición del poder —ya nos decantamos por una definición clara y concisa y, además, la definición de Mann está determinada por su propio objeto de estudio (las fuentes del poder)—, sino porque hace constar la importancia del medio, del espacio que se ocupa, respecto al ejercicio del poder y las relaciones de poder. Ya advertimos que la mayoría de los seres vivos tienden a agruparse y a ocupar un medio habitado (espacio) sobre el que ejercen un dominio; pues bien este medio ejerce una limitación a las relaciones y el ejercicio del poder, el cual no puede ser llevado a cabo con totales garantías más allá de esas fronteras —las cuales no tienen por qué coincidir con fronteras estatales o nacionales—. Cuando los chimpancés, estudiados por Frans de Waal, obtenían la jefatura del grupo, la conservaban dominando a la agrupación de chimpancés, tanto a los posibles rivales como a las hembras del grupo —el macho alfa de los chimpancés obliga a que se cumplan los rituales propios como quitar las pulgas—; de igual forma, y para dar por finalizado este ejemplo de agrupaciones no humanas, son numerosas las especies que demarcan su territorio (con orina, por ejemplo), pero lo conservan si son capaces de ejercer su dominio sobre él. Dentro de los seres humanos la complejidad es mayor y, por lo tanto, las relaciones de poder estarán más limitadas —o tal vez menos— que en el caso de los seres no humanos, pero básicamente es la misma situación.

2.3. *Las formas del ejercicio del poder.*

Una vez analizadas las relaciones de poder y su tipología, debemos pasar a analizar las formas del ejercicio del poder tanto en su aspecto formalmente sociológico como en su variante organizativa. Respecto a las primeras, basaremos nuestro análisis en Talcott Parsons y su modelo de las formas del ejercicio del poder. Para poder comprender plenamente el modelo parsoniano, debemos descomponer sus partes y analizarlas por

²⁵Michael Mann, *Las fuentes del poder social, I.*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pág. 21. (La cursiva es nuestra).

separado²⁶. Por un lado, Parsons distinguía entre dos tipos de *canales* a través de los cuales se podía ejercer el poder de control: el *canal situacional* y el *canal intencional*. En el primer canal *ego*, por seguir la terminología parsoniana, trata de controlar la «situación» en la que se encuentra *alter*; en el segundo canal, la pretensión de *ego* es controlar las «intenciones» de *alter*. Por otro lado, en el modelo parsoniano, son dos los *modos* de control por parte de *ego*, los cuales dependen del tipo de sanciones aplicables: *positivas* (ofrecer a *alter* lo que desea) o *negativas* (aplicar un castigo a *alter*). De esta forma y cruzando las cuatro variables, resulta un modelo de ejercicio del poder cuatripartito:

- «1. Canal situacional, sanción positiva: la oferta de ventajas positivas a *alter* si cumple con los deseos de *ego* (*incentivo*, como ofrecer dinero).
2. Canal situacional, sanción negativa: la amenaza con la imposición de contrariedades si *alter* no obedece (el uso del *poder*: en un caso extremo, el uso de la fuerza).
3. Canal intencional, sanción positiva: el ofrecimiento de «buenas razones» por las que *alter* debería obedecer (el uso de la *influencia*).
4. Canal intencional, sanción negativa: la advertencia de que sería «moralmente incorrecto» si *alter* no obedeciese (la apelación a la *conciencia* u otro tipo de compromiso moral)»²⁷.

²⁶Es conveniente para una mejor comprensión del modelo parsoniano clarificar una serie de posicionamientos particulares del autor, los cuales determinan su conceptualización. Primero, debemos destacar que Talcott Parsons, con una diferencia de nueve años, cambió su definición del poder desde la conceptualización del poder como suma-cero —«la capacidad de ego para influir en la acción de los otros en interés de alcanzar su meta positiva por encima del mero contar con su esperada no-interferencia» (*El sistema social*, Madrid, Alianza Editorial, 1999. Pág. 122)—, hasta su definición del poder como legitimación gracias a los fines colectivos (1960) —el poder es la «capacidad generalizada de hacer cumplir obligaciones vinculantes por parte de unidades de un sistema de organización colectiva cuando las obligaciones se legitiman por su relación con fines colectivos» («On the concept of political power» en *Structure and process in industrial societies*, Glencoe, Illinois, 1960, pág. 237)—. Segundo, para Talcott Parsons el uso del poder solamente era una de las posibles vías por las que un sujeto se aseguraba que otro sujeto actuase siguiendo los deseos del primero —lo que es cierto, como veremos más adelante en este estudio—. Esas otras formas de obtener la obediencia, proponía Parsons, no deberían considerarse como formas del poder, pues el uso del poder —la activación, en terminología parsoniana, de las *obligaciones vinculantes*— se asemejaría mucho más al modo de asegurarse, por una de las partes (sujeto activo) que la otra (sujeto pasivo) proporciona la respuesta deseada.

²⁷Talcott Parsons, «Some reflections on the place of force in the social process» en Harry Eckstein (ed.), *Internal war*, Glencoe, Illinois, 1964, citado en Anthony Giddens, *Política sociología y teoría social*, Barcelona, Paidós, 1997, pág. 219.

Para Parsons, por lo tanto, serían cuatro las formas del ejercicio del poder: los incentivos, la fuerza, la influencia y la apelación a la conciencia. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, la clasificación parsoniana, aun siendo válida, carece de un matiz sumamente importante para poder encajar con el modelo que estamos ofreciendo en este análisis, la inclusión de la autoridad. La autoridad, en el sentido en que vamos a analizarla en un posterior apartado, no se puede asemejar al uso de la influencia, aunque recurre a ella, ni a una apelación a la conciencia, aunque también recurre a ella, sino que es algo más: es un «recurso» que se obtiene de los demás, no se toma u ocupa como ocurre con el poder. Tras esta breve puntualización, que posteriormente se ampliará, debemos analizar las *formas del poder organizado*. Michael Mann siguiendo, en parte, la estela de Parsons²⁸, propone un modelo, que tiene como apoyo principal las relaciones de poder simétricas de cooperación y las relaciones de poder asimétricas transitivas —aspectos del poder colectivos y distributivos—, según el cual habría cuatro formas de poder que, al igual que sucedía con el modelo de Parsons, dan lugar a una división cuatripartita de las distintas formas del poder organizado. En primer lugar, Mann acierta a ver un *poder extensivo*, el cual, sería la «capacidad para organizar a grandes cantidades de personas en territorios muy distantes a fin de actuar en cooperación con un mínimo de estabilidad»²⁹. En segundo lugar, el *poder intensivo* vendría a significar la «capacidad para organizar bien y obtener un alto grado de cooperación o de compromiso de los participantes, tanto si la superficie o la cantidad de personas son grandes como si son pequeñas»³⁰. En tercer lugar, el *poder difuso* sería una forma que se extiende espontáneamente y de forma inconsciente por la población comportando una serie de prácticas sociales que incorporarían relaciones de

²⁸ «El poder [como dijo Max Weber] es la probabilidad de que un actor en una relación social se halle en condiciones de realizar sus deseos, aunque tropiece con resistencia. Pero, como señalaba Parsons, esas definiciones limitan el poder a su aspecto *distributivo*, al poder de A *sobre* B. Para que B obtenga un poder, A tiene que perder algo del suyo: su relación es un “juego de suma cero” en el cual una cantidad fija de poder puede distribuirse entre los participantes. Parsons señalaba con razón un segundo aspecto *colectivo* del poder, mediante el cual varias personas en cooperación pueden aumentar su poder conjunto sobre terceros o sobre la naturaleza. En casi todas las relaciones sociales, ambos aspectos del poder, el distributivo y el colectivo, el explotador y el funcional, actúan simultáneamente y está entrelazados». Michael Mann, op. cit., pág. 21.

²⁹ *Ibidem*, pág. 22.

³⁰ *Ibidem*, pp. 22 y 23.

poder, pero no órdenes explícitas, es decir, una práctica del poder de tipo moral. En este punto del análisis, y siguiendo el modelo de García Pelayo que anteriormente expusimos, discrepamos con la última afirmación de Michael Mann sobre la inexistencia de órdenes explícitas en las prácticas de tipo moral. Toda referencia a la moral o a la conciencia de las personas se realiza sobre la base de un código prefijado, y la existencia de un código supone la existencia de ciertas normas institucionalizadas en el grupo dado, por lo que, se deduce fácilmente, que realmente sí existen órdenes explícitas de comportamiento, al menos en un primer momento. Cuestión bien diferente es que estas normas institucionalizadas deban ser constantemente recordadas, lo cual no es necesario, pues una vez se han asimilado actúan cada vez que es necesario y el contexto lo requiere. Sin embargo, sí tiene razón Mann al advertir del carácter difuso, o no plenamente consciente, de su asimilación por parte de las personas. Y en cuarto lugar, Mann observa que existe un *poder autoritario* que es aquel tipo de poder al que aspiran las diferentes organizaciones e instituciones que componen la sociedad y que, a diferencia de los otros tres tipos, «comprende unas órdenes definidas y una obediencia consciente»³¹. El cuadro resultante de esta clasificación es el siguiente:

- «1. Poder autoritario intensivo, cuya organización paradigmática es la estructura militar de mando.
- 2. Poder autoritario extensivo, representado por el Imperio militarista.
- 3. Poder difuso intensivo, cuya manifestación típica sería la huelga general.
- 4. Poder difuso extensivo, cuya organización típica sería el intercambio en el mercado (la “mano invisible” de Adam Smith)».

La propuesta de Michael Mann nos habla de la importancia de la organización del poder, sin esta estructuración el poder es simplemente potencia. Recuerda este análisis de Mann³² a lo que nos dejó dicho Gaetano Mosca cuando expresaba que «la fuerza de

³¹Ibídem, pág. 23.

³²Además del aroma de Mosca, el análisis de Mann nos retrotrae a Lenin y Mao —con las salvedades que se quieran aportar—, los cuales subrayaban la primacía de una organización, en su caso política, independiente de las fuentes sociales, pero manipuladas con el objetivo de conseguir sus fines. (Samuel P.

cualquier minoría es irresistible frente a cada individuo de la mayoría, que se encuentra solo ante la totalidad de la minoría organizada»³³. Esta organización del poder es posible en tanto en cuanto existen ciertas fuentes que surten a las relaciones de poder de su materia prima. Estas fuentes son las que vamos a analizar a continuación.

2.4. *Las fuentes del poder.*

Hasta el momento hemos visto lo que significa el poder, las relaciones de poder que se establecen entre distintos sujetos, las formas en que se ejerce ese poder y las formas en que se organiza ese poder; pero no habíamos hablado de las fuentes del poder, ya que para la existencia de un tipo específico de poder debe haber algún tipo de fuente que proporcione el suficiente caudal para que ese tipo de poder tenga mayores o menores probabilidades en las relaciones de poder. Así sucede que cuando una fuente se seca, o está próxima a la extinción, el tipo de poder que sustentaba pierde fuerza en los juegos del poder, en las relaciones de poder. Prosiguiendo con Michael Mann, se puede establecer que las fuentes del poder social se configuran en un modelo cuatripartito: ideológicas, económicas, militares y políticas (modelo IEMP). El *poder ideológico* tendría como base tres formas interrelacionadas y comunes en el análisis sociopolítico³⁴: en primer lugar, los

Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio*, Barcelona, Paidós, 1996, pág. 297). Por lo tanto, Michael Mann considera que el poder debe estar organizado para ser efectivo, aunque, a diferencia de Lenin y Mao, sí piensa en la interconexión entre las fuentes del poder y la organización.

³³Gaetano Mosca, op. cit., pág. 110.

³⁴Conviene recordar el significado de la ideología para Michael Mann, a fin de comprender perfectamente lo que quiere decir el autor británico. **Destutt de Tracy** en su obra *Elementos de Ideología* (4 vols. y escrita entre 1801 y 1815) decía que la ideología era una nueva ciencia de ideas interesada con las explicaciones universales. De hecho así ha seguido siendo entendida para muchos de los seguidores de De Tracy. Sin embargo, dentro de las más variadas opiniones y conceptualizaciones —se pueden recoger hasta 27 definiciones diferentes—, podríamos hablar de cuatro conceptualizaciones que han tenido cierta preponderancia en las ciencias sociales y la política práctica durante el siglo XX y comienzos del siglo XXI. La primera de las conceptualizaciones es aquella para la cual la ideología es un sistema universal de pensamiento que explica la condición humana; una teoría del proceso histórico en la cual hay una certeza de un futuro mejor; un nuevo orden que reemplazará al orden antiguo desacreditado por el dominio de un grupo desacreditado (por ejemplo, la aristocracia, los burgueses, etc.); un énfasis en la acción revolucionaria para superar el antiguo orden y llevar a cabo los preceptos de la ideología. Esta definición ha sido la sustentada principalmente por el comunismo, el fascismo e, incluso, el liberalismo del siglo XIX. La segunda concepción de la ideología se refiere a los sistemas de creencias de los individuos, es decir, se refiere a las distintas formas colectivas de conciencia con especial acento en los valores y creencias sociales, políticas y

sentidos, concretamente las percepciones de los sentidos, que necesitan de la aplicación de significados, estructurados en conceptos y categorías; en segundo término, hacen su aparición las normas que expresan cómo deben actuar las personas, en términos morales, cuando se interrelacionan con otras personas; y en tercer lugar, encontraríamos las prácticas estéticas y/o rituales³⁵. Prosiguiendo con la siguiente fuente de la tipología de Michael Mann, el *poder económico*, del que posteriormente hablaremos al analizar a los autores marxistas, se derivaría de la «satisfacción de las necesidades de subsistencia mediante la organización social de la extracción, la transformación, la distribución y el consumo de los objetos de la naturaleza»³⁶; así quien o quienes lograsen monopolizar las diferentes ramas de la economía —la clase dominante— obtendría el poder colectivo y distributivo general de las diversas sociedades. Aun utilizando palabras similares, Michael Mann no llega a definir el concepto de clase dominante de la misma forma y manera a como lo pueden hacer los autores marxistas, aunque reconoce que en la época de la modernidad, el peso económico tiene una mayor preponderancia social que en épocas anteriores.

El *poder militar*, según Mann, «se deriva de la necesidad de una defensa organizada y de su utilidad para la agresión»³⁷. Sin embargo, Michael Mann olvida la

económicas. El tercer uso de la ideología, muy ligado a la figura de **Karl Mannheim** —en su libro *Ideología y utopía*—, expresa que generalmente las épocas históricas, las clases y los grupos han tenido y tienen unas ideas características, bastante sistematizadas como para tener una semblanza de la universalidad. Esta visión del mundo (*Weltanschauung*) está configurada por el ambiente y el medio en que se vive y por los propios intereses personales. Y la cuarta conceptualización de la ideología es la manifestada por los materialistas históricos, para los cuales la ideología equivale a falsa conciencia, a una deformada percepción de la realidad, la cual provoca la alienación de las personas. Michael Mann se encuentra encuadrado en la segunda definición de la ideología, incluso se podría hablar de una coparticipación entre la segunda y tercera definición, pero en ningún caso se encuentra cercano a la primera y cuarta definición. Para Mann las ideologías suscriben objetivos tanto materiales como trascendentales, donde caben desde la legitimación del poder político hasta las diversas teodiceas. Por lo tanto, creemos modestamente que la concepción de la ideología que tiene el autor británico, sin encajar perfectamente con alguno de los «modelos ideales» presentados, sí tiene numerosos elementos como para tener un débito con la segunda y tercera definiciones. (Para llevar a cabo este recorrido por las definiciones de ideología hemos utilizado, principalmente, dos diccionarios de autor: Carlos Thiebaut, *Conceptos fundamentales de filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 1998; y Frank W. Bealey, *The Blackwell dictionary of political science*, Oxford, Blackwell, 1999).

³⁵Michael Mann, op. cit., pág. 43.

³⁶Ibidem, pág. 45.

³⁷Ibidem, pág. 47.

labor de los poderes policiales del Estado, los cuales dependen más del poder civil o político que del poder militar y que, además, ejercen una defensa interior y sirven, en igual medida que el poder del ejército, para la agresión y la coacción física. En último lugar, y como término de su clasificación de las fuentes del poder (IEMP), Mann sitúa al *poder político*, el cual se derivaría de la «utilidad de una regulación centralizada, institucionalizada y territorializada de muchos aspectos de las relaciones sociales»³⁸. Partiendo de estas cuatro fuentes del poder, y según Mann, se conformaría el poder en las distintas sociedades a lo largo de la historia, dándose unos momentos y unos contextos históricos donde primaría un tipo de poder sobre los otros, bien a través de relaciones de poder asimétricas (transitivas o intransitivas), bien mediante el monopolio de una o más fuentes del poder.

En un sentido parecido al ofrecido por Michael Mann, el sociólogo W. G. Runciman establece una división tripartita de las fuentes del poder y, dentro de su concepción, de las formas del poder. Por un lado, Runciman habla del *poder económico*, gracias al cual se puede atribuir o privar de riqueza, servicios o bienes dentro de la sociedad. Por otro lado, el *poder ideológico* permite privar o atribuir estima social, honor o prestigio a las personas de una sociedad dada. Y, en último término, existiría un *poder coercitivo*, o lo que es lo mismo, la capacidad de ejercer la fuerza física tanto para proteger como para atacar³⁹. En nuestra modesta opinión, la propuesta de Runciman no mejora lo expuesto por Mann ya que, además de tratar al poder como un rol social —por lo tanto con una función y un estatus—, no incluye entre las posibles fuentes del poder el poder político y, dentro del poder ideológico, desestima la ideología —como *Weltanschauung*, por ejemplo—, el simbolismo, el mito o la moral, por ejemplo, análisis que sí queda recogido en el análisis de Mann. De igual forma sucede con C. Wright Mills, quien cree que existiendo tres tipos de poder en la sociedad (económico, militar y político), realmente los predominantes son el económico y el militar, mientras que el político es tan sólo un apéndice de los otros dos. Esta interpretación, que podría ser muy válida para los Estados

³⁸Ibídem, pág. 49.

Unidos de América en tiempos de la «guerra fría», no refleja con corrección la realidad histórica del poder, aunque pueda ser cierto que se ha producido el nacimiento de una minoría del poder que toma las decisiones claves gracias, en parte, a la centralización del poder⁴⁰. Que se haya centralizado el poder en manos de unos pocos es una cuestión bastante diferente a que existan varias fuentes del poder, las cuales proveen poder a los poseedores o monopolizadores de aquéllas, que es lo que expresa Michael Mann. Lo analizado hasta el momento es parte de un marco teórico que puede ayudarnos a comprender mejor el significado del liderazgo político y del líder, pero cualquier estudio del poder que quiera ser medianamente científico debe contar con la aportación de la teoría marxista.

2.5. *El poder en la teoría marxista.*

En contra de las opiniones, mejor dicho, de las creencias de muchas personas los autores marxistas no sólo consideraban que existiese un poder económico que todo lo organizaba y controlaba, al contrario sabían perfectamente que existían otras fuentes del poder —ya advertía Lenin sobre los problemas del economicismo⁴¹—, lo único que expresaban es que, en la época actual, la preeminencia (o hegemonía) era ostentada por la burguesía —como propietaria de los medios de producción capitalistas—. Sin embargo, una de las características más importantes e innovadoras en el análisis del poder económico era que el capital no es tanto *un poder personal sino social*⁴²; definición ésta que cambia radicalmente la forma de entender el poder económico. Que el capital sea un producto social implicaba que la superestructura ideológica —otros autores hablan de estructura ideológica— estuviera determinada principalmente por la estructura económica; así Marx y Engels decían lo siguiente: «Sus ideas mismas son producto de las relaciones burguesas de producción y propiedad, como también su Justicia es meramente el deseo de

³⁹W. G. Runciman, op. cit., pág. 74.

⁴⁰C. Wright Mills, op. cit., pp. 34 y 35.

⁴¹Cfr. V. I. Lenin, *¿Qué hacer?*, Moscú, Editorial Progreso, 1981.

su clase aupada al estatus de ley, un deseo de aquellos contenidos está establecido en las circunstancias materiales de su clase»⁴³. En otras palabras se podría decir que no es la «conciencia de los hombres la que determina su ser, sino que es su ser social el que determina su conciencia»⁴⁴ por la determinación de las relaciones de producción de la vida material. Por lo tanto, los marxistas no creían que sólo existiese un poder económico, sino que este tipo de poder, que es social, determinaba la autonomía de los otros tipos de poder. Por ejemplo, los propios padres del socialismo marxista afirmaban que el poder del Estado (o poder político) es meramente un «aparato para administrar los problemas comunes de toda la clase burguesa»⁴⁵; el poder de una clase para subyugar a otra clase. Empero, poco a poco, tanto Marx como Engels transformaron parcialmente su primera tesis, una vez que observaron que el poder del Estado tenía cierta autonomía con respecto al capital, de ahí que propusiesen tomar el poder del Estado para proceder al cambio desde la barbarie hacia el socialismo⁴⁶. El problema fundamental del marxismo ha sido que los autores, posteriores a los fundadores, se han dejado llevar bastante por los estudios económicos y por los trabajos políticos de la época del Manifiesto, dejando, en parte de lado, los escritos post-Manifiesto. Anthony Giddens por su parte ha criticado a Karl Marx porque «el poder político y administrativo, otra dimensión de la modernidad, no procede directamente del control de los medios de producción»⁴⁷. Por nuestra parte, nos gustaría preguntar a Giddens, no tanto por defender a Marx sino contra la crítica fácil y *a posteriori*, si considera que Karl Marx, de haber vivido treinta años más, ¿mantendría las mismas posiciones sobre la autonomía relativa del Estado, como en sus últimos escritos ya

⁴²Karl Marx y Friedrich Engels, «Manifiesto of the communist party» en Karl Marx, *Later political writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pág. 14.

⁴³Ibídem, pág. 16.

⁴⁴Karl Marx, «Preface to a contribution to the critique of political economy» en K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, vol. XVI, Londres, Lawrence and Wishart, 1980, pág. 469. (El texto referido esta tomado de la página de internet marxists.org)

⁴⁵Karl Marx y Friedrich Engels, «Manifiesto of the communist party», pág. 3.

⁴⁶En este punto compartimos la opinión de Antonio García Santesmases —quien sigue en este aspecto a Ralph Miliband (*Marxismo y política*, Madrid, Siglo XXI, 1978) o a Perry Anderson— sobre la ausencia de una teoría del Estado en Marx como su talón de Aquiles. *Repensar la izquierda*, Barcelona, Anthropos, 1993, pág. 111.

⁴⁷Anthony Giddens, *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra, 1994, pág. 21.

manifestaba?. Sin duda hubiese cambiado, por lo que criticar a Marx por haber observado un contexto histórico determinado y no otro, nos parece fácil y poco científico.

En el mismo sentido que apuntábamos anteriormente, y como desarrollador de una teoría política revolucionaria, Lenin consideraba, frente a la opinión de los revisionistas de la socialdemocracia, que la revolución podía llevarse a cabo, sin quedarse en la reforma del capitalismo, utilizando el poder estatal. Así en sus *Cartas sobre táctica* decía que «el paso del Poder del Estado de manos de una clase a manos de otra es el primer rasgo, el principal, el fundamental de la “revolución”, tanto en el significado rigurosamente científico como en el político-práctico de este concepto»⁴⁸. En definitiva los autores marxistas y leninistas creían, frente a ciertas concepciones economicistas del marxismo, que el Estado poseía poder y cierta autonomía. En referencia al poder militar —por seguir con la tipificación de Mann—, tanto Marx como, especialmente, Engels desarrollaron en sus escritos cuestiones relativas al ejército⁴⁹. En concreto Karl Marx, en su *18 de Brumario*, nos hablaba de la preponderancia del ejército en el bonapartismo, pues la «culminación de los “ideales Napoleónicos” es el predominio del ejército»⁵⁰.

Sin embargo, autores posteriores a Marx y Engels realizaron otro tipo de descubrimientos —consecuencia lógica del desarrollo histórico— en referencia al poder no económico, sobre todo en referencia a la autonomía relativa del poder político y el ideológico. Entre estos autores habría que destacar a Antonio Gramsci y a su, en cierto modo, seguidor Nicos Poulantzas. Estos dos teóricos marxistas reconocieron que las relaciones ideológicas y políticas, que son objetivas respecto a la lucha de clases, provocan dos tipos de determinación: por un lado, la determinación de las relaciones de producción sobre la organización de las relaciones políticas e ideológicas; y, por otro lado, la

⁴⁸V. I. Lenin, *Cartas sobre táctica*, Moscú, Editorial Progreso, 1971, pág. 6.

⁴⁹Entre los autores más destacados del marxismo en materia militar, habría que citar a León Trotsky, aunque por mor de una narración concisa y alejada de una erudición que nada aporta al desarrollo científico de la propia tesis doctoral, hemos preferido obviarlo, que no olvidarlo. De ahí que le hagamos un pequeño reconocimiento en este pie de página.

⁵⁰Karl Marx, «The eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte» en *Ibíd.*, *Later political writings*, pág. 122.

determinación de todas estas relaciones objetivas sobre las relaciones de los sujetos que son sus portadores —incluyendo la lucha de clases dentro de estas relaciones⁵¹—. De este descubrimiento, Nicos Poulantzas se aprovecharía para analizar el significado del *bloque en el poder*, o de la *fracción hegemónica*. Para Poulantzas el bloque en el poder no sería un constructo de elementos equivalentes, es decir, todos con el mismo poder, sino «una unidad contradictoria compleja con predominio»⁵². Dentro de este grupo de grupos políticamente dominantes, habría una fracción hegemónica que sería el elemento dominante del bloque en el poder. Expresado de esta forma, parece que estamos desviándonos en cierta manera del contenido específico de este apartado del estudio —aunque pudiera servir para analizar el caso práctico de la tesis doctoral—, empero, la importancia reside en que será esta fracción hegemónica, dentro del bloque en el poder, la que repercutirá en la fuente del poder de contenido ideológico —las otras dos fuentes de poder serían el poder político y, evidentemente dentro de un análisis marxista, el poder económico, tal y como afirmaba W. G. Runciman y dejamos nosotros expresado anteriormente—.

En contradicción con Lukács, Poulantzas diría que una clase hegemónica «se convierte así en la clase-sujeto de la historia que, por su concepción del mundo, llega a impregnar a una formación social de su unidad y a dirigir, más que dominar, provocando un “consentimiento activo” de las clases dominadas»⁵³. Es decir, la utilización del poder ideológico, de la apelación a la conciencia parsoniana, con todos los instrumentos que tienen a su alcance los miembros de esa clase-sujeto de la historia. Sin duda, una de las conclusiones más claras de toda esta explicación es, en contra de lo que opinan otros autores, la existencia de ciertas estructuras de poder —el poder poliédrico— que, debido a la cesión de poder de unas a otras, se autolimitan, incluyendo los límites a la clase hegemónica. Aunque, según nuestra opinión y, en contra de lo que opinaba Althusser y los

⁵¹Adam Przeworski, *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pág. 84.

⁵²Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México D.F., Siglo XXI, 1997, pág. 307.

⁵³*Ibidem*, pp. 253-54.

filósofos del estructuralismo francés —del cual se separó lenta, pero efectivamente, Nicos Poulantzas al final de sus días— sobre las estructuras y los individuos⁵⁴, creemos que sí tiene cierta importancia el papel del individuo dentro de las estructuras, las cuales están unidas entre sí, precisamente, a través de esos individuos que el filósofo francés desechó. Con esta referencia a Poulantzas damos por terminado el análisis del poder en la teoría marxista, en términos genéricos, por lo tanto tan solo cabe pasar a analizar el significado de energía⁵⁵.

⁵⁴Nos gustaría recoger, a modo de ejemplo, las apreciaciones de Jorge Semprún sobre la filosofía althusseriana. «Dícese que “*procede señalar que este individuo*” (y el individuo en cuestión eres tú, y aceptas la calificación, gustoso, a pesar de su evidente connotación peyorativa; ahora que el pobre Althusser pretende demostrarnos que el hombre sólo es una ilusión ideológica de la burguesía, que ni siquiera el hombre, en fin, eso que los burgueses llaman hombre, es sujeto de su propia historia, ya que ésta es un proceso sin sujeto, ni fines —lo cual equivale a decir que no es un proceso, en fin de cuentas, sino una inmóvil estructura espiral, una especie de automovimiento de un Espíritu Absoluto de segunda mano—; ahora que el desgraciado Althusser proclama que el hombre es un invento al alimón de la burguesía y del estalinismo, que el hombre sólo es máscara y mito que nos oculta a los entes de verdad, que se definen únicamente porque son no ya portadores de valores eternos, como en la mitografía primaria o primigenia de José Antonio, sino portadores de relaciones de producción; ahora que el hombre, como proclaman los filósofos de moda, sólo es un pliegue del paisaje histórico, un hueco ambiguo e inoperante en el tejido de las relaciones masificadas de producción; ahora que ser hombre, genéricamente, está tan mal visto por los filósofos epigonales del marxismo universitario, de guante blanco y vacío cerebelo, ahora aceptas gustosamente, esa calificación de individuo». *Autobiographie de Federico Sánchez*, Paris, Éditions du Seuil, 1996, pág. 72.

⁵⁵En su, prácticamente, obra póstuma (*Estado, poder y socialismo*), Nicos Poulantzas analizó, como había hecho anteriormente, la significación del poder dentro de la lucha de clases y el Estado. Esta conceptualización del poder, como se puede observar abajo, sintoniza —aunque de manera parcialmente diferente— con la postura que estamos manteniendo aquí: el poder no es completamente absoluto y su fundamentación básica se encuentra dentro de las relaciones establecidas en una sociedad. Además, a diferencia de los filósofos estructuralistas y muchos pensadores marxistas-leninistas, Poulantzas cree que existe cierto margen de acción para la clase trabajadora en su lucha contra la burguesía dentro del Estado. Una posición bastante cercana, por no decir similar, a la mantenida por el propio Marx y el socialismo marxista. «Se debe entender por poder, aplicado a las clases sociales, la capacidad de una o varias clases para realizar sus intereses específicos. El poder referido a las clases sociales es un concepto que designa el campo de su lucha, el de las *relaciones de fuerzas* y de las relaciones de una clase con otra: los intereses de clase designan el horizonte de la acción de cada clase con relación a las otras. La capacidad de una clase para realizar sus intereses está en oposición con la capacidad (y los intereses) de otras clases: *el campo del poder es, pues, estrictamente relacional*. El poder de una clase (de la clase dominante, por ejemplo) no significa una sustancia que tenga en sus manos: el poder no es una magnitud conmensurable que las diversas clases se repartan o intercambien según la vieja concepción del poder-suma cero. El poder de una clase remite, ante todo, a su lugar objetivo en las relaciones económicas, políticas e ideológicas, lugar que abarca las prácticas de las clases en lucha, es decir, las relaciones no igualitarias de dominación/subordinación de las clases ancladas en la división social del trabajo y que consisten ya en relaciones de poder. El lugar de cada clase, y por tanto su poder, está delimitado, es decir, a la vez designado y limitado por el lugar de las otras clases. El

2.6. Energía y transfiguración del poder.

El sentido de la inclusión de este apartado dentro del estudio del poder tiene una especial significación porque, tal vez con mayor frecuencia de la deseada, se tiende a confundir el poder con la energía. Siguiendo a Manuel García Pelayo podemos entender la *energía* como «la capacidad o fuerza apta para lograr un resultado, es decir, para conseguir un objetivo (consistente en la conservación o en el cambio de un estado de cosas) venciendo las posibles resistencias»⁵⁶. Se observa con perfecta claridad que la energía dista mucho de ser «el poder», sin embargo ambos conceptos están estrechamente ligados, principalmente porque cuando hablamos de poder hablamos del todo, y cuando hablamos de energía lo hacemos de una parte del poder. La energía es un componente necesario del poder, como las fuentes, un componente sin el cual el poder no es tal porque le dota de *efectividad*. Pero tampoco se puede confundir la energía con la *fuerza* —ya vimos que el

poder no es, pues, una cualidad adherida a una clase “en sí”, en el sentido de un conjunto de agentes, sino que depende y deriva de un sistema relacionalista de lugares materiales ocupados por tales o cuales agentes.

»Pero más particularmente, el poder político, el referido por excelencia al Estado, remite además a la organización de poder de una clase y a la posición de clase en la coyuntura (organización en partido, entre otras), a las relaciones de las clases constituidas en fuerzas sociales, y por tanto a un campo estratégico en sentido propio. El poder político de una clase, su capacidad de realizar sus intereses políticos, no depende sólo de su lugar (de su determinación) de clase respecto a las otras, sino también de su posición y estrategia frente a las de éstas, lo que yo había designado como estrategia del adversario». (*Estado, poder y socialismo*, México D. F., Siglo XXI, 1987, pp. 177 y 178).

Anteriormente hablamos del cambio en el pensamiento de Poulantzas dejando de lado el ferviente estructuralismo de sus colegas franceses (principalmente); por esta razón hemos decidido incluir una parte del análisis que hacía años antes del texto anteriormente citado, a fin de que, en una perspectiva comparada, se puedan observar las diferencias evolutivas de Poulantzas. En *Estado, poder y socialismo* las referencias a las «estructuras» han dejado paso a un análisis marxista sin más calificativos; mientras tanto en *Poder político y clases...* todavía existía una primacía de la metodología estructuralista. Por último merece la pena destacar que en ambos libros el autor piensa, como es lógico y ha quedado dicho en este estudio, que el poder es una cuestión relacional. «Si se considera el poder como efecto de las estructuras en el campo de la lucha de clases, podrá verse que la capacidad de una clase para realizar sus intereses, que depende de la lucha de otra clase, depende por ello de las estructuras de una formación social en cuanto límites del campo de las prácticas de clase. La disminución de esa capacidad en una clase no se traduce automáticamente en el aumento de la capacidad de otra clase, pues la redistribución final del poder depende de las estructuras: la pérdida, pongamos por caso, de la clase burguesa no significa que ese poder se sume por ello al poder de la clase obrera. [...] La concepción del poder como suma-cero, aplicada a la *escala global de una formación social*, desconoce la especificidad de las diversas formas de poderes de los diversos niveles y sus diferencias de desarrollo. La pérdida de poder en el nivel económico, la disminución de la capacidad de una clase para realizar sus intereses económicos *específicos*, no se traduce directamente en la pérdida de poder político o ideológico, y viceversa». (*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, pp. 144 y 145).

poder no es sólo fuerza o energía—, porque, al igual que sucede en la relación entre energía y poder, la fuerza es el elemento que dota de sentido a la energía, ya que ésta es un proceso en el cual se produce, se conserva y se reproduce la fuerza. En contra de lo que se piensa, fuera de las fronteras de la academia, la energía no actúa por sí misma, no define cuáles son sus modalidades, ni decide sobre el objeto sobre el que ha de aplicarse esta potencialidad. Bien al contrario, es la persona o personas —diríamos estructuras siempre y cuando se entendiese que las estructuras están compuestas por personas, que son las que deciden al final— que poseen esa energía y, por consiguiente, poder y fuerza, quienes deciden sobre la puesta en acción de la energía.

La acumulación de energía es la que permite, potencialmente, que una forma de poder tenga mayor o menor preponderancia dentro de una formación social y, en el ámbito de la política, una formación política o un Estado. Sin embargo, la acumulación de energía, al igual que dijimos para el caso del poder, tiene ciertos límites. La energía es siempre un recurso potencial, coercitivo o disuasorio, de ahí que su utilización plena por parte del ostentador del poder, no suele producirse. Dentro de las relaciones de poder un sujeto X puede acumular una cantidad considerable de energía, si los otros sujetos no acumulan tanta energía como el sujeto X, éste tomará preponderancia sobre el resto; sin embargo, si un sujeto Y acumulase tanta energía como el sujeto X, se establecería una relación de equilibrio entre ambos. El equilibrio de poder establecido, además, no tiene por qué llevar a un enfrentamiento entre ambos sujetos. Esto se debe a la *ley de la ascensión a los extremos*, la cual nos recuerda que en una relación de poder entre dos o más sujetos, la acumulación tendencial de energía tiende a anular ambos potenciales si la energía acumulada por ambos pudiese llevar al aniquilamiento del otro. Por consiguiente, si bien el sujeto X ha acumulado tanta energía como para destruir a Y, el sujeto Y, a su vez, ha acumulado tanta energía como para destruir a X. Como potencialmente pueden destruir al adversario, pero también ser destruidos, los poderes se anulan dentro de la relación de poder.

⁵⁶Manuel García Pelayo, op. cit., pág. 198.

Una vez que ha quedado claro que el poder no es lo mismo que la energía, y que ésta no es lo mismo que la fuerza y, por lo tanto, el poder no es lo mismo que la fuerza, conviene hablar de la llamada *transfiguración del poder*. Si se recuerda la cita de Gaetano Mosca, que ofrecimos anteriormente, allí se nos decía que entre los hechos destacables de la historia humana se encontraba la dominación de una minoría sobre una mayoría. Este hecho constatable en la historia, ha provocado que se haya tratado de ocultar, difuminar, neutralizar o sublimar el sometimiento de unos hombres a otros. «Mas, como no hay unidad política sin poder, como el poder implica una relación de mando y de obediencia, y como el poder ha de ejercerse por el hombre, resulta, entonces, que hay que dar a ese hecho un sentido o una forma que lo transfigure, hasta hacerle perder su carácter de dominación interhumana»⁵⁷. Los artificios utilizados para conseguir esta transfiguración del poder han sido múltiples y variados: desde las concepciones teocráticas hasta las más cercanas a nosotros de la soberanía del pueblo, pasando por los «filósofos ideales» de Platón. Augusto en sus *Rerum Gestarum* explicaba con total claridad lo que significa esta transfiguración del poder: «Y, entonces, el gobierno de Roma pasó a manos de un poder que, a medida que transcurría el Imperio, se hacía cada vez más personal. Pero como era intolerable el gobierno de hombres por un hombre, se recurrió al artificio de hacer del hombre que ejercía el gobierno algo más que un hombre. Y, por eso, ya a Octavio se lo hizo *augusto*, vocablo que, hasta entonces, sólo había sido empleado en oposición a “humano” y que significaba algo así como lo sacro, lo santo, lo digno de veneración»⁵⁸. Podríamos resumir la cita de Augusto diciendo que al emperador romano se le dotó de autoridad carismática, como en otras ocasiones se utilizó el pacto. Ha llegado pues el momento de analizar el significado de la autoridad y su importancia para nuestro estudio del liderazgo.

3.) EL ESTUDIO DE LA AUTORIDAD.

⁵⁷Manuel García Pelayo, *Los mitos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, pág. 38.

⁵⁸Citado en Ibídem, pp. 41 y 42.

3.1. Definición del concepto de autoridad.

Si el estudio del poder nos proporciona una base material sumamente valiosa para comprender el liderazgo, mucho más el liderazgo político, no menos valioso es el estudio de la autoridad para comprender la diferenciación entre personas con autoridad y personas con poder, lo que nunca es siempre bien comprendido en el ámbito social. De entre todos los autores que en alguna época han tratado el tema de la autoridad, ha sido Max Weber el que más influjo ha causado entre los científicos sociales; se podría decir que, en el estudio de la autoridad, hay un antes y un después weberiano. Sin embargo, y aunque comencemos por el autor alemán, es necesario recordar que autores, tan ilustres como Marco Tulio Cicerón o Friedrich Engels, ya hablaron del tema que nos ocupa en estos momentos. Max Weber definió el concepto de autoridad —es preciso que se recuerde la definición de poder— como la «probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos (o para toda clase de mandatos). No es, por tanto, toda especie de probabilidad de ejercer “poder” o “influjo” sobre otros hombres»⁵⁹. Como es posible observar en la propia definición, la autoridad —que en el caso weberiano, ahora lo veremos, significa la legitimación de la dominación— no es cualquier forma o ejercicio del poder, sino aquel tipo de forma del poder que tiene una base mandataria; es decir, que existe un acuerdo sobre la dominación del hombre por el hombre. Por lo tanto, cualquier gobernante no estaría legitimado, si, por las circunstancias que fuesen, no actuara de acuerdo con ese mandato. En este sentido la definición weberiana nos retrotrae a los estudios del tiranicidio de los que posteriormente hablaremos⁶⁰.

⁵⁹Max Weber, op. cit., pág. 170.

⁶⁰Aunque no es menos cierto que esa base mandataria de la dominación puede —en muchas ocasiones, principalmente en regímenes dictatoriales y/o totalitarios, acontece— legitimarse *a posteriori* mediante una publicidad, sustentada en medios coactivos y violentos, que indefectiblemente acaba penetrando en las conciencias de las personas —no tienen por qué ser todas—, las cuales terminan aceptando ese mandato legitimador. Al fin y al cabo, la mayoría de los regímenes dictatoriales que han tenido cierta duración temporal, han poseído un apoyo social de carácter no coactivo. Pero, también es preciso puntualizar que tal legitimación *a posteriori*, tiene que estar acompañada de un progreso en relación con las pretensiones de la dictadura (gobierno del proletariado, progreso económico, etc.), porque de no ser así, la legitimación *a posteriori* no cuajará entre la población sometida.

La explicación weberiana es similar a la transfiguración del poder de la que hablamos en párrafos anteriores. Se legitima la dominación mediante una base mandataria, o pacto, o coalición, o teocracia, porque resulta, o puede resultar, agravante que un ser humano domine a otro sin mayor explicación que el hecho en sí. Sin embargo, la autoridad no es lo mismo que la transfiguración del poder, porque al fin y al cabo sigue siendo poder lo que hay detrás. Para comprender mejor esta afirmación debemos dejar hablar a Manuel García Pelayo:

«Mientras que el poder determina la conducta de los demás, sustituyendo la voluntad ajena por la propia, la *auctoritas*, en cambio, la condiciona, es decir, inclina a seguir una opinión o una conducta pero ofrece la posibilidad de no seguirla. Así como la relación entre el sujeto activo y el objeto pasivo del poder obedece, en los casos límites, a una relación de causalidad de la que está ausente la libertad, en cambio, la relación entre el sujeto de la *auctoritas* y sus seguidores es una relación de motivación, es decir, se basa en la creación por parte del que ejerce la *auctoritas*, y en el reconocimiento por los que la siguen, de motivos de seguimiento y, por tanto, exige de la libertad de elección. El poder domina contradiciendo, en última instancia, la libertad del objeto; la *auctoritas* en cambio, para ser efectiva ha de tener como contrapunto la libertad de la persona, la cual se autoimpone como obligación ética o como exigencia de la honorabilidad seguir el camino marcado por el sujeto de la *auctoritas*. El poder somete, la *auctoritas* provoca adhesiones y, por ello, así como el poder se realiza imperativamente, la *auctoritas* ha de ser reconocida por sus seguidores. El poder se basa en la disposición de medios de coacción; la *auctoritas*, en cambio, en la posesión de cualidades valiosas de orden espiritual, intelectual o moral, lleva siempre adheridas unas cualidades axiológicas que hacen sentir el seguimiento como un deber. No significa jamás una anulación de la personalidad, sino, por el contrario, una inclinación hacia lo axiológicamente superior, lo que significa un engrandecimiento de la personalidad y, por eso, no cabe contar entre sus fenómenos el sentimiento masoquista de la entrega o sumisión hacia el poder, ni el deslumbramiento por el poderoso»⁶¹.

⁶¹Manuel García Pelayo, *Idea de la política y otros escritos*, pp. 138 y 139.

En la contraposición de ambas presunciones podemos destacar diferencias palpables entre ambos autores. Mientras Weber piensa en términos de transfiguración del poder, García Pelayo lo hace en virtud de características especiales de las personas, las ideas e, incluso, de cierto tipo de instituciones. Acertó Max Weber al separar, recuperando el pensamiento romano, entre el poder o, es necesario constatarlo, los ocupantes del poder y la autoridad. Sin embargo, la no-diferenciación existió antes del autor alemán y persiste en la actualidad. Por ejemplo, para Friedrich Engels la autoridad significaba «la imposición del deseo de alguno sobre nosotros; de otra forma, la autoridad presupone subordinación»⁶². Se comprueba las evidentes diferencias entre Weber, García Pelayo y Engels, ya que los dos primeros autores no confunden ambos conceptos como sí hace el tercero, el cual define el poder, aunque hablando en términos de autoridad. Ahora bien, que Max Weber acertase a diferenciar entre ambos conceptos, no significa que acertase plenamente en la conceptualización de la autoridad. Evidentemente, tanto el poder como la autoridad suponen una jerarquía, pero la relación entre los sujetos y el propio objeto es completamente diferente. Por una lado, el poder se expresa en relaciones de mando y obediencia, mientras que, por otro lado, la autoridad, la relación se entiende como dirección y seguimiento. Si en la relación de poder no tiene importancia qué se dice, en la relación de autoridad lo importante es lo que se dice, quien lo dice y cómo lo dice. Como dice Norbert Bilbeny, «la autoridad es el medio más sutil de la política y el que viene a representar la piedra de toque de todos los demás»⁶³.

Las diferencias no acaban en este punto. Otra diferencia fundamental entre la autoridad que expresa Max Weber y la autoridad que marca García Pelayo es que mientras el poder se impone violentamente, si es necesario y como último recurso; la autoridad, por su parte, ha de ser reconocida. Es decir, son las personas las que dotan de autoridad, que no es lo mismo que legitimar la dominación. La dominación puede legitimarse tanto mediante la autoridad como por una necesidad de organización, pero por muy legítima que sea una

⁶²Friedrich Engels, «On authority» en Robert C. Tucker (ed.), *The Marx-Engels reader*, New York, W. W. Norton, 1978, pág. 730. (Publicado originariamente en *Almanacco Reppublicano* en 1874 y tomado por nosotros de la página de internet marxists.org).

dominación su fundamento está, si no hay autoridad de por medio, en el poder. Se puede tener poder y no tener autoridad, mientras que aquella persona o institución que tiene autoridad puede no tener poder en un principio, pero, al estar ambos conceptos en una relación de complementariedad, acaba siendo adherida a un centro de poder o lo genera. Es decir, las personas con autoridad tienden a asumir, en cierta manera, posiciones de poder, si la sociedad en que habitan así lo demanda.

3.2. *Autoridad hipostatizada, falsa autoridad y dignitas.*

Antes de seguir con el análisis de la autoridad, conviene terminar de diferenciar entre la autoridad expresada por Max Weber y por García Pelayo. Cuando comenzamos a analizar las diferencias entre ambas concepciones no dijimos en ningún momento que Weber estuviese equivocado o errase en sus apreciaciones, al contrario, dijimos que había acertado al diferenciar entre el poder y la autoridad. Sin embargo, el análisis de Max Weber de la autoridad como legitimación de la dominación, se refería a lo que Paul Tillich denomina como *autoridad hipostatizada*, es decir, «una autoridad que en virtud de haber ocupado un determinado lugar es una vez por todas autoridad, situándose, así, más allá de toda crítica»⁶³. En otras palabras podríamos decir que la autoridad hipostatizada —García Pelayo también la llama *autoridad adscriptiva*— es producto de la cosificación de la autoridad, es decir, la autoridad se convierte en un atributo de un objeto o institución debido a la funcionalidad o mérito de esa institución u objeto (un cargo, por ejemplo), con independencia de que, realmente, estén presentes las propiedades constitutivas de la autoridad. La autoridad hipostatizada que analizó Max Weber, evidentemente, significaba que la dominación era legítima en tanto en cuanto se ejercía desde recipientes de autoridad, los cuales hace tiempo que podían haber perdido los méritos o logros del pasado; lo que el mismo Weber analizó al hablar de la rutinización del carisma, es decir, ya no existía el carisma en la persona que sucedió al carismático, pero se

⁶³Norbert Bilbeny, *Política sin Estado*, Barcelona, Ariel, 1998, pág. 78.

⁶⁴Paul Tillich, *Die philosophie der match*, Berlín, 1956, pág. 24, citado en Manuel García Pelayo, *Idea de la política y otros escritos*, pág. 160.

estimaba que el carisma se había heredado de alguna forma, se había transportado de la persona al cargo o símbolo. Lo mismo ocurre con la autoridad hipostatizada. Como dice Manuel García Pelayo, «esos recipientes o configuraciones de autoridad y sus actualizadores se convierten en la *substancia*, en lo que sustenta a la autoridad»⁶⁵. La autoridad que analizaba Weber no tenía ya por qué tener los elementos primigenios, pero sí conservaba la capacidad para iniciar o ratificar actos de poder, pero sin referencia a su contenido o motivación. Por consiguiente, podemos decir que la autoridad en el sentido de Max Weber reúne en sí tanto la transfiguración del poder como la autoridad hipostatizada.

Una vez que ha quedado claro que existen diferencias fundamentales entre ambos conceptos y que la autoridad es algo distinto a la autoridad hipostatizada, debemos seguir desentrañando el concepto de autoridad. Dentro de ese desentrañamiento podemos hablar de la falsa autoridad: «Una autoridad es falsa cuando no existe una adecuación entre la cualidad creída en una persona o una institución y la realidad, falta de adecuación que puede observarse en razones objetivas o subjetivas»⁶⁶. Según esta definición la autoridad hipostatizada sería, según los contextos, falsa autoridad, pero al actuar como legitimadora preferimos establecer un caso aparte. Ronald A. Heifetz diferencia entre la autoridad formal —en el lenguaje que empleamos en este estudio es sinónimo de autoridad hipostatizada— y autoridad informal que provendría de la promesa de satisfacción de expectativas, muchas veces no explícitas, y la cual tendría su base en la popularidad ratificándose en la consideración, la admiración y la confianza⁶⁷. Si bien la autoridad tiene como cualidades intrínsecas los rasgos señalados por Heifetz, no se puede hablar de que la popularidad sea la base de aquella⁶⁸. Dotar a una persona, sobre la base de su popularidad, de autoridad es caer en la llamada falsa autoridad. Tampoco se puede dotar de autoridad a

⁶⁵Manuel García Pelayo, *Idea de la política y otros escritos*, pág. 161.

⁶⁶Ibíd., pág. 140.

⁶⁷Ronald A. Heifetz, *Liderazgo sin respuestas fáciles*, Barcelona, Paidós, 1997, pág. 149.

⁶⁸Desde nuestro punto de vista, la definición de autoridad informal de Heifetz está sobremediatizada por el contexto histórico actual, donde los medios de comunicación pueden conseguir hacer popular a una persona, la cual, en los momentos decisivos, es popular pero no obtiene el refrendo de sus posibles seguidores; lo que ha quedado, por ejemplo, patentemente demostrado en las Elecciones Generales españolas de marzo de 2000 con Mario Conde y Jesús Gil.

personas por el simple hecho de estar al tanto de lo que ocurre en los centros de poder, como ocurre en la actualidad con los periodistas y *doxósofos* —entre nosotros conocidos como tertulianos— que recorren las televisiones, periódicos y demás medios de comunicación, salvo raras excepciones. La presunta autoridad que pueden tener estas personas tiende, en términos generales, a ser falsa autoridad. Tiene autoridad quien tiene la capacidad para ser *auctor*⁶⁹, o lo que es lo mismo, quien puede fundamentar o fortalecer un juicio o una decisión, no quien puede opinar sobre una decisión o juicio.

La autoridad es una concesión realizada por unas personas a otra u otras en función, no tanto de lo que promete o dice —algo fácil de edulcorar—, que también, como por lo que hace. Y cuando hablamos de «hacer» nos referimos tanto al aspecto más o menos moral como al práctico. John Stuart Mill nos decía que, en la época de la modernidad, el principal principio es que «la conducta, sólo la conducta, da derecho al respeto: que no lo que los hombres son, sino lo que hacen, constituye su reclamo para la deferencia»⁷⁰. Ciertamente es la conducta la que provee de autoridad a una persona. La autoridad no necesita estar a cada momento convenciendo del poder de sus argumentos y actos; hubo un convencimiento previo derivado de la eficacia, por lo que, la confianza es la que opera desde ese momento con la presunción en la razonabilidad o la eficacia de la persona a la que se ha otorgado la autoridad. Como dice Norbert Bilbeny «el poder que sólo tiene el mando tiene que ser obedecido por la fuerza; el que tiene además autoridad no la necesita, o no la necesita siempre: se basta con la palabra y sobre todo con la credibilidad de sus palabras»⁷¹. Si sumamos los elementos de los textos citados llegamos a la conclusión de que se dota de autoridad a quien tiene *dignitas*, la cual genera en la interacción con otros sujetos la autoridad. Evidentemente la *dignitas* (o prestigio) puede

⁶⁹La raíz de *auctor* es la misma que la raíz del verbo latino *augeo*, es decir, la capacidad de prever situaciones y soluciones. Por esta razón no es de extrañar que en el pensamiento político y jurídico romano en numerosas ocasiones a los hombres de Estado se les dotase de la *auctoritas patrum*, es decir, de la autoridad del padre, o del calificativo de *pater-rex* ya que, el vocablo *pater*, que es de raíz indoeuropea, tenía como idea principal la capacidad augural.

⁷⁰John Stuart Mill, «The subjection of women» en *On liberty and other writings* (edited by Stefan Collini), Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pág. 198.

⁷¹Norbert Bilbeny, op. cit., pág. 78.

ser poseída por muchas personas, pero de ahí no se deduce que esas personas tengan autoridad. Potencialmente están en mejor disposición que otras para que se les conceda autoridad, pero no existe una relación mecánica. El hecho diferencial está en la práctica, en llevar a cabo lo que se dice. Marco Tulio Cicerón lo observó perfectamente: «así también juzgo que son muy superiores por su sabiduría los que gobiernan estas sociedades con su consejo y su autoridad, a los que teorizan viviendo apartados de la vida política»⁷². El autor romano dotaba de autoridad a los «grandes hombres», pero aunque este proceso no se producía en el caso de los filósofos, no dejaba de concederles la *dignitas*:

«Yo pienso de ellos [los filósofos] que aunque muchos no tomaran parte en la administración del Estado, sin embargo, ya que investigaron y escribieron en torno al gobierno de la República, participan de alguna forma en el gobierno de la patria»⁷³.

3.3. Condiciones para la autoridad y relaciones con el poder.

El análisis de la diferencia entre autoridad, autoridad hipostatizada y falsa autoridad nos permite seguir avanzando en la clarificación de la autoridad. Al igual que el poder tenía sus fuentes, la autoridad, al venir determinada por su reconocimiento, necesita que existan ciertas condiciones elementales para que su potencialidad pueda transformarse en realidad. Estas condiciones pueden resumirse en cuatro. En primer lugar, y como consecuencia de la necesidad de reconocimiento, es necesario para su vigencia una *coincidencia en los valores estimados* dentro de una sociedad. Lo cual no impide que éstos puedan ser actualizados por las personas con autoridad. Pero esta situación, en segundo lugar, determina que debe existir un *mínimo de tradición*: «por eso en el momento en que las sociedades rompen la tradición, todo tiende a disolverse en relaciones de poder, en las

⁷²Marco Tulio Cicerón, *Sobre la República*, Madrid, Tecnos, 1992, Libro I, 3 (pág. 6).

⁷³Ibídem, Libro I, 12 (pág. 10).

que hay, ciertamente, principios de autoridad incoados, pero no realizados»⁷⁴. En tercer lugar, como desarrollo de lo anterior, se necesita que existan unas *minorías* en las que se pueda percibir la encarnación de dichos valores, una especie de vanguardia de los valores. Y, en cuarto lugar, sobre la base de los supuestos precedentes es necesario que exista alguien que desee *ejercer la función* de autoridad socialmente.

Si hasta el momento hemos visto lo que es la autoridad en su propio medio, o mejor dicho, en su propio compartimiento conceptual. Es necesario establecer las posibles relaciones que se establecen entre la autoridad y el poder, porque evidentemente la autoridad no siempre se sitúa al margen del poder, muy al contrario, generalmente las personas con autoridad acaban ocupando posiciones de poder, no tanto como fórmula de legitimación (autoridad en sentido weberiano), sino por la propia esencia de la autoridad. Anteriormente advertimos de que la autoridad establece con el poder una relación de complementariedad, es decir, la persona con autoridad tiende a ocupar cargos de poder, pero no necesita de éste; mientras, por su lado, el poder aspira a tener cierta autoridad para no parecer tan coactivo como su esencia indica (transfiguración del poder). Sin embargo, las principales relaciones que se establecen entre la autoridad y el poder podríamos calificarlas de dialécticas, incluyendo las propias relaciones de complementariedad. Caben principalmente tres posibilidades o tipos de relaciones entre el poder y la autoridad⁷⁵: 1) El poder se transforma en autoridad, lo que puede significar que: a) el poder fáctico adquiere la autoridad tanto por el reconocimiento de los sometidos como por la investidura de una autoridad superior; b) el poder se desvanece y el titular del poder conserva la autoridad propia o inherente a ese cargo de poder, o bien mantiene la autoridad personal que ha adquirido en el desempeño de ese cargo; 2) La autoridad se transforma en poder, es decir, la persona o institución que tiene autoridad es investida de poder; y 3) La autoridad y el poder entran en una relación de conflicto.

3.4. *Las formas de la auctoritas y la autoridad hipostatizada.*

⁷⁴Manuel García Pelayo, *Idea de la política y otros escritos*, pág. 159.

⁷⁵Ibídem, pág. 151 y ss.

La autoridad en su desarrollo político y social puede adoptar diversas formas, pero lo que aquí vamos a exponer son las formas esenciales⁷⁶. Según Max Weber, las formas de la autoridad son de tres tipos, o lo que es lo mismo, puede haber tres tipos de autoridad. En primer lugar, la *autoridad legal-racional*, la cual descansa en la legalidad de las personas llamadas a ejercer la autoridad porque así lo dicen las normas establecidas. En segundo lugar, la *autoridad tradicional* que, como su propio nombre indica, legitima a las personas que ejercen el dominio porque así se prescribe tradicionalmente. Y en tercer lugar, la *autoridad carismática*, la cual descansaría en la «creencia cotidiana en la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y las ordenaciones por ella creada o reveladas»⁷⁷. En resumen, para Weber la autoridad se establece y concede por medio de las normas —ejemplo típico de las democracias representativas liberales de nuestra época, aunque John of Salisbury reclamase que el príncipe debía estar sometido a la autoridad del derecho⁷⁸—, por medio de la tradición —la monarquía hereditaria es un ejemplo claro de lo que quiso expresar Weber, aunque no hay que olvidar las normas morales de comportamiento que hay dentro de toda tradición— y por medio del carisma —del cual hablaremos profundamente en el apartado del liderazgo carismático—. Sin embargo, ¿coinciden estas formas de la autoridad con el concepto que estamos manejando en este estudio?. Podemos contestar diciendo que, de forma primigenia, tanto la autoridad legal-

⁷⁶A diferencia del poder, que tiene unas fuentes perfectamente objetivadas, la autoridad no tiene unas fuentes definidas debido a las numerosas posibilidades de concesión de la autoridad. Evidentemente una persona que defienda las normas establecidas o la tradición es posible que obtenga autoridad, pero también cabe la posibilidad de que la autoridad tenga sus fuentes en el conocimiento especializado, en el correcto cumplimiento de una función e, incluso, en la presencia social. Por lo tanto, hablar de fuentes de la autoridad nos llevaría a un análisis tan extenso que no habría espacio material para el desarrollo del estudio que estamos realizando, el liderazgo político; por lo que con lo expuesto hasta el momento se cumple la función de incluir un breve estudio de la autoridad, diferenciar entre poder y autoridad, las relaciones entre ellos mismos, y la más que posible aplicación de este conocimiento en el estudio teórico y práctico del liderazgo político. Además, es necesario recordar que, mientras las fuentes del poder son sumamente objetivas, verificables, por su propia esencia, las fuentes de la autoridad no son objetivas, o al menos no todo lo objetivas que son las fuentes del poder, por la esencia propia de la autoridad como concesión por parte de otras personas. Por esta razón podría haber tantas fuentes y motivos como personas concesoras. Sin embargo, lo importante es saber diferenciar entre autoridad y poder, entre las diferentes formas que puede adoptar la autoridad, y entre las diferentes autoridades que existen.

⁷⁷Max Weber, op. cit., pág. 170.

⁷⁸Vid. Andrés Barcala Muñoz, «La Edad Media» en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política I*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 278.

racional como la autoridad tradicional sí son formas que concuerdan con nuestra concepción de la autoridad; empero, en el desarrollo histórico no siempre estas formas de autoridad pueden coincidir, sino más bien se transforman en lo que hemos llamado la autoridad hipostatizada. Por su parte, como luego veremos, la autoridad carismática es la única forma de autoridad de las expuestas por Max Weber que encaja perfectamente con la noción de autoridad aquí defendida. A estas tres formas de autoridad se podría añadir una cuarta forma de autoridad, la *autoridad del conocimiento*. El concepto de conocimiento que se está manejando no sólo implica el conocimiento filosófico o técnico, al contrario, es un concepto amplio, donde caben desde el conocimiento específico hasta el conocimiento adquirido por la experiencia en el desempeño de un cargo dado. Destacaba Cicerón a cierto tipo de personas por su buena labor al frente de la República, por la eficaz dirección que habían aportado; éste tipo de personas —sin relación con la tradición, las normas y/o el carisma— son las incorporadas en esta forma de autoridad que llamamos del conocimiento.

Podemos concluir este punto diciendo: que no hay que confundir, en primer término, la autoridad con el poder y, en segundo término, la autoridad con la autoridad hipostatizada; que la autoridad es una concesión de unos sujetos a otro sujeto o institución; que el ejercicio de la autoridad implica la libertad de elección de las personas respecto a las disposiciones de la persona u organización con autoridad; que las relaciones entre el poder y la autoridad son complementarias y dialécticas a la vez; que la popularidad no es autoridad; o que los cargos no son recipientes de autoridad, sino que son las personas quienes tienen la autoridad y, por consiguiente, hay que separar a la persona del cargo. Con esto damos por terminado el estudio previo a la conceptualización del liderazgo y el líder, aunque posteriormente hablaremos de la relación entre el líder y el poder y la autoridad.

4.) LOS CONCEPTOS DE LIDERAZGO Y LÍDER.

Comenta Joseph C. Rost que es un error típico definir el concepto de líder antes que el concepto de liderazgo porque es más importante la relación (liderazgo) que las personas que componen tal relación (líder y seguidores)⁷⁹. Aunque nosotros vamos a comenzar definiendo el liderazgo, creemos que actuar en sentido contrario no sería un error, sino otra forma de análisis que pone especial preponderancia en los actores más que en la función, porque, en contra de lo que piensa Rost, el liderazgo es una función⁸⁰. Nuestro planteamiento parte de la premisa de que es más sencillo entender lo que un líder es, si antes se comprenden los componentes de la función o la función misma, es decir, el todo antes que las partes. Además, nuestra pretensión es conocer una realidad política semejante en distintos contextos sociales, políticos e históricos, no definir papeles singulares en situaciones concretas o casos concretos de líderes. Pero entendemos que actuar en sentido contrario no tiene por qué influir en la perfecta conceptualización.

4.1. *Aproximación al y perspectivas del concepto de liderazgo.*

Comenzaremos el acercamiento al concepto de liderazgo por aquellos autores que desestiman definir el concepto de líder y sólo se centran en el de liderazgo. Para Lester G. Seligman el liderazgo sería un mero *rol representativo*⁸¹. La propuesta de Seligman, a parte de ser reduccionista, confunde la función con el rol. Advertimos al comienzo de este capítulo que el liderazgo era una función, por lo que no puede ser un rol. El rol es parte del ejercicio de la función, por lo que sería, a lo mejor, aceptable decir que el líder cumple un rol representativo, pero jamás que el liderazgo es un rol; estos tipos de análisis confunden el todo con las partes. En una dirección parecida se expresa Robert Terry para quien el liderazgo es «el coraje para mejorar y permitir que surja la acción auténtica en el

⁷⁹Joseph C. Rost, *Leadership for the twenty-first century*, New York, Springer-Verlag, 1986, pág. 54.

⁸⁰Rost piensa el liderazgo en términos de un proceso (relacional-instrumental) articulado en una serie de variables. Sin embargo, no negando que la función de liderazgo incluya, en tanto en cuanto demanda social y asimilación de roles de poder, un proceso en su interior, es cierto que incorpora numerosas variables emotivas y arquetípicas que sobrepasan los propios procesos.

⁸¹Lester G. Seligman, «The study of political leadership», *American Political Science Review*, nº 44-4, (Dec) 1950, pág. 913.

pueblo»⁸². Seguimos observando que se tiende a confundir el todo con las partes. Posiblemente el liderazgo pueda permitir el surgimiento de la acción auténtica en el pueblo, pero una función no tiene coraje, si acaso lo tendrá la persona que cumple la función de liderazgo. Además, podemos desestimar la definición de Terry pues no aclara el contexto en el que se desarrolla la propia función. Siguiendo con los autores de tipo reduccionista, Abraham Zaleznik cree que el liderazgo es «en realidad dirigir el trabajo que realizan otras personas»⁸³. La definición sigue sin tener en cuenta que el liderazgo es una función en un contexto específico, pero incluye un matiz que merece ser comentado. La fuerza del argumento de Zaleznik se sitúa en la palabra «dirigir», lo que sin mayores especificaciones podría dar lugar a una aceptación de la definición para su inclusión como parte de una definición general. Sin embargo, aunque los líderes dirigen el trabajo de otras personas, no lo hacen de la misma forma que presupone Zaleznik. Para este autor la palabra dirigir significa la utilización de una relación de poder con matices, es decir, se desecha la «vieja» fórmula burocrática de dar órdenes, por la «nueva» fórmula de hablar, de implicar en la estrategia a los subordinados, en otras palabras, de formar una familia en la empresa u otros órdenes; se intenta ofrecer una definición del «deber ser» más que de lo que realmente es. Por esta razón (establecimiento de relaciones de poder —no en el sentido de que en todo liderazgo político puede haber una posesión de poder, derivada de la posesión de autoridad—), que extraña pues Zaleznik acierta en algunas apreciaciones de los líderes, no podemos aceptar su definición⁸⁴. Acercándonos a concepciones del liderazgo que nos ayuden a comprender el fenómeno en cuestión mucho más que las anteriores definiciones, queremos incorporar al análisis la propuesta de Philip Selznik, la

⁸²Citado en Ronald Heifetz, op. cit., pág. 53, n. 49.

⁸³Abraham Zaleznik, «Directivos y líderes. ¿Son diferentes?» en V.V.A.A., *Liderazgo*, Bilbao, Ediciones Deusto-Harvard, 1999, pág. 68.

⁸⁴Zaleznik desestima «un concepto de liderazgo que concede cualidades casi místicas al concepto de líder, dando por sentado que sólo los grandes hombres son dignos de asumir un papel en el poder y la política. El liderazgo se convierte así en un psicodrama en el que una persona, brillante y solitaria, tiene que conseguir el control de sí misma como condición previa para controlar a los demás». (Ibídem). Curiosamente en su análisis de los líderes empresariales y políticos que han marcado una época, todos podrían ser considerados dentro de su ámbito como grandes hombres brillantes: Edwin Land de Polaroid y las fotos instantáneas o John F. Kennedy, por ejemplo.

cual viene derivada de su estudio de la Administración Pública⁸⁵. Según Selznik el liderazgo es «una clase de trabajo hecho para encontrar las necesidades de una situación social»⁸⁶. Evidentemente uno de los objetivos del liderazgo es encontrar las necesidades de una situación social dada para su transformación o mantenimiento, pero habría que especificar qué tipo de necesidades son las que se buscan, sobre todo, porque si hacemos caso a la pirámide de las necesidades de Abraham Maslow, algunas necesidades sociales son descubiertas y solventadas por todos los tipos de gobierno, independientemente de que cumplan la función de liderazgo o no. Si el liderazgo es, entre otros factores, una función del sistema en tiempos de crisis, las necesidades que descubre y, principalmente, intenta solventar el líder son las necesidades que llevaron al sistema a la crisis en que se encuentra. Por consiguiente, no es encontrar necesidades de una situación social en abstracto, sino una situación social específica de crisis.

Acercándonos a la exposición definitiva del concepto de liderazgo, ofrecemos a continuación la perspectiva intelectual de Joseph C. Rost. El liderazgo para Rost es «una relación de influencia entre los líderes y sus seguidores, con la intención de realizar cambios reales que reflejen sus propósitos compartidos»⁸⁷. Se podrá comprobar, cuando analicemos el concepto de líder, que uno de los componentes de la relación entre el líder y el seguidor es la influencia, aunque mejor cabría hablar de autoridad del líder, por lo que esa parte de la definición concuerda, no tanto con lo que es el liderazgo como con uno de los mecanismos utilizados por el líder, aunque la palabra clave en la definición es el concepto de cambio. Si bien es cierto que a lo largo de la historia una gran cantidad de líderes políticos han hecho campaña por el cambio, no es menos cierto que otros tantos, incluso una minoría de ellos, han surgido con la pretensión del mantenimiento del sistema. Por consiguiente, si la palabra cambio se refiere a la superación de la situación hasta la fecha vigente, la definición no es válida por su falta de objetividad histórica, sobre todo en

⁸⁵Vid. Philip Selznik, *Leadership in administration: a sociological interpretation*, New York, Harper and Row, 1950.

⁸⁶Citado en Andrew Korak-Kakabadse y Nada Korak-Kakabadse, *Leadership in government: study of the Australian public service*, London, Ashgate Publishing, 1998, pág. 13.

el caso de los líderes «conservadores». Pero si la palabra cambio se refiere a un cambio de la situación de crisis, propia del surgimiento del liderazgo, entonces sí se puede incluir en una definición general del liderazgo. Siguiendo con Rost, existen cuatro connotaciones derivadas del liderazgo⁸⁸. La primera sería que la relación de influencia entre el líder y los seguidores es un proceso para alcanzar objetivos organizacionales. Obviando, en este momento, el tema de la influencia⁸⁹, es cierto que el líder y los seguidores intentan lograr objetivos organizacionales porque, determinado por la situación de crisis, es necesario reestructurar las posibles disfunciones que hayan surgido. La segunda connotación nos dice que la relación es la capacidad para otorgar las funciones directivas del nivel superior. Si las funciones directivas no se entienden sólo desde una perspectiva de poder, sin duda el liderazgo otorga funciones de gobierno, porque el líder ha realizado una serie de propuestas para superar la crisis. La tercera connotación vendría a significar que debe existir una visión —si se entiende la visión como una aportación para superar la crisis, algo mucho más trascendente, dependiendo del contexto de crisis, que el mero proyecto de gestión— y que la gente la tiene que hacer realidad. Y la cuarta connotación se referiría a que existe una capacidad para influir sobre otros de forma no coactiva, es decir, según nuestra acepción, a través de la autoridad. Retomaremos en breve estas connotaciones de Rost.

Una autora que ha trabajado el tema del liderazgo desde una perspectiva poliédrica nos ofrece una definición que bien puede complementar los elementos que hasta el momento estamos ofreciendo. Barbara Kellerman dice que el liderazgo es:

«El esfuerzo de los líderes —quienes pueden mantener, pero no necesariamente, posiciones de autoridad— para engarzar a los seguidores en el esfuerzo de la consecución

⁸⁷Joseph C. Rost, op. cit., pág. 102.

⁸⁸Ibídem, pág. 38 y ss.

⁸⁹Ann Ruth Willner manifiesta que el liderazgo denota simplemente «un relativamente sostenido y asimétrico ejercicio de influencia por un individuo, el líder, sobre otros, los seguidores» (*The spellbinders*, New Haven, Yale University Press, 1984, pág. 5). Las apreciaciones posibles a esta definición son similares a las que ofrecimos para el caso de Rost.

de objetivos mutuamente acordados. Estos logros representa un significativo, más que incrementar meramente, cambio»⁹⁰.

Hay que analizar con detenimiento la cita de Kellerman porque nos puede ayudar en nuestro camino hacia una plena conceptualización del liderazgo. Dejando de lado que, como el resto de las definiciones dadas hasta el momento, no se hace referencia alguna al contexto social en el que surge el liderazgo, comenzaremos por el tema de la autoridad. La autora estadounidense afirma que los líderes no mantienen necesariamente posiciones de autoridad, lo que es cierto si seguimos nuestras propias conclusiones del estudio de la autoridad. Es cierto que los líderes no necesitan tener esos receptáculos de autoridad hipostatizada para cumplir con el rol que les demanda la función de liderazgo, sin embargo, los líderes sí tienen autoridad o *auctoritas*, lo que es muy diferente. Continuando con el análisis concreto de la definición, se dice que el líder y los seguidores han acordado mutuamente los objetivos y que la misión del líder es engarzar a los seguidores en el esfuerzo de la consecución de aquéllos. Vayamos por partes. La expresión acuerdo mutuo entre líderes y seguidores no es acertada para escenificar lo que realmente acontece. El líder, en este momento potencial, ofrece una serie de soluciones a la crisis que ha generado la demanda de la función de liderazgo, y los seguidores analizan las posibilidades de éxito de esas soluciones que, si concuerdan con sus preferencias, promueven el apoyo y seguimiento hacia aquella persona. Por lo tanto, no se puede hablar de acuerdo mutuo puesto que no ha habido un intercambio entre el líder y los seguidores sobre las posibles soluciones, sino que, más bien, ha habido una especie de pacto tácito de apoyo a ese proyecto entre ambos sujetos. En definitiva no se puede hablar de un acuerdo mutuo, porque uno (líder potencial) ofrece y otros (seguidores) aceptan o no. En la segunda parte, de la definición que estamos analizando, se habla del engarzamiento en el esfuerzo. Creemos que esta presunción presenta numerosos elementos contradictorios⁹¹ porque, si

⁹⁰Barbara Kellerman, *Reinventing leadership*, Albany, State University of New York Press, 1999, pág. 10.

⁹¹Creemos que si, en la propia dinámica de Kellerman, los acuerdos han sido mutuos, no se necesita un esfuerzo soberano para convencer a las personas que actúen en la vía que marcaron conjuntamente. Si el líder acuerda con los seguidores que hay que tomar la Bastilla, nos parece que no será líder si tiene que ir

los seguidores libremente aceptan las soluciones ofrecidas por el líder y deciden seguirlo, es porque han valorado los esfuerzos que habrán de hacer en el camino hacia la solventación del problema. Cuestión bien distinta es que el líder tenga que, de vez en cuando, explicar nuevos problemas, y por ende nuevos esfuerzos, que vayan surgiendo en el desarrollo de las soluciones; pero en ningún caso han de estar permanentemente pidiendo un esfuerzo en la consecución de los objetivos como se desprende de la definición de Kellerman.

4.2. *Definición del concepto de liderazgo.*

Otro politólogo, y maestro de Kellerman, es James MacGregor Burns, quien define el liderazgo como:

«Líderes induciendo a los seguidores a actuar por ciertos objetivos que representan los valores y motivaciones —los deseos y necesidades, las aspiraciones y expectativas— de ambos, líderes y seguidores»⁹².

La definición de Burns contiene numerosos elementos de lo que es el liderazgo, pero no es necesariamente cierto que los líderes induzcan siempre a los seguidores a actuar, en ciertas ocasiones más bien sucede al contrario, que piden tener las manos totalmente libres para hacer y deshacer. Los seres humanos vivimos, actualmente, en sociedades complejas —en otras épocas posiblemente se pensase que se vivía en una sociedad sumamente compleja— en las cuales existe la tendencia a dejar en manos del líder la responsabilidad de la actuación, más que actuar por sí mismo. Entonces, si las personas tienden a dejar la responsabilidad de los actos —con esto no queremos decir que los seguidores no actúen,

detrás de cada uno de los seguidores para lograrlo. El líder no necesita, o no siempre necesita, hacer ese tipo de esfuerzos porque previamente a la actuación habrá introducido suficientes elementos motivacionales para que todos actúen; y si no ha sido así, seguramente no sea un líder. El problema principal que encontramos en la definición de Kellerman es que la autora, a pesar de ser politóloga, está demasiado influenciada por las corrientes empresariales del liderazgo («Nuevo liderazgo»); las cuales, por su parte, yerran en la mayoría de las ocasiones con sus descripciones, como ha sido demostrado a lo largo de este análisis, porque tienen como fundamento la prospectiva y no los hechos reales.

que lo hacen, en según qué casos, de acuerdo a sus capacidades—, la definición de Burns no sería completamente válida y sólo podría aplicarse a algún caso concreto como puede ser el ejército, la empresa y ciertas organizaciones sociales. Burns, como otros autores (citados y no citados), analiza el liderazgo acomodándolo a sus propias posturas, no según nos muestran los hechos objetivos de la sociedad y la historia; volvemos, pues, a encontrarnos con definiciones del «deber ser» o prospectivas, no del «ser». La española María Amalia Rubio encuentra la clave del asunto que estamos tratando, proporcionando una definición que se basa, al contrario que las analizadas hasta el momento, en los hechos y no en los deseos. Para Rubio el liderazgo es «un proceso de mediación compleja entre la personalidad del líder, las esperanzas de sus seguidores, las circunstancias y una serie de metas»⁹³. Estudiemos al detalle la definición de María Amalia.. Sin lugar a dudas, el liderazgo es una relación o interacción, compleja por la gran cantidad de apelaciones al subconsciente de las personas, a la parte irracional de cada uno, ya que nos encontramos en una situación de crisis. Como decía Manuel García Pelayo, «la razón no puede aquí hacer nada, puesto que dándose la situación de angustia en un plano irracional, la razón está destinada a fracasar en el empeño de allanarla»⁹⁴. Merece la pena recordar lo que decíamos en las primeras páginas de este capítulo respecto a la situación de crisis que desemboca en la función de liderazgo. Ante una situación de crisis el sistema, o bien encuentra una solución a través de las normas establecidas (solución totalmente racional) para tal situación, o bien demanda una función de liderazgo que solvente la crisis. Pues bien, la demanda de liderazgo, a pesar de llevar incorporada elementos racionales, posee numerosos elementos irracionales. No tener en cuenta esta situación, puede hacernos olvidar, como le ocurre a María Amalia Rubio, que tan importante como la personalidad del líder es el estado de ánimo del grupo y/o los potenciales seguidores.

Se habla de las esperanzas de los seguidores como separadas de las esperanzas del líder. Si lo que se pretende con la función del liderazgo es solventar la crisis, ésta será

⁹²James MacGregor Burns, *Leadership*, New York, Harper and Row, 1978, pág. 19.

⁹³María Amalia Rubio, *Un partido en la oposición: el Partido Socialista Popular*, Granada, Editorial Comares, 1996, pág. 191.

la esperanza de ambos, independientemente de que unos apunten hacia las soluciones de un líder y otros hacia las de otro. En todos los casos posibles de liderazgo las esperanzas serán las mismas, aunque pudiese darse el caso de ir en direcciones distintas: unas hacia el restablecimiento de la situación anterior a la crisis, y otras hacia el cambio de la situación precedente, lo que compondría el elemento de las metas. Pero donde acierta plenamente María Amalia Rubio es en destacar el papel de las circunstancias —no se entiendan ni en el sentido orteguiano, ni en el sentido marxista—, aunque no especifica cuales son éstas. Las circunstancias de la crisis pueden ser variadas, pero la situación —a esto se refiere Rubio cuando habla de circunstancias— es siempre la misma, una situación de crisis, y hasta el momento ningún autor de los analizados había hablado del tema, la clave central para conocer lo que es el liderazgo, y más el liderazgo político. Ha llegado, pues, el momento de exponer qué entendemos nosotros por crisis. El Diccionario de la Real Academia Española propone dos acepciones que son totalmente válidas para comprender el fenómeno: por un lado, se puede entender la crisis como una «mutación importante en el desarrollo de otros procesos, ya de orden físico, ya históricos o espirituales»; y, por otro lado, la crisis puede ser «la situación de un asunto o proceso cuando está en duda la continuación, modificación o cese». Si queremos acercar más la definición al ámbito de las ciencias sociales, podemos contar con la definición que nos ofrece Gianfranco Pasquino: «[La crisis es] un cambio cualitativo en sentido negativo o positivo, una vuelta sorpresiva y a veces hasta violenta y no esperada en el modelo normal según el cual se desarrollan las interacciones en el interior del sistema en examen»⁹⁵. A la vista de estas definiciones se comprende que una situación de crisis puede tener múltiples caras y variables, pero la solución siempre se divide entre las normas establecidas o la función de liderazgo.

Nos encontramos cerca de poder definir plenamente el liderazgo, pero antes de ofrecer la concepción que creemos más acertada, es necesario hacer un inciso en la definición que nos ofrecen Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, la cual nos ayudará a

⁹⁴Manuel García Pelayo, *Los mitos políticos*, pág. 109.

⁹⁵Gianfranco Pasquino, «Voz: Crisis» en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Ciencia Política*, Madrid, Siglo XXI, 1983, (2 vols.).

apuntalar nuestra propia conceptualización. Según los dos autores italianos el liderazgo es un papel (o función) que:

«a) se desempeña en un contexto específico de interacción y refleja en sí mismo (y en su “contenido”) la situación de ese contexto; b) manifiesta ciertas motivaciones del líder y requiere ciertos atributos de personalidad y habilidad, además de ciertos recursos en general, que son todos (motivaciones, atributos y recursos) variables del papel en función de su contexto; c) está ligado a las expectativas de sus seguidores, con sus recursos, demandas y actitudes»⁹⁶.

La definición de los autores italianos especifica claramente que el liderazgo en una función motivada por un contexto concreto, que ellos no aclaran, pero que nosotros podemos afirmar que es un contexto de crisis. La variable principal en la determinación de la función es el contexto de crisis, en virtud de la posible solución a los problemas que provocaron la crisis. Por esta razón, la primera parte de nuestra definición podría quedar de la siguiente manera: *el liderazgo es una función que se desempeña en un contexto específico de crisis*. Sin embargo, y al albor de este primer acercamiento a la definición, no opinamos de la misma manera que los autores italianos en lo referente a ciertas partes de lo que sigue en su conceptualización. Por un lado, ya dijimos que las expectativas de los seguidores no eran independientes de las expectativas del líder potencial, al contrario, si los seguidores optan por un líder potencial y no por otro, es porque comparten expectativas similares. Por lo tanto, creemos que no cabe hablar de expectativas concretadas en alguno de los sujetos intervinientes en la interacción.

Coincidimos con los autores italianos, por otro lado, en la determinación del contexto sobre las variables de la función. Evidentemente, la situación de crisis provoca que sean cierto tipo de personalidades, o atributos de personalidad, y no otros los que se

⁹⁶N. Bobbio y N. Matteucci, op. cit., «Voz: Liderazgo». Según recoge el profesor Natera —*El liderazgo político en la sociedad democrática*, Madrid, CEPC, 2001, pág. 204—, la «Voz», y por ende la conceptualización, corresponde a O. M. Petracca (edición de 1982). En la edición que nosotros utilizamos (1983) tal autor no aparece citado. María Amalia Rubio utiliza (en su op. cit., pág. 189) la misma versión que

demanden para solucionar la crisis; los recursos a utilizar también están determinados por el contexto, principalmente, porque algunos recursos han sido desestimados (la utilización de fórmulas convencionales como las normas) antes de llegar a demandar una función de liderazgo. Sin embargo, como sucedía con las expectativas de los seguidores, no se puede separar las motivaciones del líder de las motivaciones de los seguidores. El líder puede estar motivado a actuar por todos los factores que se deseen (el bien patrio, la revolución, la falta de moral, etc.), pero estas motivaciones vienen ya reflejadas en las expectativas de ambos, líder y seguidores; y la principal motivación es superar la crisis desde cierto punto de vista o expectativa. Por ello, creemos que el papel de las motivaciones del líder no es tan importante como afirman los autores italianos, en tanto en cuanto está incorporado en las expectativas —a no ser que se refieran a motivaciones espurias—. A fin de terminar de perfilar nuestra definición, tan sólo nos cabe hablar de la forma en que se ejerce la función de liderazgo, es decir, la interacción entre el líder y los seguidores. Los autores italianos prefieren hablar de un contexto de interacción o, entendiéndolo como sinónimo, una situación de interacción. Nosotros preferimos hablar de un proceso complejo de interacción, tal y como recogía María Amalia Rubio, porque, en la interacción entre el líder y los seguidores, existe una génesis —la presentación del líder potencial de las posibles soluciones para salir de la crisis y de las expectativas de futuro—, una formación —las personas se convierten en seguidores al compartir las esperanzas y las expectativas del, ahora ya, líder—, una continuidad —o bien el líder alcanza el gobierno y se dispone a solucionar los problemas y los seguidores siguen apoyándole, o bien el líder no consigue alcanzar el gobierno y los seguidores siguen prestándole su apoyo, en la creencia de que sus planteamientos, mientras no se demuestre lo contrario, son los más factibles o mejores— y, como no, una extinción —una vez logradas y superadas las expectativas la función de liderazgo se disuelve—. Por lo tanto, se puede decir que la interacción entre el líder y los seguidores es un proceso complejo de interacción. De esta manera la definición de liderazgo que proponemos es la siguiente:

la nuestra y tampoco recoge a Petracca como autor. Sin embargo, queríamos dejar mención de la posible autoría de la «Voz».

«El liderazgo es a) una función que se desempeña en un contexto específico de crisis, a través de b) un proceso complejo de interacción entre el líder y los seguidores, donde c) tienen especial importancia la personalidad del líder, los recursos y las expectativas del grupo, que están determinados por el contexto».

4.3. Aproximación al y perspectivas del concepto de líder.

Una vez que sabemos en que consiste la función de liderazgo conviene desentrañar las partes que componen dicha función, de esta manera se entenderá con mayor precisión el fenómeno estudiado. Empezando por el rol más destacado, el líder, es necesario recordar, a modo de advertencia, las palabras del politólogo Ronald A. Heifetz: «llamamos rutinariamente líderes a quienes ocupan altas posiciones de autoridad [poder], aun cuando, si uno reflexiona sobre ello, reconoce fácilmente la falta de liderazgo con que se desempeñan»⁹⁷. Comúnmente se tiende a pensar que desempeñar una función de gobierno es lo mismo que desempeñar una función de liderazgo, o lo que es lo mismo, que el gobernante es líder y viceversa. Sin embargo, y esto es algo que quedará plenamente diferenciado en estos párrafos, la realidad de los hechos nos muestra tozudamente que eso no es así, o cuando menos no siempre es así, como adelantamos al hablar del error metodológico del funcionalismo. Por nuestra parte seguiremos una actuación similar a la utilizada para descubrir la definición de liderazgo, es decir, analizar lo que han opinado ciertos investigadores antes que nosotros mismos, tomando lo que tienen sus estudios de válido y desechando aquello que creemos no encaja perfectamente con la realidad de los hechos. El punto de partida de este análisis puede comenzar perfectamente con la definición que en 1964 nos ofreció E. P. Hollander, quien califica al líder como «un individuo con un estatus que le permite ejercer influencia sobre otros»⁹⁸. La definición, apriorísticamente hablando, parece ser válida para nuestro propósito de concretar lo que un

⁹⁷Ronald A. Heifetz, op. cit., pág. 83.

líder es, empero, hay que analizar la estructura lingüística de la conceptualización a la vista del significado que tiene ésta para el propio autor, sin dejar de lado su validez teórica. En primer término, conviene resaltar que fija el liderazgo en un «individuo», en una persona, lo cual es parcialmente falso. El ejercicio del liderazgo general y mayoritariamente ha sido desempeñado por un individuo, por una sola persona, pero existen casos a lo largo de la historia en que se demuestra la existencia de lo que podemos llamar un liderazgo colectivo, es decir, la existencia de un grupo de personas (dos o más) que ejercen la función de liderazgo. Un ejemplo de esto que estamos diciendo lo encontramos en el Partido Socialista Obrero Español de finales de los años veinte y principios de los años treinta del siglo XX. La troica formada por Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto ejercía la función de liderazgo del partido e, independientemente, de las posiciones ideológicas que representasen cada uno de ellos, no se puede hablar de que uno u otro fuese el líder de la organización, sino que eran los tres el «líder» del partido a los ojos de sus seguidores. Por lo tanto, no cabe hablar de que el líder sea un individuo, en todo caso un rol, aunque en la mayoría de las ocasiones este rol sea desempeñado por una sola persona⁹⁹.

Siguiendo con el análisis de la definición propuesta por Hollander, conviene hacer hincapié en el concepto de estatus y su relación con la influencia tal y como lo entiende el autor estadounidense. Normalmente el estatus en la teoría sociológica, concretamente en el funcionalismo, tiene el sentido de rol social, pero en el estudio de Hollander no se puede advertir plenamente esto. Al analizar las repercusiones del liderazgo en los grupos, Hollander dota al estatus de un sentido cercano a la posición de poder, la cual será la que permita ejercer la influencia. Esto no es totalmente cierto. Si bien el líder amplifica su capacidad de influencia ostentando un estatus de poder, no es menos cierto que la influencia no viene derivada del cargo, sino del líder y determinada por el contexto.

⁹⁸E. P. Hollander, *Leader, groups and influence*, New York, Oxford University Press, 1964, pág. 16.

⁹⁹Por nuestra parte utilizaremos en este estudio el concepto de líder entendiendo que, dentro de este rol, cabe la posibilidad de que sea desempeñado por un grupo de personas, aunque por mor de una narración más ágil se obvie estar aclarando en todo momento la especificidad que hemos advertido entre líder y

Es la autoridad del líder la que provoca estar en posesión de un estatus, no al contrario, es decir, no es el estatus el que le permite ejercer el liderazgo y la influencia, sino que es el ejercicio del liderazgo y la influencia el que le permite al líder ostentar un estatus. De este tipo de confusiones ya nos advirtió Robert C. Tucker al hablarnos de los *líderes no constituidos*¹⁰⁰, es decir, personas que sin ocupar posiciones de poder, ejercen la función del liderazgo. La definición de Hollander, sin embargo, nos permite dilucidar que en el ejercicio del liderazgo, el líder influencia a los seguidores. Es decir, el líder es una persona que tiene autoridad, mejor dicho, que le han dotado de autoridad los seguidores. La autoridad —o *auctoritas* que diría Manuel García Pelayo— es un concepto clave en el contexto del liderazgo. Si se recuerda el estudio previo de la autoridad (vid. supra), allí expresamos que ésta mantenía una relación especial con el líder, pues bien, si el líder tiene la capacidad de ejercer influencia es porque los seguidores le han conferido autoridad al líder, ya que la autoridad se ejerce a través de la influencia, del buen consejo como diría Cicerón. Antes, incluso, de ocupar una posición de poder el líder tiene autoridad y capacidad de influencia; sin embargo, hay otros gobernantes que la autoridad la obtienen *a posteriori*, o no la obtienen nunca por sí mismos (las relaciones dialécticas entre el poder y la autoridad). Esto no diferencia al líder de otro tipo de personas que también pueden tener autoridad, pero en el contexto de la política es importante señalar que *para llegar a ser líder se necesita tener autoridad*, en el sentido que se ha expresado en este capítulo.

La definición de Hollander, a pesar de abrirnos el camino del estudio, no nos ha aclarado plenamente el significado, por lo que deberemos bucear en el proceloso mundo de los diccionarios de las ciencias sociales¹⁰¹ con el fin de encontrar una definición que nos

liderazgo colectivo o líder colectivo. Por eso, aunque individualicemos la narración, se entiende que incluye un plural.

¹⁰⁰Robert C. Tucker, *Politics as leadership*, Columbia, University of Missouri Press, 1981. De igual manera se expresa Jean Blondel cuando nos dice que «un líder es alguien que influencia a un grupo independientemente de si está a la cabeza de ese grupo». (Op, pág. 13).

¹⁰¹Queremos expresar en esta nota a pie de página nuestro profundo pesar por la escasez de definiciones del concepto de líder que existen dentro de los estudios del liderazgo, sobre todo cuando hemos consultado bastantes decenas de autores que han trabajado el tema y pocos han sido los que han definido el sujeto de su estudio, dando por supuesto que tal conceptualización era conocida de antemano por los lectores/científicos. Evidentemente, conocer la función general del liderazgo es muy importante en estos

ayude a comprender mejor el concepto de líder. En el diccionario escrito por Andrés Sierra Rojas se define al líder como «el director, jefe, caudillo, conductor de un partido político, de un grupo social o de otra colectividad»¹⁰². En la misma línea se expresa Rodrigo Borja, para quien el líder es «el jefe o conductor de un grupo social. Más concretamente: el que encabeza, guía, acaudilla o motiva un gobierno, un partido, un movimiento o una operación política»¹⁰³. Las definiciones de los dos autores no aportan la claridad deseada en este estudio porque añaden conceptos, algunos sumamente antitéticos, al concepto general, sin llegar a una síntesis final. Parece que ambos autores piensan que el concepto se puede definir añadiendo concepto tras concepto en una operación de analogía del tipo A es B y C y D, etc., sin percatarse de que el concepto en sí no ha sido realmente definido. Además, incurren en el error funcionalista, al asemejar rotundamente la condición de jefe a la de líder, cuando se ha demostrado en este mismo estudio que tales roles pueden estar completamente separados. Además, ¿es lo mismo un director que un caudillo, o un conductor político, o un guía?. Evidentemente no son lo mismo unos que otros. En un sentido similar se expresa Joseph A. Schlesinger al decir que los líderes son «simplemente aquellas personas que mantienen o buscan el cargo en el nombre de un partido político»¹⁰⁴. Esta definición nos parece de un reduccionismo excesivo pues, en numerosos casos, los contendientes no tienen ningún tipo de liderazgo en el contexto electoral, sobre todo si pertenecen a partidos políticos prácticamente artificiales —ejemplo claro de esto es el PAPI (Partido de Autónomos y Pensionistas Independientes)—, y, en el supuesto de que Schlesinger se refiriese tan sólo a los partidos con posibilidades de conseguir algún escaño, la noción de líder también sería errónea. Tomemos el caso de un partido de ámbito regional (en contraposición a estatal), el líder del partido político puede o bien tener un cargo simbólico y orgánico (caso del PNV), o bien ser el presidente de una institución regional (caso CiU). En la primera situación, el candidato a la presidencia de la institución

estudios, pero desconocer las partes del todo nos puede llevar a errores sustanciales para la comprensión del fenómeno.

¹⁰² Andrés Serra Rojas, *Diccionario de ciencia política*, México D. F., FCE, 1998, «Voz: Líder».

¹⁰³ Rodrigo Borja, *Enciclopedia de la política*, México D. F., FCE, 1997, «Voz: Líder».

¹⁰⁴ Joseph A. Schlesinger, «Political careers and party leadership» en Lewis J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, New York, John Wiley & Sons, 1967, pág. 266, n. 1.

regional no sería el líder, sino una persona interpuesta, la cual ejercerá la jefatura de la región, mientras que la orientación política seguiría recayendo en manos del líder. En el segundo caso, el líder del partido político, que, a su vez, es presidente de la institución regional, es la persona encargada de marcar la política del partido en el ámbito estatal y el encargado de discutir las cuestiones claves con el máximo dirigente del Estado; los electos no serían líderes sino diputados o representantes del partido regional en la cámara estatal. Como queda comprobado en ninguno de los dos casos los contendientes electorales son líderes, por lo tanto, la definición de Schlesinger no resulta válida¹⁰⁵.

4.4. *Definición del concepto de líder.*

Las definiciones presentadas tan sólo nos han servido para conocer ciertos aspectos del concepto de líder, pero no nos ayudan a comprender el fenómeno en sí mismo. Debemos, por lo tanto, buscar las concepciones de otros autores con el fin de llegar a una conclusión eficaz. Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, en su diccionario, defienden que los líderes son aquellas personas que:

«a) dentro de un grupo, b) detentan tal posición de poder que influye en forma determinante en las decisiones de carácter estratégico, c) poder que se ejerce

¹⁰⁵Nos gustaría aprovechar este pie de página para hacer un inciso metodológico, pues existe un grupo de autores —Giovanni Sartori es el más destacado— que introducen códigos ajenos a lo que debe ser la ciencia social en la investigación. Así el autor italiano expresa profundamente que «no deben denominarse ni considerarse líderes a los dictadores» (*Teoría de la democracia. 1. El debate contemporáneo*, Madrid, Alianza Editorial, pág. 169, n. 2). Con esta afirmación Sartori está introduciendo elementos morales en la definición de un concepto político y social que, aunque no estemos de acuerdo personalmente con la forma en que se ejerce ese liderazgo, no podemos por más que definirlo asépticamente, como lo que es, nunca como lo que debe ser o nos gustaría que fuese. Las concepciones del «deber ser» entroncan con el plano filosófico, ético y moral, no con el análisis de la realidad y la historia; si encontramos que un líder es un dictador, los científicos sociales y políticos, debemos analizar el hecho tal como es, y a partir de esa comprobación, y utilizando los medios disponibles, pasar a la teorización del «deber ser». Pero no se puede hacer, como hace Sartori, descatalogar ciertos acontecimientos históricos y políticos por el mero hecho de que no encajan con nuestro concepto personal del «deber ser». Por esta razón, creemos que, si queremos hacer ciencia política, hay que decir que Hitler fue un líder, independientemente de que fuera un dictador o una bella persona, lo cual acompañará al estudio como calificación. Además, muchos líderes dictadores han tenido una legitimidad mucho mayor que otros políticos que eran muy democráticos. Y todo esto sucede porque, nos guste o no, el liderazgo político no siempre entiende de crueldades y ataques contra la humanidad.

efectivamente, d) y que encuentra una legitimación en su correspondencia con las expectativas del grupo»¹⁰⁶.

Dejan claro los autores italianos que el líder pertenece al grupo y, obviamente, esto es así, pero no aciertan totalmente en el resto de la definición. Se insiste en la detentación de la posición de poder como factor para influir en las decisiones de carácter estratégico. Siendo verdad que los líderes influyen determinadamente en las decisiones de carácter estratégico —no se olvide que la función de liderazgo se ejerce en una situación de crisis y lo que se pretende es superarla— y, como dijimos al analizar la definición de Hollander, el líder tiene poder o una posición de poder por ser líder, no al contrario, ser líder por tener una posición de poder. Además, ya se dijo, los líderes tienen influencia porque los seguidores les han dotado de autoridad y han confiado en ellos para solventar la crisis, por lo que, cualquier decisión estratégica en el sentido de superación del contexto, estará influida por el líder. El punto c) nos advierte que el poder se ejerce con efectividad, lo que es perogrullesco. Si el poder que se ha obtenido, en virtud del liderazgo, no se ejerce con efectividad, dejará de ser líder en breve tiempo, porque no aportará la principal solución, la superación de la crisis. En el punto d) dicen Bobbio y Matteucci que ese ejercicio del poder debe estar legitimado en correspondencia a las expectativas del grupo. Como expusimos al analizar el concepto de liderazgo, las expectativas del grupo no son diferentes de las expectativas del líder, ya que el líder es parte del grupo; es más, llega a ser líder porque sus propuestas de solución se acercan o coinciden con las expectativas del grupo, llegando, incluso, a generar el líder estas expectativas —ante unos seguidores que sólo tienen claro que quieren salir de la crisis—¹⁰⁷. Por consiguiente, si el líder actúa en sentido contrario a las expectativas que había propuesto, le será retirada la confianza del

¹⁰⁶Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, op. cit., «Voz: Liderazgo».

¹⁰⁷Joseph A. Schumpeter aclara perfectamente el tema de las expectativas y las voliciones que estamos tratando: «Tales voliciones [de grupo] no se afirman directamente, por regla general. Aun cuando sean vigorosas y definidas, permanecen latentes, con frecuencia por espacio de décadas, hasta que son llamadas a la vida por algún *leader* político que las convierte en factores políticos». (op. cit., tomo II, pág. 345).

grupo, porque el liderazgo es una atribución de un sujeto (seguidores) a otro sujeto (líder), nadie se « nombra » a sí mismo líder.

Aunque la cita de Bobbio y Matteucci no nos sirve para nuestro propósito de definir al líder, nos ha servido para recordar la importancia de la influencia y su relación con las decisiones estratégicas y las expectativas del grupo. Además, en el desarrollo del análisis de la definición de los autores italianos hemos descubierto una condición fundamental para comprender lo que el líder realmente es. Como nos recuerda Jean Blondel el líder es « una persona la cual es capaz de modificar el curso de los acontecimientos »¹⁰⁸. Si un líder tiene tal reconocimiento es porque, determinada como está la función de liderazgo por la crisis, es capaz de solventar esos acontecimientos, ese estado de cosas, sino no seguirá siendo líder. Lo que es válido para los líderes que alcanzan el gobierno, también es válido para los líderes que pueden no haber triunfado, ya que dentro del grupo se entiende que de ser su líder el que gobernase los acontecimientos se superarían de mejor forma; aunque esta situación de oposición no siempre se mantiene en grupos laxos en sentido ideológico, mientras que en concepciones ideológicas penetrantes y fuertes, cuasi carismáticas, como las que podemos encontrar en partidos confesionales, nacionalistas y/o comunistas, la situación descrita tiene mayor perduración temporal. Vemos que la modificación de los acontecimientos no tiene tanto que ver con la influencia como se suponía en algunas definiciones utilizadas anteriormente, pero tampoco la influencia se limita al ámbito de las decisiones y las expectativas. Como dice Howard Gardner, los líderes son personas que « mediante la palabra y el ejemplo personal, influyen acusadamente en las conductas, pensamientos y sentimientos de un número importante de sus congéneres humanos »¹⁰⁹. El liderazgo político no sólo es una función para superar una crisis (restablecimiento del sistema, modificación del sistema o superación del sistema), sino que incluye dentro de sí un componente emotivo sumamente importante como para no ser desechado. Será Leonardo Morlino quien explique mejor esta situación cuando al definir a los líderes dice que éstos son « aquellos individuos y grupos que ejercen más

¹⁰⁸Jean Blondel, op. cit., pág. 15.

influencia que los otros en la distribución de valores»¹¹⁰. Si entendemos los valores en un sentido amplio —que incluya sentimientos y valores morales y políticos—, podemos observar que el líder en el ejercicio de su rol influye determinantemente en su configuración, porque el líder no sólo habla a la parte racional de los seguidores, sino, también, a la parte emotiva de las personas. No hay que olvidar que la parte racional (superar la crisis) es sumamente importante en el liderazgo, aunque existan autores, como Schumpeter¹¹¹, que sólo ven, dentro del mundo de la política, a ciudadanos con poca prestación mental y de comportamiento infantil.

La definición del concepto de líder está prácticamente delimitada, pero conviene antes recordar que hay una diferencia sustancial entre el significado que tiene un líder y otros tipos de políticos para el grupo al que pertenecen. La diferencia a la que hacemos referencia es la indispensabilidad del líder para el grupo¹¹². Si una persona no es un líder, sino que solamente está a la cabeza del grupo, en caso de dejar el puesto no provoca ningún tipo de catarsis colectiva, sin más preámbulo, que el establecido en las normas sucesorias, es reemplazado por otra persona. Sin embargo, ante la desaparición inesperada de un líder, el grupo entra en un período de angustia, de trauma, que puede llegar a provocar una crisis de identidad, hasta que se encuentra una persona que sucede al que fue líder, aunque esta otra persona no tiene por qué ser un líder —la solución a la crisis vía normas establecidas—. Hemos incorporado un matiz cualitativo en la desaparición del líder porque, si es el propio líder quien avisa con tiempo que se va a ir, las emociones de los seguidores, aunque ciertamente algo turbadas, están contenidas a la espera de ver la solución que les puede ofrecer el propio líder, la cual será aceptada en un principio. Pero si el líder cesa en su función de forma inesperada, por los motivos que sean, el grupo se resiente notablemente porque, al fin y al cabo, como veremos al tratar del mito, el *líder*

¹⁰⁹Howard Gardner, op. cit., pág. 23.

¹¹⁰Citado en María Amalia Rubio, op. cit., pág. 192.

¹¹¹«Así, pues, el ciudadano normal desciende a un nivel inferior de prestación mental tan pronto como penetra en el campo de la política. Argumenta y analiza de una manera que él mismo calificaría de infantil si estuviese dentro de la esfera de sus intereses efectivos. Se hace de nuevo primitivo». Joseph A. Schumpeter, op. cit., tomo II, pág. 335.

¹¹²Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996 (2 vols.), vol. 1, pág. 124.

simboliza la identidad del propio grupo o al grupo mismo. Finalizado el análisis nuestra definición sería la siguiente:

«El líder es aquella persona, dentro de un grupo dado, que: a) tiene la capacidad de influir en la distribución de valores, en las expectativas y en las decisiones estratégicas; b) simboliza, interior y exteriormente, la identidad del grupo; y c) es capaz de modificar el curso de los acontecimientos».

4.5. Poder, autoridad y líder.

La función del liderazgo no es principal y primordialmente una relación de poder, es más bien, como se dijo, una relación de autoridad; pero esta aseveración no impide que por debajo de esa relación de autoridad, se establezcan relaciones de poder. Un líder casi nunca puede actuar de manera absoluta, existen ciertas cortapisas a su autoridad y su poder. Como vimos al analizar las fuentes del poder, los distintos centros de poder posibles tienden a equilibrarse unos a otros, aunque es cierto que, dependiendo de la época histórica, existen unos poderes que predominan sobre los otros; y en la época de la modernidad, sin duda, la primacía recae en el poder económico. El núcleo de poder que predomina en una época tiende a determinar las relaciones entre el resto de poderes y él mismo; lo que no significa que los demás poderes pierdan, por eso, su poder; pero éste sí se ve limitado. La existencia de varios núcleos de poder provoca, además de la limitación del poder del líder, la posibilidad de que tomen presencia en la escena social numerosos líderes. Por ejemplo, frente a un líder político, pueden surgir otros líderes políticos, o líderes económicos, o líderes militares, o líderes sociales, o líderes religiosos. Por consiguiente hay que desechar de nuestras mentes la presunción de que la presencia de un líder expulsa la posibilidad de la existencia de otro tipo de líderes. El líder no es absoluto e, incluso, en el caso de los líderes carismáticos, el poder que tiene el líder está limitado. También cabe la posibilidad de que un líder sea líder de varios núcleos de poder; esto es lo usual en el liderazgo político, se es líder político, económico y/o religioso/social debido al

contexto específico del liderazgo. Para llegar a ser líder político se ha de contar con, al menos, el apoyo de una parte importante de los demás núcleos de poder, porque esos núcleos de poder también se encuentran estructurados en grupos más pequeños que luchan por la primacía dentro del propio núcleo de poder —salvo la excepción de relaciones de poder antagónicas—. Si un líder político pretende unas reformas económicas que perjudican a los grandes empresarios, tal vez cuente con el apoyo de los pequeños y medianos empresarios, es decir, el líder buscará sus apoyos entre los posibles antagonistas del resto de núcleos de poder según sean sus pretensiones.

Lo importante, sin embargo, es establecer cómo se ejecuta el liderazgo. Principalmente el liderazgo se ejerce a través de la autoridad, no del poder, lo que no significa que el poder, concretamente los medios del poder al alcance del líder, no sea utilizado. El liderazgo político, que es el que nos interesa en este estudio, actúa a través de la autoridad, hasta que consigue el poder. A partir de ese momento utiliza tanto la autoridad como el poder para gobernar, ya que coinciden tanto la función de liderazgo como la función de gobierno. Esto no significa que el líder político deba ostentar también el cargo de gobierno, perfectamente puede gobernar por persona interpuesta utilizando su autoridad y el posible poder social. Si se recuerdan las relaciones dialécticas que se establecen entre el poder y la autoridad, el liderazgo político es aquella relación en la cual una persona con autoridad es investida de poder. Porque tener autoridad no sólo significa influir, sino que también se puede gobernar sutilmente como dice Norbert Bilbeny. Por consiguiente, el líder político tiene autoridad, pero también tiene poder, sobre todo si media alguna organización entremedias. Que un líder político tenga autoridad no supone que no puedan haber otras personas con autoridad; tener autoridad no significa ser líder de una manera mecánica, aunque, bien es cierto que las personas que tienen autoridad, pueden llegar a ser líderes más fácilmente. Las personas pueden reconocer autoridad en otra persona en un determinado ámbito, pero no en todos los ámbitos. La dificultad se encuentra en que tanto el liderazgo como la autoridad son concesiones de las personas y se tiende, sobre todo dentro del mundo de los doxósofos, a confundir una cosa con la otra. Pero lo que sí se puede decir en términos generales es que todos los líderes tienen

autoridad. El gobernante que no tiene autoridad actúa por medio del poder, el líder no necesita siempre recurrir a él. Con esto damos por finalizado el capítulo de la propedéutica y podemos dar paso al capítulo dedicado a la relación que se establece entre el liderazgo y el mito.

CAPÍTULO 2º: EL MITO Y SU RELACIÓN CON EL LIDERAZGO.

«L'ensemble de caractères communs imposés par le milieu et l'hérédité à tous les individus d'un peuple constitue l'âme de ce peuple.

»Ces caractères étant d'origine ancestrales, sont très stables. Mais lorsque, sous des influences diverses, un certain nombre d'hommes se trouvent momentanément rassemblés, l'observation démontre qu'à leurs caractères ancestraux s'ajoutent une série de caractères nouveaux fort différents parfois de ceux de la race».

Gustave Le Bon

INTRODUCCIÓN.

La conceptualización del líder quedaría parcialmente desvirtuada si decidiésemos no adentrarnos en las profundidades del propio concepto; sería una sucesión de abstracciones inconexas con una realidad, en muchas ocasiones, tozuda. Nuestra intención a la hora de definir con concreción el concepto de líder era desestimar muchas, tal vez demasiadas, propuestas no ya filosóficas, sino simplemente desconectadas con lo que realmente significa ser un líder. Nuestra crítica sobre el modo de entender al líder por parte del funcionalismo expresó bastante bien lo que queremos decir. Como ya manifestamos al comenzar el estudio, todas las sociedades humanas necesitan, o ven como una necesidad, el poseer unos gobernantes, personas que dediquen su tiempo a la cosa pública, pero de ahí no se puede inferir que sea necesario, o que exista una función predeterminada para, un líder. Al contrario, y reiteramos, jefes ha habido muchos, pero líderes no tantos. Sin embargo, esta cuestión creemos que ha quedado esclarecida anteriormente y se vislumbrará mejor en el posterior desarrollo de este estudio. Lo importante en esta parte de la investigación es descubrir por qué los líderes son precisamente eso, líderes. En otras palabras, pretendemos descubrir cuál es el poso que existe dentro del liderazgo que permite esa fascinación tan profunda que ejercen los líderes políticos, especialmente los líderes carismáticos. Podemos adelantar que el poso profundo

que se puede encontrar en el liderazgo es la *recreación mítica*. Ya que el líder no deja de ser una *proyección simbólica* de un mito o un ideal (potencialmente) mítico. No es la posesión de elementos simbólicos lo que ha dado fuerza a los líderes o a los jefes, tal y como sostienen algunos autores (G. Balandier y J. W. Gardner); al contrario, es la simbolización en la persona o grupo de personas lo que potencia el liderazgo. La posesión de elementos simbólicos como una tiara, una corona o el *air force one*, legitiman el poder de esas personas, son símbolos legitimadores. Sin embargo, cuando nos encontramos frente a un líder, independientemente de que posea símbolos legitimadores, es su propia persona la que es el símbolo, el resto puede considerarse parafernalia. Además, la importancia del mito para el estudio del líder no se para en esta fase simbólica, abarca también los aspectos comunicativos del liderazgo. El líder, real o potencial, en su discurso puede utilizar, y de hecho así sucede, referencias míticas tradicionales o modernas —si es que estas últimas existen realmente— para conectar con la parte emotiva de cada individuo.

1.) EL MITO COMO FORMA DE CONOCIMIENTO.

El mito parece haberse olvidado en los estudios sociales, excepción hecha de los estudios religiosos; parece haberse olvidado la máxima de Durkheim de que la base fundamental de toda sociedad es «religiosa»; parece haberse olvidado que el propio mito, como veremos, es parte del *logos*, su inicio —entremedias estaría la *arjé*—. Sin embargo el mito sigue estando presente en la realidad de nuestros días porque el mito se traslada a través de la distancia y se instala en las *zonas limitadas de significación* de las que nos hablaron P. Berger y T. Luckmann¹. El pragmatismo que penetra por todos los poros de las ciencias sociales actualmente impide comprender que la realidad social, base sobre la que instalar nuestros estudios, no sólo es el «aquí» y el «ahora», además existe otro tipo de fenómenos no inmediatos que actúan, de vez en cuando y mucho más de lo que nos

¹Peter Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1999, pág. 43.

imaginamos, en nuestras conciencias. Entre estos tipos de fenómenos encontramos al mito y todo su universo de imágenes y símbolos, los cuales se refieren a realidades que no son las de la experiencia cotidiana, aunque en diversas situaciones tienen el poder suficiente de oscurecer la propia realidad del «hoy». El hombre no sólo es un animal racional sino también un *animal simbólico*, un animal que tiene como apoyo para el conocimiento la representación, el símbolo, el mito, que no deja de ser mediato². Se desprende de estas palabras que nuestra posición se sitúa dentro de aquella otra que comprende el mito como una forma simbólica, es decir, que el mito tiene una base simbólica, la cual es mayoritaria dentro de los estudios del mito. Frente a esta posición se situaría un autor como B. Malinowski para quien el mito «no es simbólico, sino que es expresión directa de lo que constituye su asunto, no es una explicación que venga a satisfacer un interés científico, sino una resurrección, en el relato, de lo que fue una realidad primordial que se narra para satisfacer profundas necesidades religiosas, anhelos morales, sumisiones sociales, reivindicaciones e incluso requerimientos prácticos»³. Malinowski, aunque acierta parcialmente en su suposición, desestima que el mito pueda encerrar dentro de sí un universo simbólico, decantándose por la consideración del mito como un mero relato, como un ritual de iniciación o, incluso, como una función legitimadora, que se constituyó en un tiempo lejano, el cual ha llegado hasta nuestros días. Evidentemente el mito es todo eso, pero principalmente es un universo que contiene símbolos e imágenes, porque gracias a la existencia de esta pléyade de símbolos e imágenes las diversas funciones míticas pueden ser desarrolladas, sobre todo la función legitimadora. Difícilmente puede ejercerse dominación alguna sin un universo simbólico —la transfiguración del poder que analizamos en el capítulo anterior— que la dote de cierta legitimidad; *sensu contrario* la dominación cesaría con la mayor brevedad. Y ¿cómo se consolida este universo simbólico?. A través del mito. Pero, ¿qué es el mito? Sin lugar a dudas, no es una «verdad histórica» —en un sentido científico del término— como en su momento afirmó Vico. El mito en sentido amplio y, aunque sea forzar el concepto demasiado, en términos modernos

²Ernst Cassirer, *Antropología filosófica*, México D.F., FCE, 1997, pág. 49; y J. Durand, *Introduction a la mythodologie*, Paris, Michel Albin, 1996, pág. 68 y ss.

puede ser desde lo expuesto por Carlos García Gual, «un relato tradicional que refiere una actuación memorable y ejemplar de unos personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso o lejano»⁴, hasta «una narración simbólica»⁵ que dice José María Mardones —entendiendo simbólica en sentido amplio—, pasando por la presunción penetrante de Joseph Campbell, «la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten en las manifestaciones culturales humanas»⁶. ¿Son todas estas definiciones susceptibles de confirmar lo que es un mito? Sí y no. En ellas encontramos partes que demuestran lo que es un mito por dentro, lo que refleja el mito; pero un mito, en términos clásicos griegos, puede ser sencillamente lo contrario al *logos*. Empero, el mito, al igual que el *logos*, tan sólo es una forma de estar y de orientarse en el mundo, una especie de *Weltanschauung*. Con esta retórica no pretendemos confundir o sumar palabras al estudio, al contrario, este análisis nos permite confirmar que lo fundamental no es definir el mito en sí, sino saber que es lo que esconde en su interior. Manuel García Pelayo toma prestado de Kerényi y Jung⁷ el concepto de mitologema para afirmar que:

«El mito se expresa en un mitologema, es decir, en un conjunto de representaciones, no tanto manifestadas en conceptos cuanto en imágenes y símbolos, ni ordenadas sistemáticamente, sino confundidas y amalgamadas en un todo, y susceptibles de modificaciones (pudiendo añadir o marginar representaciones) mientras se conserve el núcleo»⁸.

Lo importante en el estudio de los mitos no es saber con precisión, qué es el mito, sino más bien saber lo que expresa el mito y las repercusiones que tiene para las sociedades. El mito, como hemos visto, no intenta satisfacer necesidades de conocimiento de las sociedades, no busca conductas racionales —aunque se pueden generar mitos desde posiciones totalmente racionales—, sino que busca superar —sería mejor decir que es el ser humano el que busca

³B. Malinowski, *Magia, ciencia, religión*, Barcelona, Ariel, 1974, pág. 124.

⁴Carlos García Gual, *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pág. 18.

⁵José M^a Mardones, *El retorno del mito*, Madrid, Síntesis, 2000, pág. 37.

⁶Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*, México D. F., FCE, 1998, pág. 11.

⁷Vid. Karl Kerényi y Carl Gustav Jung, *Einführung in das wesen der mythologie*, Zürich, 1951.

⁸Manuel García Pelayo, *Los mitos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, pág. 20.

esto a través del mito— una necesidad de tipo existencial y de orientación en el mundo que rodea al ser humano. Para lograr esto, se escenifica a través de un mitologema.

1.1. *Mito, racionalidad e inconsciente.*

Pretender que la racionalidad ocupa todo entendimiento humano es, cuando menos, una utopía Ilustrada o una pretensión modernista. Postura bien diferente es la creencia, en parte freudiana, de que los impulsos del hombre están principalmente determinados por el inconsciente individual en busca de la satisfacción de la libido. Una tercera posición de base nietzscheana primaría el sentido de la «tragedia», la negación de los valores, los ideales o los fundamentos religiosos del mundo (occidental). Podríamos hacer tabula rasa con las tres propuestas decantándonos por una cuarta proposición o podríamos considerar que todas ellas tienen su razón; empero nuestra posición se encuentra más cercana a una cuarta posición, la cual es hija de las dos primeras proposiciones, descartando por consiguiente la propuesta nihilista⁹. Centrándonos en la cuestión relevante que nos ocupa, dejamos dicho que nuestra posición suponía una mixtura de las dos primeras posiciones (modernidad y psicología), pero a las cuales habría que introducir diversos matices que acaban configurando una nueva forma de entender el problema. Dentro del marco político en que se encuentra nuestro estudio, se puede decir que la racionalidad en nuestros días es mucho mayor que en épocas anteriores, que la pretensión moderna de racionalizar el mundo se acerca a su plenitud; pero ¡cuidado!, este hecho no siempre es así. Numerosos autores defienden que existe una lógica colectiva

⁹La razón para descartar la tercera propuesta es bien sencilla. La pretensión nihilista, que en la actualidad tiene su reflejo en la postmodernidad —y cuya plasmación más relevante se inscribe en el mundo del arte a través de una sublimación de la negación de los cánones artísticos, del arte por el arte, pero bajo el prisma de una vanguardia totalmente nueva—, de negación de los valores occidentales o de los ideales universales, ha degenerado en una *contradictio in terminis*, porque su pretensión de hacer renacer al «hombre trágico» frente al «hombre teórico» (Sócrates el corruptor) ha producido un nuevo tipo de hombre, el «hombre teórico de la tragedia». Su pretensión de acabar con los valores occidentales nos ha llevado a una sublimación de valores en nada antitéticos respecto a los que intentaban destruir —posiblemente no se pecataron del eterno retorno—. Evidentemente, la postmodernidad puede ser criticada, con mejores argumentos y de manera mucho más profunda a como se ha hecho aquí, pero tan sólo pretendía ser una muestra de las enormes posibilidades de crítica.

racional (M. Olson), la cual provoca que se vote más en función de los diferentes temas propuestos que en función de los valores o tradiciones de los votantes, o cuando menos las votaciones se reduzcan a la «(s)elección» entre élites (Schumpeter); pero todo dentro de una lógica totalmente racional. Sin embargo, tal tesis tan sólo es defendible en períodos de máxima quietud política y social, en aquellas épocas de crisis la razón deja paso a otras formas de cohesión o de lógica colectiva. Concretamente es en estas épocas de crisis donde suelen hacer su aparición los líderes políticos. Esto no significa que tan sólo en épocas de crisis se active ese magma mítico que todos llevamos dentro; en modo alguno podríamos admitir tal presunción. Durante las épocas estables los elementos míticos están presentes de manera no plenamente consciente, porque son producto de la educación y de las diversas fórmulas de institucionalización social existentes en una sociedad dada. Lo que pretendemos decir es que en las épocas de crisis las aportaciones míticas se hacen mucho más presentes en nuestra conciencia; lo que antes era una creencia relativamente laxa, en este tiempo se activa, eso sí, siempre y cuando alguien opte por activarla. Y aun así no todo será mítico, sino que también habrá espacio para la racionalidad.

Por otro lado, las pretensiones freudianas de que estamos determinados por móviles profundos, en la mayoría de los casos de carácter sexual, no tienen cabida plena en el ámbito político. Uno de sus primeros seguidores que, posteriormente, decidió abandonar la estela de su maestro nos ofrece unas pautas de conocimiento mucho más acordes con la realidad del mundo de la política y, en concreto, del liderazgo. Carl Gustav Jung creía que en el inconsciente humano había insertados una serie de arquetipos colectivos (imágenes primordiales) o arquetipos míticos que se proyectaban a la parte consciente del intelecto en según qué fases de la vida. Pero cabe una duda sobre si existe una gran diferencia, exceptuando el carácter colectivo, entre los arquetipos jungianos y los símbolos individuales freudianos. Aunque en una primera época las enseñanzas del maestro pervivieron en las teorías de Jung, podemos decir que al final de su vida, y así lo han recogido intelectualmente sus seguidores, ya había una separación totalmente explícita entre ambos. Esta separación se fundamentaba en que a) el inconsciente estaba totalmente oculto para la persona y b) los símbolos eran individuales. Jung llegó a la conclusión de

que ni el inconsciente estaba totalmente oculto, el paciente tenía en parte consciencia del mal, ni los símbolos eran individuales sino colectivos:

«Después hay ciertos sucesos de los que no nos hemos dado cuenta conscientemente; han permanecido, por así decir, bajo el umbral de la conciencia. Han ocurrido pero han sido absorbidos subliminalmente, sin nuestro conocimiento consciente. Podemos darnos cuenta de tales sucesos sólo en un momento de intuición o mediante un proceso de pensamiento profundo que conduce a una posterior comprensión de que tienen que haber ocurrido; y aunque, primeramente, podamos haber desdeñado su importancia emotiva y vital, posteriormente surgen del inconsciente como una especie de reflexión tardía»¹⁰.

Tiene razón Jung al decir que los mitos se introducen de forma subliminal en el inconsciente de las personas. El fenómeno tiene lugar gracias al proceso de socialización, dentro del cual tienen mucha importancia, como ha observado G. S. Kirk, los cuentos y fábulas que se narran a los niños¹¹. Esta transmisión queda inscrita en el inconsciente de las personas, por lo que se puede decir que es la transmisión de la herencia colectiva de la sociedad e, incluso, de la humanidad; aunque no estamos de acuerdo con que los arquetipos sean desconocidos para el hombre moderno, y que por ello no pueda entenderlos directamente como dice Joseph L. Henderson¹². Al contrario la transmisión a lo largo del tiempo cambia las formas pero no el fondo, el cual sigue siendo el mismo. Por esta razón, mitos de la antigüedad siguen teniendo plena aceptación en nuestros días. Cambia el mensajero pero no el mensaje; no hay una distorsión, si acaso mayor exageración, de las partes fundamentales del mito. Por ejemplo, existen diferencias de forma entre el mito del pecado original bíblico y el mito de Pandora, pero interiormente explican lo mismo —la creación de la mujer y el destierro del paraíso terrenal o la justificación del trabajo humano—. Por consiguiente, podemos decir que las personas poseen conocimientos

¹⁰Carl G. Jung, «Acercamiento al inconsciente» en *Ibíd.* (ed.), *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt, 1997, (15-102), pág. 19. Una reflexión similar se puede encontrar en, «Confrontation with the unconscious» en *The essential Jung. Selected writings*, New Jersey, Princeton University Press, 1983.

¹¹G. S. Kirk, *El mito*, Barcelona, Paidós, 1985, pág. 44 y ss (también se puede consultar el capítulo séptimo).

adquiridos a lo largo de su vida, pero que no son plenamente conscientes —de forma totalmente racional y analítica— de ello hasta que algo o alguien activa ese conocimiento inconsciente, pero presente; en una retórica habermasiana podríamos hablar de contenidos de experiencia ocultos y magmáticos. Dentro del marco de nuestro estudio esa activación se producirá a través del liderazgo, el cual retomará los mitos colectivos, los reformulará o, incluso, creará nuevos mitos, y de esta forma se creará el grupo de seguidores, que también podríamos catalogar como *comunidad de creyentes*. Aunque mediante un proceso mucho más complejo y menos mecánico a como ha sido expuesto aquí. Pero el fenómeno es similar.

2.) EL MITOLOGEMA: SÍMBOLOS, REPRESENTACIONES E IMÁGENES.

2.1 El símbolo: significado y actualidad.

Una vez ha quedado expuesta la estructuración de la mente humana mediante el uso de la razón y las impresiones colectivas, damos un paso más en nuestro recorrido analítico de la imbricación existente entre los procesos de liderazgo y los mitos. Si el mitologema, como se dijo, lleva insertos símbolos e imágenes, debemos, pues, escrutar el significado ontológico de los símbolos para así comprender nuestro objeto de estudio. Para comenzar se debe aclarar que hay una gran diferencia entre el signo (Hegel) o la señal (Cassirer) y el símbolo: por un lado, la señal es partícipe del mundo físico del ser, mientras que el símbolo sería una parte del mundo humano del sentido¹³; por otro lado, la relación que existe en el símbolo entre la expresión y el significado para nada es arbitraria —el signo es, se podría decir, un acuerdo que no va más allá de la propia significación orientativa o informativa—, es más se podría decir que el símbolo, en contra del signo o la señal, es analógico¹⁴. No son imágenes los símbolos, las imágenes son impresiones que

¹²Joseph L. Henderson, «Los mitos antiguos y el hombre moderno», en Carl G. Jung (ed.), op. cit., pág. 106.

¹³Ernst Cassirer, op. cit., pág. 57.

¹⁴José M^a Mardones, op. cit., pág. 26.

pueden tener un significado o no, empero el intelecto humano no necesita solamente imágenes¹⁵, necesita símbolos para dotar de contenido y sentido a ciertos objetos reflejados —decimos reflejados porque los objetos del símbolo pueden incorporarse vía ocular o vía intelectual—. Por eso la máxima de que «vale más una imagen que mil palabras», propia de nuestra *imaginativa* sociedad actual, es cierta parcialmente, si la imagen es una imagen representativa no hay duda que se puede explicar mejor de esa forma; ahora bien si la imagen no lo es, ni encarna símbolo alguno, la frase es falsa. Con esto queremos decir que en ocasiones vale más un discurso simbólico que una mera imagen. Por eso, en muchas ocasiones, los dirigentes políticos que tienen «buena imagen» no llegan a permear entre los ciudadanos, son sólo imagen, fachada, pero no se encuentra ningún sentido detrás de aquélla.

El mitologema dota de sentido al grupo social porque, como es lógico, éste necesita de una serie de elementos que le permitan definirse como grupo¹⁶; necesita una jerarquía de valores por muy laxos que estos lleguen a ser; necesita marcar un terreno para las relaciones intergrupales; y necesita de unos fines últimos, de una búsqueda interior del sentido de la vida. Esta formación de representaciones míticas, en sociedades más o menos amplias, estará determinada además por los diferentes caracteres de las personas. Ralph Dahrendorf cree que una persona tiene al menos nueve caracteres: nacional, profesional, estatal, de clase, geográfico, sexual, consciente, inconsciente y privado¹⁷. Sin entrar en mayores disquisiciones acerca de la exactitud o inexactitud de la conformación de tales caracteres, podemos decir que cada uno de ellos posee un universo simbólico propio, los cuales descomponen a la persona, pero a la vez forman un todo general. Además, los universos simbólicos particulares suelen estar interconectados entre sí, gracias a los mitos y los mitologemas. El líder político maneja esas representaciones míticas, desechando

¹⁵El concepto de imagen que manejamos, en concordancia con las enseñanzas de Manuel García Pelayo, no es el mismo que se está utilizando para analizar el símbolo. Evidentemente imagen y símbolo son dos conceptos distintos, pero las imágenes que nos interesan a nosotros son las imágenes que están dentro del mitologema, es decir, las *imágenes representativas o significativas*. El concepto de imagen que se utiliza en el discurso como antítesis del símbolo, no es la imagen del mitologema.

¹⁶Evidentemente es alguien el que realiza la función de la definición del grupo.

¹⁷Ralph Dahrendorf, *Homo sociologicus*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1975, pág. 83.

algunas y poniendo el acento en otras, a fin de conformar su propio discurso. El juego simbólico del líder político no es sencillo porque necesita encontrar debajo del símbolo la realidad representada y que le dota de sentido. Utilizar los símbolos como meros signos puede tener resultado para una asamblea, una reunión o un mitin, pero para generar un movimiento favorable el líder debe entresacar la significación de los símbolos para que la narración mítica cobre sentido. Sólo así el líder podrá consolidarse como el símbolo del sistema. Hermann Broch lo explicaba perfectamente cuando al hablar de la unión entre las masas y el líder decía que «el *Führer* es el indicio de un sistema de valores y el portador de la dinámica de ese sistema. Aparece, como dice, ante todo y en tanto que símbolo del sistema. Sus rasgos racionales y sus actos no tienen más que una importancia subalterna»¹⁸. Frente al caso propuesto cabe, sin duda, una excepción sumamente conocida en las ciencias sociales: el caso de las sectas. Principalmente, y hasta que la secta no intenta convertirse en Iglesia «generalista», los líderes sectarios, principalmente carismáticos, no tienen necesidad de ampliar horizontes, de ir más allá de las fronteras grupales. Esto no descarta la simbolización del líder y el juego narrativo simbólico, pero sí la aglutinación de diversos universos simbólicos en uno solo para obtener el favor de los *otros*. Algo parecido sucede dentro de los partidos políticos, los cuales en numerosas ocasiones, principalmente en los ideológicamente fuertes, tienen comportamientos sectarios, por lo que pueden tener un líder grupal, pero no un líder político. Lo expuesto hasta el momento no es diferente a lo que sucede en otros aspectos sociales, donde las institucionalizaciones, si quieren ser consideradas como un conjunto significativo, se deben legitimar situándose bajo un universo simbólico¹⁹. Incluso los jefes políticos se encuentran bajo universos simbólicos, diferenciándose de los líderes en que, por mucho que intenten demostrar lo contrario, no se constituyen en símbolos ellos mismos.

¹⁸Hermann Broch, *Massenwahntheorie*, Frankfurt, Surhkamp, 1979, pág. 81, citado en Serge Moscovici, *La era de las multitudes*, México D.F., FCE, 1985, pág. 55. Respecto a lo que afirma el autor en referencia a los rasgos racionales y los actos como subalternos, podemos estar de acuerdo si el líder considerado es un líder carismático; sin embargo respecto a líderes no carismáticos los actos y la racionalidad tienen bastante más importancia de la que el autor alemán concede. Aunque a ciencia cierta la racionalidad, como se vio anteriormente, no deja de estar presente en los contenidos míticos, pues en todo *logos hay un mythos y en todo mythos hay un logos*.

¹⁹P. Berger y T. Luckmann, op. cit., pág. 135.

¿Esta argumentación sigue teniendo sentido en nuestros días, como afirmaba Sorel, o, por el contrario, los mitologemas —y por ende los mitos— han quedado separados de la vida política y social?. Según Jürgen Habermas, gracias al discurso de la modernidad, «los núcleos de tradición garantizadores de identidad se separan en el plano cultural de los contenidos concretos con los que estaban estrechamente entrelazados en las imágenes míticas del mundo. Quedan reducidos a concepciones del mundo, presupuestos de la comunicación, procedimientos argumentativos, valores fundamentales abstractos, etc.»²⁰. Evidentemente se ha ido produciendo un desencantamiento de la realidad al tiempo que las premisas de la modernidad se han ido incorporando a la vida cotidiana; ha quebrado el todo social integrado propio de épocas y sociedades arcaicas, el cual estaba guiado por el mito; se ha producido una *depotenciación de lo sacro*, cuya característica principal es la liberación de las potencialidades racionales de las personas y las sociedades, que concluye en una lingüistización del consenso normativo básico²¹. Podemos resumirlo diciendo que, actualmente, la fuerza normativa vinculante acaece en la sociedad moderna merced a la fuerza argumentativa y al consenso logrado por las normas universalizables. Evidentemente, la fuerza del mito en nuestras sociedades modernas ha perdido el peso totalizador de épocas arcaicas, pero sigue estando presente en numerosos órdenes de la propia vida social, como reconoce el propio Habermas. Además, ¿no es el *sacro consenso* habermasiano un mitologema y no incorpora la modernidad un mito de racionalidad plena?. Claramente se han sustituido unos mitos por otros y se han modificado unos símbolos arcaicos por otros símbolos modernos²². Las posibilidades del mito, pues, en nuestras sociedades siguen estando presentes, pero antes de continuar con el análisis del

²⁰Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989, pág. 406.

²¹Jürgen Habermas, *La teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1987, (2 vols.), vol. 2, pág. 112.

²²Al hablar del mito en nuestro discurso nunca hemos citado el arcaísmo o la modernidad porque entendemos que ha habido una transformación estructural en nuestras sociedades, aunque no una completa transmutación mítica; algo que, por otro lado, el propio Habermas ha observado con agudeza al decir que la propia racionalidad comunicativa posee una cierta trascendencia. Por lo tanto, sin dejar de lado los cambios racionales y estructurales que se han producido en nuestras mentes y sociedades, podemos afirmar que los mitos siguen teniendo una fuerte vinculación social en el sentido de comprender lo que nos rodea.

mito, conviene conocer las características del símbolo, las cuales se pueden reunir en siete presupuestos básicos:

«1) El símbolo se sitúa dentro del ámbito del *conocimiento indirecto* y, como hemos visto, puede manifestarse de diferentes formas (inconsciente, metafísico, etc.); 2) El símbolo es *analógico*, es decir, su relación con lo simbolizado no es arbitraria sino que tiene cierta similitud interna con lo que evoca; 3) El símbolo ofrece siempre una *inadecuación a su objeto de referencia* porque, dentro de una tensión que le impide conseguir su objetivo, no se puede clarificar totalmente el símbolo pues significaría destruirlo; 4) De la anterior característica se deriva que el símbolo es *parabólico*, es decir, que se presta a numerosas interpretaciones y repeticiones que, por otro lado, no son tautológicas sino que van perfeccionando al símbolo en un proceso de acumulación; 5) El símbolo tiende a *conjuntar a los contrarios*, o lo que es lo mismo, se ofrece como la sutura (cultural) de la fisura (natural). Busca mediar dentro del ámbito humano entre la naturaleza y la cultura, y evitar el desgarró que provoca la experiencia cotidiana; 6) El símbolo es *regresivo progresivo*; y 7) El símbolo es un tipo de conocimiento no descomponedor de la realidad, al contrario, se orienta a la totalidad de un proceso sin análisis ni reflexión plenamente consciente»²³.

Estas son las principales características de las formas simbólicas, pero hemos optado por no incluir una octava característica junto a las otras, debido a su importancia para la comprensión del tema que estamos tratando en este estudio. Los símbolos tienden a objetivarse, cuando entran dentro de la narración mítica, en un objeto²⁴, el cual en numerosas ocasiones se conforma como tótem. ¿Por qué ocurre esto? Principalmente porque lo que «primariamente percibe el mito no son caracteres objetivos sino fisiognómicos»²⁵, es decir, no se busca el significado separándolo del objeto, sino que se observa el objeto, el cual dota al mito de significado. Esta sería la característica principal

²³José M^a Mardones, op. cit., pp. 28-31.

²⁴En este punto del análisis no discerniremos entre objeto y sujeto porque, dentro del pensamiento primordial o primitivo, por un lado, existe una fusión objeto/sujeto y, por otro lado, las personas que simbolizan un mito, en este aspecto, son objetos sobre los que se focalizan las miradas y emociones del resto de personas. Esto no quiere decir que la persona/símbolo no sea un sujeto, que lo es, sino que se re-presenta ante los demás como un objeto.

que se sitúa entre el símbolo y el mito: *el símbolo no representa a la cosa, es la cosa*²⁶. El significado y el significante están perfectamente unidos en un todo que no puede descomponerse, están fundidos, concretizados en una unidad inmediata. Las partes no son independientes del todo, al contrario son el propio todo. Sin comprender esta situación de fusión, difícilmente se pueden comprender las fuertes emocionalizaciones que han despertado, despiertan y despertarán los líderes políticos. Aunque haya intentos de separar el discurso de la propia persona que lo transmite, lo que llega a los receptáculos de las personas (seguidores) es la simbolización mítica del líder y la causa²⁷. No se pueden separar son una unidad indivisible.

2.2. Representaciones e imágenes.

Al definir el mitologema introducimos, junto a los símbolos, el concepto de las representaciones. Por consiguiente, estamos en la obligación de analizar, aunque sea con brevedad, las características que puedan tener. Las representaciones del mitologema no son sólo imaginativas, como un sentido clásico y racional pudiera dar a entender, sino que caben otras dos posibilidades. Por un lado, las representaciones míticas pueden partir de hechos y personajes históricos, los cuales son imaginados de una forma totalmente distinta a su correspondencia con la realidad. Y, por otro lado, las representaciones míticas pueden tener su origen en construcciones teóricas y conceptuales totalmente racionales. No es necesario, pues, que las representaciones tengan un origen imaginario, sino que bien pueden tomar como punto de partida factores totalmente verídicos y racionales. Igualmente acontece con las imágenes del mitologema; éstas son imágenes representativas, es decir, tienen algún tipo de evocación respecto a lo que expresa el mitologema. Por ejemplo, si se

²⁵Ernst Cassirer, op. cit., pág. 119.

²⁶Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas* II, México D.F., FCE, 1998, pp. 45, 63 y 95; Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1992, pág. 11; y G. S. Kirk, op. cit., pág. 273.

²⁷«Tout ce qui frappe l'imagination des foules se présente sous forme d'une image et nette, dégagée d'interprétation accessoire, ou n'ayant d'autre accompagnement que quelques faits merveilleux». (Todo esto que ha impresionado la imaginación de las masas se presenta bajo la forma de una imagen y nítida, libre de

nos ofreciera la imagen de dos personas peleando, sin poder realizar más distinciones, la imagen poco o nada nos ayudaría a comprender la situación; sin embargo, si en la imagen de la pelea se distinguiese que uno de los contendientes es árabe y otro judío, la imagen sería representativa y evocativa, nos aportaría información. Aunque como apuntó en su día Le Bon, las imágenes pueden perfectamente desfigurar lo que se está narrando: «El acontecimiento, el más simple considerado por las masas, es pronto un acontecimiento desfigurado. Ellos piensan por imágenes, y la imagen evocada evoca ella misma una serie de otras sin ninguna ligazón lógica con la primera»²⁸. La imagen del mitologema se encontraría situada, pues, entre el signo y el símbolo.

3.) LA SIGNIFICACIÓN DEL MITO EN LA ACTUALIDAD.

3.1. La transformación del mito.

Hablar de mitos en nuestra época parece más propio de los estudios clásicos o antropológicos, como mucho sociológicos, que de estudios politológicos. El poder del mito parece haber desaparecido de la ciencia política en favor de los hechos computables, es decir, empíricos o de abstracción racional. Desde Jenófanes (hacia 565.470 a.C.), pasando por Platón —aunque este autor puede considerarse un híbrido tanto por su mito de la caverna como por lo que narra en el diálogo Protágoras (mito Prometeo)— y, principalmente, por Aristóteles, se ha considerado que el mito era, por un lado, un relato tradicional y arcaico de ficción casi literaria y, por otro lado, aquello que no puede existir en la realidad. En otras palabras, cuando los pensadores tomaron conciencia de que la idea de ser era su problema fundamental, el mito quedó relegado al campo del no-ser²⁹.

interpretación accesoria, donde no necesita de otro acompañamiento más que algunos hechos maravillosos). Gustave Le Bon, *Psychologie des foules*, Paris, PUF, 1998, pág. 36.

²⁸«L'événement le plus simpli vu par la foule est bientôt un événement défiguré. Elle pense par images, et l'image évoquée en évoque elle-même une série d'autres sans aucun lien logique avec la première». Ibídem, pág. 20.

²⁹Cfr. Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas* II, pág. 9 y ss; Carlos García Gual, op. cit., pág. 16; y Mircea Eliade, *Aspectos del mito*, Barcelona, Paidós, 2000, pág. 13.

Siguiendo la tesis clásica de Nestle en su *Paideia*, se estaba produciendo el paso del *mito al logos*. El comienzo del pensamiento racional desbancó las creencias que hasta la fecha mantenían los habitantes sobre el universo que les rodeaba, en favor de una concepción más «realista» que ha llegado hasta nuestros días, donde el pensamiento racional abarca la mayoría de los escenarios sociales, culturales, científicos y políticos. A los pueblos primitivos o arcaicos el mito les brindaba la «ilusión, extremadamente importante, de que ellos podían entender el universo y de que, de hecho, ellos entienden el universo»³⁰. En el ámbito de la política el mito, como decíamos, ha quedado desterrado de los estudios en favor del empirismo. Sin embargo, el mito y sus componentes simbólicos siguen teniendo una fuerte presencia, especialmente en las épocas de crisis sistémicas leves o profundas. José Álvarez Junco lo expresa con total claridad y brillantez: «En situaciones de inseguridad, por tanto, parece que las sociedades civilizadas recurren a lo mágico y emocional sin mayores titubeos que las “primitivas”»³¹. Entonces, ¿el mito sigue presente de la misma forma y manera que en los períodos arcaicos de las diversas civilizaciones?. Sí y no. El mito como fuente de legitimación y movilización de emociones, sigue estando presente en nuestras sociedades; pero, por otro lado, todos los significados y funciones del mito no se han transmitido hasta nuestra época, o al menos no dominan la esfera pública de nuestras sociedades. Las narraciones sobre la creación de las cosas, principales explicaciones míticas, han dejado paso a explicaciones científicas, aunque esta parte del ser como tal se encuentra compensada, míticamente hablando, por las narraciones que cuentan qué somos en sociedad. Dentro de la política el mito aún persiste en el ámbito del nacionalismo, del quiénes somos y a dónde vamos. Pero las preguntas sobre el origen de las cosas —algunas persisten en el ámbito especialmente religioso como el mito del génesis en la mayoría de las religiones— ya no son primordiales.

3.2. *Mito y política.*

³⁰Claude Lévi-Strauss, *Mito y significado*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pág. 38.

³¹José Álvarez Junco, «Magia y ética en la retórica política», en *Ibíd*em (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, CIS, 1987, pág. 226.

La ciencia política parece haber desestimado, en favor de la filosofía política, este tipo de investigaciones sobre los fondos magmáticos de los movimientos políticos; y en el caso de intentar profundizar en el estudio de los componentes míticos de la política los estudios, salvo raras y honrosas excepciones, se quedan en la exteriorización simbólica de los mitos, cuando lo que realmente hay que hacer es aprehender el fenómeno no en cuanto contenido representativo mitológico, sino como «el significado que tiene para la conciencia humana y la influencia espiritual que ejerce sobre la misma»³². Es lo mismo que ocurre cuando se habla del carisma de un líder político, o en términos periodísticos de casi cualquier cosa, nunca se busca la verificación de ese componente carismático y, menos aún, la fuente de ese rasgo. Si Durkheim decía que la base misma de todas las sociedades era religiosa, creemos que sería mejor decir que todas las sociedades tienen una base mítica. Y decimos esto porque numerosos mitos modernos se separan del sentir religioso como tal, y aunque en su acción se asemejen a la religión, no tienen una base prototípicamente religiosa. Por ejemplo, los mitos heroicos de todas las sociedades no son religiosos, aunque se evoquen a través de adoraciones y cultos «civiles». Para finalizar esta aclaración cabe apuntar que algunos científicos sociales actuales todavía se preguntan sobre aquellos que posibilitaron el presente, destacando J. B. Metz y su teoría de la *racionalidad anamnética*, es decir, el intento de recoger en la historia del espíritu occidental esta dimensión del pensamiento tocado por el tiempo que no olvida: un pensamiento (*denken*) que es recuerdo agradecido que echa de menos, extraña, la presencia de los ausentes que posibilitaron este presente (*eigendenken*)³³. Esta racionalidad anamnética es fundamental para comprender el fenómeno del liderazgo, ya que los líderes actuales reflejan ciertas proyecciones del inconsciente colectivo relativas a los héroes del pasado glorioso de todos los países, el cual ha sido legado a través de los mitos propios. Se comprende, pues, que el mito pervive en nuestras sociedades, aunque de forma distinta a

³²Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas* II, pág. 22.

³³J. B. Metz, «Anamnetische vernunft. Anmerkungen eines theologen zur krise der geisteswissenschaften» en A. Honneth, T. MacCarthy, C. Offe y A. Wellmer (eds.), *Zwischenbetrachtungen. Im prozess der aufklärung. J. Habermas zum 60. Geburtstag*, Frankfurt, Surhkamp, 1989, (733-39), pág. 739, citado en J. M. Mardones, op. cit., pág. 59.

como se entendía en sociedades arcaicas³⁴, excepto en aquellas áreas de la existencia social apegadas a la religión como la iglesia; y esto es así porque la propia vigencia del mito exige de éste que «sea funcional, en el sentido de que contribuya al sostenimiento de posibilidades y actitudes vitales y, con ello, al mantenimiento o cambio de situaciones existentes o, si se quiere, de un sistema o subsistema, apelando a los planos emocionales»³⁵. Aunque cabe decir que existen nuevas formas de ritualización y de adoración en nuestras sociedades, formas que están fusionadas con lo que daremos en llamar los falsos mitos de la modernidad o, mejor dicho, de la sociedad de masas.

3.3. *Características y funciones del mito.*

3.3.1. *Las características del mito.*

Ya hemos visto que el mito sigue presente entre nosotros, aunque tan sólo recobra su fortaleza de antaño en épocas de inseguridad o de crisis; por esta razón debemos analizar las características y las funciones del mito dentro de la sociedad para, de esta manera, dilucidar, cuando llegue la ocasión, el posible desarrollo mítico de la sociedad española en el espacio temporal de nuestro estudio. Las características del mito se pueden resumir en:

«1) El *modelo verdadero del mito* no es la naturaleza sino la *sociedad*; 2) El mito *rechaza la actitud científica cartesiana* de división y fragmentación de los problemas para aclararlos, al contrario, aquél aspira a explicaciones globales y totales de los fenómenos

³⁴Para Mircea Eliade, gran estudioso del mito, las sociedades arcaicas vivirían el mito de la siguiente manera: 1) el mito constituye la historia de los actos de los seres sobrenaturales. 2) Esta historia se considera absolutamente verdadera (porque se refiere a las realidades) y sagrada (porque es obra de los seres sobrenaturales). 3) El mito se refiere siempre a una «creación», cuenta cómo algo ha llegado a la existencia o cómo un comportamiento, una institución, una manera de trabajar, se han fundado; es ésta la razón de que los mitos constituyan paradigmas de todo acto humano significativo. 4) Al conocer el mito, se conoce el «origen» de las cosas y, por consiguiente, se llega a dominarlas y manipularlas a voluntad; no se trata de un conocimiento «exterior», «abstracto», sino de un conocimiento que se *vive* ritualmente, ya al narrar ceremonialmente el mito, ya al efectuar el ritual que sirve de justificación. 5) De una manera u otra, se *vive* el mito en el sentido de que se está dominado por la potencia sagrada, que exalta los acontecimientos que se rememoran y se reactualizan. Op. cit., pp. 26 y 27.

y, por consiguiente, debe ser aprehendido en su legalidad estructural inmanente (Cassirer); 3) La conciencia mítica siempre lleva implícito un *acto de creencia*, sin la cual la realidad del objeto del mito perdería su fundamento; 4) Los mitos son *estáticos y cerrados*, encontrándose elementos mitológicos combinados de diferentes maneras pero dentro de un universo cerrado, lo que no quiere decir que la narración sea cerrada, al contrario, la narración puede incorporar elementos y desechar otros, pero sin alterar el núcleo central del mito; 5) Sin embargo, el mito no supone un sistema de credos dogmáticos, como se podría suponer al vivir en aquel tipo de universo, *el mito consiste mucho más en acciones que en meras representaciones*; 6) El mito es *objetivo*, en la medida en que se libera la conciencia de sus inhibiciones y avanza hacia ese universo propio bajo un sentido emotivo; 7) El mito no es de condición individual sino que es una *objetivación de la experiencia social* del ser humano; 8) El mito parece cuando menos *ilógico irracional o incoherente*, aunque tiene una estructura de categorías similares al pensamiento científico, diferenciándose en su modalidad; 9) El tiempo del mito no es físico-matemático —el tiempo absoluto de Newton—, ni es histórico-cronológico, ni es un tiempo lineal; al contrario el *tiempo mítico es primordial y cíclico* —se vuelve siempre al tiempo en que el acontecimiento tuvo lugar por primera vez con pequeñas modificaciones—, es decir, el tiempo del mito siempre es vivido en el presente»³⁶.

3.3.2. Las funciones del mito.

Estas son las características que definen al mito, que nos acercan a la aprehensión racional de su ser para comprenderlo y, de esta forma, asimilarlo de una manera científica. Pero el mito, principalmente, ejerce ciertas funciones dentro de la sociedad, sin las cuales el propio mito no sería más que una narración de corte fantástico, y no una enseñanza sobre la propia sociedad. G. S. Kirk ha propuesto un modelo tripartito de

³⁵Manuel García Pelayo, op. cit., pág. 23.

³⁶Para la configuración de esta lista de características del mito se ha recurrido a los siguientes autores y respectivas obras: Ernst Cassirer, *Antropología filosófica*, pp. 117, 118, 123 y 124; *Filosofía de las formas simbólicas* II, pp. 20, 32 y 148; *El mito del Estado*, México D.F., FCE, 1993, pp. 25 y 60. Mircea Eliade, op. cit., pág. 27. Carlos García Gual, op. cit., pág. 30. Claude Lévi-Strauss, op. cit., pág. 63. José M^a Mardones, op. cit., pág. 43 y ss. Jean-Pierre Vernant, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona, Ariel, 1993, pág. 25 y ss.

funciones desempeñadas por el mito dentro de una sociedad³⁷. En primer lugar se encontraría *la función narrativa y de entretenimiento*. Cuando Kirk hace esta apreciación tiene en mente su propia propuesta de asimilar los cuentos a los mitos, por lo que piensa que ésta puede ser una función del mito. Se equivoca Kirk al creer que la narración es una función del mito, sería la función propia del mitologema, y más aún una simple forma de entretenimiento. La narración es propia del mito, el mito necesita de la narración para difundirse, pero no ejerce la función narrativa. Los cuentos, o narraciones míticas, se narran no tanto por entretener al neófito, como para enseñarle, verdadera función, de manera entretenida, por ejemplo, ese pasado histórico común a la tribu o sociedad dada. Jean Piaget³⁸ en sus estudios sobre la psicología infantil descubrió perfectamente esta función de los mitos. En el proceso de asimilación y almacenaje de datos y conocimientos, a los niños se les narran los mitos con el fin de que retengan esa información sobre la constitución de la sociedad y las formas de institucionalización de ésta. Estas informaciones, transmitidas en forma de cuentos fantásticos —mucho más asimilables en mentes que no poseen una estructura científica, las mentes de niños de cinco años de Howard Gardner—, van conformando el inconsciente colectivo de las personas, el cual se activará en los momentos y ocasiones que ya citamos anteriormente. Por lo tanto, la narración mítica cumple una *función de socialización*, no de entretenimiento como pretende Kirk. La segunda función que desempeñaría el mito sería de *carácter operativo, iterativo y revalidatorio*. Esta función tiene sentido dentro de una lógica de aplicación de un ritual, el cual se repite a lo largo del tiempo en recuerdo de aquellas hazañas u ofrendas que, narradas por el mito, sucedieron tiempo ha. Por ejemplo, los ritos de fertilidad se ejecutan todos los años bajo la creencia de que el dios o tótem dado proveerá a los campos de las riquezas necesarias para el alimento. Además, con la iteración del mito se consigue confirmar las costumbres y, como ya se expuso respecto a la primera función, encauzar e incorporar a los neófitos a la vida plena en comunidad. Sin lugar a dudas, esta es una función que es fundamental para las sociedades primitivas, y que dentro de nuestras

³⁷G. S. Kirk, op. cit., pág. 262 y ss.

sociedades, excepción hecha del ámbito religioso, no suele cumplirse de la misma forma y manera que en ese tipo de sociedades, aunque eso no significa que no existan los rituales de iniciación. Cabría, entonces, hablar de la función iterativa socializadora, la cual sigue presente en nuestras sociedades. La tercera función que cumpliría el mito, según la opinión de Kirk, sería la función *especulativa y aclaratoria o explicativa*. En el análisis de esta función debemos distinguir dos partes, por un lado, la función especulativa y, por otro lado, la función explicativa. Sin poner ninguna pega a esta segunda parte de la función general propuesta por Kirk, sí tenemos que discrepar con el helenista respecto a la parte especulativa. El mito no puede cumplir una función especulativa porque el mito no especula, cuenta lo que ha pasado con total claridad. La especulación que es propia de un pensamiento científico no cabe bajo el abanico del pensamiento mítico. Explica cómo las cosas han sucedido, no cómo podían haber acontecido. El problema que no discierne Kirk es habitual dentro de los estudio mitológicos, se intenta analizar el mito desde una racionalidad científica, no desde una «lógica mítica». Sólo comprendiendo el mito desde su propia lógica, a través de una inmersión en busca del ser que lo constituye, se puede descubrir el significado que posee para la sociedad. Empero intentar descubrir su significado desde posiciones cartesianas significa descomponer el mito en partes inconexas y carentes del significado propio del mito. Por consiguiente, no podemos estar de acuerdo con que el mito desarrolle una función especulativa, porque no le es propia a su lógica y su racionalidad. Otra cosa sería que a través del mitologema se incorporen datos nuevos, sin tocar el núcleo del mito, actualizando o acomodando los hechos que allí se narran; porque el relato mítico no es una concepción cerrada, más bien es una narración semiabierta. ¿Puede el narrador especular? Por supuesto que sí, ya que como dice Manuel García Pelayo:

«el mitologema añade al objeto atributos que no tiene, margina lo que puede poseer de negativo o de positivo (según que la perspectiva sea amigable u hostil), lo perfecciona con arreglo a su propio patrón, lo abstrae de su condicionamiento histórico hasta darle

³⁸Cfr. Jean Piaget, *Estudios sociológicos*, Barcelona, Ariel, 1983; *El criterio moral en el niño*, Barcelona, Fontanella, 1971; y (dir.) *Tratado de lógica y conocimiento científico*, Barcelona, Paidós, 1984.

una realidad intemporal, establece conexiones inexistentes, totaliza un fenómeno parcial, reduce sus complejidades a simplificaciones, etc.; en una palabra, deforma el objeto si nos atenemos a los criterios de la prueba lógica y empírica, pero tiene lo deformado por verdad o, si se quiere, le “sueña” a verdad y, en este sentido, el mito es la expresión de una conciencia objetivamente falsa, aunque no subjetiva y conscientemente falsificadora (salvo para quien fabrique conscientemente los mitos como un instrumento de manipulación de masas), puesto que, como acabamos de decir, se tiene al mitologema por verdadero»³⁹.

A la vista de estas palabras de García Pelayo, podríamos decir, que la función especulativa es propia del mitologema, más que del mito. La especulación es totalmente posible dentro del mito, pero el mito propiamente dicho no especula. El mito para poder ser funcional dentro de una sociedad debe adaptarse al correr de los tiempos, por esta razón el mitologema debe incorporar y desdeñar ciertos elementos, imágenes y símbolos para poder captar la atención de los miembros de la sociedad; si el tiempo mítico es cíclico, es lógico pensar que se irán produciendo una serie de cambios dentro de la narración, pero no es posible modificar el núcleo central del mito. Si asistiésemos a una modificación tal, no estaríamos ante una especulación o modificación del mito, sino ante una *mitopoeia*, que es la creación de mitos. Pero de esto hablaremos más adelante.

Si la explicación de Kirk no nos sirve para configurar una clasificación de las funciones del mito, debemos recurrir a otros autores que, de forma un tanto desordenada e inconexa, han propuesto varias funciones correspondientes al mito:

«1) *Función metafísica*, la cual proporciona a las personas tanto una reconciliación de la conciencia con las condiciones previas a su existencia, como la seguridad de que algo con orden y sentido es persistente, para de esta manera distinguir y retener lo real. 2) La *función cosmológica o racionalizadora* es aquella que permite presentar una imagen del universo (organización mítica del mundo) y revelar los modelos ejemplares de los ritos y las actividades humanas, evitando el pavor o miedo entre los miembros de esa comunidad. 3) La *función sociopolítica e integradora* sirve tanto para legitimar la estructuración de la

³⁹Manuel García Pelayo, op. cit., pp. 22 y 23.

sociedad, como para provocar una “integración asintótica” (Durand) que supere las contradicciones o tensiones antagonistas que existen dentro de la sociedad. 4) *Función emotiva o psicológica*, por un lado, el mito realiza actos de afirmación de valores y, por otro lado, objetiva las emociones, que hasta el ejercicio del mito eran vagas y oscuras. 5) *Función movilizadora*, el mito consigue canalizar los deseos y esperanzas de las personas, los cuales sin esa intervención no saldrían a la luz, por medio de una renovación universal que permite alcanzar las metas e ideales de los grupos sociales; una especie de progreso humano mítico»⁴⁰.

Estas son las características y las funciones principales del mito, pero presuponer que el mito no tiene un posible reverso negativo, visto bajo el prisma de la racionalidad que comprende su objeto de estudio, puede resultar a su vez negativo para el análisis. Leszek Kolakowski y Ernst Cassirer nos advierten de la negatividad o peligrosidad que se encierra en la conciencia mítica. Por un lado, existe una propensión a la expansión desenfrenada del mito, que puede pretender «la posición del conocimiento positivo, puede conquistar violentamente casi todos los ámbitos de la cultura y degenerar en despotismo, terror y mentira. También es peligroso porque puede liberar a sus participantes de la responsabilidad para con la situación propia, dejarse secar la exigencia de libertad, llegar a cuestionar el valor de ésta»⁴¹. La principal causa para que el mito degenera en despotismo —con este análisis se comprenderá mejor la deriva tiránica que puede tener el liderazgo carismático— se puede encontrar en que la plenitud de su fuerza, ya se dijo, la alcanza cuando el ser humano tiene que enfrentarse a una situación insólita y peligrosa⁴². Otra causa, menos clara y distinguible, es la particularidad del mito como totalidad, es decir, el mito es totalizante, englobador de todos los aspectos sociales y políticos, por esta razón tiende a expandirse y subsumir bajo su manto todo lo que le rodea.

⁴⁰Para establecer esta clasificación de las funciones que el mito ejerce se han utilizado las siguientes obras y autores: José Álvarez Junco, op. cit., pp. 222, 223 y 266; Joseph Campbell, *El poder del mito*, Barcelona, Emecé, 1991, pág. 64 y ss.; J. Durand, op. cit., pág. 79 y ss.; Mircea Eliade, op. cit., pp. 18, 44 y 151; Manuel García Pelayo, op. cit., pág. 23 y ss.; Leszek Kolakowski, *La presencia del mito*, Madrid, Cátedra, 1999, pág. 15 y ss.; José M^a Mardones, op. cit., pp. 41 y 49; y Eric Voegelin, *Order and History I: Israel and Revelation*, Louisiana, Louisiana State University Press, 1956, pág. 194 y ss.

⁴¹Leszek Kolakowski, op. cit., pp. 106 y 107.

El mito es como el agua que dentro de un cauce es beneficiosa, pero que una vez sobrepasados esos límites anega todo lo que encuentra a su paso.

3.4. *Mitopoeia y falsos mitos.*

Ahondando más en las características del pensamiento mítico, no podemos suponer que los mitos son inalterables o imperturbables, muy al contrario los relatos míticos suelen transformarse, pero, esto es importante, la estructura básica de conocimiento permanece inalterable. Por ejemplo, como ahora veremos, el mito mosaico ha cambiado sus nombres, sus situaciones, pero el fondo mismo del mito apenas si ha sido alterado, tiene el mismo significado que hace siglos. Esta afirmación nos lleva a entroncar con el supuesto del estructuralismo, según el cual «el espíritu humano se mueve en un campo limitado de posibles, de suerte que configuraciones mentales análogas pueden sin que haya que invocar otras causas, repetirse en épocas y lugares diferentes»⁴³. Frente a lo que piensan numerosos comparativistas respecto al mito, podemos decir que Lévi-Strauss está bastante cerca de la realidad del mito, pues mitos análogos se pueden encontrar en diversas culturas. Además los comparativistas al negar la analogía estructural de Lévi-Strauss, al fin y al cabo, se están negando a sí mismos, porque no se están introduciendo caracteres diferentes a los utilizados por el método comparativo. En lo que respecta al estudio del liderazgo es claro que la mayoría de las culturas tienen o bien modelos mesiánicos, o bien modelos mosaicos, e incluso modelos prometeicos, que hacen posible la configuración de modelos de liderazgo a lo largo de la historia. A esta apreciación habría que añadir los innumerables mitos escatológicos, de renovación universal, o de eterno retorno que pueden ser encontrados en las narraciones míticas de las diversas culturas. En resumen, la analogía estructural sirve como modelo de estudio del mito y, además, ¿es en algo diferente la metodología estructuralista de Lévi-Strauss a la metodología científica?.

⁴²Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, pág. 328.

⁴³Claude Lévi-Strauss y Didier Eribon, *De cerca y de lejos*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pág. 178.

El componente temporal del mito no es un cinturón de castidad que impida la eclosión de otros tipos de mitos de origen no arcaico, al contrario se pueden crear nuevos mitos que tengan tanta fuerza como los otros. Algunas veces estos mitos entroncarán con mitos que ya existían en el tiempo y otros serán totalmente de nueva creación. Ha llegado, pues, el momento de la *mitopoeia* o creación de mitos. Tal creación de mitos no tiene por qué surgir de forma consciente⁴⁴, también cabe perfectamente la creación de mitos de forma ingenua y espontánea⁴⁵. Pero, ¿por qué se siguen creando mitos a lo largo del tiempo? Gotesky respondería, con todo acierto, que por mor del mantenimiento de una cultura:

«Toda cultura crea y valora sus propios mitos, no porque sea incapaz de distinguir entre verdad y falsedad, sino porque su función es mantener y conservar una cultura contra la desintegración y destrucción. Sirven para sostener a los hombres frente a la derrota, la frustración, la decepción y para conservar las instituciones y el proceso institucional»⁴⁶.

La mitopoeia sigue presente en nuestras culturas, creando nuevos mitos; no sólo son mitos aquellos que vienen de un tiempo primordial. Ahora bien, merece la pena destacar que existen, entre nosotros, falsos mitos, es decir, no-mitos. Los *falsos mitos*, que se sustentan sobre la base de la *ley de la exaltación a las alturas ideales*, es decir, se eleva a las personas por cualidades que, presuntamente, les elevan por encima del resto de mortales y acaban encarnándose como modelos de sus respectivas profesiones o actividades. Son los prototipos míticos de la sociedad consumista de masas, y cuya aparición y perduración es puramente coyuntural, tan larga como quieran los medios de comunicación y la propia realidad. Realmente no son mitos porque no tienen una narración detrás, no hay un mitologema que proyecte representaciones, imágenes y símbolos. Podrían ser calificados como mucho de símbolos de una generación, pero en ningún momento de mitos. Por lo

⁴⁴ «Los nuevos mitos políticos no surgen libremente, no son frutos silvestres de una imaginación exuberante. Son cosas artificiales, fabricadas por artífices muy expertos y habilidosos». Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, pág. 333.

⁴⁵ Manuel García Pelayo, op. cit., pág. 19.

⁴⁶ Gotesky, «The nature of myth and society», *The American anthropologist*, LIV (1952), pág. 530 y ss., citado en Manuel García Pelayo, op. cit., pp. 18 y 19.

tanto, parece que los *idola tribus* siguen ejerciendo su señorío entre nosotros, porque, como bien dice Kolakowski, «los mitos que nos enseñan lo que representa sencillamente un valor, son inevitables para que pueda existir la sociedad humana»⁴⁷.

4.) MODELOS DE LIDERAZGO MÍTICOS.

Decía Sigmund Freud que el tótem «es, en primer lugar, el antepasado del clan, y en segundo, su espíritu protector y su bienhechor, que envía oráculos a sus hijos y les concede y protege aun en aquellos casos en los que resulta peligroso»⁴⁸. Algo así representa el líder para sus seguidores cuando el aspecto religioso se separa o bifuncionaliza de la persona⁴⁹. Todos los líderes políticos tienen algo de totémicos, aunque predominantemente los modelos míticos son otros bien distintos, pero no hay que despreciar, como vimos al analizar el símbolo, lo que decía Durkheim sobre la encarnación de la colectividad en el tótem, porque esta situación podría reproducirse en los líderes políticos de todas las épocas, incluida la nuestra. Serge Moscovici seguiría un modelo dual donde sólo habría o líderes totémicos o líderes mosaicos —este modelo se analizará, como hace el propio autor, dentro del liderazgo carismático—, desatendiendo otros tipos de aspectos míticos que se encuentran en el fondo del propio liderazgo político. Nuestra pretensión, por lo tanto, es analizar ese tipo de modelos míticos de liderazgo para, en el desarrollo de nuestro estudio, observar si en la percepción que tienen los seguidores de los líderes políticos persiste esa masa magmática de nuestras sociedades. Pero tan importante como la representación mítica de los líderes políticos es el mensaje político de los propios

⁴⁷Leszek Kolakowski, op. cit., pág. 35.

⁴⁸Sigmund Freud, *Tótem y tabú*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pág. 9.

⁴⁹Al hablar de la bifuncionalización de la religión en el marco del liderazgo hacemos referencia a que, en ciertas épocas, se comienza a tener constancia de que los jefes y líderes políticos no tienen un carácter predominantemente religioso, sino «racional». Otra cuestión sería el componente religioso que existe en todos los ámbitos de la sociedad, y que en lo referente al liderazgo no es diferente al resto de los ámbitos. «La simple deferencia que inspiran los hombres que cumplen elevadas funciones sociales no tiene una naturaleza diferente de la del respeto religioso. Se traduce en los mismos movimientos; se respeta una cierta distancia frente a un gran personaje, su aproximación se realiza con precauciones; para conversar con él se utilizan un lenguaje y gestos diferentes que para hacerlo con el resto de los mortales. El sentimiento que se

líderes. «Si el mensaje político —afirma Álvarez Junco— sustituye problemas y programas concretos por mitos, ello no se debe al azar, sino a que se dirige a esa parte no racional del ser humano que es esencialmente movilizadora»⁵⁰. Con esto no queremos decir que cualquiera que apele a mitos obtendrá de manera mecánica un gran apoyo, al contrario decimos que la apelación a diversos mitos promueve, por la propia lógica del mito, la movilización; ahora bien, la persona o personas que apelen a ellos deben estar capacitados para saber tanto qué tipo de mitos utilizar, como en qué situación utilizarlos. Y esta capacidad es propia de los líderes políticos. Pero ¿por qué se establece una relación entre el líder y el mito, principalmente? Por las convulsiones propias de las épocas en que surge el liderazgo político. Como afirma Ernst Cassirer:

«En épocas quietas y pacíficas, en períodos de relativa estabilidad y seguridad, esta organización racional se mantiene fácilmente. Parece estar a prueba de cualquier ataque. Pero en política el equilibrio nunca se establece por completo. Lo que se produce es más bien un equilibrio inestable que un equilibrio estático. En política se vive siempre sobre un volcán. Hay que estar preparados para súbitas convulsiones y erupciones. En todos los momentos críticos de la vida social del hombre, las fuerzas racionales que resisten al resurgimiento de las viejas concepciones míticas, pierden la seguridad en sí mismas. En estos momentos, se presenta de nuevo la ocasión del mito. Pues el mito no ha sido realmente derrotado y subyugado. Sigue siempre ahí, acechando en la tiniebla, esperando su hora y su oportunidad. Esta hora se presenta en cuanto los demás poderes de vinculación de la vida social del hombre pierden su fuerza, por una razón u otra, y no pueden ya combatir los demoníacos poderes míticos»⁵¹.

Por eso decíamos que la utilización de componentes míticos en los discursos de los líderes y gobernantes políticos no siempre podían tener el efecto deseado, más bien podría acontecer lo contrario de lo esperado. En numerosas ocasiones, los políticos que utilizan esos elementos míticos, en épocas de «equilibrio inestable», suelen ser calificados de

manifiesta en tales circunstancias está emparentado con el sentimiento religioso que muchos han confundido». Emile Durkheim, op. cit., pág. 200.

⁵⁰José Álvarez Junco, op. cit., pág. 225.

⁵¹Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, pp. 330 y 331.

populistas y demagogos; sin embargo, la utilización de esos mismos elementos por esas mismas personas en épocas de inestabilidad genera calificativos de gran político, de líder del pueblo, por ejemplo. Pero, la similitud del contexto histórico en el que surgen los líderes y reaparecen los mitos, promueve la asimilación mítica del líder, aunque también puede suceder que no ocurra así.

Nuestra propuesta está dividida en cuatro posibles modelos de líderes con referente mítico. Aunque tenemos presente que podría ampliarse esta clasificación, hemos preferido dejarla en ese número puesto que los modelos propuestos entran dentro de lo que podríamos calificar el liderazgo político. Socialmente hablando podría haber otro tipo de modelos, pero en la esfera particular del liderazgo político estos cuatro prototipos explican en gran medida la práctica totalidad de los líderes existentes, contando con la peculiaridad de que los referentes míticos se pueden superponer, es decir, un mismo líder puede tener un discurso de rasgos heroicos y prometeicos o mesiánicos. Estos modelos del liderazgo se corresponden con el líder prometeico, el líder heroico, el líder mesiánico y el líder mosaico.

4.1. *El líder prometeico.*

Para los estudiosos de la Antigüedad clásica el mito de Prometeo contiene tres acontecimientos fundamentales para la cultura occidental, a saber, el ritual del sacrificio, la posesión del fuego y la mujer como compañera del hombre⁵². Si descartamos el primer acontecimiento y el tercero que fueron superados por sus versiones cristianas en el inconsciente colectivo de las personas, persiste entre nosotros la parte que corresponde a la posesión del fuego. Prometeo no inventó el fuego —que según la mitología griega fue inventado por Hermes—, pero fue quien se lo robó a los dioses del taller de Hefestos y Atenea para entregarlo a los hombres. El significado del robo del fuego —al menos el significado que ha pervivido para el inconsciente colectivo, muy lejano de algunas

interpretaciones de ciertos especialistas— entronca con la versión que de este mito nos ofrece Platón en el *Protágoras*: es la base de la cultura y del progreso técnico⁵³ —aunque también allí se ofrezca una versión de la formación de la propia política—. El mito de Prometeo es la simbolización de la capacidad del ser humano para lograr el progreso técnico, el cual, anteriormente, estaba reservado a los dioses del Olimpo. Gracias a la reconciliación entre Zeus y Prometeo, tras un penoso y duro castigo por el robo de aquél, Hermes como enviado de Zeus enseñará a las personas el arte del gobernar las ciudades y el sentido de la justicia⁵⁴, cualidades sin las cuales el progreso técnico no tiene una utilidad beneficiosa para el Estado. Sin embargo, lo que nos ha llegado del mito de Prometeo es el carácter civilizador del hecho de robar el fuego a los dioses. Prometeo es un personaje revelador⁵⁵ en el sentido de que quita a los más altos dignatarios las cualidades que poseían de una forma privativa, para concedérselas a todos los mortales. El líder prometeico es aquel líder que favorece el progreso humano, que pretende expandir los beneficios del progreso a todos los habitantes. En otras palabras, es un líder que pretende modernizar la sociedad en la que vive.

4.2. *El líder heroico.*

El liderazgo heroico que vamos a analizar aquí poco tiene que ver con el liderazgo heroico que han querido ver algunos autores, principalmente estadounidenses, al menos en la forma —no hay referencia alguna a aspectos míticos en sus ensayos—; aunque sí existen similitudes de fondo. De todas formas el liderazgo heroico tal y como lo entienden estos autores será analizado en el apartado dedicado a la tipología de los líderes políticos. Mítica y socialmente hablando los héroes son los grandes personajes muertos —o muertos memorables (García Gual)—, cuyos actos y hechos han dejado una impronta en la historia universal o nacional; los que según Homero deberían ser dignos de canto

⁵²Para Jean-Pierre Vernant se podría hablar, incluso, del mito de Prometeo como el mito de la creación del hombre, como la separación entre los mortales y los dioses. Op. cit., pág. 244.

⁵³Carlos García Gual, op. cit., pág. 87.

⁵⁴Platón, «Protágoras», 320d y ss. (*Diálogos I*, Madrid, Gredos, 1993, pág.524 y ss.).

para los sucesores. No podemos hablar solamente de un tipo de mito heroico, héroes hay muchos y diversos, pero sí podemos exponer ciertas características comunes a todos los mitos de los héroes. Según Joseph L. Henderson el relato mítico de los héroes «cuenta el nacimiento milagroso, pero humilde de un héroe, sus primeras muestras de fuerza sobrehumana, su rápido encumbramiento a la prominencia o el poder, sus luchas triunfales contra las fuerzas del mal, su debilidad ante el pecado de orgullo (*hybris*) y su caída a traición o el sacrificio “heroico” que desemboca en su muerte»⁵⁵. A estas correctas apreciaciones habría que añadir que el ser considerado un héroe es una muestra de haber alcanzado la plena madurez, alcanzar lo máximo asignado a la condición humana. Por esta razón, se comprenderá que la principal característica del héroe no es sino sus actos, sus hechos, que son los que, dentro del mundo del liderazgo, le proporcionarán su perduración en el poder y la adhesión inquebrantable de los seguidores. Posteriormente, tal como señaló Henderson, o cometerá el pecado del orgullo, en términos más coloquiales, se le subirá el poder a la cabeza, o se retirará a descansar, o morirá a manos de sus enemigos/seguidores. Otra característica del héroe, que tiene una cierta importancia dentro del liderazgo, es la aparición junto al líder de una figura tutelar —en términos míticos serían los dioses, o algún sabio, que están con el héroe, y en nuestro contexto el apoyo de algún prestigioso político interno o externo—, que le ayudará a realizar las hazañas. Sin embargo, en la actualidad discernir entre los líderes heroicos y otro tipo de líderes o gobernantes es más complicado que en tiempos pretéritos, todo ello como consecuencia directa de las falsificaciones habituales de los medios de comunicación y los vendedores de imagen políticos⁵⁷. Pero esto no es óbice para que, llegado el momento, surja un líder heroico que difumine la falsedad de la creación mediática.

4.3. *El líder mesiánico.*

⁵⁵George Balandier, *El poder en escenas*, Barcelona, Paidós, 1994, pág. 16.

⁵⁶Joseph L. Henderson, op. cit., pág. 109.

⁵⁷Elihu Katz y Daniel Dayan, «Contests, conquests, coronations: on media events and their heroes», en C. F. Graumann y S. Moscovici, *Changing conceptions of leadership*, New York, Springer-Verlag, 1986, pág. 135.

Este tipo de líderes son fruto de ese orden temporal del mito donde pasado, presente y futuro forman un todo común, una forma temporal que siempre es presente, pero que, a la vez, es evocativa. La fe esperanzada de que interrumpa un mesías para cambiar el orden presente, como gustaba decir Walter Benjamin, está muy presente en la política a lo largo de la historia. La concepción mesiánica intenta demostrar que la historia está abierta y que todo puede cambiar. El líder mesiánico, por consiguiente, será un tipo de líder de carácter revolucionario o fundador, el cual crea una nueva forma de hacer las cosas, de sentir el presente, o, en otro orden, derivar de algo ya existente una nueva concepción del universo dado. Jesucristo, al fin y al cabo, permutó la concepción religiosa judía con añadidos griegos, gnósticos... Es el líder que siempre se está esperando que llegue, no para solventar un problema coyuntural, sino para cambiar radicalmente las vidas de las personas. Es el guía de la escatológica renovación universal que, de vez en cuando, provoca un cambio en la historia, y cuya manifestación más conocida en el período de la modernidad pueden ser algunos pasajes de la doctrina socialista⁵⁸. Sin embargo, merece la pena hacer una serie de puntualizaciones respecto a este último punto. Si bien el socialismo utópico puede tener en su seno esa esperanza de renovación universal, el socialismo marxista se separa de este tipo de consideraciones debido a su multiplicidad de versiones post-Marx. Para los posibilistas y evolucionistas la llegada de la Edad de Oro no se producirá por la irrupción de mesías alguno, sino a través de la continua lucha de la clase trabajadora; empero, si adoptamos una postura leninista es indudable que el componente mesiánico está presente y representado en la vanguardia del proletariado. Por esta razón, afirmar que el socialismo es mesiánico contiene, al menos, numerosos elementos como para dudar de su fiabilidad científica. No todo acto revolucionario es mesiánico, ni todo líder mesiánico es revolucionario. La doctrina o ideas marxistas tienen más contenido prometeico, como sucede con el liberalismo, que sentido mesiánico de la historia. Es más, Karl Marx fue, sin lugar a dudas, mucho más un Moisés, que un mesías, para el movimiento obrero. Aunque la política tenga un alto componente mesiánico en su

⁵⁸Cfr. G. Steiner, *Pasión intacta*, Madrid, Siruela, 1997 (especialmente el capítulo «A través de ese espejo, en enigma»); y desde otro punto de vista Mircea Eliade, op. cit., habla de las referencias escatológicas del socialismo, aunque no de su mesianismo.

estructura básica (J. Derrida), no podemos derivar de ello que todas las propuestas de cambio sean específicamente mesiánicas⁵⁹.

4.4. *El líder mosaico.*

Aunque se estudiará en mayor profundidad posteriormente, tiene como principal característica ser una persona que moviliza un *sujeto histórico*. Comúnmente se piensa dentro de la comunidad científica (en abstracto) que Moisés fue el fundador del pueblo de Israel —creencia que en nuestra época sigue gozando de fuerte predicamento y que, como consecuencia de ello, expande su espectro entorno a los líderes nacionalistas; por esta razón dijimos líneas más arriba que el mesianismo está muy relacionado con el nacionalismo—, sin embargo, esta creencia es falsa, en tanto en cuanto el pueblo de Israel contaba con cientos de años de historia. Jacob fue quien, principalmente, convirtió a ese deslavazado pueblo en un sujeto histórico, pero fue Moisés quien movilizó las energías del pueblo de Israel, a fin de concienciar a ese sujeto histórico de su misión histórica. Por consiguiente, se puede decir que los líderes mesiánicos son aquellos que fijan la acción en la multitud, en el sujeto histórico, dotándolos de conciencia de sí mismos y de su papel en la historia. El líder nacionalista considera que el sujeto histórico ya existe y, por lo tanto, su preocupación es invertir el rumbo de la situación hacia una posición favorable a los intereses nacionalistas, aunque a través de otros mecanismos siga insistiendo en el mantenimiento y reafirmación del sujeto histórico.

⁵⁹Como dice Mircea Eliade cuando se está refiriendo al mito del Eterno Retorno, «los inspiradores y los jefes de la primera revolución europea radical y victoriosa, que marcaba, más que el fin de un régimen, el fin de un ciclo histórico, se consideraban los restauradores de las antiguas virtudes exaltadas por Tito Livio y Plutarco». (Op. cit., pág. 156) Páginas antes afirmaba Eliade que desde el reformador, hasta el jefe de partido, pasando por el revolucionario o el mártir, ofrecen ejemplos de renovación universal (pág. 151), los cuales no tienen por qué ser mesiánicos.

CAPÍTULO 3º: TEORÍAS CLÁSICAS Y CONTEMPORÁNEAS DEL LIDERAZGO Y EL GOBIERNO.

«Si la filosofía política abarca algo más que lo expresado por cualquier gran filósofo, se justifica en parte suponer que constituye una empresa cuyas características se revelan con más claridad a lo largo del tiempo».

Sheldon S. Wolin

INTRODUCCIÓN

Las teorías que se van a presentar bajo este epígrafe posiblemente no analicen tal y como se hace en la actualidad el liderazgo político, pero, en su pretensión por encontrar fórmulas ideales para la organización política, también han expresado modelos ideales de liderazgo. No sólo teorizaban sobre la monarquía, por ejemplo, sino también sobre el monarca, indicando cuáles debían ser las cualidades que debía reunir el regente para asemejarse al modelo ideal del pensador dado. Así como en la propedéutica desestimábamos los análisis del «deber ser» filosóficos, en este caso se plantean, acriticamente en una perspectiva científica que no filosófica, las teorías del «deber ser» consideradas clásicas¹. Las teorías de los autores estudiados no se presentarán totalmente, es decir, no tenemos intención de crear un estudio de la historia de las ideas; por el contrario, tan sólo expondremos, donde sea posible sin restar un ápice de comprensión general, las partes de esas teorías que se encuentren más cerca del objeto de nuestro

¹Para Richard W. Smith las teorías clásicas pueden ser calificadas, desde la perspectiva del liderazgo político, como modelo mecánico —se incluyen dentro de este modelo desde el sistema platónico hasta el sistema newtoniano o el taylorismo—, en clara contraposición con el nuevo paradigma, también conocido como modelo emergente. Creemos que no se puede realizar tal calificación porque, no todos los sistemas de liderazgo que ha habido hasta la fecha pueden ser considerados como mecánicos. Por ejemplo, el modelo que nosotros mismos planteamos se aleja de lo que puede ser el modelo mecánico, pero tampoco se asemeja al modelo emergente. Además, como se vio en la propedéutica, Smith sufre un desliz propio de la asunción de la metodología funcionalista, puesto que confunde la posesión de un cargo de poder con la función del liderazgo. Sorprende, por otro lado, que Smith no se haya percatado de que Platón ya avanzaba algunas ideas que él mismo propone como cualidades del modelo emergente; como es el caso de la visión. Richard W.

estudio. Posiblemente, no estén todos los autores que alguna vez hayan escrito sobre la organización política o la teoría del Estado, pero sí se analizan aquellos casos paradigmáticos o que tienen una especial significación para el estudio del liderazgo político.

1.) TEORÍAS CLÁSICAS DEL GOBIERNO Y EL LIDERAZGO.

1.1 *Platón.*

El primero de los autores que vamos a analizar es Platón. El filósofo griego legó para la posteridad uno de los primeros tratados de Teoría de la Organización Política, la cual también contenía, y es importante recordarlo, una Teoría del Conocimiento sumamente importante para comprender el posterior desarrollo de la ciencia política y, sobre todo, del comportamiento político. Comenzando por la teoría política platónica, el sabio griego propone un sistema de organización política sumamente racional —en contraposición a otros tratados de la época que todavía se centran en el mito, no en el logos— donde las funciones de los habitantes del Estado están perfectamente delimitadas y jerarquizadas. El sistema platónico, aun siendo meritocrático —hay que recordar las palabras de Sócrates en uno de los diálogos platónicos: «sí se que es malo y vergonzoso cometer injusticia y desobedecer al que es mejor, sea dios u hombre»²—, no reservaba los puestos sociales a ninguna familia, clase social o grupo político, sino que, a través de las diferentes etapas de la vida, se iba seleccionando a los mejores, a los más capaces para servir a toda la comunidad, fuesen hijos de artesanos o de filósofos. Pero ¿quiénes eran los mejores?. En el pensamiento de Platón queda claro que los mejores eran los filósofos; por consiguiente, esas personas debían ser la encargadas de *pilotar la nave* del Estado. Las funciones del Estado estaban divididas en tres partes, como en tres partes se dividía el alma

Smith, «Servant-Leadership: a pathway to the emerging territory?» en Larry C. Spears (ed.), *Reflections on leadership*, New York, John Wiley and sons, 1995, passim.

²Platón, «Apología de Sócrates» en *Diálogos I*, Madrid, Gredos, 1993, 29b (pág. 167).

de las personas: en la parte inferior, los trabajadores (artesanos, comerciantes, agricultores, etc.); en el medio, los guerreros; y en la cima, los gobernantes. Al igual que el hombre perfecto tenía un alma estructurada en la prudencia, la valentía y la templanza, las cuales en su perfecta proporción hacían al hombre justo, así la polis o Estado debía reunir estas tres cualidades acumulativas —las virtudes se acumulan de abajo hacia arriba—: la prudencia de los gobernantes, la valentía de los guerreros y la templanza de todos los habitantes del Estado. Gracias al cumplimiento de todas las funciones asignadas se cumpliría con la no-división del Estado y la justicia. Así se expresa Platón por boca de su maestro Sócrates en *La República* cuando, discutiendo sobre la elección de los gobernantes de entre el grupo de los guerreros, decide escoger a «aquellos que, previo un maduro examen, nos parezca que después de haber pasado toda su vida consagrados a procurar el bien público, nunca han perjudicado los intereses del Estado»³. Y ¿cuáles son los intereses del Estado? La unidad y el buen funcionamiento. No sólo valen todas las virtudes que posean los gobernantes, se entiende que la templanza, la valentía y la prudencia, sino que, además, han de tener «mucho celo por el bien público»⁴. Dentro de esta estratificación el gobernante es el encargado de legislar y procurar la felicidad de todos ciudadanos —recuérdese el concepto de ciudadanía en la época de Platón—, sin distinción, con el fin de que todos aporten lo mejor de sí mismos para la fortificación de los lazos del Estado⁵.

Habiendo quedado claro que el reparto de funciones es lo que permite a la polis o al Estado fortalecerse y funcionar con corrección, Platón modela a un gobernante lleno de virtudes (prudencia, templanza, valentía y justicia), pero donde realmente se encuentra el *quid* de la cuestión es en su teoría del Conocimiento. Para Platón los verdaderos gobernantes deberían ser los filósofos porque son ellos los únicos capaces de llegar al conocimiento de la verdad⁶. Pero ¿cuál es esta verdad? A fin de responder a esta pregunta debemos analizar el famoso mito de la caverna para comprender a qué se refiere Platón

³Platón, *La República*, Madrid, Edaf, 1991, Libro III (pág. 143).

⁴Ibídem, Libro III (pág. 142).

⁵Ibídem, Libro VII (pp. 280 y 281).

⁶«-Glaucón: Entonces, ¿quiénes son, en tu opinión, los verdaderos filósofos?.

» -Sócrates: Los que gustan de contemplar la verdad». Ibídem. Libro V (pág. 225).

cuando habla de tal concepto. Según el mito de la caverna, las personas viven observando sombras y polemizando sobre el posible significado de aquéllas. Sin embargo, un día uno de los habitantes de la caverna —metáfora de la polis— abandonó el sitio camino de la luz para ver que había realmente allí. Cuando se hubo encontrado fuera, y una vez restablecida la visión a consecuencia de la luz, observó un mundo diferente a como lo habían estado imaginando dentro de la caverna. Decidió volver para contar a sus congéneres lo que había visto, pero estos le mataron. Con este relato metafórico Platón nos muestra que existen ciertas personas que son capaces de ver más allá de lo dado, más allá del pensamiento mítico; personas que son capaces de escudriñar las formas verdaderas de las ideas, es decir, capaces de ver la verdad, pero las cuales, normalmente, son tratadas como orates. Estas personas son los filósofos y a ellos habría que darles el gobierno por sus virtudes y por sus conocimientos.

Evidentemente, y no estamos proponiendo nada nuevo, Platón con esta manifestación está expresando un profundo dolor por su maestro Sócrates que, como bien se sabe, fue obligado a tomar cicuta al haber sido condenado por la ciudad de Atenas. El modelo del filósofo gobernante de Platón está tomado de su maestro y tiene la función de ser como el tábano que pica a los caballos nobles y grandes para despertar a los ciudadanos de la polis con el fin de llevarles a buen puerto⁷. De ahí que una persona es situada en un puesto concreto porque se «considera que es el mejor, o en el que es colocado por un superior, allí debe, según creo, permanecer y arriesgarse sin tener en cuenta ni la muerte ni cosa alguna, más que la deshonra»⁸. Con estas palabras Platón reafirmaba su propia concepción del Estado como una distribución de funciones que deben ser llevadas a cabo con total rectitud por el beneficio de toda la comunidad⁹, no por el beneficio de unos pocos. En resumen, la teoría de la jefatura platónica, dentro de la novedad de su racionalidad, nos presenta a un gobernante pleno de virtudes y, lo más importante, sabio,

⁷Platón, «Apología de Sócrates», 30e y 31a (pp. 169 y 170).

⁸Ibídem, 28d (pág. 166).

por lo que a él habría que cederle el poder. Sin embargo, la verdadera novedad de Platón es el concepto de *visión* que introduce, que es uno de los principios fundamentales del líder. A diferencia de otros teóricos, Platón, gracias a su teoría del conocimiento, nos muestra que los gobernantes o líderes, además de ser virtuosos, han de tener la capacidad de prever, de adelantarse a los acontecimientos, no como una forma de gestión sino como una fórmula de valores. Lo que han llegado a ser las ideologías como superación de lo cotidiano y de carácter trascendente, es lo que ya adelantaba el sabio griego. Porque si hay algo que permite diferenciar perfectamente lo que es un gobernante de lo que es un líder, es la ideología (*Weltanschauung*), como *visión* de un futuro que se hace presente y que además es encarnado por el líder. Todo esto ya lo adelantó sucintamente Platón con su teoría de las ideas, aunque nadie se lo reconozca en la actualidad salvo raras excepciones, como Jean Blondel y James MacGregor Burns. Sin embargo, del modelo platónico no podemos decir que sea concretamente un modelo de liderazgo sino, más bien, un modelo de contra liderazgo; un modelo que se enfrenta a la realidad cotidiana de Atenas en la época donde los demagogos y los doxósofos dominaban las reuniones de la Asamblea. Como dice David Held, Platón se enfrentaba con este modelo a «los únicos líderes a los que el pueblo es capaz de admirar [que] son los aduladores»¹⁰, en el otro lado estarían los verdaderos *pilotos* que no se guían por los impulsos como la *tripulación*.

1.2. Tomás de Aquino y Juan de Mariana.

El salto histórico que hemos dado, bien se podría explicar como consecuencia de la carencia de ensayos que merezcan ser destacados en contraposición a la obra de Platón. Sin embargo, esta no es la razón que nos impulsa porque, como es por todos conocido, ha habido numerosos ensayos sobre las formas de organización política desde Platón hasta Tomás de Aquino. Por ejemplo, uno de los seguidores del propio Platón,

⁹En términos similares se expresa el profesor Carlos García Gual aunque emplea el término de salvación. Carlos García Gual «La Grecia antigua» en Fernando Vallespín, *Historia de la Teoría política I*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 116.

¹⁰David Held, *Modelos de democracia*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pág. 45.

Aristóteles, nos legó un magnífico testimonio, *La Política*, pero en él no analizaba con profusión de detalles, como sí hizo Platón, al gobernante. Podemos destacar que Aristóteles recordaba que los gobernantes que habían sido instruidos por la ley, sin duda, juzgaban mejor que los que no lo habían sido¹¹. De ahí a intentar construir, por nuestra parte, cualquier tipo de argumentación sería, cuando menos, acientífico. Sin embargo, hemos de reconocer que podríamos haber cometido una injusticia con un autor romano, *Marco Tulio Cicerón*. Cicerón realizó un ensayo sumamente interesante sobre la forma del Estado, *Sobre la República*, en el cual, aunque con brevedad, el autor exponía algunos de los caracteres que debían tener los gobernantes, principalmente la posesión de autoridad. El autor romano, en contraposición a Platón, concedía el rango de sabios a personas que el filósofo griego habría calificado, incluso, de demagogas. Para Cicerón aquel ciudadano que «con su autoridad y la sanción de las leyes consigue de un pueblo lo que a duras penas logran inculcar a unos pocos los filósofos con sus enseñanzas, debe ser preferido a estos mismos maestros que únicamente saben disputar sobre la bondad de las leyes»¹². Se podría deducir de esta frase una propuesta antitética a la platónica, sin embargo, Cicerón no es que detestase a los filósofos platónicos, al contrario, creía que algunos debían ser honrados por su contribución al bienestar de la República; el problema residía en que Cicerón consideraba que las personas que, sin ser filósofos, procuraban el bien del Estado y obtenían la concesión de la autoridad informal por parte de sus conciudadanos, debían ser, así mismo, considerados como sabios, porque tenían la sabiduría del gobierno, no del conocimiento de la verdad platónica¹³. El enfrentamiento entre lo actual y lo venidero.

Una vez que ha quedado explicado el salto histórico, es necesario pasar al estudio de *Tomás de Aquino*. La decisión de optar por este autor y no por otros que también expresaron sus preferencias por la monarquía como forma del Estado y de gobierno —casos claros de San Agustín o el papa Gelasio I, con sus teorías de las dos ciudades y las dos espadas respectivamente—, se debe a que Tomás de Aquino realiza una

¹¹Aristóteles, *Política*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (de ahora en adelante CEPC), 1997, 1287b (pág. 105)

¹²Marco Tulio Cicerón, *Sobre la República*, Madrid, Tecnos, 1992, Libro I, 3 (pág. 5).

síntesis política del pensamiento aristotélico y agustiniano en su tratado *De regno* —ampliado posteriormente en *De lege*, tratado incluido en la *Summa theologiae*—, siendo éste uno de los más representativos del pensamiento político del cristianismo en la Edad Media. Comienza Tomás de Aquino justificando la Monarquía no tanto por su derivación de dios como por la perfección natural de su existencia:

«Lo que se da según la naturaleza se considera lo mejor, pues en cada uno obra la naturaleza que es lo óptimo; por eso todo gobierno natural es unipersonal. Entre muchos miembros hay uno que se mueve primero, el corazón; y en las partes del alma una sola fuerza preside como principal, la razón. Las abejas tienen una reina y en todo el universo se da un único Dios, creador y señor de todas las cosas. Y esto es lo razonable. Toda multitud se deriva de uno. Por ello si el arte imita a la naturaleza, y la obra de arte es tanto mejor cuanto más se asemeja a lo que hay en ella, necesariamente en la sociedad humana lo mejor será lo que sea dirigido por uno»¹⁴.

Por consiguiente, la monarquía queda justificada ya que lo natural es que gobierne uno en vez de muchos; y lo natural es lo mejor y más perfecto, ya que son obra del creador y de la razón del hombre, la cual es guiada por aquél. Sin embargo, en un capítulo anterior a la cita, el autor cristiano declaraba que gobernar es una función del cuerpo político —concretando podríamos decir que para Tomás de Aquino el Estado es un producto del instinto social y del hombre— porque, entre todas las partes de las personas (alma, cuerpo y razón), siempre hay *una* que dirige al resto; luego es preciso que «en toda sociedad haya algo que la dirija»¹⁵. Y ese algo es el monarca. De momento hemos visto cual es la función, pero la concepción finalista de la monarquía en Tomás de Aquino se presenta nada más comenzar el tratado *De regno*: «Porque todo cuanto se ordena a un fin puede ser conducido por diferentes caminos, se precisa un gobernante por medio del cual llegue directamente a su fin todo lo destina a él»¹⁶. Y ¿cuál es el fin del gobernante?.

¹³Ibídem, Libro I, 3 y ss. (pág. 5 y ss.)

¹⁴Santo Tomás de Aquino, *La Monarquía (De regno)*, Madrid, Tecnos, 1995, Libro I, cap. 2, 9 (pp. 14 y 15).

¹⁵Ibídem, Libro I, cap. 1, 4 (pág. 8).

¹⁶Ibídem, Libro I, cap. 1, 2 (pág. 5).

Procurar la salvación, que en palabras del propio autor significa procurar la unidad dentro de la paz. De las palabras del autor nos llegan rancios efluvios tanto de Platón como de Aristóteles, con el marchamo del cristianismo de Agustín de Hipona. Así, Tomás de Aquino, al igual que nos decía Platón en *La República*, espera del monarca el desprecio de la gloria para conseguir un alma virtuosa y que, además, ofrezca su trabajo por la justicia, la cual queda reflejada en procurar la salvación de todos los gobernados; además, ese desprecio por la gloria —mundana se entiende— también le proporcionará la *verdadera* gloria. Se puede decir, por lo tanto, que para el autor el regente debe poseer la mansedumbre, la clemencia en el juicio y el celo por la justicia. Porque el rey ha asumido tal función en lugar de dios, ha obtenido la *majestas* (majestad) del Hacedor.

Sin embargo, hay que destacar especialmente una de las partes del tratado que estamos analizando, la aparición en la obra de la *teoría del tiranicidio*, por lo menos en lo que se refiere a un estudio del liderazgo y la jefatura política. En el capítulo sexto del primer libro de su tratado *De regno*, Tomás de Aquino, en apenas seis páginas, propone una breve visión del tiranicidio. No significa que el autor sea un claro defensor del tiranicidio, pero sí es de los primeros en proponer que se cometa si los acontecimientos así lo aconsejan. Si el tirano, desgracia para toda la comunidad, no se excede en su forma de jefatura, es preferible soportar con estoicismo la tiranía moderada por el bien de la unidad comunal. De actuar contra un tirano moderado, podría producirse que se fallase en el intento y el tirano se ensañase con suma exasperación¹⁷. Sin embargo, el autor concede la posibilidad de cometer el tiranicidio de dos formas: en primer lugar, debería ser la autoridad pública la que acometiese la empresa, pues pertenece a la propia sociedad darse un rey; y en segundo lugar, si el nombramiento del monarca se realizó desde altas instancias, habrá que esperar que sea aquel superior quien ponga remedio a la iniquidad del tirano¹⁸. Como observa Tomás de Aquino, el tiranicidio no es un remedio que deba aplicarse aleatoriamente, sino que, observados todos los pros y todos los contras, se debe acometer en situaciones casi extremas. Al igual que ocurre en la obra de Lope de Vega,

¹⁷Ibídem, Libro I, cap. 6, 18 (pág. 30).

Fuente Ovejuna —recuérdese que ante la pregunta del Juez sobre quién mató al comendador, todos los torturados contestan que fue la propia Fuente Ovejuna—, debe ser toda la sociedad la que cometa el acto del tiranicidio porque es la propia sociedad quien tiene la potestad de dotarse de un gobernante. Empero, si el rey ha sido impuesto o coronado por una instancia superior (el papa de Roma, el emperador o dios), habrá que esperar que esa alta instancia le deponga, sin obrar contra tal voluntad. Queda claro que el autor, aun no siendo favorable al tiranicidio, ya que para él la peor de las tiranías es la que ocurre dentro de la democracia, deja una puerta abierta ante casos graves.

Sin embargo, quien ha quedado para la posteridad como el gran adalid del tiranicidio ha sido *Juan de Mariana*, el cual escribió su tratado *De rege et regis institutione* casi tres siglos después de la obra anterior —recuérdese que Tomás de Aquino vivió entre 1225 y 1274, mientras que Mariana estuvo entre los mortales en el período sito entre 1535 y 1624—, por lo que hay numerosas novedades teóricas. La obra de Juan de Mariana en realidad no pretendía ser una obra política o de análisis político, sino un tratado para la educación de un príncipe —los conocidos *espejos de príncipes* de la Edad Moderna—, en concreto este libro estaba dedicado al rey Felipe III de España. Partiendo de un análisis, que posteriormente tomará Thomas Hobbes, *homo homini lupus*, nos cuenta Mariana que los hombres estaban acechados constantemente por los peligros de los más fuertes, por lo que decidieron darse un derecho, una ley para evitar los peligros¹⁹. De ese acuerdo surgió la sociedad y la potestad real. Al igual que Tomás de Aquino, Mariana defiende la monarquía como mejor forma de gobierno porque la considera como la más perfecta en conformidad a las leyes de la naturaleza, pero, sin embargo, considera que el tiranicidio es aconsejable en todos aquellos casos en que el regente se desvíe de su concepción del bien común. Por eso escribió este tratado para evitar, mediante la educación, que el rey pierda la honradez y la virtud. Y ¿cuál es la forma corrupta del príncipe?. Sin lugar a dudas el no respetar las leyes civiles y las leyes religiosas. Desde la Edad Media se había defendido la

¹⁸Ibídem, Libro I, cap. 6, 20-21 (pág. 32 y ss.)

¹⁹Juan de Mariana, *La dignidad real y la educación del rey (De rege et regis institutione)*, Madrid, CEPC, 1981, pág. 23.

soberanía del regente con la clásica fórmula de *Princeps legibus solutus est*, ahora Juan de Mariana la permuta por la siguiente: *Princeps non est legibus solutus*. Es decir, el rey está obligado a guardar la ley al igual que el resto de los gobernados. Tal cambio en la opinión común de la época, y que recoge Mariana, viene determinado por el nuevo concepto de soberanía que estaba en la mente de los pensadores de la época y cuyo mejor exponente era Jean Bodin y su teoría de la soberanía presente en los *Seis libros de la República*, aunque Mariana realizase un análisis de la soberanía del pueblo distinta de la defendida por Bodin. Para Mariana la soberanía radica en el pueblo, el cual realiza una transferencia de poder hacia el rey, guardándose para sí mismo otro mayor, el consentimiento para cambiar las leyes fundamentales y para aumentar los impuestos. Evidentemente, está en la mente del autor que el consentimiento no se realizará por medio de un referéndum, sino a través de las cámaras de representantes estamentales de la época. Pero lo más importante es que el pueblo, origen de la soberanía y de la potestad regia, «no sólo tiene facultad para llamar a derecho al rey, sino también para despojarle de la corona si se niega a corregir sus faltas»²⁰. Por lo tanto, y en contraposición a lo mantenido por Bodin, la soberanía regia tenía un vínculo firme con la ley.

Con estas palabras abre Juan de Mariana la puerta para la posibilidad de la deposición del rey de su puesto, pero Mariana no se queda ahí y defiende abiertamente el tiranicidio —y por ello fue encarcelado— en dos supuestos. El primer caso se refiere a las ocasiones en las que un príncipe se apodera del Estado con las armas y sin ningún derecho sobre ese trono; en este caso «puede ser despojado por cualquiera del gobierno y de la vida»²¹. Si el rey es un usurpador se le puede matar sin ningún tipo de contemplaciones por ir contra el derecho y la soberanía popular. Sin embargo, y este es el segundo supuesto, si el rey hubiese adquirido el trono tanto por derecho hereditario como por la voluntad del pueblo²², cree Juan de Mariana que debe sufrirse al tirano, eso sí, siempre y cuando

²⁰Ibídem, pág. 77.

²¹Ibídem, pág. 79. (La cursiva es nuestra).

²²Juan de Mariana considera que la legitimidad de la potestad regia viene dada por el consentimiento de los ciudadanos, los cuales limitaron mediante leyes o normas el poder para que no rebasase sus límites, «en perjuicio de los que están sometidos, y degeneren en tiranía». Ibídem, pág. 93.

observe las leyes del deber y del honor propias de su oficio. Tales leyes son el mantenimiento de la paz interna y la justicia. Resulta extraño este posicionamiento de Mariana porque, al comienzo del tratado, defendía que la codicia, aun siendo mala, era mejor que estuviese concentrada en una sola persona; o, en otro sentido, la ausencia de debate la observaba casi como una virtud del gobierno monárquico. Por lo tanto, si el rey protege a sus súbditos exterior e interiormente, no comete crímenes injustos y se le permite la codicia, ¿qué tipo de tirano es aquel que puede ser privado de la vida, según Juan de Mariana?. El tipo de tirano que se puede matar es aquel que no permite las reuniones libres del pueblo, es vicioso con relación a la religión católica y comete numerosos delitos.

En este segundo caso, Juan de Mariana recomienda que antes de plantearse el cesar una vida humana, debe intentarse reeducar al príncipe y hacerle ver el camino correcto. En el caso de que el príncipe rechazara las observaciones presentadas, si se supiera a ciencia cierta que no hay otra posibilidad de encauzarle, entonces se debería declarar públicamente que no se le reconoce como rey del pueblo. En el caso de que el rey, debido a tal declaración, decidiese tomar las armas contra el pueblo, se podría si «no hubiera otro modo posible de salvar la patria, matar al príncipe como enemigo público, con la autoridad legítima del derecho de defensa»²³. Sin embargo, nos recuerda Mariana que es importante el intento, por todos los medios posibles, de corrección del príncipe antes de tomar la solución final de privarle de la vida. La medida del tiranicidio no sólo tenía el valor de liberarse de un opresor, sino que a la vez funcionaba como elemento de disuasión, porque resultaba «saludable que estén persuadidos los príncipes de que si oprimen al reino, si se hacen intolerables por sus vicios y por sus delitos, pueden ser privados de la vida, no sólo con derecho, sino hasta con aplauso y gloria de las generaciones venideras»²⁴. Esta apreciación de Mariana tenía su razón de ser en tanto en cuanto estaba comenzando el auge de la monarquía absoluta, «el Estado soy yo», y se luchaba contra pensamientos similares al que expresó Luis XIV (el rey Sol) en conversación con su nieto Felipe V: «*Les rois sont*

²³Ibídem, pág. 80.

²⁴Ibídem, pág. 81.

seigneurs absolus et ont naturellement la disposition pleine et libre de tous les biens, tanto séculiers que de ecclésiastiques»²⁵.

En resumen, son numerosos los autores (Bodin, Althusius y los aquí tratados) que hablan del tiranicidio; unos con numerosas reservas y otros con total disposición para ejecutar la pena. Pero lo que se ha pretendido con esta exposición del tiranicidio es presentar la posibilidad, que sigue presente en nuestros días, de que los mismos que auparon al poder a una persona puedan librarse de él con la utilización de diversas fórmulas. Hasta la época de Mariana había numerosos argumentos morales y éticos para no cometer el crimen de asesinar al gobernante; se decía que el rey había sido auspiciado al poder por la gracia de dios y, por lo tanto, el Hacedor debía ser quien lo depusiese. Sin embargo, autores como Juan de Mariana —Etienne de la Boétie ya indicaba que no se debería aguantar a tirano alguno²⁶—, con una retórica bastante racional, proponía que no hay motivos suficientes para sostener un régimen tiránico si el poder realmente surge del pueblo. Por consiguiente, existe el derecho de privar de la vida al tirano que no deponga su perversa actitud. La importancia de esta teoría para el estudio que aquí nos ocupa, se debe a que sucede con frecuencia que los líderes y los gobernantes son mantenidos en sus puestos y en la vida por sus seguidores y subordinados, a pesar de cometer numerosas atrocidades; aunque, por otro lado, existen numerosas pruebas de que son muchos los que han intentado deponer a un líder o a un gobernante (en menor número de ocasiones) por todos los medios posibles argumentando de la misma manera y forma que Juan de Mariana.

1.3. Nicolás de Maquiavelo.

²⁵ «Los reyes son señores absolutos y tienen naturalmente la disposición plena y libre de todos los bienes, tanto seculares como eclesiásticos».

²⁶ Etienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Madrid, Tecnos, 1995, pág. 8 y ss.

De nuevo se produce un salto en el tiempo con respecto a la argumentación anterior, en este caso un salto hacia atrás, pero no hubiese sido productivo quebrar la narración del tiranicidio para introducir un nuevo elemento analítico. Esta es la principal razón por la que, en un breve retroceso temporal, analizamos en este preciso lugar el tratado de Nicolás de Maquiavelo, *El Príncipe*. Si hay un libro que ha trascendido las fronteras temporales de su época con una fuerza enorme, este ha sido *El Príncipe* de Maquiavelo que, para algunos autores como Dankwart A. Rustow²⁷, es el principal libro sobre el liderazgo político de la Edad Moderna. No creemos que *El Príncipe* sea un libro sobre el liderazgo político sino un libro sobre el ejercicio del poder político y, evidentemente, dentro de ese análisis del ejercicio del poder existen partes que afectan al liderazgo y otras a la jefatura, pero no es propiamente un libro sobre el liderazgo. Ésta pudo ser la razón por la cual se haya considerado que el libro de Maquiavelo es inmoral al prevalecer la razón del príncipe por encima de la ética. Sin embargo, Ernst Cassirer explica perfectamente cómo se ha de entender el libro: «El Príncipe no es un libro moral ni inmoral: es simplemente un libro técnico. En un libro técnico no hay que ir buscando reglas de conducta ética, de bien y mal. Basta con que nos diga lo que es útil y lo que es inútil»²⁸. Si el tratado de Maquiavelo es un libro técnico habrá que analizar cuáles son las técnicas que el autor cree las más adecuadas.

De la lectura de *El Príncipe* se puede destacar que, principalmente, Maquiavelo observa, ante la posibilidad de crear una República estable y para crear o renovar ciertas instituciones, necesario que haya una sola cabeza, pues la multitud descabezada no avanza hacia nada productivo y tiende a destruir los logros de los antepasados, y si hay más de una cabeza la riña impedirá los logros a largo plazo. Queda claro, sobre todo si se lee el tratado *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* del mismo autor, que Maquiavelo siente añoranza por los «viejos tiempos» de la república romana e, incluso, del auge de Florencia. Es por esta razón por la cual escribe *El Príncipe*, para ofrecer a los gobernantes

²⁷Dankwart A. Rustow, «El estudio del liderazgo» en *Ibídem* (ed.), *Filósofos y estadistas*, Madrid, FCE, 1976, pág. 11.

²⁸Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, México D. F., FCE, 1993, pp. 181 y 182.

italianos un manual que les permita recuperar la gloria pasada, y no verse sometidos a la voluntad de la Iglesia de Roma²⁹. Como historiador que era, Maquiavelo nos desvela que sin el conocimiento del pasado es difícil obtener una clara visión del futuro. Esta expresión cambia casi radicalmente la noción de visión que poseía Platón —una visión como conocimiento de la verdad perfecta—, para Maquiavelo es el conocimiento de los hechos históricos pasados lo que sirve para resolver los problemas del presente y disponer del futuro. Por eso recomienda el autor florentino que los hombres que imiten los antiguos modelos «deben con prudencia elegir tan sólo los senderos trazados por algunos varones, especialmente por aquellos que sobrepusieron a los demás, a fin de que si no consiguen igualarlos al menos ofrezcan sus acciones cierta semejanza con las de ellos»³⁰. Si uno no es capaz de crear por sí mismo, lo mejor que puede hacer es seguir con prudencia lo que ha aprendido del pasado para lo bueno y para lo malo. Es, desde luego, una apreciación teórica del «Gran hombre» *avant la lettre*.

El conocimiento de la historia es una de las características del gobernante, pero ¿qué otras características debe tener el príncipe —para mantenerse en el poder—? Maquiavelo piensa, en primer lugar, que el príncipe debe tener fortuna en sus acciones porque «examinando sus actos y su conducta no se encuentra que debiesen [los grandes hombres de la historia] a la fortuna sino una ocasión propicia, que les permitió introducir en sus nuevos Estados la forma que les convenía»³¹. Por lo tanto, la fortuna es tener un contexto histórico favorable para desarrollar sus propósitos, pero no vale con tener sólo fortuna, a la vez se necesita de la sabiduría porque fue ésta la que les permitió a los grandes hombres descubrir y conocer la importancia de tales factores coyunturales. Queda claro que la fortuna también se busca o, por lo menos, cuando aparece la ocasión propicia se tienen los suficientes elementos de valoración como para acometer la empresa. Esta es una de las características que han distinguido la mayoría de los estudiosos del liderazgo como fundamental para el éxito del grupo: el conocimiento es la base sobre la cual el líder

²⁹Nicolás de Maquiavelo, *Discursos sobre la década de Tito Livio*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

³⁰Nicolás de Maquiavelo, *El Príncipe*, Barcelona, Edicomunicación, 1992, cap. VI (pág. 42).

puede descubrir y superar la encrucijada que le presenta la historia. Pero, una vez alcanzado el poder político gracias al conocimiento y a la fortuna, debe haber alguna característica o alguna técnica que permita al príncipe conseguir sus propósitos y, sobre todo, mantenerse en el puesto alcanzado. Según Maquiavelo, el príncipe puede optar tanto por la ley como por la fuerza. Nos dice el historiador florentino que el ejercicio del poder legislativo es el propio de los hombres, mientras que la fuerza es cualidad animal. Sin embargo, en un sinnúmero de ocasiones, el uso de la ley no basta y es necesario recurrir a la fuerza. De la historia, nos dice Maquiavelo, hemos aprendido que Aquiles fue educado por un Centauro, Quirón, que era mitad hombre mitad bestia y de él aprendió que hay que utilizar la fuerza y la ley como elementos complementarios que, utilizados a la vez o intermitentemente, ayudarán a que perduren ambas y, por ende, el príncipe³². Y ¿cómo utilizar la fuerza?. Evidentemente manteniendo un ejército que le sea totalmente fiel. Por ello, recomienda Maquiavelo que el príncipe sea partícipe del ejército, no que sea un gobernante enclaustrado en las dependencias de las instituciones porque, como demuestra la historia, el príncipe que se granjea el afecto de sus soldados obtendrá de ellos una gran fidelidad. Como ejemplo de lo dicho, recuerda Maquiavelo que los «profetas armados han sido vencedores y los desarmados abatidos»³³. Entonces no merece la pena estar desarmado y desestimar el uso de la fuerza, el cual es el mejor complemento de las leyes y ayuda a cumplirlas.

Una vez que Maquiavelo nos ha dicho que el príncipe ha de tener sabiduría y fortuna y ha de utilizar las leyes y la fuerza, ahora nos ofrece su imagen de los apoyos obtenidos para llegar al poder: con la ayuda de los grandes o del pueblo. Si se consigue el principado gracias al apoyo de los grandes, de los barones, es más difícil mantenerse en el poder que si se consigue gracias al pueblo. Son dos las principales razones expuestas por Maquiavelo: en primer lugar, porque los grandes siempre le verán como un *primus inter pares*, es decir, como el representante de los iguales, y no tendrá posibilidad el

³¹Ibídem, cap. VI (pág. 44).

³²Ibídem, cap. XVIII (pp. 133 y 134).

³³Ibídem, cap. VI (pág. 46).

príncipe de mandarles como sería su pretensión; y en segundo lugar, como consecuencia del anterior punto, los grandes actuarán a su antojo porque, al dotarle de gran reputación y auparle al poder frente al acoso del pueblo, intentan los nobles esconder a los ojos de los gobernados su verdadero poder. Por otro lado, el pueblo también puede proceder de la misma manera que los grandes de un principado, aupando a una sola persona al poder para enfrentarse a los nobles. Esta forma de acceso al poder cree Maquiavelo que es mejor que la fórmula del apoyo de los grandes, porque el que «consigue la soberanía con el auxilio del pueblo se halla solo en su exaltación y, entre cuantos le rodean no encuentra ninguno, o encuentra poquísimos que no estén prontos a obedecerle»³⁴. Sin embargo, Maquiavelo advierte que si el pueblo se enfrenta a él nunca estará seguro si cuenta con el respaldo de los grandes —por lo menos de aquellos que le son fieles por pusilanimidad—, pero si los grandes le abandonan es muy posible que acaben por destruirle; por consiguiente, no deberá dudar en acabar con los enemigos más cercanos a él. Posiblemente esta sea la razón por la cual los autores posteriores hayan catalogado el tratado de Maquiavelo como inmoral. Pero en las propias páginas del ensayo el autor dice:

«Se (y cada cual convendrá en ello) que no habría cosa más deseable y más loable que el que un príncipe estuviese dotado de tantas cualidades buenas que he entremezclado con las malas que le son opuestas. Pero como es casi imposible que las reúna todas, y aunque las ponga perfectamente en práctica, porque la condición humana no lo permite, es necesario que el príncipe sea lo bastante prudente para evitar la infamia de los vicios que le harían perder su corona, y hasta para preservarse, si puede de los que no se la harían perder»³⁵.

El propio autor nos confirma que es un tratado técnico y, por ende, no hay lugar para la ética, sobre todo cuando se está intentado perdurar en el poder y obtener la gloria del principado y, más si cabe, cuando alrededor existen personas que quieren acabar con uno mismo. Ante la maldad humana, que cree ver el autor florentino, no cabe más que actuar con la fuerza y, por qué no, con la ley. En último lugar, Maquiavelo, como buen observador de la realidad histórica, recomienda a los príncipes actuar de forma majestuosa

³⁴Ibídem, cap. IX (pág. 75).

y con grandes fastos porque, al fin y al cabo, «nada granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas»³⁶. Algo que ha sido perfectamente entendido por los dirigentes de los partidos políticos, los dictadores y muchos gobernantes de todas las épocas y condiciones. A modo de resumen se puede decir que el modelo maquiavélico, no siendo un tratado sobre el liderazgo propiamente dicho, despierta ciertas añoranzas por los grandes héroes de la antigüedad y desea que existan personas que se asemejen a aquellas que fueron grandes.

1.4. *El largo camino hacia la política de masas.*

Desde los tratados sobre la educación de los reyes o Espejos de Príncipes, la teoría política sufrió un período de letargia, de adormecimiento, por lo que respecta al estudio de los gobernantes. Hubo algunos tratados pero menores y meras copias de los estudios clásicos. Es comprensible esta situación porque, durante el período comprendido entre el siglo XVII y gran parte del siglo XVIII, la política estuvo dominada por lo que se ha conocido como la monarquía absoluta y/o el despotismo ilustrado. Es comprensible, por lo tanto, que los tratados teórico-políticos estuviesen orientados más hacia la crítica o la justificación de la forma de gobierno propia de la época que se estaba viviendo, que hacia el estudio del gobernante. Además, poco a poco se iba gestando dentro del pensamiento un cambio ideológico importante, estaba —sobre todo en el siglo XVIII— formándose el pensamiento burgués en correspondencia a los descubrimientos de las ciencias naturales. Este cambio social traía aparejado un orden social donde la división estamental cada vez tenía menos importancia social, aunque sí política. El cambio en la estratificación social pedía, a través de los diferentes ensayos teóricos, el correspondiente cambio en la jerarquía política. La importancia, cada vez menos relativa, de los burgueses provocaba un cambio en el pensamiento político que tuvo su derivación hacia análisis centrados en las formas de gobierno, en los derechos de los ciudadanos, etc., por lo que el estudio de los propios gobernantes y su ejercicio del poder, propios de épocas anteriores, vivieron su larga

³⁵Ibíd., cap. XV (pág. 119).

travesía del desierto. Los tratados sobre teoría del Estado apenas sí hablaban del propio gobernante, ahora lo importante eran los ciudadanos, la economía y demás aspectos resaltados por la Ilustración. Analizar, pues, esta época, en lo referente al estudio del liderazgo, parecería un intento por rellenar más líneas. Sin embargo, hay ciertos aspectos de los estudios de la época que sí pueden ayudarnos a comprender mejor el fenómeno del liderazgo, o, cuando menos, a comprender ciertos usos del poder político de los líderes.

1.4.1. *Thomas Hobbes.*

Encontramos en Thomas Hobbes una justificación de la monarquía absoluta de carácter contractualista, pero más importante que el propio pacto, para nuestro estudio, es la forma en que Hobbes concentra la voluntad popular en unas solas manos, las del monarca. Según el autor inglés la forma de conseguir el orden social, necesario para que las personas vivan en paz dentro de un territorio, es la voluntaria cesión de poder a una sola cabeza; la cesión de toda voluntad de acción a un monarca, el cual velará por todos los miembros del territorio. De esta cesión de poder surgirá el pacto social por el cual la mayoría se subordina a uno que, según palabras de Hobbes, no es soberano sino representante de todos:

«No me explico cómo una verdad tan evidente sea, en definitiva, tan poco observada; que en una monarquía quien detentaba la soberanía por una descendencia de seiscientos años era solamente llamado soberano, poseía el título de majestad de cada uno de sus súbditos y era incuestionablemente considerado por ellos como su rey, y nunca fuera, sin embargo, considerado como representante suyo»³⁷.

Lo importante de este análisis que realiza Hobbes no es tanto su justificación de la época que le tocó vivir, sino que muchos líderes desde aquellos tiempos han utilizado el pacto de cesión de poder, o de cesión de voluntad de acción, junto a la soberanía nacional, por ejemplo, para actuar de tal forma que se evitaba tener que estar justificando

³⁶Ibídem, cap. XXI (pág. 170).

³⁷Thomas Hobbes, *Del ciudadano y Leviatán*, Madrid, Tecnos, 1991, cap. XIX (pág. 158)

sus actos continuamente. Bastaba con apelar al pacto para realizar su propia voluntad (o la del partido), que desde su punto de vista era la de todos. Esta apreciación se comprenderá mejor si se utilizan las palabras, en su estudio de Hobbes, del alemán Ernst Cassirer, quien nos dice que los individuos pierden su independencia y «no tienen ya voluntad propia. La voluntad social se ha incorporado al gobernante del Estado. Y esta voluntad es ilimitada; no existe otro poder por encima o al lado del soberano»³⁸. Tras el pacto o acuerdo no queda más voluntad que la del líder, los gobernantes o el partido, sin percatarse de que existen ciertos límites al no haberse acordado un pacto de sumisión. De producirse tal *pactum subjectionis*, el hombre renunciaría a su condición de libre, porque se autoesclavizaría, y tal renuncia supondría la pérdida de «ese carácter que constituye su naturaleza y su esencia: perdería su humanidad»³⁹. Los seres humanos al realizar el contrato de gobierno están cediendo su poder de acción, lo que es la base legal del poder político, empero, en ciertas ocasiones y, gracias a justificaciones de este tipo, los gobernantes consiguen la cesión del poder *absolutamente*.

1.4.2. Jean Jacques Rousseau y el Legislador.

Otro autor que, sin hablar directamente del líder o del gobernante, expresa su punto de vista sobre un cierto tipo de líder es Jean Jacques Rousseau. El tipo de «líder» (legislador) que desea Rousseau para culminar la Constitución del Contrato Social firmado por los ciudadanos, se acerca al tipo de *líder fundador*, el cual crea una institución, organización, Estado, etc., que queda como obra para la posterioridad. En su tratado *El Contrato social*, Rousseau critica de partida el llamado derecho del más fuerte, el cual si no es convertido en derecho y, por ende, en deber, no tiene razón de ser más que como principio⁴⁰. Al contrario que pensaba Hobbes, Rousseau cree que el pacto no anula la voluntad de los contratantes sino que ésta cambia para transformarse en una *libertad convencional*. En el caso de que el pacto fuese violado, las personas volverían a su primer

³⁸Ernst Cassirer, op. cit., pág. 207.

³⁹Ibídem, pág. 208.

⁴⁰Jean Jacques Rousseau, *El Contrato social*, Barcelona, Altaya, 1993, cap. III (pág. 7).

estatus de libertades y derechos originales. En el esquema hobbesiano existía una alienación de todos para con uno, mientras que en el esquema contractualista rousseauiano la alienación es de «cada asociado con todos sus derechos a toda la comunidad»⁴¹, la cual determinará la voluntad de acción, no una sola persona como en el caso hobbesiano. Como se puede ver la concepción de la soberanía y del soberano ha cambiado respecto a lo anteriormente analizado. El Estado es el que ahora se siente soberano —se llamará soberano cuando es activo y Estado cuando es inactivo— y los habitantes son partícipes de la autoridad soberana por estar sometidos a las leyes que ellos mismos se han dado. De ahí la definición del pacto social que nos proporciona el autor ginebrino: «Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, recibiendo a cada miembro como parte indivisible del todo»⁴². Y ¿dónde reside la voluntad general?. En la asamblea de los ciudadanos. No vamos a seguir analizando el contractualismo de Rousseau porque no es el tema que se está exponiendo en este estudio, sin embargo, es importante recordar la significación del pacto social para comprender la importante función que concede el autor al *Legislador*. Tal persona tendría que asimilarse a un dios ya que debería ser una «inteligencia superior que viese todas las pasiones de los hombres sin experimentar ninguna relación con nuestra naturaleza, conociéndola a fondo; inteligencia cuya felicidad fuese independiente de nosotros y que, sin embargo, quisiera ocuparse de la nuestra; en una palabra, que pudiese prepararse una gloria lejana en el devenir de los tiempos, trabajando en un siglo y gozando en otro»⁴³.

Pero ¿cuál es el porqué de la necesidad de tan excepcional hombre?. Rousseau cree que, a pesar de que la voluntad general es siempre recta, a veces el juicio que la guía no siempre tiene claro qué hacer; por lo tanto, es necesario que alguien vea la realidad tal como es aproximando a los ojos de los ciudadanos los lugares y los tiempos. Si la voluntad general es la que hace las leyes, estando todos sometidos a ellas, y a veces no tiene

⁴¹Ibídem, cap. VI (pág. 15).

⁴²Ibídem.

⁴³Ibídem, cap. VII (pág. 39).

perfectamente esclarecido el juicio guiador, lo mejor será ceder a alguien el honor de crear la legislación principal: la Constitución. El recuerdo de Rousseau de los dioses como hacedores de la ley, rememora la significación del líder carismático, del líder fundador, en pocas palabras, del mito de Moisés. Esto es lo que quiere Rousseau, un Moisés que elabore las leyes y luego deje al pueblo, mediante su voluntad general, vivir y desarrollarse. Porque el legislador es «un hombre extraordinario en el Estado. Si debe serlo por su talento, no lo es menos por su función, que no es la magistratura, ni la soberanía»⁴⁴. La extraordinaria personalidad del legislador impide que éste gobierne, porque quien hace las leyes, o mejor dicho, quien dicta las leyes no debe mandar a los hombres, ya que «estas leyes, vehículos de sus pasiones, no harían, con frecuencia, sino perpetuar sus injusticias, y nunca podría evitar que miras particulares alterasen la santidad de su obra»⁴⁵. De esta forma, el autor nos ha descrito su concepción del liderazgo, carismático diríamos ahora, del fundador de una Constitución, al fin y al cabo, del fundador de un Estado en sentido rousseauiano. Se recupera, ya se ha dicho, el mito mosaico, el mito del hombre Moisés, el mito del fundador, que tan oculto estuvo en la literatura política de siglos anteriores. Se recupera para el hombre, quitándoselo a los dioses, la santidad fundadora.

1.4.3. *Thomas Carlyle y los héroes.*

Si en los siglos XVII y XVIII el pensamiento político no había recuperado el estudio del gobernante, en el siglo XIX, salvo raras excepciones que veremos, prosigue la sequía de estos estudios. La situación de sequía intelectual tiene una serie de respuestas que se pueden encontrar en el propio contexto histórico de la época. Por un lado, y como continuación de lo acaecido a finales del siglo anterior, el siglo XIX puede ser considerado como el siglo de las revoluciones y las contrarrevoluciones. Toda esta serie de acontecimientos históricos —unificaciones de países como Italia o Alemania, revoluciones tanto en el continente americano como en el europeo, culminación de la segunda revolución industrial, etc.—, provocaran que las teorías políticas se centren más en lo

⁴⁴Ibidem, cap. VII (pág. 40).

concerniente a la economía, el nacionalismo o la lucha de clases que en el gobernante; sobre todo si se tiene en cuenta que los estudios sobre el ser humano se centran en la consideración individualista de la persona o en la colectiva, en resumen se habla más del ser humano, de sus problemas, de sus derechos, de sus obligaciones y de sus semejanzas con los otros, que de líderes. Sin embargo, hay, cuando menos, que destacar a un autor que sí analizó el significado del líder, abriendo el espectro más allá de las fronteras políticas, hablamos de Thomas Carlyle y su serie de conferencias tituladas: *On Heroes, Hero Worship and the Heroic History*. Puede sorprender que en el título aparezca la palabra héroe y no líder, pero realmente el tratado no habla tan sólo del héroe de la guerra o del héroe de las leyendas mitológicas típicas del Romanticismo, sino que también habla de todas aquellas personas que cambiaron nuestras vidas a través de sus propias actividades, esto es, del «Gran Hombre»⁴⁶. Se citan en los párrafos de las conferencias a personajes tan dispares, y tan similares, en sí como Shakespeare o Isabel I de Inglaterra, pero personajes que, al fin y al cabo, el autor considera que cambiaron el rumbo de los acontecimientos; personas que ejercieron el liderazgo en sus respectivas ramas o actividades: «Todas las cosas que vemos se han logrado en este mundo son propiamente el resultado material o la incorporación práctica de pensamientos que moraban en los grandes hombres»⁴⁷.

Para Carlyle lo importante del líder/héroe era que, independientemente del adjetivo calificativo que quisiésemos atribuirle (sacerdote, maestro, etc.), había una encarnación cuya función podría resumirse en lo siguiente: «Mandarnos a nosotros, proporcionarnos una enseñanza práctica constante, decirnos lo que debemos hacer cada día y cada hora»⁴⁸. Pero esta especie de culto al héroe tenía un sedimento muy consistente en el pensamiento de Carlyle porque, aun siendo importante tener alguien que nos gobierne, es decir, tener un gobernante, es mucho más importante tener líderes/héroes que sean nuestros soberanos; pero no el soberano rutinario que ejerce la jefatura, sino verdaderos

⁴⁵Ibíd.

⁴⁶En contraposición estaría la concepción del *Hombre Marioneta* defendida por la escuela determinista.

⁴⁷Thomas Carlyle, *On heroes, hero worship and the heroic history*, 1840, Conferencia I, pág. 1. (Edición fotocopiada)

soberanos espirituales y temporales, sin los cuales no sería posible más que la anarquía, que para Carlyle era la más odiosa de todas las cosas. Se comprende que cuando Carlyle hablaba de anarquía no sólo se refería a la forma de organización social, sino a la situación de los valores (políticos, religiosos, etc.) en la sociedad; y no es menos cierto que detestaba la anarquía política que él entendía se estaba produciendo en la Inglaterra de la época —el sufragio no era completamente universal según lo entendemos actualmente, pero el censo se había multiplicado bastante—. Indudablemente, la idea de liderazgo, aunque llevada a un punto radical, se identificaba con una forma de ver la Historia como el avance de ésta debido a los grandes hombres, sin los cuales no sería posible el avance sino el estancamiento histórico (y moral). Además, esta sinergia desplegada no desaparecería porque es el elemento prototípico de la historia mundial.

En lo que se refiere a las características del propio líder/héroe, principalmente, eran dos las que Carlyle destacaba: por un lado, la capacidad de penetración, y, por otro lado, la sinceridad de sus sentimientos. Comenzando por esta última, Carlyle nos hace ver que el héroe, en contraposición al demagogo, se autoidentifica con lo que expresa y hace, es decir, se encarna en la acción que lleva a cabo de tal forma que los sentimientos expresados son no sólo sinceros sino vividos. Esta característica que ofrece Carlyle es destacada, en décadas recientes, por numerosos autores como una característica propia de los líderes, la encarnación de la acción, la cual provoca que, a pesar de los propios errores, los líderes estén completamente convencidos de que la acción es correcta. Tal convicción es la que permite a los seguidores descubrir sinceridad de sentimientos en los líderes; por consiguiente, no es que los líderes mientan, que lo harán, sino que, al vivir tan profundamente su idea u obra, creen firmemente lo que hacen, de ahí que sus palabras estén cargadas de sinceridad. Cuando el líder está en una situación tal de catarsis con la obra, los datos objetivos carecen de total validez para él, pues lo objetivo puede ser, mejor dicho, tiende a ser para ellos lo subjetivo. Así, el propio Carlyle creía que Cromwell no podía haber sido un mentiroso: «Debo confesar que esta teoría de la falsedad de Cromwell

⁴⁸ Ibídem, Conferencia VI, pág. 189.

me ha parecido, desde antiguo, increíble. Es más no puede creerlo de ninguno de los grandes hombres»⁴⁹. Sin embargo, lo creía de Napoleón Bonaparte. La importancia de vivir la obra permite que el líder no tenga dudas relativas a la acción dando la sensación de tener un pensamiento claro y estructurado, por eso dice Cassirer que en el pensamiento político de Carlyle el «equilibrio de estos dos elementos [sinceridad y claridad] es la marca distintiva del héroe»⁵⁰. Sin embargo, olvida el autor alemán que Carlyle cree que la penetración tiene tanta importancia como lo que se acaba de analizar. Evidentemente, una persona puede vivir su obra y aparecer frente a los ojos de los demás como sincero y claro, pero sin una penetración en el tejido social, sin llevar más allá de sí mismo la idea que se defiende, no hay liderazgo posible. Cuando la visión de las cosas que tiene esa persona, o grupos de personas, penetra más allá de su propio ser u organización es realmente cuando se tienen oportunidades para conformar el liderazgo, por ello cree Carlyle que tan importante como la sinceridad de sentimientos, es la penetración en los demás del pensamiento propio. Se deduce del análisis que Carlyle estaba imbuido del pensamiento Romántico de la época. Al igual que Platón, pero desde otro punto de vista, Carlyle creía que los líderes/héroes al ser los más sabios conocedores de la verdad, que no científicos lógicos, debían gobernar sin más limitaciones que las propias, porque, como dice Cassirer, «la masa de los réprobos tiene que someterse a la voluntad de esos elegidos que son los caudillos natos»⁵¹.

La teoría política de Carlyle es, sin duda, una teoría elitista pues son pocos los que tienen derecho a gobernar, tan sólo una minoría selecta y selectiva, clara consecuencia de su propio pensamiento. Sin embargo, su teoría sobre los grandes hombres de la Historia recibió críticas de sus coetáneos, concretamente de Herbert Spencer⁵². Parte Spencer de los principios del determinismo social y económico sobre los dirigentes políticos para negar la existencia de esos grandes hombres que marcado el destino de las sociedades y de la

⁴⁹Ibídem, Conferencia VI, pág. 203.

⁵⁰Cassirer, op. cit., pág. 257.

⁵¹Ibídem, pág. 227.

historia. Habiendo sido muy populares este tipo de dirigentes/héroes, sin embargo, se han visto constreñidos por numerosas variables dependientes en su acción de gobierno, ya que si bien él ha podido modificar numerosos aspectos de su sociedad, no es menos cierto que para que se pudiesen llevar a cabo esas grandes transformaciones él había sido configurado por elementos de la propia sociedad. Es decir, los héroes no serían los productores de las épocas, sino que ellos serían producto de aquellas épocas. Posteriormente, en especial desde la irrupción analítica del marxismo, se llegaría incluso a negar la libre capacidad de acción de los héroes políticos, es decir, los *hombres marioneta*.

1.5. *Karl Marx y la teoría del bonapartismo.*

Karl Marx —que también pertenece a la escuela del determinismo— es, sin lugar a dudas, mucho más conocido, en términos no académicos o científicos, por sus escritos económicos, por la creación del materialismo histórico y por la fundación del socialismo científico —frente al socialismo utópico— que por la teoría del bonapartismo. Parece, pues, un tanto sarcástico que hayamos decidido exponer la teoría política del bonapartismo frente a otras teorías de Marx. La justificación que se puede ofrecer frente a tal sarcasmo es similar a la oficiada para autores anteriormente analizados: siendo el bonapartismo una forma de ejercer el gobierno en la teoría marxista, no deja de presentar formas del ejercicio del poder que tienen mucho que ver con el estudio de esta tesis, porque como bien dice Angelo Panebianco: «El bonapartismo es, esencialmente, un intento de ligar el surgimiento en los sistemas sociales de liderazgos personales de tipo plebiscitario, con la correlación de fuerzas existentes entre las clases»⁵³. Es pues intención de este apartado analizar el liderazgo «plebiscitario» que criticó Marx, aunque hemos de decir que también se incorporarán autores posteriores al propio autor alemán.

⁵²Herbert Spencer, «The man vs the state» en *Ibídem, Political writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 122 y 141.

⁵³Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 268, n. 2.

El bonapartismo tiene en Marx un claro componente militar, la cabeza del Ejecutivo es la de un militar que apoyado en las masas, sin una clara distinción de la clase social, apuesta tanto por la voluntad general que acaba por destruirla. Esta forma de liderazgo recibe la adjetivación de plebiscitario debido a que el líder logra llegar al poder por medio de la demagogia y los regalos. En un pasaje del *18 de Brumario*, Karl Marx expone perfectamente la situación descrita: «La maquinaria del Estado se ha establecido ella misma firmemente *vis-à-vis* con una vida comercial tal que la cabeza de la Sociedad del 10 de diciembre [sociedad de Louis Bonaparte] provee suficiente liderazgo, un soldado de fortuna abalanzándose desde fuera, elevado al liderazgo por una soldadesca borracha que él compró con comida y bebida y a la cual él la tiene tirando salchichas»⁵⁴. Como se aprecia en la cita de Marx, el bonapartismo pretende situar al ejército al frente del gobierno, pero no es la única base de apoyo porque, ya se dijo, se apoya en todas las clases sociales. Y ¿cómo conseguir la adhesión de todas las clases sociales?. De una forma bien sencilla, teniendo una burocracia bien comida y servida, sumando a la Iglesia a los instrumentos de dominación del Estado y, para el resto de las clases como la trabajadora, los agricultores o el lumpemproletariado, utilizando la ideología nacionalista. Pero no debe olvidarse que el dominio ejercido por el bonapartismo tiene como base de apoyo fundamental a la burguesía, pues es de ahí de donde surge el bonapartista que hace predominar dentro del bloque en el poder —como fracción hegemónica— al ejército. Por lo tanto, el bonapartista aparece como el «patriarca benefactor de todas las clases. Pero él no puede dar a uno sin quitárselo a otro»⁵⁵. Evidentemente en el análisis de Marx la clase que es despojada es la clase trabajadora, y la clase beneficiada la burguesía —la pequeña burguesía agrícola por estar representados y simbolizados por el dictador y la burguesía urbana porque, a cambio de la cesión del poder político, mantenía su dominio económico—. Como reconocía el propio autor alemán, el bonapartismo es un intento de parar, de frenar la lucha de clases. En resumen se puede decir que el bonapartismo utiliza

⁵⁴Karl Marx, «The eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte» en *Later political writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pág. 116.

⁵⁵Ibidem.

la burocracia, la Iglesia, el ejército y la burguesía (rural y urbana) como medio de dominación del proletariado.

Pero si tan evidente es lo expuesto por Marx, ¿por qué el liderazgo plebiscitario, llamado bonapartismo, triunfa allí donde se aplica?. La respuesta la encontramos en Friedrich Engels, el amigo y patrocinador de Marx, quien nos recuerda que el bonapartismo, como forma de Estado determinada por una correlación de clases sociales, realiza un reclutamiento entre las distintas clases y fracciones de la sociedad. De esta forma recupera Engels la teoría del equilibrio antes expuesta: «Encontramos aquí, pues, junto a la condición fundamental de la antigua monarquía absoluta, el equilibrio entre la nobleza terrateniente y la burguesía, la condición fundamental del bonapartismo moderno: el equilibrio entre la burguesía y el proletariado»⁵⁶. Con estas palabras tanto Marx como Engels lo que estaban haciendo era cambiar, hasta cierto punto, el concepto de dictadura, pues «el concepto de dictadura, en términos marxistas, no es concepto político sino sociológico. En otras palabras, dictadura es una dictadura-de-clase y, por tanto, es sinónima de dominio social de una clase determinada»⁵⁷. Porque, para los autores marxistas, de todas las épocas, el bonapartismo no deja de ser una dictadura o un régimen para-dictatorial que surge en los momentos en que la dominación de clase no está asegurada por completo⁵⁸. Robert Michels vio con perfecta claridad el significado del bonapartismo cuando decía que es una teoría del «dominio individual originado en la voluntad colectiva»⁵⁹, pero con la tendencia a emanciparse de aquélla y hacerse soberana, *ergo* dictatorial. Esta característica, expresada por todos los autores analizados, es propia de algunos tipos de liderazgo, en concreto del liderazgo plebiscitario o del liderazgo salvador, que posteriormente veremos. Llega a ser tal la simbolización del líder con los seguidores que la voluntad general tiende a individualizarse de forma que, saltándose las

⁵⁶Friedrich Engels, «Contribución al problema de la vivienda» en *Obras Escogidas*, tomo I, pág. 594. (Tomada de la página de internet marxists.org)

⁵⁷Manuel Pastor, *Ensayo sobre la dictadura (Bonapartismo y fascismo)*, Madrid, Tucur, 1977, pág. 41.

⁵⁸Cfr. Lenin, *Cartas desde lejos*, Moscú, Progreso, 1971, Segunda carta (El nuevo gobierno y el proletariado). (15-25)

⁵⁹Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996, vol. 2, pág. 18.

estructuras de poder existentes, el líder asume en su totalidad la acción y la voluntad general del pueblo (seguidores y no seguidores), lo que se convierte en paternalismo y dictadura⁶⁰.

1.5.1. *La teoría del neo-bonapartismo.*

Hasta aquí se ha analizado el bonapartismo desde el punto de vista del marxismo «clásico», pero, no hace muchos años, en 1995, un sociólogo español, José Félix Tezanos, ideó la teoría del neo-bonapartismo la cual difiere en gran parte —por mucho que el autor intente entroncarla con la teoría clásica— de la anterior⁶¹. En general, se puede decir que el (neo)bonapartismo deja de ser una dictadura para convertirse en un pacto de los *máximos* dirigentes del partido de la clase trabajadora con los miembros de la clase burguesa; de esta manera se llega a la realización de una política interclasista. Sin duda la teoría del neo-bonapartismo, se aleja totalmente de la teoría clásica, tanto que es difícil encasillarla como una renovación de aquélla, a pesar de que el propio autor catalogue su propuesta como un análisis del propio Marx. En primer lugar, el dominio del ejército —fundamental en el bonapartismo clásico— desaparece; en segundo lugar, la cooptación interclasista no es mencionada por ningún lugar; en tercer lugar, ahora es la prensa y el aparato del Estado el que realiza la función mística de convencimiento del pueblo⁶²; y, en cuarto lugar, se recurre a la demagogia en vez de a la compra de las

⁶⁰Trotsky en su *Bonapartismo y fascismo*, ya nos decía que el parlamento de un régimen bonapartista, cuando existe, no es más que una fachada o decoración porque habiendo un militar al frente, que ejerce como juez-árbitro de la nación, no se puede hablar de otra cosa que bonapartismo y, por tanto, de dictadura policíaca y militar. Además, la dictadura bonapartista no representa más que el gobierno del capital financiero que corrompe a la burocracia, la policía, los oficiales del ejército y la prensa. León Trotsky, «Bonapartism and Fascism», *Bulletin of the Opposition*, nº 40. (Tomado de la página de internet marxists.org). Igualmente se puede consultar la obra de León Trotsky, *The worker's state, thermidor and bonapartism*, 1935 (marxists.org)

⁶¹La inclusión del neo-bonapartismo de Tezanos en este estudio viene justificada por la repercusión que tendrán estas líneas para el posterior desarrollo del caso práctico de la propia tesis doctoral. Cuando Tezanos escribe esta teoría, en 1995, el PSOE estaba a un año de la pérdida del gobierno y, en el interior del PSOE, existía una confrontación durísima entre las distintas facciones. Sin tener en cuenta este contexto histórico, es difícil comprender la teoría del sociólogo español.

⁶²Aunque para ser objetivos respecto a la realidad de nuestros días, Tezanos acierta al asimilar los cometidos otrora de la Iglesia a los medios de comunicación.

personas. Por otro lado, persiste en la nueva teoría el carácter interclasista y el pacto con la fracción hegemónica como aparecía en la teoría clásica desarrollada por Marx y el resto de autores marxistas.

Para José Félix Tezanos el neo-bonapartismo, desarrollo evolutivo del *felipismo*, tiene seis características fundamentales⁶³. En primer lugar, existe un predominio decisorio cada vez mayor del líder, el cual tiende a situarse por encima y más allá de la organización y de los dirigentes regionales. Esta característica se correspondería, según Tezanos, con la característica del bonapartismo clásico de la personalización. En segundo lugar, se produciría una desvitalización de la organización partidista, la cual pierde su papel de intermediario, y cada vez más alejado de las esferas importantes de decisión política. En tercer lugar, existiría una «evolución deliberada» que no ha sido corroborada ni decidida en los congresos del partido, hacia un modelo de organización difusa, en la que se realizan cada vez menos reuniones de órganos directivos, en favor de reuniones informales con los barones del partido, las cuales, por su parte, se celebran en sedes gubernamentales y no partidistas. En cuarto lugar, habría cierta tendencia a favorecer la lógica del espectáculo público de la política, a través de comparecencias personalizadas del líder en los medios de comunicación social. En quinto lugar, dice Tezanos que en el neo-bonapartismo se produce un distanciamiento de los sindicatos, no ya con el gobierno, sino con el propio partido, rompiendo así con la tradicional relación de la socialdemocracia. Además, no sólo quiebra el discurso clásico, sino que se agudiza la fractura a través de la política social, desfavorable a su propio sujeto histórico. Y en sexto lugar, se tiende a la utilización de un discurso electoralista que hace referencia a todas las clases sociales, pero a ninguna en particular. Todo lo expuesto por el sociólogo José Félix Tezanos vendría derivado por la sustitución de modelos racionales, en el sentido weberiano, y la implantación de modelos carismáticos.

⁶³José Félix Tezanos, «Populismo, corporatismo y neo-bonapartismo», *Sistema*, nº 125, 1995, pág. 22 y ss.

La teoría del neo-bonapartismo, que tiene una importancia para el caso práctico, sin embargo, carece de cierta validez teórica y científica si es asumida como una evolución, dentro de la «democracia», del bonapartismo clásico. Situación bien distinta sería si la pretendida evolución del bonapartismo clásico, en vez de ser presentada como eso, una evolución, hubiese sido analizada como un modelo específico y actual de ejercicio de la dominación carismática. Las objeciones que se pueden presentar al neobonapartismo son claras si tenemos en mente la teoría clásica. Por un lado, el bonapartismo siempre se ejerce con el apoyo del ejército y de ciertas instituciones mistificadoras como la Iglesia. En la teoría renovada el apoyo se obtiene con la ayuda de la popularidad o el carisma del líder, es decir, en la capacidad del líder para ganar las elecciones. Por eso se le concede más importancia al gobierno y, no es que se someta al Parlamento —como hacía Louis Bonaparte—, sino que el sometido es el grupo parlamentario. Por otro lado, ya se dijo, en el bonapartismo se produce una cooptación interclasista, aunque los pactos sean con el bloque en el poder. Por su parte, en el modelo de Tezanos, la cooptación no es interclasista es técnica. Estas son las razones principales, otras pueden ser encontradas en el análisis anterior (dictadura vs. democracia, plebiscito vs. elecciones, etc.), por las que creemos que la teoría del sociólogo español, siendo válida para analizar el felipismo, debería ser calificada como un posible modelo particular de liderazgo carismático. Sin embargo, ha quedado claro cuáles son las características del bonapartismo como una forma de ejercer el liderazgo, es decir, como una forma de líder, también conocido por otros teóricos como plebiscitario.

1.6. *Max Weber y los tipos de dominación.*

Dentro de las teorías clásicas del liderazgo, sin lugar a duda, la que más debates pasionales ha despertado, ha sido la teoría de la dominación de Max Weber. Modos de dominación ha habido bastantes, pero el científico social destacó principalmente tres de carácter legítimo, es decir, tres formas de dominio que poseían una autoridad —según se ha comentado en un capítulo anterior sería autoridad formal— que las

legitimaba. De estas tres formas de dominación, los autores funcionalistas, y otros que no lo son aparentemente, han derivado tres tipos de líderes. Desde el punto de opinión que se está manteniendo en este estudio, tan sólo una de las formas de dominio puede *a priori* definirse como una forma de liderazgo: la dominación carismática. En las otras dos formas de dominación puede haber líderes o no al frente, pero apriorísticamente no se debe afirmar que existe liderazgo. Sin embargo, Max Weber no sólo habló de tipos de dominación; en otro tipo de ensayos el autor alemán habló profusamente de la política y de los diferentes líderes que había en su época y en los tiempos anteriores. Por ello, se va a presentar, en primer lugar, la teoría de la dominación y sus características, para, en segundo lugar, analizar los comentarios de Weber sobre los líderes y los políticos.

El primer tipo de dominación legítima, y por ende, el primer tipo de autoridad es aquel de carácter *racional-legal*. Este tipo de autoridad «descansa en la creencia de la legalidad de ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a ejercer la autoridad»⁶⁴, y tendría como prototipo al *cuadro administrativo burocrático*. El modelo racional descansa sobre varios supuestos que lo dotan de sentido. En primer lugar, se piensa que todo derecho puede ser conformado de manera racional y ser respetado por todos los miembros de la organización (política, social, militar o económica). En segundo lugar, se dice que este derecho estatuido es esencialmente un constructo de reglas abstractas. En tercer lugar, Weber nos habla de soberano legal típico, que es aquella persona que situada a la cabeza, y en tanto que ordena y manda, obedece por su parte al orden impersonal por el que orienta sus disposiciones. Y, en cuarto lugar, el que obedece lo hace por pertenencia a la asociación, de tal forma que obedece sobre la base del derecho. Estas serían las características principales a las que habría que añadir unas subreglas, entre las que se encuentran: la división de funciones dentro de la asociación, predominando el principio de jerarquía administrativa, con separación de los medios administrativos y productivos.

⁶⁴Max Weber, *Economía y sociedad*, México D. F., FCE, 1993, pág. 172.

El siguiente tipo de autoridad o de dominación legítima es la autoridad *tradicional*, la cual «descansa en la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que rigieron desde lejanos tiempos y en la legitimidad de los señalados por esa tradición para ejercer la autoridad»⁶⁵. En este tipo de autoridad el dirigente no es un superior, como ocurría en el anterior tipo de autoridad, sino un señor, no existiendo ya los miembros de la asociación; ahora hay súbditos que no se guían por un constructo de normas abstractas sino por la fidelidad con su señor. La legitimidad de los mandatos del señor están, valga la redundancia, legitimados por dos razones: por la fuerza de la tradición; y por el libre arbitrio del señor, el cual tiene en la tradición las normas de su ámbito de actuación. En lo que se refiere a los tipos de dominación, a los prototipos de este tipo de autoridad, Weber cree que son principalmente: a) cuando no existe un cuadro administrativo, hay dos formas de ejercer la dominación la *gerontocracia* —aquella forma de dominación que es ejercida, dentro de una asociación dada, por los más viejos— y el *patriarcalismo* —cuando dentro de una asociación ejerce la dominación una sola persona según reglas hereditarias—; b) cuando aparece un cuadro administrativo y militar personal del señor estamos frente al *patrimonialismo* —ejercido en virtud de un derecho propio—, cuyo caso extremo es el *sultanato* —en los casos donde hay un libre arbitrio desvinculado de la tradición—; y c) la dominación *estamental*, la cual responde a una dominación ejercida por el cuadro administrativo que se apropia del poder y de las probabilidades económicas⁶⁶.

En tercer y último lugar, hay que atender a la dominación de tipo *carismático*, la cual «descansa en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y las ordenaciones por ella creadas o reveladas (llamada)»⁶⁷. Para Max Weber, la dominación carismática era la principal forma de fundación de una asociación y el tipo subsecuente de liderazgo ideal para la época de crisis, sin embargo, se analizará totalmente, por la importancia del concepto para el estudio, en un apartado especial donde desarrollar en su plenitud la teoría del liderazgo carismático (clásico y actual). A pesar del

⁶⁵Ibídem.

⁶⁶Ibídem, pág. 184 y ss.

⁶⁷Ibídem, pág. 172.

estudio posterior del carisma, hay que hacer mención a un hecho apuntado por Weber, cual es la rutinización del carisma. Con este concepto el científico social alemán apunta una de las formas que existen para conformar la tradición o la racionalización y, así, dotar de autoridad a posteriores gobernantes. Un ejemplo claro de este tipo de rutinización lo encontramos en los gobernantes taumatúrgicos⁶⁸, los cuales se creía tenían poderes curativos que habían sido transmitidos de generación en generación. Pero en el estudio de Weber observamos que la rutinización del carisma, a través de la sucesión, se conforma principalmente de la manera siguiente: a) se produce una búsqueda de personas que posean ese carisma que tenía el líder (tipo Dalai Lama); b) gracias a diversas técnicas de selección se produce la revelación de la persona carismática que debe suceder al líder carismático (tipo Alejandro Magno); c) designación por el propio líder del sucesor; d) designación por un grupo cualificado de sabios o notables; e) por la creencia de que el carisma se transmite sanguíneamente (tipo hereditario); y f) como forma ligada a una religión, por la «gracia de dios», aunque en este caso la legitimación es completamente personal⁶⁹.

Cierto es que el estudio de Max Weber sobre el liderazgo no es tan amplio como la teoría de las formas de dominación legítima, entre las que destaca la autoridad carismática, pero dentro de la brevedad nos legó el autor alemán ciertos pensamientos que deben ser analizados. Centrado en el mundo occidental, destacaba Weber dos figuras que, a su entender, expresaban perfectamente la tipología del líder, excepción hecha del líder carismático. Por un lado, encontramos la figura del *demagogo libre*, el cual es particular de la ciudad-Estado y, principalmente, de la zona mediterránea; y por otro lado, hallaríamos la figura del *líder de un partido*, preferentemente parlamentario, cuyo campo de acción se encuentra en el régimen constitucional. Respecto al demagogo, Weber nos dice que suele ser un líder con una gran falta de responsabilidad y con tendencia a convertirse en un actor más que en un verdadero político; esta es la razón que provoca que el líder demagogo se preocupe por su imagen y las impresiones que genera en los seguidores y no por las propias acciones de gobierno. El pensamiento y la preocupación del autor alemán queda

⁶⁸Cfr. Marc Bloch, *Les rois thaumaturges*, Paris, Gallimard, 1993.

perfectamente expresado en las siguientes palabras: «su falta de tomar en consideración las cosas reales (*Unsachlichkeit*) le hace proclive a ambicionar la apariencia brillante del poder en vez del poder real, pero su falta de responsabilidad le lleva solamente a disfrutar del poder por sí mismo, sin ninguna finalidad objetiva»⁷⁰. El líder demagogo, al fin y al cabo, termina por convertirse en un mero político de poder, el cual podría actuar con fuerza —recuérdese la definición de poder weberiana—, pero realmente actúa dando «palos de ciego». La asunción de responsabilidades, que no ejecuta el demagogo, preocupa a Max Weber porque él piensa que el «honor del político, es decir, del estadista dirigente, es precisamente su propia y exclusiva responsabilidad de lo que haga, responsabilidad que no puede ni debe rechazar o cargar sobre otro»⁷¹.

Por su parte, el líder del partido es aquel que es convertido en dirigente porque es seguido por el aparato del partido, independientemente de lo que diga el grupo parlamentario. Esta forma de actuación provoca la introducción de la democracia plebiscitaria, con el consiguiente peligro, según Weber, de la aparición de los dictadores plebiscitarios. Cuando esta figura aparece en escena y si tiene un liderazgo fuerte, el partido pierde su propio carácter y su autonomía en favor del líder que todo lo controla. La consecuencia lógica de este análisis es que el «dictador plebiscitario está de hecho por encima del Parlamento, dictador plebiscitario que arrastra tras de sí a las masas por medio del aparato y para quien los diputados parlamentarios son sólo prebendados políticos que forman parte de sus seguidores»⁷². Ya se dijo que las preferencias, en este sentido, del autor alemán caían del lado del líder carismático, algo que se puede comprobar en el análisis siguiente. Según Max Weber son tres las cualidades que debe tener un político, y mucho más un líder, para ser considerado como tal: la pasión, el sentido de la responsabilidad y el sentido de la distancia. La pasión para Weber sería darle importancia a

⁶⁹Max Weber, op. cit., pág. 197 y ss.

⁷⁰Max Weber, *La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pág. 147.

⁷¹Ibídem, pág. 118.

⁷²Ibídem, pp. 133 y 134.

las cosas reales, por lo tanto, «entrega apasionada a una “causa”»⁷³. El sentido de la responsabilidad ya se analizó en el párrafo anterior. Y el sentido de la distancia o *Augenmass* se refiere a que la vanidad propia de los seres humanos debe ser evitada porque no permite distanciarse de las cosas y las personas; sobre todo hay que evitarla porque puede acabar por distanciar a la persona de sí misma, colapsando, de esta manera, toda entrega a la causa. De ahí que Weber nos diga que hay dos pecados mortales en la vida política: «el no volcarse con las cosas y la falta de responsabilidad, que con frecuencia es idéntica a aquélla, aunque no siempre»⁷⁴.

Para terminar con el análisis de Max Weber incluiremos un breve comentario y/o resumen de la tipología de los políticos profesionales que el autor ha visto a lo largo de la historia⁷⁵. En primer lugar, encontramos a los *clérigos* los cuales eran reclutados por el príncipe, en su lucha contra los Estamentos, por dos causas: primera, sabían escribir; y segunda, por estar separados de los medios de la administración regia. El segundo grupo fue el formado por los *autores humanistas*, los cuales procuraban al príncipe discursos y memorándums políticos. Entre los ejemplos típicos, no occidentales, se hallaría el *mandarín chino*. El tercer grupo que analiza Weber es la *nobleza cortesana*, la cual tras ser desposeída de su poder feudal fue atraída a la corte con la promesa de prebendas en forma de cargos políticos y diplomáticos. El cuarto grupo de políticos profesionales, y que es específicamente de origen inglés, se encarna en una forma de patriciado de la pequeña nobleza terrateniente y los rentistas urbanos, conocido popular y técnicamente como *gentry*. En quinto lugar, y por la creciente utilización del derecho, especialmente el romano al principio, se fueron haciendo políticos profesionales los *abogados*. Con el desarrollo de los regímenes constitucionales y la aparición de la dominación racional-legal su presencia se fue haciendo cada vez más necesaria. En sexto lugar, existe un grupo de políticos profesionales que puede ser dividido en dos, aunque están entrelazados. Por un lado, el *demagogo* que es prototipo del político occidental desde la aparición del Estado

⁷³Ibídem, pág. 145.

⁷⁴Ibídem, pág. 147.

⁷⁵Ibídem, pág. 114 y ss.

constitucional y, principalmente, desde el establecimiento de la democracia. Por otro lado, la aparición de los *periodistas* como profesionales de la política y la encarnación más clara del demagogo. Prediciendo el marketing político de la época de los medios de comunicación de masas, Weber otorgaba tal condición de político profesional al periodista por su capacidad publicista que le permitía estar en contacto con el pueblo. En séptimo y último lugar, Max Weber nos presenta a los *funcionarios del partido* donde incluye desde los parlamentarios hasta, gracias a una red clientelar, los delegados locales.

1.7 Lenin y el liderazgo colectivo (la vanguardia del proletariado).

Hasta el momento las teorías expuestas estaban referidas al liderazgo de una sola persona, pero como se sabe hay ciertas formas de liderazgo que no recaen en una sola persona, sino que es un grupo de personas el que conforma la «unidad líder»: lo que se ha dado en llamar el *liderazgo colectivo*. Lenin irá más lejos al proponer a una organización como la promotora del liderazgo; ya no serían los políticos, propiamente dicho, los que ejerciesen el liderazgo, sino el PARTIDO. ¿Por qué debía ser el partido *quien* tomase las riendas de la revolución? Porque si se dejaba a los obreros autodotarse de conciencia de clase, ésta jamás sería una conciencia política sino sindicalista o tradeunionista⁷⁶. Así, pues, en Lenin observamos un intento de conformar la conciencia de clase y revolucionaria gracias al partido *d'avant-garde*, el cual, a su vez, procuraría los necesarios hombres como para organizar la futura sociedad socialista. Pero el esfuerzo no habría de partir sólo de los hechos y las acciones, además se necesitaba una teoría, ya que «sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia»⁷⁷. Y ¿cuál era esta teoría de vanguardia?. La utilización conjunta del materialismo histórico, heredado de los padres fundadores, como ciencia social y del materialismo dialéctico como filosofía. El partido, que se apoyaba en esa teoría de vanguardia, debería organizar todo tipo de denuncias de la verdad del sistema capitalista con el fin de erigirse en la vanguardia del proletariado, la vanguardia del pueblo. Pero sin una teoría de la organización resultaba

⁷⁶Lenin, *¿Qué hacer?*, Moscú, Progreso, 1981, pág. 35.

imposible lograr la constitución de un movimiento revolucionario, por esta razón Lenin, en cinco puntos organizativos, afirmaba:

«1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable que guarde la continuidad; 2) que cuanto más vasta sea la masa que se incorpore espontáneamente a la lucha —y que constituye la base del movimiento y participa en él—, tanto más imperiosa será la necesidad de semejante organización y tanto más sólida deberá ser ésta (pues con tanta mayor facilidad podrán los demagogos de toda laya arrastrar a los sectores atrasados de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada, en lo fundamental, por hombres que hagan de las actividades revolucionarias su profesión; 4) que en un país autocrático, cuanto más restrinjamós el contingente de miembros de dicha organización, incluyendo en ella sólo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tengan una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, tanto más difícil será “cazar” a esta organización; y 5) tanto mayor será el número de personas de la clase obrera y de las otras clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar en él de modo activo»⁷⁸.

Es patente que para Lenin lo más importante, para llevar a cabo las intenciones del partido, era contar con revolucionarios profesionales, los cuales conseguirían que las masas se acercasen a la revolución y, por ello, al partido, destacando ellos de entre todos los políticos. El ideal del revolucionario profesional del partido *d'avant-garde* no sería el típico secretario general de los sindicatos o de los partidos reformistas, más bien debería ser el «tribuno popular, que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social a que afecte»⁷⁹. Puede sorprender que Lenin hable de todo tipo de clases cuando pretendía la revolución y la superación del capitalismo, sin embargo, el autor ruso se refería a todas las clases oprimidas de la época (obreros, campesinos, militares de bajo rango, etc.). La importancia de los revolucionarios profesionales era consecuencia directa de la supuesta incompetencia de las masas, la cual «no es de ningún modo un atributo de cualquier

⁷⁷Ibídem, pág. 30.

⁷⁸Ibídem, pp. 136 y 137.

sistema social; es asimismo —dice Bukharin— un producto de las condiciones económicas y técnicas, expresadas ellas mismas en el bien cultural general y en las condiciones educacionales»⁸⁰. Por lo tanto, si las masas estaban menos preparadas a causa de las condiciones contextuales y, en consecuencia, tenían una menor competencia política, lo lógico es que los revolucionarios profesionales, entrenados durante un largo período de tiempo, se encargasen de guiar a las masas.

Los revolucionarios profesionales, la vanguardia del proletariado, concentrarían en sus manos todas las funciones clandestinas, aunque no pensarían por todos. El centralismo democrático propuesto por Lenin «no debilitará, sino que reforzará la amplitud y el contenido de la actividad de un gran número de otras organizaciones destinadas a las vastas masas»⁸¹. Queda claro que el partido sería sólo de los profesionales, de los revolucionarios, mientras que las masas tendrían sus propias organizaciones. Este pensamiento chocaba frontalmente con lo que pensaban los socialdemócratas rusos como Plejanov. Para este autor y político ruso la *intelligentsia*, o vanguardia en palabras de Lenin, «debe formar con los obreros un movimiento revolucionario sin estructura específica»⁸², así el partido sería una organización que agruparía a todos, políticos y masas. Como se comprueba ambos autores no estaban de acuerdo con la función de la organización, es más, para Plejanov, el partido era como un lugar de encuentro del movimiento obrero. Sin embargo, Lenin pensaba en un partido totalmente jerarquizado, al modo de una fábrica, en el cual cada uno tenía una actividad que cumplir; sólo de esta forma el partido *d'avant-garde* podría ser el verdadero creador de la lucha de clases, motor de la historia, porque era el único que tenía conciencia de clase. Si en *¿Qué hacer?*, Lenin expresaba que los revolucionarios profesionales, los líderes políticos del proletariado, no pensarían por todos, en 1917 había cambiado totalmente su pensamiento al afirmar que durante un período revolucionario «la voluntad de la mayoría no cuenta; lo que importa es

⁷⁹Ibídem, pág. 90.

⁸⁰Citado en Samuel Barnes, «Leadership style and political competence» en Lewis J. Edinger, *Political leadership in industrialized societies*, New York, John Wiley and sons, 1967, pág. 61.

⁸¹Lenin, *¿Qué hacer?*, pág. 139.

⁸²Citado en Héléne Carrère D'Encausse, *Lenin*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, pág. 78.

una minoría mejor organizada, más consciente, mejor armada, que sabe imponer su voluntad a la mayoría, y vencer»⁸³. Se pasó de la voluntad general a la voluntad de la minoría, y de convencer a las masas a imponerles la propia voluntad de la vanguardia del proletariado. Se acercaba Lenin, de esta manera, a los pensamientos de Tkatchev cuando afirmaba que «la revolución significa toma del poder y conservación del poder, no por las masas, sino por una minoría de revolucionarios perfectamente organizados»⁸⁴.

De toda la teoría de la vanguardia leninista podemos destacar, a modo de resumen, las principales características. En primer término, cree Lenin que las masas por sí solas no pueden generar ningún movimiento revolucionario, sí de protesta, por lo que deberían ser guiadas por el partido de vanguardia y los revolucionarios profesionales de aquél. En segundo término, el centralismo democrático es la forma organizativa del partido, donde unos pocos toman las decisiones por todos. Y, en tercer término, Lenin introduce en el estudio del liderazgo dos cuestiones fundamentales: por un lado, la aseveración de que los cambios y el gobierno no es posible sin una élite de políticos; y por otro lado, dota de liderazgo a una organización, traslada el simbolismo de las personas al partido creando de esta manera una especie de *carisma institucional y topológico*⁸⁵. A partir de este momento será el partido quien decida, quien porte la conciencia de clase, quien represente la revolución y el cambio, etc.; a pesar de las personas que lo dirigen, el liderazgo proviene del propio partido. Sólo con el culto a la personalidad instaurado en la Unión Soviética bajo el mandato de Stalin, se quebrará esta figura simbólica de forma real,

⁸³Citado en Ibídem, pág. 252.

⁸⁴Citado en Ibídem, pág. 51.

⁸⁵El intelectual Jorge Semprún expresa con absoluta claridad la entronización topológica: «El fenómeno de simbolización topológica de que está hablando no se producía tan sólo en el partido comunista español, ni tampoco con exclusiva referencia a ese local, ya olvidado de la avenida Kleber. De una u otra forma, se trataba de un fenómeno universal. Durante decenios, por ejemplo, los comunistas franceses —hasta que la sede de su comité central se trasladara al edificio tecnocrático y modernista de la plaza Colonel Fabien— han estado hablando del “44”, por ser éste el número de la calle Châteaudun en donde se alzaba el edificio del partido. Y hablaban del “44” con el mismo fervor y, en ocasiones, el mismo temor cuasi religioso con el que vosotros habláis de Kleber. O sea, que el aura romántica del fantástico general de la Revolución francesa era lo de menos, en este caso. Sin el nombre de Kleber, el *carisma topológico* hubiera funcionado igual. El carisma es algo intrínseco a ese tipo de relación con las Instancias Superiores, y algo universal: igual funciona en Kleber que en Châteaudun, igual en el partido francés que en el español». *Autobiographie de Federico Sánchez*, Paris, Seuil, 1996, pág. 12. (La cursiva es nuestra).

aunque no de forma metafórica o, a veces, mítica. El legado de Lenin en este aspecto es un aporte que pocos estudiosos del liderazgo han analizado, aunque gracias a los datos empíricos de los análisis electorales se comprueba la importancia de esta identificación del partido con los seguidores y la causa.

1.8. *La teoría de la élite.*

Dentro del estudio del liderazgo y/o la jefatura es necesario hacer una referencia a la teoría de la élite porque, como es lógico, en numerosas ocasiones los líderes y los dirigentes políticos surgen de las élites del territorio dado. A lo largo de la historia el proceso de selección y elección de los líderes y los dirigentes se ha hecho dentro de un grupo reducido de personas que conforman lo que se ha dado en llamar élite. Cabe, dentro de la generalidad, una serie de excepciones, las cuales están ligadas al surgimiento de la política de masas y, sobre todo, a la aparición en la política de los partidos socialistas; en estos casos, los «primeros» líderes del movimiento obrero habrían surgido, principalmente, de estratos no elitistas —lo mismo ocurrió con ciertos líderes fascistas—; por consiguiente la aparición de los líderes no siempre ha tenido como lanzadera a la élite constituida, sino que partían de posiciones «inferiores». Mauriccia Salvati realiza un planteamiento parecido afirmando que son dos las formas de renovación del liderazgo —ella lo entiende como élite—: *«l'eventuale nuova leadership può presentarsi sotto due diverse forme: o a) la sostituzione della vecchia élite con una nuova, all'interno del sistema politico (che chiameremo la leadership di élites) o b) l'opposizione dall'esterno alla classe dirigente in carica in nome del popolo (la leadership di masse)»*⁸⁶. Sin embargo, la teoría general de las élites propone, como en el caso de Michels, una serie de puntos que permitirán conocer, de mejor forma, el mundo de los líderes y los dirigentes políticos.

⁸⁶Mauriccia Salvati, *Cittadini e governanti*, Bari, Laterza, 1997, pág. 18.

Entre los principios generales de la teoría de la élite se pueden destacar, como principales, los siguientes postulados. En primer lugar, la élite *permanece completamente unida*, no existen diferencias entre los miembros de la élite y, en el caso de haberlas, son meramente superficiales. En segundo lugar, y consecuencia del anterior postulado, la élite para mantener su propia estabilidad *es permeable a la incorporación en ella de los representantes de los diferentes intereses sociales*. De esta manera, se desmarcan los distintos autores de la suposición de que las élites son totalmente cerradas; al contrario, la élite tiende a cooptar a los más destacados miembros de otros movimientos sociales. En tercer lugar, la teoría de la élite afirma *que el poderío económico y el prestigio social tiende a transformarse en influencia política*, y como estos atributos son acumulativos, la estructura política de poder se supone que es consecuencia directa de las posiciones ocupadas en la estratificación social. En cuarto lugar, la teoría de la élite cree que *es inevitable el gobierno de la minoría* porque existe una *división natural* en la sociedad, la cual se debe a la mayor preparación y posesión de atributos admirables de esa minoría frente a la mayoría que carece de aquéllos⁸⁷. Dicho de otra forma, los teóricos de la élite piensan que existe una división aristocrática natural, la cual Ortega y Gasset exponía con total claridad al afirmar que «la sociedad humana es aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma, hasta el punto de que es sociedad en la medida en que sea aristocrática, y deja de serlo en la medida en que se desaristocrate»⁸⁸. Y, en quinto lugar, la teoría de la élite afirma que *son las propias élites las que marcan, tienden o pueden marcar, el tono de la sociedad* a través de ideologías legitimadoras de su poder. Para lograr la legitimación de su dominio recurrirán a controlar desde los planes de estudios hasta la elaboración de leyes, o la manipulación de símbolos y movimientos de descontento. Una vez que se tiene constancia de estos presupuestos generales, se puede pasar al análisis de ciertos autores de la teoría de las élites. Analizaremos en los párrafos siguientes los pensamientos de Gaetano Mosca como representante de la clase política; Wilfredo Pareto como representante de la

⁸⁷Ralph Miliband, *Socialismo para una época de escepticismo*, Madrid, Sistema, 1997, pág. 86.

⁸⁸José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa Calpe, 1993, pág. 81.

renovación de las élites; Robert Michels como representante de las tendencias oligárquicas en las organizaciones; y C. Wright Mills como exponente de la unión de las élites.

1.8.1. *Gaetano Mosca.*

Gaetano Mosca parte, en su teoría, del hecho contrastable de que, a lo largo de la historia, siempre ha habido dos clases: los gobernados y los gobernantes. A esta segunda clase dedica su estudio el autor italiano. Mosca destaca que la clase política o gobernante se distingue, principalmente, de la clase de los gobernados por «ciertas cualidades que les otorgan cierta superioridad material e intelectual, y hasta moral»⁸⁹. Por eso se han configurado como clase gobernante, porque son superiores y, el elemento distintivo, mejores. Esta superioridad no les daría *per se* la capacidad de resistir ante los envites de la mayoría, pero Mosca descubre que su fuerza recae no tanto en sus características como en su capacidad de organización: «la fuerza de cualquier minoría es irresistible frente a cada individuo de la mayoría, que se encuentra solo ante la totalidad de la minoría organizada»⁹⁰. Lo que no llegaba a comprender Etienne de la Boétie, lo descubrió Mosca —y, por qué no decirlo, Lenin—, la fuerza no reside en el número, sino en la organización. Evidentemente, Mosca no desestimaba, cuando hablaba sobre la organización de la minoría, las fuentes del poder. El autor italiano, al analizar el surgimiento de las élites, sabía perfectamente que tanto la economía como el ejército, por ejemplo, tenían su cuota dentro de la clase política, y por esta razón dirá que «si en una sociedad aparece una nueva fuente de riqueza [...], tienen lugar al mismo tiempo fuertes cambios en la clase dirigente»⁹¹. Esto no significa que se produzca una renovación total de la clase política o élite dirigente, sino que se inicia un proceso de cooptación de los miembros de esa nueva fuente de riqueza. Del mismo modo, cuando una fuente de riqueza se agota, los miembros que asientan o asentaban su poder en aquélla tienden a desaparecer de la clase política. La renovación de las élites, para Mosca, no es un proceso complejo en el sentido que

⁸⁹Gaetano Mosca, *La clase política*, México D. F., FCE, 1998, pág. 110.

⁹⁰Ibidem.

⁹¹Ibidem, pág. 126.

desaparezcan ciertas personas y surjan otras distintas; al contrario, Mosca cree que la clase política tiende a hacerse hereditaria, de hecho o de derecho, por lo que la no coincidencia de los mismos nombres, a lo largo de la pervivencia de la clase política dada, se debe a una especie de «turnismo» dentro de la clase política. La renovación, total o parcial, de las clases políticas se produce en el momento en que éstas «declinan inexorablemente cuando ya no pueden ejercer las cualidades mediante las que llegaron al poder, o cuando no pueden prestar más el servicio social que prestaban, o cuando sus cualidades y los servicios que prestaban pierden importancia en el ambiente social donde viven»⁹². En resumen se puede decir que, para Gaetano Mosca, la clase política tiende a perpetuarse en el poder mientras tiene asegurada su propia base material o ideológica, no existirá, por tanto, un proceso de amalgama.

1.8.2. Wilfredo Pareto y la élite como aristocracia.

Otro autor italiano, Wilfredo Pareto, conceptualizó a la élite ideal como una aristocracia, es decir, como un grupo de personas que gobiernan porque son mejores —entendiéndose *aristós*, en el sentido etimológico de la palabra, como el mejor—. Este modelo ideal hace referencia, en el ideario de Pareto, a aquellas gentes que ostentan la más alta clasificación, respecto a su mérito o capacidad, en un medio de actividad dado. Sin embargo, existen otras élites que ostentan el poder no tanto por sus cualidades como por su posición dentro de una jerarquía —por ejemplo, diputados que no han demostrado ser los mejores—, de ahí que se constituya una élite altimétrica, o élite en el poder. La diferencia entre capacidad o mérito y jerarquía es fundamental para comprender la teoría de la *circulación de las élites* paretiana y los procesos de equilibrio social. Para Pareto el equilibrio social se consigue cuando están unidos el poder y el mérito; el problema surge cuando en el poder está instalada una élite altimétrica o de poder, porque se quiebra el orden social en el momento en que no se responde a las demandas de la sociedad. De esta manera se produciría, en tiempos de crisis, una renovación completa de las élites de facto

⁹²Ibídem.

por las élites de la capacidad para restablecer el orden social⁹³. En resumen, para Pareto la circulación de las élites es un proceso lógico, cuasi natural, porque los que deben gobernar, que son los más capaces, desalojan del poder a aquellos incompetentes que han quebrado la estabilidad del orden social. De esto deduce Pareto que, a lo largo de la historia, el último ganador acaba siendo la élite capaz, no la élite en el poder. Pero ¿acaso los desalojados del poder no fueron una vez los mejores?. Sin duda del análisis paretiano se puede sonsacar que la circulación de las élites se produce cuando los poseedores del poder han dejado de ser los mejores o, y esta es otra posibilidad que gana fuerza en el análisis, cuando los ostentadores del poder han llegado arriba por medios no meritocráticos. Al fin y al cabo, diría Pareto «la historia es el cementerio de las aristocracias», por eso ante una minoría desafiada y desalojada, aparece otra minoría gobernante que es mejor. En comparación con la teoría de Mosca, las diferencias son obvias. Para Mosca el concepto de clase política es un concepto referido al ejercicio del poder y a la organización; mientras el concepto de Pareto tiene una significación de carácter social y el poder se entiende de forma poliédrica.

1.8.3. *Robert Michels y la ley de hierro de la oligarquía.*

El siguiente autor, de los llamados elitistas, que se va a analizar es el alemán Robert Michels. La importancia analítica y teórica de este autor está relacionada con la organización, concretamente con la organización de los partidos políticos, sindicatos y/o

⁹³Pareto afirmará metafóricamente que «gracias a la circulación de las élites, la élite selecta de gobierno está en un estado de continua y lenta transformación, fluye como un río, y la de hoy es distinta de la de ayer. De vez en cuando se observan repentinas y violentas perturbaciones, como podrían serlo las inundaciones de un río, y después la **nueva élite** selecta de gobierno vuelve a modificarse lentamente: el río, vuelto a su cauce, fluye de nuevo regularmente». Citado en Manuel Pastor, op. cit., pág. 26.

movimientos sociales. De su profundo estudio del partido socialdemócrata alemán (SPD), Michels observó ciertas tendencias hacia la oligarquización en las organizaciones políticas. Se ha criticado que el autor expresaba a través de su estudio los resquemores sufridos dentro del mismo, sin embargo, hay que hacer notar que, diferencias al margen, Robert Michels analizó con un criterio totalmente científico las tendencias oligárquicas; de ahí el carácter de clásico que se ha ganado. «La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. *Quien dice organización dice oligarquía*»⁹⁴. De esta manera Michels resumía, al finalizar su estudio, los hechos que él había observado, la constante tendencia de los dirigentes de las distintas organizaciones a oligarquizarse y separarse de los demás miembros. Se ha de explicar, pocas veces se hace, que Michels partía de una concepción de la democracia interna de los partidos políticos diferente a la democracia representativa. Michels, como socialista en sus principios, apostaba por la democracia delegada, es decir, por la democracia «socialista». Para el sociólogo alemán, la democracia de los partidos socialistas o socialdemócratas debía ser algo más que la burguesa, por ello pensaba que el mandato imperativo, la delegación de funciones y la responsabilidad de los delegados frente a los delegadores eran los principios fundamentales. En su estudio, que le llevó al escepticismo, descubrió que la democracia delegada propia del socialismo, había dejado paso tanto a una democracia representativa como a una progresiva oligarquización de las capas dirigentes de la organización. Este hecho de la vida partidaria, cree Michels que, está provocado por la creciente especialización de las funciones de una organización mucho más extensa —por eso tiene más miembros y es menos eficiente el control de la mayoría sobre la minoría— que en los albores. De la delegación de funciones primitivas se había pasado a la conducción experta, y ésta es una, sino la principal, de las maneras en que el poder de determinación, de conocimiento específico, se constituye como uno de los atributos del liderazgo y acaba por concentrarse en pocas manos, las de los dirigentes. Éstos, «que al principio no eran más que órganos ejecutivos de la voluntad colectiva, se emancipan pronto de la masa y se

⁹⁴Robert Michels, op. cit., vol. 2, pág. 189. (La cursiva es nuestra)

hacen independientes de su control»⁹⁵. Los dirigentes acaban por constituirse en un cuerpo totalmente separado del resto de los miembros del partido, cuyas posibilidades de ejercer un cierto tipo de control sobre los mandatados se va reduciendo cada vez más.

Al ir, poco a poco, el dirigente independizándose de la masa de afiliados, comenzará a tomar decisiones bajo su propia responsabilidad y a decidir por todos, tanto en lo referente a la política exterior como a la vida interna del propio partido. Este hecho, constatable en la mayoría de los partidos políticos, es expresado con total sencillez por Michels cuando afirma que «en un principio los líderes surgen ESPONTÁNEAMENTE; sus funciones son ACCESORIAS y GRATUITAS. Pronto, sin embargo, se hacen líderes PROFESIONALES, y en esta segunda etapa del desarrollo son ESTABLES o INAMOVIBLES»⁹⁶. La solución podría estar en provocar la descentralización de las funciones y del poder, empero esta solución, vislumbrada por Michels, provoca una tendencia a la creación de pequeñas oligarquías que, dentro de su esfera de actuación, tiene el mismo poder que si hubiese una grande. Además, estas pequeñas oligarquías no destruirían la oligarquía madre porque, en un partido grande, siempre quedaría una posibilidad hacia la creación de canales de clientelismo político. Se observa, pues, que la tendencia oligárquica es prácticamente indestructible en el seno de las organizaciones políticas. Para Michels la solución más válida pasaría por la limitación de mandatos: «debe ser un propósito natural no dejar que los mismos camaradas ocupen demasiado tiempo los cargos importantes, no sea que se acostumbren a la rutina y lleguen a considerarse líderes puestos por Dios»⁹⁷. Con esta solución no se evitaría la tendencia hacia la oligarquía en sí, más bien lo que se produciría es una renovación forzosa de las élites dirigentes. Es tal el escepticismo de Michels que le llevará a pensar que la tendencia oligárquica no sólo es propia de la existencia de la organización, sino que es resultado de la democracia, porque ésta «conduce a la oligarquía, y contiene necesariamente un núcleo oligárquico»⁹⁸. Sin embargo, Michels creía que la renovación forzosa difícilmente la llevaría a cabo la propia

⁹⁵Ibídem, vol. 1, pág. 77.

⁹⁶Ibídem, vol. 2, pág. 188.

⁹⁷Ibídem, vol. 1, pág. 136.

oligarquía, por esta razón ideó, frente a la teoría de la circulación de las élites de Pareto, una ley de la *amalgama de las élites*. El principio básico de esta ley es que los cambios en la correlación de fuerzas de las facciones en lucha, acabarán al final en compromisos y pactos que aparecerán, ante los ojos de la masa, como imperceptibles. La ruptura total que proponía Pareto tan sólo se dará en ocasiones sumamente excepcionales y críticas. Por otro lado, la estabilidad total de la organización tampoco será posible. De ahí que, suponiendo que en un extremo se encuentre la estabilidad y en el opuesto la circulación, los procesos de amalgama, que están en el centro del espectro, tienden a ser los habituales en los procesos de renovación de las élites partidarias⁹⁹. Por consiguiente, la renovación será más o menos profunda dependiendo de si se acerca a la estabilidad o a la circulación. En todo caso, la renovación de las élites siempre será poco a poco, paso a paso, nunca de forma abrupta como afirmaba Pareto.

1.8.4. C. Wright Mills.

El último autor que va a ser analizado en este apartado sobre las élites es C. Wright Mills, en representación de los autores que han estudiado a las élites con posterioridad a los otros autores comentados. En su ensayo sobre las élites americanas o, en las propias palabras del autor, los altos círculos americanos, Mills encuentra que son varios los centros de poder en la sociedad. Principalmente, la élite está formada en Estados Unidos por los miembros del poder económico y el poder militar; a estos dos grupos habría que añadir las élites políticas —dentro de éstas hay que diferenciar entre los políticos electos y los funcionarios de la administración del Estado y del partido—, las cuales gozan de autonomía aunque estén, en cierto modo, coartadas en algunas decisiones por las otras dos. Advierte Mills que la minoría, la élite del poder, no está formada por aquellos que tienen el máximo solamente, es decir, que se tienen ciertos puestos debido al dinero o las cualidades requeridas. Al contrario, se tiene el máximo porque se está en cierto puesto de

⁹⁸Ibídem, vol. 1, pág. 8.

⁹⁹Angelo Panebianco, op. cit., pp. 464 y 265

poder institucional, ya que «esas instituciones son las bases necesarias del poder, la riqueza y el prestigio, y al mismo tiempo los medios principales de ejercer el poder, de adquirir y conservar riqueza y de sustentar las mayores pretensiones de prestigio»¹⁰⁰. Al hablar de prestigio, Mills hace notar una salvedad importante. El autor estadounidense cree que se debe distinguir el prestigio que tiene detrás cierta institución con poder, del prestigio de las celebridades. Las celebridades son personas famosas, artistas, actores, etc., que no tienen bases de poder; son los representantes de la *sociedad de café*, no de la sociedad. En cambio, los que realmente poseen poder y son prestigiosos son aquellos que tienen bases institucionales sobre las que apoyarse, sean del tipo que sean¹⁰¹.

Una vez hecha esta distinción, y frente a lo que opinan los pluralistas¹⁰², Mills sostiene que a pesar de la multiplicidad de individuos que forman estos altos círculos del poder, las élites —camarillas dice Mills— estadounidenses se encuentran intrincadamente relacionadas entre sí, es decir, son muchos pero imbricados. La élites aparecen separadas ante los ojos de los observadores y las personas, pero realmente «tienen una conciencia más o menos clara de sí mismos como clase social y se conducen entre sí de un modo distintivo a como se conducen con individuos de otras clases. Se aceptan unos a otros, se comprenden entre sí, se casan entre sí, y tienden a trabajar y a pensar, si no juntos, por lo menos del mismo modo»¹⁰³. Por consiguiente se puede decir que, aun siendo varios, son una misma unidad. El problema práctico que tendrían los pluralistas es que se paran a observar las unidades intermedias de poder (regiones, federaciones y corporaciones locales), las cuales nunca van a expresar la verdadera voluntad, y difícilmente socavarán las decisiones tomadas arriba; entre otras cosas, por la unidad de arriba frente a la diversidad de abajo. En resumen: «lo que afirmo —dice Mills— es que en esta época particular una conjunción de circunstancias históricas ha dado lugar al nacimiento de una

¹⁰⁰C. Wright Mills, *La élite del poder*, México D. F., FCE, 1987, pág. 17.

¹⁰¹Ibíd., cap. 4.

¹⁰²Por su parte Dowse y Hughes creen que el pluralismo «no es una alternativa a la teoría de la élite, sino un desarrollo de la misma que insiste en el rol central de las élites en todos los aspectos de la vida social». R. E. Dowse y J. A. Hughes, *Sociología política*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pág. 180.

¹⁰³C. Wright Mills, op. cit., pág. 18.

minoría del poder; que los individuos de los círculos que componen esa minoría, separada y colectivamente, toman ahora las decisiones clave que en efecto se toman; y que, dado el aumento y la centralización de los medios de poder de que ahora se dispone, las decisiones que toman o que dejan de tomar tienen más consecuencias para mayor número de gentes que nunca en la historia de la humanidad»¹⁰⁴.

La importancia del análisis de las élites para el estudio de esta tesis doctoral, como se ha podido observar, está en la demostración de las diferentes cortapisas al poder de actuación de los líderes políticos a lo largo de la historia. Los autores analizados nos han demostrado que ciertas estructuras de poder son infranqueables para cierto tipo de personas, por lo que se puede decir que los líderes no tienen tanta autonomía de acción como creen algunos, ni tampoco están completamente sometidos al bloque en el poder y su fracción hegemónica como creen otros. Y aunque tiene razón Poulantzas cuando advierte que el defecto de estas teorías es no «proporcionar ninguna explicación del fundamento del poder político»¹⁰⁵, no es menos cierto que estas teorías son sumamente valiosas para entender el porqué de ciertos actos contradictorios de los dirigentes políticos.

1.9. *La teoría del caudillaje democrático de Joseph A. Schumpeter.*

Para comprender perfectamente la teoría de Schumpeter es necesario recordar el significado, «no clásico», que tiene la democracia para él: «método democrático es aquel sistema institucional, para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo»¹⁰⁶. Es bajo este marco donde Schumpeter incluye su descripción de la realidad de

¹⁰⁴Ibídem, pág. 34.

¹⁰⁵Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México D. F. Siglo XXI, 1997, pp. 431 y 432.

¹⁰⁶Joseph A. Schumpeter, *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Barcelona, Folio, 1996 (2 tomos), Tomo II, pág. 343.

la democracia liberal representativa¹⁰⁷, donde se produce la competencia entre los distintos caudillos —entiéndase el término sin matices militares— políticos. Si llevamos la definición desde la esfera teórica a la esfera de la realidad, observa Schumpeter que la función primaria del voto del electorado es crear un gobierno¹⁰⁸ —independientemente del método utilizado para ello—, lo que en una esfera nacional significaría elegir quién debe ser el hombre que lo acaudille¹⁰⁹. Pero hay que introducir ciertos matices. Schumpeter explica, como se ha hecho por nosotros en el capítulo de la propedéutica, que no todos los llamados «líderes» realmente lo son, es más algunas veces han llegado al poder personas que no podrían considerarse como tales, por lo que hablar de elegir un individuo que lidere el gobierno, no siempre es correcto, más bien habría que hablar de personas que ejercen la función de gobierno. Además, en muchas ocasiones, los primeros ministros tienen que ceder ante las presiones de ciertas personas de su partido, por el poder y la influencia que éstas tienen.

¹⁰⁷Para Schumpeter la concepción de la democracia, propuesta por él mismo, tiene una serie de virtudes que la hacen preferible a otros tipos de definiciones. En primer lugar, la definición proporciona un criterio de suma efectividad, pues permite distinguir a los gobiernos democráticos del resto de gobiernos. En segundo lugar, la definición es tan sumamente amplia que cabe dentro de ella el hecho del caudillaje. En tercer lugar, los posibles deseos de distintos grupos no quedan fuera de la definición. En cuarto lugar, la introducción de elementos de comparación con la esfera económica, permiten una mayor comprensión del fenómeno de la democracia representativa. En quinto lugar, la definición aclara la relación existente entre la democracia y la libertad individual. En sexto lugar, la función de disolver un gobierno está también incluida pues, los electores, no tienen más que retirar la aceptación que tenían sobre ciertos líderes. Y en séptimo lugar, queda perfectamente explicado que la democracia liberal representativa expresa la voluntad de la mayoría, no la voluntad del pueblo, como sucede en la teoría clásica de la democracia. (Ibíd., pág. 344 y ss.).

¹⁰⁸La concepción democrática de Schumpeter ha tenido bastante repercusión entre los críticos del sistema, los cuales, sobre esta base, han construido sus críticas al propio sistema, como, por ejemplo, los autores marxistas G. Glezerman y G. Kursanov: «El parlamentarismo es un sistema de poder político de la burguesía en el que toda la población, o en su mayoría, goza del derecho, sólo formal, de participar en la constitución del organismo supremo del poder, de participar en las elecciones al parlamento, pero las masas populares están imposibilitadas, de hecho, para ejercer influencia substancial en los asuntos estatales. Este modo de organización del poder del Estado asegura, ante todo, la omnipotencia del capital y conserva el predominio de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción, con lo que limita económicamente la participación del pueblo en los asuntos del Estado». (*El materialismo histórico*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1975, pág. 175).

¹⁰⁹Joseph A. Schumpeter, op. cit., pág. 348.

A pesar de todos los matices que se han realizado, Schumpeter cree que son tres los elementos que componen el caudillaje político en el ámbito nacional¹¹⁰. El primer elemento nos dice que el futuro primer ministro llega al cargo como *dirigente de su partido en el parlamento* y, tan pronto como toma posesión del cargo, se convierte, en cierta manera, en el *líder del parlamento*. El segundo elemento demuestra que el caudillo/primer ministro *adquiere influencia sobre el resto de partidos* y sus miembros individuales o, por el contrario, *excita antipatía*. Pero sin duda las posibles acciones y reacciones pueden modificar enormemente las posibilidades de su éxito. Y el tercer elemento del caudillaje establece que el primer ministro tiende a ser también la cabeza del partido en el país, pero las relaciones con éste último no tendrán nada que ver a cuando adquirió la cabeza del partido. Se irá transformando desde el caudillo o líder del partido hasta la plenitud de ser el *caudillo de la nación*, por encima del propio partido. Pero el caudillaje también tiene ciertos límites, sobre todo, en la democracia representativa. Uno de estos límites es que *ningún liderazgo o caudillaje político es absoluto*, debido a la esencia competitiva del propio sistema democrático. Por consiguiente el líder no puede actuar de forma totalmente arbitraria al resto de conciudadanos. Y un segundo límite que Schumpeter señala es que hay ciertos temas que pueden ser desestimados por los gobernantes, lo que a su vez puede generar, nuevas demandas desde los grupos de la sociedad civil o provocar ciertos *movimientos separatistas* o secesionistas dentro del partido en el gobierno, por ejemplo.

1.10. Robert Dahl y la poliarquía.

La inclusión de Robert Dahl podría sorprender a muchos, pero está justificada por dos razones: primera, no es necesario que el autor no se encuentre entre los vivos para

¹¹⁰Ibídem, pág. 351 y ss.

poder considerarle como un clásico de la ciencia política¹¹¹; y, segunda, la teoría de la poliarquía y el pluralismo de Dahl sirven perfectamente de contrapeso y de confirmación de las teorías que hemos expuesto con anterioridad, principalmente las que anteceden a éste apartado. Hechas estas apreciaciones pasemos al análisis de la teoría del autor estadounidense. Parte Robert Dahl de la premisa del pluralismo de los sistemas políticos democráticos actuales —«Dentro de un siglo de sistema político dominado por un grupo cohesionado de líderes se ha dado paso a un sistema dominado por muchos grupos de líderes... Era, brevemente, un sistema pluralista»¹¹²—, pero ¿pueden ser considerados estos sistemas como democráticos en el sentido clásico de la palabra, es decir, como el gobierno del *demos*?. Evidentemente no. La razón principal es el problema del tamaño. Las «democracias antiguas» contaban a su favor con el tamaño de su población y los límites fronterizos de sus organizaciones políticas. Sin embargo, dentro del marco del Estado-nación moderno, la probabilidad de que el *demos* pudiese gobernarse a sí mismo se complicaba, al no tener tiempo efectivo para debatir los pros y los contras de las decisiones a tomar y, como es sabido por todos, el principio de eficacia es importantísimo para el gobierno. Por lo tanto, hablar de democracia en términos clásicos no resultaría posible, pero ¿por qué opta Robert Dahl por el término poliarquía y no, como Schumpeter, transformar el sentido de la palabra?. Porque, intenta no autoengañarse, ni engañar a los demás, ya que el sistema representativo limita la igualdad de los ciudadanos para participar activamente en las decisiones gubernamentales. Asumiendo el papel de Jean Jacques Rousseau, nos dice Robert Dahl: «Porque ningún gobierno que tenga la escala de un país puede en realidad ser democrático. La democracia, tal como se la entendió clásicamente, significaba por sobre todas las cosas participación directa de todos los ciudadanos: o la democracia era *participativa*, o era un engaño»¹¹³. Por esta razón, era preferible la adjetivación de la democracia como poliárquica, o la sustantivación de la poliarquía; porque las palabras, con más frecuencia de la deseada, son manipuladas. Así tenemos que

¹¹¹El profesor Fernando Vallespín expresa claramente en la revista *Claves de razón práctica* que Robert Dahl es uno de los pocos clásicos contemporáneos de la disciplina de la ciencia política. (Citado de la contraportada del libro de Robert Dahl, *La democracia y sus críticos*).

¹¹²Robert A. Dahl, *Who governs?*, New Haven, Yale University Press, 1961, pág. 86.

la poliarquía (el gobierno de muchos) es el sistema que funciona en la democracia liberal representativa.

Una vez se ha hecho la matización de las preferencias de Dahl, conviene pasar a hablar de lo que es la poliarquía. Se la puede definir como «un régimen político que se distingue, en el plano, más general, por dos amplias características: la ciudadanía es extendida a una proporción comparativamente alta de adultos, y entre los derechos de la ciudadanía se incluye el de oponerse a los altos funcionarios del gobierno y hacerlos abandonar sus cargos mediante el voto»¹¹⁴. Ahora bien, para la existencia de una poliarquía hay que comprobar la presencia de una serie de instituciones, sin las cuales no sería posible hablar de poliarquía. En un principio¹¹⁵, Robert Dahl distinguió siete posibles instituciones necesarias para poder hablar de una poliarquía, pero en uno de sus últimos trabajos ha reducido esta cantidad a seis posibles instituciones. Será con esta última aproximación con la que trabajaremos. Las seis instituciones de la poliarquía son:

«1) *Cargos públicos electos*. 2) *Elecciones libres, imparciales y frecuentes*. 3) *Libertad de expresión*. (...) Incluyendo la crítica de los cargos públicos, el gobierno, el régimen político, el orden socio-económico, y la ideología prevaleciente. 4) *Acceso a fuentes alternativas de información*. (...) [Deberían existir] efectivamente fuentes de información alternativas que no están bajo el control del gobierno ni de cualquier otro grupo político individual que intente influir sobre los valores y las actitudes políticas públicas, y estas fuentes alternativas están efectivamente protegidas por la ley. 5) *Autonomía de las asociaciones*. (...) los ciudadanos tienen también el derecho de constituir asociaciones u organizaciones relativamente independientes, incluyendo partidos políticos y grupos de interés. 6) *Ciudadanía inclusiva*. A ningún adulto que resida permanentemente en el país y esté sujeto a sus leyes le pueden ser negados los derechos de que disfruten otros y que sean necesarios para estas cinco instituciones políticas que acabamos de presentar. Éstos

¹¹³Robert A. Dahl, *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós, 1993, pág. 272.

¹¹⁴Ibídem, pág. 266.

¹¹⁵Según Dahl las siete instituciones serían: 1) *Funcionarios electos*; 2) *Elecciones libres e imparciales*; 3) *Sufragio inclusivo*; 4) *Derecho a ocupar cargos públicos*; 5) *Libertad de expresión*; 6) *Variedad de fuentes de información*; y 7) *Autonomía asociativa*. Robert A. Dahl, *La Poliarquía: participación y oposición*, Madrid, Tecnos, 1989.

incluyen el derecho de sufragio; a concurrir a cargos electos; a la libertad de expresión; a formar y participar en organizaciones políticas independientes; a tener acceso a fuentes independientes de información; y derechos a otras libertades y oportunidades que puedan ser necesarias para el funcionamiento efectivo de las instituciones políticas de la democracia a gran escala»¹¹⁶.

¿En qué aspectos se pueden diferenciar estas instituciones de la poliarquía de otras dentro de la ciencia política? Principalmente, por la inclusión de elementos sociales, es decir, frente a la utilización de elementos formales del tipo constitucional, la poliarquía tiene en cuenta los requisitos sociales de las personas¹¹⁷. A modo de conclusión analítica se puede decir que, dentro de la teorización de Dahl, los sistemas son pluralistas y, por tanto, cabe la posibilidad, a la vista de las instituciones de la poliarquía, de que haya un enfrentamiento entre diversos líderes políticos y sociales. Porque frente al ámbito de la política cabe hacer presión desde las esferas no políticas de los regímenes poliárquicos, es decir, no es posible que los hombres de la política se alejen de los representados. Podemos terminar con una apreciación del propio Robert Dahl sobre la poliarquía:

«Si bien las instituciones de la poliarquía no garantizan que la participación ciudadana sea tan cómoda y vigorosa como podía serlo, en principio, en una pequeña ciudad-Estado, ni que los gobiernos sean controlados de cerca por los ciudadanos o que las políticas que implantan correspondan invariablemente a lo que desea la mayoría, lo cierto es que vuelve en extremo improbable que un gobierno tome, durante mucho tiempo, medidas públicas que violentan a la mayoría. Más aún, dichas instituciones vuelven infrecuente que sus gobiernos impongan políticas objetadas por una cantidad sustancial de ciudadanos, que tratarán empeñosamente de suprimirlas recurriendo a los derechos y oportunidades de que disponen»¹¹⁸.

2.) TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS DEL LIDERAZGO.

¹¹⁶Robert A. Dahl, *La democracia*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 100 y 101.

¹¹⁷Robert A. Dahl, «La poliarquía» en V.V.A.A., *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, pág. 91. (El capítulo referido está tomado de *A preface to democratic theory*, The University of Chicago Press, 1956, cap. 3)

¹¹⁸Robert A. Dahl, *La democracia y sus críticos*, pág. 269.

Las teorías contemporáneas del estudio del liderazgo (a partir de los años 1930's) han sufrido una evolución en sus categorías de análisis, independientemente en muchas ocasiones de su perspectiva de análisis (sociología, historia, ciencia política, psicología...), obteniendo una primacía científica perfectamente definible. Esta evolución de los estudios nos permite, por lo tanto, realizar una sistematización y promover una clasificación donde encuadrar los estudios del liderazgo. Esto no significa que las diferentes epistemologías del liderazgo hayan quedado superadas por nuevos análisis. Bien al contrario, los estudios, por ejemplo, sobre la personalidad continúan en nuestra época teniendo gran predicamento académico e, incluso, se producen investigaciones eclécticas, pero la corriente mayoritaria focaliza sus esfuerzos en otra perspectiva analítica. Tras esta breve introducción será más comprensible aportar un criterio clasificador, que no es privativo, sino que cuenta con gran aceptación dentro de los estudios del liderazgo¹¹⁹. La clasificación se estructura en cuatro grandes apartados epistémicos: el enfoque de los rasgos personales; el enfoque de la conducta; el enfoque situacional/contingente; y el enfoque del «nuevo liderazgo». Sin embargo conviene expresar, antes de comenzar el recorrido analítico, que gran parte de las teorías presentadas son perspectivas del *deber ser*, por lo que su validez científica dista mucho de ser correcta. Aunque, como ocurre con ciertos aspectos de la filosofía, tienen estos enfoques una repercusión, siempre relativa, en los análisis científicos. Igualmente, se aportan teorías del entorno analítico empresarial, ya que, a diferencia de lo acontecido en la ciencia política, por ejemplo, es en este campo donde mayor cantidad de trabajos se pueden encontrar desde los años 1970's —aunque si se tiene en cuenta nuestro punto de partida conceptual, es claro que serían enfoques en muchas ocasiones acientíficos—. Trabajos que están teniendo una gran influencia en la ciencia política, principalmente estadounidense, y por eso deben ser tenidos en cuenta en nuestro estudio, aunque otra gran parte de ellos han sido totalmente desechados por su carencia de validez tanto científica como filosófica¹²⁰.

¹¹⁹Como bien explica el profesor Natera en su op. cit., pp. 23-36.

¹²⁰Muestra de estas posiciones empresariales que han sido rechazadas es el artículo de Charles M. Farkas y Suzy Wetlaufer, «Los sistemas de liderazgo de los consejeros delegados» en V.V.A.A., *Liderazgo*,

2.1. *Enfoque de los rasgos personales.*

La acentuación académica del liderazgo enfocado en los rasgos personales es propia de los años 1930's-1940's y tiene una doble influencia: una intelectual, y otra histórica. Respecto a la influencia intelectual, el enfoque de los rasgos personales está muy circunscrito a los análisis psicológicos que habían comenzado a destacar en las décadas anteriores. Los análisis de Freud o Le Bon, por citar a los más representativos, habían permeado en los diversos campos de las ciencias sociales y llegarían a crear una escuela que dura hasta nuestros días. Sin embargo, esta penetración académica en el estudio del liderazgo no es comprensible sin hacer referencia al factor histórico. Sin entrar en una consideración completamente determinista, el impacto de personalidades como Mussolini o Hitler, por ejemplo, influyeron claramente en el estudio de los rasgos de los líderes políticos. Desestimando enfoques contextualistas, los analistas del liderazgo se centraron en analizar la personalidad de los líderes a fin de encontrar una explicación personalista del porqué del impacto causado por unas personalidades y no otras en las sociedades de masas, muy en consonancia con la teoría del «gran hombre». La base del estudio de los rasgos dentro del liderazgo tiene como fin fundamental: encontrar aquellas cualidades (innatas) en ciertos individuos (líderes) para aislar tales cualidades y poder realizar un cuadro de rasgos que distinguirían a los líderes de los no líderes. Así, todos aquellos que poseyeran estas cualidades especiales podrían ejercer la función de liderazgo en cualquier situación.

Las diferentes investigaciones realizadas bajo esta posición epistémica han resultado ser un fracaso parcial, pues no se ha llegado dentro de la comunidad científica a concluir un cuadro de rasgos personales característicos de los líderes. Bien al contrario, podríamos decir que existen tantos cuadros analíticos como estudiosos del tema. Además, el enfoque de los rasgos personales ha desestimado completa y principalmente el contexto

Bilbao, 1999, pp. 121-154. En este trabajo se asimila directamente, sin importar la realidad de lo que es el liderazgo, líder con consejero delegado. Algo que desde nuestro punto de vista es completamente erróneo, ya que pudiendo existir líderes empresariales, no es éste el lugar más propicio para la aparición de éstos.

en el que se desenvuelven los líderes políticos, lo que ha demostrado que no todas las personas con unos rasgos similares pueden ser siempre líderes, sino que existe una contingencia contextual. Sin embargo, debemos realizar un breve apunte de esta escuela del estudio del liderazgo. Uno de los más destacados investigadores del liderazgo, según los rasgos personales, ha sido R. M. Stodgill, quien en 1948 ya apuntó una serie de rasgos propios de todos los líderes —evidentemente con los errores ya apuntados—. Partiendo de una base de estudio con veintinueve características personales¹²¹, Stodgill descubrió que existían en los líderes seis factores personales fundamentales: 1) *capacidad* (inteligencia, despierto, facilidad verbal, originalidad, juicio); 2) *logros* (currículum escolar, conocimientos, dotes atléticas); 3) *responsabilidad* (fiabilidad, iniciativa, persistencia, agresividad, autoconfianza, deseos de sobresalir); 4) *participación* (actividad, sociabilidad, cooperación, adaptabilidad, humor); 5) *estatus* (posición socio-económica, popularidad); y 6) *situación* (nivel mental, estatus, habilidades, necesidades e intereses de los seguidores, objetivos a ser logrados...) ¹²².

Como demuestra el análisis de Stodgill son muchos los rasgos personales que pueden tener cabida en este marco metodológico, la mayoría de ellos propios de personas que no han sido líderes. Sin embargo, el estudio de los rasgos no puede ser desestimado en principio, sino que debe ser un análisis complementario de otros posibles. Porque, no siendo los rasgos el factor fundamental para liderar, sí es cierto que la posesión de ciertos rasgos característicos son muy apreciados por los seguidores (potenciales) en las circunstancias que rodean al hecho en sí. Como veremos posteriormente, los líderes carismáticos, por ejemplo, tienen unas cualidades personales paradigmáticas que no deben

¹²¹1. Edad; 2. Altura; 3. Peso; 4. Energía, salud y psique; 5. Apariencia; 6. Oratoria; 7. Inteligencia; 8. Currículum escolar; 9. Conocimientos; 10. Juicio y decisión; 11. Perspicacia; 12. Originalidad; 13. Adaptabilidad; 14. Introversión-extroversión; 15. Control; 16. Iniciativa, persistencia y ambición; 17. Responsabilidad; 18. Integridad y convicción; 19. Autoconfianza; 20. Humor [en la amplitud de la palabra]; 21. Control emocional; 22. Estatus económico y social; 23. Actividad social y movilidad; 24. Actividad biosocial; 25. Habilidades sociales; 26. Popularidad, prestigio; 27. Cooperación; 28. Pautas de rasgos de liderazgo que difieren con la situación; y 29. Transferibilidad y persistencia de liderazgo. R. M. Stodgill, «Personal factors associated with leadership: a survey of the literature» [1948] en Cecil A. Gibb (ed.), *Leadership. Selected writings*, Harmondsworth, Penguin, 1970, pp. 96-123.

¹²²Ibídem, pp. 124 y 125.

ser despreciadas. Lo que, por otra parte, no implica que todas las personas que posean esos rasgos sean líderes carismáticos.

2.2. *Enfoque conductual.*

Los análisis conductualistas del liderazgo tuvieron su máxima expresión en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX. Su principal tesis es que han existido y existen comportamientos o conductas específicas de liderazgo. Por lo tanto, tienen estos analistas la pretensión de encontrar aquellas pautas conductuales más eficaces para la resolución de problemas y la dirección, así como el rendimiento de equipos de trabajo. Como se observa esta corriente epistemológica sigue persistiendo en el error funcionalista, y fruto de ese error es la síntesis a la que han llegado los investigadores respecto a la conducta de los líderes. Según éstos, el liderazgo o bien estaría «orientado al cumplimiento de las tareas», o bien «orientado a las personas»¹²³. Sin embargo, vista nuestra posición epistémica, cabe decir que el liderazgo *per se* está orientado tanto a conseguir unos logros o tareas —o demandas agregadas si se prefiere (principalmente la solución de la crisis que dio lugar a la función de liderazgo)—, como a las personas para lograr la implicación en el proyecto. Las dos variables, independientemente de la intensidad de cada una —en una situación meramente social se potenciará, por ejemplo, a las personas, lo que en sí es una tarea, mientras que en una situación económica se potenciarán las tareas—, son inexorablemente complementarias, es decir, no se puede dejar de lado una de las dos en la función de liderazgo.

La *teoría del camino a objetivos* está bastante relacionada con las «teorías de las expectativas motivacionalmente basadas» de los años 1960's y, de forma resumida, afirma que los subordinados harán lo que quieren los líderes, siempre y cuando éstos lleven a cabo dos actos conductuales: primero, los líderes deben asegurarse de que los subordinados comprendan cómo realizar los objetivos propuestos por aquéllos; y, segundo,

¹²³ Antonio Natera, op. cit., pág. 29.

los líderes deben percatarse de que los subordinados logran sus objetivos personales en el proceso¹²⁴. Lo que se pretende es que el líder, o mejor dicho, la conducta del líder proporcione a los subordinados la forma de hacer las cosas y las posibles recompensas que se pueden obtener si se actúa con efectividad. Por su parte, la forma de conseguir la efectividad deseada se realizará de dos maneras: o de forma instrumental o en forma de apoyo. La forma instrumental se utilizará cuando las tareas que deben llevar a cabo los subordinados son de baja frecuencia y claras. Las situaciones en que se debe emplear el apoyo son aquellas que resultan estresantes, con posibilidad de frustración e insatisfactorias¹²⁵. Otros autores, entre los que se encuentra John W. Gardner, piensan que las dos mejores formas de lograr los objetivos son la persuasión o el ejemplo personal. De esta manera se induciría al grupo para conseguir los objetivos sostenidos por el líder¹²⁶.

No puede darse por terminado un estudio sobre la conducta de los líderes sin hablar del estilo de liderazgo. El estilo del liderazgo se puede definir como «la naturaleza de la relación entre los líderes y los seguidores»¹²⁷, es decir, si la relación es democrática, autocrática, etcétera. El primer teórico que expresó sus pensamientos sobre el estilo/conducta del liderazgo, y que recogemos aquí, fue Kurt Lewin. Para este autor el estilo de liderazgo se podría dividir en tres grupos: el estilo de *laissez faire*; el estilo autoritario; y el estilo democrático. El liderazgo que se ejerce bajo el estilo de *laissez faire* es aquel en el que los seguidores se comportan con total libertad. Este tipo de estilo es totalmente descartable, según Lewin, como método de dirección. El estilo *autoritario* es aquel tipo de liderazgo en el que el líder provee una fuerte dirección, la cual está determinada por mandatos claros y detallados. Según Lewin, el estilo autoritario es el adecuado para los momentos en que se quiere una alta productividad, aunque la moral de los subordinados decae con facilidad y el trabajo cesa si no está el líder encima de ellos. En

¹²⁴R. J. House, «A path goal theory of leader effectiveness», *Administrative Science Quarterly*, 16, 1971. El mismo trabajo con pequeñas modificaciones se puede encontrar en E. A. Fleishman y J. G. Hunt (eds.) *Current development in the study of leadership*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1973.

¹²⁵Peter B. Smith y Mark F. Peterson, *Leadership, organizations and culture*, London, Sage, 1988, pág. 22.

¹²⁶John W. Gardner, *El liderazgo*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991, pág. 15.

¹²⁷Samuel Barnes, op. cit., pág. 60.

tercer lugar, el estilo preferido de Lewin, el estilo *democrático*, mediante el cual los subordinados son animados a trabajar conjuntamente con el líder y con total comunión discursiva. Y, aunque la productividad no fuese tan alta como con el estilo autoritario, la moral de los subordinados y la calidad del trabajo serían mayores¹²⁸.

Otro autor que ha trabajado, principalmente, los diferentes estilos de liderazgo ha sido Victor H. Vroom. Estando prácticamente de acuerdo con lo expuesto por Lewin, Vroom avanzó en la ampliación del estudio del estilo. Considera Vroom que el estilo democrático es el más acorde con la capacitación de los seguidores por una serie de razones: a) la toma de decisiones es compartida; b) la motivación del grupo es mayor; c) el grupo se involucra mucho más en las tareas; d) los asuntos a discutir se plantean de forma que todas las personas se sientan integradas, aunque sea parcialmente, en la colaboración para la acción; e) las ideas del líder son tan válidas como las de los demás miembros del grupo; y f) se produce una mayor síntesis de las ideas¹²⁹. Por su lado, las características del estilo autoritario son para Vroom las siguientes: a) persuasión; b) solventador de problemas; c) carisma; y d) capacidad de encontrar información. El problema mayor, que plantea el autor, es que las personas que trabajan con un líder autoritario sienten dependencia del líder y se sienten incapaces de dar un paso por sí mismos.

2.3. *Enfoque situacional-contingente.*

El enfoque situacional-contingente se basa en la premisa de que individuos con distintas características personales pueden cumplir la función de liderazgo dependiendo de la situación dada. Por consiguiente, el liderazgo variará de situación en situación al estar determinado en la interacción de un actor (líder) con un contexto particular. Por esta razón, los autores encuadrados en este enfoque han dedicado sus investigaciones a averiguar cuáles son las variables predominantes en los contextos de liderazgo. Compartimos con este enfoque la previsión de que es la situación dada la que permite la aparición del

¹²⁸Ibídem, pág. 68.

¹²⁹Luis Navarro Elola, op. cit., pág. 92.

liderazgo, aunque discrepamos en que todas las situaciones, o la mayoría de las situaciones, permitan la aparición de liderazgos. Además, existe una pequeña falla epistémica, pues al haber numerosas situaciones factibles de análisis, se producirá una simplificación analítica al verse el investigador en la tesitura de elegir una situación para encuadrar su estudio, quedando las demás situaciones aparte y sin imbricación analítica.

La teoría de la contingencia de Fiedler¹³⁰ —uno de los máximos exponentes de esta escuela metodológica—, que es un desarrollo mucho más complejo del *enfoque de los rasgos*, afirma que el estilo de liderazgo es innato, de ahí su incapacidad para la adaptación a los cambios. Esta cuestión provoca que la teoría de la contingencia esté imbricada con la teoría del liderazgo situacional¹³¹. Tan sólo en ciertas situaciones un estilo de liderazgo es capaz de generar los recursos suficientes como para conseguir la eficiencia que se desea. De ahí que para Fiedler son dos los tipos de relaciones del líder con los seguidores: por un lado, los líderes que se orientan hacia las relaciones —en la terminología de Fiedler serían los bajos LPC (*Least Preferred Coworker*)—, que en situaciones moderadas o de poca inestabilidad provocan un mayor rendimiento de sus subordinados; y, por otro lado, los líderes orientados a la tarea o la efectividad —los altos LPC—, los cuales son necesarios en situaciones extremas por la fuerza con que emplean su poder¹³². En resumen se podría decir que la orientación de la personalidad del líder que más contribuye a la actuación del grupo varía de acuerdo a las condiciones favorables de la situación. Y ¿cuáles son las dimensiones de la situación según Fiedler? Para el autor son tres las posibles dimensiones de la situación: la calidad de la relación líder-seguidor; la posición formal del líder; y el grado de estructura de la tarea a desempeñar. Aun siendo el modelo que más experiencias prácticas recoge, se pueden observar varias grietas en el ámbito teórico. Por un lado, y como bien han descubierto Smith y Peterson, en el modelo existe la posibilidad de que se

¹³⁰Expuesta por vez primera de forma completa en F. E. Fiedler, *A theory of leadership effectiveness*, New York, MacGraw-Hill, 1967.

¹³¹«El liderazgo situacional es una relación que existe entre personas en una situación social y tales personas que son líderes en una situación pueden no ser líderes en otras situaciones». Bernard M. Bass, *Stodgill's handbook on leadership*, New York, Free Press, 1981, pág. 67.

produzca un solapamiento entre la valoración del LPC realizada por el líder y una de las tres dimensiones de la situación: las relaciones líder-seguidor¹³³. Es decir, resulta difícil evaluar las relaciones (buenas o malas) de líder con los seguidores y, a la vez, el grado de estructuración del trabajo y el poder que tiene realmente el líder. Sin embargo, la verdadera falla del modelo de Fiedler es que, a pesar de poder resultar válida para escoger un dirigente, «presta poca atención a las peculiaridades de los subordinados»¹³⁴. Como la mayoría de las teorías del liderazgo, el seguidor parece ser una persona totalmente inerte, cuya única predisposición es trabajar y ejecutar las órdenes del líder. Sin embargo, en la relación que establece el liderazgo tan importante es, al principio sobre todo, el líder como los seguidores. En general, y a modo de conclusión, la teoría general de la contingencia considera que hay ciertos factores situacionales decisivos para lograr la efectividad del liderazgo: a) las normas del grupo; b) la estructura organizacional; c) las relaciones líder-miembros del grupo; d) las amenazas externas al grupo; e) las características de los seguidores; f) las exigencias del contexto histórico para el estilo de liderazgo; g) el poder del líder; y h) las funciones de los subordinados¹³⁵.

2.4. Enfoque del «Nuevo Liderazgo».

La calificación de Alan Bryman es útil para describir el proceso que ha tenido el estudio del liderazgo desde los años 1980's hasta nuestros días¹³⁶. El interés de este nuevo enfoque, muy centrado en el *deber ser*, es distinguir entre el «viejo liderazgo» (*management*) y «nuevo liderazgo». Según estos investigadores el *management* se enfrenta a la complejidad organizativa —pues está, este enfoque, totalmente relacionado con los estudios empresariales u organizativos— buscando la estabilidad y el orden. Por su parte el «nuevo liderazgo» intentaría buscar el cambio organizativo a través de la

¹³²Cfr. Luis Navarro Elola, *El político del siglo XXI*, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1996, pág. 90 y ss.; y Peter B. Smith y Mark F. Peterson, op. cit., pág. 17 y ss.

¹³³P. B. Smith y M. F. Peterson, op. cit., pág. 19.

¹³⁴Luis Navarro Elola, op. cit., pp. 93 y 94.

¹³⁵Ibíd., pág. 91.

¹³⁶Alan Bryman, *Charisma and leadership in organizations*, London, Sage, 1992.

implementación de una visión en la realidad organizativa¹³⁷. Sin embargo, un análisis de los estudios recientes del liderazgo demuestra que no sólo se han basado los estudios en el ámbito organizacional o empresarial, sino que en el ámbito de la ciencia política, por ejemplo, también ha existido este enfoque. Es decir, que el enfoque del «nuevo liderazgo» va más allá de las latitudes empresariales, de hecho, dos de los tres ejemplos que vamos a presentar son construcciones teóricas de politólogos.

Un autor que comenzó a distinguir entre ambas formas de concebir el liderazgo fue el politólogo estadounidense James MacGregor Burns. Éste establece una diferenciación clara entre el liderazgo transaccional y el liderazgo transformacional. El autor no plantea que sólo haya dos tipos de liderazgo, al contrario, cree Burns que existen diversas formas de adjetivación del liderazgo, pero, sin embargo, piensa que sí se pueden agrupar los distintos tipos de liderazgo bajo estas dos grandes categorías. Observada esta especial característica, Burns nos ofrece una descripción tanto de las partes como de los valores del liderazgo, porque el liderazgo para el politólogo americano es moral que no moralista. Es decir afecta a los valores de las personas que están en la interacción del liderazgo. En lo referente a las partes del liderazgo cree Burns que principalmente son tres: la *jerarquía de necesidades*¹³⁸, la *estructura de valores* y los *estratos de desarrollo moral*¹³⁹. Respecto a los valores cree el autor que son los típicos valores morales como

¹³⁷ Antonio Natera, op. cit., pág. 33.

¹³⁸ La jerarquía de necesidades de la que habla James MacGregor Burns está inspirada en la pirámide de las necesidades de Abraham Maslow. Según la teoría de Maslow, son cinco los tipos de necesidades acumulativas que tienen los seres humanos. En el estrato más bajo de la pirámide se encuentran las necesidades *fisiológicas* (comer, vivienda, etc.) que son las necesidades necesarias para sobrevivir. En un segundo estrato encontraríamos la necesidad de *seguridad*. Una vez que se ha conseguido sobrevivir dotando al cuerpo humano de lo necesario, se necesita cierto grado de seguridad sobre la personas. En un tercer estrato se sitúan las necesidades de *afecto*, entendiéndose éstas como la necesidad de amor, de amistad, de pertenencia, etc., que tienen la mayoría de las personas. Con otras palabras, la necesidad de ser social. En el cuarto estrato estaría la necesidad de *autoestima*, de sentirse útil. Y en el quinto estrato, la necesidad de *autorrealización* de la persona; el sentirse satisfecho con uno mismo. Maslow dictamina que, partiendo de este esquema, las personas procurarán satisfacer sus necesidades realizando aquellas actividades que les procuren esa satisfacción; desechando aquellas actividades que les produzcan malestar, como en la teoría utilitarista, de la cual es hija. Cesar Díaz Carrera y M^a Teresa Palomo Vadillo, «Liderazgo y motivación de equipos», *Revista Emprendedores*, nº 30, Marzo, 2000, pág. 187.

¹³⁹ James MacGregor Burns, *Leadership*, New York, Harper and Row, 1978, pág. 428.

honestidad, responsabilidad, coraje y equidad¹⁴⁰. Partiendo de esta base para ambos tipos de liderazgo, Burns define el *liderazgo transaccional* como «el proceso recíproco de movilización, por personas con ciertos motivos y valores, varios económicos, políticos, y otros recursos, en un contexto de competición y conflicto, en orden a realizar objetivos independientemente o mutuamente mantenidos por los líderes y los seguidores»¹⁴¹. La adjetivación del liderazgo vendrá determinada por los motivos que están en la transacción. Para Burns éste es el tipo de liderazgo prototípico de los liderazgos políticos de las democracias occidentales. Lo que buscan los líderes en los seguidores son los votos que permiten el acceso al poder político; a cambio los líderes darían a los votantes los elementos necesarios para superar las necesidades que tengan. Tal tipo de transacciones son el punto central de este tipo de liderazgo, el cual necesita de una gran capacidad para el regateo, la persuasión y la captación de la oportunidad.

El *liderazgo transformacional*, por el que hace una apuesta decidida el propio autor, se define desde la premisa de que «cualquiera que sean los intereses separados que las personas puedan mantener, están presentemente o potencialmente unidos en la consecución de grandes objetivos, la realización de la cual está comprobada por el éxito del cambio significativo que representan los intereses colectivos o comunes de los líderes y los seguidores»¹⁴². Aquí lo importante es el cambio tanto de los valores como de las instituciones, lo que implica también una transacción. Pero Burns no cree que esta transacción del liderazgo transformacional sea del tipo material que propone el liderazgo transaccional, es una transacción que es compartida por todos, por el líder y los seguidores. Por consiguiente, no es un juego de oferta y demanda. La forma elemental del liderazgo transformacional tiene tres pilares que son fundamentales. Primero, la relación de los líderes con los seguidores es tanto de poder como de necesidad mutua. Segundo, los seguidores tienen la opción de conocer y, por tanto, elegir a otro tipo de líderes. Y tercero,

¹⁴⁰Ibídem, pág. 429.

¹⁴¹Ibídem, pág. 425.

¹⁴²Ibídem, pp. 425 y 426.

los líderes toman la responsabilidad de llevar a cabo el cambio prometido¹⁴³. Pero no se queda aquí el significado del liderazgo transformacional, otra característica típica es la elevación moral que consigue este tipo de liderazgo, lo que provoca una gran capacidad de juicio en los seguidores. En palabras de Heifetz se diría que, una vez que se han asegurado las necesidades primordiales (fisiológicas y seguridad), el líder consigue —por eso se habla de elevación moral— que los seguidores alcancen los otros tipos de necesidades (afecto, autoestima y autorrealización), en general el bien común de todos¹⁴⁴. Sin embargo, Heifetz se equivoca porque es el propio James MacGregor Burns quien nos dice que el verdadero elemento moral que implica el liderazgo transformacional es convertir a los seguidores en líderes y a los líderes en agentes morales¹⁴⁵.

La teoría del *liderazgo adaptativo* es producto intelectual del politólogo estadounidense Ronald A. Heifetz. Al contrario que otras teorías de carácter empresarial, desestimadas en este estudio, la propuesta de Heifetz pretende ser asimilable a cualquier campo, desde el mundo político al mundo empresarial. Según el autor, el liderazgo adaptativo tiene como base fundamental el trabajo adaptativo que es «el aprendizaje requerido para abordar los conflictos entre valores de las personas o para reducir la brecha entre los valores postulados y la realidad que se enfrenta»¹⁴⁶. A fin de que funcione plenamente el liderazgo adaptativo, por lo tanto, el trabajo adaptativo, es necesario que se produzca un cambio en los valores y las conductas de los miembros de la comunidad u organización dada. En este cambio mental el conflicto, como contradicciones internas, provoca en los individuos una mayor disposición a la adaptación que en las situaciones de relativa estabilidad. Heifetz parte de una premisa dual que enfrenta al liderazgo como influencia contra el liderazgo como adaptación. Según la primera premisa el líder convence, a través de la influencia, a los seguidores de la visión del mundo que él tiene; en

¹⁴³Ibídem, pág. 4.

¹⁴⁴Ronald A. Heifetz, *Liderazgo sin respuestas fáciles*, Barcelona, Paidós, 1997, pág. 48.

¹⁴⁵«El resultado del liderazgo transformacional es una relación de mutua estimulación y elevación que convierte a los seguidores en líderes y puede convertir a líderes en agentes morales». James MacGregor Burns, op. cit., pág. 4.

¹⁴⁶Ronald A. Heifetz, op. cit., pág. 49.

el caso de que funcione su trabajo el líder se lleva toda la gloria, en caso contrario es el líder quien tiene toda la culpa. Respecto a la segunda premisa, piensa Heifetz que, como el líder enfrenta a toda la comunidad con los problemas para solucionarlos enseñándoles los medios, «si algo marcha mal, la culpa es conjunta de los líderes y la comunidad»¹⁴⁷.

Este tipo de liderazgo también está basado en la reciprocidad, en el intercambio de influencias entre el líder y los seguidores. Sobre todo, el líder ha de saber que obtendrá la influencia sobre los seguidores siempre y cuando se adapte a las expectativas de éstos. De esta manera el líder conseguirá reducir la incertidumbre y proporcionar una base para la acción; a cambio de esta labor el líder obtendrá los beneficios del estatus y de la influencia. La única forma para la consecución de lo escrito es el examen realista, el examen pragmático de los hechos y los datos disponibles, de esta forma se evitarán las alienaciones humanas que producen otro tipo de concepciones del liderazgo, las cuales sólo pretenden llevar a cabo su propia visión. Según Heifetz, el trabajo adaptativo no puede tener una visión utópica sino que la visión «debe seguir los contornos de la realidad; debe tener exactitud, y no simplemente imaginación y atractivo»¹⁴⁸. No caben las utopías dentro del liderazgo propuesto por el politólogo estadounidense; no cabe ningún cambio no realista porque estamos en un mundo competitivo y, por lo tanto, el sello distintivo de cualquier tipo de liderazgo —en concreto el liderazgo adaptativo— es «conseguir que las personas hagan la labor de adaptación»¹⁴⁹, no la labor de cambio o transformación.

La teoría del *servant leadership* de Robert K. Greenleaf —paradigma de la distinción hecha en el «nuevo liderazgo»— es la que mayor impacto ha causado en los medios empresariales y universitarios estadounidenses en los últimos años. Al contrario que otras teorías, como las expuestas con anterioridad, el *servant leadership* hace una apuesta decidida por el liderazgo colectivo frente al liderazgo unipersonal y directivo.

¹⁴⁷Ibídem, pág. 35.

¹⁴⁸Ibídem, pág. 53.

Partiendo de una concepción holística de la vida, el *servant leadership* se apoya en las llamadas nuevas ciencias (física cuántica, teoría del caos y sistemas de auto-organización) para exponer su nueva filosofía del liderazgo¹⁵⁰. Esta teoría «emergente» se enfrenta al modelo mecánico de liderazgo, por esta razón es necesario presentar cómo ven los autores de esta corriente teórica el «viejo liderazgo».

El primer valor del modelo mecánico es el *maniqueísmo*, (correcto o incorrecto). Este valor de actuación y organización es el que se ha enseñado dogmáticamente a todo tipo de empleados y subordinados a lo largo del tiempo. En el modelo emergente los problemas no son vistos desde una posición maniqueísta de correcto/incorrecto, sino a través de las distintas potencialidades de la situación. El que algo sea incorrecto no tiene por qué ser malo, ni por qué ser bueno lo correcto. Se pierden de vista los valores absolutos del modelo mecánico. El segundo valor del modelo mecánico, que se pretende superar, es el objetivismo¹⁵¹. Según este valor, lo que se valora es encontrar la respuesta de forma objetiva, de manera predecible basándose en lo conocido. Por su parte, el modelo emergente apoya como valor el desarrollo del proceso de aprendizaje para, desde su punto de vista, potenciar a la persona y las relaciones —con el medio y otras personas—, y de esta manera conseguir superar los rompecabezas desde una investigación holográfica¹⁵². Es decir, se pretende que las personas aprendan a percibir el futuro para objetivarlo en el presente y superar los problemas coyunturales y estructurales. No se separa del objetivismo como valor, sino que cambia el significado de lo objetivo. El tercer valor del modelo mecánico es el equilibrio como posibilidad de estabilidad y tranquilidad. Por su parte, el modelo emergente, que también valora el equilibrio, propone un estilo de liderazgo que supere los trances de quiebra y de inestabilidad por la previsión de los acontecimientos. Sólo de esta forma la crisis coyuntural permitirá a las personas superarse así mismas y, por ende, engrandecerse como tales en un proceso de

¹⁴⁹Ronald A. Heifetz y Donald L. Laurie, «El trabajo del liderazgo» en V.V.A.A., *Liderazgo*, Bilbao, Deusto, 1999, (181-210), pág. 184.

¹⁵⁰Richard W. Smith, op. cit., pág. 207.

¹⁵¹Ibídem, pág. 203.

¹⁵²Ibídem, pág. 208.

regeneración. Mientras el sistema mecánico seguirá dividiendo el todo en partes para solventar el problema y, posteriormente, volver a crear el todo; el modelo emergente, por su parte, trabaja directamente con el todo, sin necesidad de dividir las partes. Este supuesto entronca perfectamente con el *liderazgo creativo* al aspirar a un crecimiento constante, crisis mediante, tanto de la organización o el colectivo como de cada individuo.

Dentro de los «principios organizativos», el modelo mecánico apuesta por el control de los subordinados y/o los seguidores. Un control que se establecerá de arriba a abajo mediante una jerarquía, la cual actuará como canal de información sobre las funciones, determinadas arriba, que se deben realizar. Como dice, exagerando y en términos hobbesianos, Richard W. Smith, «esto ha producido un sistema patriarcal; tu me das el control sobre ti y dependes de mí para tener cuidado de ti y yo te daré protección»¹⁵³. Es evidente que el sistema patriarcal no es sólo lo que dice el autor estadounidense, y que los hechos son muchos más complejos en realidad de lo que se afirma. Además, prosiguen los teóricos del *servant leadership*, el modelo mecánico tiende a aislar al líder en la cumbre a través un proceso de desconfianza en los demás. Tal situación provoca que el líder sienta una fuerte presión por su incapacidad para escuchar a los demás y por miedo a que se descubra su propio desconocimiento. Por su parte, los seguidores, o mejor sería decir los subordinados, del modelo mecánico son entrenados para realizar, de manera mecánica, las órdenes transmitidas por los superiores; se crean unas personas complacientes, fieles y dependientes con respecto a los que dirigen. Por último destacan los seguidores del modelo emergente que hay una forma avanzada del modelo mecánico: el modelo consultivo. Se asemeja al modelo mecánico en que el flujo de las órdenes es de arriba a abajo, el líder concentra el poder y controla a los subordinados, y se espera obediencia y fidelidad de los subordinados¹⁵⁴. Sin embargo, la diferencia estriba en que el líder acepta las aportaciones y las ideas de otras personas —normalmente sus más cercanos colaboradores—, y, de vez en cuando, tiene la valentía de decir «no lo sé».

¹⁵³Ibídem, pág. 204.

¹⁵⁴Ibídem, pág. 205.

Siguiendo con los presupuestos básicos del *servant leadership* se ha de destacar que, dentro de la concepción de Greenleaf, el surgimiento del líder no está determinado por ley, norma o tradición alguna, sino que cualquiera dentro del grupo puede ser llamado a liderar, o dicho de otra forma, dependiendo del contexto cualquiera puede ser líder. Este presupuesto se realizaría gracias a la educación recibida por todos los miembros del grupo, los cuales liberarían todas sus potencialidades y, así, estarían preparados para asumir las responsabilidades. Pero, como ya se dijo, la principal característica del modelo de Greenleaf es que la prioridad número uno es el énfasis en el incremento del «servicio a los otros, un acercamiento holístico al trabajo, un sentido de comunidad y una decisión de poder compartida»¹⁵⁵. Este servicio a los demás se realizará gracias al estudio de la investigación holográfica, que es la habilidad para analizar los temas desde todos los ángulos y perspectivas posibles. Cuando este método se ha asimilado, todas las opiniones son válidas y ayudan a resolver el problema. Por eso el estilo, dicen los autores, es tanto participativo como inclusivo, porque hay una comunicación y una retroalimentación continua entre los miembros del grupo; esta retroalimentación provoca que frente al control del modelo mecánico, aquí exista un orden. Se dijo al principio del análisis del *servant leadership* que éste hacía una apuesta decidida en favor del liderazgo colectivo frente al liderazgo unipersonal. Pues bien, Greenleaf apuesta por lo que él llama el *Consejo de Iguales*, donde todos los miembros son los que llevan a cabo la acción del liderazgo, aunque exista un *primus inter pares*, o en ciertas ocasiones un líder que se considera igual que los otros. Cuando existe un líder unipersonal, en el modelo *servant*, el líder llama a los demás miembros al Consejo de Iguales para compartir decisiones y/o resolver problemas. «El líder está genuinamente interesado en tener ayuda de los otros, y se acerca al grupo con apertura y sinceridad», no desde el desprecio y la prepotencia del modelo mecánico (sic)¹⁵⁶. Por último, cabe destacar que el proceso del *servant leadership* no es contextual,

¹⁵⁵Larry C. Spears, «Introduction. Servant leadership and the Greenleaf legacy» en Ibídem (ed.), op. cit., pág. 4.

¹⁵⁶Richard W. Smith, op. cit., pág. 210.

sino que es un aprendizaje y un ejercicio continuado a lo largo de la vida y con aplicación a cualquier esfera de la propia vida, desde el trabajo hasta la conducta personal.

CAPÍTULO 4º: EL LÍDER POLÍTICO.

«Las minorías gobernantes están constituidas por lo común de una manera tal, que los individuos que las componen se distinguen de la masa de los gobernados por ciertas cualidades que les otorgan cierta superioridad material e intelectual, y hasta moral».

Gaetano Mosca

INTRODUCCIÓN.

Dentro del estudio del liderazgo nunca puede faltar el análisis de los diferentes adjetivos que se adjudican a los líderes. Un líder, a nuestro entender, es básicamente lo que se expuso en la definición de la propedéutica, sin embargo, y partiendo de esa definición básica, hay diferencias elementales entre unos líderes y otros. No hay dos líderes iguales, pero sí podemos encontrar semejanzas entre ellos. Esta es la razón por la cual es posible construir una tipología del líder, tipología que depende de distintas cualidades comunes a una serie de dirigentes políticos, eso sí, sin dejar de tener presente el contexto donde operan. Estas semejanzas se pueden encontrar en el tipo de acción que intentan llevar a cabo y en el alcance de las acciones, sin embargo, existe una característica que es transversal a la tipificación del líder: el liderazgo carismático. Un líder puede ser revolucionario y, a la vez, ser carismático, o ser reformista y no ser carismático. La importancia de distinción recae en las percepciones de los seguidores, no en los discursos y las intenciones de acción. Por eso se ofrece el estudio del liderazgo carismático en un capítulo aparte de la tipología del líder; porque al líder se le puede catalogar según su acción y según la percepción que se tiene de él. Sin esta distinción un estudio del liderazgo nunca es completo, ya que, como se verá, si se pretende catalogar a una persona como líder carismático, también habrá que escudriñar dónde se encuentra el porqué de la percepción carismática; hay que ver si esta distinción se produce por ser un líder salvador o reformista,

o el carisma es anterior a la presentación de la acción. Una vez hecha esta distinción conviene pasar al estudio de las tipologías de los líderes.

1.) **TIPOLOGÍA DEL LÍDER POLÍTICO.**

1.1. *Tipologías clásicas.*

En 1915, M. Conway adelantó una de las primeras tipologías sobre el líder sobre la base de su relación con las masas y/o seguidores. No despreciaba Conway, en esta tipología, el mensaje y la propuesta de acción de los líderes, aunque se limitaba a no adjetivar y concretar los diferentes tipos de líderes, sino que éstos son calificados según la forma en que se establecen las relaciones entre el líder y las masas. Dentro de su clasificación tripartita, el primer tipo de líderes que considera Conway son los *líderes representantes de la muchedumbre*, los cuales se limitan a manifestar la opinión ampliamente extendida entre los miembros de la muchedumbre. En la terminología propuesta en este estudio podríamos decir que este tipo de líderes se asemejan a los «jefes» políticos porque toman lo que es común al grupo y gestionan esa opinión. En segundo lugar, Conway hablaba de aquellos líderes que son capaces de sintetizar y clarificar las ideas y sentimientos de la masa que son vagos y oscuros. A este tipo de líderes los califica como *líderes intérpretes de las muchedumbres*. En último término, Conway, dentro de esta división tripartita, observa que hay ciertos líderes que «son capaces de concebir una gran idea, de formar una muchedumbre suficientemente grande para realizarla y de forzar a la muchedumbre a realizarla»¹, a los que él califica como los *líderes que arrastran a la muchedumbre*.

¹Citado en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de política*, Madrid, Siglo XXI, 1983, «voz: Liderazgo». También se puede encontrar en Raúl Martín Arranz, «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo» en José Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI-CIS, 1987, pág. 79.

En 1946, H. Gerth y C. Wright Mills publicaron una serie de ensayos sobre sociología² en donde podemos encontrar una tipología cuádruple del líder, la cual establece su soporte teórico sobre la base de la organización y la relación del líder con ésta, más que con los seguidores. El primer tipo de líder que observan los sociólogos estadounidenses es el *líder de rutina*, el cual, y como sucedía con el líder representante de las masas de Conway, se limita a gestionar los intereses de una institución ya existente. El *líder innovador*, en segundo lugar, vendría a asumir la reelaboración radical de la función de liderazgo de la institución, del tal modo que cambia los intereses de la propia institución —obsérvese que la institución a la que se refieren los autores norteamericanos es la institución como organización, no como norma de comportamiento—. En tercer lugar, Gerth y Mills sitúan al *líder precursor*, el cual funda los intereses de la institución pero no ejerce la función de guía. Serían aquellos líderes ideológicos que fundan el concepto de lo que debería ser en breve tiempo el papel de la institución. Un ejemplo de este tipo de líder podría encajar con la figura de Gandhi, el cual creó el sentimiento de una India libre y unida, pero que como consecuencia de su asesinato no pudo ejercer de jefe del Estado independiente³. Y, en cuarto lugar, habría que añadir a lo anteriormente descrito al *líder constructor de la organización*, el cual sería ese tipo de líderes que crean la organización o institución y los intereses de ésta y, además, ejerce la jefatura de esa fundación. Entre los ejemplos posibles, se puede hablar de Pablo Iglesias o Sabino Arana, dentro del panorama español. Ambos fundaron un partido político con sus intereses específicos y ejercieron el poder dentro de esos partidos.

Años más tarde de esta propuesta, Jean Lacouture propuso una clasificación quíntuple de los líderes⁴. El *líder por destino*, en primer término, es aquel que siempre supo en su fuero interno que estaba destinado a la llamada de liderar un grupo dado porque era necesario y estaba legitimado. En segundo lugar, destaca Lacouture que hay *líderes por*

²H. Gerth y C. Wright Mills, *Ensayos de sociología contemporánea*, Barcelona, Martínez Roca, 1972.

³Cfr. Louis Fisher, *Gandhi. La vida del líder espiritual más grande del siglo XX*, Buenos Aires, Vergara, 1996.

⁴Jean Lacouture, *Los semidioses. Nasser, Burguiba, Shianuk, Nkrumah.*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1972, pág. 37 y ss.

promoción histórica, es decir, aquel que cumple una función sobre la base de la situación existente, pero que necesita un signo para sentir el requerimiento de una misión. En tercer lugar, hay *líderes como consecuencia del vacío*, que no significa que acepten el liderazgo por la ausencia de otros, sino que son personas que cuando ven que la personificación corre peligro de sacralizarles desaparecen o se esconden. En cuarto lugar estaría el *líder inexistente*. Y, en quinto lugar, el *antilíder* que gobierna pero no aparece en público. La clasificación de Lacouture contiene diversos elementos como para considerarla inexacta y errónea. Combina dentro del análisis tanto aspectos psicológicos, como históricos y sociales, lo que es perfectamente válido sino se realizase de forma desordenada e inconexa. Tampoco es defendible realizar una clasificación diciendo que unos son líderes por destino, un destino que sólo ellos saben —gran diferencia sería introducir en el estudio el caso de Alejandro Magno, el cual se sabía desde que nació, así cuenta la leyenda⁵, que estaba destinado a conquistar el mundo—, lo que les acerca a posicionamientos visionarios; o que otros son líderes inexistentes o antilíderes. El líder es líder porque está presente tanto de forma física como de forma psicológica o sentimental, el líder inexistente no es líder porque no existe, a no ser que cuando se refiera a la inexistencia de los líderes se esté rememorando a los líderes espirituales. Pero aun en este tipo de casos, los líderes se encuentran presentes en los seguidores de una forma sentimental o sensorial. Y qué decir de los antilíderes. Una persona o es líder o no lo es, pero no serlo no significa que sea un antilíder, sino que es un gestor de la cosa pública. La propuesta de definir a algún dirigente político como antilíder cae en el mundo de la ética y la moral; es el mundo donde un dictador no puede ser considerado un líder, aunque realmente lo sea. Evidentemente los líderes transmiten conceptos morales y actúan, en numerosas ocasiones, apelando a cierta conciencia ética, pero de ahí a calificar, como científico/investigador, y desde una perspectiva moralista, de antilíder a una persona hay un gran salto cualitativo. Es más, si la pretensión de la existencia de un antilíder está razonada a través de un proceso dialéctico, lo opuesto al líder sería o bien otro líder, o bien los seguidores y sus demandas; la síntesis sería la relación de liderazgo. El problema fundamental de esta clasificación reside en la

⁵Cfr. Pseudo Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid, Gredos, 1988.

determinación contextual del propio estudio —líderes del Tercer Mundo—, lo que impide una objetivación de carácter general. Por lo tanto, al no sernos útiles las clasificaciones expuestas debemos, pues, basar nuestro estudio en otras conceptualizaciones.

1.2. *El modelo de Jean Blondel.*

Para poder realizar un análisis medianamente estructurado, lejos de las apetencias de autor, se puede recurrir a la fórmula propuesta por Jean Blondel⁶, quien tipifica a los líderes dentro de dos dimensiones. Por un lado, la dimensión I que se refiere al *nivel de cambio* que los líderes proponen introducir en el sistema en que habitan o en el que trabajan. Y, por otro lado, la dimensión II que hace referencia a la *amplitud del cambio* que se propone realizar el líder, es decir, el área de intervención dentro del sistema dado, desde un área limitada (prácticamente indetectable) hasta una parte significativa del sistema o el sistema en general. Dentro de la primera dimensión habría tres subdimensiones: el intento de mantenimiento del orden existente; el cambio moderado; y el gran cambio. En la segunda dimensión también habría tres subdivisiones desde el alcance especializado (un área de la política) al alcance amplio (todo el sistema) pasando por el alcance moderado (un aspecto del sistema)⁷. Cruzando las dos dimensiones y sus tres subdivisiones, la propuesta de Blondel nos ofrece una cuadrícula con nueve espacios que son ocupados por nueve tipos de líderes. La estructuración de Jean Blondel tiene una gran virtud, nos permite integrar los diversos tipos de líderes dentro de un marco claro y conciso, a la par que elimina de la clasificación análisis psicológicos, morales, etcétera; y, además, mantiene, dentro del estudio del liderazgo político, las dos vertientes más claras de descifrar, el cambio y el alcance de éste dentro del sistema. Estas dos dimensiones son prácticamente objetivas respecto a otras propuestas, porque, y a diferencia de las propuestas psicológicas y/o transcendentales, el cambio o el intento de cambio se puede hallar tanto en los discursos como en las entrevistas que concede el líder, los programas electorales, etc.; además, en la acción política también es posible vislumbrar el cambio

⁶Jean Blondel, *Political leadership*, London, Sage, 1987.

pretendido o deseado. Por otra parte, esta clasificación deja al margen al liderazgo carismático, según Blondel por su especificidad, según la opinión aquí expuesta por su transversalidad respecto a los diversos tipos de liderazgo. De esta forma, se puede decir que alguien era un líder salvador y a la vez carismático. Entre los posibles aspectos negativos que ofrece el esquema blondeliano es necesario destacar el reduccionismo del mismo, ya que se encuadra el fenómeno del liderazgo estrictamente dentro del sistema político, sin posibilidad de aplicar el esquema a diversos subsistemas. En otras palabras, el defecto del modelo blondeliano es que no contempla el liderazgo fuera de las fronteras del sistema político nacional o estatal. Aun así, la utilidad del esquema propuesto por Jean Blondel es mayor respecto a otras propuestas analizadas con anterioridad. Una vez resuelto el problema metodológico debemos comenzar el análisis propio del esquema propuesto por Blondel.

1.2.1. *Managers, Ajustadores e Innovadores.*

Si cruzamos el mantenimiento, de la dimensión de cambio, con el alcance especializado de las políticas a ejecutar (o ejecutadas), el primer tipo de líder que nos ofrece la tipología de Blondel es el *manager político*. Los managers ofrecen una visión del contexto histórico en el que se encuentran exenta de fricciones, por esta razón la pretensión política del manager es realizar una gestión de lo dado, del sistema tal y como se encuentra en el momento de acceso al poder. Como mucho, este tipo de líderes pueden estar interesados en gestionar el sistema de una forma distinta. Fundamentalmente los managers políticos pretenden obtener éxitos en la configuración de acuerdos y compromisos entre varios actores de la sociedad. Sin embargo, Blondel comete un pequeño error de apreciación al clasificar a los managers como líderes políticos, pues aquella persona que no se preocupa por cambiar el curso de los acontecimientos no es un líder, según la definición propuesta anteriormente. Como bien dice el adjetivo proporcionado por el autor francés, este tipo de personas son dirigentes políticos que *gestionan* lo dado y solventan los

⁷Ibídem, pág. 95 y ss.

problemas del día a día, sin ninguna intención de cambiar, aunque sea mínimamente, cualquier aspecto del sistema⁸. Por lo tanto, los managers políticos deben ser considerados como la representación básica de los dirigentes políticos dentro del esquema de los líderes. Incluso el propio autor reconoce la ineffectividad de este tipo de jefes cuando existen en la sociedad pequeñas demandas de cambio moderado, porque se muestran incapaces de proporcionar soluciones satisfactorias⁹. Entonces el descontento entre las personas puede crecer y provocar la aparición de otros tipos de líderes, los cuales analizaremos a continuación. Para Blondel el prototipo de este tipo de líderes son los ministros de los diferentes ejecutivos. Sin embargo, afirmar esto es un error metodológico porque, se supone en el marco de análisis del autor, que estos ministros tendrían por encima de ellos a otros líderes, lo que no es posible porque líder unipersonal sólo hay uno por grupo, y en el caso de ser un liderazgo colectivo, todos los miembros tienen igual consideración. Además, como vimos en la propedéutica, los líderes surgen en épocas de crisis, por lo tanto, el manager político, que no aspira a nada más que gestionar la tranquilidad del sistema, no puede ser considerado como un líder.

Un segundo tipo de líderes, cuya pretensión es modificar un aspecto de una política, siguiendo dentro de la dimensión de alcance especializado, son los *líderes ajustadores*. En su camino hacia el gobierno y en su ejercicio del poder político, los ajustadores modifican las políticas heredadas (sólo una política) hasta cierto punto, a un nivel mínimo que no altera el orden existente, pero que es mayor que lo realizado por los managers. Por ejemplo, suponiendo que en un Estado la inflación se haya elevado tres puntos porcentuales, el líder ajustador realizaría una propuesta, si accediese al gobierno, de controlar la inflación a los niveles que se crean acertados. Realmente lo que hacen los ajustadores es eso, ajustar ciertas políticas que se han desviado de la norma establecida por los grupos políticos. En este caso, pueden surgir ciertas dudas en el momento de dilucidar si los ajustadores son líderes o no son líderes porque, a diferencia de los managers, sí introducen ciertos elementos de cambio. Sin embargo, los ajustadores ni modifican el

⁸Ibídem, pág. 92.

⁹Ibídem, pág. 101.

curso de los acontecimientos, en el sentido de que se modifican varios aspectos del sistema o un aspecto del sistema radicalmente, ni surgen principalmente como consecuencia de una crisis sistémica. Por consiguiente, se puede decir que los ajustadores son normalmente dirigentes políticos; gestores que nivelan una parte del sistema cuando existen turbulencias, empero no son líderes políticos, aunque, ya se hizo esta distinción, puedan ser populares. En cierto sentido podemos afirmar que, dándose el caso de cierta turbulencia sistémica, este tipo de dirigentes políticos, como mucho serían la solución «normativa» del propio sistema.

Por último, y dentro de la dimensión del alcance especializado de las políticas, encontramos a los *líderes innovadores*. La aparición de estos líderes en escena se produce cuando en la sociedad existe cierta demanda en favor de cambios moderados o mínimos, pero cambios más pronunciados que los ajustes. El líder innovador propone una nueva serie de políticas encaminadas a cambiar totalmente una *sola* parte de las políticas realizadas hasta la fecha, tanto sobre la que están ellos más interesados como sobre la que existen mayores dudas en la población. Por ejemplo, el país ante un fracaso escolar evidente y continuado debido al control de las instituciones religiosas sobre la educación, puede reclamar el cambio total del sistema educativo; el líder innovador, por su parte, podría abogar por una educación de carácter mixto (pública y laica más privada y religiosa) con cambios en todas las áreas de conocimiento. En este caso nos encontraríamos frente a un líder innovador. Blondel propone como ejemplo un cambio constitucional sobre la distribución del poder territorial¹⁰, ejemplo el cual creemos que es inadecuado en virtud de las propias características que expone el autor francés. Se dice esto porque un cambio en la distribución del poder territorial no sólo afecta a las instituciones y las administraciones intermedias, sino que también afecta al resto de partes del sistema político, desde la economía hasta la educación, y lo que cambia un líder innovador es una política y no una parte del sistema. Además, la innovación educativa transmite ciertos valores lo que es una de las características del líder. Por eso puede ser

¹⁰Ibídem, pág. 97.

mejor el ejemplo que se ha propuesto, ya que de ser cierto el ejemplo de Blondel estaríamos frente a un líder reformista o revolucionario, algo muy distinto al papel desempeñado por el líder innovador. En lo que se refiere a si los líderes innovadores son líderes o no, la opinión aquí expresada es que sin duda son el ejemplo más claro de la posición intermedia entre el liderazgo y el no-liderazgo. Es decir, dependiendo del nivel de estrés que puede haber alcanzado el sistema, los líderes innovadores pueden ser considerados como tales (líderes) o no; en el caso de ser considerados como líderes serían, con seguridad, líderes situacionales.

1.2.2. *Consolidadores, Redefinidores y Reformistas.*

Entrando en la dimensión del alcance moderado de las políticas desarrolladas por los líderes, Blondel afirma que los líderes de esta dimensión surgen porque el sistema se encuentra amenazado, o por lo menos las personas sienten cierta amenaza (interior o exterior) —como ya hemos adelantado—. Entonces los líderes, dependiendo del nivel de estrés de la población propondrán desde el mantenimiento del sistema hasta la reforma del sistema —no confundir con cambio radical y total del sistema general, pues Blondel está hablando de reformar el sistema sin cambiarlo, es decir, y utilizando un vocablo del castellano, remozar el sistema—. Por lo tanto, comenzamos el análisis de los modelos ideales de los líderes políticos. Aquellos que proponen el mantenimiento del sistema son llamados *líderes consolidadores*. Los líderes consolidadores aparecen cuando «existe un sentimiento general y difuso de que la sociedad se encuentra bajo algún tipo de estrés. Los peligros pueden no ser claros e inmediatos, pero hay una creencia, en el instante, de que el país puede estar menos seguro o que los enemigos pueden gradualmente estar ganando en fuerza —si no militar, al menos en términos económicos—»¹¹. Esta definición marcada por la guerra fría puede sorprender a los analistas, pero acierta Blondel, pues el auge económico de otros países puede provocar cierta inestabilidad o insatisfacción en los ciudadanos del propio país; a esta amenaza externa habría que añadir la presión interna del

sistema, la cual estaría en sus albores y no habría alcanzado su cenit crítico. El papel de los consolidadores —cuyo modelo en la realidad política es Eisenhower, según el autor— sería mantener el sistema ante la posibilidad de que la crisis de ansiedad pudiese ser mayor; para ello reactivaría las políticas llevadas a cabo hasta la fecha, y su discurso primaría las ventajas de la parte o partes que están siendo puestas en cuestión.

Si la presión interna, principalmente, aumenta hasta tal punto que la amenaza llega al nivel de sentir la quiebra del sistema, o parte de él, tanto demandando la preservación como la reforma del sistema, el contexto es propicio para la aparición de *líderes redefinidores*. La propuesta presentada por este tipo de líderes es un camino intermedio entre el mantenimiento del sistema, tal y como estaba, y los que desean reformar parte del sistema, pero no su totalidad, como, por ejemplo, Ronald Reagan, Margaret Thatcher o John F. Kennedy. El líder redefinirá la agenda política con la intención de cambiar aquellas partes del sistema que han provocado la tensión, y así dar cabida a todos los grupos en litigio. Al contrario que el líder ajustador, el líder redefinidor no sólo buscará el acuerdo con los grupos, sino que, junto al acuerdo habrá un propósito de cambio en aquellas parcelas donde la confrontación de demandas generaron la tensión. De esta manera se conseguirá un equilibrio social que, en el caso de que el líder optase por mantener o reformar parte del sistema, no sería posible por las críticas de los antagonistas en la lucha.

Por último, dentro del alcance moderado, cabe citar a los *líderes reformistas* que son aquellos que pretenden un cambio de alguna o varias partes del sistema en vista de la presión existente. Estos líderes no se conforman con lograr acuerdos que permitan ciertos cambios que hagan la situación menos traumática y/o aplaquen las iras de los antagonistas, al contrario, las pretensiones de este tipo de líderes es reformar totalmente las partes del sistema que han provocado el mal funcionamiento sin por ello alterar las bases estructurales del sistema general. En otras palabras, reformar los subsistemas afectados. La reforma del sistema constitucional del sistema de partidos sería un buen ejemplo de las

¹¹Ibídem, pág. 105.

pretensiones de un líder reformista, pues ante la aparición de numerosos casos de corrupción política, de infrarrepresentación, etc., el líder podría proponer cambiar aquella parte de la Constitución que se refiere a la financiación de los partidos políticos, al cambio de la ley electoral, al control de los cargos políticos, a la limitación de mandatos, etcétera. El cambio sería radical y el nuevo sistema de partidos no tendría nada que ver con el anterior, excepción hecha de los propios partidos, al haber cambiado los equilibrios de poder. Lo mismo sucedería con una reforma en la distribución del poder territorial con un proyecto federal desde una base semiautónoma por ejemplo. Otra característica del líder reformista es la que nos ofrece el politólogo James MacGregor Burns, para quien el líder reformista, en su avance hacia el éxito, promueve un estilo ético que impone una carga especial a lo que se está realizando¹². Como ya se afirmó cuando se definió al líder, todos los líderes aportan una serie de componentes éticos a la relación, ya que es parte fundamental de ésta; por eso, decir que el líder reformista añade a la reforma una serie de valores es no tener en cuenta que todos los líderes, estén adjetivados o no estén adjetivados como reformistas, proponen ciertos valores morales y éticos. Incluso, los dirigentes políticos, que no se catalogan como líderes políticos, expresan valores, ya que en muchos sentidos de la vida contemporánea, la gestión eficaz es un valor en sí mismo. Sin embargo, Burns coincide con Blondel en destacar a Frankling D. Roosevelt como líder reformista¹³.

1.2.3. *Líderes Salvadores y Paternalistas.*

En el último escalón de la dimensión del alcance de las políticas, llegamos al punto donde las propuestas de cambio o mantenimiento afectan al sistema globalmente. En este punto de la dimensión II ya no hay cambios de una política concreta o de un área concreta del sistema, aquí lo que se pretende es cambiar o mantener todas y cada una de las partes del propio sistema. Según Jean Blondel, el primer tipo de líder a destacar dentro de

¹²James MacGregor Burns, *Leadership*, New York, Harper & Row, 1978, pág. 170.

¹³Es recomendable analizar los diferentes casos que se presentan en un libro editado por Gabriel Sheffer; y aunque allí se habla de líderes innovadores, se puede decir que el espectro de casos abarca

esta dimensión global sería el *líder salvador*. La principal característica de este tipo de líderes es que potencian, o intentan potenciar, a la nación —desde la propia perspectiva de los líderes podría ser tanto la nación cultural como la nación política o, incluso, y en contradicción con el modelo blondeliano, al sujeto histórico que los líderes creyeran y/o esperasen representar (el proletariado, el ciudadano universal, etc.), pues hay que recordar que durante años se han tomado como referentes otro tipo de sujetos que no eran la nación; paradójico resulta que el modelo de Blondel, que es prototípico de la guerra fría y del contexto internacional en que se desarrolló, no recoja este tipo de análisis—, la cual estaba en franco declive acercándose al colapso del sistema, o que definitivamente había colapsado. Como dice el autor, «ellos no transforman demasiado la política como empujón que resuelve o elimina dificultades que habían emergido en el pasado y habían hecho de la vida política algo inmanejable o ajetreado»¹⁴, al contrario, los líderes salvadores intentan *salvar* el sistema tal y como es y ha sido frente a amenazas exteriores (políticas, militares y culturales suponemos), a lo que nosotros añadimos también, amenazas interiores.

Los líderes salvadores prototípicos según Blondel serían Winston Churchill, Charles de Gaulle o Moisés. Estando de acuerdo con el autor en que Churchill podría ser calificado como líder salvador —también lo creyeron así los británicos cuando, al poco de terminar la Segunda Guerra mundial, observaron que el concurso de Churchill ya no era necesario pues había cumplido su objetivo con *sangre, sudor y lágrimas*—, no podemos estar de acuerdo con el calificativo propuesto tanto para De Gaulle como para Moisés. El político y militar francés, si bien es cierto que acudió para salvar a la IVª República francesa del colapso, no es menos cierto que transformó el sistema colapsado por otro parcialmente nuevo, siendo conocido como el padre de la Vª República. Además, la historia nos ha demostrado que los líderes salvadores no suelen perdurar en el cargo más tiempo que el necesario para salvar el sistema porque, en sentido contrario, se les achacaría su ineptitud para la misión encomendada —es paradigmático el caso del citado Winston

principalmente a líderes reformistas y transformadores. Gabriel Sheffer (ed.), *Innovative leaders in international politics*, Albany, State University of New York Press, 1990.

¹⁴Jean Blondel, op. cit., pág. 88.

Churchill, el cual llegó a *premier* con la misión de salvar a Gran Bretaña del peligro propiciado por la contienda militar y, sin embargo, al poco tiempo de terminar el conflicto bélico le fue retirada la confianza por parte del electorado británico, aunque seis años después del final de la guerra volvieron a reclamarle (1951-1955)—. Charles de Gaulle posiblemente fue llamado como salvador, pero lo que él ofreció fue un cambio de la mayor parte del sistema francés, por lo que cabría encuadrarlo dentro del modelo que estudiaremos a continuación; además, es importante destacar que el análisis debe mostrar la acción política y no sólo las pretensiones. Por lo que respecta a Moisés, y como ya se ha visto anteriormente, no es que salvara al pueblo de Israel —al menos le salvó de morir a manos de los faraones egipcios—, sino que reinventó al pueblo *unificado* de Israel, le llevó a su lugar de origen y estableció la llamada *Segunda Alianza*; realmente Moisés cambió parcialmente el sistema judío. Por lo tanto, a Moisés más que como salvador, habría que considerarlo como revolucionario, ideólogo o, en mejor consonancia con su historia, transformador.

Los *líderes paternalistas* serían —dentro de la siguiente cuadrícula (sistema en general y cambio parcial)—, según Blondel, aquellos líderes que «están ansiosos de apuntalar ciertos aspectos del sistema existente o [aquellos que] desean presidir sobre la introducción de algunos cambios en una variedad de otros aspectos»¹⁵. Respecto a esta proposición podemos destacar dos contradicciones, o mejor dicho, una contrariedad y un error conceptual. Por un lado, la contradicción reside en la propia definición propuesta por Blondel ya que, si un líder pretende apuntalar una parte o todo el sistema, como hemos visto anteriormente, sería calificado como líder consolidador o salvador nunca como líder paternalista en consonancia con la cuadrícula que ocupa en el esquema del autor. Además, y aquí encontramos la gran contradicción expresada en la definición, la cual puede ser expuesta en forma de interrogación: el líder paternalista, realmente, ¿qué pretende llevar a cabo, una reforma de ciertos aspectos del sistema, una consolidación de aspectos del sistema, o el apuntalamiento de ciertos aspectos del sistema a través de ciertas reformas?.

Como se puede deducir, y situándonos en el esquema de Blondel, el líder paternalista debería realizar un cambio moderado de todo el sistema, nunca apuntalar un aspecto del sistema o introducir algunos cambios de varios aspectos del sistema. Por otro lado, la propuesta blondeliana contiene un error de concepto en el sentido de que la conceptualización del líder paternalista no puede realizarse desde la acción o la intención de acción del líder, sino desde el análisis del estilo de liderazgo, es decir, desde la perspectiva que nos muestra cómo se comporta el líder con sus seguidores. La calificación de paternalista se puede adjuntar al comportamiento de todo tipo de líderes y de jefes políticos, independientemente de que, posteriormente, estos líderes puedan ser calificados de forma distinta en otra esfera del análisis. Por consiguiente, creemos que este tipo de calificación sobra en este contexto de análisis (contexto de la acción política), no así en otro contexto de análisis (contexto de comportamiento para con los seguidores). Empero, sí pueden ser analizados bajo este modelo y en esta cuadrícula los llamados líderes populistas.

1.2.4. *Líderes populistas.*

Básicamente, para Jean Blondel, los *líderes populistas* pueden ser calificados como aquellos líderes que «desean introducir algunos cambios pero no desean trastornar toda la sociedad»¹⁵, integrando, si fuera necesario, las bases tribales de la estructura social dada. La definición de Blondel encaja perfectamente en el cuadro analítico que estamos desmenuzando, pero presenta numerosas dudas sobre cómo se realiza esa transformación media que llevan a cabo los líderes populistas. Para obtener una mejor perspectiva del fenómeno populista es necesario hacer un inciso, dentro del discurso, para desentrañarlo, pues como veremos el populismo posee unas características que Blondel no analiza en su texto.

¹⁵Ibídem, pág. 89.

¹⁶Ibídem, pág. 90.

En el lenguaje político, que no de la ciencia política, suele utilizarse el adjetivo de populista como sinónimo de demagogo, expresando, pues, una calificación peyorativa —es privativo del discurso político actual la utilización de diversas calificaciones que nada tienen que ver con su significación «científica» y/o semántica como, por ejemplo, demagogo, fascista, etc.—. Sin embargo, aunque el líder populista pueda ser personalmente un demagogo, lo cual es privativo de la persona no del modelo, el populismo en sí contiene muy poca demagogia y sí mucha capacidad de movilización. Porque apelar a los sentimientos de las personas, intentando influir en la emotividad, no es un rasgo propiamente demagógico, es algo totalmente político. Por consiguiente, y siguiendo el lenguaje político actual, todos los políticos serían demagogos, incluso es factible incluir a los que emiten tal calificación. Como la realidad demuestra que tal hecho no es verificable, se impone un análisis mucho más profundo de lo que viene a significar el populismo. Una de las primeras definiciones del populismo nos la ofrece Minogue, para quien el populismo es «un tipo de movimiento que se encontrará entre quienes son conscientes de pertenecer a la periferia pobre de un sistema industrial; en este sentido, cabe considerarlo como una reacción frente al industrialismo. Pero el impulso más profundo de los que llevan a cabo esta reacción a menudo será el de emprender la industrialización. (...) Y es esta ambivalencia la responsable de la vacuidad intelectual de los movimientos populistas»¹⁷. Dejando a un lado la vacuidad intelectual de los movimientos populistas —manantial de las calificaciones de demagogia del populismo—, debemos centrarnos en la *reacción progresista* —si se nos permite tal expresión sumamente antitética— del populismo frente a la industrialización. Como clarifica Minogue el populismo es una reacción de los más pobres frente al proceso de industrialización creciente en una sociedad dada, pero, al mismo tiempo, es un intento de superación de los estadios económicos anteriores, es decir, un intento de integración en el propio proceso de industrialización. De ahí que hablásemos de una reacción progresista. Sin embargo, en la definición dada hasta el momento persisten, al menos en nuestra opinión, dudas de cierta importancia. ¿Es el

¹⁷Citado en Sagrario Torres Ballesteros, «El populismo. Un concepto escurridizo» en José Álvarez Junco (comp.), op. cit., pág. 160.

populismo prototípicamente hijo de la modernidad? ¿Es tan sólo un movimiento de los pobres, concienciados, de la periferia del sistema o, por el contrario, también se encuentran integrados los miembros de las élites tradicionales? Para la primera pregunta los teóricos del populismo son claros y tajantes: sí. Como afirma A. Steward, «los fenómenos populistas surgen como movimientos y en ocasiones como regímenes estatales, en las fases históricas de transición de una “sociedad tradicional” predominantemente agrícola a una “sociedad moderna” industrial y, paralelamente, de un sistema político con participación restringida a un sistema político con participación amplia; en consecuencia, la explicación del fenómeno populista viene dada en términos de cambio social, modernización y democratización»¹⁸. Se puede sintetizar la exposición de Steward diciendo que el populismo es una respuesta a los problemas que plantea el proceso de modernización tanto en el marco económico (cambio en la estructura), como en el marco político (puesta en duda de la autoridad tradicional en sentido weberiano), desarrollándose tal respuesta gracias a una integración fundamentada en los valores tradicionales de la sociedad. Sin embargo, no podemos estar de acuerdo con el autor cuando afirma que el movimiento populista se encuentra unido a los procesos de democratización, pues los movimientos populistas de numerosos países africanos o latinoamericanos, por ejemplo, han terminado (o terminaron) en dictaduras —¿se puede calificar de populista, dentro del marco de análisis que estamos utilizando, a un dictador como Rafael Leonidas Trujillo? Seguramente sí, y sin embargo poca democracia hubo durante su gobierno en la República Dominicana—. Por consiguiente, parece que la característica peculiar de los movimientos populistas es el intento de sintetizar tanto los valores de la cultura tradicional de la sociedad en cuestión, como el afán de modernización. Otro autor, Gino Germani, llegó a una conclusión parcialmente distinta a la de Steward, y desde un punto de vista estructural-funcionalista, afirmaba que el populismo tiende a surgir cuando, en un sistema dado, fallan los mecanismos que estaban

¹⁸Citado en *Ibíd.*, pág. 162.

predispuestos para encauzar la movilización y la acción política y social de sectores que hasta ese momento eran totalmente pasivos¹⁹.

Desde otro punto de vista, Sagrario Torres Ballesteros propone como definición del populismo la de ser «un movimiento político (o la fase de un movimiento más amplio) que se basa, para su eficacia, en amplias movilizaciones de masas a partir de una retórica de contenido fundamentalmente emocional y autoafirmativo, centrada en torno a la idea de “pueblo” como depositario de las virtudes sociales de justicia y moralidad, y vinculada a un líder, habitualmente carismático, cuya honestidad y fuerza de voluntad garantiza el cumplimiento de los deseos populares»²⁰. Para Torres Ballesteros el populismo sería, pues, un movimiento emotivo, el cual se autoafirma como pueblo y que descansa en la personalidad de un líder. En su intento de superar las definiciones funcionalistas, presentadas anteriormente, y que ponen todo su énfasis en la ubicación del populismo como una determinada etapa del desarrollo de una sociedad, la autora española expone una definición que bien podría encajar con el prototipo del nacionalismo, el cual, puede ser progresista o puede ser reaccionario, pero que sin duda pretende o bien salvar el sistema frente a una amenaza exterior o interior, o bien cambiar totalmente el sistema. Por consiguiente, no se produce un cambio parcial de todo el sistema como proponen los autores ya citados, incluyendo al propio Blondel, sino una apelación a elementos míticos consuetudinarios de la sociedad en la que surge el movimiento populista. Aunque la definición dada por Torres Ballesteros, entronca con lo que acontece dentro del populismo —de hecho, está muy cerca de lo que acertó a decir Seymour Martin Lipset cuando, refiriéndose al asunto que aquí tratamos, dijo que *el populismo, a diferencia del comunismo, se refiere al nacionalismo*—, en el interior mismo del movimiento, no aclara para qué, ni por qué se produce tal movilización —aunque, ya lo hemos dicho, acierta al expresar la emotividad del propio movimiento, que, por otro lado, no es privativo del populismo—. A no ser, claro, que el populismo no fuese como dicen los autores funcionalistas producto de una etapa del desarrollo de una sociedad, de un momento de

¹⁹Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1969.

transición o de cambio, el cual necesita utilizar los ambages populistas como modo de legitimación del cambio estructural que se está produciendo. Evidentemente, los movimientos populistas siempre acarrearán consigo algo de nacionalismo, pero si el populismo reivindica, tarde o temprano, el nacionalismo es, porque existe una clara tendencia a la identificación entre nación y pueblo —incluso algunos sujetos históricos de cambio, pueden acabar siendo asimilados a la nación—.

Hasta el momento hemos estado dando vueltas alrededor del concepto sin llegar a introducirnos en sus profundidades, tan sólo hemos conseguido descifrar que el populismo pretende realizar un cambio parcial, pero radical, del sistema dado. Mas no sabemos, a ciencia cierta, el porqué de esa capacidad de movilización tan fuerte que conlleva el propio fenómeno, y aún menos cual es su referente político o ideológico, lo único que es exacto y conciso es que el populismo es producto de la aparición de la política de masas. En el nivel de análisis en el que nos encontramos (el nivel del sistema globalmente entendido) podríamos advertir que la mayoría, por no decir la práctica totalidad, de los líderes tienden a ser carismáticos, por lo que, y dando la razón a Sagrario Torres Ballesteros, el factor de movilización en parte quedaría explicado gracias al carisma del líder. Sin embargo, la identificación política tiene un peso primordial en la balanza de la movilización en el populismo. Dentro de las características de identificación podríamos señalar principalmente las que siguen: 1) La clarificación de lo que es el *pueblo* y, por consiguiente, la definición del *anti-pueblo*, porque el pueblo se define, de manera simplista si se quiere, frente al anti-pueblo. Es, este proceso, una constante búsqueda de la *alteridad*. Como dice Bernard-Henri Lévy: «[El populismo busca] unas rivalidades ficticias, unas apariencias antagónicas, unas exterioridades ventajosas cuya virtud sería la de *desempeñar el papel del Otro, sin ser del todo él*»²¹. Según las diferentes sociedades, el anti-pueblo tiende a cambiar, pero por lo general se califica de tal manera a las clases dirigentes, las cuales se han olvidado del pueblo y sólo persiguen su propio interés, conservando una

²⁰Ibídem, pág. 171.

²¹Bernard-Henri Lévy, *La pureza peligrosa*, Madrid, Espasa Calpe, 1996, pág. 172.

estructura oligárquica de mando y resultando, por ello, *ineficaces*. Ernesto Laclau, desde una perspectiva marxista, expone perfectamente lo que queremos decir cuando afirma que los dominados «no se identificarán a sí mismos como clase, sino como “lo otro”, “lo opuesto” al bloque de poder dominante, [se identificarán] como los *de abajo*»²², por lo tanto no cabe en estos movimientos la identificación de clase. 2) *Rehacer la memoria*. Este tipo de memoria que los líderes populistas rehacen, es una memoria incondicional; es una memoria legendaria, mítica y, por consiguiente, confusa, pero emocional; es una memoria «cuyo objeto no es el presente, pero tampoco lo es realmente el pasado»²³; y es una memoria tranquilizadora y halagadora. 3) *Radicalización verbal democrática* con la pretensión de suprimir los intermediarios entre el pueblo y el poder, haciendo uso de la *voluntad general* rousseauiana —el pueblo conoce mejor que nadie lo que es bueno y malo—, a fin de evitar o superar la oligarquización del sistema contra el que se levantan. En otras palabras, el populismo realizaría la «presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante»²⁴. Lo paradójico del populismo, en este punto, es que, por un lado, al proponer a una persona como representante del pueblo —mejor si surge de aquél o al menos lo parece—, la democracia radical tiende a convertirse en una dictadura personalista, y, por otro lado, la lucha contra la oligarquización no llega a resolverse al producirse un proceso, en el mejor de los casos, de amalgamamiento entre la antigua oligarquía y la nueva —los miembros de la antigua oligarquía serán presentados como aquellos políticos que, anteriormente, eran «buenos», es decir, no estaban corrompidos—.

²²Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista (Capitalismo, fascismo, populismo)*, México D.F., Siglo XXI, 1978, pág. 122. (La cursiva es nuestra) Poco antes de este párrafo Laclau realiza una perfecta definición de lo que significa el pueblo, el cual «no es un mero concepto retórico, sino una determinación objetiva del sistema, que es diferente de la determinación de clase: el pueblo es uno de los polos de la contradicción dominante en una formación social, esto es, una contradicción cuya inteligibilidad depende del conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación y no sólo de las relaciones de producción; la contradicción pueblo/bloque de poder es la contradicción dominante al nivel de la formación social».

²³Bernard-Henri Lévy, op. cit., pág. 182.

²⁴Ernesto Laclau, op. cit., pág. 201.

Para Jorge Verstrynge, y a modo de resumen, el populismo en su identificación política (y social) contendría «elementos tan dispares como algo de Rousseau y su “voluntad general”, algo de Thomas Carlyle y sus héroes generadores de la historia, algo de Marx y su teoría de la lucha de clases, algo de los paretianos (siempre termina generándose oligarquía), elementos de nacionalismo (la independencia nacional como prerequisite para el gobierno del pueblo) y de socialismo (los “pequeños, ellos solamente, son el pueblo”)»²⁵. En párrafos anteriores ya realizamos una pregunta (¿es el populismo un movimiento prototípico de las sociedades en transformación hacia la modernidad?) que hasta el momento no habíamos contestado. Según Bernard-Henri Lévy la existencia del populismo en nuestras sociedades democráticas liberales es palpable y evidente; además tendría unas características peculiares:

«Porque el populismo tiene una psicología que le caracteriza: la del narcisismo (aunque podríamos preguntarnos si el odio hacia las élites, si su crueldad respecto a ellas, su forma de martirizarlas, cuando en realidad son una parte de él, no estarán ocultando un odio sordo hacia sí mismo).

»Una fisiología: algo de abotargado, de ahíto, de autosatisfecho que podemos ver representado en un Tapie, en un Le Pen y en un Doriot (...).

»Y finalmente tiene una metafísica: la idea de la existencia de una voluntad general *causa sui*, anterior a cualquier discurso y, por supuesto, a cualquier contrato —una voluntad natural, soberana y naturalmente buena, con la que se podrá restablecer contacto por poco que sepa alejarse de esos filtros, de esas pantallas, de esas mediaciones que la oscurecen»²⁶.

1.2.5. Líderes transformadores y revolucionarios.

Una vez analizados los líderes populistas, y de vuelta al análisis del esquema propuesto por Jean Blondel, aún cabe preguntarse si todos los líderes que pretenden cambiar parcial y radicalmente parte del sistema, pueden ser catalogados como líderes

²⁵Jorge Verstrynge, *Los nuevos bárbaros*, Barcelona, Grijalbo, 1997, pág. 84.

²⁶Bernard-Henri Lévy, op. cit., pp. 200 y 201.

populistas. Creemos que, ciertamente, cabe la posibilidad de que existan líderes que aun teniendo las mismas intenciones políticas de los líderes populistas, utilicen otros medios y otras identificaciones sociopolíticas para llevar a cabo sus propósitos. Entonces, ¿cómo cabría calificar a estos líderes no populistas?. Como *líderes transformadores*. Para Blondel esta conceptualización no sería correcta porque los líderes así calificados suelen modificar «*agudamente* las bases sobre las cuales la sociedad se organiza»²⁷ y, por lo tanto, deben ser considerados como líderes revolucionarios. Sin embargo, y siguiendo en parte a James MacGregor Burns²⁸, creemos que llevar a cabo una transformación no implica un cambio total, sino un cambio radical que puede afectar a parte del sistema, mas no producir ningún efecto en la estructura principal de la sociedad. Por consiguiente, creemos que en esta cuadrícula los líderes deben ser calificados bien como populistas, bien como transformadores.

Para finalizar con la desestructuración del marco de análisis propuesto por Jean Blondel, nos situamos ahora en la cuadrícula donde se encuentran aquellos líderes que están interesados en llevar a cabo un gran cambio en la sociedad, de hecho pretenden cambiar total y radicalmente las estructuras sobre las que se asienta la sociedad. A este tipo de líderes Blondel los califica como *líderes revolucionarios* o *líderes ideólogos*. La distinción conceptualizadora en modo alguno implica distinción de pretensiones o de metodología de acción, al contrario el análisis blondeliano cree que ambas calificaciones son sinónimas. Por un lado, son ideólogos porque «proponen implementar una *ideología completa*, una que se extienda a todos los órdenes de la sociedad»²⁹; y, por otro lado, son revolucionarios porque el método de actuación política que emplean para lograr sus fines es la revolución, única garantía de obtener un cambio radical en las normas y las formas de comportamiento, amén del cambio producido en la estructura de la sociedad. Por nuestra parte, creemos que definir a este tipo de líderes como ideólogos, que lo son, supone que el resto de los líderes políticos no tienen ideología —o no hacen uso motivacional de

²⁷Jean Blondel, op. cit., pág. 89. (La cursiva es nuestra).

²⁸James MacGregor Burns, op. cit., durante todo el texto pero especialmente a partir de la página 214.

²⁹Jean Blondel, op. cit., pág. 89.

ésta—, lo cual no es cierto —ni en los tiempos actuales de (presunta) indefinición ideología—. Todos los líderes, y sobre todo aquellos que hemos estado analizando en esta dimensión, tienen alguna base ideológica gracias a la cual legitiman sus actos políticos, incluso los managers políticos tienen ideología. Otra cuestión es que algunas ideologías parezcan revolucionarias y otras posibilistas, pero no dejan de ser ideologías. Aunque, hay que reconocer, que los líderes revolucionarios realizan una utilización de la ideología más persistente o más fuerte que otro tipo de líderes. Por todo esto, creemos que basta con afirmar que en este plano del análisis se encuentran los líderes revolucionarios, cuyas características se podrían condensar en la demanda de «compromiso, persistencia, coraje, quizás, egoísmo e incluso auto-abnegación»³⁰.

Con este último párrafo hemos concluido el análisis de la tipología de los líderes políticos, asumiendo para nuestro estudio el marco de referencia de Jean Blondel, al que hemos realizado las pertinentes modificaciones que ya fueron expuestas en el transcurrir del discurso, entre las cuales cabe destacar la no conceptualización como líderes, apriorísticamente hablando, tanto de los managers políticos como de los ajustadores por las razones ya expuestas. Sin embargo, el concepto de líder que estamos manejando en este estudio nos permitirá superar las deficiencias del modelo (reduccionismo, limitación a sistemas y no subsistemas) que expusimos anteriormente. Y hacemos esta aclaración porque creemos firmemente que pueden existir líderes dentro de un grupo dado, y en la vida política existen muchos grupos participantes, aunque no tengan la misma proyección hacia el exterior, es decir, más allá de las fronteras del propio grupo, que en el caso de los sistemas políticos actuales serían los partidos políticos. Por consiguiente, aun utilizando el marco de análisis blondeliano (ver cuadro 4.1), nuestra definición servirá para encuadrar a otro tipo de personas que compiten en la arena política tanto en el sistema general como en los subsistemas.

³⁰James Macgregor Burns, op. cit., pág. 169.

CUADRO 4.1. *Los líderes políticos.*

	Mantenimiento	Cambio Moderado	Gran Cambio
Amplio Alcance (todo el sistema)	<i>Salvador</i> (Churchill)	<i>Populista/ Transformador</i> (Bismark, Stalin...)	<i>Revolucionario</i> (Lenin, Hitler, Mao)
Alcance Moderado (aspecto del sistema)	<i>Consolidador</i> (Eisenhower)	<i>Redefinidor</i> (JFK, Reagan, Thatcher)	<i>Reformista</i> (F.D. Roosevelt)
Alcance Especializado (un solo área política)	<i>Manager</i>	<i>Ajustador</i>	<i>Innovador</i>

Fuente: Jean Blondel, *Political Leadership*.  No líderes  Posibilidad de líder o no

2.) EL ESTUDIO DE LOS RASGOS DEL LÍDER POLÍTICO.

El examen de los rasgos es una práctica muy antigua. De ella se tiene constancia bibliográfica, al menos, desde la época de la Grecia clásica donde logró una amplia aceptación según narran los estudiosos. La fisiognomía, que así se llama la observación de los rasgos, según nos cuenta el Pseudo-Aristóteles estudia tanto «las posiciones naturales del temperamento, así como las adquiridas, en tanto en cuanto su aparición comporta una transformación de los rasgos objeto del examen fisiognómico (...) [como] los movimientos, las posturas, los colores, los rasgos faciales, el cabello y su lisura, la voz, la carne, las partes del cuerpo y el aspecto de todo él»³¹. Se advierte en la definición que nos da el Pseudo-Aristóteles que el análisis de los rasgos queda huérfano si no se ve complementado por un análisis del interior de la persona, del carácter personal en

³¹Pseudo-Aristóteles, *Fisiognomía*, Madrid, Gredos, 1999, 806a, 2 (pp. 45 y 46).

sí; si se insiste en el estudio de los rasgos exteriores —de la forma y manera en que se está llevando a cabo con frecuencia el estudio en la actualidad— se estaría cometiendo un grave error porque, en primer lugar, existen personas con rasgos similares y diferentes caracteres, y porque depende de los momentos en que se estudien los rasgos, ya que estos tienden a variar; y, además, en segundo lugar, la naturaleza de los atributos personales, aun siendo importantes, se ven afectados por las «variables demográficas»³². La importancia del estudio de los rasgos, a pesar de las dificultades, reside precisamente en que las cualidades que son admiradas por los seguidores, o los antagonistas, conforman una base material para el reconocimiento del líder como tal por parte del grupo. Junto con la visión o proyecto que es presentado por el líder, la posesión de ciertas cualidades, sumamente apreciadas por las personas, ayudan a que el posible líder destaque por encima de los demás pretendientes³³. Por esta razón hemos decidido incluir este apartado dentro del estudio del liderazgo, incluyendo tanto los pros como los contras que tiene este tipo de análisis.

2.1. *El modelo clásico: Max Weber.*

Las cualidades de un líder político no son muy diferentes de las cualidades que deben tener otras personas en el ejercicio de sus profesiones, por ejemplo, sin embargo, la diferencia principal es que, mientras para el ejercicio de una profesión se necesitan una o dos cualidades a lo sumo, en el ámbito político es la suma de todas las cualidades lo que incide en el prestigio del líder político, incluso por encima de sus compañeros de ejercicio político —evidentemente las cualidades que posee el líder son cualidades muy apreciadas por las personas del grupo o sociedad en la que se encuentra inserto—. Max Weber hablaba de las cualidades que deben tener todos los políticos para ser considerados como buenos políticos; siendo el líder un político más, especial pero político, bien podemos

³²Jean Blondel, op. cit., pág. 145.

³³Cfr. T. O. Jacobs, *Leadership and exchange in formal organizations*, Alexandria-Virginia, Human Resources Organization, 1970, pág. 233; y Joseph C. Rost, *Leadership for the twenty-first century*, New York, Praeger, 1991, pág. 73.

comenzar el análisis con un breve recordatorio de lo que observó el científico alemán. Según Weber, son tres las principales características que debe tener un político: la pasión, el sentido de la responsabilidad y el sentido de la distancia (*Augenmass*). La pasión se entiende, en el análisis weberiano, como la entrega apasionada a una causa dando importancia a las cosas reales; pero con pasión solamente nadie se convierte en político, a ello hemos de sumarle la responsabilidad como «estrella que guíe la acción de manera determinante»³⁴. Y para obtener esta guía de la acción es necesario, sin lugar a dudas, el sentido de la distancia, el cual, además, le ayudará a superar uno de los enemigos del político, la vanidad. Toda aquella persona que reúna estas tres cualidades, y se incline por el activismo político, es considerada como un buen político. Además de estas tres características, Max Weber advirtió de dos peligros, o «pecados mortales» como gustaba decir el sociólogo alemán, que corrompen lo que la política tiene de bueno: no volcarse en las cosas (*Unsachlichkeit*) y la falta de responsabilidad³⁵. El resultado de cometer el pecado mortal weberiano es la aparición del mero político de poder. De estas palabras se desprende el sentimiento de malestar de Max Weber por la situación política de Alemania, como bien han recogido sus biógrafos e introductores a su obra; mas el análisis de las características apreciadas por las personas sí es válido tanto para el estudio que estamos llevando a cabo, como para servir de introducción a los rasgos que otros autores han investigado. El deseo que expresaba Max Weber con esta formulación residía en el hecho de la ausencia de verdaderos líderes carismáticos, o así lo percibía el autor alemán; esto no quiere decir que no existiesen líderes como los analizados antes, al contrario existían como bien expresa en sus obras más políticas.

Por nuestra parte hay que efectuar cierto análisis de las características ofrecidas por Max Weber. Respecto a la pasión, tal y como la definió el pensador alemán, no caben dudas acerca de su necesaria presencia en el carácter de los políticos, pero bien es cierto que esta característica tiende a estar pervertida. Nos explicamos. La pasión de un político como entrega a una causa en numerosas ocasiones es mera palabrería, mera apariencias

³⁴Max Weber, *La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pág. 145.

exterior, en otras palabras, mera demagogia. La pasión weberiana tan sólo se puede comprobar en la acción y el trabajo de los políticos, en el día a día; entendiendo que habría que diferenciar entre el trabajo derivado de la posesión de un cargo político, lo que podríamos calificar como burocracia política, y el esfuerzo realizado al margen de lo estrictamente formal. Esto es, observar si el político se plantea la causa como algo trascendente al trabajo diario que, aun siendo importante, no es lo único valorable en un político. Max Weber lo expresa perfectamente, la responsabilidad respecto a la causa, la visión que se defiende, es tan importante como ser apasionado; por consiguiente, si el político no es responsable de la causa que defiende, es decir, si varía constantemente los principios fundamentales de la causa, se desprende de todo ello que la catalogación que se puede hacer de él es la de ser un político de poder. El constructo weberiano se cierra con el sentido de la distancia respecto a las cosas, ese saber separarse por un momento de lo que se está llevando a cabo para observar la factibilidad de la causa o los errores que se pueden estar cometiendo. Desde nuestra perspectiva, que es la que aquí estamos desarrollando, creemos que el planteamiento weberiano, aun como modelo ideal, encaja con dificultad en la mayoría de los políticos que han existido, existen y, posiblemente, existirán. Si la política es la lucha por el poder, lo lógico es que los políticos sean políticos de poder, salvo excepciones: los líderes políticos. Tomando el modelo ideal de Max Weber como referencia podemos afirmar sin temor a equivocarnos que los líderes políticos poseen las características que definió el autor alemán, es decir, las características del modelo son propias de los líderes, por lo que, seguramente, la pretensión del sociólogo era que todos los políticos se acercaran a la posibilidad de ser líderes, esto es, líderes en potencia. Sin embargo, hay que destacar, ya lo hicimos en la propedéutica, que la lucha por el poder y el mantenimiento en él, es sumamente importante cuando hablamos de política, el problema reside en que, de no ser por los errores científicos de ciertas ramas metodológicas, sabríamos perfectamente que líderes ha habido pocos y gestores del poder muchos.

³⁵Ibídem, pág. 147.

2.2. *El modelo de John W. Gardner.*

John W. Gardner, estudioso estadounidense del liderazgo, ha trazado un esquema de las características personales que deben tener los líderes, o aquellas personas que aspiren a ser líderes, entre las que sitúa en primer lugar la *capacidad para inspirar confianza*³⁶. En lenguaje castellano diríamos que esta cualidad es de perogrullo, es tan obvia que cae por su propio peso. Evidentemente, difícil tendrá alguien llegar a ser considerado como líder político si no inspira confianza en los demás. Cuando se trata de gestionar los intereses de las personas, estas no dejan los asuntos en las manos de alguien que les pueda engañar *a priori* —cuestión bien distinta es que el engaño sea *a posteriori*—. Por consiguiente, no es necesario seguir tratando el asunto porque inspirar confianza no es sólo una característica de un líder, es una característica de cualquier político e, incluso, de cualquier persona que tenga ciertas responsabilidades para con alguien. La siguiente característica que propone John W. Gardner es *la habilidad para tratar con la gente*, la cual define como «la habilidad para apreciar correctamente la prontitud o resistencia de los seguidores a moverse en una dirección determinada, de conocer cuándo el disenso o la confusión están minando la voluntad de acción del grupo, y de aprovechar todo lo posible los motivos allí expuestos y comprender las sensibilidades»³⁷. Hemos copiado íntegramente la cita del autor norteamericano para que se compruebe las diferencias patentes entre el concepto y su conceptualización. El concepto aislado de la explicación nos remitiría a una habilidad para comunicarse con los demás, para atraerlos hacia la visión que plantea el líder. Empero, el posterior desarrollo de la conceptualización nos lleva a otro campo caracterológico completamente distinto. Lo que Gardner nos presenta no es una habilidad para con la gente, sino una capacidad para conocer la situación que le rodea, algo radicalmente distinto. Evidentemente ambas posibilidades son características que deben tener los líderes políticos, por ser precisamente eso políticos. Cuando analizamos el modelo ideal weberiano ya expusimos lo que era el *augenmass* —lo que

³⁶John W. Gardner, *El liderazgo*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991, pág. 34.

³⁷Ibídem, pág. 72.

conceptualiza Gardner—, por lo que no merece la pena seguir insistiendo en ello, además, al igual que ocurre con la capacidad de inspirar confianza, la habilidad para tratar con las personas es propio de cualquier político, *ergo* también de los líderes. Prosiguiendo con el análisis de John W. Gardner, la siguiente propuesta caracterológica es la *voluntad (ansia) de aceptar responsabilidades*³⁸. El deseo de aceptar responsabilidades puede ser una característica privativa de los líderes políticos, siempre y cuando comporte asumir la responsabilidad sin pensar en las posibles consecuencias personales que tuviera la acción. Queremos expresar con estas palabras la diferencia fundamental que existe entre la mera asunción de responsabilidades de poder —donde se espera recibir los favores que se suponen derivados de la ostentación del poder (económicos, estatus, etc.)—, como hacen los managers políticos, de la asunción de responsabilidades para liderar un movimiento de cambio o reforma (propio de los líderes), es decir, llevar el peso (figuradamente) de toda la acción, aun cuando prácticamente se desconocen los posibles riesgos que entraña tal acción. Por lo tanto, podemos decir que la asunción de responsabilidades, en el segundo sentido, dar el paso que nadie se atreve a dar, sí es propia del líder.

La siguiente cualidad que destaca John W. Gardner es la *capacidad para las tareas* como conocimiento que un líder tiene de la tarea en sí misma³⁹. Indudablemente el conocimiento de la acción/tarea es propia de un líder político, es más si no conociera los pros y los contras de la acción/tarea que pretende llevar a cabo no podría ser catalogado como tal. Cuando se pretende llevar a cabo una reforma, por ejemplo, es necesario que el líder conozca la tarea a realizar. Sin embargo, la propuesta de Gardner tiene un reverso peligroso pues supone que los que no son líderes, los políticos normales, no tienen un conocimiento pleno de la tarea que están llevando a cabo. Se vuelve a meter en un jardín de flores John W. Gardner en sus aportes teóricos porque no diferencia la acción en sí misma del conocimiento de las cosas. El líder político tiene la capacidad de conocer los problemas que afectan a la sociedad y trata de resolverlos mediante una acción de gobierno particular. Conoce el qué, el porqué, el cómo, y el para qué de la tarea que pretende llevar

³⁸Ibídem, pág. 71.

a cabo, si esto es considerado como la tarea en sí, ciertamente, el líder tiene capacidad para la tarea. Si el conocimiento de la tarea tan sólo incluye, como se desprende del estudio de Gardner, el qué y el cómo, no estamos hablando de un líder, sino de un gestor diferente. Esto es, el gestor conoce un problema y conoce una fórmula recurrente para arreglarlo; el líder sabe cuál es el problema, por qué aconteció el problema, cómo arreglarlo —la acción propiamente dicha—, y para qué ejecutar la acción. La diferencia es contundente entre uno y otro modelo. En nuestros términos se puede calificar esta cualidad como la *habilidad para comprender los problemas en su totalidad*. La siguiente característica que nos ofrece John W. Gardner se refiere a la *vitalidad física y el vigor* del líder. Más tarde veremos que esta característica es una de las principales dentro del conjunto de cualidades del liderazgo carismático, pero aquí haremos un breve apunte. No se puede decir que la vitalidad física sea una cualidad que los seguidores destaquen en el líder, situación bien distinta sería si hablásemos de una entrega constante a la causa. Evidentemente, una persona que se encuentre moribunda difícilmente conseguirá que se la reconozca como líder, pero de ahí a pensar que las personas poco vitales o poco vigorosas no puedan llegar a ser líderes es mucho pensar, una sobreteorización. Todos tenemos presente, porque la idea de vigor físico se ha extendido, y mucho, entre los asesores políticos, cómo numerosos políticos actuales realizan frente a los medios de comunicación ejercicios físicos de gran intensidad —sólo hay que recordar lo sonrojados que aparecen algunos líderes a fin de cumplir este propósito— y, sin embargo, podría no calificárseles como líderes; por su parte, basta recordar como personas que han estado en sillas de ruedas (F. D. Roosevelt), o que tenían sobrepeso y fumaban habanos (Winston Churchill) han sido indiscutiblemente consideradas como líderes políticos. Cuando se habla de energía y esfuerzo en los líderes se refiere a un trabajo constante y a un gasto físico acorde a su cuerpo. Por ejemplo, las caminatas de Gandhi tienen sentido, no tanto por el gasto físico, sino por su disciplina personal. Por lo tanto, no hay que confundir los términos cuando hablamos de vitalidad física. Además dejaremos hablar al propio John W. Gardner, porque las palabras sin añadidos a veces son una muestra sumamente importante: «Si uno le pide a la gente que

³⁹Ibídem.

confeccione una lista de las condiciones de los líderes, no es usual que mencionen un alto nivel de energía o de durabilidad física. Sin embargo, estas condiciones son esenciales (sic)»⁴⁰. Es decir, son esenciales porque él las dice, no porque lo destaquen los seguidores —al fin y al cabo, en este sentido, la parte importante de la relación—.

2.3. Otras características del líder.

En los estudios sobre liderazgo existe un problema sumamente importante, en muchas ocasiones —tal vez demasiadas, pero no queremos hacer juicios morales— los autores del mundo de la empresa no tienen más visión que su propio mundo, por esta razón se ofrecen propuestas del tipo que hemos mostrado —siendo ésta la más elaborada y más cercana a la realidad sociopolítica de todas las que podíamos haber analizado⁴¹—. Los estudiosos del mundo empresarial, en su intento de superar las estructuras, por ellos calificadas de anquilosadas, de la burocracia, en sentido peyorativo, proponen modelos de liderazgo creyendo que éste es lo contrario a lo que existía anteriormente; no se dan cuenta de que, al fin y al cabo, la contienda es entre dos modelos de gestión, y que el liderazgo es algo completamente distinto. Sin embargo, el recorrido por los estudios empresariales nos ha permitido conocer dialécticamente ciertas características o cualidades del líder político, pero no son las únicas. Jean Blondel en su estudio sobre el liderazgo político cree que existen unas cualidades sociológicas que son importantes para el liderazgo: el *curriculum social* y la *carrera política*⁴². Indudablemente estas son características propias de un líder político —no inciden tanto en los políticos normales, o al menos no han tenido suma importancia—. El curriculum social no significa que exista una determinación social

⁴⁰Ibídem, pp. 69 y 70.

⁴¹Podríamos haber continuado con propuestas tales como la comprensión de los seguidores y sus necesidades; o la flexibilidad de método (Ibídem, pág. 72 y ss.), pero como se desprende de su lectura son cualidades que deben tener o tienen todos los políticos, al menos desde la aparición de la democracia representativa, como venimos reiterando. Difícilmente alguien podría llegar a ser líder sin comprender a los seguidores y las necesidades de éstos, porque al fin y al cabo son las propias del líder. El líder no es, como algunos piensan, alguien separado del grupo, alguien que está por encima del bien y del mal, es parte, quizás la más destacada, del grupo.

⁴²Jean Blondel, op. cit., pág. 25.

clasista, al contrario, la valoración de éste cambia de un grupo a otro y de una época a otra. En ciertas situaciones puede que sea muy valorado el provenir del proletariado y, en otras, ser un hijo de la burguesía. La importancia, entonces, se derivará de la identificación personal de los seguidores con el líder, o de la identificación con ciertos patrones acuñados en las mentes de los seguidores o, por qué no decirlo, de la tradición del grupo dado. La carrera política del líder tiene una gran importancia porque, gracias a su análisis, se comprueba la trayectoria de la persona: si ha cambiado constantemente de tendencia; si ha sido una persona consecuente con sus ideas; si ha estado implicado en asuntos sombríos; si ha tenido puestos de relevancia y su acción en ellos, etcétera. Por consiguiente, la carrera política sirve como referente para creer en la persona como líder, para observar si tiene las cualidades apreciadas por los potenciales seguidores e, incluso, para que su proyecto inspire confianza —antes se habló de la capacidad para inspirar confianza, pues bien es la revisión de la carrera política y, en menor medida, el curriculum social lo que provoca que se inspire confianza en los posibles seguidores, no algo abstracto; tan sólo la propia acción—. Si un potencial líder ha sido una persona con constantes cambios de bando, no despertará muchas filias entre los demás miembros del grupo; sin embargo, si la persona ha sido consecuente con sus ideas, aun modificándolas, en el ejercicio del poder a escalas inferiores, tendrá muchas más posibilidades de ser el líder del grupo. Por consiguiente, más que destacar el curriculum social y la carrera política, que son medios de conocimiento, la característica importante y a destacar sería ser consecuente con la visión y/o las ideas que se tienen. El tránsito del marxismo a la socialdemocracia, por ejemplo, no tiene por qué mellar al líder —o posible líder—, empero la defensa del marxismo, por un lado, y la actuación liberal, por otro, desde luego quiebran la imagen que se pueda tener de esa persona. De ahí la importancia de lo comentado.

Una cualidad del líder sobre la que hay un acuerdo total entre los investigadores del liderazgo es la *inteligencia*. Una inteligencia que le permita al líder distinguir entre lo importante y lo trivial —muchos políticos y presuntos líderes se quedan en lo trivial y no atacan lo fundamental—, lo que proporciona una *firmeza en la toma de*

decisiones; como dijimos antes, una capacidad para saber distinguir qué, cómo, por qué y para qué. Evidentemente, en la actualidad existen numerosos asesores que dilucidan de manera rápida estas respuestas, «pero ellos [los líderes] tienen que elegir estos consejeros apropiadamente y no depender totalmente de sus consejos, para valorar el valor de las soluciones que proponen, y para preguntar las bases con las que esas soluciones han sido hechas, así detectarán desvíos o errores»⁴³. A partir de la posesión de esta cualidad se derivarán el resto de cualidades expuestas. Pero junto a la inteligencia hay una cualidad que destaca por encima de todas las demás cual es la *oratoria* —inteligencia lingüística dicen algunos autores⁴⁴—, o capacidad e inclinación a usar de forma correcta las palabras, esto es, saber qué decir en cada momento. En todos los momentos y ocasiones no se utilizan las mismas palabras, aunque puedan ser sinonímicas, dependiendo de con quien se hable se utilizará una forma u otra del lenguaje; además, se apelará a símbolos y mitos que sean recurrentes con el lugar y el auditorio que se tenga. No es lo mismo hablar para un grupo de banqueros, que frente a un grupo de universitarios. La apelación y tono del discurso deben o pueden ser diferentes. Aquí radica la cualidad del líder, saber explicar lo mismo de diferentes maneras. Por eso es importante el concepto de visión, ya que independientemente de las palabras expresadas, existe un marco de referencia general. Los managers, por su parte, no tienen ese marco general y, por eso, hablan de unas cosas en un lugar y de otras, completamente antitéticas, en otro contexto situacional. Lo que realmente distingue a ambos es la visión, como se advirtió al analizar el modelo blondeliano.

2.4. *La visión, el lenguaje y el líder político.*

Claus Offe ha intentado hacer comprensibles los efectos que tiene la visión (o discurso político) sobre la política concreta diseñando un modelo que se puede dividir en tres escenarios. El primer escenario es el aparato estatal donde se toman las decisiones legislativas, presupuestarias, etcétera. El segundo escenario estaría compuesto por todos aquellos colectivos, de índole diversa, que expresan sus quejas al poder político y

⁴³Ibídem, pág. 139.

controlan, algunos, los accesos a los medios de producción y comunicación; y definen, determinantemente, la percepción política y el marco de toma de decisiones de las élites políticas. Y el tercer escenario, y menos claro, es donde se desarrolla el discurso político, fabricándose los cambios de tendencia, los nuevos valores, y los ideales o visiones, es decir, la cultura política⁴⁵. El marco de análisis de Offe describe perfectamente donde actúa la visión del líder y frente a qué contrapoderes tiene que luchar para sobrevivir. Sin embargo, lo importante ahora es, pues este análisis sería propio de una tesis doctoral, presentar ciertas hipótesis de trabajo que nos permitan evaluar el concepto de visión dentro del estudio del liderazgo. Cuando hablamos de visión estamos haciendo referencia a la forma de transmisión de las pretensiones del potencial líder, preferentemente lingüísticas y visuales, a los seguidores potenciales. La visión del líder normalmente está un peldaño por debajo de las cosmovisiones que hemos dado en llamar ideologías, y decimos normalmente porque han existido líderes creadores de cosmovisiones; por lo que podríamos decir que la visión es una cosmovisión particular. Es decir, son visiones de historias concretas, historias del grupo, las cuales pueden hacer referencia a esas ideologías o cosmovisiones superiores o no. Pero antes de entrar a analizar lo que es la visión, debemos hacer un breve inciso para explicar el significado del lenguaje, ya que gracias a la característica de la inteligencia lingüística se puede transmitir la visión.

2.4.1. *El lenguaje y el líder.*

El lenguaje, que de por sí es portador de sentidos indirectos o segundos sentidos, expresa cierto simbolismo para las personas que lo escuchan; aunque no todo lenguaje que admite interpretación y tiene un sentido indirecto podemos decir que es simbólico, más bien habría que decir que es semiótico⁴⁶. Dependiendo del estado del auditorio, los símbolos, o los segundos sentidos, o las imágenes —es decir, el

⁴⁴Howard Gardner, *Mentes líderes*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 57.

⁴⁵Citado en Wolfgang Merkel, «Introducción: los desafíos de la socialdemocracia a finales del siglo XX», en Ibídem (ed.), *Entre la modernidad y el postmaterialismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 19 y 20.

⁴⁶José María Mardones, *El retorno del mito*, Madrid, Editorial Síntesis, 2000, pág. 24.

mitologema— influirán de determinada manera en los que allí escuchan al líder. De ahí que dijésemos que los líderes deben saber cómo expresarse en según que lugares, porque el lenguaje, especialmente el lenguaje del líder político, «remite a un más allá de ello, en dirección al pasado y/o al porvenir, a los fundadores, a una Carta inicial y a sus principios, a una prospectiva que impone, desde ese mismo momento, la gestión del futuro»⁴⁷. El discurso político del líder comunica sus pretensiones para con el grupo, pero lo expresa de manera mítica, en muchas ocasiones, haciendo presentes viejos mitos del pasado común para proyectarse hacia el futuro. Un autor como Ernst Cassirer diría que el lenguaje:

«no es tan sólo una escuela de sabiduría; es también una escuela de desatino... [porque el mito] no es más que la oscura sombra que el lenguaje proyecta sobre el mundo del pensamiento humano»⁴⁸.

Cassirer escribió esto aterrado por los acontecimientos acaecidos en Alemania desde la llegada al poder de Hitler, por eso mostraba ciertos recelos frente al pensamiento mítico que tan bien estudió; sin embargo, la importancia de traer a colación esta cita reside en la demostración que realiza Cassirer del poder simbólico del lenguaje. Esto nos sirve para explicar algo que ya se encuentra en el ambiente del texto, los líderes emplean un lenguaje de doble sentido para activar esos mitos comunes entre los seguidores, y de esta manera hacerles comprender las intenciones y, a la vez, hacerles copartícipes del futuro en común. Es, por consiguiente, una forma de comunicación y de motivación de los seguidores.

Existen varios autores que niegan parcialmente la veracidad de estos hechos. Por un lado, Robert Michels creía que el discurso tenía una importancia bastante secundaria —«Las dotes oratorias (belleza y fuerza de la voz, poder de adaptación y sentido del humor) son lo que la masa aprecia por encima de todas las cosas; el contenido del discurso tiene importancia bastante secundaria»⁴⁹—, sin embargo, esta apreciación significa dotar a las personas de muy poca capacidad de análisis, lo cual no es cierto. Los

⁴⁷Georges Balandier, *El poder en escenas*, Barcelona, Paidós, 1994, pág. 28.

⁴⁸Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, México D.F., FCE, 1993, pág. 27.

seguidores, y las personas en general, prefieren un discurso articulado de forma asimilable y bella, pero no descartan el contenido del discurso. Es más, si el discurso contiene elementos míticos que activan el inconsciente de la persona, al llegar a su casa recordará esos elementos. Por lo tanto, el contenido del discurso es tan importante como el continente. José Álvarez Junco habla del cultivo del sistema emocional de los seguidores a través del discurso, para ello «son menos útiles las argumentaciones bien trabadas que los efectos estéticos, las imágenes impresionantes y apelaciones emotivas»⁵⁰. Como se observa en ningún momento Álvarez Junco niega la importancia del contenido del discurso, tan sólo llama la atención sobre el carácter demagógico (continente) de ciertos discursos políticos, sobre todo de los líderes políticos. Pero la emotividad que se desea activar debe realizarse mediante la apelación a símbolos o mitos, como el propio autor expresa poco después: «gracias a los mitos, las emociones dejan de ser oscuras y vagas para objetivarse, al convertirse en relatos sobre hechos y personajes concretos»⁵¹. Por su parte, Rafael del Águila y Ricardo Montoro han destacado que el discurso político no es, primariamente, comunicación, sino medio de dominación y de poder social, porque el discurso «ejerce, expresa, oculta y revela el poder; y hace todo esto en determinados espacios intersubjetivos, en espacios de acción comunicativa que, por lo general no dependen de un acto de voluntad de los participantes en el diálogo»⁵². En parte tienen razón los autores, porque en numerosas ocasiones el discurso político sirve para dominar u ocultar el deseo de poder, mas no debe olvidarse que antes de tener poder, un líder político debe comunicarse con los seguidores potenciales, debe transmitirles la visión; sólo así podrá tener acceso a los medios de dominación políticos. El discurso en sí mismo no es un medio de dominación en principio, aunque sí es cierto que actúa también de esta manera una vez que el líder ha alcanzado su cuota de poder. Sin embargo, son mucho más elocuentes los autores españoles cuando afirman que el lenguaje ideológico es un medio de

⁴⁹Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996, (2 vols.) vol. 1, pp. 111 y 112.

⁵⁰José Álvarez Junco, «Magia, y ética en la retórica política», en *Ibíd.* (ed.), op. cit., pág. 220.

⁵¹*Ibíd.*, pág. 222.

⁵²Rafael del Águila y Ricardo Montoro, *El discurso político de la transición española*, Madrid, CIS, 1984, pág. 16.

legitimación de las acciones del líder, tanto más cuando se apoyan en fuerzas reales y organizadas (partidos políticos)⁵³. Como resumen de lo dicho, nos gustaría recordar la célebre frase de Simón Florín, denotando la importancia de las palabras con contenido simbólico: «*Todo aquél que quiere abandonar las ideas empieza abandonando las palabras*».

2.4.2. *La visión.*

Debemos centrarnos, después de analizar el significado del lenguaje político, en el significado de la visión, aunque ya hayamos apuntado algunas de sus características; pero antes debemos recordar, junto a Serge Moscovici, lo que Kant decía del hombre y el liderazgo: «El hombre es un animal que, desde el momento en que vive entre otros individuos de su especie necesita de un amo... Ahora bien, este amo, a su vez, es igual que él un animal que necesita de un amo»⁵⁴. Y ese amo del amo es, como es conocido por todos, una idea que ha descubierto o que se ha apoderado de él. La visión ha tenido, a lo largo de la historia, un papel fundamental cumpliendo varias funciones. Principalmente, han destacado dos funciones por encima de las demás, la conformación de sistemas de significado y sistemas de orden⁵⁵. En contra de lo que se piensa, ambos sistemas no se encuentran separados entre sí, al contrario representan un sistema mucho más grande, sistema que nosotros llamamos visión. Por esta razón podemos decir que la visión política no es un mero reflejo de otra realidad, «sino que ordena, modela, construye y simplifica el mundo, interpretándolo de manera asequible»⁵⁶. Pero ¿por qué existe esa sensación de procurar orden si lo que, muchas veces, ocurre es lo contrario, la subversión del orden existente?. Incluso, la revolución más extrema necesita especificar el orden que vendrá después e, incluso, el orden necesario para la revolución. Este problema se ha agravado con la llegada de la modernidad. Anteriormente el orden, entendido como distanciamiento

⁵³Ibídem, pp. 14 y 15.

⁵⁴Serge Moscovici, *La era de las multitudes*, México D.F., FCE, 1985, pág. 217.

⁵⁵Joseph Bensman y Michael Givant, «Charisma and modernity: the use and abuse of a concept», *Social Research*, n° 42, (winter) 1975, pág. 585.

⁵⁶José María González García, *Metáforas del poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pág. 20.

entre el tiempo y el espacio —la conexión entre la presencia y la ausencia⁵⁷—, se conseguía a través de sistemas tradicionales y/o religiosos; pero al instalarse la modernidad en nuestras vidas, aquellos códigos de orden perdieron su validez, y fue necesario recurrir a sistemas completamente nuevos. Las visiones o cosmologías de la modernidad proveyeron este sistema de orden acercando el tiempo y el espacio, y haciéndolo comprensible para las mentes humanas. En épocas pre-modernas esta cuestión se dejaba en manos de la providencia o la tradición, la cual marcaba las fases temporales. Por esta razón, se comprende que la definición de la visión, concibiendo situaciones y respuestas frente a la realidad, es una función fundamental de todo liderazgo⁵⁸.

Howard Gardner ha sido el autor que sin duda mejor ha sabido explicar lo que la visión es. Por esta razón, seguiremos su estela argumentativa para comprender mejor el significado de la visión. Gardner prefiere hablar de historias en vez de visiones, tal vez, y es un argumento poderoso, para evitar las calificaciones peyorativas que suelen tener, en ciertos sectores de las ciencias sociales, los líderes visionarios. Fuera del marco de análisis de esta tesis hablar de líderes visionarios se relacionaría con locos fascinados por una idea, inadecuada por supuesto, y fundadores de sectas religiosas con mayor o menor fortuna. Según Howard Gardner, líderes visionarios ha habido pocos, pero los que han existido han tenido una gran repercusión en las vidas de los seres humanos; qué fueron sino Karl Marx, o Jesucristo, o Galileo Galilei. Hecha esta aclaración conceptual proseguimos con el desarrollo. Gardner piensa en las historias como perspectivas dinámicas «no simplemente un titular o una instantánea, sino un drama que se desenvuelve a lo largo del tiempo, en el cual ellos —líder y seguidores— son los principales personajes o héroes»⁵⁹. Y la importancia radica en que, tras las muchas historias que se pueden contar, la más importante, la que permea en la conciencia de los seguidores es aquella que tiene que ver con cuestiones de identidad. Esto nos recuerda lo que decía Hugo von Hofmannstahl: «*La política es magia. Quien sepa extraer fuerzas de lo profundo será seguido*». Las

⁵⁷Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pág. 26.

⁵⁸Robert C. Tucker, «Personality and political leadership», *Political Science Quarterly*, n° 92, (Fall) 1977, pág. 384.

cuestiones identitarias apelan a esa profundidad del ser humano, aunque existan referencias a cosmovisiones o ideologías; al final el líder, sobre todo si es carismático, llamará a la puerta del inconsciente colectivo para dejar que los arquetipos fluyan por la consciencia de los seguidores.

Las historias, por lo tanto, hablan a ambas partes de la mente humana, la racional y la emotiva, ya que las historias apelan «a las emociones de los oyentes al menos con tanta fuerza como a su cálculo»⁶⁰. Dentro de la lógica de la política, la parte racional de la mente humana es activada mediante la presentación de metas a largo, medio y corto plazo, junto a las estrategias necesarias para lograr esas metas⁶¹; sin embargo, las propuestas concretas de acción para ser eficaces, esto es, para lograr que el líder sea reconocido como tal, deben ir aparejadas a imágenes que entusiasmen a los demás, y las imágenes capaces de motivar a los seguidores son las historias de identidad⁶². Por consiguiente, un líder no sólo debe hablar de cálculos políticos, sino también de identidades. Pero, y aquí es donde incide muy directamente la inteligencia del líder, no todas las historias de identidad sirven, porque sino cualquier aspirante a líder podría utilizarlas en su beneficio particular; la historia tiene que tener sentido para los miembros del auditorio (seguidores o potenciales seguidores) en ese momento histórico particular, en función de dónde han estado y adónde quieren ir. Por esta razón, el dominio del sistema simbólico lingüístico es crucial para la mayoría de los líderes políticos. Insistimos en esta cuestión porque numerosos escritores sobre el liderazgo insisten en que las historias se pueden crear de la nada; entre ellos podemos destacar a Fred Fiedler para quien «si una historia está para ser inventada, o una posición del grupo está para ser escrita, es el líder

⁵⁹Howard Gardner, op. cit., pág. 30.

⁶⁰Ibidem, pág. 76.

⁶¹Ronald A. Heifetz, *Liderazgo sin respuestas fáciles*, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 47 y 113; y John P. Kotter, «Lo que de verdad hacen los líderes», en V.V.A.A., *Liderazgo*, Bilbao, Ediciones Deusto, 1999, pág. 43.

⁶²Howard Gardner, op. cit., pág. 69; y Abraham Zaleznik, «Directivos y líderes. ¿Son diferentes?», en V.V.A.A., op. cit., pág. 75.

quien hace la escritura, y puede, por consiguiente, influenciar el producto del grupo»⁶³. Fiedler, siguiendo la estela del funcionalismo, no acierta a percibir con claridad el funcionamiento del liderazgo, por lo que no se puede decir que su apreciación sea completamente acertada. En primer lugar, atribuye el rol de líder antes de que el grupo haya decidido quién debe ser el líder, porque es el líder potencial quien primero narra la historia y obtiene posteriormente el liderazgo; el líder no narra siendo líder, sino aspirando a ser líder —posteriormente se entiende que también—. Y en segundo lugar, no existe invención de una historia, existen reelaboraciones de historias⁶⁴. Todas las visiones tienen un trasfondo histórico, un poso de recuerdo, o una base sobre la que asentarse; gracias a esto, las historias narradas por el líder tienen la capacidad de lograr una identificación y, sólo a partir de aquí, se establecen las metas y objetivos del grupo. Muchos autores del liderazgo no se han dado cuenta de la importancia del pasado, de esa posible identificación del grupo, por eso recurrimos a Cassirer, un filósofo que observó perfectamente que las cosas no surgen porque sí, sino que tienen reminiscencias de lo anterior:

«El conocimiento del pasado es una guía segura; quien ha logrado tener una visión clara de los acontecimientos del pasado, sabrá cómo entendérselas con los problemas del presente y cómo disponer el futuro»⁶⁵.

Por consiguiente, el líder (potencial) que no sepa perfectamente que ha sucedido antes de él, nada podrá hacer, por mucha publicidad que utilice, para convencer a los seguidores.

La historia normalmente no tiene por qué ser constantemente narrada. Para demostrar esto, Howard Gardner nos revela, desde una posición psicológica, que los líderes deben hablar a los seguidores como quien habla a un niño de cinco años. Establece el autor norteamericano una clara distinción entre la mente de un niño de cinco años y un

⁶³Fred E. Fiedler, «The contribution of cognitive resources and behavior to leadership performance», en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, New York, Springer-Verlag, 1986, pág. 111.

⁶⁴Serge Moscovici lo expresa con especial claridad: «La energía que las masas extraen de sus sueños y sus ilusiones, las emplean los líderes para hacer girar la rueda de los Estados, y conducir a las multitudes hacia un fin dictado por la razón». (Op. cit., pág. 55).

⁶⁵Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, pág. 185.

niño de diez. A partir de los diez años, el niño tiene ya una estructura preparada, normalmente, para la aprehensión de datos; es, pues, una mente científica. Sin embargo, la mente del niño de cinco años todavía no está estructurada científicamente y, por lo tanto, se le puede seguir presentando modelos que la estructuren. Una vez que la identificación comienza a consolidarse, el niño ya no necesitará observar cada actuación del modelo y podrá imaginar lo que el modelo haría en cada ocasión y circunstancia. De la misma manera, Howard Gardner cree que el líder al narrar su historia debe enfrentarse al auditorio como si este estuviese formado por mentes de cinco años, de esta manera la permeabilidad y la posible identificación serán mayores. Con el tiempo la identificación con la historia será mayor y los seguidores eficaces ya no necesitarán la presencia habitual del líder al prever las historias de éste⁶⁶. El líder deberá seguir estando presente para aquellos que no han asimilado perfectamente la historia y/o para recordar de vez en cuando la historia; pero la ayuda de estos seguidores eficaces, que en un modelo ideal deberían ser todos los seguidores, servirá para narrar por él las historias. Las historias que cuentan los líderes, empero, no tienen por qué ser unívocas, es más, normalmente son polifónicas con la intención de agradar a personas de diferentes edades, convicciones y refinamiento. Lo que no quiere decir que carezcan de un marco general y unos fines totalmente concretados; al contrario, la historia está centrada en un punto, pero, a fin de lograr que el espectro de los identificados sea mayor, se cuenta de distinta forma. Puede parecer, al cotejar la realidad con el modelo ideal, que cierto tipo de líderes no tengan ese marco explícito de referencia, pero incluso los managers políticos en la práctica acuden a formas lingüísticas que sugieren un acercamiento a ciertas unidades básicas, más o menos amplias. De ahí que muchos managers, cuya única función es mantener el *status quo* —el sistema tal y como está— se autocalifiquen, por ejemplo, de liberales o socialdemócratas. Por lo que estamos describiendo pudiera parecer que los líderes tan sólo narran las historias; bien al contrario, los líderes encarnan las historias que cuentan⁶⁷, porque esto es fundamental para lograr el apoyo de los seguidores. Como decía Sigmund Freud, el líder «deberá hallarse también

⁶⁶Howard Gardner, op. cit., pág. 45.

⁶⁷Ibídem, pág. 25.

fascinado por una intensa fe (en una idea) para poder hacer surgir la fe en la multitud»⁶⁸. En ocasiones los líderes y dirigentes políticos no tienen la oportunidad de precisar cuáles son los deseos de los seguidores o las historias que han narrado no han cristalizado, pero se hace necesario una acción política. En estas ocasiones actúa lo que Carl J. Friedrich⁶⁹ ha llamado la *regla de las reacciones anticipadas*, es decir, los líderes en su acción se guían por una intuición —que realmente es conocimiento escaso—, que les permite acercarse y tener idea de la dirección y las opiniones de los seguidores.

El modelo de Howard Gardner, el propio autor lo reconoce, tiene varios inconvenientes, que no errores. La historia que narra un líder se enfrenta a contrahistorias —en los casos en que la historia narrada obtenga un amplio grado de adhesión— y/u otras historias distintas, por lo que no se puede decir que sólo exista una historia, ni un sólo líder. Por lo tanto, en un proceso dialéctico, se presentan las tesis y las antítesis, solo que en numerosas ocasiones no surge síntesis alguna del enfrentamiento. Otro inconveniente es la posible exclusión producida por la historia del líder; porque las historias en su proceso de identificación, como en todos los procesos identitarios, excluyen a ciertas personas. La problemática, entonces, consistiría en que los excluidos podrían tomar partido por una contrahistoria de manera radical e «irracional», aun estando de acuerdo en lo fundamental con la historia que les han excluido. Como hemos dicho anteriormente, la historia o visión que se narra cuenta en su interior con metas a largo, medio y corto plazo; pues bien, otro inconveniente a tener en cuenta es la posible tensión entre las diversas metas. Por un lado, los seguidores (potenciales o no) pueden no encontrarse cómodos con los cambios bruscos provocados por las acciones a corto plazo, por esta razón necesitan el marco general (o metas a largo plazo) por la sensación de estabilidad que confiere. Por otro lado, ese objetivo a largo plazo puede provocar cierta tensión en los seguidores deseosos de obtener gratificaciones inmediatas en algunos aspectos. La tensión existente entre ambas variables es algo que debe ser manejado con prudencia y habilidad por el líder, tanto porque algunos

⁶⁸Sigmund Freud, *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pág. 19.

⁶⁹Citado en Juan J. Linz, *Michels y su contribución a la sociología política*, México D.F., FCE, 1998, pág. 97.

seguidores, a la hora de votar —no olvidemos que estamos en la democracia liberal representativa— pueden preferir ciertas gratificaciones inmediatas y, por consiguiente, no votar por esa candidatura; como porque las personas que prefieren los objetivos a largo plazo pueden quedar decepcionados si el líder se centra más en las gratificaciones inmediatas. El «verdadero» líder, perdonémos la adjetivación, será aquel que sepa conceder las gratificaciones inmediatas y a largo plazo, difuminando las asperezas que existan entre ambas preferencias. Siguiendo con los problemas del modelo, existe un inconveniente organizativo que afecta a la extensión de la historia del líder. Puede suceder que la visión comience a ser vista como la panacea y «llegue a ser un término forzado»⁷⁰, es decir, que se deifique la visión y propicie, en el seno de la organización, la aparición de luchas dogmáticas. Lo que podría desencadenar, como último inconveniente, un proceso de alienación de los seguidores.

Gracias a la confrontación de los tipos de historias, y cómo son narradas por los líderes, Howard Gardner ha derivado otro modelo tripartito de liderazgo⁷¹. En primer lugar, se encuentra el *líder ordinario*, el más común según el autor, que es aquel que simplemente relata la historia tradicional de su grupo con la mayor eficacia posible. En segundo lugar, el *líder innovador* es quien toma una historia que ha estado latente en la población, o entre ciertos miembros de la población, y presta a dicha historia una atención nueva o un sesgo insólito. Y en tercer lugar, el *líder visionario*, el más raro de todos, que crea en realidad una historia nueva, desconocida hasta entonces para la mayoría de las personas, y consigue al menos una cierta dosis de éxito al transmitir eficazmente esta historia a los demás. El modelo de liderazgo de Gardner no confronta con el que nosotros hemos expuesto, sino, al contrario, lo complementa perfectamente. Así podríamos hablar de líderes innovadores ordinarios, o de líderes revolucionarios visionarios. Queremos terminar este apartado, antes de dar paso al estudio del liderazgo carismático, con una frase de Martin Luther King que resume perfectamente el significado de la visión: «*Tengo un sueño: que nuestros hijos sean juzgados por su carácter y no por el color de su piel*».

⁷⁰ Alan Bryman, *Charisma and leadership in organizations*, London, Sage, 1992, pág. 175.

3.) LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y EL LIDERAZGO.

La importancia actual de los medios de comunicación es por todos conocida y, en referencia al tema que estamos tratando, para los líderes políticos actuales (y pretéritos) es fundamental. John W. Gardner realiza una apreciación que nos parece acertada para comenzar el breve estudio de las relaciones entre los *mass media* y el liderazgo: «Para lograr ser escuchado sobre el barullo del actual foro público, la tarea de explicar requiere generalmente más que claridad y elocuencia, requiere acceso efectivo a los medios de comunicación»⁷¹. Este factor altera drásticamente las potencialidades de una persona para ser líder, quedando la posibilidad de aparición de un líder reducida al marco de las organizaciones políticas o sociales. Si en épocas anteriores a la modernidad, la carencia y/o la escasa potencia de los medios de comunicación impedía la extensión del liderazgo más allá de ciertas fronteras; en la época moderna estas fronteras se han ido ampliando progresivamente hasta instalarse en los límites del Estado —somos bastante escépticos respecto a la globalización como impulsor del liderazgo político más allá de las fronteras citadas—. Dentro del área de la modernidad, la utilización de los medios de comunicación de manera partidista ha sido de tal magnitud que se podría escribir un manual sobre ello. Han sido utilizados por los regímenes totalitarios para difundir su doctrina y para acallar a los discrepantes, y, por supuesto, han servido para entronizar a ciertas personas —recuérdese el papel que tuvo Goebbels en la imagen de Hitler—. En un principio, los medios de comunicación se limitaban a los periódicos y revistas, y cada partido y organización contaba con el suyo propio con el fin de comunicarse con sus seguidores potenciales y reales. Con la aparición de la radio y su difusión entre los distintos hogares, los periódicos comenzaron a perder el peso específico que habían tenido, y los políticos comenzaron a reducir sus apariciones públicas en favor de la difusión hertziana. No hacía falta estar un día sí y otro también en distintos lugares, bastaba con conseguir que las palabras fuesen enviadas por medio radiofónico. Los partidos y líderes de la clase

⁷¹Howard Gardner, op. cit., pág. 25 y ss.

⁷²John W. Gardner, op. cit., pág. 34.

trabajadora, al no poder acceder a los medios por estar controlados por sus contrincantes políticos, siguieron potenciando la transmisión periodística, basta recordar periódicos como *El Socialista* o *Mundo Obrero*. Con el acceso, poco a poco, al poder de este tipo de partidos comenzaron a crearse, y no vean en ello un proceso de causa-efecto, los medios de comunicación públicos, y los partidos obreros comenzaron a tener su acceso a la radio. Pero la mayor transformación que, a este respecto, se ha producido y ha sido determinante para, al menos, la política, fue la aparición de la televisión. Desde ese momento se podía ver y oír al líder sin necesidad de salir de casa y, además, cambió radicalmente la forma de hacer política. Al poder ver al líder se transmiten sensaciones que hasta el momento tan sólo se podían intuir; la presencia del líder es mucho más penetrante que cuando sólo se podía escuchar —lo fundamental, al fin y al cabo— y/o leer. Con el transcurso del tiempo, la imbricación de los medios de comunicación se potenció mucho, llegándose en la actualidad a una verdadera dependencia de los medios en términos políticos y sociales.

Ramón Cotarelo ha sido explícito y contundente al afirmar que «la “construcción social de la realidad” se produce hoy básicamente en el ámbito de los medios»⁷³. A este contexto nos vamos a referir en nuestro estudio. Este desarrollo de los medios de comunicación ha provocado que el pensador francés Bernard Manin⁷⁴ haya caracterizado la democracia de nuestros días como *democracia de audiencia*. Por lo que respecta a nuestro caso de estudio, Manin advierte que los candidatos que actualmente logran mejor calificación entre los electores, no son los antiguos notables locales, ni los presentes miembros de los partidos obreros, al contrario, son los *personajes mediáticos*, esto es, «personas que tienen un mejor dominio de las técnicas de la comunicación mediática que otras»⁷⁵. Por esta razón no es extraño ver a numerosos asesores de imagen alrededor de los líderes políticos. Estamos bajo el imperio de la imagen, a los candidatos se los elige por su propia imagen y por la de su partido, pero la verdadera característica de este nuevo tipo de democracia es que los parlamentos han dejado de ser los foros de

⁷³Ramón Cotarelo, *El alarido ronco del ganador*, Barcelona, Grijalbo, 1996, pág. 13.

⁷⁴Bernard Manin, *Los principios de gobierno representativo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

⁷⁵Ibídem, pág. 269.

discusión pública⁷⁶. Ahora se discute en los medios de comunicación, mejor dicho, salvo raras excepciones, los políticos no discuten en los medios de comunicación, excepto en épocas electorales. Durante el resto del tiempo quienes discuten son los *tuttologos*⁷⁷ y los *doxósofos*⁷⁸, dejando para los políticos los famosos tres minutos en el telediario. La prensa escrita, frente a la inmediatez de la televisión, se ha visto obligada a realizar un periodismo mucho más editorialista y de investigación del que se hacía tiempo ha. Como se observa, la televisión es el medio predominante en la actualidad, aunque la radio tiene gran importancia en el ámbito de los debates, y tal es su preponderancia que un politólogo como Giovanni Sartori nos ha advertido de las consecuencias que tiene para la democracia, aun sabiendo que la política contemporánea depende del poder de la imagen, llegando a hablar de video-política. Por un lado, cree Sartori que la televisión condiciona enormemente el proceso electoral, «ya sea en la elección de los candidatos, bien en su modo de plantear la batalla electoral, o en la forma de ayudar a vencer al vencedor»⁷⁹. Y, por otro lado, la televisión condiciona, o puede condicionar, fuertemente al gobierno, o lo que es lo mismo, condiciona «las decisiones del gobierno: lo que un gobierno puede y no puede hacer, o decidir lo que va a hacer»⁸⁰. Se comprende por lo expuesto que, toda nuestra elaboración teórica, se ve profundamente afectada, o mejor dicho, limitada por los medios de comunicación en la actualidad. Tal vez esta sea una de las razones por las que, actualmente, se estime que los líderes políticos no impactan como hace años; nosotros creemos que estas constricciones disminuyen la presencia de líderes políticos.

Afirma Ramón Cotarelo que los medios de comunicación «objetivos y libres son, seguramente, el mecanismo más importante de legitimación del Estado democrático»⁸¹. Sin lugar a dudas, los medios de comunicación libres legitiman el sistema

⁷⁶Ibídem, pág. 282.

⁷⁷Son aquellas personas que están siempre disponibles y dispuestos para participar, aceptando hablar de todo (también conocidos por *panelists*). Pierre Bourdieu, *Contrafuegos*, Barcelona, Anagrama, 1999, pág. 97.

⁷⁸«Técnico de la opinión que se cree sabio». Ibídem, pág. 20.

⁷⁹Giovanni Sartori, *Homo Videns*, Madrid, Taurus, 1998, pág. 66.

⁸⁰Ibídem, pág. 67.

⁸¹Ramón Cotarelo, *Los partidos políticos*, Madrid, Editorial Sistema, 1996, pág. 94.

democrático liberal, pero no aprecia el pensador español que ese valor democrático de los medios de comunicación, y más concretamente la televisión, se ha ido convirtiendo poco a poco en un engaño como dice Sartori. Es más, prosigue Sartori citando a Ionescu, «el hecho de que la información y la educación política estén en manos de la televisión (...) representa serios problemas para la democracia. En lugar de disfrutar de una democracia *directa*, el *demos* está *dirigido* por los medios de comunicación»⁸². Esta tesis, similar en algunos puntos a la de Bernard Manin, supone un enorme límite al liderazgo —en este caso casi cabría hablar de liderazgo potencial—. Si los medios de comunicación, especialmente la televisión, decide negar la aparición a una persona (potencialmente líder) es muy complicado que pueda conseguir los apoyos suficientes para ser un líder político. Además, también quiebra la propia vida interna de los partidos políticos, lugar natural para la aparición de los líderes políticos actuales, pues la coalición dominante apoyará a aquellas *personas mediáticamente óptimas*. Con esto no queremos decir que el líder no sea una fuente de poder mediático, que lo es, sino que se purgarán ciertos contenidos que pudiesen distorsionar la posición ideológica predominante del partido.

Entre los críticos de este papel predominante de los medios de comunicación, destaca desde una perspectiva marxista, Ralph Miliband. Partiendo de una crítica a la democracia capitalista, como *contradictio in terminis*, el pensador británico apunta como una de las consecuencias de la propia contradicción «el uso manipulador y fraudulento de los medios de comunicación como un medio de defender el orden social»⁸³. Actualmente, no existe posibilidad de propugnar alternativas al orden social establecido, el orden capitalista, porque se está difundiendo, con la colaboración de los medios de comunicación, una ideología que niega al resto de ideologías —el «fin de la historia» de Francis Fukuyama⁸⁴ es al fin y al cabo otra ideología en sí misma—, y que un autor como Jean-François Kahn —que es director de una revista política francesa *L'Evenement du*

⁸²Ghita Ionescu, «The impact of the information revolution on parliamentary sovereignties», *Government and Opposition*, (Spring), 1993, pág. 234, citado en Giovanni Sartori, op. cit., pp. 129 y 130.

⁸³Ralph Miliband, *Socialismo para una época de escepticismo*, Madrid, Editorial Sistema, 1997, pág. 52.

Jeudi— haya calificado, con enorme éxito, a esta nueva ideología como *El Pensamiento Único*. En su libro *La pensée unique*, denuncia Jean-Françoise Kahn que:

«Una especie de politburó oculto, nacido de un mismo clan, estratégicamente repartido por la derecha y por la izquierda, enchufado en directo al aire de los tiempos, sociológica y culturalmente homogéneo, fabrica el pensamiento dominante y preside su difusión, habiendo así establecido un *círculo de la razón*, una especie de dictablanda que excluye cualquier veleidad de contradicción y que señala con el dedo al insensato que pensase diferente»⁸⁵.

Esto es lo que dicen ciertos autores, aunque cabría señalar que sí se transmiten a través de los medios ideas contrarias al sistema, pero con el soporte de imágenes violentas para provocar ciertas reacciones negativas entre la población. Es lo que opinaba Miliband cuando, al hablar de los directores de los medios de comunicación, expresaba que «los puntos de vista que los directores de los principales medios de comunicación encuentran profundamente detestables tendrán que recorrer un camino lleno de obstáculos, que algunos superan, en condiciones más o menos duras, y otros no»⁸⁶. Los ataques anti-sistema pasaran el filtro mediático, pero apareciendo de forma distinta a como realmente se pretendía. Todo esta problemática tendría como consecuencia, en palabras de Miliband, la posesión del poder (económico, social y político) en manos de una minoría, por lo que se puede justificar «la descripción de las democracias capitalistas como oligarquías moderadas por formas democráticas»⁸⁷.

Retomando el camino de nuestro estudio, Georges Balandier ha estudiado perfectamente cómo lo mediático afecta a la política de todos los días, provocando cierta teatralidad política. Antes de la irrupción, mejor dicho de la fuerte irrupción, de los medios de comunicación, los teóricos de las élites pensaban que la élite podía marcar el tono de la sociedad mediante una ideología legitimadora que se transmitía a través «de los planes de

⁸⁴Vid. Francis Fukuyama, *The end of History and the last man*, London, Hamish Hamilton, 1992.

⁸⁵Citado en Jorge Verstrynge, «Votos que muerden», *El Viejo Topo*, n° 99, 1996, pág. 39.

⁸⁶Ralph Miliband, op. cit., pág. 49.

⁸⁷Ibídem, pág. 119.

estudio educativos, de la elaboración de las leyes, la manipulación de los símbolos nacionales y la canalización del descontento hacia políticas inicuas»⁸⁸. Es decir, mediante el control del poder político se podía marcar el tono de la sociedad. En la actualidad, la élite ya no se apoya en el aparato del Estado, o no se apoya totalmente, porque ahora es la comunicación la que genera las relaciones, el orden y el «sentido de la vida». La comunicación ya no está subordinada, «sino que domina, y cuenta con los medios para ello»⁸⁹. A su vez, la comunicación, vía *mass media*, obtiene ventajas por la difuminación de las cosmovisiones que dotaban al hombre de referencias transcendentales y, sobre todo, por la transformación de la política en una competencia por la competencia; en este punto la comunicación ocupa el lugar que ocupaban las cosmovisiones. Ralph Miliband, en vista de lo que ha acontecido, presentó una definición de la élite de poder como aquellas personas que «poseen o controlan “las alturas estratégicas” de la economía, que controlan el aparato estatal central y *que poseen y controlan los principales medios de comunicación que están en el sector privado o controlan aquellos medios de comunicación que están en el sector público*»⁹⁰. Esta sería la vanguardia de la clase dominante.

Frente a lo que pensaban Peter L. Berger y Thomas Luckmann sobre la construcción social de la realidad⁹¹, ahora son los medios de comunicación los que acaparan lo imaginario, producen lo real y su subjetivismo, «[la prensa] engendra sociologías cambiantes, forma e impone las figuras detentadoras de poder o las obliga a depender de ella»⁹²; la realidad —como cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición⁹³, es decir, que no podemos hacerlos desaparecer— se ha transformado de tal manera que la comprensión de un fenómeno no es asimilado hasta que pasa por el tamiz de los medios de comunicación —la

⁸⁸R. E. Dowse y J. A. Hughes, op. cit., pág. 192.

⁸⁹Georges Balandier, op. cit., pág. 151.

⁹⁰Ralph Miliband, op. cit., pág. 32. (La cursiva es nuestra para destacar la importancia que dota el autor a los medios de comunicación como base de la vanguardia de la clase dominante).

⁹¹Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1999.

⁹²Georges Balandier, op. cit., pág. 152.

⁹³P. L. Berger y T. Luckmann, op. cit., pág. 13.

famosa frase: *si no sale es que no existe*—. La explicación puede resultar exagerada porque diversas conductas, o pautas de comportamiento, todavía son transmitidas por procedimientos «tradicionales», pero la institucionalización social se ve profundamente afectada. Lo que no significa que nos acerquemos al *Gran Hermano electrónico* de Nicholas Negroponte⁹⁴, aunque —perdónennos el juicio de valor— se asemeja bastante al Gran Hermano orwelliano. La explicación de Balandier, empero, tiene consecuencias para nuestro estudio, consecuencias que debemos analizar. Si bien antes debemos exponer el marco general en el que se mueve Georges Balandier:

«Lo que alimenta el escepticismo o la desconfianza del ciudadano aparece hoy mejor estudiado: la inflación de informaciones (que no facilita la selección, ni tampoco permite adoptar una distancia que haga posible la reflexión), de palabras (más cargadas de ruido que de sentido) y de imágenes (reducidas a la condición de ilustraciones de las que lo que importa en primer término es su capacidad de generar emociones); la “teatrocracia”, desnaturalizada por las extralimitaciones en el tratamiento espectacular de lo político, han perdido su capacidad de transfigurar las acciones del poder, de engendrar el consentimiento y la solidaridad; la desideologización, que progresa al mismo tiempo que la comunicación y los medios de masas extienden su influencia, que favorece la aparición de una especie de consenso por defecto, que lo aplasta todo y desvitaliza la democracia al volver anémico el enfrentamiento y el contraste de ideas»⁹⁵.

La inflación de informaciones, evidentemente, perjudica al líder político porque su historia no sólo ha de competir con las historias y contrahistorias de los demás líderes políticos, sino que también debe competir con las historias de todos los *doxósofos* de los medios de comunicación. Además, la inflación provoca que las personas se vean envueltas en un batiburrillo de palabras, muchas veces, incoherente, el cual «embota, si no destruye, la capacidad crítica del auditorio»⁹⁶. La falta de crítica en las personas, tanto más cuanto la opinión pública se encuentra sobrecargada, provoca que la visión del líder pierda

⁹⁴Nicholas Negroponte, *El mundo digital*, Barcelona, Ediciones B, 1995.

⁹⁵Georges Balandier, op. cit., pág. 176.

⁹⁶Ramón Cotarelo, *Los partidos políticos*, pág. 111.

efectividad, ya que las apelaciones a mitos y/o cosmovisiones llegaran con numerosas interferencias. Sin embargo, creemos que el líder carismático, por su parte, podría superar, no sin dificultad, estas barreras sónicas pues, ya lo dijimos, la época de «extrema» crisis en que surgen estos líderes actúa de catalizador de los mensajes. La teatocracia sí tiene consecuencias para el marco general del liderazgo porque fomenta la aparición de los managers políticos, mucho más de lo que acontecía en el pasado. Como lo mediático anula, en parte, lo político, acaba entregándose la política en «manos de “especialistas” a quienes se encarga la solución técnica de los problemas»⁹⁷. Toda esta vedettización de la política, o del poder como dice Schwartzenger, oculta en el inconsciente de las personas esas claves que le permitían al líder activar los compromisos o la adhesión. La tesis de Schwartzenger es que el poder ya no se halla asociado a esa figura lejana, perfilada por el mito inicial, lo imaginado colectivo y la tradición, sino por una cuidadosa elaboración que otorga a los responsables presencia, que no carisma, y celebridad, haciendo de ellos personajes capaces de atraer hacia sí la más amplia adhesión⁹⁸. En cierta manera, la tesis de Schwartzenger es cierta por cuanto los medios de comunicación prefiguran el perfil del posible líder político, más cercano a la celebridad, al famoso, que a la concepción clásica del hombre de Estado. Pero no deja de ser menos cierto que los arquetipos, antes reservados para los políticos, siguen presentes en las vidas de las personas —el héroe antiguo es el deportista actual; el líder carismático es un cantante de «moda»; las luchas míticas con el extranjero se han transformado en partidos de fútbol internacional, etc.—. La consecuencia de todo esto es que, como al hombre no se le puede privar de sus recuerdos pretéritos, hay un margen para la aparición de los líderes políticos. Tan sólo habrá que esperar a que se produzca una crisis o se eleve el estrés del sistema para que retorne el líder. Actualmente, porque todas estas consecuencias de las que estamos hablando son básicamente contemporáneas, en una época de equilibrio sistémico lo normal, visto el esquema propuesto, es que la vida política esté dominada por los managers

⁹⁷Georges Balandier, op. cit., pág. 13.

⁹⁸Roger-Gérard Schwartzenger, *L'Etat spectacle*, Paris, Flammarion, 1977.

y los ajustadores, al menos en el contexto occidental. Sin embargo, será bueno que se tengan en cuenta los límites a la acción del líder que hemos descrito.

CAPÍTULO 5º: EL LIDERAZGO CARISMÁTICO.

«Los grandes hombres, como las grandes épocas, son material explosivo donde se ha acumulado una tremenda energía».

Friedrich Nietzsche

1.) CARISMA Y DOMINACIÓN CARISMÁTICA.

1.1. El concepto de carisma.

Desde que Max Weber introdujese el término en sus estudios, posiblemente el concepto de carisma y, consiguientemente, el concepto de líder carismático ha despertado entre los investigadores de distintas generaciones —principalmente la generación que dedicó sus esfuerzos investigadores después de la Segunda Guerra Mundial— la curiosidad por el fenómeno, siendo éste el de mayor bibliografía dentro del estudio del liderazgo. La importancia cuantitativa de los estudios sobre el liderazgo carismático no es la razón de proponer un capítulo propio para su análisis. Las razones por las cuales creemos que es necesario establecer una diferenciación son cualitativas y pueden resumirse principalmente en dos: en primer lugar, porque, reiteramos, el liderazgo carismático es transversal respecto al estudio del liderazgo político, o lo que es lo mismo, independientemente de la conceptualización del líder en referencia a su comportamiento dentro del sistema, se puede catalogar también de líder carismático a la mayoría de ellos, principalmente a los llamados grandes líderes; y, en segundo lugar, otra motivación para dedicar un capítulo propio es lo atípico del fenómeno en sí, ya que han sido pocos los líderes así catalogados, en comparación con todos los líderes que han sido a lo largo de la historia. Una vez hecha esta especificación metodológica debemos comenzar el estudio del liderazgo carismático.

Un estudio del liderazgo carismático, que tenga pretensiones de rigurosidad, no puede olvidar, como han hecho numerosos investigadores, los orígenes del término *carisma* que es el que define al fenómeno. Una de las primeras manifestaciones del significado del término —no podemos hablar de conceptualización porque esto es propio del estudio científico y no del mundo religioso— la podemos encontrar en el libro de libros, la *Biblia*, concretamente en las epístolas de san Pablo donde se cataloga al carisma como un don divino. Así en su carta a los Romanos comienza presentándose a ellos de la manera siguiente: «Pablo, servidor del Mesías Jesús, apóstol por *llamamiento divino*, escogido para anunciar la buena noticia de Dios...»¹. Se produce, por consiguiente, una primera advertencia de su posición, pero con el transcurso de los versículos, el propio santo recordará de dónde proviene su autoridad: «Además, *en virtud del don que he recibido*, aviso a cada uno de vosotros, sea quien sea, que no se tenga en más de lo que hay que tenerse, sino que se tenga en lo que debe tenerse, según el cupo de fe que Dios haya repartido a cada uno»². Por consiguiente, se puede deducir de las palabras del santo cristiano que el «carisma» es un don divino. Esta concepción bíblica persistirá dentro de la propia tradición cristiana —obvia decir que nuestro análisis puede ser trasladado a otras religiones—, pero con una peculiaridad: se produce una dualización del don divino en la época del Sacro Imperio Romano. Ahora, no sólo tendrá ese don divino el hombre de dios en la Tierra, el pontífice, sino que el propio emperador está impregnado de tal don. Como recoge Javier Arce, «el Emperador es el único que lleva la vestimenta púrpura que señala su autoridad. Él es el único que posee esta autoridad porque siempre está rezando a Dios y deseando alcanzar su reino. El origen de la *auctoritas*, no es ya el prestigio sobre los demás, la *virtus* en el ejército, o la moderación, sino la plegaria y la comunicación con

¹San Pablo, *Romanos*. 1. (La cursiva es nuestra).

²Ibídem, 12 (la cursiva es nuestra). En su carta a los Corintios, San Pablo justificará la estructura jerárquica de la comunidad cristiana recurriendo a palabras similares a las expuestas. «En la comunidad, Dios ha establecido a algunos, en primer lugar, como apóstoles; en segundo lugar, como profetas; en tercer lugar, como maestros; luego hay milagros, luego dones de curar, asistencias, funciones directivas, diferentes lenguas». *Corintios*. I. 12.

Dios»³. Esta situación permaneció inalterable hasta que, principal que no únicamente, Max Weber decidió introducir el término en el contexto social y político. Para el pensador alemán el carisma debía entenderse como:

«La cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas —o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro—, o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder»⁴.

Dos cuestiones merecen la pena ser destacas de la definición de Max Weber. Por un lado, el carisma, como cualidad extraordinaria, tiene su fundamento en aspectos mágicos, que no específicamente religiosos, es decir, cabe la posibilidad de que exista carisma sin provenir de la religión. Entonces ¿dónde se encuentran las fuentes del carisma si no en la «religión»? En los mitos. Ya aventuramos en un capítulo anterior que los mitos, los cuales no tienen por qué ser todos religiosos —o al menos no tienen por qué ser percibidos como religiosos—, eran el fundamento de la atracción que sentían los seguidores por los líderes, como una rememoración de mitos sociales que están insertados en las estructuras mentales de los seres humanos. De ahí que el carisma pueda provenir tanto de la religión (también mito) como de ese sustrato interior de la sociedad. Y, por otro lado, destaca Weber, ya lo dijimos, lo atípico e infrecuente del fenómeno carismático.

Pero no sería solamente el pensador alemán quien hablase y conceptualizase sobre el carisma, otros coetáneos suyos también hablaron, con mayor o menor profundidad, del fenómeno carismático. Uno de esos autores, y el más brillante sin duda, es Gustave Le Bon para quien el carisma constituye:

³Javier Arce, «Roma» en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política* 1. Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 210.

⁴Max Weber, *Economía y sociedad*, México D.F., FCE, 1993, pág. 193.

«Una facultad independiente de todo título, de toda autoridad. Las escasas personas que la poseen ejercen una fascinación verdaderamente magnética sobre quienes les rodean, incluyendo a sus iguales, y son obedecidos como la bestia feroz obedece a su domador, el cual podría ser devorado»⁵.

Se puede apreciar que Le Bon coincide con Max Weber en lo extraordinario del fenómeno carismático, pero se diferencia del autor alemán en dos cuestiones: en primer lugar, en la concreción del magnetismo o atracción de la persona dotada de ese don peculiar; y, en segundo lugar, en la separación que efectúa Le Bon de los mecanismos de dominación con respecto a la posesión del carisma, porque la cualidad extraordinaria se posee independientemente de la posición que se ocupe en una jerarquía dada. Se sitúa Le Bon en la primera fase del fenómeno carismático, en el momento de su aparición, no en el posterior de rutinización del carisma, el cual estaba incluido en la definición de Max Weber. Obviamente la diferente, aunque similar, posición del autor francés se entiende por el encuadramiento de su estudio en la época de la aparición de las masas; mientras que el sociólogo alemán realiza una descripción histórica tanto moderna como pre-moderna, adjudicando el carisma a posiciones jerárquicas. Le Bon aventura con su definición la presentación en la arena política y social de personas, líderes carismáticos, provenientes de lo más profundo de la sociedad, no de las estructuras tradicionales, es decir, fuera de los márgenes de la rutinización carismática. Después de estas dos definiciones del carisma, los diversos autores que han tratado el tema han seguido con el mismo tono retórico para definir el concepto, sin postular una definición total o parcialmente distinta de las proposiciones complementarias de Max Weber o Gustave Le Bon. Como muestra ofrecemos la definición de carisma que propuso en su momento A. Etzioni, para quien la autoridad carismática es una forma de poder normativo que, en último término, descansa en la «capacidad de un actor para ejercer una influencia difusa e intensa sobre las orientaciones normativas de otros actores»⁶. Es decir, para Etzioni el carisma es solamente

⁵Gustave Le Bon, *Psychologie des foules*, Paris, PUF, 1998, pág. 78.

⁶A. Etzioni, *A comparative analysis of complex organisations*, New York, The Free Press, 1961, pág. 203, citado en Robert E. Dowse y John A. Hughes, *Sociología Política*, Madrid Alianza Editorial, 1993, pág. 120.

influencia normativa, despojando al concepto de cualquier rasgo mítico o religioso. Sin embargo, no comprende Etzioni el fenómeno carismático al pensar que el carisma no tiene esos componentes, seguramente porque su pensamiento opera desde posiciones totalmente coyunturales, las cuales demuestran una determinación dialéctica entre el carisma prototípicamente religioso y el carisma social, más propio de épocas posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

1.2. *Críticas al concepto de carisma y su aplicación a la política.*

Admitiendo como válidas para el estudio las definiciones primeras, aún persisten ciertas dudas relativas al fenómeno carismático porque realmente ¿cómo surge el carisma?, ¿cuáles son sus elementos, si los tiene?, y, sobre todo, ¿es posible la aplicación del carisma a la política como propuso Max Weber?. Comenzando por esta última pregunta, podemos decir que han sido varios los autores que han criticado a Max Weber la incorporación del término al estudio sociopolítico. Entre los primeros autores que expresaron su rechazo a la idea de la inclusión del carisma en el orden político y social, encontramos a Rudolph Sohm para quien el carisma se refiere a la forma de organización cristiana, dentro de la cual aquellas personas que son «llamadas» a asumir el liderazgo de la comunidad aceptan el reto en virtud de la evidencia del *carismata* o dones de la gracia concedidos, como observamos en las manifestaciones de San Pablo, directamente por Dios⁷. Por lo tanto, fuera del contexto comunitario religioso del cristianismo, en este caso, no cabría la posibilidad de aplicar el carisma a líder político alguno, el cual carecería, políticamente hablando, de un dios propio y diferenciado del resto de los líderes políticos, excepción hecha de los sistemas político religiosos. Sin embargo, las críticas que mayor repercusión y debate han despertado se deben a dos autores: Karl Loewestein y Carl J. Friedrich⁸.

⁷En Alan Bryman, *Charisma and leadership in organizations*, London, Sage, 1992, pág. 30 y ss.

⁸Además de estos dos autores otros críticos del uso del carisma en el contexto político actual son: Joseph Bensman y Michael Givant, «Charisma and modernity: the use and abuse of a concept», *Social Research*, n° 42, (winter) 1975; K. J. Ratnam «Charisma and political leadership», *Political Studies*, n° 12, (Oct) 1964; y Arthur Schlesinger Jr., «On heroic leadership», *Encounter*, n° 15 (Dec) 1980.

Según Loewestein el carisma procede del contexto religioso y, además, corresponde a un *mundo pre-cartesiano*, el cual ha sido superado en su totalidad por una nueva forma social: el mundo moderno racional, industrial y burocrático. Por lo tanto, el carisma no puede surgir en este tipo de sociedades, quedando reducido el ámbito de actuación del fenómeno carismático a sociedades donde la *ambivalencia mágico religiosa* está presente, es decir, el contexto quedaría reducido a partes de África y Asia⁹. Siguiendo una pauta de análisis similar a la de Karl Loewestein, Carl J. Friedrich manifiesta que el carisma, como poder, se origina en creencias que comparten el líder y los seguidores, y que «el líder está investido con el favor divino o gracia y, por consiguiente, presupone una convicción religiosa de que allí existe un ser divino que puede dispensar tal favor o gracia»¹⁰. Si el carisma y el fenómeno carismático se reducen a la situación expuesta, la noción de un *dios-hombre* o de un ser humano dotado con poderes divinos o supernaturales —afirma Friedrich apoyándose en las palabras escritas por Sir James Frazer en *The Golden Bough* (1900)—, tan sólo puede pertenecer a un período de la historia donde los dioses y los hombres serían miembros del mismo orden existencial. Por lo tanto, el carisma no puede ser analizado dentro del contexto moderno. Para Friedrich se puede concluir, pues, el tema del carisma en la época moderna diciendo que «el carisma es sólo un aspecto del poder, del liderazgo y de la norma [el cual] sirve para diferenciar el liderazgo político del religioso que es su propia y específica área de operación»¹¹, y cualquier intento de imputar el carisma a un dirigente, usualmente, esconde pretensiones absolutistas. Estas reacciones contra la utilización del carisma dentro de los parámetros de la ciencia política o de la sociología política son comprensibles en tanto en cuanto la historia ha demostrado, según estos y otros autores, que la mayoría de los líderes carismáticos, sobre todo los del siglo XX, han traído consigo catástrofes humanas considerables. Pero de ahí a negar el

⁹Karl Loewestein, *Max Weber's political ideas in the perspective of our time*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1966, Pp. 79-88.

¹⁰Carl J. Friedrich, «Political leadership and the problem of the charismatic power», *The Journal of Politics*, nº 1-23, (Feb.) 1961, pp. 16 y 17 (Un autor que piensa de la misma forma que Loewestein y Friedrich es Alan Bryman quien está convencido de que el carisma actual es falso carisma, como se puede comprobar en su op. cit., pág. 31).

¹¹Ibidem, pág. 23.

fenómeno carismático dentro de la política supone negar un hecho objetivo y, por lo tanto, corroborable científicamente. Por esta razón, y siguiendo a Robert C. Tucker, creemos que Max Weber acertó plenamente al «sacar esta categoría del mundo de la religión y aplicarla a la vida política»¹², entre otras razones, por el gran aporte científico que supone para el estudio del liderazgo político y por la neutralidad del término que aportó el sociólogo alemán.

Indudablemente en sus orígenes el carisma era un concepto teológico (don de la gracia de Dios), pero en la actualidad el carisma podría ser concebido como «cualquier cualidad de una persona que es reconocida como sobrenatural, sobrehumana, o al menos específicamente excepcional (*ausseralltöglich*) e inaccesible a las personas ordinarias»¹³. Dicho de otra forma, el carisma en la actualidad se lo atribuimos a personas que demuestran cualidades no generalizadas y escasas —en consonancia con la lógica del sistema capitalista de otorgar mayor valor a los bienes escasos—, pero que no tienen, generalmente, su fuente en dones sacros, que no es lo mismo que decir míticos. Pero no sólo en la actualidad realizamos esta atribución, en tiempos anteriores al nuestro el carisma podía ser entendido de la misma forma, es decir, ajeno al mundo de las divinidades. Como dice Edward Shils, el propio Max Weber «usó el término para referirse a extraordinarias individualidades, por ejemplo, poderoso ascendiente, persistente, efectivamente personalidades que se imponían sobre su ambiente por su excepcional coraje, decisividad, autoconfianza, fluidez, visión, energía, etc., y quienes no necesariamente creían que ellos estaban trabajando bajo influencia divina»¹⁴. Evidentemente, el liderazgo carismático en nuestra época no será igual que en la época del autor alemán, pero no cabe la menor duda de que, actualmente, en los sistemas políticos occidentales (o de carácter occidental) se puede hablar del carisma, no tanto como inspirador de un sistema sino como el proceso

¹²Robert C. Tucker, «La teoría del liderazgo carismático» en Dankwart A. Rustow (ed.), *Filósofos y estadistas*, Madrid, FCE, 1976, pág. 97.

¹³Martin Rainer Lepsius, «Charismatic leadership: Max Weber's model and its applicability to the rule of Hitler» en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, New York, Springer-Verlag, 1986, pág. 53.

relacional entre el líder y los seguidores donde el líder tiene un don especial para la comunicación no racional, inspiracional, y la respuesta de los seguidores está caracterizada por una reverencia y una dependencia emocional. Por consiguiente, si el carisma es aplicable al contexto político —incluyendo el contexto político actual—, estamos ya en condiciones responder a las dudas que teníamos al comienzo del estudio particular del fenómeno carismático.

1.3. *La dominación carismática.*

Conviene recordar la conceptualización de la dominación carismática que nos ofrecía Max Weber en *Economía y Sociedad* antes de entrar profundamente en el análisis. Para él la autoridad carismática «descansa en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y las ordenaciones por ella creadas o reveladas (llamada)»¹⁵. Se desprende de la definición un hecho sumamente importante para la comprensión del liderazgo carismático, hecho que no todos los autores del liderazgo han entendido¹⁶, la especial relación líder/seguidores. Hasta el momento habíamos estudiado la relación del líder con respecto al sistema político, concretamente respecto al cambio o mantenimiento del sistema y/o sus partes, pero la particularidad del liderazgo carismático es la intensa relación entre el líder y los seguidores, más que la relación entre el líder y el sistema, o el líder no carismático y los seguidores. De ahí que el liderazgo carismático sea

¹⁴Edward Shils, «Charisma, order and status», *American Sociological Review*, nº 30, (April) 1965, pág. 200.

¹⁵Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 172.

¹⁶Para Jean Blondel, por significar a un estudioso del fenómeno, el error de Max Weber fue no observar que la relación líder/seguidores «es distintivo de otro tipo de líderes, los cuales Weber no considera, y los cuales están más extendidos ahora —en efecto, probablemente juegan un papel en casi todos los países en casi todos los tiempos— y está relacionado con un rol más amplio del policy-making el cual Weber no analizó» (*Political leadership*, London, Sage, 1987, pág. 61). La apreciación crítica de Jean Blondel es parcial por dos motivos principales: en primer lugar, porque el estudio de Weber versaba sobre formas de dominación, y en todo sistema de dominación hay dominadores y dominados, por lo tanto, líderes y seguidores, independientemente de la existencia del carisma; y, en segundo lugar, porque Blondel no ha captado la transversalidad de la autoridad carismática, como sí observó Max Weber en *Economía y Sociedad*. Por consiguiente, siendo verdad que la relación líder/seguidores es propia de todo tipo de liderazgo, algo obvio por otro lado, la relación entre el líder carismático y los seguidores es radicalmente distinta de las demás, poseyendo la capacidad, que los otros no tienen, de afectar al sistema de dominación mismo.

un liderazgo transversal o de aplicabilidad múltiple. Pues bien, si antes definíamos al líder con relación a la visión y las pretensiones sobre el sistema, en el liderazgo carismático la adjetivación del líder la realizan los seguidores, no las palabras y/o los hechos políticos. Es una percepción personal, no sistémica. El líder carismático se califica de tal manera no porque el propio líder lo diga —podría presentarse como el llamado a salvar a la patria—, como sucede en el liderazgo consuetudinario, sino porque así lo creen los seguidores. Entonces podemos decir que el carisma del líder «puede ser encontrado no tanto en la personalidad del líder como en las percepciones de la gente que él lidera»¹⁷. El liderazgo carismático es, ya lo dijimos, una cuestión de percepción de los seguidores, o como dijo Max Weber «sobre la validez del carisma decide el reconocimiento —nacido de la entrega a la revelación, de la reverencia por el héroe, de la confianza en el jefe— por parte de los dominados; reconocimiento que se mantiene por “corroboración” de las supuestas cualidades carismáticas»¹⁸. Se dirá, entonces, que el carisma es una relación fusionadora del yo interior del líder y el yo de cada uno de los seguidores y, por consiguiente, se tenderá a establecer un proceso de *comunización* de carácter emotivo¹⁹. Pero, ¿por qué se constituye esta comunidad emocional carismática?. Dos son las razones fundamentales que prefiguran el carácter emotivo de la relación carismática entre el líder y los seguidores: la personificación y el simbolismo.

Una de las características del fenómeno carismático es la personificación, la identificación emocional con el líder. Una identificación que se formaliza mediante un proceso simbiótico donde el seguidor encuentra su plena realización personal al trabajar para la persona del líder, «ofreciéndole una entrega personal confiada y no para el programa abstracto de un partido compuesto por mediocridades»²⁰, elemento carismático de todo liderazgo. Pero no sólo la personificación se realiza a través del trabajo para el líder, también se consolida el proceso mediante el individualismo dentro de la comunidad.

¹⁷Ann Ruth Willner, *The Spellbinders. Charismatic political leadership*, New Haven, Yale University Press, 1984, pág. 15.

¹⁸Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 194.

¹⁹Ibidem.

²⁰Max Weber, *La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pág. 129.

Nos explicamos. Dentro de la comunidad carismática las palabras del líder, como el trabajo para el líder, aun siendo expuestas en términos generales, es decir, para toda la comunidad, emocionalmente llegan a cada uno de los componentes de la comunidad de forma individual. La percepción de los seguidores es formar parte de la comunidad del líder, pero cuando éste habla llega a oídos de los seguidores de forma individualizada, es decir, cada uno de los seguidores piensa que el líder le está hablando a él personalmente²¹, le está pidiendo un esfuerzo sólo a él, aunque realmente el discurso se dirija a toda la comunidad carismática. Se establece, de esta manera, un vínculo emotivo individualizado, un vínculo entre el líder y el seguidor, al menos en la forma en que es asimilado por los seguidores. Esta reacción viene provocada por el carácter innato del carisma²², porque no se puede aprender, y de ahí su magnetismo y la presunción de que pocas personas lo poseen.

Una vez que la persona dotada de carisma entra en contacto con quien no lo tiene se produce el efecto carismático, actuando éste en la relación como *placebo simbólico*²³. A partir de este momento es cuando comienza a actuar el simbolismo como parte del carácter emotivo de la relación carismática. Desde una perspectiva durkheimniana podríamos decir que el solipsismo moderno obra para impulsar a las personas hacia la comunidad carismática, porque psicológicamente «el hombre no puede vivir sin apego a un objeto que lo trascienda y lo sobreviva»²⁴, y las personas que se sienten alienadas por las estructuras del sistema necesitan una vía de escape emocional. Así el líder junto con su obra, o mejor dicho, todas las partes de la relación carismática se transforman en un símbolo de trascendencia personal del seguidor, lo que provoca un sentimiento de devoción que tiene como consecuencia el prototípicamente carismático

²¹Serge Moscovici lo expresa perfectamente al advertir que «al dar a cada individuo la impresión de una relación personal, al hacerlo comulgar en una misma idea, en una visión del mundo idéntica el líder le ofrece un substitutivo de comunidad, la apariencia de un lazo directo entre hombre y hombre». *La era de las multitudes*, México D.F., FCE, 1985, pág. 14.

²²Charles Lindholm, *Carisma*, Barcelona, Gedisa, 1997, pág. 22.

²³Serge Moscovici, op. cit., pág. 365.

²⁴Emile Durkheim, *Suicide*, New York, The Free Press, 1966, pág. 210. Citado en Charles Lindholm, op. cit., pág. 117.

*culto a la personalidad*²⁵. Un culto que en vida del líder significa la aceptación acrítica de las órdenes y mandatos y, una vez que aquél murió, supone la constante rememoración de la vida y obra del fenecido. Ejemplos de este culto a la personalidad carismática se pueden encontrar en personajes como Lenin —y su ubicación (momificado) en la Plaza Roja de Moscú frente al Krenlim—, Gandhi, Stalin, Hitler, Churchill, etc., los cuales fueron glorificados en vida y alzados a los altares u odiados y defenestrados en su muerte —porque la defenestración del líder carismático también es posible cuando se produce la ruptura del placebo simbólico—. Pero, ¿por qué se produce esta personificación y simbolismo entre el líder y los seguidores?²⁶, y ¿cuáles son los motivos que producen la identificación emotiva?. Sin duda alguna la visión del líder que es transformada en una misión histórica.

1.4. *La visión del líder carismático.*

Vimos en el apartado dedicado a la cuestión de la visión el significado de ésta por lo que, a fin de no caer en redundancias, no vamos a incidir en el tema. Sin embargo,

²⁵Robert C. Tucker, «Personality and political leadership», *Political Science Quarterly*, nº 92, (Fall) 1977, pág. 389.

²⁶Una respuesta a esta pregunta, respuesta que, por otro lado, ya fue apuntada, nos la ofrece Charles Lindholm cuando expone que cuando el individuo «es despojado de signos de identidad y vínculos con los demás, y al mismo tiempo afirmado como única validación de todo acto, la intensidad y la certidumbre interior ofrecidos por una revelación carismática y la inmersión en un grupo comunal de devotos cobra gran atractivo» (op. cit., pág. 118). Evidentemente el sentimiento de alienación es uno de los componentes que provocan la aceptación de una relación carismática, pero no es el único, porque, lo veremos más adelante, un sentimiento de estrés comunal también puede ser un enorme, sino mayor, catalizador de la fuerza mágica que impulsa el fenómeno carismático. La exposición de Lindholm bien puede servir para referirse a los casos de inmersión en grupos religiosos como búsqueda de una salida ante la alienación provocada en la persona por el sistema social individualista. Pero estas situaciones, aun siendo totalmente corrientes —basta observar la gran cantidad de sectas (mayores y menores) y correligionarios que existen en los países occidentales— proceden, como diría Freud, de una psicopatología que lleva al individuo a un proceso de autoanulación de la parte consciente del cerebro en favor de un totalitarismo de las represiones del inconsciente individual, que no colectivo. Por consiguiente, reconocemos la validez de la exposición de Lindholm, siempre y cuando ésta se refiera a situaciones religiosas o sociales y de carácter individual; perdiendo toda validez en procesos de masas en los que el inconsciente colectivo se libera de las cadenas de la consciencia.

hay que destacar que en el caso que nos ocupa ahora, la visión que expone el líder adquiere un matiz sumamente diferenciado. Mientras que para los líderes no carismáticos la visión es un elemento legitimador y programático, en el contexto del líder carismático la visión, por la peculiaridad emotiva de la relación, se transforma en una *misión histórica*. Esta transformación será la que permita al líder disfrutar de la veneración y la autoridad política que le es concedida por los seguidores; y debido al proceso de personalización y simbolismo que se produce en los seguidores, la misión histórica se encarnará en la persona del líder²⁷, «sólo él puede conseguirlo». Pero esta misión histórica tendrá que luchar con otras cosmovisiones, aunque «en tanto que a una profecía no se le oponga otra concurrente con la pretensión a su vez de validez carismática»²⁸, las posibilidades de supervivencia de la visión/misión y el líder serán muchas. Tan sólo el cumplimiento de la misión o el avance en su línea reforzará el vínculo carismático, ya que el fracaso en la consecución de los fines perseguidos, o la aparición de otra visión que supere carismáticamente a la anterior, provocará la desaparición o mengua de la relación carismática en un corto o medio plazo.

1.5. *El surgimiento del liderazgo carismático.*

Hasta el momento hemos estado analizando la formación y los procesos del carisma y la relación carismática, pero todavía persisten numerosas dudas a cerca del fenómeno. Si la relación carismática no surge principalmente por la alienación del individuo, sino que es algo sumamente comunitario o comunal, ¿por qué y para qué surge la dominación carismática?. Respondiendo a la primera parte de la pregunta, debemos decir que la estructura carismática surge, o las personas están mayormente predispuestas a una relación carismática, cuando la sociedad —en el caso de los sistemas políticos que es lo que interesa al estudio que estamos realizando, aunque puede acontecer lo mismo en grupos o instituciones no políticas— se encuentra en una situación de crisis estructural, o como dijo el propio Max Weber, en «situaciones de urgencia y entusiasmo

²⁷Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 853.

extraordinario»²⁹. Pero hay que tratar con cuidado este tipo de afirmaciones, porque la existencia de una crisis sociopolítica es el fermento de donde puede surgir la situación carismática, mas nadie ni nada aseguran que las pretensiones carismáticas lleguen a imbricarse entre las personas. Martin Rainer Lepsius lo explica perfectamente y con total claridad: «Una situación carismática latente llega a ser manifiesta sólo si hay un clamor para un liderazgo carismático *cuya promesa de salvación es percibida como apropiada para la solución de la crisis*»³⁰. Es lo que ocurrió en Alemania durante la crisis de la República de Weimar, cuando apareció Hitler ofreciendo una descripción de la crisis que resultó convincente y, lo que es más importante, exponiendo los medios a utilizar para superar la crisis. Para Hitler el sistema político estaba corrompido porque existía una conspiración de poderes malignos cuyo ánimo era destruir y esclavizar a Alemania, por lo que era manifiesta la incapacidad de los políticos alemanes de la época para superar la crisis, y solamente él podría salvar a Alemania³¹. Lo mismo cabría decir para otros líderes carismáticos.

Entonces conocemos ya los dos principales motivos por los que se genera el carisma político: la crisis social —una crisis de mayor intensidad que el estrés sistémico— y la angustia psíquica. Sin embargo, merece la pena recordar, junto a Ann Ruth Willner, que estas presunciones son totalmente teóricas, es decir, son apreciaciones de diversos estudiosos del fenómeno, tanto por haber observado en primera persona el fenómeno, como por haber estudiado los diarios y obras de la época en que surgió el fenómeno carismático. Pero de lo que no cabe ninguna duda es que, al carecer de estudios empíricos —por otra parte sumamente costosos— que verifiquen la impresiones de los teóricos, no se puede afirmar «con confianza que casos conocidos del liderazgo carismático político han estado invariablemente o generalmente precedidas de severas crisis sociales y angustia

²⁸Ibídem, pág. 195.

²⁹Ibídem, pág. 853.

³⁰Martin Rainer Lepsius, op. cit., pág. 57. (La cursiva es nuestra).

³¹Cfr. Ian Kershaw, *Hitler*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000 (especialmente los capítulos 1 y 2); M. Rainer Lepsius, op. cit.; y John Toland, *Adolf Hitler*, Hertfordshire, Wordsworth, 1997.

psíquica»³². Pero en favor de nuestra afirmación teórica —que es de todos los estudiosos del fenómeno— hay que tener plena conciencia de que han sido numerosos los autores, de épocas distintas, los que han coincidido en sus apreciaciones sobre el fenómeno carismático. Por lo tanto, aun careciendo de estudios empíricos, se puede afirmar que lo aquí expuesto tiene visos de ser totalmente cierto, de ahí los grandes estudios de la escuela de Francfort sobre el psiquismo, los estudios de Ernst Cassirer, los estudios psicológicos de fenómenos carismáticos más pequeños, etcétera³³.

Ya advertimos, cuando analizamos la polémica sobre si era pertinente, en términos científicos, utilizar el concepto de carisma para el análisis de los sistemas políticos o no, que dentro de los sistemas políticos liberales de la actualidad sí era factible la aplicación del liderazgo carismático al análisis; mas habría que realizar una especificación, porque no en todos los contextos es posible hablar de líderes carismáticos. La crítica marxista ha presentado sus dudas respecto a la posibilidad de acomodar el concepto de dominación carismática dentro de un Estado capitalista moderno; entre otras razones, porque existe una contradicción entre la forma de gobierno carismático y la fórmula del Estado capitalista, donde existen numerosas reglas y normas de necesario cumplimiento para la reproducción del propio capitalismo. Por consiguiente, estando de acuerdo con la tesis marxistas, tan sólo cabe la existencia de la dominación carismática en las fases críticas del sistema político capitalista. Como afirma Serge Moscovici: «el jefe carismático no subsiste ya más que en el *no man's land* entre las fases sociales, en las estrechas franjas históricas de las crisis en las que reinan la fe espontánea y la admiración irrestricta»³⁴. Como es lógico, en otros sistemas o en sistemas capitalistas en fase de creación o expansión, la dominación carismática cuenta con muchas más posibilidades para hacer su aparición. Esta situación, la aparición de la dominación carismática en

³²Ann Ruth Willner, op. cit., pág. 46.

³³Sobre los estudios de la escuela de Francfort se puede consultar: Theodor W. Adorno (et al.), *The authoritarian personality*, New York, Harper and Brothers, 1950; de los libros de Ernst Cassirer merece ser destacado su libro póstumo, donde expuso sus pensamientos sobre la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, *El mito del Estado*, México D.F., FCE, 1993.

³⁴Serge Moscovici, op. cit., pág. 370.

épocas de crisis de los sistemas políticos capitalistas, ha provocado que un autor como Robert C. Tucker haya acuñado el término de *carisma situacional*. Para Tucker, y como diferenciación del carisma fuera del sistema capitalista, habría que utilizar la expresión de carisma situacional para «referirnos a casos en que una personalidad-líder de tendencia no mesiánica suscita una reacción carismática, simplemente porque ofrece, en un momento de profunda desgracia, un liderismo que se percibe como fuente y medio de salvación»³⁵.

El análisis de Robert C. Tucker nos lleva a un nuevo punto del estudio, y nos acerca a la respuesta de la pregunta, ¿para qué surge el liderazgo carismático? Ante una situación de crisis estructural —en una situación de crisis coyuntural el liderazgo carismático no tiene por qué hacer su aparición—, el liderazgo carismático puede surgir con la aspiración de superar la situación sobre la base de tres escenarios —obsérvese que los tres escenarios de intervención de la dominación carismática coinciden con las casillas más altas del esquema propuesto para la clasificación de los líderes (ver cuadro 4.1.); aunque cabe la posibilidad de que en un substrato menor aparezcan figuras carismáticas, las cuales encajarían perfectamente con el carisma situacional de Robert C. Tucker, pero en cada caso hay que analizar las propuestas iniciales de los diferentes líderes y lo que realmente hicieron, de esta manera, se comprenderá mucho mejor la percepción del carisma³⁶—: a) salvar el sistema; b) transformar el sistema, es decir, transformar las subestructuras del sistema que han quebrado; y c) cambiar totalmente el sistema o cambiar la estructura del sistema de manera radical³⁷. El propio Robert C. Tucker (analizado ya) y

³⁵Robert C. Tucker, «La teoría del liderismo carismático», pág. 111.

³⁶Conviene recordar que no hay que confundir la presencia política con el carisma. De esta forma no se cometerá el error sustantivo que comúnmente llevan a cabo los periodistas y los doxósofos, los cuales hablan de personajes carismáticos, cuando tan sólo son personas con presencia, es decir, personajes que destacan en algún ámbito político o artístico. Por eso en muchas, tal vez demasiadas, ocasiones se presenta a líderes políticos como líderes dotados de carisma, lo que supone distorsionar la realidad. Esto no quita para que existan líderes carismáticos situacionales en el substrato intermedio del esquema blondeliano, pero son rarísimas las excepciones.

³⁷Luciano Cavalli ha propuesto un modelo de surgimiento del liderazgo carismático de cuatro escenarios similar al que hemos propuesto, con la única salvedad de que él incluye un cuarto escenario (fundación) que nosotros creemos está insertado en nuestro tercer escenario: «a) la fundación de un Estado-nación; b) un cambio de régimen; c) un cambio desde la democracia parlamentaria a la democracia plebiscitaria; y d) un peligro amenazando al régimen o al Estado-nación, desde dentro o desde fuera». «Charismatic domination, totalitarian dictatorship, and plebiscitary democracy in the twentieth century» en

Edward Shils son dos de los autores que defienden que la dominación carismática surge para salvar y ordenar el sistema que está en crisis. Según Shils cuando las personas atribuyen el carisma a una persona —más bien habría que hablar de descubrimiento del carisma o de disponibilidad para la relación carismática— es el resultado de una necesidad de orden, porque «los hombres necesitan un orden dentro del cual ellos pueden localizarse, un orden que provee coherencia, continuidad y justicia»³⁸. Pero esta crisis que se pretende ordenar no es cualquier tipo de crisis, es una crisis de poder, un sentimiento de estrés frente a un vacío de poder; esto provoca que la dominación carismática sea «una respuesta al gran ordenamiento de poder»³⁹. Para estos autores, el líder carismático se asemejaría al líder salvador porque, al igual que éste, proporciona un reordenamiento del sistema, del poder, pero no va más allá. Frente a esta opinión existen numerosos autores que creen que el liderazgo carismático pretende llevar a cabo un cambio (más o menos radical) en el sistema. Max Weber ya nos advirtió de la naturaleza revolucionaria o transformadora de la autoridad carismática porque «subvierte el pasado (dentro de su esfera) y es en este sentido específicamente revolucionaria»⁴⁰. La subversión del pasado, es decir, del sistema anterior no se produce, en términos weberianos, desde posiciones anti-sistema o fuera del sistema, sino que es resultado de una profunda renovación desde dentro el sistema, la cual provoca una transformación completa de las actitudes políticas y sociales que eran típicas en épocas anteriores. Por consiguiente, se podría afirmar que el proceso de carismatización de una persona conlleva ciertos cambios estructurales⁴¹.

Dentro del grupo de autores que piensan en el liderazgo carismático como una fuente para el cambio, Alan Bryman propone que la presencia de este tipo de líderes en nuestras sociedades modernas no tiene tanto que ver con los períodos de crisis sistémicos

C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), op. cit., (67-81), pág. 71. También se puede consultar Luciano Cavalli, *Il capo carismatico: per una sociologia weberiana della leadership*, Bari, Laterza, 1996.

³⁸Edward Shils, op. cit., pág. 203.

³⁹Ibidem, pág. 204.

⁴⁰Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 195.

⁴¹Martin Rainer Lepsius dirá que «el establecimiento del liderazgo carismático es logrado con la fundamental reestructuración de las relaciones sociales» (op. cit., pág. 59).

como con los constreñimientos de la sociedad moderna sobre los individuos⁴². Evidentemente, los procesos racionalizadores si no llegan a un momento de tensión o de crisis difícilmente provocarán la aparición de un liderazgo carismático. Tal vez Alan Bryman confunda la presencia, como alivio, con el carisma, algo habitual entre los investigadores de las relaciones intra-empresariales; si la organización empresarial se ve afectada por un proceso de estrés o de crisis es probable que aparezca un buen gestor, un grandísimo gestor, pero de ahí a pensar en la posibilidad de que aparezca un líder carismático supone no conocer ni el mundo de la empresa, ni lo que significa el carisma. Dentro de una empresa es muy difícil, por no decir imposible, que exista un líder —y por lo tanto menos un líder carismático—, habrá un mal jefe o un buen jefe; entre otras muchas cosas, porque el trabajador no siente una identificación (simbiótica o no) con la empresa, es una relación totalmente instrumental (cambio de trabajo por dinero). Esta diferencia es fundamental para diferenciar a los grupos sociopolíticos, e incluso socioeconómicos, de los grupos empresariales. Situación bien distinta es que una empresa, dentro del mercado, sea capaz de generar un liderazgo comercial respecto a las formas (el fordismo, por ejemplo); en este terreno caben ciertas posibilidades.

1.6. *Las características del carisma: extensión, límites, el falso carisma.*

Una vez que ha quedado claro qué, por qué y para qué surge el carisma, conviene reflexionar sobre ciertos hechos que suceden alrededor del carisma como son los límites, la extensión y la fabricación del carisma. Estos datos de la relación carismática no lo estructuran, no lo generan, pero determinan su potencia, su capacidad para llevar a cabo

⁴² «Tales líderes [carismáticos] también constituirían un antídoto al crecimiento de la racionalización y la burocratización de nuestras vidas, introduciendo elementos de innovación y de la libertad frente a los constreñimientos que estos amplios procesos imponen». Alan Bryman, op. cit., pág. 29.

la misión. Comenzando por la extensión del carisma hay, que constatar que raras veces la dominación carismática ha llegado a cubrir con su manto mágico la totalidad del sistema en el que actúa. Normalmente su extensión ha llegado, de manera circunstancial y temporal, hasta el grupo de los individuos menos hostiles a su dominación, pero nunca a los hostiles. En términos electorales, a fin de que se consiga entender perfectamente, la extensión del carisma cubriría a sus seguidores más fieles (miembros del partido), a los simpatizantes con su causa (los votantes más apegados al partido) y a los votantes del partido. He aquí, adelantándonos un poco, uno de los límites del carisma (*límite grupal*), porque como dice A. R. Willner: «Un líder carismático no puede contar constantemente con la conformidad de los seguidores que no son parte de su circunscripción carismática y poco pueden esperar de sus oponentes sino oposición»⁴³. Pero la extensión del carisma no sólo tiene un ámbito exterior, también hay un ámbito interior. El ámbito interior se refiere al grupo de seguidores más cercanos al líder, al grupo de prosélitos. Pues bien, el carisma no sólo permanece en el líder sino que puede transmitirse a otros: «El poder mágico de encantamiento inherente al sacerdote o cacique, el *maná* que en ellos se acumula no está ligado a ellos como sujetos individuales, sino que es susceptible de transformarse y comunicarse a otros»⁴⁴. Cuando Cassirer afirma que el carisma se puede transmitir, está rememorando la *rutinización del carisma*, la comunicación —vía sanguínea como en las monarquías, vía mágica como en los hechiceros, vía elección como en la Iglesia Católica, etc.— del maná mágico del personaje carismático, del que hablaban Max Weber y Marc Bloch. Proceso que se genera por la «tendencia al afianzamiento, es decir, a la legitimación de las posiciones de mando y de las probabilidades económicas en beneficio del séquito y de los adeptos del caudillo»⁴⁵. Esta rutinización del carisma desembocará en la dominación tradicional con el paso del tiempo, por lo que persistirá en el ánimo de los súbditos la creencia en la divinidad del jefe, pero no será propiamente carismático y, menos aún, cuando la disciplina de la tradición reduzca, con frecuencia, la importancia, sino la validez, del carisma.

⁴³ Ann Ruth Willner, op. cit., pág. 192.

⁴⁴ Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas*, México D.F., FCE, 1998, vol. II, pág. 86.

Sin embargo, existe otro tipo de transmisión del carisma dentro del grupo que tiene una duración limitada por el tiempo. Se trata del *manto del carisma* que se extiende entre los colaboradores más cercanos al líder, es decir, asesores o dirigentes de primera línea. Esta peculiaridad del carisma se define por la cercanía al líder, por la posibilidad de mantener contacto directo con el gran hombre; lo que desemboca, para los seguidores de escalones inferiores, en una adulación y un culto a estas personas que son vistas como parte integrante del propio líder carismático. Esta reacción tiene una explicación dual: por un lado, las personas que son colaboradores íntimos del líder ostentan bastante poder y entre las personas comunes existe una tendencia a la adulación del poder —que en cierto sentido está fundamentado en el miedo—; y, por otro lado, psicológicamente los seguidores de escalas inferiores, al no poder estar en permanente comunicación de cercanía con el líder, sienten que acercarse y estar con estas personas es similar a estar con el propio líder, de ahí que los consideren como una parte de aquél —los seguidores intentan no molestar y gratificar a los cercanos al líder, en muchas ocasiones, por miedo a que estas personas comenten al líder que ciertos seguidores le han vilipendiado u ofendido, y éste tome medidas contra ellos—. Este tipo de transmisión del carisma tiene un límite temporal muy definido: o bien perdura hasta que el líder prescinde de sus servicios, o bien perdura hasta que el líder pierde su capacidad carismática. Una vez que el manto del carisma desaparece estas personas pasan a ser uno más de los miembros de la comunidad carismática, perdiendo todas las prebendas que antes le otorgaban los demás seguidores. De esta descripción sonsacamos otro límite del carisma, posiblemente el más obvio, el *límite temporal*. Pero este límite no es el último, existen más constreñimientos a la acción del carisma. Uno de los más obvios, junto con el temporal, es el límite que impone la forma y las normas del sistema político en que surge el carisma (*límite sistémico*). El líder carismático, aun en su pretensión de cambiar y modificar el sistema político que ha entrado en crisis, no puede deshacer, mediante un proceso rápido, ciertas formas del sistema político anterior, principalmente porque ellas constituyen la base sobre la que construir el

⁴⁵Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 202.

futuro sistema. El propio Lenin, por ejemplo, no destruyó totalmente el régimen zarista sino que lo transformó, con mayor o menor rapidez, hasta levantar el sistema soviético. No es extraño que el sistema que se pretende cambiar —incluso si se pretende salvar el sistema, las formas y las normas son un impedimento por ser causantes, en parte, de la crisis— imponga límites temporales y culturales a la acción de los líderes, porque habrá personas que pretendan mantener el antiguo estatus que les beneficiaba. Por esta razón, podríamos aventurar una ecuación de los límites del sistema: cuantos más trófugas haya más rápida es la transformación del sistema. Además de estos tipos de límites (grupál, temporal y sistémico) las acciones del líder carismático «están parcialmente determinadas por lo que un líder carismático dado puede o no puede elegir y por los medios por él empleados o desestimados en la explotación de su carisma»⁴⁶, el *límite táctico*.

Una vez que hemos demostrado que el carisma no lo puede todo, como normalmente se cree, sino que tiene límites, conviene analizar lo que damos en llamar la falsificación del carisma en la sociedad de la comunicación. Existe entre los medios de comunicación, pasados y presentes, una actitud de calificar como carismático a cualquier persona, en este caso político, que destaca por encima de las demás sin pararse a meditar si la adjetivación es cierta o falsa, científicamente hablando. Ya dijimos que tener presencia no es lo mismo que tener carisma, pero para los medios de comunicación es suficiente con lo primero para admitir lo segundo. Con esta actitud se fabrica el falso carisma —el carisma genuino sería, en palabras de Liah Greenfield, «la aptitud para generar internamente y expresar externamente la excitación extrema, una aptitud que nos convierte en objeto de la intensa atención y la irreflexiva emulación de los demás»⁴⁷— y, por lo tanto, un culto a la pseudo-personalidad⁴⁸, que se acerca a los apetitos de la moda, de la carencia de una verdadera escala de adulación. Como afirma Ann Ruth Willner, «los modernos medios tecnológicos pueden promover el carisma político más ampliamente que

⁴⁶A. R. Willner, op. cit., pág. 193.

⁴⁷Liah Greenfield, «Reflections on the two charismas», *British Journal of Sociology*, nº 36, 1985, pág. 122.

⁴⁸Robert C. Tucker, «Personality and political leadership», pág. 389.

en tiempos pasados, pero *no pueden generarlo*»⁴⁹. Incluso, los políticos que tienen presencia no pueden ser generados, por mucho márketing que se intente aplicar. Joseph Bensman y Michael Givant creen que el carisma, tal y como lo definió Max Weber, es prácticamente imposible que exista, pero conceden cierto espacio a la presencia política como *carisma de baja intensidad*⁵⁰. Argumentan, por otro lado, los autores que los medios de comunicación pueden crear una figura carismática por medio de los artificios mediáticos y publicitarios, preparándoles en el arte de la oratoria y dotándoles de un aura de persona extraordinaria en orden a que ocurra la imputación del carisma⁵¹. Bensman y Givant yerran en sus conclusiones porque no han acertado a discernir varias cuestiones importantes para la aparición del fenómeno carismático. En primer lugar, los autores no citan en ningún momento el contexto en el cual se desarrolla esta supuesta creación del carisma, factor clave para que actúen las aguas mágicas de la emotividad carismática. En segundo lugar, restan importancia a los actos políticos, los cuales determinan las capacidades del líder, concediendo mucho más valor a lo que el líder dice, a la retórica. En tercer lugar, no han comprendido Bensman y Givant que todos los líderes políticos tienen presencia política, porque de otra forma, como se dijo en la propedéutica, serían simplemente gestores de la cosa pública. En cuarto lugar, parecen no querer admitir que «cuando una personalidad-líder es auténticamente carismática, su carisma empezará a manifestarse antes de que sea políticamente poderoso»⁵². Y *at last but not least*, no han entendido los investigadores del liderazgo carismático que el fenómeno carismático es extraordinario y, por lo tanto, atípico. El carisma se puede potenciar a través de los medios de comunicación pero nunca generar desde los propios medios. Por consiguiente, la mejor

⁴⁹A. R. Willner, op. cit., pág. 14. (La cursiva es nuestra).

⁵⁰«De todas las definiciones recientes del carisma, quizás la mejor sea la “presencia política”. Algunos líderes políticos parecen tener la habilidad de proyectarse ellos mismos directa, clara e inmediatamente a través de los medios de comunicación en imágenes que parecen perpetuas. Ellos pueden dramatizar temas, proyectar sinceridad, inducir a la suspensión del descrédito, atraer seguidores personales y seguidores lejanos. Ellos pueden llegar a ser los objetos de una intensa admiración» (op. cit., pág. 599).

⁵¹Ibídem, pág. 600 y ss. De igual forma piensan Nadav Kennan y Martha Hadley en el contexto general del liderazgo. Según estos autores los creadores de los líderes son principalmente los politólogos, los sociólogos, los periodistas, los consultores, etcétera. Aunque, paradójicamente, llegan a una conclusión idéntica a la aquí presentada. «The creation of political leaders in the context of american politics in the 1970s and the 1980s» en C. F. Graumann y S. Moscovici, op. cit.

medida frente a las premoniciones carismáticas es esperar a que la publicidad deje paso a la facticidad o no del carisma, porque, como explicaba Max Weber, para el reconocimiento del carisma es indispensable que el líder se acredite «como señor “por la gracia de Dios”, por medio de milagros, éxitos y prosperidad del séquito o de los súbditos. Si le falla el éxito, su dominio se tambalea»⁵³. Lo mismo podría decirse de los pseudo-líderes carismáticos.

Antes de dar paso al estudio del líder carismático, merece la pena recapitular lo que el carisma es: a) El carisma no es un dato fijo, al contrario puede haber diversos grados de intensidad del carisma (dependiendo de las cargas emotivas y del tamaño de la crisis); b) El carisma es intrínsecamente inestable por su carácter transitorio; c) el carisma es específicamente irracional en el sentido de su extrañeza a toda regla; d) el carisma se concede, o bien mediante el contacto directo personal, o bien mediante procesos indirectos de comunicación masiva; e) el carisma es innato, por lo tanto imposible de fabricar; f) la dominación carismática cuenta con cuatro límites: sistémico, grupal, temporal y táctico; y g) la dominación carismática es predominantemente subversiva o transformadora⁵⁴.

2.) EL LÍDER CARISMÁTICO.

Como referente metodológico podríamos preguntarnos si cabe la posibilidad de que en el análisis del líder carismático existan diferencias fundamentales con respecto al líder normal y corriente. Evidentemente la respuesta es afirmativa, mas no sirve la aseveración sin una mínima concreción. Son cuatro las dimensiones que nos sirven para

⁵²Robert C. Tucker, «La teoría del liderazgo carismático», pág. 107.

⁵³Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 713.

⁵⁴Para realizar este resumen, además de todas las citas y análisis utilizados anteriormente, se ha contado con: Ian Kershaw, op. cit., pp. 24 y 25; Raúl Martín Arranz, «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo» en José Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso*

diferenciar al líder general con el líder carismático: 1) la dimensión de la imagen del líder, esto es, la imagen que tienen del líder los seguidores; 2) la dimensión de la visión y su aceptación; 3) la dimensión de la conformidad; y 4) la dimensión emocional⁵⁵. Gracias a estas cuatro dimensiones se puede distinguir efectivamente entre ambos tipos de líder. Nosotros, sin embargo, optaremos por un discurso en el cual explicaremos lo que es el líder carismático, apuntando donde sea necesario las diferencias entre uno y otro tipo de líder —la dimensión emotiva, por ejemplo, ya quedó explicada anteriormente—, pero antes de comenzar merece la pena realizar una apreciación que viene guiada por J. G. Frazer y Robert Michels. Estos dos autores, el segundo como continuador del primero, nos advierten que, comúnmente, existe la creencia entre el pueblo de que los líderes pertenecen a un orden de humanidad más alta que aquella que ellos mismos poseen⁵⁶. Es necesario precisar esto, porque la elevación por encima del nivel «normal» de los líderes no significa que sean carismáticos —frecuentemente se comete este error—, sino que las personas tienden a sobrevalorar a aquellos que los dirigen y que tienen poder sobre ellos.

Sin necesidad de dimensiones, es evidente que lo que distingue a un líder carismático de otros tipos de líderes es la imagen que tienen los seguidores del líder. Se puede decir, para empezar, que los seguidores perciben en el líder ciertas cualidades sobrehumanas o insólitas que hacen que se encarne en él la esperanza de salvación o de superación, por lo que es posible observar que el liderazgo carismático es «por naturaleza específicamente salvador o mesiánico»⁵⁷. En el liderazgo común no existe esa esperanza mesiánica, sino que la aceptación es totalmente racional. Como explicaba Emile Durkheim, la identificación es mucho más profunda y apegada a lo que la propia sociedad es, negativa o positivamente. Por ello si la sociedad «se enamora de un hombre y cree hallar en él las principales aspiraciones que la impulsan, así como un medio de satisfacerlas, ese hombre será elevado por encima de los demás y, por así decirlo,

demagógico, Madrid, CIS, 1987, pág. 89; Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 195; y Ann Ruth Willner, op. cit., pág. 43.

⁵⁵A. R. Willner, op. cit., pág. 5.

⁵⁶Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996 (2 vols.), vol. 1, pág. 104.

⁵⁷Robert C. Tucker, «La teoría del liderazgo carismático», pág. 109.

deificado»⁵⁸. Con los líderes normales sucede que éstos no apelan a las profundidades míticas de la sociedad porque no es necesario, o no es totalmente necesario, apelan de un modo racional a las necesidades elementales, no a las necesidades transcendentales de la sociedad. Desde una perspectiva psicológica podríamos decir que el líder carismático sería la encarnación de la experiencia infantil del temido padre primario, una especie de *superego* sobrehumano, rebosante de energía sexual y dotado de poder absoluto, produciéndose una igualación entre el líder y el tótem de la sociedad; de ahí la relación ambivalente del líder con los seguidores en numerosas ocasiones. De esta forma se establecería un contrato con el *tótem-padre*, por el cual éste ofrecería protección y cariño a los hijos⁵⁹. Trasladado esto al ámbito politológico no cabría hablar de sumisión al padre totémico, sino que corresponde a una especie de fusión entre los seguidores y el líder⁶⁰.

Queda claro, pues, que los seguidores de la relación carismática creen ver en *su* líder características tanto sobrehumanas como aquellas que son apreciadas altamente en su ámbito cultural —una gran cantidad de un atributo que mucha gente no posea, por ejemplo— y que tienen raíces míticas. Gracias a este tipo de identificación el líder será visto por sus seguidores de una de las siguiente formas: a) igualando al líder con un Dios o una deidad específica; b) viendo al líder como un salvador; y 3) uniendo al líder con fundadores específicos (de religiones o naciones) o figuras míticas de la cultura específica⁶¹. Pero hay que ser cautelosos con lo que se dice, aquí no estamos exponiendo que cualquier líder idolatrado y libremente seguido por sus cualidades sea el prototipo del líder carismático. Al contrario, estas cualidades son propias del líder carismático, pero éste

⁵⁸Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pág. 243.

⁵⁹Sigmund Freud, *Tótem y tabú*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pág. 169. (Pero en general todo el capítulo nº 4).

⁶⁰Conviene recordar lo que expresaba Gottfried Neesse sobre Adolf Hitler y la justificación del poder personal y totalitario del *führer*: «Ce n'est pas simplement pour le peuple et au nom du peuple que parle et agit le Chef suprême, c'est en sa qualité du peuple. En sa personne s'incarne le destin du peuple allemand lui-même». (No es únicamente para el pueblo y en el nombre del pueblo que habla y actúa el jefe supremo, es en su calidad de pueblo. En su persona se encarna el destino del pueblo alemán). Gottfried Neesse, *Führergewalt*, Tübingen, 1940, pág. 54, citado en Lionel Richard, *D'où vient Adolf Hitler?*, Paris, Autrement (Collection Memoires, nº 64, Juin), 2000, pág. 195, n. 18.

debe demostrar tales cualidades «en el proceso de reunir gente en un movimiento en favor de un cambio y en la dirección de dicho movimiento»⁶², es decir, que las cualidades no basta con tenerlas sino que hay que utilizarlas para poder condensar los deseos colectivos que en su imagen se han depositado. Cuestión que no tienen en cuenta, por ejemplo, los teóricos de los rasgos para quienes basta con tener los rasgos. Sin embargo, la identificación de la que estamos hablando conlleva, como nos recuerda Le Bon, ciertos peligros, entre ellos la tiranía: «Dado que el poder que actualmente poseen la multitudes, si una opinión cobrara prestigio suficiente para gozar de aceptación general, pronto quedaría dotada de una fuerza tan tiránica que todo tendría que someterse a ella, y la era de la discusión libre quedaría clausurada por largo tiempo»⁶³. Pero el problema no es la existencia de una opinión, sino la encarnación de esa opinión en un líder carismático —encarnación para la superación o el logro de lo que la opinión cuenta—. Sobre lo que Gustave Le Bon nos alerta es que los seguidores abdican o transfieren toda elección y juicio al líder, limitándose a obedecer y creer de manera casi inmediata al líder. «Los seguidores aceptan y creen que el pasado era como lo presenta [el líder], que el presente es como él lo explica, y que el futuro será como él lo predice»⁶⁴. Por consiguiente, cualquier opinión en contra se toma, por parte de los seguidores, como una afrenta contra la comunidad carismática, como un desviacionismo insoportable, estableciéndose una tiranía de la mayoría contra la minoría, con el peligro de la persecución, aniquilamiento o aislamiento a la menor orden del líder. Es una de las características del liderazgo carismático: *la tendencia al absolutismo, a la tiranía, a la dictadura*. Salvo raras excepciones la mayoría de los líderes carismáticos que han sido estudiados a lo largo del tiempo han sido dictadores o tiranos. Las excepciones a la regla, sin embargo, son personas de un dogmatismo ideológico o ético muy acentuado. Esta tendencia tiránica del liderazgo

⁶¹A. R. Willner, op. cit., pág. 20.

⁶²Robert C. Tucker, «La teoría del liderazgo carismático», pág. 103.

⁶³Gustave Le Bon, op. cit., pp. 153 y 154.

⁶⁴A. R. Willner, op. cit., pág. 7.

carismático tiene su fuente en la compatibilidad y posterior fusión entre las megalofantasías del líder y los seguidores⁶⁵.

2.1. *Tipología del líder carismático.*

La época de crisis intensa es la época del liderazgo carismático, y posiblemente por esta razón son muchos los autores que han preferido, a fin de evitar la polémica, definir al líder carismático de las sociedades democráticas occidentales como *líder heroico* —concepto que, por otro lado, ha tenido un gran predicamento entre los autores y científicos sociales estadounidenses—. Entre todos los autores que han utilizado el concepto de líder heroico, sin duda, Stanley Hoffmann ha sido quien mejor ha podido sintetizar los rasgos que definen a este tipo de líder. A diferencia de los estudiosos del liderazgo carismático, más dedicados a analizar los componentes míticos y magnéticos del líder, Hoffmann nos ofrece, primero, un estudio político para, a continuación, tratar los temas de carácter social. Nosotros analizaremos los aspectos meramente políticos, o sociopolíticos, porque ya hablamos de los aspectos sociales anteriormente, y así observamos que las diferencias entre las dos formas de líderes son prácticamente inexistentes. Tanto el líder heroico como el líder carismático hacen referencia a una misma forma de líder, con la única salvedad del contexto. La consideración de un líder como líder heroico es una cuestión delicada porque en ocasiones, si tomamos la unidad de análisis del partido, suelen hacer su aparición personas que para la sociedad en general no son líderes heroicos, pero hacia dentro del partido sí. Ya nos recordaba Robert Michels que los partidos de masas —aunque es válida esta apreciación para los actuales partidos catch-all—, sobre todo los partidos socialistas o comunistas, están deseosos de dirección y guía, necesitan de ella, por eso, «esta necesidad se acompaña por un genuino culto de los líderes considerados héroes»⁶⁶. Sin embargo, nuestra especificación no va ligada a este proceso,

⁶⁵Alexander Mitscherlich, «Changing patterns of political authority: a psychiatric interpretation» en Lewis J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, New York, John Wiley & Sons, 1967, pág. 29.

⁶⁶Robert Michels, op. cit., vol. 1, pág. 98.

actualmente reducido por la gran racionalidad organizativa de las maquinarias electoralistas de los partidos de nuestra época, sino que hablamos de la consideración de héroes estatales o nacionales. La consideración de líder heroico surge de la constatación, por parte de los seguidores, de que el líder ha realizado una extraordinaria hazaña o un éxito sin precedentes en la historia del grupo dado. Por lo tanto, lo importante es el *grado de dificultad* ligado a la acción de gobierno realizada; si la ejecución del acto es considerada por la población como muy difícil o imposible, la realización y obtención de lo deseado será visto como un hito extraordinario. De ahí a la obtención por parte del líder del aura de héroe tan sólo hay un paso en las mentes de las personas. Pero el grado de dificultad no es el único elemento que influye en la catalogación de un suceso como heroico, también interactúa el *riesgo envolvente* de la acción o el riesgo asumido por la persona del líder⁶⁷. Si se piensa que el riesgo es muy grande, la percepción de acto heroico aumentará mucho más que si acontece totalmente lo contrario. Un tercer factor que apunta Ann Ruth Willner es la *naturaleza del cambio*⁶⁸. Sin embargo, nuestra postura es contraria a la postulada por la autora estadounidense. El cambio sería fundamental si dentro de los escenarios posibles para el líder carismático, que son los mismos que los del líder heroico, no existiese la posibilidad de salvación del sistema. Es fundamental resaltar esta cuestión, porque, se tiende a pensar que la salvación de un sistema no incorpora la aparición del liderazgo carismático, lo que es erróneo. Por consiguiente el factor del cambio, como dirección de la acción, será fundamental en dos de los tres escenarios para la consideración del líder heroico, pero no en uno de ellos. Aunque el cambio no deja de ser una variable a tener en cuenta.

Una vez que sabemos cómo surge el líder heroico, conviene destacar una serie de características propias de este tipo de liderazgo, que son también y en parte del liderazgo carismático. Stanley Hoffmann, en su estudio de Charles de Gaulle, clarificó magníficamente cuales son las características que definen a este tipo de liderazgo. En primer lugar, se destaca la capacidad del líder para obtener el *consenso*,

⁶⁷A. R. Willner, op. cit., pág. 90.

⁶⁸Ibidem, pág. 91 y ss.

independientemente de su carácter místico, vago o personal, lo que es «indispensable para poner en orden a los seguidores»⁶⁹. Para lograr este consenso sobre los fines y los medios, otro tipo de líderes tan sólo consensuan, como mucho, los fines no los medios. En segundo lugar, el líder heroico acentúa su carácter *nacionalista*⁷⁰, alejado del tradicionalismo como valor —pero no es totalmente descartable este aspecto— y más cercano al nacionalismo político del liberalismo, de autoafirmación nacional en virtud de los peligros que amenazan a todos. Por eso, en tercer lugar, la conducta del líder heroico respecto a la comunidad es su consideración y comportamiento hacia ella como un todo para obtener una unanimidad efusiva, que Stanley Hoffmann califica como la *constante llamada para la capacidad colectiva*⁷¹, porque se pretende movilizar a todos con el fin de lograr la hazaña. El líder heroico se comporta siempre, o casi, de manera contraria a la autoridad rutinaria, por eso, en cuarto lugar, el liderazgo heroico parece tener dos caras: por un lado, una *cara sectaria* muy ligada a la obra que se quiere emprender; y, por otro lado, una *cara rousseauniana*, que no tiene nada que ver con la voluntad popular, sino con el «Legislador» ideado por el ginebrino⁷². En quinto lugar, el líder heroico es una persona que *ha mantenido su independencia respecto al poder*, enfrentándose a él cuando las cosas no se hacían de forma correcta —no sólo según su punto de vista— y sufriendo por ello; por todo esto se puede decir que el líder heroico «ha sido un rebelde contra el orden de cosas prevaleciente o de las ideas predominantes»⁷³. Y en sexto lugar, como consecuencia de todo lo anterior, el líder heroico es un *outsider de la política*⁷⁴, tanto por su separación casi total de ella como porque, aun siendo partícipe, se ha mostrado impaciente con los ritos y las reglas que llevaban al país al derrumbe. Estas características del líder heroico, ya lo advertimos, son aplicables al líder carismático; porque son casi una misma cosa con distinto nombre como consecuencia de disputas científicas y de análisis de diferentes contextos. Es más, como ya

⁶⁹Stanley Hoffmann, «Heroic leadership: the case of modern France» en Lewis J. Edinger (ed.), op. cit., pág. 130.

⁷⁰Ibídem, pág. 138.

⁷¹Ibídem, pág. 134.

⁷²Ibídem, pp. 131 y 132.

⁷³Ibídem, pp. 127 y 128.

⁷⁴Ibídem.

analizamos en el segundo capítulo, la confluencia entre el líder carismático y el líder heroico —que tiene una intensa fundamentación mítica— se sintetizará en el líder carismático heroico. Es decir, el líder heroico es una forma tipológica del líder carismático, la cual puede entrelazarse con otras tipologías. Ahora es el momento de analizar las dos formas de representación del líder carismático, según Serge Moscovici: el líder totémico y el líder mosaico.

Los líderes carismáticos son símbolos para sus seguidores, ya lo dijimos, pero estos símbolos como representación no son uniformes, sino que normalmente son símbolos poliédricos. Sin embargo, estas imágenes poliédricas, en tanto en cuanto que propias de cada cultura, se pueden condensar en dos símbolos que, por mor de la narración a lo largo de los tiempos, se transforman en reminiscencias de mitos presentes en el inconsciente colectivo. Por un lado, el *líder mosaico*, aunque destierra de su propia imagen la representación simbólica del poder, o que cuando menos se niega a usarla, propende a dominar la fuerza dominante del «gran hombre». Por esta razón, los líderes mosaicos «frenan la tentación de los demás de querer imitarlos, de ver la realidad por los ojos de ellos»⁷⁵, a fin de evitar transformar el carisma en un amuleto y su persona en un pseudo-dios, objeto, por ello, de adoración. Cuestión bien distinta es que lo consigan —normalmente no lo logran—, pero a diferencia de otros líderes intentan separar su imagen de la misión que piensan llevar a cabo; lo importante es la misión, no ellos mismos. Por otro lado, el *líder totémico* sí fomenta personalmente el culto a la personalidad, tratando de crear en torno a él y de su misión una narración mítica legendaria. Serge Moscovici describe que la narración mítica es tomada por los líderes totémicos de las costumbres y del pensamiento tradicional, «lo que les permite preservar, bajo el aderezo de lo nuevo, el contenido antiguo y familiar, el “becerro de oro” de la imaginación al que la multitud sucumbe muy rápidamente»⁷⁶. Aun teniendo razón Moscovici en el culto a la personalidad de los líderes totémicos, es preciso apuntar que comete una leve falta de apreciación: dotar a la tradición de todo el poder de legitimación

⁷⁵Serge Moscovici, op. cit., pág. 428.

de la narración mítica del líder sobre la que asienta su poder. La tradición, o el mito, de un grupo dado es, evidentemente, una de las fuentes de la legitimación a las que puede referirse el líder totémico, pero no es la única, a pesar de que el hombre es un animal de hábitos y costumbres. También puede hacer referencia a una Edad de Oro próxima (utopía) o a la memoria del padre fundador. Normalmente, los fundadores de movimientos políticos y sociales o de un Estado o nación, suelen ser investidos de carisma por aquellos que les rodean; de aquí se pueden derivar dos fuentes legitimadoras. Por un lado, la tradición como rutinización del carisma que se traslada del hombre al cargo con el paso del tiempo y, por otro lado, el recuerdo de los logros del padre fundador como antítesis a la tradición persistente que ha desvirtuado los principios postulados por aquél. Se comprenderá mejor con un ejemplo. Stalin, uno de los prototipos del líder totémico, utilizó la rememoración, momia incluida, del pensamiento y obra de su antecesor (Lenin) para justificar y legitimar las purgas, los asesinatos, el gulag y el carácter totalitarista del Estado soviético. No se justificaba por una pureza ideológica marxista —podríamos hablar incluso de una desvirtuación constante del marxismo-leninismo—, sino por una rememoración constante del padre fundador de la Unión Soviética —sin negar validez a otros aspectos legitimadores, sino entendiendo que esto es una de las formas posibles del poliedro del líder—. Aún podemos hablar de una segunda diferencia sustancial entre el líder totémico y el líder mosaico, la cual está totalmente ligada a la diferenciación anterior: ¿qué hacer con los seguidores?. El líder totémico pretende que los seguidores, la masa, se identifiquen con ellos mismos, situarse en su centro. En contraposición, los líderes mosaicos pretenden que los seguidores se identifiquen con la causa, situándose los líderes detrás de ella⁷⁷. Con esta actuación, los líderes mosaicos intentan que la misión histórica les supere a ellos mismos; que ellos no sean el comienzo y el fin de la obra.

2.2. *Los rasgos del líder carismático.*

⁷⁶Ibídem, pág. 429.

⁷⁷Ibídem.

Todo este conglomerado de características que hemos estado analizando compone lo que el líder carismático es, mas es necesario, como hicimos con los líderes no carismáticos, destacar los rasgos que definen la personalidad de este tipo de líderes. Existe, y es conocido, una corriente dentro del estudio del liderazgo cuya metodología se asienta sobre los rasgos de los líderes, menospreciando, en cierto modo, otro tipo de características que hemos visto resultan fundamentales para comprender lo que es el liderazgo, y cuyo principal autor es R. J. House⁷⁸. Esta corriente de estudio entiende que el líder carismático tiene como características personales la auto-confianza, una tendencia a dominar, una necesidad de influir en los otros, y una fuerte convicción en la integridad de las propias creencias. Yerran los teóricos de la teoría de rasgos pues, de todas las características personales expuestas, ninguna es específicamente carismática, sino que pueden ser descubiertas en todos y cada uno de los distintos tipos de líderes, incluidos los carismáticos. Cuando se estudian las cualidades personales de un líder —obsérvese que hemos eliminado el concepto de rasgo porque creemos que ni todo en el líder es innato, ni todo es prefabricado sino que existe una mixtura—, y más un líder carismático, hay que distinguir entre las atribuidas por los seguidores en busca del carisma y aquellas que potencia el propio líder, es decir, las cualidades específicamente personales del líder. Respecto a las cualidades asignadas por los seguidores dejamos a Ann Ruth Willner que nos explique cuáles son estas: «Una de tales cualidades es la habilidad para predecir o *profetizar el futuro*. Otra es la cercanamente relatada capacidad para *leer las mentes* y las intenciones de otros. Una tercera es la *habilidad para curar o dañar* de forma heterodoxa, por el deseo sólo, por la presencia absoluta, inadvertidamente o a distancia. *Habilidad para influir y controlar los elementos* también pertenece a esta categoría. Finalmente, un grupo de atributos tales como inmunidad al daño, protección mágica, una capacidad para superar a poderosos enemigos o un gran peligro circunvalante puede ser resumido como *invulnerabilidad*»⁷⁹. Sin embargo, estas cualidades del líder se refieren a épocas y

⁷⁸En referencia al líder carismático cfr. R. J. House, «A 1976 theory of charismatic leadership» en J. G. Hunt y L. L. Larson (eds.), *Leadership: the cutting edge*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1977.

⁷⁹A. R. Willner, op. cit., pág. 22. (Las cursivas son nuestras).

contextos pre-modernos y/o no occidentales —Willner no niega, ni afirma específicamente esta constatación que hacemos—, por lo que debemos centrarnos en las cualidades propiamente personales del líder, aquellas que potencia la propia persona⁸⁰.

El arte de la *oratoria* es sin duda el elemento que más consenso ha despertado entre los estudiosos del carisma y los líderes carismáticos. Aunque la utilización del lenguaje es propio de todos los líderes, hay que decir que el empleo de éste por parte de uno u otro tipo de líder es completamente diferente, o mejor dicho, la percepción del lenguaje por parte de los seguidores/receptores difiere ante la presencia de un líder carismático. La distinción entre un discurso carismático y un discurso normal es complicado, y sólo es posible si realizamos una clara exposición del contexto en que se desarrolla. Decimos esto porque la elocuencia retórica de un líder puede tener un efecto carismático de carácter temporal, como ocurre en ciertos mítines políticos o masificaciones. Un discurso que apele a la demagogia, por ejemplo, puede causar entre los receptores del mensaje un efecto de ensimismamiento mágico que transporte a la persona a situaciones carismáticas como nos dijeron —dicen a través de sus textos— autores como Gustave Le Bon, Sigmund Freud e, incluso, Ortega y Gasset, pero no es el discurso de un líder carismático, sino sólo un carisma del momento. El punto de partida para el análisis del lenguaje, de la oratoria del líder carismático debe, después del recuerdo, estar ubicado en lo que nos contó Gustave Le Bon acerca de lo que el orador carismático debe hacer: «el orador debe recurrir al lenguaje condensado y sugestivo de la metáfora y el mito, que apela a la conciencia adulterada de la turba»⁸¹. Si los líderes carismáticos pueden ser catalogados como poseedores de algún tipo de cualidad, esta es la elocuencia de la oratoria; pero no una retórica cualquiera, sino una retórica que pueda explotar «símbolos culturales

⁸⁰Rejai Philips en su estudio de los líderes revolucionarios, que nosotros incluimos dentro del liderazgo carismático, identifica seis rasgos como elementos que constituyen las dinámicas psicológicas de los líderes: vanidad, puritanismo, privación relativa, marginalidad, conflicto de Edipo y romanticismo. «La dificultad —dice Blondel— es, por supuesto, que no hay un control grupal, o de otros líderes o de los seguidores, entre los cuales podría ser posible valorar la incidencia de estas características». (Op. cit., pág. 125). Esta razón nos lleva dejar constancia del modelo de Philips en una nota al pie de página.

seleccionados y obtener las emociones que ellos elevan»⁸². Como decía Le Bon, el líder carismático apela a la metáfora, que también es un recurso utilizado por los demás tipos de líderes, pero lo más importante es que la metáfora utilizada es una metáfora de carácter mítico, es decir, que apela a los mitos transcendentales de la sociedad o el grupo dado. Lo que en otras palabras podría quedar expresado así: el líder carismático conoce a qué metáforas recurrir y las hace creíbles. Pero ¿por qué las hace creíbles? Porque utiliza un nivel de lenguaje apropiado —es decir, es coloquial, literario o elevado cuando la situación lo requiere— cuando pretende activar diferentes asociaciones sensoriales y recurrir al poder emotivo del inconsciente colectivo. Podemos concluir que el encantamiento retórico y el afecto carismático son producidos menos por la lógica y las ideas que por las palabras como símbolos e imágenes; palabras separadas de su significado literal y cercanas al significado mítico. Como recuerda Moscovici, «el líder fascina por su imagen, seduce por su palabra, ejerce un terror envolvente»⁸³. Es tal la consideración de que el lenguaje es el principal arma del líder carismático, junto con la imagen que los seguidores tienen de él, que un autor como Robert C. Tucker se atreve a afirmar que la enorme persuasión de los discursos del líder carismático «puede ser una de las cualidades mediante las cuales un líder adquiere carisma frente a los ojos de sus prosélitos»⁸⁴. Sin embargo, Alan Bryman cuestiona que una oratoria potente o mágica sea materia de la habilidad personal del líder porque puede ser desarrollada en alto grado mediante procedimientos educativos⁸⁵. Empero, el autor no aclara cómo es posible que algunos líderes carismáticos, que carecieron de una educación en ésta y otras materias, poseyeran una oratoria que conmovía a los seguidores. La razón es simple. Evidentemente hay personas mucho más apocadas que necesiten de clases de oratoria, pero saber, no tanto cómo hablar sino sobre lo que hay que hablar, es algo que sólo es posible gracias a un conocimiento pleno de la realidad

⁸¹Gustave Le Bon, op. cit., pág. 51. De la misma forma piensa Willner cuando dice que «un aspecto del estilo, el uso del lenguaje figurativo, tal como símiles y metáforas, parecen ser bastante conductivas al afecto carismático». (Op. cit., pág. 152).

⁸²A. R. Willner, op. cit., pág. 152.

⁸³Serge Moscovici, op. cit., pág. 14.

⁸⁴Robert C. Tucker, «La teoría del liderazgo carismático», pp. 101 y 102.

⁸⁵Alan Bryman, op. cit., pág. 47.

social e histórica que le rodea. Podemos llenar páginas de grandes oradores que sólo destacaron en círculos sumamente cerrados. Lo importante no es, en este caso, cómo se pronuncian las palabras, sino lo que las palabras dicen o evocan⁸⁶. Y esto, que no es innato, es lo más importante dentro de la retórica del líder carismático. Por esta razón, la visión del líder tiene bastante importancia y puede ser considerada como otra de las variables cualitativas del líder carismático al estar unida a la retórica.

Principalmente, por no decir exclusivamente, la *visión* del líder se transmite en forma de lenguaje (oral o visual), pero tan importante como el lenguaje general es la adhesión del líder a uno de los mitos de la sociedad en la que se encuentra. Antes de explicar el qué y el cómo, el líder de manera simbólica se introduce en el inconsciente colectivo social, lo que, por otra parte, le procura no tanto la concesión del carisma por parte de sus seguidores, sino la autoridad informal, la capacidad de poder optar a la autoridad formal o poder. Por consiguiente, podemos decir que la visión del líder carismático parte tanto del contexto de crisis de la sociedad como de la inmersión en las profundidades de la historia. Este juego simbólico es el que permite al líder desarrollar lingüísticamente su visión; crea un aura de credibilidad previo a la exposición de la historia o la narración carismática. La importancia de la visión, como vimos respecto a los líderes normales, es incuestionable tanto para el estudio como para la percepción de los seguidores, pero también es importante porque explica, en cierto modo, el *dogmatismo* propio de los líderes carismáticos. La razón es que el líder carismático llega a obsesionarse de tal forma con su propia visión que «lo posee en tal grado que todo lo demás se esfuma, y toda opinión le parece un error o una superstición»⁸⁷. A diferencia de los líderes normales, el líder carismático no transige respecto a la opinión mantenida; no hay una mezcolanza *a posteriori* —como demuestra el estudio de la visión de Hitler o Gandhi

⁸⁶Merece la pena destacar lo que dice Ian Kershaw sobre Hitler y su capacidad retórica porque confirma nuestras propias disquisiciones: «Tanto los que le rodeaban como él mismo empezaron a darse cuenta de su habilidad, poco común, para expresar los prejuicios y resentimientos populistas más vulgares de una manera atractiva y puramente demagógica, con lo que comenzó a perfilarse la toma de conciencia y la seguridad del agitador político». (Op. cit., pág. 15).

⁸⁷Gustave Le Bon, op. cit., pág. 68.

previamente es posible que exista una imbricación de diversas teorías—, una vez que se ha determinado cuál es la posición, el líder desecha todas las teorías e ideas que nada tengan que ver con su visión, la cual, por otro lado, es lo suficientemente amplia como para que el grupo de seguidores pueda ser lo más extenso posible. Como dijimos para la visión de los líderes no carismáticos, la aceptación de la visión por parte de los seguidores se produce porque la visión suena razonable, porque concuerda con las expectativas personales de los seguidores, o porque la persona que presenta la visión tiene un alto estatus —es potencialmente un líder— dentro de la sociedad⁸⁸. En la relación carismática, estas bases no cuentan, no existen o no son fundamentales para la aceptación, los seguidores creen las afirmaciones y las ideas del líder porque «es él quien ha hecho la afirmación o ha avanzado la idea»⁸⁹. Otra cuestión fundamental de la transmisión de la visión del líder carismático —una visión que se centra en definir los males que acechan a la sociedad y cómo superarlos—, es la creación de un aparato organizado, bien un partido político, bien los medios de comunicación del Estado, que permita al líder carismático centrarse en llevar a cabo su cometido y le evite estar siempre en contacto directo con los seguidores. Además, la formación de este aparato personalista del líder carismático sirve para realizar y proteger la visión⁹⁰. Lo que hemos constatado se contrapone a las festividades carismáticas que Max Weber aludía al afirmar que en los partidos de masas burocratizados, donde la acción de las masas está mucho más premeditada, «el efecto de los discursos es puramente emotivo y sólo tiene el mismo sentido que las demostraciones y fiestas de los partidos: describir a las masas el poder y la seguridad de victoria del partido y, ante todo, presentarles las facultades carismáticas del jefe»⁹¹. De la lógica de nuestro estudio se deriva que los discursos del líder carismático son emotivos, pero también sirven para

⁸⁸Ann Ruth Willner nos previene frente a la idea de que las palabras o las ideas son las portadoras del carisma —«uno puede considerar que si las ideas mismas tenían un potencial carismático para cualquier líder que las proponga, entonces varios líderes, cuyos discursos introducen a los seguidores la doctrina podrían de esta manera, haber obtenido respuestas carismáticas» (op. cit., pág. 58)—, al contrario las ideas se tornan carismáticas porque son producto del líder carismático, por lo que cualquier intento de plagio o copia no conlleva la obtención del carisma, como han pretendido numerosos líderes y managers políticos a lo largo de la historia.

⁸⁹Ibídem, pág. 6.

⁹⁰Alan Bryman, op. cit., pág. 175.

afirmar la visión en cada momento y, sobre todo, comunicarse con los seguidores. Además cabría decir que la visión del líder carismático no es «tan sólo un medio, el instrumento de su ambición, del que usa a su antojo: es una convicción, impuesta de manera absoluta por la orden de la Historia o el decreto de dios»⁹², nunca por el propio líder, o así pretende que lo creamos. Su visión no es suya, personal, es una orden del destino de los hombres.

Siguiendo con el análisis de los rasgos del líder carismático una característica a destacar, y de la que han dado razón numerosos autores, es la *mirada del líder*. Es cierto que esta característica es un rasgo físico y ya comentamos que no era procedente analizar, por vagas e indefinidas, las características fisiognómicas y/o fisiológicas. Sin embargo, al hablar de la mirada no nos centramos en ojos de algún tipo o de cierta cualidad como afirma Willner⁹³, más bien estamos analizando la capacidad hipnótica de la mirada del líder carismático⁹⁴. Cuando los autores fisiognómicos afirman que existe una capacidad hipnótica en la mirada de los líderes carismáticos, están recuperando el *mesmerismo* sin darse cuenta de que el carisma es el que produce el efecto pseudo-hipnótico, no la mirada. Es cierto, y somos conscientes de ello, de que las miradas de todos los seres humanos, e incluso muchos animales, denotan estados anímicos y predisposiciones hacia alguna pauta conductual —todos conocemos el dicho: «Hay miradas que matan»—. Pero hablar del mesmerismo de la mirada de un líder es demasiado acientífico como para tomarlo en serio, más cuando se ha demostrado que la mayoría de los hipnotizadores son unos farsantes. El poder hipnótico que estos autores han querido ver en los ojos de ciertos líderes carismáticos, observación derivada de las experiencias de otros, de los más cercanos al líder, no es otra cosa que el miedo al poder del líder carismático. Una mirada firme, que no se desvía, provoca en una persona que está ante el líder carismático cierta preocupación porque está temeroso de lo que el líder le pueda pedir o hacer. Un general que mira a un soldado raso fijamente y con gesto adusto provoca los mismos sentimientos que un líder carismático; de ahí a inferir que el general es carismático podría ser un pequeño salto, en

⁹¹Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 864.

⁹²Serge Moscovici, op. cit., pág. 160.

⁹³A. R. Willner, op. cit., pág. 146.

cualquier caso acientífico. En resumen, la mirada no es un rasgo predominante en ningún tipo de líder —los movimientos del cuerpo, que han sido muy bien estudiados en la sociología o la psicología, como descriptores del comportamiento y como fundamentos comunicadores son generales a todas las personas, no sólo a los líderes⁹⁵— y menos en el líder carismático, el hipnotismo del que hablan los investigadores del carisma no es ni más ni menos que temor frente al poder, cualquier tipo de poder, pero especialmente el poder absoluto o dictatorial.

Otra cualidad que se ha destacado en los líderes carismáticos es la *confianza*, tanto la que se ofrece a los seguidores, es decir, la posibilidad de transmitir confianza a sus prosélitos⁹⁶, como la propia confianza en sí mismo y en la visión del líder carismático⁹⁷. Tanto uno como otro tipo de confianza no es privativo del líder carismático, es usual en los demás tipos de líderes por una cuestión evidente. Si no se tiene confianza en el líder raramente se le apoyará y, por consiguiente, no será líder. Sin confianza no hay posibilidad de que exista una relación de liderazgo. Es más, la confianza se deposita en muchos tipos de personas que no son líderes. Incluso los jefes políticos o managers políticos democráticos necesitan despertar e inspirar confianza entre los seguidores, sino es imposible que lleguen a la cima del poder político —en una dictadura, como es obvio, las cosas son distintas, aunque para que la dictadura perdure necesita inspirar confianza en un número, más o menos grande, de personas—. El problema radica en que, cuando se habla de confianza en el liderazgo carismático, a lo que realmente se está aludiendo es a una *fe ciega en las posibilidades* del líder carismático, una creencia de que, aunque las cosas vayan mal, el líder proveerá, el líder logrará salvar la crisis. Y es una creencia ciega en las posibilidades del líder por la fusión emotiva entre los seguidores, el propio líder y la misión que provoca, llegado el fracaso, una tristeza general en todos los miembros de la comunidad carismática. Un ejemplo claro de esto que decimos lo podemos encontrar en los

⁹⁴Alan Bryman, op. cit., pág. 44.

⁹⁵Cfr. Flora Davis, *La comunicación no verbal*, Madrid, Alianza Editorial, 1998; y Konrad Lorenz, *El comportamiento animal y humano*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985.

⁹⁶Carl J. Friedrich, «Political leadership and the problem of charismatic power», pág. 19.

⁹⁷Alan Bryman, op. cit., pág. 48.

sentimientos de culpa que han generado la caída de numerosos líderes carismáticos entre aquellos que le apoyaban, cuyo caso más paradigmático es la Alemania post-hitleriana. Otra característica de los líderes carismáticos, la cual es mucho más privativa que las demás, es la *energía o gran vitalidad* del líder. Esta cualidad se expresa en una extraordinaria «habilidad para trabajar una considerable cantidad de horas de lo que pueden muchos hombres *sin signos evidentes de cansancio*»⁹⁸. Esta capacidad de trabajo, de posesión de fuentes energéticas inagotables es un atributo muy ligado al poder, pero hay que hacer constatar que, en muchos casos, el gasto considerable de energía viene seguido de períodos de laxitud que son escondidos por los que rodean al líder. Este gasto de energía tiende a simbolizarse, como es lógico por la imposibilidad de que se esté observando constantemente al líder, mediante imágenes muy descriptivas. La luz encendida en palacio (o residencia presidencial) que, a la vez que inspira confianza, simboliza al líder trabajando por el bien de todos, es un buen ejemplo de este gasto energético del líder carismático. Mientras todos dormimos él aún trabaja. Mario Vargas Llosa en su libro *La fiesta del chivo*⁹⁹ describe perfectamente esta característica en la persona de Trujillo, el dictador dominicano. Según nos narra Vargas Llosa, Trujillo apenas necesitaba dormir cuatro horas al día para estar perfectamente, en condiciones de trabajar durante el resto del día; habría que añadir que la capacidad sexual del dictador hasta los setenta años demuestra esta energía vital del líder carismático, y cómo el gatillazo ante una jovencita o los problemas de próstata son el símbolo del ocaso del líder y del propio régimen dictatorial. Pero la importancia de la energía del líder no radica, o no sólo radica en el simbolismo que se ofrece a los seguidores, además la energía es una cualidad del propio líder que le permite superar a los adversarios y demás prosélitos; él es siempre el primero en esfuerzo: «[Lenin] aportaba a cuanto emprendía una obstinación y una concentración totalmente excepcionales; esa constancia en cualquier esfuerzo que

⁹⁸A. R. Willner, op. cit., pág. 141.

⁹⁹Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*, Madrid, Alfaguara, 2000.

consideraba necesario le confería una gran superioridad sobre todos los que le rodeaban y que muchas veces se mostraban menos consecuentes»¹⁰⁰.

Otra característica concatenada a las anteriores es la *disciplina personal* de los líderes carismáticos. Es una cualidad que también está presente en otros líderes, y en muchas personas, mas lo característico del líder carismático es llevar esa disciplina personal a cotas cercanas a lo enfermizo. Es decir, los líderes carismáticos tienen una disciplina «espartana». Los ejemplos de esta disciplina personal son numerosos entre los fenómenos carismáticos, pero merece la pena recordar la disciplina de Gandhi, la cual trasladaba a sus más cercanos, quien jamás dejaba de realizar sus labores con la tejedora manual, incluso en los momentos de ayuno voluntario —otra imagen que demuestra esa disciplina—, excepción hecha de los momentos críticos que le impedían levantarse de su jubón. La siguiente característica que suele adjudicarse a los líderes carismáticos es la *intuición*, tanto para saber lo que la gente desea como para prever los acontecimientos venideros —no confundir con una capacidad oracular—. Sin embargo, como apunta Alan Bryman, es cuestionable hasta cierto punto que esta sea una cualidad personal del líder carismático porque «puede ser que el líder, que exitosamente lanza proclamas para ser reconocido como carismático, haya desarrollado un conocimiento de lo que los seguidores potencialmente desean, moldeando su misión para que lo que es sentido les llame y focalice sus atenciones en ciertos temas que están conectados con los que ellos [los seguidores] creen que él o ella sabe que desean, cuando de hecho él o ella está engullendo alguno de los deseos y esperanzas de los seguidores en la misión»¹⁰¹. Sorprende la crítica de Bryman porque en el desarrollo de ella aporta las claves de su propia negación. Que un líder desarrolle un conocimiento anterior de lo que los seguidores desean puede venir determinado por dos factores: a) que el líder posea numerosas encuestas que le expresen los deseos de los potenciales seguidores, cuestión muy posible en la época de la democracia de opinión pública; o b) que el conocimiento del líder provenga de un estudio particularizado de la situación de crisis que se está viviendo y, a partir de ahí, exponga

¹⁰⁰Hélène Carrère D'Encausse, *Lenin*, Madrid, Espasa Calpe 1999, pág. 76.

ciertas medidas posibles a los seguidores y acabe decantándose por la más valorada. Si los actos del líder estuvieran determinados por el factor primero, posiblemente, la crítica de Bryman cobraría mucho sentido, aunque el autor desconozca en su texto que la formación de la opinión pública, desde hace muchos años, quizá siglos, no surge espontáneamente sino que está determinada por múltiples factores como los partidos políticos, los medios de comunicación, etc. Empero, la segunda posibilidad es la que mejor encaja con el líder carismático por dos razones. Primera, de la visión del líder, *a priori*, no todas las propuestas son aceptadas sin algún tipo de crítica; esto acontece cuando al líder ya se le ha investido con la toga púrpura del carisma. Y, segunda, como es conocido por todos, los períodos de crisis provocan cambios constantes, y lo que ayer era bueno hoy parece erróneo. El conocimiento de la situación es lo que dota al líder de una capacidad de intuición, al fin y al cabo la intuición es producto del conocimiento (incluso el genético); una capacidad de saber en cada momento lo que es conveniente. A esto nos referimos cuando hablamos de intuición de los líderes carismáticos, no a sextos sentidos.

Una cualidad que se deriva de lo que acabamos de analizar es la *capacidad de aprendizaje y la posesión de una gran inteligencia*¹⁰². Juntamos en una cualidad dual dos características que podrían ser tratadas separadamente, al menos así lo hacen ciertos autores¹⁰³, porque la capacidad de aprendizaje es consecuencia de la posesión de una gran inteligencia y viceversa, es decir, una gran inteligencia que no aprende no es útil. De la inteligencia podemos destacar su rapidez de análisis y de respuesta, pero lo que destaca en los líderes carismáticos es la disposición a aprender constantemente. La combinación de ambas será lo que posibilite la elección de ofertas adecuadas (intuición) a la crisis sistémica. El líder carismático, como se comprueba, no sólo aprende, también es capaz de utilizar lo aprendido con eficacia, es decir posee la suficiente inteligencia como para descartar en cada momento lo que no es necesario o podría resultar molesto. Todo esto

¹⁰¹ Alan Bryman, op. cit., pág. 49.

¹⁰² A. R. Willner, op. cit., pág. 144.

¹⁰³ Cfr. Juan Mateo y Jorge Valdano, *Liderazgo*, Madrid, El País-Aguilar, 1999, pág. 39 y ss.; o Luis Navarro Elola, *El político del siglo XXI*, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1996, pág. 191 y ss.

provoca que, como última cualidad que queremos destacar, el líder aparente tener una personalidad calmada en situaciones extremas. La *capacidad de auto-control* es lo que permite al líder carismático superar con acierto el estrés provocado por la crisis¹⁰⁴; le permite, además, tener la mente fría a la hora de tomar decisiones acertadas. Esta frialdad provoca en los seguidores un sentimiento de confianza y de seguridad, de estar ante un ser inhumano capaz de guiarles incluso en los momentos más turbulentos. No lo hemos mencionado hasta el momento, pero es fácil inferir que la personalidad del líder carismático, o las cualidades que conforman esa personalidad, mejor dicho, no pueden ser consideradas independientemente, todas ellas forman un conjunto que es la propia personalidad carismática. Aun cuando ciertos líderes tengan ciertas cualidades de las mencionadas, es decir, existen líderes con algunas de las cualidades señaladas, la conjunción de todas ellas, ni más ni menos, son las constructoras de la personalidad carismática. En el caso de que faltase alguna, o varias, difícilmente podríamos hablar de una personalidad carismática, porque lo específicamente carismático es la estrecha fusión de unas con otras. Sin la posesión de una el castillo de naipes que es la personalidad carismática se derrumbaría, más tarde o más temprano, al menor soplo de viento crítico.

2.3. *La sucesión del líder carismático.*

Lo expuesto hasta el momento conforma lo que podríamos llamar el líder carismático y sus circunstancias, empero debemos tratar un tema de suma importancia, así lo consideró igualmente Max Weber, para el estudio de lo que significa el liderazgo carismático, la sucesión del líder carismático. Hasta la fecha ningún autor ha seguido la estela marcada por Max Weber respecto a este tema, unos por creer que no tenía importancia el tema de la sucesión en el contexto moderno, otros por negligencia científica o dejadez profesional —lo que queremos expresar con esto es que ciertos autores que han tratado el tema del liderazgo carismático metodológicamente no pasarían la prueba de ningún tribunal científico, al utilizar los esquemas weberianos para criticarlos, sin

¹⁰⁴A. R. Willner, op. cit., pág. 142.

presentar una contrateoría, y recrear una propuesta surgida de no se sabe qué lugares de la historia de las ideas—, y algunos más por la concreción en ciertas personas que, por suerte o desgracia, no pudieron realizar el acto sucesorio. De los líderes carismáticos del siglo XX muy pocos han podido dejar un sucesor en vida, tanto por muerte natural como por asesinato —diferenciando entre aquellos que fueron asesinados por enemigos con la intención de parar el movimiento carismático (caso Gandhi), y aquellos que fueron devorados por sus propios hijos o el signo de los tiempos (caso Mussolini o Hitler)—. Sin embargo, ha habido otros líderes carismáticos que sí han tenido, o les han negado, la posibilidad de dejar un sucesor y que no han sido estudiados. Nosotros creemos que, por mor de la posibilidad de la aplicación de esta metodología al caso que vamos a tratar y por culpa de la honradez científica que todos debemos tener, es necesario incluir el tema de la sucesión del líder carismático en este estudio preliminar, incluyendo las apreciaciones necesarias al único esquema metodológico que poseemos, el patrón de Max Weber.

El esquema weberiano de la sucesión del líder carismático se divide en dos partes, por un lado, la designación del sucesor por medio de la elección (o designación del calificado carismáticamente); y, por otro lado, la designación del sucesor mediante reglas prefijadas. Pero antes de pasar al análisis concreto de los dos modos de sucesión, habría que dejar constancia de la importancia de este modelo para lo que ha supuesto a lo largo de la historia la rutinización del carisma como legitimación de las monarquías, por ejemplo. Entrando en el análisis propio de la sucesión del líder carismático, dijimos que en ciertos casos los líderes carismáticos eligen ellos mismos a su sucesor, es decir, se efectúa una *designación personal* del sucesor¹⁰⁵. Este tipo de elección, que es «un paso dado por la dominación libre basada en la autoridad del “origen”»¹⁰⁶, es el más raro de los tipos ideales weberianos. Y decimos raro no porque se haya utilizado en pocas ocasiones, lo que no sería totalmente cierto, sino porque es un método que, desde el Imperio Romano —ejemplo paradigmático de la sucesión por designación del líder— hasta la llegada de los partidos de masas, su utilización ha sido escasa. En esta parte del modelo dual de sucesión,

¹⁰⁵Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 714.

el líder carismático, antes de cesar en el cargo o morir, elige quién va a ser la persona que le sucederá; en términos más actuales o más en boga, el líder designa a su delfín. La elección del sucesor es aparentemente libre, empero decía Max Weber que realmente no designaba el líder al sucesor sino que sólo había un acto de «“reconocimiento” de que existe el carisma en el pretendiente a la sucesión»¹⁰⁷. A fin de solventar este paso previo de reconocimiento del carisma, normalmente el líder carismático educa al delfín, aunque es consciente el líder de que esas capacidades del líder carismático no son transmisibles mediante la educación. Si no es posible que se transmita el carisma mediante este sistema, ¿cuál es el significado de esta educación?. Ni más ni menos que esperar, hablar de inducción o provocación del carisma sería excesivo, el desarrollo de la capacidad carismática en el delfín; una especie de «prueba, corroboración y selección del hombre cualificado»¹⁰⁸. En el caso que estamos tratando, la justificación de que el líder pueda elegir es sumamente simple. Dentro de la lógica del carisma, el portador del carisma posiblemente sea capaz de encontrar a otra persona con esos dones especiales. El problema es que el carisma se descubre por la carencia de él en uno de los interlocutores, por esta razón, ha habido ocasiones en que los líderes carismáticos han errado en su elección, tanto por la no presencia del carisma en su delfín, como por el empeño, la mayoría de las veces, del líder carismático de transmitir su dominio a algún familiar o amigo íntimo. En los tiempos de la modernidad, la sucesión del líder carismático ha sido similar a lo que hemos explicado, con la diferencia de que ha habido ocasiones en que al líder no le han dejado elegir, o se ha tergiversado y falsificado la elección como ocurrió en el caso del Lenin.

Gracias a la elección del líder como sucesor suyo a un pariente, las sociedades carismáticas tienden a pensar que la *consanguinidad*¹⁰⁹ es un rasgo distintivo de la transmisión del carisma. Mas no sólo se establece la creencia de esta manera, también ante la desaparición precipitada del líder carismático se puede pensar, es decir, la clase

¹⁰⁶Ibídem, pág. 859.

¹⁰⁷Ibídem, pág. 858.

¹⁰⁸Ibídem, pág. 876.

¹⁰⁹Ibídem, pág. 715.

dominante, la élite del poder, puede extender la idea de que el carisma se transmite por la sangre. Así sucedió en la antigüedad, y de esta manera se configuró, mediante la rutinización del carisma, la monarquía hereditaria. Se pasaba del carisma de origen al carisma hereditario, el cual encontraría su legitimación en la tradición, o como decía Max Weber: «Mientras originariamente han sido las propias hazañas las que han ennoblecido, en los tiempos posteriores el hombre es “legitimado” por las acciones de sus antepasados»¹¹⁰. Tras haber analizado la elección del sucesor por medio de la propia elección del líder, el delfinato, y hereditariamente, hay otra forma de elección del líder carismático: mediante un *conciliábulo carismáticamente calificado*¹¹¹. El conciliábulo puede estar formado por el séquito de guerreros o nobles que han acompañado al líder carismático, por un grupo de personas de carácter apostólico, o por un grupo de personas designadas de forma reglada, contando con la legitimación, dependiendo del caso, del poder religioso o militar, o ambos juntos. Los dos casos paradigmáticos de este tipo ideal es la elección del papa de Roma y la elección del rey germánico por parte de varios príncipes. Finalizando el tema de la elección, queda hablar de lo que Max Weber llamaba la *objetivación del ritual del carisma*. Este modo de elección se asienta en la creencia de que el carisma, como cualidad extraordinaria, es transferible por medio de determinada forma de hierurgia como la unción, la imposición de las manos u otro tipo de actos sacros. De las cuatro formas de elección o designación del líder carismático del modelo weberiano, tan sólo dos son susceptibles de ser consideradas como formas no regladas de designación directa, de elección. Tanto la consanguinidad como el uso de un conciliábulo para designar al sucesor son formas totalmente regladas, se elige en función de una reglamentación que decide quién debe ser el sucesor (caso hereditario) y quiénes los miembros del grupo que eligen. Por lo tanto, si bien existe la elección, esta se produce por procedimiento regulados, a diferencia de las otras dos formas de elección donde es el líder mismo quien elige a su sucesor. La sangre elige a un grupo de personas, principalmente la primogenitura, de las que saldrá el sucesor, pero, tal vez, el líder carismático no desease,

¹¹⁰Ibídem, pág. 872.

¹¹¹Ibídem, pág. 714.

como ha ocurrido en ciertas ocasiones, que sus parientes fuesen los que le sucediesen, sino un amigo. Respecto al conciliábulo nada cabe añadir sino que el líder, en esta forma de elección, no cuenta nada a no ser que forme parte del propio grupo, y por su carisma nadie le negará la voluntad, y el grupo ejercería de confirmación de la decisión del líder; y si el líder no forma parte del grupo queda claro que él no elige nada. Por todas estas razones creemos que el modelo debe ser retocado, pasando las dos formas de designación comentadas a formar parte de la designación por medio de normas y/o reglas.

Entre las formas reglamentadas de selección de un sucesor al líder carismático, Max Weber observó que existían dos formas. La primera es la *búsqueda de signos de calificación carismática*¹¹², por medio de una racionalización del carisma que, en este contexto, se entiende que puede ser confirmado por medio de reglas, como sucede con el Dalai Lama. La segunda forma reglada de selección del sucesor se realiza por medio de *oráculos, de la suerte o de otras técnicas de designación*¹¹³. Como ejemplo de la designación del sucesor por medio de los oráculos podemos recordar la historia de Alejandro Magno, el cual era hijo de Nectanebo rey de Egipto, pero que durante gran parte de su infancia se pensó hijo de Filipo de Macedonia, hasta que le fue revelado su origen. Como cuenta el Pseudo-Calístenes, tras la huida del rey Nectanebo de Egipto por ver amenazada su vida, el oráculo del santuario de Serapeo desveló a los egipcios que «ese rey que ha huido regresará de nuevo a Egipto no más viejo, sino rejuvenecido, y someterá a nuestros enemigos los persas»¹¹⁴. De esta forma se designó al sucesor del rey Nectanebo y poseedor del carisma. En esta forma de designación, dejando la suerte a un lado, recaerá con casi total seguridad en brujos, adivinos o profetas el privilegio de la elección del sucesor, ya que serán estas personas, u otras de similar trabajo, los que gracias a su capacidad de lectura o del conocimiento de la lecanomancia¹¹⁵, por ejemplo, determinarán

¹¹²Ibídem.

¹¹³Ibídem.

¹¹⁴Pseudo-Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid, Gredos, 1988, Libro I.3 (pág. 41).

¹¹⁵La lecanomancia, también conocida como la adivinación por librillo, era un método de profetizar el futuro mediante la interpretación del movimiento del agua en un cuenco y de las formas que adoptaban otros líquidos sobre el agua, generalmente aceite. Esta técnica de adivinación era un procedimiento bastante

la sucesión, la persona que será aupada al poder, y, seguramente, se les nombres asesores personales del propio regente. Entre las otras técnicas de designación nos gustaría ofrecer, brevemente, un ejemplo de esta peculiar forma de reconocimiento del carisma. El mito del rey Arturo y la espada Excalibur —da lo mismo seguir la versión del yunque o de la ninfa que salió del lago— nos cuenta que sólo aquél que poseyera la espada sería el designado como rey de Inglaterra, o de los sajones. La espada no es la que concede el carisma como se podría pensar, sino que la persona carismática es la única que podía tener la espada.

Con el análisis de la sucesión damos por concluido el estudio del líder carismático, no sin antes realizar una recapitulación de las características del líder carismático:

1. El líder carismático surge en épocas del crisis y/o estrés del sistema.
2. Se produce una fusión emotiva entre el líder y los seguidores que acaba provocando una sumisión total de los seguidores respecto al líder.
3. Los seguidores tienen una percepción divinizada del líder.
4. Para la concesión del carisma al líder influyen la dificultad y el peligro envolvente de la acción.
5. La representación del líder carismático tiende a ejercerse o bien como líder totémico o bien como líder mosaico.
6. El liderazgo carismático comporta una tendencia a la tiranía, el absolutismo o la dictadura.
7. El líder carismático es partidario del consenso, nacionalista, colectivista, independiente del poder y un «outsider» político.
8. Los rasgos definitorios del líder carismático son: una gran capacidad oratoria; dogmático respecto a la visión y la misión; transmite confianza y tiene una fe ciega en sus posibilidades; transmite la sensación de tener energía y vitalidad; la disciplina personal;

utilizado en la antigüedad y que, en nuestros tiempos, todavía utilizan ciertas personas que se dedican a la «predicción».

intuitivo por el conocimiento de la situación; inteligente y con una enorme capacidad para el aprendizaje; y capaz de autocontrolarse incluso en los momentos más tensos.

CAPÍTULO 6º: LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL MARCO DEL LIDERAZGO.

«El partido es hoy más bien una gigantesca y multiforme máquina, cada vez más catódicamente orientada, además de un aparato democrático que crece sobre sí mismo. Tiene necesidades de dinero permanentemente en aumento y desarrolla un interés autorreferente a su propia existencia, reproducción y expansión, primero paralelo a los intereses que debería representar, pero rápidamente autónomo y dominante respecto a ellos»

Paolo Flores d'Arcais

INTRODUCCIÓN

Los líderes, políticos y sociales, siempre han necesitado, a lo largo de la historia, de una institución —compréndase el término tanto desde una perspectiva sociológica como desde una perspectiva politológica— que garantizase ese liderazgo. En unas ocasiones la organización o la institución surgieron *a posteriori*, como puede ser el caso de los líderes fundadores; y en otras ocasiones surgían los líderes de esas organizaciones e instituciones ya establecidas. En el marco de nuestro análisis (la democracia liberal representativa) hay un tipo de organizaciones que son las más importantes, aunque no las únicas, en cuanto al fomento de la aparición y actuación de los líderes políticos; nos estamos refiriendo a los partidos políticos. Cualquier intento de actuar en política decisivamente pasa por la integración en un partido político; incluso en las ocasiones en que el líder es exterior al mundo de los partidos, se hace necesario la creación de este tipo de organizaciones. Recuérdese que un líder político como Charles de Gaulle fundó su propio partido o que, cuando menos, muchos líderes fuera de los partidos han necesitado de organizaciones sociales para dar el salto al mundo de la política decisiva. Por esta razón hemos decidido incluir un breve estudio de los partidos políticos, y

la relación que establecen con el líder político o con el manager político, ya que resultará de vital importancia para el desarrollo posterior de nuestra tesis doctoral.

1.) APROXIMACIÓN A LOS PARTIDOS POLÍTICOS.

1.1. La definición de partido político.

La mayoría de los tratados sobre los partidos políticos suelen comenzar con la definición de su objeto de estudio, como nosotros hicimos en la propedéutica, por lo que no vamos a cambiar esa tendencia, aunque, eso sí, no escudriñaremos todos los lazos e intersecciones que llevan a la definición del concepto; tan sólo nos limitamos a optar por una de las diferentes definiciones presentadas. Siguiendo una perspectiva histórica, Edmund Burke en su obra *Thoughts on the Cause of the Present Discontents* definía al partido político como «un conjunto de hombres unidos para fomentar, mediante sus esfuerzos conjuntos, el interés nacional, basándose en algún principio determinado en el que todos sus miembros están de acuerdo»¹. La definición tenía sentido en 1770, pero para un análisis más cercano a nuestros días parece que aquélla se encuentra un tanto alejada de la realidad, entre otras cosas, porque el interés nacional no es la base de un partido político, o al menos no es la única base. Con el transcurrir del tiempo, algo más de un siglo, Max Weber definió el partido político como aquellas «formas de socialización que descansando en un reclutamiento (formalmente) libre, tienen como fin proporcionar poder a sus dirigentes dentro de una asociación y otorgar por ese medio a sus miembros activos determinadas probabilidades ideales o materiales (la realización de los fines objetivos o el logro de ventajas personales o ambas cosas)»². La definición de Max Weber sólo hace referencia a la consecución del poder por el poder, dejando los fines ideales en un segundo plano. Los partidos políticos no quieren el poder por el poder para repartirse los beneficios que derivan de él, que es el marco que parece tener en mente Max Weber; quieren el poder

¹ Edmund Burke, «Partido y representación», en Kurt Lenk y Franz L. Neumann (eds.), *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Barcelona, Anagrama, 1980, pág. 82.

para algo más. De no ser así Mosei Ostrogorski tendría razón al pensar que los partidos políticos sofocan la participación independiente en el proceso político —que en parte lo hacen—, por lo que tales organismos políticos serían como «un virus tan fuerte que envenenaría la sangre de la comunidad»³. El politólogo francés Maurice Duverger desestimó realizar una definición concreta de lo que es un partido político en su estudio sobre estos, porque carecía de cierta importancia tal definición, aunque sí hablaba de partidos modernos que podrían ser catalogados como esas «vastas organizaciones populares que enmarcan a la opinión pública en las democracias modernas»⁴.

Hasta ahora no hemos dado con una definición mínima de lo que un partido político es; pero no es de asombrar cuando los propios especialistas, nuestros maestros de la ciencia política, tampoco han acertado a definir su propio objeto de análisis, o mejor dicho, lo han definido de acuerdo a la perspectiva que seguían en sus trabajos. Desde una posición behaviorista y sistémica, Samuel Eldersveld definió al partido político como «un sistema político en miniatura. Tiene una estructura de autoridad... Tiene un proceso representativo, un sistema electoral y subprocesos para reclutar dirigentes, definir objetivos y resolver conflictos internos del sistema»⁵. Es decir, un partido es aquello que es. Evidentemente definir y conceptualizar el partido político es problemático y difícil por lo visto hasta ahora; y ello es debido, como comentan algunos autores, a que existe cierto impedimento para establecer criterios objetivos que sirvan para todos los tipos de sociedades. Por esta razón, Lenk y Neumann nos advierten de que «el concepto de partido político sólo se puede formular teniendo en cuenta la situación de una sociedad, con

²Max Weber, *Economía y sociedad*, México D.F., FCE, 1993, pág. 228.

³Mosei Ostrogorski, *Democracy and the organization of political parties*, Chicago, Quadrangle Books, 1964, pág. 346, citado en Susan Scarrow, *Parties and their members*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pág. 3.

⁴Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, México D.F., FCE, 1974, pág. 15.

⁵Samuel J. Eldersveld, *Political parties: a behavioral analysis*, Chicago, Rand McNally, 1964, pág. 1, citado en Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pág. 95. De la misma manera Dowse y Hughes afirman que el partido puede ser conceptualizado como «una alianza de subestructuras o coaliciones». Robert E. Dowse y John A. Hughes, *Sociología política*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pág. 431.

atención a ciertos rasgos fundamentales de su constitución política»⁶. No es totalmente cierto lo que afirman los autores alemanes, en primer lugar, porque el concepto de partido político es universal, es decir, en determinada época histórica tiene la misma significación para todas las personas, independientemente de la sociedad en la que vivan —se podría decir que el concepto de partido político es abstracto con referencias a la realidad, pero no es plausible hacer depender al sujeto del objeto—; y, en segundo lugar, querer definir al partido político en relación con la constitución propia de cada Estado es una argumentación jurídica —los autores pertenecen a la rama jurídica de la Teoría política como es bien conocido por todos— y absurda, pues establece que se puede juzgar a una persona por lo que es su hijo. Explicamos esto último. Las constituciones de las diferentes sociedades fueron creadas, en algunos casos, antes de la formación de los partidos modernos, pero en otras sociedades las constituciones fueron hechas por los partidos políticos, son hijas de los partidos políticos. No encontramos, metodológica y científicamente hablando, argumentos que defiendan la afirmación de Lenk y Neumann, porque dentro de un sistema de gobierno similar, con sus especificidades pero idéntico en sus principios, debe ser posible llegar a una conceptualización, cuando menos, mínima. Por ejemplo, el concepto de democracia representativa significa lo mismo en Gran Bretaña que en España, aunque la plasmación objetiva de ese concepto difiera en las formas, que no en los contenidos.

El politólogo Juan Hernández Bravo de Laguna ha propuesto como definición mínima, o la única posible como él dice, aquella que expresa que «determinadas organizaciones de muy variada condición son percibidas como tales partidos políticos y denominadas en consecuencia, mientras que otras no. Y que esas diferentes percepciones parecen depender muy estrechamente de que a esas organizaciones se les reconozca una cierta posibilidad, expresa o latente, de actuar en la escena política o de participar activa y

⁶Kurt Lenk y Franz L. Neumann, «Introducción», en *Ibíd.* (eds.), op. cit., pág. 61.

hasta pasivamente en procesos políticos»⁷. La definición es tan mínima que termina por no realizar una conceptualización del partido político. Detengámonos en la definición. Se dice que los partidos son organizaciones de muy variada condición, lo que es cierto, pero que son percibidas como lo que son; o sea que aquellos partidos que no sean percibidos como tales no lo son. Sobre la percepción y sus extrañas aventuras llevan escribiendo los filósofos siglos, por lo que dirimir qué es un partido político según la percepción es cuando menos tarea titánica. A esto habría que añadirle que la percepción depende de si los partidos tienen posibilidades de actuar en la escena política —concepto liviano donde los haya—, y participar activa y/o pasivamente en procesos políticos. Si la escena política queda definida como los parlamentos de cualquier condición, existen numerosos partidos políticos que no actúan en la escena política. Si se habla de procesos políticos en referencia a las elecciones, el espectro de los partidos se amplía muchísimo, aunque deja fuera a aquellos partidos que por su naturaleza anti-sistema no pueden, legalmente, participar en las elecciones, pero no dejan de ser partidos —como ocurre en Alemania con el partido nazi o los partidos con esta tendencia—. Debemos, pues, seguir buscando esa definición mínima. Alan Ware ha propuesto como definición mínima que un partido político sea considerado como «una institución que (a) busca la influencia en un Estado, a menudo intentando ocupar posiciones de gobierno, y (b) usualmente posee más de un solo interés en la sociedad y, en algún grado, intenta “agregar intereses”»⁸. La definición propuesta por Alan Ware concuerda con lo que piensa Ramón Cotarelo, quien tras dirimir con la dificultad de conceptualizar al partido político acertó a decir que éste se podría definir mínimamente como:

«Toda asociación voluntaria perdurable en el tiempo, dotada de un programa de gobierno de la sociedad en su conjunto, que canaliza determinados intereses sectoriales (la idea del “partido de todo el pueblo” sólo puede ser una falacia o una distracción) y que aspira a

⁷Juan Hernández Bravo de Laguna, «La delimitación del concepto de partido político. Las teorías sobre el origen y evolución de los partidos», en Manuel Mella (ed.), *Curso de partidos políticos*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1997, pág. 33.

⁸Alan Ware, *Political parties and party systems*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pág. 5.

ejercer el poder político o participar en él, mediante su presentación reiterada a los procesos electorales, si bien este último rasgo no tiene por qué ser inexcusable»⁹.

Entre las características de esta definición podemos destacar lo siguiente: en la definición se incluye una referencia al ejercicio del poder, algo fundamental para considerar a una organización como partido político —porque como dice Ignacio Sotelo «ningún partido político tiene que justificarse o disculparse por aspirar al poder. Todo lo contrario, si en su táctica no se descubre esa meta no hay forma de tomarlo en serio (...) un partido político no es un club para debatir ideas o programas ni un respaldo moral para criticar en grupo las relaciones sociales dadas»¹⁰—; el programa de gobierno es fundamental, por muy liviano que sea el programa, para descubrir entre diferentes organizaciones cuál es el partido político; pero, como también señalaba Alan Ware, incluir los intereses sectoriales como un elemento descriptor del partido político es describir casi lo que es el partido, porque, al fin y al cabo, los partidos son los vehículos del liderazgo colectivo. Una vez definido el objeto de nuestro análisis podemos pasar al estudio de las funciones de los partidos políticos.

1.2. *Las funciones de los partidos políticos.*

Dentro de cualquier sistema político moderno —concretando se puede decir que dentro tanto de los sistemas democrático liberales como de los totalitarios— los partidos políticos cumplen ciertas funciones tanto sociales como político-institucionales. Estas funciones son las que vamos a intentar desentrañar en este apartado centrándonos, lógicamente, en las funciones de los partidos en los sistemas democráticos representativos. Los autores que han estudiado las funciones de los partidos políticos son muchos, por lo que hemos decidido emplear las aportaciones de tres investigadores españoles (Ramón Cotarelo, Manuel Martínez Sospedra y Manuel Alcántara), por su concreción y

⁹Ramón Cotarelo, *Los partidos políticos*, Madrid, Sistema, 1996, pág. 14.

¹⁰Citado en Antonio García Santesmases, *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Barcelona, Anthropos, 1993, pág. 370.

profundidad, en detrimento de otros posibles autores. Para Manuel Alcántara serían cinco las funciones ejercidas por los partidos políticos: 1) la socialización política; 2) la movilización de los ciudadanos; 3) la legitimación del sistema político; 4) la representación de la sociedad; y 5) la operatividad del régimen político. Aunque, según el autor tan sólo las dos últimas serían las funciones básicas todavía desarrolladas por los partidos políticos¹¹. Coincide numéricamente Manuel Martínez Sospedra con el anterior autor al considerar que las funciones de los partidos políticos se pueden reducir a cinco: 1) Postulación de proyectos políticos de carácter global; 2) Agregación y jerarquización de intereses; 3) Comunicación, orientación y control de los órganos políticos de poder; 4) La función electoral; y 5) La selección y reclutamiento de personal político¹². Las dos propuestas son correctas en la exposición de las funciones desarrolladas por los partidos, sin embargo, echamos en falta una referencia mucho más explícita al papel de los partidos políticos como, dicho en términos liberales, intermediarios entre el Estado y la sociedad. Como dice Ramón Cotarelo, los partidos son *construcciones bípedas* que tienen un pie a cada lado del espectro de la formación social, por lo que los partidos políticos tienen dos tipos de funciones: las sociales, por un lado, y las institucionales, por otro¹³. Respecto a las funciones sociales que cumplen los partidos destacan: 1) la socialización política; 2) la organización (y movilización) de la opinión pública; 3) la representación y articulación de intereses plurales; y 4) la legitimación del sistema. Por su parte las funciones institucionales que propugna Ramón Cotarelo son: 1) el reclutamiento y selección de élites; 2) la organización y realización de elecciones; 3) la organización y el funcionamiento del Parlamento; y 4) la composición y funcionamiento del Gobierno. La propuesta de Cotarelo no excluye las otras propuestas, es más, permite su inclusión en el esquema, el cual será el que utilicemos en la explicación de las funciones de los partidos.

1.2.1. *Las funciones sociales de los partidos políticos.*

¹¹Manuel Alcántara, «La tipología y funciones de los partidos políticos», en Manuel Mella (ed.), op. cit., (37-58), pág. 51.

La *socialización política*, incluso cultural, ha sido sin lugar a dudas la función social más destacada, sobre todo con el advenimiento de los partidos de masas, pero en la actualidad se observa un declinar constante de esta función. La incidencia de los medios de comunicación o la universalización educativa, por citar algunos ejemplos, han desviado la socialización política desde el partido —donde ahora se aprende más a conocer una terminología vaga y de carácter psuedotécnico, que a conocer realmente el significado de la propia política, con lucha de clases o sin ella— a otros centros de referencia. Las personas que deciden afiliarse a un partido actualmente no necesitan —al menos creen no necesitar— socializarse en términos políticos, pues llegan con un bagaje político exterior. Sin embargo, todavía la socialización política tiene un sentido en el ámbito de los partidos: permite concienciar a cierto número de personas, las cuales aseguran la existencia de un núcleo duro de militantes lo que, por su parte, favorecería a aumentar el nivel de actividad interna y externa del propio partido político. La socialización política podríamos calificarla como aquel proceso «mediante el que la gente adquiere ciertos patrones y valores de comportamiento»¹⁴. Los partidos de izquierda, sobre todo los partidos del arco socialista y comunista, hicieron de la socialización una de sus fuentes de incorporación de personas a sus partidos; baste recordar la importancia que se concedía a las secretarías de formación de este tipo de partidos —personas muy vinculadas a la educación y al pensamiento han ocupado estos cargos—. Pero no podemos decir que hoy en día la formación tenga el carácter y el prestigio que en épocas anteriores; más bien parece una forma de *s-elección* de los cuadros de los partidos. Manuel Alcántara cree encontrar las causas de la crisis de la función socializadora de los partidos. Para él la afluencia de numerosas informaciones a los cerebros (receptáculos) de las personas y el comportamiento individualista son los factores de que en la actualidad los partidos políticos sean «inservibles como instrumentos de formación de una determinada conciencia colectiva»¹⁵.

¹²Manuel Martínez Sospedra, *Introducción a los partidos políticos*, Barcelona, Ariel, 1996, pág. 24 y ss.

¹³Ramón Cotarelo, op. cit., pág. 90 y ss.

¹⁴Manuel Alcántara, op. cit., pág. 44.

¹⁵Ibídem, pág. 49.

A estos dos elementos habría que añadir el factor educativo, como dijimos anteriormente, porque no hay que olvidar que la socialización política, particularmente en los partidos obreros, comenzaba enseñando a leer y a escribir a las gentes en las Casas del Pueblo —por utilizar una acepción española—, por ejemplo; a partir de y, también, durante esta primera etapa de aprendizaje, los activistas de los partidos comenzaban a socializar políticamente a las personas que comenzaban a vincularse a la organización. Pero no sólo había componentes políticos en la socialización, sino también culturales como bien ha advertido Ramón Cotarelo¹⁶. Recuérdense las críticas que se vertían unos militantes a otros por su talante pequeño burgués, o las recomendaciones del Comité Central del PCUS advirtiéndole que tipo de cultura era proletaria y cual burguesa. Esta función de socialización cultural, que parecía haber fenecido, sigue actuando en nuestros días, eso sí fomentada por los medios de comunicación. Actualmente sigue siendo de izquierdas o de progresistas —palabra etérea donde las halla— leer a ciertos autores o escuchar cierto tipo de música —el mayor paroxismo es la crítica por la lectura de según qué diarios o la escucha de según qué frecuencias hertzianas—; todo lo que no se adecue a eso es visto como desviacionismo en el mejor de los casos, o de antigualla en la mayoría —leer a Karl Marx ya no es de izquierdas—. La verdad es que las críticas ya no implican la apostasía de antaño, pero sigue existiendo un cierto tipo de socialización cultural por parte de los partidos.

La siguiente función social que desarrollan los partidos políticos, y que no puede desligarse de la anterior, es la *organización y movilización de la opinión pública*. La opinión pública, que realmente no sabemos lo que es pero tiene una gran fuerza, es sin duda el elemento sobre el que los partidos políticos tienen un mayor control en la actualidad, un control en todo caso menor que hace años por la fuerte presencia de los medios de comunicación —Ralph Miliband decía que los directores de los medios de comunicación se mostraban indiferentes a la política hasta que había algo que iba contra sus intereses (comerciales o de clase), a partir de ese momento se activaba la creación de

¹⁶Ramón Cotarelo, op. cit., pág. 93.

opinión pública de los medios¹⁷—. Por lo tanto, podemos decir que tanto los partidos como los medios de comunicación son los hacedores, de una u otra forma, de la opinión pública. La función de crear opinión pública, antes instalada sólo en el Parlamento, es compartida, pero la organización de esa opinión pública sigue estando en manos de los partidos políticos, pues son los que, al fin y al cabo, ostentan el poder político. La función de organización de la opinión pública la realizan los partidos políticos, por su naturaleza de enlace entre la sociedad y el Estado, mediante la transmisión y la concreción de los discursos. Realmente son una especie de canales de transmisión. ¿Y cómo logran esto? En primer lugar, hablando en términos sistémicos, introducen varios *inputs* en el sistema, observan como son recibidos por el sistema, y esperan a ver los *outputs* para, con las modificaciones pertinentes, retroalimentar al sistema. Expresado en la lengua de Cervantes, publicitan ideas para ver cómo son aceptadas por las personas, y aquellas que permean positivamente entre los ciudadanos se retoman para su puesta en práctica; las que no son del gusto de las personas o bien son rechazadas o bien se modifican. En segundo lugar, otra forma de organizar la opinión pública es realizar numerosas encuestas de opinión para saber los gustos del resto de conciudadanos y elaborar políticas que, sin ser opuestas al ideario del partido, coincidan con las respuestas de los sondeos. Así los partidos pueden postular proyectos políticos de carácter general, los cuales reflejan las preferencias de aquellos que se acercan al ideario del partido. La importancia de los sondeos de opinión no debe ser escatimada en la actualidad, ya que éstos ayudan a la organización de la opinión pública pacificándola y, muy entre comillas, «acercando» la voz del ciudadano a los partidos políticos. Por último, los partidos organizan la opinión pública mediante la explotación de las divisiones sociales (*cleavages*). Pero han de tener cuidado porque no pueden inventarse nuevas líneas de fractura a voluntad. «No todas las divisiones son posibles porque antes de las decisiones de los candidatos existen ya las diferencias sociales, económicas y culturales»¹⁸.

¹⁷Ralph Miliband, *Socialismo para una época de escepticismo*, Madrid, Sistema, 1997, pág. 51.

¹⁸Ibídem, pág. 273.

La función socializadora y la función de organización de la opinión pública son los elementos sobre los que se asienta el proceso de movilización de los ciudadanos. Es más, sin la actuación previa de las dos funciones anteriores, bien a través de los partidos, bien gracias a los medios de comunicación, se vuelve complicado movilizar a las personas. Manuel Alcántara resume nuestro análisis perfectamente cuando afirma que «todo proceso de movilización trata de influir en las tres variables que suponen la reducción de las reclamaciones contendientes sobre los recursos por parte de aquellos que se movilizan, el desarrollo de un programa que corresponde con los intereses percibidos por los actores movilizados y la construcción de una estructura grupal mínima»¹⁹. Empero, expresa sus dudas sobre la posibilidad de que esta función la desempeñen los partidos políticos todavía; más bien la capacidad movilizadora habría que encontrarla en los nuevos movimientos sociales o en «formas de comunicación individualizantes»²⁰. Aun siendo cierto que los movimientos sociales parecen ser los que ahora congregan la movilización ciudadana, es indudable que o bien son movimientos consentidos y/o dirigidos por los propios partidos políticos —numerosas *oenegés* dependen de los partidos políticos o tienen vínculos más allá de lo afectivo; otras dependen del propio Estado, y por consiguiente de los políticos, para poder sobrevivir—, o son muestras de rebeldía juvenil, salvo raras excepciones. El pesimismo del profesor Alcántara debería, a nuestro parecer, incidir en la falta de movilización general, y creemos que la causa se encuentra en la incapacidad de los partidos políticos de activar la mística que necesitan las colectividades. «La colectividad necesita una mística que es el querer colectivo, que es el apuntar a una trascendencia a la luz de su propia filosofía. Y son los partidos políticos los que movilizan y dinamizan la energía social y vital de la sociedad, hacia una trascendencia que viene a ser su finalidad. (...) De otra forma, el dominio político quedaría asimilado a un simple acto de gestión y la sociedad se moriría por la degradación de la energía vital»²¹.

¹⁹Manuel Alcántara, op. cit., pág. 45.

²⁰Ibidem, pág. 49.

²¹Carlos Hugo de Borbón Parma, *La vía carlista al socialismo autogestionario*, Barcelona, Grijalbo, 1977, pág. 255.

La *representación y articulación de intereses plurales* es una función que está imbricada con total claridad con las anteriores funciones. Si sobre la articulación de los intereses ya hemos apuntado su matriz al hablar de la organización de la opinión pública, ya que los partidos, al reducir las demandas sociales a la unidad, están seleccionando estas demandas de acuerdo al ideario que poseen, e inyectando cierta coherencia dentro de la vida política. Debemos ahora referirnos a la representación de intereses, y decimos intereses porque, por mucho que lo nieguen ciertas escuelas de la psicología, no hay acción humana colectiva «de la que pueda decirse con visos de verosimilitud que sea desinteresada»²². Por consiguiente, los partidos políticos representan intereses —es parte de su naturaleza interior y filosófica— que podríamos catalogar como colectivos. Hasta hace pocos decenios —digamos como criterio abstracto que no científico que hasta mediados o finales de los años 1970's— estaba bastante claro los intereses que defendían los partidos políticos, en Europa al menos, porque eran la «viva expresión de la lucha de clases». Sin embargo, en la actualidad conocer los intereses que representan los partidos es mucho más difícil, por la difuminación del componente ideológico y porque, en su pretensión de alcanzar el centro político —que políticamente es imposible como decía Duverger²³—, los partidos políticos han incorporado en sus programas de gobierno y en sus idearios numerosas aportaciones que hace años eran impensables. Además, ciertos partidos en ciertas circunstancias apelan a intereses sumamente emotivos —el interés nacional, por ejemplo—, intereses que realmente esconden en su interior otro tipo de pretensiones. Los intereses que pretenden representar los partidos políticos son plurales, no por el giro al centro que también, sino porque son un reflejo de la sociedad en la que

²²Ramón Cotarelo, op. cit., pág. 99.

²³«Todo centro está dividido contra sí mismo al permanecer separado en dos mitades: centro-izquierda y centro-derecha. Ya que el centro no es otra cosa que la agrupación artificial de la fracción derecha de la izquierda y la fracción izquierda de la derecha. El destino del centro es ser separado, sacudido, aniquilado; separado, cuando una de sus mitades vota por la derecha y la otra por la izquierda; sacudido, cuando vota en bloque, bien por la derecha, bien por la izquierda; aniquilado, cuando se abstiene. El sueño del centro es realizar la síntesis de aspiraciones contradictorias: pero la síntesis no es más que un poder del espíritu». Maurice Duverger, op. cit., pág. 243.

actúan y, por lo tanto, describen y defienden las líneas de fractura social²⁴. La existencia de fracturas sociales no quiere decir que los partidos estén obligados a defender un sólo interés, al contrario defienden varios intereses, pero predomina el que marca a la sociedad dada, de ahí que defiendan intereses plurales; se puede defender el socialismo y el ser flamenco, o una confesionalidad y ser liberal, por ejemplo.

La siguiente función social que vamos a analizar, y última de nuestro esquema, es la *legitimación del sistema*, la cual es de por sí una de las más importantes, sino la más importante, ya que de ella depende la propia subsistencia del sistema. No vamos a entrar en este espacio a dilucidar lo que significa la legitimación porque, como ha observado el profesor Cotarelo, es difícil introducir un criterio que sirva para determinar qué es legítimo o no²⁵. Tan sólo diremos que los investigadores analizados aquí han observado que la articulación de la discusión pública, la integración de intereses en los propios partidos, o la canalización del apoyo de las personas en las reglas del juego son factores de legitimación. Es posible, incluso, aceptar que la propia existencia de los partidos políticos, como referentes del sistema de gobierno más adecuado y democrático de la actualidad, es una forma de legitimación. Pero esta identificación de la legitimidad con la existencia de los partidos puede acabar degenerando en lo que se ha dado en llamar como *partitocracia*, donde los partidos «llegan a absorber el papel de elementos sustantivos del régimen político y adquieren intereses autónomos»²⁶.

1.2.2. *Las funciones institucionales de los partidos políticos.*

A la vista de lo que son actualmente los sistemas políticos, las funciones institucionales son obvias y predecibles. Por esta razón, no nos vamos a extender más de lo necesario para que queden explicadas y comprendidas. *El reclutamiento y selección de la élite* es consecuencia directa de que los partidos políticos monopolicen prácticamente la

²⁴Cfr. Stefano Bartolini y Peter Mair, *Identity, competition and electoral availability*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990 (especialmente el capítulo número 9).

²⁵Ramón Cotarelo, op. cit., pág. 102 y ss.

actividad electoral²⁷; tan sólo en sistemas electorales con circunscripciones uninominales cabe la posibilidad, remota que no imposible, de que una persona pueda optar a participar en el Parlamento; donde hay sistemas plurinominales y de lista (abierta o cerrada) se hace complicado la incursión de extraños a los partidos políticos. La monopolización de la actividad electoral por parte de los partidos, no implica que no haya posibilidad alguna para personas que, estando fuera del contexto partidista, pretenda acceder a puestos legislativos. La participación de estas personas se canalizará a través de los partidos políticos, pero no tendrán que ser miembros del partido para acceder a las listas electorales²⁸. Fruto de este monopolio de los cargos es la profesionalización de los políticos —también actúan ciertos factores orgánicos, sociales y económicos que analizaremos en otro momento—, lo que repercute en la vida política media de los actores individuales, la cual ha aumentado considerablemente respecto a tiempos anteriores. La consecuencia de esto, a lo que habría que añadir el giro al centro de la mayoría de los partidos —los mal llamados «partidos de gobierno»—, es la formación de una élite cohesionada, moderada y corporativista²⁹. Bertrand de Jouvenel ya lo dejó dicho: «*Hay más parecido entre dos diputados de los que uno es un revolucionario que entre dos revolucionarios entre los que uno es diputado*».

Si los partidos políticos monopolizan el factor electoral se entiende que presten la función de *organización y realización de elecciones*. La aplicación de esta función conlleva ciertas ventajas como pueden ser la focalización en propuestas (programas de gobierno), más o menos, claras y definidas, el incremento del valor moral del voto que no se centra tan sólo en las personas, y el ahorro económico y mental por estar encargados ellos del desarrollo de las campañas electorales. Entre los inconvenientes encontramos la

²⁶Manuel Alcántara, op. cit., pág. 50.

²⁷M. Martínez Sospedra, op. cit., pág. 26.

²⁸Ramón Cotarelo, con una perspectiva histórica, ha observado que, en el proceso de selección de la élite, hay personas del mundo económico —organizaciones patronales y sindicales— y del mundo profesional —universidades, colegios profesionales, etc.— que son incluidas en las listas de los partidos. Op. cit., pp. 105 y 106.

reducción de la participación al hecho electoral, cuando la sociedad está más informada que nunca, el desfase energético de los debates entre los períodos electorales y el resto de las legislaturas, y la reducción del ciudadano a mero votante. Las siguientes funciones de los partidos, que son dos pero bien podrían condensarse en una sola, son consecuencia directa del propio sistema político. Por un lado, está la *organización y funcionamiento del Parlamento*, donde los partidos políticos legislan, debaten —en Pleno o Comisiones—, controlan al Gobierno (y su acción), y elaboran las políticas públicas de la forma y manera en que se encuentra reglamentado en los diferentes parlamentos³⁰. Sin embargo, la «apropiación» del parlamento por los partidos políticos ha convertido a éste en un lugar de «acatamiento disciplinado de las decisiones adoptadas en los estados mayores de los partidos»³¹, sustituyéndose las funciones deliberativa y controladora por mecanismos de exhibicionismo personalista y de aclamación. Por otro lado, el partido o coalición de partidos que obtienen mayoría, principalmente, realizan la función *de composición y funcionamiento del Gobierno*. Lo que significa que tienen el poder de iniciativa parlamentaria y de orientación de los órganos políticos del poder. Por su parte, el gobierno, como los partidos políticos en general, ven reducida su capacidad de elaboración y puesta en funcionamiento de políticas debido a la creciente importancia de las estructuras corporativas, las cuales cuidan con fuerza sus áreas específicas de influencia de todo tipo³².

1.3. *La tipología de los partidos políticos.*

La ordenación de los partidos bajo una tipología eficiente y que se ajuste someramente a la realidad ha sido cuestión fundamental para los investigadores de los partidos. El sustrato de las clasificaciones ha variado desde el componente ideológico hasta

²⁹ «La profesionalización de los políticos (...) tiende, en gran medida, a producir una élite política con mayor tendencia a la cohesión, a la solidaridad grupal y también a las actitudes flexibles y moderadas en los pronunciamientos programáticos». *Ibídem*, pág. 108.

³⁰ *Ibídem*, pág. 47.

³¹ *Ibídem*, pág. 113.

³² José Vilas Nogueira, «La organización de los partidos políticos (II)», en Manuel Mella (ed.), *op. cit.*, (85-114), pp. 89 y 90.

la forma del propio partido, pasando por fórmulas mixtas. Nuestra elección metodológica es utilizar la nominación más común entre los politólogos, clasificación que tiene componentes que van desde el plano organizativo hasta la imbricación con el Estado. Antes de dar comienzo a nuestro análisis nos gustaría, sin embargo, dar muestra de una clasificación que tiene como base la ideología del partido y que fue propuesta por Klaus von Beyme. Según el pensador alemán se podría clasificar a los partidos como:

«a) Partidos Liberales y Radicales; b) Partidos Conservadores —se refiere a los partidos que se opusieron a los liberales y radicales en el siglo XIX; hoy en día se asemejan a los liberales—; c) Partidos Socialistas y Socialdemócratas; d) Partidos Demócratacristianos; e) Partidos Comunistas; f) Partidos Agrarios —propios de los países con un marcado cleavage entre campo y ciudad—; g) Partidos Étnicos y Regionales; h) Partidos de extrema derecha; e i) Movimientos ecologistas»³³.

1.3.1. *Partidos de notables y partidos de masas.*

El primer tipo de partido que vamos a analizar es el *partido de notables* (*Cadre Party*), el cual responde a la necesidad de incorporar a personajes influyentes, de prestigio para preparar las elecciones ayudando al candidato a conseguir los votos necesarios, a personas técnicas para preparar y organizar la campaña electoral y/o a personas del mundo de las finanzas³⁴. También se adhieren personas con el suficiente dinero y prestigio para optar, por ellos mismos, al cargo político, el cual es visto como una defensa de sus intereses y como algo secundario y prestigioso. Este tipo de partido tiene una organización rudimentaria, prácticamente se reduce a lo que los británicos llaman comités electorales, y cuya relación con los electores no se basa tanto en mecanismos de delegación como de confianza. Con la extensión del sufragio universal —votaban todos los hombres mayores de edad—, este tipo de partidos fueron dejando paso a los *partidos de masas*, cuya

³³Klaus von Beyme, *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, Madrid, CIS, 1986, cap. 2 (pp. 35-197).

³⁴Maurice Duverger, op. cit., pág. 94; y Alan Ware, op. cit., pág. 65.

característica organizativa es la construcción de una organización fuerte y extensa (todo el territorio), similar a la burocracia estatal, que cuenta con la emergente figura del político a tiempo completo, o profesional. El proceso de extensión organizativa y de estabilización e incremento de la afiliación tenía dos finalidades: por un lado, una finalidad económica, conseguir el suficiente dinero para financiar el partido —pago a parlamentarios, campañas electorales, etc.— y desmarcarse de los circuitos de financiación capitalista; y, por otro lado, existía una finalidad política, cuantos más miembros tuviese la organización mayor capacidad para socializar a las personas, conseguir un grupo dirigente capaz de gobernar y aumentar, lógicamente, el poder de la propia organización³⁵. El prototipo de este tipo de partidos, según Duverger, eran los partidos obreros (socialistas, socialdemócratas y comunistas) de finales del siglo XIX y principios y mediados del siglo XX. El autor británico Alan Ware cree, por su parte, que no todos los partidos de notables permutaron hacia el tipo de partido de masas, sino que, siguiendo el desarrollo histórico del Partido Conservador británico y los partidos estadounidenses, se podría hablar perfectamente de *partidos híbridos*³⁶. Lógicamente lo que hemos expuesto son modelos ideales y el cambio de un modelo a otro no es perfecto, aunque la observación de Alan Ware es correcta y válida.

1.3.2. *Catch-all party: características, consecuencias y efectos negativos.*

En este momento hemos de dar un salto cualitativo en nuestro análisis porque pasamos de estudiar a los partidos según su organización a un punto mucho más ecléctico. En la propuesta de Otto Kirchheimer se mezclan factores organizativos e ideológicos indistintamente. El autor alemán propuso la denominación de partido *catch-all*, teniendo en cuenta la evolución del partido de masas, quedando configurado de la siguiente manera:

«a) Posponer de modo radical los componentes ideológicos del partido (...); b) mayor fortalecimiento de los políticos situados en la cumbre del partido; lo que hagan o dejen de

³⁵Maurice Duverger, op. cit., pág. 93.

³⁶Alan Ware, op. cit., pp. 66 y 67.

hacer es considerado desde el punto de vista de su aportación a la eficacia de todo el sistema social, y no a partir de la coincidencia o no coincidencia con los fines de la organización; c) desvalorización del papel del miembro individual (...); d) rechazo de la “*chasse gardée*”, de un electorado de base confesional o clasista, que se sustituye por una propaganda electoral encaminada a abarcar a toda la población; e) esfuerzo por establecer lazos con los más diferentes grupos de interés»³⁷.

La propuesta, resultado de un análisis profundo, de Kirchheimer tuvo antecedentes y descendentes ideológicos que defendieron la idoneidad de la propuesta del autor alemán. Por un lado, el sociólogo Seymour Martin Lipset, en su libro *El hombre político*, bendecía un tipo de partido como éste por el bien de la estabilidad democrática: «Una democracia estable requiere una situación en la cual todos los partidos políticos principales incluyan partidarios provenientes de muchos sectores de la población. Un sistema en el cual el apoyo que reciben los diferentes partidos corresponde demasiado estrechamente a las divisiones sociales básicas no puede continuar sobre una base democrática, puesto que refleja un estado de conflicto tan intenso y tajante como para desechar el acuerdo»³⁸. Tal vez tuviese miedo el sociólogo a la tendencia hacia el autoritarismo de cierta clase social, hallazgo fundamental de su estudio, o por el contrario aquí se encuentre uno de los primeros posos del llamado pensamiento único, aunque no entraremos en ello. Actualmente, Anthony Giddens volvió a reiterar el papel del partido *catch-all*, desde una posición socialdemócrata, al afirmar que «los partidos socialdemócratas ya no tienen un “bloque de clase” consistente en quien confiar. Al no poder depender de sus identidades anteriores, tienen que crear otras nuevas en un ambiente social y culturalmente más diverso»³⁹. Mucho más importante que el discurso legitimador del modelo de Otto Kirchheimer es la aportación, que hace a este modelo, de Angelo Panebianco. Según el autor italiano, la incidencia del partido catch-all tiene otra característica —en este contexto

³⁷Otto Kirchheimer, «El camino hacia el partido de todo el mundo», en K. Lenk y F. L. Neumann (eds.), op. cit., (328-347), pág. 337.

³⁸Seymour Martin Lipset, *El hombre político*, Madrid, Tecnos, 1987, pág. 29.

³⁹Anthony Giddens, *La tercera vía*, Madrid, Taurus, 1999, pág. 35.

conocida como f)— que está implícita en el discurso de Kirchheimer: «la progresiva *profesionalización* de las organizaciones de partido»⁴⁰.

Sin entrar en más disquisiciones teóricas, lo que a la vista de la gran cantidad de críticos nos llevaría a elaborar un tratado autónomo, debemos realizar un examen mucho más exhaustivo del partido *catch-all*, sobre todo, porque este modelo es el prototípico de la época que vamos a analizar en el caso particular de este estudio. Manuel Martínez Sospedra, en un interesante análisis, ha propuesto una clasificación de las consecuencias y de los efectos negativos de la aparición del modelo de partido *catch-all*⁴¹. Respecto a las consecuencias estas son: 1) Una nueva distribución de la relación de fuerzas en el interior de los partidos. Los burócratas y funcionarios del antiguo partido de masas han dejado de tener la importancia de antiguo; el poder del «aparato» del partido disminuye ostensiblemente por la parlamentarización del poder del partido. Por las características, no sólo del partido, sino también del parlamento, la rama parlamentaria del partido tiene mucho mayor peso y poder que la rama del partido. Aun siendo cierto que el poder del aparato disminuye, como dice Martínez Sospedra, hay tener en cuenta que poco a poco se va conformando un nuevo aparato ligado a la rama parlamentaria que provoca una disputa interna muy fuerte entre los dos aparatos. 2) Disminuye la capacidad de los partidos políticos para encuadrar a una ciudadanía cada vez más diversificada social y políticamente, lo que incide en una disminución del peso y la importancia de los afiliados del partido. La consecuencia fundamental, sin dejar de lado la propuesta de Martínez Sospedra, no sería propiamente dicho la disminución de la capacidad de situar al electorado, sino más bien el reparto de tareas en el proceso de socialización política con los medios de comunicación. 3) Un incremento, como consecuencia de lo anterior, del «voto flotante» y la desidentificación de los ciudadanos con *su* partido. 4) La edulcoración del mensaje ideológico y el giro hacia el pragmatismo y el marketing político, con su deriva de tomar la política como espectáculo. Y 5) la tendencia al predominio de los profesionales y

⁴⁰Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 491.

⁴¹M. Martínez Sospedra, op. cit., pág. 98 y ss.

los expertos, especialmente aquellos que desarrollan su labor en el campo del diseño y la publicidad partidista, lo que tiene como subconsecuencia el exceso de personalismo.

Los efectos negativos de la aparición y desarrollo del partido *catch-all*, siguiendo a Martínez Sospedra, son: 1) La minimización de la importancia de la afiliación y la pérdida de importancia política de los afiliados y su aportación, no económica, al partido. Los partidos *catch-all*, especialmente desde tiempos cercanos, se aprovechan de los afiliados por dos razones: en primer lugar, como objeto simbólico y de legitimación del propio partido frente a la opinión pública y las críticas recibidas por dejar de lado al afiliado; y en segundo lugar, como elemento, más o menos pequeño, de financiación del partido. 2) El desarrollo de la vida política se oscurece a los ojos del ciudadano porque, con la incorporación de los profesionales políticos, el lenguaje político se tecnifica —jurídicamente sobre todo— y se llena de siglas, programas de actuación o libros blancos —la mayor antífrasis o antilogía de la historia política, en tanto en cuanto el adjetivo calificativo ni se refiere a la cubierta, ni al interior del propio libro—, lo que poco a poco hace incomprensible el lenguaje para el ciudadano común y la propia afiliación. Además, toda esta profesionalización propicia que los políticos amateurs y personas con conciencia política sean expelidas de la participación política, lo que «mutila la democracia y erosiona la comunicación que debe existir entre dirigentes y dirigidos, electos y electores»⁴². 3) Se descuida al afiliado hasta tal punto que los miembros efectivos o militantes tienden a cerrar el partido sobre sí mismo y crear una especie de grupo sectario o secta grupal. Esta consecuencia, de todas formas, es algo que ya se vislumbraba a comienzos del siglo XX como producto del revisionismo de la época. Max Weber advertía de tal peligro:

«El riesgo que resulta para la identidad del partido de un abandono formal de la antigua profesión de fe, que a fin de cuentas cada uno interpreta a su modo, y el problemático intento de comprometer a un partido con millones de electores con una nueva profesión de fe, inevitablemente tenía que producir enorme inquietud sobre todo en los “beneficiados” del partido [*Parteipfründertum*] (en el más amplio sentido de la palabra).

⁴²Ibídem, pág. 100.

(...) La concepción del partido como un fin en sí mismo está adquiriendo, poco a poco, en la socialdemocracia casi la misma preponderancia que en los partidos americanos, aunque por razones totalmente distintas y también consecuencias muy distintas»⁴³.

Se observa, pues, que con la inclusión de modificaciones diversas, los investigadores coinciden en sus apreciaciones y observaciones con cerca de noventa años de diferencia (1905 y 1996). 4) La actividad del partido tiende a hacerse intermitente, aparece tan sólo, o principalmente, en épocas electorales, estando el resto del tiempo en el retiro invernal. Salvo las épocas congresuales, la actividad interna de los partidos políticos quedan prácticamente reducida a las elecciones. 5) Aparece un problema estructural de financiación porque, al reducirse la militancia se reducen los ingresos por cuotas, aunque por el lado de la financiación pública y privada (bancos, créditos en barras de hielo, aportaciones personales) se consigue mantener los ingresos. Pero no cabe duda de que la merma se produce. 6) La posible virtud del consenso o de la disminución de tensiones en la vida política y la competencia partidaria, vía pragmatismo y desideologización, tiene como efecto perverso a largo plazo la desvirtuación de la función programática del partido. 7) Aparición de nuevos movimientos sociales y de «partidos de un solo tema» —por nuestra parte no llegamos a comprender la negatividad de esto, pero queremos dejar constancia plena del estudio de Martínez Sospedra—. 8) Los medios de comunicación han adoptado la función de comunicación entre las cúpulas de los partidos y la Administración pública, por un lado, y los ciudadanos, por otro.

1.3.3. *El partido cartel.*

Las diferentes relaciones que mantienen los partidos políticos con el Estado han provocado, con el transcurrir del tiempo, la aparición de un nuevo modelo de partido,

⁴³Max Weber, «Bermerkungen im Anschluss an den vorstehenden Ausatz», adiciones al artículo de R. Blank, «Die Soziale Zusammensetzung der sozialdemokratischen Wählerschaft Deutschlands», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, XX (1905), pág. 554, citado en Juan J. Linz, *Michels y su contribución a la sociología política*, México D.F., FCE, 1998, pág. 48.

el *partido cartel*. Este concepto, desarrollado por Richard Katz y Peter Mair⁴⁴, no se refiere sólo a una transformación organizativa o a un cambio ideológico, en concreto, se refiere a un cambio fundamentalmente relacional, el cual, por supuesto afecta a la estructura general del partido. Las relaciones entre el Estado y los partidos políticos han cambiado profundamente, tanto como para establecer que los partidos, hoy en día, están unidos al Estado. Por su papel dentro del funcionamiento del sistema, los partidos políticos siempre han tenido una especial relación con el Estado, pero nunca habían llegado, como en la actualidad, a «formar parte» de aquél y alterar algunas funciones. Esta profunda unión entre Estado y partidos políticos es la que ha dado pie a Katz y Mair para formular su tesis sobre el partido cartel, cuyas características son las siguientes⁴⁵.

Esta fuerte unión al Estado —primera característica—, en busca de los recursos de éste, ha provocado que la clásica intermediación de los partidos entre el Estado y la ciudadanía haya permutado, dicho de una forma heurística, hasta tal punto que, en la actualidad, parece que el Estado actúa de intermediario entre los partidos y la sociedad. La explicación es sencilla. Con el declinar de los medios de comunicación partidistas, los partidos políticos optan, a fin de evitar el coste publicitario, por acercarse a, cuando no acaparar, los medios de comunicación de propiedad pública; legislando en favor suyo (de los partidos) cuando se trata de este tipo de medios, independientemente de otras relaciones con medios privados; colocando a editorialistas de su propia orientación en posiciones dentro de los medios, etcétera. La segunda característica del partido cartel es la ayuda del Estado respecto a los recursos personales de los partidos, es decir, pagar el sueldo de los funcionarios del partido. La tercera característica, sucesora de la segunda, es la importancia creciente del Estado para los partidos en términos financieros, es decir, la principal fuente de financiación de los partidos políticos actuales es el Estado. Cuarta característica, las organizaciones de los partidos políticos, cada vez más, están conformadas por las regulaciones estatales, la mayoría de las cuales están encaminadas a

⁴⁴Richard S. Katz y Peter Mair, «Changing models of party organizations: the emergence of the cartel party», ECPR Joint Sessions, University of Limerick, 1992.

asegurarse las subvenciones del Estado. Quinta y última característica, los partidos políticos que obtienen puestos de gobierno y/u oposición utilizan los recursos estatales (económicos y legislativos) para recompensar a sus seguidores, ejerciendo los partidos una especie de patronazgo de sus fieles. Se desprende de las características presentadas por los autores, y como ellos mismos reconocen, que los partidos más que ser ayudados por el Estado, se ayudan a sí mismos «pagando y ofreciendo recursos para ellos mismos, aunque en nombre del Estado»⁴⁶.

La conceptualización del partido cartel ha provocado que otros autores hayan derivado sus investigaciones hacia la confirmación o negación del fenómeno expuesto, aunque principalmente las nuevas teorizaciones hayan confirmado la suposición previa. Para Alan Ware, estando de acuerdo con Katz y Mair, existen dos consecuencias claras de la actuación del partido cartel, por un lado, la utilización de la legislación para favorecer a los partidos mayoritarios en las campañas electorales y, por otro lado, la utilización de los recursos tanto para financiarse como para impedir la aparición de nuevos partidos⁴⁷. En nuestro ámbito científico podemos destacar las aportaciones de Manuel Mella al modelo primigenio. El profesor Mella destaca que el partido cartel se encuentra incardinado en un proceso de connivencia partidista, la cual potencia la desideologización del partido catch-all; pero es mucho más importante destacar que, al preferir el contacto con los grupos de interés de la sociedad civil por su poder mediático y alejarse, cada vez más, de sus bases tradicionales de apoyo, «reduce la participación de los ciudadanos en los procesos políticos»⁴⁸. El proceso de connivencia interpartidista, nos dice Manuel Mella, no sólo reduce las diferencias político-ideológicas (proceso de desideologización) sino que limita la propia competencia porque «hay confrontación, pero también es necesaria la colaboración puesto que los partidos la precisan para sobrevivir»⁴⁹. Con esto damos por

⁴⁵Peter Mair, «Party organizations: from civil society to the state», en Richard S. Katz y Peter Mair (eds.), *How Parties Organize*, London, Sage, 1994, pág. 8 y ss.

⁴⁶Ibíd., pág. 11.

⁴⁷Alan Ware, op. cit., pp. 107 y 108.

⁴⁸Manuel Mella, «Introducción», en Ibíd. (ed.), op. cit., (5-12), pág. 8.

⁴⁹Manuel Mella, «Partidos y democracia: una reflexión ante el próximo Congreso Federal del PSOE», *Sistema*, nº 138, 1997, pág. 8.

cerrado el apartado dedicado a los diferentes tipos de partidos políticos, dando paso a continuación al análisis de la organización interna del partido.

2.) LA ORGANIZACIÓN INTERNA DEL PARTIDO POLÍTICO.

Existe la tendencia a creer en los partidos políticos como estructuras monolíticas que apenas cambian y sumamente centralizadas, empero, la organización del partido se encuentra sumamente diversificada como para dar credibilidad a esa creencia. La organización partidista ha visto cómo los científicos políticos y sociales han ido calificando sus estructuras sectoriales de muy diferente forma, aunque refiriéndose siempre a las mismas partículas del todo. Desde la primera descripción de Maurice Duverger en comités, secciones, células, y milicias⁵⁰, hasta nuestros días se han propuesto numerosas clasificaciones, por lo que hemos optado por aquella que se acerca más a nuestro objeto de estudio, sin dejar de lado los otros referentes. Ha habido pensadores que, sin embargo, han preferido, mucho más que hablar de la propia organización, detenerse en teorizar acerca del tamaño ideal del partido. Nosotros no entraremos en esta discusión por carecer de sentido en este momento⁵¹. En un principio, a partir del siglo XIX, la forma más común de organización de un partido político era el *caucus*, donde se reunían un pequeño número de miembros que no buscaban mayor expansión en cuanto a la afiliación, la cual estaba determinada por la cooptación y/o la nominación de los miembros. El transcurrir del tiempo, y la aparición de las organizaciones obreras, modeló otro tipo de organización partidista que fomentó la diversificación organizativa a fin de conseguir mayor apoyo de las masas y un aumento de la financiación como hemos visto antes. Desde la creación de los grandes partidos de masas hasta la fecha pocos han sido los cambios en la estructura general de la organización, aunque internamente los cambios hayan sido mayores. El

⁵⁰Maurice Duverger, op. cit., pág. 46 y ss.

⁵¹Blanqui señalaba que era necesario un partido pequeño, pero resuelto y disciplinado, para apoderarse del poder por la fuerza y desde allí, utilizando el aparato del Estado, educar a todas las personas e instaurar un orden social igualitario. (Cfr. Bernard Crick, *Socialismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pág. 63 y ss.) Por su parte, Lenin tampoco pretendía la constitución de un partido sumamente amplio, sino uno compuesto por revolucionarios profesionales. (Vid. *¿Qué hacer?*, Moscú, Progreso, 1980).

modelo básico de un partido político, salvo raras excepciones —en Estados Unidos de América podemos encontrar la excepción que confirma la regla— y con mayor o menor tamaño, es el que sigue. En el nivel más bajo de la organización se encuentran las sedes locales, verdadero lugar de reunión de los afiliados, cuyas funciones son el proselitismo, la recaudación financiera, la formación de los afiliados, la canalización de la doctrina de la coalición dominante, y recabar apoyo hacia la dirección del partido por parte de los afiliados. En el nivel siguiente está presente los llamados organismos territoriales —federaciones, comités, etc.— que dependiendo de la distribución territorial del poder estatal tendrán más o menos peso político⁵², aunque podría decirse sin miedo al error que, en cierta medida, sirven de amortiguador de las demandas inferiores hacia las instancias superiores. Ramón Cotarelo observa, con perspicacia, que en el caso español donde existe un Estado cuasi federal, los órganos locales y/o regionales tienen «gran importancia, hasta el punto de que, en cierto modo, puede decirse que esta estructura conserva la organización caciquil española debidamente actualizada»⁵³. Pero sobre la difusión del poder dentro del partido hablaremos a continuación. Prosiguiendo con la estructura de los partidos, el siguiente estadio, de momento último, serían los órganos ejecutivos nacionales o estatales, donde existe normalmente un órgano colegiado —llamado ejecutiva federal, comité nacional, etc.— a cuya cabeza se sitúa el secretario general o el presidente del partido. Las funciones de este órgano colegiado difieren según esté o no el partido en el gobierno. Si el partido está en la oposición ayudan a la rama parlamentaria para conseguir la victoria en las próximas elecciones con el soporte técnico necesario, aunque normalmente los miembros destacados de la rama parlamentaria suelen ser los que copan los lugares directivos de la ejecutiva. Por el contrario, si el partido está en el gobierno el comité nacional o estatal fiscaliza al gobierno para que éste no se aparte ostensiblemente de los principios generales del partido. Estas estructuras prácticamente no han cambiado desde su creación, pero lo importante es mirar en el interior del propio partido.

⁵²José Vilas Nogueira acierta al afirmar que lo que «separa a una organización de partido de otra no es tanto la ideología como la geografía». Op. cit. (II), pp. 86 y 87.

⁵³Ramón Cotarelo, op. cit., pág. 238.

2.1. *Áreas de incertidumbre: la base de la distribución del poder.*

El mayor teórico acerca de las áreas de incertidumbre es Angelo Panebianco, el cual ha construido su teoría sobre la organización del partido, básicamente, sobre estas áreas. Las áreas de incertidumbre son definidas por Panebianco como «aquellos factores que, de no ser controlados, amenazarían o podrían amenazar la supervivencia de la organización y/o la estabilidad de su orden interno»⁵⁴. Pero antes de entrar en el análisis del interior del partido, conviene hacer una breve pausa para definir quiénes son los miembros de éste. Anteriormente utilizamos la teoría de los círculos concéntricos para explicar la extensión de la influencia del líder político; ahora la retomamos situándonos en su medio natural⁵⁵. Según esta teoría los miembros del partido serían: 1) los votantes habituales del partido, que no son miembros jurídicos del partido pero tienen mucha importancia en los temas programáticos. 2) Los miembros más o menos pasivos del partido, diferenciando entre los afiliados y los simpatizantes. Los afiliados son aquellas personas que se limitan a pagar las cuotas del partido y a participar esporádica y silenciosamente, en la mayoría de los casos en algunas reuniones de partido. Los simpatizantes, por su parte, son un caso especial porque, al igual que los votantes habituales no son miembros jurídicos del partido y cuya definición, como ha podido observar Ramón Cotarelo, es difícil de alcanzar porque depende de una acción social. Por consiguiente, los simpatizantes serían personas que se «mantienen al tanto de las actividades de las organizaciones y defienden los puntos de vista de éstas en ambientes sociales muy distintos. Los simpatizantes son algo así como el medio ambiente favorable en que discurre la acción partidista; son los cauces por los que el partido engarza con sectores más amplios»⁵⁶. Aunque nosotros creemos ciertamente que, a diferencia del votante habitual, sí participan en diversos actos del partido, y no sólo en los mítines

⁵⁴Angelo Panebianco, op. cit., pág. 65.

⁵⁵Max Weber también expuso su teoría acerca de los miembros de un partido político: a) los dirigentes y el estado mayor; b) los miembros activos que, en la mayoría de las ocasiones, actúan como aclamantes y en ciertas circunstancias como instancias de control, de amonestación, de discusión o de reorganización en caso de transformaciones rápidas del partido; c) Las masas no activamente asociadas (de electores y votantes); y d) los mecenas del partido. *Economía y sociedad*, pág. 229.

políticos. 3) Los siguientes miembros del partido político serían los activistas, o militantes, quienes se implican en el día a día del partido y participan, o intentan participar, de las decisiones de la propia organización. Y 4) los líderes y demás dirigentes, independientemente del nivel organizativo, que son aquellos que dirigen el partido; incluso se podría hablar, con José Vilas Nogueira, de dirigentes principales y dirigentes de nivel medio⁵⁷.

Gracias a este esfuerzo de conceptualización podremos entender mejor lo que vamos a analizar ahora, la distribución interna del poder. Angelo Panebianco ha encontrado en el seno del partido la existencia de seis tipos de áreas de incertidumbre sobre las que se asienta el poder de la organización:

«a) La *competencia* o el poder del experto es aquella área derivada de la división del trabajo organizativo, y cuya expresión más clara es el conocimiento de las relaciones político-organizativas; b) las *relaciones con el entorno*, el cual es definitorio para la organización, tienen que ver con la posibilidad de establecer encuentros y/o alianzas con otras organizaciones políticas o no, y con la capacidad de marcar los temas a discutir con las organizaciones rivales. Quien posee esta capacidad de diálogo se encuentra en la llamada “*secante marginal*”, es decir, que tiene un pie a cada lado de la organización, uno dentro y el otro en el entorno; c) La *comunicación* es la siguiente área de incertidumbre cuyo control otorga poder. Aquí lo principal es tener la capacidad de manipular, retener, difundir y/o destruir la información partidaria, aunque en la actualidad también se podría hablar de la capacidad de llegar a ciertos medios de comunicación externos al partido como una fuente de poder interno; d) Las *reglas formales*. Quien tiene la capacidad de establecer las reglas del juego, fijar el terreno de la lucha o la negociación obtiene el poder derivado del control de este área; e) La *financiación* es otra fuente de poder, sobre todo, para aquellas personas que son capaces de controlar las vías de financiación (bancos, fundaciones, prestamos en barra de hielo, etc.); y f) El *reclutamiento*, es decir,

⁵⁶Ramón Cotarelo, op. cit., pp. 236 y 237.

⁵⁷José Vilas Nogueira, «La organización de los partidos políticos (I)», en Manuel Mella (ed.), op. cit., pág. 76.

tener la capacidad de decidir quien puede ser miembro o no, quien puede ascender o no es otra fuente de poder»⁵⁸.

Creemos que esta última área de incertidumbre no encaja perfectamente con el perfil que le ha querido dar Panebianco a su modelo. Aquella persona que puede decidir sobre la pertenencia o no a la organización, o decidir quien va a ascender o no, debe tener un puesto de poder previo, por lo que la base de su poder será otra área de incertidumbre. Además, la determinación de quien puede ser miembro y quien no viene fijada por normas internas, los estatutos de los partidos; por esta razón, para cambiar los estatutos se debe tener poder de convicción y/o represión, porque de otra forma no es posible. Lo dicho viene a confirmar que la última área de incertidumbre no es propiamente una fuente de poder a utilizar en los juegos de poder interiores. La característica principal de este modelo es que los recursos del poder son, por así decirlo, «tendencialmente, acumulativos: quien controla una cierta zona de incertidumbre tiene bastantes posibilidades de adquirir el control de las demás»⁵⁹. Sin embargo, otra de las características que apunta Angelo Panebianco no es verdadera. Según el autor italiano, dentro de los partidos políticos cualquier actor organizativo controla aunque sólo sea una mínima área de incertidumbre. Dentro de un partido político todo miembro tiene, como sucede en el sistema político, el poder de su voto; un poder que, en la mayoría de las ocasiones, es delegado y, por consiguiente, pierde su importancia en el transcurso temporal. Es la única área de incertidumbre que controlan la mayoría de los miembros, aunque si Panebianco se refiere a los dirigentes, del nivel que sea, es lógico pensar que sí controlan una parte del área de incertidumbre, pero éste no es el caso. Max Weber, con menor artificiosidad, describió perfectamente la distribución del poder dentro de un partido político: «el poder, en la realidad, está naturalmente en manos de aquellos que trabajan dentro del aparato de

⁵⁸Angelo Panebianco, op. cit., pág. 84 y ss.

⁵⁹Ibídem, pág. 88.

manera continuada o de aquellos de quienes éste depende en su funcionamiento, desde el punto de vista personal o económico»⁶⁰.

La distribución del poder dentro de un partido político viene determinada por el control de las áreas de incertidumbre, pero existe una cualidad de la organización que tiene bastante repercusión en esa distribución del poder en el interior del partido. Ya hablamos de la secante marginal como fuente de poder, pero no desdoblamos su ser porque no lo hacía el ponente; sin embargo, la secante marginal tiene mucha importancia dentro de ciertos partidos: los *partidos de estructura indirecta*. Dentro de este tipo de partidos políticos la cualidad de miembro es atribuida a organizaciones sociales o económicas, o a ambas a la vez, de tal manera que la posibilidad de afiliación sólo puede ser conseguida a través de esas otras organizaciones⁶¹. Este es el caso de algunos partidos obreros en su fundación y posterior desarrollo, aunque poco a poco ha habido una tendencia a la convergencia de los dos modelos. La distribución del poder en este tipo de partidos que permiten una afiliación individual y otra colectiva, cuyo prototipo es el Partido Laborista Británico, afecta a la secante marginal. Normalmente han sido los sindicatos los que han tenido un fuerte predicamento en los partidos obreros y, derivado de esta situación, los dirigentes sindicales han sido los controladores de esta secante marginal, tanto en los partidos mixtos como en los partidos de estructura directa. Actualmente el poder del control de este área de incertidumbre ha disminuido, pero han existido épocas en que la capacidad de dirección de los partidos socialdemócratas se ha visto afectada por su estrecha ligazón con el movimiento sindical⁶². Entonces debería hablarse de la secante marginal dual, por un lado, respecto a las relaciones con organizaciones no ligadas al partido y, por otro lado, respecto a las organizaciones «exteriores» del partido.

⁶⁰Max Weber, *La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pág. 128.

⁶¹Los partidos de *estructura directa* son aquellos en que la condición de miembro del partido se atribuye solamente a personas individuales y físicas. Cfr. Maurice Duverger, op. cit., pág. 35 y ss.; y Manuel Martínez Sospedra, op. cit., pág. 43.

⁶²David Hine, «Los líderes y sus seguidores: democracia y capacidad de dirección en los partidos socialdemócratas de Europa occidental», en Wolfgang Merkel (ed.), *Entre la modernidad y el postmaterialismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pág. 178.

2.2. *Facciones y tendencias.*

El control de las áreas de incertidumbre no se consigue de forma personal con la posible salvedad de los líderes carismáticos, que por sí solos podrían obtener el control de las principales fuentes de poder. Pero, incluso, en estos casos, controlar las áreas de incertidumbre es una tarea grupal. Los recursos del poder, que son tendencialmente acumulativos, pueden ser, uno a uno, como mucho acaparados por una sola persona, pero si se desea acumular más recursos es necesario la unión con otras personas que controlan otros recursos; en el modelo ideal esto sería posible, pero en la práctica política son grupos de personas, más o menos amplios, los que controlan ciertos recursos y, para alcanzar el poder más alto de la organización, se hace necesario el pacto con otros grupos similares. Cuando se produce esta situación aparecen los fenómenos que vamos a analizar en este momento. Decía Trotsky que los partidos políticos son algo dividido por definición, que el conflicto interno es consustancial a estas organizaciones, en principio, no lucrativas. Y ¿cómo se canaliza ese conflicto interno?. Principalmente a través de las facciones y las tendencias⁶³. Por consiguiente, debemos pasar al análisis del significado y la significación de estos dos conceptos.

La *facción* puede ser definida como «una unidad interpartidista organizada, permanente y cohesionada para la competencia en todos los ámbitos de la vida interna de un partido político y en la cual prevalecen los fines de poder y la obtención de cargos

⁶³La distinción entre tendencias y facciones fomentó una polémica entre los defensores de esta nominalización y los partidarios de Giovanni Sartori. El profesor italiano prefiere optar por la diferenciación entre «fracciones» y tendencias ya que históricamente las facciones son «lo que *no* son los partidos» (op. cit., pág. 97). El mismo Sartori da fe de los inconvenientes que tiene el término fracción por sus reminiscencias germánicas a la rama parlamentaria del partido, o el sentido que tiene el término en el vocabulario leninista. Por nuestra parte, hemos decidido aceptar la terminología anglosajona —podíamos haber optado también por las corrientes italianas, las alas germánicas y británicas, las familias españolas, etc.— porque actualmente está claro el significado que tiene el término facción, el cual en nada se parece a sus referentes históricos, como sucedía igualmente con el concepto de partido; cuestión bien diferente es la negatividad que pueda tener el concepto para los ciudadanos comunes, lo cual, en principio, no tendría que importarnos. Además, salvo las excepciones de autores pedantes y/o seguidores acríticos de Sartori —como es el caso de Klaus von Beyme (op. cit., pág. 293 y ss) —, el uso del vocablo es común entre todos los politólogos e, incluso, lo que es más difícil, entre la mayoría de los propios políticos.

frente a los componentes ideológicos que dieron lugar a su creación»⁶⁴. La definición parece aclarar los intereses y fines de la facción, empero, todavía puede realizarse una subclasificación de las propias facciones. Angelo Panebianco ha clasificado las facciones bajo una tipología espacial dual: por un lado, las facciones verdaderas o nacionales las cuales suponen un corte vertical del partido entero, desde la cúpula a la base; y por otro lado, las facciones geográficas que son grupos concentrados territorialmente⁶⁵. La concepción espacial de Panebianco es perfecta para definir lo que sucede en Estados descentralizados territorialmente, o con nacionalismos no estatales muy fuertes, pero no sirve para analizar el interior del partido tanto en los casos geográficamente insignificantes como incluso los partidos del tipo que describe Panebianco. El filósofo David Hume propuso clasificar, en un contexto diferente al nuestro, a las facciones como *facciones por interés* y *facciones por principio*, que también se podrían denominar facciones de poder y facciones ideológicas. Las facciones por interés tendrían una subclasificación doble: por un lado, las facciones por el mero poder y, por otro lado, las facciones orientadas a los pagos marginales. Por su parte, Sartori ha propuesto también dividir las facciones por principio en: los *grupos ideológicos* y *grupos de ideas* puros y simples⁶⁶. El intento de clasificación de las facciones es sumamente complicado y tiene muchas variantes. Hasta el momento hemos apreciado los aspectos espaciales y finalistas (poder e ideología), pero nos quedan aún dos fórmulas más para clasificar las facciones. Por un lado, la fórmula personal que divide a las facciones en: *personalistas* o aquellas en las que se sigue los dictados de un cacique indiscutido, lo que confirmaría la frase de R. Blanksten «*every ism is a somebody-ism*»; facciones de *coalición*, es decir, una alianza que no tiene una sola cabecera sino varias. Y la otra posible clasificación tendrían como referente los objetivos de los grupos: «las fracciones del tipo oportunista [grupos de apoyo], ansiosas de subirse al carro del vencedor y que se satisfacen con pagos marginales; los grupos de veto, fracciones cuyos objetivos y estrategia principales consisten en obstruir, y los grupos de política, o sea, las

⁶⁴Vid. Klaus von Beyme, op. cit., pág. 294; M. Martínez Sospedra, op. cit., pág. 55; Angelo Panebianco, op. cit., pág. 92; Giovanni Sartori, op. cit., pág. 97; J. Vilas Nogueira, op. cit. (II), pág. 95; y Alan Ware, op. cit., pág. 109.

⁶⁵Angelo Panebianco, op. cit., pág. 92.

fracciones que tratan de gobernar y de imponer la política»⁶⁷. Todas estas clasificaciones no son, en modo alguno, excluyentes, sino que pueden entremezclarse las distintas fórmulas.

La realidad de los partidos políticos nos muestra que las facciones por poder o las facciones ideológicas rara vez se encuentran en estado puro; normalmente, lo que encontramos son formas mixtas, por una parte, porque la ideología dota de cierta legitimación a las facciones de poder y, por otra parte, las facciones ideológicas sino aspiran a cierta cuota de poder poco podrán hacer para lograr sus fines. La actuación de las facciones (y las tendencias) se ha entendido por autores como Dowse y Hughes como el intercambio que se realiza entre el partido y las facciones para negociar coaliciones y políticas a seguir para llegar a una «ordenación conjunta de las preferencias»⁶⁸. Esta apreciación es errónea porque a la actuación de las facciones del partido se opone con fuerza y determinación la FACCIÓN, es decir, los órganos de dirección que conforman la facción de poder más importante y que más áreas de incertidumbre controla. Suponer que la dirección de un partido no es una facción en sí misma es tener un concepto del partido político demasiado idealista. Parte de idealismo tiene Angelo Panebianco cuando expresa que «en un partido en el que los grupos internos se configuran como facciones el control sobre las zonas de incertidumbre estará disperso (subdividido entre las facciones) y la coalición dominante se hallará poco cohesionada»⁶⁹. La propuesta del autor italiano es cierta sólo en el caso de que la coalición dominante esté formada por microfacciones que hagan incierto el futuro de la propia organización; en el resto de casos, lo lógico y normal es la existencia de una, dos o, como mucho y en contadas ocasiones, tres facciones en la coalición dominante, a la cual habría que añadir alguna que otra tendencia. Por consiguiente, la existencia de facciones en la coalición dominante no es causa de la poca o mucha cohesión de aquélla. Como dice Klaus von Beyme, el faccionalismo presente en la

⁶⁶Giovanni Sartori, op. cit., pág. 103.

⁶⁷Ibidem, pág. 107.

⁶⁸R. E. Dowse y J. A. Hughes, op. cit., pág. 437.

⁶⁹Angelo Panebianco, op. cit., pp. 92 y 93.

mayoría de los partidos descarta la concepción de estos como unidades monolíticas, otra cuestión sería la preferencia de los miembros de los partidos por estilos de dirección más o menos autoritarios⁷⁰.

Klaus von Beyme ha sido el autor que mejor ha analizado los factores que provocan el faccionalismo dentro de los partidos políticos⁷¹. Entre esos factores se encuentran: 1) La permanencia de situaciones tradicionales clientelistas y caciquiles; 2) La existencia de fuertes tradiciones localistas; 3) Mayor orientación hacia el poder que hacia la ideología; 4) Cuando se produce la fusión de varios partidos, los antiguos grupos a veces perviven como facciones; 5) La normativa electoral exterior y/o interior si es de tipo proporcional⁷²; 6) Un sistema de financiación descentralizado de los partidos; 7) Poca disciplina parlamentaria en ciertos países. A estos factores habría que añadir dos características muy bien traídas a colación por Manuel Martínez Sospedra⁷³: 8) la existencia de elecciones internas del tipo primarias para los candidatos del partido a puestos públicos; y 9) la descentralización del poder interior del partido. No sólo existen causas del faccionalismo, también existen consecuencias negativas. La disminución de la capacidad del partido para actuar unitariamente, la cual repercutirá en la estabilidad organizativa e, incluso, en la coalición gubernamental si se diera el caso, es una de las consecuencias negativas que más han analizado los estasiólogos. También afecta negativamente al partido el faccionalismo por la posible incidencia en la movilización de los votantes, o por las degeneraciones clientelistas. En el caso de que las facciones tengan acceso autónomo a los recursos económicos, puede darse el caso, de la aparición de prácticas de corrupción política. Existe otra posible consecuencia negativa porque la

⁷⁰Klaus von Beyme, op. cit., pág. 305.

⁷¹Ibídem, pág. 297 y ss.

⁷²El sistema electoral es fundamental internamente hablando porque determina la estructura de oportunidades. Giovanni Sartori ha presentado una serie de hipótesis (tres) sobre el sistema electoral y sus implicaciones en la formación de facciones. Hipótesis 1. Si el sistema electoral determina que el ganador se lleva todo (mayoritario), lo más probable es que se tienda a la fusión de las posibles facciones, creándose maxifacciones. Hipótesis 2. Si el sistema es muy proporcional permitirá la creación de numerosas facciones. Hipótesis 3. Si se corrige el sistema proporcional con una cláusula de exclusión, lo más probable es que las facciones se estabilicen en un tamaño medio o mayor. La cláusula de exclusión, para ser efectiva a este respecto, debería situarse en torno al 20% de los votos. *Partidos y sistemas de partidos*, pág. 135 y ss.

⁷³M. Martínez Sospedra, op. cit., pág. 57.

aparición y unión de facciones «no permite la creación de una unidad de partido, se podría decir de un “orgullo de partido”, en torno a unos ideales compartidos»⁷⁴. La propuesta de Piero Rocchini es producto de la exageración o del desconocimiento porque si los ideales compartidos no existieran, la organización tendería a desaparecer como ya ha sucedido en más de una ocasión —recuérdese el caso de la UCD en España—. Cuestión bien distinta es que esos ideales no se tengan muy en cuenta y se tienda al pragmatismo, pero, aunque solo como legitimación, los ideales y los fines deben existir para que la organización sobreviva. Theodor Lowi y su *teoría de la articulación de los fines* ponen en evidencia el pensamiento de Rocchini porque «los fines oficiales, para cuya obtención surgió la organización y contribuyeron a forjarla, no son abandonados ni se convierten en una mera “fachada”, sino que se “adaptan” a las exigencias organizativas»⁷⁵.

Las *tendencias*, por su parte, se pueden definir como «*aquellos conjuntos estables en la cima del partido de actitudes ideológicas y políticas que carecen de bases organizadas (aunque sí tienen apoyos)*»⁷⁶. La transmisión de esas actitudes hacia abajo son perfectamente normales en la vida del partido, y son más fuertes cuanto más se acerquen los períodos congresuales y la elaboración del programa político. El resto del tiempo permanecen más o menos escondidas. La coexistencia de facciones y tendencias es algo totalmente posible, aunque las segundas son más propias de partidos fuertemente institucionalizados o centralizados. Pero aquí no terminan las repercusiones de la existencia de las facciones y las tendencias. Wolfgang Merkel, por un lado, y Dowse y Hughes, por otro, han hablado de los partidos como *estratarquías*, porque, al no ser organizaciones monolíticas los partidos, las informaciones y la resolución de los conflictos se llevan a cabo a distintos niveles y entre las distintas facciones⁷⁷.

⁷⁴Piero Rocchini, *La neurosis del poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 15 y 16.

⁷⁵Theodor J. Lowi, *The Politics of disorder*, New York, Norton, 1971, pág. 49 citado en Angelo Panebianco, op. cit., pág. 52.

⁷⁶Vid. M. Martínez Sospedra, op. cit., pág. 55; Angelo Panebianco, op. cit., pág. 92; y J. Vilas Nogueira, op. cit. (II), pág. 94 y ss.

⁷⁷R. E. Dowse y J. A. Hughes, op. cit., pág. 438; y Wolfgang Merkel, «Teorías e hipótesis acerca del declive de la socialdemocracia», en *Ibíd.*, (ed.), op. cit., (27-50), pág. 44 y ss.

2.3. Coalición dominante, oligarquía y democracia interna.

La coalición dominante es la élite del partido, por encima, si cabe, tan sólo está el líder del partido. Pero ¿cómo está formada la coalición dominante?. Sabemos que el partido está construido tanto por facciones como por tendencias, por consiguiente diría Panebianco, la coalición dominante es una «alianza de alianzas»⁷⁸. Sin embargo, nuestra postura, que no difiere ampliamente de la posición del autor italiano, se acerca más a la posición de Susan Scarrow, para quien la coalición dominante incluiría, en términos generales: al presidente del partido, el secretario general o el manager del partido, la cabeza de la rama parlamentaria y algunos o todos los miembros del ejecutivo nacional del partido⁷⁹. Normalmente se podría decir que la coalición dominante del partido es la ejecutiva o comité nacional, pero existen organizaciones cuyo líder no es, propiamente, miembro de la ejecutiva, o no tiene por qué ser miembro de ella. Esto ocurre en el caso británico donde el líder del partido es elegido por los parlamentarios, aunque esté cambiando la forma de elección de un tiempo a esta parte⁸⁰; o como en el caso donde existen las primarias para elegir candidato a la presidencia del gobierno o de la república, el electo puede ser alguien sin cargo específico en la ejecutiva. Por eso, aun cuando la definición de Susan Scarrow tiene ciertas deficiencias, aclaradas por nosotros, se acerca mucho más a lo que acontece verdaderamente. De esta forma se podría decir que la coalición dominante la forman tanto los grupos interiores del partido con representación orgánica, como los grupos exteriores (parlamento y organizaciones socioeconómicas). Aunque, para estar de acuerdo con la realidad, lo normal es que las facciones del partido estén presentes en ambos lados (partido y parlamento) y que las relaciones de los partidos con las organizaciones socioeconómicas ligadas a ellos estén franco retroceso; aunque no es menos cierto que estas situaciones han sucedido, suceden y sucederán con distintas variaciones.

⁷⁸Angelo Panebianco, op. cit., pág. 93.

⁷⁹Susan Scarrow, op. cit., pág. 38.

⁸⁰Cfr. Eric Shaw, *The Labour party since 1979*, London, Routledge, 1994; y Tony Cliff y Donny Gluckstein, *The Labour party: a marxist history*, London, Bookmarks, 1996.

El objetivo principal de la coalición dominante es la estabilidad organizativa lo que depende, por encima de otras cosas, de la cantidad de libertad de acción que posean los dirigentes del partido. A mayor libertad de acción, mayor capacidad de maniobra frente a un ambiente que tiende a ser hostil y frente a las luchas internas. La lucha frente al ambiente es la propia de la dinámica política del sistema dado, pero lo que es propio de los partidos políticos en el aspecto de la organización es la lucha interna entre facciones. Advertimos, con toda la intención de mundo, que la coalición dominante se compone de cargos dirigentes del partido y cargos dirigentes del parlamento porque, como se comprenderá, el análisis de la lucha entre las distintas facciones ha de tener en cuenta esta amplitud de miras, no desarrollarse bajo el reduccionismo interno. En casos hipotéticos una de las facciones puede ser dominante en el seno del partido, pero tener poca o ninguna presencia en la rama parlamentaria, donde por contra exista una facción que tiene poco peso en el partido. Existe la posibilidad, además, de que los dirigentes o la facción dominante del partido no comparta las ideas y estrategias de la facción dominante parlamentaria, aunque si el líder parlamentario es, a la vez, el líder del partido y tiene la capacidad de decidir los ascensos y los cargos, lo más probable es que ambas facciones lleguen a un entendimiento. Pero, insistimos, si ese entendimiento no fuera posible, el desarrollo de la lucha para lograr la preeminencia en el partido afectaría a la totalidad de la estabilidad de la organización intra y extramuros. Las acusaciones entre unos y otros se centrarían, por el lado del partido, en el pragmatismo y en la pérdida de identidad de la rama parlamentaria y, por el lado del parlamento, en su incomprensión hacia los problemas reales, en el idealismo y dogmatismo ideológico, y en la falta de democracia interna⁸¹. Esta lucha es independiente de la actuación del partido como gobierno o como oposición, aunque existe una tendencia a que el conflicto disminuya mientras se está en el gobierno, y a que los dirigentes parlamentarios y gubernamentales dominen a la organización partidista —hasta cierto punto lógica por su mayor facilidad de acceso a los medios de comunicación estatales y privados—, pero no es una ley inamovible, es tan sólo una tendencia. Los partidos que tienen mayores posibilidades de obtener numerosos cargos políticos, ofrecen

⁸¹Vid. James MacGregor Burns, op. cit., pp. 315 y 316; y J. Vilas Nogueira, op. cit. (II), pág. 89.

un panorama de lucha interna mucho mayor que en aquellos partidos donde las posibilidades son menores. En el primer tipo, normalmente partidos de gobierno aunque no sólo, la discusión versará principalmente sobre la flexibilización de las normas de selección entre las facciones que tienen cargos y las que no los tienen⁸².

La perspectiva presentada es un modelo que ha estado funcionando hasta épocas recientes en Europa, pero actualmente ha habido un cambio provocado por la amplia difusión de los medios de comunicación. Si el contacto entre los líderes y los electores ya no necesita de ciertas estructuras organizativas, en Europa se contrarresta porque «la política se ha articulado en torno a los aparatos de partido, de modo que resulta imposible la consecución del soporte parlamentario sin la mediación de los mismos»⁸³. Por esta razón, poco a poco, las facciones parlamentarias han ido estableciéndose en el seno del partido y conquistando el poder organizativo, suplantando al anterior aparato por el suyo propio. Estas luchas que han sido más o menos intensas en los partidos de centro y de derecha, han tenido su paradigma en los partidos socialdemócratas, cuyas estructuras organizativas han sido vistas como las que mayores dificultades han causado al liderazgo⁸⁴. No sorprende, pues, que las mayores críticas respecto a la oligarquización de los partidos hayan provenido de intelectuales de la propia izquierda. Por ejemplo, Jorge Semprún afirma que «los aparatos existen, son necesarios, no hay gran partido sin aparato ni democracia sin partidos, pero los aparatos tienen sus rutinas, sus culturas, y hay que estar siempre haciendo la revolución contra los aparatos»⁸⁵.

Con este tipo de críticas, a las que cabría añadir la «maldición de Robert Michels», se entiende que numerosos autores se hayan dedicado al esclarecimiento de las tendencias oligárquicas. Angelo Panebianco intentó relativizar, como venimos observando a lo largo del texto, la ley de hierro de la oligarquía de Michels: «La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los

⁸²J. Vilas Nogueira, op. cit. (I), pág. 74.

⁸³Ibídem (II), pp. 85 y 86.

⁸⁴David Hine, op. cit., pág. 177.

⁸⁵Jorge Semprún, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1996, pág. 271.

mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización dice oligarquía»⁸⁶. El intento no ha resultado baldío porque, en cierto modo, Panebianco nos demuestra que existen posibilidades para el cambio organizativo, aunque la tendencia que dice el autor italiano es fuerte, muy fuerte, mas no una ley general y, al igual que las leyes científicas, inamovible —hasta que se encuentre otra nueva ley—. Aunque, todo hay que decirlo, el relativismo de la teoría de Panebianco está a su vez relativizado por el propio autor cuando confirma que «a los líderes les interesa una participación que sirva, simultáneamente, para hacer funcionar la organización y que se exprese también en forma de un consenso lo más parecido posible a un mandato en blanco»⁸⁷. Entonces, se puede o no hablar de tendencias oligárquicas dentro de los partidos políticos. Parece ser que sí. Antes de pasar al análisis de la oligarquía es necesario recordar algunos principios que Robert Michels descubrió en el seno de los partidos políticos, aunque la teoría general ya fue expuesta en el tercer capítulo.

Para Robert Michels no hay que confundir el aspecto externo de democracia que caracteriza a los partidos políticos, porque en su interior esconden una tendencia bastante marcada hacia la aristocracia y/o la oligarquía. El principal factor que provoca este distanciamiento se encuadra dentro de lo que Michels llamó «especialización técnica»⁸⁸, perdiendo por consiguiente las masas el poder de determinación que con el transcurrir del tiempo acaba en las manos de unos pocos. En términos de Angelo Panebianco se podría decir que el poder principal y que otorga el control del resto de las áreas de incertidumbre, es el control de la competencia. La creciente centralización del poder en pocas manos provoca que los jefes o el jefe se acostumbre, por su superioridad técnica, a «resolver cuestiones importantes con su propia responsabilidad, y a decidir diversos asuntos relativos a la vida del partido, sin intentar consulta alguna a la masa»⁸⁹. Este proceso de separación entre los dirigentes y las bases tiene como una de sus consecuencias la asimilación psicológica del partido como algo propio por parte de los

⁸⁶Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996 (2 vols.), vol. 2, pág. 189.

⁸⁷Angelo Panebianco, op. cit., pág. 66.

⁸⁸Robert Michels, op. cit., vol. 1, pág. 77.

dirigentes, es decir, la patrimonialización del partido⁹⁰. El psicólogo de la política Piero Rocchini ha descrito la situación como «neurosis narcisista», la cual se hace mucho más patente cuando la persona que, ha interiorizado de tal forma al partido que lo cree de su propiedad, es relegada a militante de base⁹¹. Algunos críticos de Michels han observado que, si bien es cierto que el aumento de la riqueza en las sociedades y la educación de las masas pueden incidir en la activación de la participación política y la superación de la incompetencia, no deja de ser menos cierto que el aumento de la complejidad organizativa, una mayor división del trabajo interno y una mayor especialización pueden lograr la anulación de la influencia positiva de los partidos políticos. Pero esto no quiere decir que no exista un ánimo democrático dentro de las organizaciones políticas, tan sólo hay una mayor diversificación de las competencias. La hipótesis de este tipo de autores podría quedar expuesta de la siguiente forma: «en la sociedad subdesarrollada prevalecen los factores psicológicos, y en la sociedad industrial predominan los factores organizativos»⁹². Frente a esta hipótesis se puede argumentar que, como demostramos anteriormente, los factores psicológicos son tan importantes como los factores organizativos en la política actual, sino la teoría de los incentivos quedaría completamente anulada.

El debate entre Michels y sus críticos pone de manifiesto la importancia que tiene, principalmente en los partidos de izquierdas, la democracia interna⁹³. Curiosamente fue desde las filas de la izquierda donde se propuso la teoría del *centralismo democrático*, la mayor antífrasis política de la historia. El padre del concepto fue, como es sabido, Lenin, pero sus continuadores, dentro tanto del comunismo como del socialismo, llevaron a cotas inimaginables la apuesta teórica del pensador ruso. En 1977, Marta Harnecker justificaba el centralismo democrático como la mejor opción posible para la superación del estadio capitalista. «El partido del proletariado es, como veíamos, una organización para

⁸⁹Ibídem, vol. 1, pág. 79.

⁹⁰Ibídem, vol. 2, pág. 29.

⁹¹Piero Rocchini, op. cit., pág. 66 y ss.

⁹²Juan J. Linz, op. cit., pág. 70.

⁹³«En los partidos socialdemócratas... la existencia de un compromiso más firme y formal de respeto y defensa de la democracia interna, ha generado la expectativa de que los miembros de base desempeñen un papel más importante en la determinación de las políticas del partido». David Hine, op. cit., pág. 178.

dirigir la lucha de clases; por ello es fundamental que tenga una conducción única que defina las actuaciones inmediatas que el partido debe realizar en los distintos momentos de la lucha. Esta conducción única se hace posible porque ella refleja una línea general de acción que ha sido discutida por todos los miembros y acordada por la mayoría. Aquellos cuyas posiciones han quedado en minoría deben someterse en la acción a la línea que triunfa»⁹⁴. La afirmación de Harnecker demuestra cómo pensaban ciertas tendencias de la izquierda respecto a la democracia interna, aunque en favor de la autora, actualmente, su pensamiento ha variado considerablemente⁹⁵. Pero es necesario constatar el hecho de que en los partidos de izquierdas tiene mayor repercusión el debate sobre la democracia interna que en los partidos de derechas. Un caso paradigmático de esto que estamos explicando lo encontramos en un autor como Ralph Miliband que, aun advirtiendo de los peligros del centralismo democrático, prefiere hablar de «prácticas antidemocráticas» para proteger al líder de sus seguidores más radicales⁹⁶. Es cierto lo que dice Miliband, en los partidos políticos en general existe la tendencia proteccionista con respecto al líder, ya que, en un mundo plagado de imágenes, conviene mantener intacta la propia imagen del líder, aunque, no deja de ser cierto, que en ciertas ocasiones el propio líder activa la discusión con la finalidad de «desenmascarar» a sus críticos. Pero la tendencia general es la protección. La centralización de la toma de decisiones, según el modelo presentado, ha sido puesto en cuestión por diversos autores. José Vilas Nogueira ha determinado que la centralización de la toma de decisiones y elección de cargos estará más o menos centralizada, dependiendo en gran medida de ciertas «variables institucionales externas al partido»⁹⁷, como pueden ser la mayor o menor descentralización del Estado, la mayor o menor autonomía de los gobiernos locales o a causa de la disposición del sistema electoral. Tiene razón Vilas Nogueira al cuestionar el centralismo desde estos postulados, porque en el partido político actual, dependiendo de la naturaleza del Estado, los entes regionales y/o locales del partido

⁹⁴Marta Harnecker, «El Partido: su organización», *Cuadernos de educación popular* 9, 1977, pp. 26 y 27; citado en Ramón Cotarelo, op. cit., pág. 258, n. 30.

⁹⁵Cfr. Marta Harnecker, *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2000, pág. 309 y ss.

⁹⁶Ralph Miliband, op. cit., pág. 176.

⁹⁷J. Vilas Nogueira, op. cit. (II), pág. 85.

tienen cierta autonomía en sus decisiones particulares. Sin embargo, los principios generales del partido, la composición de las listas en al menos los niveles regionales y estatales, y las decisiones de política general son tomadas por la coalición dominante del partido. No es el partido leninista, pero eso no significa que la centralización haya desaparecido, es más, Susan Scarrow partiendo de un análisis similar sobre el problema de la centralización, llegó a conclusiones distintas. Para ella existen problemas para la determinación del grado de centralización de la organización, ya que instancias como «congresos del partido y otras instituciones que aparentemente propician la democracia de los miembros, pueden actualmente ser usadas para fortalecer el control de los líderes centrales»⁹⁸.

La democracia interna del partido político no se refiere sólo a la forma en que los líderes se relacionan con las bases, como diría Sartori⁹⁹, sino también de qué forma se toman las decisiones generales y cómo se eligen los cargos del partido. Si la cuestión de la democracia interna consistiera en las relaciones entre la coalición dominante y el resto de miembros, se podría concluir que la democracia en un partido político se acerca a la plenitud del modelo relacional y se asemejaría bastante a cualquier organización laboral. La afirmación de Sartori quitaría la razón a la crítica de Robert Michels cuando afirmaba que en la vida interna de un partido el sistema democrático se reducía «en último análisis, al derecho de las masas a elegir, con intervalos preestablecidos, amos a quienes en el ínterin deben obediencia incondicional»¹⁰⁰. Por lo que la democracia tan sólo sería un producto de exportación, cuyo consumo interno estaría prohibido. Es preferible la explicación de Klaus von Beyme sobre los déficits democráticos en la vida interna del partido. Según el pensador alemán estos déficits podrían concretarse en seis:

- «1) La participación de los miembros del partido en la formación de la voluntad partidista es escasa; 2) Los congresos de partido que se supone que son la expresión institucional de

⁹⁸Susan Scarrow, op. cit., pág. 31.

⁹⁹Giovanni Sartori, op. cit., pp. 144 y 145.

¹⁰⁰Robert Michels, op. cit., vol. 2, pág. 23.

la soberanía popular del partido, a menudo son únicamente un mero órgano aclamativo. Las repercusiones hacia afuera de los congresos, contratadas cuidadosamente por los dirigentes, se consideran más importantes que la propia formación de la voluntad desde abajo; 3) Otra carencia democrática lo representa el escaso cambio en la titularidad de los cargos de partido; 4) La penetración de los partidos por los grupos de interés, apoyada por instrumentos organizados como los grupos de trabajo o por el mismo faccionalismo, constituye un gravamen adicional en el debate sobre la democracia interna; 5) La financiación de los partidos, constituye también una brecha que permite la irrupción de tendencias centralistas y oligárquicas en la democracia de los partidos; y 6) El perfil social de las élites de los partidos se presentan cada vez más separado de la base»¹⁰¹.

La democracia interna, por consiguiente, no sólo trata de la forma relacional, sino que existen muchos caminos, que llevan a la democracia, que pueden ser anegados por la coalición dominante. La demostración de que existen, desde el plano teórico y práctico, deficiencias en los procesos democráticos internos de los partidos políticos, no amedrenta a ciertos observadores politológicos que persisten en su afán revisionista. Samuel H. Barnes ha encontrado en el seno de los partidos una mayoría de miembros de «baja competencia», los cuales son personas que no tienen ningún interés por los procesos democráticos. Por esta razón, al haber personas desinteresadas por los procesos democráticos interiores, afirma Barnes, los líderes del partido «deben vivir con la tensión resultante de saltarse el interés por la democracia interna, lo cual muchos de ellos comparten con muchos miembros, y la necesidad de una dirección efectiva de aquellos que están interesados principalmente con el fin del producto»¹⁰². Esto es, los líderes políticos obvian, a su pesar, la democracia interna porque hay personas que no están muy interesadas en esta. La conclusión de Barnes es tan aterradora como la tesis mantenida: «Quizás lo más importante es que la gente de baja competencia política puede ser movilizada tan efectivamente, quizás más efectivamente, por estilos no democráticos como por estilos democráticos de liderazgo, y que para muchos *la democracia es un producto*

¹⁰¹Klaus von Beyme, op. cit., pág. 309 y ss.

¹⁰²Samuel H. Barnes, «Leadership style and political competence» en Lewis J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, New York, John Wiley and sons, 1967, pág. 71.

*terminado, no un proceso»*¹⁰³. Podríamos finalizar, junto a Gómez Llorente, diciendo que la democracia interna «es absolutamente imprescindible cuando se quiere un partido de militantes»¹⁰⁴.

2.4. *Miembros e incentivos.*

El equilibrio que existía entre las tres caras del partido se ha ido quebrando progresivamente porque los afiliados han perdido y la coalición dominante ha ganado la partida del equilibrio de poder. En este contexto ¿cabría hablar de los afiliados del partido político y su repercusión en la organización partidista?. Sin lugar a dudas la pérdida de peso de los afiliados afecta a su papel dentro de la organización y hace difícil su análisis, pero siguen desempeñando varias funciones, aunque la democracia interna haya dado paso a fuertes tendencias oligárquicas. El declive de la importancia de los militantes debe ser relativizada, por consiguiente, ya que actualmente existen tendencias que avanzan hacia una mayor profundización en las capacidades de decisión de los miembros del partido, principalmente para la elección de los cabeza de lista gubernamentales¹⁰⁵. Los miembros del partido, al igual que la élite partidista, no son un constructo unívoco, están divididos respecto a su actitud frente al partido. Cuando analizamos la teoría de los círculos concéntricos, destacamos que existían entre los miembros del partido una diferenciación entre los afiliados y los militantes. El afiliado es, por lo general, aquella persona que se limita al pago de sus cuotas, apenas participa en las actividades orgánicas del partido y que, principalmente, disfruta de los incentivos colectivos que ofrece el partido. Los militantes —miembros que participan real, continua y activamente en los procesos del partido en diferentes niveles—, por su parte, pueden dividirse en dos tipos: por un lado, los *arribistas*, que están motivados por los incentivos selectivos, son aquellos militantes que conforman la principal masa de los juegos entre facciones y de los cuales, probablemente,

¹⁰³Ibídem, pág. 78. (La cursiva es nuestra).

¹⁰⁴Luis Gómez Llorente, «En torno a la ideología y la política del PSOE», *Zona Abierta*, 20, 1979, (23-36), pág. 33.

surgirán las nuevas capas de la élite; y los *creyentes*, que están motivados por los incentivos colectivos de identidad, los cuales están más preocupados por la consecución de los fines oficiales del partido, impidiendo éstos que el partido se convierta en una máquina pragmática y «electoralista»¹⁰⁶. La aparición en escena de los militantes creyentes incide en numerosos aspectos de la vida organizativa. Ya adelantamos que la presencia de este tipo de militantes impide que los partidos se conviertan en las máquinas captura votos que algunos autores, como Anthony Downs, han modelado; son los militantes más ortodoxos en referencia a la ideología del partido —los *left-wingers* o *right-wingers* de los distintos partidos del espectro izquierda derecha— y los fines últimos del partido. La actuación de los militantes creyentes ha provocado que John May haya acuñado una teoría al respecto, la *ley especial de la disparidad curvilínea*¹⁰⁷. Según May, los militantes creyentes demandan políticas que son relativamente extremas en comparación con lo que piensan los votantes, los arribistas, los afiliados y la coalición dominante; por esta razón, existe diferencia considerable entre un tipo y otro de demandas. Además, los militantes creyentes cumplen otra función en el seno del partido, evitar lo que Sigmund Neumann llamó el *ambiente integrado* de los partidos totalitarios¹⁰⁸. La dinámica de los partidos políticos hacia el centralismo y la oligarquización, que hemos analizado, tiende a aislar a los miembros del partido, sin tener que poseer una ideología totalizadora, en una serie de actividades orgánicas y discursivas que les previenen de las «falsedades» expresadas por los no miembros. El papel de los militantes creyentes sería, en ciertos contextos de no agresión exterior, romper, o al menos intentarlo, con el discurso pragmático y electoralista que la coalición dominante va extendiendo por todo el partido; evidentemente se enfrentarán a otros militantes, igualmente creyentes, que apoyan las tesis oficiales, los cuales, no se ha dicho, también existen.

¹⁰⁵Cfr. Peter Mair, op. cit., pág. 5; Manuel Mella, «Los sistemas de partidos», en Ibídem (ed.), op. cit., pág. 215; y Susan Scarrow, op. cit., pp. 210 y 211.

¹⁰⁶Angelo Panebianco, op. cit., pág. 72.

¹⁰⁷John May, «Opinion structure of political parties: the special law of curvilinear disparity», *Political Studies*, vol. XXI, 1973, pág. 135 y ss.

¹⁰⁸Citado en Seymour Martin Lipset, op. cit., pág. 74.

Los partidos políticos proponen exteriormente una serie de programas de gobierno y de programas de partido que movilizan a los posibles votantes de la organización; de la misma manera, la coalición dominante y la propia institución promueven la participación y la movilización interior a través de la difusión de incentivos, porque no hay que olvidar que, para las luchas interpartidistas, los miembros del partido son un recurso del poder¹⁰⁹. Estos incentivos pueden ser de diversa naturaleza, pero se pueden agrupar bajo dos categorías generales: incentivos selectivos, e incentivos colectivos. Los *incentivos selectivos* son aquellos que proveen un beneficio de base individual, beneficio que supera con mucho la inversión que hacen en el partido aquellas personas que resultan beneficiadas. Este tipo de incentivos pueden articularse mediante incentivos de poder, status y materiales. Normalmente, los incentivos selectivos se simbolizan en cargos políticos de toda clase y nivel y su base es el intercambio, en la mayoría de las ocasiones, de apoyo de algún tipo por beneficios materiales. Las consecuencias que se derivan de la expansión de este tipo de incentivos son la tendencia a la adaptación de la organización al ambiente para su supervivencia; el considerar al partido como un fin en sí mismo; la tendencia a la oligarquía; la reducción de la democracia interna y la centralización de la mayor parte de la actividad del partido en aquellas personas que persiguen —o desean mantener— los incentivos selectivos. Los *incentivos colectivos*, por su lado, son aquellos incentivos que distribuyen beneficios o promesas de beneficios colectivos, esto es, se distribuyen entre todos los miembros por igual. Este tipo de incentivos, a su vez, pueden ser subclasificados en: *incentivos de identidad* o pertenencia que son aquellos incentivos que activan la participación porque existe una identificación con la organización; *incentivos de solidaridad* que promueven la participación por solidaridad con los demás participantes; y los *incentivos ideológicos* o propositivos que provocan una participación por la identificación con la causa o los fines de la organización. Gracias a la distribución de todo este arsenal de incentivos a disposición de los partidos políticos, los miembros del partido persisten en su participación, frente a las tendencias oligárquicas. Porque, al fin y al cabo, los miembros de

¹⁰⁹Susan Scarrow, op. cit., pág. 39.

los partidos siguen siendo necesarios «como fuente de financiación, como activistas y propagandistas, sobre todo durante las campañas electorales, y como factor de legitimación»¹¹⁰ del propio partido. Además, Susan Scarrow ha descubierto que existe una tendencia hacia la ampliación, por parte de los líderes, de los poderes de decisión de los militantes para extender su influencia sobre ellos y para evitar, en cierta medida, las luchas internas¹¹¹.

2.5. *La ideología en el seno del partido político.*

Los militantes son necesarios, pero ¿se puede decir lo mismo de la ideología o esta ha quedado como un mero incentivo colectivo?. La ideología es importante para un partido político, incluso en la época actual en la que los analistas han observado una fuerte tendencia a la desideologización de los partidos políticos. Pero ¿qué es la ideología?. Manuel Martínez Sospedra defiende una definición «amplia» del concepto, porque en el caso de que decidiésemos definir la ideología como un conjunto articulado y sistemático de ideas, difícilmente podríamos encontrar partido alguno que tuviese una ideología. Él propone que debería hablarse de «mentalidades»¹¹², es decir, una manera de pensar y una forma de comportamiento. El principal problema que tiene esta definición es que es tan amplia que cabe casi cualquier cosa dentro de ella. Siguiendo los dictados de esta conceptualización se podría hacer notar que, dentro de un partido político, hay tantas ideologías como facciones y tendencias; esto sin exagerar, porque si exageráramos el desarrollo del concepto diríamos que existen tantas ideologías como miembros tiene el partido. Por mor de una buena comprensión del texto habrá que buscar una definición que sirva, al menos, para el ámbito partidista. Paloma Román ha propuesto definir la ideología como «el conjunto de ideas y valores que tiene la función de guiar los comportamientos políticos colectivos»¹¹³. Sin ninguna duda esta definición es más restrictiva que la de

¹¹⁰Manuel Mella, «Los sistemas de partidos», pág. 214.

¹¹¹Susan Scarrow, op. cit., pág. 210.

¹¹²M. Martínez Sospedra, op. cit., pág. 42.

¹¹³Paloma Román, «Los partidos políticos y las ideologías», en Manuel Mella (ed.), op. cit., pág. 115.

Martínez Sospedra, pero nos permite encuadrar el significado de la ideología dentro de un partido y, además, no impide que se pueda hablar de la coexistencia de tendencias ideológicas dentro del partido. La ideología cumple varias funciones exteriores. En primer lugar, cumple con la función de *exclusión/inclusión o identificación*, esto es, permite definir el grupo al que se dirigen los miembros de ese partido y a quienes no va encaminada su acción. La irrupción de los partidos *catch-all* no ha alterado este tipo de función porque, aunque los perfiles ideológicos se difuminen, siempre existe una referencia general que permite a las personas orientarse políticamente. Una segunda función que cumple la ideología es la *movilización o canalización* de las masas hacia una determinada organización política. Una tercera función es la *facilitación para la creación de proyectos y alternativas políticas*, ya que, con una ideología consistente, los líderes no necesitan siempre estar analizando y explicando cada detalle de sus proposiciones, basta con que en ciertas ocasiones se remitan a los principios ideológicos. Hay que recordar que la ideología no es esencial para definir un partido, al contrario, es un complemento que nos permite ubicar y diferenciar a los partidos políticos y sólo tendrá importancia en referencia a partidos políticos concretos. Angelo Panebianco nos previene del *prejuicio teleológico*, es decir, atribuir *a priori* fines a los partidos según la pertenencia a una u otra familia ideológica, lo cual predeterminará, a ojos del observador, la andadura y los resultados del análisis¹¹⁴. La advertencia del autor italiano, sin embargo, también tiene sus deficiencias. Su base de análisis es que los fines de las organizaciones políticas se reducen, en el plano organizativo, a la supervivencia del partido; pero no se percata de que esta suposición también adjudica *a priori* fines que determinarán la percepción y el análisis. Una excepción a esta base empiricista es el caso del Social Democratic Party británico (SDP), el cual antepuso sus fines ideológicos a los fines de supervivencia de la organización —anteriormente en defensa de sus fines ideológicos, los fundadores del SPD, Shirley Williams, Roy Jenkins, David Owen y Bill Rodgers, decidieron escindirse del Partido Laborista— y se fusionó con el Liberal Party formando el Liberal Democratic Party —más conocido como *Lib-dems*—. David Owen, presidente en la época de la fusión, prefirió la

¹¹⁴Angelo Panebianco, op. cit., pág. 30.

supervivencia de la organización y feneció políticamente en el intento —últimamente, como miembro de la Cámara de los Lords, sus apariciones públicas han consistido en defender los principios del thatcherismo y el conservadurismo—¹¹⁵. Por consiguiente, tan perjudicial es defender un extremismo como otro. La aplicación de fines *a priori* tiene su razón de ser porque, si un partido se califica como socialista, en virtud del componente histórico, se entenderá que tiene unos fines relacionados con la ideología que dice defender; en caso de que no defienda los principios socialistas y sí los liberales, por ejemplo, el problema no será el prejuicio teleológico, sino el engaño al que han sometido a los ciudadanos. ¿Por qué se le exige a los partidos de izquierdas, principalmente socialistas y socialdemócratas, que respeten la democracia interna?. Según Panebianco por una cuestión de prejuicios; según la mayoría de los autores porque se supone, en vista de la ideología que dicen defender, que los partidos de ese espectro ideológico fomentan la democracia de los ciudadanos. Por consiguiente, el problema no es la atribución de fines *a priori*, sino la falsación de los dirigentes políticos de su propia ideología. El debate desarrollado nos lleva a la presentación de la cuarta, y última, función que cumple la ideología hacia el exterior: la *función de legitimación o excusa*, sobre todo en aquellos partidos que «bajo la apariencia de la defensa de presupuestos ideológicos, propugnan en alguna medida la protección de intereses materiales y la hipocresía de las situaciones les obliga a esconderlos»¹¹⁶.

La ideología también cumple funciones internas en el partido, las cuales pueden ser resumidas en cuatro. La primera es la *función de legitimación* de la coalición dominante frente a sus afiliados y la legitimación de las facciones internas como grupos de lucha no sólo material. Consecuencia de ésta es la *función de identidad*, la ideología dota de identidad a los grupos y miembros del partido. En tercer lugar, la *función de límite* a las acciones de los dirigentes, ya que la ideología establece las fronteras de la acción política. Y, en cuarto lugar, la *función de ocultar la distribución de incentivos selectivos* ante los

¹¹⁵Cfr. Ivor Crewe y Anthony King, *The birth, life and death of the Social Democratic Party*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

¹¹⁶Paloma Román, op. cit., pág. 118.

ojos de todos los miembros, incluso los beneficiados. Gracias este breve análisis podemos relativizar la propuesta de David Hume, en su *Ensayo sobre los partidos*, la cual preconizaba la utilización de la ideología o programa de actuación en una primera fase de unificación; una vez superada esta fase sería la organización la que dictaminaría y forjaría las características de los activistas, quedando la ideología como una opción. Las repercusiones de la ideología respecto al partido y sus miembros se resumen en: los partidos que no pretenden principalmente conquistar cargos y desean mantener la pureza ideológica serán mucho más sensibles a las opiniones de sus afiliados —una pérdida de valoración de la ideología por los ciudadanos, induciría a los miembros del partido a cierto tipo de revisionismo en busca de la corrección de las posiciones clave—; y los cargos de nivel estatal —incluso regionales y locales— tienden a tener un perfil ideológico más atenuado que el resto de militantes y afiliados del partido a causa de su proyección exterior. Respecto a este último caso, cabe decir que cuando la coalición dominante presenta un mismo perfil ideológico atenuado, se tiende a transmitir hacia abajo el mismo perfil entre los arribistas del partido.

El último apunte sobre la ideología y su relación con el partido político no deja de ser importante, aunque es prácticamente ignorado por los analistas políticos. La ideología es la fuente de la cual mana el caudal del liderazgo colectivo. No sucede con todos los partidos políticos, pero la mayoría de los partidos políticos asentados en la tradición política de sus respectivos países han superado, con mucho, la «absoluta» dependencia en las personalidades o líderes, y se han transformado ellos mismos en líderes colectivos. Es decir, los partidos políticos se han convertido en líderes por sí mismos¹¹⁷. La ideología, gracias a la carga simbólica que provee, permite a las personas decantarse por la opción que más se asemeje a sus expectativas vitales y políticas. El *ethos* político de los partidos canaliza el apoyo y la movilización sin necesidad de que se encuentre dirigiendo los destinos del partido un líder político. Las personas se funden con un partido político por los principios y fines que defiende, por eso los jefes políticos tienen el apoyo

¹¹⁷James MacGregor Burns, *Leadership*, New York, Harper & Row, 1978, pág. 338.

incondicional de los miembros y simpatizantes del partido; pero el líder no es él, sino el propio partido político. Ahora bien, no hay que desdeñar las capacidades personales de los líderes potenciales o reales, porque estas capacidades de liderazgo son las que posibilitan dar el salto cualitativo y ampliar el espectro de los seguidores. Un último apunte que nos gustaría exponer es que, a diferencia de la práctica imposibilidad de que en el mundo empresarial exista un líder organizativo, la propia organización sí puede tomar la forma de un liderazgo colectivo; esto es, las empresas pueden ser líderes.

2.6. Líder, organización y cambio.

Los líderes se enfrentan a varias contingencias dentro de la propia organización porque, independientemente de su propia capacidad, deben lidiar con numerosos grupos de arribistas y creyentes que continuamente le demandan cambios de todo tipo. Sin embargo, los líderes políticos de los partidos occidentales, o de sistemas de gobierno de carácter occidental, tienen ganado cierto grado de apoyo, tan sólo por ser la cabeza principal del partido. En épocas anteriores (siglo XIX principalmente) y en contextos pre-modernos, los líderes debían empezar prácticamente de cero a la hora de activar la movilización de las personas. No existían los liderazgos colectivos del siglo XX, incluso en este siglo ha habido procesos de generación de movimientos, no existía tal cantidad de medios de comunicación a su alcance; por estas y otras razones aquellos líderes debían realizar esfuerzos mucho mayores y, en parte, diferentes a los empleados por los líderes de las democracias de masas; tenían que inventarse el movimiento, o al menos regenerarlo. Ahora, los líderes políticos parten con ventaja al poseer una base estructural mayor y más rica; podríamos decir que cuentan a su favor con el peso de la tradición. La suposición de Ferdinand Lassalle de que la masa debía seguir ciegamente al líder y que el partido debería ser como un martillo en sus manos, ha quedado relativizada, sino destruida. El seguimiento ciego y la máquina de guerra que constituye el partido son cualidades que tardan en madurar, no surgen espontáneamente, no basta con situar a la cabeza del partido a una persona; hay una serie de procesos previos que pueden durar años hasta que se consigue un

engranaje perfecto de todas y cada una de las piezas. El transcurso normal de un líder potencial comienza por atraerse primero a los miembros del partido, en segundo lugar a los simpatizantes y por último al resto de personas. Este es el proceso lógico, pero hay ocasiones en que el jefe consigue el apoyo de las parcelas exteriores al partido y no el del propio partido político —lo que normalmente acaba por provocar el fenecimiento del jefe político o el convencimiento del partido—. Para llegar a líder del partido, la persona ha debido ir convenciendo poco a poco, grupo a grupo, de sus capacidades personales y, a la vez, repartiendo incentivos selectivos y colectivos a partes iguales. Y las luchas intestinas son sumamente fuertes como es sabido. Pero esto más que perjudicar, beneficia al líder político, tanto por la experiencia adquirida como por el alisamiento interno. Una vez a la cabeza del partido, la situación mejora pero no la hace totalmente estable.

Los líderes políticos suelen asumir la definición de los fines programáticos e, incluso, ideológicos del partido¹¹⁸, lo cual reporta un área de posibles turbulencias en el seno de la organización. Los creyentes expondrán sus quejas a las reformas programáticas del partido y el líder se verá obligado a ciertas concesiones, a veces para la galería, lo que a su vez le reportará las críticas tenues, pero críticas al fin y al cabo, de los arribistas. También puede darse el caso contrario si el líder es creyente. David Hine ha propuesto que en los partidos socialdemócratas del sur de Europa ha prevalecido la «importancia del liderazgo personal y la falta de oposición a la autoridad de sus líderes»¹¹⁹, en previsión de un posible ascenso al poder de estos partidos. La presunción de David Hine es fiel reflejo de una percepción exterior y *a posteriori* de la situación. La primera parte de la frase la hemos contestado a lo largo de todo el análisis que estamos haciendo, pero incidiremos brevemente en ella. La importancia del liderazgo personal no es privativa de los partidos socialdemócratas del sur de Europa, es propia de toda organización política que pretenda llegar al gobierno porque es el líder individual la persona que provee, principalmente, ese salto de calidad necesario para gobernar, con la única excepción de que se decida escoger al menos malo. Todos recordamos que en las elecciones a la Cámara de los Comunes

¹¹⁸J. Vilas Nogueira, op. cit. (I), pág. 69.

británica, que ganó John Major al frente del partido conservador, se dijo que Major no había ganado, sino que había perdido Kinnock; esto demuestra que el líder no es plenamente necesario para obtener el gobierno. En la posibilidad de que se enfrenten dos managers políticos no hay un salto cualitativo entre ambos —es el mismo caso de enfrentamiento entre dos líderes políticos, la personalidad no es lo que acabará determinando el resultado—, ahora bien si se enfrentan un líder y un jefe político, existen más probabilidades de que gane el líder antes que el jefe. También un líder político puede perder, rara vez, con un manager político pero esto sucede en contadas ocasiones y, sólo cuando, el líder pierde su capacidad de liderazgo o es acosado por corruptelas y/o ataques mediáticos. Thatcher perdió el puesto de *premier* como consecuencia de la desconfianza de su propio partido, no porque los oponentes «pudiesen» con ella. Respecto a la falta de oposición a los líderes en estos partidos, David Hine sólo ha visto los resultados no el desarrollo anterior. Todos los líderes, a excepción de los fundadores y de los contextos pre-modernos, sufren hasta su afirmación como líderes numerosos ataques internos, se ven envueltos en batallas internas al frente de su facción frente a otras facciones, etcétera. La falta de oposición, por lo tanto, estará determinada o por la aplicación del centralismo democrático y sus consiguientes purgas, o por el pleno convencimiento, vía reparto de incentivos, de los miembros del partido. La afirmación de Hine es un efecto del que no se ha expresado su causa primera. Y para una mayor confirmación de lo expresado véase el caso empírico que nos ocupa en esta tesis.

El líder, a pesar de lo que opina David Hine, no es omnipotente, se encuentra bastante limitado en sus acciones; incluso el líder carismático se ve frenado por las expectativas de los seguidores. Max Weber destacó a principios del siglo XX, que en muchas ocasiones los seguidores esperaban que «el factor demagógico de la personalidad del líder gane votos y escaños para el partido en la campaña electoral, ganando así poder y ampliando al máximo las posibilidades de sus seguidores de encontrar para ellos mismos la

¹¹⁹David Hine, op. cit., pág. 201.

esperada retribución»¹²⁰. El límite no está claramente descrito en las palabras de Weber, ha de ser inferido de ellas. Los seguidores pretenden que su líder consiga más escaños para el partido, a causa del siempre complicado salto cualitativo, pero un retraso en la consecución provocará cierto estrés en la organización y existe la posibilidad de que comience a ponerse en cuestión el liderazgo. Por lo tanto, existe un límite temporal a las propuestas del líder; límite que obviamente estará marcado en la propia visión del líder y en las perspectivas del partido. Un partido minoritario puede preferir mantener su «pureza ideológica» y elegir un jefe más o menos atractivo, pero desde luego comprometido. Ahora bien, un partido de gobierno tenderá a elegir cuidadosamente a su candidato, reduciendo el tiempo de espera. Por consiguiente, el límite temporal dependerá de las aspiraciones de la organización, concretamente las aspiraciones de los grupos internos; así frente a una derrota electoral habrá mayor o menor estrés en relación con las aspiraciones. Otro contratiempo que se puede encontrar el líder, sobre todo en partidos con señas de identidad más o menos clasistas, es la clase social. Este área de turbulencia ha perdido la fuerza que tuvo antaño, pero sigue siendo importante a la hora de las luchas internas. Los miembros de la clase media, o pequeño burguesa, siempre han tenido una mayor capacidad, derivada de su posición de clase, para actuar con intensidad en el seno de los partidos¹²¹. Hace tiempo se hablaba de las derivas pequeño burguesas de los dirigentes de los partidos socialistas y de la necesidad de concienciarse; hoy en día, ya no existen este tipo de acusaciones, pero todavía en algunos partidos las personas que pretenden liderarlos deben dar muestras de cierta concienciación a través de todo un arsenal de imágenes simbólicas (no llevar corbata, por ejemplo). Y todavía existe un límite de clase, ya que es muy difícil, por no decir imposible, que una persona que proviene de la clase burguesa o alta lidere un partido socialista, aunque reiteramos que se han difuminado estas líneas de fractura interna.

El líder no tiene, por lo visto, un camino fácil dentro de su propia organización; eso sí, una vez reconocido como líder suele colocar a su lado a un hombre de confianza

¹²⁰Max Weber, *La política como profesión*, pág. 130.

que ejerce un papel parecido al fustigador (*whip*) del mundo anglosajón. Tienden, por consiguiente, los líderes a declinar las funciones organizativas en este hombre, el cual ahora se encargará del reparto de cargos, el control de la organización, etc.; además, tenderá a cumplir el papel de malvado para los miembros de la propia organización, dejando limpia la imagen del líder. Por lo tanto, una vez que el líder ha sido reconocido tiende a separarse de la organización, adentrándose en la política parlamentaria. Si el líder es todavía potencial o es un jefe tenderá a ceder prebendas de todo tipo a los notables del partido, sin embargo, si el líder está completamente reconocido los incentivos selectivos se reducirán de forma considerable, porque se apostará por los muy fieles. La conclusión es que el líder comienza a tener un poder pleno sólo cuando está completamente consolidado, a partir de ese momento podrá comenzar el proceso de centralización, el cual deberá verse ratificado por éxitos o presunción de éxitos electorales. Además, para confirmar una hipótesis de Ramón Cotarelo —la cual, por cierto, se confirmará plenamente en el desarrollo del caso de investigación—, podemos decir que en tiempos de crisis se agudizará la función directiva del líder, mientras que si las aguas están calmadas esta función perderá peso respecto de la función pública del líder¹²².

El cambio organizativo no surge porque sí, al contrario tiene unas fases, unas causas que provocan que la organización se plantee un cambio. Normalmente son tres las fases: en primer lugar, una fuerte presión ambiental (una derrota electoral, por ejemplo) puede producir un período de estrés organizativo que, de no calmarse en ese mismo momento, lleva a la organización a un período de crisis. En segundo lugar, ante la incapacidad demostrada por la coalición dominante de superar la crisis, se procede al cambio de la cúpula del partido por otra nueva. Y, en tercer lugar, se produce el cambio organizativo en dos aspectos básicos: las reglas del juego y el organigrama¹²³. Este es el modelo de cambio organizativo, pero ¿cuáles son las causas que lo provocan?. Un grupo de politólogos ha propuesto un modelo con tres posibles hipótesis, partiendo del hecho de

¹²¹David Hine, op. cit., pág. 186.

¹²²Ramón Cotarelo, op. cit., pág. 256, n. 15.

que los partidos políticos son organizaciones «conservadoras» y, por lo tanto, el cambio organizativo se realizará cuando la supervivencia del partido se encuentre amenazada¹²⁴. La primera hipótesis sugiere que el cambio organizativo se producirá como consecuencia de un mal resultado electoral, principalmente en los partidos de gobierno. La segunda hipótesis, la cual afecta especialmente a nuestro análisis, dispone que el cambio de líder está asociado a un cambio organizativo, sobre todo en los partidos con fuertes estructuras de liderazgo. La tercera hipótesis afirma que el cambio de la facción dominante está asociado al cambio en el partido. Vilas Nogueira concuerda con los autores en que éstos pueden ser los motivos que impulsen el cambio, pero realiza ciertas apreciaciones: «cualquier estímulo externo puede, en principio, inducir a un partido a la adaptación por medio del cambio en una u otra dimensión, *incluso sin cambio de liderazgo o fraccional*»¹²⁵. Se tiene la tendencia a pensar que cualquier cambio organizativo es consecuencia, principalmente, de un cambio radical en la coalición dominante, incluido el líder; pero la realidad demuestra que el cambio se puede producir para integrarse perfectamente en el ambiente, a fin de conseguir mejores resultados, sin que ello vaya seguido de un cambio de liderazgo. Esta apreciación no choca con el axioma de K. Janda: «la presión para cambiar que un partido tiene que soportar es inversamente proporcional a los resultados electorales que obtiene; a mejores resultados menos presión, a peores resultados más presión»¹²⁶. Es el campo electoral el que más presión ejerce al cambio, pero no es la única causa que puede provocar el cambio organizativo. Las luchas internas por el poder del partido, que no tienen por qué contestar el liderazgo del partido, también son una causa para el cambio organizativo, porque los cambios en la coalición dominante suelen reflejarse en los estatutos de los partidos políticos. Esta apreciación es bastante lógica ya que los estatutos de la organización son en sí mismos un recurso, un área de

¹²³Manuel Mella, «Los sistemas de partidos», pág. 216.

¹²⁴Robert Harmel, Uk Heo, Alex Tan, y Kenneth Janda, «Performance, leadership, factions and party change: an empirical analysis», *West European Politics*, vol. 18, nº 1, (January), 1995, pág. 1 y ss.

¹²⁵J. Vilas Nogueira, op. cit. (II), pág. 109. (La cursiva es nuestra).

¹²⁶Kenneth Janda, «Toward a performance theory of change in political parties», *Congreso de la Asociación Internacional de Ciencia Política*, 1990, pág. 8.

incertidumbre del poder. Para terminar con esta apartado, las causas más apreciables del cambio organizativo, en términos generales, son:

«La creciente dependencia de expertos profesionales, en lugar de amateurs; la igualmente creciente dependencia de subvenciones estatales, en lugar de las contribuciones de sus miembros; el desarrollo de los medios de comunicación de masas, que ofrecen un canal alternativo y más efectivo de comunicación con los ciudadanos, para los propios líderes partidarios y para los titulares de las instituciones del Estado; las encuestas de opinión pública, que desplazan a las organizaciones de partido como instrumentos de comunicación desde los ciudadanos a los líderes del partido y a los titulares de las instituciones del Estado, etc.»¹²⁷.

3.) EL PARTIDO Y EL LÍDER CARISMÁTICO.

La teoría general de los partidos políticos acumula la información necesaria para analizar la organización partidista en épocas y circunstancias, digamos que, normales. Pero cuando hace su aparición un líder carismático, ¿cambia el modelo organizativo?, ¿cuáles son las características principales del partido carismático?. Como veremos a continuación, el modelo organizativo prácticamente no varía respecto a la teoría general, aunque, mientras que aquélla habla de situaciones posibles, al analizar el liderazgo carismático dentro del partido político, podemos establecer una líneas generales de actuación. Si el centralismo democrático no es exclusivo de los partidos comunistas, la forma organizativa del partido carismático es propia, aunque existan notas comunes con otros partidos. Es decir, el partido carismático tiene un modelo propio que no puede ser transplantado a otros partidos no carismáticos; incluso cuando el partido pierde a su líder carismático, la organización cambia radicalmente sus estructuras. El cambio de líder en los partidos carismáticos provoca algunos cambios en la organización, pero no existen cambios estructurales, excepto si el líder nuevo es un líder carismático. No son muchas las investigaciones que se han hecho sobre el partido carismático, tal vez porque persista en

¹²⁷José Vilas Nogueira, op. cit. (I), pág. 61.

los analistas el escepticismo de Karl Loewestein o Arthur Schlesinger Jr. sobre la imposibilidad del carisma en la modernidad, pero, aun así, algunos autores se han atrevido a exponer una serie de características diferenciadas.

El líder carismático provoca con su aparición un tipo de organización basada únicamente en «vínculos personales, en los lazos de lealtad que unen directamente a los “discípulos” con el líder»¹²⁸. Esto no significa que las reglas del juego anteriores, en el caso de no ser una fundación del partido, desaparezcan, sino que se obvian en detrimento de los deseos expresos o inferidos del líder. Aunque existe la posibilidad, nada descartable, de que el líder carismático, frente a cierto tipo de acusaciones de los no confesos —recuérdese que un partido político atrae personas por unos fines y una ideología y, por lo tanto, puede haber discrepancias con el líder carismático, sobre todo por parte de los creyentes— realice un cambio estatutario para acomodar el partido a sus exigencias. Los cambios de reglas, sin embargo, no provocan que los lazos de lealtad quiebren en favor de rígidas normas, al contrario los cambios organizativos de un líder carismático suelen ser contra alguien más que a favor de algo. La pérdida de importancia de las reglas del juego se sustituye por la «satisfacción de trabajar para una persona, ofreciéndole una entrega personal confiada, y no para el programa abstracto de un partido compuesto de mediocridades»¹²⁹. El cambio más importante, sin embargo, es identitario. Si la fundación de un partido por un líder carismático produce la «*total compenetración entre el líder y la identidad organizativa del partido* [lo que es] la “*conditio sine qua non*” del poder carismático»¹³⁰; cuando el líder carismático aparece en una organización con una identidad propia, o bien cambia la identidad del partido, o bien hace suya, con las modificaciones necesarias, la identidad existente.

El carisma puro, en palabras de Panebianco, tiene un ascendiente tal que el partido queda a merced de la voluntad del líder, es líder y partido todo en uno; empero

¹²⁸ Angelo Panebianco, op. cit., pág. 268.

¹²⁹ Max Weber, *La política como profesión*, pág. 129.

¹³⁰ Angelo Panebianco, op. cit., pág. 271.

cuando aparece el carisma de situación «el partido no es simplemente su criatura sino que nace de una pluralidad de impulsos y, por tanto, otros actores pueden reservarse un cierto grado de control sobre las zonas de incertidumbre de la organización»¹³¹. Parece que, para Angelo Panebianco, es imposible la existencia de un carisma puro que no sea el propio de un líder fundador, o tal vez el pensador italiano no haya comprendido lo que es el carisma situacional. Cuando existe un líder carismático puro también hay áreas de incertidumbre que son controladas por personas no carismáticas, entre otras cosas porque, como dijimos unos párrafos más arriba, el líder no sólo se dedica a su organización, en cuanto ha convencido a la gran mayoría del partido se dedica plenamente a los seguidores exteriores. Lo mismo ocurre, con mayor fuerza tal vez, en los casos en que existe un líder carismático. Además, si bien el partido ya fundado no es propiamente una criatura del líder carismático, éste activará todo el simbolismo y la fuerza mítica interna para aparecer como el enviado de los padres fundadores, o del sujeto histórico de cambio que represente el partido. Margaret Thatcher, por ejemplo, reclamó la vuelta a la primera plana de las clases medias británicas, junto con su pasado al lado de los últimos padres del conservadurismo británico, y principalmente su anexión a los postulados del liberalismo de Hayek y Popper¹³². Que otros actores puedan controlar ciertas áreas de influencia puede querer decir que este control sea una cesión de poder. Detengámonos a analizar este punto.

De las áreas de incertidumbre existentes en el seno de un partido político, el líder normal suele controlar las relaciones con el entorno, la comunicación y, con límites, la financiación. Las relaciones con el entorno porque es su medio principal de actuación; la comunicación porque posee numerosos medios a su alcance —lo que no es óbice para que otros actores también tengan acceso a ellos, es por lo tanto un control compartido—, y la financiación porque, si el líder puede resultar exitoso, los créditos y la financiación privada son más accesibles. Cuando existe un líder carismático, éste suele controlar todas las áreas de incertidumbre con casi total poder. El control sobre la competencia se produce por la

¹³¹Ibídem, pág. 114.

¹³²Margaret Thatcher, *Los años de Downing Street*, Madrid, El País-Aguilar, 1993; y *El camino hacia el poder*, Madrid, El País-Aguilar, 1995 (especialmente interesante el segundo capítulo).

posesión del carisma, aunque esta área pueda ser compartida; en las relaciones con el entorno sucede lo mismo que con el líder normal con más fuerza si cabe; con la comunicación el poder del líder carismático llega a tal punto que eclipsa las declaraciones de sus propios *coequipers*; las reglas formales, por su proyección carismática, y al basarse la organización en lazos personales pierden su importancia, quedando el cambio de estas a merced de la voluntad del líder; y en el campo de la financiación el líder carismático aporta todas las fuentes, tanto por el aumento en la militancia como por las ayudas privadas y estatales —que son iguales para todos—. Por consiguiente, la presunción de Panebianco queda en entredicho, pues sólo vale para el carisma de situación, es decir, un carisma muy corto en el tiempo como el que tuvo Winston Churchill, pero se equivoca Panebianco al adjudicar a Konrad Adenauer un carisma de situación, más bien fue un líder carismático pleno. Este error desconoce que los líderes carismáticos, que siempre surgen en épocas de crisis, no sólo tienen un cariz mesiánico y atemporal. Pensar esto es pensar en épocas pre-modernas y en contextos religiosos que en nada se corresponden a la realidad occidental que se analiza. El líder carismático moderno, como ya expusimos, es producto de tendencias salvadoras o mesiánicas —en menor medida—, pero también de tendencias mosaicas, heroicas, en resumidas cuentas de tendencias míticas. Además, a diferencia de los líderes carismáticos pre-modernos, los líderes carismáticos modernos tienen, ya se vio, un límite temporal; cuando los seguidores observan que la misión del líder ha concluido o está apunto de concluir, comienza un proceso de desapego a la personalidad carismática, comenzando un proceso de racionalización. En democracia, el líder carismático no es perpetuo, lo que no significa que pierda parte de su carisma. Recuérdese el poder que tuvo Willy Brandt para la socialdemocracia europea, y para gran parte de los alemanes. Dimitió a consecuencia de un grave error político, pero los líderes carismáticos son humanos y cometen errores. Tal vez el problema sea que todavía hoy se piensa en los líderes carismáticos como dioses reales y no como seres humanos o, en todo caso, como «semidioses». El problema radica en que se observan los efectos, pero se olvida rastrear hasta las causas —Konrad Adenauer tuvo que ceder poder porque no podía centralizar todo el poder en sus manos después de la experiencia del tercer reich, no porque no

hubiese podido; Charles De Gaulle sí lo hizo porque pudo, no había una historia reciente que se lo impidiese—. Además habría que añadir que la posible centralización del poder en unas manos no tiene por qué producirse, tan sólo basta advertir que el líder carismático tiene la facultad de reunir todo el poder, otra cosa es que lo haga o no, pero la potencialidad está ahí.

Advierte Angelo Panebianco que dentro del partido del líder carismático, los principios que inspiran el funcionamiento de la organización son «las lealtades de tipo directo, por un lado, y la delegación de la autoridad, por otro, según criterios personales y arbitrarios»¹³³. Sin lugar a dudas, esta es una cualidad de la organización carismática, el líder hace y deshace a su más cercano alrededor, evidentemente, con ciertos límites si se encuentra en un sistema democrático; por esta razón, la estabilidad organizativa podría verse alterada. El comportamiento del líder sobre la base de preferencias personales introduce inestabilidad e incertidumbre en la organización, a diferencia de la relativa estabilidad de una organización basada en reglas formales. Todos los que se encuentran en su más cercana presencia se encuentran expectantes para cumplir frente al líder todos sus deseos, sabiendo que así no caerán en desgracia y podrán ser elevados o mantenidos. Otra característica propia de la existencia de un líder carismático dentro de un partido político es la incondicional obediencia de los subjeses del partido y los militantes¹³⁴. Es verdad que en los partidos comunistas y/o de carácter totalitario, ocurre este hecho, pero la causa es distinta. En el partido carismático se obedece porque lo ordena el líder y es suficiente, sin tapujos y sin miedo; en otro tipo de partidos se obedece por miedo a las represalias. Para Robert Michels la pasión con que se entregan los partidos carismáticos es una peculiaridad de este tipo de partidos, frente a otros partidos con un programa definido y con un interés de clase¹³⁵. Otra característica de los partidos carismáticos es la imposibilidad, por la gran

¹³³ Angelo Panebianco, op. cit., pág. 269.

¹³⁴ Martin Rainer Lepsius, «Charismatic leadership: Max Weber's model and its applicability to the rule of Hitler» en C. F. Graumann y Serge Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, New York, Springer-Verlag, 1986, pág. 63.

¹³⁵ Robert Michels, *Corso di sociologia politica*, Milan, Istituto Editoriale Scientifico, 1927, pág. 104, citado en Juan J. Linz, op. cit., pág. 24.

cantidad de opiniones existentes, de focalizar una *opinión organizada*¹³⁶. Esto no quiere decir que no exista una línea argumental o historia clara, más bien Alan Ware nos dice que son tantos los cambios de opinión sobre políticas concretas del líder carismático que no se puede articular un programa de gobierno coherente. Si el autor británico, porque no dice nada más en su texto, se refiere a que el líder carismático no tiene una idea preconcebida de lo que quiere hacer, tan sólo podríamos calificar de error su apreciación, porque como se vio en el apartado del líder carismático, existe una visión muy clara y definida de lo que se quiere hacer; otra cosa es la claridad en los medios, porque en los fines no hay indeterminación. Pero estamos convencidos que Alan Ware piensa de manera similar a nosotros y el resto de científicos que han estudiado el fenómeno.

La existencia de un líder carismático tiene las mismas consecuencias que la existencia de una burocracia rígida y ramificada: «todas las decisiones clave se concentran en la cúpula de la organización y en este caso, se hallan en manos del propio líder»¹³⁷. En este aspecto, la toma de decisiones, la centralización es similar en ambos tipos de partidos y gran parte de culpa la tienen las luchas internas. Pero en otros aspectos que no son la toma de decisiones, la existencia de un líder carismático compensa en cierta manera la rigidez existente por su componente emocional y superador de barreras por el estallido súbito y entusiasta en que surge¹³⁸. Además, Beetham observa que Max Weber advirtió ya que las propias burocracias de los partidos políticos cederían ante el líder carismático por sus posibilidades de éxito, aunque les afectase a ellos mismos¹³⁹. Pero ¿por qué sigue existiendo una burocracia o rigidez organizativa en los propios partidos carismáticos? La superación de la rigidez que ofrece el líder carismático —poder hablar a los seguidores y militantes sin necesidad de la organización del partido—, sin embargo, se ve contrarrestada por la creación de una rigidez burocrática en la vida interna del partido. A parte de la acción de gobierno o de la acción de oposición, los partidos políticos tienen un

¹³⁶ Alan Ware, op. cit., pág. 5.

¹³⁷ Angelo Panebianco, op. cit., pág. 273.

¹³⁸ Miguel Herrero de Miñón en Julia Navarro, *Nosotros la transición*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, pág. 269; y Max Weber, *Economía y sociedad*, pág. 864.

¹³⁹ Alan Bryman, *Charisma and leadership in organizations*, London, Sage, 1992, pág. 29.

funcionamiento interior en muchas áreas; pues bien, estas se ven afectadas por la rigidez incluso si hay un líder carismático. Reiteramos que el líder una vez que ha conseguido el compromiso de los miembros del partido, sea o no carismático, tiende a dedicarse plenamente a su acción exterior, por lo que deja en manos de sus allegados la organización. Son estas personas las que producen, si no existía anteriormente, una lucha interior para estar más cerca del líder carismático. Se lucha ahora por los segundos, terceros o cuartos puestos de la organización, «la solidaridad no aparece, pero todos ellos tratan de defender sus autoridades y sus reinos de competencia contra los otros»¹⁴⁰. Saben que el líder carismático les puede retirar su apoyo, pero aun así se preparan para la lucha, mientras el líder no está pendiente, repartiendo cargos e incentivos materiales para conformar facciones más poderosas que las de los demás. Esto provoca que los afiliados y los descontentos con el líder, que también los hay, se topen con una burocracia muy rígida en el día a día del partido. En ocasiones, puede ser producto del propio líder la burocracia por sus pretensiones de acallar a los discrepantes y/o extender sus ramas de influencia orgánica para ganar más poder dentro del Estado. La cercanía al líder, pero sobre todo la creación poco a poco de un grupo de notables en el partido, es importante también en el momento en que el líder deja su puesto. Si no ha dejado un delfín, o no hay unas claras reglas de sucesión, los notables del partido como continuadores de la obra del líder serán quienes se hagan con las riendas del partido¹⁴¹. Por consiguiente, las luchas no sólo tienen un fin inmediato, sino también un fin sucesorio. Con esto damos por finalizado el estudio del liderazgo desde un punto de vista teórico; ahora la atención se concentrará en el análisis del caso empírico.

¹⁴⁰M. Rainer Lepsius, op. cit., pág. 63.

¹⁴¹Angelo Panebianco, op. cit., pp. 270 y 271.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

DPTO. DE CIENCIA POLÍTICA Y DE LA ADMINISTRACIÓN II

TESIS DOCTORAL

***EL FACTOR DEL LIDERAZGO POLÍTICO EN LA ESPAÑA
CONTEMPORANEA: EL CASO DEL PSOE (1974-2000)***

TOMO II

POR

SANTIAGO APARICIO GARCÍA

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

2002

ÍNDICE TOMO II

ÍNDICE

I

CAPÍTULO 7º: APARICIÓN DE «ISIDORO» Y ASENTAMIENTO DE FELIPE GONZÁLEZ.

Introducción.....	324
1. La aparición de «Isidoro» y la presentación de Felipe González.....	325
1.1. <i>Felipe González como figura mítica/heroica.....</i>	328
1.2. <i>«Isidoro» en España y en vísperas de la transición.....</i>	331
1.3. <i>La presentación de Felipe González: el 27º Congreso del PSOE.....</i>	336
2. La transición a la democracia.....	348
2.1. <i>La imagen de Felipe González: potenciación y cuidado.....</i>	348
2.2. <i>Análisis de la simbología de los carteles electorales.....</i>	353
2.3. <i>La campaña en televisión.....</i>	360
3. Formación de un hombre de Estado.....	362
3.1. <i>Los pactos de La Moncloa.....</i>	363
3.2. <i>La imagen de Felipe González y Alfonso Guerra durante la redacción constitucional.....</i>	365
3.2.1. <i>La táctica de oscurecer la figura de Enrique Tierno Galván frente a la luminosidad de Felipe González.....</i>	366
3.3. <i>Los viajes de Felipe González y su proyección en España.....</i>	370
4. Las elecciones y los congresos de 1979.....	375
4.1. <i>La finalización del período constituyente y la constitución de 1978.....</i>	375
4.2. <i>La campaña electoral de 1979.....</i>	378
4.3. <i>Los congresos del PSOE y la entronización de Felipe González (o</i>	

<i>Prometeo se asienta)</i>	384
4.3.1. <i>Los medios de comunicación y la figura de Felipe González</i>	391
4.3.2. <i>Asesinato del «padre» y «totemización» de Felipe González</i>	395
5. Antes del cambio: Prometeo a las puertas del gobierno	400
5.1. <i>La moción de censura contra Adolfo Suárez (figura y contrafigura)</i>	402

CAPÍTULO 8º: FELIPE GONZÁLEZ COMO LÍDER CARISMÁTICO Y ALFONSO GUERRA COMO ALTER EGO.

Introducción	406
1. La imagen de Felipe González en 1982	408
2. Felipe González como líder carismático	413
2.1. <i>Emergencia del liderazgo de Felipe González en situación de crisis</i>	413
2.2. <i>Características del liderazgo carismático y Felipe González</i>	418
2.2.1. <i>La oratoria</i>	418
2.2.2. <i>La mirada del líder carismático</i>	425
2.2.3. <i>Confianza y fe ciega en las posibilidades</i>	426
2.2.4. <i>Energía y/o vitalidad y disciplina personal</i>	434
2.2.5. <i>Capacidad de aprendizaje y posesión de gran inteligencia</i>	439
2.2.6. <i>Autocontrol</i>	442
3. Felipe González como héroe	443
3.1. <i>El grado de dificultad de la acción, el riesgo envolvente y la naturaleza del cambio</i>	444
3.2. <i>Consenso de los seguidores y constante llamada para la capacidad colectiva</i>	449
3.3. <i>Carácter nacionalista del líder político</i>	450
3.4. <i>Independencia respecto al poder y «outsider» político</i>	454
4. Alfonso Guerra: el gemelo «malo», el intelectual y el izquierdista que se	

inventó a sí mismo.....	457
4.1. <i>Alfonso Guerra como gemelo malo.....</i>	458
4.1.1. <i>El fiel escudero de Felipe González.....</i>	461
4.1.2. <i>El manto carismático y las relaciones de poder.....</i>	464
4.1.3. <i>Corte de fieles y posición dominante de Alfonso Guerra.....</i>	469
4.2. <i>Alfonso Guerra, el intelectual.....</i>	474
4.2.1. <i>Alfonso Guerra: el promotor de la intelectualidad socialista.....</i>	480
4.2.2. <i>Análisis de los textos de Alfonso Guerra.....</i>	486
4.2.3. <i>Alfonso Guerra machadiano, académico y contraintelectual.....</i>	494
4.3. <i>Alfonso Guerra, el izquierdista.....</i>	502
4.3.1. <i>Alfonso Guerra, la izquierda y la acción de gobierno.....</i>	506
4.3.2. <i>Alfonso Guerra y los mitos socialistas.....</i>	514

CAPÍTULO 9º: EL DISCURSO DE FELIPE GONZÁLEZ Y LA ETAPA DE GOBIERNO SOCIALISTA.

Introducción.....	520
1. El discurso de Felipe González.....	522
1.1. <i>El regeneracionismo y las generaciones del 98 y del 14.....</i>	523
1.2. <i>El discurso pre-1982.....</i>	529
1.2.1. <i>El discurso regeneracionista pre-1982.....</i>	535
1.2.2. <i>El discurso socialdemócrata constitutivo del discurso de 1982: influencias intelectuales de Felipe González.....</i>	537
1.3. <i>El discurso de 1982.....</i>	543
1.3.1. <i>La democratización.....</i>	545
1.3.2. <i>La modernización.....</i>	550
1.3.3. <i>Apertura al mundo.....</i>	553
1.3.4. <i>La regeneración ética de España.....</i>	561
1.4. <i>Felipe González dentro de la clasificación blondeliana: entre líder</i>	

<i>salvador y líder transformador.....</i>	569
2. Desarrollo político: distorsiones y continuidades entre discurso y acción del gobierno socialista de Felipe González.....	571
2.1. <i>Análisis de las políticas socioeconómicas de los gobiernos de Felipe González.....</i>	572
2.1.1. <i>Aspectos macroeconómicos, reforma de la estructura productiva y las tasas de desempleo.....</i>	572
2.1.2. <i>Las políticas del Estado de bienestar.....</i>	582
2.2. <i>Consolidación democrática: el terrorismo y las Fuerzas Armadas.....</i>	590
2.3. <i>El papel de España en las instituciones internacionales: el cumplimiento del sueño regeneracionista.....</i>	593
2.4. <i>Vertebración de España.....</i>	604
2.5. <i>Valoración (ciudadana) de la etapa de gobierno socialista.....</i>	607
2.6. <i>Breve epílogo: ¿por qué ganó Felipe González las elecciones de 1993?</i>	626

CAPÍTULO 10º: EROSIÓN Y FATIGA CARISMÁTICA: RAZÓN DE ESTADO Y CORRUPCIÓN.

Introducción.....	634
1. El debate sobre la OTAN y la relación con los sindicatos: los costes de oportunidad políticos y de las políticas.....	635
1.1. <i>La OTAN.....</i>	636
1.1.1. <i>El debate sobre la OTAN: un proceso de cambio.....</i>	637
1.1.2. <i>El ejercicio del liderazgo y el referéndum de la OTAN.....</i>	642
1.1.3. <i>El referéndum y sus consecuencias.....</i>	646
1.2. <i>La relación con los sindicatos.....</i>	650
1.2.1. <i>Los elementos del enfrentamiento: política, ideología y estrategia....</i>	651
1.2.2. <i>Significado y simbolismo del enfrentamiento gobierno/sindicatos.....</i>	656

2. La razón de Estado y el GAL: terrorismo de Estado (la lacra del proyecto de Felipe González I).....	659
2.1. <i>Breve estudio sobre la razón de Estado: ¿pueden los gobernantes actuar libremente?.....</i>	<i>660</i>
2.2. <i>El GAL: una forma de razón de Estado.....</i>	<i>665</i>
2.2.1. <i>El caso GAL: opinión pública y análisis.....</i>	<i>667</i>
3. La corrupción: el pecado mortal del proyecto de Felipe González (Lacra II).....	678
3.1. <i>Los casos de corrupción de la época socialista.....</i>	<i>678</i>
3.1.1. <i>Los casos de corrupción de cargos políticos del PSOE.....</i>	<i>686</i>
4. Sobre el significado del felipismo, la conspiración y la erosión del carisma de Felipe González: el final de la historia.....	694
4.1. <i>El felipismo.....</i>	<i>695</i>
4.1.1. <i>Conceptualización y significado.....</i>	<i>695</i>
4.1.2. <i>Análisis de las características del felipismo.....</i>	<i>699</i>
4.1.2.a). <i>La instauración de un régimen político totalizador.....</i>	<i>699</i>
4.1.2.b). <i>Desprecio por los mecanismos, usos y costumbres de la democracia liberal.....</i>	<i>705</i>
4.1.2.c). <i>Persecución de los medios de comunicación no afines.....</i>	<i>707</i>
4.1.2.d). <i>Utilización del clientelismo poliédrico.....</i>	<i>712</i>
4.1.2.e). <i>Afán de poder y negación de participación política a las instancias ajenas a los partidos políticos.....</i>	<i>718</i>
4.1.2.f). <i>Conclusión sobre el felipismo.....</i>	<i>720</i>
4.2. <i>La conspiración y el proceso de erosión del carisma de Felipe González.....</i>	<i>722</i>
4.2.1. <i>La conspiración: formación y protagonistas.....</i>	<i>723</i>
4.2.2. <i>El proceso de erosión carismática.....</i>	<i>725</i>

CAPÍTULO 11º: EL PARTIDO, EL LÍDER CARISMÁTICO Y EL POST-FELIPISMO EN EL PSOE (ALMUNIA Y BORRELL COMO EPÍLOGO).

Introducción.....	737
1. El liderazgo carismático y la vida interna del partido político: repercusión del liderazgo de Felipe González sobre el PSOE.....	738
1.1. <i>El liderazgo de Felipe González durante la transición política española.....</i>	739
1.1.1. <i>La forma de dirección y el estilo de liderazgo, 1977-1979.....</i>	743
1.2. <i>La eclosión del XXVIII Congreso del PSOE en 1979.....</i>	749
1.2.1. <i>El marxismo: el falso debate ideológico.....</i>	751
1.2.2. <i>La renuncia de Felipe González y la imposibilidad de alternativa.....</i>	757
1.2.3. <i>El cambio organizativo y la eliminación estatutaria del adversario...</i>	760
1.2.4. <i>El congreso extraordinario y la eliminación real del adversario.....</i>	767
1.3. <i>Liderazgo carismático, gobierno y partido.....</i>	776
1.3.1. <i>Las relaciones de poder establecidas en el PSOE entre Felipe González y Alfonso Guerra.....</i>	777
1.3.2. <i>La formación de tendencias y facciones en torno al líder carismático.....</i>	784
1.3.2.a). <i>Izquierda Socialista: la formación y desarrollo de una tendencia/corriente de opinión.....</i>	786
1.3.2.b). <i>El guerrismo como facción y aparato: el contrapoder interno a Felipe González.....</i>	794
<i>Actuación del guerrismo y relación con Felipe González.....</i>	801
1.3.2.c). <i>La renovación: de tendencia a facción felipista.....</i>	806
1.3.3. <i>El líder carismático y los barones territoriales.....</i>	815
2. Almunia y Borrell: continuidad y cambio del proyecto del líder carismático.....	818

2.1. <i>La retirada y sucesión del líder carismático</i>	819
2.1.1. <i>Joaquín Almunia, el sucesor de Felipe González</i>	823
2.2. <i>Crisis de liderazgo y primarias en el PSOE post-Felipe González</i>	826
2.2.1. <i>Josep Borrell, el hombre que pudo ser</i>	832
2.3. <i>Del liderazgo carismático al manager político</i>	835

CONCLUSIONES FINALES.

1. Conclusiones teóricas.....	842
2. Conclusiones empíricas.....	848

<u>LISTA DE CUADROS, GRÁFICOS, IMÁGENES Y TABLAS</u>	869
---	-----

<u>LISTA DE SIGLAS Y ABREVIATURAS</u>	872
--	-----

<u>FUENTES</u>	877
-----------------------	-----

<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	882
----------------------------	-----

CAPÍTULO 7º: APARICIÓN DE «ISIDORO» Y ASENTAMIENTO DE FELIPE GONZÁLEZ.

«Puedo prometer y prometo»

Adolfo Suárez

«[La transición] Fue mágica. Y hubo mucho talento por parte de todos los actores políticos»

Alfonso Guerra

«La participación en el mito —al menos en nuestra cultura— es un desafío eterno a la razón, una exigencia usurpadora frente al monopolio de poder, bajo cuyo dominio se encuentran las necesidades “establecidas en la naturaleza” de nuestro cuerpo»

Leszek Kolakowski

INTRODUCCIÓN

«Pero debéis saber aquí, donde corresponde decirlo, que no seré candidato a la Secretaría General». Con estas palabras se despedía el hombre que había dirigido el PSOE, el partido más antiguo de España, durante cerca de veintitrés años, y los destinos del pueblo español durante algo más de trece años. No hacían falta más palabras. Tan sólo un pequeño párrafo que cerraba un importante período de la historia de España y de la historia del PSOE. Quien las pronunció era Felipe González, un sevillano, nacido en la capital andaluza el 4 de marzo de 1942, hijo de Felipe González Helguera y Juana Márquez. Jamás pudieron pensar los padres que el niño que, retraído y poco hablador que gustaba de sentarse en el portal de la vaquería regentada por ellos, llegaría a ser un personaje tan importante en la historia reciente de España. Odiado y amado a partes iguales. Una persona que marcaría una época, que tendría tal impacto en la sociedad española que la revista *Time* diría, tiempo después de abandonadas las labores de gobierno, lo siguiente: «Una medida del impacto de una persona en la vida pública es que su nombre

comience a ser un nuevo miembro del lenguaje. Felipe González ha tenido un proceso similar en el Español. *Felipismo* es un término utilizado para describir su reinado de cerca de catorce años como primer ministro. Su apellido es también inmediatamente reconocible cuando aparece contraído como *Glez*»¹. Pero del *felipismo* y sus implicaciones hablaremos posteriormente.

En este capítulo vamos a reflejar cómo se fue construyendo la imagen de Felipe González a lo largo de la transición, deteniéndonos para analizar las campañas electorales, con especial hincapié en los carteles de la campaña de 1977. Así mismo comprobaremos la forma en que Felipe González fue reduciendo la fuerza de las figuras, primero del socialismo español, y posteriormente de otros ámbitos. La celebración del 28º Congreso y el posterior congreso Extraordinario no será analizada desde una posición intrapartidista, lo que se analizará en un capítulo aparte, sino desde la perspectiva general de la ciudadanía española, lo cual es aplicable y extensible a todo el capítulo. No importa tanto la forma en que es visto Felipe González por nuestros propios «ojos científicos», sino pergeñar cómo era visto por los españoles. Para que el análisis se complete veremos los aspectos míticos que rodean la imagen de Felipe González y la aparición del binomio González-Guerra, desde una perspectiva antropológica donde se apreciarán las similitudes con los mitos de los gemelos.

1.) LA APARICIÓN DE «ISIDORO» Y LA PRESENTACIÓN DE FELIPE GONZÁLEZ.

En octubre de 1974 numerosas personas, fuera del ámbito del PSOE, se interrogaban sobre la identidad de esa persona, apodada *Isidoro*, que se situaba al frente de un partido político histórico. «¿Quién es Isidoro?» resonaba una y otra vez en la mente de esas personas. Reseña clara de esto que comentamos aconteció en la fiesta literaria que se celebraba en Ediciones Guadiana, donde gran parte de los asistentes asimilaban el

¹*Time*, 17 de noviembre de 1997, pág. 42.

seudónimo de «Isidoro» a Enrique Múgica. «¿Si no es Múgica, quién es entonces Isidoro? Porque Enrique Múgica es *Goizalde*». La extraña forma en que hacía su aparición pública el nombre de «Isidoro» implicaba, en cierto modo, una especie de aureola mítica y misteriosa que desenfocaba las perspectivas nítidas que hasta la fecha habían tenido los opositores al régimen, en el sentido amplio, activo y pasivo, de la palabra. Las dudas se desvanecieron completamente el 19 de octubre de 1974 cuando el *Correo de Andalucía* —secuestrado y por eso, en una época de clandestinidad, más noticiable— difundía las primeras palabras y la identidad del nuevo primer secretario del PSOE, de «Isidoro»². No era otro sino Felipe González. En ese momento las dudas sobre la identidad de «Isidoro» se habían desvanecido, dando paso a las dudas sobre la propia persona que ahora emergía entre las medidas de camuflaje del apodo. Lo único que se sabía a ciencia cierta es que Felipe González, además de ser un hombre joven, era abogado laboralista y, desde el 13 de octubre de 1974, primer secretario del PSOE³.

Dada la presencia del PSOE en la lucha contra el franquismo —más bien escasa, excepción hecha de los núcleos de Asturias y el País Vasco, a lo que habría que añadir las reuniones conspiratorias (numerosas en la época franquista) del grupo de Madrid (salvo la labor de Luis Gómez Llorente en el Colegio de Doctores y Licenciados) y del grupo de Sevilla—, el dato de que Felipe González fuera el primer secretario podría tener un valor cualitativo, en tanto en cuanto portavoz de unas siglas históricas. Pero frente a la

²La entrevista la realizó el periodista Juan Holgado Mejías e intentó aparecer publicada el sábado 19 de octubre de 1974, una semana después de celebrado el XIII Congreso en el exilio del PSOE, en el ayuntamiento parisino de Suresnes.

³Pedro Rodríguez, columnista del diario *Pueblo*, publicó el martes 15 de octubre de 1974 un artículo donde se intuía que «Isidoro» podía ser Felipe González, pero no se explicitaba la identificación: «Pero ¿quién fue el que dijo aquello de que “una semana serena, turgente y límpida, como Afrodita... ?” para empezar, las agencias internacionales se han volcado sobre la cumbre socialista de Suresnes. Algo ha pasado y algo se sabe. Por lo pronto, que estuvo presente, como refuerzo, Regis Debray. Que monsieur Mitterrand envió un mensaje invitando a los socialistas españoles a unirse al partido comunista, ¿y qué dijeron ellos? Que de momento de adherirse a la Junta parisina Carrilloalvoserina, nada. Pero el fin de fiesta de Suresnes era electoral. Había que designar secretario general. O sea, líder para el futuro. La “era Llopis” ha terminado. El paréntesis “Castellano”, también. Entonces, las urnas dieron un nombre y el nombre —del nuevo líder— se rebozó bajo el seudónimo de *Isidoro*. Porque Isidoro vive en “el interior”. De España, naturalmente. En estos momentos, los teletipos se han armado un lío y no se sabe si *Isidoro* es o no es don Felipe González,

actividad clandestina del PCE u otros grupos, como el FLP y sus sucesivas escisiones cada una de mayor pureza doctrinaria, o la preeminencia de personajes como el profesor Tierno Galván, el PSOE tendría pocas posibilidades de obtener el refrendo mayoritario de los ciudadanos cuando llegase la hora de la democracia. Sin embargo, había un factor que denotaba la importancia que iba a tener *Isidoro* en la democracia española. No sólo el PSOE (r) había obtenido el refrendo de la Internacional Socialista frente al PSOE (h) de Llopis —gracias a la labor internacional de Francisco López Real y de Pablo Castellano—, sino que, además, los representantes más destacados de la Internacional Socialista daban su pleno apoyo al primer secretario del PSOE. En el XIII Congreso del PSOE en el exilio (Congreso de Suresnes) se personaron en la sala *Albert Thomas*: Bruno Pittermann, a la sazón presidente de la Internacional Socialista; Françoise Mitterrand, primer secretario del Partido Socialista Francés; el italiano Bettino Craxi; Ronald Balcoumb, vicesecretario de la Internacional Socialista; y, sobre todo, el verdadero *factótum* del movimiento socialista internacional, Willy Brandt. No eran, por lo tanto, «cuatro estudiantes radicalizados» que habían logrado desbancar al viejo y tenaz Llopis, secretario general del PSOE desde 1944, sino que era un grupo heterogéneo que contaba con el apoyo, en todos los sentidos, de la Internacional Socialista.

Con estos argumentos la dirección elegida en el Congreso de Suresnes se apresuró a hacerse un hueco en la oposición al franquismo, a hacerse un hueco dentro del espectro socialista, a hacerse un hueco en el espacio político español, a la espera del cambio de rumbo que podía tomar el sistema político español en cuanto falleciese el dictador Francisco Franco. Sobre todo porque todos asumían que el cambio sólo sería posible tras la muerte del dictador. Hemos de constatar que, sin embargo, el nombre de Felipe González no se hizo rápidamente público y notorio, bien al contrario permaneció, para la mayoría de las ciudadanas y ciudadanos españoles, escondido o semivisible. Tan sólo poco antes de la muerte del dictador tuvo mayor presencia pública el primer secretario del PSOE. Por esas fechas la preponderancia política se hallaba prácticamente encuadrada

profesor de Sevilla, quien desde luego, fue elegido en Suresnes para un cargo». Citado en Julio Feo,

en la *Junta Democrática de España*⁴, apadrinada por el PCE, por parte de la oposición y en las sucesivas crisis de gobierno, provocadas o no, de Arias Navarro. Esto no empece para que Felipe González tuviera una presencia política «no pública» o publicitada. Bien al contrario, como veremos el primer secretario del PSOE tuvo numerosas y sustanciales reuniones, tanto con la oposición e internacionales como con miembros del régimen dictatorial. Sin embargo, es aconsejable hacer un inciso teórico para que el análisis de la figura de Felipe González, ante los ojos de los españoles, se comprenda perfectamente.

1.1. *Felipe González como figura mítica/heroica.*

El análisis del liderazgo de Felipe González, visto desde una perspectiva de antropología política, entronca con lo que ya apuntamos en el capítulo 2º, concretamente al analizar los cuatro tipos de liderazgos míticos ideales. Si bien como modelos ideales los liderazgos míticos no tendrían por qué imbricarse —en el sentido etimológico y botánico de la palabra, como superposición—, lo cierto es que en las sociedades modernas, más si cabe en las sociedades de finales del siglo XX, encontramos características peculiares que, aun prevaleciendo un modelo, no impiden hablar de una plasmación mixta del mito. Esta peculiaridad se encuentra presente en el liderazgo de Felipe González. No sólo hay rasgos prometeicos, sino también heroicos. Especialmente importantes serán los rasgos del heroísmo personal, individual, y del heroísmo bifocal o bifronte, es decir, del mito de los gemelos. Respecto al héroe individual se puede decir que «es el hombre de la sumisión alcanzada por sí mismo»⁵. Pero sumisión ¿a qué? Sumisión a la historia, a la *palingenesia* que recupera el nacimiento para reflejar un futuro idealmente proyectado. El héroe es una persona que surge de las entrañas de la historia para llevar a su pueblo a las mayores cotas de modernidad luchando contra los «elementos». Este tipo de héroe entroncaría con el

Aquellos años, Barcelona, Ediciones B, 1993, pp. 28 y 29.

⁴El 30 de julio de 1974 la Junta Democrática de España hacía su presentación en París y quedaba conformada por: el Partido Comunista Español (con Santiago Carrillo de secretario general); el Partido Socialista del Interior de Enrique Tierno Galván; el Partido Carlista; Comisiones Obreras; más las “personalidades” Rafael Calvo Serer, Antonio García Trevijano, el profesor José Vidal Beneyto y Valentín Paz Andrade.

mito de Prometeo y, por consiguiente, con el liderazgo prometeico —que por su especificidad constituye un modelo por sí mismo, ya que tiene ciertas características que le separan de otros tipos de héroes—. Sin embargo, el héroe, pese a lo sostenido por Joseph Campbell, no sólo surge como una necesidad de avanzar hacia el futuro, robando la técnica a los dioses o de cualquier otra forma. Existen héroes que superan las pruebas a que son sometidos con el fin de glorificar su propia civilización (Teseo), o informar al resto de congéneres sobre las directrices de los dioses (Moisés). Según la perspectiva de Campbell la mayoría de los liderazgos míticos serían heroicos. Si tomamos el concepto de héroe en un sentido amplio, sin duda sería cierta la apreciación del autor. Empero, si el concepto de héroe es más estrecho y más cercano a la realidad de los hechos, sin duda habría que desestimar la apreciación del antropólogo. Jesús de Nazaret fue un mesías, no un héroe; Winston Churchill fue un héroe, no un mesías. La distinción es clara y, sin embargo, Joseph Campbell no reconoce tal distinción⁶. A pesar de esta indiferenciación existen elementos útiles suficientes en el análisis de Joseph Campbell para nuestro estudio. Partiendo de la propuesta avanzada en nuestro capítulo 2º, se puede constatar que ese marco de análisis del liderazgo heroico⁷ puede ser modificado parcialmente para adaptarlo a las circunstancias de la época moderna, es decir, la contemporaneidad. Los arquetipos que se inscriben dentro del mitologema y, por ende, dentro del mito, han variado en sus formas, aunque el fondo sigue siendo sustancialmente idéntico. El mito heroico actual no mantiene el simbolismo del nacimiento milagroso —niño que es dejado en un río (o similar referente acuoso), y con el tiempo llega a héroe, por ejemplo—, aunque sí la humildad de su cuna o, este es un caso típicamente moderno, cuando no aparece esa característica, la desgracia infantil —muerte del padre principalmente— ocupa el lugar del

⁵Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*, México D.F., FCE, 1997, pág. 22.

⁶Podemos decir, en favor de Campbell, que como se puede derivar de la Segunda Parte de su trabajo comentado, especialmente el capítulo II (*Transformaciones del héroe*), el autor establece una similitud entre líder y héroe. El héroe es el líder, de ahí que el concepto de héroe no se acomode con el concepto sostenido por la doctrina antropológica y psicológica.

⁷Allí afirmábamos que el relato mítico de los héroes cuenta el nacimiento milagroso, pero humilde de un héroe, sus primeras muestras de fuerza sobrehumana, su rápido encumbramiento a la prominencia o el poder, sus luchas triunfales contra las fuerzas del mal, su debilidad ante el pecado de orgullo (*hybris*) y su caída a traición o sacrificio “heroico” que desemboca en su muerte.

origen humilde. A continuación las crónicas hablan de una llamada, una revelación interna e individual del destino⁸, a la cual seguirá una época de formación y de iniciación en su camino hacia el cumplimiento de ese destino. Para alcanzar sus metas y logros, siguiendo el esquema heroico, el héroe contará con la inestimable ayuda de una fuerte figura tutelar, el edecán político de héroe político, un hombre mayor que él, y que le permite superar la primitiva e iniciática debilidad del héroe⁹. Posteriormente el esquema se mantendrá básicamente igual a lo expuesto anteriormente: prominencia social, llegada al poder, luchas contra las fuerzas opositoras (el mal), *hybris* y muerte (traición o sacrificio).

Este sería el esquema básico para analizar el fenómeno del liderazgo en la mayoría de los posibles casos. Sin embargo, hay una característica singular, e igualmente mítica, en nuestro marco de análisis: la aparición del gemelo. El mito de los gemelos puede ser narrado, así lo hace Claude Lévi-Strauss, de la siguiente forma:

«Ahora bien, entre los Tupinambás, antiguos indios de la costa del Brasil en la época del descubrimiento, y también entre los indios del Perú, hay un mito que habla de una mujer que un pobre individuo consigue seducir de manera tortuosa. Según la versión más conocida, registrada por el monje francés André Thevet en el siglo XVI, la mujer seducida dio a luz gemelos, uno de ellos nacido del padre legítimo, y el otro del seductor, que es el burlón. Cuando la mujer se dirige a un encuentro con el dios que sería su marido se interpone en el camino el burlón y le hace creer que *él* es el dios; es así que ella concibe del burlón. Cuando, más tarde, se encuentra con aquel que debiera ser su legítimo marido, también concibe de él, y luego da a luz gemelos. Y estos gemelos, que tienen padres diferentes, poseerán características antitéticas: uno es valiente y el otro cobarde, uno da bienes a los indios, mientras que el otro, por el contrario, es responsable de una serie de desgracias»¹⁰.

Siguiendo el método estructuralista del propio Lévi-Strauss se puede simplificar el mito de los gemelos y tomar su sustancia despojándolo de sus características regionales.

⁸Joseph Campbell, op. cit., pág. 40.

⁹Joseph L. Henderson, «Los mitos antiguos y el héroe moderno» en Carl G. Jung (ed.), *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt, 1997, pág. 110., y Joseph Campbell, op. cit., pág. 22.

Principalmente los mitos de gemelos nos muestran a dos personas profundamente unidas pero con características disimilares, aunque no es necesario que sean el referente del bien y el mal. Por un lado, habrá una figura que representaría al gemelo introvertido cuya fuerza reside en su capacidad de reflexión; y, por otro lado, emergería otra figura que, atendiendo a las características heroicas, representaría al hombre de acción capaz de realizar grandes hazañas¹¹. En términos políticos actuales serían el ideólogo y el líder; el hombre de partido y el hombre de Estado; la pureza o la ortodoxia y el gran gobernante.

1.2. «Isidoro» en España y en vísperas de la transición.

Dejábamos a Felipe González y al PSOE poco tiempo antes de la muerte del dictador, en vísperas de una transición en la que el viejo partido de Pablo Iglesias iba a jugar un papel importante en el camino hacia el asentamiento de la democracia formal en España. Si «Isidoro» no era conocido amplia y públicamente, sí se puede decir que el régimen dictatorial tenía perfecto conocimiento de quien era *Isidoro*: el sevillano Felipe González Márquez. Tanto es así que, tras volver de la celebración del congreso de Suresnes (19 de octubre de 1974), la policía acudió a su casa sevillana para detenerle. Informado por su esposa, Carmen Romero, de la presencia de la policía a las puertas del domicilio, Felipe González, acompañado de su cuñado Francisco Palomino y los abogados Manuel del Valle y Alfonso de Cossío, decidió acudir a la comisaría para entregarse. Tras pernoctar allí, y después de haber informado a la central de Madrid, Felipe González era puesto en libertad. A las pocas semanas (28 de octubre de 1974) acudió a Madrid con el fin de presentarse en un juicio del Tribunal de Orden Público (el tristemente famoso TOP), junto a Nicolás Redondo, Enrique Múgica y otras personas, en referencia a una causa pendiente contra ellos desde 1971, «pero el Presidente del Gobierno, Arias Navarro, decidió aplazar *sine die* el juicio»¹². Era una muestra más del «atado y bien atado». En este clima de *consentimiento* de los grupos de oposición, Felipe González y el PSOE

¹⁰Claude Lévi-Strauss, *Mito y significado*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pág. 49.

¹¹Joseph L. Henderson, op. cit., pág. 112.

acentuaron sus apariciones en público «soterradamente»¹², aunque manifestaban sus discrepancias con el «espíritu del 12 de febrero». Pero especial importancia tuvo la presentación de la *Plataforma de Convergencia Democrática* —organismo creado, principalmente, por el PSOE como réplica a la Junta Democrática del PCE—, por la repercusión pública que tuvo. La presentación se realizó en 11 de junio de 1975 y estaba compuesta, además de por el PSOE, por Izquierda Democrática de Joaquín Ruiz Giménez; USDE (Unión Socialdemócrata Española) de Antonio García-López y Dionisio Ridruejo; el Consejo Consultivo Vasco (formado por el PNV, Acción Vasca, el Comité Central Socialista de Euskadi, y los sindicatos CNT, UGT y STV); Unió Democràtica del País Valencià; Unión General de Trabajadores (evidentemente); el Partido Carlista (que había abandonado la Junta Democrática) de Carlos Hugo de Borbón y Parma; el Movimiento Comunista de España; la Organización Revolucionaria de Trabajadores; el Partido Gallego Social-Democrático; Esquerra Republicana de Catalunya; y Reagrupament Socialista i Democràtic de Catalunya de Josep Pallach. Se conseguía con esta constitución dos cosas fundamentales: por un lado, separarse de los comunistas del PCE; y conseguir, por otro lado, no eclipsar la figura del primer secretario del PSOE. Felipe González en la Plataforma sólo contaba con una posible contrafigura de nivel nacional, Joaquín Ruiz Giménez, mientras que en la Junta Democrática tendría que haber compartido escenario público con las contrafiguras de Santiago Carrillo y/o Enrique Tierno Galván. Con la addenda de que tanto uno como otro eran posibles rivales dentro del mismo espectro político. Aunque hay que decir que al PSOE le fue ofrecida la posibilidad de integrarse en la Junta Democrática; posibilidad que resultó totalmente desestimada por ese juego de contrafiguras y contrapartidas, como bien explica el propio Felipe González:

«En mayo de 1974 nos vimos en Antequera con Trevijano, que venía acompañado de Rojas Marcos, creo recordar. Yo asistí a pesar de que en ese momento no estaba en la dirección del partido. Lo que me propusieron fue la participación nuestra en aquel invento

¹²Enrique González Duro, *Biografía psicológica de Felipe González*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pág. 66.

¹³Aunque antes de finalizar el año 1974, Felipe González, Nicolás Redondo y José María Benegas fueron nuevamente detenidos el 26 de noviembre.

que hicieron de la Junta Democrática sobre hipótesis que a mí no me parecieron válidas. Trasladé la información y mi opinión a la dirección del partido, y el partido no aceptó formar parte de la Junta Democrática. Había diversas razones, pero el elemento más destacable era que no creíamos en una operación que se fundamentaba en cosas que nosotros no estábamos dispuestos a admitir. Por ejemplo, que el centro de toda la operación se articulaba en torno al Partido Comunista como única fuerza política organizada. Lo demás eran más bien añadidos, y aunque el Partido Comunista jugaba muy bien la baza de las *personalidades*, la verdad era que el PCE se situaba como el elemento fundamental de la operación de la Junta Democrática»¹⁴.

Como se comprueba, no se explicitan ningún tipo de nombres, y se obvia conscientemente al Partido Socialista del Interior —pocos meses después PSP— de Tierno Galván. Al parecer la única organización reconocida era el PCE. Comenzaba entonces el PSOE, o mejor dicho continuaba el PSOE, diferenciándose tanto del PCE como del PSP. Decimos continuaba porque, como manifiesta Francisco Bustelo en sus memorias —en recuerdo de las detenciones realizadas sobre medio centenar de miembros del PSOE, en la celebración del 1º de mayo de 1975, frente al cementerio civil de la Almudena, donde se encuentra la tumba del fundador del PSOE y la UGT, Pablo Iglesias—:

«La Comisión Ejecutiva, sin mi presencia —yo era el único de sus miembros detenido— decidió con razón no pagar las multas, aunque hubiera sido fácil recurrir a la solidaridad internacional para allegar con creces el dinero necesario. Pero la publicidad que nos deparaba el hecho de que medio centenar de socialistas fueran detenidos y el que un par de docenas pasáramos una temporada en la cárcel por unos comportamientos tan pacíficos era grande, máxime en unos momentos en que teníamos que “competir” con comunistas, por un lado, y con los socialistas no integrados en el PSOE, por el otro»¹⁵.

Además, hecha esta apreciación, la declaración de principios de la Plataforma de Convergencia Democrática se situaba a la izquierda de los principios planteados por la Junta. Entre otros principios, la Plataforma condenaba explícitamente la Monarquía

¹⁴Recogido en Victoria Prego, *Así se hizo la transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, pág. 153.

establecida en las Leyes sucesorias y propugnaba un modelo federal del Estado español. La Junta, dominada por el PCE, paradójicamente, no se manifestaba en este sentido. Felipe González y el PSOE se iban haciendo un hueco entre el «público español», aunque el gran aldabonazo para la figura de Felipe González, y el PSOE en general, se produjo algo más de un año después, gracias a la celebración del 27º Congreso del PSOE en diciembre de 1976, con el dictador ya muerto.

En el ínterin que va desde la presentación de la Plataforma de Convergencia Democrática y la celebración del 27º Congreso del PSOE, Felipe González no estuvo inmóvil, al contrario contactó con numerosas personalidades de todos los ámbitos (político, económico, etc.), incluidas las potencias occidentales. Felipe González visitó a numerosos embajadores, incluido el estadounidense, gracias a la labor de la Internacional Socialista y, en especial, su presidente¹⁵. Así mismo justo después de la muerte del dictador, el propio Felipe González mantuvo contactos con miembros del gobierno de Arias Navarro, en esta ocasión el primero desde la asunción del poder por Juan Carlos de Borbón¹⁷. Pero el gran acontecimiento para el PSOE resultó ser la celebración de su 27º Congreso, el primero en cuarenta y cuatro años que se celebraba en territorio español. Significaba la «presentación en sociedad» del histórico partido de Pablo Iglesias. El PSOE resurgía de sus cenizas cual ave fénix (palingenesia), y lo haría presentando a los

¹⁵Francisco Bustelo, *La izquierda imperfecta*, Barcelona, Planeta, 1996, pág. 83.

¹⁶Bustelo es muy claro en este aspecto: «Las embajadas de Madrid empezaron a recibir entonces instrucciones de que se pusieran en contacto con nosotros. Acompañé a González a visitar a algunos embajadores, entre ellos el estadounidense, y tuve que entrevistarme con otros diplomáticos de menor categoría». *Ibidem*, pág. 76.

¹⁷Felipe González se reunió con Manuel Fraga, a la sazón Ministro de Gobernación y vicepresidente para Asuntos del Interior, en la casa de Mariano Rubio el 14 de diciembre de 1975. Posteriormente volverían a reunirse, esta vez en el domicilio de Miguel Boyer, el 30 de abril de 1976, contando con la compañía de Luis Gómez Llorente. Esta es la famosa *reunión de la pipa*, famosa porque al afirmar Fraga «a los de ETA les colgaba yo de los cojones hasta el final», el sin par y comedido en las expresiones Gómez Llorente, le espetó que resultaba «incomprensible que un universitario como usted pueda defender la pena capital cuando está demostrada su ineficacia como método coercitivo del delito». Manuel Fraga airado, entre la atmósfera humeante que surgía de la pipa de Gómez Llorente, respondió agresivamente, «si eso me lo dice usted en público, le rompo la pipa en la cara». Años después Fraga desmintió en sus memorias tal circunstancia: «La cena fue contada de varias maneras, casi todas negativas para mí. Tales versiones son falsas». Manuel Fraga Iribarne, *En busca del tiempo servido*, Barcelona, Planeta, 1987, pág. 45. Sin embargo, fuentes fidedignas nos han reconocido los hechos tal y cómo se han narrado.

ciudadanos españoles una dirección joven, prácticamente desconocida para la mayoría de las personas, comprometida con los principios de la izquierda y, sobre todo, respaldada por los más prestigiosos políticos de la izquierda no comunista de Europa. Se cimentaba de esta manera el mito de Felipe González, de aquella persona que a poco tardar llevaría las riendas de España. Pero la presentación del PSOE no iba a ser sencilla, pues, ante la presumible convocatoria de elecciones, el Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, comenzaba a jugar sus cartas. Suárez permitió, en una hábil maniobra, que el PSOE histórico —la facción que permaneció junto a Llopió tras la escisión del XII Congreso en el exilio, celebrado en Toulouse, y que reclamaba para sí la legitimidad del partido de Pablo Iglesias— celebrase su congreso de presentación, fechas antes del congreso del PSOE renovado¹⁸. Sin embargo, la estrategia de Adolfo Suárez no tuvo consecuencias importantes en el plano electoral, aunque sí sirvió para dejar claro quien era la persona que tenía las riendas del gobierno. La excusa de Adolfo Suárez para no conceder el permiso de celebración del 27º Congreso los primeros días de noviembre, era que las Cortes franquistas aún no habían discutido y aprobado la Ley para la Reforma Política. Con este trasfondo político, la negociación llegó al acuerdo de celebrar el congreso los días 4, 5, 6 y 7 de diciembre, una vez que las Cortes franquistas hubieran decidido su autodisolución. Sin embargo, el presidente del gobierno tenía motivos suficientes como para vetar la celebración del congreso, cuando menos dos, si exceptuamos las posibles interferencias en la negociación dura de la LRP. Por un lado, Adolfo Suárez intentaba rebajar los ánimos, ciertamente prepotentes, de los socialistas ya que, gracias al apoyo que tenían del gobierno alemán y del gobierno de Washington, entre otros, y su previsible utilización como tapón al partido comunista, a fin de evitar un nuevo caso italiano, casi exigían a Suárez las condiciones de celebración. Por otro lado, el Presidente del Gobierno, se aseguraba un margen electoral suficiente para continuar en ese cargo, tras la primeras elecciones democráticas después del óbito del dictador Francisco Franco. Suárez sabía la fuerza que podía alcanzar el PSOE de la mano de la Internacional Socialista, por esta razón, todos los

¹⁸El congreso del PSOE (h) se celebró el 9 de octubre de 1976, dos meses antes del congreso del PSOE (r), y contó con la presencia de Ovidio Salcedo y Víctor Salazar en los puestos de mayor

subterfugios que le permitieran dañar, mínimamente, todo sea dicho de paso, a Felipe González, serían beneficiosos para él mismo. Además, si el congreso del PSOE se celebrase antes de la votación en las Cortes de la LRP, la figura de Felipe González ensombrecería en parte la suya. Así, sin un congreso del PSOE entremedias, Adolfo Suárez tenía su gran momento, su coronación como el artífice de la transición a un régimen democrático. El juego de figuras también se encontraba en el gobierno, pues, previsiblemente, la contrafigura de Adolfo Suárez sería Felipe González, no Santiago Carrillo, ni Manuel Fraga. Por eso necesitaba aliados temporales, y nadie mejor que los socialistas «históricos» para ayudarle en ese juego¹⁹. Con este planteamiento Suárez, tampoco, abandonaba las directrices marcadas desde «arriba».

1.3. *La presentación de Felipe González: el 27º Congreso del PSOE.*

El 27º Congreso del PSOE tendría lugar, pues, los días 4, 5, 6 y 7 de diciembre de 1976, una vez que las Cortes franquistas hubiesen aprobado la LRP, y pocos días antes del 15 de diciembre, fecha del referéndum popular que aprobaría tal ley —la oposición pediría la abstención en el referéndum, pero eso no tiene cabida aquí—. Como afirmamos en párrafos anteriores, la celebración de este congreso, suponía la verdadera presentación a la sociedad del PSOE. Si bien es cierto que ya se conocía la existencia, el retorno del PSOE a la actividad pública/clandestina —la sociedad española, a través de los medios de comunicación, iba construyendo su propia cultura política ante un proceso sumamente elitista como el de la transición española—, el respaldo internacional que recibió actuó de catalizador para fijar la atención de los ciudadanos en un punto concreto, en un momento concreto, lo que no era poca cosa dentro de un espectro político, plagado de siglas y caras, como el español de la transición —la famosa, e inminente, *sopa de letras* era la

responsabilidad.

¹⁹No sería esta la última vez que Adolfo Suárez utilizase al PSOE (h) frente al PSOE (r) de Felipe González. Cuando los partidos políticos fueron convidados a pasar por la “ventanilla” del Ministerio de Interior para su inscripción, y posterior legalización si lo estimaba oportuno el Tribunal Supremo, Adolfo Suárez legalizó antes al PSOE (h) que al PSOE (r), lo que provocó el abandono de la Comisión de los Nueve

consecuencia plasmable de esa profunda división política—. A la par, la celebración del congreso del PSOE ponía en alerta a los diferentes grupos socialistas sobre sus posibilidades en las próximas elecciones a Cortes Generales. Los invitados fraternales —así se llaman en la dinámica congresual del PSOE a los invitados internacionales y a diversas personalidades— eran un compendio de los máximos representantes del ámbito socialdemócrata y/o socialista. A diferencia de lo que podía acontecer con congresos o reuniones de otros partidos, en el congreso del PSOE era necesario que el gobierno dispusiese medidas de seguridad similares a cuando dirigentes gubernamentales de otros países visitaban España. Estuvieron presentes en el congreso socialista, entre otros, el vicescanciller austriaco Androsch y el jefe de gobierno Bruno Kreisky; el primer secretario del PSF, François Mitterrand; el viejo dirigente del Partido Socialista Italiano, Pietro Nenni; el ministro portugués, Salgado Zenha; el histórico dirigente del Partido Laborista británico, Michael Foot; el primer ministro de Dinamarca, Anker Joergeson; pero sobre todo, el primer ministro sueco, Olof Palme, y el presidente de la Internacional Socialista y Premio Nóbel de la paz, Willy Brandt. Eran los edecanes, las *figuras tutelares* del PSOE y, especialmente, de su primer secretario, Felipe González. El impacto fue el esperado:

«Buscábamos —decía Felipe González— una presentación de verdad, antes incluso de la legalización, una presentación en fuerza de quiénes éramos y qué pedíamos. Buscábamos romper la barrera de la comunicación o de la incomunicación, que era extraordinariamente difícil de atravesar. Pero un hecho de esa magnitud era inoculable, no podía pasar desapercibido. Para la prensa fue un regalo de los dioses. Todo el mundo se volcó, aquello era difícilmente rechazable por nada. En aquel momento de ilegalidad, pero también de superación de la clandestinidad, tuvimos la gran oportunidad de montar todo un espectáculo con Olof Palme, Willy Brandt, Pietro Nenni, François Mitterrand, toda la plana mayor del socialismo democrático llegando al aeropuerto de Barajas»²⁰.

y la amenaza de no presentarse a las elecciones. Al final los socialistas del PSOE renovado concurrieron a las elecciones.

²⁰Victoria Prego, op. cit., pp. 576 y 577.

La prensa nacional e internacional se volcó con el congreso socialista, durante un fin de semana apenas se habló de otra cosa que no fuera el congreso del PSOE o el referéndum para la aprobación de la LRP. Toda España tuvo conocimiento de un congreso «a la europea», un congreso que había costado dos millones de pesetas —lo que significaba tener una financiación que otros no podían imaginar, y un fuerte apoyo exterior—; donde se habían alquilado dos salones del Hotel *Meliá Castilla*; donde se acomodó una imprenta, un laboratorio fotográfico, un servicio médico permanente, y una sala de prensa dotada con las mayores comodidades de la época; y un congreso donde se acreditaron trescientos cincuenta periodistas de noventa medios extranjeros y cien nacionales. Sólo la muerte del dictador, y posterior coronación de Juan Carlos de Borbón, había levantado similar expectativa. Lo de menos eran los 793 delegados, representantes de 9.141 afiliados; los ojos de los españoles se fijaron en el respaldo internacional —explícitamente expresado en español por Willy Brandt: «Estad seguros de una cosa, ¡en el difícil camino hacia la libertad de la democracia, podréis contar con nuestra inquebrantable solidaridad...! Europa necesita a España, así como a mi parecer España necesita a Europa. España necesita una fuerza vigorosa, un movimiento vital del socialismo democrático. ¡Salud, compañeros!»²¹— y en una persona hasta el momento semiclandestina, Felipe González. Para la mayoría de los españoles la celebración del 27º Congreso del PSOE significó la pronta llegada de la libertad; comenzaron a palpar las parcelas de libertad que se les anunciaba desde el gobierno, no eran falsas las promesas de la LRP; era el fiel reflejo de que España caminaba hacia la democracia, y en ese camino, ahora factible, estaban los socialistas, los socialistas del PSOE —que además tenían un slogan, una idea fuerza, para su congreso, el cual reflejaba perfectamente las aspiraciones de los ciudadanos, *Socialismo es Libertad*, no-revolución, ni dictadura del proletariado, tan sólo «Libertad»—. A partir de este momento comenzaría a funcionar la memoria histórica que Indalecio Prieto —Prieto le comentó a Francisco Bustelo, en una entrevista en el exilio: «Desengañese, Bustelo, nosotros, los que quedamos de la guerra moriremos en la

²¹Citado en *Ibídem*, pág. 577.

emigración, limitándose nuestro papel a conservar unas siglas que recogerán y levantarán ustedes. No creo lo que me dice de que comunistas y democratacristianos acabarán comiéndonos el terreno. Tenga paciencia y no pretenda imposibles»²²— y Rodolfo Llopis —el antiguo secretario general del PSOE siempre manifestó que en cuanto llegase la democracia a España tan sólo haría falta abrir las puertas de las Casas del Pueblo para que éstas se llenasen de socialistas— vislumbraban tiempo ha. Además el primer secretario, Felipe González, en su discurso de apertura hablaba de futuro, de libertad, no de viejas historias que se querían dejar atrás:

«Es difícil dirigirse al primer Congreso que se celebra en España tras cuarenta años de lucha subterránea, de despotismo sin precedentes en nuestra historia, sin caer en la tentación, como sería de justicia, de convertir la intervención en un canto apasionado a los que nos precedieron en la lucha por la conquista de nuestras más profundas reivindicaciones, en denuncia feroz de tanta represión, de tanta injusticia, de tanta humillación como ha soportado nuestro pueblo, bajo un régimen de terror y corrupción de casi medio siglo.

»Es difícil contener el grito y hablar serenamente, *pero nuestra situación exige serenidad, exige que asumamos el pasado para superarlo, no para anclarnos en él*. Exige que miremos al futuro sin renunciamentos imperdonables, con afán de justicia pero no de venganza, con el temple suficiente para medir las consecuencias de nuestras palabras y de nuestros comportamientos políticos»²³.

Para la minoría socialista de España, la aparición de una persona como Felipe González supuso la recuperación de la ilusión. Pero aun mayor impacto se consiguió con la entrevista que Eduardo Sotillos le realizó en Televisión Española, en hora de máxima audiencia, el 19 de marzo de 1977. Pero no conviene adelantar acontecimientos. El 27º Congreso del PSOE dejó impresas en las mentes de los ciudadanos dos imágenes

²²Francisco Bustelo, op. cit., pág. 46.

²³Alfonso Guerra, op. cit., pág. 97; Eduardo Chamorro, *Felipe González. Un hombre a la espera*, Barcelona, Planeta, 1980, pág. 274; y Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, *Felipe González perfil humano y político*, Madrid, Cambio 16, 1977, pp. 78 y 79. Se puede comprobar que el discurso de apertura de Felipe González entroncaba, casi miméticamente, con la entonces famosa canción del grupo *Jarcha* «Libertad sin ira».

fundamentales: primera, el PSOE era una fuerza política a tener en cuenta para el futuro más inmediato; segunda, Felipe González era un hombre joven que nada tenía que ver con la guerra civil, que surgía de la nada, de las entrañas de la Historia, que contaba con el respaldo de los más importantes políticos, Willy Brandt en particular, y además era socialista. Siguiendo el modelo metodológico, los ciudadanos españoles contemplaban la *aparición* de una persona que, posiblemente algún día, tendría que hacerse cargo de las funciones de gobierno. Comenzaba a fraguarse el mito. El apoyo expreso y tácito de los máximos líderes socialistas —Mitterrand, Brandt y Palme— y no otros líderes tiene una importancia mayor que la del resto de dirigentes europeos. Mientras el apoyo de Nenni o Foot servía para ampliar esa especie de legitimación, de *unción del socialismo español* del PSOE, el apoyo y cobijo de los otros tres líderes políticos tenía razones y consecuencias que merecen la pena analizar.

Comenzando por François Mitterrand, el político francés representaba al país vecino del norte, al muchas veces enemigo, pero por encima de muchas otras apreciaciones, representaba la frontera psicológica de los españoles, los «Pirineos». La cordillera montañosa, que física y políticamente separa a España y Francia, era un símbolo de la desconexión de España y su destino histórico, Europa. El dicho «Europa termina en los Pirineos» había permeado en las mentes de los ciudadanos españoles desde finales del siglo XIX, pero, sobre todo, como consecuencia de la política dictatorial, autárquica y, en gran medida, aislacionista del régimen franquista. Que Mitterrand estuviese en Madrid, apoyando al PSOE, suponía para muchos españoles la quiebra de esa frontera psíquica, auto-impuesta por las élites gobernantes. Europa estaba en España y España comenzaba a estar en Europa. Si a esto sumamos que el propio François Mitterrand afirmó que «aún hay Pirineos, pero vamos a franquearlos todo lo posible»²⁴, el símbolo comenzaba a desquebrajarse. Además, la presencia de Mitterrand tenía especial significado para muchos de los emigrantes españoles, especialmente los temporeros, que habían estado en Francia. De esta forma, la mayoría de los españoles interesados parcialmente por la política

²⁴Julio Feo, op. cit., pág. 42.

internacional, o simplemente los que prestaban cierta atención a la política, podían servir de transmisores de la significación del líder socialista francés.

El caso de Olof Palme es, sin duda, distinto al de Mitterrand, entre otras cosas porque la emigración hacia Suecia no era especialmente frecuente entre los españoles. Olof Palme simbolizaba la Europa más al norte, la más desconocida, la Europa más permisiva, la más moderna. Significativamente moderna en lo referente a las relaciones interpersonales o intergéneros, como demostraba cierto tipo de cinematografía del tardofranquismo, el llamado *landismo*. Era pues el símbolo de otra apertura a Europa, de otra fractura en la frontera psicológica de los españoles. Estaba España a las puertas de Europa. Era un amigo más del norte. Para las personas de izquierdas con una información política muy por encima de la media de los españoles, Olof Palme simbolizaba al amigo sueco que paseaba, hucha en mano, por las calles de Estocolmo recaudando fondos para los fusilados de 1975. Si a eso sumamos que su palabras iniciales en la apertura del congreso, y en castellano, hacían referencia a una España libre, liberada —«con inmensa alegría vengo a este *territorio liberado* de España»²⁵—, se comprende el impacto que tuvo sobre muchas personas.

El caso de Willy Brandt es diferente y especial, aun siendo las pautas como veremos similares a los anteriores casos, porque era el «padre» de la socialdemocracia internacional y, en gran medida, se convertiría en el padre del socialismo español, en padre y báculo político de Felipe González. Richard Gillespie muestra con concreción esta apreciación: «El XXVII Congreso fue un triunfo de la labor internacional de los socialistas, la clave de la cual era el patrocinio de Willy Brandt. Como el partido dirigido por los sevillanos estaba avalado por él, inmediatamente le llegó un apoyo mucho mayor de la Internacional Socialista»²⁶. Así es, Willy Brandt adoptó a los socialistas españoles y,

²⁵Alfonso Guerra, op. cit., pág. 98. (La cursiva es nuestra).

²⁶Richard Gillespie, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pág. 334. Continúa el historiador británico con una apreciación, derivada de una conversación con Luis Yáñez, que a todas luces es, cuando menos, falsable. «En la mayor parte de los casos, ese apoyo no se expresó en forma de ayuda financiera, sino en el apoyo público dado al PSOE por los grandes hombres del

en especial, a su primer secretario, los hizo suyos. Las motivaciones para este desprendimiento, esta labor de padrinazgo, insólita en la historia del PSOE²⁷, se pueden resumir en tres. La primera, que podría calificarse de *romántica*, ayudar a un partido hermano que había sufrido la persecución en los inicios del franquismo y, sobre todo, una especie de remordimiento de conciencia de todos los dirigentes internacionales, que permitieron la existencia de un régimen protofascista durante cuarenta años, como contrapeso al poder comunista. La segunda motivación, mucho más *material*, seguía el plan marcado por las cancillerías occidentales —con indudable protagonismo de EEUU, Alemania y Francia— de restaurar la democracia en España. Una tercera motivación a añadir, y de la que daremos amplia cuenta *a posteriori*, es la grata impresión que causó Felipe González en el propio Willy Brandt. Tan grata que lo llegó a considerar como su propio hijo (político)²⁸. Estas son las motivaciones que tenía el político alemán para ayudar al PSOE en detrimento de las diversas opciones socialistas que poblaban el panorama político español, sobre todo, la opción del PSP de Enrique Tierno Galván. François Mitterrand también tenía sus propias motivaciones personales para apoyar al PSOE, este partido podía dotarle de un peso mayor dentro de la Internacional Socialista, sobre todo, de cara a su proyectado, pero siempre inconcluso, *socialismo mediterráneo*. De conseguir el apoyo del PSOE hubiese obtenido la legitimación de los grandes grupos socialistas de

socialismo europeo que asistieron al congreso». El PSOE, como veremos en un capítulo posterior, sí recibió numerosa ayuda financiera exterior. De no ser así, habría que preguntar a Luis Yáñez, ¿por qué Luis Solana, que trabajaba en un alto cargo dentro de un banco, recibía de cierta señorita alemana cantidades periódicas en un maletín?. No conviene negar la evidencia cuando los hechos están probados.

²⁷Cfr. Richard Gillespie, op. cit., y Santos Juliá, *Los socialistas en la política española. 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997. La salvedad a un apoyo exterior similar puede encontrarse en la ayuda prestada por Paul Lafargue, yerno de Karl Marx, en la organización y la elaboración teórica del PSOE en su fundación y primeros años de vida política.

²⁸La adopción del socialismo español por parte de Willy Brandt fue asumida de tal forma, que el propio Brandt se permitió, meses después de la celebración del 27º Congreso del PSOE, regañar a Adolfo Suárez: «Fue precisamente el inesperado permiso del gobierno para que los históricos inscribieran su partido lo que motivó la doble ruptura que el PSOE necesitaba para emprender su propio vuelo. Denunciando al gobierno por no cumplir sus compromisos y con el tono convenientemente airado dada la circunstancia, González anunció la retirada de su partido de la comisión negociadora [Comisión de los nueve] y a su vez montó la primera ofensiva contra Suárez, a quien Brandt, de paso nuevamente por Madrid, acusó de haber empleado un “truco sucio” por permitir que junto al PSOE “aparezca otro con una hache”» (Santos Juliá, op. cit., pág. 473, la cursiva es nuestra). Willy Brandt ejercía verdaderamente como el padre de los «chicos» del partido socialista.

España. El PSP²⁹ estaba de acuerdo en seguir esta pauta, el Partit Socialista del País Valencià, de Joan Garcés, también apoyaba esa estrategia política —así como otros grupos regionalistas de la Federación de Partidos Socialistas—, tan sólo faltaba el compromiso del PSOE, compromiso que nunca se vio completamente realizado. Pero las principales discrepancias se situaban en torno al frentepopulismo propugnado por François Mitterrand, algo que la cúpula dirigente del PSOE no estaba dispuesta a aceptar, entre otras cosas, por los desagradables recuerdos que traía esa táctica a la memoria de los españoles. Además, el PSOE estaba intentando distanciarse del PCE para obtener una gran respaldo electoral —proyectado en aquella época en unos setenta diputados, más o menos—. Felipe González lo explicaba, tiempo después, con suma perspicacia: «La experiencia internacional ha sido de un gran interés, si bien en ningún momento se trató de exportar modelo alguno. Pero, fundamentalmente, a los socialistas franceses les interesaba que la imagen que se creara en España de la relación entre socialistas y comunistas fuese parecida a la francesa, porque eso reforzaba su posición; en tanto que al socialismo del Norte de Europa esa imagen le resultaba perjudicial desde el punto de vista de la política internacional y de la propia política interna de ese socialismo»³⁰. Estas discrepancias provocaron un cierto distanciamiento de Mitterrand con Felipe González, lo que no empecé para que, pasados los años, retomaran cierta «amistad»³¹.

Pero al igual que hemos visto qué sucedía con las figuras de Mitterrand y Palme, Willy Brandt tenía un significado que iba más allá de la propia persona. Evidentemente la figura de Brandt representaba a la Internacional Socialista y, por lo tanto,

²⁹El PSP —junto con la colaboración de la FPS— organizó la I Conferencia Socialista del Mediterráneo entre los días 26 y 28 de noviembre de 1976 en Barcelona. «Esta Conferencia (...) trataba de establecer el concepto de Euroáfrica y estaba vinculada a los principios de igualdad y mejor distribución del poder, así como al deseo de acabar con la explotación provocada por la lucha de clases» (María Amalia Rubio, *Un partido en la oposición: el Partido Socialista Popular*, Granada, Editorial Comares, 1996, pág. 238). La Internacional Socialista, pese a estar representada, apenas puso mayor interés que la “inspección”. Como argumentó el propio PSP, a través de su boletín interno: «se evidenció una vez más las diferencias entre las posturas reformistas de los partidos socialdemócratas del Norte de Europa y las de los partidos socialistas que, como el nuestro, luchan por el aniquilamiento del sistema capitalista» (citado en *Ibíd.*).

³⁰Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 13.

³¹«Mitterrand y Soares han sido los dos socialistas europeos que más tiempo han necesitado para establecer una relación franca con Felipe González y con el PSOE». Julio Feo, op. cit., pág. 43.

suponía la contrafigura del *Movimiento Mundial de la Paz*, algo así como la internacional estalinista, la contrafigura del comunismo. Por consiguiente, para una sociedad temerosa de las «hordas rojas», que tan bien había inculcado el franquismo, la figura del Premio Nóbel alemán disipaba en cierta manera las dudas que pudiese haber sobre el PSOE. Si a esto le añadimos que él fue el impulsor del abandono del marxismo en el SPD, en el famoso congreso de *Bad Godesberg*, la parte económica del bloque en el poder podía sentirse tranquila —y aún más cuando el propio Felipe González dijo explícitamente, por activa y por pasiva, que de llegar él al gobierno, en modo alguno acometería procesos de nacionalización de empresas³²—. Si Willy Brandt apoyaba al PSOE seguro que estos jóvenes socialistas no emprenderían acciones que, en algún sentido, impidieran la consecución de lo más importante que estaba en juego: la democracia y la libertad. Además, Brandt era alemán y, al igual que ocurría con Mitterrand, Alemania había sido el refugio económico de muchos españoles (cerca de medio millón) que hubieron de abandonar España. Los emigrantes y el *landismo* habían trasladado la imagen de los alemanes como personas eficaces, trabajadoras y cuyos productos eran trabajos perfectos; por lo tanto, si uno de los más grandes alemanes, padre de la *östpolitik*, apadrinaba al PSOE, eso se debía a que estos jóvenes socialistas hacían o harían muy bien las cosas. Es decir, que el mensaje de Felipe González podía entroncar con las imágenes proyectadas por los dirigentes europeos. Incluso en el bando de la derecha española, la figura de Brandt no mortificaba tanto como la de Mitterrand, por ejemplo, o la de Olof Palme —por pedir dinero para que Franco no ejecutase a los miembros de ETA, organización que en aquella época era tolerada e, incluso, apoyada por gran parte de la izquierda española. La derecha

³²En la entrevista que le realizó Eduardo Sotillos, la primera en Televisión Española, el sábado 19 de marzo de 1977, Felipe González exponía su visión sobre las nacionalizaciones: «El PSOE entiende que hoy, a medio plazo, el problema fundamental no es de nacionalizar, sino de reactivación económica; sin embargo, habría que realizar una serie de nacionalizaciones de sectores que son básicos para la economía del país», como el sector eléctrico, pero «para terminar con nuestra filosofía sobre la necesidad de ciertas nacionalizaciones, debemos decir que estamos en contra de todo proceso de estatización de la economía, que podría conducir a una especie de “Socialismo de Estado”» (citado en M. A. Aguilar y E. Chamorro, op. cit., pp. 124 y 125). Se observa en el lenguaje un doble juego izquierdista y moderado, pero esto se analizará en otro capítulo. Además, según cuenta Julio Feo, en una reunión mantenida con los rectores del Banco de Bilbao —donde acudieron el propio Julio Feo, Miguel Boyer y Felipe González— el primer secretario del

no ha tenido esta relación de, al menos, consentimiento, sino de lucha—, ya que en su estructura mental todavía pervivía la alianza hispano-germánica que les llevó a derrotar a la República. Pero con todo, la figura de Willy Brandt era mucho más significativa que las otras para las élites gubernamentales y opositoras.

En primer lugar, las élites gubernamentales a través del apoyo de Willy Brandt constataban que Felipe González y el PSOE eran la otra parte del pacto, del acuerdo tácito de las cancillerías occidentales para resolver la transición española. Esto no significa que Felipe González no hubiese estado protegido desde, al menos, principios de 1975, sino que se hacía patente la elección³³. Siempre, en este período de tiempo, los jóvenes socialistas podían haberse desmarcado del proyecto principal y, de esta forma, haber perdido el apoyo político y económico de, principalmente, Alemania. Cuando todo estaba preparado para la instauración de la democracia liberal representativa, Willy Brandt le explicitaba al gobierno quién iba a ser su principal oponente. Adolfo Suárez lo entendió perfectamente, desde el principio y durante las diversas conversaciones que mantuvo con el propio Brandt. Por eso —y por lo que expusimos anteriormente— se negó a fijar la fecha del 27º Congreso en el tiempo propuesto por los propios socialistas. Necesitaba, ya se dijo, contraponer su figura a la de Felipe González, su más claro oponente durante las próximas

PSOE aseguró que el partido socialista no se encontraba a favor de las nacionalizaciones sino en el campo de la administración pública (Julio Feo, op. Cit., pág. 56).

³³En la celebración del homenaje a Pablo Iglesias el 8 de diciembre de 1975 en el cementerio civil de la Almudena, en Madrid, las radios de los coches patrulla decían claramente que «de ninguna manera se detenga a un tal Felipe González». Algunos autores, en este caso autora, equivocan los hechos y las fechas. Pilar Cernuda —*El Presidente*, Madrid, Temas de Hoy, 1994, pág. 122— describe que los hechos sucedieron en diciembre de 1974 y que fue detenida la esposa de Javier Solana, Concha Giménez, cuando la verdad es que el acto fue en diciembre, sí, pero un año después, y que a Concha Giménez la detuvieron en una celebración del primero de mayo. El propio Felipe González lo confiesa, al transcurrir de los años, aunque la autora Victoria Prego, vuelve a equivocar las fechas —sitúa los hechos el 1º de mayo de 1975— cuando Julio Feo (op. cit., pág. 35), presente el 8 de diciembre de 1975, sitúa los hechos tal y cómo aquí son narrados: «Se dijo entonces que se habían dado instrucciones a la policía de yo no estuviera entre los detenidos —explica González—. En esos tiempos el gobierno había recibido ya una fortísima presión por parte de la RFA para que me dejaran salir de España para asistir a un congreso del SPD [en Maguncia noviembre de 1975] y para que mi proceso se realizara con todas las garantías, o más bien para frenar el proceso. Parece que preferían que no se me detuviera porque probablemente no querían tener complicaciones internacionales añadidas. Se quisieron ahorrar el tener un pleito o una escaramuza con algunos de los responsables europeos» (Victoria Prego, op. cit., pág. 224). Por consiguiente si la petición del gobierno

Elecciones Generales. Se marcaban de esta forma las reglas y los espacios del juego político.

Y, en segundo lugar, la oposición de izquierdas comprendía que, con el apoyo de Willy Brandt, es decir, la Internacional Socialista, el PSOE era el elegido para representar la alternativa al gobierno de Suárez, al menos, la alternativa mayoritaria. Además, dejaban claro a qué organización se le iba a conceder una amplia financiación, si exceptuamos al PSP de Tierno Galván —organización que recibiría dinero en una muestra de solidaridad—, pero siempre cantidades menores que las recibidas por el PSOE³⁴. Con este apoyo de Willy Brandt los numerosos grupos socialistas que poblaban el panorama político tenían un argumento a su favor, o en su contra según se mire, para iniciar un proceso de unión con el PSOE, que en cualquier caso no estaba dispuesto a negociar las siglas³⁵. Quedaba claro que tanto el gobierno como las potencias exteriores iban a favorecer al PSOE en detrimento del resto de organizaciones socialistas porque convenía cerrar el paso a una posible mayoría del PCE en la oposición. No se quería repetir la experiencia italiana. De esta forma se «invitaba» a los grupos socialistas a unirse al PSOE. Pero del proceso de unificación hablaremos en otro momento. En resumen, podemos tomar las palabras del profesor Santos Juliá, para quien el 27º Congreso «había confirmado que el PSOE era el partido en el que la Internacional Socialista, y muy especialmente el Partido Socialdemócrata Alemán, habían depositado todas sus esperanzas»³⁶. Dentro de este juego de figuras y contrafiguras, muy barroco y ciertamente elitista, faltaba la aparición «pública» del último actor³⁷. Santiago Carrillo, por aquellas fechas secretario general del

alemán para que se devolviese el pasaporte a Felipe González se realizó en noviembre de 1975, difícilmente, se podía impedir la detención de Felipe González en mayo de 1975, como él mismo explica.

³⁴Para un mayor conocimiento de este asunto, así como la financiación recibida por el PSP desde el gobierno libio, véase María Amalia Rubio, op. cit., pág. 163 y ss.

³⁵Santos Juliá, op. cit., pág. 476.

³⁶Ibídem, pág. 471.

³⁷Sin menosprecio de figuras tan importantes como podían ser Manuel Fraga y Enrique Tierno Galván que eran por todos conocidas, pero que simbólicamente, y en vistas a cómo estaba decidida la suerte de cada uno, no iban a tener mayor peso específico que el que se les suponía desde un principio. Aunque, en el caso de Tierno Galván, luego se verá, se le trató de esconder y separar de la gloria mundana de la transición.

PCE, iba a convocar, el 10 de diciembre de 1976³⁸, una conferencia de prensa clandestina en Madrid. El partido comunista lanzaba un órdago al gobierno de Suárez cinco días antes de la celebración del referéndum para la Ley de Reforma Política. Era su forma de decir aquí estamos y pensamos jugar al mismo juego que el resto de partidos. Ciertamente tienen importancia relativa para esta tesis los hechos acontecidos *a posteriori* respecto a este caso, pero conviene recordar que, meses antes de la celebración de elecciones, las figuras y contrafiguras ya estaban sobre el tapete del juego político.

Sobre este terreno de juego se iba a construir la figura de Felipe González como líder del PSOE. Y utilizamos el verbo «construir» con conocimiento de causa. Independientemente de las capacidades que pudiera tener la persona, en el caso de Felipe González fueron numerosas las estrategias que se utilizaron para crear la imagen del líder del PSOE lo que le permitiría ganar las Elecciones de 1982. No en vano, como dice Santiago Carrillo, «en el período de la transición, sobre Felipe González velaron todas las potencias de la tierra, incluido el *establishment* español de ese tiempo»³⁹. Como iremos viendo la imagen —y el discurso, que se analizará en otro capítulo— de Felipe González cambiará a lo largo del período desde la celebración del 27º Congreso hasta su salida del gobierno en 1996. Por su parte, la imagen del «gemelo», Alfonso Guerra, hacia la población no se plasmaría en una fusión mítica de ambas figuras hasta que ambos tomaran posesión de sus respectivos escaños, aunque dentro del partido la fusión y el reparto de papeles ya era sumamente conocido.

2.) LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA.

2.1 *La imagen de Felipe González: potenciación y cuidado.*

³⁸Nótese que el tiempo transcurrido entre la aprobación por parte de las Cortes franquistas de la LRP, la celebración del 27º Congreso del PSOE y la presentación de Santiago Carrillo —verdadera bestia negra de los falangistas españoles— es ciertamente escaso, pero con el suficiente margen para que cada figura tenga el tiempo suficiente para hacer su presentación pública.

³⁹Santiago Carrillo, *Juez y parte. 15 retratos españoles*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, pág. 234.

La Elecciones Generales de 1977 potenciarían la imagen de un Felipe González joven, sin referencias de la Guerra Civil, desenfadado en el vestir —camisas de cuadros y chaquetas de pana—, un hombre «guapo, desenvuelto, de mirada un tanto dura, de verbo rápido y directo, no exento de rigor, imagen de un socialismo de ducha diaria, puño en alto y la otra mano en el corazón; nada que ver con un represaliado del franquismo»⁴⁰. Pero esta imagen se había estado cuidando no tanto en el aspecto estético como en el aspecto ético. Como recuerda Pablo Castellano, había que mantener a Felipe González fuera de todo peligro que pudiera afectar a su imagen:

«Ya en mis tiempos de pertenencia a la Comisión Ejecutiva, en más de una ocasión, discutiendo la conveniencia o no de la presencia del Sr. González en reuniones que podían ser políticamente delicadas y de cuya trascendencia pudiera resultar afectada su figura e imagen, había planteado don Guillermo Galeote, en nombre del cerco de acero, la resistencia a que este nombre, patrimonio y activo del partido, se pudiera gastar o salpicar con temas y actuaciones que debían hacerse, qué duda cabe, pero procurando que él no apareciera comprometido en ellas. González debía siempre aparecer con las manos libres y limpias. Sus edecanes debían evitarle manchárselas»⁴¹.

A través de la campaña electoral —es decir, pre-campaña y campaña propiamente dicha— la imagen de Felipe González se potenció geométricamente, en parte porque era necesario utilizar una imagen que lograra superar la *sopa de letras* que significaban aquellas elecciones —se presentaron 5.343 candidatos, veintidós partidos actuaron en el ámbito estatal y el mayor número de candidaturas por partido se fijó en Madrid con 26 partidos—; en parte porque la dirección del PSOE había apostado desde tiempo antes por contraponer la figura de Felipe González a otras figuras. Curiosamente por aquella época la revista *Cambio 16* decidió regalar unos libritos sobre los políticos españoles bajo el título «Políticos para unas Elecciones». Dentro del arco del PSOE eran cuatro los políticos que aparecían en esta colección: Felipe González como primer secretario del PSOE; Nicolás Redondo como secretario general de la UGT; Enrique

⁴⁰Citado en Santos Juliá, op. cit., pág. 484.

Múgica Hertzog por el PSOE del País Vasco; y Joan Raventós como dirigente del PSC-PSOE⁴². Como se puede observar el llamado a ser «número dos», Alfonso Guerra, no intervenía, seguía detrás del escenario esperando su momento. Además, se potenciaba la imagen de dos políticos que se presentaban en circunscripciones nacionalistas, con especial interés en Joan Raventós por los históricos malos resultados electorales; se trataba de potenciar ese espacio político. Son las únicas salvedades a la fijación en una sola figura la imagen del PSOE —Nicolás Redondo aparecía por ser el dirigente del sindicato «hermano», la UGT, sin ningún ánimo de potenciación mayor de su imagen—. La entradilla del libro referido a Felipe González era sencilla y evocaba la imagen de una persona de clase media, familiar y con una cierta lucha en favor de los trabajadores: «Felipe González tiene treinta y cinco años. Está casado con Carmen Romero. El matrimonio tiene dos hijos. En 1966, dos años después de ingresar en el PSOE, Felipe González consigue la licenciatura en Derecho y abre la primera asesoría laboral de Sevilla. Ha intervenido en varios pleitos laborales (FASA en Valladolid, la Felguera en Asturias, Astilleros en Cádiz) de los que destaca el de Firestone, en Bilbao, en el que consiguió sentar jurisprudencia a favor de los obreros en huelga»⁴³.

Realmente sería a través del desarrollo de la campaña electoral cuando la imagen de Felipe González se potencie y engrandezca. La sencillez estética del primer secretario del PSOE había quedado patente a lo largo de este período de transición. Tan sólo hace falta recordar las diferentes fotografías de reuniones para observar a una persona desenfadada, acorde con los tiempos, frente —especialmente en las reuniones de la Comisión de los Nueve o de la Platajunta— a personas mayores, serias en el vestir y en el hablar, tal vez demasiado trascendentales. Salvo en la sesión inaugural del 27º Congreso, rara vez se le había visto a Felipe González con corbata, y en aquella ocasión por la

⁴¹Pablo Castellano, *Yo sí me acuerdo*, Madrid, Temas de Hoy, 1994, pág. 279.

⁴²El resto de políticos que tuvieron librito propio fueron: Santiago Carrillo, Raúl Morodo, Marcelino Camacho, Ramón Tamames, Ramón Trias Fargas, Simón Sánchez Montero, Joaquín Rodríguez Walker, Joaquín Satústregui, Jordi Pujol, Manuel Fraga, Enrique Tierno Galván, Francisco Fernández Ordóñez, Federico Silva Muñoz, Juan Ajuriaguerra, José María de Areilza, Joaquín Ruiz Giménez y Pío Cabanillas.

⁴³Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 7.

importancia de los dirigentes europeos que allí se congregaban⁴⁴. Pero aunque la estética del desenfadado podía ser bien vista por los ciudadanos, ésta no era la cuestión fundamental en la imagen de Felipe González.

La campaña electoral del PSOE en 1977 fue espectacular y *moderna* en cuanto a los medios. Los socialistas del PSOE llevaban desde octubre de 1975 trabajando en todos los aspectos técnicos de las campañas electorales en el extranjero. A través del ITE-PSOE (Instituto de Técnicas Electorales-Proyectos Sociales y Organización Empresarial)⁴⁵, se recopilaba la información electoral que remitían partidos socialistas de otros países e, incluso, se realizaban estimaciones electorales. Además, algunos miembros del ITE viajaron, invitados por los partidos de la Internacional Socialista, a distintos países para observar *in situ* la forma de elaborar y poner en práctica las campañas electorales⁴⁶.

⁴⁴Incluso por esta causa se cuenta una anécdota de Felipe González con un embajador extranjero, el cual invitó al primer secretario del PSOE a una recepción en su embajada; el dirigente socialista preguntó si podía acudir a la cita sin corbata, a lo que respondió el embajador que fuese como quisiese mientras no se le olvidasen los pantalones. Evidentemente el estilo desenfadado no había llegado a ciertos ámbitos.

⁴⁵En un libro, hagiográfico, basado en la entrevista, Alfonso Guerra cuenta cómo surgió la creación del ITE, aunque las fechas no cuadren 1974 vs. 1975, ni los viajes tampoco Suecia vs. Alemania respecto a lo afirmado por Julio Feo (op. cit., pág. 33). Pero siguiendo a Alfonso Guerra la situación se desarrolló de la siguiente manera:

«**M.F.-B.** En 1974 organizas también el Instituto de Técnicas Electorales, junto con José Félix Tezanos, Roberto Dorado y Julio Feo. ¿Cuál era el trabajo de este Instituto?

»**A.G.** Yo tenía la claridad, como otros muchos, de que la dictadura se moría, que la muerte de Franco no podía estar muy lejana y que con ella la dictadura cambiaría seguro. Entonces me planteé a mí mismo que habría elecciones, que habría que legalizar los partidos. Y que de elecciones no teníamos ni idea. Entonces empecé a ver gente aquí en España y no había nadie que supiera nada de nada. Algo había que hacer. Y convencí a la dirección del partido, con gran esfuerzo, de que montáramos el ITE, que le llamamos, el Instituto de Técnicas Electorales». (Miguel Fernández-Braso, *Conversaciones con Alfonso Guerra*, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 67)

Años después, Alfonso Guerra retrasaría la fecha de creación del ITE:

«**P.** Parece que usted en el año 1975, con Franco vivo aún, comenzó a trabajar en técnicas electorales, imagen de partidos, etcétera.

»**R.** Empecé en el año 70, cuando el dictador estaba entero, ni flebitis ni nada. Creé un grupo de técnicas electorales —dentro del partido todos se reían de mí— que *legalizamos en el 73* con el nombre de ITE-PSOE, tuve esa osadía». (Santos Juliá, Javier Pradera y Joaquín Prieto (coords.), *Memoria de la Transición*, Madrid, Taurus, 1996, pág. 238 —entrevista realizada por Soledad Alameda—. Las cursivas son nuestras). Este tipo de invenciones son propias de Alfonso Guerra y de Felipe González, pero serán ampliamente analizadas posteriormente, sirva esta anécdota como muestra; y en vista de tanta confusión hemos preferido optar por la versión de Julio Feo.

⁴⁶En este punto vuelven a diferir las opiniones de Julio Feo y Alfonso Guerra, ya que mientras el primero afirma que José Félix Tezanos, Alfonso Guerra y él mismo fueron a Alemania, y Roberto Dorado a Suecia, Alfonso Guerra expone que él fue tanto a Alemania como a Suecia. Aunque por la profusión de

También habían tomado la determinación, en especial Alfonso Guerra, de modificar el símbolo o anagrama del partido. El 27º Congreso tomó la resolución de incorporar junto al yunque, el tintero y la pluma —anagrama clásico del PSOE—, la rosa y el puño de la Internacional Socialista, pero con unas ligeras modificaciones. Mientras que el puño que sujeta la rosa del organismo internacional es el derecho, en el anagrama del PSOE es la mano izquierda. La explicación es sencilla. Los socialistas españoles levantaban —lo que ahora no es tan frecuente— el puño izquierdo para diferenciarse de los comunistas que levantaban el derecho. Había que diferenciarse en todo lo posible de los comunistas. Con este nuevo símbolo, diseñado por Cruz Novillo, Alfonso Guerra y sus colaboradores pretendían tener un anagrama diferenciado y simple para evitar que durante las votaciones electorales las personas pudieran equivocarse. El puño y la rosa se iban a difundir por toda España y, gracias a su sencillez, iban a servir para el fin por el que habían sido creados: la identificación del PSOE. Todas estas cuestiones técnicas tenían como colofón la figura de Felipe González. La campaña electoral había que centrarla en la libertad y el primer secretario del PSOE.

El slogan elegido para esta campaña de 1977 fue «*La Libertad está en tu mano*» —ideado por Gabriel Giménez—, un slogan que permitía ciertos cambios parciales pues se podía permutar la palabra libertad por cualquier otra palabra significativa en cuestiones concretas. Pero realmente y, como dijimos, para evitar la sopa de letras, la campaña se centraría en lo que dijese o hiciese el primer secretario del PSOE⁴⁷. Así el apartado «número 3» de la guía electoral del PSOE aconsejaba: «Nuestro primer

detalles del propio Alfonso Guerra sobre el viaje a Suecia o bien Julio Feo ha olvidado este hecho y tiene razón el sevillano, o bien Alfonso Guerra ha asumido la personalidad de Roberto Dorado debido a lo que éste le contó. El caso es que los miembros del ITE viajaron para observar cómo se desarrollaban las campañas electorales extranjeras.

⁴⁷Lo que producía verdaderos quebraderos de cabeza al equipo que viajaba con González por toda España como bien recuerda Julio Feo: «Según avanzaba la campaña, empezamos a ver como surgían algunos problemas. Uno era que muchos de los compañeros que intervenían antes que Felipe tocaban temas, con terminología incluida, que Felipe venía utilizando cotidianamente y que, evidentemente, la prensa daba cuenta de ellos. Con lo cual obligaban a Felipe a cambiar su discurso». Op. cit., pág. 69.

secretario, Felipe González, es el político mejor conocido, después y a muy pocos puntos de Adolfo Suárez, y a muchos puntos del resto de las otras personalidades políticas. *Los diputados deben por lo tanto fijar en el electorado su vinculación a Felipe González como medio de identificación a través de alusiones a Felipe»*⁴⁸. Es decir, había que hablar de Felipe González siempre, a ser posible contraponiéndole a otros dirigentes políticos. Pero aquí no terminaba la escenificación y la identificación para-carismática de la figura del primer secretario del PSOE. Además, los mítines estaban diseñados para lograr que el momento más álgido aconteciera con la aparición de Felipe González y con escaso espacio de tiempo entre su llegada y la intervención. Así lo recuerda Julio Feo:

«El diseño consistía en un mitin que no debía sobrepasar la hora y media y en el que Felipe intervendría el último para ir aumentando el clímax. Felipe no debía hablar más de treinta minutos (durante todas y cada una de las campañas se lo saltó a la torera con frecuencia aunque también con mesura). Era preferible que supiera a poco a que alguien se pudiera aburrir. Los restantes compañeros deberían tener intervenciones de cinco a diez minutos máximo, pero entre todos nunca sobrepasarían los cuarenta y cinco minutos. Por último, *era conveniente que los mítines empezaran sin que Felipe estuviera presente. Llegaría cuando el mitin estuviera desarrollándose, con lo cual se aprovechaba la expectativa y podía hacer una entrada triunfal, rodeado del servicio de orden»*⁴⁹.

Se exaltaba la figura de Felipe González por encima de las demás figuras, ya que además de la entrada triunfal y para-carismática, el resto de oradores, por muy buenos que fuesen, poco podrían decir —temporalmente hablando— en comparación con el líder socialista. Pero faltaban dos adiciones estratégicas para que la campaña que se había ideado funcionase a la perfección: la publicidad electoral y la actitud personal del candidato.

2.2 Análisis de la simbología de los carteles electorales.

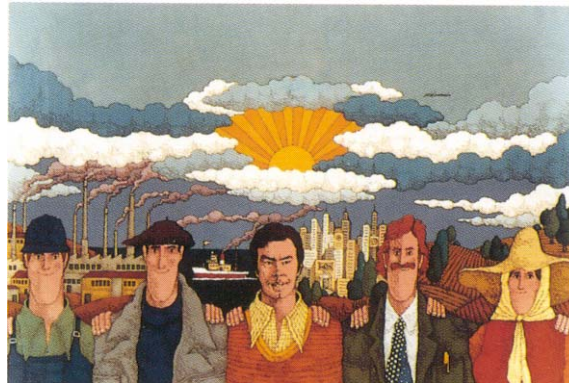
⁴⁸Ibídem, pág. 62 (la cursiva es nuestra).

⁴⁹Ibídem, pág. 61. (La cursiva es nuestra)

Respecto a la publicidad electoral hay que analizar detalladamente los dos carteles electorales que circularon por la geografía española. En el primero de ellos se podía ver una foto en color de un Felipe González desenfadado, con camisa de cuadros abierta, sin chaqueta de pana; como toda la campaña del PSOE, la imagen de Felipe González era juvenil. Como recordaba Alfonso Guerra: «hicimos una campaña juvenil, intencionada y deliberadamente juvenil»⁵⁰. Sin embargo, el cartel electoral que mayor impacto causó y el más difundido, tiene unas connotaciones muchos menos formalistas que las del anterior cartel, pero muchos más impactantes, trascendentales y simbólicas. Este segundo cartel (vid. Imagen 7.1.) retomaba la estética *naïf* que se había utilizado en uno de los dos carteles del 27º Congreso —aparecían Pablo Iglesias, Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero—, pero mucho más acentuada, si cabe, la estética por la utilización de rotuladores en detrimento de otro tipo de útiles. El creador del cartel fue el dibujante José Ramón, quien, y no resulta baladí, se dedicaba a decorar y dibujar en programas infantiles de Televisión Española. Por esta razón, la juventud buscada para la campaña se potenciaba y reafirmaba con unos carteles «infantiles», que transmitían *pureza*. Una pureza con respecto a la Guerra Civil y su postguerra; una pureza respecto a la lucha comunista en la clandestinidad; una pureza del recuerdo, es decir, del no recuerdo; una pureza del olvido generacional, se quería olvidar el pasado con todas sus consecuencias y tan sólo mirar hacia el futuro. Mas no sólo es la pureza juvenil lo que refleja el cartel electoral, hay otros símbolos que merecen la pena ser analizados, unos símbolos que mostraban bien a las claras las pretensiones del PSOE.

Imagen 7.1. *Cartel electoral de la campaña de 1977 (general).*

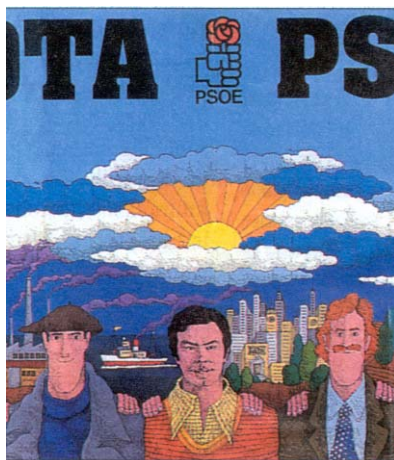
⁵⁰Alfonso Guerra, op. cit., pág. 103.



El dibujo puede dividirse, principalmente, en dos planos diferenciados y complementarios. Por un lado, el plano inferior del dibujo nos presenta una sucesión de personajes-símbolo con Felipe González en el centro. A la izquierda, y con unas fábricas humeantes al fondo —símbolo de productividad—, se nos presenta a un obrero con mono y casco. Siguiendo de izquierda a derecha, el siguiente personaje-símbolo es un pescador con boina o chapela, un hombre del mar plácido que tiene a su espalda, como fondo simbólico, un barco de pesca. El siguiente personaje, que ocupa el eje central, es Felipe González con una camisa de cuadros, abierta hasta el tercer botón, y un jersey anaranjado o rojizo como de lana; una imagen muy desenfadada y juvenil —siguiendo en esto la estética general de la campaña—. El personaje siguiente es un hombre encorbatado y con traje —pero no de corte clásico—, un típico trabajador de la clase media, cuyo fondo muestra una ciudad con vegetación y museos. El último personaje-símbolo es una mujer campesina con un fondo de tierras aradas. Curiosamente es la única mujer del cuadro; una mujer símbolo de la tierra, de la «madre naturaleza», la que nos provee de alimentos básicos; Gea rediviva. Con esta representación se juega en el dibujo con varios *cleavages*, con varias clases sociales, sin duda una pretensión propia de un partido catch-all de centro izquierda. Felipe González, símbolo del PSOE, es el joven que acompaña tanto a los trabajadores de la clase media como a los obreros industriales; tanto a las personas del campo como a las de la ciudad; tanto a los ciudadanos y trabajadores de las provincias periféricas/marítimas como a los ciudadanos y ciudadanas del interior. Son varios los

cleavages que a través de los personajes-símbolo se funden en un abrazo con Felipe González, con el PSOE: campo/ciudad; centro/periferia; clase trabajadora/clase media. Podía presentarse al PSOE como el partido de los trabajadores, pero ciertamente su cartel electoral denotaba cierto interclasismo. Aun siendo importante el plano simétricamente inferior del dibujo, la parte superior terminaba de completar la visión que pretendidamente se quería ofrecer.

Imagen 7.2. *Cartel electoral de la campaña de 1977 (detalle).*



El plano superior es bastante más sencillo que el inferior técnicamente hablando, pero simbólicamente es mucho más expresivo porque se ofrece un nuevo amanecer para España. Si en la parte inferior se decía que Felipe González está con todos los personajes-símbolo, en el plano superior se dice el para qué. Sobre un fondo azul, se abre paso entre las nubes el sol del nuevo día. Con la llegada de Felipe González y el PSOE amanece, surge una nueva época de fertilidad y riquezas para todos los estratos de España. La felicidad que se refleja en los rostros de los personajes es fiel respuesta a ese nuevo día que (¡por fin!) se acerca. Y llega de la mano de Felipe González y el PSOE. Porque es el sol que se abre paso el que ilumina a España y, además —siguiendo el eje central—, corona a Felipe González cual *pantocrátor* del futuro (vid. Imagen 7.2.). El sol señala la llegada del héroe que resolverá los problemas patrios. Por encima del dibujo, dentro del cartel y que sería la parte superior del plano superior, aparece «VOTA PSOE»

con el anagrama del puño y la rosa en el centro de la palabra, en perfecta alineación —eje central—, y como eje divisor del dibujo, con el sol naciente o que se abre paso y Felipe González. Un juego simbólico que perfectamente estructurado denota que el PSOE y, sobre todo, Felipe González son el futuro, el partido y el líder que llevarán hacia la modernidad a España. Recuérdese que son numerosos los mitos que reflejan la llegada del héroe, el mesías o el salvador mediante la luz o elementos luminosos, como señal de la llegada de aquel que... —por ejemplo, el fuego que roba Prometeo o la estrella o satélite que marca la llegada del mesías en la tradición cristiana—; en España el sol naciente que corona a Felipe González es la luz que marca la llegada del futuro líder patrio, del *prometeo español*.

El resto de partidos, salvo la Unión de Centro Democrático (UCD), utilizaron carteles bastante lejanos de este juego simbólico y apostaban por una sobriedad, tal vez, excesiva. Merece la pena que hagamos un inciso para analizar los carteles de las organizaciones más representativas. El Partido Comunista de España apostó por dos tipos de carteles: uno de los carteles era de tono rosado con figuras un tanto difuminadas, casi imperceptibles a media distancia; el otro cartel, en blanco y negro como tono predominante, presentaba a los más destacados miembros del Comité Central, en su mayoría personas mayores. Como recuerda Alfonso Guerra: «Al ver su campaña electoral [PCE], desde el punto de vista de la imagen, supe que sacarían poco. Su cartelería era triste; en el momento de la irrupción democrática hacen carteles negros»⁵¹. El partido de Manuel Fraga, Alianza Popular (AP), por su parte, presentó unos carteles electorales con una predominancia de los colores rojo y gualda, lo cual denotaba un tono un tanto «facha» a la propaganda. Exagerado con los tirantes y corbatas con la bandera española del Sr. Fraga. Además, y como aspecto negativo de la campaña, las cámaras de Televisión Española recogieron la imagen de un Fraga amenazante, quitándose la chaqueta y pronunciando un violento «a por ellos» cuando se dirigía hacia unos reventadores del mitin celebrado en Lugo. El PSP de Tierno Galván —que para la ocasión se presentó

formando coalición con la FPS, como PSP-US— tampoco acertó demasiado con su cartelería. El PSP tenía dos tipos de carteles: aquellos que se pegaban en las paredes y aquellos que se insertaban en espacios publicitarios (vallas). Los carteles pequeños (o de pared) eran de tono rosado y mostraban el símbolo del PSP (una paloma), o mostraban a Tierno Galván. Estos carteles eran un buen punto de partida, pues intentaban que las personas identificaran al partido de forma fácil. Sin embargo, el cartel electoral de vallas publicitarias tuvo una mayor crítica en la época. El cartel del PSP mostraba, en color, a Enrique Tierno Galván, vestido como era su costumbre, junto a tres trabajadores de cuello azul (trabajadores industriales) en su centro de trabajo. En primer lugar, la imagen de los trabajadores junto a la de Tierno Galván era contradictoria tanto por la vestimenta, como por el intento de fusión de la intelectualidad con el movimiento obrero. Asemejaba el cartel la vanguardia del proletariado y, por ende, cierto elitismo, lo cual retraería a numerosos trabajadores industriales. Y, en segundo lugar, fue producto de la época hablar de que el «viejo profesor» estaba junto a unos obreros «muy limpios». A pesar de estas contradicciones y de las consecuencias de los carteles, no era una publicidad negativa, y la derrota se debe a otras cuestiones más importantes. La UCD, sin embargo, utilizó una cartelería bien estructurada y, lógicamente, fundamentada en su líder, Adolfo Suárez. Había que jugar la «baza Suárez», la persona capaz de llevar a cabo la transición a la democracia en España. Por esta razón, la UCD apostó por fotografías del presidente del Gobierno *en color* sobre un fondo blanco —sobre todo en los grandes carteles de las vallas publicitarias— y con colores verdes para las letras; alejándose, por lo tanto, de colores que hiciesen referencia a la derecha tradicional o la izquierda. En el otro cartel tipo la UCD utilizó el anagrama del partido —un círculo dividido en dos de arriba abajo, o una ce y una contra ce, parte (izquierda) de color verde, parte (derecha) de color naranja⁵²— indicando que si se quería apoyar a Suárez, ese era el símbolo a seguir o a buscar en las papeletas —¿cuántos votos no habrá perdido el PCE por tener el mismo anagrama o similar a otras

⁵¹S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 239.

⁵²Suponemos que el color naranja nada tenía que ver con los socialdemócratas que formaban parte de la coalición, porque, como es conocido, el color naranja lo utilizaron en los 1960s y los 1970s los sectores socialdemócratas de los partidos socialistas como señal de identificación.

fuerzas políticas, o a la inversa?—. Desde luego no era tan juvenil o refrescante como la propaganda del PSOE, pero era una campaña institucional, en el sentido de partido de gobierno, pero alegre, dinámica y con colorido. Como podemos ver los dos partidos que alcanzaron mayor representación parlamentaria (UCD y PSOE) habían desestimado los colores típicos y/o simbólicos. Nada de tonos rojos, rojos y amarillos, azules oscuros u otros parecidos que pudiesen traer reminiscencias del pasado franquista o comunista. Ni rojos, ni azules.

No sólo tendría importancia la publicidad, aunque Julio Feo reconoce que muchos votantes les reconocían como los de la «propaganda bonita»⁵³, sino también los propios cabeza de lista y, por qué no decirlo, el resto de candidatos. Sobre Felipe González hemos hablado y hablaremos a lo largo del estudio, pero a modo de apunte sirve lo expresado por Richard Gillespie:

«Tan atractivo como esas políticas era el candidato, cuya popularidad instantánea lo convirtió rápidamente en el único político español al que se llamaba en público por su nombre de pila. En un país en el cual la “clase política” se había destacado por su distanciamiento, su formalidad y su severidad, “Felipe” era como una brisa, un hombre joven, bien vestido, pero informal, con camisas abiertas, pantalones de deporte y chaquetas de pana. Hijo de propietario de una vaquería, se presentaba como hijo del pueblo, cálido y abierto, que hablaba a veces de forma revolucionaria, pero no lograba asustar del todo a nadie. Su buena presencia, su vigor y su inteligencia natural le daban un *sex appeal* político enorme»⁵⁴.

Mas no sólo fue Felipe González, el resto de principales candidatos del PSOE eran personas prácticamente desconocidas pero bien formadas, jóvenes y entregadas —desde universitarios como Gregorio Peces-Barba (cabeza de lista por Valladolid) o Francisco Bustelo (Lugo) a obreros como Nicolás Redondo, pasando por intelectuales como Luis Gómez Llorente (cabeza de lista por Asturias) o técnicos como Enrique Barón—. Además,

⁵³Julio Feo, op. cit., pág. 60.

⁵⁴Richard Gillespie, op. cit., pág. 340.

la ejecutiva del PSOE tuvo la inteligencia estratégica de situar como «cuneros» a representantes destacados de la Ejecutiva Federal o del Comité Federal —así Pablo Castellano fue cabeza de lista por Cáceres al tener raíces en esa provincia, o Luis Yáñez por Badajoz y los anteriormente citados—. Los miembros más veteranos fueron, normalmente, situados en los puestos del Senado. Por su parte AP y el PCE presentaron toda la gerontocracia del pasado. AP, además del ex ministro Fraga, presentó a otros ex-del franquismo como Laureano López Rodó, Silva Muñoz, Martínez Esteruelas o Gonzalo Fernández de la Mora, o como candidato a senador por Madrid a Arias Navarro. Casi el bunker al completo. Como recuerda el, por entonces, Secretario de Organización Territorial, Jorge Verstryngge: «Fraga acumuló error tras error. [...] Obsesionado por los votos que podía quitarle la extrema derecha, en lugar de alegrarse de la candidatura de Blas Piñar y de otros minilíderes ultras, se dedicó a contrarrestarlos fichando al ultrafranquista Arias Navarro y endureciendo sus discursos»⁵⁵. El PCE tampoco renovó su imagen principal al presentar como candidatos, dentro de una lógica de oposición clandestina al franquismo, a Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo, Simón Sánchez-Montero o Rafael Alberti; dulcificado por la presencia de Ramón Tamames, de Nicolás Sartorius (aristócrata y comunista) o de Jordi Solé Tura del PSUC (coaligado catalán del PCE), lo que apenas contrarrestaba la imagen de ancianidad y Guerra Civil del PCE —la presencia simbólica de Juan Antonio Bardem se entiende como el apoyo de la intelectualidad—. El PSP de Enrique Tierno Galván presentaba como candidatos al, por así decirlo, «todo Universidad» en Madrid y ciertas provincias y, debido a la coalición electoral con la FPS, al andalucismo progre. No es que la presencia del *viejo profesor* fuese mal vista, al contrario era una figura sumamente valorada; el problema fundamental era que el PSP tenía una imagen demasiado profesoral, demasiado tecnócrata, en resumidas cuentas, poco popular. Por último, la UCD presentaba al gobierno Suárez en pleno más la adición de personajes «aperturistas» como Pío Cabanillas, por ejemplo, o socialdemócratas como Fernández Ordóñez. A pesar de su pasado franquista, en la mayoría de los casos, los representantes de UCD tenían como mayor aval el haber finiquitado el franquismo lo suficiente como para iniciar el camino

⁵⁵Jorge Verstryngge, *Memorias de un maldito*, Barcelona, Grijalbo, 1999, pág. 52.

hacia la democracia. Si prestamos tanta atención a las personas en este terreno es porque, como ha dicho José Ignacio Wert, el factor liderazgo y su relación con la memoria histórica —utilizadas ambas variables por Wert en el caso PSOE-PCE, pero extensibles al resto de partidos— es tan importante como el cambio social del tardofranquismo⁵⁶.

2.3. *La campaña en televisión.*

El último apunte que queremos ofrecer de esta campaña de 1977, la campaña de aparición y presentación de Felipe González, tiene como núcleo las intervenciones televisivas de los principales partidos el último día de campaña. Enrique Tierno Galván utilizó un tono sumamente profesoral y docente, en cierto modo incluso paternal, pero sin energía y muy pausado. El PCE utilizaba como cabecera la música de *La Internacional* y presentaba a Santiago Carrillo en un tono coloquial, como si estuviera en el salón de su casa, pero, en parte por culpa del soporte de grabación —filmado en 8mm—, algo difuminado y triste, rememorando el pasado (Guerra Civil) aunque fuese para que la Historia no se repitiera. Alianza Popular, con una entradilla en rojo y gualda, nos presentaba a un Manuel Fraga mirando hacia otro lado, no a la cámara, con una dicción complicada de entender, aludiendo al orden y con una corbata de fondo azul con el dibujo de la bandera española⁵⁷. Además, finalizaba el spot con un Arias Navarro, detrás de una mesa «presidencial» —que recordaba a la imagen de la notificación de la muerte de Franco— y con continuas referencias al pasado más cercano. Por su parte el PSOE, con un fondo blanco como cabecera y como escenario, introducía a Felipe González con imágenes de mítines llenos de personas y al primer secretario pleno de juventud. La intervención de Felipe González, vestido con traje y corbata, constantemente hablaba del futuro más cercano, al proceso en sí que se estaba viviendo; además Felipe González miraba a la cámara con fijeza, de frente y sin bajar o mover la vista para curiosear guión alguno

⁵⁶José Ignacio Wert, «Juego de Paradojas» en Juliá, Pradera y Prieto (coords.), op. cit., pág. 243.

⁵⁷Jorge Verstrynge recuerda lo mal que trabajaba los aspectos televisivos Manuel Fraga en su Op. cit., pág. 53.

—como habían hecho Tierno Galván o Santiago Carrillo—⁵⁸. Para finalizar, la UCD, con una entradilla con el himno de la campaña electoral —referencias continuas al centro político— presentaba a un Adolfo Suárez sobrio, en su papel de presidente del Gobierno; con una imagen muy centrada en la faz de Suárez, el cual se expresaba en un tono firme, pero no rígido —aunque en su deber se podría decir que de vez en cuando bajaba la mirada para leer el discurso—. No extraña, a la vista de las imágenes ofrecidas, que los líderes más valorados fuesen Adolfo Suárez, Felipe González y Enrique Tierno Galván. Así pues, se comprobó *a posteriori* la actitud personal de los dirigentes políticos y la imagen proyectaba tuvieron una incidencia a valorar en el desarrollo de la campaña y la división del voto. Ahora comenzaba la etapa de aprendizaje de Felipe González para llegar a la presidencia del gobierno. Pero algo ya tenía ganado porque todos le llamaban —y le siguen llamando— «Felipe».

3.) FORMACIÓN DE UN HOMBRE DE ESTADO.

En el período que pasamos a analizar se produjo la catarsis definitiva de Felipe González, su configuración como «líder carismático»; incluso con cierta *mitopoeia* respecto a su figura. En apenas cinco años Felipe González pasaría de ser considerado como el líder joven y fresco del PSOE al «hombre del pueblo y de Estado» que guiaría la nave de España, cuyo cenit podría ser situado en el año 1986. Pero también es la época en que el «gemelo» de González, Alfonso Guerra, hará su irrupción en la escena política

⁵⁸Julio Feo recuerda la experiencia televisiva al lado de Felipe González: «Por primera vez íbamos a televisión, y no hizo falta estar mucho tiempo en el plató para que nos diéramos cuenta de que Felipe era un verdadero mago de la comunicación televisiva. Comunicaba como nadie, traspasaba la pantalla y tenía una facilidad innata para estar delante de una cámara. Una vez explicada como iba a ser la intervención, la calcaba a la primera. Sólo teníamos que decirle cuántos minutos duraba y hacerle una señal cuando faltaban tres minutos y otra a falta de uno. [...] En todos los años que he trabajado con Felipe González, sólo en dos ocasiones ha necesitado repetir una intervención de televisión por su culpa; ha repetido en otras ocasiones, pero porque el realizador lo pedía, por problemas técnicos o por afán de perfeccionismo. Curiosamente, cuando ha tenido que repetir una intervención, siempre ha hecho el mismo discurso pero con otras palabras totalmente diferentes». Op. cit., pág. 73.

española; aunque para sus compañeros de partido ya era una persona conocida y, por qué no decirlo, en cierto modo odiada. Sin embargo, para el gran público el «canijo» —llamado así por sus compañeros andaluces del «clan de la tortilla»— apenas era conocido, pero llegaría a formar un tándem fraternal con Felipe González, tan consistente que, con el transcurrir de los años, determinaría el debate partidista e, incluso, social. Pero en la etapa que estamos analizando, en este preciso momento, se fraguaría el reparto de papeles, de máscaras barrocas, entre los gemelos del socialismo español. Realmente, el pueblo español comenzaría a identificarles a ambos en sus respectivos papeles y vidas —de esta época son las distintas biografías, sobre todo en el caso de González, que poblaron la geografía literaria española—, que como analizaremos, en muchos casos, se trataban de verdaderas «mitopoeias», si se nos permite el uso del concepto en un sentido ciertamente laxo. Es decir, se fue forjando una imagen de ambas personas que era tan verdadera como objetivamente falsa. Pero como sucede con los mitos, y su inserción social, acaban viviéndose como verdaderas y verídicas, que es lo importante en este caso. Empero hasta que lleguemos a ese momento todavía tendremos que tratar y narrar cierta lucha de contrafiguras, de exclusión de los posibles adversarios, principalmente internos.

3.1. *Los pactos de la Moncloa.*

Una vez celebradas las elecciones del 15 de junio de 1977, que provocarían la formación de dos cámaras (Parlamento y Senado) constituyentes *de facto* aunque no *de iure*, y tras unos sorprendentes resultados electorales del PSOE —Alfonso Guerra se jacta de haber conocido los resultados con anterioridad⁵⁹—, sobre todo de cara a la ciudadanía y

⁵⁹Alfonso Guerra en una entrevista ya citada afirmaba que «tres meses antes de las elecciones, ante un grupo numeroso de periodistas extranjeros, dije que calculaba alrededor de cien diputados. Los periodistas se

la opinión pública, Felipe González tenía el camino mucho más expedito en el campo de la izquierda, aunque no tanto. El PSOE había logrado 118 actas de diputado y algo más de cinco millones de votos (5.240.464), muy por encima de sus dos oponentes principales, el PCE (20 diputados y 1.655.744 votos) y el PSP-US (6 diputados y 799.376 votos). Evidentemente el sistema electoral, pactado con el gobierno, había dado sus frutos, pero por lo que respecta al tema de este capítulo, Felipe González no tendría que competir en imagen y como contrafigura de dirigentes del espectro de la izquierda como Nazario Aguado o Francisco Fernández Ordóñez, por ejemplo —como se recordará estas dos personas formaban parte de la Platajunta opositora y con bastante receptividad periodística—. El juego o baile de figuras iba a tener lugar en el Parlamento, en la creación de una constitución y los llamados *Pactos de La Moncloa*; por consiguiente, la lucha con otras figuras tendría lugar en un marco definido y en él se acosaría a los principales rivales, aunque no todo saldría como se esperaba desde el principio.

Antes de iniciar las labores constitucionales o constituyentes, el Parlamento recién elegido tuvo la necesidad de entregarse por entero a solucionar la enorme crisis económica que había en España, como consecuencia de la llamada *primera crisis del petróleo* y que, por unas razones o por otras —sucesión del dictador, inestabilidad gubernamental del gobierno Arias, proceso de reforma de régimen dictatorial hacia uno democrático, convocatoria de elecciones generales—, no había sido abordado con la suficiente energía política. En un sistema democrático consolidado la solución a la crisis habría pasado por el diálogo social, pero en la España de 1977 las organizaciones sindicales y empresariales apenas estaban gateando, recientemente legalizadas o creadas, por lo que el espaldarazo correspondía al gobierno minoritario recién elegido. Las dudas en el seno de la UCD variaban desde la postura de tomar la decisión por parte del gobierno en solitario, para demostrar la autoridad de éste —vía preferida por Adolfo Suárez, porque le

rieron de mí, pero no más de lo que se rieron en la dirección del partido, que calculaban que conseguiríamos diez o doce diputados. La vida, vista desde ahora, parece increíble. Dijimos: “Vamos a tener entre el 24% y el 30% de los votos”, y se reía todo el mundo. Tuvimos el 29,3%». En S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 239.

habría dado mayor fuerza social—, o la formación de un consenso interpartidista —Fuentes Quintana y Abril Martorell—. Se optó por la segunda vía, pero sobre los «Pactos de La Moncloa» se ha escrito mucho y centrarnos en su desarrollo entorpecería la linealidad del estudio, por lo que en este momento sólo haremos ciertas referencias a la confluencia de las figuras políticas.

La formación de los *Pactos de La Moncloa* potenció las figuras, principalmente, del Ministro de Economía, el catedrático Enrique Fuentes Quintana, y del vicepresidente para Asuntos Políticos, Fernando Abril Martorell, por encima de otros. Pero en general, y a excepción de la firma como acto en sí, las figuras de segundo nivel serían los que, de un modo u otro, cerrarían el acuerdo; verdaderos técnicos que transmitían el resultado de las negociaciones a sus respectivos jefes de filas, que serían los que posteriormente firmasen los pactos⁶⁰. Por parte del PSOE hubo ciertas reticencias a participar en las negociaciones y sólo cuando la UCD y el PCE —que había propuesto un gobierno de concentración nacional—, es decir, Suárez y Carrillo, llegaron al acuerdo de afrontar un pacto político para solventar la crisis económica, el PSOE accedió aunque «a regañadientes y como mal menor»⁶¹. Como vemos, poco se puede decir del acuerdo alcanzado, al menos en lo que nos compete en este capítulo, a no ser que expresemos la «estabilidad» de las figuras políticas que firmaron los *Pactos de La Moncloa* respecto a las elecciones: Adolfo Suárez (gobierno), Felipe González (PSOE), Joan Raventós (socialistas catalanes), Josep María Triginer, Manuel Fraga (AP), Enrique Tierno Galván (PSP), Juan Ajuriaguerra (PNV), Miquel Roca (CiU), Leopoldo Calvo-Sotelo (UCD) y Santiago Carrillo (PCE). Pronto esta «plana mayor» de la clase política española sufriría transformaciones sustanciales, que veremos en el desarrollo de nuestro estudio.

⁶⁰Entre esos técnicos podemos encontrar a Fernando Abril Martorell, Manuel Lagares (subsecretario de Economía), Leopoldo Calvo-Sotelo (UCD), Ramón Tamames (PCE), Joaquín Leguina (PSOE), Laureano López Rodó (AP) —que posteriormente no aceptaría personalmente los acuerdos finales— y Fernando Morán (PSP).

⁶¹Charles Powell, *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, pág. 205.

3.2. *La imagen de Felipe González y Alfonso Guerra durante la redacción constitucional.*

Como expresa perfectamente el título general de este punto número 3, Felipe González, tras su aparición, debía formarse en el ámbito de la política parlamentaria, en el ámbito de la oposición, hasta que se vislumbrase que él podía ser el *Prometeo español*, el hombre de Estado. Por eso durante la redacción y aprobación de la Constitución, su papel, como el papel de la práctica totalidad de los distintos jefes de fila, estaría parcialmente ensombrecido a no ser que participasen activa y plenamente en la propia redacción del texto constitucional. En este juego Adolfo Suárez estaba, por sus obligaciones como presidente del gobierno, exento de tales prestaciones, sin embargo, el resto de «líderes» no tanto. Felipe González jugó en este caso el papel del líder que cede esas responsabilidades en sus seguidores más preparados, como ocurrió con Gregorio Peces-Barba, o más eficaces negociadores, caso de Alfonso Guerra. Evidentemente hubiese sido un dislate que Felipe González estuviese en la ponencia constitucional, contando entre sus filas con expertos y académicos; ya que él, aun siendo abogado y haber sido profesor asociado en la Universidad de Sevilla, era experto en temas laborales, en derecho del trabajo. Sin embargo, sí que fue miembro de la comisión de *Asuntos Constitucionales y Libertades Públicas* junto a Alfonso Guerra, Luis Gómez Llorente, Gregorio Peces-Barba, Pablo Castellano y Luis Yáñez, entre otros. No podía quedarse fuera de una comisión que iba a tener tanto relumbrón mediático. Pero el mayor problema dentro de este juego de figuras era que participasen en la ponencia constitucional alguno de los otros líderes de la izquierda, en concreto, Enrique Tierno Galván o Santiago Carrillo. Una vez que se pudo comprobar que Santiago Carrillo no tenía la intención de participar en la ponencia constitucional —lo que hubiese sido un dislate mayor que si hubiera participado el líder socialista—, Felipe González y sus más cercanos seguidores utilizaron su poder dentro de la cámara de representantes para evitar que el *viejo profesor* pudiese formar parte de la redacción del borrador constitucional. Aunque Felipe González nunca había tenido la tentación de ser ponente de la constitución, pues estaba preparándose, como veremos, en materia de relaciones internacionales, sí veía con preocupación la presencia del líder del

PSP. Pero respecto a la relación entre Felipe González y Tierno Galván merece la pena narrar cómo transcurrieron los hechos.

3.2.1. *La táctica de oscurecer la figura de Enrique Tierno Galván frente a la luminosidad de Felipe González.*

El gobierno de la UCD había decidido, en principio, que el Parlamento discutiera sobre un borrador que sería redactado por un grupo de expertos bajo las órdenes del Ministro de Justicia, Landelino Lavilla, y Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón. Ante los malos «outputs» políticos, el gobierno propuso que el borrador fuese redactado por una comisión técnica y apolítica consensuada por todos los partidos —lo que indicaba que el calificativo de «apolítica» tenía poco que ver con su significado—. Ante esta nueva propuesta, y como ya sucediera con la anterior, el PSOE y el PCE se negaron en rotundo, como reflejan las palabras de Felipe González, las cuales aportaban la solución al dilema: «Las Cortes se bastan y se sobran para dotar al país de una Constitución»⁶². Así pues los grupos parlamentarios se reunieron para llegar a un acuerdo sobre la composición numérica e ideológica de la ponencia constitucional. La propuesta del gobierno era que la ponencia estuviese formada por miembros de los dos grupos mayoritarios, UCD y PSOE, únicamente. El PSOE, por su parte, incidió en que la ponencia debería estar formada por los grupos mayoritarios y los minoritarios. La UCD, aceptando esta fórmula, propuso que la ponencia debería contar con nueve miembros, incluyendo al *viejo profesor*, frente a lo que reaccionó el PSOE ajustando el número en siete y cediendo uno de sus dos ponentes —como recuerda Peces-Barba, hubiesen sido Alfonso Guerra y él mismo⁶³— a la minoría vasco-catalana, pero evitando que Tierno Galván, o cualquier miembro del PSP

⁶²Soledad Gallego y Bonifacio de la Cuadra, «La Constitución» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 300.

⁶³«Iba a estar igualmente presente [en la ponencia constitucional] Alfonso Guerra, pero en las negociaciones nuestros dos puestos quedaron reducidos a uno, y Felipe González y sobre todo Alfonso Guerra, que se ocupaba más directamente del tema, consideraron que yo era la persona adecuada para esa función». Gregorio Peces-Barba, *La democracia en España*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pág. 170.

participase⁶⁴, reservándole al *viejo profesor* el «honor» de redactar el preámbulo constitucional⁶⁵ —lo que tampoco es del todo cierto, pues los miembros del PSP tuvieron que luchar por insertar tal aporte⁶⁶—.

Pablo Castellano, miembro de la comisión constitucional y secretario de la Mesa del Congreso y Diputación Permanente, lo recuerda con claridad: «Al profesor Tierno Galván, a quien se le había privado de la posibilidad de participar en la redacción de la ley fundamental por puro sectarismo, los avergonzados patrimonializadores del texto le encargaron al menos la confección del prólogo»⁶⁷. Al final la composición de la ponencia quedó de la siguiente manera: tres miembros de UCD, uno de AP, uno del PSOE, uno del PCE y uno de la minoría catalana —los vascos se autoexcluyeron—. Las razones para excluir al *viejo profesor* o, en su defecto, cualquier otro miembro del PSP —como Raúl Morodo, profesor de derecho político—, se pueden resumir principalmente en dos: una de carácter partidista y otra de carácter personalista. En primer lugar, el PSOE en su intento de llevar a cabo la unificación de los partidos socialistas en uno sólo, no podía permitir que miembro alguno del PSP participase como ponente constitucional, porque esto significaría que todavía podría tener ciertas oportunidades, difíciles por su situación económica, de presentarse a las próximas elecciones generales con uno de los «padres» de la constitución entre sus filas. Sería dotarles de una mayor autoridad moral de la que ya tenían, sobre todo Tierno Galván. Por lo tanto, su plan de conseguir la fusión entre ambos

⁶⁴Charles Powell, op. cit., pág. 222.

⁶⁵Aunque realmente no sólo fue Tierno Galván quien redactó el preámbulo sino que contó con la colaboración de otros miembros del PSP: «La primera redacción del Preámbulo defendido por los diputados del PSP fue elaborada por Raúl Morodo, Donato Fuejo, Enrique Linde y Pablo Lucas Verdú». María Amalia Rubio, op. cit., pág. 260.

⁶⁶«Pero como el texto todavía no era definitivo y podía ser sometido a enmiendas, los diputados Tierno Galván y Morodo Leoncio introdujeron la enmienda núm. 452 a favor de la inclusión de un Preámbulo» (Ibídem). Además, «Tierno Galván defendió en Comisión la inclusión del Preámbulo argumentando, entre otras cosas, que una obligada referencia a la historia más reciente se imponía ya que la omisión total al largo período anterior dejaría insatisfecha a una gran parte de la opinión pública.

»La intervención del profesor Tierno Galván dio lugar a otra del Presidente de la Comisión, señalando que la Ponencia desestimó en su día la enmienda por “creer que no debería redactarse el Preámbulo”; a continuación tuvo lugar una intervención de Gregorio Peces-Barba, en nombre del PSOE, a favor de la enmienda». (Ibídem, pág. 261).

⁶⁷Pablo Castellano, op. cit., pág. 312.

partidos, debido principalmente a las deudas contraídas por el PSP en la campaña electoral de 1977, podría verse alterado. Además, y en segundo lugar, si esa persona, miembro de la ponencia constitucional, hubiese sido Enrique Tierno Galván —como era plausible dentro de la lógica del PSP y de sus méritos académicos, catedrático de derecho político—, podría haber tenido dos consecuencias: por una lado, se le habría dotado de una mayor autoridad y capacidad de liderazgo al *viejo profesor*; y, por otro lado, la figura de Felipe González, frente a la de Tierno, no podría o tendría mayores dificultades para avanzar hacia la figura de presidente potencial, tanto si la unificación se hubiese producido como si no. Como se puede observar en la tabla 7.1., Felipe González se situaba a escaso margen de diferencia de Adolfo Suárez en los índices de confianza en líderes; pero Enrique Tierno Galván se situaba a escasos cuatro puntos del líder del PSOE. Es más en el segundo lugar de preferencias Tierno Galván estaba empatado con González. Esta situación que reflejamos se produjo con un Tierno Galván dentro del PSOE y sin ser uno de los ponentes constitucionales; si el *viejo profesor* hubiese sido ponente, y aun dentro del PSOE, el asentamiento del liderazgo de Felipe González, no tanto en la organización como en el electorado, podría haberse visto muy afectado⁶⁸. Y de esto era plenamente consciente el dúo González/Guerra. Si ya de por sí, con la unificación PSP/PSOE, tuvieron que compartir la autoridad con el *viejo profesor*, con un Tierno Galván ponente constitucional, podría haberse roto el dúo —hecho poco probable— o haberse decantado tanto por una troica (o más) como por un nuevo tándem González/Tierno. Aun así, en cierto libro hagiográfico sobre Felipe González se mantendría que esta estrategia fue producto del gobierno de UCD: «En esa perspectiva apoyó Morán la incitativa de que el PSP apoyara en bloque el voto de respeto al presidente del Congreso de Diputados electos, que era Luis Gómez Llorente, y a lo que Morodo y Tierno se negaron por entender que la exclusión del viejo profesor de la Comisión Constitucional era designio del PSOE (*cuando lo más*

⁶⁸Orgánicamente, y como veremos en el desarrollo del 28º Congreso del PSOE, no es posible que hubiesen cambiado las cosas, pero tampoco podía haber sido descartable otras formas de actuación, sobre todo exteriores, en la crisis del congreso ordinario de 1979.

probable es que esa exclusión procediera del propio Gobierno)»⁶⁹. Era, como veremos, un intento más de transmutar la realidad histórica.

TABLA 7.1. *Valoración de líderes 1979.*

Líderes políticos	Primero	Segundo	Total
Adolfo Suárez (UCD)	20	9	29
Felipe González (PSOE)	16	12	28
Enrique Tierno (PSOE)	12	12	24
Santiago Carrillo (PCE)	6	4	10
Manuel Fraga (AP-CD)	4	5	9
José M ^a Areilza (AP-CD)	1	2	3
Blas Piñar (UN)	1	1	2
Ninguno de éstos	8	10	18
No confía en nadie	18	18	36
NS / NC	14	17	41
Total	100	100	200

Fuente: Jorge de Esteban y Luis López Guerra (eds.), *Las elecciones legislativas del 1 de marzo de 1979*; Madrid, CIS, 1979, pág. 254.

Una vez que el *viejo profesor* había quedado, hasta cierto punto, apartado —la operación concluiría años después—, el dúo González/Guerra comenzó a asentarse en sus respectivos roles. Para evitar deslices propios tanto de la euforia constituyente como de las ambiciones individuales, el líder del PSOE y sus edecanes idearon una reglamentación particular y privativa de la libertad para los diputados del grupo parlamentario socialista. Éstos, los diputados, debían entregar una carta de renuncia al escaño firmada pero sin fechar a los dirigentes del grupo parlamentario. Con este arma en sus manos los «gemelos socialistas» podían cesar *ipso facto* tanto a aquellos diputados díscolos como a aquellos diputados que intentaran destacar sin el consentimiento de la cúpula dirigente. Como recuerda Pablo Castellano: «En aquella reunión [grupo parlamentario], [...] hicieron firmar a todos los electos un documento sin fecha, a ser rellenado cuando conviniera a la dirección, por el que los elegidos renunciaban al acta, para que de ella dispusiera la

⁶⁹Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 161.

dirección cautelarmente»⁷⁰. Al contrario de la imagen romántica del parlamento de la IIª República —o incluso de la Restauración—, donde las posibilidades de oratoria e interpelación espontánea, de debate no excesivamente regulado y reglamentado, el modo de actuación del parlamento español del período constituyente —al igual que *a posteriori*— dejó claro desde el principio que los diputados eran representantes del grupo parlamentario, no de la nación o los ciudadanos, que el no mandato imperativo, que posteriormente se reglamentó constitucionalmente, era una mera fórmula de estilo. Comenzaba, pues, y prácticamente para todos los partidos, a imperar la regla del «quien se mueve no sale en la foto». Gracias a esta artimaña «reglamentaria», Felipe González y Alfonso Guerra se aseguraban cierta tranquilidad parlamentaria para poder seguir afianzando su imagen, que en el caso de González sería la de un líder preocupado por temas internacionales.

3.3. *Los viajes de Felipe González y su proyección en España.*

La importancia del dominio de las relaciones internacionales es una cuestión baladí por sí misma, empero según en que contextos y en según que países tiene una importancia mayor o menor a los ojos de los ciudadanos. Por ejemplo, podemos recordar que, en uno de los debates electorales de la campaña electoral para la presidencia de los EEUU en 2000, Albert Gore se jactaba —a la vez que se mofaba de su contrincante— de tener mayor conocimiento de las relaciones internacionales o, mejor dicho, de la geografía mundial. Por su parte, George Bush Jr. Aparecía como un hombre con escasos —por decir algo— conocimientos internacionales. Sin embargo, ganó Bush Jr., con todos los problemas conocidos, porque el factor determinante no estaba ahí, el contexto no requería un presidente «internacionalista». Lo que en épocas de la *Guerra Fría* podía ser un punto a favor, no ha tenido gran incidencia en el año 2000. Este es uno de los contextos —sin tener en cuenta el bajo conocimiento internacional de gran parte de los ciudadanos estadounidenses— en que el dominio de las relaciones internacionales no alteran la imagen

⁷⁰Pablo Castellano, op. cit., pág. 304.

de un líder político. Sin embargo, en un contexto como el español de la transición, de apertura al mundo, de «aparentar» frente y transmitir a la población que en el contexto internacional se le tenía a «uno en cuenta», era de un valor notable y confería cierta *auctoritas*. Por esta razón, Felipe González en su período de formación como hombre de Estado realizó numerosos viajes al extranjero para mantener contactos con otros líderes, principalmente europeos y latinoamericanos. Todavía no era un «par», un «igual», pero conseguía que se le tuviese en cuenta, que se le considerase, en especial por los líderes socialistas, los ayudantes del héroe, como a un «hijo» o la «estrella emergente». En Europa ya sabían de las cualidades del líder socialista, no en vano se había transmitido su capacidad carismática entre el pueblo español⁷¹, y también se conocía la perfecta realización de la campaña electoral de 1977 y el impacto que tuvo —*Cambio 16* tituló una de sus portadas «Huracán Felipe» por la energía desplegada en una frenética actividad mitinera—: «la verdad es que aquí han venido —recordaba Alfonso Guerra— los más grandes norteamericanos con larga tradición y que saben mucho del tema y han dicho: “Pues muy bien, oiga. Lo tienen ustedes muy bien montado...” Y austriacos que han reconocido: “Hemos aprendido mucho en vez de enseñar”»⁷². Pero independientemente de estos méritos debía formarse y para ello contó con la colaboración y ayuda de los políticos de la Internacional Socialista.

En este período (1977-1979) Felipe González realizó numerosos viajes, la mayoría de ellos relacionados con congresos de partidos socialistas de Europa y con

⁷¹Julio Feo recuerda lo que aconteció el penúltimo mitin de Felipe González en la campaña electoral de 1977, celebrado en Madrid: «Unos compañeros alemanes de la fundación Ebert que asistían al mitin, no se podía creer el entusiasmo que estaban viviendo. Tras la intervención de Felipe, me comentaron la suerte que teníamos de tener un líder con ese carisma: “Eso a nosotros nos cuesta muchos años y muchos miles de marcos. A vosotros os ha surgido de la nada”». Op. cit., pág. 74.

⁷²Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 70. Los recuerdos de Alfonso Guerra van más allá en otro libro ya citado: «Después hemos inventado muchas cosas por nuestra cuenta. Han venido a ayudarnos y la verdad, es que ellos mismos han reconocido que tenían poco que ayudarnos... Muchos otros nos han copiado: griegos, bolivianos, argentinos, colombianos... y no sólo nos han copiado el esquema, sino que nos han copiado los carteles... El último cartel de la campaña del 77, que era un dibujo de varias personas y en medio Felipe —casi irreconocible (sic)— lo han copiado íntegramente, cambiando el dibujito de Felipe por el del líder correspondiente. Han sido bastantes las campañas copiadas... En Argentina, por ejemplo, calcada a la nuestra...». Alfonso Guerra, op. cit., pág. 107.

actividades de la Internacional Socialista, de la cual había sido nombrado vicepresidente para Asuntos Latinoamericanos. Por ejemplo, François Mitterrand recuerda el paso de Felipe González por el congreso del PSF en Nantes, pocos días después de la elecciones de junio de 1977: «Posteriormente, Felipe nos visitó en nuestro Congreso de Nantes, en 1977, al día siguiente de las elecciones españolas del mes de junio, particularmente brillantes para el PSOE. Aún no supuso la victoria, pero se sentía ya próxima. Recuerdo su llegada al Congreso socialista francés, con la sala en pie, rindiendo caluroso homenaje, a través de él, a España, la España por fin libre»⁷³. Estas visitas sin duda eran importantes y, gracias al apoyo de la prensa no tradicionalista española —mayor que al presidente del gobierno, Adolfo Suárez—, tendrían una repercusión en su imagen de político con peso entre los socialistas del mundo, el «hijo predilecto» de la Internacional Socialista. Sin embargo, tal situación no propiciaba *per se* que Felipe González pudiese ser considerado como un hombre de Estado. Mas hubo una visita de Felipe González que sí tuvo cierta repercusión nacional, no tanto por la visita en sí —que desde luego era a todas luces sorprendente— como por las consecuencias que de ella se derivaron, la firma de un acuerdo entre partidos. Nos referimos a la visita a la URSS de diciembre de 1977. El 2 de noviembre del mismo año, Santiago Carrillo había acudido a los actos de conmemoración de la Revolución de Octubre, pero esto era algo normal si se tiene en cuenta que estamos hablando del que por entonces era secretario general del PCE—por mucho eurocomunismo que propugnara—. Tenía el mismo significado que las visitas de Felipe González a congresos de partidos socialistas o su participación en reuniones de la Internacional Socialista —aunque, si se trata de establecer cierta escala de prioridad e importancia, estas visitas tenían un mayor calado político—. Pero la visita de González tenía una lectura distinta a la de Carrillo. La visita de la delegación española estaba encabezada por Felipe González, junto al que viajaron Alfonso Guerra, Miguel Boyer, Francisco Ramos y Miriam Soleyman (secretaria de Felipe González), y fueron recibidos con suma amabilidad y atención, casi como a un jefe de Estado. El periodista José Luis Gutiérrez recuerda así el recibimiento:

⁷³François Mitterrand «Diez años de recuerdos» en Alfonso Guerra, op. cit., pág. 147.

«La otra sorpresa es la recepción cálida que contrasta con la agresividad del termómetro [primera sorpresa]. En la pista espera Boris Ponomaryov, miembro suplente del Politburó —Comité Ejecutivo del Comité Central del PCUS—, importante personaje de la jerarquía rusa, responsable de las relaciones del PCUS, rodeado de funcionarios y periodistas. También está Eugenio Bregolat, encargado de negocios de la Embajada española, en ausencia del embajador Samaranch, que voló el mismo día a España. [...] Carrillo fue recibido pobremente, sin los focos de televisión que ahora rasgan las nieblas de la pista, por un funcionario de rango inferior, como es Zimyanin, encargado de «asuntos culturales» en el CC. Hasta el hotel es distinto. La delegación del PCE se hospedó en el hotel Soviético, en las afueras de Moscú, que las autoridades utilizaban para delegaciones poco importantes. Las del PSOE fueron al hotel de Octubre, en el centro de Moscú, que pertenece al CC y ocupan los altos personajes. El “Chaika” —automóvil destinado por los soviéticos a las grandes jerarquías: Breznev usa uno de este modelo— negro en el que viaja Felipe, seguido de los también negros y más modestos Volgas... »⁷⁴.

Era un viaje que a Felipe González no le hubiese gustado realizar y así lo manifestó en una reunión de la ejecutiva del PSOE⁷⁵, pero servía para «arañar» algunos votos hacia la izquierda. El semanario *Cambio 16* —con enorme predicamento en la época— narraría con profusión de detalles la visita de los dirigentes del PSOE, lo que ayudaba a engrandecer, en cierto modo, la imagen de aquellos. Pero importante fue la reunión mantenida con el número tres del PCUS, Mihail Suslov: «Por si quedaban pocas dudas de la importancia que para los soviéticos tenía la visita del PSOE, a la mañana siguiente, ante la gigantesca mesa de reuniones del salón de actos del Comité Central, la delegación socialista en pleno se sentó frente a Ponomariov y Zimyanin y acompañados nada menos que por Mihail Suslov, decano del Comité Central al que pertenece desde los tiempos de Stalin. Suslov, uno de los catorce miembros del Politburó, está considerado

⁷⁴José Luis Gutiérrez, *Veinte años no es nada*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pág. 44 (anteriormente recogido en *Cambio 16*, 26 de diciembre de 1977).

⁷⁵«González nunca perdonó que le hicieran presidir la delegación que fue a Moscú, aunque le acompañaran los señores Boyer y Carvajal, en la que se suscribió con el PCUS el famoso protocolo fraternal, solidario e identificante que tanto se ha tratado de hacer desaparecer por su olor antiamericano. El pretexto

como el principal teólogo del Kremlin, guardador de las esencias ideológicas del leninismo y tercero de la jerarquía soviética, tras Breznev y Kosigin y hombre de confianza del primero»⁷⁶. La visita de cinco días fue todo un recorrido por la mitología de la Revolución Rusa: depósito de flores (rojas) en el mausoleo de Lenin; foto en el *Aurora* —barco desde el que los marineros lanzaron cañonazos el *Palacio de Invierno* del gobierno provisional de Kerenski— y que no era muy del agrado de Felipe González; visita al cementerio *Piskanoski* de Leningrado; conferencia en el Instituto del Movimiento Obrero Revolucionario; etc. Pero la «sorpresa mediática» la tenían reservada para el final de la visita, la firma de un comunicado conjunto PSOE-PCUS, titulado *Conversaciones en ambiente de «camaradería y amistad», felicitaciones del PSOE por el sextuagésimo aniversario de la Gran Revolución Soviética, y coincidencia en el anhelo del cese de la carrera de armamentos, peligrosa para toda la humanidad*. El cual, evidentemente, sería publicado «a cinco columnas» por *Pravda* con todo lujo de detalles. La irritación de Adolfo Suárez le llevó a criticar la firma del comunicado e, incluso, Santiago Carrillo afirmó, un tanto escandalizado, que él no hubiera llegado tan lejos. El párrafo que había levantado tal polémica afirmaba que había una necesidad de «superar la división del mundo contemporáneo en bloques político-militares contrapuestos» y por supuesto no debían ampliarse. El PSOE estaba manifestando solapadamente su negativa a integrarse tanto en la OTAN como en el *Pacto de Varsovia*. Suárez estaba trabajando en la posibilidad de integrar a España dentro de la OTAN y el principal líder de la oposición se manifestaba contrario ¡en la URSS!. Para ser justos, el acuerdo o comunicado tan sólo recogía y acordaba lo que manifestaba una de las resoluciones del PSOE en su 27º congreso, la política de neutralidad entre los dos bloques. Era otra forma de hacer oposición antes de comenzar a redactar la constitución, más si cabe en un período de *stand by* del sacro consenso. Era el comienzo, el período de formación de Felipe González como un hombre de Estado que habla de tú a tú a los distintos líderes mundiales.

fue recoger de la Unión Soviética un conjunto de documentos para la Fundación Pablo Iglesias». Pablo Castellano, op. cit., pág. 280.

⁷⁶José Luis Gutiérrez, op. cit., pp. 44 y 45.

4.) **LAS ELECCIONES Y LOS CONGRESOS DE 1979.**

4.1. *La finalización del periodo constituyente y la constitución de 1978.*

Tras haber apartado a Tierno Galván de la ponencia constitucional, Felipe González aparecía como el líder del socialismo patrio; un líder de personas especialmente brillantes como podían ser Peces-Barba o Luis Gómez Llorente —un magnífico orador a decir de aquellos que le han escuchado—. Aun así la creación de una constitución para España quitaba relevancia al propio González. El primer secretario del PSOE tenía el favor de una prensa entregada a su carisma personal, a sus encantos, mas las continuas noticias del Parlamento no permitían hacer de él, pese a lo que pensaban los miembros del PSOE, un hombre de Estado, aunque sí consiguió que se le considerara como una alternativa factible de poder que debía madurar todavía⁷⁷. El desarrollo de la redacción constitucional había logrado que Felipe González fuese visto por los ciudadanos como una persona que anteponía los intereses colectivos a los propios, a la ideología del partido. Se tenía la impresión entre la opinión pública de que el líder socialista podría gobernar para todos, por el beneficio de la nación, aunque esto no se explicitaría hasta que se consolidó el fenómeno carismático en 1982. Una consecuencia importante derivada de la elaboración de la constitución de 1978 fue la aparición entre el público en general de Alfonso Guerra; el verdadero reflejo de que el mordaz sevillano era el «número dos» de la organización, por encima de personajes como Nicolás Redondo, el cual tenía *auctoritas*, pero no la confianza de Felipe González. Alfonso Guerra se descubrió en esta legislatura constituyente como un gran negociador, el hombre del trabajo sucio. Se pudo verificar esta imagen sobre todo cuando en el desarrollo de las propuestas constitucionales, la UCD decidió dejar de lado a los partidos de izquierdas y negociar con AP la redacción previa. La respuesta socialista fue contundente abandonaron la ponencia —como harían en otras ocasiones, en concreto cuando se debatía el tema de la enseñanza— el 7 de marzo de 1978, ante el aislamiento

denunciado por Peces-Barba. Suárez aguantó el tirón y finalmente el propio Peces-Barba firmaría el texto final previo. Al iniciarse el debate en comisión aconteció algo similar a lo ocurrido en la ponencia —estrategia de Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón—, la mayoría de las propuestas eran aprobadas por 19 votos (UCD+AP) frente a 17, lo que inquietaba a Suárez, pero mucho más al PSOE y al resto de grupos excluidos que pensaban que se estaba elaborando una «Constitución de derechas»⁷⁸. No fue hasta el 17 de mayo cuando la tensión acumulada en las sesiones terminaron por desencadenar en un pequeña crisis política. Miguel Herrero había logrado que no se constitucionalizase la abolición de la pena de muerte y, además, defendió una enmienda de Jesús Sancho Rof sobre la suspensión de derechos fundamentales. Ante tal afrenta los diputados socialista amenazaron el 18 de mayo con abandonar la comisión constitucional —de hecho la abandonaron por un par de días— pronunciándose de manera dura. Felipe González manifestó: «El consenso ha quedado roto. Nos veremos obligados a incluir la reforma constitucional en nuestro programa». Por su parte, Alfonso Guerra interpretando el papel de malo y agresivamente proclamó: «Esta va a ser la Constitución más reaccionaria de Europa. Es obra de UCD y AP. No existe consenso»⁷⁹. Ante el peligro de eternizar el debate de la constitución en comisión —se habían presentado cerca de 3.200 enmiendas— y, principalmente, acabar con la «mítica» fórmula del consenso⁸⁰, Adolfo Suárez decidió que la estrategia debía tomar otro rumbo. Acordó que fuese Abril Martorell quien negociara con el PSOE el desarrollo de la constitución. El 22 de mayo de 1978 se reanudó

⁷⁷Especialmente la clase capitalista española tenía la certeza de que Felipe González, de llegar al poder, no llevaría a cabo una política nacionalizadora, sino un reformismo «radical» —como gustaba decir entre los dirigentes socialistas—, o la inacabada revolución burguesa de España.

⁷⁸Charles Powell, op. cit., pág. 223.

⁷⁹Soledad Gallego y Bonifacio de la Cuadra, op. cit., pág. 308.

⁸⁰El acento puesto por los socialistas en la palabra consenso tenía un gran significado. Acabar con el consenso suponía acabar con la transición tranquila y elitista, con la calma hacia la democracia, incluso supondría poner en peligro la propia transición. Lógicamente los dirigentes socialistas no pensaban llegar tan lejos, pero dentro de ciertas dinámicas de transición el consenso, también considerado como moderación o atemperación de las propuestas, se eleva por encima de los propios constituyentes convirtiéndose en un mito, o mejor dicho, una *mitopoeia* que impregna a toda la población y genera procesos de desincentivación en la generación de demandas. La ruptura de este consenso podía generar procesos contrarios, es decir, incentivar las demandas y las presiones populares, algo que no deseaban en forma alguna los constituyentes. Para un

el consenso de una forma un tanto peculiar. Es en este momento cuando aparecerá el Alfonso Guerra negociador, el hombre que se mueve perfectamente en las penumbras y que teje perfectamente los entramados que Felipe González le manda. Alfonso Guerra junto a Enrique Múgica y Gregorio Peces-Barba se sentaron a la mesa, en uno de los reservados del restaurante *José Luis*, junto a Fernando Abril Martorell, Rafael Arias Salgado, José Pedro Pérez Llorca y Gabriel Cisneros. Durante aquella noche se aprobaron 25 artículos, mientras que durante los diez días de debate en comisión sólo se habían aprobado 24 artículos. La negociación tuvo bastante de teatro o barroquismo —un medio que Guerra domina a la perfección—: «Guerra y Abril se comportaron como dos duros negociadores: amenazaron con levantarse de la mesa, se negaron en redondo a cosas a las que cedieron diez minutos después y lanzaron irritadamente papeles al suelo»⁸¹. Tan sólo unas cenas después —en diversos lugares— el texto previo se logró cerrar mediante bloques que luego se aprobaban en la comisión. El resto de grupos —excepto minoría catalana y PCE que fueron informados— reaccionaron con virulencia pero acabaron aceptando la estrategia —incluso el PNV—. A finales de octubre, concretamente el 31 de octubre de 1978, se produjo la votación final Congreso/Senado que aprobaría la constitución, a la espera de la ratificación por parte del pueblo español el 6 de diciembre de 1978. Se había conseguido cerrar la constitución en apenas un año.

4.2. *La campaña electoral de 1979.*

Las elecciones del 1 de marzo de 1979 se presentaban muy favorables para Felipe González y el PSOE. En alguno sondeos se vaticinaba la victoria socialista. Por esta razón el perfil de la campaña sería menos alegre, más serena, más «de gobierno». La influencia del «desencanto»⁸² tendría repercusiones en la propia campaña en general que

análisis más profundo de la moderación en períodos de transición véase: Nancy Bermeo, «Myths of moderation: confrontation and conflict during democratic transitions», *Comparative Politics*, 29, 3, 1997.

⁸¹Soledad Gallego y Bonifacio de la Cuadra, op. cit., pág. 309.

⁸²Para algún analista, como José María Maravall, el desencanto viene determinado por la forma de transición por transacción, donde las élites políticas son las que llevan el peso específico de negociación de

podría calificarse como una «campana sosa»: «La campaña electoral fue mucho menos intensa y movilizadora que la precedente. La excitación que había rodeado a las primeras elecciones generales de la democracia había desaparecido en gran medida. Y ello pese a que éstas se presentaban como sumamente competidas e inciertas. [...] Pero seguramente la razón más importante fue el impacto del famoso desencanto que se estaba incubando por entonces y que constituiría la anticipada versión española de la desafección política contemporánea. Una manifestación de la misma era un alto grado de apatía: dos de cada tres ciudadanos declaraban paladinamente por aquellas fechas que la política no les interesaba»⁸³. Antes de comenzar la campaña propiamente dicha, el PSOE había comenzado la celebración del centenario de su fundación. Para ello —y con vistas a las elecciones generales— había elegido un cartel donde a la izquierda aparecía una fotografía de Pablo Iglesias y a la derecha una imagen de Felipe González serio e, intencionadamente, envejecido; dejando la parte central para el lema: «Cien años de honradez y firmeza». El «abuelo» y el «nieto» representaban lo que había significado el socialismo en España. El psiquiatra Enrique González Duro cree ver en este cartel un intento de transmisión carismática de Pablo Iglesias hacia Felipe González, lo que critica: «La campaña electoral se presentaba dura y difícil, con un Felipe González que aparecía en los carteles con corbata y bien trajeado, serio y artificialmente envejecido, junto al retrato de Pablo Iglesias: “Cien años de honradez y firmeza”. Craso error, porque el carisma de Felipe lo había recibido de la contraimagen del caudillo muerto que la gente aún llevaba dentro, y no lo había heredado del fundador del PSOE, cuya imagen era desconocida para casi todo el mundo»⁸⁴. Pablo Castellano también ha creído que existía una similitud entre el dictador y Felipe González: «... del coreado grito que se convirtió desde entonces en una seña de identidad del PSOE: “¡Felipe, Felipe, Felipe!” El partido ya

los acuerdos políticos, lo que provoca cierta desmovilización de las fuerzas sociales representadas. José María Maravall, *La política de la transición 1975-1980*, Madrid, Taurus, 1981, pág. 81 y ss. Para un análisis del desencanto desde una perspectiva crítica véase Juan Carlos Monedero, «El misterio de la transición embrujada (Un *collage* generacional sobre la transición española)» en Juan Luis Paniagua Soto y Juan Carlos Monedero (eds.), *En torno a la democracia en España*, Madrid, Tecnos, 1999, pág. 193 y ss.

⁸³Joaquín Arango, «Las generales de 1979» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pp. 384 y 385.

tenía himno. Algo monocorde, pero más fácil de retener en la memoria que *La Internacional*. Además, esa costumbre de repetir machaconamente el nombre del líder no era difícil de adoptar. En época anterior había sido muy ensayada»⁸⁵. Estas declaraciones no tienen visos de ser científicamente ciertas. En el segundo caso pueden ser producto de la ironía y el resquemor del interlocutor con Felipe González; pero las afirmaciones del psiquiatra son producto de una análisis liviano de la realidad española.

En primer lugar, el carisma se transmite, a través de un proceso de rutinización, bien por la sangre, bien por la unción o tradición. En el caso de Felipe González ninguna de estas dos fórmulas es plausible en referencia al dictador —algo que sería válido para Juan Carlos de Borbón—. El carisma de Felipe González es propio y producto de un proceso un tanto mítico, de aparición desde lo profundo de la Historia, como vimos anteriormente. Además, el carisma de Felipe González era consecuencia de la crisis, a causa del vacío, del socialismo español; con la adición de la crisis del propio sistema. En aquella época de transición, por unas causas u otras, los distintos dirigentes políticos tenían cierta carga carismática (carisma situacional); tan sólo el transcurrir del tiempo pondría a cada uno en su sitio. A todo esto es necesario añadir que la pretensión del cartel del centenario más que reflejar transmisión carismática alguna, intentaba producir una transmisión simbólica de honradez. Nunca un cartel fue más claro. Si Pablo Iglesias había sido el paradigma de la honradez política de su época, frente a los «típicos» políticos corrompidos y caciquiles, el PSOE dirigido por Felipe González era tan honrado como el fundador, con la adición de que se iba a llevar esa honradez al gobierno. El proceso de transmisión, mejor dicho, de fusión entre Felipe González y Pablo Iglesias tendría lugar unos meses más tarde, durante la celebración del Congreso Extraordinario del PSOE, no en este momento.

El cartel del centenario era desde luego un aviso de intenciones. Se empezaba a plasmar la posibilidad de gobernar España, pero no sería hasta el mismo inicio de la

⁸⁴ Enrique González Duro, op. cit., pp. 121 y 122.

⁸⁵ Pablo Castellano, op. cit., pág. 272.

campaña cuando las personas tuvieran perfecto conocimiento de ello. Como recuerda Julio Feo: «Desde el cartel con una foto de Felipe González en blanco y negro, en el que quisimos posicionarlo como hombre de Estado, hasta el slogan, “Cien años de honradez y firmeza”, todo resumaba una cierta frialdad»⁸⁶. La campaña cambió radicalmente tanto en el fondo como en la forma. Al celebrarse durante el mes de febrero no se podían realizar los mítines al aire libre o en espacios abiertos como en las elecciones de 1977. Esto provocaba que los aforos eran sustancialmente menores y la calidez, junto con el punto carismático que encierra cualquier reunión masiva⁸⁷, que se transmitía estaba muy por debajo de las sensaciones emanadas en la campaña anterior. Las intenciones de presentar a Felipe González como un hombre de Estado, antes de tiempo ciertamente, proyectaba una imagen fría casi una contrafigura de González en su aparición ante la ciudadanía española en 1976-1977. Aunque estaba mucho más preparado que pocos años antes y en otros países era recibido como «casi» el presidente de gobierno español *in pectore*, todavía faltaba mucho camino⁸⁸. El tono de la campaña cambió radicalmente excepto en la explícita y electoralista medida de focalizar todas las intervenciones en Felipe González, más su identificación a la honradez transmitida/heredada por/de Pablo Iglesias. «Cuando se mencionara a Felipe González, había que hacerlo así, con nombre y apellidos, insistiendo en que era un líder forjado en la democracia y el único que podía medirse con el presidente de gobierno en el pugilato que se iba a producir entre esas dos figuras. El PSOE debía aparecer como “gran partido”, el único capaz de gobernar y su candidato el único que

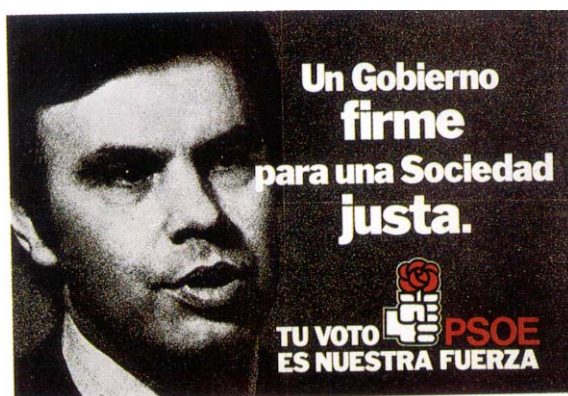
⁸⁶Julio Feo, op. cit., pág. 85.

⁸⁷Gustave Le Bon, y el resto de psicólogos de masas, han hablado de las situaciones carismáticas de las muchedumbres; la especie de mesmerismo que se transmite rápidamente entre los miembros de una masa en situaciones dadas. *Psychologie des foules*, Paris, PUF, 1998, pág. 13.

⁸⁸En enero de 1979 «el primer secretario del PSOE había sido invitado, así como una delegación del partido, por el Gobierno británico y el partido laborista que estaba en el poder con James Callaghan como primer ministro, para asistir a una visita de trabajo. Fue mi primer viaje al extranjero con él. También venía Miguel Boyer. Llegamos a Londres y, en principio, nos iba a recibir Callaghan, pero debido a una huelga de los transportes en el Reino Unido, estaba demasiado ocupado. La situación se le complicó tanto que dimitió el día en que regresábamos y, evidentemente, no pudo recibirnos. El más alto contacto con el Gobierno inglés fue con el secretario de Asuntos Exteriores, David Owen, quien dio un almuerzo en honor de Felipe. El programa que nos habían preparado fue apretadísimo, tuvimos encuentros con el responsable de asuntos exteriores del gabinete en la sombra del partido conservador [Francis Pym], con varios parlamentarios, con diversos miembros de la Administración, y con el líder del Partido Liberal [David Steel]». Julio Feo, op. cit., pág. 84.

estaba preparado para hacerlo [...] La única equivalencia de Felipe González admitida en la propaganda era con Pablo Iglesias, aunque el recuerdo del veterano líder no debía llegar hasta convertirse en núcleo de las intervenciones la historia del partido»⁸⁹.

Imagen 7.3. *Cartel elecciones generales de 1979 (PSOE).*



En los carteles propiamente electorales se varió mucho el fondo simbólico de los mismos. En aquellos adonde aparecía el rostro de Felipe González, la imagen transmitía seriedad e, incluso, cierta «sosería institucional» (vid. Imagen 7.3.). Aparecía un Felipe González con las patillas tintadas de blanco —idea de Pilar Miró—, oscuro y con traje y corbata, en una fotografía similar a la que se ofrecía en el cartel del centenario. Al lado de la imagen se inscribía el lema de la campaña «Un gobierno firme», el cual tenía la ventaja de poder añadir en las distintas regiones o para los distintos *issues* «...para la (región o tema determinado)». Se había perdido el aire juvenil y espontáneo de dos años antes⁹⁰. El otro cartel (vid. Imagen 7.4.), nuevamente dibujado por José Ramón —al igual que el de las cercanas elecciones municipales—, representaba un amanecer —o un

⁸⁹Santos Juliá, op. cit., pág. 525.

⁹⁰Como manifestaba en 1979 uno de los futuros contradictores del secretario general del PSOE: «se lanza a una campaña electoral en la que la imagen de un Felipe González, líder carismático, con una inmensa corbata roja, seguido fiel y sumisamente por un inmenso pueblo religiosizado, iba a “consolidar la democracia”, a cambiar la vida. Ha llegado el momento de las canas, de la seriedad, de terminar imaginativamente con el terrorismo, de acabar con el paro, de devolver la seguridad al ciudadano». Antonio García Santesmases, «La dos opciones del PSOE», *Zona Abierta*, 20, 1979, pág. 39.

atardecer según el punto de vista— con un puño y una rosa emergentes por encima de un campo verde⁹¹. Se quería expresar el florecimiento de un nuevo gobierno para España, aunque los propios tonos elegidos —rojizos y anaranjados sobre un manto verde— tenían y transmitían poca frescura si los comparamos con los alegres tonos azulados del cartel de 1977.

Imagen 7.4. *Cartel elecciones generales de 1979* (José Ramón).



Ante unos sondeos favorables, reiteramos, se había intentado transmitir cierta tranquilidad al electorado —más si cabe después de descubrirse la *Operación Galaxia*— por un posible gobierno socialista, pero las posibilidades demoscópicas chocaban con una imagen forzada del líder socialista, que aún no había terminado su formación, cuyo carisma era emergente pero no consolidado. A todo esto había que contraponer la campaña de UCD —con un slogan sumamente efectivo y propio de un partido que gobierna «Todos prometen. UCD cumple»—, con un líder que podía atestiguar ser el impulsor tanto de la transición a la democracia como del desarrollo constitucional, y que, sobre todo, tuvo una espléndida intervención en televisión el último día de campaña. Adolfo Suárez recurrió al voto del miedo cuando en su discurso expresó que España se encontraba ante un gran

⁹¹En un artículo de *El Socialista* titulado «Así será la España socialista» (febrero de 1977) ya se podía encontrar este tipo de representación iconográfica, sólo que expresa en palabras: « Amanece [...] Ya lame el sol las cúspides y las veletas de los campanarios. Estallan súbitamente los trinos de las avejillas en

peligro si ganaba el PSOE, por tal razón había que poner freno a las «hordas marxistas», ya que estaba en juego «nada más y nada menos que la propia definición del modelo de sociedad en que aspiramos a vivir»⁹². También es cierto que la contundencia y el tono apocalíptico de Suárez venía, en parte, determinado por las palabras que Felipe González había pronunciado sobre el pasado falangista del presidente del gobierno. Como rememora Julio Feo, el mensaje de Adolfo Suárez se podía resumir en: «Yo o el caos, el marxismo o la paz»⁹³. La apelación al voto del miedo resultó efectiva para Adolfo Suárez —como años después le sería efectiva, por dos veces, al propio Felipe González— ya que el continuismo suele reflejarse en elecciones muy disputadas e indecisas, y más cuando el PSOE podía despertar incertidumbres de ese tipo. De esta forma, el partido socialista se veía privado de alcanzar el poder político del Estado; el mensaje de Suárez había funcionado y consiguió movilizar a cerca de un millón de votos, según estudios realizados por el SPD.

Nadie se había percatado —o muy pocos se habían percatado— de que los sondeos electorales reflejaban intenciones y tendencias divergentes. Por un lado, las preferencias de voto se declinaban mínimamente hacia el PSOE, pero, por otro lado, las preferencias y los niveles de confianza sobre/de los líderes políticos se decantaban por Adolfo Suárez, como se aprecia en la tabla 7.1. Además, como se puede ver (gráfico 7.1.) en el sondeo de SOFEMASA para *El País*, aunque el PSOE obtenía más porcentaje de votos que UCD, esta obtenía más escaños, consecuencia directa de cierto «conservadurismo» del sistema electoral español⁹⁴. Llegaba el momento de finalizar la formación del líder y de su plena consolidación, lo que se conseguiría en los siguientes tres años, los cuales, vistos desde una perspectiva histórica, reunieron todas las condiciones

las arboledas de las avenidas y los jardines que ciñen las ciudades, en las frondas de las montañas y en los bosques espesos que crecen repoblando las estepas de tierra adentro».

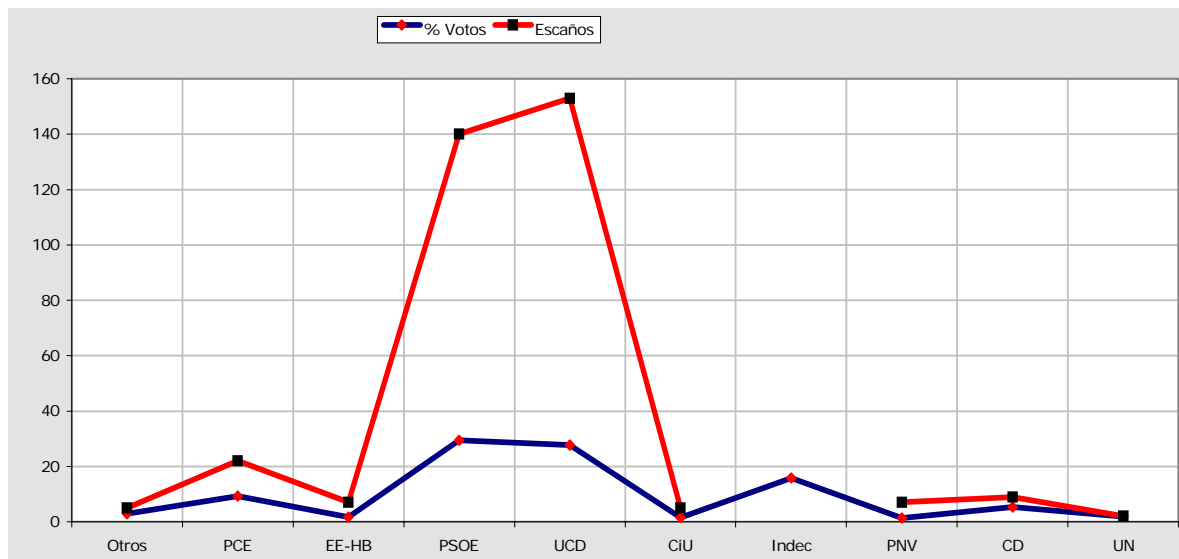
⁹²*El País*, 28 de febrero de 1979.

⁹³Julio Feo, op. cit., pág. 91.

⁹⁴Cfr. Miguel Martínez Cuadrado, *La democracia en la España de los años noventa*, Barcelona, Ariel, 1996.

favorables para ello. Era la *baraka*, más el carisma, que algunos han querido ver en Felipe González⁹⁵ y que no tardaría en aparecer.

GRÁFICO 7.1. *Previsión votos y escaños. Elecciones Generales 1 de marzo de 1979.*



Fuente: Sondeo de SOFEMASA para *El País* recogido de Jorge de Esteban y Luis López Guerra (eds.), op. cit., pág. 264

4.3. Los congresos del PSOE y la entronización de Felipe González (o Prometeo se asienta).

Si las elecciones generales vieron como el PSOE perdía la oportunidad de gobernar, las municipales, por su parte, fueron un «éxito mediático» para los socialistas. Realmente el PSOE no ganó las elecciones municipales, sin embargo, al lograr los gobiernos de gran parte de las ciudades más pobladas de España, pareció que se había obtenido una victoria, la cual tendría sus repercusiones para la victoria de 1982 en las elecciones generales. La izquierda gobernaría sobre casi tres cuartas partes de la población española, pero para que esto se produjera hizo falta un pacto postelectoral entre el PSOE y el PCE; pacto que fue proclamado por la derecha como *frentepopulismo*. Esta es una de las razones por las que, por parte del PSOE y pese a ser un acuerdo estatal, Felipe González se

⁹⁵Santiago Carrillo, op. cit., pág. 231.

ausentó de toda negociación, quedando en manos de Alfonso Guerra y Luis Fajardo —secretario ejecutivo de Política Municipal— por parte del PSOE, y Santiago Carrillo y Carlos Alonso Zaldívar por el PCE⁹⁶. Así, Santiago Carrillo en la noche electoral y para evitar suspicacias por tales acusaciones de frentepopulismo hubo de manifestar: «Tenemos una Monarquía parlamentaria y constitucional, y siempre que esa Constitución no se viole no tendrá por qué atentarse contra el régimen de Gobierno. Las administraciones locales tienen autonomía y no van a interferir en la política general»⁹⁷. Se daban pasos para que la izquierda gobernase, o pudiese gobernar, en las siguientes elecciones generales, pero dentro del marco del PSOE la *catarsis* —como lo ha definido Joaquín Prieto— estaba a punto de llegar. Se iba a entronizar, mejor dicho, se iba a terminar de entronizar a Felipe González como adalid y plenipotenciario del socialismo español como nunca antes había ocurrido con dirigente alguno del PSOE⁹⁸. Esto acontecería durante el desarrollo del 28º Congreso y el Congreso Extraordinario celebrados ambos en 1979.

«El año de 1979 fue decisivo para el futuro del Partido Socialista. Presenció la consolidación de la autoridad personal de Felipe González en el partido, así como medidas decisivas para transformar el PSOE de un partido de militantes en un partido electoral. El nuevo giro a la derecha que significó todo aquello no se reflejó inmediatamente en la política del partido. Sin embargo, para fines de año la izquierda del partido había sufrido reveses tan importantes que se había despejado el camino para que aumentara la influencia socialdemócrata y neoliberal»⁹⁹.

Quien así se manifiesta es el historiador Richard Gillespie que en escasas líneas resume perfectamente el significado político que tuvo para años venideros la celebración, desarrollo y consecuencias del 28º Congreso del PSOE. Algunos analistas han querido ver

⁹⁶Santiago Carrillo, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 704 y 705.

⁹⁷Citado en Alex Grijelmo, «La democracia en los ayuntamientos» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 375.

⁹⁸Respecto al 29º Congreso, Santos Juliá afirma que «más que unidos, los socialistas se mostraron unánimes en un grado al que ni siquiera Pablo Iglesias, con toda su carga de santo laico, habría aspirado cuando el PSOE era poco más que una secta de creyentes en el socialismo». *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pág. 259.

⁹⁹Richard Gillespie, op. cit., pág. 351.

que este congreso es la fuente de todos los «males» que luego han acontecido en España¹⁰⁰. Nosotros no iremos tan lejos —pese a reconocer el gran impacto—, aunque la repercusión ha sido tan grande que son muchos los libros de historia de España que reflejan, aunque sea mínimamente, la celebración de este congreso. Las consecuencias que tuvo para el partido como organización se analizarán posteriormente, al igual que las repercusiones ideológicas. En este epígrafe se analizará la repercusión que tuvo frente a la sociedad y, colindantemente, al propio partido —sin analizar la dinámica interna—. Parafraseando a Donald Share, se puede decir que el 28º Congreso fue el punto álgido de la transición interna del PSOE¹⁰¹, una transición hacia la consolidación plena del carisma de Felipe González y el asentamiento de los gemelos del PSOE.

Para comprender el sentido de este congreso del PSOE debemos retrotraernos en el tiempo, hasta mayo de 1978, casi un año antes. El lunes 8 de mayo de 1978 Felipe González se encontraba en Barcelona, y durante una cena en el *hotel Colón* —junto a Joan Raventós, Josep Maria Triginer y Josep Verde— con cincuenta periodistas catalanes, afirmó que pensaba pedir en el próximo congreso del PSOE la desaparición del término *marxista* de las resoluciones del partido. La declaración en la misma cena fue impactante —incluso uno de los camareros, militante de la UGT, derramó el vino que estaba sirviendo—. Evidentemente, al día siguiente todos los periódicos recogieron las declaraciones del primer secretario del PSOE, y las manifestaciones abarcaron desde la aprobación hasta la condena. Alfonso Guerra, en vista de las dudas e incertidumbres de muchos diputados —que se le acercaban en el Congreso de los diputados con gesto decaído, preguntando si tenían que dejar de ser marxistas, lo cual es un claro reflejo del poder carismático—, ofreció una rueda de prensa para atemperar la más que factible crisis:

¹⁰⁰Luis Alonso Novo, que fue expulsado del PSOE por pegar a un cura, expone que «la degradación no se debe a los “juanes Guerra” que han sido. Las causas de la misma son de índole política y arrancan del golpe de mano que el felipismo perpetró en los Congresos XXVIII y Extraordinario, de la ambición sobrepasada del Partido y su viaje sin retorno. De todo ello se deduce que el socialismo tiene que abrirse camino por otros cauces mientras el felipismo prosigue su aventura». Declaraciones en Melchor Miralles y Francisco J. Satué, *Alfonso Guerra. El conspirador*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, pág. 187.

«Nadie ha dicho en el partido que se vaya a abandonar el marxismo como factor ideológico; lo que ocurre es que ningún partido socialista de Europa se define específicamente como marxista, porque pasó la época de las sectas ideológicas; el marxismo no es un dogma, sino un método de análisis de la realidad y de la historia, y yo he dicho en otras ocasiones que ser sólo marxista es no ser marxista, y yo desde luego soy marxista»¹⁰². Sin embargo, al día siguiente, 10 de mayo, Felipe González volvería a reafirmarse en sus declaraciones: «Me ratifico en que en el próximo Congreso del partido pediré, como pedí hace dos años, que el término *marxista* no aparezca en las resoluciones del Congreso. En toda la historia del partido no ha aparecido el término *marxista* en sus resoluciones, aunque de hecho, y esto no podemos negarlo, nuestra forma de análisis siga siendo marxista»¹⁰³. En realidad, y como cuentan los cronistas e historiadores, durante la celebración del 27º Congreso Felipe González abogó por la no inclusión del término

¹⁰¹Donald Share, «Two transitions. Democratization and the evolution of the Spanish socialist left», *West European Politics*, 8, 1 (82-103), 1985.

¹⁰²Citado en Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 74.

¹⁰³Citado en Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 183. Merece la pena rescatar la negación de la veracidad de los hechos por parte de la Comisión Ejecutiva en su **circular número 120**, del 11 de mayo de 1978:

«En Barcelona en el curso de una cena con periodistas, nuestro Primer Secretario dialogó durante más de tres horas ininterrumpidamente. De este largo debate la prensa selecciona una frase, la *modifica para darle dimensión publicitaria, y termina ofreciendo una imagen que no responde a la realidad.*

»Tres han sido los enunciados que se han puesto en boca de nuestro Primer Secretario. Se ha publicado que dijo: el PSOE abandonará el marxismo. Yo soy socialdemócrata. Rechazo la autogestión.

»Resulta bien evidente para quien conoce la trayectoria del Partido y el trabajo de nuestro Primer Secretario, que esas frases estructuradas en base a unas conversaciones elaboradas, desarrolladas y matizadas *no fueron sostenidas en ningún momento, por nuestro Primer Secretario.* Analicémoslo con detenimiento.

»1.- Al ser preguntado sobre si los socialdemócratas pueden estar en el PSOE, nuestro Primer Secretario respondió con argumentos que en muchas ocasiones y por multitud de militantes (de la base y de la dirección) se han publicado con anterioridad. Fundamentalmente: el PSOE es un Partido de principios marxistas en el que la libertad de pensamiento, siempre dentro del espacio político del socialismo, permite convivir a marxistas y no marxistas. Al ampliarse la pregunta: pero el PSOE declara que es marxista. ¿Cómo pueden sentirse cómodos en él los que no son marxistas?. Nuestro Primer Secretario contestó que precisamente para evitar esas incomodidades él había objetado en el XXVII Congreso la decisión de hacer una definición directa del Partido como marxista, porque ello podía suponer una limitación para los no marxistas y continuó explicando que el PSOE, en su criterio, debería definirse como marxista sin necesidad de emplear la palabra marxismo. Y a este respecto recordó cómo el propio Carlos Marx había rechazado el término marxista por considerar que las tesis del marxismo deben estar en los contenidos y no en los términos. Al ser preguntado si estaría dispuesto a insistir en esa posición en el próximo Congreso, contestó afirmativamente, recordando que si en el XXVII Congreso su posición no prosperó, tal vez en este pudiera ocurrir lo mismo o quizás lo contrario. *Quede pues claro para los militantes, que en ningún momento*

dictadura del proletariado, mientras que el término *marxista* fue incluido en la definición del partido, y en las diferentes resoluciones, por primera vez en los casi cien años de historia del PSOE, a propuesta precisamente del «grupo de los sevillanos» y el *Colectivo Pablo Iglesias*, con Alfonso Guerra y Joaquín Almunia a la cabeza. No sólo no actuó en sentido contrario a la inclusión, sino que sus fieles lo incorporaron por primera vez en la historia del PSOE¹⁰⁴ —aunque sí actuó de esta forma en el congreso de Suresnes—. Sin embargo, con los debates constitucionales en pleno desarrollo el debate quedó apagado hasta casi un año después cuando, poco antes de la celebración del 28º Congreso, Felipe González manifestó en Gijón que el marxismo debía ser eliminado de las resoluciones del partido, en concreto de la declaración de principios.

Para la historia el XXVIII Congreso del PSOE quedará como el «congreso del marxismo» o el «Bad Godesberg español». Sin embargo, como especifican tanto analistas e historiadores como personas que vivieron aquellos momentos, el tema del marxismo era una especie de tapadera de otras intenciones. José Martínez Cobo, histórico militante del PSOE, piensa que las intenciones del «sector crítico», desde luego, no eran defender el marxismo: «En las tesis del 28º Congreso no había contenido político, eran tesis vacías y que tenían una sola dirección: tumbar a la dirección del Partido»¹⁰⁵. En este mismo sentido se expresa Charles Powell: «Este diagnóstico revisionista no era compartido por el llamado sector “crítico” del PSOE, encabezado por Francisco Bustelo, Luis Gómez Llorente y Pablo Castellano, que acudió al congreso de 1979 con ánimo de cuestionar el liderazgo de González y el análisis que éste y sus colaboradores hacían de la transición y del papel desarrollado en ella por los socialistas»¹⁰⁶. Por otro lado, creemos que la

nuestro Primer Secretario, habló de abandonar el marxismo». Recogido de Pablo Castellano, op. cit., pág. 441. (Las cursivas son nuestras).

¹⁰⁴Richard Gillespie, op. cit., pág. 352.

¹⁰⁵José Martínez Cobo, «Una cierta provocación» en Alfonso Guerra, op. cit., pág. 125.

¹⁰⁶Charles Powell, op. cit., pp. 242 y 243. Curiosamente Powell justifica esta tesis sobre las manifestaciones de Francisco Bustelo en su libro *La izquierda imperfecta*, manifestaciones que no aparecen en ninguna de las páginas referidas por el historiador inglés. Desde luego no habla de cuestionar liderazgo alguno. Recomendamos, por el bien de la historiografía, no intentar justificar propias impresiones con apoyos que luego no se pueden demostrar; si se realiza un análisis se podrá o no estar en lo cierto, pero no hay que utilizar a otros que en ningún momento realizan tales análisis.

verdadera cuestión a debatir en este congreso, y siguiendo a Santos Juliá, fue la propia concepción del partido, cómo querían los socialistas que fuese el PSOE¹⁰⁷. Así lo manifiesta igualmente Pablo Castellano:

«Al Sr. González le ha gustado enormemente la táctica de la fuga hacia adelante, y sabía que en su próximo Congreso le iba a estallar ruidosamente la crítica por los desafueros orgánicos e incumplimientos políticos, pues aún era residualmente democrática y de base la composición de las delegaciones, en su mayoría enfrentadas a la dirección por haber sufrido en sus carnes y como militantes la práctica cesarista, caudillista, oligárquica y personalista. Esta crítica había que reconvertirla y desactivarla con una falsa polémica no ideológica sino ideologizante, sobre el bizantinismo nominalista de marxismo sí o no»¹⁰⁸.

Por consiguiente, lo importante no era el concepto o la identificación como «marxista», sino la democracia interna. Pero de esto y de la utilización del marxismo como elemento electoral —en Suresnes no se acepta porque no es bueno que se filtre, vivo aún Franco, que el PSOE es marxista, y en el XXVII Congreso se incluye para captar votos hacia la izquierda— hablaremos posteriormente. Más importante, en este capítulo, es el golpe dado a Felipe González por sus propios compañeros y las consecuencias derivadas de ello. Porque realmente, y como demuestran las encuestas, a los votantes del PSOE no les importaba sobremanera el debate sobre el marxismo¹⁰⁹. Felipe González se había asentado como líder del PSOE, incluso como un líder carismático —lo que quedará confirmado en este congreso—, pero no se había producido una extensión del carisma (*manto carismático*) hacia el resto de sus colaboradores y demás miembros de la Ejecutiva del PSOE. En el desarrollo congresual, una vez tras otra fueron derrotadas las pretensiones de eliminar el término «marxista», hasta el último debate en el Pleno del congreso donde

¹⁰⁷ «Por debajo de ese término, lo que se sometió a discusión, por última vez, fue la concepción misma del partido, la dirección política emprendida desde el anterior congreso, el juicio sobre la transición a la democracia y la definición de las tareas que en futuro esperaban los socialistas». Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 529. En términos similares se expresa Richard Gillespie aunque también incide en las derrotas electorales como catalizador de la polémica. (Vid. Op. cit., pág. 351 y ss.).

¹⁰⁸ Pablo Castellano, op. cit., pp. 321 y 322.

¹⁰⁹ Vid. José Félix Tezanos, *Sociología del socialismo español*, Madrid, Tecnos, 1983, pp. 73 y 74.

fue aceptada la propuesta —marxismo incluido— defendida por Francisco Bustelo por el 61% de los votos. Felipe González había sido derrotado por sus propios compañeros. Tras este varapalo a su *auctoritas* —un golpe moral como reconoció en su discurso de renuncia a seguir—, Felipe González decidió no repetir como primer secretario:

«Y, además, hay razones políticas. Razones políticas de una enorme importancia. Multitud de compañeros han venido a decirme las razones políticas por las cuales yo debía seguir asumiendo la responsabilidad que hasta ahora he asumido si contaba con la aprobación o el apoyo del congreso. Las razones políticas de Estado o de sociedad, las cosas que pueden pasar de desconcierto en el partido. [...]

»Pero quiero deciros que con tener mucho peso las razones políticas que me podrían obligar a seguir ligado al puesto... se separan en este momento en mi conciencia, de las razones morales. Y si hago política perdiendo fuerza moral y razones morales, prefiero apagar. Porque yo no estoy en la política por la política, estoy porque hay un impulso ético, que no suena demasiado revolucionario, que no suena demasiado demagógico, pero que es el que mueve a Felipe González a hacer política.

»Hay un impulso ético que me ha hecho trabajar en este partido y por este partido hasta hoy. Y que me sigue obligando a trabajar en este partido y por este partido y para esta sociedad desde hoy hasta mañana y hasta que pueda resistirlo.

»Por consiguiente, compañeros yo quiero que comprendáis que para mí es inseparable la posición ética de las razones políticas y como no las puedo separar, comprendiendo que hay razones políticas poderosas, hay que dar en política, alguna vez, un ejemplo ético...»¹¹⁰.

4.3.1. *Los medios de comunicación y la figura de Felipe González postcongresual.*

La crisis se había producido en el congreso, los militantes y altos cargos del PSOE lloraban la marcha de Felipe González; el componente carismático del hasta entonces primer secretario iba a ejercer su influencia, iba a asentarse plenamente; los

¹¹⁰ «Discurso pronunciado el 20 de mayo de 1979 ante el XXVIII Congreso del PSOE» recogido en Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 334.

militantes y dirigentes socialistas —salvo excepciones— iban a verse contagiados por la fuerza mágica del carisma del líder¹¹¹; la misma fuerza carismática —el carisma del momento, de la situación concreta; el dejarse llevar por la corriente abandonando, como decía Gustave Le Bon, la razón por la irreflexividad¹¹²— que les había impulsado a seguir a Bustelo. Pronto corrió la voz, por los pasillos del *Palacio de congresos y exposiciones de Madrid*, del asesinato del *Padre* —fue Carmen Romero, esposa de González, la primera persona que espetó a unos llorosos militantes que habían matado al padre—; el sentimiento de «parricidio» se extendió como la lava de un volcán entre los delegados socialistas, pero ellos no entendían por qué no podían tener un PSOE marxista encabezado por «su» líder carismático, lo que en ese momento «no era una contradicción. González nunca se había definido como partidario exclusivo de un socialismo no marxista; había afirmado que a su izquierda en el partido había muy poca gente, consideraba que en el partido cabían desde los marxistas rigurosos hasta los socialdemócratas consecuentes, pero nunca se había definido como perteneciente a los segundos»¹¹³. Con su renuncia a presentarse de nuevo como secretario general —denominación recuperada en este mismo congreso—, daba un salto adelante para asentarse como líder indiscutible, siguiendo la táctica que, bastantes años antes, expuso Robert Michels: «La renuncia al cargo, en la medida que no es una mera expresión de desaliento o protesta, en la mayor parte de los casos es una forma de retener y fortalecer el liderazgo»¹¹⁴.

Las consecuencias de cara al público fueron realmente sorprendentes y propiciaron el proceso de «totemización» de Felipe González. A partir de este momento, sobre todo después del Congreso Extraordinario, Felipe González sería visto como algo más que un dirigente o líder del partido, era el *hombre providencial* del socialismo:

¹¹¹Como nos ha contado un militante socialista que vivió aquel congreso «mágico», tras manifestar Felipe González que no repetiría como secretario general, la mayoría de los militantes comenzaron a «rasgarse las vestiduras», a llorar por el líder defenestrado —como, por ejemplo, el impasible guerrista José Acosta—, a flagelarse por el pecado cometido.

¹¹²Gustave Le Bon, op. cit., pág. 34 y ss.

¹¹³Antonio García Santesmases, *Repensar la izquierda*, Barcelona, Anthropos, 1993, pág. 64.

¹¹⁴Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996, vol. 1, pág. 90.

«Felipe González ha llegado a aparecer, ante su partido, como el hombre providencial. Como no lo fueron nunca, en el pasado, Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Indalecio Prieto o Largo Caballero. Mucho más que un líder, un auténtico caudillo»¹¹⁵. Pero lo que realmente sorprendió a propios y extraños fue la reacción de los medios de comunicación, de indiscutible apoyo a Felipe González; reacción que tendría una serie de consecuencias a analizar detalladamente. Las repercusiones mediáticas de la «dimisión» de González traspasaron las fronteras patrias, así el periódico *Süddeutsche Zeitung* de Munich calificó a Felipe González como «la primera víctima de la lucha de clases». Dentro del escenario español «todos» los diarios —incluyendo a los conservadores *ABC*, *Ya* o *Arriba*— y sus correspondientes editorialistas apoyaron la posición adoptada por González. Como muestra exponremos lo que editorializaron tanto el conservador *ABC* como el liberal *El País* en sus números post-congreso. El diario *ABC*, en su editorial del martes 22 de junio de 1979 y titulado «La incoherencia de un congreso y la coherencia de una dirección», exponía que «Felipe González forma parte de esa reducida categoría de políticos que anteponen la defensa de las propias convicciones a la ambición del poder por el poder». Se aprecia que el componente ético del discurso de renuncia había permeado incluso en los rincones conservadores de la prensa española, pero no sólo se alababa a Felipe González como un político con ética sino que, además, se ponía el acento en el error y se señalaba a los culpables: «[la culpa de Felipe González] resulta mínima —los delegados no entendieron o no quisieron entender sus matizaciones clarificadoras ni el nítido enfoque de su discurso de apertura— comparada con la de quienes, en feliz expresión de un delegado, “se lanzaron a la carretera sin rueda de repuestos”. Junto a Bustelo, Castellano y demás seguidores, hay que colocar necesariamente a Luis Gómez Llorente y a Enrique Tierno Galván, o la ambigüedad que alentó el fuego jacobino». En el editorial del diario *El País*, titulado «El PSOE abre paréntesis» y publicado igualmente el 22 de mayo de 1979, los ataques eran mucho más intensos: «Felipe González en su improvisada intervención en la tarde del domingo demostró que el político puede ser algo más que un profesional del poder, que

¹¹⁵Santiago Carrillo, *Juez y parte*, pág. 241.

tiene con los hombres la misma relación instrumental y pragmática que con las cosas». Repetición del componente ético, pero los ataques a los críticos eran más duros:

«Hay que echar en cara [a Bustelo] su obsolescencia teórica y la irresponsabilidad política de su planteamiento. Los tonos y contenidos de sus discursos contienen demasiados retales, de la oratoria del primer Lerroux o de Blasco Ibáñez y un exceso de marxismo de manual... Pero la voluntad del XXVIII Congreso al definir al PSOE como partido de clase (pese al carácter interclasista de su militancia y su electorado) y marxista (pese a la obvia imposibilidad de reducir el socialismo como organización política a una de sus corrientes —amplia y contradictoria de añadidura— teóricas) fue movida también por otros impulsos. No es uno de los menores la consciente y perseverante ambigüedad de una parte de la comisión ejecutiva. Todavía más operativos fueron los deseos de algunos líderes de jugar en el tablero de la ideología una partida, que en realidad tenía el poder como último botín. A este respecto, pocas dudas caben de que el sector más radical del congreso fue víctima de un gigantesco embarque propiciado desde la comisión ejecutiva, donde el señor Gómez Llorente osciló entre la solidaridad corporativa, y la tentación de la secretaría general, y desde otras zonas de autoridad e influencia dentro del propio partido»¹¹⁶.

Mientras que el editorialista de *El País* insistía en los argumentos éticos en favor de Felipe González —caso único en la historia, tal vez con la excepción del 23-F, en que dos periódicos antagonistas piensan lo mismo—, se tildaba a Francisco Bustelo de *lerrouxista* y *blasquista*, es decir, se le acusaba de populista y demagogo, más la componente derechizadora propia de la izquierda, sobre todo, leninista —se califica de desviacionismo pequeño burgués aquello que no encaja con la fórmula de la vanguardia—. Pero el propio editorialista iba más allá al intentar ver en la actitud de los críticos, especialmente en Luis Gómez Llorente, un intento de hacerse con el poder de la organización, dando a entender que no era legítimo. Es decir, la forma elegida por los críticos —en todo caso falsa como hemos visto— para «acabar» con Felipe González no era legítima. Desde luego es ir demasiado lejos, posible producto del carisma de González, en su presunción, pero aunque

así fuese, dentro de una organización democrática, hubiese sido igualmente legítimo. La conclusión del editorial establecía que Felipe González era el mejor líder que podía tener el PSOE, porque ser ético es de izquierdas, pero ser marxista es decimonónico. Con este editorial *El País*, además de entronizar y elevar a los altares a Felipe González, negaba cualquier tipo de componente ético y modernizador a Francisco Bustelo y a Luis Gómez Llorente, pero especialmente a éste último, la única persona que por su oratoria podía hacer frente a González. Era una forma de eliminar «públicamente» a la oposición o posible alternativa al sevillano como líder del socialismo español, al menos cualquier alternativa que no pasase por la propia herencia del secretario general del PSOE. Por su parte, los críticos no se habían planteado derrocar a Felipe González sino que su «objetivo antes de que comenzara el congreso era conseguir como mucho una ejecutiva amplia y con mayor número de militantes de peso, encabezada, desde luego, por González»¹¹⁷. A decir de Santos Juliá: «Modestos en sus pretensiones, lo que deseaban los críticos era cambiar de dirección, o ampliar su zona de influencia, manteniendo a González como secretario general, pero rodeándolo por arriba y por abajo de militantes como Tierno Galván, Gómez Llorente y Joan Raventós»¹¹⁸. Se cerraba la puerta a toda oposición interna y a posibles sustitutos, pues los nuevos ejecutivos —surgidos del Congreso Extraordinario o «28 y medio» en jerga del PSOE— dependían personalmente de Felipe González y, en menor medida, de su gemelo Alfonso Guerra. La prensa había conseguido la «totemización» de

¹¹⁶*El País*, 22 de mayo de 1979.

¹¹⁷Francisco Bustelo, op. cit., pág. 112. La ejecutiva que proponían los críticos era la siguiente: Presidente: Enrique Tierno Galván; Primer Secretario: Felipe González; Vicesecretario primero para Asuntos Políticos: Luis Gómez Llorente; Vicesecretario segundo para las Autonomías: Joan Raventós; Secretaria de Organización: Carmen García Bloise; Secretario de Formación: Alfonso Guerra; Secretario de Asuntos Municipales: Ciriaco de Vicente; Secretaria de Administración: María Izquierdo; Secretaria de la Mujer: Carlota Bustelo; Secretario de Prensa: Javier Solana; Secretario de RRII: Fernando Morán; Secretario de Coordinación Parlamentaria: Gregorio Peces-Barba; Secretario para Asuntos Jurídicos: Pablo Castellano; Secretario de Acción Sindical: Manuel Chaves; Secretario de la Comisión Ejecutiva: Enrique Múgica; Secretario de Juventudes: Juan Antonio Barragán; Vocales: Rafael Escuredo, Antonio García Duarte (Andalucía) Marcelo Suárez (Asturias), Jerónimo Saavedra (Canarias), Raimon Obiols, Eduardo Martín Toval (Cataluña), Indalecio Tizón (Galicia), Manuel Turrión (Madrid, adjunto a Organización), Joan Pastor (País Valenciano), José María Benegas (País Vasco, adjunto a Autonomías). *Ibidem*, pág. 113.

¹¹⁸Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 534.

Felipe González, la creencia de que el secretario general del PSOE era indispensable como líder del partido, algo de lo que estaban convencidos hasta algunos críticos¹¹⁹.

4.3.2. Asesinato del «padre» y «totemización» de Felipe González.

Sigmund Freud expuso hace algún tiempo la forma en que se generan los tótems, en civilizaciones arcaicas, en sentido psicológico:

«Después de haberle suprimido [al padre] y haber satisfecho su odio y su deseo de identificación con él, tenían que imponerse, en ellos, los sentimientos cariñosos, antes violentamente dominados por los hostiles. A consecuencia de este proceso afectivo, surgió el remordimiento y nació la conciencia de la culpabilidad, confundida aquí con él, y el padre muerto adquirió un poder mucho mayor del que había poseído en vida, circunstancias todas que comprobamos aún, hoy en día en los destinos humanos. Lo que el padre había impedido anteriormente, por el hecho mismo de su existencia, se lo prohibieron luego los hijos a sí mismos, en virtud de aquella “obediencia retrospectiva” característica de una situación psíquica que el psicoanálisis nos ha hecho familiar»¹²⁰.

De esta forma se llegaba a un *contrato* con el padre por el que éste proporcionaba protección y cariño a cambio de un compromiso sobre el respeto de su vida, es decir, de no volver a realizar el acto que costó la vida al padre, el parricidio¹²¹. Este proceso, que en las sociedades arcaicas generaba la construcción, física y/o psicológica, de un tótem que era intocable y sagrado, es similar a lo que se produjo en el seno del PSOE en el transcurso de los dos congresos de 1979. Tras la apelación al componente ético en su renuncia a ser reelegido, los delegados, que poco antes habían entonado *La Internacional* por la victoria del marxismo, entraron en un estado sentimental de orfandad¹²². Este sentimiento plenamente manifestado en el propio congreso se amplificó debido a los editoriales y el

¹¹⁹Richard Gillespie, op. cit., pág. 367.

¹²⁰Sigmund Freud, *Tótem y tabú*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pp. 167 y 168.

¹²¹Ibídem, pág. 169.

¹²²Javier Tusell, *La transición española a la democracia*, Madrid, Historia 16, 1999, pág. 156.

apoyo de toda la prensa hacia Felipe González¹²³. De esta forma se completó el proceso de totemización del secretario general; cada militante —mayoritariamente— se propuso un pacto de no agresión al líder del PSOE, que a partir de ahora se volvería intocable, no podía volver a ser puesto en cuestión. Podríamos decir que se completaba el *proceso de carismatización* de Felipe González hacia el interior del partido, y comenzaba a completarse en el ámbito nacional —tan sólo concluiría en 1982 y su punto álgido de 1986—. Los militantes y los críticos se enfrentaban al «padre» por defender al «abuelo», por defender el *pablismo* dentro de la organización; se buscaba un PSOE pablista con Felipe González de secretario general, no un PSOE totalmente *felipista*. Y ¿qué significaba el felipismo en 1979? Para responder a la pregunta nada mejor que recoger las palabras del creador intelectual del concepto:

«Yo quisiera analizar el fenómeno del felipismo [...] Primero encuentro que hay una identificación excesiva entre la sigla y un hombre. Entre la imagen del partido y la personalidad de un concreto afiliado. [...]

»Por otra parte, encuentro que otro rasgo es la personalización exagerada de las campañas electorales. [...]

»En tercer lugar, la exaltación sistemática de un hombre. El montaje de actos públicos orientados a la exaltación de su personalidad. Los retratos, los gritos, las entradas calculadas, etc. [...]

»En cuarto lugar, la concentración semimonopolista de la representación en solitario del partido. Allí donde tiene que ir el partido está semimonopolísticamente representado por una persona [...]

»La concentración de la información también, la asunción de decisiones a nivel personal [...]

»El aparato especial en torno al superlíder creando un efecto psicológico de jerarquía [...]

¹²³Incluso el presidente del gobierno, Adolfo Suárez, propuso a sus diputados no «hacer leña del árbol caído», y dejar que los socialistas resolviesen sus problemas en completa tranquilidad.

»Y todo esto desemboca a veces en la confusión entre la lealtad personal y la lealtad al partido. Entre la confianza al líder y la confianza al partido»¹²⁴.

No estaban, los críticos, contra Felipe González como persona —es más Luis Gómez Llorente le exculpaba del fenómeno—, sino contra la pérdida de las señas de identidad (pablistas) del PSOE. Por esta razón, y dentro del proceso de totemización de Felipe González, el cuadro se completaba con la imagen final del Congreso Extraordinario donde aparecía Felipe González sosteniendo un gran retrato de Pablo Iglesias. Se habían enfrentado los seguidores del abuelo al padre, y éste les demostraba que la herencia —con un alto componente simbólico— se había completado; había habido una transmisión Abuelo-Padre que los delegados del 28º Congreso no habían sabido o no habían querido comprender. Pablo Iglesias, el santo laico español, se encontraba dentro de Felipe González, su hijo y padre de todo el socialismo patrio. El proceso había terminado y, de ahora en adelante, la figura de Felipe González sería sacralizada en los mismos términos en que Emile Durkheim nos hablaba en *Las formas elementales de la vida religiosa*¹²⁵. Felipe González se había convertido, no sólo en un líder carismático, sino en un símbolo; el socialismo era Felipe González, y todo lo que él dijera no cabía entenderlo más que como socialismo, del «Estado soy yo, se pasó al socialismo soy yo». Socialismo y PSOE eran una misma cosa, lo que quisiera que fuera Felipe González. Sin duda se producía la entronización de Felipe González, como afirma el psiquiatra Enrique González Duro: «Mientras todos cantaban *La Internacional* con el puño izquierdo elevado él tenía en sus manos un gran retrato de Pablo Iglesias. Felipe quedaba entronizado como el caudillo totémico del PSOE, que atraía la atención de todos, con aura de omnipotencia y casi de infabilidad, con una gran confianza en sí mismo que se contagiaba a los demás, y con capacidad para hacer cosas grandes»¹²⁶.

¹²⁴Luis Gómez Llorente, «Entorno a la ideología y la política del PSOE», *Zona Abierta*, 20, 1979, pág. 34.

¹²⁵Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Torrejón de Ardoz, 1992, pág. 200.

¹²⁶Enrique González Duro, op. cit., pág. 133.

Pero en todo este proceso había habido un engaño, una falta de valentía o una gran capacidad de previsión, de sentirse con las espaldas cubiertas. Como afirmamos anteriormente, el manto carismático no se había extendido a sus más estrechos colaboradores, tal vez, por su condición de gemelo, solamente cubriese a Alfonso Guerra, pero no a los demás. Mientras Francisco Bustelo defendía las tesis marxistas en el debate en el Plenario, Felipe González delegó en José Rodríguez de la Borbolla y, especialmente, en Joaquín Almunia la defensa en favor de la retirada. Actuó por personas interpuestas, las cuales, sin duda estaban identificadas con la causa del líder, pero carecían de *auctoritas* frente a un «histórico» del partido. Como recuerda Rodríguez de la Borbolla: «Defendimos la posición de modificar los principios marxistas del partido desde la izquierda, acudiendo a citas de Poulantzas y otros autores indiscutibles y demostrando que, dentro de la ortodoxia, éramos más modernos en nuestras concepciones que ellos que se reclamaban marxistas»¹²⁷. Se puede decir que Felipe González «lanzó la piedra y escondió la mano». Un líder, cuando su presunto carisma está consolidándose, debe demostrar en los momentos conflictivos su propia capacidad, actuar con su *auctoritas*, no esperar que los seguidores vislumbren perfectamente que está hablando por persona interpuesta, más si cabe cuando el carisma no se ha extendido. Es posible que, de haber defendido personalmente la enmienda, la situación podría haber dado la vuelta, aunque el contexto le era desfavorable, pero de haber perdido la catarsis hubiese sido similar, pero hubiese puesto en juego su propia *auctoritas*¹²⁸. No esperar a jugar con su poder frente a los críticos, cuando se conocía que la figura de los «representantes» no estaba asentada, para la mayoría de los delegados, como cercana al líder. Por consiguiente, hablar de un golpe a la «autoridad moral» de Felipe González es ir un tanto lejos, porque fue más un golpe a sus órdenes.

¹²⁷Recogido en Ricardo Martín, *Almunia. Un corredor de fondo*, Madrid, Temas de Hoy, 1998, pp. 79 y 80.

¹²⁸Como recuerda Francisco Bustelo: «González había dicho a los demás miembros de la dirección —me lo contó Luis Gómez Llorente— que tenía preparada una intervención para acabar conmigo y la resolución. Ante la respuesta que suscitó la defensa mía de la ponencia no hizo, sin embargo, uso de la palabra y la resolución política quedó aprobada por amplia mayoría». Op. cit., pág. 112.

La posibilidad de enfrentarse a Felipe González quedaba vetada —luego veremos que no sólo por los medios de comunicación— para los militantes socialistas, al menos durante algunos años, siempre y cuando el propio secretario general del PSOE no quisiese. Pero de esta pelea quien peor parado salió fue Luis Gómez Llorente, persona a la que tanto Felipe González como Alfonso Guerra¹²⁹, los gemelos socialistas, reconocían una autoridad moral. Gómez Llorente ha sido al único de los críticos que los dirigentes del PSOE han pretendido rescatar —sin que renegase a sus posiciones—, tanto en el Congreso Extraordinario como en la etapa de gobierno ofreciéndole asumir el Ministerio de Educación¹³⁰. Sin embargo, Luis Gómez Llorente declinó cualquier oferta y decidió retirarse, primero de la política parlamentaria renunciando a repetir de diputado por Asturias —lo que provocó una portada a cinco columnas de *Diario 16*—, y luego de la política partidista tras la Conferencia de Organización de 1983, apoyado en el argumento de que Felipe González iba a enterrar el socialismo y él no podía hacer nada por evitarlo. La Ejecutiva del PSOE reaccionó ante la desaparición de un «histórico» del PSOE, de un socialista de la *generación del 56*, afirmando que todo se debía a una rabieta porque se le había adjudicado a Gregorio Peces-Barba el cargo de Presidente del Congreso de los diputados —algo que nos ha sido desmentido por numerosos militantes y dirigentes socialistas, reconociendo que todo fue un bulo lanzado con aviesas intenciones desde la Ejecutiva federal—. Posiblemente jamás lo sepamos —él no tiene intención de contarlo y se reafirma en lo manifestado anteriormente—, pero hemos incluido esta escueta referencia a Luis Gómez Llorente por dos razones: por el alto componente ético y de autodisciplina —no podía trabajar con Felipe González en condiciones desfavorables que le hubiesen obligado a actuar de un modo ciertamente crítico desde posiciones de poder que habrían dañado al PSOE—; y porque, sorpresiva e inexplicablemente, el día que Felipe González decidió dejar el cargo de secretario general en 1997, durante una entrevista concedida a

¹²⁹Con el transcurso de los años Alfonso Guerra se acercaría a Luis Gómez Llorente para reforzar su posición como veremos.

¹³⁰Una destacada militante socialista nos confesó que los gemelos socialistas le ofrecieron ocupar Educación o cualquier otro ministerio o cargo que quisiese, pero lo rechazó Luis Gómez Llorente con el argumento de que posiblemente no le dejarían llevar a cabo sus pretensiones.

Antena 3 Televisión, el propio Felipe González, ante la pregunta «¿De quién se acuerda en este momento?», respondió que de Luis Gómez Llorente. Desconocemos totalmente el motivo de dicha respuesta, y nadie entre los entrevistados ha podido responder al porqué de esta afirmación. Tan sólo una persona, un alto ex-dirigente del PSOE, se atrevió a discernir el porqué: «Seguramente Felipe González se acordaba, en ese último momento, de Luis, porque de todos los críticos que ha tenido dentro de las filas del partido, ninguno se ha comportado con la elegancia intelectual y personal de Gómez Llorente». La respuesta es desde luego plausible, pero queda claro que con la autoexclusión de Gómez Llorente, Felipe González no tenía o no tendría alternativa posible en muchos años, al menos un contradictor de la categoría de Luis Gómez Llorente. Como epílogo a este epígrafe cabe decir, siguiendo a Santos Juliá, que el final de este período podría resumirse de la siguiente manera: «Se trataba de preparar al PSOE para que, superando un periodo caracterizado por su fuerte carga ideológica, se dispusiera a ocupar en el sistema político una posición que nadie pudiera percibir como el inicio de un proceso que desembocara finalmente en un cambio de sociedad»¹³¹.

5.) ANTES DEL CAMBIO: PROMETEO A LAS PUERTAS DEL GOBIERNO.

Dejamos el año 1979 con Felipe González aupado al cenit de lo que un líder puede llegar a conseguir en su propio partido. Sin lugar a dudas el secretario general podía ser calificado como un líder carismático dentro de la órbita del socialismo, pero aún debía conquistar el favor de una gran parte de la población española; convertirse en un líder político nacional plenamente asentado. Este proceso se llevaría a cabo en apenas tres años.

¹³¹Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 540.

Debía convertirse a ojos de la población en un hombre de Estado —no a ojos de unos carteles electorales—, en una persona capaz de sacar a España de una permanente crisis económica y política, y llevar al país hacia una convergencia con el resto de países occidentales, aunque conservando ciertos toques de izquierdismo. Para ello necesitaba la ayuda de su gemelo tanto para que no se acusara al PSOE de giro liberal —se admitía el giro nacionalista—, como a fin de aparecer como un hombre moderado capaz de situarse al frente de las máximas responsabilidades —además de conseguir la homogeneización del partido utilizando *todos los medios* necesarios—. Mas para lograr tal iniciativa era necesario dañar la figura de la persona que hasta el momento había desempeñado el rol de transformador de la patria, Adolfo Suárez.

La UCD era una coalición electoral y de gobierno más que un partido en el sentido político de la palabra. Las facciones eran diáfanas y consistentes, cuyo único eje vertebrador era la figura del propio Suárez. La táctica era clara, atacar al presidente del gobierno desde todos los flancos posibles desde el exterior, en el Parlamento y los medios de comunicación —profusamente felipistas¹³²—, y desde el propio interior de la UCD, sembrando la discordia interna a través de los famosos «submarinos» de Alfonso Guerra¹³³. El ambiente político, sin lugar a dudas, era favorable a la táctica socialista: por un lado, los méritos de Adolfo Suárez como político (democracia formal y constitución) estaban ya logrados, ahora tenía que gobernar y consolidar el trabajo de años atrás; por otro lado, ya que el gobierno de consolidación requiere medidas que podrían catalogarse de izquierdas, gran parte de las facciones internas de la UCD estallarían en algún momento u otro al no ver cumplidas sus expectativas políticas; y, por último, la forma presidencialista de actuar de Adolfo Suárez terminaría por cercenar la propia unidad de la coalición. Por

¹³²Santiago Carrillo, *Juez y parte*, pág. 238.

¹³³En el PSP es reconocido que tanto José Bono como Pedro Bofil fueron los submarinos de Alfonso Guerra para conseguir la absorción de éste. En la UCD sería Francisco Fernández Ordóñez quien, además de filtrar noticias, acuerdos e informes —según nos relató un político de la época durante los consejos de ministros Fernández Ordóñez aprovechaba para ir al servicio y relatar lo que allí sucedía a la prensa—, intentase desestabilizar la coalición. Además de los submarinos, el resto de diputados felipistas y dirigentes socialistas aprovechaban los pasillos del Congreso de los Diputados para, a los miembros socialdemócratas,

consiguiente, los socialistas españoles, aconsejados por técnicos alemanes del SPD¹³⁴, comenzaron su campaña de acoso y derribo de Adolfo Suárez, en algunos momentos sin prever las posibles consecuencias.

5.1. *La moción de censura contra Adolfo Suárez (figura y contrafigura).*

En el ámbito exterior, y frente a las dificultades por las que pasaba Suárez al tener que realizar un cambio de gobierno en mayo de 1980, que fue recibido como un giro a la derecha, el PSOE atacó presentando una moción de censura al presidente del gobierno cuando éste iba a explicar su proyecto de gobierno, pues no había querido pasar la prueba del debate de investidura. De todos era conocida la intranquilidad con que Adolfo Suárez se enfrentaba al Parlamento, por eso lo mejor era atacarle donde más le dolía. En el debate, la defensa de la moción de censura corrió a cargo de Alfonso Guerra que, en su papel de malo de la película, afirmó: «ni Suárez soporta a la democracia, ni la democracia soporta por más tiempo a Suárez». Había que restarle méritos democráticos a Suárez y demostrar que era incapaz de gobernar y transformar España, pues seguían existiendo los mismos problemas que «antes»: crisis económica, paro, inseguridad política¹³⁵ y corrupción en la Administración. Tras una crítica feroz a la persona del presidente del gobierno por parte de Alfonso Guerra, ahora ya podía Felipe González aparecer como moderado y gran hombre de Estado.

«Felipe González, por su parte, al presentarse como candidato dio lectura a un larguísimo discurso que vinculaba el concepto de socialismo democrático a un programa de gobierno que para nada tenía que ver con modelos de sociedad: construcción del Estado de las Autonomías en el mantenimiento estricto de la unidad de España; medidas contra el paro y la desigualdad social con el necesario reparto de la riqueza nacional; impulso y

indicarles que Adolfo Suárez estaba muy a su derecha y que ellos, que eran de izquierdas, nunca verían cumplidas sus propuestas.

¹³⁴Josep Meliá, *Así cayó Adolfo Suárez*, Barcelona, Planeta, 1981, pág. 29.

¹³⁵En esta época Miguel Ángel Aguilar, a la sazón director de *Diario 16*, fue procesado por el juzgado número 6 debido a un artículo sobre las conspiraciones golpistas; se procesó a Pilar Miró, secuestrando su

desarrollo de la libertad con el mantenimiento de la seguridad; y, para terminar, unas reflexiones sobre el papel de España en el concierto internacional»¹³⁶.

Era un discurso de moderación y socialdemócrata clásico, ya apuntado por José María Maravall —persona de confianza del propio Felipe González y en esas fechas secretario de Formación de la Ejecutiva del PSOE— en su intento teórico por dejar atrás las concepciones míticas, o milenaristas como afirmaba el propio autor, del socialismo, y apostar firmemente por un modelo más realista, más pegado a la realidad de las cosas, el *reformismo radical*¹³⁷. Como cuentan los cronistas y los historiadores, la moción de censura resultó todo un triunfo para Felipe González que, apoyado en su verbo fácil, logró que la población —pese a perder la votación por catorce votos— le viera a él como un hombre preparado para gobernar, tal vez no un hombre de Estado —imagen que se consolidará durante la época de gobierno— pero sí una persona capaz para propiciar el «cambio» que necesitaba España.

Pero la moción de censura tuvo algunas otras consecuencias. Por un lado, agudizó la crisis interna de la UCD, la cual se subsanó temporalmente con la última reestructuración de gobierno realizada por Adolfo Suárez en septiembre de 1980¹³⁸, pero poco después acabaría por estallar y descomponer la UCD¹³⁹. Mas, por otro lado, la moción pudo resultar precipitada al presentarse dentro de un sistema en fase de consolidación. Una moción de censura dentro de un sistema asentado siempre implica cierta dinámica de inestabilidad, pero en un sistema frágil puede desembocar en una quiebra del propio sistema que se intenta sanar o consolidar. Con el desprestigio de Adolfo

película *El crimen de Cuenca*, por el Juzgado Militar número 5; y se condenó a Juan Luis Cebrián, director de *El País*, a tres meses de cárcel.

¹³⁶Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 553.

¹³⁷José María Maravall, «Del milenio a la práctica política: el socialismo como reformismo radical», *Zona Abierta*, 20, 1979.

¹³⁸En el mes de julio los «barones» de la UCD se reunieron con Adolfo Suárez en una propiedad del Canal de Isabel II, la conocida como *Casa de la Pradera*, donde, cuestionando su liderazgo, casi habría que decir dominación o jefatura, le impusieron una serie de condiciones para reformar el gabinete ministerial. Entraron de nuevo los «barones» y fue defenestrado Fernando Abril Martorell.

Suárez, aunque las encuestas demostraban que era uno de los líderes más valorados, una incipiente crisis interna, y un presidente acosado violentamente —no conviene olvidar que Alfonso Guerra, en su rol, dedicaba calificativos a Adolfo Suárez tales como «tahúr del Mississippi»—, no había otra solución que el cambio al frente del gobierno, bien por la renuncia del propio presidente, bien por una sublevación militar o civil, o ambas a la vez. Ambas posibilidades coincidieron en el tiempo y confluyeron el 23 de febrero de 1981. Había que acabar con Adolfo Suárez, la única figura política que podía ensombrece a Felipe González, para lograr el gobierno, por eso los métodos utilizados fueron múltiples, pero el que más se repitió fue el de llevar a cabo un gobierno de «salvación nacional» —como gustaba decir a los dirigentes socialistas— o de «concentración» sin Suárez. La primera propuesta se realizó el día de la moción de censura por parte de Gregorio Peces-Barba¹⁴⁰. Incluso miembros del equipo dirigente del PSOE mantuvieron reuniones, animados por Felipe González, con militares para tantear las posibilidades de tal posibilidad. Sin embargo, existen dos versiones sobre la entrevista que mantuvieron con el general Alfonso Armada, en Lleida, Enrique Múgica y Joan Raventós. Una expone que el general fue consultado sobre la predisposición del ejército a un gobierno de concentración nacional, y los dirigentes socialistas recibieron la respuesta de que Armada se proponía él mismo como cabeza visible, lo que fue desestimado por Felipe González que le comunicó al rey las conversaciones. La segunda versión, la explica el propio González:

«Sobre lo ocurrido con Múgica puedo opinar consistentemente, porque después de esa cena vino a verme [...]. Me dijo que los militares estaban que bufaban contra Adolfo Suárez y que habían hecho una crítica muy dura del Gobierno. [...] Cuando terminó de explicarme los hechos, le dije que me pusiera por escrito lo que me había dicho, porque no me gustaba nada lo que intuía, lo que le transmitían de su actitud ante el Gobierno y el presidente»¹⁴¹.

¹³⁹Cfr. Carlos Huneeus, op. cit.; y Silvia Alonso-Castrillo, *La apuesta del centro: historia de UCD*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

¹⁴⁰Pablo Castellano, op. cit., pág. 339.

¹⁴¹Felipe González y Juan Luis Cebrián, *El futuro no es lo que era*, Madrid, Aguilar, 2001, pág. 92.

La confluencia de factores múltiples (ataques oposición, descomposición interna de la UCD, crisis económica, terrorismo) provocó la crisis de enero-febrero de 1981, donde parte de la culpa la tuvo el dirigente socialista, Felipe González, debido a su operación de acoso y derribo. Como bien dice Juan Luis Cebrián: «La historia ha demostrado que la operación de *acoso y derribo* que durante 1980 sufrió el presidente, y que fue agitada hasta la histeria por la oposición socialista, debilitó no sólo al Gobierno, sino a todo el frágil proceso democrático, y puso al país al borde de un serio peligro involucionista»¹⁴². Esta no es la imagen que ha quedado para el recuerdo del Felipe González de aquellos años en las mentes de los ciudadanos, pero sin embargo tiene mucho de verídico porque la crisis política puso en quiebra al mismo sistema. Tras el 23-F y el cierre de filas de todos los partidos políticos, tan sólo había que esperar la llegada de nuevas elecciones para ver el mayor *swing* electoral en la historia de España, el cual aupó al PSOE a la mayoría absoluta.

¹⁴²Juan Luis Cebrián, «Acoso y derribo del presidente Suárez», en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 449. Pablo Castellano fue más lejos al proclamar, en declaraciones al periódico *El País*, que la moción de censura había actuado de catalizador de la desestabilización política en que se había sumido al país, por lo que habrían alentado indirectamente a los golpistas. *El País*, 15 de mayo de 1981.

CAPÍTULO 8º: FELIPE GONZÁLEZ COMO LÍDER CARISMÁTICO Y ALFONSO GUERRA COMO ALTER EGO.

«Acuérdate que conviene que representes la parte que te ha querido dar el autor de la comedia. Si es corto tu papel, represéntale corto; y si largo, represéntale largo. Si te manda hacer el papel de pobre, hazle naturalmente lo mejor que pudieres. Y si te da el papel de príncipe, el de cojo o el de un oficial mecánico, a ti te toca el representarlo y al autor el de escogértelo».

Epicteto

INTRODUCCIÓN

José Luis Martín Prieto afirmaba, en una de sus crónicas de la campaña electoral de 1982, «Felipe González está haciendo una campaña de jefe de Estado»¹. Las encuestas reflejaban que el PSOE tenía todas las posibilidades de alzarse con el triunfo el 28 de octubre, incluso con la posibilidad de alcanzar, por primera vez en la corta historia de la democracia española —obviamos claramente el *turnismo* de la Restauración—, la mayoría absoluta. Algo tenía que haber cambiado en España para que, algo más de tres años después de las últimas elecciones, el vuelco electoral fuese tan amplio. El desmembramiento de la UCD, el 23-F, y la carencia de una alternativa «creíble» a la derecha son factores que explican en buena parte que Felipe González y «su disciplinado» PSOE estuvieran en disposición de alcanzar el gobierno español en solitario. El PSOE que se presentaba a las elecciones de 1982 era un partido homogéneo, sin más fisuras que lo que significaba Izquierda Socialista —igualmente disciplinada—; y esta imagen se venía reflejando desde el 29º Congreso de 1981, también conocido como el «Congreso de Moscú» por la unanimidad existente entre los delegados respecto a la dirección del partido

¹José Luis Martín Prieto, «Con el caballo ganador», *El País*, 14 de octubre de 1982.

y su actuación². Además, el mensaje de Felipe González, sin cambiar radicalmente, ilusionó a los españoles³. No analizaremos el discurso en este capítulo, pero merece la pena destacar que los principales puntos «ideológicos» se centraban en el reformismo y el regeneracionismo, más el componente ético del socialismo⁴. Se intentaba llevar a cabo la «revolución burguesa», aún pendiente en España. Era, desde luego, un partido socialista más «orteguiano» que «pablista», con un proyecto que firmaría cualquier partido radical europeo. Como afirmaba Felipe González:

«Es más que un programa socialista, en el sentido de que es un programa nacional, un programa de democratización del Estado, de las Instituciones y de la Sociedad. Es socialista en el sentido en que profundiza en la Democracia pero no en el sentido de que sea estrictamente una alternativa partidaria. *Un montón de cosas de las que decimos que tenemos que hacer las podría hacer igual la burguesía progresista, pero no lo hacen*»⁵.

En este capítulo analizaremos la perspectiva carismática del liderazgo de Felipe González, es decir, las características de Felipe González que nos permiten catalogarle de líder carismático. Así mismo, estudiaremos la imagen de Alfonso Guerra, tanto la que él mismo se ha adjudicado (intelectual, izquierdista...) como la que realmente es. Además, veremos cómo se fue conformando la imagen y actuación del *alter ego* del hombre de Estado, la figuración como «gemelo malo».

²Este congreso de 1981 puede ser calificado como el «verdadero» *Bad Godesberg* español ya que, al rechazar la izquierda del partido acudir al congreso, se pudo eliminar de todas las resoluciones la referencia al marxismo, bien como método de análisis, bien como guía para la acción.

³Estima Ramón Cotarelo que los factores que propiciaron el triunfo del PSOE en 1982 se podrían resumir en los siguientes cuatro: 1º Había realizado su propia tarea de adaptación y renovación internas; 2º Era un partido moderado; 3º Mayor capacidad política de sus dirigentes; y 4º Tenía buenas relaciones e imagen exteriores. *La Conspiración*, Barcelona, Ediciones B, 1995, pág. 44 y ss.

⁴De igual forma se expresa Santos Juliá: «Sin duda, mucho contribuyó que después de un periodo de crisis de partidos, el PSOE se presentara como el único partido unido, que había resuelto sus problemas internos sin estallar en banderías y facciones y sin grupos disidentes que fueran a engrosar las filas de otros partidos. También contribuyó la presencia de un líder indiscutido y con los atributos que hasta sus más enconados adversarios le reconocían y envidiaban. Se ha contado también, como factor del triunfo, el programa de moderado reformismo socialdemócrata que liquidaba los restos de la antigua retórica revolucionaria. En fin, algo tuvo que influir la llamada a la moralización de la vida pública, ese aura mitad ética mitad pragmática que desprendían sus más significados líderes». José Carlos Mainer y Santos Juliá, *El aprendizaje de la Libertad. 1973-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 59 y 60.

⁵*Time*, 25 de octubre de 1982, (la cursiva es nuestra). La portada fue dedicada a Felipe González con el siguiente titular: «Socialists on the move».

1.) LA IMAGEN DE FELIPE GONZÁLEZ EN 1982.

¿Quién era el Felipe González que llegaba al gobierno en 1982? ¿Era la continuación de «Isidoro»? La imagen que los españoles tenían del líder del PSOE tiene algunos componentes mitopoeicos, mas, a pesar de que vamos a escudriñarlos, las personas lo veían y los creían así. Felipe González era hijo de un vaquero, pero no de aquella persona que trabaja en una ganadería, sino del propietario de una vaquería, que usualmente iba a clase, en la Facultad de Derecho de Sevilla, con una pelliza que desprendía un profuso olor a ganado⁶. De estos tiempos, primeros 1960s, cuenta Alfonso Guerra, le viene a Felipe González su personalidad carismática: «Sí, sin duda. No es que yo lo advirtiera, es que Felipe cuando estaba en una reunión era inmediatamente el centro de atención de la gente»⁷. Sin embargo, los recuerdos del periodista Antonio Burgos se diferencian bastante de los de Alfonso Guerra: «Pasaba completamente desapercibido. Era una persona gris, sin ningún tipo de liderazgo en nada. Si acaso, se le reconocía por su pelliza, cuando venía de la vaquería»⁸.

Según cuenta Alfonso Guerra, hacia 1962 tomó contacto con Felipe González en la cafetería de la Facultad de Derecho y le propuso integrarse en las Juventudes Socialistas que estaban formando el propio Guerra y Alfonso Fernández Malo. A la vez Felipe González conectaría con los demócratacristianos de Giménez Fernández —lo que le reportaría una beca de las HOAC para estudiar en la Universidad de Lovaina y conocer a Gregorio Peces-Barba, entre otros—; y con las personas del Frente de Liberación Popular,

⁶«Era un estudiante de Derecho muy peculiar, que se llevaba por la tarde a los compañeros con él a marcar reses, a marcar becerros, ¡Una aventura vamos! Iba a la Universidad con una pelliza, que también llevó después, como abogado laboral... Llegaba con una peste a establo espantosa, con la pelliza de vaquero, con una piel por el cuello, una cosa *bastorrón*». Alfonso Guerra, *Felipe González. De Suresnes a la Moncloa*, Madrid, Novatex, 1984, pág. 26.

⁷Miguel Fernández-Braso, *Conversaciones con Alfonso Guerra*, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 57. De igual forma opinaría Alfonso Guerra apenas un año después: «Llegaba Felipe y aumentaba la expectación, como si la autoridad estuviese entrando; y entonces era un estudiante de tercero o cuarto de Derecho, pero tenía una autoridad propia, clarísima, una gran personalidad». Alfonso Guerra, op. cit., pág. 28.

más conocido como el «Felipe»: «Tomé contacto —afirma Felipe González— con las Juventudes Socialistas al mismo tiempo, o quizá un poco antes, que con el Felipe, el de Liberación Popular. Lo del Felipe me trajo muchos disgustos porque cuando la policía llamaba por teléfono preguntando por Felipe, se producía una confusión entre mi nombre y el del frente, y a menudo acabábamos dando explicaciones en la comisaría. La cuestión es que finalmente opté por el Partido Socialista»⁹. Es decir, durante tres o cuatro años Felipe González estaba colaborando activamente en tres tipos de diferentes organizaciones. Sergio Vilar no encontró ninguna referencia que pueda indicar que Felipe González colaborase con el FLP¹⁰; tampoco Carlos Romero, que llegaría a ser ministro del primer gobierno González, recordaba que éste hubiese actuado en el «Felipe», como tampoco Joaquín Leguina, ni Joaquín Arango, ni Miquel Roca, ni Narcís Serra, antiguos componentes del FLP. Aunque, al tener este grupo de opositores al régimen franquista una ideología que combinaba el marxismo con el cristianismo —en su primera conformación—, era plausible, y mucho más lógico, que Felipe González hubiera pertenecido, primero al FLP, y, posteriormente, a Convergencia Socialista que al PSOE. Pero la realidad es que Felipe González no perteneció al FLP¹¹. Había que fabricar un pasado antifranquista que presentar ante la opinión pública, un antifranquismo que no pasaba, como sucedió en la mayoría de los casos que cuentan sus luchas antifranquistas —de haber habido tanta gente luchando contra Franco seguramente no hubiese muerto en la cama—, de discusiones y algaradas universitarias. Pero la *mitopoeia* de la lucha antifranquista ahí quedaba como imagen. Los jóvenes sevillanos se hicieron con el poder del PSOE, y se presentó a Felipe González como un hijo del pueblo, como una persona que, al igual que las clases medias «emergentes», había luchado para constituir una familia

⁸Citado en José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, *La ambición del Cesar*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pp. 98 y 99.

⁹Ismael Fuente, *Felipe González. El caballo cansado*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, (edición fotocopiada, páginas indescifrables).

¹⁰Véase Sergio Vilar, *Historia del antifranquismo, 1939-1975*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984; o *Ibidem*, *La oposición al franquismo*, Barcelona, Ayma, 1977.

¹¹Un dato a tener en cuenta es que los miembros del FLP llamaban a su partido/organización mayoritariamente o bien el *frente* o bien la *fiesta*, lo que impide, en cierto modo, que se produjese una

y poseer un piso modesto —alquilado por el PSOE— en la calle Pez Volador de Madrid. Sin embargo, la realidad demuestra que Felipe González, al igual que el resto del grupo de Sevilla —excepto Alfonso Guerra— eran hijos de la pequeña burguesía empresarial, militar o técnica, y González disponía de coche y moto propios cuando muchas personas y estudiantes universitarios no podían permitirse este tipo de posesiones —posteriormente sus padres le comprarían un piso en Sevilla para independizarse—. Por consiguiente, esta pretendida similitud con las «emergentes» clases medias no era totalmente cierta, pero funcionó debido, en gran parte, a la informalidad en el vestir y en el trato del propio González. Esta imagen de luchador contra el franquismo y de hijo del pueblo le permitiría a Felipe González aparecer frente a los ciudadanos españoles como el «padre del socialismo». Pero sería él mismo quien reforzaría esa fusión entre el líder y los seguidores, entre líder y ciudadanos. En una entrevista, la primera tras acceder a la presidencia del gobierno, a la revista *Hola* —que casualmente era, y sigue siendo, la de mayor tirada nacional—, Felipe González confesaba al periodista Jaime Peñafiel lo siguiente:

«Yo he vivido y me he criado en un Barrio de Sevilla y me gustaría que aquellos conciudadanos míos de ese barrio, y por extensión tantos millones de ciudadanos que viven en condiciones semejantes, piensen que yo estoy pensando en ellos y me estoy acordando de ellos, de sus angustias, sobre todo de sus angustias económicas»¹².

Es la respuesta típica del paternalismo de los líderes carismáticos, y de otro tipo de líderes. La lucecita encendida en palacio por la noche, tan típica de ciertos dictadores, como símbolo de «velar por todos», se transmutaba ahora en las palabras de González, «No os preocupéis que, aunque ahora me veáis distante por mis obligaciones, sigo pensando en vosotros, y sólo en vosotros». La asunción de ser el padre, no ya del socialismo, sino de todos los ciudadanos españoles, ha provocado que en más de una ocasión el tono del discurso se haya aproximado al sermón, algo que sin duda aprendió en sus años de

confusión con el nombre de Felipe González. Vid. Eduardo G. Rico, *Queríamos la revolución*, Barcelona, Flor del Viento, 1998.

¹²*Hola*, 20 de diciembre de 1982.

militancia católica —no por la relación eclesiástica, sino más bien por el carácter pedagógico y elitista propio de este tipo de educación católica—:

«Por eso a veces tengo la tendencia —dice Felipe González— a hacer un discurso que parece un sermón. Pero es que, desgraciadamente, tendrá que parecerse, porque se trata de recuperación y actitudes morales, valores éticos, etc. Y eso no se arregla con leyes o unas medidas económicas por muy bien que estén ideadas o técnicamente ajustadas. Es que no salimos adelante como no sea con una apelación permanente a la sociedad»¹³.

Ésta es la imagen que llegó a los españoles en 1982, la de un líder carismático que, curiosamente, no se reflejaba en cierto tipo de encuestas como la realizada por Rafael López Pintor y Manuel Justel en 1982¹⁴. Entre las razones apuntadas por los encuestados el 31% achacaban, a la pregunta del porqué del triunfo socialista, al mal gobierno de la UCD; el 24% a la campaña y el programa del PSOE; el 14% a que el PSOE era el mejor partido; el 10% al liderazgo de Felipe González; y el restante 21% NS/NC. De entre los datos se pueden entresacar cuestiones que explicarían mejor la capacidad de liderazgo de Felipe González. Por un lado, el 24% de los entrevistados creían que el triunfo del PSOE se debió a la campaña electoral y el programa del PSOE. Si tenemos en cuenta que los programas electorales están hechos para no ser leídos, es decir, nadie actúa racionalmente cotejando los diversos programas y decidiendo sobre la base de ello, queda claro que es la transmisión de ideas-fuerza a través de los medios de comunicación lo que permite al ciudadano hacerse una idea de las ofertas políticas. Si las ofertas, además, son realizadas por el líder del partido, y si la campaña está prácticamente centrada única y exclusivamente en este líder, que en el caso del PSOE es carismático, se puede asegurar que gran parte de las respuestas tienen como culpable incidental a Felipe González. Por lo tanto, sería cerca de un 35% de los encuestados los que, de una manera u otra, concederían el triunfo al PSOE como consecuencia de tener a Felipe González como líder.

¹³*Cambio 16*, 13 de enero de 1983.

¹⁴Rafael López Pintor y Manuel Justel, «Iniciando el análisis de las elecciones generales de octubre de 1982», *REIS*, núm. 20, 1982, (155-168).

El componente ético que adujo Felipe González en la campaña de 1982, ya expuesto en años y campañas anteriores, ejercía una fascinación sobre los ciudadanos, los cuales veían en los jóvenes socialistas una nueva clase política muy alejada de la sobriedad, el elitismo y la separación respecto a la gente de los políticos anteriores. Además utilizaban un lenguaje distinto, un lenguaje no propiamente socialista, sino un lenguaje «mítico» como era el *regeneracionismo* —posteriormente se analizará lo referente al discurso—. Felipe González era un líder carismático y ético, profundamente comprometido con la democracia y la constitución; un líder que había llegado a la política con el fin de cambiar la historia de España, de situarla en su «destino histórico». Por consiguiente, se podría aducir que Felipe González encarnaba el tipo de líder mosaico, un líder que viene a cumplir su destino histórico. Como expuso en un mitin de la campaña de 1982 en Bollullos del Condado (Huelva):

«Hay tantas cosas por hacer, hay tantas cosas por cambiar... Pero nadie podrá pensar que todo se cambia en un mes. ¿Ese cambio es pequeño? Yo creo que no, y les digo con toda sinceridad que creo que es un gran cambio, un cambio que supone un giro de ciento en la historia de España, se dice pronto. Después de centenares de años aquí se puede orientar la historia y la política de otra manera, con otro estilo, con otro comportamiento, con otra mira puesta en otros intereses, escrito, de lo que han sido los intereses de centenares de años. No digo de decenas de años, si ya no me refiero ni siquiera a la dictadura, me refiero a los años veinte, a los diez, a los primeros años del siglo, a los últimos del siglo pasado... Siempre ha sido así»¹⁵.

Pero este rasgo no es propiamente mosaico, mesiánico o prometeico, es un rasgo típico de los líderes carismáticos, aunque el propio Felipe González hablase de un posible mesianismo de su figura, frente a aquellos que le tachaban de caudillo¹⁶. Sin embargo, sí podemos decir que el liderazgo ejercido por Felipe González era un liderazgo típicamente prometeico; el liderazgo de una persona que tomando el conocimiento de los dioses (Modernidad), permitía a la raza humana (España) lograr la transformación

¹⁵Citado en Julio Feo, *Aquellos años*, Barcelona, Ediciones B, 1993, pág. 143.

¹⁶*Diario 16*, 19 de octubre de 1986.

necesaria para estar a la altura de los demás semidioses (países occidentales), cuando mejor estar a su cabeza (mito del Imperio español). Como recordaba Alfonso Guerra: «Realmente la herencia que nos ha tocado coger necesita una tarea de Prometeo»¹⁷.

2.) **FELIPE GONZÁLEZ COMO LÍDER CARISMÁTICO.**

El componente prometeico del liderazgo de Felipe González será analizado junto al discurso, porque es donde mejor se refleja esta característica. El campo de la visión —también llamado discurso— principio fundamental y constituyente de todo liderazgo, también reflejará ciertos matices carismáticos. Pero en este apartado vamos a analizar las características que conforman el liderazgo carismático —emergencia en situación de crisis, oratoria, mirada del líder, confianza, fe ciega en la posibilidades, energía y/o vitalidad, disciplina personal, capacidad de aprendizaje y posesión de gran inteligencia, y autocontrol—, lo que nos ayudará a comprender mejor los porqués de ciertas actuaciones al frente del gobierno —el partido se estudiará en capítulo propio—; y por qué actuó la oposición de la manera en que lo hizo.

2.1. *Emergencia del liderazgo de Felipe González en situación de crisis.*

Como manifestamos en la propedéutica los liderazgos surgen como consecuencia de una situación de crisis sistémica de diversas magnitudes. La superación de la crisis—o el deseo de— proveerá a los individuos una cierta liberación de aquello que les constreñía¹⁸. ¿Se puede, entonces, decir que la situación de 1982 era una situación de crisis? ¿Tiene el liderazgo de Felipe González una relación directa con esta crisis, o bien es producto de una crisis larga y no meramente coyuntural? Santos Juliá lo expone con suma claridad:

¹⁷Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 169.

¹⁸Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra, 1999, pág. 20.

«El PSOE se presentó a las elecciones convocadas por Calvo Sotelo cuando todavía no se habían superado los peores efectos de la crisis económica arrastrada desde 1974; el PIB seguía estancado; la inflación no bajaba del 15 por 100; el déficit cabalgaba en continuo y poco ortodoxo galope; la destrucción de empleo, imparable hasta alcanzar el 16,5 por 100. A la crisis económica se añadía la permanente tensión provocada por los atentados de ETA, que no bajaron de intensidad después de febrero de 1981. Los militares golpistas habían sido juzgados, Armada y Milans condenados, pero las suaves penas y la absolución de varios oficiales, aunque inmediatamente recurridas ante el Supremo por el gobierno, dejaron flotar la impresión de una amenaza difusa sobre el sistema democrático. Por si faltaba algo, poco días antes de las elecciones convocadas para el 28 de octubre, el gobierno desarticuló una nueva intentona golpista»¹⁹.

Por lo tanto, se puede decir que la victoria del PSOE en 1982, con Felipe González como líder indiscutible al frente, tenía detrás una situación de crisis. Los ciudadanos españoles vieron que Felipe González podía ser la persona que solucionase los aspectos críticos y más acuciantes del sistema. Sin embargo, había otros aspectos «críticos» que no habían sido solventados durante la transición española, y que estaban igualmente presentes en la conciencia de los españoles.

Si el mito de la reconciliación española actuó en detrimento de proyectos grupales específicos durante los años de la restauración democrática, persistía en España otro mito: el «mito de Europa». Como afirma Manuel Ramírez, España «lleva transitando desde 1810»²⁰; es decir, desde aquella época pretérita está España intentando consolidarse dentro de la Modernidad. Si en los aspectos culturales y sociológicos España estaba casi a la par que el resto de países occidentales al final de la transición²¹ —evidentemente las

¹⁹Santos Juliá, *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 260 y 261.

²⁰Manuel Ramírez, «Cuestionar la transición», *El País*, 6 de octubre de 1998.

²¹Cfr. José Carlos Mainer y Santos Juliá, op. cit.; Edward Malefakis, «Cambio estructural y transición a la democracia: una visión comparada» en Javier Tusell y Álvaro Soto (eds.), *Historia de la transición, 1975-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 1996; José María Maravall, *La política de la transición*, Madrid, Taurus, 1981 y *Los resultados de la democracia: un estudio del sur y del este de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1995; Víctor Pérez-Díaz, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza Editorial, 1993 y *España puesta a prueba, 1976-1996*, Madrid, Alianza Editorial, 1996; y José Félix Tezanos,

restricciones del franquismo incidían en numerosos aspectos que, al día de hoy (2001), todavía no se han cerrado—, en los aspectos políticos y, en cierta medida, psicosociológicos aún quedaba un largo trecho que recorrer. La crisis de 1898 se había intentado cerrar con diversos «cirujanos de hierro» (Primo de Rivera y Franco) y con una apertura democrática (IIª República), mas el resultado final no había sido satisfactorio. El discurso orteguiano y de la gran mayoría de la *Generación del 14* y de la *Institución Libre de Enseñanza*, referente a la modernización de España y su «europeización», persistía en la mayoría de la élite intelectual española. La reforma de las instituciones administrativas y la formación plena del Estado-nación moderno era un deseo común a millones de personas que votaron por el PSOE en 1982. Las formas de actuación caciquiles tan presentes en España, especialmente reflejadas desde la Restauración²², la «perenne» corrupción de los cuadros administrativos y políticos españoles, la falta de democracia o de una democracia que fuese más allá de los aspectos puramente formales, también eran razones que se esperaban superar, pues Suárez no había podido ni temporal ni intencionalmente, con la llegada de Prometeo y «su» PSOE al poder gubernamental en 1982. Incluso estaban presentes los proyectos atemperados de la *generación del 68*; «la imaginación al poder» era una consigna, como otras muchas, que flotaban en el ambiente de 1982, mucho antes de su ajusticiamiento²³, y que fomentaba la alegría que se vivió el 28 de octubre de 1982. En resumen, no sólo había una crisis coyuntural de magnitud media, sino que había una crisis histórica e, incluso, generacional, la cual no pudo cerrarse durante la transición propiamente dicha, esperando una solución firme. Por lo tanto, se puede decir que la llegada al gobierno de Felipe González fue la solución —vía liderazgo, no vía normativa— que los españoles creyeron encontrar para la resolución de ambas crisis.

«Modernización y cambio social en España» en José Félix Tezanos, Ramón Cotarelo y Andrés de Blas (eds.), *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1993.

²²Cfr. Javier Alvarado (coord.), *Poder, Economía, Clientelismo*, Madrid, Marcial Pons, 1997.

²³Juan Carlos Monedero, «El misterio de la transición embrujada (Un *collage* generacional sobre la transición española)» en Juan Luis Paniagua Soto y Juan Carlos Monedero (eds.), *En torno a la democracia en España*, Madrid, Tecnos, 1999, pág. 201 y ss.

Permítasenos incorporar una serie de textos de dirigentes e intelectuales del PSOE que ponen de manifiesto lo que acabamos de afirmar. Javier Solana afirmaba en 1982, poco antes de las elecciones generales, en referencia a los aspectos políticos:

«La plena ciudadanía política supone, de forma esencial, el ensanchamiento de las libertades tanto individuales como colectivas, sin recortes ni mediatizaciones»²⁴.

Sobre la reforma de la Administración del Estado:

«Implica, por otra parte, que el Estado quede “nacionalizado” al servicio de toda la sociedad y no de minorías privilegiadas. Para ello un objetivo ineludible es la *Reforma de la Administración*. No es posible pensar en ningún tipo de acción de Gobierno eficaz ni desarrollar un programa de cambio social que no exija una reforma en profundidad del aparato del Estado. Pero hay que tener en cuenta que ningún programa de estas características, en las condiciones de una sociedad española actual, será eficaz si no es fruto de un acuerdo amplio entre las fuerzas sociales y políticas y si no cuenta con un fuerte respaldo popular. La Administración no se reformará por sí sola. Sin el estímulo y el apoyo de un movimiento de interés social por la Administración y sin llevar a los ciudadanos la conciencia de que son ellos los verdaderos titulares de un aparato que pagan y deben poner a su servicio, se embarrancará cualquier intento reformador serio»²⁵.

Por su parte Didac Fábregas analizaba, desde un punto de vista de las acciones de los partidos en el gobierno, las prestaciones que debía aportar —lo que iba a aportar— al conjunto de la sociedad:

«El partido —los partidos— no puede ni debe pretender sustituir la acción propia y autónoma de las organizaciones de la propia sociedad civil; ni debe plantearse que sólo hay que potenciar aquéllas que se identifiquen con el ideario o programa del partido; ni puede discutir la legitimidad y la necesaria existencia de formas de organización autónomas de la propia sociedad civil para defender su soberanía al margen de las instituciones democráticas y de los partidos. Por el contrario, la existencia amplia y

²⁴Javier Solana, «La alternativa socialista», *Leviatán*, nº 9, otoño 1982, pág. 13.

²⁵*Ibíd.*

organizada de las mismas es la garantía de una sociedad con amplia capacidad de autogobierno y de conciencia democrática»²⁶.

Sobre el asentamiento de la democracia y la «regeneración» del papel de los partidos dentro de aquella:

«Supondría una total falta de perspectiva histórica, al no entender que es una expresión negativa, muy negativa para el futuro de la democracia y del socialismo, la actual situación de falta de comprensión de los ciudadanos en el papel de los partidos en la construcción del sistema democrático. Los hombres pasarán, los líderes podrán ser distintos, lo importante es que el papel de las instituciones se consolide, y ello sólo es posible cambiando la valoración que los ciudadanos tengan de los mismos»²⁷.

Por último, Ludolfo Paramio en un análisis del «desencantamiento» —como entiende él que ha sido el desencanto—, ofrece una imagen de superación de aquel:

«La necesidad de modernizar y racionalizar el aparato de Estado, la necesidad de un prolongado período de gestión *socialdemócrata* del Estado se ha hecho evidente para todos los supervivientes de la izquierda de los años 60, con excepciones notables en las personalidades públicas, pero muy escasas en las filas de la militancia de base»²⁸.

2.2. Características del liderazgo carismático y Felipe González.

El liderazgo carismático se basa, por encima de y entre otras cuestiones, en la entrega por parte de los seguidores a la extraordinaria personalidad de una persona, en este caso el líder. Empero, los diversos análisis históricos y coyunturales demuestran que los líderes carismáticos poseen una serie de características comunes a todos ellos que les permiten ser lo que son. Nuestra intención será —a la vista de la serie de análisis expuestos en capítulos anteriores (vid. capítulo 5º principalmente)— averiguar si estas características

²⁶Didac Fábregas, «Un partido para construir y dirigir el cambio», *Leviatán*, nº 9, otoño 1982, pág. 105.

²⁷Ibíd., pág. 107.

²⁸Ludolfo Paramio, «El final del desencanto», *Leviatán*, nº 9, otoño 1982, pág. 30.

«carismáticas» pueden ser encontradas en la personalidad de Felipe González. A fin de que el análisis no dependa tanto de nuestras propias valoraciones, como de las opiniones de las personas que han estado cerca del líder socialista, recurriremos a coetáneos y analistas para escudriñar si se ajustan las características del modelo teórico, a las características del caso, el liderazgo político de Felipe González en la España contemporánea.

2.2.1. *La oratoria.*

«Tanto los que le rodeaban como él mismo empezaron a darse cuenta de su habilidad, poco común, para expresar los prejuicios y resentimientos populistas más vulgares de una manera atractiva y puramente demagógica, con lo que comenzó a perfilarse la toma de conciencia y la seguridad del agitador político»²⁹. El texto con que comenzamos se refiere a Adolf Hitler y son palabras del historiador británico Ian Kershaw, pero bien podrían valer para cualquier líder carismático realizando una serie de cambios de matiz. Esta extraña cualidad, la oratoria, no se refiere principalmente a la utilización profusa de figuras retóricas que pueden embellecer el discurso. Más bien la oratoria, que evidentemente necesita de cierta capacidad lingüística —aunque no siempre—, hace referencia a la capacidad para «embruja» con las palabras al auditorio³⁰. Luis Gómez Llorente era tan buen o mejor orador, o tribuno si se prefiere, que Felipe González o Alfonso Guerra, sin embargo, no se puede decir que fuese un líder carismático —al menos fuera del entorno de Izquierda Socialista, por su cuasi carácter de secta— como lo ha sido

²⁹Ian Kershaw, *Hitler*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pág. 15.

³⁰La capacidad de «embrujo» de las palabras está íntimamente relacionada con la visión, es decir, el medio junto al fin. La idea que embarga al líder carismático es capaz de proyectarse más allá del propio líder y embargar a los seguidores. Aquí se encuentran fusionadas las dos vías «carismáticas» que prenden en la sociedad y que tan correctamente analizó Emile Durkheim, la persona (y sus palabras) y la idea. Merece la pena recordar las palabras del autor francés: «Si llega a prendarse [la sociedad] de un hombre determinado creyendo descubrir en él las principales aspiraciones que la agitan, así como los instrumentos para satisfacerlas, ese hombre será puesto por encima de todos y como divinizado. La opinión pública le investirá con una majestad por completo análoga a la que protege a los dioses [...] Si se da el caso de que una creencia es unánimemente compartida por un pueblo, entonces, y por las razones que hemos expuesto anteriormente,

Felipe González. La capacidad oratoria del líder carismático tiene mucho que ver con la mezcla de palabras e imágenes que se proyectan, es decir, transmitir la certeza de que se cree firmemente en lo que se dice. En el caso de Felipe González se aúnan una serie de capacidades oratorias que conforman un todo básico para comprender esta faceta del personaje.

Adolfo Suárez recuerda que Felipe González le parecía el «flautista de Hamelín» por la capacidad de embrujo de su oratoria: «A mí en aquel entonces Felipe me parecía el flautista de Hamelín, la gente le escuchaba entusiasmada. Tenía un don especial que conservó durante mucho tiempo pero que ahora ha perdido. Y es que fuera en un mitin, en una reunión multitudinaria o con cinco o seis personas, siempre se tenía la sensación de que se estaba dirigiendo a ti en particular, el resto del mundo era algo aparte»³¹. La creencia firme de estar en la vía de cumplir el destino histórico que le ha tocado, provoca que Felipe González transmita una seguridad que es *rara avis* en el panorama político español³². Alfonso Guerra lo explica con claridad: «Se cree lo que Felipe diga aunque lo que diga no coincida con lo que uno cree»³³. Esta capacidad, que ha sido reconocida por numerosos analistas y políticos³⁴, cuenta con otro aditamento, la sinceridad que se desprende de sus palabras. Felipe González se encuentra tan convencido de sus posibilidades, es tal su entrega a la «causa» —la cual le ha prendido tan adentro que la ha hecho suya, parte de sí— que, pese a haber cambiado unos principios por otros, las personas le perdonan y vuelven a creer firmemente en él. Las traiciones o los olvidos le son perdonados en cuanto el ultrajado tiene una reunión con el líder. Esto sucedió, al menos, para una gran mayoría hasta 1993, a partir de esta fecha la capacidad carismática se

se prohibirá ponerle las manos encima, es decir, negarla o ponerla en duda». *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal, 1992, pp.200 y 201.

³¹Citado en Julia Navarro, *Nosotros la transición*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, pág. 199.

³²Tal vez Adolfo Suárez con su «puedo prometer y prometo» haya tenido esa capacidad de transmisión de seguridad, como bien reflejaban ciertos estudios realizados por diferentes institutos de investigaciones sociales.

³³Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 81.

³⁴Vid. Santiago Carrillo, *Juez y parte. 15 retratos españoles*, Barcelona, Planeta, 1998, pp. 231 y 232; Pilar Cernuda, *El presidente*, Madrid, Temas de Hoy, 1994, pp. 18 y 42; y Richard Gillespie, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pág. 381.

fue diluyendo por diversas razones que analizaremos *a posteriori*. Se puede decir que Felipe González ha poseído una gran capacidad retórica, la cual es reconocida, incluso, por sus críticos³⁵.

Adentrándonos un tanto en la retórica de Felipe González se puede observar que, al igual que el personaje de *A través del espejo* (Lewis Carroll), Humpty Dumpty, González toma las palabras no por el significado que comúnmente —o científicamente— tienen. Las palabras significan lo que él quiere que signifiquen, por lo que en muchas ocasiones se hace imposible la discusión o el debate en términos, más o menos, coherentes. Antonio García Santesmases —profesor de Filosofía Política en la UNED— descubrió este uso del lenguaje de Felipe González y, en cada reunión del comité federal del PSOE que se terciaba, le demostraba ideológica y «semióticamente» al secretario general que sus argumentos eran mucho más reaccionarios que las encíclicas papales de Juan Pablo II. Pero normalmente Felipe González no tenía que enfrentarse a personas de la capacidad de García Santesmases. Siguiendo con esta modalidad del lenguaje de González, debemos analizar varias situaciones para comprender tal situación. Para Felipe González el socialismo tiene básicamente tres principios, los de la Revolución Francesa: «Libertad, Igualdad y Fraternidad». A los que habría que añadir la «responsabilidad»³⁶. Sin embargo, dos páginas después —del libro que estamos analizando— de referirse a esos principios, la fraternidad y la igualdad son sustituidos por la «solidaridad» y la «justicia»³⁷. Si el concepto de «fraternidad» podría, con fórceps, encajar con el concepto, mucho más católico, de «solidaridad», vemos difícil desde una perspectiva socialista o socialdemócrata encajar el concepto de «igualdad» dentro del concepto de «justicia». Para el socialismo clásico básicamente la igualdad debe ser extendida a todos los ámbitos de la vida, especialmente en el terreno económico, y a todas las personas —en un intento de superar aquella expresión que afirma descriptivamente que «las personas son soberanas el

³⁵ «En ese estilo entra también su magistral retórica, un uso peculiar del lenguaje, que no es sólo ni fundamentalmente una entonación, unos gestos, un acento regional. Este es otro de los aspectos positivos del personaje». José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., pág. 43.

³⁶ Felipe González, *¿Qué era? ¿Qué es?. El socialismo*, Barcelona, Destino, 1997, pág. 36.

día en que votan, pero pierden esa capacidad cuando entran en el lugar de trabajo (anteriormente se utilizaba el término de fábrica)»—. La justicia, aunque social, desde una perspectiva socialista estaría determinada por la igualdad como uno de los principios fundamentales del pensamiento socialdemócrata, por lo tanto sería la justicia una forma —normativa, legal, moral, etc.— de desarrollo de la igualdad, sin llegar a ser lo mismo. Siguiendo con este análisis observamos que para Felipe González el Estado es: «un instrumento de representación de los intereses generales; expresión institucional de la Soberanía Nacional»³⁷. Felipe González cree ciegamente que el Estado es esto, no un territorio con límites definidos y un poder que ha de ser obedecido —la definición clásica—; ni el poseedor último del poder de coerción —definición weberiana—; ni un instrumento de la clase capitalista —definición marxiana—; sino que toma parte de Rousseau y los contractualistas para su propio concepto, un concepto, por otro lado, carente de cualquier referencia al poder —aunque hemos obviado el error conceptual mayor de asemejar el Estado con el parlamento, por ejemplo—.

Podíamos haber tomado muchos más ejemplos —hemos preferido los más actuales— para observar que Felipe González siempre piensa que los conceptos utilizados, errónea o correctamente, en su discurso no tienen más significado que aquel que él les quiera dar. Esta característica del lenguaje de Felipe González se ha transmitido hacia el partido —como otros matices que analizaremos— desde las escalas superiores a las bajas. La mayoría de los dirigentes del PSOE, en sus discursos autónomos, utilizan las palabras faltas de contenido, cuando no tautologías, lítotes o antítesis. Esto ha provocado una cierta indefinición ideológica y unos discursos que pueden llegar a significar cualquier cosa menos lo-que-se-da-a-entender: «A veces —manifestaba González— hablamos un lenguaje ininteligible»³⁸. Por ejemplo, cuando Felipe González decidió abandonar el marxismo, comenzó a utilizarse el término bernsteiniano «socialismo democrático» como

³⁷Ibídem, pág. 38.

³⁸Ibídem, pág. 61.

³⁹*Diario 16*, 25 de septiembre de 1987.

eufemismo del clásico «socialdemocracia» —algo así ha acontecido con el término «progresista» (eufemismo de social-liberal), sobre todo, desde el ascenso a la secretaría general de Joaquín Almunia, y los ataques del PP y la prensa por los casos de corrupción—. El uso de esta figura lingüística, que se empleaba para que no hubiese dudas marxistas, tenía una doble consecuencia: por un lado, el socialismo en sí incorporaba la democracia, por lo que hablar de socialismo democrático, o bien era una redundancia cuando no una tautología, o bien se daba a entender que había un socialismo que no era democrático con lo que se dañaba a la propia ideología; y, por otro lado, como consecuencia de lo expuesto se decía que los marxistas no eran democráticos, es más los socialistas «a secas» debían sentirse incómodos porque se ponía en duda su carácter democrático —refiriéndonos a los textos internos del PSOE, evidentemente—. Sin pretenderlo, aquellos que enterraban la «democracia interna» en el 28º Congreso del PSOE, acusaban a los «críticos», ahora Izquierda Socialista, de no ser suficientemente democráticos. Son las consecuencias propias de utilizar palabras vacías, muchas veces, de contenido, y de la transmisión por emulación carismática a toda la organización de ello.

En un análisis elaborado del lenguaje de Felipe González, José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel señalaron toda una serie de *tics* y giros lingüísticos de Felipe González como la utilización de anglicismos, circunloquios, neologismos, cientifismos, eufemismos, etc., que mezclados unos con otros dan lugar a un lenguaje «cantinflesco»⁴⁰. Sin embargo, ambos autores desestimaron analizar cómo Felipe González utiliza numerosas palabras arquetípicas y/o simbólicas, las cuales le han permitido convertirse en un líder carismático —una característica personal de González es ésta, saber utilizar palabras arquetípicas en según que circunstancias y según que auditorios—. En 1977, Felipe González utilizaba con asiduidad el término *federalismo* que, dentro de aquellas regiones españolas con carácter nacional propio, tenía mucha carga emocional⁴¹. Representaba la posibilidad de desarrollarse mediante una fórmula de autogobierno que,

⁴⁰José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., cap. 3, pág. 43 y ss.

⁴¹Vid. Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, *Felipe González. Perfil humano y político*, Madrid, Editorial Cambio 16, 1977, pág. 33.

hasta el momento, les había estado vedada —excepción hecha de los proyectos republicanos españoles—. Posteriormente, Felipe González olvidaría el término, adquiriendo el «más constitucional» de *autonomía*. Otra alocución simbólica de Felipe González es su continua referencia a la «eliminación de la explotación del hombre por el hombre», la cual repitió innumerables veces hasta en su discurso en el hotel *Palace*, tras la victoria de 1982⁴². La significación que le daba Felipe González desde luego nada tenía que ver con las formulaciones marxistas, sino con el recorte de la distancia entre las mayores rentas y las menores, mejorando a estas últimas:

«En el año 1982, cuando llegamos al poder, había un 48 por ciento de la sociedad que se consideraba clase obrera. Ha habido, pues, una gran transformación cuyo resultado es que el sistema de redistribución social que pusimos en marcha funciona dentro de estas clases medias. Se escapan, por arriba, los sectores pudientes —que nunca pagan lo que deben, dicho sea de paso— y los sectores marginales, consecuencia en parte de las reconversiones industriales y de los procesos de renovación tecnológica, sobre todo en los grandes centros urbanos»⁴³.

Pero el mensaje permeaba en los ciudadanos, no en el sentido marxista, pero sí en el sentido de que los empresarios no iban a explotar al trabajador, al asalariado como hasta la fecha. Al menos, así lo entendieron la mayoría de las personas que han ido apoyando el proyecto socialista, sobre todo en 1982. El simbolismo que proyectaban estas palabras era la eliminación de los problemas de empleo —los 800.000 puestos de trabajo son buena prueba de ello⁴⁴—, los problemas de los trabajadores en las fábricas y oficinas, en general, que iba a haber una estabilidad en el empleo y los salarios. La reiteración en el uso del término *España* en sus manifestaciones expresaba claramente que lo importante era el país no los propios gustos, lo importante era la generalidad, era recuperar España para los

⁴²*El País y Diario 16*, 29 de octubre de 1982.

⁴³Felipe González, op. cit., pág. 34.

⁴⁴Para un análisis detallado de este «mito» del socialismo español de final de siglo XX, y así comprender que los técnicos del PSOE sabían que era imposible crear 800.000 puestos de trabajo más de los que había —porque crearse se crearon pero también se destruyeron muchos más y aumentó la población activa—, véase Joaquín Almunia, *Memorias políticas*, Madrid, Aguilar, 2001, pág. 131 y ss.

españoles. Toda esta retórica españolista desembocaba en el «que España funcione», contraposición del arquetipo regeneracionista de «España no funciona»⁴⁵. Como última muestra de lo que estamos exponiendo, y desarrollo de lo anterior, el concepto de *izquierda* para Felipe González, además de estar cargado de pragmatismo, era claro y conciso, a la vez que permanente en su discurso. En 1988 decía: «Gobernar en un momento en el que uno tiene que optar entre inventar el futuro para que la derecha gobierne el presente o gobernar el presente para construir el futuro. Yo creo que hay que tener el coraje político de gobernar y tomar decisiones y no refugiarse en cómo sería el futuro mientras la derecha gobierna el presente. *Esto me parece ser de izquierdas*»⁴⁶. Nueve años después, en 1997, Felipe González seguía pensando lo mismo, aunque los españoles ya no creyesen de la misma forma las palabras de González: «El gran peligro de la izquierda, [...] sigue siendo la tentación de inventar el futuro —algunos el pasado— para no comprometerse con el presente»⁴⁷.

2.2.2. *La mirada del líder carismático.*

Esta característica de los líderes no suele ser muy considerada, con razón, por los diferentes analistas, biógrafos, hagiógrafos o cronistas, pero algunos científicos sociales sí han apreciado el extraño magnetismo de los ojos de los líderes, y no nos referimos a cuestiones fisiognómicas. Ann Ruth Willner quedó prendada de la mirada de Sukarno, presidente de Indonesia, como otros con Mussolini o Franklin D. Roosevelt⁴⁸. Sin embargo, si exceptuamos algún caso aislado, no hay constancia de que la mirada de Felipe González haya tenido esa transmisión casi mesmeriana de emociones que nos cuentan los

⁴⁵ «Tenemos que comprender cuál es la situación de *España* y quizá lo más hondo de esta reflexión sea decirles a todos que *España* depende de lo que nosotros hagamos de *España*, nosotros, todos los ciudadanos *españoles*», *Hola*, 20 de diciembre de 1982. (La cursiva es nuestra).

⁴⁶ *El País*, 4 de diciembre de 1988 (la cursiva es nuestra).

⁴⁷ Felipe González, op. cit., pág. 93.

⁴⁸ Ann Ruth Willner, *The spellbinders*, New Haven, Yale University Press, 1984, pág. 150.

analistas de otros casos. Tan sólo José Antonio González Casanova ha tenido esa sensación la madrugada del 28 al 29 de octubre de 1982: «Cuando Felipe González, al filo de la madrugada, dijo que los socialistas estaban “dispuestos y preparados para asumir la responsabilidad que el pueblo español nos ha confiado” me fijé instintivamente en su mirada y hallé en sus ojos, que no mienten, la serena sombra fatalista de quien acepta un destino nada sembrado de rosas»⁴⁹. Curiosamente *El Dominical* del diario *El País* del domingo 24 de febrero de 1996 no analizaba, como sí hacía con manos y pies, los ojos de Felipe González. Los entrevistados, que fueron preguntados por esta cuestión, tras un momento de extrañeza, no dieron mayor importancia a esta característica dentro de las cualidades de Felipe González —los que intentaron contestar expusieron algunas opiniones un tanto forzadas—; por consiguiente, no podemos decir que, al igual que otros líderes carismáticos, la mirada sea una de las características personales de Felipe González como líder. Lo que corrobora nuestra hipótesis de trabajo. Sin embargo, merece la pena analizar el cartel electoral del PSOE de 1982 (vid. Imagen 8.1.). El cartel presenta a Felipe González, con traje y corbata, con un cielo azul con unas pequeñas puras y blancas nubes al fondo, pretendiendo dar a entender que el héroe hispano había llegado a España para hacer desaparecer los negros nubarrones de la etapa anterior. Esto es claro y evidente, pero existía un detalle a destacar, la mirada del «Prometeo español». Una mirada elevada y mirando hacia adelante, no al posible visualizador, sino una mirada fija y confiada hacia el próspero porvenir del país. Esa mirada de Felipe González, puede ser y de hecho es, la única vez en que los ojos del líder socialista han reflejado algo más que una mera sobriedad o firmeza, por otra parte, común a todos los seres humanos. Mas como avanzamos líneas atrás, la mirada de Felipe González no es esa mirada mesmeriana de otros líderes carismáticos.

⁴⁹José Antonio González Casanova, *El cambio inacabable (1975-1985)*, Barcelona, Anthropos, 1986, pág. 407.

Imagen 8.1. *Cartel elecciones generales de 1982 (PSOE).*



2.2.3. *Confianza y fe ciega en las posibilidades.*

En el capítulo dedicado al desentrañamiento del liderazgo carismático aparecían en epígrafes propios tanto la confianza como la fe en las posibilidades. Allí ya manifestamos que la imbricación entre una y otra era clara y precisa; no se pueden entender unas características separadas de otras. En algunos dirigentes políticos se pueden encontrar una serie de características como las que aquí analizamos, mas la diferencia cualitativa es de intensidad. Una intensidad que está asentada en la *visión* (discurso) del líder político. Aún así, el contexto sistémico determinará las oportunidades de la persona para llegar a ser líder o no. Sin embargo, cuando un político, o mejor dicho, cuando un dirigente político reúne estas características unidas en su personalidad existen numerosas posibilidades de que llegue a ser un líder, que podría catalogarse de carismático si llegasen a coincidir en el tiempo los contextos que Joseph Bensman y Michael Givant⁵⁰ describieron para hablar del *carisma de baja intensidad*. Los diferentes analistas del liderazgo, especialmente del liderazgo carismático, no han encontrado entre líderes y dirigentes políticos una pormenorizada lista de características comunes a todas y cada una de las personas investigadas, excepto en las personas con carisma. Pero volviendo a las características que aquí analizamos, podemos decir que la fe ciega en las posibilidades y la

⁵⁰Joseph Bensman y Michael Givant, «Charisma and modernity: the use and abuse of a concept», *Social Research*, 42: 570-614, Winter: 1975.

confianza están más estrechamente unidas o relacionadas que el resto de características entre ellas y con éstas. Si una persona no tiene confianza en sí misma, en lo que está haciendo, diciendo, o proyectando poca fe en las posibilidades puede tener. Así mismo, y en sentido contrario, si una persona tiene fe en las posibilidades propias y del proyecto es mucho más sencillo que confíe en sí mismo y en el proyecto, es decir, aumenta la confianza. Una buena capacidad oratoria, una capacidad de embrujo a través de las palabras puede transmitir esa confianza y esa fe en las posibilidades en tanto en cuanto canal transmisor. Pero, como es lógico, es necesario que, previamente a la transmisión, la confianza y la fe en las posibilidades se encuentren plenamente asentadas en la persona, por lo que siendo características complementarias no son totalmente interdependientes. Sin embargo, confianza y fe en las posibilidades son complementarias. Así como con las características anteriores teníamos que recurrir exclusivamente a las opiniones de personas que han conocido de cerca, temporal, espacial y/o personalmente a Felipe González, para el análisis de estas dos características es posible recurrir a las propias palabras del personaje analizado. Por consiguiente sin expandirnos en las propias palabras del líder, ejemplificaremos ambas características con palabras de unos y de otro.

Comenzando por los analistas críticos, José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel afirman que Felipe González es poseedor de una «radical» inseguridad que provoca un cierto desvío de sus funciones principales:

«La radical inseguridad de González se expresa en la obsesión de ser más de lo que es, de hacer las veces simbólicas de “jefe de estado B”, de aparecer como “estadista” antes que como político, de preocuparse de las más abstrusas cuestiones internacionales en las que España tiene poco que decir (desde Contadora hasta el “espacio social europeo”), por encima de los asuntos nacionales de cada día»⁵¹.

Que Felipe González haya dedicado una ingente cantidad de su tiempo de gobernante a las relaciones internacionales es cierto, pero menos por una cuestión de inseguridad que por una razón de fe en las posibilidades de España. La pretensión de situar a España a la

cabeza de Europa, esa confianza en este proyecto —con el que estaba de acuerdo el propio Amando de Miguel en 1982, por cierto⁵²—, es la que provocaba que Felipe González pusiese un gran énfasis en la política exterior. Además, y sin resultar hagiográficos, Felipe González vivió una de las más intensas épocas de cambio del sistema político internacional: el hundimiento de la URSS y el Telón de Acero; el avance en y cristalización de la construcción de la Unión Europea; el «eterno retorno» del proceso de pacificación en Oriente medio, etcétera. Evidentemente, en un contexto tal, todo dirigente occidental disfrutará de las relaciones exteriores, algo por lo que Felipe González había demostrado mucho interés desde 1977⁵³. Por ejemplo, Margaret Thatcher —coetánea de González— en sus memorias políticas de gobierno dedica doce de veintiocho capítulos a los asuntos exteriores, lo que supone dedicar 359 páginas de un total de 748 —el 47'9% de las memorias—⁵⁴. El análisis numérico demuestra que una generación de políticos muy concretos vivió una época de convulsiones políticas, que provocó una dedicación temporal mayor a los asuntos exteriores del que normalmente —entendido en términos de percepción— se había dedicado, especialmente en España. Un caso, en cierto modo antitético al de Thatcher, es el de Valéry Giscard D'Estaing que, aún reflejando parte de sus negociaciones exteriores —especialmente soviéticas y estadounidenses y, a nuestro pesar, nada las españolas—, el grueso de sus memorias reflejan un espíritu más «nacional»⁵⁵. Además, la mayoría de los líderes políticos y los gobernantes tienden a traspasar las fronteras en una especie de búsqueda de legitimación ante sus ciudadanos. Sin embargo, en el caso de Felipe González —muy parecido al de Thatcher— existen dos componentes adicionales: uno de carácter nacional, y otro de carácter personal. El componente de carácter nacional, que puede sumarse a la ya mencionada pretensión de

⁵¹José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., pág. 68.

⁵²Tom Burns Marañón, *Conversaciones sobre el Socialismo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, pág. 465.

⁵³Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 14 y ss.

⁵⁴Margaret Thatcher, *Los años de Downing street*, Madrid, El País-Aguilar, 1994.

⁵⁵Valéry Giscard D'Estaing, *El poder y la vida*, Madrid, El País-Aguilar, 1988.

colocar a España a la cabeza de Europa⁵⁶, tenía mucho que ver con Latinoamérica. Pensaba González que al estrechar lazos con Latinoamérica —cuya voz en Europa debía ser por cultura y afinidad España— resultaría bueno para ambas partes, como dijo Felipe González en un mitin en Granada el 2 de octubre de 1982:

«Otro día o en otro lugar les hablaré del papel de España en el mundo, porque por ahí hay unos caballeros que nos llaman tercermundistas, tercermundistas, y nos llaman tercermundistas porque nos preocupamos de Iberoamérica, y es verdad que nos preocupamos. Yo les voy a contar algo curioso, el Gobierno está obsesionado con entrar en Europa, no está mal, que hay que hacer el esfuerzo por entrar, y nosotros fuimos los primeros que lo dijimos. Pero, miren, Francia e Italia tienen en este momento más estudiantes iberoamericanos en sus universidades que España, más que en España. Están empezando a mandar más técnicos a Iberoamérica que España. ¿Eso qué quiere decir? ¿Que Francia e Italia se han convertido en países tercermundistas? No, no, no. Quiere decir que les funciona la cabeza a los políticos, que saben dónde están, que saben por dónde les sopla el viento, y sepan que me duele que gente que habla nuestra lengua que comparte nuestra cultura, tenga que aprender francés o italiano para estudiar el postgrado y después se van formados para su tierra pero no se les olvida dónde se han educado, no se les olvida. Por cada cien estudiantes de Iberoamérica que tengamos aquí en nuestras universidades, dentro de diez años nos encontraremos con algunos de ellos responsables políticos, responsables económicos que serán nuestros amigos, o los amigos de otros países. Y eso dicen que es tercermundismo»⁵⁷.

Si los futuros dirigentes latinoamericanos fuesen «amigos» de los españoles serviría para establecer numerosas relaciones comerciales, culturales, etc.; todo en beneficio de España y de la modernidad de esos países. El componente solidario de González se asemeja a aquel *slogan* el cual afirma que «es mejor enseñarles a pescar que darles los peces». Puede incluso afirmarse que esta afirmación podía ser consecuencia de cierta megalomanía que le

⁵⁶ «No nos va a faltar ni coraje ni voluntad para superar este desafío. Debemos y podemos conseguir que España esté a la cabeza de esos países europeos que caminan hacia su unidad para ofrecer al mundo un proyecto, un destino común» (28 de marzo de 1985). Citado en Victoria Prego, *Los presidentes*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000, pág. 237.

⁵⁷ Citado en Julio Feo, op. cit., pp. 140 y 141.

invitase a llevar más allá de las fronteras españolas la Modernidad; o podía ser consecuencia directa de sus buenas relaciones con dirigentes políticos de aquellas latitudes — Fidel Castro, Carlos Andrés Pérez, Omar Torrijos, etc.—; o bien podía ser consecuencia directa de ese sentimiento de pérdida, de añoranza del Imperio propia de la generación del 98 y que tanto ha impregnado a personas de ciertas cohortes generacionales; en definitiva un sentimiento de hermandad tanto cristiana como histórica. Cualquiera de estas posibilidades es más plausible —por separado y en conjunto— que pensar en un sentimiento de inseguridad.

El otro componente, éste de carácter personal, tiene una relación directa con el carisma. Felipe González a partir de 1982, y prácticamente hasta 1993, se encontraba en una situación de «absolutismo personal» sin parangón. Esta consecuencia derivada del carisma del líder socialista, potenciada por la reverencia y la displicencia de todos cuantos le rodeaban —cuando Txiqui Benegas hablaba de Felipe González como «dios» o el «number one» no estaba lejos en su descripción de lo que significaba González para muchas personas—, tenía una serie de repercusiones en el carácter de la persona. La pretensión de ser «Califa en lugar del Califa» o, como dicen José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, de ser «jefe de Estado B» estaba provocada por la sensación personal, cuando se encontraba entre jefes de Estado y/o de gobierno extranjeros, de estar entre iguales; era como reunirse con el resto de los «dioses» del *Olimpo occidental*. Cuando estaba en España, sus compañeros de partido y una gran mayoría de los ciudadanos le trataban reverencialmente; las personalidades del mundo financiero y empresarial —léase Sánchez Asiaín, Polanco, Asensio, etc.— no llegaban a estar a su altura y le trataban con la misma deferencia que el resto; los intelectuales y periodistas —en su mayoría— lanzaban *loas y juegos florales* al «héroe salvador» de España; y, además, desde el primer momento había sido el «niño mimado» de la Internacional Socialista. Las críticas —que también las hubo y casi desde el principio de su mandato— provenían a su entender de los «rancios» conservadores, de los periodistas «chaqueteros y desagradecidos», y de una cosa llamada Izquierda Socialista, la cual había que tener ahí como contrapeso y señal de pluralismo. Sin

embargo, el pueblo, «mi» pueblo me «sigue llamando Felipe»⁵⁸; las críticas nada más que eran de personas contrarias a lo que era necesario hacer⁵⁹. Este es el sentimiento que albergaba Felipe González dentro de España: adoración u odio —que al fin y al cabo es otra forma de adoración— de «personas irracionales y sin sentido de la historia». Sin embargo, cuando se encontraba con los diferentes gobernantes europeos, en su rol de «estadista», podía hablar e incluso aconsejar sobre temas menos concretos que los propios del país —lo que no significa que no le preocupasen, pero confiaba hasta que le demostraban lo contrario en sus ministros—. No le interesaba concretamente si «fulanito» habíase peleado con «zutanito»; si los índices de todo tipo reflejaban que España avanzaba en el sentido de la Historia, eso era bueno. Pero cuando estaba en el «Olimpo» podía tratar de temas «históricos», de «Política», con mayúscula; él era parte de la Historia gestante. Respecto a lo que afirman José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel sobre la suplantación del monarca, cabe decir que Felipe González nunca pensó en ello —y podía haberlo hecho perfectamente por la propia lógica democrática española donde el rey no gobierna, no legisla—, es más la sorpresa para muchos fue la fluida relación entre González y Juan Carlos de Borbón; relación de la que se llegó a decir que el monarca trabajaba más a gusto con los socialistas que con otros —lo que en cierta ocasión dio a entender Sofía de Grecia—⁶⁰.

Volviendo al análisis de la confianza y la fe ciega en las posibilidades propiamente dicho, han sido analistas de muy diverso espectro ideológico los que han podido observar esta característica en González. Por ejemplo Pilar Cernuda afirmaba en 1994 que «parte del encanto de Felipe González era su seguridad en sí mismo»⁶¹. Pero no sólo observaba esa seguridad en sí mismo, esa confianza en las propias posibilidades y en

⁵⁸Pedro Calvo Hernando, *Todos me dicen Felipe*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987, pág. 242. En una entrevista concedida a Manel Fuentes en Telecinco el 30 de septiembre de 2001, Felipe González insistía en que la mayoría de las personas le llamaban Felipe.

⁵⁹Enrique González Duro, *Biografía psicológica de Felipe González*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pág. 68.

⁶⁰Jorge Verstrynge fue uno de los sorprendidos. *Ibidem*, *Memorias de un maldito*, Barcelona, Grijalbo, 1999, pág. 235.

⁶¹Pilar Cernuda, op. cit., pág. 83.

las de España, sino que «el Gobierno Socialista tomaba, de forma valiente, resoluciones que siempre había reivindicado la derecha»⁶². El gobierno llevaba a cabo políticas de «derechas» porque tenía una fe ciega en las posibilidades de esas recetas —económicas, por ejemplo— para cumplir el destino que se les había encomendado. Jorge Verstrynge, que vivió la época de auge de Felipe González, afirma en sus memorias que tanto Felipe González como su gemelo Alfonso Guerra tenían un nivel de hombres de Estado lo que les permitía «hacerse cargo de las circunstancias»⁶³. Estos son dos ejemplos de los muchos que podríamos traer a colación; en sentido parecido se han expresado en entrevistas y memorias Julio Feo, Adolfo Suárez, Santiago Carrillo y diversos dirigentes socialistas. Pero ¿tenía confianza y fe en las posibilidades el propio Felipe González?.

Por lo que respecta al gobierno y al PSOE, en 1977 Felipe González tenía una confianza enorme en que algún día se lograría llegar a gobernar, pero era una confianza serena y racional. No se pretendía llegar rápido, o llegar por llegar —que tal y cómo se desarrolló la transición española era difícil, por no decir imposible e improbable—, al contrario esperaban llegar al gobierno en un plazo de ocho años, pero con las ideas claras de lo que era necesario hacer:

«A este respecto, yo dije en la reunión de la Internacional Socialista a la gente que me preguntó por la situación española, que los socialistas somos *corredores de fondo*, que no estamos en los cien metros lisos para alcanzar el Ministerio, porque no nos interesa, al menos por el momento. No digo que todo el mundo en la organización tenga la misma tesis —habrá quien tenga mucha y muy inmediata ambición de poder—, pero en general, como Partido, como estructura política, nos podemos permitir el lujo de jugar a ocho años vista, porque nos parece que la política no es correr detrás de un Ministerio»⁶⁴.

⁶²Ibídem, pág. 303.

⁶³Jorge Verstrynge, op. cit., pág. 130.

⁶⁴Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 44. (La cursiva es nuestra)

En 1984, durante el discurso sobre el «estado de la nación», concretamente a punto de finalizar su discurso, Felipe González exponía fielmente su fe ciega en las posibilidades de modernización de España y su plena confianza en la consecución de tales logros:

«Señorías, creo poder decir —y repito con modestia, sin triunfalismos, porque el tiempo es escaso y porque el recorrido es pequeño— que estamos mejorando, que estamos en el camino de la resolución de los problemas fundamentales que aquejan a España, y espero que seguirá mejorando la situación en el futuro.

»Es cierto que parte de lo que hemos recorrido lo hemos hecho con la ayuda de otros, que agradezco. Otra parte con la incomprensión y a veces con la crítica no constructiva, que soporto. Otra parte hemos tenido que hacerlo en solitario; no importa. Permaneceremos fieles a nuestro compromiso y continuaremos la tarea»⁶⁵.

Pero el mejor ejemplo que podemos encontrar de la confianza y la fe en uno mismo de Felipe González, aunque con un alto grado de soberbia —causa natural de una amplia confianza en sí mismo, amplificada por la campaña de críticas contra él—, lo hallamos durante la campaña electoral de 1996, una campaña que prácticamente, como reflejaban todos los sondeos, estaba perdida de antemano. En un reportaje en *El País Semanal*, Sol Alameda recogía una anécdota de Felipe González con un amigo suyo que demuestra bien a las claras las sensaciones propias del líder socialista: «“No, me quiero marchar —afirmaba González— de La Moncloa”. El otro respondió: “Bueno, mira, no te preocupes, tú te presentas y pierdes y de todos modos te vas”. Como un rayo, Felipe respondió: “Es que no voy a perder”»⁶⁶. Estaba seguro de volver a ganar porque confiaba en sí mismo y en su proyecto, y tenía tanta fe que en otra entrevista, a poco de comenzar la carrera electoral de 1996, Felipe González afirmaba —«con lo que estaba cayendo»—: «Y es verdad que eso es lo que dicen las encuestas [anunciaban la victoria del PP], pero creo que no va a ocurrir, aunque debo admitir que lo tenemos más difícil que nunca desde que

⁶⁵Citado en Alfonso Guerra, op. cit., pág. 173.

⁶⁶*El País Semanal*, 24 de febrero de 1996.

ganamos las elecciones de 1982. Pero, aun siendo difícil, es posible»⁶⁷. Esta es una característica que siempre ha poseído Felipe González; ya en la celebración del 28º Congreso estaba tan seguro, tenía tanta fe en las posibilidades del proyecto que sabía que debían madurar, como recuerda Javier Solana: «Felipe me pidió que me quedara un momento, y me dijo: “Tenemos que hacer de este partido una alternativa para gobernar. El país no puede esperar a que nosotros maduremos. El país necesita que hagamos esa maduración rápidamente, y ¡tenemos que hacerlo!”»⁶⁸. Por consiguiente, se puede afirmar a modo de resumen, que la confianza —en sí mismo y en el proyecto— y la fe ciega en las posibilidades son características que posee Felipe González y, por ende, también su liderazgo carismático.

2.2.4. *Energía y/o vitalidad y disciplina personal.*

Como vimos anteriormente la energía y la vitalidad, que para algunos líderes y dentro de ciertas culturas se demuestra a través de la sexualidad, es posiblemente una de las características que más han intentado plagiar cierto tipo de dirigentes políticos. Correr hasta la extenuación, hasta que la cara se torna colorada o jugar al paddle —u otro tipo de deportes— no manifiesta ciertamente un gasto de energía o vitalidad política, es un asunto de malos asesores políticos. Tampoco hacemos referencia al adjetivo «enérgico» en el sentido de contundencia. No. Aun siendo un rasgo totalmente fisiológico, la energía de los líderes carismáticos tiene mucho de símbolo, de capacidad de trabajo que, pudiendo ser común a dirigentes políticos y líderes de otro tipo, en el caso de los líderes carismáticos se potencia cualitativamente. En términos de contundencia como energía la frase de Felipe González al finalizar el 32º Congreso del PSOE en 1990, «Desde ahora se va a gobernar en La Moncloa, no en Ferraz», sin duda sería la típica manifestación. Sin embargo, desde 1977 Felipe González ha venido demostrando a los españoles una actividad febril,

⁶⁷*El País*, 28 de enero de 1996.

⁶⁸Santos Juliá, Javier Pradera y Joaquín Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, Madrid, Taurus, 1996, pág. 404.

ampliada durante las campañas electorales, las cuales han dado buena muestra de los recursos energéticos de Felipe González. Frente a las «desapariciones» de Adolfo Suárez, González aparecía como un gobernante que continuamente estaba en plena actividad gubernamental. En 1990, Ismael Fuente publicó un libro-entrevista con Felipe González donde claramente hablaba del gasto de energía en el trabajo como una especie de síndrome: «siempre he trabajado con un empeño tal vez fuera de lo común y quizá sea un atavismo [...] Todavía hoy, en 1990, tengo ese síndrome. El síndrome de que trabajo poco, de que faltan muchas cosas que terminar cada día, de que dejo cosas pendientes»⁶⁹.

Ese sentimiento de que todo trabajo era poco, de que debía gastar más energía, más tiempo en terminar las cosas era superado por una dedicación mayor a su actividad, algo que reflejaba desde los tiempos de la transición. En la psicobiografía de Felipe González escrita por Enrique González Duro se expresaba perfectamente esa actividad casi frenética del líder socialista, actividad que provocaba una cierta distancia con los hijos, algo que no gustaba demasiado a Felipe González, pero que era latente⁷⁰. Sin embargo, y recurriendo al símbolo de la lucecita encendida en palacio, González ha afirmado a lo largo de su vida la escasa necesidad de dormir que siempre ha tenido: «Dormía muy poco, la verdad, pero de eso no tenía la culpa la política. Dormía poco porque durante todo el tramo de la adolescencia yo fui asmático, tenía una alergia asmática grave, y eso alteró mis pautas de sueño»⁷¹. Dieciséis años antes confesaba a Jesús Quintero que, esta escasez de descanso onírico, sin embargo, no era mala, al contrario, estimulaba las ganas de trabajar, lo que le permitiría trabajar cerca de ¡ochenta horas! a la semana⁷². Posiblemente algunas semanas pudiese trabajar ochenta horas y otras cincuenta y dos, pero el gasto de energía o el empleo de energía para gobernar era patente y latente entre los ciudadanos. Este ansia de trabajar, de autoexcluirse de la vida corriente, de estar embebido en la misión, de demostración de energía tenía un lado perverso o negativo: la separación en cierto modo de la realidad —ésta a la que había que estar apegados como gustaba decir, en tono

⁶⁹Ismael Fuente, op. cit..

⁷⁰Enrique González Duro, op. cit., pág. 118.

⁷¹Victoria Prego, op. cit., pág. 175.

pragmático, a Felipe González—. Durante la época de gobierno de Adolfo Suárez se habló del «síndrome de La Moncloa» que, sin incidir por una cuestión temporal en Leopoldo Calvo Sotelo, parece ser que, y de hecho así fue, afectó plenamente a Felipe González⁷³. Este aislamiento en favor del trabajo dio pie a que algunos comentaristas políticos tildasen al líder socialista como *monócrata monclovita* —Ramón Cotarelo también se refería a la forma de ejercer el poder como veremos más adelante—. Ante este tipo de acusaciones, Felipe González, en uno de sus juegos retóricos, no tuvo más que dar la razón a aquellos que le acusaban pero, sin excusarse, dándoles perfecta réplica a las acusaciones —técnica que el líder socialista utilizaba con frecuencia—: «Me meto demasiadas horas en el despacho. Comprendo y acepto la acusación de que se ha producido un alejamiento de la calle»⁷⁴. Es decir: «Estoy tan ocupado con mis obligaciones, en el bien de todos los españoles, que espero me perdonen por esto».

Por lo que respecta a la vitalidad, Felipe González ha utilizado un camino fuera de escenografías forzadas o alejadas de los paradigmas clásicos. Cuando François Mitterrand o Jordi Pujol iban —el segundo sigue haciéndolo— a la montaña no estaban ofreciendo un modelo de vitalidad, bien al contrario era un juego muy simbólico —que analizaremos junto con un aspecto similar de González *a posteriori*—. José María Aznar esquiendo o jugando al paddle intenta transmitir una vitalidad o energía que de otra forma no sabría comunicar —cualquier gobernante realiza un gasto de energía considerable y tiene una gran dedicación al trabajo; lo que ocurre es que algunas formas resultan de un patetismo supino—. Felipe González no necesitó de estos artificios de imagen para demostrar vitalidad —algo que ha seguido realizando una vez ha dejado el gobierno y la dirección del partido—. El líder del PSOE utilizaba la que es su mejor arma, el habla. Como hombre de Estado, Felipe González demostraba su vitalidad conociendo perfectamente las innovaciones mundiales, ya fuesen científicas, ya fuesen políticas.

⁷²*Diario 16*, 11 de mayo de 1984.

⁷³Julia Navarro, op. cit., pág. 44.

⁷⁴*El País*, 25 de octubre de 1992.

Siempre estaba preocupado por las nuevas «cosas», todo lo nuevo le sorprendía, especialmente todo lo referente a las nuevas tecnologías. Escribió el *Prólogo* a la obra de Manuel Castells y otros sobre nuevas tecnologías⁷⁵ y, no hace mucho tiempo, en uno de sus discursos como presidente de la *Comisión Progreso Global* de la Internacional Socialista, se reafirmaba en las innovaciones tecnológicas: «Estamos en una revolución tecnológica que afecta a las relaciones industriales, a la convivencia entre los ciudadanos y, en definitiva, a las relaciones sociales»⁷⁶. Mientras que algunos dirigentes políticos, tras retirarse, se dedican a sus memorias y recuerdos, Felipe González sigue intentando innovar pleno de vitalidad en su papel de «estadista» mundial. El líder socialista demostraba enorme vitalidad «estando al tanto» de los nuevos avances, ya que como dice el psiquiatra italiano Piero Rocchini:

«En el hombre motivado por el éxito, la coherencia tiene un significado instrumental. El punto central es el de “cabalgar al tigre” del momento. Ese hombre posee una notable habilidad en la adquisición y uso de las informaciones, del mismo modo que modifica sus propias prestaciones en función del tipo de mensajes que recibe»⁷⁷.

En torno a la disciplina personal de Felipe González podemos realizar dos apuntes. Por un lado, la cultivación de bonsáis requiere cierta disciplina, cierta paciencia para no resultar un «chapucero», y Felipe González, desde luego, no pretende serlo. Sin embargo, las diferentes biografías consultadas y las personas entrevistadas no aciertan a manifestar con seguridad que Felipe González sea una persona disciplinada al estilo de Mohandas Gandhi —sus caminatas y sus huelgas de hambre son buena prueba de ello—, pero tampoco dicen lo contrario. La persona que, en entrañable y no provocada conversación, acertó a hablarnos de un González en la intimidad, nos legó un detalle que bien podría ser considerado como una cuestión de disciplina personal: la comida. Felipe

⁷⁵Felipe González, «Prólogo» en Manuel Castells y otros, *Nuevas tecnologías, economía y sociedad en España*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

⁷⁶Felipe González, *Los cambios del mundo contemporáneo y el papel de la política*, Comisión Progreso Global, 1998, pág. 1. Véase también Felipe González, «Prólogo» en Fernando Flores, Charles Espinosa y Hubert L. Dreyfus, *Abrir nuevos mundos*, Madrid, Taurus, 2000.

⁷⁷Piero Rocchini, *La neurosis del poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 137 y 138.

González, por sus problemas de asma y la ingesta de corticoides para solucionarlos, cuida en la medida de lo posible su alimentación. No es persona de grandes banquetes y prefiere siempre la frugalidad en el comer. Con respecto a esta cuestión, el líder del PSOE se muestra disciplinado en grado sumo, haciendo de la necesidad virtud en banquetes oficiales y rechazando en la medida de lo posible los dulces —Alfonso Guerra por su parte, y como contrafigura no buscada, es un apasionado de los dulces, especialmente del chocolate, llegando a portar chocolatinas en los bolsillos—. Por otro lado, el líder socialista posee una cualidad que denota cierta disciplina: el estudio de materias necesarias para la política. Como afirma Pilar Cernuda:

«Felipe González se dejó los codos estudiando economía cuando accedió a la Presidencia del Gobierno; consideraba que sus conocimientos en política y en relaciones internacionales le permitirían salvar con éxito los escollos que se presentaran en los primeros meses de Gobierno. [...] Felipe González dedicó muchas horas a estudiar economía, como si se encontrara nuevamente en la universidad y tuviera que examinarse todos los viernes, cuando se celebraba el Consejo de Ministros»⁷⁸.

2.2.5. Capacidad de aprendizaje y posesión de gran inteligencia.

Al finalizar el epígrafe anterior ya expresamos que Felipe González se había «dejado los codos» estudiando economía porque él mismo se percataba de esta carencia. A su vez creía tener conocimientos suficientes para sobrevivir en términos estrictamente políticos; pues bien, para alcanzar tales conocimientos Felipe González no buscó en los libros o «manuales para el político», sino en la experiencia cotidiana, en el contacto con sus mentores y demás líderes políticos. Pero ¿cómo saber si aprendía o no, si tenía o no una gran inteligencia durante ese período? Al igual que sucedió con otras características sólo podemos recurrir a aquellas personas que más cerca estuvieron de él. Julio Feo

recuerda que en los primeros años de González en la política no clandestina, bajo una actividad frenética de encuentros, reuniones, ruedas de prensa..., Felipe González «ejercía de esponja, asimilando lo que le interesaba de cada una de las conversaciones»⁷⁹. Las reuniones de la Internacional Socialista le servían para conocer los entresijos de la política internacional; aprendía mucho de su «mago Merlín» particular, su venerado Willy Brandt, quien correspondía con un trato paterno-filial⁸⁰. Mariano Rubio, persona que empatizó rápidamente con el líder socialista al llegar a Madrid en 1975, recuerda que Felipe González «aprendía deprisa, pero muy deprisa. Sorprendía su capacidad de asimilación»⁸¹. Se puede decir, por lo tanto, que Felipe González posee esa capacidad de aprendizaje, de rápida asimilación; lo que hay que sumar a una gran capacidad de memoria.

El aprendizaje se puede relacionar con la inteligencia, sin duda son características complementarias, pero ser inteligente y actuar con inteligencia también se compone de otras capacidades imbricadas en aquéllas. José Luis Gutiérrez, que con el paso de los años se convertiría en uno de los adalides del contra-felipismo, ha reconocido que Felipe González era una persona con una imaginación portentosa: «Y quizá otro de los perfiles menos analizados en la personalidad del líder socialista sea el de su imaginación. Felipe es un político meridionalmente imaginativo»⁸². Sin embargo, la imaginación no es un aspecto de la inteligencia propiamente, ser fantasioso no tiene por qué estar unido a la inteligencia, mas tener imaginación como símil de visión sí tiene un claro componente de inteligencia. Cuando José Luis Gutiérrez quedaba absorto por la capacidad imaginativa de Felipe González, no se acordaba de personajes fantasiosos, sino que se sentía transportado por esa previsión espacio-temporal del líder socialista; una previsión que traía el futuro

⁷⁸Pilar Cernuda, op. cit., pág. 217.

⁷⁹Julio Feo, op. cit., pág. 57.

⁸⁰En una de las conferencias de la *Comisión Progreso Global* de la Internacional Socialista, Felipe González recordaba, tras una época de distanciamiento, a su maestro: «En 1976, Willy Brandt se hace cargo de la presidencia de la Internacional. Willy Brandt era una figura prominente de carácter mundial. Era el hombre que impulsaba unas nuevas relaciones Este-Oeste y unas nuevas relaciones Norte-Sur en ciertas áreas. Era una de las personalidades que clamaba por una política de democratización, de paz, de universalización de la propia Internacional Socialista». Felipe González, *What is the "Global Progress" Commission?*, Comisión Progreso Global, 1998, pág. 1.

⁸¹Citado en Enrique González Duro, op. cit., pág. 74.

hasta el presente. Era la capacidad de embrujo que tanto admiró Adolfo Suárez. Esta característica es una de las que han sido, sobre todo de 1977 a 1989..., más celebradas por sus seguidores y contradictores. El propio Felipe González, por ejemplo en el tema del marxismo, siempre tuvo conciencia de su ocaso:

«Yo creía que el marxismo estaba sobrepasado en términos históricos, que un partido no podía definirse como marxista. Los alemanes lo habían hecho mucho antes en Bad Godesberg, para entendernos, después lo hizo Gorbachov, para entendernos también, y después se cayó el muro de Berlín. Y entonces desaparecieron muchas de aquellas certidumbres ideológicas»⁸³.

Se destila de sus palabras que él, en 1979, había sido un socialista post-muro *avant la lettre*, había tenido la capacidad de predecir con diez años de antelación el fin de la URSS y el Pacto de Varsovia, por esta razón dio el salto hacia delante en su pretensión de abandonar «instrumentales» que pronto caducarían. Alfonso Guerra su disciplinado escudero corroboraría esta percepción del líder socialista:

«La renuncia al marxismo fue un acontecimiento de una importancia histórica que no se ha valorado todavía lo suficiente. Fue el inicio de lo que hoy es el PSOE, el banderazo de salida para la adecuación del Partido a la sociedad de finales del siglo XX. Fue, en definitiva, un gran acierto, una jugada política de anticipación de Felipe»⁸⁴.

Pero, sin duda, el aspecto complementario de la inteligencia de Felipe González es su capacidad de síntesis. Como afirmaba Ramón Rubial a Julia Navarro: «Él procuraba hacer

⁸²José Luis Gutiérrez, *Veinte años no es nada*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pág. 53.

⁸³S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 543.

⁸⁴Citado en Melchor Miralles y Francisco J. Satué, *Alfonso Guerra. El conspirador*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, pág. 299. También Javier Solana exponía una teoría similar: «Influyó [para abandonar el marxismo] su inteligencia, su intuición política, que es extraordinaria, y un conocimiento de nuestro entorno internacional muy superior al de la media de los dirigentes políticos de entonces. Felipe tenía amistad con Olof Palme, con Bruno Kreisky, conocía bien a Golda Meir, contaba con todo el apoyo de Willy Brandt y participaba en los debates de la socialdemocracia europea». S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 406.

una síntesis entre sus ideas y las de otros»⁸⁵. Gracias a esta capacidad de síntesis Felipe González lograba —a principios de la transición— que sus propuestas siempre saliesen adelante y, a la vez, evitaba ciertos resquemores dentro de la ejecutiva. Cuando dejó de sintetizar sus ideas con las propuestas de otros, que viene a coincidir en el tiempo con la segunda legislatura socialista, las peleas, los enfrentamientos y las separaciones comenzaron a aparecer y a dañar sus relaciones con los demás miembros —no «felipistas»— del partido. Si hasta ese momento, aunque con enfrentamientos debidos al nacionalismo del líder y el izquierdismo del gemelo, las propuestas gubernamentales programáticas y partidarias eran similares; posteriormente la situación sería diferente. Las propuestas gubernamentales y programáticas irían girando a la derecha a una velocidad mayor que las propuestas partidistas, las cuales, a pesar de los esfuerzos de los guerristas, giraban a una velocidad menor. Resumiendo, es claro que la capacidad de aprendizaje de Felipe González es notoria, como lo es la inteligencia para prever situaciones y moverse en las procelosas aguas de la política. Empero, la capacidad intelectual de Felipe González, pese a su inteligencia, no es precisamente uno de sus fuertes. El libro que escribió junto a Alfonso Guerra en 1977, titulado *El PSOE*, era una recopilación de inconexiones ideológicas que iban desde el cristianismo al marxismo —con sus diversas acepciones leninistas, gramscianas, revisionistas, etc.—, muy centradas en las elecciones⁸⁶. El libro de un año antes, *Socialismo es libertad*, era una recopilación de discursos y vaguedades intelectuales⁸⁷. Sin duda la capacidad intelectual no es uno de los puntos fuertes de Felipe González cuyas obras tienen más de políticas que de intelectuales, es decir, frases muy programáticas llenas de ideas-fuerza, pero no de análisis profundos —lo que tampoco era perseguido por González, aunque sí por Guerra—.

2.2.6. Autocontrol.

⁸⁵ Julia Navarro, op. cit., pág. 125.

⁸⁶ Felipe González y Alfonso Guerra, *PSOE*, Bilbao, Albia, 1977, passim.

⁸⁷ Felipe González, *Socialismo es libertad*, Madrid, Edicusa, 1976.

Helga Soto, jefa de prensa del PSOE durante muchos años, y acompañante indefinida de Felipe González durante sus tres primeras campañas electorales, recuerda que una de las características del líder socialista era la serenidad: «Era casi inalterable, hasta en situaciones difíciles y tensas»⁸⁸. Esta capacidad para autocontrolarse en situaciones altamente tensas quedó patente durante la celebración del 28º Congreso del PSOE, cuando decidió «renunciar» al cargo de secretario general. Cuando todas las personas, en el Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid, estaban presas de la tensión creada por el anuncio del líder —Javier Solana y Alfonso Guerra zarandearon y agarraron por las solapas a ciertos compañeros como, por ejemplo, Enrique Tierno Galván, hombre sosegado—, él se marchaba tranquilamente a dormir a su casa. Aunque era consciente de que los «poderes fácticos» socialistas y no socialistas estaban presionando para que no hubiese posibilidades de candidatura alternativa. Otra situación similar se produjo en el 32º Congreso del PSOE en 1990, cuando comenzó la lucha entre renovadores y guerristas. A pesar de que conectaba con las pretensiones de los renovadores, muchos de ellos ministros o ex-ministros, supo contenerse en su apoyo, en un intento de frenar la desestabilización hacia la que marchaba la organización. Quería un partido estable en un momento en que los primeros casos de corrupción —el *caso Juan Guerra* era el más conocido— comenzaban a dañar su imagen y afectaban a su gemelo Alfonso Guerra⁸⁹. Para finalizar nos gustaría recordar una frase que dijo en 1979 durante una entrevista con Fernando Claudín: «No tengo vocación política específica. De ahí que pueda desdoblarme y ver al personaje desde fuera de su mundo»⁹⁰. Desde luego la capacidad de ver al político desde fuera, con los ojos del hombre es uno de los componentes del autocontrol personal, ya que esta posibilidad permite ver el contexto desde otro punto de vista, eliminando las

⁸⁸Citado en Enrique González Duro, op. cit., pág. 79.

⁸⁹Ricardo Martín da una explicación sobre cómo actuaba Felipe González: «Más bien González encontró razones suficientes —de oportunidad, de sentido común, de estrategia, de convicción, las que sean— para subirse en marcha a un tren que había partido en la estación de Chamartín. [...] a Felipe González [...] le incomodaba tener que volcarse públicamente como líder de la renovación, así que sus “apóstoles” tenían que estar siempre a expensas de un gesto, un signo, que permitiera a los incrédulos caer en la cuenta de que Felipe, de un modo críptico, estaba apostando en efecto por dichos renovadores». Ricardo Martín, *Almunia. Un corredor de fondo*, Madrid, Temas de Hoy, 1998, pp. 199 y 200.

⁹⁰Fernando Claudín, «Entrevista con Felipe González», *Zona Abierta*, 20, 1979, pág. 6.

interferencias propias del ambiente. Sin embargo, esta cualidad la perdió Felipe González durante sus años de gobierno. El «absolutismo» de su figura devoró al hombre que salía del político para verse en otro plano distinto, y poco a poco perdió el contacto con la realidad de las «personas comunes» como a él gustaba decir. Se ensimismó en las cifras macro, las cuales marcaban el buen camino de España hacia su destino, y perdió la agudeza que antes le hacía detenerse en las cifras micro. Encerrado en La Moncloa y rodeado de epígonos, de la *beautiful people*, de la ostentosa *gauche caviar* española; saliendo para reunirse con los grandes dignatarios internacionales —sus iguales—, Felipe González no pudo desligar al hombre del mito. Es más, cual *Saturno*, el mito, el héroe devoró al hombre⁹¹. Por lo tanto, desde su llegada al gobierno Felipe González no volvería a poder utilizar ese componente del autocontrol.

3.) **FELIPE GONZÁLEZ COMO HÉROE.**

Avanzamos que el liderazgo heroico puede desdoblarse en otro tipo de liderazgo como el prometeico. Nosotros mantenemos la tesis de que el liderazgo de Felipe González ha sido tanto carismático como prometeico —más el tipo de líder del esquema blondeliano que, como con el liderazgo prometeico, se analizará en el capítulo de la visión—, lo que no empece para que analicemos los componentes heroicos del liderazgo de Felipe González. En el capítulo anterior vimos cómo la aparición de González se asemejaba a las irrupciones de los héroes míticos, cómo era ayudado por Willy Brandt y cómo luchaba para lograr cumplir su destino; ahora debemos analizar las características del liderazgo heroico que no analizamos desde el punto de vista antropológico.

3.1. *El grado de dificultad de la acción, el riesgo envolvente y la naturaleza del cambio.*

⁹¹ El hombre no reaparecería hasta 1997. Si se observan detenidamente las fotografías y las imágenes de televisión del día de la dimisión de Felipe González en el 34º Congreso, la única persona, con plena manifestación de alegría, era Carmen Romero. Por fin podía recuperar al hombre —la salida cogidos del brazo simbolizaba el «dejar atrás» al mito, salía con el hombre nada más—.

Al comenzar el capítulo vimos el modo en que el PSOE se presentó a España, pero España ¿cómo estaba en 1982? Charles Powell observa que la victoria del PSOE se debía a:

«La crisis abierta por el intento de golpe de Estado y el desmoronamiento de UCD, una mayoría de españoles deseaba reafirmar su opción por la democracia, lo cual otorgó a las elecciones un sentido plebiscitario que iba más allá del que habitualmente cabe atribuir a unos comicios en un sistema político consolidado. A ello también contribuyó el descubrimiento de un complot militar para derribar al gobierno, que fue conocido por la opinión pública el 2 de octubre, nada más iniciarse la campaña electoral. En suma, la mayoría absoluta del PSOE se debió ante todo a que fue el único partido capaz de ofrecer a la vez la promesa de un cierto cambio y unas mínimas garantías de estabilidad»⁹².

Sin duda estas razones catalizaron la llegada al poder del PSOE, pero España llevaba esperando desde, al menos, 1977 un cambio en otro sentido. José Félix Tezanos, alargando el final de la transición al comienzo de la IIIª Legislatura (1986), debido a los cambios a realizar, postula resumida y claramente las necesidades que demandaban los españoles que depositaron su voto en las elecciones de 1982 —principalmente a los partidos del continente izquierdo del espectro ideológico español—:

«Muchas de las grandes “cuestiones pendientes” en la historia política de España se encontraban aún a la espera de solución, e incluso de una voluntad clara y decidida de enfrentarse con ellas: la neutralidad política del Ejército y su supeditación al poder civil; la integración armónica de las “nacionalidades y regiones” en la estructura del Estado; la necesidad de una Administración Pública profesionalizada y eficaz; la existencia de unas bases firmes y seguras para el desarrollo económico; el asentamiento de los procedimientos democráticos de regulación de la vida pública; el desarrollo de un sistema de relaciones industriales moderno; la incorporación plena de España a Europa y en general al mundo occidental, etc.»⁹³.

⁹²Charles Powell, *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, pág. 329.

⁹³José Félix Tezanos, *Historia ilustrada del socialismo español*, Madrid, Sistema, 1993, pág. 206.

El análisis del profesor Tezanos es correcto en todas sus apreciaciones, mas los españoles tenían otra serie de aspiraciones renovadoras de carácter mucho más arquetípico que material que convendrían añadir. Modernizar, vertebrar y «resituarse» en Europa a España significaba entroncar con el regeneracionismo y quebrar el mito de la España catastrófica, aislada, fragmentada y hundida en sus recuerdos mientras se lame sus heridas. Se contraponía el «mito del desastre» con el mito del regeneracionismo, pero éste mito no implicaba solamente cambios materiales y los cambios psicológicos ligados a ellos. Es decir, europeizar a España y también a los españoles *in extenso*. Además, y no creemos que la influencia de la actuación de los próceres históricos del socialismo español fuese muy alta —entre otras cosas porque como historia concreta se había olvidado gran parte—, aunque se transmitiese a través de los jóvenes socialistas, se esperaba que la clase política socialista marcara o implantara otras formas de hacer política, las cuales incluso superasen a los modos de acción extranjeros. Los españoles pretendían que los políticos socialistas permaneciesen «cerca del pueblo» —sobre todo tras una transición política tan elitista, distensionadora y lejana como la española—, si «Felipe» era parte del pueblo y siempre había estado junto a ellos —recuérdese que durante la campaña electoral de 1982, Felipe González interrumpió sus mítines para acercarse a comprobar los efectos de las inundaciones en el Levante español—, cuando alcanzase el gobierno también actuaría así, si no él sí los suyos. Los españoles querían acabar con la *pompa y circunstancia* de los políticos anteriores; la suntuosidad en el vestir y en el yantar; la prepotencia y el desprecio por las personas excepto durante el período electoral; en resumen querían que no hubiese un comportamiento de vanguardia. Además, los españoles querían acabar con la patrimonialización de las instituciones del Estado, la corrupción en todas sus formas, la «chapuza» continua en el modo de hacer las cosas, el favoritismo y el «amiguismo» y el proselitismo que se venía sufriendo a lo largo de la historia reciente de España. Por lo tanto, la dificultad, que fue asumida por Felipe González, era bastante grande en el plano psicosociológico y de comportamiento, y algo menos en el sentido material, pues, como afirma Paul Heywood, «irónicamente, cuando el PSOE llegó al poder, mucho del trabajo

para su éxito político había sido hecho por la UCD»⁹⁴. Pero como el liderazgo tiene mucho de percepción, se puede decir que la misión de Felipe González no era nada sencilla porque existía cierto riesgo de que se produjese un proceso retroactivo de vuelta al pasado.

Pocos días antes de celebrarse la jornada de votación el 28 de octubre de 1982, el gobierno de la UCD informó —como adelantamos junto a Powell— sobre el desmantelamiento de un intento involucionista que se estaba preparando para el propio día de las votaciones. Éste era un riesgo evidente, al que sumar el 23-F, para la mayoría de la ciudadanía española. Los militares no tenían intención, anclados en mitos del pasado, de que España disfrutase de una democracia liberal representativa, donde «rojos, judíos ateos y masones» pudiesen tomar las riendas del gobierno sin tener una revolución bolchevique —y si la hubiera que fuese por medios democráticos—. Intentaban los militares parar el proceso, no tanto el democrático como el autonómico, que iba a desembocar en la quiebra de la «unidad indisoluble de la nación española». Por consiguiente, Felipe González y el gobierno socialista tendrían que negociar y discutir con los militares para demostrarles que estaban sometidos al poder civil del Estado. Para demostrar la superioridad del poder civil en España, Felipe González asistió a la celebración, con un alto componente simbólico, del día de la patrona de la *Acorazada Brunete*, el día 8 de diciembre de 1982. Aún habría otra intentona golpista en 1985 que, por razones de Estado, se ocultó a la ciudadanía: «Pero en ese momento —recuerda Felipe González—, en junio de 1985, yo no quería ni podía intranquilizar al país, y, además, no quería crear un obstáculo nuevo que retrasara nuestra incorporación a Europa, que era inminente»⁹⁵. Otro riesgo era la no incorporación a la Europa política, económica —ésta en menor medida y geográficamente es obvio— y mental. En el caso de fracasar Felipe González hubiese perdido gran parte del poder de su discurso/visión, y España tendría que haber permanecido por algún tiempo más fuera del contexto internacional. El riesgo que corría Felipe González era de gran magnitud aunque contaba con apoyos internacionales.

⁹⁴Paul Heywood, «Governing a new democracy: the power of Prime Minister in Spain», *West European Politics*, vol. 14, 2, April 1991, pág. 105.

⁹⁵Victoria Prego, op. cit., pág. 218.

Sin continuar con todos y cada uno de los posibles riesgos, pues creemos que se comprende el nivel de riesgo existente, debemos adentrarnos en analizar la naturaleza del cambio propuesto. Obviamente este punto del epígrafe que estamos tratando entronca con la clasificación blondeliana (ver cuadro 4.1.) y afecta a la variable sistémica. Como avance diremos que la propuesta socialista pretendía un cambio moderado o medio general porque era evidente que no se pretendía cambiar el sistema en sí estructuralmente, es decir, algunos aspectos del sistema no estaban dentro del cambio propuesto. La democracia liberal representativa no iba a ser modificada por otro sistema, es más había que consolidarla frente a los ataques interiores —golpismo y terrorismo—, y a ser posible profundizar en los aspectos referidos a las comunidades autónomas y los entes locales. Se entendía que con una distribución ecuánime del poder, la democracia se ampliaría al acercar la política al ciudadano. El sistema económico por el que se apostaba era el capitalismo, aunque introduciendo pequeñas rectificaciones en el mercado. Rectificaciones que, por otro lado, no se parecían a las modificaciones de los países occidentales tras el *consenso de 1945*. Era una apuesta firme por una nueva socialdemocracia en España, el reformismo radical que postulaba Maravall. Fernando Morán lo decía claramente en el artículo *El sentido del cambio*:

«Hoy el cambio no significa la sustitución de un sistema social por otro. Significa acabar con los obstáculos que se manifiestan nítidamente en el plano político a las fuerzas sociales que vienen desarrollándose desde hace unos quince años. No se trata, pues, de una potenciación de una voluntad para inaugurar algo inédito, sino acabar con la disfuncionalidad de que sigan en el plano de la Administración del Estado como principios, políticas que la sociedad ha superado»⁹⁶.

Gabriel Jackson entendía que, desde luego, Felipe González no iba a cambiar el capitalismo, es más lo reforzaría:

⁹⁶*El País*, 1 de noviembre de 1982.

«Muchos de los dirigentes empresariales han saludado la victoria de Felipe González precisamente porque las reformas que promete redoblarán la eficiencia y la capacidad de competencia del capitalismo español. Son reformas que los gobiernos UCD podrían haber llevado a cabo de no ser por el ridículo egoísmo de sus barones. Personalmente, creo que el tipo de economía mixta de los países del Mercado Común conviene mejor a los ciudadanos que economías de tipo socializado, pero el Gobierno del PSOE puede desilusionar a sus más ardientes partidarios si confirma sus actividades a la reforma administrativa y económica de tipo más pragmático»⁹⁷.

Ahora bien, el cambio en las formas ¿puede ser valorado desde la clasificación blondeliana? Sin lugar a dudas no. No, porque la forma de hacer política sólo tiene tres puntos posibles bien, regular o mal. Pero, por otra parte, sí podemos decir que las pretensiones del gobierno socialista eran de un cambio total en las formas y los fondos. Como dijo Alfonso Guerra: «¡Vamos a dejar España que no la va a reconocer ni la madre que la parió!».

3.2. *Consenso de los seguidores y constante llamada para la capacidad colectiva.*

Al hablar del consenso de los seguidores hacemos referencia a la capacidad del líder para conseguir el consenso de aquéllos. Si hablamos de liderazgo carismático, con el grado de entrega a la persona que ello supone, parece redundante hablar de capacidad para el consenso. Stanley Hoffmann entiende la cualidad o característica en estos términos añadiendo el orden logrado por el líder⁹⁸. Cuando decidimos incorporar esta categoría al análisis, expusimos que el consenso obtenido de los seguidores hacía referencia tanto a los medios como a los fines. Pero por muy carismático que sea el líder ¿son todos los medios válidos? Dependiendo de las situaciones pueden ser todos válidos o no, aunque no se

⁹⁷Gabriel Jackson, «La perspectiva del cambio», *El País*, 18 de diciembre de 1982.

⁹⁸Stanley Hoffmann, «Heroic leadership: the case of modern France» en Lewis J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, New York, John Wiley & sons, 1967, pág. 130.

puede categorizar, como nos enseñó Maquiavelo, en un sentido u otro. Felipe González en 1982 había logrado que los seguidores aceptaran tanto los medios como, sobre todo, los fines de su proyecto. Esto no significa que los medios utilizados posteriormente fuesen del agrado de los seguidores, aunque, exceptuando algunas voces críticas, no sería hasta pasados unos años —principalmente durante la segunda y tercera legislaturas socialistas— cuando las críticas sobre los medios rompiesen el consenso previo.

Se supone, erróneamente, que la presencia de un líder carismático lleva aparejada la desmovilización de los seguidores, los cuales sólo actúan para alabar a «su» líder. Bien al contrario, el líder carismático —en este caso héroe— suele marcar una serie de directrices para la acción de los seguidores, es lo que llamamos la *constante llamada para la capacidad colectiva*. El líder heroico moderno vence los obstáculos mayores, rompe las cerraduras de los santuarios, pero no puede completar la transformación por sí mismo, sino que necesita la colaboración de los ciudadanos, en los cuales deposita su confianza. Un ejemplo claro de esto que estamos diciendo nos lo ofrece unas declaraciones de José María Maravall en referencia a la «renovación» y el desarrollo del 33º Congreso del PSOE en 1994:

«Pero, José María, yo no puedo hacer eso solo, me tienen que venir con propuestas. Ahí lo tienes, sale en el Pleno del Congreso Ibarra, y ¿quién le contesta? Pues yo. Se tiene que hacer la renovación en el partido, pero me la tienen que proponer; no puedo ser también yo, de repente, el que en un acto de despotismo ilustrado lo imponga todo. ¿Que viene Lerma, y me lo propone?... , pues yo le digo: adelante, ya mismo. Pero es que no viene nadie, José María, nadie de los dirigentes regionales»⁹⁹.

En un momento en que no podía decantar el congreso por sí mismo, lo que hubiese provocado críticas de todo tipo sobre su autoritarismo, Felipe González pedía a voces que los seguidores se moviesen en la dirección del cambio, porque él estaba dispuesto a asumir su dirección. Sin embargo, la llamada no tuvo contestación y cuando por fin parecieron darse cuenta los dirigentes renovadores ya era demasiado tarde, como posteriormente

veremos. En el contexto nacional Felipe González fue claro desde el principio, necesitaba la colaboración de todos para lograr el cumplimiento del proyecto histórico: «Tenemos que comprender cuál es la situación de España y quizá lo más hondo de esta reflexión sea decirles a todos que España depende de lo que nosotros hagamos de España, nosotros, todos los ciudadanos españoles»¹⁰⁰. Este es uno de los muchos ejemplos de las constantes llamadas de Felipe González para la acción/capacidad colectiva, desde la comprensión de la reconversión industrial hasta el apoyo frente a la insolidaridad, pero, como recuerda Nicolás Redondo, la actividad de los seguidores debía estar determinada por el gobierno, es decir, por él¹⁰¹. Más allá del gobierno no había autonomía posible en relación con las políticas gubernamentales.

3.3. *Carácter nacionalista del héroe político.*

El sentimiento nacionalista siempre ha sido una de las características de Felipe González —recuérdese que nada más llegar al gobierno el periódico *The New York Times* los calificó como los *jóvenes nacionalistas*—. No nos equivocaremos si afirmamos que Felipe González ha sido más nacionalista que socialista. ¿De dónde le viene a González esa tendencia nacionalista? Al igual que sucede con Alfonso Guerra, la impronta de Antonio Machado es una de las fuentes del nacionalismo de Felipe González. Siempre ha gustado al líder socialista citar a Machado como ejemplo del proyecto que estaba llevando a cabo; superación de las «dos Españas»; superación de esas Españas que acabaran por helar el corazón al «españolito» de turno. En parte se puede decir que Felipe González, entre otras razones, llegó al socialismo por Machado más que por los teóricos españoles o extranjeros del socialismo: «A propósito de monotonía en los cristales —contaba González a su novia Concha Romero—, Machado es increíble. Nunca hubiera pensado que alcanzara

⁹⁹Citado en Ricardo Martín, op. cit., pp. 253 y 254.

¹⁰⁰*Hola*, 20 de diciembre de 1982.

¹⁰¹S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 629.

tanto su pensamiento socialista»¹⁰². La otra fuente, más o menos, intelectual del nacionalismo de González se deriva de Manuel Azaña. Su padre, según ha confesado en numerosas ocasiones el propio líder socialista, era un azañista convencido, un azañista de izquierdas aunque sin un gran compromiso político, que tuvo la «desgracia» de situarse durante la Guerra Civil en el bando nacional como otros muchos «a la fuerza»¹⁰³. El pensamiento azañista de Felipe González, al igual que sucede con Antonio Machado, está muy ligado al intento siempre inconcluso de modernizar y adentrar en la Modernidad a España.

Con total evidencia se puede decir que existen dos fuentes más cuyo caudal desemboca en el nacionalismo del líder del PSOE: por un lado, el mito regeneracionista; y por otro lado la Guerra Civil española. Del mito del regeneracionismo hablaremos largo y tendido en otro capítulo, mas merece la pena apuntar una serie de líneas demarcatorias que, a buen seguro, servirán para comprender el porqué de nuestra afirmación. Afirmar que Felipe González había leído y asimilado a los pensadores de la «generación del 14» y algunos de la «generación del 98» —en menor medida la «generación del 24»—, o sería una *boutade* por nuestra parte, o sería un ejercicio hagiográfico y novelesco que no puede encontrar acomodo en estas páginas. De las lecturas de sus años de adolescencia y universidad el propio González ha dado cuenta en diversas entrevistas y, desde luego, no hay referencias ni a Unamuno, ni a Fernando de los Ríos, ni a Ortega y Gasset, entre otros. La única salvedad es la asimilación directa del pensamiento de Manuel Azaña a través de su padre y el ya comentado Antonio Machado. Sus preferencias eran Maxence van der Meersch (*Cuerpos y almas*; y *La máscara de carne*); Thomas Mann (*La montaña mágica*); Albert Camus; o Erich Fromm (*El miedo a la libertad*). Sin embargo, el sentimiento de cambiar España, de avanzar hacia una profunda modernización era bien palpable entre los universitarios españoles, y los no universitarios, de la época que veían en las películas extranjeras —preferentemente estadounidenses, porque las películas de *Cine Estudio*,

¹⁰²Citado en Eduardo Chamorro, *Felipe González. Un hombre a la espera*, Barcelona, Madrid, 1980, pág. 61.

salvo a unos cuantos, tendían a aburrir—, cómo era lo que había más allá de los Pirineos. El mito del regeneracionismo, recuperado gracias a la labor de numerosos profesores universitarios, se había instalado en las mentes de los españoles —al menos de una parte de los españoles—, por contraposición tanto al exterior —explicaba José Saramago cómo las personas al ver el nivel de los que les rodean tienden a poner los medios para superar al vecino; algo así ocurrió con los españoles—, como al interior frente a la cerrazón de un gobierno dictatorial y corrompido. Este mito actuó de catalizador de muchos movimientos en pos de una regeneración de España —daba igual que la perspectiva fuese cristiana, marxista, liberal, maoísta, comunista, o las diversas mezcolanzas de éstas—, que no tendría su confluencia hasta principios de los 1980s y en la figura de Felipe González. Pues bien, este mito prendió fuertemente en González, el cual se sentía socialista «de España» y «por España». Lo que unido a su realismo/pragmatismo, y a su pasado cristiano le han hecho abandonar cualquier pretensión socialista en favor de un liberalismo cristiano y nacional, que ya se manifestaba —como veremos— a su llegada al gobierno.

¿Cómo afectó la Guerra Civil al nacionalismo de Felipe González? En concreto son dos las posibles vías de reafirmación de carácter nacional del líder socialista. Por un lado, la educación a más temprana edad es sumamente receptiva a la impresión y almacenamiento de los mitos y arquetipos que pueblan la sociedad, como demostraron Piaget y Kirk. En esta época de formación de la mente de un niño en su tránsito hacia una mente científica, Felipe González como otros tantos niños de la postguerra fueron imbuidos en el llamado «espíritu nacional del movimiento», es decir, recibían claras consignas sobre la españolidad y el peligro de la masonería, los «rojos» y los judíos. Si los niños, como ocurría en el caso de González, encuentran —en otra de las fases de la socialización (la familiar)— al llegar a casa una contrafigura la leyenda de la «conspiración judeo-masónica» no llega a impregnar su mente. Pero el nacionalismo, no en el sentido de «una grande y libre», el sentimiento nacionalista español, el amor hacia la

¹⁰³Víctor Márquez Reviriego, *Felipe González. Un estilo ético*, Barcelona, Argos Vergara, 1982, pág. 49 y ss.

patria es perfectamente asumido. La diferencia que encontramos en Felipe González —en las regiones nacionalistas de España, evidentemente, el proceso no era similar pues la contrafigura también afectaba al nacionalismo— es que con el transcurso del tiempo el líder socialista —como otros muchos— fue eliminando lo que de «casposo» y arcaico tenía el discurso franquista, pero manteniendo el sentimiento nacional, es decir, caminando hacia el «nacionalismo político». La otra vía que potenció la Guerra Civil en el nacionalismo de Felipe González era, justamente, la búsqueda de la superación de la fisura de España por medios nacionales. Significaba contraponer al nacionalismo franquista de las dos Españas, un nacionalismo unificador pero plural, desde el respeto a la diversidad. La gran mayoría de los dirigentes políticos de la transición, así como la mayoría de los ciudadanos de España, tan sólo tenían una cosa clara, que no se volviera a repetir la cruenta Guerra Civil, pero desde un postulado españolista. Por eso, durante la transición hubo una especie de pacto no escrito sobre la inconveniencia de referirse a la Guerra Civil en uno u otro sentido. El PSOE, apostando por un discurso «nacionalista» y a la vez izquierdista, intentó eliminar de la campaña de 1977 cualquier atisbo que pudiese hacer referencia a aquellos tiempos: ni banderas tricolores de la República, ni banderas con el libro, el yunque y el tintero; tan sólo las banderas del PSOE con el puño y la rosa. Alfonso Osorio lo decía sin ningún tipo de ambages: «Los hombres de la izquierda son tan españoles como los de la derecha»¹⁰⁴. Pero, a modo de conclusión, lo que es significativo es que el liderazgo de Felipe González ha sido nacionalista en el sentido, tan bien expuesto y defendido por el profesor Andrés de Blas, político del término.

3.4. *Independencia respecto al poder y «outsider» político.*

Estas características no están muy definidas en la imagen de Felipe González como héroe político, lo que no empece para que podamos analizar, sin utilizar *fórceps* alguno, ciertas similitudes entre estas cualidades y otras que son apreciables en la historia

¹⁰⁴Citado en Rafael del Águila y Ricardo Montoro, *El discurso político de la transición española*, Madrid, CIS, 1984, pág. 85.

de González, las cuales fueron avanzadas en el capítulo anterior. La primera característica apuntada, la independencia respecto al poder, que nos hace retrotraernos a los primeros pasos de la transición política española, no se cumple en referencia a Felipe González por una cuestión sumamente clara: el padrinazgo ejercido por la Internacional Socialista, con especial énfasis de Willy Brandt y Bruno Kreisky sobre el PSOE. La primera imagen de Felipe González para el público en general era la de un dirigente político muy bien relacionado con el poder, extranjero pero poder al fin y al cabo. No había una independencia respecto al poder político como la que tuvieron Charles De Gaulle o Fidel Castro, casos paradigmáticos donde los haya. Pero tampoco Felipe González se asemejaba a un joven Winston Churchill, cuyo padre fue un político relevante —Lord Ralph Churchill— que acabó siendo defenestrado por el propio Partido Conservador británico —como consecuencia de la petición de no aumentar el gasto militar británico—, pero que partía prácticamente de cero en el terreno político, y que se labró una primera fama en la «Guerra de los Boers» y en su enfrentamiento con Salisbury¹⁰⁵; o Mohandas Gandhi político por herencia familiar —como Winston Churchill— pero que, bajo su halo de santidad, supo apartarse lo suficiente de los aspectos políticos «menores»¹⁰⁶. Felipe González no pudo mantener una independencia, como tampoco pudieron el resto de dirigentes políticos —los que se mantuvieron independientes acabaron siendo devorados por la fuerte corriente de la historia—, respecto a los «vigilantes» de la transición. Sin embargo, hay una parte de su imagen que permite establecer ciertas similitudes con estos liderazgos heroicos.

Los políticos españoles, exceptuando a socialistas y algunos republicanos anteriores a la dictadura franquista, han ocupado la representación política bien por tradición familiar —aristócratas, monarcas y algunas familias de burgueses como los

¹⁰⁵Cfr. Brendan Evans y Andrew Taylor, *From Salisbury to Mayor*, Manchester, Manchester University Press, 1996.

¹⁰⁶En honor de la veracidad de los hechos, Mohandas Gandhi fue «descastado» por los ancianos de la subcasta Modh Bania por su pretensión de viajar a Inglaterra, algo no permitido para los miembros de esta subcasta por la prohibición a practicar el hinduismo en la metrópoli. Sin embargo, el padre de Gandhi, Karamchand Gandhi, fue primer ministro del rajá o rana de Porbandar, Rajkot y Wankaner.

«Maura»—, bien por pertenecer al bloque en el poder —clérigos, terratenientes no aristocráticos, burgueses...—. Felipe González se presentó a las puertas de la democracia como el «hijo del pueblo» —otros dirían el *boy next door*— que emerge de las profundidades de la historia para cumplir su destino. De una manera u otra los dirigentes políticos presentes en la transición habían estado ligados al poder anteriormente: Calvo Serer por *donjuanista* y miembro del Opus Dei; Juan Carlos de Borbón por herencia familiar y por sucesor hereditario de Franco; Adolfo Suárez por miembro del Movimiento; Santiago Carrillo por sus relaciones con la URSS y su papel en la Guerra Civil; Ruiz Giménez por haber sido ministro de Franco, así como Manuel Fraga, Alfonso Osorio y otros más; la mayoría de los diputados del centro derecha y socialdemócratas adyacentes o bien habían tenido altos cargos en el franquismo, o bien habían sido procuradores. Por lo tanto, Felipe González, y otros muchos más, aun dependientes del poder podían presentar un historial diferente. Es en este sentido en el que se puede establecer una similitud entre la característica del líder heroico y la característica de González.

¿Era Felipe González un *outsider* de la política en 1977? Por supuesto que sí en el sentido terminológico de la palabra. Ahora bien, que Felipe González fuera un «outsider» de la política, como lo eran prácticamente la mayoría de los diputados del centro izquierda de las Cortes Constituyentes, qué significado puede tener. Someramente que no había un interés profesional en la política, sino un sentido de «misión histórica» que no hay en otros compañeros suyos de la misma generación, los cuales han hecho de la política una profesión. Felipe González declaró en más de una ocasión que él no pensaba ser un profesional de la política, que su paso se debía más al desarrollo de un «proyecto político con dimensión histórica»¹⁰⁷ que él tenía —y tiene aún en la actualidad— en mente. La realidad o los hechos parecen demostrar lo contrario pues lleva más de veinticinco años dedicado a la política activamente y cobrando por ello, lo que podría ser perfectamente un hecho empírico suficiente como para decir que Felipe González es un profesional de la política. Sin embargo, en su fuero interno persiste ese compromiso con un

¹⁰⁷ *El Mundo*, 14 de enero de 1995.

destino histórico, con una misión histórica que no se encuentra en el resto de políticos de su época y de su no época. Por esta razón, Felipe González sigue convencido de que su profesión no es la política, aunque su proyecto histórico ya se haya cumplido con errores éticos que no pueden ser cerrados por él mismo. A finales de enero de 2001 se rumoreó, mediáticamente, que Felipe González podría dejar su escaño en el Parlamento para dedicarse «únicamente» a su labor como presidente de la comisión Progreso Global de la Internacional Socialista, lo que provocó cierta ansiedad política con veladas acusaciones de incomparecencias (ciertas) y de profesionalización por parte del gobierno¹⁰⁸. En las ocasiones en que Felipe González ha pretendido dejar la presidencia del gobierno, la intención que había detrás era ceder el testigo a otro compañero para que continuase con el proyecto, pues en su interior comprendía que el sentido del cambio en España se había cumplido, la misión histórica se había logrado y sólo faltaban detalles. Sin embargo, bien porque el «elegido» no poseía suficientes cualidades políticamente hablando (Narcís Serra), bien porque no quería/podía asumir esa responsabilidad (Javier Solana), bien porque la corrupción y los ataques de la prensa arreciaban, Felipe González no pudo abandonar la política nacional en la forma que él habría querido, o hubiese sido de su agrado. Pero en su fuero interno, que le impide abandonar el proyecto cuando la situación es negativa, él no se consideraba un profesional de la política¹⁰⁹. Ahora bien, Felipe González no puede ser considerado como un «outsider» de la política, porque cualquier otra pretensión sería ditirámica, nunca un análisis científico político.

En resumen, hemos comprobado que numerosas características del liderazgo de Felipe González concuerdan con las propias del liderazgo heroico. Por esta razón, podemos afirmar que, desde un punto de vista mítico, González fue percibido por los seguidores parcialmente como un héroe político, lo que no puede ser desligado del

¹⁰⁸ *El Siglo*, nº 446, 29 de enero del 2001: «Felipe busca sitio».

¹⁰⁹ *El País*, 31 de mayo de 1990. Curiosamente las afirmaciones de profesionalización se han expresado con virulencia contra Manuel Fraga, Jordi Pujol o, el propio, Felipe González, mientras que a personas como Gabriel Cisneros, Rafael Arias Salgado, Alfonso Guerra, José Acosta, Joaquín Leguina, Joaquín Almunia, José Bono, Manuel Chaves, José María Aznar, entre otros, y que suman muchas décadas en la política, no se les acusa de profesionales, cuando algunos de ellos no tienen mayores posibilidades que la política.

liderazgo carismático propio. Ha llegado, pues, el momento de analizar la imagen de Alfonso Guerra.

4.) ALFONSO GUERRA: EL GEMELO «MALO», EL INTELECTUAL Y EL IZQUIERDISTA QUE SE INVENTÓ A SÍ MISMO.

Antes de dar paso al análisis de la acción de gobierno del PSOE y narrar el final de la historia del Prometeo socialista, debemos detenernos en la figura del gemelo: Alfonso Guerra. La figura de Guerra aparece, y así quedará inscrita en el recuerdo, no como el contradictor de Felipe González —pues jamás osó enfrentarse al líder carismático frente a frente— sino como el reverso del líder. La compenetración y división del trabajo de ambos políticos ha sido la tónica dominante, tanto que incluso algunas personas han llegado a afirmar que el hundimiento del PSOE viene determinado por la ruptura entre Felipe González y Alfonso Guerra a principios de los 1990s, sino antes. Alfonso Guerra es un político, mejor dicho, una figura hecha a sí misma, él se ha inventado y él mismo se forja su propia imagen. Dentro del paroxismo y la exageración que rodean al «vicesecretario general» del PSOE, se ha llegado a manifestar que Felipe González fue el número uno porque Guerra se colocó de número dos, es decir, González llegó a la secretaria general porque el gemelo quería ser el «dos», el que controlase los entresijos de la política, o que sin que nadie se lo pidiese o dijese se situó él mismo de «número dos». En los párrafos y epígrafes que siguen desentrañaremos la oscura figura de Alfonso Guerra en sus diferentes versiones: como gemelo malo, como intelectual y como izquierdista.

4.1. Alfonso Guerra como gemelo malo.

Declaraba en 1984 Alfonso Guerra en el libro *Felipe González. De Suresnes a La Moncloa* que:

«La personalidad de Felipe es más complaciente que la mía, porque como persona él es también más paciente. Yo soy más impaciente, quizá hablo con más rotundidad; él es más

reflexivo. Esto puede proyectar la doble imagen del Felipe hombre más placido y del Alfonso hombre más incómodo. Y luego, claro, hay que tener en cuenta que en política el “número uno” es más carismático y todos procuran evitarle golpes. También está el cliché que la prensa va fabricando, marcando abismos exagerados entre el bueno y el malo... Es el reparto de papeles.

»En fin, como esto funciona vamos a dejarlo correr. No nos vamos a pelear. ¡Qué le vamos a hacer! No es así, pero, en fin, ¡qué le vamos a hacer!»¹¹⁰.

Posiblemente tenga razón Alfonso Guerra al decir que los clichés de «bueno» y «malo» no se asemejan a la realidad, pero bien es cierto que en la representación de sus respectivos roles el modelo y la realidad se han acercado mucho. Alfonso Guerra desde que formó el «clan de los sevillanos» siempre ha ocupado el puesto del «número dos»; el personaje que urde tras las cortinas del escenario político el desenlace de la representación; la persona que sabe moverse en las bambalinas de la política. La imagen del dirigente sevillano ha estado marcada por su cariz de *apparatchik*, de hombre del aparato que evita cualquier molestia al hombre de Estado, que era Felipe González. En 1991 unos periodistas¹¹¹, siguiendo a George Orwell, calificaron a Alfonso Guerra como *El Gran Hermano*, una calificación ciertamente adecuada si exceptuamos una sutil diferencia. El «Gran Hermano» de Orwell no sólo controlaba la vida de las personas, sino que a través del *Ministerio de la Verdad* imponía la doctrina dominante¹¹². Ese «Gran Hermano» en verdad era una persona —en el film *1984* personaje interpretado por Richard Burton—, mejor dicho, un grupo de personas, como persona es el «Gran Hermano» socialista y sus más fieles. Sin embargo, Alfonso Guerra no imponía la doctrina exterior, es decir, el discurso del PSOE hacia el exterior partía del líder carismático y su grupo de colaboradores, no del «aparato» del partido controlado por Guerra. Éste, al igual que en el caso orwelliano, controlaba todo lo referente al partido que no estuviese bajo las preferencias de González. Así, Alfonso Guerra procuraba que las federaciones no se desmadrasen, purgaba a los críticos, organizaba y diseñaba los congresos, controlaba bajo

¹¹⁰ Alfonso Guerra, op. cit., pág. 13.

¹¹¹ Melchor Miralles y Francisco J. Satué, op. cit., passim.

¹¹² Cfr. George Orwell, *1984*, Barcelona, Destino, 1991, passim.

una férrea disciplina al grupo parlamentario y criticaba con ferocidad al gobierno o a la oposición. Suyo era el transplante de una de las máximas del PRI mexicano al ámbito del PSOE: «quien se mueva no sale en la foto». Es normal, por lo tanto, que la imagen del vicesecretario general del PSOE fuese particularmente negativa. Además, como recordaba en una entrevista Felipe González, se la había «ganado a pulso»¹¹³.

El verbo ácido de Alfonso Guerra había sido utilizado abundantemente durante la época de oposición al gobierno de la UCD y durante la época del gobierno socialista, al igual que dentro del propio partido contra los críticos. El insulto, con gracejo andaluz pero insulto al fin y al cabo, era el arma utilizada por Alfonso Guerra frente a la imagen de moderación de Felipe González, era el contrapunto por parte del gemelo «malo». A Adolfo Suárez le infirió los siguientes calificativos: «Suárez es un hombre muy hábil, que siempre está con su chistera y su bombín, del que saca rápidamente el conejo de la suerte cada vez que lo necesita. Tiene como objetivo claro solamente uno: mantenerse a toda costa en La Moncloa, residencia que regenta como una *güisquería*»; o «Suárez es un tahúr del Mississippi con chaleco floreado, amigo de recurrir al pinochetismo y a los golpes de Estado parlamentarios»; o «Suárez es un perfecto inculto procedente de las cloacas del fascismo». Al presidente Calvo Sotelo también le tocó su turno en el proceso de acoso y derribo de Guerra: «Calvo Sotelo es tan poco honrado como su partido»; o «Calvo Sotelo es un hombre tan soso que su papel más útil sería el de marmolillo en una calle peatonal». El resto de miembros del gobierno y diputados de UCD también tuvieron cabida en este repertorio del gemelo del PSOE: «El vicepresidente Abril Martorell es un toro que dice “muuu” antes de empezar a hablar, y en cuanto a formación jurídica, es un patán con algo de dislexia en una parte del cerebro»; «El ministro Pérez Llorca es un ciclotímico depresivo y respecto al ministro de Cultura, el ciervo de Ricardo es un anunciante de fascículos por televisión»; «Pérez Llorca da la talla rastrera de ministro, y es el más mentiroso de todo el gabinete»; «Rodríguez Sahagún es un brigada chusquero al que cortan el pelo con el casco puesto»; «Josep Meliá es un consumidor de piensos

¹¹³Pedro Calvo Hernando, op. cit., pág. 51.

compuestos Sanders»¹¹⁴. Esta actividad provocó ciertas iras en las filas de los increpados, mas por otro lado resultó muy refrescante para los sectores izquierdistas de la sociedad española que, bajo un discurso demagógico y populista, encontraron en Alfonso Guerra a una «persona del pueblo», con un carácter ácido pero perfecto acompañante del gran héroe Felipe González. Sin embargo, durante la época de gobierno socialista el lenguaje de Alfonso Guerra no se atemperó sino más bien se acentuó: «Carlos Garaicoechea es un vendedor de corbatas»; «Jordi Pujol es un soldadito de plomo con apariencia de poder»; «Fraga es una especie de Atila que anda por ahí aplastando la hierba por los pueblos que visita»; «Soledad Becerrill es como Carlos II vestido de Mariquita Pérez»; «Xavier Arzallus ha olvidado los buenos modales que utilizaba cuando arrastraba los faldones por la sacristía»; «Los comunistas se sienten más cómodos con Gobiernos conservadores que socialistas. Comisiones Obreras está empezando a hacer el mismo papel que la CNT durante la República»; «Gerardo Iglesias a partir de las seis de la tarde ya no articula bien las palabras»; «Adolfo Suárez salió de las cloacas del fascismo y se dejó caer en manos de Carrillo para conseguir el carnet de demócrata. Ahora resulta que es incluso monárquico»; «Roca es habilidoso, inteligente, construye la falacia muy bien»; «Hernández Mancha no merece ni tan siquiera una crítica mordaz, porque no hay donde golpear»; «Anguita quiere gobernar España como lo hizo Stalin en la URSS»; «El PP está integrado por jóvenes joseantonianos trufados con alguna monja alférez»¹¹⁵. Se puede decir que el vitriólico Alfonso Guerra cumplió a la perfección su papel de extremista para que Felipe González apareciese como un hombre de Estado. Pero la imagen de Alfonso Guerra no sólo estaba elaborada por un discurso insultante como contrapunto al Prometeo socialista, también actuaban en ese sentido una serie de elementos que debemos considerar, ya que denotan y enmarcan perfectamente la imagen de Alfonso Guerra.

4.1.1. *El fiel escudero de Felipe González.*

¹¹⁴Testimonios recorridos en *El País*, *Diario 16*, *Cambio 16* y *ABC* en el período 1978-1982.

¹¹⁵Testimonios recogidos en *El País*, *Diario 16*, *ABC*, *Cambio 16*, *Interviú* y *El Mundo* para el período 1982-1990.

Si la imagen que los españoles tenían de Felipe González al comienzo y durante el desarrollo de la transición, y en gran parte de la época de gobierno socialista, era la de un jefe de Estado que había llegado para cumplir el destino histórico de España; la imagen de Alfonso Guerra que existía en aquella época —hasta su salida del gobierno en enero de 1991— era la del fiel escudero. La idea de compenetración entre ambos dirigentes venía de lejos. Ya en los cursos de formación del PSOE celebrados en Carmaux el año 1970, como recuerda Francisco López Real, Alfonso Guerra y Felipe González habían sido conferenciantes alternándose, en perfecta sincronización, en sus intervenciones, sin mayor espacio que las necesarias pausas lingüísticas y físicas, por lo que le pareció a un minero asturiano que ambos tenían el mismo cerebro¹¹⁶. Esta situación, la compenetración, se prolongó en los años siguientes dentro del partido. Todas las personas, críticas o no, sabían que tanto uno como otro estaban en perfecta sincronización política; mientras Felipe González se dedicaba a los discursos solemnes, Alfonso Guerra controlaba el transcurso del congreso del partido para que todo resultase según los planes preconcebidos. En la época previa a la reinstauración de la democracia en España, Felipe González se dedicó a las entrevistas y la labor política pública, mientras que Alfonso Guerra preparaba al partido para las elecciones reorganizándolo, y negociaba tanto con diferentes partidos socialistas su incorporación al PSOE —incluyendo los llamados «submarinos» en aquellas organizaciones donde se ponían dificultades a la absorción— como con los miembros de la Plataforma de Coordinación Democrática, la Platajunta, la Superplatajunta o la Comisión de los nueve, aunque con la supervisión y el asesoramiento de González.

Una vez que, pasadas las elecciones de 1977 —con una campaña electoral diseñada y edificada por Alfonso Guerra y su grupo del comité electoral—, los socialistas ocuparon sus escaños parlamentarios y senatoriales, Alfonso Guerra pasó a controlar a los

¹¹⁶ «Era una compenetración que venía de lejos. Una vez, en Carmaux, en Francia, sobre el año 70, Felipe y Alfonso pronunciaron una conferencia al alimón, en un ciclo que organizaba el Partido. Hablaba uno, seguía el otro... Perfectamente sincronizados. Lo hacían así con mucha frecuencia y así se pasaban horas y horas dale que te pego... Un minero asturiano, Avelino, que asistía a las charlas, no salía de su asombro de aquel prodigio y terminó exclamando: —¡Cágome en mi madre! ¡Ye la primera vez que veo a dos paisanos con el mismo cerebro!». Alfonso Guerra, op. cit., pág. 13.

diputados y los debates constitucionales —como ya se comentó en el capítulo anterior—. Pero sin lugar a dudas la eclosión de Alfonso Guerra como fiel escudero de Felipe González tuvo lugar a partir de 1979 debido al 28º Congreso y el comienzo de la época de oposición tras el «final del consenso». El papel jugado por Guerra durante la celebración de los dos congresos de 1979 fue fundamental para que Felipe González lograra no tanto la reelección como secretario general, como el control total sobre la organización. Hábilmente, mientras se discutía sobre el marxismo, en otra sala del Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid, Alfonso Guerra lograba que la ponencia de Estatutos aceptara la modificación sustancial de los mismos, pasando de un sistema de delegaciones representantes de las agrupaciones locales, aunque con voto por delegación, a un sistema de representación por federaciones y voto por delegación —cambio que fue aprobado en el Pleno del congreso por unos delegados emotivamente decaídos—. Pero si ésta táctica era importante para el futuro de la organización controlada por ellos —los gemelos socialistas—, no era totalmente decisiva ya que de haber logrado los críticos una victoria mínima el sistema les hubiese favorecido. La importancia de Guerra en el 28º Congreso fue el trabajo de pasillos que se realizó tras la renuncia de Felipe González. El «gemelo malo» controlaba las entradas a las reuniones de los críticos gracias a que tenía apostado a un colaborador con un emisor/receptor de onda corta casi a la puerta del despacho de los críticos. Además, promovió que los «poderes fácticos» y gran parte de la Internacional Socialista presionasen a los críticos y éstos desestimasen la presentación de una candidatura alternativa. Así, Alfonso Guerra le dijo a Enrique Tierno Galván:

«No podéis presentaros. Vais a llevar a la ruina al Partido, porque no os va a llegar nada, ni un duro. Ni de Alemania ni de ningún otro lado. No os podéis presentar y no os vais a presentar. ¡No habrá candidatura! Y te pido, Enrique, que no expongas ante el pleno la cruda realidad, porque eso nos perjudicaría a todos. No tengo que explicarte cómo has de cubrir las apariencias»¹¹⁷.

¹¹⁷Citado en Melchor Miralles y Francisco J, Satué, op. cit., pág. 320.

Pero la situación no terminaría ahí, durante el ínterin entre congresos Alfonso Guerra, a través de la Gestora, realizó una serie de purgas para debilitar a los críticos y que llegasen diezmados al Congreso Extraordinario. Él no se sentaba en su despacho de García Morato —ahora y antes del franquismo, calle de Santa Engracia— sino que controlaba el aparato desde fuera. Este tema será analizado con profundidad en el capítulo relativo al partido como organización, pero dejamos constancia de lo acontecido.

Una vez que el partido había sido férreamente atado a la voluntad de los gemelos, Felipe González y Alfonso Guerra podían dedicarse a ejercer sus roles políticos. Como vimos unas líneas antes, Guerra se dedicó a insultar y vejar a muchos responsables políticos del país construyéndose una imagen de «gemelo malo», pero también fue una época de gran colaboración entre los dos máximos dirigentes del PSOE en el ámbito parlamentario. Hay una imagen que se ha impregnado profundamente en muchas mentes de ciudadanos españoles y explica la poderosa ascendencia del tándem dirigente del PSOE: la colaboración durante los debates en el hemiciclo. Los ciudadanos españoles tienen el recuerdo de Alfonso Guerra transfiriendo notas o hablando en la oreja izquierda de Felipe González mientras el líder socialista tomaba notas o atendía al orador. Esos consejos, seguidos o no por González, esa complicidad que se había puesto de manifiesto en la celebración de los congresos del PSOE, quedó perfectamente impresa en la memoria de los ciudadanos. Se tenía la certeza, hasta por lo menos 1988, de que Alfonso Guerra era quien solventaba los problemas del líder socialista, a fin de que éste se pudiera dedicar a su tarea principal. El reparto de papeles o incluso de roles era patente para los españoles: uno moderado, otro vitriólico; uno hombre de Estado, otro hombre del Pueblo; uno «español», otro «socialista»; uno jefe, otro escudero con «mando en plaza».

4.1.2. *El manto carismático y las relaciones de poder.*

Advertíamos en el capítulo dedicado al liderazgo carismático que, además del propio carisma del líder, existía una extensión no permanente de ese carisma hacia los más fieles seguidores del líder, lo que dábamos en llamar el *manto carismático*. ¿Cabe decir

que, en el seno del PSOE, el carisma de Felipe González se había extendido sobre sus colaboradores más próximos, y en especial sobre Alfonso Guerra? ¿O era Alfonso Guerra un líder por sí mismo? ¿Cuál de las dos situaciones es plausible? ¿Existe una posibilidad de mixtura entre ambas? Para responder a estas preguntas hay que, en primer término, hacer una clara distinción entre el interior del partido y la exterioridad del mismo. Gracias a esta separación de planos del análisis comprobaremos la extensión del carisma, el poder de ambos personajes y la verdad sobre el reparto de funciones.

En el plano interno, sin demérito de que en su capítulo correspondiente nos extendamos en el análisis, es visible que hubo una prolongación del carisma de Felipe González, el cual abarcaba a todos —o a la gran mayoría de— los secretarios de área y, algo menos a los vocales o secretarios ejecutivos. Además, en la época de gobierno, los ministros próximos a Felipe González —a excepción de Miguel Boyer y, en menor medida al principio, Carlos Solchaga que nunca fueron bien vistos por la inmensa mayoría de la militancia— también gozaban de ese aura carismática en el seno del partido¹¹⁸. Pero en el caso de Alfonso Guerra hay una diferencia cualitativa con relación a los otros miembros próximos. Al formar parte del aspecto mítico de los gemelos socialistas, la intensidad del carisma transferido era mucho más fuerte en él. Alfonso Guerra era una persona *cuasicarismática*, en tanto en cuanto había una enorme ligazón con Felipe González, pero no era una persona carismática por sí misma. La posible atracción que el vicesecretario general del PSOE ejercía en los miembros del partido tenía más que ver, además de ser el otro gemelo socialista, con el miedo, la fidelidad y el populismo que con una cualidad personal. Como ya dijimos en las páginas de este análisis, las personas actúan frente a personas poderosas con un respeto extremado, de igual forma que se actúa frente a las cosas sacras. Pues bien, el respeto y la distancia que se tenía con Alfonso Guerra estaba imbricado en su relación con Felipe González, figura sacra del PSOE que no es posible atacar. Alfonso Guerra, en ese reparto de papeles, era el *Sumo sacerdote* que velaba por la

¹¹⁸Debe recordarse que en el 30º Congreso de 1984 se aprobó que los miembros del gobierno no podían ser miembros de la Ejecutiva a excepción del Presidente, el Secretario General y el Vicesecretario General. La conocida, en el interior del PSOE, cláusula de las «incompatibilidades».

integridad del líder, su mano derecha, por eso tenía ese «halo mágico», aunque con una diferencia fundamental: a Alfonso Guerra se le podía atacar. Mientras se hablaba en nombre de líder socialista o sin contravenir sus palabras los «ceranos» y el «sumo sacerdote» eran partícipes del manto carismático y por ello respetados. Ahora bien, en cuanto se actuaba en sentido contrario se terminaba por perder esa aureola. Alfonso Guerra, como veremos ahora, sabía que tenía poder en tanto en cuanto permaneciese al lado de Felipe González, sabía que protegido por el manto del carisma existía un lugar bajo el sol, pero también era conocedor de que en el momento en que intentase enfrentarse al líder carismático comenzaría su declive. El propio González, en la rueda de prensa donde explicaba el cambio de gobierno de 1985 —recordado por la dimisión de Miguel Boyer debido a sus enfrentamientos con Guerra—, afirmaba cuál era la posición de su gemelo: «Don Alfonso Guerra no va a ser nunca un obstáculo para una decisión del Presidente del Gobierno, no porque él aceptará estar donde yo quiera que esté, porque él siempre ha estado dispuesto a hacer lo que yo le diga, aunque no esté de acuerdo»¹¹⁹. En resumen, la respuesta a la primera pregunta es totalmente afirmativa, y podríamos añadir que, ese aura mágico que es el manto del carisma, también hacía sus efectos más allá de las estrictas fronteras del partido y del gobierno. En los medios de comunicación, en las universidades, en los gobiernos regionales y otros muchos ámbitos, como el empresarial, los asesores y/o los más fieles y cercanos servidores de Felipe González eran vistos y tratados de una forma «especial».

Nos preguntábamos si Alfonso Guerra era un líder por sí mismo y, pocas líneas después, respondíamos someramente que la atracción de Guerra se encontraba imbricada en la fidelidad, el miedo y el populismo. También adujimos, en el capítulo anterior, que los principales dirigentes políticos de la transición española habían quedado investidos del «carisma situacional», y Alfonso Guerra no fue ajeno a aquello, lo que con el paso del tiempo —como sucedería con Adolfo Suárez y está sucediendo con Felipe González— se fue transformando en un enorme respeto, admiración e, incluso, *auctoritas*. Si el tándem

¹¹⁹Citado en Melchor Miralles y Francisco J. Satué, op. cit., pág. 210.

González/Guerra se hubiese roto —como quería el segundo— tras las elecciones del 28 de octubre de 1982 —uno se hubiese dedicado por completo al gobierno y otro al partido—, posiblemente Alfonso Guerra hubiera seguido el mismo camino que el resto de dirigentes políticos¹²⁰. Empero, los gemelos no se separaron, y Alfonso Guerra permaneció bajo el carisma de Felipe González, lo que produjo una permanencia de ese carisma situacional «transitivo» —a esto hay que añadir el componente ético que todos los socialistas aducían en los gobiernos, lo que implicaba (dentro del «cambio») una valoración y estima por encima de la que podían tener otros políticos—. No siendo él un líder, sí formaba parte muy estrechamente del liderazgo de Felipe González. En cuanto el «gemelo malo» se enfrentó al «gemelo bueno» se inició el proceso antes descrito y que veremos con detenimiento. Pero, volviendo al tema que nos ocupa, el respeto, la deferencia y la distancia con que era tratado Guerra tiene que ver con el poder que poseía; un poder que por otra parte —y como analizó Manuel García Pelayo y nosotros reflejamos en la propedéutica— estaba asentado en *relaciones transitivas* tanto dentro del partido como en el gobierno. Como recuerda Jorge Semprún:

«Guerra poseía el control, si no sobre las grandes opciones de estrategia política, que pertenecían a Felipe González, al menos sobre la ejecución y articulación en el día a día de aquéllas. Sobre la realidad gris o brillante del poder, de hecho: listas electorales, prebendas y privilegios, puestos claves de la Administración civil. [...] el reparto de poder y la división de trabajo entre ellos era la clave del sistema hegemónico que funcionaba, por la voluntad mayoritaria de los electores, para terminar de consolidar la democracia española»¹²¹.

La división del trabajo era la base sobre la que se asentaba la hegemonía de los gemelos socialistas, sin embargo, Felipe González era quien marcaba la pauta a seguir. La estrategia política, sobre todo la política económica y las relaciones exteriores —y en menor medida

¹²⁰El 21 de febrero del 2001 la periodista María Antonia Iglesias afirmaba en Telecinco que ella prefería a «sus» líderes de la transición, antes que con los coetáneos. Estas palabras son un claro reflejo de lo que estamos explicando.

¹²¹Jorge Semprún, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1996, pp. 56 y 57.

la política de Interior—, estaban reservadas a Felipe González, es decir, él realmente definía —junto a sus estrechos colaboradores— las líneas generales de lo que era necesario llevar a cabo, y Alfonso Guerra lo ejecutaba. En otras palabras, metafóricamente hablando Alfonso Guerra implementaba las políticas públicas del gobierno socialista. Por consiguiente, es claro que Guerra gozaba de poder tanto por sus cargos como, principalmente, por cesión de González. En esta división del trabajo que se estableció en la «santísima dualidad» —como solía decir Ernest Lluch—, y hablando en términos de poder, Alfonso Guerra acumularía un enorme control bajo sus manos. Al ser vicepresidente del gobierno tenía a su cuidado las reuniones de los secretarios y subsecretarios de Estado previas a los consejos de ministros, lo que no es asunto baladí pues, en esas reuniones, se preparaban los órdenes del día del Consejo y los asuntos que debían ir en los libros verde y rojo. Además, controlaría «el gabinete de la Presidencia —y no del Presidente— y algunas políticas en las que consideraba que debía oírse más la voz del partido: la relación con autonomías, ayuntamientos y administración periférica del Estado, las relaciones con el Parlamento y con los demás poderes constitucionales, y el seguimiento —y control, por qué no decirlo— de RTVE. El resultado de ese toma y daca convertía a la Vicepresidencia en un órgano dotado de poder, pero con una esfera imprecisa de actuación. Quizás se refería a eso cuando dijo que él estaba “de oyente” en el Gobierno»¹²². Pero no acababan aquí las áreas de influencia del vicepresidente del gobierno. También se encargó de numerosos nombramientos de delegados del gobierno, de subsecretarios ministeriales —más con la intención de controlar la acción de los propios ministros y de estar informado, que de las actuaciones¹²³—, de los «fontaneros monclovitas», etcétera, hasta conseguir crear una red de fieles que abarcaba todas las instancias gubernamentales¹²⁴. De esta forma Alfonso Guerra obtenía poder y obediencia ciega de aquellas personas que dependían totalmente de él para seguir en el cargo. Por lo que respecta al partido, diremos brevemente que ante la separación de Felipe González del

¹²²Joaquín Almunia, op. cit., pág. 143.

¹²³Pablo Castellano, *Yo sí me acuerdo*, Madrid, Temas de Hoy, 1994, pág. 362.

¹²⁴Melchor Miralles y Francisco J. Satué, op. cit., pág. 477.

partido —la autonomía de jefe de gobierno que afirma Jorge Semprún¹²⁵— en el aspecto de ejercicio del poder del día a día, aunque era la persona que marcaba el discurso político de éste¹²⁶ como veremos posteriormente, Alfonso Guerra pasó a controlar personalmente —y por una delegación laxa en el sentido de que Felipe González se situaba como hombre de Estado y líder carismático por encima de peleas internas, siempre y cuando no afectasen al gobierno— el partido. Por lo tanto, Alfonso Guerra era poderoso porque Felipe González había decidido que podía serlo. Como dice Carlos Solchaga:

«Alfonso Guerra es un hombre muy consciente. Él sabe que tiene la capacidad para maniobrar en el partido en la medida que utiliza el poder que le otorga Felipe. Contra Felipe, como se ha demostrado posteriormente, su poder se va reduciendo, pero en la medida en la que él es el intérprete de los deseos de Felipe, tiene todo el poder que quiera en la organización»¹²⁷.

4.1.3. *Corte de fieles y posición dominante de Alfonso Guerra.*

El poder acumulado por Alfonso Guerra le permitió crear, como ya había hecho dentro del PSOE, una especie de «corte de fieles» y con carnet del partido a su alrededor. Como el *Gran Hermano* de George Orwell, con el que se le ha comparado, podía controlar todo lo que acontecía en el gobierno y el partido. Una corte que se defendía dogmáticamente frente a intromisiones exteriores. Piero Rocchini explica correctamente este fenómeno: «La denodada defensa de la propia “corte” se convierte en una natural extensión de la tendencia a considerar cualquier cosa como algo autorreferente,

¹²⁵Jorge Semprún, op. cit., pág. 80.

¹²⁶«Lo que sí hacía Felipe era marcar la orientación política del partido, a través de sus intervenciones públicas y de su participación en las reuniones de la Ejecutiva, de los Comités Federales o de los congresos. En ellas no se limitaba a repetir las posiciones tradicionales de la socialdemocracia. Al contrario, introducía elementos nuevos, a veces incluso heterodoxos, y ajenos a cualquier retórica izquierdista. Sus mensajes buscaban conectar ante todo con el sentir de los ciudadanos, aun a riesgo de alejarse del lenguaje un tanto tribal empleado en el interior del partido». Joaquín Almunia, op. cit., pág. 317.

¹²⁷Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 168. De la misma forma se expresa Joaquín Leguina: «El discurso, según el cual el aparato era el legítimo intérprete del secretario general en el seno del partido y el único representante del partido cerca del secretario general, quedó instantánea y definitivamente arruinado

perpetuando la “ineluctable” necesidad de la propia posición dominante»¹²⁸. Alfonso Guerra, cual rey medieval, exigía un contrato basado en la *fidelitas* a todos aquellos que estaban bajo su propio poder, de esta forma su posición se hacía dominante respecto a otras posiciones. Y sobre la base de este principio de la fidelidad, Alfonso Guerra correspondía con prebendas (cargos), en una vuelta al clásico *spoils system*, y una defensa de los «nuestros»: «La llegada de personas que no estaban vinculadas a un proyecto nacional —decía Guerra— debería ser bien recibida, pero no tiene sentido que se les dé un plus respecto a quienes ya estaban comprometidos políticamente»¹²⁹. Guerra tenía la intención de asegurarse a los fieles para controlar las principales áreas de incertidumbre y, por tanto, el partido, algo que temían los hombres de confianza de Felipe González cuando presionaron, en cierto modo, al líder socialista para que obligase a Alfonso Guerra a ser vicepresidente del gobierno. Sin embargo, el resultado no fue el esperado ya que, tanto desde diversas áreas del gobierno como desde el propio partido, las huestes de Guerra cuestionaron, aunque levemente hasta 1986 ó 1987, la política gubernamental. El criterio de fidelidad que manejaba el vicesecretario general del PSOE era peculiar, dogmático y con un toque militar. Como bien refleja Joaquín Almunia en sus *Memorias políticas*:

«Cuentan que Borbolla le preguntó a Guerra: “¿Qué hay que hacer para merecer tu confianza?”. Guerra le respondió: “Situarse de este lado de la raya”. “¿Dónde está la raya?”, inquirió el secretario andaluz. “La raya se mueve”, replicó el vicepresidente. “¿Y cómo sabemos hacia dónde?”, preguntó con cierta inquietud Borbolla. “Eso lo voy decidiendo yo en cada momento”, concluyó Guerra. El diálogo refleja a la perfección el tipo de lealtades sobre las que se cimentaba el guerrismo»¹³⁰.

[tras la elección de Carlos Solchaga como portavoz del grupo parlamentario socialista en 1993]». *Los ríos desbordados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994, pág. 58.

¹²⁸Piero Rocchini, op. cit., pág. 139.

¹²⁹Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 140.

¹³⁰Joaquín Almunia, op. cit., pág. 300. Joaquín Leguina cuenta los hechos de la siguiente manera: «—En el futuro y para evitar que se produzcan falsas interpretaciones —dice B [Rodríguez de la Borbolla]—, deberíais establecer una raya, una delimitación, a fin de que sepamos en qué asuntos tenemos libertad de maniobra, y en cuáles debemos consultar para atenernos a vuestros criterios. —Tendrás que entender, querido B, que la raya se mueve —concluyó A [Alfonso Guerra]». Op. cit., pág. 34.

La posesión de poder, por otra parte, era negada por el propio Alfonso Guerra, que prefería ocultarlo públicamente pero no organizativamente. Así, durante las entrevistas con Miguel Fernández-Braso que dieron nacimiento al libro anteriormente citado, Alfonso Guerra, por ejemplo, negaría tener cualquier tipo de ascendiente o influencia alguna sobre Televisión Española:

«**M.F-B.** ¿Cuál es tu influencia en televisión?»

»**A.G.** Cero.

»**M.F-B.** Todos pensamos que eres el dueño y señor...

»**A.G.** ¡Bah! Eso es un invento. Yo en televisión no tengo nada que hacer y además me parece bien. ¿Qué voy a mandar yo en televisión? ¿Pero qué relación tengo yo con la televisión?»¹³¹.

Sin embargo, la realidad es bien distinta y expondremos dos ejemplos de lo que estamos diciendo, que a la vez demuestran los modos de actuación del vicepresidente del gobierno socialista. Durante la campaña electoral municipal de mayo de 1983, concretamente pocos días antes de celebrarse la votación, se televisó una película sobre la Alemania nazi donde, curiosamente, un niño rubio y con gafas redondas —un calco de Jorge Verstrynge, candidato entonces a la alcaldía de Madrid por AP— traicionaba a sus padres y amigos entregándoles a las SS. Preguntado al respecto, el propio Verstrynge, recordaba que la estrategia de Alfonso Guerra había dado su resultado privándole de haber ganado las elecciones frente al viejo profesor. El segundo ejemplo del dominio ejercido por Alfonso Guerra sobre TVE, a través de su fiel José María Calviño, tiene como protagonista a José Luis Balbín y su programa *La Clave*. El 15 de enero de 1983 fue suspendida la emisión del programa *sine die* debido a que ese día estaba prevista la participación de Alonso Puerta —que había sido expulsado del PSOE tras denunciar un posible caso de corrupción para la financiación «irregular» del partido y que posteriormente analizaremos al detalle—. Alfonso Guerra llamó a José María Calviño para que procediera de acuerdo a su voluntad de eliminar de la parrilla televisiva el programa. Frente a las acusaciones de los medios de

¹³¹Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 183.

comunicación, Alfonso Guerra respondió eufemísticamente «¡ni siquiera conozco a Calviño!», cuando en realidad había sido nombrado por él mismo, y transcurrido el tiempo —en evidente consideración por los servicios prestados y su fidelidad— José María Calviño acabó siendo miembro del Consejo de Redacción de la revista *Temas para el debate* —órgano de expresión «oficioso» del guerrismo—. Por lo tanto, Guerra había acumulado poder por deferencia de González y lo usaba.

Dentro de esta lógica de acumulación de poder por delegación y, en cierto sentido, por dejadez de Felipe González, el «gemelo malo» comenzó a realizar ciertas manifestaciones que le situaban en el papel de la persona fundamental del socialismo español, cuando no de elemento indispensable para desarrollar la política del gobierno. Una actitud que, con el transcurrir de los años, provocaría el desencuentro entre los gemelos. Al poco tiempo de llegar al gobierno —uno o dos años—, se empezó a filtrar la idea de que Felipe González no tomaba decisión alguna sin consultar a Alfonso Guerra. Es una actitud típica de Guerra según la cual se da a sí mismo más importancia de la que realmente tiene. Es verdad que Felipe González dejó en manos de Alfonso Guerra el control del partido. En términos de Panebianco podríamos decir que Felipe González, al controlar la mayoría de las áreas de incertidumbre por su carisma, podía ceder el poder a Alfonso Guerra sin ningún temor —o al menos con un temor limitado—, ya que era plenamente consciente de que en caso de duda podría recuperar el poder del partido. Sin embargo, la actuación que acabó con la paciencia de Felipe González fueron unas declaraciones en 1989 de Alfonso Guerra al periódico italiano *Il Messaggero* donde declaraba: «Yo soy el cocinero que prepara los platos. Y es González el que los adereza y los presenta a los comensales». La irritación del entonces presidente del gobierno fue autocontrolada, pero desde esa fecha se podría decir que, si no ya desde tiempo antes, las relaciones políticas de Felipe González y Alfonso Guerra entraban en crisis. Además, la afirmación de Guerra era totalmente irreal. Alfonso Guerra se había declarado marxista desde antes de 1978 —cuando aconteció la rueda de prensa de González en Barcelona—,

prácticamente era un defensor de la dictadura del proletariado¹³², sin embargo, el marxismo desapareció y en el partido se impuso una disciplina férrea para evitar más desmanes frente a la voluntad del líder carismático. Ante el ingreso de España en la OTAN, en concreto, ante la posible salida mediante referéndum de la OTAN, Alfonso Guerra se manifestó a favor de no permanecer en la organización militar: «Pues no, no tengo que modificar nada, entre otras cosas porque la mayor información me ha hecho corroborar que este país quiere mayoritariamente no estar en la OTAN. Es un deseo incluso de los electores de Alianza Popular. [...] O sea que el conjunto de la nación está en contra»¹³³. A estas declaraciones se podrían añadir otras muchas en el mismo sentido, como las realizadas al diario *El País*: «Haremos campaña para que no se esté en la OTAN, y creo personalmente que ganaremos los que pensamos que la soberanía e independencia nacionales pasan por no estar en la OTAN»¹³⁴. Sin embargo, Alfonso Guerra fue el encargado de organizar los controles dentro del PSOE, dentro de la Administración del Estado y entre la intelectualidad para que el resultado estuviese de acuerdo a los deseos del líder carismático y de los miembros de la Alianza Atlántica, con EEUU a la cabeza. Ganó el *sí* a la permanencia «en beneficio del país»¹³⁵. Por lo tanto, Alfonso Guerra no tenía esa autonomía respecto al poder de Felipe González de la que se vanagloriaba, bien al contrario tenía poder en tanto en cuanto delegado y «fiel escudero» del líder socialista.

Anteriormente hablamos de la extensión del carisma del líder y de las reacciones que provocaba en las personas cuando se hallaban frente a una de las figuras cercanas a Felipe González. Así ante Javier Solana, José María Maravall o Narcís Serra, por ejemplo, las personas ajenas al poder o de escalones inferiores actuaban con deferencia, con complacencia, tratando de no violentar a las personas que estaban cerca de

¹³²En un libro sobre este tema Alfonso Guerra exponía lo siguiente: «Si dictadura del proletariado es una concepción leninista de la organización de masas, es decir, si se convierte en la dictadura sobre el proletariado, para los socialistas el concepto es inaceptable. Si la significación que se da a la dictadura del proletariado es la de la hegemonía de la mayoría de la clase obrera, se transforma en la democracia proletaria de las masas en la democracia de los trabajadores» en Gabriel Albiac (ed.), *El debate sobre la dictadura del proletariado en el PC francés*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1977, pág. 225.

¹³³Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 183.

¹³⁴*El País*, 7 de mayo de 1983.

«dios» —como diría Txiqui Benegas— porque, dentro de ese pensamiento primitivo, se tenía la creencia de que molestar a cualquiera de estas personas sería idéntico a molestar al líder o, dentro de un contexto tan primitivo como infantil —sin menospreciar lo que dijo Durkheim acerca del tratamiento a las personas con poder—, se pensaba que tal vez una mala acción frente a los «cercanos» sería motivo para que éstos se lo transmitiesen al líder y, por encima de todo, lo último que se pretendía era violentar al líder —cosa que excepto personas de cierta relevancia, no era plausible—. Por su parte, Alfonso Guerra más que la extensión del manto carismático lo que transmitía era miedo. Una llamada del vicepresidente del gobierno hasta el año 1989, más o menos, provocaba una gran inquietud en los interlocutores. Alfonso Guerra, o en su defecto Txiqui Benegas como secretario de Organización¹³⁶, ordenaba y si no se cumplía la orden, actuaba y defenestraba o expulsaba. El caso paradigmático de esto que decimos es el de José Rodríguez de la Borbolla que, mientras se mantuvo fiel al vicesecretario general, no tuvo problemas para gobernar en la Junta de Andalucía; en el momento en que se enfrentó al «gemelo malo» acabó perdiendo el combate político y terminó siendo excluido de la candidatura a la presidencia de la Junta en beneficio de Manuel Chaves¹³⁷. Los «barones» regionales y demás dirigentes del PSOE y del gobierno tenían autonomía mientras no desatendieran las órdenes de La Moncloa, tanto vicepresidencia como presidencia. Posteriormente volveremos a estos asuntos, pero sirva todo lo analizado como ejemplo de la diferencia fundamental entre Felipe González y Alfonso Guerra, y éste y los demás miembros cercanos al líder carismático. En este sentido Alfonso Guerra era tildado, por enemigos principalmente, como *Alfonso Beria*, en recuerdo de Laurenti P. Beria.

4.2. *Alfonso Guerra, el intelectual.*

¹³⁵ Alfonso Guerra declaraciones al diario *Ya*, 9 de marzo de 1986.

¹³⁶ No necesariamente eran estas dos personas las que tenían que asistir, por ejemplo a los diversos congresos regionales, comarcales o provinciales. Los comisarios políticos, rápidamente identificados, también actuaban en el desarrollo de los congresos, en estos casos y en general.

¹³⁷ Para un mayor análisis véase Esther Jaén y Susana Moneo, *Los hijos del César*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, pág. 69 y ss.

Posiblemente este epígrafe podría resumirse en una cita a pie de página, recomendando la lectura de la autobiografía de Jorge Semprún¹³⁸ sobre su época al frente del ministerio de Cultura en el gobierno socialista. Sin embargo, ese relato, fiel reflejo del Guerra intelectual, debe ser ampliado con otros análisis no muy distantes pero algo más profundos —en algunos aspectos Semprún toma demasiado partido por González frente a Guerra, lo que es válido para su libro pero no para nuestro análisis— y que, a diferencia del resto del análisis, nos llevará hasta nuestros días. Alfonso Guerra siempre ha declarado que él llegó al socialismo por una cuestión estética¹³⁹ e, incluso, contracultural, no en el sentido *beat* o *marcusiano* de la palabra, sino porque la dictadura franquista prohibía con numerosa frecuencia ciertas representaciones teatrales. ¿Por qué se decidió por un lánguido PSOE en vez de por un PCE mucho más activo? Porque dentro del partido comunista existía un *Índice* de libros prohibidos —eso era una afrenta para Alfonso Guerra—, y por la falta de democracia interna. Guerra no toleraba el «centralismo democrático» del PCE, una práctica leninista que posteriormente él instalaría y postularía en el seno del PSOE. Mas todavía, existía una razón para optar por el PSOE frente al PCE, el FLP o las diversas organizaciones de izquierdas, una razón intelectual:

«Pero nos decidimos por la Juventudes Socialistas. Yo, ya había leído muchos libros sobre el socialismo y me parecía que el PSOE era lo que buscábamos. [...] Pero la verdad es que mi vinculación con la política viene por el choque contra la sinrazón que había respecto a las actividades culturales. Y mi orientación hacia el Partido Socialista, no hacia el socialismo, que había leído libros de socialismo y tal, viene por un texto de Antonio Machado. Yo ya era muy lector de Machado y descubrí este pequeño texto, pequeñísimo, dos páginas, en las que cuenta el día, siendo niño, que le llevaron a un mitin de Pablo Iglesias. Se titula *Lo que yo recuerdo de Pablo Iglesias*. Machado escribe de Iglesias que “su voz tenía el timbre inconfundible de la verdad humana”. Eso me llamó mucho la atención y entonces empecé a investigar quién era Pablo Iglesias»¹⁴⁰.

¹³⁸Jorge Semprún, op. cit., passim.

¹³⁹Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 120.

¹⁴⁰Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 52.

Era Antonio Machado, «su» Machado, quién le inició por la ruta del socialismo español al descubrirle la figura de Pablo Iglesias, uno de los *santos laicos* del socialismo, junto a Francisco Giner de los Ríos, que existían en España según Ortega y Gasset¹⁴¹.

Que una persona se encuentre cercana al socialismo gracias a Antonio Machado y Pablo Iglesias, dentro del entorno universitario radicalizado y en gran medida muy marxista, tiene un mérito muy estético, aunque Machado pasase a un segundo plano al incorporarse a la organización socialista, haciendo aparición entonces el «marxismo de manual». Este hecho es verificable en su texto *Los enfoques de la praxis*, en el cual afirmaba lo siguiente:

«Con frecuencia los militantes marxistas se han planteado la polémica teoría-praxis. Que es prioritario en el tiempo: la práctica o la teoría? Se debe buscar la preparación teórica de la clase obrera, y así al tomar conciencia, actuará o por el contrario la acción es lo único que importa y con ella alcanzará el proletario un nivel teórico suficiente. Esta grave polémica es superada por la postura dialéctica de la simultaneidad de ambas tareas:

»—La formación teórica es necesaria para la ejecución consciente de una acción.

»—La acción en sí misma es una fuente de enseñanzas teóricas.

»De esta forma teoría y práctica, opuestos-simultáneos impulsan el proceso revolucionario que colocará en el centro del poder a la clase ascendente: la clase obrera»¹⁴².

Prosiguiendo con el carácter intelectual de Alfonso Guerra hay que advertir que —tras ganar el premio al «niño más listo de Sevilla» que concedía Radio Sevilla—, la persona que llegaría a ser vicepresidente del gobierno español, consiguió estudiar en la Universidad de Sevilla la carrera de Perito Industrial gracias a becas por sus «méritos» académicos, ya que provenía de una familia muy modesta. Esta carrera técnica permitió a Alfonso Guerra poder comenzar a ganarse la vida como profesor tanto en la Universidad

¹⁴¹José Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, tomo X.

¹⁴²*El socialista*, mayo de 1972. (La tipografía y las faltas de ortografía son fiel reflejo del texto tal y cómo fue publicado en su momento).

Laboral como en la Escuela de Aparejadores, y así mantenerse y poder estudiar su verdadera pasión, *Filosofía y Letras*. Así lo cuenta Alfonso Guerra:

«Me matriculé libre. Me divertí muchísimo haciendo Filosofía. Yo sabía, en muchas materias, muchísimo más de lo que se podía aprender allí. Entonces, bueno fue un paseo, pero un paseo absoluto. Todo a base de matrículas. Así, de *chapeau*. Era mayor también que los alumnos que había allí y, además, había leído muchísimo. No sólo por edad, sino que en algunas materias era buen conocedor. Esta carrera la hice por afición, porque estaba metido en el mundo literario y teatral»¹⁴³.

No vamos a analizar la constante que existe en el carácter de Alfonso Guerra, el cual tiende a aumentar, cuando no falsificar, la realidad, y por lo tanto no nos interesa especialmente la no-consecución de buenas notas¹⁴⁴, cuando de todos es conocido que, bajo las dificultades pecuniarias de su familia, era ya un éxito por se haber terminado dos carreras. Sin embargo, en esas palabras existe una transposición de los términos que es necesaria analizar para comprender al Guerra intelectual. Afirma Alfonso Guerra que realizó los estudios *Filosofía*, remarcando la palabra filosofía, sin ninguna alusión a *Letras*. Como la mayoría de las personas conocen, la carrera tenía el título de «Filosofía y Letras», existiendo unos cursos comunes y unas asignaturas específicas tanto para la filosofía como para las letras. Pues bien, Alfonso Guerra cumplimentó la rama de «letras» dejando de lado la filosofía. Todo este intento de discernir perfectamente entre una y otra rama,

¹⁴³Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 46.

¹⁴⁴Algo que queda perfectamente demostrado en la investigación de la periodista Carmen Rigalt (*Diario 16*, del 6 al 16 de mayo de 1984). Según el expediente académico de Alfonso Guerra en 1960 superó en junio Física, Química y Talleres con una calificación de aprobado; en septiembre aprobó Dibujo de Organización y Elementos de Cálculo. En 1961 las calificaciones de junio fueron: aprobado en Topografía, Dibujo I, Ensayo de Materiales y Mecánica General, y notable en Termotecnia y Talleres de Mecánica I; en septiembre aprobó Matemáticas. En 1962 la convocatoria de junio se saldó con las siguientes calificaciones: sobresaliente en Talleres de Mecánica II, notable en Derecho y aprobado en Construcción, Dibujo II y Electricidad Industrial. En el último curso, en 1963, en junio aprobó Termodinámica y Dibujo III, notable en Higiene Industrial, Contabilidad, Mecanismos y Talleres de Mecánica III, y sobresaliente en Economía Política; en septiembre aprobó Tecnología Mecánica. Aprobó la revalida con una calificación de aprobado el 4 de noviembre de 1963. Entre las calificaciones de Filosofía y Letras (rama Letras) tan sólo obtuvo, pese a lo dicho por Alfonso Guerra, matrícula de honor en Literatura de tercer y cuarto curso. El resto de las calificaciones son aprobados en su mayoría, algún notable y un sobresaliente.

resultaría un vago circunloquio o un texto perifrástico sino no tuviese un fin concreto: demostrar el tipo de intelectual que es Alfonso Guerra.

Sin acogernos al amplio marco gramsciano de los intelectuales vulgares o tradicionales —donde se encontrarían los literatos, los filósofos, los artistas, los periodistas y los profesores de universidad¹⁴⁵—, pero sin llegar al reduccionismo de considerar sólo como intelectuales a los filósofos y demás pensadores, sí podemos condensar la tipología en dos más uno: los «intelectuales vulgares» que son aquellas personas que sin ningún tipo de preparación —personal o académica— opina en los medios de comunicación —aquí se pueden incluir a la mayoría de los periodistas, algunos escritores, buscavidas, etc.—, cuya máxima figura es el *doxósofo*; y los «intelectuales preparados» que son aquellas personas con conocimientos teóricos —sin necesidad de titulación—, los cuales intentan aplicarse críticamente al conocimiento de la realidad para transmitirlo a los ciudadanos, desarrollando una labor de estructurador y guía de las demandas sociales. Éstas son las dos clases principales de intelectuales que pueden ser encontradas en los diversos medios de comunicación —incluidos los libros—. Sin embargo, existe una tercera posibilidad, uno de cuyos paradigmas se puede encontrar en las reuniones del *café Gijón*, el «intelectual de café» —que, por lo tanto, no puede ser entendida como una calificación peyorativa—, persona que se reúne con otras personas de intereses similares para hablar sobre «lo divino y lo humano», sin mayor trascendencia que las paredes del recinto y, en pocas ocasiones, algún libro que otro. Alfonso Guerra como intelectual tan sólo podría ser calificado como «intelectual de café», cuando no promotor de reuniones intelectuales. La pretendida intelectualidad de Alfonso Guerra está situada en el mundo del arte y la cultura, pese a la tendencia que tiene a autocalificarse de filósofo. El vicesecretario general del PSOE no es un filósofo, sino un literato, un intelectual de café. La demostración es simple, y para ello contaremos con el método comparativo. Alfonso Guerra a lo largo de sus entrevistas y escritos —salvo uno— en televisión, radio o prensa escrita —escasa por el rechazo que siente por los periodistas— ha citado como preferencias e influencias personales a:

Antonio Machado, Josep Pla, Kafavis, Cernuda, Miguel Hernández, Azorín, Jaime Balmes —que leyó a los nueve años—, Samuel Beckett, Jean Anouilh; Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Jean-Paul Sartre —desconocemos si el filósofo, el filósofo escritor, el filósofo existencialista, el filósofo estalinista, el filósofo maoísta o el «simple» escritor—, Albert Camus, Jorge Guillén, Bertolt Brecht, Ramón Pérez de Ayala, Juan Gil-Albert, Gregorio Marañón —médico y pensador—, John Dos Passos, Eugene O'Neill, Rosa Luxemburg y Maurice Duverger —no tenemos más pruebas de autores por él citados, aunque por los testimonios de Pablo Castellano sabemos que, en el fragor de la discusión dentro del partido, tanto Marx como Althusser eran citados con frecuencia, aunque de forma un tanto manualística—. Además, declaró que había leído muchos libros sobre el socialismo sin más especificaciones¹⁴⁶. Sus preferencias musicales y pictóricas son: Johan Sebastian Bach, Gustav Mahler, Brueghel, Eric Rohmer, Piero de la Francesca, Giotto, Mantegna, Picasso, Hernández-Pijuán, Ràfols-Casamada, José Luis Fajardo o Tàpies. Por último, su gran pasión los toros: Curro Romero, Rafael de Paula, Antonio Chenel «Antoñete», o Manuel Vázquez. A excepción de los pintores, toreros o cineastas, son pocos los filósofos o intelectuales filosóficos que cita Alfonso Guerra entre sus preferencias —hemos obviado a Adam Schaff, Ramón Cotarelo, John Eatwell, etc., porque los ha citado en su propia presencia, y no en textos ajenos a las reuniones periódicas de la fundación Sistema—. Desde luego Guerra demuestra tener una gran cultura —en algún congreso extranjero sobre poesía ha sido sorprendido el vicepresidente—, muy por encima de la media de los políticos españoles, pero para alguien que se jacta de haber estudiado y tener un perfil filosófico, parece extraño no citar algún filósofo o pensador —por la época en que estudió tanto el peritaje como la licenciatura bien podría recordar a Ginsberg o Marcuse, por ejemplo—. No lo hacía porque no lee, preferentemente, libros sobre pensamiento sino literatura e informes. Como observó Jorge Semprún, Alfonso Guerra siempre tenía libros de cierta editorial abiertos de tal forma que se pudiese ver la portada,

¹⁴⁵ Antonio Gramsci, *Antología*, México D.F., Siglo XXI, 1977, pág. 388 y ss.

¹⁴⁶ Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 52.

pero nunca leídos¹⁴⁷. Siguiendo con este autor, y a modo de comparación, podemos encontrar numerosos pensadores entre sus influencias en tan sólo un libro, y no en prolijas entrevistas y escritos a lo largo de los años: Alain Finkielkraut, Michel Foucault, Pericles, Friedrich Hegel, Edmund Husserl, Alexis de Tocqueville, Leszek Kolakowski, Daniel Bell, Agnes Heller, Max Weber o José Antonio Maravall. Habiendo estudiado la misma carrera, *Filosofía y Letras*, Semprún expone sus influencias de todo tipo, mientras que Alfonso Guerra se queda con los literatos. Por lo tanto, y sin ningún tipo de menosprecio, Guerra puede ser considerado un «intelectual de café», pero con una imagen teatralmente fabricada de intelectual que, aun estando en el poder, no sentía ningún apego a él —«No tengo ambición política; mi ambición, precisamente, es dejar la política»¹⁴⁸—, y pensaba que se podía ser crítico desde dentro —«una persona puede formar parte del Gobierno y estar enfrentada al poder»¹⁴⁹—. Imagen que estaba plenamente fijada en muchos militantes y ciudadanos españoles, pero que como demostró Jorge Semprún era todo falsable y teatral:

«Pero no utilizaba sólo documentos a guisa de accesorios para sus escenificaciones del viernes por la mañana. También libros. Incluso cuando hacía como si estudiara algún dossier, Guerra colocaba ostensiblemente en el brazo de la butaca un libro abierto y vuelto al revés, de manera que pudiera leerse el título. Nunca era una obra de ficción. Pronto pude darme cuenta de que el vicepresidente tenía una predilección sistemática por

¹⁴⁷ «Una anécdota mostrará hasta qué punto esta estrategia era sistemática en el caso de Alfonso Guerra. Dos años después de esta mañana de julio de la que estoy haciendo aquí un relato más o menos circunstanciado, en una fecha que no puedo precisar, un miércoles en todo caso, día de la reunión de subsecretarios que Guerra presidía y donde se preparaban los dossiers técnicos del Consejo del viernes, mi jefa de gabinete, Juby Bustamante, me indicó que ese día el vicepresidente había recomendado calurosamente la lectura de un libro a los asistentes a la reunión de subsecretarios. No la dejé terminar. “Sin duda *Sobre la imaginación científica*”, le dije interrumpiéndola, “una obra colectiva que acaba de publicarse”. Ella me miró boquiabierta. Se trataba de ese libro, en efecto. ¿Pero cómo había podido adivinarlo? Sencilísimo: era el último título publicado en la colección de Tusquets Editores». Jorge Semprún, op. cit., pp. 65 y 66.

¹⁴⁸ Entrevista con Nativel Preciado, *Tiempo*, 3 de diciembre de 1984.

¹⁴⁹ *Ibíd.*

los pequeños volúmenes, fáciles de reconocer por el color plateado de sus cubiertas, de la colección científica que Jorge Wagensberg dirige en Tusquets Editores»¹⁵⁰.

4.2.1. Alfonso Guerra: el promotor de la intelectualidad socialista.

¿Por qué esta pretensión de aparentar algo que en gran medida no se es? Un antiguo asesor ministerial nos respondió que «Alfonso Guerra sufre el “síndrome del perito”», es decir, al estar ante personas de una capacidad intelectual mayor tiende a aparentar su amplitud de conocimientos, a exagerar cuando no inventar capacidades ocultas —al igual que José María Aznar escribe poemas que nadie ha visto o leído—. Por esta razón, tiende a rodearse de «intelectuales orgánicos» y/o intelectuales proclives a él con la pretensión de ser un *primus inter pares*, sino un *primus*. Dentro de esta lógica de arrojarse de intelectuales Alfonso Guerra, en un intento de destacarse como adalid de la intelectualidad socialista y/o de izquierdas, fomentó los *Encuentros de Jávea* —germen del tan publicitado como olvidado *Programa 2000*—, también conocidos como *Encuentros sobre el futuro del socialismo*. Pues bien, en estas reuniones Alfonso Guerra oficiaba como *sancta sanctorum* de la intelectualidad del socialismo patrio y, en parte, exterior; era él quien dictaminaba y aprobaba en círculos cerrados la opinión de tal o cual ponente, pontificando sobre la idoneidad o corrección de las propuestas presentadas. Sirva como ejemplo lo acontecido durante la celebración del XIV Encuentro sobre el futuro del socialismo, celebrado en diciembre de 1998. Tras la finalización de la Mesa dedicada a la «creación de empleo», mientras marchaba junto a José Félix Tezanos y otros turíferos del guerrismo, expuso su preocupación por la intervención de Perri 6 —anteriormente llamado Perry Six y miembro de uno de los *think tanks* de Anthony Blair (*Demos*)— por su desenfrenado neoliberalismo como todo el que destila la «Tercera Vía»; razonamiento muy ligado a la vaguedad y superficialidad analítica fruto de la típica reflexión de los aparatos de los partidos de izquierdas, con razón o sin ella, y sin mayor antítesis que la propia palabra, aunque en este caso fuese cierto. Pero, como muestra de la intelectualidad

¹⁵⁰Jorge Semprún, op. cit., pág. 65.

de Alfonso Guerra, la mayor crítica que lanzó el ex-vicepresidente general del PSOE, sobre las propuestas del pensador británico, y que no tuvo en cuenta lo dicho, se centró en el cambio de nombre de esa persona, calificándole entre otros adjetivos de *snob*. Detrás de este grupo, que reía las gracias y ocurrencias de Guerra, Vicenç Navarro junto a Juan Torres López trataban de dirimir sobre la idoneidad o no de las propuestas del partido laborista, comparándolas con las de William Clinton. Lo importante es que Alfonso Guerra había marcado las directrices intelectuales a seguir: cualquier tema de la Tercera Vía debía ser tachado de neoliberal sin más. Esto lo comprendieron perfectamente los «guerristas» que, en la mesa de la tarde, decidieron atacar a otro pensador laborista, John Eatwell, con argumentos poco elaborados —a excepción del debate sostenido con Adam Schaff—, ante los que el pensador británico estimó conveniente no responder.

Volviendo a la relación de Alfonso Guerra con los intelectuales, cabe decir que el dirigente socialista entiende el papel de la intelectualidad de una manera que ya criticó Gramsci. Para él no había más intelectual que el «intelectual orgánico», el cual debía estar sometido a/o bajo su poder, porque él era el representante de la izquierda, por lo que sumaba a las tesis gramscianas las tesis leninistas, en el mejor de los casos, de la vanguardia. Sin llegar a recurrir a un segundo «pesebre socialista» —tal y cómo definieron los medios de comunicación las subvenciones culturales que entregaba la Administración del Estado, algo que por otro lado realizan todos los gobiernos, sean de izquierdas o de derechas¹⁵¹—, Alfonso Guerra sí atrajo sobre su proyecto de encuentros y posteriormente con el *Programa 2000*, a una gran parte de la intelectualidad cercana a sus posturas, pero siempre él aparecía como el primero de todo, el primero de los intelectuales orgánicos. Dentro de esa teatralidad que tanto le gusta a Alfonso Guerra y con una carga simbólica altamente explicativa, cabe destacar las portadas de ciertos libros que recogen algunos textos de esos encuentros. La primera edición de los «encuentros de Jávea» acabó viéndose reflejada en un libro donde se transcribieron algunas de las intervenciones. Sin necesidad de abrir el libro, ya podemos encontrar el juego simbólico que denota el carácter

del dirigente socialista. En el frontispicio de la portada encontramos en grandes letras el nombre de Alfonso Guerra por encima del resto de colaboradores que intervienen en el libro, cuyas letras son tres veces más pequeñas que las del vicesecretario general del PSOE y cuyos nombres aparecen reunidos. El nombre del vicepresidente socialista aparece solitario, como queriéndose situar más allá del bien y del mal, e iluminando al resto de los intelectuales allí reunidos¹⁵². Se podría contrargumentar que la tipografía elegida para la portada era, o bien una cuestión publicitaria para vender más libros gracias a la popularidad de Alfonso Guerra, o bien la clásica tipografía de la editorial Sistema. Dejando de lado la segunda respuesta por su falta de veracidad —comprobable en otros títulos de la editorial—, debemos analizar mínimamente la primera propuesta para comprobar su plausibilidad. Que Alfonso Guerra, gracias a su cargo político en aquellos momentos (vicepresidente del gobierno), pudiese vender más libros es algo válido dentro de una lógica editorial, mas ¿por qué Alfonso Guerra no utilizó nunca el soporte de la editorial Sistema para publicar sus propios libros y sí otras editoriales —excepto el caso concreto de su *Diccionario de la izquierda* que obedece claramente a un encargo editorial—? Porque sabía que la distribución de la editorial Sistema está restringida a librerías especializadas y, por ende, muy limitada en su distribución. Por lo tanto, el argumento publicitario cae por su propio peso y, además, queda descartado en cuanto se abre el libro y las personas se encuentran con que el *copyright* del libro tiene la siguiente referencia «Alfonso Guerra y otros». Normalmente, el *copyright* de obras colectivas recoge o los nombres de todos los participantes, o los nombres de los compiladores, editores o coordinadores del volumen, o no aparece ningún tipo de nombre. Tan sólo en las obras que se han publicado sobre los «Encuentros» aparece la indicación de «Alfonso Guerra y otros», o como en el caso del volumen dedicado a Europa «Alfonso Guerra, Mario Soares, Michel Rocard y otros». No se debe esta composición a un desprecio por los

¹⁵¹Véase para el PP, *El Siglo*, nº 433, 23-29 de octubre del 2000, y *El Siglo*, nº 445, 22-28 de enero del 2001.

¹⁵²Andrés de Blas, Virgilio Zapatero, Manuel Escudero, José Félix Tezanos, Ramón Cotarelo, Emilio Menéndez y Francisco Laporta.

demás componentes del libro, bien al contrario se debe al deseo de aparecer como un gran intelectual, como el «intelectual del socialismo español»¹⁵³.

Pero ésta no ha sido la única faceta de tipo intelectual que Alfonso Guerra ha seguido desde su atalaya de poder en el PSOE. Al poco tiempo de llegar a la vicesecretaría general del PSOE en 1979 —en el intento de fijar un límite temporal concreto, aunque desde hacía algún tiempo ya sucedía—, Alfonso Guerra comenzó a controlar algunas de las revistas científicas pertenecientes al ámbito de las fundaciones socialistas. Pero especialmente se hizo con el control cuasitotal de la *Fundación Sistema* y la revista del mismo nombre. El sistema de patronazgo de la *Fundación Pablo Iglesias*, por ejemplo, le impedía en cierto modo apropiársela, y no será hasta 1997, al ser nombrado presidente de ésta, cuando pueda controlar las actuaciones de la fundación, aunque de forma limitada. Este control de la fundación Sistema le ha permitido a Alfonso Guerra ejercer de «intelectual promotor de intelectuales», del mismo modo y manera que lo fueron José Ortega y Gasset y *Revista de Occidente*, o Luis Araquistain y la revista *Leviathan* (ahora *Leviatán*). La actitud del dirigente socialista ha sido similar a la que mantenía Ramón Gómez de la Serna en sus charlas en *Pombo*, él era quien como «sumo sacerdote intelectual» calificaba y descalificaba, admitía o reprobaba a los intelectuales cercanos al socialismo. Gracias al control de la fundación Sistema, Alfonso Guerra pudo atacar las políticas neoliberales del gobierno socialista, impulsar el Programa 2000, asegurar un canal de comunicación del guerrismo, y autodenominarse como padre del pensamiento socialista español. El propio dirigente socialista exponía la labor de «su» fundación Sistema:

«Desde aquel primer seminario de Jávea ésta es la decimotercera reunión consecutiva que hemos celebrado, todo un récord de continuidad y de esfuerzo por impulsar la puesta al día del pensamiento socialista. A este récord hay que añadir el conseguido por la propia revista *Sistema*, que en enero cumplirá veinticinco años de existencia, y que hacen de ella

¹⁵³En el número doble 145-146 de la revista *Sistema*, que recoge las ponencias del XIII Encuentro sobre el futuro del socialismo, Alfonso Guerra aparece, siguiendo la tipografía «clásica» de la revista

la publicación de pensamiento político y social de izquierdas más antigua y de más prestigio en España.

»La Fundación Sistema además, en su vertiente editorial, ha publicado casi medio centenar de libros —algunos de ellos básicos en el pensamiento socialista actual— y ha propiciado y liderado la realización de otra revista de opinión de carácter más general —menos académica— como es *Temas para el Debate* que, a pesar de sus escasos medios, ha traspasado el ecuador de tres años de existencia con pleno éxito»¹⁵⁴.

Se puede observar que Alfonso Guerra continua dándose más importancia de la que realmente tiene, o al menos no tiene en cuenta otras revistas de pensamiento tan importantes como la «suya». Dentro de esta lógica de las revistas científicas ligadas al PSOE, de una forma u otra, debe destacarse un hecho, merecedor de un análisis mucho más profundo que sobrepasa los límites de este estudio, la lucha planteada entre renovadores y guerristas a través de las páginas de las revistas científicas de la órbita del PSOE. En una primera época, la revista Sistema era plural —dejamos a un lado la época en que estaba dirigida y financiada por Joaquín Ruiz Giménez—, al igual que *Zona Abierta*, sin embargo cuando empezaron a manifestarse discrepancias entre el guerrismo y los renovadores, comenzó a encerrarse en sí misma favoreciendo la publicación de las personas más cercanas al vicesecretario general. El resto de pensadores socialistas comenzaron, preferentemente, a publicar en otras revistas, es decir, en las revistas de otras fundaciones que no eran Sistema. Aquellos que Alfonso Guerra vetaba por no estar de acuerdo con sus planteamientos, dejaban de publicar en Sistema, salvo raras excepciones, y pasaban a engrosar la nómina de colaboradores de *Leviatán*, *Zona Abierta* o *Cuadernos de Alzate* —dedicada a temas vascos—. Basta con cotejar los distintos consejos de dirección y redacción de estas revistas para encontrar numerosos indicios de la veracidad de esta tesis. Juan Carlos Monedero, a modo de resumen, explica perfectamente el ambiente intelectual que ha vivido el PSOE:

—todos los nombres iguales—, en primer lugar.

¹⁵⁴ Alfonso Guerra, «La crisis de neoliberalismo y las tareas del socialismo», *Sistema*, 145-146, septiembre 1998, pág. 5.

«La producción intelectual del PSOE, como hemos apuntado, no salía de su propia perplejidad. El Programa 2000, montaña que dio luz a un ratón al que habría de cazar un gato de indefinido color, no era sino una hagiografía de los gobiernos socialistas, y una primera entrada a la justificación neoliberal de la economía.; los llamados “Encuentros de Jávea”, de mayor rigor intelectual, fueron suspendidos cuando su factótum no cerró filas obedientemente con el círculo socialista en momentos de dificultades a raíz de un escándalo político; la revista “El Socialismo del Futuro” siguió repitiendo los mismos errores, pues, más que intentar asentar la historia del socialismo, no pretendió sino ser foro de ataque y distanciamiento respecto de otras formaciones de izquierda, cuando no un elemento de relanzamiento de determinadas figuras del Partido Socialista. La revista *Temas para el Debate*, controlada por el sector guerrista (que pretende distanciarse de determinados aspectos vinculados a la gestión del PSOE en el gobierno, como si Alfonso Guerra nunca hubiera sido Vicepresidente), es el último intento, teniendo su virtud en su mayor amplitud de miras, sobrepasando el *patriotismo de partido* en su concepción política»¹⁵⁵.

4.2.2. Análisis de los textos de Alfonso Guerra.

Hasta el momento hemos definido a Alfonso Guerra como un «intelectual de café», y como «promotor de intelectuales»; hemos observado que sus preferencias son literatos, y que su imagen de intelectual del PSOE es una imagen estética; pero no habíamos analizado su producción, ni su pasión machadiana, ni su intento de que fuese nombrado académico, ni su animadversión a los intelectuales que rodeaban a Felipe González.

Comenzando por el análisis de su producción intelectual, se puede decir que mayoritariamente los artículos publicados, en su mayoría en la editorial Sistema, son Prólogos o transcripciones de conferencias —alguna de ellas por duplicado¹⁵⁶—. Como

¹⁵⁵Juan Carlos Monedero, op. cit., pp. 182 y 183.

¹⁵⁶Es paradigmático el caso del artículo, o conferencia transcrita, *El socialismo y la España vertebrada*, el cual se publicó tanto en el número 68-69 de la revista *Sistema* (1985) como en el libro *La*

producción ajena a esa dinámica encontramos algunos artículos y tres libros —uno conjunto con Felipe González, el *Diccionario de la izquierda* y *La democracia herida*—. Ahora bien ¿cuál es el cariz de esta producción intelectual? Principalmente los artículos y conferencias de Alfonso Guerra son: por un lado, textos totalmente descriptivos y carentes de análisis, con un tono sumamente político, es decir, más una especie de mitin político lleno de *clichés* que un análisis crítico —la crítica al fin y al cabo es la principal función del intelectual— de la realidad. Sólo son explicaciones de cómo es la realidad. Por otro lado, si analizamos los textos minuciosamente y los cotejamos con los textos de sus más cercanos colaboradores, observamos que principalmente son palimpsestos de otros autores no citados, cuando no plagios consentidos. Pasando al análisis breve de los textos de Alfonso Guerra, y siguiendo el primer aspecto comentado, tenemos un artículo de 1976, titulado *Los partidos socialistas del sur de Europa y las relaciones socialistas-comunistas*, donde Alfonso Guerra pone en funcionamiento todo su arsenal descriptivo, olvidando el componente analítico. Reproducimos un epígrafe completo de este artículo por mor de la verificación de nuestra postura, epígrafe donde intenta, en apenas tres líneas, ser un analista del futuro con poco acierto:

«3. PANORAMA ACTUAL DE LAS FUERZAS PROGRESISTAS EN EL SUR DE EUROPA.

»Sin embargo, aunque el rasgo común a todos estos países meridionales sea que la izquierda está representada por partidos socialistas y comunistas fuertes, las ideas políticas y las relaciones de fuerza de estos partidos varían según el país.

»En Francia, el programa común que reúne al Partido Socialista, al Partido Comunista francés y a los radicales de izquierda ha hecho posible la unidad en las elecciones presidenciales y han conseguido resultados próximos al éxito. Si François Mitterrand no ha sido elegido presidente de la República francesa, se puede decir, visto el origen social de los electores del candidato de la izquierda unida, que ha hecho ineluctable la victoria de las fuerzas de la juventud y del trabajo.

transición democrática española (1989) también de la editorial Sistema. Posteriormente presentaremos una curiosidad de este artículo.

»En Italia, el Partido Comunista italiano defiende la alianza con la Democracia Cristiana, el compromiso histórico, más que la creación de una alianza entre comunistas y socialistas.

»En Portugal, donde la Revolución del 25 de abril ha puesto fin a medio siglo de dictadura, el Partido Socialista y una parte mayoritaria del pueblo se batan por la construcción de una sociedad democrática y socialista; aunque las secuelas dejadas en el pueblo portugués en el pasado obstaculizan aún la colaboración entre el Partido Socialista y el Partido Comunista.

»Finalmente, en España los objetivos inmediatos de coordinación de la izquierda unida son claros: acabar con las estructuras autoritarias del Estado continuador del franquismo, conquistar la democracia y la libertad. Pero las condiciones de ilegalidad obstaculizan la comprensión y frenan todavía un entendimiento en profundidad.

»La frase (sic) de liquidación de las dictaduras (Grecia de los coroneles, Portugal salazarista y ahora España franquista) y la posibilidad de ascenso al poder de las fuerzas progresistas —la unión de la izquierda en las elecciones francesas, el avance comunista en las elecciones italianas, los gobiernos de izquierda en Portugal y el proceso de afirmación de la oposición democrática en España— pueden crear nuevas condiciones políticas en el sur de Europa que modifiquen el panorama político mundial. La influencia americana en Europa y la política de defensa (OTAN frente a Pacto de Varsovia) puede quebrarse por la presencia política de las fuerzas progresistas en el poder en los países de Europa del sur»¹⁵⁷.

Se observa que Alfonso Guerra describe la realidad de los partidos socialistas del arco mediterráneo sin una crítica, sin una profundización analítica que busque el porqué de los hechos políticos y sociales. Además, y siguiendo con el análisis de los textos de Guerra, tenía y tiene la tendencia a mitinear a través de los artículos. La muestra —cuando decimos muestra es porque la gran mayoría, por no decir la totalidad, del texto sigue las misma pautas de expresión— de esto que afirmamos lo encontramos en un artículo de 1988 sobre Europa:

¹⁵⁷ Alfonso Guerra, «Los partidos socialistas del sur de Europa y las relaciones socialistas-comunistas», *Sistema*, n° 15, 1976, pág. 56.

«La idea del “*Nuevo compromiso europeo*” implica dotar de un sentido sustantivo y concreto al proyecto europeo, perfilando un modelo social y político que entronca con las mejores raíces de la civilización europea en las coordenadas del socialismo y la libertad.

»Ese nuevo compromiso europeo que proponemos creemos que puede constituir una alternativa socialista virtual, frente a las recetas del neoconservadurismo (que tan vivamente son alentadas desde la óptica del Pacífico), cuyo trasfondo fundamental es su carencia de sensibilidad social y su incapacidad para resolver efectivamente a corto y medio plazo el problema del paro, especialmente en los países de economía más débil»¹⁵⁸.

Igualmente en 1997 seguirá apostando por un lenguaje político:

«La Europa de los ciudadanos debe implicar la búsqueda de mecanismos de participación y de vigilancia de los consumidores, sobre todo en determinados sectores como el químico o el farmacéutico, de gran importancia para la salud y controlado hoy por poderosas multinacionales.

»En suma, la Europa de los ciudadanos consiste en fortalecer los derechos de los ciudadanos europeos como ciudadanos, como trabajadores, como consumidores, como estudiantes y cualesquiera otras facetas de su vida diaria»¹⁵⁹.

Cuestión, la del lenguaje político, que podría quedar totalmente finalizada con un grupo de propuestas recogidas en 1998, sobre la crisis del neoliberalismo:

«— Un Tratado internacional sobre condiciones sociales mínimas progresivas (jornada laboral, eliminación del trabajo infantil, trabajo femenino, sistema sanitario, sistema de pensiones), revisables dichos mínimos pasados unos años. Con ello se evitaría la explotación salvaje, base de la competencia desleal de algunos sectores.

»Esta situación hace urgente y necesario el establecimiento de una cláusula social en el comercio internacional que garantice condiciones de trabajo dignas en los países que quieran exportar sus productos.

¹⁵⁸Alfonso Guerra, «El socialismo español y el nuevo compromiso europeo», *Sistema*, noviembre 1988, pág. 25.

»— Creación de una Autoridad Mundial para la defensa del medio ambiente y la explotación de las reservas mundiales.

»— Tratado Internacional para el control de los movimientos financieros especulativos. Es hora de establecer un fuerte gravamen sobre el movimiento económico especulativo.

»— Control internacional antimonopolio y de reglas de comportamiento para las compañías transnacionales sobre todo las de carácter financiero y de medio de comunicación y entretenimiento.

»— Tratado para la cooperación contra la criminalidad internacional (mafias, narcotráfico, redes de negocios ilícitos y terrorismo).

»— Acuerdo internacional sobre los límites de la investigación científica y sobre el control de los grandes centros de investigación públicos y privados.

»— Creación de un Tribunal Internacional de protección de los Derechos Humanos»¹⁶⁰.

Los textos de Alfonso Guerra están saturados de clichés y de errores conceptuales. Lo que en el caso de Felipe González es lógico y perdonable —nunca ha aparentado ser un intelectual o un estudioso—, en el caso de Guerra es paradigmático e imperdonable. Decimos paradigmático porque está en perfecta consonancia con la afirmación de que Alfonso Guerra es un «intelectual de café» y literario, no un «intelectual». Y afirmamos que es imperdonable porque el propio personaje ha estado, entrevista tras entrevista, vanagloriándose de sus numerosas lecturas y saberes, y por lo tanto tendría que conocer los mínimos requisitos conceptuales. Ejemplo claro de lo que estamos diciendo es su advertencia sobre el peligro que sobrevuela al socialismo: «Verdaderamente no podemos negar que nos encontramos ante los intentos de un fuerte proceso de acoso y derribo del pensamiento socialista, al que se pretende sustituir por una

¹⁵⁹ Alfonso Guerra, «Introducción» en Alfonso Guerra, Mario Soares, Michel Rocard y otros, *Una nueva política social y económica para Europa*, Madrid, Sistema, 1997, pág. 11.

¹⁶⁰ Alfonso Guerra, «La crisis del neoliberalismo y las tareas del socialismo», pp. 11 y 12.

especie de ultraliberalismo inhumano»¹⁶¹. La frase en cuestión no es más que un cliché típico en el pensamiento de izquierdas contemporáneo, que advierte constantemente de la llegada del neoliberalismo, aunque no expone algún análisis del porqué, ni presenta una contrafigura a ese acoso —también es anacrónica en el sentido de que al menos desde 1947 con la fundación de la *Sociedad Mont Pèlerin* algunos pensadores liberales han intentado derribar los fundamentos del Estado de Bienestar y de la socialdemocracia¹⁶²—. Este tipo de descripciones «típicas» suelen ir acompañadas de consecuencias del neoliberalismo que, aun siendo verdaderas, siguen careciendo de una análisis pormenorizado y/o detallado sobre el que construir una alternativa. Así Alfonso Guerra vuelve a caer en la exposición de consecuencias verdaderas, pero estereotipadas del neoliberalismo: «La resultante de esas políticas es el aumento del desempleo, el descenso de los salarios, trabajos mal o peor pagados, aumento encubierto de la jornada laboral, precariedad en el empleo, mayor desigualdad entre las clases sociales, dualización social, marginación y exclusión social, además de recortes en las prestaciones sociales y sanitarias y un deterioro notable en todo el sistema educativo»¹⁶³. Para finalizar, el otro aspecto destacable de la «semiótica guerrista» es la mala interpretación de conceptos, lo cual provoca caer en errores históricos y conceptuales. Alfonso Guerra afirmaba que:

«La crisis del marxismo no tiene por qué implicar un abandono del impulso creador que existe en la base del pensamiento socialista, de ese impulso creador orientado a dominar la naturaleza para colocarla al servicio de la humanidad. Tal impulso ha sido, creo yo, y debe continuar siéndolo en el futuro, patrimonio común del espíritu renovador de las personas, de los sectores más progresistas de la sociedad»¹⁶⁴.

¹⁶¹ Alfonso Guerra, «Introducción» en V.V.A.A., *El futuro del socialismo*, Madrid, Sistema, 1986, pág. 18.

¹⁶² En 1947 se reunieron en la estación de esquí suiza de Mont Pèlerin un grupo de intelectuales liberales con la intención de presentar un programa ideológico contra los planteamientos socialdemócratas y keynesianos de posguerra (II Guerra Mundial) y lograr una hegemonía de pensamiento favorable a sus principios. Entre los intelectuales allí reunidos podemos citar a Friedrich Hayek, Milton Friedman, Karl Popper, Michael Polanyi o Walter Lippman.

¹⁶³ Alfonso Guerra, «La crisis del neoliberalismo y las tareas del socialismo», pp. 7 y 8.

¹⁶⁴ Alfonso Guerra, «Introducción» en V.V.A.A., *El futuro del socialismo*, pág. 21.

Sin lugar a dudas la dominación de la naturaleza para ponerla al servicio de los hombres es la base de la ideología socialista, tanto como de la ideología liberal, ya que ambas son hijas del pensamiento ilustrado, son hijas de la Ilustración. Pero la diferencia cualitativa, que no expone Alfonso Guerra y que es causa de su error conceptual, se establece sobre cómo dominar a la naturaleza, bien a través de la explotación del hombre por el hombre, bien quebrando esa figura, por ejemplo. El socialismo utópico es un intento claro de dominar a la naturaleza y sacar el mayor fruto y beneficio de ella, evitando la explotación de las personas como admitía el liberalismo. El marxismo cobró fuerza porque presentaba un método científico que permitía sacar a la luz la dominación burguesa sobre la naturaleza y el proletariado. Es decir, el socialismo en general ha sido un intento de acabar con la explotación liberal, no con la dominación de la naturaleza. Por consiguiente, la propuesta de Alfonso Guerra lleva al socialismo o al movimiento progresista a ser liberales, cuando lo que intentaba explicar era justamente todo lo contrario. El error, entonces, no es plenamente conceptual, que también, en el sentido que lo propuesto sea falso, sino que lo que afirma es contrario a lo que quiere afirmar por su propia indefinición conceptual. Unas páginas después del texto analizado, Alfonso Guerra cometería otro lapsus en su disertación:

«Pero creo que el elemento fundamental no es tanto el análisis de la progresividad o la regresividad de la lucha de clases, o el análisis de si existe o no una conciencia de clase, sino si se ha perdido o si se está perdiendo: si existe o no una negativa por parte de la mayor parte de los trabajadores a considerarse parte de una clase concreta, con su propia conciencia colectiva»¹⁶⁵.

Del texto se puede inferir una gran *contradictio in terminis*, propia del lenguaje de Alfonso Guerra: por un lado, se dice que no es importante analizar si existe o no una conciencia de clase, sino que lo importante es analizar, por otro lado, si se ha perdido o se está perdiendo la conciencia de clase. Sin adentrarnos en la discusión de fondo, que está presente en el texto de Guerra, sobre la conciencia «en sí» o «para sí», es evidente que si se analiza la

pérdida o no de la conciencia de clase, se analiza su existencia o su inexistencia. Si se ha perdido la conciencia de clase es obvio que no es latente, y si se está perdiendo es claro que existe pero en estado regresivo. Y qué decir de la posibilidad de que los trabajadores se consideren o no parte de una clase con su conciencia colectiva —¿qué es sino la clase media?—. En este caso, igualmente, cualquier análisis que se quiera realizar pasa por un estudio de la existencia o no de conciencia de clase de una u otra forma. En resumen, Alfonso Guerra afirma que lo importante es analizar lo que en líneas anteriores dice que no es importante, porque ¿de qué sirve estudiar la pérdida de conciencia de clase o la adscripción a una clase de los trabajadores, si no es importante saber la progresividad o la regresividad de la conciencia de clase o su misma existencia? Lógicamente de muy poco. Esta situación está provocada porque, en su intento de aparentar ser un «intelectual político», utiliza palabras grandilocuentes e izquierdistas con gran boato sin prestar atención al argumento presentado. Ha de parecer un intelectual y por eso no repara en gastos lingüísticos, aunque le lleven a cometer errores. Algo que también le ha ocurrido en el parlamento español y frente a los medios de comunicación. Las *boutades* de Alfonso Guerra han sido manifiestas, como cuando manifestó que se escribía cartas en latín con el *viejo profesor* dirimiendo temas filosóficos¹⁶⁵, cuando de todos es conocida la opinión que Enrique Tierno Galván tenía de él¹⁶⁷; o cuando en una ocasión afirmó que no leía «anónimos sin firma»; o al achacar el lema «socialismo o barbarie» a la «derecha reaccionaria» cuando era creación de Rosa Luxemburg —autora de la que Alfonso Guerra, como vimos anteriormente, se jactaba conocer perfectamente— bajo la inspiración de Marx; o cuando corrigió al diputado de AP, Juan Ramón Calero, el cual al citar a Septimio Severo tradujo erróneamente la palabra *miles* por «militante» y no por «soldado», corrección que le había transmitido a Alfonso Guerra el catedrático de Latín y diputado socialista, José Bebiá.

¹⁶⁵Ibídem, pág. 24.

¹⁶⁶*Tiempo*, 17 de marzo de 1986.

¹⁶⁷Vid. Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981.

No acaban aquí los desencuentros intelectuales de Alfonso Guerra. Todavía se puede exponer un dato curioso y paradigmático del carácter intelectual del dirigente socialista. Advertimos anteriormente que el texto del ex-vicepresidente del gobierno «El socialismo y la España vertebrada», transcripción de una conferencia dictada en la universidad de Oxford, había sido duplicado tanto en un libro como en una revista. Sin embargo, el texto de esa conferencia, pronunciada en febrero de 1985, es un plagio, o mejor dicho, es un *autoplagio* del «Prólogo» al libro de Raúl Morodo *La transición política* de 1984¹⁶⁸. El texto de la conferencia tiene ochenta y un párrafos, mientras que el texto del «prólogo» tiene veintiséis párrafos. Lógicamente ambos textos no son iguales, sino que la conferencia fue, letra por letra, aderezada con el texto del libro de Morodo¹⁶⁹. Lo importante del autoplagio no es el acto en sí de copiar los mismos argumentos a sí mismo, algo que entre los intelectuales es normal y se conoce vulgarmente como *refrito*, sino que ha copiado letra a letra un texto que destinó a prologar un libro para su utilización en una conferencia en Oxford y dos artículos. Esto demuestra la gran capacidad intelectual de Alfonso Guerra, ya que en el período de dos años parece ser que no fue capaz de escribir cuatro artículos diferentes. Y aun cuando el texto de la conferencia tiene una referencia cruzada, el texto del libro de Raúl Morodo no es citado en ninguno de los otros

¹⁶⁸Alfonso Guerra, «Prólogo» en Raúl Morodo, *La transición política*, Madrid, Tecnos, 1997 (1984), pp. 11-23.

¹⁶⁹Los doce primeros párrafos del texto de la conferencia son originales, es decir, no copiados, pero el decimotercer párrafo es idéntico al cuarto párrafo del libro de Morodo —a partir de este momento se citan primero los párrafos de la conferencia y luego los del prólogo del libro de Morodo—. Los párrafos 14 y 15 son copia de los párrafos 5º y 6º. El párrafo 16º es similar al párrafo 7º excepto al final del párrafo que en el texto de la conferencia añade «haciendo borrón y cuenta nueva del pasado». Los párrafos 17º y 18º de la conferencia son inéditos, pero los párrafos 19º y el 20º son un calco de los párrafos 8º y 9º. El párrafo 21º de la conferencia es inédito. Los párrafos 22º y 23º son copia de los párrafos 11º y 12º. Los párrafos que van desde el 24º y el 29º son inéditos. El párrafo 30º es copia del párrafo 14º, aunque añadiendo al comienzo «En el terreno interno». Los párrafos 31º y 32º son copia y división en dos del párrafo 13º. El párrafo 35º es copia del párrafo 15º con la addenda de un paréntesis casi al final del texto de la conferencia. El párrafo 36º es copia del párrafo 16º, incluso la tipografía es la misma en la palabra final del párrafo; en ambos casos se escribe lo siguiente de la siguiente forma: «LA LIBERTAD». El párrafo 38º es copia del párrafo 17º. El párrafo 48º es idéntico al párrafo 18º con la adición de «Por otro lado» al comienzo del mismo. Los párrafos 49º y 50º son copia y división del párrafo 18º. El párrafo 51º es copia del párrafo 19º. Por último, los párrafos 62º y 63º son la transcripción de los párrafos 23º y 24º. Es curioso que en un texto de ochenta y un párrafos se hayan copiado palabra a palabra diecisiete de un texto escrito unos meses antes.

textos. Por consiguiente, tenemos cuatro referencias bibliográficas que realmente son una y media, y que demuestran el verdadero intelectual que es Guerra.

4.2.3. *Alfonso Guerra machadiano, académico y contraintelectual.*

La pasión de Alfonso Guerra por el escritor Antonio Machado es conocida por todos debido a la constante proclamación que hace de ello el dirigente socialista. Vimos como el vicesecretario general del PSOE afirmaba haber llegado al socialismo a causa de y por culpa de Antonio Machado, pero su aprecio por el Machado «bueno» —o «malo» como se le calificó bajo el régimen franquista— impregna todos los actos intelectuales de Guerra, al menos hasta 1990. La librería que fue de su propiedad —que al cabo de los años el PSOE hubo de comprar por estar al borde de la quiebra, en un caso claro de *patrimonialización* del partido por parte de uno de sus dirigentes— se llamó, y se llama, *Librería Antonio Machado*. Guerra se jacta de ser una autoridad mundial en el escritor sevillano, tanto como para haber presentado las *Obras Completas* llevadas a cabo por Oreste Macri. El profesor italiano había estado trabajando durante años en la figura de Machado y su obra poética, por lo que al llegar la celebración de cincuentenario de su muerte la editorial Espasa Calpe le encargó la elaboración de las *Obras Completas*. Durante la celebración de la obra machadiana, Alfonso Guerra, como introductor y aprovechando que Oreste Macri no había podido acudir, realizó una presentación llena de críticas al trabajo del profesor italiano y sin introducir alternativas, como es habitual en el dirigente socialista, y ante la sorpresa de los editores. Él sabe más que nadie sobre Antonio Machado, y por eso puede criticar cuando lo desee a profesores que estudian con detenimiento la obra del escritor durante años, más teniendo en cuenta que en aquellas fechas era el vicepresidente del gobierno español. Pero la pasión por Machado no acaba aquí sino que es viva expresión del humanismo de Guerra y su guía poética:

«**A. G.** Yo creo que el sentido humanista de su planteamiento. Un ser humano tan bueno es difícil de encontrarlo en la vida. Probablemente en la vida real uno está condicionado por tantas cosas, que no es capaz de percatarse de esa bondad humana como a través de

los escritos de Machado. Además conociendo su biografía se refrenda absolutamente la enorme bondad y la ausencia total de vanidad en su comportamiento. Él no hace las cosas por inútil vanidad, sino porque las cosas son como son, porque las cosas deben estar bien hechas. Esto me sigue llenando de emoción. [...]

»**M. F-B.** Machado, en *Juan de Mairena*, recuerdas que dice que el artista se encuentra a caballo entre el orgullo y la modestia.

»**A. G.** Sí, él lo dice en lo de *Mairena*, yo lo digo de él y, además, lo he dicho de mí mismo. Yo vivo también entre el orgullo y la modestia. Digamos, mejor, entre la modestia y el orgullo. Creo que es así como funciona: la modestia es lo que predomina y de vez en cuando hay un ramalazo de orgullo, de sentirse a gusto por incomprendido a veces, ¿no?. Pero éste es el mecanismo de toda persona creativa.

»**M. F-B.** ¿Tiene alguna influencia tu poesía de Machado?.

»**A. G.** Directa, no. Pero supongo que alguna sí»¹⁷⁰.

Tanta es su pasión que a alguno de sus más fieles colaboradores les ha calificado de machadianos. Éste es el caso de Mariano Pérez Galán: «No es fácil encontrar en nuestros tiempos —«¡qué tiempos estos en los que hablar de flores es casi un crimen!» (B. Brecht)— a un hombre como Mariano. Su exquisita y sincera cortesía, su bondad (*muy machadiana*), su cultura, su elegancia, hacen feliz a quien esté a su lado»¹⁷¹. El «intelectual de café» Alfonso Guerra es machadiano, y un apasionado de los literatos españoles y extranjeros como demuestra el ditirambo sobre Bertrand Russell en la revista *Temas para el debate*¹⁷² —aunque en este caso Russell es un filósofo escritor, pero Guerra analiza su parte literaria—. Esta asunción de su intelectualidad le llevó a querer formar parte, según confiesan ciertos autores, de la Real Academia Española o, en su defecto, de otra Academia.

¹⁷⁰Miguel Fernández-Braso, op. cit., pp. 215 y 216.

¹⁷¹Alfonso Guerra, «Preámbulo» en V.V.A.A., *Por la Escuela Pública. Homenaje a Mariano Pérez Galán*, Madrid, Fundación Cives, 1998, pág. 14.

¹⁷²Alfonso Guerra, «Bertrand Russell, el compromiso con su tiempo», *Temas para el debate*, nº 69-70 (agosto-septiembre), 2000.

La historia de su pretensión de ser académico tiene importancia si la vemos desde dos puntos de vista. El primero es la pretensión, que venimos analizando en este punto, de ser un intelectual, mejor dicho, de ser reconocido como un gran intelectual español. No como un «intelectual de café» que, desde su punto de vista, forma parte de la bohemia desastrada, sino como un verdadero intelectual, como un verdadero literato, como su admirado Antonio Machado. El segundo aspecto por el que es importante analizar la pretensión de Alfonso Guerra de ser académico de la Lengua, es la utilización del poder del Estado de forma patrimonialista, en beneficio propio, muy alejado de las propuestas regeneracionistas de los dirigentes socialistas en 1982. Se observará el porqué de numerosas críticas recibidas por los gobiernos socialistas desde prácticamente su llegada al poder, pero especialmente desde 1986. Este ejemplo es una clara demostración de cómo utilizó el poder en algunas ocasiones el PSOE, en contra de lo postulado y, lo que es peor aún —si se nos permite esta calificación ética—, en beneficio de unos pocos, de los dirigentes socialistas y sus edecanes, corifeos y demás miembros circundantes. En 1987, varias personas del entorno de Alfonso Guerra interrogaron a varios académicos sobre la posibilidad de que el, por entonces, vicepresidente del gobierno fuese admitido como académico de la Lengua española. Para llevar a cabo esta operación todas las Academias españolas deberían alterar sus estatutos en referencia a la elección y nombramiento de sus miembros, abriendo la posibilidad de que el parlamento, con la excusa y sobre la base de la distribución sociológica y política de España —el mismo argumento que el utilizado en la elección de los miembros del CGPJ, aunque con fines distintos—, pudiese nombrar un cupo de miembros. A cambio, el gobierno incrementaría notablemente las contribuciones económicas y de subvención de estas instituciones para su funcionamiento y actividades. Además, estos portavoces de Alfonso Guerra comentaron la posibilidad de aplicar, para dejar «sillones y letras» vacantes —que como se sabe quedan libres o por la defunción del académico, o por su renuncia, o por su expulsión—, la jubilación a los académicos. La segunda propuesta fue rechazada de inmediato con una clara y concisa respuesta de un académico: «La fecundidad y capacidad creadora de Menéndez Pidal, con sus más de noventa años, por citar un solo caso de los muchos que hay, se hubiera

desaprovechado»¹⁷³. Al final los académicos desecharon totalmente la propuesta en virtud del dicho «más vale pobre pero honrado». Pero el solo hecho de que Alfonso Guerra intentase llegar a ser académico de la Lengua —lo que no hubiese sido más polémico que otros nombramientos, tales como los de Luis María Anson y Juan Luis Cebrián, por ejemplo— por medio del poder del Estado, demuestra bien a las claras que la prepotencia más inquina se adueñó de algunos dirigentes socialistas, no tanto a consecuencia de las sucesivas mayorías absolutas como por el mero hecho de haber llegado al poder. Como manifestó un académico por aquellas fechas:

«Por lo que leo en los periódicos, hay muy pocos lugares de la vida política, social o cultural del país en el que los socialistas no hayan intervenido. Debería aplicárseles “la confesión negativa” practicada por los antiguos egipcios que, para abreviar, confesaban sólo los pecados que no había cometido y así se ahorra mucho tiempo. La Academia no podía escapar a su intervencionismo»¹⁷⁴.

Si el ejemplo de la Real Academia Española demuestra la prepotencia y el sentido patrimonialista con que se comportaban algunos dirigentes socialistas, también ejemplifica el deseo de Alfonso Guerra de ser algo más que el «intelectual de café» enclaustrado en tertulias de partido o de epígonos; deseaba ser reconocido como un intelectual más allá de la «fronteras partidistas» que le ahogaban, y nada mejor que el medio «académico». Así podría reunirse con otros intelectuales para discutir sobre el concepto de *intrahistoria* presente en *San Manuel bueno mártir* de Unamuno, o sobre *La peste* de Camus. Trataba de que le considerasen un «intelectual español», no sólo «socialista». Mas no sería la única intervención de Alfonso Guerra en un asunto cultural, también intentó, y al final consiguió, manipular el resultado de los premios *Juan Carlos I*, instaurados para premiar al mejor artículo publicado sobre España en la prensa italiana por la embajada española en Roma —que ostentaba por aquellas fechas el profesor Jorge de Esteban—. En 1984, nada más tomar posesión de su cargo de embajador, De Esteban

¹⁷³Citado en José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., pág. 273.

¹⁷⁴Citado en Ibídem, pág. 275.

convocó la primera edición de tales premios con el objetivo claro de promocionar cultural e internacionalmente a España. A la final llegaron dos escritores, Cesco Vian, con un ensayo sobre Rafael Alberti, y destacado intelectual italiano vinculado a la democracia cristiana. Y Otello Lottini, profesor de Historia de la Lengua Española, intelectual socialista y amigo de Alfonso Guerra, el cual transmitía órdenes al embajador español en Italia a través del intelectual italiano —incluso Lottini seleccionaba los invitados de las recepciones y/o actos oficiales de la embajada española—. Finalmente el resultado fue favorable a Vian por seis votos a favor y dos en contra. Lottini, irritado por no haber logrado el premio, llamó a su amigo Guerra quejándose por haberle concedido el premio a un «fascista». En cuanto Alfonso Guerra pudo hablar con Jorge de Esteban se produjo el siguiente diálogo:

«**A.G.** ¿Cómo se te ocurre darle el premio ese a un fascista? Es indecoroso, deplorable. Era necesario que lo ganara Lottini en su primera edición.

»**A. de E.** El jurado era de ocho personas y seis votaron a Cesco Vian, que no es ningún fascista, sino un hispanista de mucho prestigio. Yo voté a Lottini, pero no podía presionar ni votar por los demás miembros del jurado.

»**A.G.** No, si tendré que enseñarte yo cómo se manipula un premio. Además, no se deben tirar piedras sobre el propio tejado»¹⁷⁵.

Curiosamente el ganador de la séptima edición fue Otello Lottini cuando ya no era embajador en Roma Jorge de Esteban, y a punto de dejar el gobierno Alfonso Guerra. Se demuestra que en lo referente a la cultura, Alfonso Guerra ha sido todo un referente en el gobierno del PSOE hasta la llegada de Jorge Semprún. El dirigismo del «intelectual de café» ha llegado lejos, más allá de nuestras fronteras, para favorecer a los «suyos», a los fieles y serviciales. Porque Alfonso Guerra sabe compensar a aquellos que le son fieles, y

¹⁷⁵Citado en Melchor Miralles y Francisco J. Satué, op. cit., pág. 539. Hemos intentado confirmar este suceso consultando al profesor De Esteban, pero al no lograr reunirnos con él, preferimos que la manipulación del premio *Juan Carlos I* sea considerada como una posibilidad. Aunque, en favor de su inclusión (no a pie de página), existe el argumento de que, siendo público el testimonio recogido por los dos periodistas citados, ni Guerra ni De Esteban hayan presentado denuncia por infamias, y por lo tanto tiene visos de autenticidad.

no le duelen prendas en defenderlos siempre que es necesario. Como recuerda Carlos Solchaga, de sus conversaciones con Felipe González, éste le decía: «Mira Guerra cree que éste, éste y el otro son cojonudos y simplemente lo cree porque les tiene confianza. Siempre me propone que sean ministros, pero yo nunca los haré ministros porque no creo que son cojonudos sino que son simplemente leales a Guerra»¹⁷⁶. Así es Alfonso Guerra displicente y leal con los fieles a su figura, y duro y destructivo con los «no alineados».

Esta forma de actuación le ha llevado a enfrentarse a otros intelectuales y medios de comunicación, más cercanos a Felipe González que a él mismo. Desde que Felipe González llegó a Madrid y fue «introducido» por Miguel Boyer, Mariano Rubio o Enrique Sarasola en los círculos de la clase capitalista madrileña, Alfonso Guerra ha mostrado su repulsa a todo ese tipo de amistades y de veleidades del «gemelo bueno» del PSOE con la *beautiful people* madrileña. La influencia de estos personajes le restaba influencia sobre Felipe González. Quería controlarlo pues el líder socialista había sido, pensaba, su creación y él no podía permitir que la persona por quien había apostado a mediados de los 1960s abandonase su ámbito. Criticaba Alfonso Guerra las reuniones de González con Sánchez Asiaín y demás miembros de la burguesía española, durante la época de la transición y la oposición. Pero, tras la llegada a La Moncloa, le parecía aún más detestable verse fuera de las reuniones de la «bodeguiya», donde González reunía en ambiente distendido a intelectuales, empresarios y demás personajes cercanos a su persona. No soportaba que Felipe González cenase con Claudio Boada, Gustavo Cisneros, Jesús (de) Polanco, Ramoncín, José Luis Coll —con quien, además, jugaba al billar español—, Javier Pradera, Juan Luis Cebrián, Cándido o Luis Antonio de Villena, entre otros. La influencia, más o menos plausible, de estas personas estaba afectando, en lenguaje guerrista, al líder socialista, el cual, con el apoyo de Boyer y Solchaga —verdadero monstruo de tres cabezas para el guerrismo—, se desviaba hacia la derecha,

¹⁷⁶Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 168.

hacia el neoliberalismo o «paleo-liberalismo» en términos guerristas¹⁷⁷. Tal era su inquina hacia estas personas que el propio Jesús (de) Polanco llegó a manifestar que Alfonso Guerra era uno de sus enemigos políticos¹⁷⁸. Y a fuer de ser realistas podemos afirmar que el grupo PRISA ha sido un fuerte grupo de presión contra el guerrismo, tanto que pasado el tiempo Juan Carlos Rodríguez Ibarra, guerrista histórico, manifestó, a raíz de la dimisión de Joaquín Almunia como secretario general del PSOE, que no tenía más que leer el editorial del diario *El País* para saber de qué hablarían en la reunión de la Ejecutiva¹⁷⁹. También el rotativo madrileño, del cual se dijo que era el «BOE socialista», se vengaría de Alfonso Guerra «levantándole» —es decir, suprimiendo de edición— una entrevista en 1994. En el ámbito periodístico tan sólo podía contar Alfonso Guerra con Jordi García Candau y Enric Sopena, entre los más destacados. Para contrarrestar ese nutrido grupo de intelectuales cercanos a Felipe González, Guerra fue formando a su alrededor un grupo, con presencia mediática en muchos casos, de doctos profesores universitarios, aunque manteniendo un gran respeto por algunos asesores o afines a González en diversas épocas como José María Maravall, Ludolfo Paramio, Elías Díaz, Julián Santamaría o Francisco Tomás y Valiente. Pero en general, se puede decir que Alfonso Guerra no ha entablado buenas relaciones con la prensa española, y siempre se ha opuesto a la intelectualidad y los empresarios de la «bodeguiya» de González, a la que, por cierto, él nunca acudió, porque esa no era su intelectualidad, sino otra¹⁸⁰.

¹⁷⁷ «Según el análisis de Guerra, su amigo Felipe se había dejado embaucar por el entorno conspirativo —como recuerda Luis Yáñez— de los renovadores y, por supuesto, por Carlos Solchaga y el demoníaco Grupo PRISA». Citado en Ricardo Martín, op. cit., pág. 196.

¹⁷⁸ Manuel Vázquez Montalbán, *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos*, Madrid, Alfaguara, 1996, pág. 118.

¹⁷⁹ «Un tal Javier Pradera que nos decía todos los días lo que tenía que hacer este partido y lo curioso es que era así». *El Mundo*, 15 de marzo del 2000.

¹⁸⁰ Alfonso Guerra siempre ha preferido rodearse de otro tipo de personas, preferentemente políticos e intelectuales, para así poder aparentar y superar su síndrome de «intelectual de café». El vicesecretario general del PSOE se reunió, en los «encuentros» de Jávea o en la revista *El socialismo del futuro*, en un loable esfuerzo por aportar un espacio de discusión sobre la socialdemocracia, de personas como Adam Schaff, Claudio Martelli, Giorgio Napolitano, Oskar Lafontaine, Michel Rocard, Mario Soares, Pierre Guidoni, Willy Brandt, Norberto Bobbio, Luciano Pellicani, Régis Debray, Jean Ellenstein, Laurent Fabius, Pierre Joxe, Jiri Pelican, Pierre Chori, Alain Touraine, Pedrag Vranicki, Ramón Cotarelo, José Félix Tezanos, Juan Torres López, entre otros. Es palpable que las personas de las que gustaba rodearse Alfonso Guerra eran muy distintas a las que acudían a la «bodeguiya», en su gran mayoría intelectuales renombrados

4.3. Alfonso Guerra, el izquierdista.

Sobre este punto ya se han manifestado algunas apreciaciones a lo largo del capítulo como el recurso a Althusser o Gramsci, por ejemplo; casos que demuestran hasta qué punto Alfonso Guerra se encuentra situado en la izquierda del PSOE. Pero, ¿qué izquierda es ésta? ¿Es verdad que Alfonso Guerra es de izquierdas? Si tomamos como único referente la ideología, es muy posible que Alfonso Guerra se sitúe a la izquierda de Felipe González y su entorno. Mas ser de izquierdas —o de derechas, aunque este no es el caso— no puede consistir en una mera apreciación personal. Esa presunción de que es de izquierdas aquella persona que manifiesta serlo, por el mero hecho de decirlo, es perfectamente negable. Ser de izquierdas —o de derechas— no sólo requiere una manifestación, sino que debe estar apoyada en una actuación que así lo demuestre. Y en el ámbito de la política mucho más, porque decir una cosa y hacer otra demostraría o negaría la veracidad de las palabras. Un primer apunte en la dirección de descubrir al Alfonso Guerra izquierdista nos la ofrece Felipe González: «por temperamento, Alfonso está más a la izquierda que yo, yo soy más templado, más moderado, aunque los dos tenemos una concepción de los ritmos históricos que se parecen mucho. Pero Alfonso representa más la impaciencia que yo»¹⁸¹. El temperamento no es, al igual que el mero pronunciamiento, una fórmula para discernir el izquierdismo de un dirigente político, pero ya es un paso adelante que el propio González reconozca que su *alter ego* se sitúa a su izquierda. Algo que el «gemelo malo», dentro de esa división del trabajo en el seno del PSOE, ha manifestado en numerosas ocasiones. Aunque las manifestaciones del líder socialista bien pudiesen ser el reflejo del reparto de funciones y no de una opinión personal, pues ya hemos dicho qué

del espectro socialdemócrata, gracias a los cuales conseguía difuminar sus propias incapacidades. Al menos hasta que en 1997 publicase una obra sobre la democracia, la cual no aportó mucho desde el punto de vista ideológico e intelectual (*La democracia herida*, Madrid, Espasa Calpe, 1997).

¹⁸¹Pedro Calvo Hernando, op. cit., pág. 51.

significa para González ser de izquierdas, y desde luego en nada se parece a la actitud de Guerra.

En el libro de Miguel Fernández-Braso se recoge un diálogo entre el autor y Alfonso Guerra que es sumamente explicativo de la forma de pensar del dirigente socialista:

«**M.F-B.** ¿Tú consideras, Alfonso, que Izquierda Socialista está a tu izquierda?».

»**A.G.** No, hombre. Es que izquierda socialista soy yo. Eso no me lo quita nadie. Yo dije una vez una frase así un poco pretenciosa, pero que... Siempre lo hago igual, busco la cuestión gráfica-plástica, que es un poco exagerada, pero comunica tan bien lo que se quiere decir que yo sacrifico la exageración que pueda haber, en beneficio de la eficacia de la comunicación. Y yo dije esa vez: A mi izquierda, el abismo. El que se ponga a mi izquierda, se cae, vamos. Ya no hay más. Lo digo respecto a dentro del partido y fuera del partido. Porque izquierda no es el que más grita ni el que más fuerte establece unas consignas revolucionarias, ni el que más alto levanta el puño. Izquierda es el que más coherentemente se comporta con una determinada ideología. Y el comportamiento es para mí más importante que la etiqueta. Las etiquetas están gastadas. Yo conozco gente con la etiqueta de izquierda que no lo son en absoluto. Y gente con etiquetas de derecha que no es de derecha. Las etiquetas no valen. No cuesta nada ponerse una etiqueta y decir que ya se es tal cosa. Son los comportamientos los que cuentan. Y yo creo que represento una posición, que naturalmente debo compartir con mucha gente, que es una posición progresista, coherente, nada alocada, pero exigente con los principios de cambio de una sociedad que es injusta, que no es igualitaria, que no es suficientemente democrática. Y no hay más exigencia.

»**M.F-B.** ¿Lo demás... ?.

»**A.G.** Lo demás es vanguardia iluminista»¹⁸².

De las palabras de Alfonso Guerra tomamos una serie de cuestiones que hay que analizar detalladamente y que nos ayudarán a comprender el izquierdismo del vicesecretario general del PSOE. En primer lugar, es de destacar la obsesiva intención de Guerra de

¹⁸²Miguel Fernández-Braso, op. cit., pp. 79 y 80.

situarse a la izquierda no sólo del partido, sino del espectro político en general, y que se resume en su máxima «A mi izquierda, el abismo (o el caos)» —expresión que sarcásticamente fue utilizada por Nicolás Redondo tras el 14-D al afirmar, «A su derecha, el caos»—. Algo que sigue manifestando en la actualidad¹⁸³. Además, Alfonso Guerra reconoce que la actuación de las personas, el comportamiento político es el que permite situar en el espectro político derecha/izquierda a las personas. Estas dos afirmaciones nos servirán para analizar el izquierdismo de Alfonso Guerra. Por un lado, lo que dice y por otro lo que hace, así veremos si como él mismo afirma es la izquierda o si se sitúa en otro lugar. Por lo tanto, analizaremos sus aportes intelectuales y su comportamiento como político a fin de apreciar si existen grandes distorsiones entre ambos planos.

El izquierdismo de Alfonso Guerra, podemos decir que es más estético o más mediático que práctico. Personalmente son pocas las ocasiones donde, el que fuera vicesecretario general del PSOE, expone con profusión de detalles su posición ideológica. Le basta con atacar a los social-liberales, a los thatcherianos o a los utópicos para concretar su propia posición. Sin embargo, las personas de su entorno sí han realizado análisis que podríamos calificar de izquierdas. Esto no empece para que en entrevistas o en prólogos Alfonso Guerra nos haya legado sus propias palabras sobre el significado de la izquierda según él: «Hoy me parece razonable llegar a la conclusión de que, aun con todas las transformaciones radicales que pueden operarse en la sociedad contemporánea y en la del futuro, van a continuar existiendo dos actitudes ideológicas radicales frente a la sociedad y frente a nuestros contemporáneos. Una actitud egoísta, reaccionaria y dominadora y una actitud solidaria, progresista y libre»¹⁸⁴. Es decir, todos aquellos que sean solidarios, progresistas y libres son de izquierdas. Mayor indefinición es posible, pero utilizar mayor

¹⁸³Según nos contó un destacado dirigente socialista, durante una reunión del consejo de redacción de la revista *Temas para el debate*, Santiago Carrillo comentó que él esperaba que se ofreciese una publicación de izquierda socialista, «pero, vamos, no la Izquierda Socialista de Antonio [García Santesmases]». Ante la afirmación del veterano eurocomunista, Alfonso Guerra manifestó que la revista era de izquierdas porque la izquierda socialista o del socialismo era él y, además, recordó al numeroso grupo de asistentes: «A mi izquierda, el caos»; no había nadie que pudiese estar a su izquierda, porque no existía tal posibilidad. La reunión había tenido lugar, según nuestro interlocutor, en 1998, es decir, casi quince años desde la primera ocasión.

número de *clichés* para definir lo que significa ser de izquierdas no es tan plausible. A la luz y el análisis de estas apreciaciones muchos liberales —tanto radicales como cristianos— podrían ser calificados de izquierdas, aunque Alfonso Guerra piensa en sentido contrario. Para entender mejor el sentido de las palabras de Guerra es necesario recuperar intervenciones posteriores a 1990, tras su salida del gobierno, cenit de la lucha renovadores vs. guerristas y culmen del izquierdismo del dirigente socialista. En un libro de entrevistas de Tom Burns Marañón, Alfonso Guerra afirma respecto a la economía de mercado, mejor dicho, respecto al «mercado» lo siguiente:

«En España, en los últimos años, hemos asistido a un proceso de sustitución del discurso de la razón por el discurso del beneficio [...] Y lo que yo decía y hacía no convenía porque yo iba en contra de ese proceso de dominio del nuevo sagrado social, que es el mercado. El mercado existe y negarlo es de gilipollas. Pero no es un sagrado social. No lo es»¹⁸⁵.

La constatación de Alfonso Guerra es correcta, para la izquierda socialdemócrata el mercado no puede ser un «sagrado social», no puede aceptar sin más las consecuencias del capitalismo de mercado sin ponerle ciertas cortapisas redistributivas, de profundización de la democracia y de la libertad de los ciudadanos. Por consiguiente, es posible afirmar que Alfonso Guerra en el plano ideológico está situado a la izquierda de lo que significa Felipe González y su entorno, pero sigue a la derecha de lo que ideológicamente puede representar Izquierda Socialista. Además, Alfonso Guerra ha sabido nuclear a su alrededor a un grupo de intelectuales de izquierdas —entendido en el entorno del PSOE—, ampliándolo al entorno de IU. Mas esta configuración de un ala izquierda del socialismo español tiene mucho de simbólico, pues en cierto sentido es una fórmula estética y arquetípica del guerrismo. Tenemos como ejemplo de lo que afirmamos el consejo de redacción de la revista *Temas para el debate*¹⁸⁶. Esa composición heterogénea del

¹⁸⁴ Alfonso Guerra, «Introducción» en V.V.A.A., *El futuro del socialismo*, pág. 33.

¹⁸⁵ Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 138.

¹⁸⁶ A la mesa del consejo de redacción se sientan un buen grupo de intelectuales que pueden ser catalogados de izquierdas —Carlos Berzosa, Andrés de Blas, Victoria Camps, Manuel Castells, Adela

pensamiento socialista que confluye en Alfonso Guerra, permite al dirigente socialista entronizarse como el representante de una izquierda plural y progresista. Es la culminación simbólica del defensor de los «descamisados». Pero la mayoría de las personas citadas no actúan en política práctica, en el ejercicio del poder. El «guerrismo de partido» es algo completamente diferente, con un nivel de análisis menor y muy cercano a la demagogia. Son las dos caras de la misma moneda, por un lado, el «guerrismo ideológico», y por otro lado el «guerrismo de partido».

4.3.1. *Alfonso Guerra, la izquierda y la acción de gobierno.*

Para desentrañar, sin embargo, el significado del izquierdismo de Alfonso Guerra hay que referirse indudablemente a la acción política, al segundo componente identificador de la ubicación ideológica. Una persona que no tiene responsabilidades políticas puede considerarse de izquierdas y no demostrarlo prácticamente —aunque algunas conductas cotidianas también pueden servir como indicadores—, empero, las personas que tienen y han tenido responsabilidades públicas deben ser juzgadas tanto a la vista de sus acciones como de sus opiniones.

Alfonso Guerra siempre ha tenido un hueco en su izquierdismo para los países árabes. Ha defendido con vehemencia tanto al Frente Polisario como la «causa Palestina». Ya en el congreso de Suresnes, y con la colaboración de grupos trotskistas, difundió octavillas con la siguiente expresión: «Partido Laborista de Israel=SS»; alentando aplausos y «vivas» en favor de Palestina. Una vez en el gobierno ha seguido con la defensa de esta causa, sin importarle los problemas que pudiese ocasionar. Tras

Cortina, Elías Díaz, Luis Goytisolo, Luis López Guerra, Roberto Mesa, Manuel Núñez Encabo, Ludolfo Paramio, Virgilio Zapatero, entre otros—; también cuenta con insignes izquierdistas del PSOE como Antonio García Santesmases y Ana Noguera de Izquierda Socialista; o sindicalistas como Julián Ariza; o ex-comunistas como Santiago Carrillo o Nicolás Sartorius. Y, por supuesto, los más allegados a Alfonso Guerra o guerristas como Abel Caballero, José María Calviño, Matilde Fernández, Francisco Fernández Marugán, Eduardo Martín Toval, Emilio Menéndez, Javier Sáenz Cosculluela, Leopoldo Torres, Roberto Dorado, José Félix Tezanos —en otros tiempos adalid de las «nuevas clases medias» producto de la escuela conservadora de la sociología estadounidense de finales de los años 1960s y principios de los 1970s (Vid. José Félix Tezanos, *Las nuevas clases medias*, Madrid, Edicusa, 1973)— o Gregorio Peces Barba.

manifestarse en contra del reconocimiento de Israel como Estado, una vez que el gobierno español de Felipe González comenzó a establecer relaciones con el fin de llegar al reconocimiento, creó una pequeña crisis y se enfrentó a González. Tal y cómo recuerda Julio Feo: «Al llegar a Madrid, nos encontramos con que el vicepresidente Alfonso Guerra había afirmado que el reconocimiento de Israel no podría efectuarse antes de la retirada de los israelíes del Líbano. Ante la contradicción entre estas declaraciones y la del presidente en la que había dicho que la decisión sólo dependía de los intereses nacionales, tuvimos que quitar hierro y, de una manera informal, la explicamos a Samuel Hadas que la explicación válida era la del presidente del Gobierno»¹⁸⁷. Era uno más de los encontronazos dialécticos que tendría con el líder socialista, promovido por un izquierdismo infantil y tercermundista, muy alejado de una izquierda racional e internacionalista. Considerando, además, que Alfonso Guerra no hizo nada práctico por cambiar la situación, nada más que era un canto al sol destinado a ciertos grupos de la izquierda. Seguía jugando en un plano simbólico y populista, al igual que hacía en las reuniones de la Ejecutiva o del Consejo de Ministros. Tanto Joaquín Almunia como Jorge Semprún han explicado el comportamiento de Alfonso Guerra en un lugar u otro. Según Almunia, en las reuniones de la ejecutiva federal del PSOE siempre hablaba en primer término Felipe González exponiendo la líneas básicas de lo que era necesario hacer y decir. Una vez finalizada la intervención del secretario general, Alfonso Guerra reiteraba el discurso de aquél con ciertas apostillas, más o menos de izquierdas, pero sin generar debate alguno¹⁸⁸. Tenía que, simbólica e ideológicamente, ofrecer su imagen de «número dos» y de izquierdista, aunque sus aportaciones no tuviesen trascendencia alguna. Jorge Semprún se sorprendió de lo mismo pero dentro del Consejo de Ministros. En el primer Consejo al que acudió Semprún como ministro de Cultura, 15 de junio de 1988, el primer punto del día se refería a los nombramientos necesarios. En primer término, Carlos Solchaga tomó la palabra para proponer la ampliación del mandato de los responsables del Banco de España, Mariano Rubio y Luis Ángel Rojo, y los porqués de tal decisión. Nada

¹⁸⁷Julio Feo, op. cit., pág. 340.

¹⁸⁸Joaquín Almunia, op. cit., pág. 103.

más concluir el ministro de Economía y Hacienda su explicación, tomó la palabra el vicepresidente Guerra para sugerir que se buscasen a otras personas, «alguno de los nuestros», para ocupar tales cargos —algo que complacía a varios ministros de los allí presentes—, sin más alternativa que esa apreciación. Tras finalizar el discurso de Guerra, Felipe González preguntó, tras un lapso temporal, si había algún comentario más. Al no recibir respuesta dio por aprobada la propuesta de Carlos Solchaga¹⁸⁹.

¿Cuál es la táctica seguida por Alfonso Guerra con este tipo de actos? En el primer caso, desde luego dejar constancia de que el «gemelo malo» también tenía algo que contar, sin importar la materia a discutir; palabras las cuales se situaban cotidianamente en una posición de izquierdas y más partidista. Alfonso Guerra defendía al partido frente al gobierno o la oposición parlamentaria: «El partido tiene que tener voz propia. No puede ser sólo institucional»¹⁹⁰. Y la voz del partido estaba representada en él mismo y en su grupo de fieles. La «comunidad guerrista» era la «comunidad izquierdista». Como reconoce Alfonso Guerra, Felipe González siempre ha hecho una alocución más amplia y abierta que la del partido¹⁹¹; pero él se ha encargado de mantener viva la voz del partido frente al desviacionismo o revisionismo de los que rodean a Felipe González, en especial Miguel Boyer y Carlos Solchaga. Esta posición de Alfonso Guerra, por su parte, tiene claras reminiscencias de aquello que decía rechazar del comunismo, la absolutización del espíritu de partido. Josef Stalin afirmaba: «Estoy convencido de que no puede tener razón contra el partido. Solamente con el partido puede uno tener razón, pues la historia no ha creado otro camino para la realización de lo que está bien»¹⁹². De igual forma, Guerra y su corte de fieles aparatistas, piensan que sólo el partido tiene razón y es el que presenta las propuestas que son necesarias llevar a cabo, principalmente porque el partido estaba bajo su control. Éste es el discurso izquierdista que encontramos en las propuestas de Alfonso

¹⁸⁹Jorge Semprún, op. cit., pág. 76 y ss.

¹⁹⁰Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 143.

¹⁹¹S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 238.

¹⁹²Citado en Bernard Crick, *Socialismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pág. 95.

Guerra, pero hay algo detrás de ese discurso de izquierdas que debe ser tenido en cuenta y que Jorge Semprún supo descubrir con motivo del ejemplo expuesto anteriormente:

«Proponer a militantes —a hombres “nuestros”— para gobernar el Banco de España en lugar de dos profesionales reconocidos, uno de los cuales había formado en la universidad a buena parte de los mejores economistas españoles —hombres de izquierda, por añadidura, como lo eran Mariano Rubio y Luis Ángel Rojo, cuyo pasado era de compromiso con el antifranquismo aunque no hubieran sido hombres de partido—, no tenía sólo un valor simbólico. No era por el placer de reavivar estérilmente la vieja querrela china sobre los expertos rojos (para los maoístas, como se recordará, el peor revisionismo era el que se expresaba con aquel dicho: “No importa que un gato sea negro o blanco mientras cace ratones”), sino que también era poner en entredicho insidiosamente la política económica del Gobierno»¹⁹³.

En efecto, tras la defensa de la izquierda por parte de Alfonso Guerra se encuentra una lucha soterrada por el poder, o más bien, por los puestos con poder y prebendas, ya que como se vio en el tiempo, Alfonso Guerra frente a Felipe González tenía la confrontación perdida pues era éste quien abarcaba bajo su figura la mayoría de las zonas de incertidumbre del PSOE y del gobierno; además de llevarse correctamente con la coalición dominante del bloque en el poder —los empresarios—. El intento de Alfonso Guerra, cubierto por el simbolismo de la izquierda, pretendía obtener más control sobre zonas políticas, a la vez que subrepticamente criticaba la política económica del gobierno. Política frente a la cual no se proponía alternativa alguna en los centros de decisión, aunque sí en los foros de la fundación Sistema, y que por lo tanto no existían a efectos prácticos. El keynesianismo patente en el *Programa 2000* y que era comúnmente citado en los

¹⁹³Jorge Semprún, op. cit., pág. 79. De la misma forma se expresa Joaquín Leguina, aunque incidiendo en el síndrome del diferencialismo:

«La izquierda es actor y víctima de ese solapamiento ideológico, político y social. Por eso, una parte de la izquierda tiene hoy el síndrome del *diferencialismo*. Consciente como es de los encajonamientos en lo concerniente a su práctica política, tiende a enfatizar el discurso de la diferencia, cayendo frecuentemente en la retórica populista. Ésta del populismo es la peor de las retóricas posibles al ser falsa y engañosa. La demagogia de los “descamisados”, por utilizar un término usado en su tiempo por Eva Duarte, la esposa de Perón, incurre en el error o el engaño». Op. cit., pág. 21.

«Encuentros sobre el futuro del socialismo» —especialmente en la decimocuarta edición con la participación de Jean-Paul Fitoussi—, no traspasó jamás las puertas del PSOE —de una parte del PSOE, mejor dicho—, para poder implementarse o debatirse frente a la política económica de Carlos Solchaga y/o Pedro Solbes. Que el PSOE tuviera una voz propia, algo que apuntó antes que Alfonso Guerra el profesor Ignacio Sotelo¹⁹⁴, era lógico y necesario para evitar que el gobierno dominase de forma absoluta la política, es decir, resultaba necesario una especie de contrapunto dialéctico a la acción de gobierno. Pero pedir una voz propia para el partido sobre la base de una lucha soterrada por los cargos públicos, primero, y el poder del partido, después, mientras que el pluralismo ideológico era perseguido en el seno de la organización, se asemejaba a posiciones que nada tienen que ver con la izquierda socialista ideológica y sí con cierta concepción leninista y/o stalinista de la organización de partido.

Observamos cómo existe una divergencia entre una posición ideológica de izquierdas y una posición práctica sumamente divergente. También en el discurso de Guerra y sus acólitos encontramos ciertas contradicciones, o intentos de cambiar la historia cuando ésta les perjudica. La huelga general del 14 de diciembre de 1988, que paralizó toda España y que provocó una gran herida en el socialismo español, puede ser entendida desde varios aspectos: como crítica por la no-redistribución de la riqueza que se venía generando en España¹⁹⁵; como una venganza personal de Nicolás Redondo frente a Felipe González —el líder sindical manifestó: «Yo en Felipe no reconozco a “Isidoro”, de quien fui amigo»¹⁹⁶—; o como una crítica al plan de empleo juvenil y, en general, la política de empleo, pensiones y económica del gobierno socialista. Tomando el «Plan de empleo juvenil» como ejemplo, y que fue el detonante último del 14-D, hay que decir que los promotores fundamentales fueron los guerristas. Así lo recuerda Carlos Solchaga:

¹⁹⁴ «Lo que me preocupa no es que el Gobierno hable como Gobierno [...] sino que el Partido lo asuma íntegramente, renunciando a un lenguaje propio. Incluso los afiliados más notables (...) o callan como piedras o dan tristísimas pruebas de haber internalizado un mismo lenguaje oficial. Pareciera que el único lenguaje posible para un militante del PSOE fuese el gubernamental». Ignacio Sotelo, «Paradojas y aporías de los socialistas en el poder», *El País*, 18 de septiembre de 1983.

¹⁹⁵ Vid. entrevista a Nicolás Redondo en *Tiempo*, 10 de octubre de 1988.

«Yo personalmente como ministro no creía en ese programa. Me sonaba a intervencionista y hasta le veía viejos residuos franquistas. En cambio yo sí he pensado siempre en la necesidad de restaurar el contrato de aprendizaje. (...) Sin embargo, nunca he creído que un sistema de encuadramiento de esos trabajadores a través de un plan de empleo juvenil fuera a funcionar. El plan estaba promovido por el partido [los principales animadores fueron José María Benegas, Francisco Fernández Marugán y José Luis Corcuera] y el gobierno lo apoyaba aunque por mi parte con cierta frialdad»¹⁹⁷.

Sin embargo, la relación de Alfonso Guerra, y el guerrismo en general, ha sido de mantenimiento de lazos estrechos con la UGT y con CCOO, aunque mostrando el camino a seguir para el reforzamiento de las organizaciones sindicales:

«Lo de los sindicatos —recuerda Alfonso Guerra— es otra cosa, una cosa mucho más lamentable. Es que hay un sector del partido, un sector social liberal, o como se quiera llamar, que lo forman enemigos de los sindicatos. Este sector lo que quiere es liquidar los sindicatos, mientras que otros estamos en otras posiciones y no queremos eso para nada. (...) Esto es la influencia de Reagan, es el reaganismo, es la idea de que los sindicatos están periclitados y que ya no tienen función en la vida. Y eso no es verdad, aunque la vida ha cambiado mucho y las organizaciones sindicales y políticas tienen que cambiar mucho»¹⁹⁸.

Pero en su momento Alfonso Guerra, en colaboración con Felipe González, intentó sabotear a la UGT para destronar a Nicolás Redondo. Fueron varios los ardides utilizados por los «gemelos socialistas» con el fin de que la huelga general del 14-D no saliese adelante. En primer lugar, sus fieles dentro de la ejecutiva confederal de la central sindical intentaron dividir o quebrar la unidad del sindicato. Nicolás Redondo, que conocía perfectamente la forma de actuar de aquéllos, se percató de la estratagema y expulsó a los «guerristas» de la ejecutiva confederal: Matilde Fernández, Francisco Castañares, José Ángel Villa, Antonio Puerta y Benjamín Castro. En segundo lugar, Alfonso Guerra

¹⁹⁶Citado en Melchor Miralles y Francisco J. Satué, op. cit., pág. 528.

¹⁹⁷Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 158.

¹⁹⁸Ibídem, pág. 137

presionó principalmente tanto a Raimon Obiols como a Joaquín Leguina, y al resto de «barones regionales», para que la huelga fuese desconvocada en Cataluña y Madrid, a lo que contestaron los dirigentes socialistas que ellos se mantenían al margen del conflicto. Al fallar esta segunda táctica se intentó que el dirigente de la sección del Metal en Cataluña, José Álvarez, abortara la huelga. También falló. Y, en tercer lugar, Alfonso Guerra hizo llegar el 8 de diciembre de 1988, seis días antes del parón, una carta a la Comisión de Conflictos del PSOE para que la ejecutiva confederal de la UGT se sometiera a la jurisdicción del vicesecretario general, y así someterlos a la disciplina del partido y desconvocar la huelga. Todos los intentos fracasaron y la huelga general fue todo un éxito. Lo importante, en este momento del análisis, es la capacidad de Alfonso Guerra para acercar posturas en defensa de los intereses del sindicato cuando ha salido del gobierno, y las tentativas de hundirlo cuando se está gobernando, y todo ello manteniendo siempre una pretendida postura de izquierdas, la cual llegaría a su cenit al pedir Matilde Fernández, como candidata a la Secretaría General del PSOE en el 34º Congreso de 2000, recuperar el sillón del secretario general de la UGT, con voz pero sin voto, en la ejecutiva federal del partido —cuando el guerrismo apoyó su supresión—. Pero la relación de Alfonso Guerra con los sindicatos no termina aquí. Con motivo del XIII Encuentro sobre el futuro del socialismo y también en la decimoquinta edición, Guerra se sumaba a la propuesta de los sindicatos, principalmente, y en gran parte de la izquierda europea, de reducción de las horas de trabajo: las treinta y cinco horas. El dirigente socialista se manifestaba como «buen» político de izquierdas contra las medidas de flexibilización laboral propuestas por la derecha y la *Tercera Vía*, y en favor del reparto del trabajo a través de la reducción de la jornada laboral. Totalmente contrario a lo que afirmaba en 1985 —recogido en 1986— durante el I Encuentro sobre el futuro del socialismo:

«Las organizaciones obreras, sin embargo, en buena medida aún permanecen defendiendo la rigidez del sistema tradicional del trabajo, creyendo defender los intereses de los trabajadores a los que representan, y a la vez solicitan que se reparta el escaso o el cada vez menor trabajo disponible. Pero ambas cosas entran en contradicción. Probablemente no va a ser con la reducción de jornadas, sino más bien con la

contratación flexible, como se pueda acceder mejor a un reparto del trabajo disponible»¹⁹⁹.

La reducción de la jornada de trabajo para repartir el empleo no era de izquierdas y resultaba arcaico e inadecuado, al menos para una izquierda moderna y no antigua como la defendida por los sindicatos, mientras que la flexibilidad laboral era la panacea en 1985; sin embargo, la postura de izquierdas en 1998 era justa y radicalmente la contraria, es decir, la arcaica y la obsoleta de 1985. Por su parte, la flexibilidad laboral que llevó a cabo el gobierno socialista —que tanto se ponderaba en 1985— era «reaganiana», «paleo-liberal» y manifiestamente contraria a la razón de izquierdas. Esta serie de saltos programáticos, que no empecen para estar siempre a la izquierda, son una clara manifestación de una izquierda *à la page*.

El izquierdismo de Alfonso Guerra y del guerrismo se puede resumir en justo lo contrario a lo que él mismo criticaba como vanguardia iluminista. Realmente la izquierda que representa Alfonso Guerra ha sido la que más ha gritado, la que más fuerte ha establecido consignas izquierdistas, y la que más alto ha levantado el puño, junto con un vaivén ideológico considerable en según que condiciones, siempre determinado por el momento presente, nunca futuro alguno. Si Alfonso Guerra ha logrado reunir en torno a sí a un grupo de intelectuales de izquierdas²⁰⁰, más o menos amplio, ha sido porque él era y, en cierto modo, sigue siendo el representante no de una corriente ideológica, sino de una facción con cierto poder. Es el poder, lo que más decía detestar Alfonso Guerra, lo que le ha permitido pervivir con esa calificación de izquierdista. Es de izquierdas porque tiene poder, si no lo tuviese podía haberlo sido igualmente pero no hubiese nucleado a un grupo como el guerrista, y tal vez su afirmación de ser izquierda socialista se hubiese visto igualmente llevada a la práctica con su inclusión dentro de la corriente de opinión del PSOE.

¹⁹⁹ Alfonso Guerra, «Introducción» en V.V.A.A., *El futuro del socialismo*, pp. 26 y 27 (la cursiva es nuestra).

4.3.2. *Alfonso Guerra y los mitos socialistas.*

Hasta el momento hemos observado cómo entiende el «ser de izquierdas» Alfonso Guerra y las contradicciones que ello conlleva. Mas es necesario analizar un aspecto mítico de la personalidad del dirigente socialista: su relación con la tradición del partido y con el electorado socialista. En términos generales podríamos decir que Alfonso Guerra es el *hombre de los arquetipos del PSOE*. Él mismo se ha adjudicado el cargo de custodio de la tradición del partido: «cruzado protector del santo grial socialista». Este rol le sirve en su simbolización de hombre de partido y de hombre de izquierdas frente a Felipe González como hombre de Estado. Si como intelectual machadiano se adjudicó la representación del escritor sevillano —con una conmemoración del 50º aniversario de la muerte que se escenificó en rememorar el último viaje de Machado en tren hasta Colliure—, dentro del PSOE Alfonso Guerra se ha adjudicado el rol central en la rememoración de los mitos del socialismo patrio. Felipe González realizó en la clausura del Congreso Extraordinario de 1979 una transmisión de Pablo Iglesias hacia su persona, del «abuelo» con el «nieto». Alfonso Guerra por su parte aparece siempre que puede unido al «santoral socialista» en especial los hombres de la II República. Una de las figuras más admiradas por el dirigente socialista es Julián Besteiro, de quien ha intentado ser su heredero:

«**T.B.M.** Supongo que Carmona siempre ha sido un santuario para usted.

»**A.G.** Absolutamente. El primer mitin de mi vida fue en el teatro Cerezo de Carmona al lado de la cárcel donde muere Julián Besteiro. Y después he ido muchísimo ahí. A Besteiro siempre le he tenido como una cosa muy sentimental. El final de su vida es muy trágico.

²⁰⁰Una de las últimas actuaciones de Guerra fue el acercamiento a Luis Gómez Llorente, tanto por el apoyo intelectual —especialmente en temas educativos y laicos—, como por la dotación de un mayor simbolismo de izquierdas y contrafelipista a su posición grupal.

»**T.B.M.** La foto de él en la cárcel con los curas vascos impresiona.

»**A.G.** Con los curas vascos y el albañil. Yo tengo el original de esa foto»²⁰¹.

Julián Besteiro, catedrático de Lógica, representaba la ética del socialismo y la integridad personal, como Fernando de los Ríos, a quien Alfonso Guerra siempre nombra con el «don» delante, otro intelectual del socialismo. Guerra, junto a Pablo Iglesias —verdadero santo de su devoción—, en su mística de la intelectualidad y el izquierdismo se ha sentido atraído por los socialistas intelectuales y centristas, ya que renegaba en cierto modo de Indalecio Prieto —en parte por aquello de «soy socialista a fuer de liberal»²⁰², en parte por haber representado al sector más a la derecha de la tradición socialista—, como de Francisco Largo Caballero que podía ser visto como un demagogo y un populista. Él sigue la mística de Besteiro en el plano intelectual y personal, tanto que almacena la fotografía anteriormente reseñada en su propio santoral o capillita del socialismo. Besteiro es la figura, después de Pablo Iglesias, a la que gustaría parecerse como representante de una izquierda apegada a los principios, no idealista, utópica o iluminista, sino pragmática y romántica, tal y cómo se define Alfonso Guerra²⁰³. Sin embargo, la actitud política de Guerra y el guerrismo ha estado más cercana al largocaballerismo, la demagogia y el populismo como veremos.

El otro miembro del santoral socialista de Alfonso Guerra ha sido sin duda Pablo Iglesias, gracias al cual ha podido construir el vicesecretario general del PSOE esa imagen de hombre de partido. La utilización del símbolo del PSOE por parte del dirigente socialista puede ser vista desde dos planos totalmente diferentes aunque imbricados. Por un lado, la recuperación simbólica de Pablo Iglesias a través del busto del fundador, del anagrama clásico y de la central del partido. Y, por otro lado, la emulación de la

²⁰¹Tom Burns Marañón, op. cit., pp. 124 y 125.

²⁰²«Soy socialista a fuer de liberal. Es decir, que yo no soy socialista más por entender que el socialismo es la eficacia misma del liberalismo en su grado máximo y el sostén más eficaz que la libertad puede tener. Soy socialista, fundamentalmente, porque entiendo que sin la plenitud de la libertad económica es imposible que en la vida real se dé la plenitud de la libertad política». Indalecio Prieto, *Discursos fundamentales*, Madrid, Turner, 1975, pág. 45.

²⁰³Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 94.

austeridad —algo aplicable al resto de dirigentes de la época— y el sentido sectario del PSOE. La recuperación del busto de Pablo Iglesias, realizado por el escultor Barral, tuvo mucho de recuperación de la memoria histórica, pero fue llevado a cabo solamente por él; nadie más pudo ser partícipe de tal hallazgo. La historia es la siguiente. Tras la Guerra Civil la estatua de Pablo Iglesias —que estaba en el Parque del Oeste, y que en la actualidad ha sido repuesta— fue destruida para emplear la piedra en la construcción del muro de El Retiro, concretamente el muro de la calle Menéndez Pelayo. Lo único que no había sido destruido aún era la cabeza. Varios jardineros, militantes de la UGT, observaron con preocupación cómo un falangista se regodeaba, martillo y cincel en mano, destruyendo la nariz del fundador del PSOE. Para evitar la completa destrucción del busto, los militantes de la UGT enterraron de noche el busto en los «jardines de Cecilio Rodríguez»; además pidieron a un delineante que les hiciese un plano de la ubicación concreta del enterramiento. El plano llegó a manos del militante socialista Pradal que posteriormente se lo entregaría al militante en el exilio, Máximo Rodríguez Valverde. En 1969, el veterano militante socialista entregó el plano a Alfonso Guerra con la esperanza de que algún día pudiese ser desenterrado. Y así fue. En efecto, un día antes de empezar la campaña electoral de las elecciones municipales de 1979, el busto fue desenterrado con la única presencia entre los miembros de la ejecutiva del PSOE de Alfonso Guerra. El cual aprovechó para fotografiarse con el busto hallado en el mismo agujero. Él, Alfonso Guerra, había rescatado el símbolo del PSOE, había rescatado al fundador del PSOE. El representante de la tradición y el partido había sacado de la tierra la esencia misma del socialismo español.

Otro aspecto de los juegos simbólicos de Alfonso Guerra es el anagrama clásico del PSOE: el yunque, la pluma y el tintero con un libro al fondo. A pesar de haber sido Alfonso Guerra, a través del ITE, quien introdujo el símbolo del puño y la rosa de la Internacional Socialista pero modificado, siempre se ha distinguido por su defensa del anagrama clásico para el uso interno del partido. E incluso, haciendo un alarde de olvido histórico —propio de Guerra y el guerrismo—, el guerrismo ha defendido el anagrama

clásico en su lucha contra los renovadores, aduciendo que éstos se alejaban de las esencias del partido²⁰⁴ al potenciar el puño y la rosa o la rosa. Era, una vez más, la lucha por el poder por otros caminos lejanos a la confrontación de ideas y propuestas, otra forma de la izquierda *à la page*. Pero, posiblemente, la mayor recuperación simbólica del aparato guerrista, sobre todo de Alfonso Guerra que fue una de las personas que llevó adelante el proyecto, fue el cambio de sede del PSOE desde García Morato/Santa Engracia hasta Ferraz. El edificio donde se encuentra actualmente la sede socialista fue, en tiempos, la residencia de Pablo Iglesias y nada mejor que volver al lugar de origen para asentar el aparato central, aunque para ello se tuviese que pleitear por la propiedad con Camilo Sesto. Sin embargo, dentro del juego simbólico y arquetípico, se cerraba el círculo socialista volviendo a los orígenes, justo cuando se ascendía al poder del Estado con mayoría absoluta por primera vez en la historia de España y con un discurso ético sumamente profundo. Era una forma de rendir homenaje a los miles de militantes socialistas que desde 1879 habían engrosado las filas del PSOE. Y, una vez más, el autor, mejor dicho, el director de escena había sido Alfonso Guerra. Mas la relación del vicesecretario general con Pablo Iglesias y/o Julián Besteiro no terminaba aquí, había algunos intentos de emulación simbólica.

El ejemplo de austeridad de Pablo Iglesias es algo que Alfonso Guerra tenía plenamente asumido al iniciarse en el mundo de la política, y aún más al llegar al gobierno: «Sí, yo soy muy austero. Vivo austeramente. (...) Siento un profundo respeto por la gente a la que le gusta la mesa, los puros, la vida cómoda, la vida muelle. Me parece muy bien que cada uno tenga sus gustos (...) yo soy bastante austero, no bebo, no fumo, como poco, duermo poco, en fin hago una vida de trabajo o de educación-civilización, pero no pretendo imponérsela a nadie»²⁰⁵. Emulando a Jean-Paul Sartre, y en el mismo sentido que Roland Barthes, Alfonso Guerra no tiene aprecio por el dinero, no sabe cuánto puede llevar en el bolsillo, lo más fácil para él es desprenderse del dinero, que circule libremente, sin

²⁰⁴ Como hemos podido comprobar para los miembros del sector guerrista el anagrama clásico es un signo de distinción, de izquierdismo y de verdadero compromiso con las esencias fundamentales del PSOE, mostrando orgullosos en la solapa, casi como objeto de culto, la insignia con aquél.

ningún apego a las cosas materiales²⁰⁶. Sin embargo, Guerra, menos ostentóreamente que otros políticos socialistas, no ha sido precisamente austero en su etapa de gobierno. No ha robado, ni ha dejado de ser honrado, pero ha hecho gastar más dinero del necesario al erario público por culpa de sus caprichos; y en su vida privada tampoco ha seguido el camino de Pablo Iglesias y de Julián Besteiro en la forma que había manifestado. Sin confundir la austeridad con la pobreza, Alfonso Guerra demostraba en 1990 que su austeridad, más cercana a la funcionalidad, con que vivía en sus despachos contrastaba con su patrimonio²⁰⁷. Las propiedades fueron adquiridas legítimamente, pero son una clara muestra de que esa imagen de hombre austero no es cierta, aunque estaba plenamente impregnada en los votantes socialistas. Además, Alfonso Guerra cuando estaba en Madrid ejerciendo sus funciones de vicepresidente vivía en el apartamento de La Moncloa, el cual mandó remodelar por completo —sito en el edificio Inia, en el complejo Semillas—. Por consiguiente, la austeridad del vicepresidente costaba al erario público los gastos de mantenimiento y manutención en La Moncloa, los gastos de vigilancia de sus propiedades, los gastos de uso —en más de una ocasión— del avión *Mystère*, con un coste de trescientas mil pesetas la hora. Con todo, la actuación más reprobable hacia la ética y la austeridad de Alfonso Guerra ha sido el sentido patrimonial que ha tenido del partido. No sólo vivía en Sevilla en un apartamento del PSOE que sería suyo, sino que impulsó al partido para que contratase a su hermano, Juan Guerra, para que fuese su acompañante personal; o influyó en la solventación de la crisis financiera de la librería Antonio Machado de Sevilla de su propiedad —con publicidad gratuita en las revistas del partido—, al hacerse cargo de ella la organización.

²⁰⁵Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 114.

²⁰⁶Ibídem, pág. 113.

²⁰⁷En esa fecha el dirigente socialista poseía cuatro inmuebles: un chalet en la urbanización La Chopera (Las Rozas-Madrid); un piso de alquiler a razón de cien mil pesetas con derecho a compra y como pago total en Santa Clara (Sevilla), del que era propietario el PSOE —es decir, vivía en una casa del partido que terminaría por ser suya en unas condiciones económicas envidiables, y otra muestra más del sentido patrimonialístico que tiene del partido—; otro chalet en Madrid; y una parcela de 2484 m² en la urbanización Cabo Roche de Conil (Cádiz).

Sobre el carácter de secta que Pablo Iglesias imprimió al PSOE y que tan bien captó Alfonso Guerra hablaremos posteriormente, pero cabe recordar que en esta emulación de Guerra cabría aplicar a la perfección la máxima de Maquiavelo: «El príncipe que se hace temer, sin al propio tiempo hacerse amar, debe evitar que le aborrezcan ya que cabe inspirar un temor saludable y exento de odio»²⁰⁸. Por lo tanto, ha cumplido a la perfección Alfonso Guerra la división de funciones e imágenes socialista apareciendo como el «malo de la película», el «intelectual de izquierdas» y el «hombre de partido», aunque la realidad demuestre que el izquierdismo de Alfonso Guerra ha sido meramente retórico en bastantes ocasiones —«el margen del discurso»²⁰⁹— y no dialéctico, en el sentido de aportar una alternativa a la supuesta derechización de Felipe González, aunque en el sentido de un ala izquierda en el seno del PSOE crítica y dialéctica tendrá su fuente de inspiración, tanto en el guerrismo intelectual como en Izquierda Socialista. Habrá que dejar, para finalizar este apartado, hablar a Jorge Semprún que tan magníficamente describió la imagen de Alfonso Guerra:

«Una cosa era cierta, sin embargo. La idea que Guerra quería dar de sí mismo en las innumerables entrevistas, a veces largas, prolijas, que concedía regularmente a los medios de comunicación, siempre me ha parecido insoportable. Llena de suficiencia, de megalomanía, de intelectualismo *kitsch*, de donjuanismo andaluz de la más vulgar especie (¡aquellas páginas consagradas a describir sus noches dedicadas a hacer el amor y a escuchar a Mahler!). Era demasiado fácil —tan fácil que yo era propenso a desconfiar; aquella máscara que Guerra había escogido mostrar, aquella persona que hacía el papel de ser, me parecían ficticias, tan impersonales, que sin duda escondían una verdad oscura, tal vez patética, tal vez sencillamente insignificante—, era demasiado fácil, pues, deducir y descifrar una fragilidad esencial, una exageración infantil, una falta evidente de madurez psíquica, en todo caso»²¹⁰.

²⁰⁸Nicolás de Maquiavelo, *El Príncipe*, Barcelona, Edicomunicación, 1992, XVII (129).

²⁰⁹Jorge Semprún, op. cit., pág. 83.

²¹⁰Ibíd., pág. 56.

CAPÍTULO 9º: EL DISCURSO DE FELIPE GONZÁLEZ Y LA ETAPA DE GOBIERNO SOCIALISTA.

«Si hace falta unirse, pactad acuerdos para alcanzar los objetivos prácticos del movimiento, pero no trafiquéis con los principios, no hagáis “concesiones teóricas”».

Karl Marx

«Primero fueron los marxistas, pero antes que marxistas fuimos socialistas. Luego fueron los “otánicos”, pero antes que pacifistas fuimos socialistas. Ahora van por los sindicatos, pero antes que sindicalistas somos socialistas. La pregunta del millón se enuncia así: ¿Qué es el socialismo? La respuesta correcta: socialismo es lo que hacen los que tienen carné del PSOE. Por lo tanto están dentro del socialismo quienes predicán la moderación salarial y luego se “colocan” con sueldos adecuados a su innegable capacidad en los mejores bancos del país. Quienes apoyan el “plan de empleo juvenil”, por ejemplo la patronal. Las “senectudes socialistas”, que ya han experimentado en propia carne las bondades de los planes de empleo del PSOE. Todos están colocados y en el escalafón».

**Anónimo
(¿Nicolás Redondo?)**

INTRODUCCIÓN

Vimos en el capítulo 8º que España se encontraba en crisis en 1982, y que los españoles mayoritariamente se «entregaron» a Felipe González. Nadie ha vuelto a gozar de valoraciones de 7'5 puntos como González, excepto el jefe del Estado. La figura carismática del líder socialista traspasaba todas las barreras de adhesión conocidas en suelo patrio, pero ¿por qué esa imagen tuvo trascendencia tal? Indudablemente a causa de la visión o el discurso de los políticos socialistas. Se ha comentado a lo largo del análisis que

el PSOE presentó un proyecto socialdemócrata radical y regeneracionista de la vida española, que conectaba perfectamente con las demandas de la población española. Un lenguaje que tenía numerosos componentes míticos —un mitologema propiamente dicho— de la historia contemporánea de España. Un mito que gritaba desde lo más profundo de la intrahistoria por un pasado glorioso y por un estancamiento respecto al resto de países occidentales. Ésta es una de las razones, tal vez la más importante sobre la base de la coyuntura general de España, de la arrebatadora y contundente victoria del PSOE en 1982. ¿Hubo, por lo tanto, un cambio en el discurso de Felipe González, un discurso pre-1982 y otro coyuntural? La respuesta a esta pregunta forma parte del análisis del discurso (visión) felipista, el cual será desestructurado para su mejor comprensión, incluyendo además una breve introducción sobre la tradición regeneracionista, con sus diversas formas y autores. Sólo con este desmenuzamiento podremos comprender la imagen arquetípica que tenían los españoles que apoyaron mayoritariamente el proyecto socialista durante casi catorce años. También, y como muestra del pragmatismo de Felipe González, se podrá analizar a la luz del discurso los costes de oportunidad de las políticas y los costes de oportunidad políticos, expuestos por el líder socialista frente a las críticas recibidas por «retardar» las políticas de izquierda. Igualmente, gracias al discurso, se comprenderá la idea de España que González tenía en mente, por la cual se desestimaba otro tipo de políticas más acordes teóricamente con la posición socialdemócrata del PSOE. Posteriormente analizaremos las políticas llevadas a cabo por el gobierno socialista en términos generales —por lo tanto, huyendo de la especificidad de cada política pública llevada a cabo, que es propia de otros análisis—. Pero, sobre todo, analizaremos la acción de gobierno según la perspectiva ciudadana, utilizando los diversos estudios realizados, para, de esta manera, comprobar la existencia de similitudes y disimilitudes entre proyecto, realización y percepción del gobierno del PSOE. Análisis que no es baladí, ya que muestra claramente que los ciudadanos españoles tenían, al menos hasta 1992, una perfecta visión de lo que había hecho el PSOE (aciertos y errores), lo que no impedía un mayor o menor apoyo electoral al líder socialista, pues su visión prevalecía sobre los deseos inmediatos —o al menos retardaba las demandas de los agentes sociales y ciudadanos—.

1. EL DISCURSO DE FELIPE GONZÁLEZ.

Líneas antes nos interrogábamos por el discurso del PSOE: ¿Hay un discurso pre-1982 distinto al discurso regeneracionista y modernizador del hombre de Estado? La respuesta es sencilla y ambigua a la vez. Sí y no. Sí porque los factores coyunturales —transición política, establecimiento de un sistema de libertades, construcción democrática, asentamiento del sistema de partidos, etc.— eran distintos en 1977-1981 a los factores de 1981-1982. Pero, también cabe la negación, porque en el fondo, apartando matices y radicalismos, el discurso de 1977 era muy parecido al de 1982. Digamos, pues, que el discurso de la transición contenía el poso, el fermento o la base estructural del discurso que se impondría en las elecciones de 1982. Existen numerosos elementos de ese discurso regeneracionista, modernizador y socialdemócrata en el discurso general del período 1977-1981, pero hay que discernirlos de entre toda la maraña «transitiva»¹. Mas, antes de analizar el discurso de Felipe González, merece la pena que nos detengamos en nuestro análisis concreto para realizar un breve apunte del significado del regeneracionismo, como movimiento y como discurso, con el fin de comprender mejor el componente mítico, el arquetipo que se escondía dentro del regeneracionismo y que, sorpresivamente para algunos, reapareció al albor de las frases de Felipe González y los proyectos del PSOE.

1.1. El regeneracionismo y las generaciones del 98 y del 14.

¹Conviene recordar que durante la transición política española los discursos de los políticos versaron sobre cuestiones muy diversas, coyunturales unas, prospectivas otras, las cuales distorsionaban o imposibilitaban discernir el «metalenguaje». Al hablar de educación, por ejemplo, se proyectaban las ofertas concretas sobre la reestructuración del sistema educativo, pero igualmente —aunque de forma un tanto oscura— el discurso presentaba proyectos generales que se incardinaban en el subconsciente colectivo de los españoles al incidir en aspectos modernizadores, regeneracionistas o socialdemócratas que, de manera directa, no eran claros y precisos. Por esta razón, conviene que desmenucemos estas partes míticas o ideológicas de los discursos parciales para comprender su dimensión histórica, su vertiente arquetípica y su relación con la consideración de Felipe González como un líder carismático, heroico, prometeico y transformador.

¿Qué significado tiene el regeneracionismo en la historia de España? ¿Cómo surge el movimiento regeneracionista? ¿Cuáles sus características? ¿Por qué su capacidad mítica? Ardua tarea fijar los límites del pensamiento regeneracionista, y aún más establecer esa especie de santuario científico que es la lista de autores inspiradores de tal doctrina. Nos atreveremos, sin embargo, proponiendo a modo de comienzo a Joaquín Costa como promotor político e intelectual del regeneracionismo en sí —aunque habría que situar a Serafín Álvarez y su libro *El credo de una religión nueva* (1873) como antecedente claro del regeneracionismo—, una doctrina que, como tal, ocupa el espectro temporal que va desde la Restauración hasta el comienzo de la dictadura consentida por el monarca de Miguel Primo de Rivera (1876-1923). Enrique Tierno Galván identificó dentro del movimiento regeneracionista, además de Joaquín Costa, a Lucas Mallada, Ricardo Macías Picavea, César Silió y Julio Senador como principales promotores de un movimiento cuyas principales características político-ideológicas serían un enorme cientifismo positivista, una continua crítica del pasado, tecnocratismo e invocación al irracionalismo, voluntad colectiva, y un modernismo «pre-fascista»². Pero estas características propuestas por Tierno Galván no son las únicas, también pueden ser añadidas el nacionalismo español, el pragmatismo político, el estatismo y el autoritarismo. Sin embargo, estas apreciaciones del profesor Tierno Galván han sido matizadas por algunos autores (Trinidad y Vallés de las Cuevas) e, incluso, negadas profusamente por otros. Entre aquellos que niegan la vertiente pre-fascista de Costa podemos destacar a Óscar Mateos, para quien no cabe hablar de prefascismo en el pensamiento del regeneracionista, ya que Tierno Galván no habría tenido en cuenta que «anteriormente Costa no había abogado en ninguna ocasión [...] de una manera expresa y clara por la dictadura y que cuando hablaba del cirujano de hierro o gobierno dictatorial se refería, como dejara escrito en su *Memoria del Ateneo*, a un gobierno dictatorial que se podría ejercer dentro del régimen parlamentario pero al estilo del ejecutivo “fuerte” del sistema presidencial, lo cual era, según palabras expresas de Costa, posible de llevarse a cabo

²Enrique Tierno Galván, *Costa y el regeneracionismo*, Madrid, Tecnos, 1961, pág. 267 y 268; e ibídem, *Idealismo, pragmatismo en el siglo XIX*, Madrid, Tecnos, 1977, pág. 147 y ss.

dentro de la Constitución de la Restauración»³. No obstante, y compartiendo las afirmaciones de Mateos, es lugar común de los autores españoles observar ciertas derivas autoritarias en Costa, las cuales contrastarían con su decidido apoyo a la libertad y el liberalismo. Derivas que, no se puede olvidar, estarían ampliamente determinadas por el contexto político —nacional e internacional— que hubo de vivir el pensador español. Por otra parte, este deseo de modernización de España promovida por los regeneracionistas se complementó e influyó, en gran medida y como antítesis en algunos puntos, en el pensamiento de las generaciones del 98 y, principalmente por no ser tan coetáneas, en la generación del 14 —la generación del 24, muy brillante literaria, artística y estéticamente, tuvo menor peso político—. Los planes hidráulicos de Joaquín Costa fueron aplaudidos por muchos políticos y pensadores no «restauracionistas», era necesario regenerar a España para que volviese a estar a la par con los países occidentales y, sobre todo, modernizarla, aunque fuese necesario la aparición de un «cirujano de hierro». Los socialistas españoles de la época se identificaron plenamente con este mensaje nacionalista y modernizador, aunque menos con el autoritarismo, especialmente Luis Araquistain e Indalecio Prieto. Araquistain proclamaría que Costa había sido «nuestro Mazzini y nuestro Fichte» y asumió a la perfección su pensamiento en el intento de *sanar* a esa España hemipléjica, enferma y desangrada que tanto amaban. Indalecio Prieto, por su parte, asumiría con normalidad el nacionalismo español en su discurso intelectual, expresando sus deseos de levantar a España y a los españoles con el fin de *hacer patria*.

El regeneracionismo influyó intensamente en intelectuales posteriores, algunos coetáneos también, los cuales se separaron de aquéllos en numerosos aspectos pero no en lo fundamental y básico: España y su modernización. ¿Qué podemos decir de las generaciones del 98 y del 14? La «generación del 98» es más una posición del escritor/intelectual que la existencia que un grupo homogéneo de pensadores. La heterogeneidad del movimiento se resumía en los tres grandes grupos que confluirían en la peculiaridad del año 1898: el regeneracionismo, el modernismo y los noventayochistas

³Óscar Ignacio Mateos y de Cabo, *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín*

propiamente dichos. La «generación del 98» estaba compuesta por personas tan dispares como Joaquín Costa, Antonio Machado, Rubén Darío, Miguel de Unamuno, Giner de los Ríos, Azorín, Valle Inclán o Pío Baroja entre otros. Sin embargo, dada la heterogeneidad, todos los grupos tienen un punto en común: España «como problema» o «como preocupación». Los regeneracionistas creían que España estaba enferma y aportaban cauces «modernos» para sanarla; a los noventayochistas les dolía España, y todo se agravó, que no causa, para estos intelectuales con el «desastre de 1898». Por ejemplo, Francisco Giner de los Ríos pensaba que el problema de España se resolvería convirtiendo el país en una enorme escuela. «A quienes como Costa andaban diciendo que España necesitaba un hombre, Giner replicaba que lo que se necesitaba era un pueblo»⁴. Se observa, pues, que teniendo en mente el mismo problema este grupo de intelectuales aplicaba diferentes recetas. Ricardo Macías Picavea también confiaba, tal vez influido por Giner de los Ríos, en la pedagogía como uno de los métodos para *sanar* a España⁵. Pedagogía a la que, noventayochistas y regeneracionistas, sumaban el deseo de europeización de España. Así Unamuno planteaba —antes de su cambio intelectual hacia posiciones casticistas, anticientifistas, estéticas, irracionales y castellanizantes— que se debía abrir de «par en par» las ventanas de España a «vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, *teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo*, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en pueblo, regeneraremos esta estepa moral. *Con el aire de fuera regenero mi sangre no respirando el que exhalo*»⁶. Extraña imbricación entre Unamuno y el regeneracionismo que demuestra a la perfección la intensidad del ir y venir de ideas de uno a otro grupo. El «desastre» de 1898 serviría como catalizador de éstas ideas⁷ que tanto influyeron en la siguiente generación de

Costa, Zaragoza, Institución «Fernando El Católico» (CSIC), 1998, pág. 110.

⁴Virgilio Zapatero, *Fernando de los Ríos. Biografía Intelectual*, Valencia, Pre-Textos, 1999, pág. 21.

⁵Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional*, Madrid, Semanarios y ediciones, 1972, pág. 147ss.

⁶Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, pp. 169 y 170 (las cursivas son nuestras).

⁷Francisco Giner de los Ríos decía respecto al «desastre» lo siguiente: «Nuestra catástrofe no es del año 98. Lo que en éste ha pasado es señal, y no más, de una disolución espiritual y material que viene de muy lejos, que ha seguido por bajo de las apariencias de una vida civil y moderna, y que ahora, por las

intelectuales: la generación del 14. En resumen, académicamente unos y otros, regeneracionistas y noventayochistas, están separados, pero la realidad y la profundización en el análisis nos muestra un grupo de pensadores que se encontraban en unos mismos parámetros de pensamiento —el europeísmo de Unamuno, la sanación de Costa, la regeneración de España pedagógicamente, son un grupo de intenciones que, como se observa en los textos referidos, tienen bastante conexión—. La principal diferencia se centraba en la forma de llevarlo a cabo, lo que no es baladí, mas el discurso era semejante: ambos grupos eran nacionalistas españoles, europeístas, pedagogos, cientifistas...

La *generación del 14* reunía a José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña, Eugenio d'Ors, Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón, Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, entre otros. Los también conocidos por *novecentistas* —como afirmaron Ortega y Gasset y d'Ors— eran igualmente un grupo heterogéneo desde varios puntos de vista —confluían filósofos, escritores, historiadores, socialistas, liberales, republicanos, etc.—, pero que tenía una preocupación común y heredada de la generación anterior: España. Sin embargo, son variados los matices que se pueden exponer. Al igual que los grupos anteriormente citados tenían presente el deseo de europeizar a España. Algunos de ellos obtuvieron becas de la *Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas* —medida que fue calificada en 1907 de antiespañola y krausista— para estudiar en el extranjero. Esta institución, dirigida al principio por José Castillejo, permitió que algunos estudiantes españoles salieran de nuestras fronteras en busca de sabiduría para aplicarla a su vuelta en nuestro país, en el sentido que deseaba Joaquín Costa desde hacía algún tiempo. El matiz diferencial era, pues, que los miembros de la «generación del 14» conocían lo que sucedía en las universidades extranjeras; de donde traían las apreciaciones personales e intelectuales de Henri Bergson, de Max Weber o de Edmund Husserl⁸. Por lo tanto, su

grietas sangrientas de la piel, ha salido a la superficie, para que se enteren aún los más obtusos». *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1906, citado en Virgilio Zapatero, op. cit., pág. 20.

⁸Joaquín Costa decía: «Imaginad ahora que el Estado funda un Colegio como ése en Berlín, y otro en París, y otro en Oxford y en Bolonia; que los confía a la dirección de pedagogos serios y bien orientados; que

deseo de europeizar España era parecida a la de los regeneracionistas y algunos noventayochistas, aunque hubiese otras diferencias no sustanciales. Así afirmaba Ortega y Gasset: «Tenemos que ensancharnos las cabezas para dar a nuestras ideas dimensiones de mundialidad. La España villorrio no nos interesa: queremos y creemos posible una España mundial»⁹. Por consiguiente, existía el mismo deseo europeizador que la generación anterior, y también existía el deseo modernizador de la vida pública española. Pero esta generación insertó nuevos conceptos y apreciaciones al discurso antecedente que encajaban con una coyuntura política singular, la dictadura de Primo de Rivera, y una salida a la crisis diferencial. Mientras que regeneracionistas y noventayochistas recelaban del sistema político surgido de la Restauración (turnismo), y creían que era posible reformar España desde dentro; por su parte, los miembros de la «generación del 14» desestimaron totalmente la reforma a través de la monarquía, apostando por la República. Aunque ciertos titubeos sí hubo frente a la llegada del dictador Miguel Primo de Rivera, como los de la UGT. Los intelectuales, además, añadieron a los presupuestos regeneracionistas y noventayochistas una apuesta firme por la moralización, la decencia y la honradez en el deber público —en el sentido del pensamiento republicano—. Manuel Azaña lo explicaba con la habitual contundencia de sus palabras: «La endeble contextura moral de las generaciones que están en la cúspide explica este fracaso. Se aducen razones especiosas para disculpar los vicios antiguos; pero la renovación interior no se ha hecho todavía»¹⁰. Incluso la llamada por Álvaro Espina como *generación de 1930* se planteó una

se manda a ellos una docena de becarios todos los años, y que cada década expiden de vuelta a España diez grandes químicos, y cien pedagogos sobresalientes, y seis hacendistas, once industriales, cincuenta agrónomos, cuatro epigrafistas y filólogos, seis historiadores, quince físicos y mecánicos, veintisiete ingenieros, arquitectos, matemáticos, artilleros y constructores navales, dieciocho histólogos, médicos y naturalistas, treinta y seis jurisconsultos, filósofos, teólogos y economistas para las Universidades... Imaginad que todo esto se hace y España habrá revivido, se habrá reintegrado a Europa». (Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de Europa*, citado en Virgilio Zapatero, op. cit., pp. 21 y 22) Merece ser comparado este texto de Costa con uno del filósofo Ortega y Gasset para comprender la gran cantidad de similitudes de fondo entre los miembros de distintas generaciones: «Europa es ciencia antes que nada: amigos de mi tiempo, ¡estudiad...! Y luego a nuestra vuelta encendamos [el alma] del pueblo con las palabras del idealismo que aquellos hombres de Europa nos hayan enseñado» (citado en Juan Marichal, *El secreto de España*, Madrid, Taurus, 1995, pág. 185).

⁹Citado en Juan Marichal, op. cit., pág. 117.

¹⁰Citado en Ibídem, pág. 199.

regeneración ética similar a la postulada por Azaña. En voz de José Díaz Fernández: «Los hombres maduros que en nuestro país no han sabido hacer nada ni construir nada, han colocado a España en el calamitoso estado en que la encuentran los jóvenes de 1930. Hombres maduros que han servido la política tradicional hasta el envilecimiento y que, en el momento en que España les exige una rectificación de conductas, no saben ni siquiera colocarse en la única posición digna: en el apartamiento de la vida política»¹¹. Esta era la aportación de las nuevas generaciones de intelectuales a la cosecha regeneracionista y noventayochista. En pocas palabras la «generación del 14», o «novecentistas», eran nacionalistas españoles —hay que recordar los llamamientos de Ortega y Gasset para la formación de un gran partido nacional o que el PSOE, ya europeísta, tomase conciencia de su ser nacional—, modernizadores, éticos, cientifistas, estatistas —había que nacionalizar el Estado español (Ortega y Gasset) para instaurar la plena decencia en la vida pública española— y europeístas regeneracionistas —«regeneración es el deseo; europeización es el medio de satisfacerlo»¹²—. Las diferencias eran, por consiguiente, de matiz no de fondo —en algunas ocasiones el matiz era importante y decisivo como el «cirujano de hierro»—, aunque no tenían esa firme creencia regeneracionista de que España estuviese enferma, sino que no se sabía sacar de dentro lo bueno que en ella había.

Es posible vislumbrar un nexo de unión entre los regeneracionistas y los miembros de la «generación del 14»; nexo de unión que ha permitido crear un discurso mítico de España «como problema» que se potenció y amplificó por el aislamiento general, entre otras cosas, de la dictadura de Francisco Franco hasta llegar a la época de la transición a la democracia en España y el asentamiento de ésta. Todo este discurso, tan internalizado por las personas sobre la base de arquetipos y símbolos de carácter mítico, puede ser denominado como *regeneracionismo público*. Científicamente hablando el regeneracionismo es el proyecto de Costa y demás seguidores, pero como hemos visto

¹¹Citado en Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Los intelectuales y la república*, Madrid, Nerea, 1990, pág. 69.

¹²José Ortega y Gasset, *Discursos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pág. 72.

resumidamente las claves básicas son comunes a toda una serie de generaciones de intelectuales españoles. Y será al «regeneracionismo público» al que se referirán los socialistas españoles. Cuando Alfonso Guerra decía que «universitarios, de edades muy parejas —todos ellos muy jóvenes—, iban a formar un grupo reducido, con periferias locales de afinidad, definido por la cohesión basada en la amistad y en la *identidad regeneracionista* de un modelo de cambio para la sociedad española»¹³, desde luego no se refería al regeneracionismo de Costa —que seguramente era, en esos momentos, ignorado por gran parte de ellos—, sino al «regeneracionismo público» y mítico. Por lo tanto, intentar asimilar el regeneracionismo de Felipe González al regeneracionismo de Costa, principalmente su deriva autoritaria y dictatorial, como hacen José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel¹⁴, es o bien un análisis carente del mínimo rigor científico, o bien una *boutade* malintencionada. La posible deriva autoritaria de Felipe González, de ser cierta, nunca estaría ligada al regeneracionismo sino a la autoridad carismática y heroica del líder e, incluso, como consecuencia de las sucesivas mayorías absolutas. Una vez hecha esta apreciación merece la pena resumir a grandes trazos el planteamiento «regeneracionista público»: modernización, nacionalismo, europeización —apertura al mundo—, pragmatismo, ética o decencia pública y democracia.

1.2. *El discurso pre-1982.*

Al comenzar el capítulo advertíamos y nos preguntábamos sobre si había diferencias entre el discurso de los socialistas, que les sirvió de presentación ante la sociedad española, y el discurso a partir de 1981-1982. Contestábamos que por una parte sí había diferencias sustanciales debidas a la coyuntura política, pero, por otra parte, también afirmábamos que parte de su atracción —más la juventud de sus dirigentes y el carisma del líder socialista— se debía sin duda al poso regeneracionista que, posteriormente, fue plenamente insertado en el discurso general. Las diferencias y similitudes discursivas será

¹³Alfonso Guerra, *Felipe González. De Suresnes a La Moncloa*, Madrid, Novatex, 1984, pág. 28.

lo que analicemos en este epígrafe¹⁵. Una de las tónicas del discurso de los dirigentes socialistas antes de las elecciones «constituyentes» de 1977 era el radicalismo verbal, cuya pretensión era ocupar al máximo el espectro de la izquierda que, supuestamente, podía ser territorio del PCE. Los dirigentes socialistas confiaban plenamente en esta posibilidad, pues manejaban encuestas, realizadas en el ITE, donde se podían proyectar horquillas porcentuales del 24-30% de las intenciones de voto¹⁶. Gracias a estos estudios, a la recuperación de la memoria histórica¹⁷ y al carisma —emergente sin duda, pero carisma al fin y al cabo— de su primer secretario, Felipe González pudo rechazar las propuestas estadounidenses de mandar al ostracismo al PCE¹⁸. Pero era un radicalismo contenido. Si en las resoluciones congresuales de los congresos de Suresnes y XXVII se manifestaba que el PSOE aceptaba el derecho de autodeterminación de las nacionalidades; que el PSOE era un partido de clase y, por lo tanto, de masas, marxista y democrático; en los discursos se hablaba de democracia y libertad. Por ejemplo, Felipe González en un documento presentado en el XIII Congreso en el exilio manifestaba que se debía luchar por el «restablecimiento de un sistema de libertades que permita a la clase trabajadora dar una respuesta más acorde con sus necesidades históricas al sistema capitalista»¹⁹. Nada más sencillo que reclamar un sistema de libertades para responder a las consecuencias del

¹⁴José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, *La ambición del César*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pág. 179 y ss.

¹⁵Aún debemos realizar una apreciación técnica para centrar el análisis con validez para todo el capítulo: la diferencia del lenguaje instituciones/partido. Hemos desestimado analizar el discurso del PSOE como organización por dos razones fundamentales. A saber: la primera porque al trabajar con el factor del liderazgo, en este caso carismático, y dentro de una sociedad con una profunda «cultura de *leadership*» como la española, tenía más importancia el discurso del líder y algunos dirigentes que el discurso, mediante resoluciones congresuales, del partido; discurso que, por otro lado, no suele traspasar las fronteras de la propia organización —y si lo hace, utilizando ideas-fuerza intensas pero, a la vez, vagas— y queda para la utilización de los juegos de poder internos y las investigaciones académicas. Y, la segunda razón, porque, como veremos brevemente, el líder socialista ha marcado —con el lógico lapso temporal entre propuestas públicas y celebraciones de congresos— el discurso ideológico del PSOE como organización. Estas dos razones explican el porqué de nuestro apartamiento de tan rica fuente investigadora, aunque lejana de nuestro marco de estudio.

¹⁶Alfonso Guerra, op. cit., pág. 106.

¹⁷Cfr. José Félix Tezanos, *Sociología del socialismo español*, Madrid, Tecnos, 1983; y «Continuidad y cambio en el socialismo en el socialismo español. El PSOE durante la transición democrática», *Sistema*, nº 68-69, 1985.

¹⁸José María Areilza, *Cuadernos de la transición*, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 48.

sistema capitalista. Con una retórica nada revolucionaria se estaba realizando una afirmación plenamente socialdemócrata. Incluso pueden encontrarse en un mismo texto radicalismo y racionalismo moderado al hablar del socialismo autogestionario:

«La conquista del poder político por la clase trabajadora significa pasar de las fases de lucha por el poder, a la fase de mantenimiento del poder popular, de la democracia de los trabajadores. En esta fase de construcción del socialismo se trata de sustituir las instituciones y las estructuras del sistema capitalista, por un nuevo modo de producción, por unas relaciones sociales de producción nuevas, por un hombre nuevo en una sociedad nueva. Estas transformaciones sólo serán posibles a través de las experiencias y de la práctica populares, nuevos caminos que nadie, sino el propio pueblo, tiene que decidir»²⁰.

Se pasaba por la izquierda al PCE y al PSP pero en el fondo se aducía un pragmatismo populista, tal vez, muy separado del modelo de transición al socialismo por medio de vanguardias. Se era al mismo tiempo leninista y socialdemócrata.

Estos tintes radicales, sin embargo, quedaban bastante edulcorados por otras afirmaciones, especialmente cuando se hablaba de la conquista de «parcelas de libertad». Respecto al socialismo y la libertad, manifestaba Felipe González lo siguiente:

«Hoy todo el mundo habla de socialismo y libertad, de socialismo en libertad. Casi nadie se sustrae a la necesidad de afirmar que un proyecto de construcción de la sociedad socialista es un proyecto que debe realizarse aceptando el pluralismo y respetándolo, y aceptando el proceso histórico. Pero atención. Nosotros tenemos razones de carácter histórico, ideológico, razones de todo tipo para considerarnos, afino la expresión, protagonistas cualificados para defender esa tesis y ese proyecto»²¹.

El texto tiene que ver con las disputas por el espectro socialista entre las múltiples siglas con ese apellido, pero también indica —el lema que elige el PSOE desde 1975 es

¹⁹Citado en Enrique González Duro, *Biografía psicológica de Felipe González*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pág. 63.

²⁰Felipe González y Alfonso Guerra, *El PSOE*, Madrid, Alba, 1977, pág. 22.

²¹Felipe González, *Socialismo es libertad*, Madrid, Edicusa, 1976, pág. 47.

«Socialismo es libertad», réplica del slogan sueco— que más que destruir la base estructural del capitalismo se piensa en la libertad. Sólo la libertad podría promover el camino hacia el socialismo, hacia la sociedad socialista.

La inmanencia de la historia impedía al PSOE desarrollar su propuesta regeneracionista y socialdemócrata radical. Los plazos históricos marcaban inexorablemente el debate, por esta razón había que definir si la transición a la democracia se basaba en la reforma o en la ruptura, incluso en la reforma pactada; si las primeras elecciones debían acoger a todos los partidos o algunos debían ser excluidos; si las primeras cortes elegidas serían constituyentes o no; si había que redactar una constitución y cómo; si la constitución debía ser más o menos social/radical; si eran necesarias unas elecciones municipales antes o después de las generales; y así hasta un largo etcétera de cuestiones del momento²². Aun así en los discursos socialistas cabía la posibilidad de mostrar otras propuestas que eran el poso del discurso de 1982. Esto es algo que algunos analistas se dieron perfectamente cuenta: «A pesar de su estrategia e ideología radicales, en las elecciones de 1977 el PSOE procuró ofrecer una imagen de moderación. Los medios de su campaña se concentraron en la atractiva personalidad de Felipe González, cuyos discursos eludieron totalmente temas como el de las grandes nacionalizaciones, centrándose en lugar de ello en cuestiones nada controvertidas, tales como la “necesidad de elaborar una nueva Constitución, propósito de mejorar la calidad de vida de los ciudadanos y oportunidad de la integración de España en Europa”»²³. Los ciudadanos cotejaron los toques de radicalismo verbal, con el deseo de construir una España totalmente nueva y con los carteles *naïf* de José Ramón, entendiendo perfectamente que el radicalismo de los socialistas nada tenía que ver con la realidad, que era coyuntural y propio del paso de una dictadura a una democracia. Felipe González transmitía seguridad y firmeza en sus intervenciones y discursos con el compromiso democrático. No había «palacios de

²²Para un análisis de todas las caras del discurso poliédrico de la transición cfr. Rafael del Águila y Ricardo Montoro, *El discurso político de la transición española*, Madrid, CIS, 1984, *passim*.

²³Richard Gunther, Giacomo Sani y Goldie Shabad, *El sistema de partidos políticos en España. Génesis y evolución*, Madrid, CIS, 1986, pp. 87 y 88.

invierno» que asaltar²⁴, ni peligros para la estabilidad nacional; tan sólo un fuerte compromiso con la democracia, la libertad y España.

«Creo que nadie —afirmaba Felipe González— se plantea ahora una reforma estructural en profundidad de la economía, porque salir del modelo franquista cuesta un reajuste de tres, cuatro, cinco años. Lo interesante es, sobre todo, el orden de prioridades que se le dé a la reactivación económica. A cortísimo plazo, lo fundamental para las grandes empresas empezaría con la lucha contra la inflación y con el equilibrio de la balanza de pagos. Para nosotros, el orden de prioridades se iniciaría con la lucha contra el desempleo, lo que no significa en absoluto que se desplace la lucha contra la inflación o con la deuda exterior»²⁵.

No podemos afirmar que las anteriores palabras de González en 1977 tuvieran un cariz revolucionario, sino más bien habría que afirmar que eran totalmente consecuentes con la realidad histórica de España y con una actitud responsable y consecuente, incluso, pragmática; una actitud de un hombre de Estado. No había revoluciones pendientes en la retórica de González, solamente superar los problemas económicos de España: desempleo, inflación, deuda exterior o equilibrio en la balanza de pagos. La reforma estructural de la economía era necesaria, pero no era una reforma hacia la planificación y las nacionalizaciones. Así se lo dijo a José Sánchez Asiaín en la segunda reunión que mantuvieron ambos —la primera había servido como encuentro de presentación y versó principalmente sobre la recuperación de parcelas de libertad—, el día 13 de julio de 1978. La comida contó, además de Felipe González y Sánchez Asiaín, con la presencia de Julio Feo, Miguel Boyer y Antonio López (director de Comunicación y Relaciones Externas del Banco de Bilbao):

«El horizonte de la reforma que el Partido Socialista proponía era el acercamiento de España al modelo europeo, la modernización de la sociedad española en la que el sector público ocuparía el mismo espacio que en Europa. (...) Felipe dijo que el Partido

²⁴Francisco Fernández Santos, «¿Asaltar el palacio de invierno?», *El País*, 8 de septiembre de 1977.

²⁵Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, *Felipe González. Perfil humano y político*, Madrid, Cambio 16, 1977, pág. 19

Socialista no se mostraba a favor de las nacionalizaciones y que entendía que la batalla estaba, precisamente, en el campo de la administración pública. Hay que hacer funcionar la administración, la educación, la sanidad, las obras públicas»²⁶.

El lenguaje empleado por González no era marxista, no era peligroso, era el lenguaje típico de un político socialdemócrata y nacionalista que sólo quería modernizar el país y situarlo en los mismos parámetros que los del resto de países occidentales, sin nacionalizaciones y sí con reformas estructurales en la administración, la educación, la sanidad, las obras públicas, en definitiva las infraestructuras del Estado. En resumen, Felipe González pretendía el «bien de España». Aunque las nacionalizaciones sí estaban previstas, pero no eran esas nacionalizaciones que tanto temía la burguesía española según el modelo francés, al contrario que en el país vecino las nacionalizaciones a realizar eran las mismas que había en el resto de países occidentales y/o europeos:

«Nosotros no hacemos una mística de los programas de nacionalizaciones. Hay sectores de la economía del país que debieran estar nacionalizados, y no por un planteamiento socialista, sino por un planteamiento racional de la economía. Cualquiera de los países europeos, por ejemplo, Francia no está gobernada por la izquierda, o Italia, que tampoco lo está, tiene un programa de nacionalizaciones ya realizado e infinitamente superior al de las nacionalizaciones españolas. El PSOE entiende que hoy, a medio plazo, el problema fundamental no es de nacionalizar, sino de reactivación económica; sin embargo, habría que realizar una serie de nacionalizaciones de sectores que son básicos para la economía del país. En este país se han nacionalizado o socializado las pérdidas durante muchos años y se han privatizado las ganancias. El Estado ha asumido la responsabilidad de una empresa cualquiera cuando producía pérdidas; y cuando ha producido beneficios, incluso después de un proceso de nacionalización, ha vuelto a entregarla en manos del capital privado.

»A medio plazo —repito que hoy lo fundamental es salir de la crisis económica—, sería razonable pensar en la nacionalización de las industrias eléctricas, lo que ya es realidad en cualquier país europeo, y no precisamente los gobernados por la izquierda.

²⁶Julio feo, *Aquellos años*, Barcelona, Ediciones B, 1993, pág. 56.

Igualmente nacionalizar un sector del crédito, para que su orientación no se produzca en un ambiente selvático, donde los intereses privados determinan los públicos o generales. En lo que se refiere al crédito, el proceso de nacionalización tiene en realidad la finalidad de orientarle.

»Para terminar con nuestra filosofía sobre la necesidad de ciertas nacionalizaciones, debemos decir que estamos radicalmente en contra de todo proceso de estatización de la economía, que podría conducir a una especie de “Socialismo de Estado”»²⁷.

1.2.1. *El discurso regeneracionista pre-1982.*

Hasta el momento hemos podido analizar las posibles divergencias del lenguaje de Felipe González antes de 1982; un lenguaje tenso entre el radicalismo y la moderación pero muy ligado al devenir histórico. Aun así en sus entrevistas, discursos, mítines, etc., Felipe González fue insertando propuestas de «regeneracionismo público» muy en la tradición del PSOE; propuestas que fueron tomando mayor fuerza según avanzaban los días, los meses, los años hacia la *histórica* fecha del 28 de octubre de 1982. Respecto a la modernización de España hemos observado que estaba claramente en el discurso del líder socialista, pero tras la aprobación de la constitución, González incidirá con mayor fuerza en este aspecto. En una conferencia en el *Club Siglo XXI*, bastante comentada en los medios de comunicación, González veía necesario un gobierno fuerte para resolver los problemas de España, lo que se trataba de «una tarea de transformación estructural profunda, *sin corrupción, sin ineficacia, sin banderías internas* [para] acometer la ingente tarea de modificar los presupuestos sociales, económicos, políticos y vitales de

²⁷Entrevista a Felipe González en Televisión Española el 19 de marzo de 1977 (primera de tal tipo), recogida en Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, op. cit., pp. 124 y 125. En un sentido diferente se expresaban apenas un año antes ciertos dirigentes socialistas en un libro de divulgación, típico de aquellos años, sobre el PSOE. «En España para avanzar hacia una sociedad socialista, habría que nacionalizar los seis u ocho bancos y las industrias de producción y distribución de energía eléctrica, refino de petróleo y del gas, carbón, farmacéutica y minera en general. En la agricultura española se impulsaría con las oportunas expropiaciones, la agrupación de explotaciones en grandes unidades, gestionadas en régimen cooperativo o como auténticas empresas públicas. Con tales medidas, quedarían socializadas las tres cuartas partes de la economía del país, podría así liquidarse buena parte del poder de la burguesía y cabría iniciar con cierta rapidez la marcha hacia la sociedad socialista». Francisco Bustelo, Gregorio Peces-Barba, Ciriaco de Vicente y Virgilio Zapatero, *PSOE*, Barcelona, Editorial Avance, 1976, pág. 95.

una nación enrarecida por la rapiña de los grandes y de los pequeños. [Una tarea que] Abriría las puertas a la más necesaria revolución de nuestro país, la *revolución ética*»²⁸. Claramente se expresaba gran parte del ideario regeneracionista que culminaba en una «revolución ética». No económica, sino ética. Una revolución que, mitin tras mitin, se iba convirtiendo en un imponderable y una apuesta de gobierno: «Cuando formemos gobierno —decía González en un mitin en Sevilla— podremos equivocarnos, pero nunca nos llenaremos los bolsillos como los gobernantes de los últimos tiempos, que han hecho de los políticos la basura de este país»²⁹.

Los aspectos nacionalistas y pragmáticos son evidentes en la mayoría de los discursos de Felipe González que hemos analizado. La inmanencia de la historia, el centrarse en la realidad de los hechos y superar la división de España ha sido, sin duda, la gran base del pensamiento «felipista»; sazonado todo con ética, socialdemocracia y una fuerte apuesta por la libertad. Como vimos en el capítulo 8º, Felipe González ha sido nacionalista antes que socialista, y pragmático antes que utópico, idealista o ideológico, y todo esto se refleja claramente en sus discursos. Aquí, entonces, encontramos la clave del discurso de González el cual conectó con los arquetipos míticos de los ciudadanos españoles. Les hablaba del futuro, un futuro cercano, posible, perceptible, que estaba por llegar y que él —el hombre de Estado, el héroe elegido por la historia y coronado por el sol del futuro, Prometeo español— les iba a traer a todos los españoles, socialistas o no: «El partido tiene que recoger la aspiración al cambio social de muchos actores sociales que no se identifican con una clase (...) El partido tiene la obligación en este período histórico, de ser un referente tranquilizador para la sociedad, trascendiendo las fronteras del mismo

²⁸Felipe González, «Perspectivas de una España democrática y constitucionalizada», *Conferencia Club Siglo XXI*, 5 de octubre de 1978, edición fotocopiada (las cursivas son nuestras).

²⁹*El País*, 28 de febrero de 1979. Palabras parecidas, con un mismo fondo argumental, ya eran manifestadas por Felipe González poco antes de las elecciones de 1977: «lo que es la revolución más necesaria: la de la honestidad en el ejercicio de la función pública o en la actuación de los bienes que son de la comunidad». Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 41.

partido. Y tiene esa obligación porque semejante papel sólo lo puede desempeñar el partido socialista»³⁰.

Lo que hasta el momento había ocupado, en términos porcentuales, un 30% más o menos del discurso socialista, pasó a ocupar la gran mayoría del lenguaje del líder socialista. Durante la campaña electoral de 1979 el discurso de Felipe González estaba en transición desde una posición totalmente apegada a la realidad hacia una visión ética, posibilista y pragmática. Pero la especial incidencia del 28º Congreso y el posterior Extraordinario, más las elecciones municipales, significaron una pausa discursiva. La reactivación tendría lugar, en términos generales, con la llegada de 1980 y el comienzo de ejercer verdaderamente la oposición —o fin del consenso—, cuyo momento álgido se situaría en 1982. Pero, no conviene adelantar acontecimientos.

1.2.2. *El discurso socialdemócrata constitutivo del discurso de 1982: influencias intelectuales de Felipe González.*

Es necesario hacer una pausa en el análisis del discurso de Felipe González para analizar lo que manifestaban, sobre todo en 1979, otros dirigentes socialistas; precisamente los más cercanos al líder socialista. Importancia especial tienen dos dirigentes/intelectuales socialistas por las consecuencias discursivas que tuvieron en González: José María Maravall y Ludolfo Paramio. Ambos autores en un intento de justificar intelectualmente la exclusión del marxismo por Felipe González —aunque ya advertimos que realmente se produjo en el 29º Congreso de 1981—, exponían las claves básicas de lo que iba a ser el pensamiento del líder socialista en los años posteriores, principalmente en la parte socialdemócrata que junto al regeneracionismo conformará el discurso de 1982. De ambos escritos el desarrollado por Maravall es especialmente significativo pues es una viva muestra de la influencia intelectual sobre González, quien por su parte aceptó de buen grado el acomodo ideológico que le ofrecía el intelectual socialista. El artículo de José María Maravall (*Del milenio a la práctica política: el*

³⁰Fernando Claudín, «Entrevista con Felipe González», *Zona Abierta*, nº 20, 1979, pág. 8.

socialismo como reformismo radical) marca las pautas que posteriormente seguirá el líder socialista en su devenir político; es la esencia misma de la «ideología felipista», sin los aderezos regeneracionistas, llegándose a la duplicidad de pensamiento. Por ejemplo, Maravall afirma que «no debe ofrecer duda que la idea de “sociedad socialista” puede ampliamente entenderse como aquella organización social donde alcanzan pleno desarrollo las ideas de libertad, igualdad y fraternidad que, nacidas en la revolución francesa, son posteriormente distorsionadas por la burguesía con el desarrollo del capitalismo»³¹. Esto mismo que manifiesta Maravall —excepto la última frase que, aun siendo parcialmente cierta (o falsa), posee caracteres izquierdistas y coyunturales— lo ha asumido plenamente Felipe González y lo ha manifestado con recurrencia y profusión de detalles como pudimos observar, pero merece la pena ser recordado: «al socialismo que propugno le bastan los [valores] de la Revolución Francesa, o sea: libertad, igualdad y fraternidad»³². Sorprendente concordancia intelectual que con el transcurrir de los años se convertiría en uno de los principios básicos de la «renovación». Sin embargo, y como González no ha sido un gran intelectual y sí un gran asimilador como analizamos en el capítulo anterior, lo más importante es el programa socialista —es conocido que hasta hace bien poco la utilización del término socialdemócrata no era bien visto por el discurso del partido, permutándolo por el eufemístico socialismo democrático, o socialismo solamente— que se propone en esas páginas. Tras dar cuenta de la crisis del socialismo y el dilema entre reformismo sin más y evolucionismo como imposibilidades prácticas³³, se expone

³¹José María Maravall, «Del milenio a la práctica política: el socialismo como reformismo radical», *Zona Abierta*, nº 20, 1979, pág. 89.

³²Felipe González, *¿Qué era? ¿Qué es? El socialismo*, Barcelona, Destino, 1997, pág. 36.

³³«Téngase en cuenta que la insuficiencia que ofrece el marxismo respecto del modelo de sociedad socialista y respecto del modelo de transición se añade a otras insuficiencias, y que todo ello da lugar a un lastre muy grave para la reflexión y para la práctica política de la izquierda. Las insuficiencias complementarias atañen a las ambigüedades manifestadas por Marx y Engels en torno a la democracia representativa, que han permitido fundamentar en el marxismo clásico tanto los ataques del pensamiento totalitario contra la representación política (“burguesa”) y parlamentaria (“cretinismo”) como el socialismo democrático. Las insuficiencias afectan también a la concepción marxista clásica de la crisis económica del capitalismo y del proceso paralelo de evolución de las clases sociales, es decir, a la teoría de que el desarrollo del capitalismo produciría una contradicción fundamental entre una producción crecientemente socializada y unos medios de producción privados». José María Maravall, op. cit., pág. 91.

ampliamente el programa de «reformismo radical», única posibilidad política que le queda al PSOE:

«Pese a todo, aquí y ahora cabe señalar que el socialismo como reformismo radical es la única vía defendible que evita la tentación totalitaria o la tentación derechista, a la vez que es la única opción honesta desde el punto de vista político e intelectual. Ese socialismo significa unos objetivos igualitaristas más acentuados que los del modelo socialdemócrata posterior a 1945, y significa también una gestión económica diferente (porque *debe* ser diferente y porque *no puede* ser igual por no darse las condiciones de la economía europea desde el fin de la segunda guerra mundial). Ello implica que la política del sector público debe atender a criterios de saneamiento, de rentabilidad y de efectos dinamizadores e informativos sobre la economía, más que a criterios de extensión. Ello implica atender a los aspectos redistributivos netos del gasto público, más que a la expansión de éste. Y ello requiere echar por la borda *otros cuantos mitos más*. Por un lado, el mito de que se está “*gestionando el capitalismo*”, encubriendo la objetiva dificultad de encontrar alternativas y olvidando que con frecuencia se está tratando de maximizar el bienestar y la igualdad, y por tanto haciendo socialismo. Por otro lado, el mito de que la “*ruptura*” con el capitalismo es definible, ya que “*ruptura*” tiene un significado equívoco cuando la alternativa es el colapso económico y político o bien la transformación acumulativa de las relaciones de desigualdad y de explotación y del poder incontrolado del capital. En tercer lugar, el mito de que hay que luchar *contra la acumulación del capital*, ya que todo programa socialista ha de procurar maximizar la inversión, incluyendo la privada, *si bien* orientándola a efectos de evitar huelgas de inversión, desequilibrios y movimientos especulativos no productivos. Finalmente, el mito de que hay que superar el *mercado* y el sistema de *economía mixta*, puesto que hay que aceptar que el mercado es el más eficiente mecanismo de asignación de recursos económicos *siempre que* la generación de desigualdades y desequilibrios pueda ser contrapesada por el Estado y por las organizaciones obreras, y hay que aceptar que la economía mixta sólo es sustituible por una economía autárquica y por el racionamiento burocrático.

»Si el reformismo radical posee unos objetivos más igualitaristas y defiende un papel más dinámico del Estado que la socialdemocracia típica, si este reformismo radical se

enfrenta hoy a serias dificultades económicas y políticas, si estas dificultades se maximizan en el caso de España, el tema de la estrategia es fundamental. Esta estrategia debe tener como objetivo principal conseguir un asentamiento social amplio y sólido para el proyecto del socialismo del PSOE. Para ello, el socialismo debe buscar incorporar a tal proyecto de transformación social hacia la libertad, el progreso y la igualdad a todas aquellas clases y sectores sociales que están sometidas a relaciones de dominación en la sociedad actual. Tales clases y sectores componen una variada gama hoy día, debido a la socialización de la producción y la extensión de las burocracias, pero todos ellos deben reconocerse en el proyecto socialista, proyecto vertebrado en la clase obrera pero no reducible a ella. Esta es la visión que inspira el “frente de clases” de PS francés. Al mismo tiempo, y por razones todavía más agudas que las que empujaron al PCI a la estrategia del “bloque de clases”, este “frente” o “bloque” debe convertirse en un núcleo social difusor de ideología socialista y democrática, llevando a cabo la necesaria tarea de eliminar progresivamente la ideología y moral política del franquismo que impregnan profundamente la sociedad española»³⁴.

Esta larga cita refleja perfectamente lo que iba a ser el núcleo central del programa de gobierno socialista presentado en la moción de censura de 1980 y el programa electoral de 1982, pero fundamentalmente la estrategia circunscribe la necesidad de conformar un claro «bloque de clases» para alcanzar el gobierno y estabilizarse en él. Se critica el milenarismo de las propuestas de algunos dirigentes socialistas, aquellos que se encuentran dentro del «sector crítico», frente a la destrucción de varios mitos como la «gestión del capitalismo» o el «mercado». Mitos que serían recuperados por los guerristas en su lucha por el poder interno, aun cuando en este momento histórico defendían su desfase o anacronismo. Del modelo de Maravall ha bebido el «discurso felipista», pero como dice Antonio García Santesmases, el intento de superar el evolucionismo teórico no es logrado, aunque en la práctica las cosas hayan sido diferentes³⁵.

³⁴Ibídem, pp. 95 y 96.

³⁵Antonio García Santesmases, *Repensar la izquierda*, Barcelona, Anthropos, 1993, pág. 348.

El otro autor y pensador al que hacíamos referencia, Ludolfo Paramio, con un discurso más izquierdista, plantea las mismas soluciones que el modelo de Maravall. Tras discernir las diferentes evoluciones que han sufrido el marxismo, la socialdemocracia y el leninismo, propone tres problemas fundamentales para poder llevar a cabo una *plena ruptura con el capitalismo*: primero, que no es posible prescindir del mercado como mecanismo de asignación de recursos; segundo, que es probable que se produzca una reacción violenta; y tercero, que es difícil conseguir una fuerza electoral capaz de auspiciar un programa político tal³⁶. Como superación de esta disyuntiva o, mejor dicho, problemática y respondiendo a la pregunta del título Ludolfo Paramio ofrece esta solución:

«Vemos así cuáles son los rasgos que delimitan una política socialista viable. En primer lugar, esta política debe ser una política “reformista”, en el doble sentido de que no puede plantearse poner fin al capitalismo de un plumazo y de que debe tratar de perfeccionarlo a fin de lograr superar la crisis actual. En segundo lugar, debe buscar una reestructuración de la economía que permita la modernización de ésta para lograr su relanzamiento en condiciones competitivas dentro del sistema mundial; esto implica a corto plazo un enfrentamiento global con la política económica de la burguesía, y a largo plazo, la necesidad de descapitalizar o nacionalizar amplios sectores del capital, lo que ciertamente no se podrá lograr sin una prolongada y dura lucha política. En tercer lugar, la defensa de los intereses de la clase obrera debe hacerse contando simultáneamente con los intereses de las demás clases subalternas, lo que implica, por ejemplo, la necesidad de luchar contra la inflación. En cuarto lugar, la crisis fiscal del Estado no permite contar a largo plazo con una violenta expansión del gasto público, aunque en el caso español —evidentemente subdesarrollado en este terreno— se puedan hacer ciertos avances, siempre en el contexto de una *política general de racionalización y lucha contra el despilfarro*»³⁷.

Con menor argumentación o exposición de detalles que Maravall y con otro lenguaje más izquierdista, el fundamento de la propuesta de Paramio es semejante: apuesta por el reformismo —ahora no calificado de radical, pero inherente en su concepción—;

³⁶Ludolfo Paramio, «¿Es posible una política socialista?», *Zona Abierta*, nº 20, 1979, pág. 83.

mejor gestión del capitalismo —uno de los mitos a derribar de Maravall—; contención del gasto público como solución a la crisis. Todas estas proposiciones tendrían como clave de desarrollo dos cuestiones fundamentales —al igual que proponía José María Maravall—, la democracia y el bloque de clases, para el proyecto socialista:

«La primera es la democratización del Estado, democratización que debe plantearse no sólo en el terreno de lo inmediato (lucha contra el autoritarismo, control social de la gestión de la administración, fortalecimiento de parlamento frente al ejecutivo), sino fundamentalmente como una tarea a largo plazo de transformación de su naturaleza de clase, lo que incluye su descentralización, la reinserción de los cuerpos separados en la sociedad civil, la democratización de los aparatos de Estado, el desarrollo de la autogestión en la empresa pública, etc. Resulta bastante evidente que una política que se traduzca en una involución autoritaria del Estado no puede conducir al socialismo, ya que se opone directamente al ascenso histórico de las clases subalternas.

»La segunda es la cuestión de lo que hemos llamado *proyecto de hegemonía* de la clase obrera. Esta segunda cuestión remite al proceso de maduración de la clase obrera. [...] Pero en la situación actual, cuando es preciso hacer frente a una fuerte ofensiva política e ideológica de la burguesía, sólo la constitución de un fuerte bloque con el conjunto de las clases subalternas (y de los grupos enfrentados con la dominación del capital) puede dar una respuesta política adecuada a las tareas que se plantean. Así, es preciso que la clase dé un nuevo paso hacia la madurez histórica, asumiendo como propios los intereses de todos sus posibles aliados»³⁸.

Las coincidencias son evidentes y lógicas en un planteamiento como el que tenía lugar en ese preciso momento. La reiteración y nitidez en las propuestas ayudaban a comprender el significado del cambio que se pretendía. Ya no había sitio para un corporativismo de clase de corte británico o alemán; el mercado bien controlado no era perjudicial para el socialismo; la difuminación de las clases, tan bien explicada por José Félix Tezanos, imponía la colaboración en el proyecto de otras clases sociales imbricadas

³⁷Ibídem, pp. 86 y 87. (La cursiva es nuestra)

³⁸Ibídem, pág. 88.

en la lucha de clases³⁹; el Estado también podía ser uno de los gestores del capitalismo; pero principalmente era necesaria la democratización de los instrumentos del Estado, del propio sistema político y la salida de la crisis económica. Además, como afirmaba Felipe González, claramente influido por Ignacio Sotelo, ya estaban en la transición al socialismo⁴⁰. Si sumamos a este proyecto el poso regeneracionista obtendremos el discurso «irresistible y mítico» de 1982. Mas, el reformismo radical de Maravall ya tendría su primera puesta de largo con ocasión de la moción de censura presentada contra Adolfo Suárez.

1.3. *El discurso de 1982.*

Hasta el momento hemos visto cómo se fue conformando el discurso «mítico» de 1982 que era tanto regeneracionista público como socialdemócrata. Analizaremos pues los aspectos concretos del discurso socialista hasta 1989 —extensible como máximo y por factores coyunturales que analizaremos hasta 1992—, pero con un especial énfasis en 1982. Expone Howard Gardner que las «historias» —en nuestro lenguaje «visión»— «hablan a ambas partes de la mente humana, la racional y la emotiva»⁴¹, siendo las historias de identidad las más sugerentes y poderosas. A esas dos partes hablaba Felipe González, y el PSOE en general, utilizando tanto el componente socialdemócrata como el regeneracionista —ambos emotivos y racionales—. Pero era la fuerza de esa visión o historia de identidad española —en sentido amplio y político— la que enraizaba con los arquetipos míticos, acelerados por el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, que estaban presentes en la mente de la ciudadanía española. Las «contrahistorias» —en la terminología de Gardner son las historias de otros dirigentes y líderes políticos y sociales— del resto de partidos, a excepción de los partidos nacionalistas, no eran un

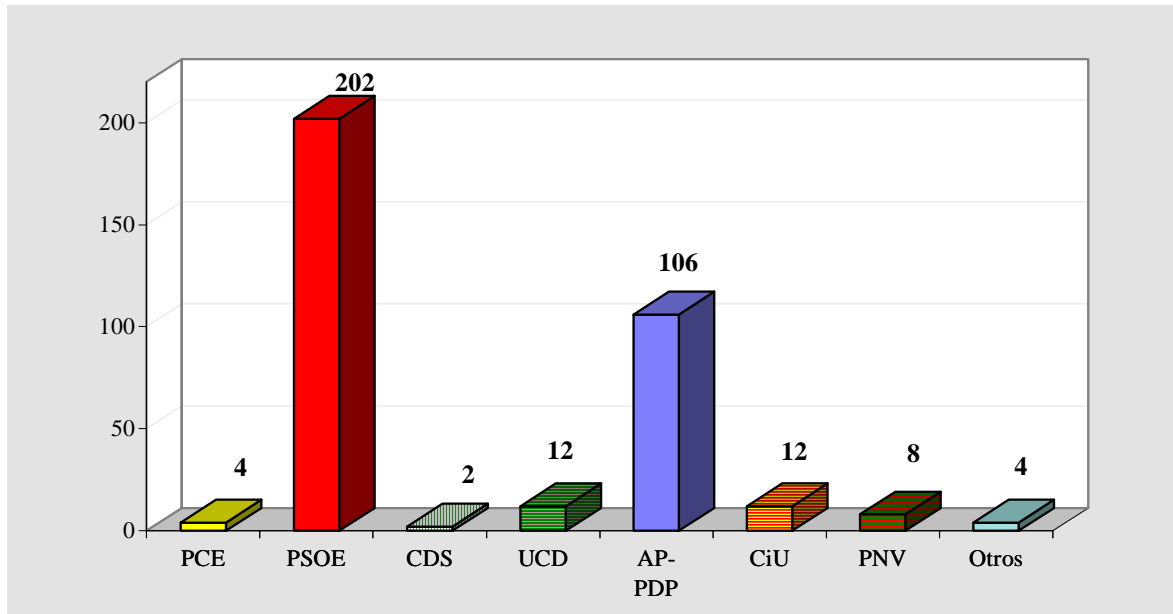
³⁹ «Un proyecto mayoritario —afirmaba Felipe González— necesita incluir a distintos sectores sociales, sin incurrir en el interclasismo de la burguesía que significa la eliminación por decreto de la lucha de clases, verdadera estupidez» Fernando Claudín, op. cit., pág. 9.

⁴⁰ *Ibidem*, pág. 17.

⁴¹ Howard Gardner, *Mentes líderes*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 69.

contrapeso fundamental a la conmemoración mítica del discurso del PSOE. Las percepciones sobre los partidos —UCD había quedado disminuida durante la transición; el CDS de Adolfo Suárez acababa de nacer

GRÁFICO 9.1. *Reparto de escaños elecciones generales de 1982.*



Fuente: Elaboración propia sobre datos del *Ministerio del Interior*.

con clara vocación de partido bisagra y con un líder con reconocimiento por las consecuciones pasadas, pero sin capacidad demostrada de gestión «normal» de los factores políticos; el PCE con un discurso arcaico y unos dirigentes con una imagen antigua; y una AP con demasiados residuos franquistas— posibilitaron el impresionante *swing* electoral de 1982. Pero el discurso de 1982 y el carisma plenamente asentado de Felipe González permitieron el amplio apoyo al PSOE y la consecución de una amplia mayoría absoluta (ver gráfico 9.1), además de un partido granítico y homogeneizado —salvo la postura crítica y minoritaria de Izquierda Socialista—. Mientras los partidos hablaban de los peligros amenazantes, de una España no real, el PSOE, es decir, Felipe González hablaba de futuro, de «cambio» de España, de superación de los endémicos males del Estado español —«España como problema»— y de asentamiento de la democracia en España.

El mito del «regeneracionismo público», de una España catastrófica, fuera de los tiempos históricos, que tan profundamente se encontraba en las mentes españolas —el desencanto tenía mucha relación con lo que estamos diciendo—, podía ser superado gracias al héroe, al Prometeo español. La «historia de identidad» española no era un mero recurso populista, sino la superación de un estancamiento y un aislamiento decimonónicos. Y a esta historia apeló el líder socialista. Además, hay que constatar que muchos españoles llevaban tiempo esperando desquitarse por su condición de derrotados de la Guerra Civil⁴². Por fin los «suyos» iban a ocupar el gobierno en beneficio de España. Se les iba a quitar la revolución burguesa pendiente a aquéllos que debían haberla iniciado y no colaborado con el régimen franquista, añadiendo una reforma social necesaria. Al fin, pensaban muchos socialistas, el pueblo y la clase trabajadora recibiría el beneficio de su esfuerzo, el cual hasta el momento se había quedado en los bolsillos de los empresarios entregados al franquismo.

1.3.1. *La democratización.*

La evolución histórica, los factores coyunturales del devenir de los años, los meses, los días, todo ello provocó que el discurso de González —del PSOE y en general de los partidos que concurren a las elecciones de 1982— tuviese una deriva o concreción en la democratización o estabilización de la democracia del sistema político español. El 23-F, el golpe de Estado de 1981, hizo necesario que la estabilidad del sistema ocupase un primer plano en el lenguaje político de González; un deseo por la libertad que en condiciones de estabilidad no hubiese sido necesario. Por esta razón, el proceso de democratización será analizado en primer término y con una mayor brevedad de lo que serán estudiados los demás aspectos del discurso «felipista», excluyendo por tanto cualquier viso de historicidad y evolución en el análisis. Sin embargo, existen otros

⁴²No decimos vencidos porque es un factor del combate, mientras que derrotados supone numerosos aspectos psicológicos, de persecución, de herencia y de hostigamiento continuado que no todos los vencidos sufrieron

aspectos democratizadores, de profundización democrática en un sentido socialdemócrata, los cuales serán analizados aparte.

El 24 de octubre de 1982, durante el transcurso de la campaña electoral, Felipe González afirmaba en un mitin celebrado en Cáceres: «Me decía esta mujer: ‘Mire usted, hagan lo posible..., lo posible porque haya paz, si tenemos que partir el pedazo de pan por la mitad, lo partiremos, pero que haya paz, que haya paz’. Y me llegó hondo eso; en una España que siempre parece vivir bajo la amenaza de la ruptura de la convivencia, y cuando uno lo piensa con detenimiento, a mí se me ocurrió pensar en este momento que por qué en España tenemos que vivir siempre bajo la amenaza de la ruptura de la convivencia, y cuanto más lo pienso, menos llego a comprender que el 5 por ciento de los ciudadanos, no más del 5 por ciento de los ciudadanos, quieran romper la convivencia libre y pacífica del 95 por ciento»⁴³. Era un deseo de todos los españoles el que expresaba el líder socialista; un deseo que, además, entroncaba con la dignidad del ser humano y del ciudadano español. Pero no sólo debía ser un proceso de democratización frente a los anhelantes del franquismo y/o militares, sino que afectaba igualmente a los terroristas tanto de ETA como del GRAPO o Terra Lliure.

El proceso de democratización era necesario porque necesario era recuperar la libertad para los ciudadanos españoles. Mas en las palabras de González había tres elementos adicionales a los ya mencionados que tenían su importancia, tanto por el estado coyuntural del sistema como por el sentido mítico e histórico. Había que democratizar o, mejor dicho, asentar y asegurar la democracia en España frente a la Historia, frente al dolor —muy machadiano, pues González también es machadiano— y frente al atraso. El día 25 de octubre de 1982 en Cuenca, Felipe González afirmaba lo siguiente:

«Miren ustedes, el tren de la historia de la libertad de los pueblos se ha parado muy pocas veces en una estación que se llama España. Y ustedes lo saben muy bien. Si supieran ustedes con cuanto dolor oigo una y otra vez, incansablemente, la pregunta de periodistas

⁴³Citado en Julio Feo, op. cit., pp. 190 y 191.

venidos de todo el mundo sobre si España sigue o no amenazada por un golpe de Estado. Si supieran cuánto duele una España que quiero digna y libre, todavía en el mundo entero se cree la duda de nuestra capacidad para ser libres. [...] Que podemos estar en desacuerdo [los españoles] en muchas cosas, pero que en una, estamos de acuerdo, queremos vivir en paz y queremos vivir en libertad»⁴⁴.

El sentido histórico, la percepción histórica de Felipe González siempre presente en su pensamiento y en sus actos —una suerte de discernimiento que Santiago Carrillo estima consecuencia de su «baraka»⁴⁵—, la cual ha sido utilizada por propios y extraños como arma arrojadiza contra su pragmatismo, algunas veces calificado de oportunismo. Jorge Semprún afirmará que esta cualidad de tener conciencia de que es necesario observar y analizar la realidad es sin duda alguna lo que le ha hecho excepcional⁴⁶. Empero es el sentido de la Historia el que provoca que González haya alcanzado el grado de líder carismático.

El sentido de la Historia de Felipe González se debate habitualmente entre Henri Bergson (anverso) y Martin Heidegger (reverso). Si nos detenemos en la primera frase de la anterior cita de González observamos que existe un cierto poso de amargura por un pasado que pretende determinar el destino, frente al cual no hay por qué revelarse. Hay que aceptar la facticidad del destino en términos heideggerianos. Sin embargo, el pensamiento y el deseo del líder socialista se rebela contra la facticidad y se afirma en la idea de que se puede cambiar el sentido del pasado para apartarse de él y, de esta forma, «transformar en elección lo que el peso del mundo me ha impuesto como un destino»⁴⁷. Por esta razón, el dolor. Las «insidiosas» preguntas de los periodistas y políticos extranjeros sobre el peligro de involucionismo —una forma sutil de reprochar a los españoles nuestra ingobernabilidad, nuestra histórica sucesión de guerras civiles y de

⁴⁴Ibídem, pág. 195.

⁴⁵«Es indudable su instinto para captar la dirección de las grandes corrientes y aprovecharlas para flotar y mantenerse, lo que es una confirmación de su talento político, al que ha acompañado la suerte, una notable *baraka*». Santiago Carrillo, *Juez y parte*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, pág. 231.

⁴⁶Jorge Semprún, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1996, *passim*.

dictaduras, nuestra vuelta a las catacumbas de la Historia de occidente, como si ese fuera el destino que deberíamos asumir. De igual manera que algunos políticos extranjeros se han vanagloriado de haber hecho ellos la transición ante nuestra incapacidad (lo que no es totalmente cierto, pues pueden haber marcado las pautas y haber financiado a los partidos que esos países creyeron conveniente, pero no la controlaron), restando méritos a los esfuerzos de contención del pueblo español, bien guiados por partidos políticos con unas claras directrices, pero mérito sin duda de todos y cada uno de los ciudadanos—, incitaban a la aceptación de la facticidad (Heidegger) o a la rebelión frente al pasado y supuesto destino (Bergson). Felipe González optó, de ahí su carácter heroico, mítico y carismático, por tomar el pulso a la historia y conseguir superar —ahora sí interviene el regeneracionismo— la desazón histórica del retraso de España en referencia a los países occidentales⁴⁸. Felipe González era el *Prometeo español*, el héroe que se adentraba en los intersticios de la historia para robar la modernidad y quebrar el supuesto destino histórico. El líder prometeico socialista no traería el fuego, pero cambiaría el rumbo de la historia de España. Tras la firma del acta de adhesión a la CEE, Felipe González expresó las siguientes palabras que resumen a la perfección lo que acabamos de analizar: «Es toda una nación la que recupera el pleno sentido de la Historia al conjugar el legado del pasado y su evidencia de ser Europa con la realidad presente de estar en las instituciones europeas»⁴⁹. Una vez conseguida la libertad y el asentamiento de la democracia todo sería más sencillo. Por eso una de las primeras decisiones, con un gran halo simbólico, de Felipe González tras ser investido presidente del gobierno fue acudir el 8 de diciembre de 1982 a la Acorazada Brunete para participar en la celebración de la patrona del arma de Infantería (Inmaculada Concepción), lo que para sorpresa de muchos tuvo un efecto sumamente positivo⁵⁰. Un simple gesto simbólico a los pocos días de acceder al gobierno ponía de

⁴⁷Bernard-Henri Lévy, *El siglo de Sartre*, Barcelona, Ediciones B, 2001, pág. 130.

⁴⁸«Veamos cómo puede el PSOE, para hoy y de cara al futuro, darnos una esperanza de que el círculo mortal de la repetición, el fracaso y el desencanto popular se van a romper por primera vez en la historia de España». José Antonio González Casanova, *El cambio inacabable (1975-1985)*, Barcelona, Anthropos, 1986, pág. 401.

⁴⁹*El País*, 13 de junio de 1985.

⁵⁰Vid. Julio Feo, op. cit., pp. 230 y 231.

manifiesto la predisposición de Felipe González para someter el poder militar al poder civil, medida que le sería asignada a Narcís Serra y muy seguida por el propio presidente del gobierno y el monarca. El profesor Julián Santamaría expone cómo se llevó a cabo la transformación, que fue posible por el triunfo «aplastante» en las elecciones —como por el buen hacer de los políticos que supieron «jugar», especialmente Felipe González, las cartas simbólicas con maestría—:

«Un respaldo de semejante envergadura constituía por sí solo un importante factor de disuasión frente a los elementos golpistas y frente a las pretensiones de autonomía de los llamados poderes “neutros”. En el primer aspecto es significativo el hecho de que la revisión de las sentencias a los militares implicados en el golpe del 23 de febrero de 1981 supusiera una elevación considerable de las condenas de los principales responsables. En el segundo aspecto, se pudo, por fin, abordar una política compensada de modernización de las Fuerzas Armadas, cuyos pilares básicos serían, por un lado, la reducción de sus efectivos, la reordenación de su distribución sobre el territorio, la reorganización de la estructura de mando con vistas a una inequívoca subordinación al poder civil, y la objetivación de los procedimientos de promoción y ascenso, y, por otro, la equiparación salarial de los funcionarios militares con los civiles, la aproximación a Europa, el incremento de los gastos de defensa y la modernización del armamento. El cambio parece haber sido percibido con nitidez por la opinión pública. Así, a finales de 1984, los datos de encuestas revelaban que casi el 70 por 100 de los españoles que emitían una opinión al respecto consideraban que las posibilidades de un golpe de Estado habían disminuido en los últimos dos años, mientras el 64 por 100 sostenía que en ese mismo período había disminuido la influencia política del estamento militar»⁵¹.

1.3.2. *La modernización.*

Los aspectos de la modernización de España son, claramente, parte de ese discurso de «regeneracionismo público» que mencionamos anteriormente. Había que

⁵¹Julián Santamaría, «Elecciones generales de 1982 y consolidación de la democracia. A modo de introducción», *REIS*, nº 28, 1984, pp. 10 y 11.

superar la imagen de los españoles como «chapuceros y holgazanes», como pertenecientes a un país retrasado y arcaico —orgulloso de ese arcaísmo como consecuencia de un período de autarquía demasiado amplio que tendría su colofón en frases tales como «Europa acaba en los Pirineos» o «Spain is different»—. Había que superar, pensaban los dirigentes socialistas, la visión de una España de fiestas y pandereta, de toros y toreros, que destacaba especialmente por su folklore, el fútbol y diversos artistas, y no por sus aportaciones científicas, por ejemplo. Esta pretensión quedó patente en las elecciones de 1977 y 1979, pero cobró primacía en el discurso del PSOE —advertimos anteriormente que la organización solía acompañar con cierto retraso al líder— durante la celebración del 29º Congreso en 1981. Como afirma Santos Juliá «moralizar la vida pública y erradicar la chapuza constituyeron motivos centrales de la didáctica de Felipe González»⁵². Así es, la modernización de España y su moralización eran otra rebelión frente al pasado. Pero el programa de modernización que era necesario llevar a cabo retrasaría algún tiempo la política partidista porque antes había otra necesidad: «El PSOE tiene que llevar a cabo —afirmó González durante el 29º Congreso del PSOE— una revolución burguesa como primer paso hacia un programa socialista, pues la burguesía de este país todavía no la ha logrado»⁵³. El PSOE tenía la obligación de ser burgués, políticamente hablando, antes que socialista, tenía que instaurar la modernidad para poder aplicar un proyecto totalmente socialdemócrata. Antonio García Santesmases lo ha explicado perfectamente: «La afirmación de que en España era misión de los socialistas realizar la revolución burguesa, ante la incapacidad de la derecha, pudo ser una tesis más o menos correcta desde un punto de vista historiográfico, lo que no cabe duda es que fue una consigna política que caló profundamente en la población»⁵⁴. Ciertamente la afirmación contradice literalmente a la historia, mas el componente mítico y evocador de un pasado distinto y ahistórico —fuera de las grandes corrientes históricas de cambio— que estaba a punto de ser resuelto, no por

⁵²Santos Juliá, *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pág. 260.

⁵³Citado en Donald Share, «Two transitions: democratization and the evolution of Spanish Socialist Left», *West European Politics*, nº 8:1, 1985, pág. 96.

⁵⁴Antonio García Santesmases, «Evolución ideológica del socialismo en la España actual», *Sistema*, nº 68-69, 1985, pág. 71.

la burguesía sino por sus contradictores, permitió sin duda el enorme apoyo interclasista al PSOE en 1982⁵⁵. Alfonso Guerra era de la misma opinión —como acontecía con frecuencia en estas fechas y como se pudo observar en el capítulo anterior— que Felipe González respecto a la superación de la chapuza y modernización de España:

«**A.G.** Claro, en España, la gente trabaja en general bastante chapucera y eso es algo que me come la sangre. El papel que tenga uno que desempeñar, sea de alta responsabilidad o meramente accesorio, creo que hay que cumplirlo bien además. Machado decía que las cosas valen más por bien hechas que por hechas.

»**M.F.B.** No entiendes la chapucería nacional.

»**A.G.** Nada. Como no entiendo el “por lo visto es que...”, “parece que...”. Oiga, no me diga más parece o por lo visto, dígame lo que es, hombre, de una vez. Ésta es una técnica muy española: la de sacudirse las pulgas. La persona que tiene una responsabilidad y le dices, hombre, ¿pero cómo no has hecho esto? “Es que me dijo no sé quién...” “No me cuente le dijo no se quién. ¿Usted por qué no lo ha hecho?”. Siempre transfieren la responsabilidad a otros. En eso soy absolutamente intolerable. El que tenga una misión, sea trascendente o puramente protocolaria, la tiene que cumplir. La gente debe ser profesional en su trabajo y en su acción. Entonces soy bastante inflexible contra esa chapuza nacional, que es un defecto terrible»⁵⁶.

Éste era uno de los aspectos a cambiar pues la modernidad no sólo significaba una remodelación o cambio estructural, sino también un cambio en la forma de hacer las cosas, un cambio que afectaba desde el presidente del gobierno hasta el último trabajador español. Y todo para lograr situar, decía González, a España «en un plazo de diez años, a la cabeza de los países industrializados de Europa»⁵⁷. Pero el cambio real y modernizador, excluyendo aspectos éticos que analizaremos en breve, y la superación de la crisis

⁵⁵José Luis Gutiérrez recogía el testimonio de Virgilio Zapatero, durante un mitin en Cuenca en la campaña electoral de 1982, que expresaba con rotundidad el énfasis del PSOE en este aspecto del discurso modernizador: «Se inventaron la contrarreforma, la Inquisición, los “Cien mil hijos de San Luis”, el caballero español..., los que “se inventaron” todo esto son, a juicio de Virgilio Zapatero, los responsables del secular atraso de este pobre pueblo, de España». *Diario 16*, 27 de octubre de 1982, pero recogido en José Luis Gutiérrez, *Veinte años no es nada*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pág. 54.

⁵⁶Miguel Fernández-Braso, *Conversaciones con Alfonso Guerra*, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 93.

⁵⁷*Diario 16*, 16 de septiembre de 1985.

económica, se centraba principalmente en: la reforma de la Administración y aparatos represores del Estado; vertebración de España por medio de las Autonomías; consecución de una ciudadanía plena; apertura al mundo; aumento del capital físico y humano; extensión de la sanidad a todos los españoles y mejora de los demás servicios sociales; etc. Eran tantas las tareas a realizar que se necesitaban veinticinco años por lo menos —Felipe González *dixit*— para llevar a cabo el «cambio»⁵⁸. En una entrevista celebrada y publicada años después de haber dejado la presidencia del gobierno, y en un juego de análisis retrospectivo, Felipe González exponía su idea de lo que significaba la modernización de España en 1982:

«Yo me empecé mucho, mi gran pasión era modernizar el capital físico y modernizar el capital humano. Modernizar el capital físico quiere decir desarrollar la infraestructura del país, abrir cauces para que el desarrollo sea posible, lo que no podía ser es que un camión de veinte toneladas estuviera pasando por una carreterita, había que ponerle carreteras de verdad. [...] Por tanto, yo tenía la idea de que España tenía que hacer un esfuerzo por mejorar en eso, pero también por mejorar el capital humano como variable estratégica para competir en el siglo XXI. Bueno, pues en esa pasión de mejorar la sanidad, la educación, echando una mano a los viejos, en esa pasión andábamos. Y esto definía mi política»⁵⁹.

1.3.3. *Apertura al mundo.*

Vimos en capítulos anteriores cómo Felipe González y el PSOE siempre han tenido un enorme interés por Europa, por Latinoamérica, por una apertura al mundo que, como consecuencia del determinismo coyuntural de la transición, no habían destacado de la misma manera y forma que en 1982 y los años posteriores. El énfasis europeísta no sólo era privativo del discurso de González, al contrario, desde los primeros gobiernos de Adolfo Suárez —incluso durante la dictadura— la pretensión de los gobernantes españoles ha sido la incorporación de España al Mercado Común —posteriormente a la Comunidad

⁵⁸*Diario 16*, 31 de octubre de 1984.

⁵⁹Victoria Prego, *Los presidentes*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000, pág. 183.

Económica Europea— y demás instituciones europeas y mundiales. Sin embargo, ¿cuál es la señal distintiva del europeísmo de Felipe González para que calase tan profundamente en los españoles? Las claves son diversas y conforman un todo sumamente heterogéneo. En primer término, existía entre la población española (gobernantes, ciudadanos, empresarios, trabajadores, intelectuales...) un ánimo, casi un ansia, por quebrar el aislamiento al que se había visto sometido el Estado español. Verdadera o falsa, existía una profunda creencia en el sentido de que España llevaba demasiados años —los más pesimistas contaban siglos— sin estar presente en el concierto mundial de una u otra forma. Mientras el resto de países de alrededor, propiamente los occidentales, caminaban por el camino de la modernidad política y económica principalmente, España seguía con su letargo y retraso endémico con pocas excepciones, hundida en un casticismo rancio y alejada de las principales corrientes europeas. Este hecho —que se reflejaba perfectamente en el discurso del regeneracionismo y la generación del 14— estaba totalmente implantado en las mentes de la población española, formando parte de ese mito, como figura arquetípica, de la decadencia de España. Esta realidad podía haber sido aprovechada igualmente por todos los partidos políticos. Empero, dentro del enfrentamiento de «historias» y «contrahistorias», fue el discurso europeísta y/o aperturista de Felipe González el que influyó sobremanera en los ciudadanos españoles, porque había otros factores que influían en ello.

En segundo término, e imbricado con las palabras anteriores, el discurso de Felipe González era creíble en mayor grado bien porque los demás dirigentes podían haber llevado a cabo la apertura anteriormente —caso de Manuel Fraga o Adolfo Suárez— bien porque no tenían demasiada credibilidad sus palabras —el discurso europeísta de Santiago Carrillo, por ejemplo, podía despertar suspicacias por sus veleidades, negadas, con la URSS a pesar del eurocomunismo—. Era el carisma de González, su analogía con Prometeo, la globalidad del discurso regeneracionista, lo que permitió dar plausibilidad a las palabras del líder socialista; el cual contaba, además, con un partido fuertemente homogeneizado y disciplinado —lo que no es un dato a desestimar respecto a las

apreciaciones de las personas—, y con ciertas derivas antiamericanas —ciertamente amplificadas como veremos—, que generaban simpatías entre los españoles. Y en tercer término, Felipe González apoyaba sus palabras de aperturismo al mundo con una experiencia internacional (no de gobierno) nada desdeñable. Analizamos en los capítulos precedentes cómo el apoyo de los diversos dirigentes socialistas europeos ayudaron a González. También expusimos los diversos viajes que el líder socialista realizó por numerosos países del mundo y las buenas relaciones con los dirigentes de aquéllos. Pues bien, esta experiencia internacional, este conocimiento de los dirigentes y de los procesos de toma de decisiones internacionales aportaban a las palabras del líder del PSOE una fuerza de la que no disponían el resto de dirigentes españoles. La confluencia de estos tres factores responden perfectamente a la pregunta planteada en el párrafo anterior.

Afirma Jean Blondel que los líderes políticos se dedican con mayor énfasis a las relaciones internacionales cuando la situación exterior es inestable o representa una amenaza al propio país, o cuando la situación interna es estable⁶⁰. El caso que estamos analizando, sin embargo, significa una excepción a la regla de Blondel pues Felipe González dedicó sus esfuerzos tanto al ámbito interior como al ámbito exterior, eso sí, con mayor o menor énfasis según aconsejara la ocasión —especialmente a partir de la segunda legislatura de gobierno socialista, ya que en la primera las actuaciones gubernamentales corrieron parejas en los dos ámbitos—. La excepcionalidad del caso español tiene mucho que ver tanto con los factores coyunturales de España (finalización de la transición a la democracia, larga crisis económica, intentos de involución, etc.) como con los factores históricos. Aunque en el discurso de Felipe González el *issue* exterior siempre ha estado presente de manera predominante, junto al económico, y siempre con relación a España; esto es, debido principalmente a la conexión España/mundo frente a la conexión a superar España/España. El discurso «exterior» del líder socialista puede ser estructurado en tres apartados fundamentalmente: el mundo, Europa y OTAN. Respecto a la posición y las relaciones exteriores de España en el mundo, González siempre ha manifestado en sus

apariciones televisivas, en entrevistas y/o en discursos ante ciudadanos, militantes, dirigentes (socialistas o no) que España debía ser una fuerza dinámica en la construcción de Estados modernos en los países del entorno cultural histórico español. Por ejemplo, en una entrevista concedida a la revista *Times* antes de las elecciones de 1982 expresaba que «hasta ahora la política exterior española se ha volcado exclusivamente hacia la esfera europea incluyendo nuestra integración en la OTAN. No hemos cuidado suficientemente nuestras relaciones con el continente iberoamericano o con los países de la cuenca del Mediterráneo y del mundo árabe. Pienso que tenemos que intensificar nuestras relaciones en estas direcciones. Pero no podemos intentar tener una política exterior global porque no tenemos los medios para alcanzar con efectividad los cuatro puntos cardinales de la Tierra»⁶¹. No transmitían sus palabras vagos afectos solidarios llenos de utopismo y buenas intenciones, el pragmatismo de Felipe González le llevaba a afirmar que se ayudaría a los países con los que se tenían relaciones singulares geopolítica o históricamente. Sin embargo, con ser importantes estas afirmaciones, el discurso que tenía un contenido mítico, una mayor carga emocional para los ciudadanos españoles —recuérdese que el liderazgo carismático tiene como componente principal de su poderosa atracción a la emotividad—, era el discurso regeneracionista de fusión con los intereses generales de Occidente, o en términos clásicos, la europeización de España.

Ortega y Gasset había observado que el PSOE del primer cuarto del siglo XX era el partido europeizador de España. Felipe González y los dirigentes socialistas pretendían casi sesenta años después llevar a cabo los deseos del filósofo español. La pretensión europeizadora no sólo hacía referencia a la posibilidad de adhesión a la Comunidad Europea sino también a un cambio interno en la mentalidad de los ciudadanos españoles y la adaptación de las instituciones administrativas del Estado, más estar

⁶⁰Cfr. Jean Blondel, *Political leadership*, London, Sage, 1987, passim.

⁶¹*Times*, 25 de octubre de 1982.

presente en el contexto de las democracias occidentales⁶². Así lo manifestaba Felipe González a Jorge Semprún:

«Primero, desde un punto de vista interior, esto significa adaptación a Europa. Es un proceso complejo, sin ninguna duda. Representa la adaptación de todo nuestro aparato productivo, de nuestro aparato administrativo, al funcionamiento europeo. Un paso en un proceso de supranacionalidad que algunos quieren dar más o menos largo.

»Enseguida hay otra cosa y consiste en el rol que tendremos y que queremos desempeñar en Europa. Y junto a nuestro rol en el conjunto europeo, sin ser idéntico a este último, hay otro elemento muy importante: el rol de Europa en sí misma y su acción en el mundo»⁶³.

No debía España contentarse con «estar» dentro de las instituciones europeas, sino, llevando Felipe González el discurso regeneracionista a su máxima expresión, ser un Estado decisorio y, utilizando una metáfora muy extendida, en el vagón o los vagones de cabeza:

«La posición de España no se expresa diciendo simplemente que debemos respetar las cláusulas del Tratado y adaptarnos a las reglas del funcionamiento europeo. Claro está, ello es necesario y tiene valor por sí mismo. Es la condición necesaria, previa. Pero no define completamente lo que España pretende, lo que se propone hacer en el interior del conjunto europeo. Es necesario decir qué rol vamos a desempeñar en Europa, en la construcción europea y, para concluir, es preciso decir lo que pensamos sobre la acción de Europa en el resto del mundo.

»Pues el problema de la Comunidad —se lo he dicho a los dirigentes europeos— consiste en que no hay un discurso común, no existe un discurso que algunos, desde su punto de vista demócratacristiano, por ejemplo, o los otros, desde nuestro punto de vista

⁶²«Desde el punto de vista político —afirmaba González—, Europa se identifica con la estabilidad de las instituciones democráticas, con la reconquista de las libertades». Felipe González y Jorge Semprún, «España en Europa», *Sistema*, nº 77 (enero), 1987, pág. 22.

⁶³*Ibidem*.

socialista, podamos mantener con los mismos términos en Bonn, París o Londres. Es decir, que no hemos logrado un discurso común coherente»⁶⁴.

A diferencia de las propuestas del resto de partidos, que estaban de acuerdo con la incorporación de España a la Comunidad Europea, con mayores o menores reticencias, Felipe González, transmutado claramente en el «Prometeo español», tenía la intención de que España no sólo debía estar en la CEE, sino ser un país decisorio en el contexto occidental/internacional, algo que el resto de dirigentes políticos españoles no expresaban. Es más, en todo caso, el resto de dirigentes españoles negaban tal posibilidad o hacían todo lo posible por entorpecer el camino hacia la Modernidad que marcaba el líder socialista. Éste aspecto del discurso, mucho más amplio que el discurso del «regeneracionismo público», fue el que fascinó a muchos españoles en 1982 y durante el mandato de González. El deseo de europeizar España quedó perfectamente definido en las palabras de Felipe González durante la firma del Tratado de Adhesión a la CEE: «Para España, este hecho significa la culminación de un proceso de superación de nuestro aislamiento secular y la participación en un destino común con el resto de países de Europa occidental»⁶⁵. Este aspecto de la europeización de España (plano político), incardinado con las relaciones exteriores, no cerraba el proceso y el discurso regeneracionista. También las reformas modernizadoras, anteriormente analizadas, eran parte de ese discurso mítico. Había que tener tantos universitarios como en Europa, o más. No sólo en cantidad sino también en calidad y capacidad investigadora, intelectual y emprendedora. Pero por lo que respecta a la europeización política, la pretensión se había logrado en 1986: «España es ahora una nación respetada. Ha pasado el tiempo histórico como para que hayamos superado el complejo de liquidación del imperio español. Y en ese juego se cumple el papel europeo e internacional de España. Me compensa de otras muchas cosas comprobar que se están cumpliendo los ideales de la Generación del 98 y de la Generación del 27»⁶⁶.

⁶⁴Ibídem, pp. 22 y 23.

⁶⁵*El País*, 13 de junio de 1985.

⁶⁶Ismael Fuente, *Felipe González. El caballo cansado*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, (edición fotocopiada con páginas indescifrables).

El tercer aspecto del discurso de Felipe González y del PSOE se refiere a la permanencia o no de España en la OTAN. Sin perjuicio de un mayor análisis de la cuestión *a posteriori* —el significado del cambio de opinión respecto a la OTAN por parte de Felipe González tiene unas connotaciones sumamente importantes que merecen ser analizadas bajo un epígrafe propio—, la posición de González respecto a la pertenencia a la OTAN se inscribe en un marco de opinión muy extendido entre los sectores progresistas españoles: la negación a la participación en una organización, por un lado, punta de lanza del imperialismo estadounidense y, por otro lado, contradictora del Pacto de Varsovia, es decir, cimentadora de la «división» del mundo en bloques militares. Además, existía en los sectores progresistas de la sociedad española un fuerte componente pacifista, o cuando menos antimilitarista, que también se encontraba imbricado en lo anteriormente expuesto. La posición del PSOE durante la transición y antes de su llegada al gobierno había sido lineal, no a la pertenencia a alguno de los dos bloques militares y una fuerte apuesta por la neutralidad:

«El PSOE está por la neutralidad de nuestro país, como el camino mejor para contribuir a la distensión entre la política de bloques. Ahora bien, hay que partir de la realidad existente: estamos dentro de la órbita defensiva del Occidente. Mas pensamos, sobre todo, que la responsabilidad de cualquier compromiso militar debe ser del pueblo. Parece grotesco que los Estados Unidos se permitan el lujo de discutir si prorrogan o no los pactos militares con España, desde sus instituciones representativas, y los españoles no podamos decir: “Esta boca es mía”, en una materia que nos atañe infinitamente más que a los Estados Unidos, porque las bases militares están aquí y no allí»⁶⁷.

Al analizar la visita de Felipe González y otros dirigentes socialistas a la URSS y el comunicado conjunto que presentaron PSOE y PCUS, pudimos observar que la posición socialista en 1978 apenas difería de las palabras de Felipe González que hemos citado⁶⁸. Sin embargo, sí se produjeron varias modificaciones sustanciales en el discurso de

⁶⁷Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 129.

⁶⁸En 1976, cuatro intelectuales del PSOE mantenían que era necesario que el PSOE sirviese de enlace entre ambos bloques en base a una no-rigidez del sistema bipolar: «La política de la división del mundo en dos bloques no nos tiene que llevar a aceptar forzosamente el maniqueísmo del planteamiento que nos quiere

González y el PSOE a partir de 1981, aunque el fondo del planteamiento (neutralidad) se mantuviese. Durante la celebración del 29º Congreso del PSOE en 1981, pocos días antes de la conclusión de los debates parlamentarios sobre la incorporación de España a la OTAN, el partido socialista en sus resoluciones congresuales exponía que la integración en la Alianza Atlántica ni garantizaba la integridad territorial de España, ni cubría las necesidades de seguridad y defensa del país, aumentando el riesgo de destrucción nuclear para España y el peligro de una confrontación bélica en Europa al fortalecer la política de bloques⁶⁹. Por consiguiente, era necesaria una consulta, vía referéndum, al pueblo español para que expresase su parecer⁷⁰. La diferencia radicaba en que no se pretendía quedar aislado, al contrario, se debían establecer vínculos con la superpotencia occidental, evitando el peligro de satelización para España, y con el resto de países occidentales. Tras la aprobación en el parlamento, el 29 de octubre de 1981, la incorporación de España a la OTAN —se presentó la solicitud de admisión el 2 de diciembre de 1981 y se produjo la plena incorporación (no a la estructura militar) desde el 30 de mayo de 1982—, Felipe González y el PSOE emprendieron junto con otras fuerzas sociales y políticas de

presentar a unos como los buenos y a otros como los malos, rechazando del marco de nuestras relaciones a los partidos comunistas del Este.

»La división del mundo en dos bloques no es tan rígida como para no permitir cierta capacidad de maniobra a algunos partidos comunistas de esos países. La historia de los tiempos recientes nos muestra periódicamente ciertas “primaveras” hasta ahora ahogadas por la fuerza de las armas. Pero esto da mucha mayor razón a una política de acercamiento, recíprocamente buscado, con aquellos países del Este que pugnan por llevar a cabo una política internacional independiente y autónoma. Nos referimos, fundamentalmente, a los partidos comunistas de Rumanía, Yugoslavia y —quizás incluso— Cuba: estos buscan un entendimiento con los partidos socialistas como uno de los puntos de apoyo para establecer una política internacional autónoma y, en cierto sentido, “europea”. El que los intentos sean, hasta ahora, prudentes no invalidan la fuerza de sus intenciones sino que confirman el peso que les condiciona.

»Esta política debe enmarcarse en la perspectiva de buscar nuevas fórmulas de colaboración, a escala internacional, entre socialistas y comunistas. Por lo que al PSOE se refiere, el acercamiento a estos partidos comunistas del Este sería un medio de equilibrar la imagen de sus relaciones internacionales». F. Bustelo, G. Peces-Barba, C. De Vicente y V. Zapatero, op. cit., pp. 114 y 115.

⁶⁹Resoluciones del XXIX Congreso del PSOE, 1981, pág. 34.

⁷⁰En el folleto distribuido por el PSOE sobre la OTAN, *50 preguntas sobre la OTAN*, en la séptima pregunta los socialistas respondían que ser miembros de tal organización no garantizaba la consolidación democrática, pues tanto Grecia como Turquía, y antes Portugal, habían pertenecido (y pertenecían) a la Alianza Atlántica siendo dictaduras militares. Algo que Felipe González ya había adelantado en 1980: «La OTAN no trajo, durante muchos años, ni la libertad ni la democracia a Portugal, regido por una dictadura; ni siquiera lo hizo en la Grecia de los coroneles, que usaron los dispositivos defensivos de la Alianza para dar el golpe de Estado». *Diario 16*, 26 de junio de 1980.

izquierdas, una campaña contra la adhesión —el 11 de diciembre de 1981 el PSOE depositó en La Moncloa seiscientas mil firmas contra la entrada en la OTAN—, y en favor de un referéndum para determinar la pertenencia o no a tal organismo internacional. Durante la campaña de 1982 la postura de Felipe González se mantendría firme en la no-pertenencia a la OTAN, en el establecimiento de relaciones militares con EEUU —dentro de un marco de necesidades para ambos países— y en la neutralidad encaminada a la distensión y el fin de la política de bloques: «Nunca nos hemos opuesto a la OTAN. Lo que estamos es en contra de que España se integre en la OTAN, lo cual es diferente. No solamente somos nosotros, sino toda la Internacional Socialista quien está a favor de la desaparición de los bloques militares. Pero mientras los bloques militares existan, no tenemos ninguna objeción ideológica sobre la existencia de la OTAN. Desde un punto de seguridad y de defensa no hay necesidad de que España entre en la OTAN. Nuestro partido se ha comprometido a celebrar un referéndum sobre la permanencia en la OTAN»⁷¹.

La intención de que España se mantuviese firme frente a la mayor potencia mundial, lograrse ciertas contrapartidas de su relación con Estados Unidos y, sobre todo, que se prometiese que la decisión de permanencia o no a la *Organización del Tratado del Atlántico Norte* sería de los ciudadanos españoles, en una profunda rememoración de que la soberanía nacional recae en todos y cada uno de los ciudadanos, ayudaron a conformar un discurso «exterior» muy en consonancia con los anhelos de los españoles y, en este aspecto concreto, de los españoles progresistas. A modo de conclusión de este apartado, la posición de Felipe González y el PSOE se puede condensar en las siguientes palabras del líder socialista: «Pues *queremos ser la antípoda de una España hiper-proteccionista en materia económica, queremos una España que se abra a la competencia, a la competitividad; a las antípodas, también, de una España aislada desde el punto de vista político. Es una tradición que rompemos, una tradición que ha tenido por resultado, en el plano económico, el subdesarrollo relativo, y en el ámbito político, los regímenes dictatoriales y la ausencia de libertades públicas.* Estos son los desafíos que aceptamos,

⁷¹*Times*, 25 de octubre de 1982.

que me parecen merecer el entusiasmo y el compromiso de todas las fuerzas jóvenes de nuestro país»⁷².

1.3.4. *La regeneración ética de España.*

Desde una perspectiva histórica es posible que el tema de la honradez o la ética haya sido, junto con el tema de la OTAN, el más criticado por los grupos de presión y el que haya dañado más la imagen carismática de Felipe González en sus casi catorce años de gobierno. Si las altas tasas de desempleo que han habido en España pueden ser analizadas bajo un prisma que contendría numerosos datos económicos y demográficos coyunturales y estructurales —tal vez el símbolo de los ochocientos mil puestos de trabajo prometidos en el programa electoral de 1982 sean el único elemento no económico o político, sino estético, que pueda ser incorporado al prisma del análisis—, las promesas de honradez y éticas no pueden ser analizadas bajo justificaciones basadas en coyunturas internacionales o nacionales. Éste aspecto influyó en el desenlace final del período gubernativo de Felipe González, aderezado de otros muchos aspectos que conforman un poliedro analítico; porque se incidió con fuerza desde la irrupción política del PSOE renovado en la regeneración ética.

La propuesta del PSOE en el tema de la honradez y la ética pública no sólo se circunscribía a evitar la corrupción dentro de la administración pública y en las instituciones políticas de todo nivel, sino que también se exponía una nueva forma de hacer política, una nueva estética política y una apuesta por saber combinar la ética de la responsabilidad con la ética de los principios. El eslogan elegido para la celebración del centenario del PSOE (*Cien años de honradez y firmeza*) entroncaba con la tradición del socialismo español. Desde Pablo Iglesias hasta Rodolfo Llopis no había habido más que un caso de corrupción en el PSOE —durante la IIª República el diputado Cordero (que fue rápidamente expulsado) habíase enriquecido rápidamente debido al tráfico de influencias—, es más la austeridad en la vida pública —y en numerosos casos en la vida

⁷²Felipe González y Jorge Semprún, op. cit., pp. 25 y 26.

privada— era una de las señas de identidad, compartida con otros muchos políticos de la época, que definían al PSOE. Había pues una tradición que «legitimaba» las palabras de los dirigentes socialistas cuando hablaban de honradez. Vimos en epígrafes anteriores que Felipe González y los demás dirigentes socialistas siempre habían reivindicado la honradez en el ejercicio público desde el comienzo del proceso de transición a la democracia en España, pero en este momento, cuando era factible la posibilidad de gobernar con mayoría absoluta, el discurso ético se potenció en las diversas apariciones públicas de los dirigentes socialistas. La presencia que tuvo este aspecto del discurso, junto a la modernización y la apertura al mundo, fue tal que Reyes Mate veía en el «cambio» un reto moral y cultural antes que económico. Para Reyes Mate lo principal debía consistir en la eliminación de la corrupción, la picaresca, los egoísmos corporativos y la patrimonialización del Estado⁷³. Era pues un discurso que calaba —por utilizar la terminología de González— entre los ciudadanos de España. Tal era el empeño puesto por el PSOE en resaltar la honradez y la ética de sus dirigentes y, en especial, de su líder que el libro-entrevista realizado por Víctor Márquez Reviriego de 1982 se titulaba *Felipe González. Un impulso ético* —tomando prestada una alocución de González en el discurso de renuncia del 28º Congreso—.

Durante el período de oposición al gobierno Suárez, Felipe González se había mostrado intransigente con los aspectos referidos a la corrupción, llegando a afirmar que aquél era un «gobierno de corrupción». Por esta razón, González no dudó en presentar sus proyectos éticos para el gobierno, en un sentido amplio: «Es preciso establecer la austeridad en las cúpulas dirigentes del país. Y no hablo tanto de restarle 50.000 pesetas al sueldo de un ministro como de conocer cuáles son los gastos de libre disposición de tal ministro»⁷⁴. Pero el «impulso ético» que propugnaba González no se quedaba tan sólo en la austeridad en la Administración, sino que abarcaba la mayoría de los aspectos políticos, económicos y sociales de España. Toda la política del gobierno socialista tenía dos principios transversales: la moral y el cumplimiento de la ley. Así lo manifestó en el mitin celebrado en Guadalajara el 24 de octubre de 1982:

⁷³Reyes Mate, «El cambio, un reto moral a la política y a la cultura», *El País*, 2 de diciembre de 1982.

«Una: un Gobierno que gobierne, que cumpla la Constitución y que haga cumplir la Constitución, a aquellos que tienen que aceptarla y acabar con ella. Un pueblo que recupere sobre todo ese impulso ético que da la solidaridad entre los ciudadanos, y entre los pueblos de toda España, para superar la crisis económica, la crisis política, la crisis cultural y la crisis ética que padece la sociedad española. (...) Si conseguimos tener un Gobierno capaz de gobernar con autoridad total, y conseguimos al mismo tiempo hacer que el pueblo recupere la ilusión, y el impulso ético, yo les aseguro esta noche que tenemos a España en marcha y en marcha hacia el progreso, hacia la justicia y hacia la solidaridad, sin temor a que nadie le reste la Constitución»⁷⁵.

Se comprende, pues, que Felipe González y el PSOE pretendían aplicar la herencia recibida —tanto del republicanismo como del socialismo español— en el global de su política de gobierno. Y transmitía en sus palabras tal convencimiento que el periodista José Luis Gutiérrez exponía en su crónica del mitin de Guadalajara que «quizá el viejo tópico de la honradez de Felipe, *no por tópico menos real*, sea una de las causas de su magnetismo»⁷⁶. Una vez alcanzado el gobierno de España, Felipe González proseguiría con su campaña contra la corrupción y en favor de un «impulso ético» y una actuación moralmente irreprochable de los socialistas. Las siguientes citas son buena muestra de ello. «Los corruptos, los que por su mala gestión han provocado el hundimiento, tendrán que responder ante la justicia»⁷⁷ (1982); «Si el Gobierno se viera implicado en algún caso de corrupción yo la corregiría a rajatabla»⁷⁸ (1984); «No ha habido en la historia de España una época en la que se haya combatido más rigurosamente la corrupción que ahora»⁷⁹ (1985); «Yo tengo la obligación de saber —como responsable del poder— cuál es el paso que media entre la actividad estrictamente legal y la ilegal en cualquier desencadenamiento de acontecimientos»⁸⁰ (1985); «Jamás caeré en la tentación de quedarme con el dinero de

⁷⁴*Diario 16*, 3 de octubre de 1982.

⁷⁵Citado en Julio Feo, op. cit., pp. 196 y 197.

⁷⁶José Luis Gutiérrez, op. cit., pág. 53. (La cursiva es nuestra y se utiliza para significar el claro cambio de opinión del periodista).

⁷⁷*Diario 16*, 27 de octubre de 1982.

⁷⁸*Diario 16*, 9 de diciembre de 1984.

⁷⁹*Diario 16*, 3 de febrero de 1985.

⁸⁰*El País*, 17 de noviembre de 1985.

nadie y no haré ninguna manipulación ilegal para favorecer a mi partido económicamente»⁸¹ (1984).

Queda aún un aspecto, que con posterioridad a la llegada al gobierno por parte del PSOE, ha sido objeto continuado de crítica, más estética que política pero que, al decir de muchos, indicaba la transformación sufrida por el PSOE por su llegada al gobierno: la apariencia externa de los dirigentes socialistas. A lo largo del análisis hemos destacado que los aspectos arquetípicos y simbólicos tienen mucha importancia en el devenir político. Principalmente nos hemos centrado en el discurso/lenguaje —salvo puntualizaciones concretas de las campañas electorales—, pero conviene, por mor de una mejor comprensión de los siguientes apartados analíticos, establecer un inciso para tratar la simbología de la imagen antes y su relación con el tema que estamos tratando: la honradez/ética/moral socialista. Normalmente, las identificaciones entre dirigentes y dirigidos se establecen sobre la base de las historias narradas o la pertenencia a una organización política con la que los ciudadanos se pueden sentir identificados. Por ejemplo, los católicos, en un país de protestantes, se pueden identificar con un partido católico debido a la confesionalidad. Es decir, los *cleavages* sociales son una fuente de identificación que encuentra representación en los partidos que surgen como consecuencia de esas fracturas. Sin embargo, el PSOE había logrado una identificación no sustentada fundamentalmente en esos *cleavages*, y además había logrado una identificación personal, totalmente simbólica⁸². Hasta el momento de asumir el gobierno español los dirigentes

⁸¹*Diario 16*, 2 de octubre de 1984.

⁸²Mario Caciagli, en un análisis de las elecciones de 1982, ha expresado que los apoyos del PSOE, frente a lo que se pudiese entrever, se cimentaron en el crecimiento de la participación, en la atracción de casi todo el electorado de izquierdas y el apoyo de los jóvenes. Mario Caciagli, «España 1982: las elecciones del cambio», *REIS*, nº 28, 1984, pág. 111. Para mayor información sobre el votante socialista de 1982, se puede consultar la tabla (9.1) de José Félix Tezanos.

TABLA 9.1. *Caracterización sociológica del votante socialista de 1982.*

		Porcentajes
<i>Sexo</i>	Hombres.....	49,3
	Mujeres.....	50,7
<i>Edad</i>		

socialistas habían destacado por sus juveniles y desenfadados atuendos, similares a los de una gran mayoría de la población española, sobre todo la clase media —incluso los trajes de pana de Felipe González y Alfonso Guerra eran una especie de seña de identidad del nuevo socialismo⁸³—. El tratamiento entre los socialistas y los medios de comunicación, los ciudadanos o entre ellos mismos se encuadraba dentro de lo que se ha dado en calificar como el «tuteo». Las relaciones eran dinámicas y fluidas entre ciudadanos y políticos socialistas; no había visos de prepotencia o elitismo en su forma de actuar. Como calificó la periodista y escritora Maruja Torres, era la época de la «política-tecno»⁸⁴; la época de una nueva forma de hacer política, cuyo máximo exponente fue Enrique Tierno Galván, alcalde de Madrid. Estos elementos simbólicos, tanto en el atuendo como en el lenguaje, incidieron en lograr una identificación entre gobernantes y gobernados, la cual quebraba la antigua forma del poder, con una ampulosidad extrema y una clara diferenciación entre unos y otros, entre gobernantes y gobernados.

Felipe González era la persona que en su aspecto exterior había cambiado más, como consecuencia de esa fabricación de una imagen de hombre de Estado, aunque en mítines y diversas reuniones seguía vistiendo de «sport», lo que no tenía suma importancia a los ojos de los ciudadanos, que lo veían como una consecuencia lógica de la asunción de

De 18 a 25 años.....	18,9
De 26 a 35 años.....	22,3
De 36 a 55 años.....	33,9
Más de 55 años.....	24,7
<i>Ocupación</i>	
Amas de casa y no activos.....	61,8
Obreros especializados de la industria y los servicios.....	13,2
Obreros sin especializar de la industria y los servicios.....	4,6
Jornaleros agrícolas.....	1,3
Oficinistas, vendedores y profesionales.....	8,6
Pequeños propietarios agrícolas.....	1,7
Autónomos y trabajadores independientes.....	6
Empresarios con asalariados.....	0,3

Fuente: José Félix Tezanos, *Sociología del socialismo español*, pág. 86.

⁸³ Al cabo de los años un destacado dirigente del PSOE, Joaquín Almunia, titularía un capítulo de sus memorias *De la pana al coche oficial*, lo que refleja perfectamente el sentido simbólico de lo que estamos explicando. Joaquín Almunia, *Memorias políticas*, Madrid, Aguilar, 2001.

⁸⁴ Maruja Torres «Empieza la ‘política-tecno’», en Santos Juliá, Javier Pradera y Joaquín Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 553 y 554.

responsabilidades. Sin embargo, tras incorporarse a la presidencia del gobierno, los dirigentes socialistas fueron modificando su vestuario, sin ostentaciones y en algunos casos por presión de los medios de comunicación. Así lo recuerda Joaquín Almunia:

«El martes día 7 de diciembre celebramos nuestro primer Consejo de Ministros ordinario. El día amaneció dominado por una espesa niebla, que rodeaba La Moncloa. Pese a la renovación parcial de mi vestuario, éste no estaba todavía a la altura de las circunstancias, así que baje del coche oficial enfundado en una trenca que inmediatamente atrajo la atención de los fotógrafos apostados en la entrada principal del palacio. Al día siguiente *Abc* me incluyó en sus páginas de huecograbado, saliendo del vehículo oficial con mi reluciente cartera negra y una prenda de abrigo inusual para sus esquemas. En el pie de foto, el diario conservador criticaba la etiqueta tan inadecuada con la que acudí a mi primera cita como gobernante»⁸⁵.

Los socialistas estaban obligados a guardar las formas, pese a su no-ostentación, en el vestuario. Por su parte, Felipe González expuso con firmeza al periodista Jaime Peñafiel el significado del vestuario a utilizar y la poca importancia que ello tenía, ya que lo importante no era el atuendo sino la persona que lo portaba: «Creo que se ha producido un cambio lógico en el atuendo, que es una muestra de respeto a las instituciones, pero que desde luego no me separa de mis orígenes ni de mi manera de ser. (...) Uno tiene que asumir las responsabilidades en todas sus dimensiones, también en la dimensión de la indumentaria. Cuando tenga que ponerme un chaqué me pondré un chaqué, evidentemente»⁸⁶.

La importancia del atuendo de los socialistas era lógico y comprensible, pero seguían incidiendo en la no-ostentación, en eliminar toda la pompa y circunstancia que tradicionalmente ha rodeado al poder político. Desterrar, en cierto modo, los elementos simbólicos del poder. Aunque durante la segunda y tercera legislaturas socialistas esta ostentación sería objeto de crítica por parte de los medios de comunicación, como veremos

⁸⁵Joaquín Almunia, op. cit., pág. 151.

⁸⁶*Hola*, 15 de diciembre de 1982.

posteriormente. También en el trato, las formas iban a cambiar respecto a los modos que anteriormente eran mayoritarios y que, conviene recordarlo, había ayudado a crear la imagen del PSOE y de los dirigentes socialistas. Joaquín Almunia narra cómo se les informó —Julio Feo y Roberto Dorado les inquirieron a los ministros y demás altos cargos sobre la importancia de la indumentaria y el protocolo— desde la sede central del PSOE sobre la modificación de algunas conductas habituales hasta la llegada al gobierno: «Los miembros del futuro Gobierno fuimos convocados en Santa Engracia, para recibir instrucciones sobre algunas cuestiones operativas. A partir de ese momento dispondríamos de escoltas, coche oficial y conductores del Parque Móvil; tendríamos que utilizar entre nosotros, en público y en las reuniones oficiales, un tratamiento respetuoso e impersonal —“como ha dicho el presidente”, “quiero replicar al ministro”—; debíamos intentar huir del compadreo que caracterizaba muchas veces nuestra relación con los periodistas, etcétera»⁸⁷. Esta modificación de la conducta, lógica dentro de la responsabilidad que se acababa de asumir, no fue entendida por algunos periodistas y medios de comunicación que pronto comenzaron a calificar de prepotentes las acciones del gobierno y los dirigentes socialistas⁸⁸. Fue la época en que comenzó a hablarse del «rodillo» socialista, en clara alusión a la utilización de la mayoría absoluta por parte del gobierno y, por ende, la pérdida del consenso de la transición española. Acusación, por otro lado, carente del más mínimo apoyo legal y, aún menos, teórico, ya que la regla de la mayoría —y no la ponderación, por ejemplo— tiene como fundamento de su aplicación evitar el retraso en la legislación que cada partido político en el gobierno estima conveniente, a pesar de los peligros que ya expusiera John Stuart Mill en su *On Liberty*, dentro del respeto a las minorías que recoge la constitución española, es decir, se fomenta la gobernabilidad. Sin embargo, la cambiada actitud no fue vista por los ciudadanos como anormal, sino como consecuencia lógica de la asunción de ciertas responsabilidades en un primer momento y respecto a ministros y al presidente del gobierno, no así respecto a otros cargos políticos.

⁸⁷Joaquín Almunia, op. cit., pág. 145.

⁸⁸Vid. José Oneto, *¿A dónde va Felipe?*, Barcelona, Argos Vergara, 1983; Ibídem, *El secuestro del cambio*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984; o los diferentes artículos de José Luis Gutiérrez y los editoriales de Pedro J. Ramírez en *Diario 16* de 1982-1986.

Los posibles cambios y las distorsiones entre el discurso y los actos serán analizados posteriormente. Mas es apreciable que el PSOE y su líder tenían un nuevo impulso ético que se pretendía extender a todos los ámbitos del Estado español. Con estas apreciaciones damos por terminado el apartado dedicado al análisis del discurso de 1982 y sus diferentes partes. Pasamos, por consiguiente, a analizar las distorsiones y las continuidades del discurso de Felipe González, producidas por el transcurrir del tiempo y de los propios actos.

1.4. Felipe González dentro de la clasificación blondeliana: entre líder salvador y líder transformador.

La ubicación analítica del liderazgo de Felipe González no puede concretarse en 1982, incluso desde 1977, en uno de los recuadros postulados por Jean Blondel, mas para todo el período de análisis (1977-1996) sí puede establecerse un criterio general bastante clarificador y generalista. Esta distorsión viene provocada por el determinismo de la «especial» coyuntura que sufrió España en dicho período. Por un lado, en 1982 existía una crisis general que afectaba a *todo* el sistema político español, el cual estaba amenazado por los intentos de involución de los militares, y por los atentados terroristas de diversa índole —con especial significación en términos cuantitativos y cualitativos de ETA—. Se manifestaba una clara fragilidad en el sistema político por culpa de agentes exteriores, pero también la fragilidad se manifestaba como consecuencia de los agentes internos. La UCD había terminado por fragmentarse, consecuencia lógica de su composición interna con facciones bien diferenciadas; los gobiernos de Suárez, pese a los logros obtenidos, no había podido implementar con cierta estabilidad las políticas de gobierno, las necesarias políticas públicas propias de cualquier sistema democrático. Por consiguiente, la crisis afectaba, externa e internamente, a todo el sistema político español. Además, las Comunidades Autónomas de reciente creación y los Ayuntamientos «democráticos» carecían de una infraestructura suficiente para vertebrar y gestionar los intereses ciudadanos, ya que carecían de una legislación nueva, no franquista y no constitucional

—es decir, una legislación emanada del parlamento—, sobre la que apoyarse⁸⁹. Era pues una inestabilidad total del sistema político. En referencia a los aspectos económicos o el sistema económico español se puede afirmar que existían dos problemas a solventar: por un lado, la superación de la crisis económica (altas tasas de inflación; de desempleo; quiebras bancarias, etc.), la cual estaba influida por la crisis económica internacional; y, por otro lado, la reestructuración del sistema económico, a fin de acercarlo a los paradigmas occidentales, se encontraba bastante retrasada. La recesión económica, mínimamente paliada por los *Pactos de La Moncloa*, debía ser afrontada con medidas «impopulares» y estructurales que la inestabilidad gubernativa imposibilitaba parcial o totalmente. Por lo tanto, existía en España en 1982 una crisis sistémica global o, en términos marxistas, una crisis tanto estructural como superestructural.

La figura de Felipe González, por las razones anteriormente apuntadas, en el ejercicio de su liderazgo, poseía unos marcados rasgos de *líder salvador* que se imbricaban con los rasgos de *líder transformador* propios de su liderazgo carismático y prometeico. Por un lado, González tenía la misión de *salvar* a España de dos crisis generales que la afectaban; pero, por otro lado, iba a ir más allá de la salvación para *transformar* España en un país moderno. Es decir, salvaría el sistema transformándolo y modernizándolo —rasgo prometeico y regeneracionista—. Por consiguiente, el liderazgo de Felipe González sería calificado —dentro del marco analítico blondeliano del *amplio alcance* y el *mantenimiento del sistema*—, en el período coyuntural 1981-1985, como «líder salvador». Pero, para el período general y no coyuntural cifrado entre 1977 y 1997, el liderazgo de Felipe González se calificaría como «liderazgo transformador» (*amplio alcance y cambio moderado del sistema*). Así lo hemos podido observar a lo largo del estudio. Y, aunque González pueda tener ciertas características propias de los líderes populistas⁹⁰, en especial el pragmatismo,

⁸⁹Tan sólo la aprobación de la LOAPA —posteriormente modificada por sentencia del Tribunal Constitucional— introdujo cierta calma y racionalidad para fijar el establecimiento del sistema autonómico. Para una mayor información sobre éste y otros aspectos de las CCAA véase Eliseo Aja, *El Estado autonómico*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

⁹⁰Vid. José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., passim (pero con especial intensidad entre las páginas 165 y 264).

no puede ser calificado, a la vista de su discurso y sus realizaciones, como tal. Ya observamos en el capítulo tercero (parte teórica) que los líderes populistas y los líderes transformadores compartían algunas características, ya que, en el desarrollo analítico que compartimos con Jean Blondel, se encontraban en el mismo cuadro analítico (vid. cuadro 4.1.), pero los cambios son implementados de forma distinta tanto por unos como por otros. Además, el «sujeto histórico» de cambio/transformación difiere bastante entre los dos tipos de liderazgo, pues mientras para los líderes populistas existen personas, clases o sectores que quedan excluidos del proyecto; para los líderes transformadores, como analizó James MacGregor Burns⁹¹, suelen ser inclusivos y no hacen distinciones radicales —aunque cabe la posibilidad de favorecer en mayor medida a cierto grupo de ciudadanos—. El líder socialista, como se percibe de su discurso, siempre ha estado preocupado por el beneficio de todos los españoles, o cuando menos por el beneficio de un «amplio bloque social de progreso»⁹², es decir, una especie de interclasismo. En resumen, el liderazgo de Felipe González se puede calificar en términos generales, y sin menosprecio de otras aportaciones analíticas, como *liderazgo transformador*. Con la adición del calificativo coyuntural de 1982 de líder salvador-transformador.

2. DESARROLLO POLÍTICO: DISTORSIONES Y CONTINUIDADES ENTRE DISCURSO Y ACCIÓN DEL GOBIERNO SOCIALISTA DE FELIPE GONZÁLEZ.

Hasta el momento hemos comprobado que Felipe González puede ser calificado como líder carismático por su fuerte conexión emocional entre él y sus seguidores; también puede ser calificado —en una imbricación clara y objetiva con la anterior vertiente carismática—, bajo un prisma mítico, como líder prometeico; también analizamos el «juego de máscaras» entre Felipe González y Alfonso Guerra, desempeñando los roles de *gemelo bueno* y *gemelo malo*, respectivamente; también hemos

⁹¹James MacGregor Burns, *Leadership*, New York, John Wiley & sons, 1980, pág. 214 y ss.

comprobado que el fermento de su liderazgo carismático está relacionado con un discurso, que hemos calificado de «regeneracionismo público», el cual se incardina en arquetipos colectivos asentados en la ciudadanía española y que, por esa razón, despiertan deseos y aspiraciones que desembocan —ayudados por una crisis generalizada— en el enorme *swing* electoral y la mayoría absoluta de 1982. Pero todavía no hemos realizado la última clasificación que queda pendiente en relación con la teoría de este estudio. En otras palabras, es necesario situar el liderazgo de Felipe González dentro del cuadro analítico modificado de Jean Blondel.

2.1. *Análisis de las políticas socioeconómicas de los gobiernos de Felipe González.*

Exceptuando el significado del felipismo, el tema de la OTAN y la corrupción/GAL, que serán analizados en un espacio propio por su especial significación, en este epígrafe pretendemos analizar, con brevedad, la gestión de los distintos gobiernos del PSOE en el período 1982-1996. Todo ello será analizado en términos generales pero incidiendo en las percepciones de los ciudadanos —principalmente los electores socialistas— frente la acción de gobierno, el discurso del líder socialista y la realidad. Gracias a la utilización de esta metodología podremos comprobar cómo los ciudadanos muestran cierto *desencanto* respecto al «discurso de 1982» y la acción de gobierno, así como la distorsión que existe en algunos aspectos entre las críticas y los datos e índices socioeconómicos. En términos generales, analizaremos los pros y los contras de ciertas políticas públicas del período de gobierno de Felipe González.

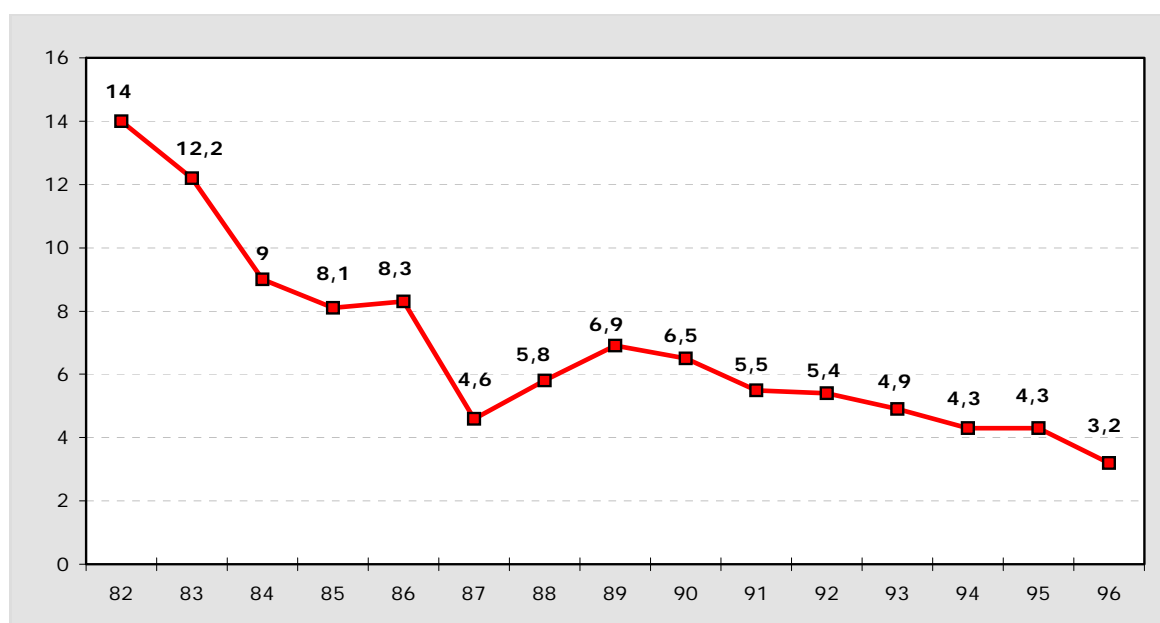
2.1.1. *Aspectos macroeconómicos, reforma de la estructura productiva y las tasas de desempleo en España.*

El período de gobierno socialista se ha desarrollado durante una honda larga —en terminología de Ernest Mandel— de recesión económica, con un breve paréntesis de

⁹²José Félix Tezanos, *Historia ilustrada del socialismo español*, Madrid, Sistema, 1993, pág. 208.

expansión (1985-1992), que en España se alargó dos años más —en Europa el recalentamiento o la recesión se produjo a partir de 1990— debido a los eventos internacionales que tuvieron lugar en 1992 (Exposición internacional de Sevilla y Olimpiadas de Barcelona, principalmente) y por la reciente incorporación de España a la CEE. Por consiguiente, los deseos del gobierno socialista en 1982 no podían llevarse a cabo plenamente. Pero es necesario analizar ciertos datos y actuaciones económicas del gobierno socialista. La primera medida económica que tomó el gobierno socialista, durante el primer Consejo de ministros, fue la devaluación de la peseta, a fin de lograr un ajuste que permitiese reactivar en lo posible la producción española y para adecuar la peseta a su verdadero valor. El gobierno, con esta medida, mostraba bien a las claras la forma de actuación que iba a adoptar en materia económica: reforma y medidas tajantes. La necesidad de reflotar la economía española motivó que los distintos equipos económicos de

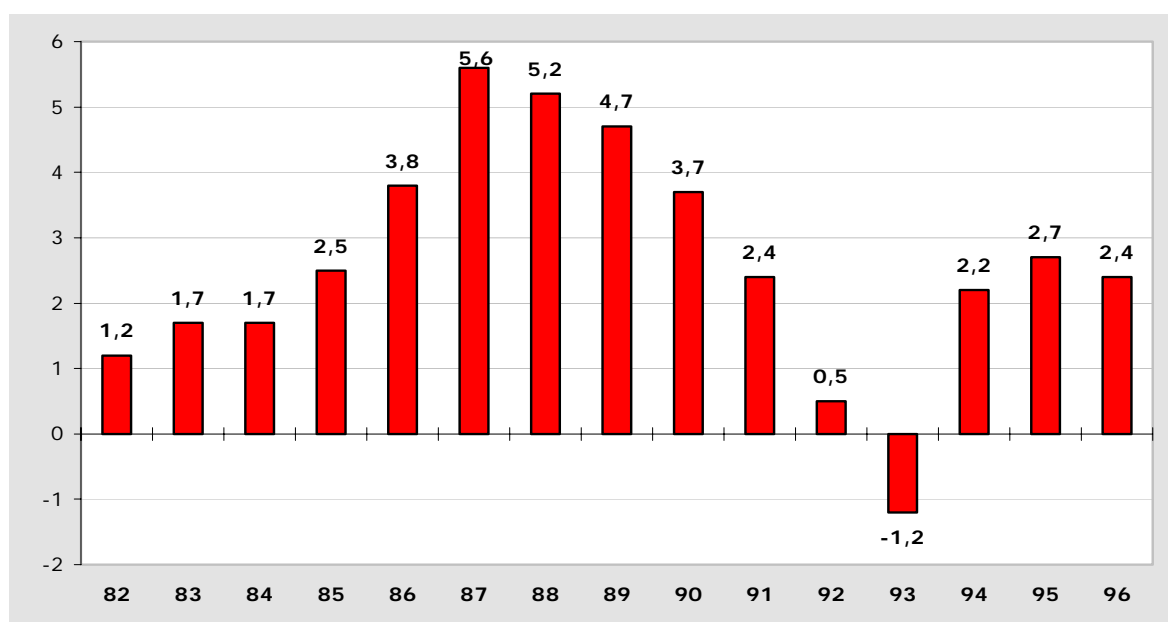
GRÁFICO 9.2. *Evolución del IPC (1982-1996)*



Fuente: Elaboración propia sobre datos de *Anuario El País 2001*.

los gobiernos socialistas —desde el tándem Miguel Boyer/Carlos Solchaga hasta Carlos Solchaga, o Pedro Solbes individualmente (obviamente en torno a ellos existían equipos), pero siempre bajo la observación, interés e, incluso, control de Felipe González— planteasen la reducción de la inflación, lo cual se logró en el período de gobierno socialista, desde los 14 puntos del IPC que encontraron al llegar al gobierno hasta el 3'2 de 1996, con ciertos picos de aumento al final del período de expansión económica (vid. gráfico 9.2.). En el plano del crecimiento económico, y tomando como indicador el PIB, observamos cómo el incremento y el descenso en los niveles de crecimiento está muy relacionados con las fases expansivas y las recesivas de orden global, aunque a excepción de lo sucedido en 1993, donde se produjo un claro receso, durante toda la época de gobierno socialista hubo tasas positivas de crecimiento económico (vid. gráfico 9.3.). Particular incidencia, tanto en el aspecto mediático como en el aspecto económico, tuvo el período comprendido entre 1987 y 1989 donde el crecimiento económico superó con mucho las tasas del 4%. Conviene

GRÁFICO 9.3. *Tasa de crecimiento en porcentajes del PIB*



Fuente: Elaboración propia sobre datos de *Anuario El País 2001*.

recordar que en febrero de 1988 Carlos Solchaga manifestaría que «éste es el país donde se puede ganar más dinero a corto plazo de toda Europa, y quizá uno de los países donde se puede ganar más dinero de todo el mundo»⁹³. Palabras que propiciaron una agria discusión que venía determinada por la llamada «cultura del *pelotazo*». Volveremos sobre este tema en breve y dentro de un análisis mayor, pero las palabras del que fuera ministro económico durante gran parte del período de gobierno socialista reflejan perfectamente que las inversiones extranjeras, el ciclo expansivo de la economía y la inversión de los propios empresarios españoles habían propiciado un aumento del crecimiento económico. Respecto a la *reconversión industrial*, que fue iniciada con dificultades por la UCD, Carlos Solchaga diseñó un programa de actuación encaminado a modernizar la industria española, el cual se verá plasmado en la *Ley de reconversión y reindustrialización* de noviembre de 1983. Con esta política de fuerte reajuste⁹⁴, durante la segunda mitad de los 1980s, el sector industrial pudo crecer por encima del crecimiento medio de los países comunitarios⁹⁵. Pero, por otro lado, supuso un serio revés en la imagen del gobierno a corto plazo, debido a los violentos enfrentamientos entre trabajadores y policía durante las numerosas huelgas convocadas. Queda para el recuerdo como imagen o símbolo contrarquetípico, los «duros» enfrentamientos entre trabajadores y cuerpos de seguridad del Estado en los *Altos Hornos* de Sagunto. Sin duda, la medida de la reconversión industrial era necesaria, por culpa de una industria poco dinámica y persistente en las formas del desarrollismo franquista, y positiva a medio y largo plazo, mas el coste social y político, por tratarse de un gobierno de izquierdas el que promovía la reforma, fue alto y así se manifestaría en diversas encuestas (vid. gráfico 9.5.). Aun cuando Felipe González había incidido en la necesidad de reformar la estructura productiva del país para adecuarla a los parámetros occidentales, dentro de su visión regeneracionista y prometeica, los ciudadanos esperaban que las medidas fuesen lentas o a medio plazo, nunca con la inmediatez con que

⁹³Citado en Charles Powell, op. cit., pág. 428.

⁹⁴El coste del proceso de reconversión, que afectó a los más importantes sectores (siderurgia, construcción naval, textil, electrodomésticos...) y a las grandes empresas, supuso un desembolso hasta 1989 de 2'5 billones de pesetas, y un coste en destrucción de empleo de 85.000 puestos de trabajo. Número especial de *El País* (*Perfil de una década*), 28 de octubre de 1992, pág. 10.

se produjeron. Por lo que respecta a la *inversión en infraestructuras*, que el gobierno socialista veía como necesarias para la modernización económica, la inversión pública aumentó considerablemente, y se benefició de los fondos estructurales entregados por la CEE/UE para el equilibrio entre los países miembros (desde 1986)⁹⁶. En resumen, se puede afirmar que el período de gobierno socialista tanto en incremento de la productividad como en el control de la inflación, en la transformación del sector productivo y la inversión en infraestructuras fue, con claroscuros, positivo⁹⁷.

Estos índices son parte de aquellos índices económicos que las personas, no cualificadas técnicamente, entienden perfecta pero parcialmente porque los perciben en el desarrollo del día a día. Pero existen dos aspectos económicos más que debemos analizar y que tiene una gran incidencia sobre el comportamiento de los ciudadanos en su relación con el gobierno y su política económica: las cuestiones fiscales y las tasas de desempleo. Por lo que se refiere a la *presión fiscal*, el gobierno socialista ejecutó una política de aumento fiscal (progresivo) de casi cinco puntos porcentuales en el período 1982-1996 —se pasó del 28% al 32'6%—, lo que suponía el mayor incremento dentro de Europa, pero aún lejana de la media europea que era casi el 41% para el año final del período de gobierno socialista. En materia fiscal también ha sido importante la persecución del fraude fiscal, lo que incrementó considerablemente el número de declarantes del IRPF por

⁹⁵Francisco Fernández Marugán, «La década de los ochenta: impulso y reforma económica» en Alfonso Guerra y José Félix Tezanos (eds.), *La década del cambio*, Madrid, Sistema, 1992, passim.

⁹⁶La inversión del Estado aumentó desde el 3% del PIB en 1984 hasta el máximo del 5'2% en 1992 —aproximadamente el doble de la media de la OCDE—, lo que permitió, como expresa Javier Sáenz de Cosculluela («Las obras públicas. Las infraestructuras» en Alfonso Guerra y José Félix Tezanos (eds.), op. cit., pág. 276 y ss.), duplicar la longitud de la red de autopistas y autovías hasta los 7.000 kilómetros; arreglar y modificar considerablemente cerca de 15.000 kilómetros de carreteras; renovar, ampliar y crear puertos y aeropuertos y aumentar en un 20% la capacidad de los embalses españoles, sin olvidar la política de trasvases y la mejora de la red ferroviaria.

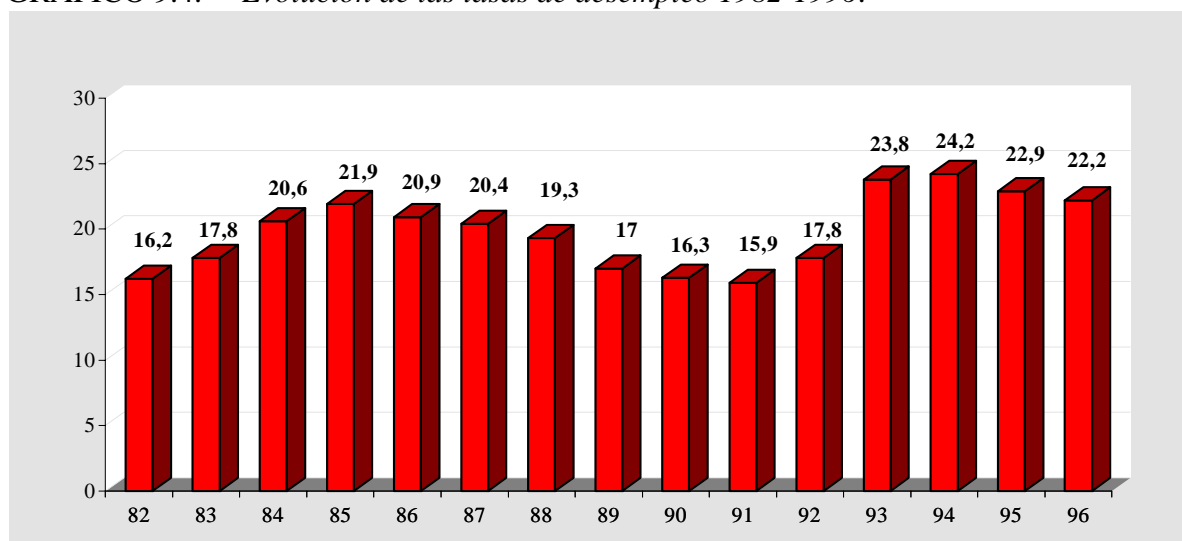
⁹⁷Para un análisis más profundo y técnico del período de gobierno socialista véase Carles Boix, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad*, Madrid, Alianza Editorial, 1996; José Luis García Delgado (dir.), *Lecciones de economía española*, Madrid, Civitas, 1993; José Luis García Delgado y Juan Carlos Jiménez, *Un siglo de España. La economía*, Madrid, Marcial Pons, 1999; José María Maravall, *Los resultados de la democracia: un estudio del sur y del este de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1995; y Carlos Solchaga, *El final de la edad dorada*, Madrid, Taurus, 1997.

diversos conceptos⁹⁸. Sin embargo, uno de los aspectos menos positivos de esta persecución del fraude fiscal era la economía sumergida —entre un 26-29% y 870.000 millones de pesetas— y el dinero negro. Como manifestamos al comenzar el análisis de las políticas del gobierno socialista, el aumento de la recaudación fiscal y, por consiguiente, una mayor capacidad redistributiva del gobierno no se reflejó perfectamente en las opiniones de los ciudadanos. Existía una distorsión entre la realidad de las cifras y las percepciones de las personas. En un estudio del CIS de 1991, el 56% de los encuestados estimaba que pagaba más impuestos de lo que recibía en servicios públicos. La distribución por actividad laboral reflejaba que eran de esa misma opinión el 92% de los hombres de negocios y altos directivos; el 69% de los directivos intermedios; el 56% de los trabajadores industriales; el 40% de los jubilados y el 33% de los trabajadores agrícolas. De acuerdo a los salarios de los encuestados, aquellos que ganaban más de doscientas mil pesetas al mes manifestaban que recibían menos de lo que pagaban un 76%, mientras que los que se situaban en torno a las cincuenta mil pesetas/mes un porcentaje del 36% declaraba lo mismo⁹⁹. Eran, principalmente, los estratos más altos y las clases medias las que mayor descontento con la utilización de las retenciones fiscales demostraban, aunque también destacaban los criterios negativos de cierto grupo de trabajadores. Carlos Solchaga ha explicado la situación de la siguiente manera: «La política social nos consolida entre algunos (sic), en los barrios, en la tercera edad, etcétera. Sin embargo, lo que tiene que ver con la pérdida de afección entre las clases medias es que cuando yo llegué al ministerio había seis millones y pico de declarantes sobre la renta y cuando yo me fui había doce millones y pico. Y entonces la gente empieza a tener una mentalidad de coste-beneficio, es decir: “Yo pago y ¿qué obtengo?”. Y eso que la gente no observa muy

⁹⁸En 1982 había en España 6.789.077 declarantes a Hacienda —5.670.376 asalariados de diversa índole; 750.522 empresarios; 84.471 agricultores; y 310.708 profesionales—, mientras que en el año 1990 la cifra había ascendido a 11.482.609 —8.773.882 asalariados; 1.497.852 empresarios; 833.500 agricultores; y 377.375 profesionales—, lo que supuso un aumento del 40'8% de contribuyentes. En 1993 había aumentado la cifra a algo más de doce millones de declarantes. Parece que la lucha contra el fraude fiscal resultó positiva entre 1982 y 1990 ya que, dentro de dos de los sectores analizados, el incremento fue de un 89'5% para el caso de los agricultores y de un 51'8% para los empresarios. Así mismo, los ingresos por capital mobiliario ascendieron un 56'9% en el período 1982-1990, y las rentas de capital inmobiliario un 43'7% para el mismo período. Datos obtenidos de «Perfil de una década», pág. 8.

bien lo que obtiene porque muchos de esas clases medias obtienen una gratuidad en la enseñanza, el regalo, prácticamente, de la universidad para sus hijos, la cobertura de enfermedad...»¹⁰⁰. Por consiguiente, los datos demuestran un avance positivo en lo referente a la recaudación fiscal y la inversión pública, pero las personas observan que pagan más de lo que reciben, que se emplea mal su dinero, que no merece la pena sufragar en tan alta cantidad al «gobierno». Sin embargo, y como afirma Solchaga, realmente las personas no aprecian los gastos estatales que propician que muchos servicios sean gratuitos o de bajo coste, y siempre considerarán que pagan demasiados impuestos, sea cual sea el sistema impositivo¹⁰¹.

GRÁFICO 9.4. *Evolución de las tasas de desempleo 1982-1996.*



Fuente: Anuario El País 2001.

⁹⁹ «Datos de opinión. Los españoles ante el pago de impuestos», *REIS*, nº 55, 1991, pp. 240 y 241.

¹⁰⁰ Tom Burns Marañón, *Conversaciones sobre el socialismo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, pp. 165 y 166.

¹⁰¹ Iñaki de Miguel y Amando de Miguel, *Los españoles y los impuestos*, Madrid, CIS (Col. Opiniones y Actitudes nº 35), 2001, pág. 95 y ss.

Aun siendo importante el aspecto fiscal de los gobiernos socialistas, hay un punto que tiene una importancia doble, tanto por su propia incidencia socioeconómica, como por su influencia simbólica: la *tasa de desempleo* (vid. gráfico 9.4.). A la llegada del PSOE al gobierno estatal la tasa de desempleo se situaba en el 16'2%, una tasa que escondía —como la mayoría de las tasas de desempleo— un cierto fraude de economía sumergida en torno al 3-4%, lo que no era óbice para que, aun con descuentos, la tasa fuese elevada. El programa electoral del PSOE de 1982 propuso la creación de 800.000 puestos de trabajo y la reducción de la tasa de desempleo hasta alcanzar los umbrales del pleno empleo. La estrategia de marcar una cifra, propuesta por Alfonso Guerra a imagen y semejanza de las proposiciones del PSF en 1981, era incompatible con la realidad económica española, pero, sin embargo y desde un punto de vista político/mediático —muy en consonancia con el carácter de Guerra como vimos en capítulos anteriores—, altamente atractivo. La cifra de 800.000 empleos nuevos se convirtió en 1982 en uno de los símbolos de la modernidad, de la transformación, del «cambio» que pretendían llevar a cabo los socialistas. Este símbolo, por su parte, terminaría enfrentándose a la realidad de los hechos y deslegitimaría, en cierto modo, la capacidad de los socialistas para frenar el aumento del desempleo. Por lo tanto, ¿fue un error del comité electoral el establecer una cifra-símbolo? Sí, teniendo en cuenta, además, que los escenarios proyectados para la legislatura contradecían la posibilidad de esa creación de empleos y, aún más importante, la reducción de la tasa de desempleo. Joaquín Almunia explica perfectamente lo sucedido:

«Junto con el Comité Electoral que presidía Guerra, los redactores del programa debíamos seleccionar las cien principales medidas, y una de ellas sería un compromiso concreto de creación de empleo para la legislatura. El grupo de trabajo encargado de la política económica había elaborado escenarios macroeconómicos plurianuales, que cubrían el período de la legislatura. Seguíamos atravesando un período recesivo, aunque las perspectivas de las principales economías europeas permitían albergar esperanzas de que un mayor crecimiento pudiese paliar, al menos, el panorama tan negativo de nuestro mercado de trabajo, arrastrado desde 1976.

»Pero la situación, incluso en la hipótesis optimista, no era como para dar saltos de alegría. Cuando expliqué en la Ejecutiva que la creación de puestos de trabajo prevista no

sería ni siquiera capaz de absorber el aumento de población activa, y que por tanto el paro seguiría aumentando, se produjo una auténtica conmoción. ¿Cómo admitir que, con un Gobierno socialista, el paro siguiese aumentando? Guerra dijo que había que modificar aquellas previsiones; como responsable de la campaña electoral quería un compromiso de creación de empleo más atractivo, al estilo de lo que habían hecho los franceses en su programa de 1981.

»Me encargaron rehacer los números. Volví a reunir a algunos economistas, para trasladarles el criterio de los responsables de la campaña. El papel lo aguanta todo, y a los pocos días puse en manos del Comité Electoral unos cálculos, según los cuales el paro se reduciría si, para un incremento razonable de la tasa de actividad, los empleos creados en el período de legislatura alcanzaban la cifra de ochocientos mil. Una simple operación aritmética, poco creíble, pasó a constituir nuestra promesa electoral más señalada»¹⁰².

A pesar de los datos prospectivos que ofrecían los economistas del PSOE, Alfonso Guerra insistió en crear un símbolo frente a la realidad económica; se fomentó el populismo mediático propio del guerrismo frente a una serie de medidas económicas de transformación de la estructura económica de España y que, a largo plazo, han resultado eficaces, incluso en la reducción de la tasa de desempleo. Una vez instalados en el gobierno, los dirigentes socialistas no lograron que descendiese la tasa de desempleo, aun creándose más de ochocientos mil puestos de trabajo nuevos, es más ésta siguió ascendiendo hasta situarse en el 24'2% del año 1994 (vid. gráfico 9.4.). ¿Cuáles han sido las posibles causas para este elevado número de personas sin trabajo? Sin duda hay dos factores a tener en cuenta. Por un lado, la fuerte acción del gobierno en su intento de transformar la estructura económica española incidió en la destrucción de empleo, junto con una moneda sobrevalorada que impedía la competitividad de la economía española hasta 1986. Por otro lado, el incremento de la población activa es otro factor para comprender la alta tasa de desempleo, factor que puede desglosarse en tres. Primera, la población activa aumentó por una causa demográfica, ya que las personas procedentes del *baby boom* de finales de los 1960s se han ido incorporando al mercado de trabajo durante

¹⁰²Joaquín Almunia, op. cit., pág. 132.

el mandato socialista. Además, segunda, con la reactivación económica desde 1986, numerosas personas que, dadas las escasas expectativas de incorporación al mercado laboral, había decidido mantenerse al margen —principalmente mujeres que creían poder ver oportunidades laborales que anteriormente les habían sido negadas—, se incorporaron con rapidez a la búsqueda de empleo. Cabe, y tercera, una causa que puede explicar el aumento de la población activa, aunque con una incidencia menor, la incorporación de personas «no principalmente activas» que se inscribieron en las oficinas del INEM con el fin de obtener ciertos subsidios (cursos de formación retribuidos, prestaciones por desempleo de larga duración, etc.), pero que no tenían necesidad o intención de un puesto de trabajo a corto o medio plazo. Un tercer factor que incide en la no reducción de la tasa de desempleo, es la incapacidad de la economía española, por diferentes causas, para generar puestos de trabajo, aun cuando las tasas de crecimiento han sido mayoritariamente positivas como se puede observar en el gráfico 9.3. En 1970, en España había 12'6 millones de personas ocupadas, la misma cifra que en 1991, y algo más baja en 1992, 12'4 millones de personas con empleo. Un empleo que, es necesario decirlo, aumentó en su temporalidad. En 1985 el empleo temporal suponía el 15%, mientras que en 1990 era del 30% del empleo total¹⁰³.

Los equipos económicos del gobierno socialista emprendieron una serie de reformas encaminadas a generar más puestos de trabajo. Se flexibilizó el mercado laboral reduciendo las cotizaciones por despido (de 45 días a 40 días por año trabajado), con un plan de empleo juvenil impulsado por los sectores guerristas, etc. Sin embargo, las tasas de desempleo no descendieron, sino que se estabilizaron entre el 17 y el 21%, con aumentos coyunturales. Entonces ¿por qué no hubo una mayor desazón y movilización entre los ciudadanos? Como ha explicado el profesor Pérez-Díaz, debido a la acomodación a las altas tasas de desempleo y la cobertura social¹⁰⁴, ya que han habido tasas de un 34% de paro de larga duración. Mas lo importante del análisis no es el discernimiento de todos y

¹⁰³ Álvaro Espina, «Diez años en la vida de los españoles. Las políticas laborales y de empleo» en Alfonso Guerra y José Félix Tezanos (eds.), op. cit., pp. 466-470.

cada uno de los factores intervinientes, que es objeto de un estudio socioeconómico, sino los aspectos políticos concretos ligados al liderazgo socialista. El simbolismo de los «800.000» puestos de trabajo ha podido más que las políticas llevadas a cabo y las explicaciones de los dirigentes socialistas en la mente de los ciudadanos españoles. La sensación que tenían los ciudadanos era que Felipe González y su gobierno no eran capaces de conseguir la reducción del «paro», algo que, por otro lado, utilizó la oposición del PP posteriormente para desmitificar a González como veremos. Pero la mayor crítica recibida, desde posiciones de izquierda —que son las que mayor interés analítico tienen, al ser éste el sector que decía el PSOE defender y representar principalmente, que no únicamente como vimos—, es que para solventar los problemas económicos del capitalismo español se utilizaron las recetas liberales que prometieron no utilizar. En el libro *España y su futuro*, Felipe González manifestaba en 1978 que las ideas de Milton Friedman eran condenables porque, de aplicarlas en España, conducirían al aumento del número de parados y/o un crecimiento de los impuestos financiados por los asalariados, aunque como contrapartida se lograría una mejoría del sector empresarial respecto a la competitividad¹⁰⁵. Sin embargo, son las políticas monetaristas y de expansión por el lado de la oferta de Friedman y la Escuela de Chicago las que fueron aplicadas durante el período de gobierno socialista, mucho más con la incorporación de la peseta al SME y con la necesidad del cumplimiento de los criterios de convergencia para alcanzar la Moneda Única y formar parte de la Unión Europea. Santiago Carrillo lo ha expuesto claramente: «Lo que sí puede reprocharse a Felipe González es haber intentado abordarlos con los mismos criterios neoliberales utilizados por otros gobiernos, criterios que no valen para resolverlos. Me refiero a la precarización del empleo, a las políticas monetaristas, con las cuales siguen agravándose los males de esta sociedad, y en un momento dado, al torpe enfrentamiento con los sindicatos»¹⁰⁶.

¹⁰⁴Víctor Pérez-Díaz, *España puesta a prueba. 1976-1996*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 148-158.

¹⁰⁵Felipe González, *España y su futuro*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1978, pág. 59.

¹⁰⁶Santiago Carrillo, op. cit., pág. 240.

2.1.2. *Las políticas del Estado de bienestar.*

La actuación básica del gobierno socialista en lo referente a los ejes del Estado de bienestar se orientó a «atajar las situaciones más hirientes de marginación, pobreza y carencia social y, por otra parte, a establecer las llamadas tres “*universalizaciones básicas*”»¹⁰⁷. Estas tres universalizaciones básicas se refieren a las pensiones, la sanidad y la educación. Pero hay aspectos macroeconómicos que deben ser analizados antes de pasar a la desestructuración analítica de estas tres ramas del Estado de bienestar. En 1982, las prestaciones sociales representaban el 19'4% del PIB, en 1991 el porcentaje había ascendido dos puntos hasta el 21% —aún lejanas de la media de CEE 25'7%, pero por encima de Portugal (17%) e Irlanda (20'6%) y cercanas al Reino Unido de la Gran Bretaña (22'2%)—, lo que en pesetas constantes suponía un aumento de tres billones de pesetas¹⁰⁸, lo que es fiel reflejo de los intentos de mejorar la calidad de vida de la población en general, siguiendo pautas socialdemócratas.

Si el aspecto del pleno empleo o, al menos, la reducción del desempleo puede haber sido un fracaso del gobierno socialista, debemos analizar las tres universalizaciones básicas realizadas por el PSOE. La *Sanidad* fue uno de los ejes del Estado de bienestar que más potenció el PSOE durante su época de gobierno, pero con mayor empuje en la primera legislatura donde, el tristemente desaparecido, Ernest Lluch analizó los pros y los contras hasta aprobar en 1986 la *Ley general de sanidad*. Antes de la aprobación de la ley, período 1982-1986, el número de personas con cobertura médico-sanitaria aumentó de 32'5 millones de personas hasta 36'9 millones, con un inapreciable desembolso económico presupuestario —3'9% del PIB para 1982 y 3'61% para 1986—. Sin embargo, tras la aprobación de la ley, el número de personas con cobertura sanitaria ascendió hasta los 39 millones en 1991, con un gasto del 5% del PIB. En 1996, la cobertura sanitaria era prácticamente total (99% de la población) y el gasto sanitario se situaba en torno al 6% del

¹⁰⁷José Félix Tezanos, *Historia ilustrada del socialismo español*, pág. 214.

¹⁰⁸«Perfil de una década», pp. 3 y 4.

PIB —aún lejana de los gastos sanitarios de los países europeos, entre el 7 y el 9%—. El esfuerzo del gobierno socialista ha sido considerable, pero dentro de una experiencia positiva, existen ciertas distorsiones que debemos analizar. España era, en 1988, el país europeo con mayor número de médicos por cada mil habitantes, con una media de 3'4. Pero, por otro lado, tal cantidad de médicos estaba desequilibrada ya que en 1992, el porcentaje de médicos de cabecera o de familia era tan sólo del 15%, mientras que en los países europeos se estimaba necesario llegar al 50%. La razón de este desequilibrio se debe a la mayor potenciación e inversión de la asistencia especializada (63% del gasto en 1992) frente a la primaria¹⁰⁹. En contraposición, se crearon numerosos nuevos centros de asistencia primaria por toda la geografía del Estado español y nuevos hospitales. Aunque, y este es uno de los puntos más negativos de la política sanitaria, las listas de espera aumentaron debido tanto por una crónica escasez de camas hospitalarias —4'4 por mil en 1986— y a una gestión ineficaz, pese al aumento de la inversión en infraestructuras hospitalarias. Para finalizar, el último aspecto negativo, que puede observarse en la política sanitaria del período socialista, es el elevado gasto farmacéutico que pasó de 151.600 millones de pesetas en 1982 a los 549.000 millones de 1991, lo que suponía el 23% del total del gasto sanitario y el más alto de los países de la OCDE¹¹⁰. Empero, como quedó demostrado en las elecciones generales de 1993, la valoración de la política sanitaria ha sido positivamente valorada por los ciudadanos españoles. Así quedó reflejado en una encuesta realizada por Demoscopia para *El País*, donde el 44% de los encuestados creían que la sanidad había mejorado durante la década de gobierno de Felipe González¹¹¹.

El segundo aspecto del Estado de bienestar que vamos a analizar es el referido a las *pensiones*. Quizá haya sido éste uno de los aspectos más polémicos de la ejecución de políticas públicas por parte de los diferentes gobiernos socialistas. La discusión sobre el sistema de pensiones produjo la primera gran fisura entre PSOE y UGT, y desde luego entre Nicolás Redondo y Felipe González. Además, desde la oposición, y analizadas las

¹⁰⁹Vicente Navarro y Javier Elola, «Análisis de las políticas sanitarias españolas, 1975-1992», *Sistema*, nº 126, 1995, pág. 37.

¹¹⁰Ibíd., pág. 38.

encuestas de opinión sobre el voto, se habló de la utilización de las pensiones por Felipe González para asegurarse una gran cantidad de sufragios, lo que se llamó el «voto cautivo». Sin embargo, los datos y cifras sobre pensiones deben ser analizados bajo un prisma totalmente científico, descubriendo los pros y los contras del sistema de pensiones llevado a cabo por los gobiernos del PSOE. La firme apuesta por la universalización de las pensiones laborales —las pensiones por invalidez, orfandad, viudedad y favor familiar se situán aparte en la discusión política, aunque no en la legislación y el cómputo total—, tanto contributivas como no contributivas, provocó como hemos afirmado una fuerte discusión entre el sindicato «hermano», UGT, y el partido en el gobierno, PSOE. En 1982, los pensionistas contributivos eran 2.280.200 de personas, mientras que las pensiones no contributivas no existían. El importe medio de las pensiones era de 19.500 pesetas. El gobierno socialista realizó especial hincapié en aumentar la pensión mínima hasta la paridad con el salario mínimo interprofesional y garantizar el poder adquisitivo de los pensionistas. Aun cuando la *Ley de pensiones no contributivas* no se promulgó hasta 1990, el gobierno comenzó a destinar partidas presupuestarias para cubrir las pensiones no contributivas, que el año de la promulgación, afectaba a 580.918 personas, con una prestación media de 23.500 pesetas¹¹². El gasto público destinado a cubrir las pensiones aumentó en el período 1982-1995 desde los 1'3 billones de pesetas a los 6'5 billones, lo que suponía una cuarta parte del gasto público total. Los beneficiados de las pensiones no contributivas habían ascendido a 700.000 personas en 1994, para llegar a un total de pensionistas de 7'6 millones en 1995. Para los ciudadanos el sistema de pensiones ha mejorado durante el mandato socialista, pero los sindicatos han pasado por dos fases: una primera de enfrentamiento al gobierno; y otra segunda de defensa del sistema anteriormente criticado y que desembocaría en el *Pacto de Toledo*. El *Acuerdo Económico y Social* (AES) de 1984 ha sido la única ocasión donde el PSOE ha aplicado políticas neocorporativistas —ya que, pese a ser un partido socialdemócrata, no ha seguido este

¹¹¹ «Perfil de una década», pág. 23.

¹¹² Matilde Fernández, «Las políticas sociales en la década de los ochenta. Importancia y vigencia e las políticas de bienestar» en Alfonso Guerra y José Félix Tezanos (eds.), op. cit., pág. 248 y ss.

camino¹¹³— y, desde luego, debido a una fase coyuntural de la economía. La ley de pensiones de 1985 supuso el primer enfrentamiento «fuerte» —la reconversión industrial, que era necesaria, quedó plasmada en el AES— entre gobierno y sindicatos. Las nuevas medidas legisladas por el gobierno limitaban la cuantía de las pensiones —un 8% de las pensiones iniciales— y exigía mayores requisitos para poder acceder a las pensiones contributivas —se pasaba de un mínimo de 10 años de cotización a 15 años—. Mientras la CEOE, que había comenzado a promover los fondos de pensiones como método contra la quiebra del sistema, objetaba por voz de su presidente Carlos Ferrer Salat que las reformas eran tibias e insuficientes —lo que era apoyado parcialmente por el ministro Miguel Boyer—, los sindicatos (UGT, CCOO y USO) manifestaban que las pretensiones del gobierno suponían un claro recorte en las prestaciones. Llegado el momento de las votaciones, Nicolás Redondo —secretario general de la UGT— y Antón Saracíbar —secretario de organización de la UGT— no votaron contra las enmiendas a la totalidad de la oposición, contando con el apoyo de Ricardo García Damborenea que abandonó el hemiciclo antes de la votación. La disputa política democrática se convirtió en un problema para el gobierno socialista. Como recuerda Joaquín Almunia —impulsor del nuevo sistema—: «Era la primera vez que los socialistas afrontábamos un problema de disciplina parlamentaria, y quien lo planteaba era nada más y nada menos que el secretario general de la UGT. La crisis que se venía preparando desde tiempo atrás entre el sindicato y el partido estalló a la vista de todo el mundo»¹¹⁴. Supuso un enfrentamiento que marcó negativamente la política social del PSOE, pues era el sindicato hermano el que realizaba las críticas más duras contra el gobierno socialista. Y es más, Nicolás Redondo, el hombre que «cedió» la secretaría general del PSOE a Felipe González, acusaba a éste de *doppelgänger*, es decir, de un juego de duplicidades, de proponer cosas de izquierdas y llevar a cabo políticas de derechas. La fractura entre ambas organizaciones se plasmó en la huelga general del 14 de diciembre de 1988, que fue un éxito total y cuya imagen

¹¹³José María Maravall, *Los resultados de la democracia*, pág. 217.

¹¹⁴Joaquín Almunia, op. cit., pág. 185.

simbólica resultó ser el apagón a las 00:00 horas de Televisión Española. Pero de esto hablaremos en breve.

Por último, la tercera gran universalización se llevó a cabo en el campo de la *Educación*. Felipe González, ya lo expusimos, defendía que España debía potenciar el capital humano para poder ser competitivos mundialmente y para formar mejor a las nuevas generaciones de ciudadanos. Por consiguiente, una potenciación de la educación en todos sus estratos promovía esa pretensión, con la adición de permitir cierta igualdad de oportunidades. Desde un punto de vista económico el gasto en educación creció desde 1982 hasta 1995 un 120%, hasta situarse en el 4'3% en su participación en el PIB¹¹⁵. Siguiendo con datos estadísticos y económicos, como refleja Javier Solana¹¹⁶, en el curso 1991-1992 el porcentaje de niños escolarizados de cuatro a cinco años era del 96%; de seis a trece el 99%; y de catorce y quince años el 97%. Por su parte, dentro de los estratos educativos no obligatorios, aumentó el porcentaje de escolarización: el estrato de dieciséis y diecisiete años pasó del 56% al 77%; el estrato entre dieciocho y veinte años del 33% al 53%; y entre veintiún y veinticuatro años del 17% al 26%. Las becas aumentaron de 162.000 en 1982 a 750.000 en 1992, ascendiendo los recursos destinados a la financiación de las becas desde los 6.879'737 millones de pesetas hasta los 69.844'43 millones de 1993¹¹⁷. Además, el pacto con los representantes de las escuelas privadas —principalmente la Iglesia—, proporcionó, no sin dificultades y manifestaciones, un aumento de la financiación de la enseñanza privada/concertada. De los 78.922 millones destinados en 1982 a la financiación de la educación se pasó a los 222.657 millones de pesetas en 1992. España se encontraba a la cabeza en 1992, tan sólo detrás de Canadá, EEUU y Francia, de los países con un mayor porcentaje de población escolarizada. Sin embargo, como sucedió con la sanidad, y a pesar de aumentar el gasto público, el sistema educativo se enfrentó a numerosos contratiempos infraestructurales y de capacitación, que han sido tanto más

¹¹⁵Charles Powell, op. cit., pág. 458.

¹¹⁶Javier Solana, «La educación en España en el decenio 1982-1992» en Alfonso Guerra y José Félix Tezanos (eds.), op. cit., pág. 359 y ss; y Joaquín Leguina, *Los ríos desbordados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994, pág. 139.

evidentes en el ámbito de la Universidad. José María Maravall, primer ministro socialista de Educación y primer impulsor de las reformas educativas —*Ley Orgánica del derecho a la educación* (LODE) y *Ley de reforma universitaria* (LRU)—, ha reconocido los problemas y las deficiencias en la implementación de las políticas públicas, la política educativa entre ellas: «La calidad de la cobertura fue muchas veces deficiente debido a unos presupuestos aún escasos, al limitado número de profesionales capacitados, a problemas de eficiencia administrativa, y a un gremialismo entre los empleados del sector público que con frecuencia dañó las política sociales»¹¹⁸. La política educativa de la enseñanza primaria y media puede considerarse positiva de acuerdo con las variables cuantitativas. Aumentaron las plazas disponibles para cursar estudios no universitarios; la ratio profesor/alumno descendió hasta situarse en las medias europeas; aumentaron las dotaciones en infraestructuras; los salarios de los docentes aumentaron y, en general, se introdujo una mayor racionalidad en el sistema educativo. Ahora bien, desde un aspecto cualitativo, los conocimientos de los estudiantes han disminuido —aunque los barómetros de calidad de la enseñanza han mejorado—; la transferencia de competencias a las comunidades autónomas ha provocado una desvertebración educativa y una educación, en casos concretos, muy regionalista¹¹⁹. Lo que no es culpa en sí del sistema, sino de su aplicación por los partidos políticos concretos. Pero las mayores críticas recibidas, a largo plazo, han tenido su punto de partida en la educación universitaria.

La política del gobierno socialista en materia universitaria pretendía lograr una igualación entre las clases menos pudientes y las clases altas, con la finalidad de procurar un mejor y más cualificado acceso al mercado de trabajo. El eslogan informal del aparato del PSOE era «el hijo del obrero a la universidad», y la realidad demostró que tal proceso fue real. El número de universitarios aumentó un 81% entre 1982 y 1992, se pasó de

¹¹⁷ «Perfil de una década», pág. 7.

¹¹⁸ José María Maravall, *Los resultados de la democracia*, pág. 238.

¹¹⁹ El informe de la *Confederación española de asociaciones de padres de alumnos* (CEAMPA) del año 2000 demuestra algunas irregularidades cometidas en ciertas comunidades autónomas. Por ejemplo, en Andalucía se retiró un libro de matemáticas por no recoger el «espíritu andaluz (sic)»; y en Canarias se estimaba conveniente no estudiar lo que eran los ríos o los trenes por carecer de ellos en la región.

700.000 estudiantes en 1982 a 1'2 millones en 1992, cifra que ha seguido aumentando. Sin embargo, pese a la apertura de las aulas universitarias a los menos pudientes, la LRU no ha logrado acabar, reducir o paliar los defectos que se pretendían solucionar: las aulas universitarias se han visto masificadas y con una ratio profesor/alumno de las más altas de la CEE/UE, a pesar de que en el período 1982-1992 el número de profesores aumentó de 35.000 a 52.000; aunque ha aumentado el gasto público —muy por debajo de la media europea—, las dotaciones universitarias han sido insuficientes; la creación de nuevas universidades públicas ha estado guiada por criterios regionalistas y/o localistas más que por criterios racionales de necesidad y conveniencia; los programas de estudio, implementados a partir del curso 1993-1994, han sido un fracaso relativo pues se han proyectado sobre la base de deseos personales de los docentes y no sobre la base de las necesidades básicas de los alumnos; la estabilización y la facilitación del acceso a los cuerpos docentes promovida por la LRU ha dado paso a un deterioro laboral de una parte de aquéllos; la financiación de la investigación ha sido insuficiente; y la endogamia de los departamentos no ha desaparecido. A estos aspectos negativos habría que añadir dos más, uno de carácter propiamente político: en las regiones con lengua distinta al castellano se ha potenciado el idioma autóctono en detrimento del estatal, lo que ha provocado una exclusión educativa y docente, y una desvertebración universitaria; y la pretendida igualdad de oportunidades no ha sido posible. La publicación de los Indicadores sociales del INE en 1991, recogía que la ventaja de los titulados superiores para acceder a los empleos más cualificados había disminuido 1'2 puntos en la escala de probabilidades de éxito, aumentando así mismo las posibilidades de encontrar un empleo administrativo, lo cual dificultaba la «salida» de los titulados de enseñanzas medias. La masificación ha producido, durante la época de gobierno socialista, un exceso de oferta que ha desembocado tanto en una precariedad laboral como en una competitividad entre iguales. Respecto a éste último punto, cabe decir que, mientras que el gobierno socialista pretendía que los hijos de las clases asalariadas (media y baja) pudiesen competir en igualdad de condiciones con los hijos de las clases altas, la realidad ha demostrado que la competencia se ha establecido entre los mismos miembros de las clases menos pudientes. Y todo ello

porque comenzaron a aumentar los cursos de especialización de postgrado o masters que, incluso siendo públicos, no se encuentran al alcance de la mayoría¹²⁰. Sin embargo, la valoración ciudadana respecto a las políticas educativas es positiva, pues el 61% de los ciudadanos en 1991 y el 58% en 1992 afirmaban que la educación había mejorado. Es decir, pese a los indudables problemas existentes, los ciudadanos opinaban de igual manera, sin conocer los datos, que los indicadores socioeconómicos.

Para finalizar con el epígrafe de las políticas del Estado de bienestar y las políticas socioeconómicas debemos decir que, en términos generales, durante el período de gobierno socialista hubo un aumento de la calidad de vida como muestran las variables socioeconómicas. Aunque esta constatación no empece para que hayan existido críticas sobre la ampliación de diferencias entre la clase alta y el resto de las clases. Nicolás Redondo afirmaba en 1992: «Yo no digo que el pobre viva peor, pero sí constato que las diferencias en lugar de atenuarse han aumentado»¹²¹. En contraposición a las críticas recibidas, es cierto que el aumento de la presión fiscal ha permitido una mayor distribución de la riqueza, gracias a la expansión del gasto público. Como analiza Carles Boix: «La expansión del gasto público se acompañó, de forma similar, de un incremento significativo en la presión fiscal, materializada mayoritariamente mediante un impuesto sobre la renta de las personas físicas muy progresivo. Esta estrategia impositiva comportó unos efectos redistributivos sustanciales. En 1982 el coeficiente de Gini de la distribución de la renta en España fue 0'331 antes de impuestos y 0'304 después de impuestos. En 1990, fue de 0'416 antes de impuestos y 0'367 después de impuestos. Es decir, aun cuando la distribución inicial de la renta declarada se hizo más desigual, aumentó el efecto redistributivo del

¹²⁰Para Joaquín Leguina son dos los factores negativos: «En España, tradicionalmente se ha percibido la enseñanza universitaria, especialmente entre las capas medias, como un sistema adecuado para el ascenso social. [Pero] El paro juvenil no ha hecho sino propiciar la extensión de la permanencia en el sistema educativo en su versión universitaria, sin que el sistema alternativo de la Formación Profesional haya sido capaz de mostrarse suficientemente atractivo»; «Sin embargo, la Universidad española atraviesa un período difícil y no sólo en lo que se refiere a las siempre insuficientes dotaciones, sino, sobre todo, en lo tocante a su utilidad. Utilidad para los que en ella estudian y utilidad para la sociedad, que no es capaz de integrar a sus licenciados». Joaquín Leguina, op. cit., pp. 134 y 140.

¹²¹«Perfil de una década», pág. 18.

sistema de impuesto sobre la renta: la diferencia en el coeficiente de Gini antes y después de impuestos subió de 0'027 en 1982 a 0'049 en 1990»¹²².

2.2. Consolidación democrática: el terrorismo y las Fuerzas Armadas.

Cuando el PSOE accedió al gobierno del Estado existían dos grupos distorsionadores o amenazantes para el sistema político español, el ejército y los grupos terroristas. Empezando por el segundo grupo, la lucha antiterrorista puede ser dividida en dos subgrupos: los problemas derivados de la actuación de ETA; y los atentados realizados por otros grupos terroristas. En términos generales, las víctimas del terrorismo en España, durante el período de gobierno socialista, fueron 388 personas (1983-1996), la mayoría de ellas en atentados de ETA (353)¹²³. Sin embargo, existieron otras organizaciones terroristas que actuaron en la época socialista y que desaparecieron o fueron reducidas a la mínima expresión. Nos referimos a *Terra Lliure*, al *GRAPO* y al *Exército Guerrilleiro do Pobo Galego Ceibe*. La política antiterrorista aplicada sobre estos grupos terroristas resultó eficaz en los casos de *Terra Lliure* y el *Exército Guerrilleiro*, organizaciones que desaparecieron y fueron desmanteladas. Frente al *GRAPO*, la política resultó casi eficaz ya que los secuestros y asesinatos de este grupo descendieron, convirtiéndose prácticamente en una especie de secta —como han destacado los mandos policiales— tras una serie de desarticulaciones por parte de los cuerpos de seguridad del Estado, aunque todavía existe. Por lo que hace referencia a ETA, las actuaciones gubernamentales no han resultado eficaces, pese a los esfuerzos en la desarticulación de los comandos operativos y las fuentes de financiación de la organización terrorista, aunque los asesinatos y los atentados han disminuido considerablemente si hacemos una comparación con respecto a la restauración democrática española —346 asesinados en cinco años (1978-1982) por 353 en trece años (1983-1996)—. El gobierno español ha contado con la ayuda de las agencias de inteligencia extranjeras, como la CIA en la desmantelación de *Sokoia*, cooperativa

¹²²Carles Boix, op. cit., pág. 234.

¹²³Éstos y los demás datos sobre la víctimas del terrorismo están recogidos de José María Calleja, *Contra la barbarie. Un alegato en favor de las víctimas de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.

francesa¹²⁴, pero también ha visto frenados sus esfuerzos debido a una poca colaboración del gobierno francés, el cual mantenía en 1982, por boca del ministro de Interior francés, Gaston Deferre, que ETA era equiparable a la Resistencia francesa. Desde este punto de vista implacable se

hace comprensible la actitud del gobierno español respecto al GAL, aunque no su justificación, pero a este aspecto dedicaremos posteriormente un epígrafe completo. Una vez lograda la cooperación francesa en la lucha antiterrorista, el gobierno español decidió iniciar el diálogo con los terroristas de ETA. Las *conversaciones de Argel*, aunque también hubo reuniones de otros países del Magreb (Marruecos o Libia, por ejemplo), no lograron el cese de la violencia terrorista, aunque sí influyeron positivamente en la reducción de los atentados. Por lo tanto y de manera reducida, la política antiterrorista de los gobiernos socialistas resultó eficaz con las organizaciones terroristas menores, incluso las de tendencia fascista, pero no con la organización más asentada y peligrosa.

El otro peligro interno para el sistema político era el ejército y la posibilidad de que éste llevase a cabo nuevas involuciones contra la democracia. Para Felipe González la estabilización del sistema político español pasaba por la incorporación a la modernidad —a través de una mayor profesionalización y una mayor imbricación con la defensa internacional, entre otras medidas— del ejército español. Para ello se debía conseguir que los militares aceptasen su posición dentro del ordenamiento constitucional español, es decir, su sometimiento al poder civil del Estado. El primer ministro socialista de Defensa elegido por Felipe González fue Narcís Serra debido a que éste creía firmemente que el problema militar no se resolvería sin mantener a España dentro de la OTAN. El ministro de defensa tomó la iniciativa, con el visto bueno del monarca —jefe superior de las fuerzas armadas—, Felipe González y los altos mandos militares, de reformar en 1984 la *Ley orgánica de criterios básicos de la defensa nacional* de 1980 con el fin de terminar con la autonomía militar respecto al poder civil. La *Junta de Jefes del Estado Mayor* (JUJEM)

¹²⁴Julián Sancristobal solicitó la colaboración de la CIA para obtener un microtransmisor que, colocado en los lanzacohetes comprados por ETA, condujeron a la localización de un arsenal en la

dejó de ser el órgano colegiado superior de la jerarquía militar para pasar a ser un órgano colegiado y asesor del presidente del gobierno y del ministro de defensa, siendo el presidente del órgano y principal colaborador del ministro el *Jefe del Estado Mayor de la Defensa* (JEMAD). La *Junta de Defensa Nacional* —integrada por el monarca, el presidente y el vicepresidente del gobierno, el ministro (o ministros) de defensa y los miembros de la JUJEM— perdió las atribuciones de proposición de las líneas generales de la política militar, pasando a ser un órgano asesor y consultivo. Con esta reforma de la ley de 1980 se conseguía la sumisión al poder civil del ejército, principal medida para la consolidación democrática deseada y, en otras palabras, para la eliminación de la inestabilidad interna del sistema político. Además, y dentro de una política de modernización de las fuerzas armadas, se inició en 1983 el *Plan General de Modernización del Ejército de Tierra* (Plan META), el cual tenía la finalidad de racionalizar el escalafón militar y acabar con un mal endémico del cuerpo de defensa, su macrocefalia. La implementación del plan META propició la reducción de los cuadros de mandos de 41.500 a 32.000 en ocho años, afectando la reducción al 42% de los generales; al 27% de los coroneles, tenientes coroneles y comandantes; y al 7% de los capitanes, tenientes y alféreces¹²⁵. También se redujo a casi la mitad el contingente de suboficiales y tropa profesional. Además, como medida compensatoria, se equipararon los sueldos de los militares profesionales a los del resto del personal civil del Estado. De forma, así mismo, escalonada se fue reduciendo la participación en el presupuesto general del Estado desde el 11'5% de 1982 hasta el 5'7% de 1992. Por último, cabe destacar que en 1985 se promulgó el nuevo Código Penal Militar donde quedaban recogidos solamente los delitos militares y del cual se eliminó durante la última legislatura socialista la pena de muerte en tiempos de guerra. En términos generales, la política de defensa del PSOE resultó eficaz y acorde con las pretensiones programáticas porque: a) se eliminó un elemento distorsionador del sistema; b) se sometió al ejército al poder civil del Estado; c) se modernizaron las fuerzas armadas, igualándolas a los parámetros occidentales; d) los nuevos acuerdos militares

cooperativa francesa Sokoa. Toda la operación estuvo dirigida, además, por un especialista estadounidense desde el cuartel de la guardia civil de Intxaurreondo. *Ibidem*.

firmados evitaban la «nuclearización» de España y una mayor presencia española en los contingentes humanitarios y de paz; y e) se lograba la consolidación de la democracia. Esta política queda reflejada en la encuesta de Demoscopia de 1992, donde las Fuerzas Armadas inspiraban una confianza media de 3'13 puntos sobre 5 a los ciudadanos encuestados¹²⁶.

2.3. El papel de España en las instituciones internacionales: el cumplimiento del sueño regeneracionista.

Afirmaba Felipe González, dentro de su discurso regeneracionista, que era necesario europeizar a España, situar a España en el mundo y mejor entre los países más importantes de la OCDE¹²⁷. Para lograrlo había dos cuestiones fundamentales: por un lado, la integración de España en la Comunidad Económica Europea (CEE); y, por otro lado, la permanencia en la OTAN. Aun así, no son cuestiones baladíes otras actuaciones en el marco de las relaciones internacionales como el establecimiento de relaciones diplomáticas con Israel, la firma de convenios de colaboración con EEUU, etc. Tanto para aquellos que añoraban los tiempos del Imperio español como para esos otros que deseaban que España retomase el pulso a Europa, o para aquellos que querían europeizar a España, la política de los gobiernos socialistas ha sido positiva. Dejando a un lado la cuestión de la OTAN —que será analizada particularmente en el siguiente capítulo por sus características interiores—, la principal apuesta gubernativa era el ingreso de España en la CEE. Desde la dictadura franquista, los diferentes gobiernos de España han intentado integrar al país dentro de la organización europea (Mercado Común/CEE) por la importancia económica que ello suponía. Abrir las «fronteras» a Europa occidental aportaba una mayor capacidad de exportación de los productos españoles —desaparecerían los aranceles aduaneros—, una mayor capacidad de atracción de capitales e inversiones extranjeras y, además, una reactivación de la estructura empresarial española, la cual debía mostrarse competitiva y

¹²⁵ Charles Powell, op. cit., pág. 377.

¹²⁶ *El País*, 28 de octubre de 1992.

moderna. Como ha manifestado Felipe González, reflejando perfectamente el sentir de los ciudadanos españoles, integrarnos en las organizaciones europeas y mundiales supondría romper con una tradición autárquica y proteccionista; ruptura que exigiría de los españoles una mayor apuesta por la competitividad¹²⁷. La diferencia cualitativa entre el europeísmo de González y de los presidentes del gobierno anteriores se centra en proyectar como propia la necesidad del ingreso en las instituciones europeas. Felipe González había hecho propio, esto es, había asumido personalmente el ingreso en la CEE, mostrándose como un europeísta convencido, y contando con la inestimable ayuda que le reportaban sus amistades con los líderes socialistas europeos¹²⁹. Mas no sólo suponía una ruptura con la tradición el ingreso en la CEE, sino que el impulso internacional de Felipe González significaba la quiebra del mito de la *España castiza*, de la «decadencia» española y, por

¹²⁷*El País*, 16 de septiembre de 1985.

¹²⁸Felipe González y Jorge Semprún, op. cit., pág. 26.

¹²⁹En un libro publicado en junio de 1996, el periodista José María Zavala presentaba un conjunto de frases de Felipe González, las cuales al estar descontextualizadas tendían a contradecirse. Además, se criticaba, por lo que respecta al tema de Europa, la imposibilidad de cumplir los criterios de Maastricht: «El Gobierno socialista ha conducido a España a una situación económica que incumple hoy todos los requisitos de la convergencia. El déficit presupuestario que, según datos de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), era del 0'5% en 1977, se situaba al término de 1995 en el 6'7% del PIB, muy lejos aún del 3% requerido para converger. La Deuda Pública, el único parámetro que se cumplía en 1993 al situarse por debajo del 60% del PIB, alcanza ya casi el 70%, sin indicios de que pueda recuperarse a corto plazo. Si en 1982 la deuda era de 2 billones de pesetas, en la actualidad suma 42. La tasa de paro en 1977 suponía el 5'2% de la población activa, supera ahora el 24%» (*Las mentiras de González*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, pág. 81). La crítica de este periodista se enmarca dentro de la llamada «conspiración» —no en balde José María Zavala había trabajado en *Expansión* hasta 1992 y a partir de esa fecha era redactor de *El Mundo*—, y cumplía perfectamente las consignas de ese intento de «acoso y derribo a toda costa» de Felipe González. Por ejemplo, se establecen como parámetros de comparación cifras sumamente lejanas respecto a la fecha de acceso al gobierno del líder socialista (1982). Se magnificaba la negatividad de las políticas aplicadas por el PSOE negando la realidad de los hechos. Aunque ya hemos manifestado la ineficacia de las políticas contra el desempleo, por ejemplo, la verdadera tasa de comparación es la de 1982, el 16'2%; además, la tasa de desempleo de 1996 era del 22'2%. Lo mismo acontece con los otros índices presentados. En referencia al tema europeo, se manifestaba que difícilmente, a corto plazo, se podría converger en la Moneda Única, lo que realmente se consiguió. Con estas manifestaciones se intentaba tanto deslegitimar a Felipe González como salvaguardar la política de José María Aznar. Si la convergencia no se lograba, la culpa sería de González; si se conseguía el único mérito sería del PP y de su apuesta económica, vista la mala situación de partida, la cual no tenía en cuenta todas las reformas estructurales llevadas a cabo por el PSOE y la política económica, que siguió en un primer momento el PP, implementada por el socialista Pedro Solbes. Estos apuntes económicos son toda la crítica que se realiza a la política europea y exterior de Felipe González, lo que es chocante pues el epígrafe se titula «El espejismo de Europa». Tan sólo se niega, mínimamente y de soslayo, el europeísmo del líder socialista en la parte dedicada a la frases sueltas de González a lo largo de los años, lo que supone negar la propia realidad de los hechos.

otro lado, suponía la consecución de uno de los aspectos del mito regeneracionista. Felipe González lograba adentrar a España en Europa, aunque el proceso de europeización del país sería más lento¹³⁰.

La consecución de una aspiración tradicional, integrar a España con el resto de países occidentales —especialmente europeos—, no empece para que hayan existido críticas contra las políticas implementadas y la vía tomada hacia la Unión Europea. Las críticas han sido de dos tipos: internas y globales. Las críticas internas han estado fundamentalmente centradas en el fuerte y rápido proceso de convergencia, que ha provocado un enorme cambio estructural que ha afectado a todo el aparato industrial/empresarial español. La necesidad de pasar de un mercado plenamente español a un mercado abierto provocó ciertos recortes en la producción agropecuaria —subsana en gran medida por las subvenciones europeas—, la adaptación de las empresas españolas, las cuales partían de un sistema de mercado, en muchas ramas, monopolístico, a un mercado plural y competitivo, etcétera. Felipe González era consciente de este esfuerzo y, por esa razón, pedía comprensión tanto a los propios españoles como a los mandatarios europeos:

«España ha firmado un Tratado de Adhesión a la Comunidad que prevé un plazo de seis años (1986 a 1992), en la inmensa mayoría de los capítulos negociados, para la adaptación a lo que la Comunidad ha adquirido ya como reglas del juego. *Esto supone para España un extraordinario esfuerzo. Lo que algunos países han hecho durante los últimos treinta años, España debe hacerlo en seis*»¹³¹.

Los ciudadanos españoles, en su gran mayoría, entendieron la necesidad de este esfuerzo para converger con los países comunitarios, pues no sólo se trataba de una consecución económica o diplomática, sino que la integración europea era un deseo fuertemente arraigado en la ciudadanía, una esperanza mítica. Así, mientras algunos criticaban la política económica del gobierno —desde dentro y fuera del PSOE—, otros comprendían

¹³⁰Charles Powell, op. cit., pág. 357.

¹³¹Felipe González, «La cohesión y la solidaridad en la construcción europea», *Sistema*, nº 73, noviembre 1988, pág. 13 (la cursiva es nuestra).

que la aplicación de políticas expansionistas por el lado de la oferta y monetaristas se encaminaban hacia la integración, según los criterios del Tratado de Maastricht. Había que contener y reducir, por un lado, el déficit público y, por otro lado, financiar numerosas demandas sociales, lo que ejemplifica las numerosas distorsiones entre demandas internas y necesidades/obligaciones exteriores. Las críticas provenientes de la izquierda, tanto interna del PSOE como de IU, ensalzaron la imposibilidad del logro de la «moneda única» junto a la implementación de políticas sociales más acordes con la doctrina socialdemócrata. Las críticas de la derecha se centraron principalmente en la incapacidad de cumplir los criterios de convergencia, culpa de la mala gestión de Felipe González, y de la mala negociación de contrapartidas para España¹³². Sin embargo, Charles Powell rechaza el pesimismo conservador: «En líneas generales, los acuerdos alcanzados en el Consejo Europeo de Maastricht el 9-10 de diciembre de 1991, plasmados posteriormente en el Tratado de la Unión Europea, aunque los criterios de convergencia no eran de fácil cumplimiento, la magnitud del reto también permitió al gobierno exigir importantes contrapartidas a cambio del esfuerzo a realizar»¹³³.

Respecto a las críticas globales, las principales muestras de desacuerdo se han orientado hacia el proceso de integración europea que primaba los aspectos económicos sobre el resto de aspectos, es decir, se estaba afianzando, decían los críticos, la *Europa de los mercaderes* sobre la *Europa de los pueblos*. Felipe González, al igual que gran parte de la intelectualidad de izquierdas, era de la opinión de que los aspectos políticos, culturales y sociales no podían ser obviados en el proceso de integración:

«Si alguien tiene la ilusión de que Europa algún día sea una Europa políticamente unida no sólo económicamente, sino social y culturalmente —respetando siempre la diversidad, pues cuando hablo de unidad, o de igualdad de tratamiento, no hablo de unitarismos ni de igualitarismos, sino del respeto a la diferencia—, seguramente será por una nobleza de

¹³²José María Aznar en declaraciones a la prensa después del debate y aprobación en el parlamento del Tratado de Maastricht, que fue aprobado mayoritariamente, incluidos los votos de los diputados del PP. *El Mundo*, 30 de octubre de 1992.

¹³³Charles Powell, op. cit., pág. 470.

ideas que la obligará a llegar a la conclusión de que el problema fundamental no es cuando se va a alcanzar ese horizonte, sino si se va en la dirección adecuada para que ese horizonte sea, en algún momento, inevitable y lógico»¹³⁴.

Es más, González negaba la posibilidad de que se establecieran unas relaciones sociales de tipo estadounidense, como afirmaban los críticos de la izquierda —PCE/IU principalmente—, porque la tradición europea reclamaba «más Estado» y protección social que los ciudadanos de EEUU¹³⁵. Por consiguiente, se puede afirmar que, a corto plazo, Felipe González creía conveniente hacer hincapié en los aspectos culturales, políticos y sociales. Además, la figura del líder socialista en el ámbito internacional se vio reforzada, o se confirmó su importante participación en el concierto europeo, porque el Tratado de Maastricht incorporó en su articulado dos puntos promovidos y defendidos por González: la Política Exterior y de Defensa Común; y el concepto de «ciudadanía europea». Demuestran los hechos que, frente a la «Europa de los mercaderes», la posición de Felipe González, y por ende del gobierno español, se centraba en la potenciación de los aspectos políticos, culturales y sociales del proceso de creación de la Unión Europea. Para finalizar con el tema europeo cabe destacar que la valoración de la política exterior europea ha ido sumamente ligada a la imagen del propio Felipe González. La fuerte apuesta personal por la incorporación a la CEE, o por la convergencia y plena integración en los parámetros de la UE, potenciaron la imagen del líder socialista como hombre de Estado, capaz de situarse a la misma altura que el resto de mandatarios europeos, o lo que es lo mismo, ser un «par» europeo. Pero, también, influyó en la valoración ciudadana la firma del acuerdo de Maastricht. Como reconoce Powell: «La tendencia cada vez más acusada de González, que había perdido por completo el gusto por el debate político interior, de justificar su gestión casi exclusivamente en función de los objetivos y las vicisitudes del proyecto de construcción europea, animó a la oposición parlamentaria (tanto comunista como conservadora) a cuestionar de forma cada vez más explícita la política europea del gobierno. Este cúmulo de factores explica el hecho sorprendente de

¹³⁴Felipe González, «La cohesión y la solidaridad en la construcción europea», pág. 11.

que en la primavera de 1993 sólo el 37% de los encuestados dijera que habría votado a favor del Tratado de Maastricht de haberse celebrado un referéndum (la proporción más baja de la UE salvo la británica), frente a un 17% que lo habría hecho en contra (de nuevo una de las posturas negativas más bajas) y un notable 45% de indecisos. No obstante, según el mismo estudio el 65% de los sondeados todavía pensaba que la pertenencia a la UE era positiva para España»¹³⁶. Por lo tanto, las interferencias en la comunicación efectuadas por la oposición parlamentaria y por los medios de comunicación afines, en su intento de «derribar» a Felipe González, provocó que los ciudadanos españoles sintiesen cierto desafecto por el Tratado de Maastricht, el cual se asimilaba, según aquellos, al centro difusor de todos los «males de España». En realidad, los acuerdos fueron positivos porque se lograron numerosos fondos estructurales, que sirvieron para financiar la modernización de infraestructuras y la estructura económica española, pero la contrapartida suponía una menor inversión pública y social por la necesidad de reducir el déficit público. Además, la información sobre la firma del tratado fue escasa y todo el peso político del proceso se dejó en manos del carisma de Felipe González.

Expusimos en capítulos precedentes que Felipe González se había ido forjando una figura de hombre de Estado —potenciada en parte por los publicistas del PSOE—, dotado de una gran capacidad para las relaciones internacionales. Antes de llegar al gobierno, los ciudadanos españoles habían comprobado que el líder socialista mantenía relaciones muy fluidas con los dirigentes socialistas europeos e internacionales; una vez en el gobierno esta imagen se potenciaría y ayudaría a cimentar una política exterior sumamente fructífera. Felipe González siempre consideró las relaciones internacionales como uno de los aspectos de gobierno imprescindibles y que debían situarse bajo su estricta vigilancia. Los ministros de Asuntos Exteriores han sido siempre personas de su máxima confianza y con una fluida relación personal, casi de amistad —excepto el caso de Fernando Morán, elegido por ser un técnico en los asuntos diplomáticos, muy necesario para la consecución de la más importante política: la adhesión a la CEE—. Así, Francisco

¹³⁵Felipe González y Jorge Semprún, op. cit., pág. 26.

Fernández Ordóñez, Javier Solana o Carlos Westendorp cumplen básicamente esos parámetros. Al igual que ocurría con los ministros del área económica, Felipe González evitaba que las disputas partidistas —el reparto de ministerios entre guerristas y renovadores/felipistas— o las posibles filtraciones interesadas por parte del aparato de partido, incidiesen negativamente en la implementación de unas relaciones internacionales acordes a la imagen de España que él tenía en mente. Notorias fueron las reprimendas del presidente del gobierno a Fernando Morán por sus veleidades intelectuales en materia de relaciones internacionales, o a Alfonso Guerra cuando manifestó su desacuerdo a establecer relaciones diplomáticas con Israel. El líder socialista, en materia de asuntos exteriores, no ha permitido ningún tipo de desviación de los parámetros por él establecidos. La política exterior se tenía que llevar a cabo de acuerdo a su voluntad para lograr situar a España en lo más alto de las instituciones internacionales. Durante la primera década de gobierno socialista, como muestra de la importancia dada a este aspecto por el líder socialista, Felipe González efectuó 67 viajes oficiales al extranjero —sin contar aquellos realizados con motivo de las cumbres europeas o latinoamericanas— frente a 18 interiores. También son importantes los acuerdos bi y multilaterales firmados por los gobiernos de González, pero la cantidad no demuestra la importancia cualitativa de alguno de ellos. Las negociaciones de los tratados y acuerdos de colaboración internacionales siempre estuvieron marcadas por la inteligencia de González para obtener contraprestaciones valiosas y positivas para España, mostrándose inflexible cuando la ocasión lo requería. Una prueba fehaciente de este espíritu negociador es la firma del *Acuerdo de colaboración bilateral* entre España y EEUU. La visita oficial del presidente Ronald Reagan a España en mayo de 1985 fue aprovechada por Felipe González para pedir al dirigente estadounidense una renegociación del acuerdo bilateral firmado en 1982. El presidente del gobierno español quería que se redujera la presencia militar estadounidense en territorio español. El gobierno de EEUU recibió mal la propuesta del líder socialista y envió a Madrid a dos «duros» negociadores, el embajador Reginald Bartholomew y el

¹³⁶Charles Powell, op. cit., pág. 471.

secretario de Estado George Schultz¹³⁷. La inflexibilidad en las propias posiciones del gobierno español se vio fortalecida por el triunfo en el referéndum sobre la permanencia en la OTAN. Las negociaciones se estancaron, lo que provocó la reacción del gobierno socialista comunicando públicamente en noviembre de 1987 la no prorrogación del acuerdo de 1982, el cual finalizaba en mayo de 1988 y que de no renovarse supondría la retirada, en el período de un año, de todo el contingente militar estadounidense del territorio español. Todo este cúmulo de actuaciones incidió favorablemente para los intereses de España ya que el acuerdo bilateral, firmado en diciembre de 1988, contemplaba la reducción del contingente militar de EEUU en España y la no nuclearización estable —aunque el gobierno español no se aseguraba la información sobre

¹³⁷Una muestra de esa inflexibilidad y habilidad negociadora de Felipe González quedaría perfectamente reflejada en la reunión en Nueva York entre Schultz y González para tratar la renegociación del acuerdo bilateral: «Schultz tenía tendencia a irritarse, tenía un estilo muy imperial, muy áspero, y en un momento determinado me dijo:

»“Nosotros no estamos donde no nos quieren, y usted me está planteando precisamente esto. Pues entonces nos vamos”. Era una especie de reto, y me hizo dos ese día. Él estaba muy irritado, pero yo le contesté:

»“Mire, yo no le estoy planteando la negociación en términos de afecto o no afecto, yo quiero tener una relación buena y de respeto con Estados Unidos, pero su propuesta me parece razonable y la vamos a considerar. No hay ningún inconveniente en que ustedes salgan completamente si eso les resulta más cómodo. Yo no se lo estoy pidiendo, pero acepto su propuesta. Empecemos a hablar sobre ella”. Y, bueno, estaba allí el subsecretario, que saltó como un tigre sobre el tema y dijo:

»“¡No, no, por favor! ¡No debe haber malentendidos, no es eso lo que ha querido decir el secretario!” y bla, bla, bla, bla. Es que el tipo venía con una grado de irritación muy fuerte. Y me dice a continuación:

»“También le quiero decir, ya sin entrar en ese tema, que la línea de crédito de cuatrocientos millones de dólares nosotros no la podemos mantener. Las cosas han cambiado y al margen de otras consideraciones esa línea de crédito que está en el actual tratado no la vamos a mantener en la posible renovación futura de los acuerdos”. Y yo le dije al hombre:

»“Mire, eso no me preocupa, me parece razonable; es más, no pensaba incluirlo dentro de mis peticiones”.

»“¿Ah, no? ¡Entonces a usted le da igual!”

»“No, no, no es que me dé igual. Es que, si usted quiere creerme, y creo que le va a costar, yo le ofrezco a usted exactamente la misma línea de crédito en las mismas condiciones pero al revés” Eso es lo que le pareció al tipo una chulería.

»“¿Y eso cómo es posible?”

»“Es muy fácil: ustedes son muy buenos clientes, todavía mejores que nosotros desde un punto de vista de la seguridad de pago, pero nosotros somos un país seguro que paga sus deudas, y ustedes saben que el dinero que nos dan lo vamos a devolver. Pero es que si además, ese dinero está destinado a la compra de material militar de su país, yo le hago a usted exactamente la misma oferta pero al revés. Y lo hago porque creo que es una gran negocio para España: yo le ofrezco la misma línea de crédito en las mismas condiciones, y ustedes me compran material militar. Tengo aviones CASA y otras cosas que ofrecerle. No lo hago como un gesto de cariño, sino como un negocio. Como usted. Así me entenderá usted mejor”». Victoria Prego, op. cit., pp. 249 y 250.

armas nucleares en navíos atracados en las bases navales españolas—. A partir de ese momento las relaciones España/EEUU resultaron fluidas y de colaboración aunque no exentas de crítica —el gobierno español criticó duramente la invasión en diciembre de 1989 de Panamá por parte de EEUU—.

Las relaciones exteriores de España no se centraron tan sólo en la CEE/UE —manifestaba González que la política exterior de España no debía ser obsesivamente europea, sino más amplia de miras¹³⁸—, la OTAN y EEUU. Bien al contrario, el gobierno español ha sido un firme promotor de la potenciación de relaciones con los países del ámbito español: Mediterráneo y Latinoamérica. El gobierno de Felipe González institucionalizó la *Comunidad Iberoamericana de Naciones* a través de las cumbres de jefes de Estado y de gobierno, que se reunió por vez primera en México en julio de 1991, y que contó con la presencia de 21 países. También fue un logro de la política de asuntos exteriores la aprobación en 1991 de la *Política Mediterránea Renovada* y la creación del «diálogo 5+5» del Mediterráneo occidental. Junto al gobierno italiano se impulsó la *Conferencia de seguridad y cooperación del Mediterráneo*. Las discrepancias con Marruecos quedaron atenuadas tras la firma, en enero de 1991, del *Tratado de buena vecindad, amistad y cooperación* que tenía gran importancia tanto por las diferencias sobre los territorios de Ceuta y Melilla como por la regulación de los contingentes de pesca en los caladeros marroquíes. Además, Felipe González tomó prestado de Margaret Thatcher la idea de que, en sus visitas oficiales internacionales, le acompañasen empresarios españoles, con el fin de potenciar las exportaciones españolas que acabarían beneficiando al país. Pero, aparte de los grandes aspectos comentados, han sido dos los grandes logros de Felipe González y su equipo de exteriores en materia diplomática y de cooperación internacional: la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio (octubre de 1991) y la aportación española a los cascos azules de la ONU. El buen trabajo en las relaciones internacionales de Felipe González y de Fernández Ordóñez, además del enorme prestigio personal, permitió elevar el perfil internacional de España «hasta niveles difícilmente

imaginables tan sólo unos años antes»¹³⁹, lo que quedó demostrado con la petición de Siria e Israel para celebrar una conferencia de paz en la capital de España, Madrid. James Baker realizó la petición al ministro Fernández Ordóñez de que, en un breve espacio de tiempo, apenas unas semanas, organizase una cumbre internacional de tal magnitud. La *Conferencia de paz sobre Oriente medio* resultó todo un éxito organizativo y diplomático por la distensión lograda en el diálogo, la capacidad de Felipe González y el monarca español para que los intervinientes pudiesen hablar con suma seriedad en un ambiente informal, y por la propia capacidad del gobierno español en los aspectos materiales de la organización. Esta celebración procuró un enorme prestigio a las figuras del líder socialista y del jefe de Estado español. Por otro lado, la implicación del gobierno español en la ONU ha permitido jugar a España un papel destacado dentro del sistema de seguridad de las Naciones Unidas, aportando numerosos contingentes de soldados, policías y observadores españoles en misiones de paz en El Salvador, Nicaragua, Honduras, Bosnia, etc. Esta participación fue reconocida al incorporarse España al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en 1993 como miembro no permanente, por un mandato de dos años.

La política exterior de los gobiernos socialistas ha sido exitosa e importante. Como afirmó el ex-secretario general de la ONU, Pérez de Cuéllar, Felipe González «ha situado otra vez a España en el mapa»¹⁴⁰. Los deseos y esperanzas de los regeneracionistas se han visto ampliamente superados, logrando un prestigio internacional del que se había carecido desde hace siglos. El éxito de las relaciones exteriores se ve perfectamente reflejado en las opiniones de los ciudadanos. En una encuesta realizada en 1992, el 67% de los encuestados afirmaba que el papel de España era más importante que hace una década, frente a un 18'5% que creía que seguía inalterada y un 9'3% que expresaba la pérdida de importancia¹⁴¹. Igualmente, la magnífica actuación se reflejaba en las respuestas sobre valoración de líderes políticos. En la encuesta de Demoscopia ya citada, dentro de la

¹³⁸ *Diario 16*, 17 de septiembre de 1982.

¹³⁹ Charles Powell, op. cit., pág. 473.

¹⁴⁰ «Perfil de una década», pág. 39.

valoración de la década de gobierno socialista, los ministros de exteriores eran valorados positivamente, con porcentajes dispares, pero no negativamente. El 33% de los encuestados opinaba que Francisco Fernández Ordóñez había realizado una buena gestión gubernativa —por encima de la valoración positiva de Felipe González (29%)—; y eran de la misma opinión sobre la actuación de Fernando Morán el 5% de los encuestados¹⁴². De la misma forma, las valoraciones de Javier Solana y Carlos Westendorp han sido superiores al aprobado. Pero no sólo los ciudadanos españoles han valorado la buena actuación internacional del gobierno socialista, sino que los dirigentes internacionales consideran a Felipe González como un líder capaz y con gran prestigio. Margaret Thatcher habla así del líder socialista: «El señor González, por quien yo sentía una simpatía personal por mucho que no estuviera de acuerdo con su socialismo, estaba indignado con los términos que se ofrecían a España para su ingreso en la Comunidad. Yo le comprendía muy bien»¹⁴³. Mas no solamente era la estima personal entre ambas personas lo que valoraba la dirigente británica, también reconocía la favorable evolución económica de España bajo mandato socialista¹⁴⁴ —por encima de su propio Estado—, y el prestigio y capacidad de negociación de Felipe González en temas internacionales, el cual devolvía el prestigio a esa «vieja nación» que era España¹⁴⁵. Incluso observaba, desde una perspectiva británica y conservadora, que España formaba parte del grupo importante de países continentales: «Las fuerzas subyacentes del federalismo y de la burocracia adquirirían fuerza a medida que una coalición de gobiernos socialistas y democristianos forzaban el ritmo de integración desde Francia, España, Italia y Alemania, y que una comisión dotada de unos poderes extraordinarios empezaba a manipularlos para favorecer su propio programa»¹⁴⁶. En términos similares se han expresado otros líderes europeos como Helmut Kohl, François Mitterrand, Olof Palme, Willy Brandt, Bettino Craxi, George Bush, Mihail Gorbachov, o

¹⁴¹Salustiano del Campo, *La opinión pública española y la política exterior*, Informe INCIPE 1992, pág. 39 y ss., citado en Charles Powell, op. cit., pág. 476, n. 95.

¹⁴²«Perfil de una década», pág. 23.

¹⁴³Margaret Thatcher, *Los años de Downing street*, Madrid, El País-Aguilar, 1994, pág. 473.

¹⁴⁴Ibidem, pág. 565.

¹⁴⁵Ibidem, pp. 629 y 630.

¹⁴⁶Ibidem, pág. 463.

intelectuales de la talla de Anthony Giddens que afirmó que Felipe González «era uno de los padres de la Tercera Vía»¹⁴⁷.

2.4. *Vertebración de España.*

En el programa y el discurso de 1982, Felipe González exponía la necesidad del desarrollo de la constitución a fin de lograr la vertebración de España. El PSOE negoció con la UCD la legislación y ejecución de la LOAPA —modificada en 1985 por la *Ley del proceso autonómico* (LPA) debido a la declaración por parte del Tribunal Constitucional de inconstitucionalidad—, y de la LOFCA —referida a la financiación de las CCAA—, lo que produjo una gran indignación en los partidos nacionalistas debido a: primero, no se contaba con ellos para la negociación de ambas leyes; y segundo, al insistir en la política constitucional de «café para todos» creían verse menospreciados sus hechos diferenciales¹⁴⁸. La posición del PSOE y del propio Felipe González se ha situado dentro de los parámetros conceptuales del federalismo (simétrico), el cual favorecería la vertebración de España y la solidaridad entre comunidades. Así, en 1980, afirmaba que el PSOE no sólo iba a democratizar el Estado, sino que también crearía «un Estado nuevo, el de las autonomías, fronterizo con el Estado federativo o federal, que es lo que nosotros estamos defendiendo»¹⁴⁹. La primera legislatura socialista vio la instauración de las comunidades autónomas de la «vía lenta» o acogidas al artículo 143 de la Constitución española. También observó con preocupación como la LOFCA impedía el control del gasto público de las comunidades autónomas y el incremento constante del déficit de éstas. Sería durante la segunda y tercera legislaturas socialistas cuando se discutiría la cuestión sobre las competencias, la financiación y el asentamiento del Estado autonómico, más si cabe al incorporarse España a la CEE, lo que, como ha apuntado Eliseo Aja, ponía en

¹⁴⁷*El País-Domingo*, 25 de julio de 1999.

¹⁴⁸Para una mayor información sobre el desarrollo histórico del este proceso véase: Eliseo Aja, op. cit.; y Josep M. Vallés, «La política autonómica como política de reforma institucional» en Ramón Cotarelo (comp.), *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*, Madrid, CIS, 1992, pág. 373 y ss.

peligro algunas de las competencias más apreciadas por las comunidades desarrolladas al amparo del artículo 151 de la Constitución¹⁵⁰. Las demandas de las Comunidades de «vía lenta» sobre las transferencias de competencias, inició el proceso de discusión del modelo autonómico, el cual cobró forma de ley con el acuerdo alcanzado y suscrito por el PSOE y el PP en febrero de 1992, plasmado en la *Ley orgánica de transferencias*, quedando los partidos nacionalistas al margen por propio deseo¹⁵¹. El acuerdo marcaba unos perfiles federales que, pese a las críticas nacionalistas, no eliminaban ciertos aspectos asimétricos del sistema como el concierto económico y el cupo en el País Vasco y Navarra, el sistema de representación insular de Baleares o los cabildos canarios. Sin embargo, las comunidades autónomas de la «vía lenta» vieron cómo sus competencias se acercaban a las poseídas por las Comunidades de la «vía rápida». Este proceso permitió cierta homogeneización global del Estado de las autonomías.

La vertebración lograda en la legislación estatal, por contra, no ha sido reafirmada en la práctica política. Una vez que las comunidades autónomas se institucionalizaron y comenzaron a recibir las transferencias competenciales —algunas fruto de acuerdos en el ámbito estatal como la transferencia del 15% del IRPF a Cataluña y el País Vasco, debido al apoyo en la cuarta legislatura al PSOE por parte de CiU y PNV—, el proceso de colaboración entre Comunidades era prácticamente inexistente y carentes de la solidaridad necesaria —y deseada por Felipe González— para el desarrollo pleno del Estado de las autonomías. Como ha reflejado Eliseo Aja, «las comunidades comenzaron su autogobierno mirando sólo su propio ombligo, como si fueran un archipiélago de ínsulas Baratarías»¹⁵². La práctica política en el interior de las comunidades autónomas primó los aspectos localistas y/o regionalistas por encima de las verdaderas necesidades de los ámbitos autonómicos, lo que ha provocado una cierta desvertebración estatal a ciertos niveles. La pretensión del acuerdo de 1992 de acercar a los ciudadanos las instituciones

¹⁴⁹*El País*, 16 de marzo de 1980.

¹⁵⁰Eliseo Aja, op. cit., pág. 67.

¹⁵¹Ibídem, pág. 69.

¹⁵²Ibídem, pág. 138.

políticas para una mayor satisfacción de las demandas, ha sido estimada como positiva, empero la incidencia de los nacionalismos periféricos en la política estatal ha provocado dos tipos de reacciones: por un lado, envidias y aumento de demandas de ambas partes; y, por otro lado, un incremento de la autoafirmación regionalista. Además, el proceso descentralizador provocó un aumento considerable del número de funcionarios públicos correspondientes al nivel autonómico. EL aumento no sería un dato relevante —se podría justificar por el traslado de funcionarios al nivel autonómico desde el nivel estatal, el cual redujo su número desde 1'2 millones de trabajadores en 1982 hasta 650.000 en 1994—, sino fuera porque la racionalidad administrativa no ha sido la norma de comportamiento en el nivel autonómico¹⁵³. Es más, como afirma el profesor Pérez-Díaz, «ha habido alguna evidencia inquietante en cuanto a las pautas de selección de los funcionarios, que sugiere descuido de formas, voracidad de cargos, y espíritu partidista intenso»¹⁵⁴. En términos generales, y a modo de resumen, se puede decir que mientras la legislación estatal —lograda mediante un «pacto de Estado»— ha establecido unas pautas encaminadas a la vertebración socioeconómica de las distintas comunidades autónomas, la práctica política en el ámbito autonómico ha pervertido en parte los deseos de los legisladores, potenciando cierto localismo/regionalismo. Por lo tanto, al final del mandato socialista, se había prácticamente completado el proceso de construcción del Estado de las autonomías; la redistribución de la riqueza interterritorial era alta; la política práctica se ha acercado a las necesidades ciudadanas y a los ciudadanos; y España se asemeja a un Estado federal. Por contra, han aumentado los recelos entre nacionalistas y regionalistas; se ha asentado el sentimiento nacional en Cataluña y el País Vasco, al igual que en el resto de España considerarse español no tiene ya cierto tono peyorativo de derechas; ha aumentado el número de cargos políticos y de funcionarios por encima de los criterios de necesidad y racionalidad; y las comunidades autónomas se han endeudado por encima de sus posibilidades. En referencia al gobierno de Felipe González se puede decir que las intenciones federalizantes, distributivas, solidarias y cívicas deseadas se han visto

¹⁵³Charles Powell, op. cit., pág. 485.

¹⁵⁴Víctor Pérez-Díaz, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pág. 256.

distorsionadas por los políticos del nivel autonómico —incluyendo a los miembros del PSOE—, los cuales establecieron un enfrentamiento con el gobierno central en un intento de acelerar el proceso autonómico, tanto para dotar de contenido a la comunidad autónoma como para asegurarse un ámbito de poder independiente y propio.

2.5. Valoración general (ciudadana) de la etapa de gobierno socialista.

El período de casi catorce años de gobierno de Felipe González debe ser analizado a la vista de los resultados y las manifestaciones de los ciudadanos. Respecto a los resultados objetivos hemos observado que el nivel general de los parámetros socioeconómicos han sido favorables para España, excepción hecha de la tasa de desempleo que se ha mantenido muy por encima del proyectado pleno empleo. Los aspectos políticos del gobierno han estado marcados por los éxitos y los fracasos, algunos de un enorme carácter mediático; pero en referencia a la gestión del Estado han sido mayores los éxitos. En términos generales se puede decir que la actuación de los diferentes gobiernos socialistas ha sido positiva, aunque, como afirmó Javier Pradera, «una década de gobierno socialista no ha conseguido “que España funcione”, tal y como prometió Felipe González hace 10 años; algunos servicios públicos marchan incluso peor que antes»¹⁵⁵. En efecto la clave no se encuentra en una mayor o menor financiación de la transformación infraestructural, sino en la visión mítica de 1982. Posiblemente Felipe González no pensase que el «cambio» —para el cual pedía veinticinco años— debía ser muy diferente a como dejó España en 1996 —salvo ciertas pautas negativas como la corrupción y la patrimonialización, por ejemplo—, mas lo importante era la imagen que se habían hecho los ciudadanos españoles durante el periodo. Desde las elecciones de 1977, donde se utilizaron carteles «cuasimísticos», los publicistas del PSOE simbolizaban el discurso de Felipe González en unas imágenes idílicas, llenas de colores alegres y desenfadadas, las cuales incidieron en la consideración del líder socialista como el *Prometeo español* que

¹⁵⁵Javier Pradera, «Felipe González diez años después» en el especial del diario *El País*: «Perfil de una década», pág. 16.

traería la modernidad a España. El regeneracionismo público de Felipe González se distanciaba de la pesadumbre mostrada por sus antecesores intelectuales —«¡No es así, no es así!» clamaba Ortega y Gasset en el diario *El Sol* en 1932—, bien al contrario, los mensajes de González fueron «activos llamamientos a una modernización entendida —al estilo orteguiano— como un acercamiento de España a los niveles de renta, educación, salud y cultura de la Europa desarrollada; es cierto, sin embargo, que las contradicciones entre los fines modernizadores y los medios premodernos aplicados para llevarlo a cabo, esto es, entre la meta fijada y la cultura pública puesta a su servicio, rechinan hasta la estridencia con las prácticas autoritarias, la baja participación democrática, la merma de prestigio de las instituciones representativas, la patrimonialización de la Administración y la corrupción política registradas durante estos años»¹⁵⁶. El choque entre las propuestas idealizadas y carismatizadas y la realidad de la práctica política se han visto traducidas en cierto desencanto de la población española respecto a Felipe González y el PSOE. Comenta Ramón Cotarelo que el gobierno socialista cometió dos errores principales: la incorporación de personal y la falta de comunicación¹⁵⁷. Éste último aspecto es el que nos interesa resaltar en este momento.

La capacidad carismática de Felipe González quedó plenamente patente en la campaña del referéndum de la OTAN, por dos razones fundamentales: por su propia facilidad para comunicar, es un excelente comunicador; y, esencialmente, porque el líder socialista transmitió personalmente durante la campaña un mensaje claro conciso y de Estado que permeó en los ciudadanos españoles, tanto para votar afirmativamente como para abstenerse de votar. Es decir, el referéndum de la OTAN lo ganó Felipe González porque se comunicó directamente con los ciudadanos —lo que no empece para que contase con la ayuda inestimable de personalidades públicas e influyesen otros factores—. Sin embargo, y «sabedor el Gobierno de que tenía garantizadas las votaciones en el Congreso, no se preocupó por explicar su política a la opinión pública en la falsa creencia de que

¹⁵⁶Javier Pradera, op. cit., pág. 17.

¹⁵⁷Ramón Cotarelo, *La conspiración*, Barcelona, Ediciones B, 1995, pág. 51.

basta con comparar propuestas distintas para que prospere la mejor»¹⁵⁸. Frente a las acusaciones de aplicación del «rodillo socialista», Felipe González y/o sus ministros no explicaron ante la ciudadanía el porqué y el cómo de ciertas medidas adoptadas. Esta actitud promovió un clima de enrarecimiento del sistema, donde las medidas tomadas, al no explicarse con detalle, provocaban la reacción de los diferentes grupos de presión y de la oposición parlamentaria frente al gobierno. Producto de esta falta de comunicación son claro ejemplo las manifestaciones estudiantiles, la huelga general del 14-D y la judicialización de la política por parte de la oposición parlamentaria. Además, «el Gobierno permitió, por inacción o por incompetencia, que se fuera instalando en los medios una actitud contraria a él y al socialismo en general, movida unas veces por el despecho y el resentimiento, otras veces por la vanidad herida y otras, en fin, por el afán de supervivencia en un mercado muy competitivo»¹⁵⁹. Felipe González tan sólo utilizaba su capacidad carismática durante los períodos electorales o cuando era completamente necesario, no durante el resto del tiempo. De hecho, esta actuación del presidente del gobierno, comenzó a analizarse bajo el prisma del llamada «síndrome de La Moncloa», por su inapreciable acción comunicativa parlamentaria e interior. La calificación de Ramón Cotarelo, desde su tribuna en *Diario 16*, a Felipe González como *monócrata monclovita* reflejaba perfectamente el sentir de gran parte de la opinión pública. Por un lado, el autoritarismo —propio de los líderes carismáticos— en la realización de las políticas públicas y, por otro lado, el aislamiento que vivía respecto a la sociedad, el cual quedó perfectamente simbolizado en «La Bodeguilla» monclovita o el cultivo de bonsáis. Este análisis no sería mayor si no fuese porque el propio González había avisado que a él no le ocurriría lo mismo que a Adolfo Suárez. Ocho días antes de la celebración de las elecciones generales de 1982, Felipe González afirmaba: «Yo contaré siempre cuáles son los problemas, cómo pensamos que se pueden hacer las cosas y, también, lo que nos hubiera gustado hacer pero ha sido imposible. Daré explicaciones»¹⁶⁰. También respondió a los ataques de enclaustramiento y de gobierno arrogante, afirmando que saldría más a la

¹⁵⁸Ibídem, pág. 56.

¹⁵⁹Ibídem.

calle para conectar con el pueblo y la gente¹⁶¹, y que comprendía que habían «dedicado más tiempo a la gestión y a las tareas de gobierno que a la comunicación de las cosas que se hacían»¹⁶². Sin embargo, no lo hizo, no lo supo hacer o, tal vez, no quiso hacerlo. Pero lo cierto es que los ciudadanos se quejaron de una clara falta de información por parte del líder socialista, ya que las opiniones de los medios de comunicación no siempre se comprendían.

A la vista de todos estos factores —algunos serán analizados en el siguiente capítulo—, ¿cuál era la opinión de los ciudadanos respecto a la acción de gobierno? Gracias al análisis de los datos empíricos aportados por las encuestas podremos observar cómo se refleja en éstas el desencanto de los ciudadanos con Felipe González y por qué el PSOE ha ido iniciando un lento declive, principalmente entre las capas urbanas, ilustradas y la clase media —base de su triunfo electoral de 1982, y parte importante de su electorado pre-gobierno—. Utilizaremos la encuesta realizada por Demoscopia en 1992 para el diario *El País* a fin de analizar las opiniones de los ciudadanos en relación con la gestión política de los gobiernos socialistas, lo que no empece para utilizar datos de otros estudios posteriores¹⁶³.

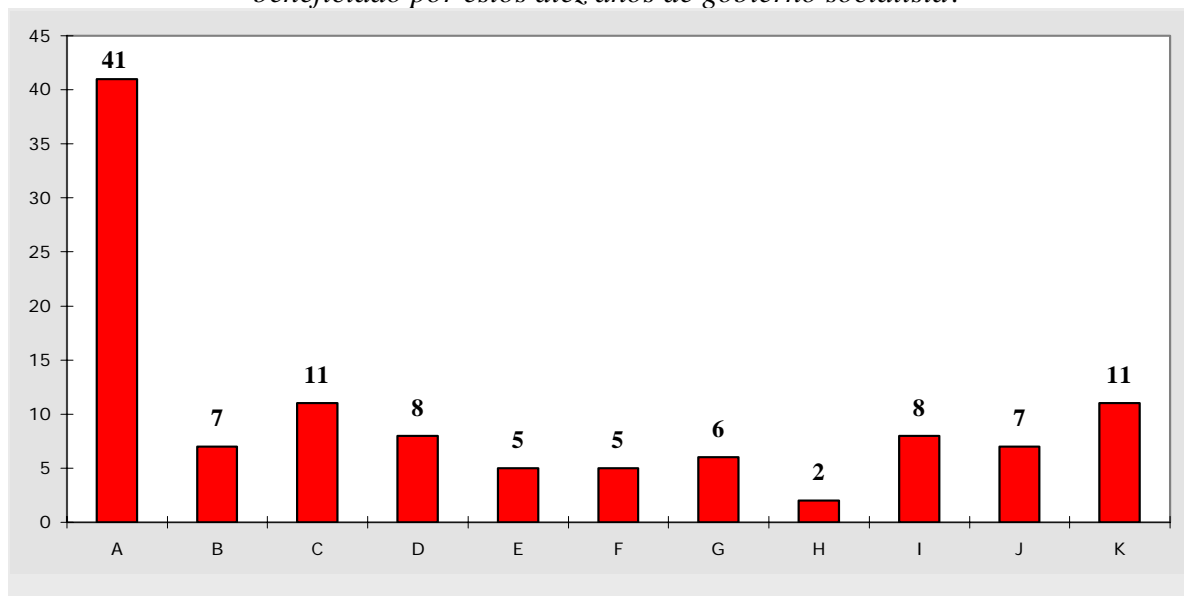
¹⁶⁰*Diario 16*, 20 de octubre de 1982.

¹⁶¹*El País*, 24 de diciembre de 1983.

¹⁶²*Diario 16*, 31 de mayo de 1986.

¹⁶³Es importante constatar que los datos de esta encuesta son bastante más objetivos, en términos cualitativos, que los de encuestas realizadas en el período 1993-1997 por una razón fundamental: la inexistencia de la llamada «conspiración». Aunque habían existido casos de corrupción, se hablaba de la prepotencia gubernamental, existía una división interna considerable en el PSOE, etc., la campaña de desmitologización de Felipe González no había llegado a su cenit, es más, podemos decir que estaba fermentando —de hecho la primera denuncia de tal operación la realizó José Luis de Vilallonga en *La Vanguardia* el 22 de agosto de 1994—. Los ciudadanos españoles eran conscientes, en 1992, de todos los errores cometidos, pero los medios de comunicación todavía no habían amplificado las críticas desmitologizadoras contra Felipe González. Posteriormente, durante la última legislatura de gobierno del PSOE (1993-1996) —calificada como la «legislatura de la crispación» (Charles Powell, op. cit.)— los análisis realizados, o bien eran tendenciosos —es decir, estaban dirigidos por las empresas de investigación para que los resultados fueran contrarios a Felipe González—, o bien algunos ciudadanos se mostraba cohibidos por la presión ambiental del sistema a la hora de expresar sus preferencias —como se comprobó en las elecciones legislativas de 1996—. Este estado de opinión queda perfectamente reflejado en las palabras de Ramón Cotarelo: «el contubernio antisocialista en España ha mostrado tener tal capacidad de tergiversación de la realidad que quien lo haya vivido bien puede hablar de un gigantesco fraude a la opinión pública, de una verdadera y sistemática manipulación mediante la cual lo positivo ha pasado a ser negativo y

GRÁFICO 9.5. *En su opinión, ¿qué grupo o clase social ha resultado en conjunto más beneficiado por estos diez años de gobierno socialista?*



Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1992.

Por lo tanto, debemos pasar a analizar los datos que nos ofrece esta encuesta para comprender que, en muchas ocasiones, los ciudadanos se han visto faltos de información gubernamental y, en otras, ha captado perfectamente el sentido de las reformas iniciadas. Comenzando por los aspectos delimitados por la clase social o el grupo socioeconómico, según muestra el gráfico 9.5., el 41% de los encuestados —ante la

lo legítimo ha acabado siendo —o pareciendo ser, que a los efectos de Thomas viene a ser lo mismo— ilegítimo» (op. cit., pág. 24). Además, es clara la carestía de estudios actuales sobre el período de gobierno socialista que sin duda serían más objetivos.

pregunta: ¿qué grupo o clase social ha resultado en conjunto más beneficiado por estos diez años de gobierno socialista?— entendía que los ricos/clase alta había sido el grupo más beneficiado. Porcentaje que se eleva hasta el 54% si agrupamos los grupos identificados con la clase capitalista. La segunda respuesta con un mayor porcentaje de respuestas, aunque lejana a la anterior cifra, es el 11% de las personas que creen que ha sido la clase trabajadora. En tercera posición se situarían, compartiendo una cifra del 11%, la clase baja/los trabajadores, y los socialistas. Los cálculos globales demuestran una percepción clara y concisa, pero los cálculos estructurados por votantes nos aportan datos sumamente descriptivos (ver tabla 9.2.). Dentro del grupo de los votantes del PSOE, el 42% de los encuestados creían que la clase alta había sido la más beneficiada; cifra que ascendía al 57%

TABLA 9.2. *En su opinión, ¿qué grupo o clase social ha resultado en conjunto más beneficiado por estos diez años de gobierno socialista?. (Respuestas estructuradas por grupos de votantes)*

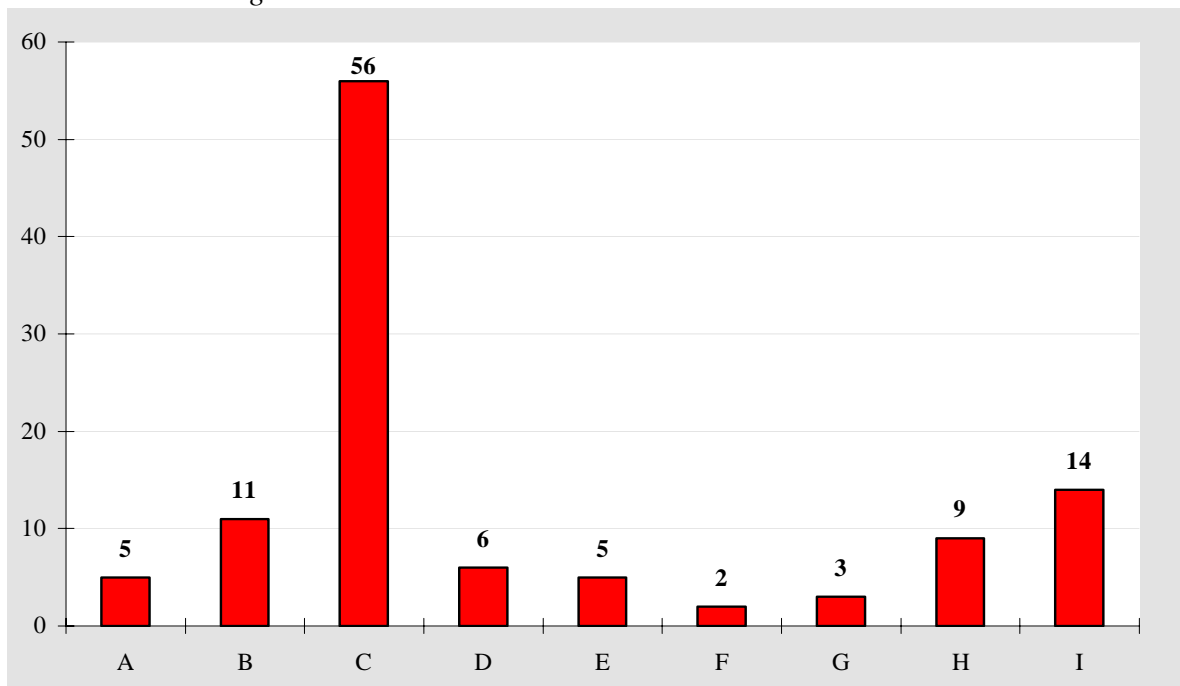
	Votantes de		
	PSOE	PP	IU
A: <i>Los ricos, la clase alta</i>	42	26	55
B: <i>La clase media</i>	7	4	11
C: <i>La clase baja, los trabajadores</i>	16	8	3
D: <i>Los empresarios</i>	9	6	15
E: <i>Los políticos</i>	3	8	3
F: <i>Los pensionistas</i>	6	4	3
G: <i>La banca</i>	6	8	10
H: <i>Los parados</i>	1	3	0
I: <i>Los socialistas</i>	3	20	8
J: <i>Otras respuestas</i>	10	10	4
K: <i>NS / NC</i>	9	14	3

Fuente: El País, 28 de octubre de 1992.

si se agrupan los datos de la clase capitalista. Lejos queda el 16% de respuestas en favor de la clase trabajadora. Las magnitudes porcentuales de las respuestas de los votantes socialistas demuestran la falta de comunicación —entre otras cosas, de las cuales algunas serán expuestas en breve— entre el gobierno y el partido y sus electores. Las cifras del

otro partido del espectro de la izquierda, IU, son aún mayores. Un 55% de los encuestados afirmaba que la clase alta era la más beneficiada y un 80% para la clase capitalista. Las respuestas de los votantes del PP diferían sustancialmente en alguno de los ámbitos. Si bien el 26% —respuesta mayoritaria igualmente— identificaban a la clase alta como la más beneficiada (40% como clase capitalista), la segunda respuesta con mayor porcentaje, y cercana a la anterior, era la que estimaba que habían sido los socialistas los más beneficiados (20%). Se entiende que la propaganda popular sobre la corrupción y la patrimonialización del Estado había dado sus frutos entre sus votantes, al contrario que la estrategia comunicativa del PSOE.

GRÁFICO 9.6. *¿Y quién ha resultado, en cambio, más perjudicado por estos diez años de gobierno socialista?*



Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1982.

Como pregunta opuesta a la anterior, el gráfico 9.6. demuestra que las respuestas cambian radical e inversamente, situándose en el grupo contrario al más

beneficiado. El 56% de los encuestados opinaba que el grupo más perjudicado había sido la clase trabajadora. El porcentaje mayoritario es justamente el reverso de la cifra agregada de la anterior respuesta (54%), lo que demuestra la claridad de las respuestas de los encuestados y la objetivación de una política de corte liberal, como la implementada por el PSOE. Los ciudadanos sabían perfectamente que las plusvalías generadas por los procesos de fusión bancarios (629 mil millones de pesetas) no pagaron impuestos debido a unas bonificaciones fiscales de 212.000 millones de pesetas. Además, los beneficios bancarios ascendían y se incrementaban cada año, mientras que las reducciones de plantilla —de acuerdo a las reformas del Estatuto de los Trabajadores realizadas por el PSOE— corrían parejas, es decir, aumentaban. La mejora en la calidad de vida de todos los españoles, no escondía para los encuestados que las diferencias entre ricos y pobres se habían estancado —con algunos repuntes en favor de los ricos—, mientras que las diferencias entre la clase media y la baja se redujo por la pérdida de poder adquisitivo de aquella. Si desagregamos los datos, observamos que para el 55% de los votantes del PSOE encuestados; para el 44%

TABLA 9.3. *¿Y quién ha resultado, en cambio, más perjudicado por estos diez años de gobierno socialista? (respuestas distribuidas por votantes).*

	Votantes de		
	PSOE	PP	IU
A: Los ricos, la clase alta	6	5	5
B: La clase media	7	18	18
C: La clase baja, los trabajadores	55	44	65
D: Los empresarios	5	6	0
E: Los agricultores	4	10	0
F: Los pensionistas	1	2	3
G: Los parados	3	3	3
H: Otras respuestas	11	12	5
I: NS / NC	15	12	8

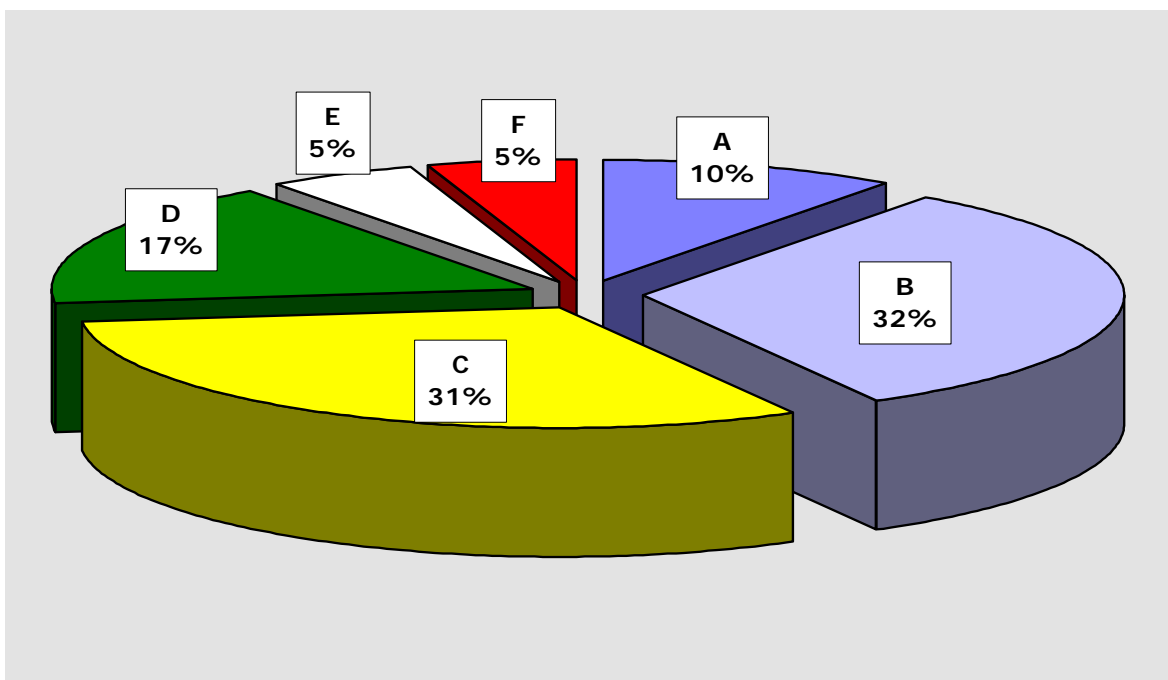
Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1992.

de los votantes del PP; y para el 65% de los votantes de IU, la clase más perjudicada había sido la clase trabajadora. Datos similares a las respuestas agregadas de la pregunta anterior, excepto en el caso de IU. Sin embargo, merece ser destacado que, tanto para los votantes del PP como para los de IU, la clase media era la segunda más perjudicada, lo que es buena

muestra de los perfiles de sus propios votantes, que de esta manera demostraban el desagravio cometido con algunos de ellos por los gobiernos socialistas.

La valoración general de la década de gobierno socialista se refleja de la siguiente manera. Como podemos ver en el gráfico 9.7., un 32% de los encuestados creía que el período de gobierno socialista había sido «más bien bueno»; un 31% lo definía como un período «corriente»; un 17% como «malo»; un 10% como «uno de los mejores»; y un 5% lo calificaba como «uno de los peores». Por consiguiente, la década de gobierno socialista era valorada positivamente por los encuestados —o por lo menos no era valorada

GRÁFICO 9.7. *¿Diría usted que estos diez años de gobierno del PSOE han representado...?* (distribución en porcentajes globales).



Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1982.

negativamente—; tan sólo un 22% creía que había sido «mala o muy mala». El cambio sufrido por España, en su camino a acercarse a los parámetros occidentales, había sido bien valorada por los ciudadanos, los cuales no dejaban de reconocer los defectos. Si atendemos

a los datos desagregados por votantes de partido (tabla 9.4), observamos con cierta lógica que la mayoría de los votantes del PP creían el período había sido «malo o muy malo», aunque existía un 37% de encuestados que lo calificaban de «corriente». Entre los votantes del PSOE, lógicamente también, primaban las respuestas positivas, un 67% creía que la década había sido «buena o muy buena»; y un 20% «corriente». Dentro de la tónica general de la encuesta, la respuesta mayoritaria de los votantes socialistas era la que calificaba como «buena» (45%) la gestión de los políticos socialista. Entre los votantes de IU, el 35% afirmaba que la década había sido «buena»; el 33% «corriente»; y el 23% «mala». Es de destacar, dentro de este grupo, que la mayoría de los encuestados (71%) no

TABLA 9.4. *¿Diría usted que estos diez años de gobierno del PSOE han representado...?*

	Votantes de		
	PSOE	PP	IU
A: <i>Uno de los periodos mejores de nuestra vida</i>	22	2	3
B: <i>Un periodo más bien bueno</i>	45	13	35
C: <i>Un periodo corriente</i>	20	37	33
D: <i>Un periodo más bien malo</i>	8	33	23
E: <i>Uno de los peores periodos de nuestra historia</i>	2	14	5
F: <i>NS / NC</i>	3	1	1

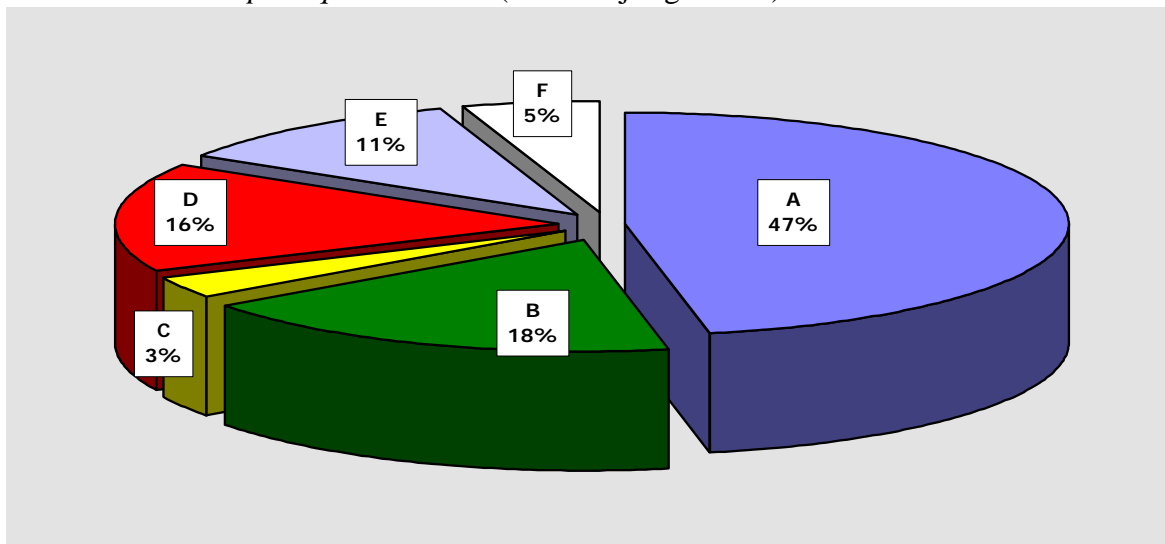
Fuente: *El País*, 28 de febrero de 1992.

calificaba de mala la gestión socialista, pese a ser contradictores de éstos. Esta respuesta mayoritaria de los votantes de izquierdas (PSOE/IU) de buena valoración, refleja perfectamente la incidencia de las políticas sociales implementadas por el PSOE y que han beneficiado a los menos pudientes, como por ejemplo la educación o la sanidad. En contraposición a los dos gráficos anteriores, este grupo de votantes valora las políticas del PSOE sin un mayor plus porque las estimaba lógicas y obligatorias para un gobierno de izquierdas. Sin embargo, la flexibilización del mercado laboral y los «contratos basura» no se entendían como inherentes a un partido de izquierdas.

Los datos aportados por el gráfico 9.8. complementan a los que hemos venido analizando. En términos globales el 47% de los encuestados cree que la actuación fue mejor en los primeros años, empeorando posteriormente; el 18% creía que el proceso fue

progresiva y lentamente a peor; el 16% creía que siempre bien; y el 11% siempre mal. Estos datos inciden sobre varios aspectos cualitativos. Las críticas de la prensa sobre la prepotencia y el «rodillo» del PSOE, durante la primera legislatura, no causaron merma en la valoración de los ciudadanos; o lo que es lo mismo, la magnificación de ciertas actitudes no incidieron negativamente —al menos tan negativamente como los grupos de presión y la oposición parlamentaria decían y deseaban— en la imagen del PSOE. También reflejan los datos el desencanto sufrido por los ciudadanos respecto a la imagen moderna y el discurso regeneracionista de Felipe González y el PSOE. Se habían logrado avances significativos durante la primera legislatura y el comienzo de la segunda, pero no se había alcanzado el nivel prometido por González; además también influía negativamente la aparición de actitudes contrarias al discurso de 1982, como la corrupción, por ejemplo, que mermaron la imagen de los políticos del PSOE y del propio líder socialista como personas capaces para erradicar los «males de España», tal y como habían prometido, quedando la imagen de que

GRÁFICO 9.8. *¿La actuación del PSOE le merece a usted la misma opinión en toda la década o cree que ha habido momentos en que lo ha hecho mejor o peor que en otros? (Porcentajes globales).*



Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1982.

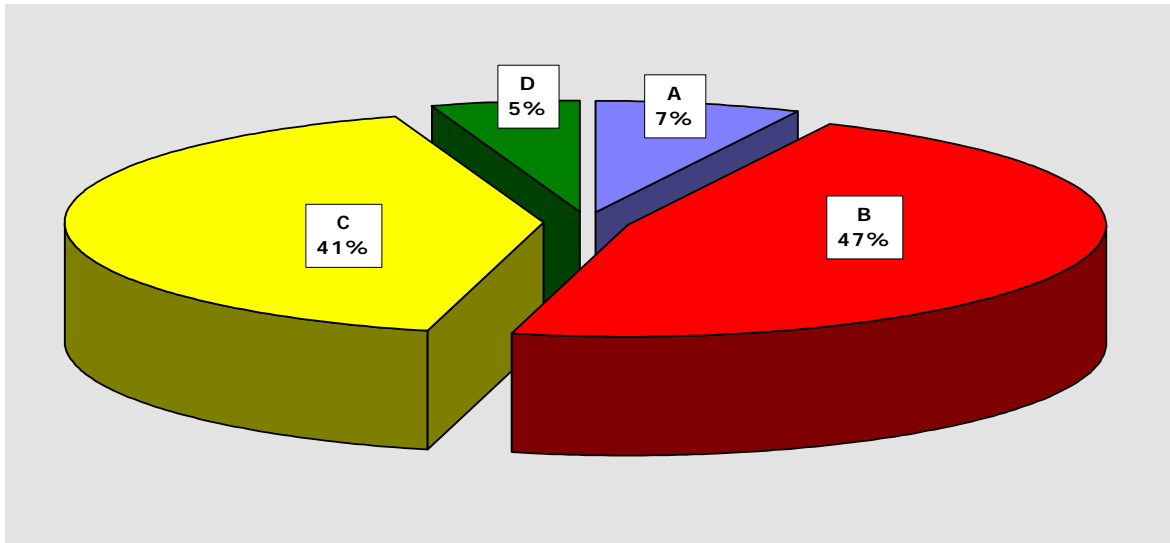
TABLA 9.5. *¿La actuación del PSOE le merece a usted la misma opinión en toda la década o cree que ha habido momentos en que lo ha hecho mejor o peor que en otros? (Datos según votantes).*

	Votantes de		
	PSOE	PP	IU
A: <i>Mejor en los primeros años y luego empeoró</i>	52	47	52
B: <i>Fue poco a poco empeorando</i>	14	20	18
C: <i>Peor en los primeros años y luego a mejor</i>	4	2	2
D: <i>Siempre igual; bien o más bien que mal</i>	26	4	15
E: <i>Siempre igual; mal o más mal que bien</i>	3	23	13
F: <i>NS/NC</i>	1	4	0

Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1992.

«todos los políticos son iguales». Evidentemente, también recogen los datos aportados por el gráfico 9.8 y la tabla 9.5 el desgaste de gobernar, de enfrentarse a la realidad de la práctica gubernativa. Pasando al análisis de los datos desagregados y por votantes, observamos que los votantes de los tres partidos establecen mayoritariamente que la actuación fue buena en su inicio para empeorar posteriormente. De esta opinión era el 52% de los votantes del PSOE; el 47% del PP; y el 52% de IU. Sorprenden estos datos porque dentro de los votantes del PSOE existe un 52% —un 70% si agregamos los grupos A, B y C— que manifiesta claramente que el partido, al que han apoyado, ha empeorado en su gestión y, sin embargo, se mantienen fieles al PSOE. Igualmente sorprende que un 47% de los votantes del PP valoren positivamente la gestión socialista en sus comienzos. Estos datos reflejan perfectamente la evolución histórica de España y el gobierno socialista, donde han ido haciendo acto de presencia la crisis económica y la corrupción. Tan sólo los muy fieles seguidores manifiestan actitudes acordes a su posición: el 26% de los votantes del PSOE creen que la actuación del PSOE siempre ha sido buena; el 23% del PP creía que siempre mala; y un 13% de los votantes de IU siempre mala.

GRÁFICO 9.9. *En conjunto y a grandes rasgos, ¿tiene usted la impresión de que el PSOE ha cumplido la mayoría de sus promesas electorales, que ha cumplido unas sí y otras no, o que no ha cumplido la mayoría? (porcentajes globales).*



Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1992.

Los datos aportados por el gráfico 9.9. inciden en el «cumplimiento de las promesas» por parte del PSOE. Los encuestados ofrecían, como respuesta a la pregunta, una especie de *accountability cualitativa*. Dentro de las democracias liberal representativas, siguiendo el modelo de Schumpeter, los ciudadanos sólo tienen la posibilidad de ejercer la «accountability» a través del voto, cuantitativamente. Sin embargo, otra de las formas de este ejercicio tiene un carácter cualitativo, esto es, a través de los sondeos de opinión. Mientras que para la cumplimentación del voto, y la posibilidad de cambiar de oferta electoral, inciden diversas variables (económicas, ideológicas, religiosas, etc.) que impiden en muchos casos cambiar de preferencia electoral; en los sondeos electorales o encuestas de opinión, los ciudadanos ejercen con mayor libertad —o menor incidencia de la variable del voto— la «accountability», sabiendo que su respuesta «racional» va a llegar a los gobernantes. La *democracia de opinión pública*, o de audiencia como afirma el profesor Vallespín —última transformación de la democracia schumpeteriana, donde los sondeos de opinión son instrumentos que facilitan la expresión por medios pacíficos, y que son empleados por los partidos tanto para informarse como para incidir sobre una u otra línea de fractura (incluso para recoger opiniones frente a una posible medida, y así adecuarla a las preferencias, los llamados *globos sonda*)— fomenta la disociación entre las expresiones electorales y no electorales de la voluntad de los

ciudadanos¹⁶⁴. Por consiguiente, se entiende que, pese a los datos ofrecidos hasta el momento, el PSOE lograra vencer en las elecciones de 1993 —aunque inciden también otros elementos que posteriormente analizaremos—, ya que la «accountability» había sido realizada en los sondeos de opinión, y así lo confirmó Felipe González al hablar del «cambio del cambio»¹⁶⁵. Según el gráfico 9.9., el 47% de los encuestados afirmaban que el PSOE había cumplido unas promesas, pero no otras; el 41% creía que no había cumplido ninguna; y el 7% de los encuestados manifestaban que había cumplido la mayoría. Según los datos desagregados por votantes/partido (tabla 9.6.), entre los votantes del PSOE encontramos que el 60% afirmaba que algunas promesas se habían cumplido y otras no. Empero, sorprende que un 25% de los votantes socialistas afirmasen que «su» partido no había cumplido la mayoría de las promesas. Con estos datos se confirma que la utilización de los sondeos de opinión como forma de «accountability» cualitativa es totalmente plausible. Además, también se comprueba la incidencia del carisma de Felipe González sobre la mayoría de sus electores ya

TABLA 9.6. *En conjunto y a grandes rasgos, ¿tiene usted la impresión de que el PSOE ha cumplido la mayoría de sus promesas electorales, que ha cumplido unas sí y otras no, o que no ha cumplido la mayoría?* (datos según votantes).

	Votantes de		
	PSOE	PP	IU
A: Ha cumplido la mayoría	14	4	2
B: Unas sí, y otras no	60	25	43
C: No ha cumplido la mayoría	25	67	50
D: NS / NC	1	4	5

Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1992.

que, para ese 25%, cabía la posibilidad de que el líder socialista lograra cumplir con lo manifestado en su discurso. Los porcentajes de los votantes del PP y de IU expresan una

¹⁶⁴Bernard Manin, *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pág. 281 y ss.

¹⁶⁵Para una mayor comprensión del *accountability* y las promesas electorales, vid. Belén Barreiro, «Justificaciones, responsabilidades y cumplimiento de promesas electorales», *Revista Española de Ciencia Política*, nº 1, vol. 1, 1999.

clara tendencia al incumplimiento de algunas/muchas promesas, siguiendo la pauta general. Pero, ¿qué es lo que posibilitaba, pese a los datos, una victoria socialista, además del carisma de su líder?. La victoria se debía a dos razones, los «costes de oportunidad de las políticas» y los «costes de oportunidad políticos»¹⁶⁶. Felipe González manifestó reiteradamente, antes de las elecciones de 1993, que el desarrollo global del programa electoral estaba determinado por una de sus políticas, la plena integración europea. Cuando se le reprochaba que no estaba implementando únicamente políticas económicas socialdemócratas, sino que era una apuesta claramente liberal con políticas sociales —o «socialismo con mercado», como afirmó Alfonso Guerra¹⁶⁷—, Felipe González asumía los *costes de oportunidad de las políticas* para justificar su decisión de aplicación de ese tipo de política económica como la única fórmula para cumplir el sueño europeo¹⁶⁸. Es decir, potenciaba una política en detrimento de la deseada debido a los «flujos históricos». Además, también se asumía el *coste de oportunidad político* cuando se desechaba la implementación de una política que podía incidir negativamente en la consecución de unos objetivos políticos más beneficiosos o prioritarios, como aconteció en el caso de la OTAN —había que permanecer en la OTAN si se quería acceder a la CEE— y/o la UE. Por consiguiente, Felipe González utilizó su carisma para asumir los costes de oportunidad y justificar los cambios de opinión o la potenciación de unas políticas y no otras.

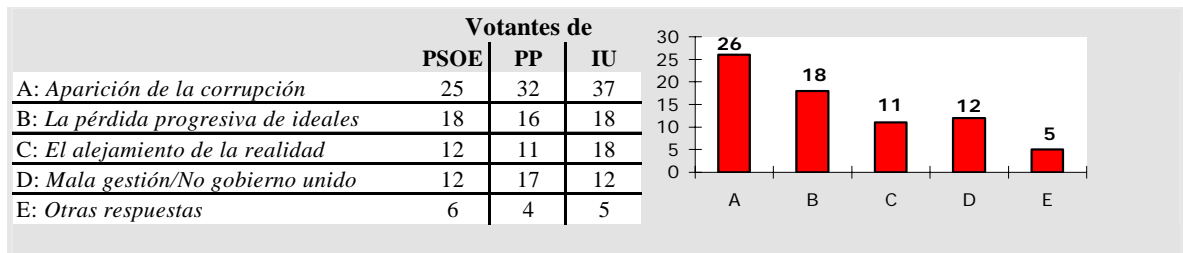
TABLA/GRÁFICO 9.1. ¿Por qué cree usted que la actuación del PSOE ha ido a peor?

¹⁶⁶Ibíd., pág. 156.

¹⁶⁷«Perfil de una década», pág. 13.

¹⁶⁸Un ejemplo del uso del «coste de oportunidad de las políticas» por parte de Felipe González lo encontramos en su explicación sobre el proceso de reconversión industrial: «Esto es perfectamente explicable, pero yo lo pasé mal, muy mal, ¡buf!..., porque desde el punto de vista emocional parecía que estaba justamente lo contrario de aquello a lo que había dedicado toda mi vida, que era defender a los trabajadores. [...] Y lo pasé muy mal por eso, aunque no tuve que hacer un gran esfuerzo, porque yo sentía también que estaba siendo coherente conmigo mismo. *Lo que me hería era la sensibilidad, pero no la coherencia.*

»Yo tenía absolutamente claro que mi obligación, para lo que me pagaban, *era defender los intereses generales del país, no defender mi gusto.* A veces me gustaba, claro, pero otras veces lo que había que hacer no coincidía con mi placer o con mis sentimientos, por supuesto. Me acuerdo que acamparon en los alrededores de la Moncloa y nunca se me ocurrió echarlos de allí». En Victoria Prego, op. cit., pág. 210 (las cursivas son nuestras).



Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1992.

Hemos señalado, al analizar la tabla 9.5. y el gráfico 9.8., que mayoritariamente los ciudadanos españoles entendían que, pese a su buen comienzo, el gobierno socialista había ido empeorando. Por un lado, observamos que una de las causas, para que las personas expresasen esa opinión, podía ser el incumplimiento de ciertas promesas o su aplazamiento. Pero, por otro lado, existen una serie de factores que también inciden en este tipo de apreciaciones. Y son estos factores los que se expresan en la tabla/gráfico 9.1. En términos globales¹⁶⁹, el 26% de los encuestados apreciaban como factor principal del declive socialista a la corrupción; un 18% daba importancia a la pérdida progresiva de ideales; un 11% al alejamiento de la gente/realidad; y un 12% a la mala gestión o la desunión del gobierno. Tomando como referencia los porcentajes divididos según los votantes de los tres partidos mayoritarios, los datos mantienen la tendencia general. Tanto los votantes del PSOE (25%), como los del PP (32%) y los de IU (37%) situaban como factor principal la aparición de la corrupción. Para los votantes socialistas la segunda causa o factor de empeoramiento era la pérdida de ideales (18%); y como tercera causa existía un empate (12%) entre el alejamiento de la realidad/gente y la mala gestión o desunión del gobierno. Los votantes del PP, por su parte, se distancian de la tendencia general, ya que piensan que el segundo factor básico era la mala gestión o desunión del gobierno (17%) y el tercero (16%) la pérdida de ideales. Según los votantes de IU, el segundo factor que ha influido negativamente en la actuación del PSOE (18%) era tanto la pérdida de ideales como el alejamiento de la realidad/gente. La respuesta sobre

¹⁶⁹ Como se observa los porcentajes de esta tabla/gráfico no suman cien o más. La explicación se debe a que la encuesta tan sólo recoge las respuestas espontáneas sobre las posibles causas del empeoramiento, es decir, sólo se recogen las respuestas de aquellas personas que, al ser preguntadas por la evolución de la actuación del gobierno, responden espontáneamente. Los datos, por lo tanto, no se presentan sobre el total de respuestas espontáneas, sino sobre el total de respuestas.

la aparición de la corrupción es un tanto lógica por dos razones: por su objetividad —eran claros y probados gran parte de los casos aparecidos—, y por su relación con la ética y la honradez propugnada por los dirigentes socialistas. Por lo tanto, la gran distorsión entre discurso y práctica —especialmente no mostrarse eficaz en el control y persecución de la corrupción— tenía que verse reflejada en la encuesta, más si cabe, cuando la época de aparición de la mayoría de los casos de corrupción era la misma que la época de elaboración de la encuesta. Sin embargo, merece una atención especial la segunda respuesta mayoritaria: la pérdida progresiva de ideales. Dentro de esta respuesta son diversos los factores que inciden en la expresión popular, aunque podríamos apuntar como principales: la acción/políticas de gobierno, la ideología y el discurso. Comenzando por las políticas de gobierno, el PSOE se presentó a la sociedad española en 1982 como un partido capaz de solucionar los problemas de España desde una posición de reformismo radical, por ende socialdemócrata, y por ende de izquierdas. Las reformas que se propugnaban iban a tener un contenido social, pero sin hacer distinciones de clase; era por lo tanto una promesa interclasista —aunque con matices, como vimos—. Sin embargo, las percepciones de los ciudadanos, al transcurrir una década de gobierno, eran diferentes, esto es, se creía que las reformas llevadas a cabo no habían beneficiado a todos los españoles por igual, sino a una parte de ellos, la clase capitalista. Lógicamente, la implementación de políticas públicas por el gobierno está relacionada con la ideología, pero es que en el caso que estamos analizando existían una serie de ideales no ideológicos —o no solamente ideológicos—, también incidían los ideales míticos del regeneracionismo público. Cuando el gobierno socialista potenció la reconversión industrial, los votantes de izquierdas y pertenecientes a la clase trabajadora podían entender que esa política no estaba orientada por principios ideológicos de izquierdas. Sin embargo, eran los ideales no ideológicos del PSOE los que legitimaban esa acción. Con el paso del tiempo se cumplieron parte de esos ideales —especialmente los relacionados con Europa—, pero otros, como «que España funcione», no se habían cumplido por diversas circunstancias como vimos. El incumplimiento de esos ideales no ideológicos y que las reformas llevadas a cabo favoreciesen a la clase capitalista, significaba para una parte de los ciudadanos una clara

pérdida de ideales. Lo que es aplicable a todos los gobiernos por el desgaste de la propia acción de gobierno¹⁷⁰. Es decir, la acción de gobierno influye en la consideración de la pérdida de ideales, lo que en el caso del PSOE es evidente desde su propia postura interclasista hasta el beneficio de la clase oponente.

Otra de las variables que influyen en la percepción de la pérdida de ideales es la ideología. Sin lugar a dudas, de las tres variables, es la más evidente, y no sólo por una cuestión etimológica. Desde una perspectiva teórica ser socialista o socialdemócrata implica situarse dentro de una doctrina política con un fuerte componente teórico y un marco ideológico férreo o poco flexible —al menos mientras no cambie la doctrina—. Sin embargo, para las personas corrientes la identificación como socialista es bastante más dúctil o simple que para una persona con un conocimiento teórico medio o alto. El socialismo es, para las personas corrientes —y también para las doctas—, básicamente defender los intereses de la clase trabajadora, de los asalariados y/o los pobres; comportarse de acuerdo a una ética y honradez de estricto cumplimiento —no sentir apego al cargo, no enriquecerse lícita o ilícitamente con la política; tratar a las personas con humildad y sencillez; etc.—; y, entre otras posibilidades, realizar una defensa inexorable de la libertad —principalmente en su sentido positivo—, la igualdad —no sólo jurídica— y la solidaridad —no caridad—, y fomentar la justicia social¹⁷¹. Cuando los encuestados manifestaban que el PSOE y Felipe González habían perdido progresivamente los ideales, también expresaban que el PSOE había renunciado a parte de su ideología, entendida en términos básicos. Si los encuestados opinaban que los más beneficiados por el gobierno socialista habían sido los miembros de la clase capitalista (54%); que los más perjudicados

¹⁷⁰Paloma Román cree que ésta es la variable externa fundamental ya que «el desgaste que produce el ejercicio continuado del poder, [...] supone la comisión de errores sin enmienda, que en política siempre pesan más que los aciertos». Paloma Román, «El PSOE: un partido en trayectoria circular (1977-1999)» en Juan Luis Paniagua Soto y Juan Carlos Monedero (eds.), *En torno a la democracia en España*, Madrid, Tecnos, 1999, pág. 265.

¹⁷¹Por ejemplo, manifestaba Pablo Castellano en 1979 lo siguiente a este respecto: «Todo lo que no conduzca a la libertad no puede jamás conducir al socialismo; no puede conducir al socialismo la aceptación e incluso la defensa del aparato del Estado, de la economía de libre mercado y de un conjunto de instituciones que tienen por esencia la prescripción de la libertad humana». *Sobre el partido obrero*, Barcelona, El Viejo Topo, 1979, pág. 79.

habían sido la clase trabajadora y la clase media (67%); que habían aparecido la corrupción y la falta de honradez; que los socialistas se habían mostrado altivos y prepotentes con los ciudadanos (11%) que los socialistas tenían demasiado apego al cargo; y que la defensa de la libertad, la igualdad y la justicia social no había sido todo lo socialista que se decía, se entiende que los ciudadanos creyesen que el PSOE se había separado de los ideales socialistas. Así, y teniendo en cuenta también la anterior variable, se comprende que el 66% de los entrevistados opinasen que el PSOE, en el terreno ideológico, había cambiado algo/mucho. Entre éstos, el 69'6% consideraba que el PSOE estaba más a la derecha que en 1982, mientras que un 6% creía que estaba más a la izquierda, un 1'5% en el centro, y un 3% opinaba que no tenía ideología. En general los ciudadanos eran conscientes de que el PSOE había llevado a cabo políticas más de derechas que de izquierdas (costes de oportunidad de las políticas), o «políticas de Estado» en la terminología de Felipe González. La última variable que incide en la configuración de los ideales es el discurso. Al igual que sucede con las otras variables el discurso se encuentra imbricado con la acción de gobierno y la ideología formando un todo. Pero cuando hablamos de discurso en nuestro caso de estudio, nos referimos a las imágenes y símbolos transmitidos en el lenguaje político y las «historias», pero que no son imágenes, símbolos y palabras que transmiten promesas e ideología. Los ideales del discurso de Felipe González en 1982 situaron el listón sumamente alto porque recogía diversos arquetipos, símbolos y mitos, algunos incluso divergentes entre sí, muy interiorizados por los ciudadanos españoles. La sociedad ideal de los regeneracionistas, el dolor machadiano, el mesianismo socialista y los deseos coyunturales de la población española eran la base del discurso del líder carismático y heroico, por lo que se hacía muy difícil satisfacer a todos y cada uno de los deseos emanados de aquéllos. Aunque, bien es cierto que los ideales del discurso incidieron menos en la valoración ciudadana por ellos mismos, y más por comparación. Y, ¿cuál era la nota que otorgaban los ciudadanos a la década de gobierno socialista? 4'8 puntos, es decir, casi el aprobado. Entre los votantes socialistas la nota era de 6'19 puntos, entre los del PP 3'19 puntos; y entre los de IU 4'46 puntos¹⁷².

¹⁷² «Perfil de una década», pág. 23.

2.6. Breve epílogo: ¿por qué ganó Felipe González las elecciones de 1993?

Los datos que hemos analizado indicaban claramente que la gestión socialista había empeorado ostensiblemente y, sobre todo, que el gobierno se veía incapaz de frenar y reducir las tasas de desempleo, por ejemplo. Un año después, en 1993, el recalentamiento de la economía española había desembocado en una clara recesión económica —que era patente en los países occidentales desde 1989—; los casos de corrupción eran evidentes y cercanos en el tiempo, y aunque menos que en la legislatura siguiente, dañinos por su proximidad a destacados dirigentes socialistas (casos Juan Guerra, FILESA, Ibercorp/Mariano Rubio, etc.); y la oposición parlamentaria se mostraba dura e inexorable, a la vez que renovada, aunque por debajo del gobierno en valoración (5'22 puntos para el gobierno y 5'1 para la oposición). Por consiguiente, y como reflejaban los sondeos de opinión, todo indicaba que podía producirse la alternativa en el poder, al mostrar aquellos en marzo de 1993 un empate entre el PSOE y el PP¹⁷³. Ante esta situación crítica, Felipe González tomó la decisión de, por vez primera, constituir un comité electoral propio e independiente del comité electoral del partido. La decisión tiene varias explicaciones. En primer lugar, Felipe González deseaba reactivar el proyecto socialista acercándolo a los parámetros que él creía convenientes, sin tener que explicarlo continuamente al aparato, y superar el agotamiento del proyecto de 1982. Como afirma Joaquín Almunia: «los síntomas de agotamiento de nuestro proyecto de cambio empezaban a acumularse, aunque no parecían verlo así la mayoría de los dirigentes, ni en Moncloa, ni en Ferraz»¹⁷⁴. En segundo lugar, se iba a implicar en la campaña electoral de igual forma que en las campañas electorales de 1977, 1979 y 1982, recorriendo toda España para convencer a los españoles. Por ello necesitaba a su lado gente de su máxima confianza y alejada del aparato del PSOE, el cual le había demostrado ser incapaz de afrontar con firmeza los casos de corrupción y, sin embargo, se mostraba muy crítico con el gobierno. Y, en tercer lugar, sabía que la televisión iba a jugar un papel fundamental durante la campaña electoral

¹⁷³Miguel Martínez Cuadrado, *La democracia en la España de los años noventa*, Barcelona, Ariel, 1996, pág. 153 y ss.

¹⁷⁴Joaquín Almunia, op. cit., pág. 258.

y deseaba contar con técnicos afines a su persona y su pensamiento y que no tuviesen que prestar ayuda al PSOE. Por lo tanto, la escisión gobierno-Felipe González/aparato-Alfonso Guerra quedaba patente con esta medida, lo que no resultaba baladí en términos de imagen, ya que Alfonso Guerra era uno de los políticos peor valorados en las encuestas —entre 4 y 3'2 puntos según que encuesta; el índice de aprecio era de -40, excepto para los votantes socialistas (+14)¹⁷⁵—.

La campaña comenzó con incertidumbre sobre los resultados finales, ya que los sondeos marcaban una tendencia positiva en favor de la victoria del PP¹⁷⁶. Empero, ¿qué factores influyeron en la inversión de la tendencia?. Tres fueron los factores principales, pero que no deben entenderse como aislados unos de otros, sino al contrario existe una clara imbricación entre ellos: el factor mediático; el factor liderazgo carismático y el factor del discurso. Normalmente las campañas electorales no suelen cambiar las tendencias de voto, salvo que las elecciones se encuentre reñidas, como era el caso de las elecciones legislativas de 1993, donde la campaña electoral tuvo gran incidencia¹⁷⁷. La influencia del factor mediático debe entenderse desde tres aspectos concretos: los debates televisados, la incorporación de independientes de prestigio en las listas del PSOE y la comunicación de ideas-fuerza a través de los medios de comunicación. Los debates televisados entre el presidente del gobierno y el jefe de la oposición significaron un hito para la política española. Por primera vez se iba a televisar el enfrentamiento y confrontación de «historias» entre los dos principales dirigentes estatales. El primer debate se celebró en los estudios de *Antena 3* el 24 de mayo de 1993, y contó con una audiencia media de 10 millones de personas. Felipe González no prestó demasiada atención a este debate, en la firme creencia de que su probada capacidad de comunicación le bastaría para derrotar a un oponente mal comunicador. Sin embargo, José María Aznar venció a

¹⁷⁵Amando de Miguel, *La sociedad española 1995-96*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pág. 653 y ss.

¹⁷⁶Joaquín Arango y Miguel Díez, «6-J: el sentido de una elección», *Claves de razón práctica*, nº 36, octubre 1993.

González utilizando la profesionalidad y los medios dialécticos en favor de sus argumentos —aunque contase con la ayuda de la propia cadena de televisión, la cual no cumplió y modificó sin aviso previo las pautas técnicas de desarrollo¹⁷⁸—. Este fracaso provocó una reacción en Felipe González que, ayudado por José María Maravall, Joaquín Almunia, Miguel Barroso y José Miguel Contreras, le hizo tomarse más en serio, sin dejar nada a la improvisación, la preparación del segundo debate. Así lo recuerda Almunia: «En colaboración con Maravall, seleccioné los datos y las notas que me parecieron más útiles, mientras Barroso y Contreras les dieron forma de acuerdo con el lenguaje que debe emplearse en televisión. Una vez que estuvieron redactados los guiones sobre los diferentes bloques temáticos que se habían pactado para estructurar el debate, Felipe los estudió y los ensayamos, una y otra vez, ante una cámara de vídeo, con Miguel Barroso haciendo de *sparring*. Trabajamos intensamente: corregimos respuestas, imaginamos los ataques posibles de Aznar, preparamos los nuestros con alguna sorpresa incluida para sorprender al adversario y, por supuesto, nos reímos mucho viendo como un desconocido en mangas de camisa contradecía a todo un presidente del Gobierno, imitando los gestos estereotipados de Aznar y diciendo: “Mire usted, señor González...”»¹⁷⁹. Felipe González resultó claro vencedor del segundo debate, celebrado el 31 de mayo en *Tele5* y seguido por una audiencia de 12 millones de personas, porque logró desde el primer momento tomar la iniciativa y destruir los argumentos de José María Aznar.

La celebración de los dos debates tuvieron una importancia cualitativa, porque con la derrota en el primer debate se activó el «miedo» de algunas personas antes una posible victoria del PP, y porque con la victoria en el segundo Felipe González demostraba tanto que él era una persona sumamente capaz y comprometida como que el contradictor aún no estaba preparado para gobernar. Lo que sí queda claro es que los debates sirvieron

¹⁷⁷María Fernández Mellizo-Soto, «Efectos de la campaña sobre el comportamiento electoral individual: las elecciones generales españolas de 1993», *III Congreso de la AECPA*, Salamanca, octubre 1997.

¹⁷⁸Joaquín Almunia, op. cit., pág. 268.

¹⁷⁹Ibídem, pp. 268 y 269.

para invertir las tendencias de voto¹⁸⁰, potenciado por los otros dos factores. El segundo aspecto del factor mediático fue la incorporación de candidatos independientes en las listas electorales del PSOE —se entiende que nos referimos a los independientes que integran la lista en «puestos de salida», y no a aquellos que figuran en la lista como forma de apoyo simbólica—, lo que no tendría mayor importancia si no fuese porque algunos, especialmente Baltasar Garzón y Ventura Pérez Mariño, eran jueces de probada firmeza frente a los delincuentes «de élite». Con esta medida Felipe González mostraba a la ciudadanía su predisposición a combatir con firmeza dos de los problemas más acuciantes: el tráfico de droga y la corrupción. No contamos con estudios que analicen este aspecto, pero claramente se puede inferir que la imagen/símbolo de estas personas jugó en favor de la reactivación del discurso socialista, haciéndolo creíble —algo que no consiguió el PP con la incorporación del ex-dirigente socialista Ricardo García Damborenea—. Y el tercer aspecto a tener en cuenta dentro del factor mediático fue la transmisión de ideas-fuerza a través de los medios de comunicación, en el sentido de avisar a los ciudadanos de los peligros posibles de un gobierno de derechas en España, y así activar, al igual que hizo Adolfo Suárez en 1979, el «voto del miedo» y, por comparación, el «voto de obstrucción»¹⁸¹.

El *factor del discurso*, por su parte, puede ser dividido en dos aspectos a su vez: el recuerdo de lo realizado y la renovación a seguir. En 1992, con motivo de la celebración de la primera década de gobierno socialista, el PSOE editó un folleto/tebeo/comic titulado *Por el futuro de todos*, donde se recogía de manera simplista los logros del gobierno socialista. Se volvía a la iconografía de los primeros años (naïf) en un intento de recuperar la credibilidad y el entusiasmo. Sin embargo, el tebeo socialista fue contestado por todos los grupos de presión, especialmente la prensa. La función que pretendía cumplir la distribución del folleto no se realizó; incluso permitió un debate que en ningún sentido favoreció al gobierno ni al partido. Desde los medios de comunicación «no afines» al gobierno (El Mundo, ABC, Diario 16, Cadena COPE...) se criticaba la falta

¹⁸⁰Ramón Cotarelo, op. cit., pág. 115.

de realismo del comic conmemorativo, desde los medios «no principalmente afines» o independientes (El País, Cadena SER, Entrevistá...) se insistía en la falta de realismo y en la poca perspectiva de futuro, y se acusaba al aparato del PSOE (guerrismo) de haber perpetrado un «insulto a la inteligencia»¹⁸², sobre el que no podía estar de acuerdo Felipe González. El error de los dirigentes del partido (el aparato) fue pensar que: los ciudadanos iban a volver a apoyar al PSOE en las elecciones de 1993 porque la iconografía utilizada y el idealismo reflejado eran los de antes; a los ciudadanos no les bastaba con una información escrita porque no lo comprenderían, es decir, que los ciudadanos españoles debían utilizar un tebeo idílico para comprender lo realizado durante los últimos diez años —lo contrario justamente a lo que hemos podido analizar con los datos estadísticos—; y no era necesario una análisis de la corrupción y un proyecto de futuro que se reflejase en el folleto —«si lo hemos hecho tan bien antes ¿por qué cambiar?», era la perspectiva utilizada en el diseño—. Felipe González había afirmado que los socialistas habían dedicado demasiado tiempo a trabajar y muy poco a explicar lo que se hacía, y el tebeo socialista de 1992 no cumplió esa función. Sin embargo, durante la campaña electoral de 1993, Felipe González explicó que lo realizado debía imponerse a las críticas de los últimos años y mantener su voto al PSOE¹⁸³. Es decir, Felipe González explicó lo realizado con detalle (pensiones, educación, sanidad, infraestructuras, etc.) y, aquí interviene el segundo aspecto del factor, prometió una renovación o reorientación de las políticas de gobierno, con mayor incidencia en la lucha contra la corrupción —simbolizado en la inclusión de jueces como Baltasar Garzón— y las políticas sociales frente al desempleo. Significaba el «cambio del cambio». Gracias a esta forma de actuar el PSOE logró retener a gran parte de su electorado, así como incorporar a nuevos votantes, principalmente del CDS¹⁸⁴.

¹⁸¹Charles Powell, op. cit., pág. 516.

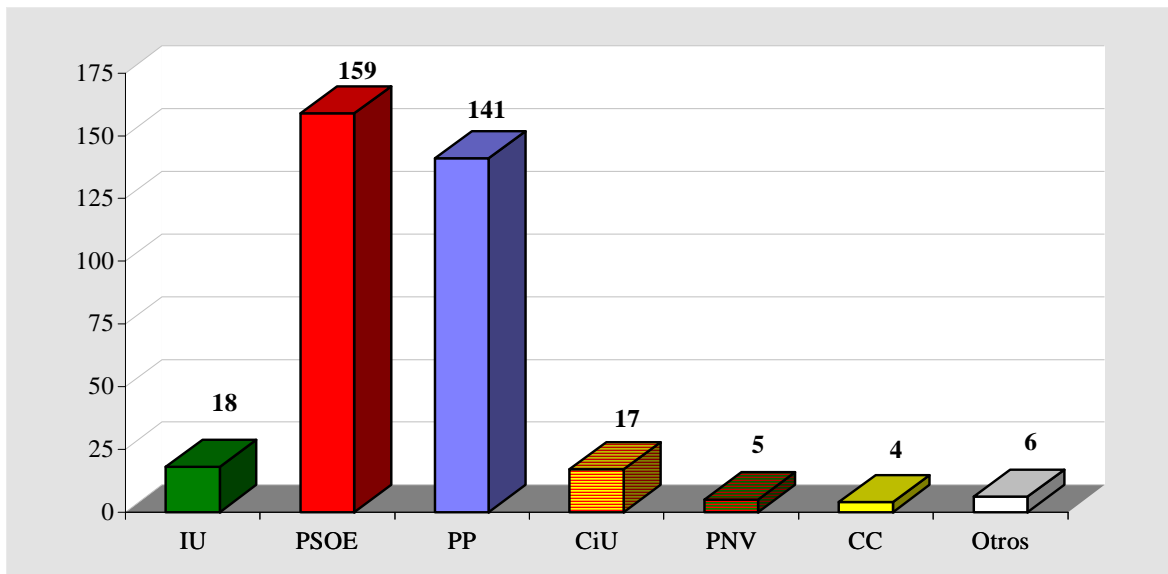
¹⁸²*El País*, 28 de octubre de 1992.

¹⁸³Belén Barreiro e Ignacio Sánchez-Cuenca, «Análisis del cambio de voto hacia el PSOE en las elecciones de 1993», *III congreso de la AECPA*, Salamanca, octubre 1997.

¹⁸⁴*Ibidem*.

En último término, cabe realizar un breve análisis de la incidencia del *factor del liderazgo carismático* en la campaña de 1993. Felipe González deseaba, al menos desde 1989, dejar la presidencia del gobierno y así dar paso a una persona de su entera confianza. Descartado Alfonso Guerra, tanto por la no coincidencia en las ideas como por sus problemas personales —su hermano Juan Guerra utilizó el despacho del vicepresidente del gobierno para su uso personal—, González creyó ver en Narcís Serra a su sucesor por la coincidencia de opiniones y la magnífica labor frente al ministerio de Defensa. Sin embargo, aún no podía dar el paso de cederle la presidencia del gobierno para que demostrase su valía durante uno o dos años, porque comenzaban a aparecer numerosos casos de corrupción y cualquier intento de dimisión podía ser entendido como una forma de escape o como una justificación de su incapacidad para actuar frente a la corrupción, lo que iba en contra del carácter de Felipe González. Este conjunto de variables incidió en la focalización sobre su persona —potenciado por las críticas de la oposición/prensa—, lo que potenció el componente carismático del líder socialista durante la campaña electoral de 1993. Fue la campaña de Felipe González, demostrando su capacidad de convencimiento y de liderazgo, enfrentando su prestigio personal, su carisma y los resultados del trabajo realizado contra la inexperiencia de José María Aznar y las críticas de los medios de comunicación. No fue una

GRÁFICO 9.10. *Resultados electorales al Parlamento en 1993 (escaños).*



Fuente: Elaboración propia sobre datos del Ministerio del Interior.

victoria del PSOE sino de Felipe González la de 1993, para sorpresa de la mayoría de los observadores —algo que estaría a punto de repetirse en 1996—, sobre todo porque su decisión de permanecer en el puesto cuando las críticas comenzaban a ser mayoritarias traslucían su sentido del deber. Se comportó como un hombre de Estado y por eso ganó (vid. gráfico 9.10.); convenció de nuevo a los ciudadanos españoles de que él era la única persona capaz de impulsar los cambios necesarios, y aunque «la gente puede estar en desintonía con lo que dice, [...] sabe que él lo defiende porque lo cree»¹⁸⁵. En resumen, y utilizando las palabras de Almunia, Felipe González consiguió que todavía hubiese «una mayoría de votantes que veían en el PSOE suficientes energías como para enderezar el rumbo y superar los síntomas de agotamiento y las actitudes meramente defensivas ante los problemas que se iban a seguir planteando al reanudarse el curso político tras la interrupción electoral. Nos dieron otra oportunidad. Pero esta vez sería la última»¹⁸⁶.

¹⁸⁵ Alfonso Guerra, entrevista en «Perfil de una década», pág. 13.

¹⁸⁶ Joaquín Almunia, op. cit., pág. 273.

CAPÍTULO 10: EROSIÓN Y FATIGA CARISMÁTICA: RAZÓN DE ESTADO Y CORRUPCIÓN.

«Una de las medidas de la grandeza de los hombres es la magnitud de los odios que inspiran»

Ramón Cotarelo

«La obsesión por la seguridad y el bienestar de los ciudadanos de nuestras sociedades occidentales se oculta tras un discurso moralista e impecable que hace a los políticos o a la política responsables de todas las tensiones o escisiones o de todos los problemas, mientras convierte a intelectuales, jueces y periodistas en los nuevos héroes»

Rafael del Águila

«El honor del líder político, es decir, del estadista dirigente, es precisamente su propia y exclusiva responsabilidad de lo que haga, responsabilidad que no puede ni debe rechazar o cargar sobre otro»

Max Weber

INTRODUCCIÓN

En el capítulo anterior analizamos el discurso de Felipe González y las políticas de gobierno a grandes rasgos, observando así que en algunas áreas la valoración general es positiva y en otras regulares o negativas. Nuestra intención era recoger aspectos cualitativos y cuantitativos del ejercicio del gobierno, sin embargo, en este capítulo los análisis son básicamente cualitativos y más relacionados con el ejercicio del poder, sin una relación clara con la realización de políticas públicas. En este capítulo, igualmente, pretendemos realizar una exposición del significado de algunas actuaciones gubernamentales en referencia al referéndum sobre la permanencia en la OTAN y la «ruptura de familia» entre el gobierno del PSOE y la UGT. En ambos casos observaremos que la posición de Felipe González siempre se debatió tanto en la distinción weberiana entre la ética de la convicciones y la ética de las responsabilidades, como entre los costes

de oportunidad de las políticas y los costes de oportunidad políticos. Si bien ambas actuaciones no quebraron la figura mítica y carismática de González, sí fueron el fermento que posibilitó las críticas posteriores sobre la base estructural socialdemócrata del discurso del líder carismático. Por otro lado, la significación del GAL y los casos de corrupción sí influyeron en la imagen carismática y taumatúrgica de Felipe González. Ambos sucesos —más la corrupción que el GAL—, convenientemente amplificadas e, incluso, distorsionadas por los medios de comunicación, pueden ser considerados como la *lacra* del proyecto regeneracionista y socialdemócrata de Felipe González, ya que como afirma Joaquín Leguina: «lo que hizo especialmente significativa esta ilegalidad fue el constituirse ante la opinión pública en un *delito de lesa democracia*, pues atacaba la base misma del sistema»¹. Pero, más allá de las palabras de Leguina, cabe añadir que no sólo fue un delito contra la democracia, sino la quiebra/desaparición misma de los fundamentos básicos del discurso mítico de González. No obstante, a pesar del daño provocado por la corrupción y el GAL sobre la base misma del liderazgo carismático, fue la «conspiración» y su intento de acabar, por todos los medios posibles, con el felipismo —en tanto en cuanto régimen político— y con Felipe González, la que posibilitó la progresiva pérdida de carisma del líder socialista entre el amplio espectro de seguidores —aunque, como veremos, igualmente provocó el cierre de la comunidad liderada carismáticamente—. Por tanto, analizaremos todos estos factores por la incidencia especial en la figura realizada en la figura e imagen carismática de Felipe González, lo que nos permitirá comprender al personaje en toda su dimensión.

1.) EL DEBATE SOBRE LA OTAN Y LA RELACIÓN CON LOS SINDICATOS: LOS COSTES DE OPORTUNIDAD POLÍTICOS Y DE LAS POLÍTICAS.

El análisis que realizamos en este momento no tiene una valoración respecto a la aplicación de una política u otra. Permanecer en la OTAN y espaciar el diálogo social con los sindicatos puede favorecer o no desde una perspectiva vertical, mas desde una

¹Joaquín Leguina, *Los ríos desbordados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994, pág. 18.

perspectiva horizontal y/o global, existe un análisis de fondo que va más allá de los aspectos cuantitativos y/o cualitativos de la ejecución de políticas públicas o acuerdos supraestatales. En este caso no vamos a escudriñar si la permanencia en la Alianza Atlántica ha sido o no positiva, sino la valoración ciudadana respecto al cambio de posición de Felipe González y los principios defendidos. Respecto a los sindicatos, no valoraremos la utilización o no del neocorporativismo por parte del gobierno socialista, sino el impacto que ha tenido la ruptura en la «familia socialista», la cual desembocaría en las huelgas generales habidas en España bajo mandato socialista, especialmente el 14-D. Ambos aspectos del análisis nos ayudarán a comprender las justificaciones de Felipe González mediante los costes de oportunidad de las políticas y los costes de oportunidad políticos; también podremos analizar la forma de ejercer el liderazgo por parte de González y su relación con la ética de las responsabilidades. Por consiguiente, nos interesa analizar, desde un punto de vista simbólico, la valoración de estas dos acciones dentro del espectro de la izquierda y de la ciudadanía en general, que desencadenó cierto desencanto por parte de aquellos y la confrontación entre visión/proyecto (ética de las convicciones) y realidad/práctica política (ética de las responsabilidades).

1.1. *La OTAN.*

La posición de Felipe González y el PSOE respecto a la entrada, y posteriormente la permanencia en la OTAN, era clara y muy acorde a los deseos de la población española². Como vimos en el capítulo anterior, Felipe González se mostró partidario de la no pertenencia a alguno de los bloques militares (OTAN y Pacto de Varsovia), aunque esto no impedía el establecimiento de relaciones con la Alianza

²Al menos de forma externa así parecía, ya que como recuerda Pablo Castellano: «Fernando Baeza me relató cómo el presidente del Gobierno noruego en una reunión internacional le había ofrecido expresamente a González poner el veto de su gobierno a la petición de ingreso de España en la OTAN que había hecho Calvo Sotelo, y cómo González le había rogado que no lo hiciera, por estimarlo inevitable, aunque él tuviera que mantener oficialmente, por sus resoluciones partidistas, por razones electorales y oportunistas, frente a la galería y de momento, otra posición». Pablo Castellano, *Yo sí me acuerdo*, Madrid, Temas de Hoy, 1994, pág. 350. El acontecimiento narrado por Castellano nos fue ratificado por el mismo interlocutor en una entrevista personal.

Atlántica³. Una vez que el gobierno de Calvo Sotelo integró a España en la OTAN, la postura de Felipe González y el PSOE sería la proposición de convocar un referéndum para dirimir la permanencia o la salida en/de la OTAN, aunque era claro —hasta 1983 al menos— que el gobierno socialista apoyaría la salida. Los ciudadanos del espectro izquierda, influidos por el PSOE y el PCE y la tradición antiestadounidense, tenían presente que el gobierno del líder socialista propondría la salida de España de la OTAN y evitaría así estar bajo dominio de la potencia imperialista hegemónica de Occidente. Pero, sin embargo, Felipe González, una vez al mando del gobierno, cambiaría de opinión y decidió permanecer dentro de la organización militar, no tanto por un coste de oportunidad de las políticas como por un coste de oportunidad político. Debemos, pues, analizar con detenimiento el proceso.

1.1.1. *El debate sobre la OTAN: un proceso de cambio.*

La posición del PSOE, tras su llegada al gobierno, no varió en un primer momento, así a principios de mayo de 1983, el vicepresidente Alfonso Guerra manifestó que en el referéndum sobre la OTAN «el resultado está cantado: no a la permanencia en la OTAN»⁴; incidiendo en que el PSOE haría «campana para que no esté en la OTAN, y creo personalmente que ganaremos los que pensamos que la soberanía e independencia nacionales pasan por no estar en la OTAN»⁵. En julio de ese mismo año las palabras de Felipe González no daban a entender la permuta en la posición pública ya que España, según González, tenía una inequívoca posición occidentalista, lo que no impedía salir de la

³ Recordemos las palabras de Felipe González: «Nunca nos hemos opuesto a la OTAN. Lo que estamos es en contra de que España se integre en la OTAN, lo cual es diferente. No solamente somos nosotros, sino toda la Internacional Socialista quien está a favor de la desaparición de los bloques militares. Pero mientras los bloques militares existan, no tenemos ninguna objeción ideológica sobre la existencia de la OTAN. Desde un punto de vista de seguridad y de defensa no hay necesidad de que España entre en la OTAN. Nuestro partido se ha comprometido a celebrar un referéndum sobre la permanencia en la OTAN» (*Time*, 25 de octubre de 1982). También merece ser recordado que Felipe González no iba a romper los acuerdos bilaterales con EEUU: «Nos oponemos de manera radical a toda ruptura del estado o nivel actual de los compromisos de España en relación con los bloques, como pretende hacer el gobierno caminando hacia la OTAN» (*El País*, 29 de julio de 1980).

⁴*El País*, 6 de mayo de 1983.

⁵*El País*, 7 de mayo de 1983.

OTAN⁶. Incluso cuatro ministros socialistas habían manifestado su intención de no permanecer dentro de la Alianza Atlántica: Javier Solana, José María Maravall, Ernest Lluch y Julián Campo. Sin embargo, en una entrevista celebrada en febrero de 1983 Felipe González ya había demostrado cierta ambigüedad al respecto cuando afirmaba que, mientras España permaneciese en la OTAN sería un aliado fiel, aunque «yo creo que no debemos integrarnos en la estructura militar de la OTAN. Si conseguimos mantener nuestra autonomía podremos seguir dentro de la OTAN sin atarnos las manos»⁷, dejando la celebración del referéndum para cuando «lo permita la política internacional y convenga a los intereses de España»⁸. Estas declaraciones pasaron desapercibidas a causa de la expropiación de RUMASA el 23 de febrero de 1983, pero demostraban que Felipe González no decía que sí a la salida, ni todo lo contrario. Por su parte, las encuestas demostraban que el 49% de los ciudadanos estaban contra la permanencia de España en la OTAN. Sin embargo, la posición de Felipe González cambió públicamente en 1984, cuando se mostró favorable a la permanencia en la Alianza Atlántica.

La sutileza y ambigüedad de Felipe González en las palabras utilizadas, le permitieron dar un giro copernicano a sus posturas. Por ejemplo, en 1982 manifestaba al periodista José Luis Gutiérrez: «Yo no soy anti-OTAN y quiero dejarlo claro. Lo que ocurre es que estoy en contra de que España no saque nada positivo de su integración»⁹. Este argumento sería el fundamento legitimador del *Decálogo*, presentado en el Congreso de los diputados, por el gobierno el 23 de octubre de 1984. Aprovechando el debate sobre el *estado de la nación*, Felipe González intentaba legitimar su decisión gracias al consenso posible del hemiciclo parlamentario. El «decálogo» sobre política de seguridad y paz defendía principalmente:

«a. Mantenimiento de la situación actual respecto de la Alianza Atlántica, es decir, permanencia sin incorporación a la estructura militar integrada. b. Mantenimiento de la

⁶Citado en Victoria Prego, *Los presidentes*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000, pág. 245.

⁷ABC, 22 de febrero de 1983.

⁸Ibídem.

relación bilateral con los EEUU, pero con una progresiva disminución de la presencia militar. *c.* Desnuclearización del territorio español, sin excluir la firma en el futuro del Tratado de No Proliferación Nuclear. *d.* Esperanza de que España participase en el futuro en la Unión Europea Occidental. *e.* Reivindicación de Gibraltar, en función, entre otras razones, de la pertenencia de España a la Alianza Atlántica. *f.* Protagonismo español en los foros internacionales en los que se trataran temas de desarme. *g.* Estrechamiento de las relaciones bilaterales con otros países de la Europa occidental en materia de cooperación defensiva. *h.* Elaboración del Plan Estratégico Conjunto»¹⁰.

Sin embargo, la búsqueda de *legitimación por consenso* no encontró apoyo parlamentario. El PCE se negó alegando que estaban a favor de la salida y la supresión de todas las bases militares estadounidense; AP se negaría porque era claramente partidaria de la integración de España en la estructura militar integrada y, por contra, no deseaba la disminución de efectivos militares estadounidenses en suelo español.

Al no conseguir el consenso legitimatorio del parlamento, Felipe González decidió lograr el apoyo de su partido para obtener cierto refrendo a sus posiciones —es decir, imponer su propia voluntad al partido—, las cuales estaban argumentadas sobre la base de la ética de las responsabilidades. Como ha observado Consuelo del Val Cid, después de haber practicado durante cinco años la ideología, el PSOE estaba haciendo política de gobierno y ésta le obligaba a convocar un referéndum que se enfrentaba a las

⁹*Diario 16*, 3 de octubre de 1982, citado en José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, *La ambición del César*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pág. 323.

¹⁰Celestino del Arenal, «La posición exterior de España» en Ramón Cotarelo (comp.), *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*, Madrid, CIS, 1992, pág. 415. El «decálogo», en versión reducida, es éste: «**1º** España pertenece a la OTAN y participa de los órganos de la misma. **2º** España no se incorporará a la estructura militar integrada. **3º** Se procederá a un ajuste de menor presencia de las fuerzas de EEUU en territorio español, país con el que se mantiene la relación bilateral. **4º** No a la nuclearización de España. **5º** Se mantiene la prohibición de pruebas nucleares y no se excluye la firma del NPN. **6º** Se espera que España participe en la UEO. **7º** España tiene en su territorio una colonia británica y debe avanzarse hacia la solución definitiva de este problema, teniendo en cuenta la pertenencia de España a la OTAN. **8º** Trabajar activamente en la Conferencia Europea de Desarme. **9º** Continuar el desarrollo de una red de convenios bilaterales de cooperación defensiva con otros países europeos, sin constituir tratados de alianza. **10º** Finalizar la elaboración del Plan Estratégico Conjunto».

enseñanzas de la práctica política¹¹. Es decir, la práctica de gobierno obligaba a Felipe González a decantarse por las responsabilidades, no por las convicciones —que, en términos políticos, no variaban mucho en el caso de González—. Sin embargo, el PSOE no adoptó mayoritariamente esa posición. Tanto los sindicalistas y políticos cercanos a Nicolás Redondo como la corriente de Izquierda Socialista se manifestaban contrarios a la permanencia en la OTAN. Debemos, pues, realizar un breve apunte de las posiciones de Izquierda Socialista.

En primer lugar, los miembros de Izquierda Socialista, frente a las críticas de tercermundismo, se reafirmaban en un socialismo que participa de los valores de Occidente, tales como la defensa de los derechos humanos y la democracia representativa, lo que no podía ser visto como un apoyo al capitalismo avanzado, ni como un apoyo a uno de los dos bloques militares. Por esta razón, creían estar defendiendo una mentalidad para la paz, es decir, la no militarización del pensamiento y/o la ideología. La consecución/realización, por un lado, del proyecto ilustrado, y la defensa y lucha, por otro, de un socialismo que no se desvincula de su deseo de emancipación, podía perfectamente servir a la causa de la paz —«entre bloques» principalmente—, sin necesidad de permanecer en la OTAN. En segundo lugar, manifestaban los miembros de Izquierda Socialista que no era posible, dada la composición socioeconómica de la OTAN, ser una alternativa al bloque militar occidental desde dentro de la propia organización, porque el proceso conducía a la satelización y la imposibilidad de no integrar a España en la estructura militar integrada.

«La posibilidad de permanecer en la OTAN sin integrarnos en su aparato militar es enormemente frágil por las siguientes razones: en el supuesto de que se produjera una victoria de la derecha o un gobierno de coalición tras las próximas elecciones, las fuerzas conservadoras apostarían por una integración plena en la OTAN. En segundo lugar, porque de la misma manera que es hoy un acto de gran trascendencia política denunciar el Tratado mañana lo será el permanecer eternamente (¿?) en la Alianza recibiendo

¹¹Consuelo del Val Cid, *Opinión pública y opinión publicada: los españoles y el referéndum de la*

información sobre algunos planes estratégicos, nucleares y militares, sin asumir ninguna responsabilidad»¹².

Y en tercer lugar, no podían creer que existiese un vínculo entre la permanencia en la OTAN y el ingreso en la CEE, relación psicológica que había sido argumentada por Felipe González con insistencia¹³.

Por su parte, Felipe González había manifestado en la ponencia de política exterior del 30º Congreso del PSOE que, a pesar de que él no habría solicitado el ingreso en la OTAN, en ese momento podía tener mayores costes la salida que la permanencia. Además, la posición del gobierno, haciendo uso de la justificación a través de los costes de oportunidad, había cambiado radicalmente aduciendo que permanecer en la OTAN ayudaría a superar el aislamiento español y potenciaría la modernización de España. Además, la mencionada relación entre la OTAN y la CEE sería el argumento utilizado por los intelectuales y articulistas favorables a la permanencia. Así, Víctor Pérez-Díaz manifestaba: «Si el *no* prevaleciera crearíamos una crisis política grave para la Alianza. Y lo haríamos justo en el momento en que Europa ha aceptado nuestra solicitud para incorporarnos al Mercado Común y a la Comunidad Económica Europea. Habríamos dicho *sí* a los beneficios económicos a largo plazo de estar en Europa y *no* a la contrapartida de seguridad en materia de defensa»¹⁴. La pretensión del presidente del gobierno era compartir el *destino* con los países europeos para evitar el aislamiento, el atraso económico y la falta de libertad¹⁵. Esta argumentación sería recogida por Luis García San Miguel —quien calificaba a los partidarios de la salida de *tercermundistas*— y por Xavier Rubert de Ventós¹⁶, mas la clave se encuentra en la palabra «destino», como ahora veremos. En términos generales, el debate sobre la OTAN concretó que permanecer en la Alianza

OTAN, Madrid, CIS, 1996, pág. 213.

¹²Antonio García Santesmases, «PSOE y OTAN», *Leviatán*, nº 17, otoño 1984, pág. 66.

¹³*El País*, 22 de septiembre de 1984.

¹⁴Víctor Pérez-Díaz, «Razones para un *sí* o el lado serio de la tragicomedia», *Diario 16*, 23 de febrero de 1986.

¹⁵*El País*, 9 de marzo de 1986.

¹⁶Luis García San Miguel, «El trasfondo político del referéndum», *Diario 16*, 7 de marzo de 1986; y Xavier Rubert de Ventós, «Alianza Atlántica: por qué, para qué», *El País*, 26 de enero de 1986.

Atlántica favorecería el asentamiento democrático de España, especialmente por la inmersión de las Fuerzas Armadas españolas en una organización supraestatal¹⁷; apoyar la permanencia en la OTAN ayudaba a incentivar la modernidad y la apertura al mundo deseada; permanecer en la OTAN suponía —antes de la firma del Tratado de adhesión— entrar en la CEE. En general, se aducía para justificar el cambio de opinión un coste de oportunidad político derivado de su vinculación con la CEE y, en menor medida, para asentar la democracia.

1.1.2. *El ejercicio del liderazgo y el referéndum de la OTAN.*

Tras haber logrado la aprobación parlamentaria del «decálogo» y la anuencia del partido —aunque en ninguno de los dos casos las pretensiones *a priori* se plasmaron— respecto a la permanencia en la OTAN¹⁸, Felipe González necesitaba convencer a la ciudadanía española durante la campaña electoral de las ventajas derivadas de la permanencia —alguna ya apuntada—. El paso previo al inicio de la campaña fue potenciar las intervenciones en TVE de los intelectuales y personajes famosos en favor de la OTAN —en una clara manipulación del ente público en favor de una de las posturas que, además, se le reprocharía constantemente al vicepresidente del gobierno Alfonso Guerra— y valorar positivamente los artículos de opinión de los columnistas pro-OTAN. Desde muy distintos ámbitos ideológicos se valoró positivamente la permanencia en la OTAN durante 1985 y principios de 1986. Por otro lado, se negaba la credibilidad de los intelectuales y los famosos que se posicionaban frente a la postura del gobierno. Los dirigentes socialistas también intentaron convencer a los dirigentes de otros partidos sobre la necesidad de que expresasen su posición favorable a la permanencia. Lograron el acuerdo con Jordi Pujol y José Antonio Ardanza, presidentes de Cataluña y País Vasco respectivamente, aunque

¹⁷Joaquín Arango en Tom Burns Marañón, *Conversaciones sobre el socialismo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, pág. 103.

¹⁸La actuación de la ejecutiva y los dirigentes de la oligarquía del PSOE fue una clara demostración de autoritarismo, pudiéndose encontrar: irregularidades durante las votaciones (Pablo Castellano, op. cit., pág. 378); o presiones de los dirigentes, denunciadas por Nicolás Redondo, para que los delegados votasen

éstos no expresaron mandato algunos a sus respectivos votantes. Sin embargo, el acuerdo con Manuel Fraga, líder de AP, no se logró y éste persistió en la posición de fomentar la abstención, pese a la presión de los principales países occidentales, y todo por una cuestión de nepotismo¹⁹. La oposición observó que si Felipe González perdía el referéndum tendría difícil repetir mandato, aunque ninguno parece ser que previó la posibilidad de ganarlo pese a las encuestas. Por consiguiente debía ser el PSOE —y especialmente Felipe González— quien llevase el peso de la campaña en solitario, sin la certeza de que los votantes conservadores y/o pro-OTAN fuesen a participar en el referéndum.

Si alguien ganó el referéndum, ése fue Felipe González. Pese a la influencia positiva de todo lo expuesto anteriormente, y que conformó el ambiente favorable a las posturas del gobierno, el salto cualitativo está imbricado con el carisma del líder socialista. En primer lugar, supo aprovechar la relación CEE-OTAN en favor de la permanencia en la organización militar —Julián Santamaría y Mercedes Alcover han acertado al situar como factor fundamental en la decisión del voto a la relación establecida por los ciudadanos entre la permanencia en la OTAN y el ingreso en la CEE²⁰—, aunque en ningún momento lo afirmó de manera rotunda, sino a través de insinuaciones de carácter psicológico²¹. En segundo lugar, planteó una permanencia en la Alianza Atlántica basada en los

favorablemente las tesis de Felipe González (Richard Gillespie, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pág. 441).

¹⁹Según narra Jorge Verstrynge, Manuel Fraga se opuso a apoyar al PSOE, en la campaña del referéndum sobre la OTAN, porque el gobierno no aceptaba a su cuñado (Carlos Robles Piquer) como comisario europeo, al no considerarlo como una persona válida para ese puesto (*Memorias de un maldito*, Barcelona, Grijalbo, 1999, pp. 215-219).

²⁰Julián Santamaría y Mercedes Alcover, *Actitudes de los españoles ante la OTAN*, Madrid, CIS, 1987, pág. 23.

²¹«Sin explicitarse, se vincula la entrada de España en las Comunidades a su permanencia en la OTAN. Fuentes diplomáticas indican que ese encuentro sella un pacto de sangre —con el anuncio de un serio compromiso sobre la Alianza Atlántica de por medio entre González y Kohl, que será pilar para la historia posterior de ambos países y de Europa: facilitará la unificación alemana y fundamentará las futuras políticas de cohesión y mediterránea de la Comunidad.

»“La cuestión de la OTAN jamás se planteó sobre la mesa de las negociaciones”, reconstruye Marín, “pero estaba no sólo en la atmósfera, sino en las conversaciones de pasillos; hubo alusiones indirectas en algunas visitas bilaterales: ‘si ustedes tuvieran una concepción distinta de la seguridad...’, insinuaban”. En este juego destacan los italianos, deseosos de reforzar el flanco sur de la Alianza». Xavier Vidal-Folch, «La

compromisos fundamentales del «decálogo», lo cual le sirvió para presionar a EEUU en la firma del tratado bilateral de cooperación. En tercer lugar, la vinculación entre la OTAN y la CEE tenía un componente racional que fue aprovechado por Felipe González —«Estar en la CEE implicaba ser solidarios en los aspectos económicos y de seguridad y defensa occidentales»—, pero también tenía un componente emocional —«compartir el *destino* con los países occidentales»—, que fue sutilmente aprovechado por el líder del PSOE. Si la vinculación racional entre la permanencia en la OTAN y la integración en la CEE tenía una fuerte influencia exógena —es decir, los países europeos reclamaban que la integración debía ser total, aunque implicase dejar las posturas neutralistas—; la vinculación emocional se dirigía endógenamente a los arquetipos colectivos de los españoles. El deseo de apertura al mundo y de europeizar España del mito regeneracionista, implícito en el discurso de Felipe González, suponía que la modernidad buscada, aquí en materia de asuntos exteriores, se encontraba imbricada en compartir el destino de los países europeos o, dicho de otra manera, de formar parte activa de Europa. El líder socialista incidió durante toda la campaña en este aspecto con el objetivo de trasladar a los españoles el dilema sobre la elección entre los deseos generales, reflejados en el mito regeneracionista, y los deseos particulares, el neutralismo y el antiamericanismo. Por consiguiente, a imagen y semejanza de él mismo, esperaba el presidente del gobierno que los españoles se decidiesen por los aspectos generales y no los particulares, esto es, la defensa del interés general por encima de la ética de las convicciones²². Y, en cuarto lugar, Felipe González utilizó la táctica de situarse él como dilema ante los ciudadanos²³. El líder socialista, en vista de que los resultados de los sondeos internos del PSOE indicaban el empate técnico entre el «sí» y el «no», decidió utilizar su carisma y prestigio personal para desequilibrar la balanza en su favor, preguntando en TVE «¿Quién gestionará el No?». De esta forma planteaba a los

larga marcha hacia Europa» en Santos Juliá, Javier Pradera y Joaquín Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, Madrid, Taurus, 1996, pág. 658.

²²*El País*, 25 de febrero de 1986.

²³José María Maravall, «Democracia y socialdemocracia. Quince años de política en España», *Sistema*, nº 100, enero 1991, pág. 54.

ciudadanos un último dilema, pues el referéndum se tornaba en plebiscitario²⁴. En ningún momento afirmó que dejaría la presidencia del gobierno o que renunciaría a ser reelegido, pero sutilmente, para aumentar la participación —o la abstención del «no»— y favorecer al «sí», transmitió la idea de que votar negativamente en el referéndum suponía no sólo abandonar la OTAN, sino también abandonar el «proyecto de cambio» al prescindir de la persona en que éste se encontraba encarnado y lo estaba llevando a cabo. Para algún crítico esta táctica significaba escamotear el debate político²⁵, mas resultó totalmente efectiva para los intereses del gobierno, y entroncaba con la larga tradición de plebiscitos realizados por líderes carismáticos para lograr sus propósitos —recuérdese el referéndum de Charles de Gaulle—. Además, y este es un dato a tener en cuenta por su simbolismo, la escenificación de los mítines también ayudó a potenciar la figura carismática de Felipe González. El escenario donde se celebraban los mítines era de enormes dimensiones —dos veces más grande que los normales, con un atril central de similares características al atril del Congreso de los diputados (con escaleras a los lados), pero muy elevado del público—, escenario el cual magnificaba y dotaba de un aura mística al orador. Era muy parecido a los escenarios ideados por Goebbels para los discursos de Hitler —aunque ambas situaciones en nada se parecen, tan sólo en la potenciación del carisma del líder—, copia a su vez de los púlpitos eclesiásticos, pero de eficientes resultados simbólicos. La imagen de Felipe González contrastaba fuertemente con la imagen un tanto destartada de la plataforma anti-OTAN, proyectándose dos imágenes contrapuestas: una de eficacia y modernidad; y otra de chapucería y tercermundismo. De esta forma se transmitía a los ciudadanos, por comparación, una imagen de incapacidad para la gestión del gobierno de los miembros de la plataforma anti-OTAN. Frente a esta alternativa —la posición sustentada por AP todavía tenía demasiados residuos del pasado franquista—, se situaba un partido en el gobierno capaz y responsable que podía renunciar a sus propios deseos en favor del interés general. Es decir, si el gobierno pierde la votación «¿se puede dejar el

²⁴Santos Juliá, *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pág. 268.

²⁵Pablo Castellano, op. cit., pág. 396.

gobierno en manos de los ex-franquista o de unos incapaces?» —se decía implícitamente—.

1.1.3. *El referéndum y sus consecuencias.*

El resultado final fue favorable a la posición del gobierno²⁶. Los parabienes llegaron desde todas las cancillerías occidentales y, a veces con tardanza, desde el interior de España. Leopoldo Calvo Sotelo manifestaría lo siguiente en sus memorias políticas: «A partir de esa tardía conversión del PSOE, España deja, por fin, de ser *distinta* y entra en el juego aburrido de la incipiente comunidad occidental, salvo esporádicas fintas exteriores de pandereta y de navaja en la liga con las que Alfonso Guerra entretiene a la franja izquierdista de su electorado, a costa de algún que otro jirón de prestigio nacional»²⁷. El prestigio interior y, sobre todo, exterior de Felipe González aumentó considerablemente mientras que Manuel Fraga con su postura de ambigüedad —adoptada por presiones exógenas al debate político— iniciaba su declive político nacional, ya que antepuso intereses particulares —derrotar al gobierno porque la cuestión nepotista no tuvo trascendencia pública en aquellos momentos— a intereses generales por encima de los propios principios de su partido. También el PCE, que se transformaba en IU por la confluencia de los miembros de la plataforma anti-OTAN, salía reforzado del envite electoral al haber sabido agrupar al sector izquierdista del espectro, utilizando argumentos que iban más allá de la clase social —convergerían posiciones de clase, de forma de Estado, postmaterialistas, etc.—. Lógicamente el PSOE salía reforzado cualitativamente,

²⁶Tenían derecho a voto 29.025.494 españoles, de los cuales ejercieron su derecho 17.246.458 (59'4%) —por lo tanto, la abstención fue de un 40'5%—. Los votos favorables fueron 9.054.509 (52'49%); los votos en contra 6.872.421 (39'84%); los votos en blanco 1.127.673 (6'53%); y los votos nulos 191.855 (1'11%). La distribución territorial del voto fue la siguiente: el «sí» venció en Andalucía, Extremadura, Castilla-La Mancha, Madrid, Castilla-León; Baleares, Asturias, Cantabria, La Rioja, Aragón, Murcia y País Valenciano; el «no» venció en Cataluña, País Vasco, Canarias y Navarra. En Galicia, por su parte, la abstención fue mayor a la participación. Equip de Sociología Electoral, «El referéndum del 12 de marzo de 1986 sobre la permanencia de España en la OTAN y sus consecuencias para el sistema político», *REP*, nº 52, 1986, pp. 183-200.

pero dentro de este reforzamiento había cuestiones negativas. Si hasta el momento del referéndum el PSOE dependía en buena parte de su líder, aunque existía un grupo amplio de *príncipes* que tenían su influencia, a partir del referéndum el PSOE quedó totalmente subsumido en la figura de Felipe González, el cual aumentó su poder personal en todos los niveles.²⁸ El PSOE estableció una fortísima dependencia con su líder, porque él había ganado el referéndum, y los españoles habían votado «sí» porque González personalmente se lo había pedido. Afirma un analista que «durante el referéndum su liderazgo adquirió algunos de los elementos atribuidos por Max Weber a los dirigentes carismáticos en las democracias plebiscitarias, fenómeno que iría *in crescendo* a lo largo de la década»²⁹. Parte de razón le asiste a Powell, pero Felipe González no adquirió algunos elementos carismáticos, él ya era un líder carismático en 1982. Lo que sí se produjo fue la compactación del grupo de seguidores bajo la figura del líder socialista. Si en 1982 el carisma de Felipe González fortalecía el discurso del PSOE, a partir de 1986 sería el líder socialista quien encarnaría a la comunidad, no sólo al partido. Además, tal vez quepa la excepción de las elecciones de 1986, a partir de ese momento las elecciones generales adquirirían rasgos plebiscitarios, especialmente las de 1993 y 1996. Centrándose, igualmente, la política nacional en la persona de González, y oscureciendo parcial o totalmente a los demás dirigentes socialistas —la política interna del PSOE también se centraría en su figura—.

¿Qué aspectos negativos tuvo el referéndum? La escritora Belén Gopegui ha plasmado perfectamente los sentimientos de parte de los votantes socialistas:

«A tenor de sus principios no dejaba de ser sarcástico que el partido más votado en España, el que parecía romper al fin con el pasado régimen, con la continuidad de ideas y de nombres, asentara su éxito en su capacidad de teñir de negro lo que antes fuera blanco.

²⁷Leopoldo Calvo Sotelo, *Memoria viva de la transición*, Barcelona, Plaza & Janés/Cambio 16, 1990, pág. 123.

²⁸Como ejemplo valgan las manifestaciones de Jorge Verstrynge: «En 1986 [...] Felipe era, casi literalmente, España. [...] Felipe era entonces Dios». Op. cit., pág. 235.

²⁹Charles Powell, *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, pág. 372.

Sarcasmo, burla, escarnio y también la creación de un penoso precedente. Eso le preocupaba [a Jacinto Mena], aun cuando semejante vuelco de opinión fuera un experimento impagable para su pequeña ciencia. Los principios, sin embargo, no estaban sujetos a ninguna realidad concreta. Donde antes se decía neutralidad ahora se decía responsabilidad, donde antes se decía paz ahora también se decía paz. *Paz, Europa, modernidad, una generación, la de Jacinto Mena, que se sentía llamada a cuidar de los españoles y españolas*»³⁰.

En ciertas ocasiones la literatura muestra perfectamente el sentir de los ciudadanos de un país³¹, y la cita de Gopegui refleja, sin lugar a dudas, el pensamiento de muchos españoles en 1986. Votar en contra de los propios principios, como hicieron muchos españoles, supuso una verdadera prueba de confrontación entre la ética de los principios y la ética de las responsabilidades, pero más contundente fue observar cómo el PSOE podía permutar los principios éticos en favor de la responsabilidad de gobierno, o en favor del interés general. No es que anteriormente las reformas estructurales no hubiesen supuesto una misma actuación política, al contrario, lo habían supuesto pero desde una perspectiva que beneficiaría a largo plazo a la totalidad de los ciudadanos. Sin embargo, permanecer en la OTAN no se entendía desde un punto de vista de costes/beneficios, sino desde una perspectiva moral o ética de neutralismo pleno. Tras una dictadura militar que fue, en parte, sufragada por los EEUU —como pensaban los españoles de izquierdas—, los ciudadanos de España habían interiorizado un fuerte rechazo a todo aquello que estuviese imbricado en lo militar. Por eso, el impacto de decidirse por el interés general en este caso, suponía un desgarró interior considerable para muchos, lo que se puede calificar como uno de los aspectos negativos del referéndum y que se volvería en contra del partido socialista con el transcurso del tiempo. El propio Felipe González ha reconocido la dificultad interior a la que sometió a los españoles:

³⁰Belén Gopegui, *Lo real*, Barcelona, Anagrama, 2001, pág. 262 (la cursiva es nuestra).

³¹Para otra interpretación literaria del referéndum de la OTAN, vid. Francisco Umbral, *El socialista sentimental*, Barcelona, Planeta, 2000, pp. 84-89.

«Fue un trauma. Lo fue, lo fue, sin duda. En política uno tiene que aprender, ¿no?, y tiene que saber que hay cosas que es bastante razonable consultar porque los ciudadanos se sienten bastante libres para decir “sí” o “no”. Pero hay cosas que sólo se pueden incluir en un paquete [...] “Yo tengo que sentirme libre para criticarle a usted si decide A o decide B, pero, claro, si me priva de la libertad para criticarle porque me encaja a mí la responsabilidad, usted me está violentando. Tome usted la responsabilidad, no me la delegue”. De todas maneras, cuando produces una frustración así, cuando obligas a la gente a votar en contra de su estado de ánimo y sólo por racionalidad, eso lo pagas»³².

Otro de los aspectos negativos para el PSOE, derivado del referéndum sobre la OTAN, fue la deuda económica generada por los costes de la campaña y que, a diferencia de otras elecciones, no era posible recuperar gracias a los votos obtenidos. Esta deuda sería, principalmente, la causante del «caso Filesa» de financiación irregular del PSOE. Por último, la victoria en el referéndum y la posterior victoria por mayoría absoluta en las elecciones generales de 1986, provocó en algunos dirigentes socialistas un sentimiento de superioridad mayor al que tenían entonces y que, en ciertas situaciones, se observó como un claro signo de prepotencia. Todos estos rasgos se acusaron en el apoyo electoral, ya que el PSOE comenzó a declinar dentro de las preferencias de las clases medias y las capas urbanas. En general, dejar la política totalmente dentro del campo de las responsabilidades sin tener en cuenta los principios, magisterio que se ofreció en 1986, resultaría peligrosa y negativa, ya que ciertos cargos y dirigentes socialistas cumplían con sus responsabilidades perfectamente, pero en el campo interno o privado demostraban no tener principios, como se pudo comprobar con los casos de corrupción. Igualmente, la falta de reacción ante los primeros casos de corrupción y los primeros indicios de financiación ilegal eran vistos por los ciudadanos como una carencia de principios. Sin embargo, la lección más clara que obtuvieron los ciudadanos es que los gobiernos pueden romper algunas promesas con un gran arraigo en el interior del tejido social, y que son compartidas por el propio partido en el gobierno antes de la toma de decisiones. La solución más eficaz en ese momento hubiese sido reconocer que el PSOE se había equivocado en sus apreciaciones y que era el

³²Victoria Prego, op. cit., pág. 251.

momento de seguir perteneciendo a la OTAN. Sin duda, este argumento hubiese provocado un menor trauma en la población española, pero, tal vez, hubiese dado mayores argumentos a la oposición.

1.2. *La relación con los sindicatos.*

Al igual que aconteció con el referéndum de la OTAN, el enfrentamiento con los sindicatos por parte del gobierno socialista provocó una herida dentro del espectro ideológico socialista o de centro-izquierda. Pero lo más significativo fue la ruptura entre el PSOE y la UGT. La tradición de ambas organizaciones hasta 1982 había sido de total hermandad. Los dirigentes de una y otra organización duplicaban, en muchas ocasiones, los cargos en las ejecutivas de ambas. Durante la clandestinidad y oposición al franquismo se puede decir que ambas organizaciones eran «una»³³. Con el comienzo de la transición a la democracia las dos organizaciones comenzaron a diversificar y especializar sus funciones, pero dentro de un ámbito de colaboración que se mantuvo hasta la elaboración del programa electoral de 1982. Sin embargo, la acción de gobierno quebró la hermandad socialista a partir del debate sobre las pensiones o de la reforma de la Seguridad Social. El *Acuerdo Económico y Social* (AES) pasó por momentos de tensión entre los tres grupos representados: gobierno, patronal y UGT —CCOO no participó—. Finalmente se logró un acuerdo el 8 de octubre de 1984. A partir de ese momento serían más perceptibles «las diferencias de fondo con las principales orientaciones de la política que estaba desarrollando el Gobierno socialista»³⁴. Empero, las primeras tensiones surgieron nada más llegar el PSOE al gobierno y reclamar la UGT la legislación inmediata de las cuarenta horas de trabajo semanales. La respuesta gubernamental fue el retraso en la aplicación de esa norma. Pero la disputa no se fundamentaba sólo en la realización de políticas públicas, también había detrás una serie de posicionamientos que son los que nos interesan en este

³³Para un mayor análisis de las relaciones entre la UGT y el PSOE véase: Richard Gillespie, op. cit.; Santos Juliá, *Los socialistas en la política española. 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1996; José Félix Tezanos, *Historia ilustrada del socialismo español*, Madrid, Sistema, 1993; y Manuel Tuñón de Lara (dir.), *Historia del socialismo español*, Barcelona, Conjunto, 1989 (5 vols.).

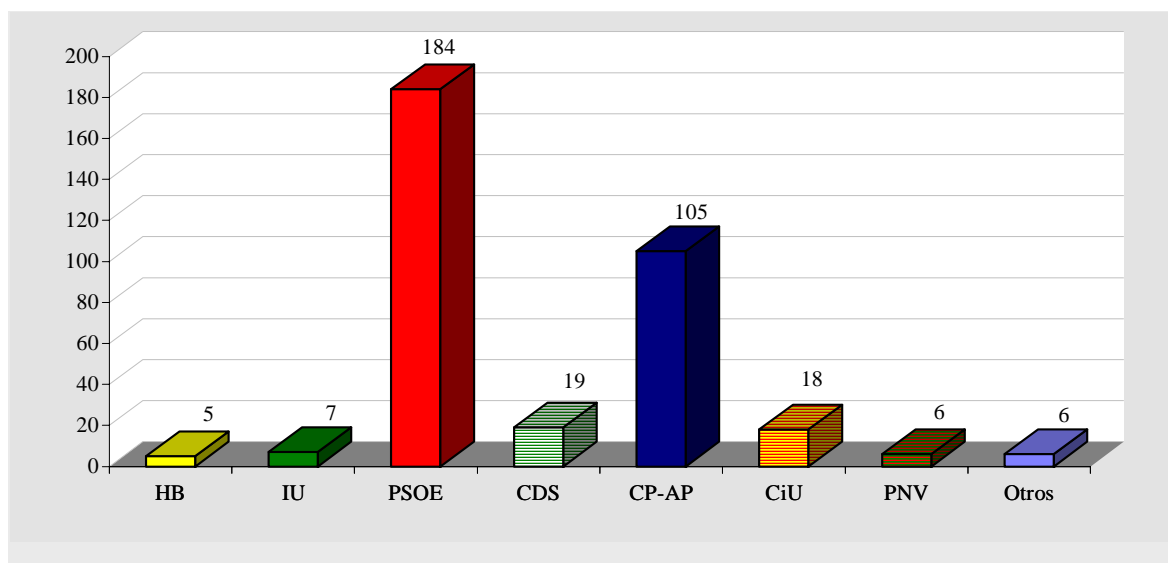
³⁴Joaquín Almunia, op. cit., pág. 175.

momento. La pugna entre sindicato y gobierno incluía elementos políticos, ideológicos, estratégicos e, incluso en un tiempo posterior, personales.

1.2.1. *Los elementos del enfrentamiento: política, ideología y estrategia.*

La quiebra de la «unidad familiar» entre PSOE y UGT era latente desde 1984, pero su primera manifestación fue la negativa de Nicolás Redondo y José María Zufiaur a votar contra las enmiendas a la totalidad de la oposición en el debate parlamentario sobre la ley de pensiones; y la segunda fue la resolución del 33º Congreso confederal de la UGT en favor de la salida de España de la OTAN, que fue ratificada en la reunión del Comité Confederal celebrado los días 30 y 31 de enero de 1986 en Madrid. Sin embargo, los resultados electorales de 1986 (vid. gráfico 10.1) incidirían en fomentar el papel de la UGT como oposición al gobierno debido a la fractura existente y la legitimación del sindicato socialista. AP no lograba superar el nivel de escaños de 1982 —el llamado «techo Fraga»—; IU, la formación donde se había encuadrado el PCE, ascendía gracias al empuje del referéndum sobre la OTAN, pero todavía se encontraba muy lejos de ser una alternativa;

GRÁFICO 10.1. *Resultados elecciones generales de 1986 (escaños)*



Fuente: Elaboración propia sobre datos del Ministerio del Interior.

el CDS de Adolfo Suárez aumentó el número de diputados, pero sin posibilidad de ejercer la función de partido bisagra como era su deseo; y el intento del PRD de Garrigues Walker y Miquel Roca, auspiciado por la patronal y CiU como apuesta centrista, fue un fracaso total. Esta situación provocó que los sindicatos asumieran una función que, dentro del contexto occidental, no le era propia en esa época. El modelo de sindicato configurado en la transición política y que ha contado con el favor de los trabajadores «se aproxima más al de carácter reivindicativo en el ámbito de la empresa, autónomo y no subordinado a las fuerzas políticas, que al modelo de carácter político y concebido como agente de cambio social»³⁵. El gobierno del PSOE no siguió una política neocorporativista, a excepción del AES, sino que, bajo la creencia de estar llevando a cabo un proyecto histórico de cambio, optó por la implementación de políticas sin apenas diálogo social y/o parlamentario. Todas estas condiciones conformaron, como hemos dicho, un ambiente interior que permitía, e incluso favorecía, la asunción por parte de los sindicatos, con mayor incidencia de la UGT³⁶, del *rol de oposición política*. ¿Por qué los sindicatos ejercieron ese papel sumamente político? Normalmente, los sindicatos de finales del siglo XX no asumían con especial énfasis el rol de ser una organización de lucha política por la superación del sistema capitalista o, cuando menos, por su transformación. El pacto post-1945 ciertamente les dotó de un poder fuerte como agentes socioeconómicos, pero no como agentes plenamente políticos —salvo los sindicatos anarquistas o algunos comunistas—. Sin embargo, la aceptación por parte de la sociedad de que los sindicatos son los representantes de la clase trabajadora «ha permitido que los sindicatos disfrutaran de un peso moral añadido, y una estatura moral considerable en la esfera pública»³⁷. Esa «estatura moral» es la que habilitó a los sindicatos como «oposición política» al gobierno del PSOE.

³⁵Manuel Mella, «Los grupos de interés en la consolidación democrática» en Ramón Cotarelo (comp.), op. cit., pág. 334.

La huelga general del 14 de diciembre de 1988 —comúnmente conocida como 14-D— no sólo fue una huelga sindical, calificativo que se puede adjuntar a las siguientes dos huelgas del período socialista —la primera de media jornada el 28 de mayo de 1992 y la segunda completa el 27 de enero de 1994—, sino que fue una «huelga política»³⁸. Se recuperaba para la historia española la *Huelga General Pacífica* (HGP) —que tanto esperó, y nunca consiguió, el PCE como proceso de transformación y superación de la dictadura franquista— como fórmula de protesta política. Persistía en la mente de los españoles los graves altercados provocados por la convocatorias de huelgas en el primer tercio del siglo XX. Aquellas, en muchas ocasiones, fueron huelgas revolucionarias y políticas, aunque también muchas de ellas reivindicativas. No obstante, la huelga del 14-D, coordinada por la UGT, iba a ser una huelga reivindicativa —contra el plan de empleo juvenil— y política —en el sentido de oposición—. Los argumentos que esgrimían los dirigentes del sindicato socialista eran de dos tipos: por un lado, aducían su legitimidad para convocar una huelga, tanto parcial como general³⁹; y, por otro lado, la UGT podía argüir en su favor una política sindical moderada y pragmática en su relación con la patronal y el gobierno⁴⁰. Además, políticamente hablando, la UGT no era favorable a la convocatoria de una huelga general como medida de oposición sino como reivindicación, tal y como aconteció en 1985 a raíz de la ley de pensiones: «¿Qué menos podíamos hacer que una serie de manifestaciones pidiendo que no se llevara a cabo esta reforma? Llegamos a discutir lo de la huelga general y en aquel momento confieso que hubo sectores que la querían. Pero pensamos que si se empieza por una huelga general se puede

³⁶En las elecciones sindicales de 1982, la UGT obtuvo el 36'37% de los delegados sindicales y CCOO el 33'4%. En las siguientes elecciones, la opción ugetista ascendió hasta el 40'9% de los delegados frente a un 34'5% de CCOO.

³⁷Víctor Pérez-Díaz, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pág. 333.

³⁸Antonio García Santesmases, *Repensar la izquierda*, Barcelona, Anthropos, 1993, pág. 330.

³⁹Nicolás Redondo en Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 215.

⁴⁰El profesor Mella destaca que los rasgos más sobresalientes de la UGT fueron: «la defensa de una política salarial moderada y solidaria, supeditada a la creación de empleo; el apoyo a las secciones sindicales frente a los comités de empresa de carácter asambleario; y, en general, una concepción moderada de las relaciones laborales y una política flexible en las negociaciones colectivas». Manuel Mella, op. cit., pág. 336.

acabar en cualquier cosa»⁴¹. Los dirigentes ugetistas no deseaban que se calificase a la huelga del 14-D como forma de oposición, como se fomentaba desde el gobierno del Estado, pues ésta era una forma de restar legitimidad a las demandas sindicales⁴². Pero la huelga, lo desearan o no, se convirtió en una huelga política.

Políticamente se produjo una fractura entre el PSOE y la UGT que se confirmó al dejar de ser condición necesaria, según los estatutos de aquel, la doble militancia en el 32º Congreso del partido socialista en 1990. Pero la verdadera fractura se produjo en el plano ideológico, moral y estratégico. Afirmaba Nicolás Redondo en 1992:

«La profunda desviación ideológica y programática del propio Gobierno. Yo creo que no hay nadie que se crea, salvo el propio Gobierno, que es un Gobierno socialista. ¿Qué caracteriza a un Gobierno progresista? Una gran paciencia, una gran capacidad de negociación y una voluntad de negociar. Yo creo que eso no caracteriza, de verdad, a este Gobierno.

»En estos diez años de gestión del Gobierno ha habido profundos claros y oscuros. Los errores económicos tardan en superarse, pero se superan. Lo que es mucho más difícil de superar son las desviaciones ideológicas y culturales. Sobre todo cuando se crea esa cultura de que aquí se puede ganar mucho dinero en poco tiempo»⁴³.

Así, desde el sindicato socialista se calificó la política gubernativa de *abrazo aristocrático* —de igual manera que se calificó la forma de actuación de Ramsay MacDonald en Gran Bretaña en 1924—, pero no por el posible interclasismo del PSOE —algo asumido y aceptado por la propia UGT—, sino «porque parecían sentir una fascinación por la élite y

⁴¹Nicolás Redondo entrevista en Mariano Guindal y Rodolfo Serrano, *Nicolás Redondo: el sindicalismo socialista*, Madrid, Unión Editorial, 1986, pág. 165.

⁴²Nicolás Redondo manifestaba: «Es que era indeseado nuestro papel de oposición política. No lo queríamos porque tenemos una función como sindicato. Los ministros confrontaban la legitimidad de las urnas con las huelgas generales, pero ¿por qué? Nosotros tenemos tanta legitimidad para convocar una huelga, que es un derecho constitucional, como la legitimidad que las urnas le dan a los partidos». Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 215.

⁴³«Perfil de una década», *El País*, 28 de octubre de 1992, pág. 18.

hacia el poder financiero y económico»⁴⁴. La concesión moral a los sindicatos por parte de los ciudadanos favorecía las críticas ugetistas hacia Felipe González. Pero también existe una ruptura estratégica entre UGT y gobierno: «En nuestra relación con el partido nunca ha habido problemas de urgencia o de ritmo. Lo que queremos es una orientación. Si las cosas tardan treinta años en conseguirse en vez de quince, pues tardan treinta, pero hay que mantenerse en esa dirección, en ese camino, para conseguirlas»⁴⁵. Para Carlos Solchaga la estrategia que quería implementar Nicolás Redondo era particularista y personal: «Redondo fiel a su visión del mundo parecía pensar que los responsables políticos y de las administración tendrían que seguir sus sugerencias y las del sindicato»⁴⁶. Según Solchaga la diferencia esencial se debía a dos formas de entender la socialdemocracia y la relación con los sindicatos, la clásica que encarnaría Redondo y la innovadora que se incardinaria en la figura de Felipe González⁴⁷. Por consiguiente, siguiendo la argumentación de Solchaga, la actitud de González y del gobierno socialista frente al sindicato estaba justificada como medio de evitar la situación que llevó a James Callaghan, Primer ministro laborista, en 1979 a convocar elecciones generales, que ganó Thatcher, por su enfrentamiento con el Trade Union Congress⁴⁸. Al contrario, lo que defendía Nicolás Redondo era la autonomía sindical, sin mermar la colaboración entre gobierno y sindicato socialista, y la defensa de una política progresista diferenciada. Para Redondo el PSOE ha realizado una política radicalmente diferente a la posición progresista: «[El gobierno del PSOE] Ha defendido el individualismo y la economía de casino: aquella que propicia ganar el mayor dinero posible en el menor tiempo. Ha puesto como único objetivo de la política económica el combate contra la inflación a costa del paro y de la desestabilización industrial. [...] Ha abjurado del Estado del bienestar sin haber hecho siquiera un esfuerzo serio por implantarlo, [...] se ha asumido el discurso antisindical: el de pregonar que las

⁴⁴Nicolás Redondo en Tom Burns Maraño, op. cit., pág. 212.

⁴⁵Ibidem.

⁴⁶Carlos Solchaga, *El final de la época dorada*, Madrid, Taurus, 1997, pág. 148.

⁴⁷Ibidem, pág. 147.

⁴⁸Para una mayor información sobre este suceso vid. Tony Cliff y Donny Gluckstein, *The Labour party, a marxist history*, London, Bookmarks, 1996.

organizaciones de defensa de los trabajadores son un factor no de cohesión y de avance social, sino de freno y obstáculo para el crecimiento de la economía»⁴⁹.

Ésta ha sido la crítica general del enfrentamiento entre el gobierno del PSOE y el sindicato UGT. Ahora bien, el éxito del 14-D entronca con una reacción/protesta de tipo ético por la forma de actuación gubernamental —prepotente y alejada de la ciudadanía, algo completamente a lo demostrado cuando el PSOE estaba en la oposición⁵⁰—, más que por causa del intento de modificación de las políticas llevadas a cabo⁵¹. Este tipo de reacción explica por qué las otras dos huelgas promovidas por las centrales sindicales no tuvieron tanto éxito, alguna supuso un fracaso incluso, como la huelga del 14-D. Los ciudadanos canalizaron sus demandas hacia el gobierno a través de la huelga, mientras que en 1992 y 1994 o bien dejaron las demandas en manos de los partidos políticos, o bien se negaron a participar por culpa de los ataques personalistas que estaban recibiendo Felipe González y el PSOE. En detrimento de los sindicatos, existe una causa estratégica que, como ha analizado Santos Juliá, se encontraba implícita en el rechazo a la aplicación del plan de empleo juvenil: la posibilidad de que con esta ley los sindicatos perdieran el control del acceso al mercado de trabajo de los jóvenes y, por ello, poner en peligro su propia supervivencia a medio plazo⁵². Como ha analizado el profesor Juliá, los sindicatos utilizaban la huelga para salvar ciertos privilegios adquiridos, aunque creemos que, con ser una de las motivaciones internas, no era la principal motivación. La recuperación del diálogo social y la institucionalización de los conflictos propios del sindicalismo español de finales del siglo XX⁵³, era una motivación mayor que la anterior, aunque no podemos descartar que existieran *aspiraciones ocultas* dentro de los sindicatos en aquella fecha.

1.2.2. *Significado y simbolismo del enfrentamiento gobierno/sindicatos.*

⁴⁹Nicolás Redondo, *El sindicalismo de clase en el movimiento obrero*, Madrid, Escuela Julián Besteiro, 1993, pág. 43.

⁵⁰Joaquín Almunia, op. cit., pág. 244.

⁵¹Santos Juliá, *Un siglo de España. Política y Sociedad*, pág. 270.

⁵²Santos Juliá, *La desavenencia. Partidos, sindicatos y huelga general*, Madrid, El País-Aguilar, 1989, pág. 66 y ss.

Son numerosos los significados que podemos destacar del enfrentamiento, pero podemos encuadrarlos en dos bloques: los significados generales y los significados coyunturales. Dentro del primer bloque —el segundo ha sido analizado anteriormente— el profesor Maravall acierta al señalar que, pese a que en ciertos momentos las demandas sindicales eran de carácter corporativo, la ruptura erosionó la cohesión social existente, debilitando el impulso reformista que intentaba llevar a cabo el gobierno socialista, pues se ponían en duda los apoyos explícitos a su proyecto⁵⁴. Esta pérdida de apoyo explícito se corroboró en 1989 cuando la UGT se negó a pedir el voto en favor del PSOE por primera vez en la historia de ambas organizaciones. Otra causa de carácter general fue la legitimación moral que UGT y, especialmente, Nicolás Redondo dieron a las críticas sobre la acción de gobierno en materia socioeconómica. Se acusaba al gobierno de Felipe González de estar llevando a cabo políticas neoliberales o thatcherianas o reaganistas, y los sindicatos legitimaron tales críticas haciendo imposible cualquier tipo de justificación por parte del gobierno. Los costes de oportunidad de las políticas quedaron en parte deslegitimados, aunque los ciudadanos españoles tenían perfecta consciencia de que aquello era cierto. Un analista como Paul Kennedy, ha afirmado que el PSOE persiguió políticas económicas indistinguibles de aquellas que los conservadores españoles hubiesen perseguido, y en el mismo sentido que las aplicadas en aquellos años en Europa occidental⁵⁵. Pero más importante, desde un plano simbólico, fue la contraposición de figuras entre Redondo y González. El líder sindical tenía una aura especial por varias razones. En primer término, fue la persona que posibilitó el acceso de Felipe González a la primera secretaria del PSOE en el congreso de Suresnes, cediendo un puesto que la mayoría de delegados tenía asignado al sindicalista vasco, en lo que se ha venido en llamar el *pacto del Betis*. En segundo término, había demostrado una capacidad de diálogo sumamente valorada por los ciudadanos, cediendo en algunas cuestiones durante las negociaciones pero sin renunciar a sus principios ideológicos socialdemócratas. Y en tercer

⁵³Manuel Mella, «Los grupos de presión en la transición política» en José Félix Tezanos, Ramón Cotarelo y Andrés de Blas (eds.), *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1993, pág. 161.

⁵⁴José María Maravall, *Los resultados de la democracia*, pág. 225.

término, había mantenido la defensa de los trabajadores frente a un gobierno de su mismo partido. Por lo tanto, mantenía una imagen de hombre ético y con principios. Los medios de comunicación observaron que al ser Nicolás Redondo el único «político» que había hecho oposición al gobierno y que en las elecciones de 1989 persistía el apoyo mayoritario sobre el PSOE, optaron por oponer ambas imágenes en un intento de que la imagen de Felipe González sufriese un desgaste mayor al de la práctica política de gobierno. Se intentaba contraponer la imagen carismática de Felipe González con la imagen, según los medios de comunicación, mística de Redondo con el fin de quebrar la figura carismática del líder socialista. Posteriormente, durante la «legislatura de la crispación», la figura de Redondo se ensalzaría aún más recogiendo sus declaraciones contra González —que se entendía por parte de la oposición como la expresión de la verdad de un hombre pío del socialismo— y exaltando su figura como la de un *verdadero socialista*, frente a la figura de «traidor» del presidente del gobierno.

También este enfrentamiento tuvo ciertos significados para los propios sindicatos. Si la primera huelga general se vio como una fórmula de protesta contra las políticas liberales del gobierno de Felipe González, las siguientes convocatorias no tuvieron esa misma consideración. Por un lado, según algunos ciudadanos las demandas eran consecuentes y necesarias para frenar la ofensiva neoliberal del gobierno socialista. Pero, por otro lado, otros ciudadanos entendieron que las reivindicaciones, pese a ser justas, se incardinaban dentro de la lucha contra la persona de Felipe González, especialmente cuando los propios sindicatos consentían dentro de las empresas ciertas tropelías y se firmaban convenios colectivos bastante más restrictivos o menos progresistas que ciertas demandas al gobierno. También influyó en el descrédito de los sindicatos su ductilidad respecto a algunas políticas llevadas a cabo por el PSOE, como la ley de pensiones que se criticó con dureza —exigiendo unas condiciones poco realistas con el proyecto de transformación del PSOE— en un principio, y posteriormente se defendían con firmeza. Igualmente afectó a la UGT la quiebra de la *sociedad cooperativa PSV* debido

⁵⁵Paul Kennedy, «The PSOE» en Donald Sassoon (ed.), *Looking left. European socialism after the*

a una especulación del suelo. Los sindicalistas culparon al gobierno de haber presionado para que no se les concediese una serie de créditos para obtener liquidez y así terminar los proyectos, con el argumento de que esa actitud era un ajuste de cuentas por las huelgas y por su enfrentamiento personal con Nicolás Redondo. Sin embargo, para los cooperativistas las culpas eran tanto de unos como de otros, lo que ayudó a cimentar la fama de corruptos de los socialistas en general. Además, esta forma de actuación conlleva una serie de peligros para los sindicatos que explica muy bien el porqué de la pérdida de autoridad moral y presencia social. Como afirma Antonio García Santesmases, existen ciertos peligros que no se pueden minusvalorar: «Sindicatos orgullosos de la autosuficiencia sindical, centrados en la defensa de los trabajadores con empleo, alejados de las capas medias que huyen hacia el corporativismo abominando los sindicatos de clase y alejados también de los trabajadores en paro o de infraclases que no se encuentran representados por las organizaciones sindicales»⁵⁶. En general, Felipe González resultó afectado a corto y medio plazo por la ruptura de familia que se simbolizaba en una revisión del mito de los gemelos, sólo que en este caso el hermano bueno era Redondo y el malo Felipe González. Y los sindicatos se verían afectados a largo plazo, más si cabe, al llegar a acuerdos con el gobierno del PP y restablecer el diálogo social, pero en general por haber desempeñado un papel político cuando la sociedad no lo demandaba o post-1988.

2.) LA RAZÓN DE ESTADO Y EL GAL: TERRORISMO DE ESTADO (LA LACRA DEL PROYECTO DE FELIPE GONZÁLEZ I).

La ruptura con los sindicatos afectó profundamente la imagen de Felipe González a partir de 1988 sobre todo, pero no fue el factor fundamental que actuó contra el proyecto socialista. Las justificaciones a través de los costes de oportunidad de las políticas o políticos, la complejidad de la agregación de demandas en las sociedades

Cold war, London, I.B. Tauris, 1997, pág. 107.

⁵⁶Antonio García Santesmases, *Ética, política y utopía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pág. 146.

occidentales⁵⁷, o los fines generales contrarrestaban en parte los daños colaterales del enfrentamiento. Igualmente sucedía con la OTAN y los principios neutralistas, dañaban la imagen progresista, pero no la destruían total o parcialmente. Sin embargo el *caso GAL* sí ha dañado fuertemente los principios esenciales del socialismo, o simplemente democráticos, que se encuentran en el ideario del PSOE. Es la parte de lacra del proyecto mítico de Felipe González junto con la corrupción, es decir, el pecado cometido por el héroe prometeico que echa por tierra todas las cosas buenas que se habían hecho hasta el momento. En este punto analizaremos brevemente la teoría de la razón de Estado y su implicación no tanto con el liderazgo, como con el ejercicio del poder en el gobierno. Posteriormente pasaremos al análisis del «caso GAL» presentando los antecedentes, la formación y actuación, el proceso judicial y, lo más importante, la reacción de Felipe González frente al caso desde la esfera moral y la esfera de la responsabilidad política.

2.1. Breve estudio sobre la razón de Estado: ¿pueden los gobernantes actuar libremente?.

Los planteamientos teóricos sobre la razón de Estado no acuerdan el punto de partida de la aplicación teórica y/o teorización del tema. Para algunos pensadores la razón de Estado, entendida como disciplina que justifica las posibles excepciones a los principios morales legitimadores o a la justicia para defender y proteger el bien público o la comunidad, siempre ha existido. Una segunda posición manifiesta que, si la razón de Estado tan sólo puede ser comprendida como una postura estratégica que justifica las transgresiones al asociarse a un saber técnico sobre la política, es indudable que el inicio se

⁵⁷El profesor Paramio explica que «la diferenciación social lleva a las personas a moverse simultáneamente en varias situaciones sociales (en el trabajo, en el consumo, en el ocio, como residentes, como ciudadanos) y multiplica las *identidades sociales posibles*. Esta variedad situacional priva de un anclaje único las preferencias personales, y se traduce en un auge de identidades colectivas (culturales, lingüísticas, étnicas, organizaciones o movimientos de objetivo único). Ahora bien, las identidades colectivas deben entenderse como metapreferencias u ordenaciones de las preferencias individuales. Su multiplicación equivale por tanto a la multiplicación de los ejes de preferencias, no a un mayor número de demandas agregables sobre un mismo eje». Ludolfo Paramio, «Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias», *Revista Española de Ciencia Política*, nº 1, octubre 1999, pág. 91.

debe situar en Maquiavelo y el maquiavelismo* . Por último, existe una tercera posición para la cual la razón de Estado es, ni más ni menos, que un producto del vínculo entre la postura estratégica maquiavélica y un orden legitimatorio superior y una entidad estatal protectora. Entonces el nacimiento de la disciplina cabría situarlo en los teóricos de la razón de Estado⁵⁸. Existen, pues, tres posibles conceptualizaciones de la razón de Estado. Cuando analizamos dentro del marco teórico el posicionamiento de Maquiavelo respecto al liderazgo y al descubrimiento de la política de masas frente a la monarquía hereditaria, ya expusimos que *El Príncipe* era un libro técnico pero que contenía numerosos argumentos morales como para descartar los adjetivos descalificadores de Leo Strauss sobre el pensador florentino como *maestro del mal* y *profundamente anticristiano*. Observamos también que «con Maquiavelo, fueron descartados los eufemismos, y el Estado fue directamente encarado como una suma de poder, cuyo perfil era el de la violencia»⁵⁹. Sin embargo, persistir en el pensamiento maquiavélico desvirtuaría la concepción de la razón de Estado y su posible implicación con el «caso GAL», aunque los críticos de González adujeran que su actuación estuviera marcada por la máxima maquiavélica —aquí sí es peyorativa la expresión— «El fin justifica los medios». Lo que, por cierto, es falso en el caso del escritor florentino, pues no todos los fines justificaban algunos medios —a parte de que la frase no es suya—. Empero, dentro del proceso de erosión del líder socialista se pretendía asimilar la imagen de Felipe González a la de un «teórico maldito».

Volviendo al marco estrictamente conceptual y/o teórico. Como ha analizado perfectamente el profesor Del Águila, la razón de Estado fue evolucionando, en parte, como un proceso antimaquiavélico bajo el presupuesto de situar un bien común o una argumentación moral de orden legitimatorio, con el fin de lograr la armonización de las sociedades dentro del Estado. Pronto, el bien común pasaría a transmutarse en justicia, siguiendo la máxima de Kant *salus reipublicae suprema lex*, y surgiría la impecabilidad, la

* **N. de los A.** La palabra maquiavélico, en cualquiera de sus acepciones, es utilizada en el texto sin ningún tono peyorativo y en concordancia a la doctrina de Maquiavelo.

⁵⁸Rafael del Águila, *La senda del mal. Política y razón de Estado*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 92-94.

⁵⁹Sheldon S. Wolin, *Política y perspectiva*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, pág. 238.

cual «suponía la elusión de las escisiones, el alejamiento de las elecciones dilemáticas, la armonización de tensiones mediante la huida a otro reino (la ética, por ejemplo) en el que brilla la perfecta armonía entre bien común y justicia»⁶⁰. Sin lugar a dudas, con esta teorización se supuraba la *herida maquiavélica*, y se daba paso a las diferentes teorizaciones sobre la justicia y el Estado que llegan hasta nuestros días. Sin embargo, la política en las sociedades democráticas no puede quedar plenamente inserta dentro de la ley, pues sería una forma de alienar la propia política, es decir, la ley no es un supremo intocable. Existen, por consiguiente, márgenes para otro tipo de análisis, porque caben transgresiones al orden jurídico que podrían estar justificadas por un orden moral como fórmula de armonización, pero no siempre. Por ejemplo, una revolución puede no justificarse por medio de la ley, pero sí sobre la base de principios éticos que intentan acabar con una clase política corrompida y oligarquizada. Bien es cierto que son pocos los casos excepcionales donde las motivaciones éticas permiten transgredir el orden de la justicia ordinaria en las sociedades democráticas, mas es necesario recordar que hay que «desembarazarse de la pretensión contemporánea de diluir la democracia en derecho, la política en seguridad racional, el debate y el pluralismo en consenso total e inclusivo. Una política libre no puede convivir con la seguridad racional, sino con la prudencia y la virtud»⁶¹. Ciertamente las palabras del profesor Del Águila son elocuentes y sirven para que podamos presentar un marco para el análisis de nuestro caso de estudio.

El análisis del «caso GAL» puede enfocarse a la vista del marco teórico en dos frentes: la moral y la ley. Dentro del marco moral, conviene que recordemos que el modelo maquiavélico se estructuraba dentro de un contexto de frecuente inestabilidad, por lo que los principios morales eran de difícil observación. Como perfectamente resume Wolin: «Cuando un gobierno actuaba dentro de un medio estable y seguro, debía atenerse a las virtudes aceptadas, tales como compasión, buena fe, honestidad, humanitarismo y religión. En estas circunstancias, la ética pública y privada eran idénticas. La segunda preocupación

⁶⁰Rafael del Águila, op. cit., pág. 200.

⁶¹Ibídem, «Política, derecho y razón de Estado», *Revista Española de Ciencia Política*, nº 3, octubre 2000, pág. 28.

de Maquiavelo fue, sin embargo, señalar que, debido a que casi todas las situaciones políticas eran inestables y propensas a cambiar constantemente [...] adoptar las reglas de la moralidad aceptada era ligar la conducta propia a un conjunto de hábitos permanentes; pero la rigidez de comportamiento no se adecuaba a las veleidades de un mundo ilógico»⁶². Por lo tanto, debemos analizar la persistencia de una igualdad entre virtudes públicas y privadas en las sociedades occidentales. Básicamente son dos las formas de pensamiento en relación con la razón de Estado: el pensamiento implacable y el pensamiento impecable. El *pensamiento implacable*, aquel que está íntimamente ligado con la razón de Estado de Maquiavelo, cree que la máxima prioridad está en el bien público, por tanto cualquier trasgresión (vidas humanas, crueldad, injusticia, etc.) se justifica por la seguridad del Estado/Comunidad sobre la base de ese fin superior que es el bien común⁶³. Es decir, es plausible bajo este tipo de pensamiento la trasgresión de la moral o la justicia siempre y cuando se logre el bien común —cualquiera que éste sea—. Aunque, no todos los medios son admisibles ya que, según una lectura republicana, «no todo vale. Sólo vale lo que funciona. Y sólo funciona aquello que resulta compatible con el mantenimiento y desarrollo de la libertad. Así, las consecuencias integran ciertos principios y deben ser juzgadas de acuerdo con ellos. Todo esto modula, por así decirlo, el nivel de trasgresión tolerable»⁶⁴. Por su parte, el *pensamiento impecable* difiere sustancialmente del anterior. Para los defensores de este tipo de pensamiento la armonía se encuentra presente aquí, por lo que la afirmación de principios, la justicia, la ética y/o la moral es la única forma de acción política⁶⁵. Por consiguiente, ningún tipo de trasgresión está justificada por el logro del bien común, algo que ya se tiene. Las posibles diferencias internas se dilucidarán a través de la racionalidad y sólo la racionalidad, siendo la ética una especie de imperativo categórico que debe mantenerse a cualquier precio. Javier Muguerza explica perfectamente el sentido del pensamiento impecable respecto a los medios y los fines:

⁶²Sheldon S. Wolin, op. cit., pág. 243.

⁶³Rafael del Águila, *La senda del mal*, pág. 165.

⁶⁴Ibidem, «Política, derecho y razón de Estado», pág. 17.

⁶⁵Ibidem, *La senda del mal*, pág. 192.

«Lo que el recíproco condicionamiento entre medios y fines revela no es que los fines sean indiferentes cuando se da una coincidencia de los medios —como no ha faltado quien sostenga que es el caso del socialismo y del fascismo— sino sencillamente que los medios no son indiferentes en la persecución de ningún fin, y que tanto sobre los unos como los otros recae el juicio moral [...] considerándolo o no, los medios más decentes no justificarán jamás un fin indecente, y por lo mismo, un fin decente no justificará tampoco nunca el recurso a medios indecentes»⁶⁶.

Ahora bien, ¿cuál es la posición del ciudadano ante estos dos tipos de pensamiento? Sin lugar a dudas, existen ciudadanos implacables y ciudadanos impecables, pero por regla general la virtud privada individual se debate, frente a las escisiones sociales, entre uno y otro tipo de pensamiento. Igualmente ocurre con la opinión pública y/o los medios de comunicación. La evolución de las sociedades occidentales ha fomentado el desarrollo de un nuevo tipo de individuo que prima el hedonismo. La sociedad postmoderna, o sociedad moderna con anomia, es aquella en la que «reina la indiferencia de masa, donde domina el sentimiento de reiteración y estancamiento, en que la autonomía individual no se discute, donde lo nuevo se acoge como lo antiguo, donde se banaliza la innovación, en la que el futuro no se asimila ya a un proceso ineluctable»⁶⁷. Dentro de este tipo de sociedades el individuo muestra una cara impecable y esconde una faz implacable en la gran mayoría de los casos. En su rol de ciudadano se muestra impecable exigiendo del resto de ciudadanos una elevada moral en el comportamiento; en su rol de individuo privado y hedonista actúa implacable o impecablemente según convenga a la satisfacción de sus deseos. Por ejemplo, puede mostrarse impecable frente al terrorismo de Estado en su país y, a la vez, alabar el mismo terrorismo en el extranjero o alabar el bombardeo de un país lejano en favor de un fin nada bueno ni común. Puede exigir de sus gobernantes una estricta observación moral y a su vez defraudar a Hacienda. Este es el ciudadano tipo de las sociedades occidentales. Pero los gobernantes ¿deben ser impecables o implacables? Para el jurista Luis María Díez-Picazo los gobernantes deben

⁶⁶Javier Muguerza, *Desde la perplejidad*, Madrid, FCE, 1990, pág. 406.

⁶⁷Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1998, pág. 9.

ser impecables y atenerse a la ley, porque hay dos tipos de comportamientos ilícitos de especial gravedad política: aquellos delitos que implican la violación de los derechos fundamentales y la corrupción. Además, deben ser aplicados como criminalidad gubernativa todos los delitos cometidos por los gobernantes⁶⁸. Esta es una opinión estrictamente impecable respecto a los gobernantes, mas nada se dice de los políticos de la oposición, de la opinión pública en general, de los grupos de presión o de los ciudadanos. Si la moral y la justicia deben ser los órdenes superiores de los gobernantes, es lógico que también sea así para el resto de los ciudadanos e instituciones. No puede ser que se exija al presidente de un gobierno una moralidad que el demandante no contempla. Por esta razón, es necesario que los ciudadanos se percaten de que «ellos también son responsables del nivel de moralidad pública imperante en su país»⁶⁹. Porque dejar en manos de la justicia penal la resolución de los conflictos daña gravemente la democracia.

2.2. *El GAL: una forma de razón de Estado.*

Una vez conocidas las sentencias del caso «Segundo Marey»⁷⁰ ha quedado probada la implicación de altos cargos gubernamentales del PSOE en la actuación del GAL, lo que supone una clara quiebra entre práctica política y ética socialista. En este caso no sirven las apelaciones a la ética de las responsabilidades frente a la ética de las convicciones, pues se trata de la financiación y mantenimiento de una organización terrorista dentro de un Estado democrático y de derecho, y además se enfrentan completamente con los principios del socialismo democrático. Junto a la corrupción, el caso GAL ha supuesto, aunque con numerosas contradicciones internas, la quiebra de la figura mítica y carismática de Felipe González, tanto por contravenir los principios éticos

⁶⁸Luis María Díez-Picazo, *La criminalidad de los gobernantes*, Barcelona, Crítica, 1996, pág. 14.

⁶⁹Ibíd., pág. 167.

⁷⁰José Barrionuevo, Rafael Vera y Julián Sancristobal fueron condenados, en sentencia firme de 29 de julio de 1998 (Sala Segunda del Tribunal Supremo), como autores de un delito de detención ilegal, en concurso ideal medial con otro de malversación de caudales públicos, a 10 años de prisión e inhabilitación absoluta. Barrionuevo y Vera fueron indultados por el Consejo de Ministros presidido por José María Aznar, lo que demuestra que sus convicciones respecto al terrorismo de Estado no eran firmes, sino circunstanciales.

del discurso como por demostrar la incapacidad taumatúrgica del líder para solventar los problemas. Una frase de González resume perfectamente el sentido del GAL:

«Cuando se hizo una campaña feroz del GAL, *olvidándose por completo de que hubo una guerra sucia “antes y después del parto”*, incluso en plena campaña nunca se hizo al margen de la corrupción. Se mezclaron y se mezclan las dos cosas sistemáticamente, porque son asuntos que se retroalimentan, *aunque era más repugnante la corrupción que la guerra sucia, digo desde el punto de vista de la gente*»⁷¹.

En la cita del líder socialista caben destacar tres aspectos claves: a) la justificación del GAL como continuidad; b) la imbricación entre terrorismo de Estado y corrupción; y c) una ciudadanía de acuerdo con las medidas adoptadas. Estos tres aspectos nos ayudarán a comprender mejor el significado general del GAL en su faceta erosionadora del carismático Felipe González.

Como se recoge en la cita de Felipe González, antes de la formación del GAL existió terrorismo de Estado o grupos antiterroristas auspiciados y financiados por el gobierno, concretamente desde 1974. El GAL fue una continuación en actos y personas de ATE, del BVE, de AAA (o Triple A), y del GAE. Grupos formados por policías españoles, mercenarios extranjeros de grupos fascistas como *Ordine Nuovo*, *OAS* o Triple A argentina, y personas del hampa y los bajos fondos. Estos grupos había cometido 46 atentados en España y Francia, y 2 atentados en EEUU y Venezuela desde 1974 hasta 1982 —por lo tanto, bajo el mandato de los siguientes ministros del Interior: Manuel Fraga Iribarne, Rodolfo Martín Villa, Antonio Ibáñez Freire y Juan José Rosón—, con el resultado de 31 muertos, 36 heridos y 3 secuestrados. Por consiguiente, la justificación de González era que el GAL tan sólo había sido la continuación de lo hecho por los gobiernos anteriores, y que el PSOE había desarticulado el grupo terrorista —lo que es completamente cierto—. Pero la continuidad solamente era una de las justificaciones expresadas. Igualmente se aducía que los actos para acabar con ETA eran similares a los

⁷¹Victoria Prego, op. cit., pág. 289 (la cursiva es nuestra).

efectuados por otros gobiernos de países occidentales contra la *Baader Meinhoff* (Alemania), las *Brigadas Rojas* (Italia), o la *OAS* (Francia). Es decir, se habían utilizado en España los mismos medios que en Europa para los mismos fines. Otro tipo de justificación de la actuación del GAL era que, gracias a los atentados realizados en Francia, se conseguiría el apoyo del gobierno francés en materia antiterrorista, el cual hasta el momento había mantenido que ETA era un problema solamente español —el ministro francés del Interior (Gaston Defferre) llegó a manifestar en 1983 que ETA era similar a la resistencia francesa—. De ahí que la cifra de atentados realizados en Francia fueran de treinta y ocho, frente a uno en España. La última justificación esgrimida para la actuación del GAL tiene que ver con el intento de asentar la democracia sin depurar totalmente los servicios policiales y contener al Ejército⁷². En resumen la justificación del GAL se situaría en tres parámetros: continuidad, similitud, cooperación y salvación de la democracia. Ahora bien, ¿es el GAL justificable o asumible desde una perspectiva implacable, mixta o impecable? Esta pregunta es la que vamos a responder en el siguiente epígrafe.

2.2.1. *El caso GAL: opinión pública y análisis.*

En la cita que utilizamos al comienzo del apartado analítico del GAL, Felipe González presumía que la ciudadanía española toleraba, en cierto sentido, la existencia del uso de la mala razón de Estado. Es decir, que los ciudadanos españoles en su mayoría eran «implacables». Sin embargo, la realidad muestra que han existido tanto ciudadanos implacables como impecables, y son estos dos tipos de pensamiento los que vamos a analizar. Comenzando por el *pensamiento implacable*, y sobre la base de los fines que determinaron la acción, cabe decir que el terrorismo de Estado no logró su propósito

⁷²Jorge Verstrynge lo ha explicado con nitidez: «Un día, yo ya en el PSOE, afirmé que Felipe se estaba inmolando a sí mismo por otros en el tema GAL. Ojalá no se tenga que cumplir ese pronóstico, pero quise decir que González asumió para sí, o al menos accedió a tolerar por un tiempo —cuando hubiera podido dejar ese menester a los militares, que tan deseosos estaban de depender directamente del monarca— las consecuencias del “pacto del capó” del 23-F. Si Felipe lo hizo por preservar lo que tenemos de

principal, pero sí alguno secundario. Por un lado, las fuerzas reaccionarias de España (sociales y policiales) obtuvieron cierta contraprestación de incentivos colectivos al demostrar que un gobierno del PSOE podía ser tan duro con los terroristas como un gobierno de derechas o dictatorial. Sin embargo, la forma de reconducir a este tipo de personas fue errática ya que debieron primar los aspectos racionales antes que los aspectos emocionales, es decir, el uso de la razón en la defensa de las virtudes prácticas y éticas del sistema democrático debían haber sido transmitidas de manera pedagógica, no a través de la continuidad de los malos usos. Por lo tanto, si bien se contentó a las capas más reaccionarias de la población española —franquistas, fascistas, ejército, cuerpos policiales, etc.— con los actos del GAL, los principios democráticos fueron avasallados. Como afirma Joaquín Almunia: «Creo que la superioridad moral de la democracia es un valor incomparablemente más eficaz que la pretendida eficacia que buscaban los partidarios de responder a los terroristas con el “ojo por ojo y diente por diente”. Y además, estoy convencido —lo he estado siempre— de que el efecto de deslegitimación de nuestras instituciones democráticas ante la sociedad vasca, y ante buena parte de la sociedad española, producido por la utilización de procedimientos criminales en la lucha contra ETA, nos ha causado un daño ingente, que todavía estamos pagando»⁷³. Los perjuicios éticos y prácticos fueron mayores que los incentivos a distribuir. Por otro lado, otra de las justificaciones de las actuaciones del GAL, la búsqueda de cooperación del gobierno de Francia, sí fue conseguida; pero si el acuerdo de colaboración se estableció en 1984 y se implementó con mayor eficacia en 1985, ¿por qué siguió actuando el GAL? Sin duda en favor del fin principal. Mas éste no se logró, es más a raíz de los atentados del GAL, ETA inició una escalada de violencia generalizada contra objetivos civiles y no civiles, pero de gran magnitud, por medio de coches bomba. Los atentados del Hipercor (21 muertos), Zaragoza (11) y Vic (10) son un claro ejemplo de la ineficacia de la acción de los GAL. Esto sin contar la aureola de «héroes de la patria» con que se invistió a los terroristas y la

democracia, me quito el sombrero, pues el precio para él ha sido muy elevado; aún se puede elevar más, y ello le honra». Jorge Verstrynge, op. cit., pág. 235.

⁷³Joaquín Almunia, op. cit., pág. 296.

aureola de «mártires de la causa» de los muertos. La opinión del profesor Rafael del Águila, que hacemos nuestra, es una clara y aguda muestra de lo que venimos diciendo:

«Con la información de la que disponemos podemos afirmar que el contraterrorismo cometió el peor pecado desde el punto de vista de las razones de Estado: creó consecuencias de inestabilidad, riesgo e inseguridad para la comunidad política democrática que decía defender. Si hay que juzgar las acciones por sus consecuencias, éstas fueron funestas. Se dieron argumentos de legitimidad al terrorismo (se reforzó su relato). También se crearon organizaciones para-estatales y se generaron grupos y circuitos de poder dentro del aparato del Estado (o yuxtapuestos a él) que no sólo cometieron actos delictivos, sino que, de haber mantenido una mínima parte de su poder, podrían haber sido una amenaza a nuestra forma de vida democrática. En consecuencia, los que pusieron en marcha aquellas acciones deben ser castigados por razones de prudencia»⁷⁴.

El *pensamiento impecable* nunca justificaría el GAL, estaría en su contra porque, como vimos en la cita de Muguerza (nota 66), la ética de los medios es tan importante como la ética de los fines. Acabar con ETA es un buen fin en favor de la democracia y la seguridad de los ciudadanos, pero debe ser logrado con los instrumentos propios del Estado democrático y de derecho, es decir, con la pedagogía gubernamental y la utilización de la ley y los tribunales. Tampoco puede apoyar, ni estar de acuerdo con los asesinatos y atentados contra personas por parte del Estado, es decir, privar de la vida o herir físicamente a personas que, en muchos casos, no tenían ninguna vinculación con ETA —como Emile Weis, Claude Doerr, Christian y Claude Olaskoaga, Michel y Jean Phillipe Ibarboure, o Juan Carlos García Goena—. Además, el ciudadano impecable no hubiese nombrado para cargos públicos ni a Manuel Ballesteros —absuelto por el Tribunal Supremo de la sentencia de colaboración con banda armada (BVE) y nombrado jefe del gabinete de información del ministerio del Interior—, ni a Jesús Martínez Torres —sospechoso de connivencia con los grupos contraterroristas anteriores al GAL y

⁷⁴Rafael del Águila, *La senda del mal*, pág. 12.

nombrado jefe de la Comisaría General de Información—, por sus antecedentes poco democráticos, y más teniendo en cuenta las advertencias de policías afines al PSOE de haber nombrado a conocidos torturadores. Incluso si el ciudadano impecable pudiese justificar la violencia como medio contra el terrorismo, al igual que había sucedido en otros países europeos, en ningún momento aceptaría la utilización de mercenarios, criminales y policías corruptos, sino que pediría que fuesen los cuerpos de seguridad y espionaje del Estado quienes llevasen a cabo las acciones —como aconteció en Francia, Italia o Alemania—. Pero en general, el pensador impecable se opondría al GAL, al igual que afirmaban los socialistas en su discurso mítico-regeneracionista de 1982, donde el terrorismo de Estado siempre queda fuera. Ahora bien, lo que de verdad enervó a los ciudadanos impecables fue la unión de la corrupción moral con la corrupción económica. Manuel Vázquez Montalbán lo expresa con suma claridad: «Cuando los miembros del gobierno que contemporizó (es decir, compartió tiempo) con el GAL estaban con nosotros en las cavernas de las sensaciones democráticas, no eran filósofos verdaderos. Cuando accedieron al poder y al desvelamiento de las ideas entonces se dieron cuenta de que el bien a veces necesita la ayuda de la teología de la seguridad que no siempre puede adaptarse a lo que convencionalmente es legal. La ley es una sombra codificada de la verdad y la razón de Estado está por encima de las leyes convencionales. *Platón jamás pudo prever que los filósofos verdaderos pondrían tarjetas de crédito oro en manos de los guardianes y que cerrarían los ojos si los guardianes se iban al casino a gastarse parte de los fondos reservados al servicio de la **idea del bien***»⁷⁵. Igualmente esta fusión de ambos tipos de corrupción (moral y económica) incidiría en el pensador implacable porque, además de haber sido la acción ineficaz —principio máximo del pensamiento implacable—, algunas personas se habían enriquecido ilícitamente. Así lo afirma el sociólogo Amando de Miguel: «Parece cínico, pero la gente podía entender que a veces unos señores encargados de luchar contra el terrorismo emplearan la tortura. La gente podía entender que se trataba de una guerra y que en las guerras se hacen barbaridades. Pero la gente ya no toleró que esos mismos señores, que torturaban y eran parte de la

⁷⁵Manuel Vázquez Montalbán, *El poder*, Madrid, 1996, pág. 322 (la cursiva es nuestra).

guerra, se llevaran los dineros que estaban para luchar contra terroristas y se hicieran chalets y abrieran cuentas bancarias en Suiza»⁷⁶.

La unión del terrorismo de Estado y la corrupción que tanto criticaba Felipe González era la verdadera causa para que los ciudadanos implacables decidiesen enfrentarse al gobierno, en gran parte porque era cierta. El dinero de los fondos reservados del ministerio del Interior para el pago de confidentes, para el mantenimiento de los miembros del GAL o para comprar armamento, fue utilizado por Amedo y Domínguez para abrir cuentas corrientes en Suiza, para jugar en el Casino de Estoril y para gastos totalmente personales. A la ineficacia en la acción se sumaba el despilfarro y usurpación del dinero público, y esto no lo podía tolerar ni el ciudadano implacable —evidentemente el ciudadano impecable lo reprocha en todo momento—. Cualesquiera que fueran los fines y los medios, lo que más perjudicó la imagen de Felipe González fue el mal uso del dinero público. Ahora bien, ni todos los ciudadanos fueron impecables, ni todos fueron implacables, hubo una mixtura de ambas posiciones en gran parte de la ciudadanía. Públicamente se mostraban impecables y privadamente implacables, pero también hubo otro tipo de comportamiento que podemos calificar de *verdaderamente hipócrita*. Dentro de este tipo de personas se pueden enclavar tanto a Pedro J. Ramírez como a José María Aznar. El director de *El Mundo*, que ha sido conocido como uno de los mayores críticos con la gestión de González al frente del gobierno de España, especialmente en el caso del GAL, es el prototipo del «ciudadano verdaderamente hipócrita» pues cuando comenzaron las acciones del GAL afirmaba lo siguiente: «Es preciso cerrar filas en torno a este buen Gobierno que tenemos, formado por hombres competentes y patriotas, dispuestos a conciliar los valores esenciales de libertad y seguridad. [...] Frente al siniestro engranaje montado en torno al santuario francés, el *Estado español tiene legitimidad moral para recurrir a veces a métodos irregulares*»⁷⁷. Posteriormente, Pedro J. Ramírez financiaría a

⁷⁶Amando de Miguel en Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 467.

⁷⁷*Diario 16*, 20 de octubre de 1983 (la cursiva es nuestra). El editorial del mismo día, titulado «Hay que destruir a ETA», no sólo justificaba el quebranto de la ley y la ética sino que se incitaba a «terminar con ETA de la forma que sea». Tres días después manifestaba lo siguiente: «A Barrionuevo *no habría que cesarle por estar consintiendo acciones irregulares en el sur de Francia, sino por cosechar tan pocos éxitos*».

José Amedo y a otros criminales para deslegitimar al líder socialista. Igualmente, Aznar se presentó como una persona impecable, como una contrafigura virtuosa y ética a Felipe González, sin embargo, cuando se le recordó que algunos de los anteriores ministros y responsables del ministerio del Interior eran diputados suyos, a lo que habría que añadir una advertencia de Manuel Fraga sobre la no conveniencia de tratar el caso GAL, el dirigente popular apoyó la finalización de las investigaciones de la comisión de investigación parlamentaria, quedando «así patentes la profundidad de sus convicciones y el auténtico sentido de sus propósitos»⁷⁸. En ambos casos se apoyó la crítica impecable cuando fue beneficiosa a sus posiciones y pretensiones —Ramírez obtener mayores ventas; Aznar presentarse como contrafigura virtuosa—, pero en los momentos críticos se manifestaron totalmente implacables. Es más Aznar, siendo ya presidente del gobierno, indultó a los condenados por el caso «Segundo Marey», cuando de acuerdo con sus principios debía haber negado tal gracia a personas que atentaron contra la propia democracia.

¿Cuál era la opinión de Felipe González ante el GAL y los sucesos posteriores?

La misma quedó patente en una entrevista en TVE realizada por Iñaki Gabilondo:

«**I.G.** ¿Organizó usted los GAL?

»**F.G.** Jamás se me hubiera ocurrido. Yo soy un demócrata de toda la vida, convencido de que sólo se pueden utilizar instrumentos democráticos para luchar contra el crimen.

»**I.G.** ¿Autorizó usted la guerra sucia contra ETA?

»**F.G.** Nunca autoricé ni nunca encubrí. [...]

»**I.G.** ¿Toleró usted eso en algún momento porque le resultaba útil para la guerra?...

a pesar de la infinita buena voluntad con que ejerce el cargo» (*Diario 16*, 23 de octubre de 1983). Como se comprueba no existe una gran muestra de sentido democrático en sus palabras, más bien es el paradigma del pensamiento implacable. Incluso, tiempo después, vaticinaba que la trasgresión contaba con el apoyo de la población española: «Mucho me temo que si se hiciera una encuesta rigurosa sobre los crímenes de los GAL en el País Vasco francés, el resultado sería todo un espaldarazo de la opinión pública, incitándole a seguir su macabra escalada de represalias» (*Diario 16*, 25 de marzo de 1984).

⁷⁸Joaquín Almunia, op. cit., pág. 297.

»**F.G.** Repito que en ningún caso. Ni lo toleré ni lo consentí, ni mucho menos lo organicé, obviamente. [...]

»**I.G.** ¿Comprendió usted, entendió que naciera el GAL?

»**F.G.** En absoluto. Ha habido episodios de esos en la democracia y yo nunca he dado ningún tipo de cobertura, ni siquiera explicativa. Siempre he condenado cualquier acción que no sea una acción legal. [...]

»**I.G.** Señor presidente, ¿y por qué sabe usted que no se va a descubrir nada que afecte al gobierno?

»**F.G.** Mire, recuerdo que me hizo una pregunta un periodista estando de visita en una residencia de ancianos, exactamente diciéndome: “¿Y si se demuestra que el gobierno ha participado de alguna manera en la creación de los GAL?”. Y yo contesté: “Mire usted, es imposible, porque nunca lo ha hecho y, por consiguiente, es imposible que algún día se pueda demostrar esto”. [...]

»**I.G.** Si pasados entonces los días, repitiendo la pregunta de este colega al que usted se refiere, se termina descubriendo responsabilidad de personalidades de la cúpula de determinados ministerios como el Ministerio del Interior...

»**F.G.** Es que no es un talante democrático eso. Yo parto de un presupuesto democrático que me parece que todos tenemos que defender: presumir la inocencia de las personas y no la culpabilidad. Cuando se demuestre la culpabilidad de una persona podemos decir: hay una sentencia firme condenando a una persona. [...]

»**I.G.** Apelo en este momento al demócrata y al campeón del Estado de Derecho. ¿Cómo calificaría a un gobierno que hubiera practicado la guerra sucia contra el terrorismo? Porque yo creo que se han comentado algunos ejemplos internacionales con alguna admiración.

»**F.G.** Yo creo que eso no tiene ninguna justificación. Así de claro»⁷⁹.

La posición de González era totalmente impecable, pero los ciudadanos no le creyeron cuando realizó estas manifestaciones. Un 52% de los ciudadanos encuestados creía que el líder socialista había mentado a Gabilondo, y un 27% afirmaba que había dicho la verdad.

⁷⁹*El País*, 10 de enero de 1995. A finales de 1994 había afirmado González ante la reapertura del caso GAL: «No existe responsabilidad política del gobierno en el caso GAL, que quede de una vez claro, para no insistir en ello» (*El País*, 30 de diciembre de 1994).

Otro sondeo, con cifras parejas, demostró que el 65% de los encuestados estaban en contra del terrorismo de Estado y un 22% la disculpaba⁸⁰. De las palabras del líder socialista deben ser destacadas dos cuestiones: por un lado, la presunción de inocencia que en ningún momento se mantuvo para los cargos del PSOE; y por otro lado, la no interferencia del gobierno en la lucha armada. Si bien la sentencia judicial demostró que el gobierno sí había tenido relación con el GAL, ¿cómo es posible que Felipe González no estuviese enterado de las aportaciones de más de medio millón de pesetas que recibían José Amedo y Michel Domínguez y la entrega en 1989 de doscientos millones de pesetas por parte del ministerio del Interior —hasta que Juan Alberto Belloch se hizo cargo del ministerio y retiró los sueldos—. Se hace difícil comprender que González no estuviese enterado de lo que acontecía en el ministerio del Interior, a no ser que como consecuencia del absolutismo del carisma la persona hubiese quedado aislada del resto de las funciones gubernamentales, entrando en un estado de ensimismamiento y fusión con la «historia» que representaba, y que le impediría discernir entre los hechos reales y la realidad vivida. Es decir, González habría asumido el papel de vicario terrestre del proyecto regeneracionista y modernizador de España aislándose de lo bueno y lo malo de la práctica política. Algo difícil de creer dado el carácter meticuloso y perfeccionista del líder carismático. Al igual que aconteció con los casos de corrupción, el *pecado* de González no fue conocer los hechos y negarlos ante la opinión pública, sino desconocerlos. Es decir, su responsabilidad como presidente del gobierno era conocer, al menos, las actuaciones de los ministros. Por consiguiente, una vez conocidos los hechos Felipe González debió de haber asumido sus responsabilidades políticas, en un claro ejemplo de ineptitud —como hizo su admirado Willy Brandt—, y haber renunciado a su acta de diputado en 1998 y no haberse presentado en las elecciones de 2000. Sin embargo, actuó en sentido contrario persistiendo en su cargo de diputado y convocando una amoral concentración en la cárcel de Guadalajara cuando ingresaron en prisión José Barrionuevo y Rafael Vera. De haber sido un gran demócrata, como el mismo afirmaba, no hubiese defendido a sus ex-colaboradores, sino que debería haberlos repudiado por haber sido cómplices de crímenes y de terrorismo

⁸⁰Charles Powell, op. cit., pp. 536 y 537.

de Estado. Con sus actos lo único que confirmaba González era su defensa de la razón de Estado por encima de los principios éticos de la democracia, el imperio de la ley y el socialismo, es decir, que ha sido un *gobernante amoral*.

El símbolo final de esta actuación de González fue la inclusión en las listas electorales de 1996 de José Barrionuevo en la candidatura de Madrid⁸¹, cuando acababa de ser encausado por el secuestro de Segundo Marey. Las reacciones fueron de todo tipo, en su mayoría negativas y contrarias al líder socialista, pero debemos destacar el posicionamiento de algunos intelectuales respecto al hecho. Enrique Gil Calvo afirmaba lo siguiente:

«El poder socialista afirma no sentirse incumbido por el procesamiento de Barrionuevo, dado que considera legítimo incluirlo sin prejuicios en sus listas. Y al hacerlo presume que sus electores tampoco se sentirán incumbidos, confirmando que carezcan de escrúpulos para votar al presunto inductor de una cuadrilla de linchadores. Esto demuestra la catadura moral que los socialistas atribuyen a sus votantes, tratándolos más como súbditos colaboracionistas que como a ciudadanos conscientes. ¿Qué coartada se busca, al transferir así su incumbencia a los electores? ¿Esperan nuestra complicidad solidaria o nuestro perdón comprensivo? ¿Acaso confían en poder lavar su mala conciencia con ese vergonzante *voto sucio*? [...] Si un terrorista comete un crimen, sólo está cumpliendo el destino criminal que ha elegido como propio, mientras que si una autoridad pública comete un crimen, o autoriza que se cometa, no sólo está cometiéndolo sino que además está destruyendo *el imperio de la ley* que constituye su única razón de ser, con lo que sirve así a los mismos fines antilegales que los terroristas persiguen»⁸².

La impecabilidad del profesor Gil Calvo es elocuente, pues verdaderamente incluir a una persona que se encuentra procesada, en las listas electorales de Madrid, suponía que los electores madrileños, al menos, se situaban frente a un dilema moral de difícil solución. Como ha apuntado algún comentarista, existía la posibilidad de no votar la candidatura del

⁸¹El PSOE, tan metódico en todos sus actos, obvió que el acróstico de los tres primeros candidatos de la lista de Madrid (Felipe González, Joaquín Almunia y Joaquín Leguina) daba como resultado G-A-L.

⁸²Enrique Gil Calvo, «Incumbencia», *El País*, 29 de enero de 1996.

PSOE y así evitar el dilema moral⁸³. Ciertamente. Pero existe otro punto de vista que sí tiene en cuenta Gil Calvo. El dilema moral no estaba ligado a la elección entre votar o no votar, sino entre votar o no votar a Felipe González y su proyecto. El acoso que había contra la figura del líder socialista había configurado un cierre de filas dentro de la comunidad en torno al líder. Los electores iban a responder al ataque contra «su» líder con el voto al PSOE, pero la inclusión de Barrionuevo abría una herida ética individual en muchos electores, ya que Felipe González había introducido en el voto una especie de «complicidad solidaria» con los GAL y todo lo que significaba. O como dijo Javier Pradera, asumir los crímenes de Estado del GAL como una «tragedia inevitable»⁸⁴. Se justificaba, con la inclusión de Barrionuevo, el terrorismo de Estado sobre la base de una posición determinista de falta de libertad de acción, lo que en ningún caso era plausible dentro de un sistema democrático, donde debía prevalecer el imperio de la ley⁸⁵. En favor de la inclusión de Barrionuevo como candidato se posicionó el jurista Javier Pérez Royo, bajo la teoría de que, si el «ciudadano» Barrionuevo podía, perfectamente, no estar incluido en las listas socialistas —incluso negarse a estar—, el «ex-ministro» Barrionuevo debía ser candidato porque «lo que está en juego es la *presunción de legitimidad del Estado*»⁸⁶. La inclusión o no de Barrionuevo en ningún momento presumía la legitimidad

⁸³Ramón Cotarelo, *El alarido ronco del ganador*, Barcelona, Grijalbo, 1996, pág. 27.

⁸⁴Javier Pradera, «Cerradas, bloqueadas y asfixiantes», *El País*, 7 de enero de 1996.

⁸⁵Javier Pradera incidió en el tema del imperio de la ley: «Los intentos de hacer prevalecer la voluntad mayoritaria de las urnas sobre las exigencias del Estado de derecho resultan infinitamente más graves cuando las presuntas infracciones cometidas por un cargo público no se refieren a la Ley de Expropiación Forzosa, sino al Código Penal. Si la sustitución del *gobierno de los hombres* por el *imperio de la ley* es un rasgo esencial de los sistemas democráticos, el derecho necesita reglas de procedimiento para dirimir los conflictos y jueces que apliquen las normas. Felipe González reivindicó ayer [30 de enero de 1996] la autonomía del PSOE para incluir en sus candidaturas a Barrionuevo, en paralelo con la independencia del Supremo para juzgarlo: aunque recordar ahora los disparates pretorianos sobre la autonomía militar sería una injusta broma de mal gusto, la equiparación entre un Poder del Estado y un partido político resulta algo tan chistoso como el intento de conseguir un resultado homogéneo al sumar peras y manzanas». *Ibidem*, «Malas vibraciones», *El País*, 31 de enero de 1996.

⁸⁶Javier Pérez Royo, «José Barrionuevo», *El País*, 7 de febrero de 1996. El resto de la argumentación era la siguiente: «Es la tensión entre su derecho privado y su obligación pública, José Barrionuevo no tenía otra opción moral que dar prioridad a su obligación pública. Haberlo hecho así, no sólo le honra personalmente, sino que es además un servicio adicional que está prestando al país [...] Actuar de otro manera hubiera supuesto admitir, aunque fuera con hipótesis, que el ministro del Gobierno de España engañó a su homólogo francés en las negociaciones para coordinar la lucha antiterrorista [...] Llegados al punto al que hemos llegado, en el que, dicho sea de paso, tiene mucho más que ver con los enfrentamientos

o ilegitimidad del Estado por haber mentido a su colega francés. Sin embargo, el debate moral debía ser evitado a los ciudadanos porque, en su firme decisión de apoyar al líder carismático —algo consecuente con el entorno crítico—, debían legitimar a su vez —especialmente los ciudadanos de Madrid— los crímenes de Estado cometidos bajo mandato socialista, algo con lo que podían no estar de acuerdo. De este modo se introducía un dilema mucho más hiriente en los seguidores de González: decidir entre la ética individual de cada uno y la figura carismática, en un momento en que la comunidad de fieles se había cerrado en torno al líder. En ningún momento los electores debían decidir entre GAL y PSOE, sino entre sus posicionamientos personales —los mismos que defendía el proyecto mítico— y su «venerado» líder⁸⁷, lo que producía un desgarró interior muy fuerte. Por esta razón, el voto al PSOE de 1996 no legitimó el GAL, sino que fue un apoyo al líder carismático frente a los propios principios. En resumen, si bien el GAL fue, en un primer momento aceptado, por gran parte de la sociedad española, cuando se supo que había corrupción económica y que no había sido una acción eficaz por culpa de las personas contratadas y la actuación irresponsable y «chapucera», los ciudadanos de España tornaron mayoritariamente impecables, exigiendo responsabilidades políticas. De esta forma la figura de Felipe González quebró en sus aspectos éticos y taumatúrgicos, pues se mostró contrario al discurso socialista y a la capacidad de resolución de los problemas de España, en este caso concreto, la extinción de ETA.

3.) LA CORRUPCIÓN: EL PECADO MORTAL DEL PROYECTO DE FELIPE GONZÁLEZ (LACRA II).

civiles de nuestra historia que con la forma en que se tratan estos temas en todos los países democráticos sin excepción, que no ha tenido ninguno de ellos que soportar una presión terrorista como la que hemos tenido que soportar nosotros. Habiendo llegado hasta aquí, no se puede ahora adoptar una actitud paternalista y pretender ahorrarle al pobre ciudadano el dilema moral al que objetivamente tiene que hacer frente».

⁸⁷Santos Juliá fue el único intelectual, no adscrito a la conspiración, que incidió en la renuncia de Felipe González. «Socavando su propio suelo», *El País*, 28 de enero de 1996.

Dentro de los errores cometidos o de los sucesos acontecidos bajo el mandato de Felipe González, posiblemente haya sido la corrupción política el que más daño ha producido en la imagen del líder socialista y en el proyecto mítico, junto al terrorismo de Estado. Sin lugar a dudas, como reza el subtítulo, la corrupción es el «pecado mortal» y/o la mayor lacra que ha sufrido el PSOE. Ha causado tan amplia impresión en los ciudadanos que el pecado, prácticamente, ha ocultado todos los logros del PSOE en sus casi catorce años de gobierno. De la corrupción, o mejor dicho, de los casos de corrupción no tiene culpa directamente Felipe González —en cualquier caso los jueces no han logrado imputarle como actor—, pero han sido ciertas actuaciones las que han desprestigiado la imagen de héroe del líder socialista. Con la irrupción de los casos de corrupción comenzó el proceso de erosión carismática de González tanto a nivel moral/ético como en el ámbito político. Si el caso GAL fisuraba la imagen del proyecto carismático tanto desde un punto de vista ético e impecable como desde un sentido implacable y eficaz, la corrupción minaba internamente la imagen taumátúrgica del líder socialista. Es decir, independientemente de los casos de corrupción publicitados, la falta de reacción de González para atajar el problema fue lo que indujo a los ciudadanos a desconfiar del líder socialista y a negarle su apoyo —aunque en un primer momento le concederían una oportunidad (elecciones generales de 1993)—. Esto es lo que vamos a analizar en los párrafos siguientes.

3.1. *Los casos de corrupción de la época socialista.*

En el capítulo dedicado al discurso de Felipe González expusimos su voluntad de acabar con la corrupción en España amplia y detalladamente. Merece la pena, como muestra, recordarlo. En 1977, González creía que la revolución más necesaria era «la de la honestidad en el ejercicio de la función pública o en la actuación de los bienes que son de la comunidad»⁸⁸. Este discurso ético se difundió ampliamente a lo largo de los años. El

⁸⁸Miguel Ángel Aguilar y Eduardo Chamorro, *Perfil humano y político*, Madrid, Cambio 16, 1977, pág. 41.

PSOE, con sus «100 años de honradez», iba a cambiar las formas «tradicionales» de actuación de los cargos públicos del Estado español. Dentro del discurso regeneracionista y el proyector modernizador no cabía ningún tipo de concesión a la corrupción. La ética socialista lo impedía⁸⁹. Antes de entrar en materia, Charles Powell mantiene que los escándalos bajo gobierno socialista se pueden dividir en cuatro categorías: a) los casos de financiación ilegal de los partidos; b) los casos protagonizados por figuras destacadas del mundo económico y financiero; c) los casos protagonizados por personas pertenecientes a las administraciones públicas o cargos de libre designación; y d) la utilización indebida, por parte de servidores del Estado, de su poder para incrementar su autoridad personal y demostrar su valía y eficacia a sus superiores⁹⁰. En nuestro actual estudio sólo tienen cabida los casos relacionados con los puntos a) y c), aunque los casos de figuras del mundo económico y financiero, sin bien no son achacables al gobierno, sirvieron para cimentar en las conciencias ciudadanas la impresión de que la corrupción en España estaba extendida a todas las estructuras del sistema. Es decir, que lo que realmente estaba en crisis era el sistema general no sólo la falta de ética de ciertos cargos públicos. Utilizando la categorización de Powell, comenzaremos por el análisis de los casos de financiación ilegal de los partidos políticos.

En referencia al PSOE son dos los casos que han estado vinculados a la financiación irregular/ilegal del partido: el *caso Flick*; y el *caso Filesa*. Respecto al «caso Flick», el 30 de octubre de 1984, el diputado socialdemócrata alemán, Peter Struck, manifestó que había recibido cuatro millones de marcos del consorcio armamentista Flick. Parte de ese dinero se había enviado a los partidos socialistas de España y Portugal. El que llegó a España lo llevó el diputado Hans Jürgen Wicchiowski y fue «entregado en mano a

⁸⁹Recuerda Pablo Castellano la tradición ética del socialismo español: «Los cargos públicos de entonces [IIª República] no tenían que hacer declaración de bienes al tomar posesión o cesar en cometido alguno. No eran precisas estas cautelas. Estaban tan en la calle y actuaban con tal transparencia que se conocía su vida y patrimonio sin secreto alguno. Y además, como la mayoría no sabía derecho mercantil, ignoraban las más elementales normas de ingeniería financiera, lo que lógicamente les llevó a acabar a casi todos ellos como acabaron. Lo de cien años de honradez se ha podido decir bien alto hasta hace muy poco». Pablo Castellano, op. cit., pág. 117.

⁹⁰Charles Powell, op. cit., pp. 528-532.

Felipe González»⁹¹. Pronto Willy Brandt negaría los hechos respecto a González. Sin embargo, el secretario general de AP, Jorge Verstrynge, pediría explicaciones al líder socialista por sus vinculaciones con el consorcio Flick. Felipe González contestó que «ni de la Fundación Ebert, ni del consorcio Flick, ni del Partido Socialdemócrata Alemán he recibido ni un marco, ni un duro, ni una peseta, y no me veré obligado a rectificar»⁹². Contundentemente, el presidente del gobierno matizó: «Ni de Flick, ni de Flock». A los pocos días la prensa publicó que Franz Joseph Strauss, democristiano alemán, había transferido «dinero Flick» a Manuel Fraga a través del cónsul alemán en Málaga, Juan Hoffmann⁹³. En España no existía una ley de financiación perfectamente reglada, por lo que judicialmente poco se podía hacer⁹⁴. Sin embargo, el «caso Flick» sirvió para conocer cómo se habían financiado los partidos durante la transición: el PSOE a través de la fundación Friedrich Ebert del SPD, los sindicatos alemanes y estadounidenses, la CIOSL, y la CIA (Caldwell); AP gracias a la patronal española CEOE y la organización Hans Seidel; UCD a través de la CEOE y la fundación Konrad Adenauer; ERC gracias a la fundación Friedrich Naumann; y el PCE gracias a los partidos comunistas —que es lo mismo que decir Estados— de Cuba, Rumanía, URSS, y RDA. También fomentó la legislación de la Ley de financiación de los partidos políticos de 1987.

El «caso Flick» no puede ser entendido como un caso propiamente dicho de corrupción por las especiales circunstancias que lo rodearon. El *caso Filesa*, sin embargo, tiene una connotación totalmente distinta, es un caso de financiación ilegal. Como dijimos al hablar del referéndum de la OTAN, el PSOE había gastado cerca de 1.300 millones de pesetas en la campaña, dinero que no era posible rembolsar a través de los votos, es decir,

⁹¹Andreu Missé, «La financiación de los partidos» en Santos Juliá, Javier Pradera y Joaquín Prieto (coords.), op. cit., pág. 608.

⁹²Ibídem, pág. 601.

⁹³Vid. Jorge Verstrynge, op. cit., pp. 206-212.

⁹⁴Vid. Pilar del Castillo, *La financiación de partidos y candidatos en las democracias occidentales*, Madrid, CIS, 1985. Lamentablemente el texto no recoge ni la ley de 1987, ni las fuentes irregulares de financiación, sólo los aspectos jurídico-técnicos de las financiaciones. Pero sirve para conocer la situación de 1984 (Segunda parte).

los canales estatales de financiación de los partidos políticos⁹⁵. La deuda del PSOE era de 3.500 millones en 1985, ascendió a 6.500 millones en 1986, a 8.000 millones en 1987 y a 11.000 millones en 1991. A pesar de los 15.000 millones ingresados desde 1987 hasta 1990 como resultado de la ley de financiación de los partidos, el balance contable era sumamente desfavorable. Esta situación provocó que algunos dirigentes del PSOE ideasen una fórmula de financiación alternativa. De aquí surgen las empresas de asesoría FILESA, MALESA y TIME EXPORT, las cuales ingresaron cerca de 1.200 millones de pesetas por trabajos de asesoría para empresas públicas y privadas, españolas y extranjeras; trabajos los cuales consistían en fotocopias de estudios oficiales o informes carentes de valor profesional. El 28 de mayo de 1991, *El Mundo* descubre la trama empresarial para la financiación ilegal del PSOE. La instrucción judicial del caso (19.000 folios) llevó al procesamiento del diputado socialista Carlos Navarro, el senador Josep María Sala, el secretario federal de Finanzas del PSOE, Guillermo Galeote, la ex-coordinadora de

⁹⁵El cuadro inferior muestra la financiación del PSOE/FILESA:

CUADRO 10.1. *Contabilidad del PSOE en el «caso Filesa».*



finanzas del PSOE, Aida Álvarez, y Luis Oliveró⁹⁶. La trama fue descubierta por las declaraciones de Carlos Van Schouwen al diario *El Mundo*, como consecuencia de haber sido despedido como contable de Filesa. Pedro J. Ramírez aprovechó la ocasión y, comprando documentos a Van Schouwen, difundió ampliamente la noticia. Dentro del «caso Filesa» habría que añadir el *caso Viajes Ceres*, empresa vinculada al entorno financiero del PSOE, beneficiada con numerosas ayudas del ministerio de Asuntos Sociales. La empresa incurrió en suspensión de pagos en septiembre de 1990 y en junio de 1991 se comprueba que había desviado las subvenciones a Filesa, entre otras empresas relacionadas con el PSOE. Además, aunque al mantenerse actualmente la instrucción judicial sólo podemos hablar de presunción de hechos, el *caso de las comisiones del AVE* parece estar relacionado con la trama financiera para la financiación del PSOE. Para los ciudadanos no era nuevo la aparición de un caso de financiación ilegal de un partido. En abril de 1990 el tesorero del PP, Rosendo Naseiro, y el concejal del ayuntamiento de Valencia, Salvador Palop, fueron detenidos por haber creado una red para el cobro de comisiones a constructores y concesionarios de servicios públicos municipales para financiar al PP⁹⁷. Pero la reacción de Felipe González sí causó asombro.

La primera reacción del secretario general del PSOE frente al «caso Filesa» fue afirmar que *se había enterado por la prensa*. La afirmación del presidente del gobierno causó irritación en los ciudadanos, los cuales no podían comprender cómo el máximo dirigente del PSOE no sabía lo que ocurría dentro de su partido. Así lo manifestaba, tiempo después, Felipe González en una entrevista con Victoria Prego: «Pues fue verdad, además. La gente no me creyó cuando dije que me había sorprendido, pero da igual: me sorprendió. Fue Antonio Franco el que me dio la primera señal de alarma, porque había un tipo que expulsaron, ese famoso chileno [se refiere a Carlos Van Schouwen, contable de Filesa]. ¿Qué se quiere decir, que lo de Filesa era un montaje excepcionalmente monstruoso? Pues

Fuente: *El País*, 28 de octubre de 1992.

⁹⁶Carlos Navarro fue condenado a 11 años de cárcel, Josep María Sala a 3 años, y Aida Álvarez a 2 años y 4 meses en octubre de 1997.

⁹⁷El *caso Naseiro* hubo de ser sobreseído debido, no a la inexistencia de pruebas inculpatorias, sino al haber obtenido ilegalmente las grabaciones telefónicas que sustentaban el caso.

yo creo que era algo más habitual de lo que yo imaginaba. Tengo la tentación de levantarme y darte un organigrama mucho más complejo y más eficiente que el de Filesa... Pero, no. Para qué. Es uno de AP-PP, de la noche de los tiempos para acá»⁹⁸. Felipe González argumentaba, con bastante razón, que él estaba principalmente dedicado a la tarea de ser presidente del gobierno, por lo que apenas tenía tiempo de estar pendiente del PSOE: «Es verdad que yo tuve ciertas ventajas. Lo digo en el sentido de que a mí se me respetaba mucho mi dedicación a la presidencia y, por tanto, el no estar en otras cosas»⁹⁹. Pero también se disculpaba de una acción irregular porque era algo común en todos los partidos, es decir, la exculpación por comparación. Sin embargo, el «caso Filesa» supuso un gran trauma para todos los ciudadanos españoles, seguidores socialistas o no, ya que demostraba que el partido de la modernización, el cambio y la regeneración había cometido el mayor de los pecados según su propia ética. A esto habría que añadir no sólo las palabras del presidente del gobierno respecto al desconocimiento, sino las del resto de miembros de la ejecutiva federal en el mismo sentido. Ni Alfonso Guerra, ni José María Benegas sabían nada de las formas de financiación del PSOE, algo difícil de comprender de dos personas que se jactaban de estar muy bien informados. Aún entendiendo los ciudadanos españoles que los cargos inferiores podían haber ocultado la información a sus superiores, no comprendían la falta de reacción de Felipe González, especialmente cuando el caso le afectaba directamente al ser él la persona que dirigía el partido, el representante máximo del PSOE y del proyecto regeneracionista que se estaba poniendo en duda. Lo que demostró el «caso Filesa» en detrimento de González fue la separación de la realidad de España y de la realidad de los acontecimientos del líder carismático, y en detrimento del PSOE la división interna tan acentuada y amoral.

Respecto a la separación de González de la realidad, el proceso carismático en el cual se encontraba inmerso le impidió observar lo que acontecía más allá de su propia corte de aduladores. El conocimiento de la realidad de España, que había sido la base sobre

⁹⁸Victoria Prego, op. cit., pág. 278.

⁹⁹Ibídem.

la cual construyó su discurso carismático y le permitió enfrentarse satisfactoriamente contra Rodolfo Llopis, no era ya una de las características del líder carismático. El carisma, que le reconocían los seguidores, le había llevado al endiosamiento, a separarse de la realidad de las personas y de su propio partido. Este aislacionismo de la persona le impedía entender lo grave que era el «caso Filesa», pues no se trataba de sinvergüenzas que robaban el dinero público, sino de un partido político, el suyo, que canalizaba el dinero de diversas empresas de forma ilegal para financiarse. No comprendía que «Filesa» suponía quebrar el discurso ético y de la responsabilidad en el ejercicio de la función pública. Sólo recuperó el contacto con la realidad cuando, al acompañar a Felipe de Borbón y Grecia a la Universidad Autónoma de Madrid, los jóvenes estudiantes le llamaron «chorizo», «corrupto» o «sinvergüenza», además de advertirle que si él no era responsable directo de la financiación ilegal, sí lo era por incompetencia. Estas acusaciones hicieron reflexionar al líder socialista, que decidió que dimitiese toda la ejecutiva y lograr el refrendo de los ciudadanos en las elecciones generales que se iban a celebrar¹⁰⁰. Sólo los ciudadanos, piensa González, tienen capacidad de dictaminar las responsabilidades políticas: «Las elecciones suponen pasar por el tamiz de la voluntad de los ciudadanos, que decide qué factura tiene uno que pagar políticamente. No me parece que haya mejor procedimiento desde el punto de vista político»¹⁰¹. Para los líderes carismáticos no existen principalmente legitimidades partidistas o mediáticas —éstas ayudan pero no son fundamentales—, sólo los ciudadanos miembros de la comunidad del líder deciden, dentro de las democracias liberal representativas o schumpeterianas, quién debe asumir responsabilidades y por qué. Felipe González, con la dimisión conjunta, pretendía, por un lado, contentar a los ciudadanos que le demandaban una reacción rápida y contundente —especialmente los más jóvenes— y, por otro lado, realizar una especie de plebiscito en las elecciones del 6 de junio de 1993, o como dice Joseph A. Schumpeter conseguir la

¹⁰⁰Para conocer los hechos véase: Esther Jaén y Susana Moneo, *Los hijos del César*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, pág. 233 y ss.; y Pilar Urbano, *El presidente*, Madrid, Temas de Hoy, 1994, pág. 316 y ss.

¹⁰¹*El País*, 28 de enero de 1996.

elección *cuasi per inspirationem*¹⁰². De ganar, él mismo y el partido saldrían reforzados, es decir, los ciudadanos les hubiesen legitimado, según el pensamiento del líder socialista, para continuar con su labor de gobierno sin necesidad de asumir más responsabilidades que las ya asumidas; de perder, se hubiesen asumido las responsabilidades ética y políticamente —lo que permitía dejar una puerta abierta al futuro para el PSOE—. Además, de esta forma se daría una lección de pedagogía cívica a los ciudadanos españoles. Sin embargo, los dirigentes del PSOE se enfrentaron, no contra el líder —que aparecía como espectador, no como jefe—, sino entre ellos por los repartos de las cuotas de poder, lo que fue totalmente perjudicial para el PSOE al presentar una imagen clara de división por poder entre los guerristas/aparato y los renovadores¹⁰³. Es decir, el único dirigente socialista que pretendió asumir las responsabilidades del «caso Filesa» fue Felipe González; el resto pensaron más en los juegos de poder internos, lo que dañó la imagen del PSOE como organización plural y unida¹⁰⁴. Al quebrar el plan del líder socialista, sólo él salió reforzado de la confrontación electoral; siempre basándose en el discurso del «cambio del cambio». El PSOE pasaba a depender, más todavía, exclusivamente de González —el plebiscito le afectaba, para lo bueno y lo malo, a él solo—; en el momento en que decidiese retirarse el partido acabaría siendo penalizado por los ciudadanos, pues como demostró la actuación del «caso Filesa», Felipe González se manifestaba *incapaz de ejercer la función directiva* dentro del PSOE en esas condiciones.

3.1.1. *Los casos de corrupción de cargos públicos del PSOE.*

¹⁰²Joseph A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1996, (2 vols.) vol. II, pág. 345.

¹⁰³Ramón Cotarelo afirma que «es curioso que casi todo el mundo en nuestra sociedad se queje de que los partidos sean monolitos jerarquizados que no permiten la participación de los afiliados y, al mismo tiempo, cuando se produce la discusión y el debate en su seno, no se reconozcan como tales, sino que se piense de inmediato en una crisis que puede dar al traste con el partido» (op. cit., pág. 25). Analizando los hechos, la suposición de Cotarelo es popperianamente falsable, porque en España los ciudadanos aceptan de buen grado el debate y la discusión sobre principios, ideología o estrategia política (lucha por el poder encubierta). Sin embargo, se muestran recelosos por divisiones claras y concisas en base al poder (lucha por el poder descubierta) como la reseñada. Además, ¿en qué momento han podido discutir los afiliados de un partido en la España contemporánea? Posiblemente, sólo en el 28º Congreso del PSOE de 1979.

¹⁰⁴Joaquín Almunia, op. cit., pág. 312.

En el análisis de los casos de corrupción cabe destacar una serie de factores, independientemente de la catalogación moral de los implicados, que resume perfectamente Charles Powell: «En este contexto cabe recordar, en primer lugar, la eliminación de ciertos controles ya existentes so pretexto de una mayor rapidez y flexibilidad de la gestión, como el de la intervención previa de hacienda, o de numerosos mecanismos de control en el proceso de contratación administrativa. Tampoco fueron positivos los cambios habidos en los métodos de contratación y promoción de personal en el sector público y en la Administración, que hicieron posible una creciente discrecionalidad»¹⁰⁵. En efecto, al llegar al gobierno los políticos socialistas quitaron ciertos controles con la finalidad de agilizar los procesos administrativos. Esto permitió la actuación entre los intersticios de los corruptos, como se comprueba al observar que no fueron las instituciones judiciales o fiscalizadoras las que descubrieron los casos, sino los medios de comunicación. Éste es un factor a tener en cuenta y que apenas ha sido analizado en referencia a la actuación gubernamental del PSOE, y sobre el cual es posible fundamentar la petición de responsabilidades políticas a los responsables gubernamentales. Respecto a la forma en que se realizaron los nombramientos, aunque hubo una postrera reacción del PSOE, cabe decir que predominó el enchufismo, la prueba de fidelidad y los juegos de poder internos del PSOE antes que el mérito, la capacidad, el esfuerzo y la honradez de los seleccionados¹⁰⁶ —en clara relación con el pensamiento republicano que se decía defender—. Estos son los argumentos políticos que permitieron la aparición de los casos de corrupción, pero cabe destacar algún factor cultural/social que también influyó y que puede ser achacado a la responsabilidad gubernamental en cierto sentido. Coincidiendo con el auge económico generalizado, especial en el caso español por su adhesión a la CEE,

¹⁰⁵Charles Powell, op. cit., pág. 564.

¹⁰⁶En este sentido el profesor Peces-Barba afirmaba que el empobrecimiento intelectual en pro de la disciplina partidaria y el éxito de la organización llevados al límite «solían producir una selección al revés, donde los mejores que tenían otro sitio en el que desarrollar su vida se acababan retirando, y donde permanecían los peores, los que no tenían donde ir, y hacían de su actividad partidaria una forma de vivir» (*La democracia en España*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pág. 235). Los no capaces no tenían por qué ser corruptos, pero sí se inhibían en su responsabilidad de control o denuncia en base a la pérdida de su, bien remunerado, puesto de trabajo.

comenzó a difundirse una cultura que primaba el enriquecimiento rápido y la ostentación. Una cultura que también permeó entre las filas socialistas y cuyo mayor símbolo fueron los fastos de 1992. Frente a esta cultura de la ostentación, los socialistas españoles no supieron responder de manera pedagógica, por un lado, ni de forma práctica, por otro. Es más, una gran mayoría de los cargos socialistas entraron a formar parte de este tipo de actuaciones¹⁰⁷. La responsabilidad del PSOE, ya se ha apuntado, respecto a este tipo de cultura se sitúa en el choque producido entre discurso (austeridad) y práctica cotidiana. Se esperaba, de acuerdo a lo difundido, una actuación ejemplar y pedagógica de los responsables socialistas conteniendo el gasto extraordinario y huyendo de la ostentación. Esto no supone que los socialistas no pudiesen incrementar su patrimonio sobre la base del esfuerzo y al mérito. Al contrario, supone que debían haberse mostrado menos prepotentes y copartícipes de la ostentación y el lujo¹⁰⁸. Estos factores influyeron en la posibilidad de cometer actos delictivos, que no pueden ser achacados al sistema en sí¹⁰⁹, sino a las propias personas que los cometieron. Pero sí ha existido una responsabilidad política que va más allá de las responsabilidades asumidas por los nombramientos —como los casos de Julián García Valverde, Carlos Solchaga o Antoni Asunción—, la responsabilidad de haber propiciado indirectamente, si se prefiere, la aparición de la corrupción tanto desde una perspectiva reguladora como cultural. En referencia a estas responsabilidades no hubo ningún tipo de asunción, y quizás hayan sido más graves que otros factores por su incidencia en el sistema político y de valores. Sin embargo, estos factores analíticos no fueron los que influyeron en las determinaciones ciudadanas sobre la relación del gobierno

¹⁰⁷Matilde Fernández ha reconocido que la ostentación de los coches oficiales (símbolo del poder) frente a las puertas de las agrupaciones socialistas, ha dañado bastante el discurso ético socialista. 20º *Aniversario de Izquierda Socialista*, 24-25 noviembre de 2001.

¹⁰⁸Un ejemplo de esto que venimos sosteniendo lo podemos encontrar en la frase del ex-alto cargo del ministerio de Educación Enrique Guerrero: «Quizá hay demasiados coches oficiales». En «Perfil de una década», pág. 26.

¹⁰⁹No compartimos la opinión de la teoría clásica, simbolizada por Tocqueville (*La democracia en América*, Madrid, Alianza Editorial, 1995 (2 vols.), vol. 1, pp. 206 y 207) y Ramón Cotarelo, aunque relativizada (*La conspiración*, Barcelona, Ediciones B, 1995, pág. 111), de que la corrupción sea un fenómeno vinculado a la democracia por la riqueza de los gobernantes en las aristocracias y la factible limitación de los mandatos. Creemos que la corrupción no es atribuible a ningún régimen político en particular, sino a las personas y la falta de virtud cívica.

con la corrupción, sino sobre la reacción frente a los casos de corrupción por parte del PSOE.

Los casos de corrupción impresionaron gravemente a la población española no tanto por la corrupción en sí —con estas palabras no introducimos ningún elemento de relativización moral o política—, como por la secuencia temporal en que fueron publicitados. Entre 1989 y 1994 se descubrieron diez casos de corrupción probados¹¹⁰, porque también los hubo inventados, como veremos al analizar el proceso de erosión carismática. Esta corta secuencia temporal incidió negativamente en la lógica mantenida por el PSOE de esperar hasta que actuasen los jueces para dirimir las responsabilidades políticas. La ciudadanía exigía, en vista de la continuidad en la aparición de los casos y sus consecuencias derivadas, responsabilidades políticas y una reacción eficaz del gobierno para atajar un proceso que llegaba a ser visto como una enfermedad¹¹¹. Si bien algunos cargos públicos asumieron sus responsabilidades políticas, en algunos casos parciales —dimitían de su cargo pero mantenían el acta de diputado—, con prontitud, en otros casos

¹¹⁰El «caso Juan Guerra» (1989-enero 1990) —inhabilitado para ocupar cargos públicos durante seis años y seis meses en 1994; y condenado a dos años de cárcel y a pagar una multa por valor de 50 millones de pesetas—; el «caso Filesa» (mayo 1991) —en octubre de 1997 Carlos Navarro fue condenado a once años de cárcel; José María Sala a tres años; y Aida Álvarez (ex-coordinadora de finanzas del PSOE) a dos años y cuatro meses; Guillermo Galeote fue absuelto—; el «caso Viajes Ceres» (junio 1991); el «caso Ibercorp» (febrero 1992), el «caso Ollero» (julio 1992); el «caso RENFE» (diciembre 1992); el «caso Roldán» (noviembre 1993) —en febrero de 1998 Roldán fue condenado a 28 años de prisión y a pagar una multa de 1.600 millones de pesetas—; el «caso Urralburu» (enero-febrero 1994) —en 1998 Gabriel Urralburu fue condenado a 11 años de prisión por soborno y delitos contra la hacienda navarra—; el «caso fondos reservados» (marzo 1994) —el 21 de enero de 2002, Rafael Vera fue condenado por malversación continuada de caudales públicos a siete años de prisión, inhabilitación absoluta por 18 años, y al pago de 141 millones de pesetas por el dinero sustraído para sí, y al pago de 393 millones solidariamente con Luis Roldán, 89 millones junto a Rodríguez Colorado, 15 millones junto a Francisco Álvarez, y 7 millones junto a Juan Ignacio Álvarez; el resto de altos cargos del ministerio del Interior han sido condenados en el mismo sentido. José Barrionuevo y José Luis Corcuera fueron absueltos de los delitos de malversación de caudales públicos—; y el «caso Salanueva o caso BOE» (julio 1994) —Carmen Salanueva fue condenada por suplantación y enriquecimiento ilegal, aunque ha sido absuelta (una vez fallecida) por el sobrepago por el papel para editar el BOE—. A estos casos habría que añadir el «caso Banesto» (diciembre 1993); el «caso KIO» (1993-1994); el «caso PSV» (octubre 1993); el «caso Segundo Marey» (mayo 1994); el «caso Lasa y Zabala» (marzo 1995); y el «caso CESID», que si bien no son casos de corrupción política, propiamente dicha, sí incidieron en fomentar un entorno crítico de degeneración total del sistema.

¹¹¹«[La corrupción] se parece más a un cáncer con su metástasis y todo [...] El problema de la corrupción es que cuanta más hay, mayor probabilidad existe de que haya más». José María Tortosa, *Corrupción*, Barcelona, Icaria, 1995, pág. 21.

hubo una ralentización del proceso, cuando no una regresión de las actitudes. Pero, entre los casos aparecidos, los casos que más influyeron en la opinión pública fueron el «caso Juan Guerra»; el «caso Filesa»; y el «caso Roldán» por muy distintos motivos: relación directa con el gemelo socialista; imbricación con el partido del discurso regeneracionista; y epítome de la corrupción. Permítasenos un análisis breve del *caso Juan Guerra* por su relación con la falta de reacción del gobierno socialista, y por cierta actitud ofensiva-defensiva del vicepresidente del gobierno. Nada más conocerse la actuación y el enriquecimiento personal de Juan Guerra, la opinión pública solicitó la dimisión del vicepresidente. Alfonso Guerra contestó, en el parlamento, a aquellos que solicitaban su renuncia asegurando que él no se encontraba comprometido en actividades ilícitas: «¿Qué se pretende, conseguir por la vía del desprestigio, basado en la calumnia, lo que no consiguen en las urnas? Esto se llama desestabilizar, y es preciso que lo sepan los ciudadanos españoles»¹¹². El vicepresidente se eximía de toda responsabilidad política y acusaba de desestabilizadores a los contradictores. Por su parte, Felipe González utilizó su aura carismática, en un primer momento, para salvaguardar a su eficaz servidor arrojando «todo el peso de su prestigio y de su autoridad en la balanza, para intentar interrumpir el curso de la historia»¹¹³. Mas no lo consiguió, aunque hubo de esperar hasta aceptar la renuncia a causa del conflicto internacional de la Guerra del Golfo. En el ínterin, Guerra confundió la espera crítica con un apoyo irrenunciable a su persona, e intentó situar al PSOE en una defensa total, amoral y acrítica hacia su persona. Además, comenzó una campaña de ataques a los críticos amenazando con sacar los trapos sucios de los opositores o denunciando conspiraciones del grupo PRISA. Al final, González admitió la renuncia de Guerra en enero de 1991.

El «caso Juan Guerra» demuestra la falta de reacción gubernamental o, en todo caso, la reacción no deseada por la ciudadanía. En este caso confluyen todos los males que se han achacado al PSOE frente a la corrupción: defensa inexorable de los compañeros; cerrazón ética; asunción parcial de las responsabilidades políticas; reacción tardía; etc.

¹¹²*Diario 16, ABC y El País*, 2 de febrero de 1990.

Alfonso Guerra tenía una responsabilidad política con los ciudadanos, aunque no estuviese implicado en el enriquecimiento personal de su hermano, ni estuviese enterado de ello¹¹³, y que no cumplió totalmente. Guerra debía haber renunciado a su acta de diputado, no sólo a ser vicepresidente del gobierno. Sólo así hubiese ofrecido pedagógicamente una lección de ética a los ciudadanos. Pero también tenía una responsabilidad para con los afiliados socialistas pues, aunque el despacho utilizado para los negocios era del vicepresidente, el puesto de trabajo era del PSOE; esto es, Juan Guerra era un trabajador del partido. Éticamente el nepotismo y la patrimonialización del partido en beneficio propio es abominable y, sin embargo, Alfonso Guerra no contempló el daño causado al PSOE. Si Guerra hubiese sido consecuente con la ética que decía defender, influenciado por Besteiro, hubiese dimitido de su cargo de vicesecretario general del PSOE y no habría accedido a la reelección a finales de 1990 en el 32º Congreso del PSOE. No sólo no dimitió sino que, entendiendo que el partido era de su propiedad, se enfrentó a los contradictores interiores y exteriores.

Respecto al resto de casos la actuación fue similar en tanto en cuanto la reacción en muchos casos fue tardía y parcial. Y a la parcialidad nos vamos a referir brevemente. En la mayoría de los casos las dimisiones no vinieron seguidas de la renuncia al acta de diputado, lo que desde una perspectiva ética podía ser bastante —argumento que es válido para aquellos que renunciaron al acta de diputado pero volvieron a conseguirla en la siguiente elección—. Las dimisiones se produjeron en su mayoría a causa de la asunción de responsabilidades por nombramiento o por incapacidad para el control. Esto significa que los dirigentes que dimitían habían errado al designar o controlar, por lo tanto, si se habían manifestado incompetentes en el cumplimiento de sus funciones gubernamentales ¿por qué no se podían volver a equivocar en sus decisiones parlamentarias? La renuncia al acta de diputado debía de haberse producido por precaución y prudencia cívica al haber

¹¹³Jorge Semprún, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1996, pág. 299.

¹¹⁴Como recuerda Joaquín Almunia: «Era muy difícil imaginar que el vicepresidente, persona siempre muy informada, no conociese unos hechos que, además de ser indefendibles políticamente, podían incluso rozar la ilegalidad; en todo caso recaía sobre sus hombros una parte de la responsabilidad por lo ocurrido». Op. cit., pág. 304.

demostrado su incapacidad, ya que no se aseguraba que no pudiesen equivocarse al legislar y dañar a toda la sociedad. En general se puede decir, con Emilio Lamo de Espinosa, que los socialistas no supieron distinguir entre las responsabilidades penales y las responsabilidades políticas¹¹⁵. Este es un análisis general, pero cabe realizar otro análisis parcial basado en la figura del líder carismático: Felipe González.

En octubre de 1992, los ciudadanos españoles opinaban que la corrupción era uno de los *temas* más preocupantes junto al terrorismo, las drogas y el desempleo. Respecto a la corrupción, el 50% de los entrevistados afirmaba que en España había mucha corrupción; el 36% bastante; el 5% regular; el 4% poca; y el 1% muy poca. En comparación con el estado de 1982, el 62% de los encuestados entendía que había más corrupción; el 27% igual; y el 6% menos¹¹⁶. En mayo de 1994, los ciudadanos consideraban la corrupción del gobierno socialista como la más alta de los últimos cincuenta años, un 7'8 (escala de 1 a 10); un 5'5 la franquista; y un 4'5 la de UCD. La encuesta del CIS de mayo de 1994 decía que el 63% de los encuestados creía que Felipe González tenía alguna responsabilidad en la corrupción, y un 70% tenía muy poca o ninguna confianza en el líder socialista. En noviembre de 1994, el 62% no creía a González cuando afirmaba que no se había enriquecido personalmente, y un 72% no le creía cuando afirmaba no haber hecho favores a sus amigos¹¹⁷. En un estudio anual realizado por Amando de Miguel¹¹⁸, el 63% de los encuestados creía que la corrupción era general; el 34% que tan sólo existían algunos cargos; y el 2% creía que no existía. Si tomamos el recuerdo de voto como referencia: los votantes del PP creían que la corrupción era general un 72%, sólo algunos casos el 25%, y la inexistencia un 3%; para los votantes del PSOE era general para un 43%, sólo algunos casos para el 53%, y no existía para el

¹¹⁵Emilio Lamo de Espinosa, «Corrupción política y ética económica» en Javier Tusell, Emilio Lamo de Espinosa y Rafael Pardo (eds.), *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pág. 545.

¹¹⁶«Perfil de una década», pág. 29.

¹¹⁷Víctor Pérez-Díaz, *España puesta a prueba. 1976-1996*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 121 y 122.

¹¹⁸Amando de Miguel, *La sociedad española 1995-96*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pág. 456 y ss.

2%; y para los votantes de IU la corrupción era general en un 68%, sólo algunos casos en un 31%, y la inexistencia tenía un valor del 1% de la muestra. Como se comprueba las cifras absolutas habían ascendido levemente en contra del PSOE, por lo tanto, se mantenían parejas. Entonces, ¿qué incidió en los ciudadanos españoles para retirar su apoyo al líder socialista en el transcurso de tres años? Indudablemente la manifiesta incapacidad para resolver los problemas del país y la actuación de la «conspiración». Dejando el estudio de ésta última para un apartado posterior, conviene decir que la incapacidad del líder socialista para resolver el problema de la corrupción no puede ser analizada desde parámetros normales, sino míticos. Desde una perspectiva no mítica es evidente que González nada podía hacer para acabar con los casos de corrupción pues habían sido anteriores —los delitos se habían cometido antes de publicitarse—, y realmente legisló en favor de la implementación de controles más estrictos en la administración pública. Sin embargo, desde una perspectiva mítica, que era la que embargaba a la comunidad del líder socialista, existía la posibilidad de arreglar el problema de la corrupción. Los ciudadanos esperaban que la capacidad taumatúrgica de sanación (rasgo carismático) y la superación de las graves dificultades por las que se atravesaba (rasgo heroico) impidieran tanto que los medios de comunicación publicasen nuevos casos —de haberlos esperaban que fuese él o la justicia quienes los descubrieran—, como que se castigara duramente a los criminales. En este sentido se comprendieron la inclusión en las listas electorales de 1993 de tres jueces firmes e incorruptibles (Juan Alberto Belloch, Baltasar Garzón y Ventura Pérez Mariño). El líder carismático, ante la incompetencia de alguno de sus más estrechos colaboradores, había decidido incorporar a «seres incorruptibles», e independientes respecto al partido —sumido en una profunda crisis—, para que le ayudasen a superar esta difícil prueba. Por esta razón, le concedieron los ciudadanos un nuevo mandato en 1993, relevándole de sus responsabilidades políticas anteriores. Así lo ha manifestado el propio González: «Yo nunca he evadido [la responsabilidad] en mis gobiernos. Es más, he pasado por el más duro filtro de todos, que

es decir a los ciudadanos: “Vóteme, sí o no”. Ellos me dijeron “sí” en 1993, cuando habían aparecido los escándalos»¹¹⁹.

Sin embargo, el apoyo de los ciudadanos le sería retirado al comprobarse que el líder carismático había perdido su capacidad taumatúrgica y heroica. El 6 de mayo de 1994, Felipe González acudió al congreso de los diputados para someterse a una sesión de control, y allí manifestó que reconocía haber sido engañado y traicionado por personas en las que había depositado su confianza (Mariano Rubio, Vicente Albero...), pero que desde su honestidad tenía el firme propósito de liderar la lucha contra la corrupción¹²⁰. Mas esta intención de ser el adalid anticorrupción quebró, y anegó las capacidades carismáticas y heroicas, al dimitir Baltasar Garzón, el día 9 de mayo de 1994 —justo tres días después de las manifestaciones de González—, quien manifestó que el presidente del gobierno no contaba con él y no tenía intención de profundizar en la lucha contra la corrupción y que le había utilizado como un «muñeco» para dar una imagen de lucha contra la corrupción¹²¹. La persona que ayudó a cimentar el discurso de Felipe González en 1993 sobre la base de su credibilidad, ahora destruía el discurso y la figura carismática del líder. A lo que coadyuvó la dimisión, pocos días después, de Ventura Pérez Mariño en unos términos similares a los manifestados por Garzón. Independientemente de las motivaciones personales para dimitir, la renuncia de los dos jueces indicaba que González les había utilizado como símbolos, pero que en el momento clave no les había incorporado como fieles colaboradores suyos, demostrando seguir aferrado a los fieles del partido antes que preocuparse por perseguir a los criminales. De esta forma quebró el discurso del «cambio del cambio» y los poderes taumatúrgicos y heroicos de González, quien transmitió la imagen de incapacidad de solucionar el grave problema y de responder pedagógica y éticamente. Insistiendo en relativizar la corrupción y en no ser consecuente con sus palabras indicaba que se encontraba en una posición de aislamiento por elevación sobre el resto de ciudadanos, es decir, de endiosamiento, por lo que se inhibía de los pecados

¹¹⁹*Time*, 17 de noviembre de 1997.

¹²⁰*El País*, 7 de mayo de 1994.

(corrupción) cometidos. Aquí comenzó el proceso de erosión carismática potenciado por la «conspiración». A modo de conclusión, podemos decir que los mayores errores en materia de corrupción del PSOE fueron la falta de controles, la actuación lenta frente a la corrupción y, sobre todo, la pérdida del rol pedagógico del partido y el líder frente a la sociedad. Como afirma Luis de Velasco: «El impulso ético, solidario que era una de las características del socialismo, está escasamente presente en nuestra sociedad después de doce años de gobierno socialista y eso ha sido porque los valores, los ejemplos, las actitudes y los comportamientos desde el frente socialista, no han sido esos sino, muchas veces, los contrarios»¹²².

4.) SOBRE EL SIGNIFICADO DEL FELIPISMO, LA CONSPIRACIÓN Y LA EROSIÓN DEL CARISMA DE FELIPE GONZÁLEZ: EL FINAL DE LA HISTORIA.

Durante los casi catorce años de gobierno el PSOE ha visto cómo de ser sus miembros los salvadores de España han pasado a ser aquellos que ponían en peligro la democracia según los medios de comunicación. Los ciudadanos que han ido apoyando al PSOE pasaron de ser parte de una comunidad de progreso a ser unos ciudadanos amoraless y antidemocráticos, incapaces de discernir entre las maniobras del felipismo y la verdad de los medios de comunicación, es decir, de estar bajo el embrujo de una «historia» perversa y falsa frente a una «verdad omnipotente» que se encontraba en los medios de comunicación. ¿Por qué han sucedido estos procesos de transformación? Porque ha habido una confluencia de factores —de diversa índole (personales, políticos, mediáticos, etc.), algunos derivados de la acción de gobierno y otros por una acción externa. Esta

¹²¹*El Mundo*, 10 de mayo de 1994.

¹²²Luis de Velasco, *Políticas del PSOE, 1982-1995*, Barcelona, Icaria, 1996, pág. 178. En el prólogo de este libro Ignacio Sotelo destaca la carencia de una fuerte dimensión ética: «La infalibilidad que el gobierno atribuye a la política económica que pone en marcha resulta de sustituir la dimensión ético-política, que sería la que tendría que marcar los objetivos, por una técnica-económica que mezcla y confunde fines y medios. Sustitución que delata el dominio de ciertos intereses que logran presentarse como aquellos que impone la fuerza de las cosas, si se quiere, la racionalidad económica» (pág. 9).

confluencia será analizada en este epígrafe a través del significado del felipismo, la conspiración y el proceso de erosión llevado a cabo por diversos grupos de presión. Sólo incorporando al análisis todos los elementos que han rodeado la figura de Felipe González, podremos comprobar los aciertos y errores del período socialista de gobierno, y la magnitud de la figura del líder socialista para la historia de España.

4.1. *El felipismo.*

Desde 1979 el concepto del *felipismo* ha estado presente en la discusión política pública, casi siempre rodeado de una fuerte controversia y con referencias despectivas, cuando no tendenciosas; concepto que ha llegado a describirse como una forma de gobierno. También ha habido intelectuales y políticos que o bien lo han relativizado o bien lo han negado o bien lo han exagerado sin llegar al fondo de la cuestión. Nuestro propósito, pues, es descubrir si ha existido el felipismo y, en caso afirmativo, qué ha significado y qué elementos lo componen.

4.1.1. *Conceptualización y significado.*

Blanksten afirmó que todo «ismo» es un *alguienismo* en referencia a las facciones de los partidos políticos; Ramón Cotarelo ha expresado que «el rasgo distintivo de los “ismos” de nombres propios: [es] que delatan autoritarismo frente a democracia»¹²³. En ambos casos hay bastante de cierto. Ahora bien, ¿qué es el felipismo?, y ¿de dónde surge?. La historia de la conceptualización del felipismo debe analizarse desde una doble perspectiva: por un lado, en referencia a una forma de ejercer la dirección en el interior de un partido político; y por otro lado, como una forma de ejercicio del gobierno de un Estado. A diferencia de lo que han pensado los críticos de Felipe González, el felipismo no ha sido una forma de ejercicio del liderazgo, sino la constatación de una forma directiva. En una relación de liderazgo, sobre todo cuando el liderazgo es carismático, los organismos políticos y/o sociales son medios totalmente instrumentales desde donde se

ejerce el poder. Sin embargo, la relación que se establece entre líder y seguidores es puramente personal, esto es, no es necesario asentar el liderazgo en una estructura para que exista. Por consiguiente, el felipismo no puede ser entendido desde una posición analítica del liderazgo, sino desde su función directiva. Lo que vamos a analizar, entonces, es el felipismo como actuación directiva y las consecuencias imbricadas a ésta por tratarse de la ejecución de un liderazgo carismático. Esta especificidad ha sido entendida perfectamente por algunos críticos internos del felipismo, como Luis Gómez Llorente y José Félix Tezanos, quienes analizaron el felipismo no como una forma de liderazgo sino como las consecuencias prácticas, directivas y políticas del carisma. Según Gómez Llorente, primera persona que caracterizó el concepto en 1979, las características del *felipismo* serían las siguientes: a) la exaltación de un hombre a través de montajes escénicos, retratos, gritos, etc.; b) excesiva identificación entre un hombre y el partido —lo que acentúa la vulnerabilidad de la organización ante los errores en que el superlíder puede incurrir—; c) personalización exagerada de los actos públicos —numerosas referencias al líder y su proyecto—; d) concentración semimonopolística de la representación en solitario del partido; e) concentración de la información y la toma de decisiones en el ámbito personal; f) confusión entre la lealtad y confianza personal y la lealtad y confianza al partido; g) la concentración en el líder produce la falsa imagen de que el partido dispone de pocas personas capacitadas para desempeñar tareas en la sociedad; y h) prepotencia del líder que desemboca en seguidismo inspirado en móviles egoístas¹²⁴.

El contexto de la transición, donde era necesario superar el amplio abanico de ofertas electorales, provocó una focalización en la persona de Felipe González para centrar las preferencias —dentro de lo que podemos denominar como cultura española del *leadership*—. Esta actuación, argumentaba Gómez Llorente, había desembocado en un estilo de dirección pernicioso endógeno y exógenamente. La principal queja del «sector crítico», internamente hablando, se situaba en la crítica de la sustitución de la militancia

¹²³Ramón Cotarelo, *El alarido ronco del ganador*, pág. 134.

¹²⁴Luis Gómez Llorente, «En torno a la ideología y la política del PSOE», *Zona Abierta*, nº 20, 1979, pp. 34 y 35.

del partido de masas sobre la base de principios ideológicos, por un modelo de partido *catch-all* de lealtades personalistas. La presencia de un líder carismático, que no tenía la culpa del proceso según Gómez Llorente, también quebraba la forma democrática (asamblearia) del PSOE al transformarse en una dirección vanguardista y semimonopolística, donde los canales de información distorsionan los mensajes, cuando no los ocultan. Es decir, el partido ya no es tan necesario como instrumento de comunicación, debate y resolución, tan sólo basta con la presencia del líder ante los medios de comunicación¹²⁵. Este significado del felipismo, como estilo de dirección y organización política, es cierto. El PSOE, orgánicamente, pasó en un breve período de tiempo de ser un partido de masas —al menos con inspiración de partido de masas— a ser un partido «catch-all» y vanguardista, donde unos pocos —la élite dirigente— tomaba las decisiones generales por todos, donde el debate quedaba marginado en favor del proyecto del líder carismático, y donde un grupo de dirigentes pasaban a controlar totalmente la organización bajo la cobertura del manto carismático. El felipismo no era ni más ni menos que una perfecta muestra de la *ley de hierro de la oligarquía* que analizó Robert Michels. Sin embargo, el marco analítico de Gómez Llorente es completamente certero. La personalización de la representación del partido produjo una fusión entre PSOE y Felipe González, de tal forma que el discurso del líder pasó a ser el discurso del partido. La existencia de un líder carismático ensombrece y eclipsa a la organización que representa, pero dentro de la actuación interna no existen razones para excluir la confrontación de ideas y el debate plural. Y el felipismo ha anulado todo debate interno a través del dogmatismo ideológico y el autoritarismo directivo¹²⁶. Al establecerse vínculos personales entre líder y seguidores, cualquier relación no carismática era mandada al ostracismo. Además, Gómez Llorente acertó al observar cómo el PSOE fue necrosado por la figura de González, y predijo la pérdida de la capacidad de reacción frente a los errores y la desaparición del líder. El periodo 1996-2000 demuestra perfectamente que el PSOE no

¹²⁵Ibídem, passim.

¹²⁶Dentro de los críticos también Pablo Castellano y Francisco Bustelo han hablado del autoritarismo como forma de dirección de Felipe González. Vid. Pablo Castellano, *Yo sí me acuerdo*, passim; e ibídem,

tuvo capacidad de reacción tras la retirada del líder a causa de la fusión entre el líder y el partido. En resumen, como dice Angelo Panebianco: «[La existencia un líder carismático] da lugar a una organización de las relaciones sociales que no conoce las “reglas”; ni el fenómeno de la “carrera política” ni una división del trabajo clara y definida. Las lealtades de tipo directo por un lado y la delegación de la autoridad por el jefe, por otro, según criterios personales y arbitrarios, son los únicos principios que inspiran el funcionamiento de la organización»¹²⁷.

Hasta el momento hemos visto el significado del felipismo en clave interna y partidista, pero el cuadro analítico que mayor alcance ha tenido está relacionado con las críticas externas. Los primeros autores en compilar las características del felipismo fueron José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel en 1989. Según estos autores el felipismo «está ahí como expresión del personalismo político, con sus componentes populistas y autoritarios, con sus grandezas y sus miserias, como nuevos reflejos de las singularidades que distinguen la recelosa y compleja personalidad de su creador, como una extravagante derivación de esa constante de la cultura política española que es el “fulanismo”»¹²⁸. A partir de esta obra y esta catalogación comenzó una sistemática catalogación del felipismo en los medios de comunicación que ha dado lugar a un modelo caracterológico que puede ser sintetizado de la siguiente manera¹²⁹: 1) *Instauración de un régimen político totalizador* similar al régimen del PRI; 2) *desprecio por los mecanismos, usos y costumbres de la democracia liberal*; 3) *persecución de los medios de comunicación no afines*; 4) *utilización del clientelismo poliédrico*; y 5) *afán de poder y negación de participación política a instancias ajenas a los partidos políticos*.

Sobre el partido obrero, Barcelona, El Viejo Topo, 1979, pág. 60 y ss; y Francisco Bustelo, *La izquierda imperfecta*, Barcelona, Planeta, 1996, a partir de la página 71.

¹²⁷ Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 269.

¹²⁸ José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., pág. 413.

¹²⁹ Cfr. Ibídem, passim; y Ramón Cotarelo, *La conspiración*, pág. 236 y ss.

4.1.2. *Análisis de las características del felipismo.*

4.1.2.a. *Instauración de un régimen político totalizador.*

Realmente esta característica engloba a las demás características apuntadas, pues supone, al entender de los críticos, la culminación del felipismo. Por esta razón, sólo analizaremos en este espacio las críticas relativas al funcionamiento de las instituciones del Estado. Pero antes de analizar las críticas conviene partir del principio general autoritario o dictatorial que han creído ver los críticos de Felipe González. Uno de los autores más insistentes en catalogar el felipismo como un régimen dictatorial ha sido Federico Jiménez Losantos, quien quiso ver en los años de gobierno socialista la implantación de una *dictadura silenciosa*:

«Durante el mandato del PSOE a través de los diversos gobiernos presididos por Felipe González entre 1982 y 1992, en España se ha producido un auténtico cambio de régimen político. Sin romper con la forma de Estado, sin cambiar a penas la Constitución, conservando en apariencia las instituciones consagradas por la Ley y la costumbre, nuestro país ha sufrido cambios tan sustanciales con respecto a lo previsto y pactado por las fuerzas políticas que hicieron la Transición que, en rigor, los efectos de la letra han desaparecido con el espíritu. Puede discutirse si España sigue siendo una democracia o si se ha convertido en una *dictadura silenciosa* (sic), en un régimen autoritario matizado por la corrupción. En cualquier caso la criatura alumbrada con tanto esfuerzo y no poca fortuna tras la muerte de Franco, apenas queda el recuerdo»¹³⁰.

Son evidentes las contradicciones intelectuales de la cita anterior y la falta de rigor científico¹³¹, en lo que es la principal característica de la «conspiración», pero todas estas

¹³⁰Federico Jiménez Losantos, *La dictadura silenciosa. Mecanismos totalitarios en nuestra democracia*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pág. 79.

¹³¹Sin menosprecio de un posterior análisis más profundo, ligado a la trama conspirativa contra González, Jiménez Losantos cae con reiteración en una *contradictio in terminis* durante su apreciación. Para el escritor aragonés ni se ha modificado la constitución, ni se ha cambiado la forma de Estado, sino que el espíritu de las leyes ha sido pervertido. La primera condición es presuponer el cambio de régimen sin modificación de las funciones institucionales. Ahora bien, el *quid* de la cuestión se encuentra en la

especificidades serán analizadas en su propio epígrafe. Sin embargo, las críticas a Felipe González por haber quebrado la figura teórica de Charles Louis de Secondat, Barón de Montesquieu, de la división de poderes han sido más influyentes, en términos mediáticos. Según los críticos el poder ejecutivo ha sometido y vaciado de contenido tanto el poder legislativo como el poder judicial.

Respecto a la relación con el parlamento, los críticos han expuesto mayoritariamente que la consecución por el PSOE de tres mayorías absolutas ha vaciado de contenido la institución porque hacían innecesarias algunas funciones del parlamento —lo que se llamó el «rodillo socialista»—, en especial la de control¹³². Antes de analizar las críticas expondremos con brevedad el marco teórico. La teoría clásica establece que las funciones principales del parlamento son la expresión de las aspiraciones de los ciudadanos (expresiva); la función legislativa; la función de control o fiscalizadora de la acción de gobierno; la función instructiva o pedagógica de los ciudadanos; y la función informativa de los ciudadanos. Julián Santamaría ha argumentado en favor de la centralidad para el sistema democrático en general de algunas de ellas: la representación política como reflejo de la sociedad; la legitimación del sistema democrático; y la función de pedagogía política como conformadora y difusora de los valores y pautas necesarias para la cultura política democrática¹³³. Las críticas realizadas se han centrado en el incumplimiento de gran parte de estas funciones.

modificación del sentido de las leyes. Difícilmente se puede modificar un régimen democrático sin permutar gran parte de sus instituciones, pero aún más difícil es pervertir unas leyes democráticas para darles un fin totalitario. Una segunda contradicción, más evidente si cabe, está dentro del concepto de «dictadura silenciosa». En primer lugar, ninguna dictadura de la Edad Contemporánea ha sido silenciosa, básicamente porque la represión y el terror es el fundamento de las dictaduras; y el miedo sólo puede ser infligido si se hace una demostración de poder. Por lo tanto, la dictadura contemporánea no puede ser silenciosa. Ahora bien, si a lo que se hace referencia es al no-conocimiento de la existencia de una dictadura —que no puede asemejarse al totalitarismo de 1984, lo que no era posible en España—, no hace falta discurrir mucho para presumir que sin conocimiento no hay terror, ni miedo, ni represión, ni dictadura.

¹³²Pilar Cernuda, op. cit., pág. 201 y ss; José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., pág. IV y ss.

¹³³Julián Santamaría, «El papel del Parlamento en la consolidación de la democracia y después», *Revista Estudios Políticos*, n° 84, 1994, pág. 12 y ss.

Comenzando por la función de control, se ha criticado a Felipe González durante sus mandatos que no prestaba atención al parlamento —en una clara afectación del *síndrome de La Moncloa*—, que apenas accedía a la fiscalización parlamentaria. La crítica, como veremos, tiene mínimos visos de veracidad. Aunque, Felipe González no se ha distinguido principalmente por su aprecio a los procedimientos parlamentarios debido a lo especial de su liderazgo, hay que recordar varias circunstancias: por un lado, Felipe González compareció ante la Cámara Baja tanto en las estipuladas sesiones de control —cuando su actividad presidencial se lo permitía—, como en sesiones especiales o de petición de comparecencia; y por otro lado, fue el gobierno del PSOE el que instauró el *debate sobre el estado de la nación* en 1984 y las sesiones de control en 1983. Las críticas carecen de fundamento jurídico ya que la fiscalización del gobierno por parte del parlamento no se realiza de manera individualizada, es decir, no se fiscaliza a uno u otro ministro en tanto que individuos, sino que se fiscaliza una acción general de gobierno con sus respectivas particularidades. Por lo que respecta al «rodillo socialista», como vaciamiento de contenido del parlamento y la falta de debate, deben hacerse varias puntualizaciones teóricas y políticas. En primer lugar, la pérdida de «presencia política» del parlamento español no es diferente a los procesos habidos en el resto de democracias occidentales. El parlamento ha ido perdiendo, no *de iure* pero sí *de facto*, algunas de sus funciones tradicionales en favor de agentes externos a los tres poderes del Estado, en concreto, en favor de los medios de comunicación. Ha surgido un *Parlamento de papel* que se ha ido fortaleciendo en detrimento del «parlamento real»¹³⁴, donde los medios de comunicación han asumido, en muchos casos, las funciones de formación de la agenda política y del control gubernativo. Otra de las críticas implícitas es la falta de debate en sede parlamentaria. Sin lugar a dudas, el parlamento español no es el mayor foro de debate político del Estado, debido a un reglamento muy rígido que no permite intervenciones no regladas o espontáneas, quedando el debate dentro del marco de las comisiones parlamentarias y cuyo contenido no suele trascender. Además, los propios partidos

¹³⁴ Enrique Guerrero Salom, «La actualidad del control parlamentario y algunos de sus problemas más relevantes» en Juan Luis Paniagua Soto y Juan Carlos Monedero (eds.), *En torno a la democracia en*

políticos, en favor de la disciplina interna, tienen reglamentos de funcionamiento de los grupos parlamentarios excesivamente rígidos y disciplinarios que no dejan margen de actuación «independiente» alguna a los diputados. Son reglamentos poco democráticos, casi leninistas, con disciplina de voto —lo que en sí es antidemocrático, pues no contempla la Constitución el mandato imperativo—, pero plenamente arraigados en todos los grupos parlamentarios. Por consiguiente, la falta de debate parlamentario no es culpa del felipismo, sino de los partidos políticos que priman la eficacia frente al pluralismo interno.

También se aduce que el felipismo ha sido el culpable de la pérdida del poder legislativo *de facto* del parlamento español por culpa del «rodillo». Según los críticos, el PSOE, al poseer mayoría absoluta, ha legislado sin consenso, sin debate y, los más extremistas, sin parlamento. Esta crítica merece dos apreciaciones diferentes pero imbricadas. En primer término, y dentro de una consideración generalizada en las democracias occidentales, existe una falsa ilusión, que es falsa idealización, del parlamento como impulsador de la iniciativa legislativa, algo que ha correspondido, en la mayor parte de los casos, al gobierno o poder ejecutivo¹³⁵. El parlamento, en términos generales, nunca ha ejercido *de facto* esa función que ha quedado prendada de la preferencia sentimental otorgada por los teóricos clásicos. Normalmente, el parlamento ha cumplido la función del *policy-influencing* antes que la del *policy-making*, por lo que realizar una crítica en este sentido o bien es una posición idealista, o bien es fruto del desconocimiento histórico de la actuación parlamentaria. Además, frente a las críticas de usurpación del poder parlamentario, podemos contraponer las palabras de Enrique Guerrero: «Ese poder no ha sido arrebatado al Parlamento, sino que se ha ido acumulando con las nuevas competencias que ha ido asumiendo y desempeñando el Estado; es decir, se trata de un poder nuevo, que en el pasado no pertenecía a ninguna institución, porque no existía la base material para ejercerlo»¹³⁶. Por lo tanto, las críticas desde esta posición no están fundamentadas. Y en segundo término, las críticas al «rodillo socialista» se fundamentaban, también, en la falta

España, Madrid, Tecnos, 1999, pág. 468.

¹³⁵Ibídem, pág. 452.

¹³⁶Ibídem, pág. 453.

de consenso legislativo debido a una tradición cercana en el tiempo y, ciertamente, coyuntural. Durante la transición española funcionó el *consenso* en la formulación de las leyes de Estado, es decir, las leyes que afectaban al funcionamiento general del Estado. Imperaba la operatividad de un, permítasenos el concepto, *consocionalismo imperfecto*. Es decir, al no poseer mayoría absoluta en el parlamento, el partido en el gobierno (UCD) pactaba con uno u otro grupo parlamentario la legislación de diversas leyes, recogiendo de esta forma el apoyo casi unánime de los grupos representados para la elaboración de leyes «fundamentales» —a través de pactos de Estado—. Había, pues, una coparticipación legislativa de diversas orientaciones políticas, de ahí el término del consocionalismo imperfecto. Sin embargo, en las tres primeras legislaturas socialistas, comenzó a operar la «regla de la mayoría», que quebraba la figura anterior. Al tener mayoría absoluta en el parlamento y el senado, el gobierno de Felipe González podía llevar a cabo las políticas que desease, así como la legislación de leyes, con el único freno de la constitucionalidad o no de aquéllas —el control jurídico como contrapeso—. ¿Debía el gobierno del PSOE llegar a un consenso con la oposición? Según la regla de la mayoría no. Es cierto que esta actuación suponía una «tiranía de la mayoría», con las perversiones que ya anunció John Stuart Mill¹³⁷, pero no dejaba de ser una acción democrática del gobierno. Los críticos olvidaban que Bagehot incluía dentro de las funciones del parlamento el soporte del gobierno y su acción¹³⁸, por lo que el PSOE actuó, en este sentido, de acuerdo a la ley y a la teoría de la democracia. Actuar en sentido contrario podría haber sido visto como una «tiranía de la minoría», sobre todo cuando se permitió el debate parlamentario —aunque hay que recordar que la propia oposición tampoco actuó políticamente de forma correcta, interponiendo numerosas demandas de anticonstitucionalidad—. Por lo tanto, la actuación de un gobierno con mayoría absoluta tan sólo tiene como freno la constitucionalidad, dentro de la cual están insertas la libertad, la igualdad y la democracia. Aunque, la

¹³⁷ «Cualquier creencia que se tenga respecto de asuntos en los cuales es de primera importancia creer con acierto, debería, al menos, poder ser defendido contra las objeciones ordinarias» (J. S. Mill, *Sobre la libertad*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pág. 101). La oposición pudo ejercer este derecho frente a la supuesta *tiranía de la mayoría*, que podía estar equivocada, pero que era mayoría ciudadana.

tradición consociativa de la transición marcaba la impronta de la actuación gubernativa. En todo caso, el PSOE no actuó en este sentido.

En torno a la relación entre el poder ejecutivo y el *poder judicial* las críticas se han centrado en la «politización de la judicatura». Estas críticas se han manifestado debido a la supuesta intervención gubernamental en las instituciones jurídicas más importantes del Estado como son el Tribunal Constitucional y el Consejo General del Poder Judicial. El 1 de julio de 1985 entró en vigor la ley orgánica del poder judicial, por la cual el parlamento elegiría a los veinte miembros del CGPJ, —cuyo presidente desde esa fecha sería Antonio Hernández Gil, posteriormente sustituido por Pascual Sala (1990-1996)—, contando con catorce de sus miembros elegidos por el PSOE —anteriormente el parlamento sólo podía elegir a doce de sus miembros—. Esta ley introdujo la posibilidad del control de la «alta judicatura» por parte del parlamento, ya que, a pesar de la necesidad de una mayoría cualificada (207 votos) para el nombramiento, se establecía el reparto de cargos basándose en cuotas partidistas. El PSOE seguía con la promulgación de esta ley la tradición francesa, según la cual el parlamento, al ser la representación y materialización de la voluntad general, debe controlar al resto de poderes, incluido el poder judicial, el cual, a su vez, debe ser reflejo de la pluralidad social¹³⁹. Esta acción introducía un sesgo político, que ya existe *de facto*, en el poder judicial, lo que según los críticos —que evidentemente se apoyaban en la doctrina anglosajona— vulneraba en parte la independencia teórica de la judicatura respecto al poder político. La crítica es acertada en tanto en cuanto está influida por una doctrina del poder judicial, pero falsa en tanto en cuanto no entiende que la postura del gobierno del PSOE es tan legítima como la suya. Además, hay que tener en cuenta que la independencia del poder judicial, en concreto de los jueces, solamente está configurada por las personas que ocupan los cargos, por lo que si los jueces no son independientes es un problema de personas, no del sistema. Igualmente, los críticos han manifestado que el

¹³⁸José Cazorla y Agustín Ruiz Robledo, «El funcionamiento de las instituciones» en Ramón Cotarelo (comp.), op. cit., pág. 351.

gobierno del PSOE ha criticado a la judicatura por sus decisiones. El hecho en sí es verdadero, pero no es dictatorial o negativo. Dentro de la doctrina del *check and balance* el contrapeso del poder judicial es tanto el ejecutivo como el legislativo, pues ningún poder puede ser absoluto o dominar claramente a los demás; por lo tanto, es plausible la crítica a la judicatura desde los otros poderes del Estado.

4.1.2.b. *Desprecio por los mecanismos, usos y costumbres de la democracia liberal.*

Las críticas contra el PSOE y Felipe González se han articulado basándose en la vulneración de derechos fundamentales —principalmente las escuchas telefónicas y la «ley Corcuera»— y los ataques a la libertad de expresión de los medios de comunicación¹⁴⁰. Respecto a las escuchas telefónicas ilegales, son dos los casos acaecidos en España. El 1 de julio de 1983, *Diario 16* publicaba que Alfonso Guerra estaba involucrado en un caso de espionaje telefónico a dirigentes de la oposición. Las instancias judiciales no encontraron pruebas de que el vicepresidente del gobierno hubiese cometido algún tipo de delito. Sin embargo, en 1988 la revista *Tiempo* efectuó una investigación electrónica en despachos de dirigentes políticos descubriéndose que numerosos teléfonos estaban intervenidos. Salvo las alusiones periodísticas o de Manuel Fraga¹⁴¹, nada ha sido demostrado. Sin embargo, más grave fue el descubrimiento de que el CESID había estado espiando, mediante escuchas telefónicas, a diversas personalidades españolas de todos los ámbitos del país¹⁴². Las instancias judiciales, frente a lo que mantenían los medios de comunicación, demostraron que ni Narcís Serra (vicepresidente del gobierno en 1995), ni

¹³⁹La doctrina anglosajona entiende que los poderes deben estar totalmente separados e independizados los unos de los otros, sobre todo, en lo que al poder judicial se refiere, ya que éste es el garante de la no-aparición de la tiranía de la mayoría.

¹⁴⁰José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel expresan que el «embuste impune de los gobernantes» (op. cit., pág. 199) es otra de las variables a incluir dentro del desprecio por los mecanismos, usos y costumbres de la democracia liberal. La capacidad de *accountability* no reside en el gobierno, sino en los propios ciudadanos españoles cuando ejercen su derecho al voto. Por consiguiente, no cabe culpar al felipismo de una función que debe desarrollar la ciudadanía.

¹⁴¹En sus Memorias Fraga reconoce haber estado al tanto de las investigaciones judiciales, señalando a Alfonso Guerra como el promotor de las escuchas. Manuel Fraga, *En busca del tiempo servido*, Barcelona, Planeta, 1987, pág. 390.

¹⁴²*El Mundo*, 12 de junio de 1995.

Julián García Vargas (ministro de Defensa), ni nadie del gobierno había estado involucrado en la actividad, calificada por el centro de investigación de rutinaria y aleatoria. En este caso, la culpa del gobierno sería no haber controlado las actividades del CESID, algo desde luego grave. Pese a las críticas no ha sido posible demostrar que el PSOE y/o Felipe González estuvieran implicados en estas actividades ilegales y, por lo tanto, carece de fundamento incluirlas como pruebas de las características del felipismo.

El recorte de la libertad de expresión de los medios de comunicación tiene dos fases: la primera se imbrica con la persecución de los medios de comunicación desde instancias gubernamentales; y la segunda tiene su fundamento en la reforma del código penal respecto a la libertad de expresión. La segunda fase es la que nos interesa analizar en este momento. En mayo de 1991, el ministro de Justicia, Tomás de la Quadra, afirmó que se estaba preparando una ley antilibelo de carácter civil —permutación de las penas de prisión por multas económicas—, como continuación de una proposición no de ley de CiU. Una vez que el gobierno dio a conocer la intención de incluir, en la reforma del código penal, la regulación del delito de difamación, la figura del desacato, el delito de calumnias reiteradas, la supresión de la excepción de verdad en las injurias a funcionarios y contemplaba entre las sanciones la inhabilitación especial. La reacción de la prensa fue unánime calificando la medida de retroceso y franquista¹⁴³. La intervención del CGPJ, la presión de los medios de comunicación, la sentencia desfavorable del Tribunal Europeo de Derechos Humanos, la petición de la FIEJ, y diversos manifiestos en contra de la legislación incidieron en las distintas modificaciones del anteproyecto y del código penal hasta la legislación efectuada en 1994, cuando ocupaba el ministerio de Justicia Juan Alberto Belloch¹⁴⁴. La tramitación de esta ley, o la «ley Corcuera», ha sido un error

¹⁴³*El País*, 26 de febrero de 1992.

¹⁴⁴Para un mayor conocimiento del proceso véase Isabel Fernández y Fernanda Santana, *Estado y medios de comunicación en la España democrática*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pág. 206 y ss. El código penal reformado de 1994 recogía las figuras de calumnia e injurias con penas monetarias; la calumnia reiterada y con publicidad implicaba penas de cárcel; el delito de injurias graves contra el gobierno u otros organismos contemplaba penas de seis meses a dos años de prisión; y se mantuvo la figura de la inhabilitación para aquellos casos en que la calumnia o injuria se cometiera mediante precio, recompensa o promesa.

gravísimo del PSOE durante su mandato, demostrando un escaso respeto por las opiniones de actores no fieles al líder carismático y un intento de coartar la libertad de expresión de aquéllos. Sin embargo, y sin que sirva de justificación, los medios de comunicación en España han cuidado poco las formas y han actuado de manera poco democrática, constituyéndose en seres absolutos e intocables y defensores del libre albedrío en sus manifestaciones. Han confundido su función como informadores, investigadores e, incluso, controladores con la función de «gobierno paralelo»¹⁴⁵.

4.1.2.c. *Persecución de los medios de comunicación no afines.*

Entre todas las características del felipismo la más clara y concisa ha sido la persecución de los medios de comunicación no afines por parte de Felipe González. Unos han observado la actuación gubernamental como un intento de controlar todos los medios de comunicación de España, para permanecer una generación en el poder¹⁴⁶; y otros lo han entendido como un ajusticiamiento de los críticos con la acción de gobierno. Pero lo que es cierto es que realmente ha existido una actuación del «felipismo» contra ciertos medios de comunicación y ciertos periodistas, bajo la fundamentación de que sus informaciones eran contrarias al proyecto socialista. Empero, también ha influido en esta mala relación la mentalidad de ambos contendientes.

Si ya manifestamos que el felipismo suponía dogmatismo —a causa del carácter total de la visión mítica que llega a embargar a todos los creyentes— y ciertos caracteres autoritarios, los medios de comunicación poseen una mentalidad democrática peculiar. Se basan los medios de comunicación, en España de modo generalizado, en la máxima de Thomas Jefferson de que es preferible un Estado sin gobierno pero con medios de comunicación, antes que un Estado con gobierno y sin aquéllos —lo que descontextualizado invalida los postulados democráticos del pensador estadounidense—.

¹⁴⁵Cfr. Ramón Cotarelo y Juan Carlos Cuevas, *El cuarto poder. Medios de comunicación y legitimación democrática en España*, Melilla, UNED, 1998.

¹⁴⁶José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., pág. 13.

Son muchos los intelectuales que han criticado esta forma de pensar de los periodistas —Alain Minc, Pierre Bourdieu, Ralph Miliband, etc.—, y tienen razón en tanto en cuanto los medios de comunicación, que son necesarios en un régimen democrático¹⁴⁷, son parte del *check and balance* por la información que difunden, no por el poder que acumulan. En sentido contrario a nuestra opinión, José Luis Gutiérrez piensa que «en un régimen de libertades democráticas, sin embargo, el delicadísimo y complejo sistema de contrapesos que lo conforma cuenta siempre con una prensa *fuerte, independiente, poderosa*. Intentar alterar este equilibrio de fuerzas conduce, inevitablemente, a desnaturalizar todo el invento —el sistema democrático—»¹⁴⁸. Compartimos que la prensa, para cumplir su función en el sistema democrático —una función nunca predeterminada—, debe ser fuerte e independiente, pero no entendemos por qué debe ser poderosa. El poder se posee siempre frente a algo o alguien para ejercer un dominio, pero si la función primordial de la prensa es informar ¿para qué se quiere tener poder? Evidentemente para domeñar a los gobiernos o influenciarlos, situándose como representantes de la voluntad general. En este sentido, la función de los medios de comunicación sería de carácter dictatorial y no democrático. En términos teóricos y/o filosóficos, los medios de comunicación no deberían ocupar un espacio que no les pertenece como es el contrapoder gubernamental. Por consiguiente, la apreciación de Gutiérrez no ayuda al sostenimiento del sistema democrático que dice defender. Otra característica de la prensa española, que coadyuva al enfrentamiento con el gobierno, es el carácter prepotente y absoluto que se visualiza en la exigencia de la libertad para conseguir información: «Además, de encajar mal las informaciones adversas, los socialistas se hicieron expertos en el arte de obstaculizar el acceso a la información, en ponérselo difícil a la prensa [...] Desde el sector, los periodistas se quejaron frecuentemente de la excesiva proliferación de gabinetes de prensa y de las dificultades

¹⁴⁷Robert Dahl cree que las fuentes de información —y los medios son una de las posibles— son una de las instituciones de la *poliarquía*: «Los ciudadanos tienen derecho a procurarse fuentes de información, que no sólo existen sino que están protegidas por la ley». Robert Dahl, *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós, 1993, pág. 267.

¹⁴⁸José Luis Gutiérrez, op. cit., pág. 243 (la cursiva es nuestra).

para acceder a fuentes directas»¹⁴⁹. Obsérvese que el posicionamiento de los medios de comunicación ante la consecución de información podría ser anticonstitucional, ya que los gobernantes deben procurar el secreto previo de las discusiones en consejo de ministros, por ejemplo, y es algo que no aceptaban los periodistas. Cuando el PSOE llegó al gobierno creó los gabinetes de prensa a imagen y semejanza de las democracias occidentales con el fin de proporcionar, en igualdad de condiciones, la información a la prensa. Y, precisamente, este aspecto modernizador era el criticado por los medios de comunicación. Esta crítica está determinada por las fluidas relaciones entre oposición y medios durante las legislaturas anteriores —incluso entre miembros del gobierno ucedista y periodistas—, relaciones que se volvieron correctas y acordes a la nueva función desempeñada. La crítica de los medios en ningún caso es justificable pues ningún principio democrático o poliárquico establece que se deban acceder a las fuentes primarias, sino que la información transmitida sea veraz. Cuestión bien distinta es que a los medios de comunicación se les impidiese investigar por su cuenta utilizando otros caminos, anejos o no a los oficiales. Igualmente existe una causa que influye en las críticas de la prensa, cual es la prepotencia de los propios medios de comunicación. Su nueva función en los comienzos de la «sociedad de la información» —aspecto también aplicable a la actualidad— como formadores de la opinión pública y la agenda política, no les autoriza a imponer la concesión de entrevistas, al acceso a las deliberaciones gubernamentales, o a que los políticos les «sirvan» a ellos. Sin embargo, su propia prepotencia les lleva a exigir la total colaboración, en muchos casos sometimiento, de los políticos. Por lo tanto, las críticas no se ajustaban a principios democráticos, sino a cierto corporativismo y mercantilismo. Esta actitud no justificable no empece, sin embargo, para que el comportamiento del PSOE con los medios de comunicación haya sido nefasto.

¹⁴⁹ Isabel Fernández y Fernanda Santana, op. cit., pp. 181 y 182. En términos similares se manifestaba Gutiérrez: «No se trata de llamar leninista a nadie, pero sí hay que decir que el secretismo, la alergia a las largas y sensibles narices de la canallesca, la incomprensión de su función en una sociedad democrática —la prensa como mecanismo de *control social* del poder— siguen siendo la tónica general de nuestros políticos». José Luis Gutiérrez, op. cit., pág. 245.

El PSOE ha actuado, utilizando su poder, contra la prensa en diversas ocasiones; en unos casos para impedir posicionamientos contrarios, en otros casos para vengarse por críticas y editoriales contrarias a la acción de gobierno. Por ejemplo, Juan Tomás de Salas, presidente del Grupo 16, publicó ciertas presiones recibidas por miembros del gobierno socialista: «Julio Feo se ha permitido la alucinación de no volver a hablar con nadie del Grupo 16 hasta que no le sirvamos en bandeja la cabeza de Pedro J. Ramírez [...] Ni en la más salvaje pesadilla se me hubiera ocurrido imaginar que la victoria socialista iba a convertirse en la mayor amenaza contra esta casa desde la dictadura. Como tampoco pude imaginar que el señor Guerra iba a convertirse en el campeón clandestino de la manipulación televisiva más descarada y de la campaña de amenazas feroces contra esta casa»¹⁵⁰. La prepotencia gubernamental derivada de la mayoría absoluta de 1982 —y las posteriores de 1986 y 1989— provocó un enfrentamiento con toda la prensa que en algunos casos fue temporal —como con el grupo Prisa¹⁵¹—, y en otros generalizada. Así ocurrió con el programa *La Clave* de TVE y dirigido por José Luis Balbín; con el diario —primeramente semanario— *El Independiente* cuya línea editorial —«[Queremos denunciar] la catadura moral del felipismo y el oligopolio que se ejerce desde La Moncloa donde unos cuantos amiguets se reparten el poder, sin contar con la voluntad popular ni con las instituciones»¹⁵²— significaba en sí una provocación por otro lado totalmente lícita¹⁵³; o con Pedro J. Ramírez y José Luis Gutiérrez en sus épocas de directores de *Diario 16*. Para ello utilizó sus influencias en el mundo bancario a fin de no conceder créditos; o a través de la retirada de publicidad institucional —aunque esta acción

¹⁵⁰*Diario 16*, 4 de septiembre de 1983.

¹⁵¹La principal cabecera del grupo PRISA exponía la siguiente opinión sobre la actuación del gobierno: «La idea de que la prensa no merece leerse, es vehículo de chismes, ha de expresar las opiniones de un partido que ganó 10 millones de votos o debe esperar a recibir noticias oficiales y no investigar por su cuenta, parece componer un cuadro de autoritarismo y limitación del derecho a informar que difícilmente se aviene con las propuestas de modernización democrática [del gobierno del PSOE]». *El País*, 30 de abril de 1986.

¹⁵²Citado en Isabel Fernández y Fernanda Santana, op. cit., pág. 204.

¹⁵³Para un análisis completo del enfrentamiento entre PSOE y «El Independiente» véase *Ibidem*, pág. 203 y ss; y José Díaz Herrera e Isabel Durán, *Los secretos del poder*, Madrid, Temas de Hoy, 1994, pág. 558 y ss.

contraviniera la jurisprudencia del Tribunal Supremo¹⁵⁴—, o interponiendo demandas judiciales —como la interpuesta contra Pedro J. Ramírez, José Luis Gutiérrez y otros seis redactores que tuvo un saldo favorable a los demandados por injurias y calumnias—. En sentido contrario, el PSOE benefició en alguna de sus decisiones a los medios de comunicación y empresas «afines» o no contrarios como PRISA —tanto con la concesión de frecuencias radiofónicas como permitiendo la fusión entre Antena 3 radio y cadena SER¹⁵⁵—, grupo ZETA u ONCE, en muchos casos actuando contrariamente a la ley que el propio PSOE había legislado¹⁵⁶. Incluso, en algún momento el PSOE, en concreto el sector guerrista, intentó crear una empresa mediática para construir una cadena radiofónica: el llamado proyecto *Arco Iris*¹⁵⁷. En este sentido las críticas contra el «felipismo» son ciertas, aunque algún actor de esta lucha ha justificado, en cierto sentido, la actuación del gobierno socialista: «De aquel grupo [AEPI] casi todos perdieron su medio o su trabajo. Fue un proceso de laminación. Nos salvamos Pedro J. Ramírez en *El Mundo* y yo mismo en *ABC*; Antonio Herrero también se libró, no sin antes ver la desaparición de Antena 3 Radio y encontrar su sitio en la COPE. No fue una batalla sin víctimas. En el esfuerzo por derribar a González, González se defendió bien»¹⁵⁸. Cualesquiera que sean las justificaciones referidas a la lucha entre el gobierno y los «conspiradores», lo cierto es que el gobierno socialista se enfrentó a los medios de comunicación de una forma prepotente y fuera de

¹⁵⁴Sentencias del Tribunal Supremo 5273/87, de 8 de junio; y 274/88, de 14 de enero.

¹⁵⁵El Tribunal Constitucional ha confirmado en 2001 que la fusión fue contraria a la ley antimonopolio.

¹⁵⁶Isabel Fernández y Fernanda Santana, op. cit., pág. 265 y ss.

¹⁵⁷En la primavera de 1989 los dirigentes del PSOE, José María Calviño, Rafael Delgado (secretario general de la Vicepresidencia del gobierno), Francisco Virseda (director general de Medios de Comunicación Social), Roberto Dorado (secretario general de la Presidencia del gobierno), Javier Nadal (director general de Telecomunicaciones) y Virgilio Zapatero (ministro de Relaciones con las Cortes) —todos miembros del sector guerrista— intentaron, contando con la aprobación de Alfonso Guerra, crear una cadena de radio para el PSOE. Se pretendía adjudicar, en el concurso a celebrar ese mismo año para la adjudicación de frecuencias, a personas afines o testaferros gran parte de las ciento cincuenta y tres emisoras del concurso. En octubre de 1989, el PSOE fundó *Alfil Comunicación* como sociedad matriz a la que todos los testaferros venderían sus concesiones. La operación fue un fracaso total pues los supuestos testaferros y concesionarios amigos acabaron vendiendo las opciones a las empresas radiofónicas consolidadas ante la falta de financiación del proyecto socialista.

¹⁵⁸*Tiempo*, 23 de febrero de 1998.

lugar, porque se utilizaron medios del aparato del Estado y las propias posiciones de dominio para actuar contra la prensa.

4.1.2.d. *Utilización del clientelismo poliédrico.*

Al hablar de clientelismo poliédrico hacemos referencia a diversas formas de establecer redes clientelares de poder, tanto en un sentido caciquil como en referencia al aprovechamiento o no de los actores internos al partido, pasando por las subvenciones culturales. Sobre estos tres aspectos del clientelismo (político, partidista y cultural) se han asentado las críticas al felipismo. Comenzando por el *clientelismo político*, los críticos externos (prensa, intelectuales y partidos políticos) a Felipe González han manifestado que éste obtenía mayorías absolutas, o simples, gracias al *voto cautivo* de las regiones campesinas, especialmente de Andalucía, como consecuencia de la existencia de numerosas prestaciones y subvenciones a los ciudadanos de esas zonas —cuyo caso paradigmático era el PER (Plan de Empleo Rural)—. Se escudaban para realizar estas afirmaciones en los datos empíricos del perfil sociodemográfico del votante socialista. Con esta base empírica de apoyo se exponía que el PSOE había pasado de ser el partido de los grupos ilustrados, las cohortes jóvenes y las capas urbanas en 1982, a ser —especialmente en 1993-1996— el partido de las amas de casa, los pensionistas, las capas rurales y los parados. Los datos, en sí, no son totalmente falsos y, en términos generales, el proceso ha sido ése, aunque la valoración de los datos no es tan simplista o causal.

Como se comprueba en la Tabla 10.1., en 1982 el PSOE tenía un voto sociodemográfico basado en las cohortes más jóvenes —de 18 a 44 años—; una distribución simétrica según el hábitat; según la formación se producía una agregación en los niveles medios y bajos; según el género, los votos de los hombres suponía el 54% y de las mujeres el 46%; y según la situación laboral los activos suponían el 42% de los votos y, dentro de los no activos, los desempleados eran la mayor proporción (55%).

TABLA 10.1. *Composición sociodemográfica del electorado del PSOE: 1982, 1993 y 1996.*

	1982	1993	1996*
Género			
Hombres.....	54	47	46
Mujeres.....	46	53	54
Edad			
18-24 años.....	50	23	12
25-34 años.....	44	28	17
35-44 años.....	40	33	20
45-54 años.....	34	30	14
55-65 años.....	30	36	22
Hábitat			
Menos de 2.000 habs.....	39	35	20
2.001 a 10.000 habs.....	32	29	50
10.001 a 50.000 habs.....	39	35	37
50.001 a 100.000 habs.....	41	35	37
100.001 a 400.000 habs.....	39	28	33 ^a
400.001 a 1.000.000 habs.....	37	23	33 ^a
Más de 1.000.000 habs.....	44	30	33 ^a
Educación			
Menos de primarios.....	38	35	13
Primarios completos.....	40	31	14
FP/Bachillerato.....	44	22	63
Universitarios de grado medio.....	31	19	5
Universitarios superiores.....	30	18	6
Situación Laboral			
Población activa.....	42	29	38
Población no activa			
Estudiantes.....	39	18	6
Desempleados.....	55	30	7
Jubilados.....	39	37	18
Sus labores.....	32	34	31

* Datos sobre voto directo emitidos en sondeo pre-electoral.

^a Datos totales para la agregación de las tres magnitudes.

Fuente: Elaboración propia sobre datos de: Carles Boix, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad*, pp. 242-244; y José Ignacio Wert, «3-M: paisaje después de la batalla», *Claves de razón práctica*, nº 61, 1996, pp. 41 y 42.

¿Es posible afirmar que, en términos generales, los votantes socialistas de 1982 eran mayoritariamente urbanos, cultos y de clase media¹⁵⁹? A la vista de los datos empíricos no es plausible verificar tal afirmación, porque el voto socialista de 1982 está bastante desagregado entre las distintas variables. Cuestión diferente es afirmar que, en comparación con años posteriores, la diferencia cuantitativa se establecía bajo esos parámetros. En 1982, el PSOE fue el partido preferido por altos porcentajes de todas las variables. Ahora bien, ¿es cierto como afirma la profesora Méndez Lago que los votantes de 1993 «provenían de zonas rurales, de la clase trabajadora o sectores “subvencionados” (pensionistas, parados y amas de casa) y tenían un nivel educativo bajo»¹⁶⁰? Parcialmente sí. En primer lugar, es cierto que el PSOE descendió menos en sus apoyos en los hábitats menos poblados, lo que puede entenderse como una ruralización o desurbanización del voto —aunque, debido al aumento en la tasa de escolarización no se puede colegir que fuesen capas menos ilustradas *per se*—. En segundo lugar, es difícil decir que primaba la clase trabajadora frente a la clase media pues, en 1982, los apoyos en porcentajes más altos del PSOE los recibió de la clase trabajadora —siempre y cuando se entienda por la misma (como parece hacer la profesora Méndez) a los trabajadores de «cuello azul»; porque objetivamente podrían ser muchos más los trabajadores si incluimos los asalariados no directivos (y las cifras serían más bajas), y subjetivamente la clase media podría aumentar¹⁶¹—. Sin embargo, es clara la tendencia fuerte a la baja entre los trabajadores intelectuales, más que entre los trabajadores manuales, lo que en sí transmite la sensación de «proletarización» del voto. Y, en tercer lugar, no cabe generalizar sobre los apoyos de las «capas subvencionadas (sic)» porque los datos demuestran que puede haber un error interpretativo, el cual ha sido potenciado por los adalides del clientelismo político. Si bien el apoyo de la población activa disminuyó considerablemente en el periodo 1982-1993 (1996), no es cierto que los desempleados apoyaran mayoritariamente al PSOE en 1993 ó

¹⁵⁹Mónica Méndez Lago, *La estrategia organizativa del Partido Socialista Obrero Español (1975-1996)*, Madrid, CIS, 2000, pág. 82.

¹⁶⁰Ibídem.

¹⁶¹Cfr. Carles Boix, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 243 y 244.

1996. En 1982, el voto de los desempleados fue del 55%, mientras que en 1993 y 1996 descendió hasta el 30% y el 7% respectivamente. Es más, según la columna de 1996 —con el gran margen de error al ser un estudio pre-electoral— el apoyo de la población activa (38%) sería superior al de la población desempleada. Entre las «amas de casa» el voto se mantendría estable, pero entre los jubilados y los estudiantes la tendencia sería claramente a la baja. Por lo tanto, la afirmación de Méndez Lago es relativizable, ya que el perfil sociodemográfico de 1993 y 1996 estaba indicando cuál es la base estructural del voto socialista. Como demuestran los datos la existencia de prestaciones sociales —que en el caso de las «amas de casa» eran inexistentes— no determinaba el voto ciudadano a un partido u otro. Es más, como ha demostrado Manuel Justel, en las provincias donde más votan los mayores de 60 años no suele ganar el PSOE, siendo las provincias con una participación media o baja de personas de mayor edad donde vence el PSOE¹⁶². En resumen, empíricamente ha quedado demostrado la inexistencia de un «voto cautivo» y la existencia de un «voto fiel».

El *clientelismo partidista* ha influido en mayor medida en la actuación política de lo que algunos analistas presuponen, pero las mayores críticas han surgido o bien en el propio partido o bien entre personas afines a él. La tendencia a nombrar para cargos de responsabilidad pública a militantes (neófitos o antiguos) de probada fidelidad, independientemente de que fueran guerristas o renovadores, sin tener en cuenta la honradez ética y las capacidades gestoras y técnicas ha supuesto al PSOE perder gran parte del prestigio adquirido mientras estuvo en la oposición —o la quiebra de la presunción, derivada del discurso de González, de que se utilizarían otras técnicas de selección¹⁶³—. Ramón Cotarelo lo ha expresado con meridiana claridad: «Fue una política sectaria y clientelar, cuando no enchufista, porque estuvo presidida por el criterio de que era necesario otorgar preferencia a los afiliados al PSOE en los nombramientos. Dado que el

¹⁶²Manuel Justel, «Edad y cultura política», *REIS*, nº 58, 1992, pág. 63.

¹⁶³«Habría que introducir —afirmaba González— la selección de cargos públicos de responsabilidad por razones fundamentalmente de eficacia, de conocimiento, de capacidad. [...] El factor de las fidelidades,

PSOE no contaba con suficiente personal preparado para garantizar la gobernación del Estado en todos sus niveles, fue necesario recurrir a gente de adscripción socialista reciente, cuyo comportamiento posterior dejaría mucho que desear»¹⁶⁴. Las manifestaciones del profesor Cotarelo deben ser matizadas y ampliadas. Como dijimos pocas líneas antes, el nombramiento de los cargos públicos del PSOE, no sólo a escala estatal sino que es extensible a los demás ámbitos territoriales, se producía siempre y cuando con anterioridad se hubiese producido una muestra/juramento de fidelidad al líder/proyecto o al *whip*/aparato, en una rememoración de las relaciones de poder del feudalismo¹⁶⁵. De igual forma, el clientelismo por fidelidad o partidista influyó en la gestión gubernamental ya que, en muchos casos, los nombrados actuaban como comisarios políticos antes que como servidores públicos, para lo cual no influye la variable temporal de la adscripción partidista, o se implantaban políticas contradictorias entre unos departamentos y otros. En general, la elección de los cargos públicos sobre la base de fidelidades personales antes que basándose en las capacidades y la ética supuso un grave perjuicio para el PSOE, algo ya advertido por John Stuart Mill en el siglo XIX¹⁶⁶.

desde el punto de vista político, es un factor secundario». Víctor Márquez Reviriego, *Felipe González. Un estilo ético*, Barcelona, Argos Vergara, 1982, pág. 138.

¹⁶⁴Ramón Cotarelo, *La conspiración*, pág. 52. Juan Guerra es un caso paradigmático de esta reciente incorporación al PSOE —se afilió en 1982 pocos meses antes de ganar las elecciones generales— y del enchufismo.

¹⁶⁵Alfonso Guerra valoraba así la incorporación de independientes: «La llegada de personas que no estaban vinculadas a un proyecto nacional debería ser bien recibida, pero no tiene sentido que se les dé un plus respecto a quienes ya estaban implicados» (Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 140). Las palabras del dirigente socialista demuestran que la inclusión de «independientes» en las listas electorales y en los cargos públicos no se criticaba por la capacidad de las personas, sino porque quebraban las relaciones feudales de lealtad/poder dentro tanto de la administración del Estado como del partido. La crítica de Guerra esta relacionada con el no juramento de fidelidad hacia sus posiciones más que hacia el proyecto encarnado en el líder carismático —relación que es mucho más clara—.

¹⁶⁶Las reflexiones del pensador británico se refieren al parlamento, pero son transferibles en la mayoría de los argumentos a la administración pública: «Si la composición de la Asamblea es defectuosa bajo esta relación invadirá por actos especiales la esfera de lo ejecutivo; depondrá un buen ministro o nombrará y sostendrá uno malo; permitirá y hasta autorizará abusos de confianza de parte de los ministros; se dejará engañar por falsos pretextos o retirará su apoyo a los que tratan de llenar su cargo concienzudamente; protegerá o impondrá una política general, en lo exterior como en lo interior, egoísta, caprichosa, irreflexiva, imprevisora, llena de perjuicios; abogará buenas leyes y las dictará funestas; introducirá males nuevos o se adherirá a los antiguos con obstinación perversa». John Stuart Mill, *Del gobierno representativo*, Madrid, Tecnos, 1994, pág. 74.

Queda hablar tan sólo del *clientelismo cultural*. Las mayores críticas al felipismo se han centrado en el, llamado por los medios de comunicación, «pesebre socialista» o «psoebrismo». Según los críticos al felipismo, el gobierno del PSOE comenzó un proyecto de subvenciones de tipo cultural donde primaba el amiguismo y la compra de intelectuales para fortalecer la acción de gobierno, dejando de lado a aquellos empresarios de la cultura y artistas no afines o no dados a plegarse a la voluntad gubernamental. Algo de esto hubo, pero no es achacable al felipismo en sí, sino a la propia voluntad de los gobernantes, en general, de rodearse de intelectuales y artistas para aumentar su propia autoridad y prestigio. Es, pues, connatural a cualquier gobierno. Sin embargo, el haber concedido el ministerio de Cultura de los gobiernos socialistas a la llamada «oligarquía republicana» ha propiciado el fomento de un determinado tipo de cultura: *snob*, vanguardista y elitista —en contraposición algunos de los antifelipistas culturales abogaban por la *cultura de las tres ces*: cutre, casposa y castiza—. El fomento de este tipo de cultura primaba el fomento de ciertos artistas respecto a otros, a lo que hay que añadir la formación de una oligarquía progresista, no tanto sobre la base de las subvenciones sino por situarse en centros de poder cultural, que ha negado la oportunidad a aquellos que no se situaban en sus mismas coordenadas. Pero el problema fundamental no ha sido, con todo, el despilfarro en las subvenciones, sino el no haber sabido educar culturalmente a los ciudadanos españoles, que han quedado separados de esa cultura por desconocimiento más que por deseos. Un dato que refleja las preocupaciones culturales de los españoles es la tenencia de libros: el 47% de los hogares españoles poseen menos de 100 libros en su casa; el 36% tendría de 100 a 300 libros; y el 17% más de 300 libros en el hogar¹⁶⁷. Mas el felipismo, en resumen, como otros «ismos» ha sido clientelista, en tanto en cuanto que vanguardista, en el aspecto cultural.

¹⁶⁷Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Leonardo Sánchez Ferrer, *La familia española ante la educación de sus hijos*, Barcelona, Fundación La Caixa, 2001, pág. 152.

4.1.2.e. *Afán de poder y negación de participación política a las instancias ajenas a los partidos políticos.*

El *afán de poder* del felipismo ha sido entendido desde dos posiciones convergentes: pretensión de permanecer el mayor tiempo posible en el gobierno; y ocupar ciertos espacios públicos de poder y prestigio en su favor. El deseo de permanencia en el gobierno por un largo periodo de tiempo es cierto y existen dos razones para ello: una de tipo general y otra de tipo parcial. La razón generalista se refiere a los deseos de todos los partidos políticos de las democracias liberal representativas de acceder al poder y permanecer el mayor tiempo posible en él. Sobre esta apreciación no cabe atribuir ningún componente antidemocrático a las voliciones partidistas. Podríamos discutir sobre la idoneidad o no de los «gobiernos largos», pero no de su carácter no democrático. Por consiguiente, los críticos antifelipistas no tienen razón en sus apreciaciones. Pero existe una segunda causa concreta que está relacionada con el proyecto del líder carismático. Felipe González manifestó en determinadas ocasiones que necesitaba veinticinco años para llevar a cabo el proyecto del cambio, es decir, situar a España en todos sus aspectos a la altura de los países del entorno occidental. La imbricación emocional fuerte de esta idea en el propio líder carismático le hacía ver que, a pesar de los graves errores cometidos (GAL y corrupción), el proyecto de transformación no podía ser paralizado bruscamente. De ahí sus deseos de que el PSOE permaneciera un cuarto de siglo en el poder. El problema de este afán de permanencia en el poder no era tanto la permanencia en sí, que democráticamente puede ser lícita, sino el dogmatismo derivado de las pulsiones carismáticas del proyecto de transformación. Cualquier crítica al proyecto era castigada por desviacionismo, y esto ha sido negativo tanto para el debate político en España —prácticamente inexistente—, como para la creatividad política del PSOE.

Respecto a la ocupación de espacios de poder y/o prestigio por parte del felipismo hay muestras patentes de haberlo intentado, como en el caso de Alfonso Guerra y la Real Academia Española o el proyecto Arco Iris. Sin embargo, es cierto que el entrismo se ha producido en numerosos ámbitos e instituciones como la universidad, los cuerpos de

policía, las asociaciones o los sindicatos, bien a través de comisarios políticos¹⁶⁸, bien cooptando a aquellos que estaban en las instituciones. Esta actuación ha sido perniciosa porque se ha intentado controlar a ciertas instituciones para evitar las críticas al proyecto, más que para intentar convencerlos de las bondades de él; o porque se han necrosado instituciones importantes para el desarrollo de España. Incluso, en algunos casos, el entrismo ha venido determinado por la ocupación de áreas de influencia con las que atacar al enemigo interno. En general, el proceso ha sido pernicioso por lo que de negación de la alteridad ha tenido. Esto que manifestamos entronca con el siguiente aspecto del felipismo —la negación de participación política a las instituciones ajenas a los partidos políticos— que ha sido denunciado por los críticos. Sobre la participación política de agentes externos a los partidos políticos el *corpus* doctrinal se debate entre las posiciones schumpeterianas y las posiciones de los partidarios de la democracia participativa. ¿Es obligatoria la participación de agentes socioeconómicos en la política? No, en todo caso es beneficioso para la legislación de políticas públicas específicas. Pero, ¿a quién se le negaba la posibilidad de participación política? Los críticos no aventuran ninguna respuesta, pero puede inferirse que a los agentes socioeconómicos y a los colectivos sociales —en ningún momento los críticos han hablado de la democracia participativa o directa de los ciudadanos—. Dados los bajos niveles de asociacionismo en España, se puede decir que muchas asociaciones tan sólo se representan a sí mismas, por lo que creemos que no es recomendable su participación pues sería parcial y podría darse una tendencia arribista. Además, ni en el discurso socialista, ni en la Constitución española se obliga a la participación política de organizaciones no políticas, aunque hubiese sido recomendable un diálogo menos prepotente por parte de los responsables gubernamentales. El fundamento de esta crítica, carente de todo sentido, se encuentra en el movimiento asociacionista de la transición política, cuando se instrumentalizó a las asociaciones para poder hacer política, más que para defender o demandar derechos concretos. Es, por lo tanto, un mito de la bondad del movimiento asociacionista, el cual, en la actualidad, busca más la subvención

¹⁶⁸Vid. José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, op. cit., pág. 251.

que el agrupamiento ciudadano y el control del poder político que se le supone a las organizaciones de la sociedad civil.

4.1.2.f. *Conclusión sobre el felipismo.*

Las características del felipismo conceptualizadas por los críticos son parcialmente falsas, por consiguiente ¿qué ha sido el felipismo? En términos generales, ha sido una forma/estilo de ejercicio del liderazgo y la dirección¹⁶⁹, cuyas características debemos sintetizar para una mejor comprensión del fenómeno carismático de Felipe González. a) El felipismo ha sido ciertamente un *estilo de dirección autoritario o dogmático*. Como vimos anteriormente, la historia mítica de transformación de España que se encontraba incardinada en la figura carismática del líder socialista era tan fuerte, emocionalmente hablando, que imponía una actitud dogmática contra aquellos que entendían que la acción gubernamental no era la correcta o no creían en la propia visión. Este dogmatismo provocó una actitud autoritaria, en algunas ocasiones seguida de verdaderas laminaciones, contra los críticos, no contra los ciudadanos como han querido dar a entender. b) La *prepotencia* puede ser considerada otra de las características del felipismo. Joaquín Almunia lo ha reconocido:

«Un determinado estilo de gobernar, prepotente, poco dialogante, que consideraba que la razón estaba siempre de parte de quien ejercía el poder, sin tener en cuenta que, en democracia, éste se ejerce gracias a la voluntad de unos ciudadanos maduros, que desean ser escuchados y tenidos en cuenta para algo más que la simple introducción de un voto en la urna cada cuatro años»¹⁷⁰.

Esta prepotencia de los socialistas estaba relacionada tanto con su comprensión del ejercicio del poder como potencia¹⁷¹, como con el amplio respaldo obtenido en tres elecciones generales consecutivas y en el resto de ámbitos territoriales. Antes de acceder

¹⁶⁹Cfr. Victor H. Vroom, *El nuevo liderazgo*, Madrid, Ed. Díaz de Santos, 1990.

¹⁷⁰Joaquín Almunia, op. cit., pág. 244.

al poder, la medida, la pasión y la fortaleza de ánimo eran características propias de los políticos socialistas, los cuales fueron pervirtiéndose con el paso del tiempo. Dentro de la prepotencia podríamos incluir el gusto por la ostentación y la utilización de los recursos públicos para su propio uso —como la utilización de los aviones *Mystère* por Alfonso Guerra; o el yate *Azor* por Felipe González, por ejemplo—. c) La *negación de la alteridad* es una característica derivada de las anteriores. Toda crítica al proyecto era entendida como falsa o inútil, negando al otro la capacidad de discernimiento, llegando a manifestar la imposibilidad de su posición. Por esta razón, a la que habría que añadir la existencia de un líder carismático, el debate político ha sufrido una regresión que no ha favorecido la conformación de una opinión pública y una ciudadanía cívica.

d) La *validación de los actos sobre la base del proyecto mítico* puede ser considerada al margen del dogmatismo y/o al pragmatismo. Los políticos socialistas, incluido su líder, han dado por buenas todas las acciones emprendidas y todas las políticas llevadas a cabo en relación con la visión, independientemente de que estuviesen incardinadas en el discurso socialista o no. De esta forma, se podía construir el Estado de bienestar desde posiciones económicas liberales; o permanecer en la OTAN desde una posición claramente antiatlantista sin desgajar las acciones del proyecto. El felipismo ha situado el proyecto propio (hombre/proyecto) por encima de los intereses materiales o emocionales de la población española, la cual, imbricada carismáticamente en él, ha pospuesto en repetidas ocasiones el ejercicio de la *accountability*. e) Las relaciones de poder del felipismo se han basado en criterios de *fidelidad* antes que en criterios de eficacia o capacidad. f) El *interclasismo* del proyecto ha diluido algunas necesidades programáticas y reales de la clase trabajadora y de parte de la clase media. Parafraseando a Marx, Felipe González ha aparecido ante la sociedad española como el benefactor de todas las clases sociales (elemento populista), pero con una tendencia a favorecer a la clase capitalista con el fin de lograr la modernización de la estructura económica y, así, modernizar España. g) El *pragmatismo* ha sido una de las características tanto del líder

¹⁷¹Gregorio Peces-Barba, op. cit., pág. 259; y José María Maravall, *Los resultados de la democracia*,

socialista como de los políticos socialistas. La acomodación a la realidad social, política y económica ha sido una práctica política habitual en el gobierno socialista de Felipe González. Este pragmatismo está, claramente, relacionado con la prevalencia de la ética de las responsabilidades frente a la ética de las convicciones. Estas características, a las que cabría añadir algunas de las analizadas según el discurso de los críticos, conforman lo que se ha dado en llamar el «felipismo», aunque la incidencia de la negatividad de algunas de ellas estuvo relacionada con la «conspiración» y su proyecto de erosión de la figura carismática de Felipe González.

4.2. *La conspiración y el proceso de erosión del carisma de Felipe González.*

En agosto de 1994, José Luis de Vilallonga comunicó la existencia de una trama política conspiratoria que

«se llevaría a cabo por etapas. Primero se desestabilizaría al Gobierno atacando sin tregua a Felipe González en sus horas más bajas. [...] Paralelamente se haría una fuerte campaña en favor de Aznar, “un hombre que durará lo que queramos que dure”, según palabras de los conjurados. Con cuidada sincronía se irían filtrando pequeñas y breves noticias en detrimento de la figura del Rey, para acabar publicando un dossier que comprometiera gravemente al monarca en algún escándalo irreparable»¹⁷².

Desde medios no afines al gobierno socialista se ha mantenido la inexistencia de tal acción conspiratoria contra González, y sí una defensa irreprochable de los valores democráticos que estaban siendo dañados por el felipismo. Sin embargo, tal conspiración ha sido cierta en todos sus supuestos¹⁷³, a excepción de la posterior incorporación de los dirigentes del Partido Popular al proceso. Según se deriva de las manifestaciones de Luis María Anson,

pág. 243.

¹⁷²José Luis de Vilallonga, «García Trevijano», *La Vanguardia*, 22 de agosto de 1994.

¹⁷³Las fotos de los desnudos del jefe del Estado —compradas para su no-publicación en España por su amigo el empresario Antonio Asensio—; los ataques constantes a Felipe González; los rumores sobre la supuesta homosexualidad del heredero; la revelación de relaciones extramatrimoniales con «vedettes» de Juan Carlos de Borbón; o supuestas comisiones recibidas y consignadas en bancos extranjeros por la más alta jefatura del Estado son muestra patente de que el proceso se puso en marcha.

uno de los conspiradores, no hay duda que hubo una conspiración contra los poderes del Estado: «Es cierto que había gente que nos reuníamos en tertulias, hablábamos, unos estaban de acuerdo, otros no; *los que estábamos de acuerdo nos sentíamos más identificados y nos llamábamos para comentar lo que podía hacerse... , pero no es una conspiración*»¹⁷⁴. Dejando de lado el juego lingüístico del académico de la Lengua, la conspiración existió y ejecutó un detallado programa de erosión carismática de Felipe González, intentando desmontar parte a parte la figura del líder socialista. Este proceso será analizado con concreción una vez hayamos descrito cómo fue la conspiración.

4.2.1. La conspiración: formación y protagonistas.

La trama conspiratoria ha reunido una serie de vertientes de distinto signo: la vertiente mediática; la vertiente política; la vertiente judicial; y la vertiente empresarial. El primer grupo creado, o génesis de la conspiración, contra la modificación del código penal, fue la *Plataforma para el derecho a la información de los ciudadanos*. De ahí surgió, posteriormente, la idea de fundar la *Asociación de Escritores y Periodistas Independientes* (AEPI) en el verano de 1994, cuando el proceso conspiratorio había comenzado. Componían la directiva de la AEPI —también conocida como «sindicato del crimen» en el entorno socialista—, entre otros, Camilo José Cela (presidente), Pedro J. Ramírez, José Luis Gutiérrez, Luis María Anson, José Antonio García Trevijano (sic), Pablo Sebastián y Manuel Martín Ferrand. Éstos periodistas y escritores no eran los únicos que participaban desde los medios de comunicación. Directa o indirectamente —llevados por el entorno— ha habido numerosos partícipes¹⁷⁵. En la vertiente política destaca el Partido Popular e

¹⁷⁴*Tiempo*, 23 de febrero de 1998 (la cursiva y la negrita es nuestra).

¹⁷⁵Antonio Herrero, Luis Herrero, José María García y Fernando Sánchez Dragó (COPE); Eugenio Trías, Juan Francisco Martín Seco, Francisco Umbral, Pilar Urbano, Melchor Miralles, Jesús Cacho, José María Zavala, Casimiro García Abadillo, Enrique Gimbernat o Enrique González Duro (El Mundo); Federico Jiménez Losantos (ABC/COPE/El Mundo); Jaime Campmany (ABC/COPE); Amando de Miguel (ABC/COPE); y Raúl del Pozo (Diario 16/El Mundo). Indirectamente, Antonio García Santesmases, portavoz de Izquierda Socialista ha sido un doble partícipe (intelectual/político) indirecto de este proceso conspiratorio —recuérdese que ha publicado artículos contrarios a la doctrina oficial del PSOE en medios como *El Independiente*, *Ya* o *El Mundo*—, pues era crítico de González desde 1980.

Izquierda Unida, que llegaron a formar la llamada «pinza»¹⁷⁶. Igualmente hubo una trama conspiratoria de carácter judicial para procesar a Felipe González por los diferentes casos de corrupción o crímenes de Estado ocurridos en el mandato socialista. Con la addenda de que muchos de los implicados eran parte de la élite judicial como los jueces Javier Gómez de Liaño, María Dolores Márquez de Prado, o Joaquín Navarro; el fiscal Ignacio Gordillo; el vicepresidente del CGPJ, José Luis Manzanares —quien afirmó que, aunque Barrionuevo no fuese condenado o fuese absuelto en el «caso GAL», para él era culpable¹⁷⁷—. A estos implicados en el proceso conspiratorio habría que añadir al juez Baltasar Garzón. En la trama empresarial habría que destacar a Mario Conde. Estos son la gran parte de los coadyuvadores de la conspiración, pero el papel destacado lo cumplieron los medios de comunicación, verdaderos originadores del proceso públicamente.

La pretensión de la AEPI era defender la libertad de expresión, ya que «había sido maltratada por los socialistas hasta extremos auténticamente inadmisibles»¹⁷⁸. Pretensión loable si no fuera porque ellos mismos en su proceso conspiratorio hubiesen coartado la libertad de expresión de sus propios compañeros no afines¹⁷⁹. Cualesquiera que fuesen los acontecimientos sucedidos entre miembros de la misma profesión, no cabe hablar de defender la libertad de expresión ya que los editoriales de ABC, El Mundo y Diario 16 eran similares en contenido y forma. Los partícipes del proceso conspiratorio eran perfectamente conscientes de cuáles eran los medios a utilizar y cuáles los fines: «Por

¹⁷⁶Especialmente significativos se hicieron José María Aznar, Rodrigo Rato, Federico Trillo, Francisco Álvarez Cascos, Julio Anguita, Juan Carlos Rejón, Pablo Castellano, Cristina Almeida o Diego López Garrido —sorpresivamente estos dos últimos acabaron incorporándose a las listas del PSOE en 1999-2000, con gran irritación de los militantes socialistas que no habían olvidado los insultos proferidos por éstos—.

¹⁷⁷*El País*, 31 de enero de 1996.

¹⁷⁸José Luis Gutiérrez, op. cit., pág. 257.

¹⁷⁹Pedro Altares, periodista no perteneciente a la AEPI, aludía a la dificultad de escribir en Madrid: «La AEPI es una muy respetable asociación de periodistas y escritores. Están en su derecho de opinar sobre todo lo divino y humano. De hecho, ya lo hacen de manera permanente en todos los medios de comunicación a su alcance. Que son muchos, por no decir todos, por lo menos en Madrid. Son, en general, periodistas que se definen por su falta de respeto de eso que se llama objetividad periodística. [...] Con bastante frecuencia suelen ponerse el mundo y la política por montera y arremeten sin piedad contra todo aquello y todo aquel que no comulga con sus ideas ni con sus objetivos políticos». *El Periódico de Cataluña*, 12 de enero de 1996, citado en Ramón Cotarelo, *El alarido ronco del ganador*, pág. 145.

reflexión o instinto, los medios reaccionaron atizando algunas situaciones. Ese fue el caso de los conflictos y el sector se favorecía la erosión de Felipe González... así que se hizo. Fue una operación de acoso y derribo. Algunos lo hicimos desde el convencimiento honesto de que ese era un servicio al sistema democrático (sic). Lo cierto es que desde una labor crítica normal no se conseguía desalojar a González del poder»¹⁸⁰. Pero el procedimiento no fue tan simple, sino que estaba estudiado con detenimiento —al menos, en el fomento de las teorías contrarias a Felipe González— para introducir bastante ruido en el sistema y quebrar no sólo la figura de González, sino la base estructural de su liderazgo.

4.2.2. *El proceso de erosión carismática.*

Los analistas del proceso conspiratorio no han sabido encajar los elementos que configuraron el proceso de erosión de González, elementos que conforman un todo sumamente compacto. Una muestra de esta falta de visión la encontramos en las palabras de Juan Luis Cebrián:

«[El PP] Ejerció una virulenta oposición cuya única estrategia consistía en la destrucción de la imagen de González, a base de acusarle de la comisión de crímenes de Estado y de favorecer, o permitir, la corrupción política y administrativa. En la campaña, el PP contó con la inestimable alianza de algunos jueces y fiscales, de medios de comunicación reaccionarios o con proclive tendencia al amarillismo, y de otros cuyos directivos mantenían discrepancias personales con González o avizoraban el cumplimiento de sus ambiciones si ayudaban a un relevo del poder. Delincuentes de alto copete, que habían visto laminadas sus organizaciones delictivas, se sumaron entusiastas a la operación que, por lo demás, tenía también a su favor la objetividad de los hechos: veinticuatro víctimas mortales del GAL y trapacerías tan asombrosas como la del primer director civil de la Benemérita no eran invenciones de la oposición, sino pruebas irrefutables del cansancio y la pérdida de horizontes del Gobierno.

¹⁸⁰*Tiempo*, 23 de febrero de 1998.

Aquella fue la etapa del “váyase, señor González”, que erosionó de manera considerable el prestigio del presidente y las perspectivas de futuro del partido socialista»¹⁸¹.

El análisis de Cebrián tan sólo ve una de las partes de proceso (crítica elevada de los errores cometidos) y el fin perseguido. Pero yerra al considerar que el PP fue el primer y principal hostigador, pues surgió de los medios de comunicación y tuvo más acciones erosionadoras que ésta. El PP hostilizó, pero no hostigó a Felipe González; fue más portavoz que creador, como ahora veremos.

La crítica elevada de los errores cometidos es la más evidente de las partes concurrentes en el proceso de erosión de González. Las críticas se elevaban por encima del nivel habitual con la finalidad de desestabilizar el sistema y provocar una crisis, que a su vez generase una demanda de cambio que podía resolverse por procedimientos reglados —es decir, no cabía recurrir a la función de liderazgo—. Si hubo diez o doce casos de corrupción, los conspiradores acordaron extender el fenómeno a todos los miembros del PSOE y al socialismo en general. Si antes se estaba de acuerdo con las actuaciones del GAL, en ese momento se criticaban como aberraciones contranatura y pecados gravísimos, en una clara expresión del ciudadano verdaderamente hipócrita como en los casos de Pedro J. Ramírez y Luis María Anson —quien en la actualidad fomenta la petición de indulto del general Rodríguez Galindo, condenado por secuestro, torturas y asesinato en el «caso Lasa y Zabala», el 26 de abril de 2000—. Las críticas de los medios de comunicación permitían cualquier clase de expresión, comentario o artículo siempre y cuando fuese condenatorio de González. Pero la acción más trabajada era la siguiente. Concordaban mantener una idea fija, en cualquier suceso, que era emitida en el parlamento por el PP e IU y en los distintos medios de comunicación no afines al gobierno, dando la impresión no tanto de unanimidad como de fuerza. De esta forma se conseguía que las ideas-fuerza críticas sobrepasaran el aura carismática del líder socialista y se incrustaran, como «verdades

¹⁸¹Felipe González y Juan Luis Cebrián, *El futuro no es lo que era. Una conversación*, Madrid, Aguilar, 2001, pp. 13 y 14.

irrefutables», en el inconsciente colectivo de los ciudadanos españoles¹⁸². Los críticos sabían perfectamente que, para acabar con la figura de González, había que atacar precisamente en aquél lugar donde se encontraba inserto el discurso mítico del líder carismático. Los hechos, como dice Cebrián, eran objetivos y por sí mismos deberían haber supuesto la derrota de Felipe González, pero la extensión de las críticas intentaba acabar políticamente con la figura de aquél.

En línea con la elevación de las críticas y el intento de distorsión sistémica, se encuentra la parte del proceso, ya apuntada, de *corrupción total del socialismo*. Esta parte puede subdividirse en dos: por un lado, la corrupción como transmisión familiar y amistosa; y por otro lado, la corrupción como enfermedad del proyecto socialista. Según los medios de comunicación, parientes del presidente del gobierno estaban implicados en casos de corrupción: su hermano Juan María González Márquez (1989-1990) y su cuñado Francisco Palomino (1994)¹⁸³. Aunque el primer caso es anterior al proceso, fue recordado con asiduidad en el periodo comentado, aunque en ninguno de los dos casos nada había de cierto en las acusaciones emitidas. Igualmente, se acusó a González de ser corrupto en sus relaciones con Enrique Sarasola —se esgrimía que Felipe González había cobrado una comisión de 3.500 millones por la construcción del metro de Medellín a través de su amigo—, con Carlos Andrés Pérez (caso créditos FAD) o con Pilar Navarro (caso fondos reservados). En todos los casos nada ha sido probado, y las acusaciones se han basado en infundios, pero cumplieron su función de crear la imagen de un líder carismático corrupto internamente, casi hereditariamente. Tal fue la publicidad del proceso que Margaret

¹⁸²Incluso articulistas ecuanímes y rigurosos de medios no afines a la conspiración se vieron influidos por este contexto, como el caso del profesor Pérez-Díaz. Vid. Víctor Pérez-Díaz, *España puesta a prueba, 1976-1996*; y diversos artículos suyos en *El País*.

¹⁸³Vid. Pedro J. Ramírez, «Cuando las instituciones tienen cuñado», *El Mundo*, 6 de noviembre de 1994. A modo de comprobar cómo los artículos de los directores de medios conspirativos estaban de acuerdo en el proceso conspirativo, recogemos las palabras de José Luis Gutiérrez: «Surge un *affaire* inmobiliario que afecta directamente al jefe del Gobierno, a través de su cuñado Francisco Palomino, algo que en muchos medios gubernamentales se relaciona con una desesperada tentativa de Conde de evitar su enjuiciamiento criminal y acaso la prisión, aunque en otros medios del Gobierno se sostiene que tal operación responde a un plan cuidadosamente diseñado por dirigentes del PP. Un responsable del periódico que publicó la información señalaba ayer en Barcelona que se trataba de una investigación más, aunque en uno de los

Thatcher, en una visita a España, hubo de defender al líder socialista: «El señor González es mi amigo, y simplemente no creo que sea capaz de la deshonestidad»¹⁸⁴. Esta campaña, unida a los verdaderos casos de corrupción, provocó que algunos ciudadanos comenzaran a tener la impresión de que Felipe González era una persona corrupta, lo que sobre la base de las pruebas aportadas es falso.

La siguiente actuación fue establecer el principio de que todos los «socialistas eran corruptos» y que el socialismo en sí generaba corrupción¹⁸⁵. Merece hacerse un inciso para destacar algunos rasgos del discurso de los críticos, pues recorre toda la filosofía kantiana en busca de un mejor emplazamiento discursivo conceptualizador. Los discursos se basan en su totalidad en *juicios analíticos*, desestimando en todo momento los *sintéticos* —únicos que nos permiten llegar al conocimiento de los hechos—. Una vez constituido el esquema apriorístico, inciden tanto los *juicios asertóticos* —A es (realmente) B—, o los *juicios apodóticos* —A es (necesariamente) B—. Con este tipo de reflexiones los conspiradores pretendían desagregar la comunidad del líder socialista. Catalogando a todos los socialistas como corruptos, se pretendía que las personas honradas de la comunidad del líder socialista, la práctica totalidad, se separasen del proyecto por repulsa ante la comparación. Incluso, para los que estaban en una situación acomodaticia, los conspiradores negaban a los miembros de la comunidad «felipista» la condición de ciudadanos de pleno derecho. Eran, para los críticos, *ilotas* o *metecos* productivos pero sin ningún tipo de virtud cívica, y «merecedores de la privación de libertad (sic)» a la que estaban sometidos¹⁸⁶. En contraposición a la corrupción del líder socialista estaba la imagen de los conspiradores, en especial de los dirigentes José María Aznar y Julio Anguita, como personas educadas en la *virtu*, que pretendían superar la corrupción y deseaban el bien común. A este argumento maquiavélico se añadía otro del mismo

datos claves de la historia podían (sic) haber sido deliberadamente intoxicado», José Luis Gutiérrez, «El arte del bonsái», *Diario 16*, 6 de noviembre de 1994, citado en *Ibíd.*, op. cit., pág. 307.

¹⁸⁴Citado en *Time*, 17 de noviembre de 1997.

¹⁸⁵Vid. Juan Francisco Martín Seco, *El Mundo*, 2 de junio de 1995; y Eugenio Trías, «Vida y muerte del socialismo», *El Mundo*, 26 de enero de 1996. Joaquín Leguina hablaría de *feliposis* para explicar la enfermedad de los antifelipistas.

pensador, y en contra de las críticas por distorsionar el sistema, cual es que el conflicto es bueno para la protección del bien común¹⁸⁷.

Otra de las partes del proceso de erosión carismática, quizá la más desaforada, pero la más argumentada por los medios de comunicación sea la *asimilación del felipismo a una dictadura*. Sobre el carácter dictatorial del felipismo ya hemos hablado, pero obviamos conscientemente algunos elementos que son verdaderamente importantes para comprender el proceso conspiratorio, el cual desembocaría en una justificación del tiranicidio. Igualmente, este tipo de argumentaciones suponen el paso previo al revisionismo histórico llevado a cabo por los conspiradores. El principal artífice «teórico» de la asimilación del felipismo a un régimen dictatorial ha sido Federico Jiménez Losantos —ampliamente apoyado por los medios de comunicación conspiradores—, teorización que puede resumirse en esta cita:

«Y es preciso hacerlo [constatar la pasividad de la ciudadanía] porque sólo si nos damos cuenta de los mecanismos dictatoriales que el español corriente llegó a considerar normales, y hasta qué punto la política la vivía como temor y el bienestar como rescate de prudencia, podremos entender la facilidad con que, tras los cinco años de Transición bajo gobiernos centristas, ha vuelto al temor político disfrazado de abstención y al cultivo de la subvención, del limosneo oficial, del clientelismo político en las zonas más pobres de España y en los niveles más bajos de instrucción [...]

»Los mismos felipistas, como por lo general desconocen lo que era la militancia antifranquista, no comprenden que el antifelipismo no es una cuestión ideológica —no habría cómo— ni política —no habría qué—, sino de sensibilidad. Es difícil que quien llegó a la convicción moral de que la dictadura franquista envilecía al pueblo y por eso debía desaparecer, acepte sin pestañear los mítines de Alfonso Guerra o las negativas a que se formen comisiones parlamentarias para investigar casos de corrupción. Pero los antifranquistas eran una minoría. La mayoría aprendió a vivir dentro de esos mecanismos del franquismo, y sigue respondiendo a ellos. De la herencia plural y contradictoria de

¹⁸⁶Federico Jiménez Losantos, op. cit., passim.

¹⁸⁷Rafael del Águila, *La senda del mal*, pp. 80 y 81.

aquellos cuarenta años, sin duda éste es el legado peor: sirve a los que mandan y a los que obedecen»¹⁸⁸.

La cita del escritor aragonés es una muestra patente del revisionismo histórico de los antifelipistas y del modelo sobre el que construir la acción política —que sí existía en el antifelipismo—. Se fundamenta la existencia de temor a causa del felipismo en la abstención electoral lo cual es una verdadera *boutade* y una falsedad premeditada¹⁸⁹. Al no encontrar ningún tipo de apoyo empírico en la ciudadanía —es claro y evidente que la ciudadanía española no ha sufrido durante el mandato socialista un régimen de terror como en el franquismo—, se argumenta que deben ser los abstencionistas aquellos que sienten miedo. En términos de Hirschmann¹⁹⁰, los amedrentados del régimen buscarían la «salida» en la abstención, y el resto de los apoyos del felipismo venderían su «voz» por subvenciones, o manifestarían «lealtad». Dejando de lado el análisis de la *boutade* de Jiménez Losantos, este tipo de explicaciones pretendían influir en los ciudadanos desde una perspectiva moral, acusándoles del franquismo y del felipismo por acomodaticios. A pesar de todo, la verdadera intención de los antifelipistas era provocar el revisionismo histórico para lograr una transmutación de los cuerpos doctrinales.

Se niega a los miembros del PSOE su militancia antifranquista, para autoadjudicarse esa posición. Los socialistas no fueron, desde luego, la mayor fuerza antifranquista, pero sus acciones no fueron inexistentes —aunque, como las acciones de

¹⁸⁸Federico Jiménez Losantos, op. cit., pp. 95 y 96.

¹⁸⁹Según diversos estudios realizados, cerca de un 20-25% de los españoles con derecho a voto se abstiene en todas y cada una de las elecciones, ni siquiera en aquellas que el voto adquiere un significado especial; es el «abstencionista crónico». Dentro de este grupo permanente, un 5-7% pueden ser considerados como «abstencionistas rebeldes» o antisistema. Otras causas que explican la abstención serían el efecto cansancio, la falta de motivación, el sentimiento de alejamiento del órgano hacia el que se vota, el error censal, y la abstención sofisticada. José María Astorkia Hualde, «Evolución de la abstención electoral en España: 1975-1991», pág. 11 y ss; y Manuel Justel, «Composición y dinámica de la abstención electoral en España», passim, en Pilar del Castillo (ed.), *Comportamiento político y electoral*, Madrid, CIS, 1994; y P. R. Abramson, J. H. Aldrich, P. Paolino y D. W. Rhode, «‘Sophisticated’ voting in 1988 presidential primaries», *American Political Science Review*, n° 89, 1992, citado en Helena Catt, *Voting Behaviour. A radical critique*, London, Leicester University Press, 1996.

¹⁹⁰Vid. Albert O. Hirschmann, *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de las empresas, organizaciones y Estado*, México D. F., FCE, 1997.

todos los demás, no sirvieron para derrocar la dictadura pues el dictador murió en la cama—. Desde luego, ni Aznar, ni Rodrigo Rato, ni Álvarez Cascos destacaron por su defensa de la libertad, es más estaban en el bando franquista. Sin embargo, los «felipistas» Mariano Rubio, Miguel Boyer, Javier Solana, Ramón Cotarelo, Javier Pradera, Ramón Rubial, Enrique Múgica, entre otros, fueron procesados, unos, y encarcelados, otros, por el franquismo por defender la libertad y la democracia. Mientras que, entre los antifelipistas, pocos visitaron los centros penitenciarios o los juzgados —a excepción de miembros de IU y pocos más—, es más los padres de muchos de ellos ejercían de magistrados franquistas, por ejemplo. Pero la negación de la militancia antifranquista y democrática del PSOE servía para otorgar un cariz diferenciador a los nuevos hombres del PP. Las críticas a causa de la corrupción y el GAL podían justificarse por haber recogido lo mejor del pensamiento del liberalismo español. El PP, en concreto Aznar y sus acólitos intelectuales, realizaron una campaña de expropiación del legado de Azaña, no ya a la izquierda moderada, sino al liberalismo democrático que luchó contra el franquismo. Se intentaba realizar una transmisión pseudocarismática desde Azaña hacia Aznar para dotarse de legitimidad democrática de la que ellos mismos dudaban. Además, se presentaba una derecha moderada, encarnada en Aznar, que estaba influida por Azaña y Cambó y que tenía preocupaciones sociales¹⁹¹. Toda esta revisión histórica pretendía contraponer la figura de Aznar —sin carisma, pero ético, demócrata (aunque en 1978 afirmaba que estaba contra el consenso y la Constitución), y azañista— a la de Felipe González, y además propiciar un cambio de «régimen». Basado en postulados marxianos, se aducía que si el franquismo había sido una época de reflujo, los gobiernos ucedistas de flujo, y el felipismo de reflujo, sólo había que confiar en el PP para revertir la situación, sobre todo cuando la Guerra Civil

¹⁹¹La máxima expresión de este tipo de comportamiento serían sendos libros de: José María Aznar, *La segunda transición*, Madrid, Espasa Calpe, 1994; y Federico Jiménez Losantos, *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, Planeta, 1993 —libro que como demostraría el profesor Santos Juliá contenía numerosas pruebas de *intertextualidad* (es decir, plagio) de Cipriano Rivas Cherid (cuñado de Manuel Azaña)—. Además, ha de recordarse que Felipe González siempre ha tenido una especial predilección por el pensamiento de Manuel Azaña y de los miembros de la «generación del 14», influido por su padre que era azañista.

había sido culpa de los socialistas¹⁹². Por esta razón, el libro de José María Aznar se titulaba la *Segunda transición* —nada que ver el continente con el contenido—, después de la dictadura felipista sólo cabía una nueva transición, que empezaba a manifestarse con la suma de todas las fuerzas opositoras, en el exterior del parlamento. Con Izquierda Unida, el discurso del PP recuperaba la figura del consenso transitorio, imposible con los nacionalistas disgregadores del Estado —criminalización de los partidos que apoyaban al PSOE—. Si toda esta estrategia no funcionaba (enfermedad del socialismo, dictadura, líder corrompido, revisionismo histórico), todavía se podía recurrir a la plausible enfermedad psiquiátrica de Felipe González.

El artífice de esta operación, ya adelantada por José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel, sería el psiquiatra Enrique González Duro. A través de numerosos artículos en *El Mundo*, el psiquiatra español intentó demostrar que Felipe González estaba preso de una paranoia conspiratoria —de igual manera que Richard Nixon—, por lo que era conveniente que abandonase el poder¹⁹³. González Duro creía observar que las dudas —sobre lo que está haciendo o diciendo—, inherentes al carácter de Felipe González, eran consecuencia directa de un desdoblamiento de personalidad y de una fuerte tendencia racionalizadora¹⁹⁴. Su ambición de poder estaría relacionada con la carencia de una comunicación paterno-filial, y por su paranoia: «El político que se vuelve paranoico en el uso o el abuso del poder se aferra vitalmente a su puesto, al cargo que ostenta, como si en ello le fuese la

¹⁹²Desde las posiciones del revisionismo histórico, Federico Jiménez Losantos presentaba la Guerra Civil como consecuencia directa de las divisiones internas del PSOE: «Si la Guerra Civil, como se ha dicho, es producto de la guerra dentro del PSOE (sic), la derrota republicana tiene también en cada uno de sus tramos un socialista como máximo responsable» (*La dictadura silenciosa*, pág. 89). En la guerra y en la derrota incidieron numerosos factores, las luchas internas del PSOE es uno de los factores a encontrar, pero no el único o principal. Tal vez tuviese más peso en la derrota el desánimo por la purgas estalinistas llevadas a cabo en el frente y en la retaguardia por el PCE, cuyo exponente máximo fue la liquidación de los trotskistas del POUM. O la inferioridad militar del bando republicano, entre otras. En todo caso, su admirado Azaña —que murió en el exilio, mientras que Julián Besteiro lo hizo en la cárcel de Carmona, sutil diferencia— se encargó de destituir a Largo Caballero por cuestiones simplemente personales y vetó a Indalecio Prieto hasta que dimitió de presidente de la República (Santos Juliá, *Un siglo de España*, pág. 134 y ss.). Con su errado y tendencioso análisis, Jiménez Losantos pretendía criminalizar la tradición democrática del PSOE para poder legitimar su ataque contra Felipe González, el cual, no haría —en el sentido del antifelipista— ni más ni menos que seguir la tradición de la troika posterior a Pablo Iglesias.

¹⁹³Enrique González Duro, «Neuróticos del poder», *El Mundo*, 27 de mayo de 1994.

vida, o la salud mental»¹⁹⁵. Realmente existía una conspiración contra Felipe González, y no era el delirio de grandeza el que provocaba la manía persecutoria, sino la realidad de los hechos; aunque, no deja de ser cierto que González, aún hoy en día, no ha asumido la derrota de 1996, debido al proceso conspiratorio, y puede observarse cierta actitud «maniaco-política» de aclarar aquella situación y de venganza por lo sufrido¹⁹⁶. Este análisis complementaba el proceso de la conspiración: si González no dejaba el cargo por corrupto, dictador o amoral, debía hacerlo por neurótico. Por esta razón, el 19 de abril de 1994, José María Aznar, retomando simbólicamente a Salvador de Madariaga, diría una frase paradigmática de la conspiración: «¡Váyase, señor González!». La idea era simple, aunque cimentada en todo lo anteriormente comentado, si Felipe González era el culpable de todos los males, con que se marchase todo se arreglaría. Pero, no se percataron los conspiradores del reverso perverso de la acción. Al no poder derrotar al líder socialista, le pedían que se marchase, demostrando su falta de argumentos —que los había— para aparecer ante los ciudadanos como una alternativa capaz. Se generó la «crispación» del sistema por motivos puramente autoritarios, por ser incapaces de ganar las elecciones. Así lo manifestaba Anson:

«Fue una etapa de crispación realmente terrible. Y no fue arbitraria. Existían poderosas razones para esa “guerra fría”. *La cultura de la crispación existió porque no había manera de vencer a Felipe González con otras armas.* Ese era el problema».

»González ganó tres elecciones por mayoría absoluta y volvió a ganar la cuarta cuando todo indicaba que iba a perder. [...] Si González llega a ganar las elecciones del 96, con la bonanza económica no hubiera habido quien lo echase del poder hasta 2004. *No salimos de cuarenta años de Franco para entrar en treinta años de González*»¹⁹⁷.

Se esgrimía argumentos similares a los mantenidos por Tomás de Aquino y Juan de Mariana contra los tiranos. Ellos, argumentaban los conspiradores, habían intentado

¹⁹⁴Ibídem, *Biografía psicológica de Felipe González*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 108 y 109.

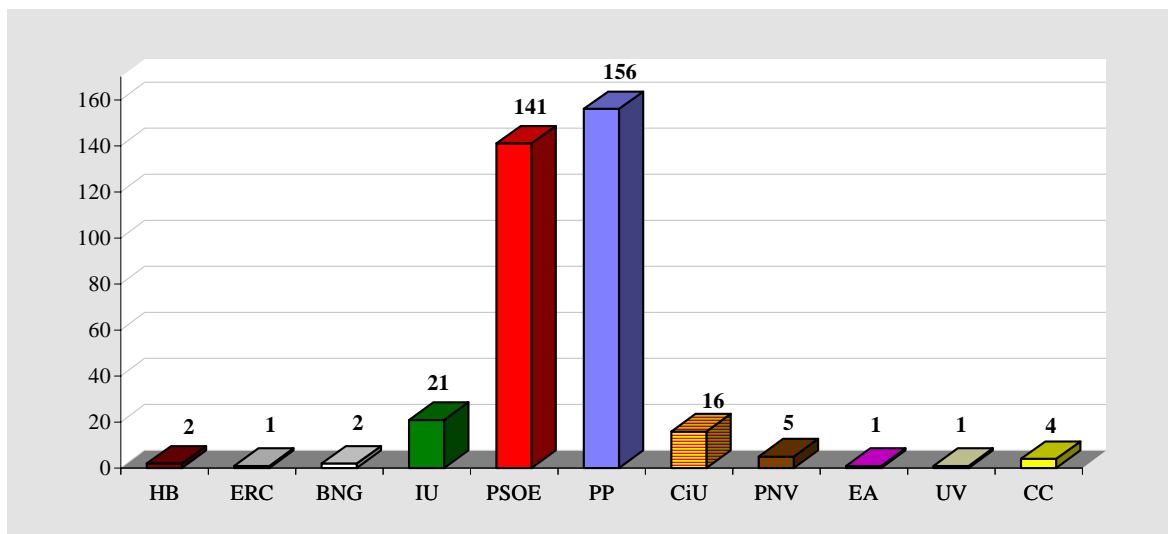
¹⁹⁵Ibídem, pág. 319.

¹⁹⁶Vid. Felipe González y Juan Luis Cebrián, op. cit., pág. 171.

¹⁹⁷*Tiempo*, 23 de febrero de 1998 (la cursiva es nuestra)

reconducir a Felipe González hacia un comportamiento digno, pero al no conseguirlo estaban legitimados, como supuestos representantes de la voluntad popular, para aplicar el *tiranicidio* contra el líder socialista, ya que no se podía permitir que gobernase más de trece años y medio.

GRÁFICO 10.2. *Resultados elecciones generales de 1996.*



Fuente: Elaboración propia sobre datos del *Ministerio del Interior*.

Al final los conspiradores consiguieron su objetivo: derrotar a Felipe González en unas elecciones, aunque de manera totalmente ilícita según los principios democráticos. El PP ganó las elecciones del 3 de marzo de 1996 por un escaso margen (vid. gráfico 10.2.) aunque era suficiente para gobernar. La conspiración había logrado hacer mella en los miembros del PSOE, no en Felipe González, y muchos de ellos deseaban una derrota que restableciese el orden del sistema político en previsión de peligros mayores. El líder socialista hacía esta reflexión tiempo después de las elecciones: «Yo estaba muy cansado, no físicamente, pero no quería perder las elecciones, yo no soy de esa tribu. No es que pase nada si pierdo, pero yo oferto para ganar, no para perder. Ciertamente recuperaré mi libertad perdiendo, pero yo me peleé hasta el último minuto, y casi solo, además, porque la gente tenía los brazos caídos»¹⁹⁸. En general, pensaban los socialistas que era mejor perder que

¹⁹⁸Victoria Prego, op. cit., pág. 317.

volver a la situación polarizada de las dos Españas, ya que todos los esfuerzos de casi catorce años de gobierno no habrían servido de nada. Pero la trama conspiratoria no cejó en su empeño y persistió en la persecución del líder socialista y de los medios afines a él. Desde el gobierno del PP se persiguió, con la ayuda de los jueces, al grupo PRISA —«caso Sogecable»—; desde una compañía recién privatizada se compraron medios de comunicación imparciales (Onda Cero y Antena 3 TV) para ponerlos al servicio del poder político. Felipe González fue perseguido y acosado hasta que renunció a su cargo de secretario general del PSOE, y la resolución del «caso Marey» demostró que el ex-presidente del gobierno no tenía ningún tipo de vinculación formal con el GAL —dentro de esta neurosis el gobierno pidió al CIS, organismo dependiente de él mismo, que dejara de publicar los datos sobre valoración de líderes de Felipe González—. Sin embargo, los conspiradores no han podido erosionar totalmente el carisma de Felipe González, ni ocultar los logros de casi catorce años de gobierno, ni restar su prestigio internacional —la revista *Time* afirmaba en 1997: «González es el más elocuente político que ha tenido Europa en décadas»¹⁹⁹—. *El Periódico de Catalunya* publicó a principios de 2001 una encuesta donde Felipe González obtenía una valoración de 5'87 puntos, diez décimas más que Aznar²⁰⁰. De esta forma acababa la trayectoria gubernativa de Felipe González, quien se ha sentido orgulloso, sobre todo, de un hecho fundamental:

«Lo que a mí me produce más satisfacción es haber logrado la reconciliación de los españoles con su pasaporte. Es lo que más me satisface. [...]

»Yo he viajado mucho, ¿sabes?, y sé muy bien que la diferencia que hay entre salir, como antes pasaba, peleado con tu propio pasaporte, a salir identificado y orgulloso de él, es abismal.

»Esto es lo mejor que he hecho, lo más importante que le he traspasado a Aznar... Sí, aunque él no lo sepa»²⁰¹.

¹⁹⁹*Time*, 17 de noviembre de 1997.

²⁰⁰*El Periódico de Catalunya*, 11 de febrero de 2001.

²⁰¹Victoria Prego, op. cit., pág. 319.

CAPÍTULO 11º: EL PARTIDO, EL LÍDER CARISMÁTICO Y EL POST-FELIPISMO EN EL PSOE (ALMUNIA Y BORREL COMO EPÍLOGO).

«Si algún día estás en el poder, vuestra organización se parecerá tan poco a la que sueñas que serías tú el primero en levantarte contra ella»

Max Aub

«El partido, en última instancia, siempre tiene la razón porque el partido es el único instrumento histórico que se le ha dado al proletariado para la solución de sus problemas fundamentales. Estoy convencido de que uno no puede tener razón contra el partido. Solamente con el partido puede uno tener razón, pues la historia no ha creado otro camino para la realización de lo que está bien»

Josef Stalin

INTRODUCCIÓN

En los capítulos anteriores hemos analizado cómo se constituyó el liderazgo carismático de Felipe González, cuál era su discurso mítico, cómo se aplicaron políticas monetaristas y de expansión por el lado de la oferta, cómo se ejerció el liderazgo en el ámbito estatal, qué era el felipismo, y cómo la conspiración repercutió en aspectos globales del sistema político y en aspectos particulares —la apreciación del líder socialista—. También pudimos comprobar cómo el «mito de los gemelos» actuaba en favor del PSOE tanto desde el plano ideológico como desde el plano político, apuntando el barroquismo de la imagen proyectada por Alfonso Guerra, y cómo en ciertos momentos incidió en la política gubernamental y en la imagen proyectada por el PSOE. Sin embargo, no analizamos —salvo algunos aspectos simbólicos del XXVIII Congreso de 1979 y el posterior Extraordinario— la repercusión de la existencia de un liderazgo carismático en la estructura organizativa del PSOE. Además, debemos realizar un análisis de la *sucesión* de

Felipe González, en un primer y último momento por Joaquín Almunia, con el intermedio de Josep Borrell por varias cuestiones fundamentales: primera, por la significación que tiene dentro del modelo de sucesión carismática; segunda, por el intento de supralegitimación; tercera, por la influencia externa del líder carismático; cuarta, por la incursión de un actor no previsto en la superación de la crisis de liderazgo/dirección; y quinta, por el (verdadero) final del proyecto de Felipe González.

1.) EL LIDERAZGO CARISMÁTICO Y LA VIDA INTERNA DEL PARTIDO POLÍTICO: REPERCUSIÓN DEL LIDERAZGO DE FELIPE GONZÁLEZ SOBRE EL PSOE.

En este epígrafe no pretendemos dilucidar los aspectos puramente organizativos y las diversas estrategias implementadas, algo que ya ha sido analizado por otros autores¹, sino observar cómo la existencia de un liderazgo carismático ha repercutido en la organización internamente —cambio organizativo, formación de tendencias y/o facciones, ideología...— y, en algunos aspectos, externamente. Aquí se analizarán los aspectos del felipismo orgánico, la división entre felipistas/críticos y renovadores/guerristas, la preponderancia de los «barones» territoriales, la evolución de los cambios organizativos al albor del líder, y la renuncia a seguir dirigiendo el PSOE por parte de Felipe González. Por esta razón no analizaremos la evolución estatutaria congreso a congreso, sino que nos detendremos en aquellos congresos del partido con una significación adecuada a nuestro estudio; ni analizaremos los perfiles sociológicos de los militantes, ni los cambios de dirección en el ámbito territorial. Sí veremos, por otro lado, las relaciones de poder entre el líder y los miembros de la oligarquía, y de ésta con algunos sectores del partido.

¹Richard Gillespie, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza Editorial, 1991; Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997; Mónica Méndez Lago, *La estrategia organizativa del Partido Socialista Obrero Español (1975-1996)*, Madrid, CIS, 2000; Paloma Román, *El Partido Socialista Obrero Español en la transición española*, Tesis doctoral, UCM, 1987; y José Félix Tezanos, *Sociología del socialismo español*, Madrid, Tecnos, 1983.

1.1. *El liderazgo de Felipe González durante la transición política española.*

¿Podemos afirmar sin ningún tipo de duda que Felipe González era el líder del PSOE en 1974? Desde luego no. El camino emprendido a mediados de los 1960's por Felipe González no iba a culminar o cristalizar durante el congreso de Suresnes, bien al contrario era el comienzo de un proceso de asentamiento de la figura del líder socialista, tal y como analizamos en capítulos anteriores. Que Felipe González fuese elegido en 1974 primer secretario del PSOE no significa que fuese un líder, en todo caso líder del partido podía ser considerado Nicolás Redondo, ya que fue la persona que desestimó hacerse cargo del partido y del sindicato al mismo tiempo. Claramente hubo un reparto de funciones —a través del «pacto del Betis»— entre dos de los dirigentes más preparados del PSOE: uno, González, por su juventud, su oratoria y su claridad de ideas; otro, Redondo, por su experiencia clandestina, sus apoyos orgánicos y su compromiso social. Que Felipe González no tuviese la condición de líder, no significa que careciese de apoyos, o que su autoridad fuese menor que la de otros dirigentes del PSOE. Tan sólo significa que no se produjo una crisis de liderazgo en el seno del partido, sino una crisis institucional que, por consiguiente, afectaba a toda la organización no sólo a la función directiva. Debemos detallar este proceso para su comprensión.

A la finalización de la Guerra Civil española la gran mayoría de los dirigentes del PSOE y numerosos afiliados socialistas tuvieron que exiliarse a causa de la dictadura franquista, y con ello la organización también se trasladó al extranjero aunque parcialmente en un principio. Desde el final de la contienda subversiva hasta 1953 la Comisión Ejecutiva Nacional estuvo dividida entre el sector del exilio y el sector del interior. Pero una serie de detenciones (hasta seis) de miembros del sector interior provocó que se tomase la decisión de trasladar toda la Ejecutiva al exilio de Toulouse². Esta acción determinada por el entorno de clandestinidad interior que se vivía en España provocó un

²Para un análisis de las veladas acusaciones de entrismo franquista, delación y los procesos acaecidos véase Fernando Jáuregui y Miguel Ángel Menéndez, *El hombre que pudo ser FG*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.

alejamiento, por parte del exilio dirigente del PSOE, de la realidad social española —lo que no era ajeno al resto de partidos en el exilio—. Concretamente los cambios que se produjeron tras la revuelta estudiantil de 1956, como bien explicó un joven Luis Gómez Llorente a Indalecio Prieto, y el auge económico. Los exiliados socialistas, aunque este aspecto es aplicable a todos los exiliados en general, esperaban y concebían que la sociedad española acabaría por levantarse contra el régimen franquista bien por medio de una huelga general pacífica, bien por medio de una insurrección, todo ello a causa de las contradicciones internas del propio sistema dictatorial. Todas las noticias sobre protestas o huelgas —esencialmente de carácter minoritario hasta los años 1970's— eran analizadas bajo el prisma de la caída o derrumbe de la dictadura, de la quiebra del sistema, y del inicio de un proceso de regeneración democrática, el cual sería auspiciado por un levantamiento de las masas. Empero, los militantes del PSOE en el interior tenían una perspectiva radicalmente distinta, tanto por su realismo como por su lucha día a día. Durante la celebración del XXIV Congreso del PSOE (XI en el exilio) de 1970, Felipe González expuso con total claridad cómo se observaba el proceso de cambio desde España. En términos generales se hablaba de un proceso gradual de cambio, nunca revolucionario, que provocaría la llegada de una democracia, siempre y cuando la acción de los movimientos políticos clandestinos actuasen, interna y externamente, como elemento de presión. El cambio social, totalmente patente en las incipientes encuestas sociológicas³, no se había traducido en un movimiento de carácter sublevatorio, sino que la acción formativa —sin dejar de lado la acción represiva, latente durante todo el período de la dictadura— del régimen había inculcado en los españoles una preferencia por la paz y el orden antes que por la democracia, a pesar de que aquéllos se considerasen demócratas. La salida clara de la dictadura estaba colectivamente situada en Europa y sus instituciones, no en una revolución⁴. Por consiguiente, habría que esperar al fallecimiento del dictador, portador al fin y al cabo de los tres carismas hipostatizados del régimen, para iniciar un proceso democrático. Los pactos entre monárquicos «juanistas» y

³Santos Juliá, *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pág. 196.

⁴Raúl Morodo, *Atando cabos*, Madrid, Taurus, 2001, *passim*.

el PSOE de 1948 y los acuerdos de Munich de 1962 —más conocido por el «contubernio de Munich»— carecían ya de validez para los españoles del interior en la mayoría de sus puntos, aunque para Rodolfo Llopis y parte del exilio socialista parecían ser un *acuerdo sacro*. Por esta razón, los militantes socialistas del interior pidieron, y obtuvieron parcialmente, recuperar y trasladar la Comisión Ejecutiva Nacional al interior.

Los miembros del partido en el interior, arropados por una ingente cantidad de exiliados, decidieron celebrar, de acuerdo con los estatutos, el XII Congreso en el exilio (25º ordinario) frente a las reticencias de Rodolfo Llopis, pues era ostensible el cambio organizativo en favor del traslado de la Ejecutiva al interior de España, algo que aquél no deseaba. Una cuestión prácticamente de fundamento estratégico promovió la división del partido y una lucha «diplomática» para obtener la aprobación y/o legitimación de la Internacional Socialista por parte de las dos facciones internas. Una vez obtenida la venia de la organización internacional que agrupa a los partidos socialistas, tan sólo cabía permutar la dirección colegiada —que había surgido del XII Congreso— por una dirección acorde a los estatutos del partido. Aunque, hay que destacar que Nicolás Redondo no aceptó ser elegido secretario general en el XII Congreso en el exilio (25º ordinario) y por ello se procedió a elegir una dirección colegiada. La negativa de Redondo indica, como ya apuntamos anteriormente, que Felipe González no era el líder del PSOE en el congreso de Suresnes, sí uno de sus dirigentes más destacados⁵. Sería con el transcurrir del tiempo, la última etapa clandestina y las elecciones de 1977 y 1979 cuando González asentó su liderazgo. La elección como primer secretario en 1974 tan sólo supuso la *superación*

⁵La elección de la ejecutiva en Suresnes fue una negociación dura y no exenta de vetos de un lado y otro de los grupos territoriales, lo que también demuestra que González no era un líder en ese preciso momento: «Tras alguna persuasión, [los vascos] se manifestaron dispuestos a aceptar a González, pero no a Guerra que era un personaje mucho más abrasivo y les parecía un peligroso radical. Los vascos querían que Castellano permaneciese en la ejecutiva y también insistieron en la presencia de sus propios Múgica e Iglesias. Todos éstos eran inicialmente inaceptables para los sevillanos, que negaban que los tres fueran socialistas. [...] Sin embargo, al final se persuadió a los vascos, por conducto de Redondo, para que aceptasen a los sevillanos, y se persuadió a Guerra para que tolerase a Iglesias, Castellano y Múgica», Richard Gillespie, op. cit., pág. 308.

normativa de la crisis institucional abierta en el XXV Congreso de 1972⁶. Ahora bien, si la elección del dirigente sevillano por la vía normativa no presuponía la vía liderazgo, ¿cómo es que Felipe González llegó a ser el líder del PSOE? Como consecuencia del entorno crítico que suponía la propia transición política española.

Al igual que el resto de partidos políticos clandestinos, el PSOE tenía una militancia escasa y reducida territorialmente, aunque mayor que la de otros grupos. Apenas había «inscritos» en las filas del PSOE⁷, por lo que la posibilidad de entender como líder del partido al primer secretario era difícil cuando menos. La aparición en la escena política de Felipe González consolidó en su figura una relación de liderazgo —los motivos fueron apuntados en el capítulo séptimo— que propició una consolidación interna. Es decir, los nuevos afiliados —la mayoría de los afiliados— estaban dentro de la relación de liderazgo antes de afiliarse al PSOE, lo que se pudo comprobar en el XXVIII Congreso de 1979. Internamente, tanto por influjo interior como exterior, Felipe González fue asentando su liderazgo, gracias a la aparición de las cualidades carismáticas, entre los antiguos miembros de la organización. Por lo tanto, el liderazgo interno estuvo principalmente determinado por el entorno crítico más que por una crisis interior, lo que en situaciones transitivas es el fundamento de mayor importancia y suplanta las normales crisis internas. Además, hay que considerar que, al ser el PSOE un partido histórico y perseguido durante el franquismo, su dirigente máximo siempre obtenía un *plus* de liderazgo —como sucedió con Santiago Carrillo, por ejemplo— y de carisma que internamente permite liderar más que dirigir la organización. Pero, en términos generales, y como consecuencia del proceso histórico, el liderazgo de Felipe González entre los militantes socialistas estaba relacionado en esta primera etapa con el entorno de la organización.

⁶Como manifiesta Bustelo: «González y Guerra no tenían inicialmente un peso específico en aquella primera Comisión Ejecutiva después de su refundación en 1974, aunque lo fueron adquiriendo paulatinamente». Francisco Bustelo, *La izquierda imperfecta*, Barcelona, Planeta, 1996, pp. 93 y 94.

⁷Según Javier Tusell el número de afiliados en 1974 se cifraba en unos 3.500 más o menos, «El invierno del franquismo» en Santos Juliá, Javier Pradera y Joaquín Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, Madrid, Taurus, 1996, pág. 58.

1.1.1. *La forma de dirección y el estilo de liderazgo, 1977-1979.*

La irrupción del joven dirigente sevillano en la sociedad española durante la celebración del XXVII Congreso del PSOE, las negociaciones de la transición y, sobre todo, la campaña electoral de 1977 acrecentaron el liderazgo —estrictamente se podría decir que el liderazgo se constituyó en este período— del primer secretario del PSOE. Lo que estimuló en gran medida la incorporación de nuevos militantes a la organización socialista⁸. La fuerza del liderazgo de González y la juventud de sus dirigentes, desde luego, actuó como catalizador para promover la afiliación⁹; más si cabe cuando, orgánicamente hablando, el PSOE tenía una estructura muy abierta y para-asamblearia, lo que suponía un incentivo para afiliarse. Un liderazgo consolidado y definido más una organización poco centralizada atraía a una ciudadanía acostumbrada al autoritarismo del franquismo y que, además, evitaba el centralismo democrático leninista del PCE y el elitismo del resto de partidos opositores —evitamos expresamente aludir a los partidos de izquierdas comunistas, trotskistas, maoístas, leninistas, socialistas, etc., que quedaron excluidos y marginados en las elecciones de 1977 por diversos motivos¹⁰—. Ahora bien, ¿qué importancia tiene ese tipo de adhesión al partido sobre la base del liderazgo exterior? En principio la importancia es doble: por un lado, la entrega al líder por encima de ciertos «formulismos» organizativos —que no entrega a la dirección del partido—, estableciendo una relación personal líder/seguidor; y por otro lado, paradójicamente, una repulsión a todo lo que supusiese una centralización burocrática del partido, es decir, repulsión al aparato.

El estilo de liderazgo implementado por Felipe González durante el período que estamos analizando está determinado por cuestiones exteriores o del entorno, por

⁸Según muestra José Félix Tezanos la afiliación al PSOE al final del año 1977 era de 51.552 personas, op. cit., pág. 91, Tabla 5.1.

⁹La incorporación de la Federación de Partidos Socialistas o, posteriormente, del Partido Socialista Popular cuantitativamente no supuso una gran ampliación del censo de militantes socialistas, aunque incorporó numerosos cuadros al partido. Tan sólo la creación, y posterior acuerdo de vinculación, del Partido Socialista de Cataluña aportó una gran cantidad de afiliados.

¹⁰Para un estudio de estos partidos durante la transición véase Consuelo Laiz Castro, *La lucha final*, Madrid, Libros de la catarata, 1995, pág. 296 y ss.

cuestiones internas del partido y por cuestiones personales del líder político y la coalición dominante. Los aspectos relativos al entorno se pueden, a su vez, dividir en dos: aspectos orgánicos y aspectos ideológicos. Por lo que respecta a los aspectos orgánicos, Felipe González entendía que era necesaria la unidad de todos los partidos socialistas para conseguir un buen resultado electoral, aunque expresado en lenguaje político esto se tradujese en la unidad de acción para la transformación social y la promoción de un proceso constituyente que diera a luz una nueva constitución con un amplio sentido social¹¹. Para ello era necesario, consideraba González, que todos los partidos socialistas se uniesen, lo que se logró parcialmente antes de las elecciones de 1977, y con la incorporación del PSP en 1978 casi totalmente. El entorno al que se iban a enfrentar los partidos políticos, unas elecciones constituyentes, provocó que Felipe González se mostrase receptivo a los nuevos miembros que se incorporaban al PSOE —convergentes y socialistas catalanes principalmente—, otorgándoles un *plus* respecto a los propios compañeros del PSOE, ya que en muchos casos estaban más preparados técnicamente que los militantes socialistas¹². Esta actitud de favorecer a los más preparados frente a los propios es una de las características de González, lo que siempre le ha procurado numerosos enfrentamientos con sus propios compañeros de partido. Era un *liderazgo abierto y comprensivo*, pero determinado por la necesidad de presentarse a unas elecciones como una única opción socialista y «profesional». Estableció, por consiguiente, un vínculo entre él mismo y los nuevos miembros del PSOE al depositar en ellos su confianza personal. El aspecto ideológico del liderazgo, en las elecciones de 1977, se centró más en captar el voto de izquierdas que en presentar el proyecto de España —aunque como vimos en capítulos anteriores existía ese poso regeneracionista tanto en el discurso como en los carteles electorales—. Por esta razón, los socialistas fueron más izquierdistas que el PCE, es decir, se presentaron con un discurso marxista y casi revolucionario, aunque actuarían

¹¹Felipe González, «La unidad de los socialistas», *Sistema*, nº 15, 1976.

¹²Joaquín Arango en Tom Burns Marañón, *Conversaciones sobre el socialismo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, pág. 100.

como los socialdemócratas europeos en el proceso constituyente¹³. La intención era relegar al PCE, principalmente, y aprovechar el proceso de acumulación ideológica de la dictadura franquista. La táctica dio sus frutos y el PSOE se convirtió en la fuerza de la izquierda más votada. Pero lo importante, con respecto al liderazgo, es que los aspectos ideológicos «puros» carecen de importancia en el caso de Felipe González, son tan sólo añadidos y medios para lograr ciertos fines, en concreto, para lograr situar a España a la cabeza de Europa —que ha sido el verdadero proyecto de González—. Esta utilización de la ideología como un parapeto ocasional será un factor a tener en cuenta en la luchas internas del PSOE —aunque, paradójicamente, más en la etapa de gobierno que en el 28º Congreso como se ha pretendido hacer creer— porque las turbulencias internas vendrían determinadas por la asunción del líder socialista de la definición de los fines programáticos y, por ende, de los fines ideológicos del partido.

Entre los aspectos internos que influían sobre la forma de ejercer el liderazgo es de destacar el carácter asambleario del PSOE. Esta conformación organizativa favorecía, en el momento de la transición, el desarrollo pleno del estilo de liderazgo de Felipe González, mucho más de lo que podría hacerlo una organización centralizada estatutariamente. La posibilidad de rendir cuentas cada dos años ante una *asamblea de seguidores* era preferible a enfrentarse a un Comité Federal con representación de críticos. Al dirigente socialista, y entramos en los aspectos personales, nunca le han agradado las críticas a su proyecto o su manera de actuar; siempre ha considerado a las personas que estaban en desacuerdo con él como adversarios políticos que eran incapaces de hacer lo que era necesario realizar, es decir, su visión; como afirma Gillespie: «A su entender, otros socialistas veían las cosas igual que él, o sencillamente no las veían»¹⁴. Este aspecto autoritario de su personalidad quedaba oculto por el funcionamiento asambleario y casi ácrata del PSOE orgánicamente, ya que los miembros de la oligarquía del partido tenían

¹³«A la salida del franquismo, nadie que no fuera marxista podía aspirar seriamente a erigirse en eje de oposición: tal parece haber sido la más poderosa de las “serias razones” que, según Felipe González, tenía el partido socialista para declararse marxista». Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 509.

¹⁴Richard Gillespie, op. cit., pág. 312.

una mayor libertad de acción de la que se podía esperar en cuanto a la política institucional, que no orgánica. Esa preferencia por la falta de crítica interna le llevó a incidir durante el XXVII Congreso del PSOE de 1976 en la necesidad de disciplina: «Es necesario, prioritario hoy, reforzar nuestro sentido de la disciplina [...] evitar el grave riesgo disgregador de las posturas indisciplinadas. La personalidad democrática y disciplinada del partido debe quedar de manifiesto ante la opinión pública sin fisuras»¹⁵. Las «posturas indisciplinadas» eran aquellas que se separaban de la línea oficial que él marcaba y que eran consideradas inamovibles por estar incardinadas en un proyecto «único» y necesario para España. Este aspecto autoritario de González en su ejercicio del liderazgo se complementa con cierto elitismo heredado de su pasado católico y platónico. Richard Gillespie acierta al afirmar que «es posible que la militancia católica juvenil de González dejara una huella permanente, no religiosa como reflejable en un enfoque elitista de la política, imbuido de un cierto paternalismo, y una falta de interés por el pluralismo en el seno de su propio partido»¹⁶. A esta apreciación del analista británico cabe añadir el *platonismo* de Felipe González. El líder socialista ha tenido siempre una visión muy clara de cual debía ser el proyecto necesario para España, como hemos analizado en capítulos anteriores, y plegaba toda su vida política a este proyecto. Sólo coyunturalmente dedicará tiempo al partido como organización. El platonismo de González viene derivado, entonces, de la concepción organizativa de la Ciudad del pensador griego. Al igual que Platón, piensa González que existen unas pocas personas que son capaces de captar las formas idóneas y que, frente a esa visión —Carl J. Friedrich la llamaría la *ley de las reacciones anticipadas*—, actúan en la prosecución del ideal. El político sevillano creía —y cree— firmemente que él estaba en posesión de la «verdad» del futuro de España y por lo tanto debía guiar al resto en el camino hacia ese fin, evitando que los críticos —que perviven en las sombras de la cueva— le apedreen y acaben con él, política y metafóricamente hablando¹⁷. Aquellos que compartían su visión eran parte de esa élite de «reyes-filósofos»

¹⁵Citado en Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 442.

¹⁶Richard Gillespie, op. cit., pág. 381.

¹⁷Por esta razón, se enfrentó a la prensa, pues consideraba que desvirtuaban el proyecto que estaba llevando a cabo; por eso no dudó en purgar a aquellos que, pese a sus explicaciones, persistían en el error;

del PSOE, los que no debían ser desterrados interior y exteriormente¹⁸. Tan sólo accedería a conformar cierto nivel de pluralismo dentro del PSOE por presiones del entorno y de forma muy limitada. Esta actitud del líder socialista explica que, al llegar a Madrid como primer secretario del PSOE, Felipe González decidiese construir un equipo de colaboradores a su alrededor externo a los dirigentes madrileños, en un principio, y con adherentes internos posteriormente. Los dirigentes madrileños no empatizaban con el proyecto de Felipe González, por esa razón el dirigente socialista les desplazó en favor de «fieles y leales» a su persona y a su proyecto¹⁹. Sin embargo, todo aquel que logró discernir las ideas de las sombras sería, posteriormente, restituido junto al líder del PSOE. Felipe González, al igual que Ferdinand Lassalle, deseaba un partido político que siguiese ciegamente al líder para comportarse como martillo en las manos de aquél.

Internamente, el PSOE durante la transición estuvo totalmente difuminado por los continuos acontecimientos exteriores (período constituyente, redacción y aprobación de una constitución...), pero esto no impide para que hubiese ciertas actitudes en la forma de dirección que deban ser destacadas. Si consideramos al grupo parlamentario como parte del partido, en tanto en cuanto una rama de éste, la forma de dirección del tándem sevillano se asemeja más a una forma autoritaria que a una forma democrática. Como

por eso nunca ha manifestado simpatía por José María Aznar de la misma forma que manifestó con Manuel Fraga, Adolfo Suárez y otros dirigentes de derechas españoles. Porque creía que estaban tomando una dirección equivocada respecto al futuro de España o lo dañaban gravemente. Es decir, la falta de patriotismo, que no nacionalismo.

¹⁸Bustelo lo recuerda así: «Cuando se le discutía, González torcía el gesto y casi cambiaba de talante. Su simpatía natural, que siempre fue grande, se tornaba en hosquedad y hasta en malhumor». Francisco Bustelo, op. cit., pág. 90.

¹⁹Tanto Gillespie como Feo advierten de la hostilidad de los dirigentes históricos de Madrid —Bustelo, Castellano, Gómez Llorente, Javier y Luis Solana (aunque éstos rápidamente cambiaron su actitud respecto a González)— respecto al primer secretario, añadiendo que González declinó ganarse a la gente de Madrid y decidió crear su propio aparato de partido ayudado por Miguel Boyer. Es decir antepuso los motivos personales antes que los partidistas (Julio Feo, *Aquellos* años, Barcelona, Ediciones B, 1993, pág. 32; y Richard Gillespie, op. cit., pág. 310). Sin embargo, estos autores no recogen los motivos de la hostilidad frente a González lo que desvirtúa el propio análisis. Durante la celebración del congreso de Suresnes, los sevillanos a través de Alfonso Guerra y sus colaboradores trotskistas de *Militant* —que posteriormente serían expulsados del PSOE por el propio Guerra— y de las Juventudes Socialistas de Andalucía difundieron papeles en contra de Enrique Múgica y Pablo Castellano por su religión judía y su colaboracionismo capitalista; vetaron a todos los compañeros que se proponían de la Agrupación de Madrid,

analizamos en el capítulo séptimo se exigió a todos los diputados socialistas que firmasen, sin fecha, un documento en el cual renunciaban a su acta de diputado, la cual era guardada por los dirigentes sevillanos (Felipe González y Alfonso Guerra) para su utilización, en caso de que fuese necesario castigar a algún díscolo. Con esta medida disciplinaria, totalmente alejada de la más elemental ética socialista y democrática, los nuevos dirigentes del PSOE se aseguraban —cuando muchos de los neófitos diputados españoles debían renunciar, prácticamente, a sus puestos de trabajo— una obediencia totalmente condicionada. A la vez se evitaban intentos, por parte de los diputados socialistas, de oscurecer al dirigente máximo en la tribuna parlamentaria o de opinar en sentido contrario al discurso oficial de la Ejecutiva del partido. La utilización del miedo y el castigo es más propia del estalinismo y del fascismo, por ejemplo, que del socialismo español, pero esta táctica fue la utilizada por los dirigentes sevillanos contra sus propios compañeros de partido. Así entendía la disciplina, en sentido práctico, el tándem sevillano. Todo debía quedar bajo su más estricto control, desde el discurso a la acción política o los nombramientos de todo tipo. En contra de esta actitud actuó la buena acogida de ciertos parlamentarios socialistas —como Luis Gómez Llorente, Pablo Castellano, Nicolás Redondo o Gregorio Peces-Barba, por ejemplo—, que podían actuar con cierto margen de maniobra impidiendo que los dirigentes sevillanos actuaran en su contra sin verse acusados de dirigismo, sectarismo o leninismo. Por ejemplo, nada hicieron los máximos responsables del PSOE cuando Pablo Castellano filtró a *Cuadernos para el diálogo* los borradores de la Constitución española, en vista de que otro miembro de la Ejecutiva había transmitido parte al diario *El País*. Durante la elección de candidatos a las alcaldías el dirigismo de la Ejecutiva fue sumamente amplio, favoreciendo a los fieles frente a compañeros con mayor capacidad o, cuando menos, más años de lucha, lo que provocaba cierto resquemor personal y organizativo. Sin entrar en los motivos personales, organizativamente no se respetó la voluntad de las agrupaciones socialistas en la elaboración de las listas municipales, trastocándose éstas en favor de la Ejecutiva

como Gregorio Peces-Barba, Francisco Bustelo y Pablo Castellano. Por consiguiente, es lógico que hubiese reticencias por parte de los dirigentes madrileños frente a los dirigentes sevillanos.

Nacional²⁰. Con esta actitud, situar a fieles al frente de puestos institucionales, los miembros de la coalición dominante conseguían influir externamente, a través de la *secante marginal*, en la organización de base, pues en buena lógica, y dentro de la normalidad, los dirigentes orgánicos —de no coincidir en la misma persona— no atenderían contra los dirigentes institucionales. Sin embargo, lo que a corto plazo fue eficaz, aunque autoritario, a largo plazo supuso una nueva organización de carácter caciquil²¹ que perjudicaría al PSOE gravemente. Lo que comenzaban a hacer los dirigentes sevillanos del partido socialista era, una vez que se había consolidado el liderazgo de Felipe González, centralizar el poder de la organización en la Ejecutiva, y más concretamente en los *gemelos socialistas*, lo que estaba ratificado con los éxitos electorales a todos los niveles. Este tipo de actuación, más que el marxismo, fue el detonante del 28º Congreso de 1979.

1.2. *La eclosión del XXVIII Congreso del PSOE en 1979.*

Afirma Ramón Cotarelo que la función directiva del líder se agudiza en tiempos de crisis y que, cuando la situación es de relativa tranquilidad, prima más la función pública del líder²². Así sucedió durante el año de 1979 en el seno del PSOE. Hasta ese momento el desarrollo político de España había sido positivo para Felipe González y el partido socialista, pero un relativo fracaso —esperaban, sino alcanzar el poder, sí al menos ascender cuantitativamente en el número de escaños— en las elecciones generales de 1979, activó la función directiva de González para retirar el concepto del marxismo de la definición del partido. En el capítulo séptimo observamos cómo fueron los propios sevillanos los que introdujeron, por vez primera en la historia del PSOE, el término; cómo aquella introducción fue meramente instrumental; y cómo se produjo la dimisión del primer secretario y el posterior retorno. Pero este análisis estuvo orientado hacia el

²⁰Esta información nos ha sido facilitada por militantes socialistas de Santander, Madrid, Córdoba, Huesca, Alcorcón, Gijón, Avilés, Orense, País Valenciano y Murcia

²¹Ramón Cotarelo, *Los partidos políticos*, Madrid, Sistema, 1996, pág. 238.

²²Ibídem, pág. 256, n. 15.

simbolismo exterior e interior del PSOE, no a las variantes tácticas que se pretendían conseguir, en concreto el cambio organizativo. En resumen, el marxismo como pretexto exterior durante las primeras elecciones, y como pretexto interior para cambiar radicalmente la composición organizativa del partido y ponerla al total servicio del líder socialista.

Sorprende que entre todos los analistas que han prestado su atención a la celebración del 28º Congreso del PSOE, ninguno se haya apercibido no tanto del hecho del cambio organizativo como de la intencionalidad de éste²³. El carácter simbólico, e incluso mítico, del XXVIII Congreso del PSOE ha ocultado las verdaderas intenciones de la coalición dominante del partido: promover el cambio organizativo para centralizar el poder de la organización en el líder político. ¿Cómo es posible que se permutasen de una manera radical los estatutos de forma totalmente espontánea, como parecen indicar los estudios sobre este Congreso, cuando los delegados estaban justamente criticando el excesivo poder acumulado por la coalición dominante —que no Ejecutiva—? Desde luego, resolver esta duda permitirá entender de mejor forma lo acontecido durante la celebración del Congreso y el posterior desarrollo organizativo. La declaración de Felipe González de abandonar el marxismo como seña de identidad del PSOE —lo que jurídicamente acontecería en el 29º Congreso, pero sociopolíticamente en éste— cumplía dos funciones: por un lado, evitar manifestaciones como las del presidente Adolfo Suárez en vísperas del día de la votación en las elecciones generales de 1979 —avisaba Suárez del peligro de las «hordas marxistas» si se votaba al PSOE—, esto es, eliminar la apuesta estratégica de 1976; y en el

²³Ni Richard Gillespie (*op. cit.*), ni Paloma Román («El PSOE: una trayectoria circular» en Juan Luis Paniagua Soto y Juan Carlos Monedero (eds.), *En torno a la democracia en España*, Madrid, Tecnos, 1999), ni Santos Juliá (*Los socialistas en la política española*) en extenso, ni Donald Share («Two transitions: democratization and the evolution of Spanish socialist left», *West European Politics*, nº 8.1, 1985), ni Elías Díaz (el capítulo titulado «Crítica sin alternativa: consideraciones sobre el XXVIII Congreso del PSOE» en su libro *Socialismo en España: el partido y el Estado*, Madrid, Mezquita, 1982) en artículos han manejado la posibilidad de que el cambio organizativo fuese premeditado. Aún más sorprendente es que Pablo Castellano (*Yo sí me acuerdo*, Madrid, Temas de Hoy, 1994), Francisco Bustelo (*op. cit.*) o Antonio García Santesmases (*Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo español*, Barcelona, Anthropos, 1993), activos miembros del sector crítico e Izquierda Socialista, no hayan estimado oportuno hacer referencia a este hecho, sin duda fundamental para el desarrollo del PSOE en el futuro, pese haber dedicado gran parte de sus memorias y análisis al 28º Congreso.

contexto interno del partido, por otro lado, servía como cortina de humo para evitar el debate sobre la concentración de poder y el cambio organizativo, como ahora veremos. Para analistas, como Gillespie²⁴, el abandono del marxismo significaba pasar de ser un partido de masas a ser un partido catch-all, algo que organizativamente puede ser cierto, pero que tácticamente es poco plausible, pues el PSOE —si atendemos a variables como la afiliación, el discurso difuminado (no exento de llamadas al voto de las clases medias²⁵), la importancia de la escenificación mediática— podía ser calificado desde 1977 como un partido catch-all, o cuando menos híbrido. Pero sí es cierto que, dentro de las variables sociológicas, abandonar el marxismo suponía adecuar el partido al pensamiento y operatividad de la coalición dominante, principalmente de su líder, y, por qué no decirlo, al signo de los tiempos.

1.2.1 *El marxismo: el falso debate ideológico.*

Las mayores críticas de los delegados al XXVIII Congreso del PSOE se referían a la excesiva concentración de poder en los dirigentes sevillanos y sus más fieles servidores, pues éstos decidían los nombramientos, la estrategia política, el sentido de las ponencias constitucionales, la dirección de todas las campañas electorales, los programas del partido, etcétera. Como afirma Santos Juliá: «Para el sector crítico, como fue enseguida llamado, el PSOE había entrado por el camino del liderazgo personal y del electoralismo y había abandonado el proyecto socialista, liquidando la democracia interna y olvidando su carácter de partido de masas»²⁶. Como recuerda Gillespie, las críticas a la Memoria de Gestión poco tenían que ver con el marxismo:

²⁴Richard Gillespie, op. cit., pág. 380.

²⁵«Si el camino hacia el socialismo —afirmaba Felipe González en la apertura del 27º Congreso en 1976— se muestra como un proceso racional que beneficia a la inmensa mayoría, aislando los egoísmos de unos pocos, evitaremos el terror de las clases medias, excesivamente sensibles a la propaganda de la derecha reaccionaria, y podremos recuperar buena parte de su peso para nuestra causa». Eduardo Chamorro, *Felipe González. Un hombre a la espera*, Barcelona, Planeta, 1980, pág. 289.

²⁶Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pp. 529 y 530.

«Hubo 41 delegados que criticaron la gestión de la ejecutiva, por motivos que en gran parte recordaban los aducidos en congresos de hacía diez años: la falta de democracia en el partido, insuficiencia de la información para los militantes, descuido de la educación política, quejas acerca de los pactos concertados por el partido y protestas por expulsiones y suspensiones de miembros»²⁷.

El marxismo como definición partidista, desde luego, no se encontraba dentro de los parámetros de la crítica a la dirección del partido, pero se utilizaba por parte de ésta como cortina de humo frente a las críticas. Se intentaba hurtar el debate político del Congreso, en favor del pseudodebate ideológico, el cual no se produjo. Presentando el marxismo como el principal punto a debatir, Felipe González conseguía que los delegados críticos tuviesen la necesidad de defender el marxismo como arma arrojadiza frente a la Ejecutiva, es decir, situaba el debate en una divisoria clara y definida eludiendo toda referencia a la propia organización; provocaba así una división interna que él mismo se encargaría de abortar con su dimisión, que tenía bastante de premeditación y poco de espontaneidad. El debate quedaba, pues, instalado entre el arcaísmo del marxismo y modernidad del primer secretario, entre los «conservadores» y los «progresistas». El diálogo entre Tom Burns Marañón y Joaquín Arango es bastante esclarecedor de este posicionamiento provocado:

»**T.B.M.** ¿Dónde estaban los convergentes en el debate marxismo sí, marxismo no del congreso del setenta y nueve?

»**J.A.** Hombre con Felipe y por el abandono del marxismo.

»**T.B.M.** ¿Por qué?

»**J.A.** Porque no éramos dogmáticos, porque el marxismo ya a muchos nos horrorizaba. Primero por razones intelectuales. El marxismo nos parecía una religión bastante lamentable, y el programa máximo que habla de la lucha de clases y de la abolición de las clases era totalmente anacrónico, una pereza mental y un insulto a la inteligencia. El análisis marxista no se sostiene en absoluto. Y luego estaba la utilización

²⁷Richard Gillespie, op. cit., pág. 357. Igualmente vid. Antonio García Santesmases, op. cit., pág. 63.

política que se estaba haciendo del marxismo. Representaba la caspa del socialismo más cutre, más rancio y más feo»²⁸.

Debemos analizar detalladamente las explicaciones del profesor Arango por lo paradigmáticas. Sin tener en cuenta que no todos los convergentes estaban con Felipe González —los hermanos Garcés en el País Valenciano estaban con los críticos, por ejemplo—, hay que destacar que no sólo se estaba en contra del marxismo, sino que en primer lugar se estaba con el líder socialista²⁹. Es decir, inconscientemente se aclara que, frente a las críticas a la ejecutiva, las diversas tendencias que apoyaron a González estaban con el poder por encima de todas las cosas, sobre todo porque siendo cuadros importantes de la organización se aseguraban la recepción de incentivos selectivos. Pero no es esto lo más importante del análisis, es normal que los arribistas del partido se situasen con el poder antes que con los contradictores, es el último párrafo donde se encuentra la explicación rotunda de la inexistencia de debate alguno en el 28º Congreso. El debate «político» fue inexistente, tan sólo se discutió sobre dogma y fe en un sentido y en otro, sin explicitarse claramente las razones del abandono del marxismo. Fue un debate nulo y falto de fondo argumentativo; ni los felipistas eran antimarxistas, ni los críticos eran unos furibundos marxistas —es más, había muchos socialdemócratas—. Joaquín Arango expresa que estaba contra el marxismo por el dogmatismo y el sentido religioso que le pretendían otorgar los críticos. Sin embargo, los críticos no hicieron del marxismo un dogma de fe, sino que utilizaron el marxismo como instrumento de castigo frente a los desmanes orgánicos de la oligarquía. Pero, sí es cierto que el marxismo tenía un sentido religioso, mejor dicho, un sentido mítico, para los críticos y numerosos afiliados socialistas. Para gran parte de la masa de afiliados el marxismo no era cuestión de lucha de clases, de dictadura del proletariado, o demás retórica marxista, al contrario, suponía un elemento de identidad socialista —o socialdemócrata, porque los afiliados del PSOE eran, realmente y sin saberlo, socialdemócratas—. El franquismo había basado parte de su teoría

²⁸Tom Burns Marañón, op. cit., pp. 100 y 101.

²⁹Richard Gunther, Giacomo Sani y Goldie Shabad, *El sistema de partidos en España. Génesis y evolución*, Madrid, CIS, 1986, pág. 193.

legitimadora en su lucha contra los masones, los judíos y las hordas marxistas (o comunistas, según el caso), por lo que, en el fuero interno de los socialistas, ser marxistas significaba ser antifranquistas, antifascistas, antidictadura. No eran «marxistas de verdad», sino que la identidad marxista significaba una pureza de origen y, en cierto modo, una venganza por haber dejado morir al dictador en la cama. Por consiguiente, la fisura emocional se produjo no tanto por el abandono en sí del marxismo, como por tener que renunciar a un elemento identitario clave. Suponía hacer prevalecer el proyecto del líder carismático —todavía no plenamente asentado—, con sus nuevas identidades éticas, frente al carácter de identidad del marxismo. Felipe González prometía un «Edad de Oro» factible, alcanzable en el tiempo, frente a la falsable *Edad de Oro* marxista. Lo que no impedía quebrar un elemento de identificación importante, el cual hubo de ser repuesto por la figura del líder carismático —lo que conllevaría otro tipo de dogmatismos y declaraciones de fe—. Sin embargo, y volviendo al desarrollo del punto analizado, el debate sobre el marxismo fue una fachada para imposibilitar ver el verdadero debate y lucha, la forma de organización del partido y la actuación de la ejecutiva. Entre las contradicciones que se encuentran en el desarrollo del congreso, podemos observar que de los que defendieron las *59 tesis* —documento presentado para su aprobación en el Congreso Extraordinario y de clara influencia luterana— fueron los mismos que, formando el *Colectivo Pablo Iglesias* y auspiciados por los dirigentes sevillanos, introdujeron el término marxista en la definición del PSOE en el 27º Congreso. Por lo tanto, ¿fueron conscientes de su error en tan sólo dos años y medio? Es posible —real en algunos casos consultados—, pero es sorprendente que aquellos que antes eran considerados como «peligrosos» socialdemócratas, en ese breve período de tiempo, acabasen por situarse en el sector izquierdista sin haber hecho mayor movimiento ideológico. Mas es curioso observar que los críticos del marxismo en ningún momento se autoubicaban dentro del espectro ideológico en otra posición diferenciada —salvo José María Maravall³⁰ y pocos más—, tan sólo decían que defendían el socialismo democrático, el cual, paradójicamente, era mucho más izquierdista que la política llevada a cabo por el PSOE. Pero sin duda, la

³⁰Vid. José María Maravall, «La promesa socialista», *El Socialista*, 6 de mayo de 1979.

parte más descriptiva de lo expuesto por Arango es la acusación de utilizar políticamente el marxismo a los críticos, cuando son los «felipistas» quienes sitúan el debate del marxismo en el centro de la discusión para cambiar orgánicamente el partido y para evitar las críticas a la gestión. El debate sobre el marxismo —como dice Gillespie³¹—, insistimos, nunca existió, fue una pantalla utilizada para realizar una crítica al líder socialista y su forma de ejercer el poder, y para evitar tales críticas, e incluso podríamos advertir un intento de acabar con los discrepantes del ala izquierda quitándoles el sustento ideológico. En ningún momento se estableció un debate intelectual sobre la conveniencia o no del calificativo, o sobre las posibilidades de comprender la realidad social a través del análisis marxista, o sobre si con el marxismo se podía transformar la realidad social; en ningún momento se habló de historicismo o de gradualismo; tan sólo se acudió a citar a Nicos Poulantzas, Louis Althusser o la Biblia —como hizo Francisco Bustelo—.

En el plano teórico, Manuel Martínez Sospedra afirma que la ideología del partido político «es significativa e importante por tres razones: en primer lugar, por su potencial de exclusión. [En segundo lugar] La ideología limita la capacidad de acción del partido y sus dirigentes estableciendo las fronteras cuyo paso implica el desdibujamiento o el abandono del proyecto político del que el partido es portador. [Y en tercer lugar] La ideología... determina el ámbito de las políticas admisibles y señala con ello el campo de la impropias o inadmisibles»³². Podemos, pues, interpretar el sentido del abandono del marxismo a la vista de esta especificación de Martínez Sospedra. ¿Era excluyente el marxismo «oficial»? Es posible, dado que en 1979 algunas personas de actitud no marxista podían sentirse inhibidas para darse de alta en el PSOE «marxista», pero bien es cierto que la mayoría de los nuevos afiliados del PSOE más que marxistas eran socialistas —en el amplio sentido del concepto— o felipistas, no principalmente marxistas. La segunda presunción (limitación de la acción de los dirigentes) tampoco tiene sentido en la política cotidiana, porque se estaba actuando en un sentido nacional o patriota y con unas

³¹Richard Gillespie, op. cit., pág. 351.

³²Manuel Martínez Sospedra, *Introducción a los partidos políticos*, Barcelona, Ariel, 1996, pág. 40.

propuestas de carácter socialdemócrata. Por consiguiente, la lucha de clases y la emancipación revolucionaria de la clase trabajadora no entraban —desde un principio— en la táctica a seguir por Felipe González. Por lo que respecta a las políticas admisibles o inadmisibles, el marxismo no incidía mayormente. El hecho de estar dirigiendo un partido «socialista», es decir, de ideología socialista, ya limita lo suficiente a la oligarquía dirigente. Lo que se estaba determinando era que eliminando el marxismo —como podía haber sido otro concepto u otra táctica—, se estaba encubriendo el abandono del «pablismo» por un partido sometido a la libre elección de sus dirigentes. Esto es, no era tanto abandonar el sentido de partido de masas —aunque este argumento también fue esgrimido por los críticos— para pasar a ser un partido catch-all, como dejar en mano de Felipe González el diseño de la estrategia a seguir. Se estaba intentando someter el partido a la voluntad de su líder carismático. No fue por consiguiente un conflicto ideológico ni metodológico, sino de principios orgánicos, de pervivencia de unas esencias tradicionales del PSOE —por esta razón, entre otras ya comentadas, Felipe González portó el último día del congreso extraordinario la foto de Pablo Iglesias en sus manos mientras todos los delegados cantaban *La Internacional*—.

Joaquín Almunia, con el paso de los años, ha entendido perfectamente lo que de trasfondo tenía el 28º Congreso. Por un lado, se situaban los que consideraban que se debía acercar los planteamientos del partido a la realidad para lograr gobernar, ya que el voto del miedo provocado por Suárez se había llevado a gran parte del electorado de centro izquierda. Por consiguiente, era necesaria una mayor apuesta por el realismo y un cambio hacia la madurez —palabras utilizadas por Felipe González para justificar la eliminación del marxismo³³—. Por otro lado, se situaban los que no querían ser unos meros gestores de la realidad y que la obtención del gobierno tan sólo debía servir para llevar a cabo una verdadera política socialista; además, de las críticas por la forma de dirigir el partido³⁴.

³³ «Tenemos que hacer de este partido una alternativa para gobernar. El país no puede esperar a que nosotros maduremos. El país necesita que hagamos esa maduración rápidamente, y ¡tenemos que hacerlo!» citado por Javier Solana en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., pág. 404.

³⁴ Joaquín Almunia, *Memorias políticas*, Madrid, Aguilar, 2001, pág. 97.

Basándose en su liderazgo, González podía haber explicado de esta forma el significado de la eliminación del marxismo a los afiliados del PSOE y, seguramente, la discusión hubiese sido menor, o hubiese tomado un cariz distinto³⁵. Pero hubiese tenido que afrontar, tal vez, una mayor crítica a la forma de actuación de la coalición dominante. Sin embargo, había que oscurecer el cambio organizativo y consolidar el poder dentro de la organización jurídica y empáticamente, aunque acertase totalmente con la pérdida de dogmatismo marxista, y el acercamiento a otro modo de aprehender el mundo.

1.2.2. *La renuncia de Felipe González y la imposibilidad de alternativa.*

Advertíamos en párrafos anteriores que tanto la renuncia de González como el cambio de los estatutos estaban determinados con anterioridad, y que el debate sobre el marxismo ocultaba estas acciones —y otras— e impedía el verdadero debate estratégico. Robert Michels decía que «la renuncia al cargo, en la medida que no es una mera expresión de desaliento o protesta, en la mayor parte de los casos es una forma de retener y fortalecer el liderazgo»³⁶. La máxima del pensador alemán se vio plenamente cumplida en el caso de Felipe González y su renuncia a seguir dirigiendo el PSOE. No sólo el líder socialista volvería a ser elegido secretario general en el Congreso extraordinario, sino que psicológica —como vimos en capítulos anteriores— y políticamente centralizó toda la actividad estatal del partido en su persona antes de ser elegido presidente del gobierno, verdadera pretensión antes de comenzar el congreso ordinario. El tema del marxismo, ciertamente, no interesaba a la sociedad española ni a los votantes socialistas, era una cuestión meramente interna según se desprende de las encuestas³⁷, empero, impresionó en

³⁵Como ha reconocido *a posteriori* Alfonso Guerra: «[Felipe] Acertó a largo plazo. La decisión había que tomarla, pero teníamos que haberlo hecho de otra forma. Lo ocurrido entonces nos ha perjudicado mucho en momentos concretos, es una baza para los adversarios», citado en Melchor Miralles y Francisco J. Satué, *Alfonso Guerra. El conspirador*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, pág. 296.

³⁶Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, (2 vols.) 1996, vol. 1, pág. 90.

³⁷Según encuestas realizadas por el PSOE, a un 22% de los ciudadanos españoles (y a un 24'5% de los votantes del PSOE) les parecía bien que el PSOE dejase de ser *exclusivamente* marxista; un 12'3% (16'9%) les parecía mal; a un 11'7% (11'15) no les importaba; un 28'6% (27%) no sabían de qué se trataba; y un 25'5% (20'6%) no saben, no contestan. Para la pregunta, *¿Están de acuerdo con las declaraciones de Felipe González sobre el tema de marxismo?*, los encuestados opinaban que estaban de acuerdo un 11'6%

mayor medida el varapalo sufrido por González. El líder socialista había advertido de que no se presentaría a la reelección si no se aprobaba una resolución política que a él le gustase, es decir, sin alusiones exclusivas al marxismo. Consciente del ascendiente que tenía sobre los afiliados socialistas intentó en la comisión política, argumentando en favor del realismo, la eliminación del marxismo o, al menos, de la aceptación plural de numerosas tendencias intelectuales que posee el pensamiento socialista, como proponían los andaluces. Tal propuesta fue derrotada en comisión por amplia mayoría y en la sala del congreso por un resultado de 62% a favor del mantenimiento del marxismo, 31% en contra y 6% abstenciones. Este resultado decidió a González a renunciar a la reelección, algo que tenía bien preparado por las presiones que se ejercieron sobre los críticos interna y externamente³⁸. Además, Felipe González, sabiendo del apoyo de todas las fuerzas externas al partido (embajadas, prensa, monarca, etc.), era plenamente consciente de que Alfonso Guerra había modificado totalmente los estatutos del partido en beneficio propio. La pretensión de los delegados era protestar —de hecho la Memoria de Gestión de la Ejecutiva fue aprobada por el 68'13% de los 1.018 delegados, un 10'17% en contra y un 21% de abstenciones— utilizando el marxismo como excusa, con el pleno convencimiento de que de esta forma no se dañaba al líder socialista. Felipe González no entendía que «un

(19'5%); están en desacuerdo 12'3% (10'1%); no les importa 47'4% (49%); les parece algo secundario 2'2% (2%); no les importa 2'4% (1'4%); no saben, no contestan 24'2% (18%) (Recogido por José Félix Tezanos, op. cit., pág. 73). Una clara muestra de que a los ciudadanos, el calificativo de marxista les era de poca importancia o desconocían esa afirmación interna, la encontramos en otra de las preguntas de la encuesta. Cuestionados sobre cómo calificarían al PSOE, un 18% (19'6%) creían que era un partido marxista; y un 33'4% (41%) opinaban que era un partido socialdemócrata (pág. 74). Sin más datos que estos, no se pueden hacer mayores valoraciones, ya que se desconoce qué porcentaje de respuestas se encuentran en una u otra posición del espectro ideológico, pues si los que califican al PSOE de ser marxista son conservadores y los que no lo califican de tal manera son de centro izquierda, por ejemplo, la existencia o no del calificativo resulta baladí. Lo que sí prueba perfectamente la encuesta es que ni les importaba a los ciudadanos tales calificaciones, ni eran tan ignorantes como para no saber discernir que el PSOE bajo la guía de Felipe González era un partido socialdemócrata similar a los europeos.

³⁸Felipe González estaba avisado del poder de los críticos desde el primer día del Congreso —recuérdese que eran cuatro días—, ya que la presidencia del cónclave socialista recayó en José Federico de Carvajal frente al propuesto por la ejecutiva Gregorio Peces-Barba. Las votaciones de los debates se realizarían el segundo día, las votaciones en plenario el tercero y la votación de la Ejecutiva el cuarto. El primer día del Congreso González hizo saber a José María Benegas, Enrique Múgica, Manuel Chaves, José Recio, José Rodríguez de la Borbolla y Nicolás Redondo, entre otros, que fuesen preparando una Gestora. Por consiguiente, es indudable que la medida de la renuncia era algo pensado y nada espontáneo; si era

militante “desengañado” (en todos los sentidos de la palabra) hace más daño que diez adversarios»³⁹, y no comprendió, por tanto, la reacción de los delegados en este sentido.

Con la renuncia se infligía un duro castigo, en términos psicológicos, a los afiliados con la intención de que nunca más se opusiesen a la voluntad del «padre», delegados que no llegaban a comprender que no pudieran tener un partido marxista y con González de líder. Como bien explica el profesor García Santesmases: «El congreso deseaba dos cosas contradictorias. La primera, seguir siendo marxista, cosa que identificaban los delegados probablemente con una postura consecuentemente anticapitalista, fiel a los principios fundacionales, al programa máximo [...] La segunda seguir manteniendo a F. González como secretario general»⁴⁰. El parricidio y posterior totemización de Felipe González podía no haber tenido efecto si los críticos hubieran realizado una Ejecutiva alternativa en el XXVIII Congreso, pero se les impidió tal acto. Alfonso Guerra, años después, se jactaría de que los críticos no supieron acceder al poder cuando lo tenían en la mano⁴¹. Sorprende el cinismo del entonces vicesecretario general del PSOE, porque él fue uno de los que impidieron que los críticos presentaran una lista propia con acciones verdaderamente poco democráticas y para-dictatoriales, aunque antes intentara el consenso: «Queda claro [según testimonios recogidos en el XXVIII Congreso] que a Felipe González no le interesó en ningún momento encontrar una vía de arreglo “pacífico” al contencioso; que incluso cuando surgieron mediadores tan identificados con la mayoría del partido como Alfonso Guerra o Pepote Rodríguez de la Borbolla, los desautorizó, forzando la máquina hasta hacerla descarrilar; por tanto, lo que importaba era dar un aldabonazo, un baño de realismo a su partido, lo que, sin lugar a dudas, le podía haber costado su carrera política»⁴². Una vez que Felipe González se había decidido a acabar con las disputas internas, Guerra evitó con suma prontitud y profesionalidad la

necesario poner a los delegados contra las cuerdas para que aceptasen la voluntad del líder, había que correr el riesgo. (Testimonio que nos ha sido ofrecido por Nicolás Redondo)

³⁹Pierre Bourdieu, *Contrafuegos*, Barcelona, Anagrama, 1999, PP. 17 y 18.

⁴⁰Antonio García Santesmases, op. cit., pág. 64.

⁴¹Miguel Fernández-Braso, op. cit., pág. 78.

⁴²Ricardo Martín, *Almunia. Un corredor de fondo*, Madrid, Temas de Hoy, 1998, pág. 79.

posibilidad de una alternativa —contando con el apoyo de los felipistas y otros poderes fácticos movilizados por González⁴³— con amenazas psíquicas y políticas (pérdida de los cargos ostentados en el futuro). Todo con tal de responder, no a su propia voluntad, sino a la del líder socialista.

1.2.3. *El cambio organizativo y la eliminación estatutaria del adversario.*

Hemos manifestado en párrafos anteriores que el tema del marxismo fue utilizado como una cortina de humo para que el cambio organizativo pasase desapercibido. En favor de esta hipótesis encontramos que la posición de Felipe González era demasiado inflexible, aunque con un alto contenido simbólico, porque podía haber esperado al siguiente congreso y haber llevado a cabo su propósito mediante el diálogo con sus militantes. Hubiese tenido un período de dos años para modernizar al PSOE sin infringirle tan severo castigo, sobre todo cuando no eran previsibles las convocatorias de elecciones en los distintos niveles. Como vimos, las encuestas demostraban que los ciudadanos no prestaban atención a la definición canónica del PSOE y, entendían en su mayoría, que el partido dirigido por González era un partido socialdemócrata. Lo que demuestra, y es otro

⁴³Pablo Castellano expresa perfectamente lo que sucedió:

«El rumor de la posible preocupación regia, la cautela norteamericana, la hostilidad germánica, la reacción financiera y militar y el *vade retro* europeo ante el desaire hecho a su protegido llenó de consternación a los que hasta hacía unos minutos eran unos enfervorizados revolucionarios que lo que querían de verdad, hartos de manipulaciones, era simple y llanamente reconquistar la democracia interna». (op. cit., pp. 325 y 326).

Respecto a la cautela norteamericana, cabe relativizar las presiones, aunque es cierto que era uno de los poderes fácticos que influían en la determinación de los acontecimientos si hacemos caso al testimonio de un ex-alto cargo ministerial de la época de la transición que nos narró cómo se financió el PSOE con fondos estadounidenses. Es de todos conocidos que el PSOE recibió dinero —más concretamente la UGT, pero en esa época era difícil saber a qué organización iban unos y otros fondos— de los sindicatos estadounidenses que transferían el dinero a la CIOSL, y esta organización a su vez traspasaba el dinero a la fundación Friedrich Ebert del SPD que era el último eslabón de la cadena de financiación del socialismo español. Sin embargo, nuestro interlocutor nos ha reconocido que la mayor parte del dinero que los sindicatos estadounidenses transferían era dinero administrado por el gobierno estadounidense a través de la CIA. Por nuestra parte, intentamos corroborar estos hechos solicitando los documentos a la agencia de inteligencia del país norteamericano, recibiendo la respuesta de que la información solicitada era materia restringida y, por tanto, clasificada. Por esta razón, hemos decidido ofrecer la información recibida en esta nota a pie de página, ya que los indicios de la intervención estadounidense en la transición española son evidentes como

factor a tener en cuenta, que lo que realmente determina la consideración o calificación del partido es su forma de actuación. También podía haber reconocido que la introducción del marxismo, por primera vez en la historia del PSOE, en la definición del partido —llevada a cabo por el clan sevillano— había sido una estratagema política que ahora no tenía sentido, pues había que abrirse a otras «mentalidades» políticas. Y, por último, destaca que la propuesta sevillana que quedó plasmada en el Congreso extraordinario de septiembre de 1979 era de un alto contenido marxista, ya que expresaba la tesis gramsciana del bloque de clases⁴⁴, lo que ya no era necesario porque tenía todo el partido a su disposición. En contra de la hipótesis que manejamos podemos decir que Felipe González intentaba evitar cualquier problema con los militares, especialmente, debido a la constante propaganda del franquismo sobre el peligro de los marxistas y los materialistas, donde entraban desde los socialistas hasta los comunistas⁴⁵ —lo que demuestra la falta de conocimiento de los franquistas—. Igualmente, el término marxista podía retraer a ciertos electores como consecuencia de la educación franquista. Y, por último, la calificación de un partido como marxista, si es socialista e, incluso, socialdemócrata, carece de valor real, aunque sí puede ser simbólico, porque se entiende que dentro del socialismo el marxismo es una parte fundamental de él. Dentro de hipótesis alejadas de éstas, la propuesta de Santos Juliá de utilización del marxismo como ataque a los críticos también tiene su fuerza, aunque siempre y cuando vaya unida al cambio organizativo operado.

Los estudiosos de los partidos políticos han teorizado sobre los motivos que concurren para el cambio organizativo tanto al nivel de coalición dominante como al nivel de las reglas del juego. Para Manuel Mella el cambio organizativo constaría de tres fases: una fuerte presión ambiental que provoca una crisis, seguida de un cambio en la cúpula del

ha demostrado Joan Garcés «El posfranquismo y la guerra fría» en J. L. Paniagua Soto y J. C. Monedero (eds.), op. cit., pp. 25-101.

⁴⁴José Félix Tezanos, «Populismo, corporativismo y neo-bonapartismo», *Sistema*, nº 129, 1995, pág. 12.

⁴⁵Cfr. Alberto Reig Tapia, *Franco «Caudillo»: mito y realidad*, Madrid, Tecnos, 1996, passim.

partido y que termina en el cambio de las reglas del juego⁴⁶. Cuatro politólogos han observado que existen tres hipótesis posibles para explicar el cambio: la primera, un mal resultado electoral; la segunda, un cambio de líder y cambio organizativo; y la tercera, un cambio en la facción dominante⁴⁷. Sin duda dentro de estos análisis podemos encontrar una explicación convincente que muestre el porqué del cambio operado dentro del PSOE: esencialmente se debería a un mal resultado electoral⁴⁸. Sin embargo, analizar el cambio operado en las reglas del juego dentro del PSOE desde esta única hipótesis explica mínimamente los hechos, porque el caso que nos ocupa es radicalmente diferente a los expuestos por todos estos teóricos en buena parte de sus aspectos. El cambio organizativo puede verse desde dos puntos de vista: o bien afecta a las personas que componen la coalición dominante u oligarquía dominante; o bien afecta a los estatutos del partido, es decir, a las reglas del juego —lógicamente no es necesario advertir que nos referimos a las reglas escritas, ya que es objetivo que existen reglas no escritas de comportamiento en el juego intrapartidista—. Un mal resultado electoral puede provocar el cambio en la oligarquía dirigente de un partido, sin necesidad de modificar los aspectos puramente orgánicos. Pero este aspecto, bastante lógico por otra parte, no es el que aquí se está estudiando. Ahora bien, un fracaso electoral incide directamente en el cambio organizativo *per se*, pero para el cambio estatutario es necesario que influyan otra serie de aspectos que no tienen por qué ser electorales. En nuestro caso de estudio ¿influyó la «derrota» sufrida en las elecciones generales de 1979 para provocar el cambio?. Decididamente no; si acaso incidió en la eliminación del marxismo. Entonces, ¿por qué se cambiaron los estatutos?.

No existe una sola razón para explicar el cambio sino varias que pueden, en cierto sentido, reunirse en el intento de *concentración del poder* en manos de la ejecutiva

⁴⁶Manuel Mella, «Los sistemas de partido» en Ibídem (ed.), *Curso de partidos políticos*, Torrejón de Ardoz (Madrid), Akal, 1997, pág. 216.

⁴⁷Robert Harmel, Uk Heo, Alex Tan y Kenneth Janda, «Performance, leadership, factions and party change: an empirical analysis», *West European Politics*, vol. 18, nº 1 (January), 1995, pág. 1 y ss.

⁴⁸Kenneth Janda cree que ésta es la única hipótesis plausible para explicar el cambio organizativo. «Toward performance theory of change in political parties», *Asociación Internacional de Ciencia Política*, 1990, pág. 8.

federal, es decir, en dos personas: Felipe González y Alfonso Guerra⁴⁹. Entre las distintas motivaciones para cambiar los estatutos del PSOE debemos afirmar que, en primer término, con la modificación de estatutos las resoluciones políticas congresuales se situaban en concordancia con los deseos del líder y la cúpula dirigente —esto tan sólo fue, en parte, efectivo en los congresos 29º, 30º y, con mayores dificultades, 31º; posteriormente las resoluciones no han tenido nada que ver, en general, con la aplicación política en el gobierno y/o en la oposición—. Las siguientes razones sí están fuertemente ligadas al cambio estatutario. En segundo lugar, gracias al cambio organizativo la oligarquía del PSOE evitaba las críticas de las bases del partido, potenciando lo que deseaba Felipe González: un partido sin fisuras internas. Sin embargo, la pretensión de un partido unido provocó, tan sólo dos años después, una tendencia totalmente contraria a la esperada: la unanimidad ciega y acrítica. Durante la celebración del 29º Congreso en 1981 —calificado por la prensa como el *Congreso de Moscú*, por su unanimidad (también calificado como «congreso a la búlgara») y que no contó con la participación de la recientemente creada corriente Izquierda Socialista— Felipe González tuvo que expresar su malestar a los delgados por su falta de actitud crítica respecto a la actuación de la ejecutiva federal y por el peligro de oligarquización y de burocratización del PSOE. En una más de sus actitudes cambiantes y su carácter paternalista, González criticaba a sus propios compañeros por su falta de crítica cuando él mismo había promovido esta actitud

⁴⁹Hasta la celebración del 28º Congreso del PSOE, inclusive, las delegaciones eran elegidas directamente por las Agrupaciones locales con un mínimo de un delegado por agrupación —téngase en cuenta que las agrupaciones de ciudades no estaban divididas en barrios o distritos sino que eran únicas—. La modificación introducida cambiaba radicalmente esta composición, pues a partir del Congreso Extraordinario las delegaciones se constituían por federaciones elegidas en congresos provinciales y/o regionales. Otra modificación introducida era la regla de la mayoría o *first past the post*, es decir, que la lista más votada obtenía toda la representación del ámbito votado, tanto para elegir ejecutivas provinciales, regionales o locales como para listas a los distintos congresos. Dentro del funcionamiento congresual, lo que es sin duda muy importante, los delegados hasta el 28º Congreso ejercían el derecho de voto por delegación local, es decir, cada vez que el cabeza de delegación votaba lo hacía en nombre de todos los afiliados representados, para lo cual existía en mandato de delegación; a partir de ese momento las votaciones se realizarían por delegación federal independientemente de las voluntades expresadas por los delegados. Además, dejaban de existir listas abiertas y bloqueadas en la elección de la ejecutiva federal y quedaban prohibidas las tendencias organizadas y las corrientes de opinión. En términos generales estas modificaciones beneficiaban a la oligarquía del partido frente a los discrepantes y/o las bases del propio partido. Igualmente se favorecía la concentración de poder en la cúspide de la organización.

tanto con el cambio de estatutos —factor político— como con su renuncia a la reelección —factor psicológico— en los congresos de 1979. En tercer término, y ligada a la anterior motivación, la modificación de estatutos también buscaba controlar la celebración de los congresos del partido —con la significación de pequeñas crisis que suponen estas convocatorias—; en concreto, se buscaba que los delegados no tuvieran una relación firme con los deseos de las bases del partido para evitar la máxima intrapartidista de que las bases son más radicales que los dirigentes. Así lo manifestaba Felipe González el 17 de mayo de 1979 durante el discurso de apertura del 28º Congreso:

«El problema es mucho más profundo de lo que pueda parecer en una primera aproximación al mismo, puesto que si este proceso se continúa y se extiende a otra serie de campos de la actuación congresual del delegado, éste terminará siendo un simple recadero de la organización de base. En la tradición de nuestro partido el orgullo del delegado socialista consistía en sentirse depositario de la confianza de la agrupación que representaba. No admitía imposiciones en contra de su conciencia personal y, por tanto, rechazaba la delegación cuando estaba mandatado para hacer algo contradictorio con su conciencia personal y asumía la seria responsabilidad de tomar decisiones en el curso de los debates que después tenía que explicar cumplidamente a los compañeros que lo habían elegido»⁵⁰.

Para González el delegado a un congreso debía ser un representante, es decir, no cabía el mandato «imperativo» sino la representación. Pero González tergiversa parcialmente la realidad de la tradición en su favor. Los delegados elegidos por las agrupaciones eran, usualmente —porque hablar de una práctica generalizada cuando trece de los veintiocho congresos se habían celebrado en el exilio, con todos los condicionantes existentes, parece cuando menos exagerado—, una representación del pluralismo ideológico del PSOE. Por consiguiente, los militantes sabían perfectamente cuál era la conciencia personal de los delegados y por esta razón los elegían. Pero olvida González que el mandato de las agrupaciones había existido siempre para cuestiones puntuales como el voto favorable o

⁵⁰Discurso recogido en Eduardo Chamorro, op. cit., pág. 309.

negativo a la actuación de la ejecutiva o para cuestiones como la eliminación del marxismo, por ejemplo, o la elección de ciertas personas para formar parte de la ejecutiva. Es decir, para cuestiones sumamente claras y concisas los delegados socialistas tenían normalmente un mandato de sus agrupaciones ya que la tradición del PSOE marcaba que los delegados eran los portadores de la voluntad de las agrupaciones, no los representantes de éstas en ciertos temas. Además, no cabe hablar de conflictos morales —tan del gusto del líder socialista—, porque los delegados expresaban sus preferencias antes de ser elegidos en su agrupación y, sobre la base de éstas, se procedía a elegirlos o no; por lo que, si una agrupación era manifiestamente partidaria de mantener el marxismo como elemento calificador de la organización, nunca elegiría a un delegado social-liberal. Además, si Felipe González se expresaba contra el mandato imperativo para las delegaciones y/o delegados del PSOE, ¿por qué incidió en que, durante la celebración del 30º Congreso, las federaciones fuesen con el mandato de aceptar entrar en la OTAN?. Porque el mandato en el XXX Congreso concordaba con sus propios deseos y voluntad⁵¹. Realmente, González pretendía, con sus palabras y sus posteriores actos, crear una identificación en actos y pensamientos de los delegados con él mismo. Las dos motivaciones expuestas concuerdan perfectamente con la modificación de los estatutos referidos a la elección de delegados y las votaciones congresuales. El delegado socialista pasaba de ser un activo participante a ser un mero observador durante la celebración de los congresos, los cuales dejaban de ser un escenario de debate para pasar a ser una congregación de culto a la personalidad y refrendo de la voluntad del líder socialista.

⁵¹Un aspecto paradigmático de la aceptación de una posición u otra a lo largo del tiempo es el cambio de opinión respecto al mandato de las bases sobre los delegados. Durante la celebración del XXX Congreso (1984), mientras que Izquierda Socialista afirmaba que el voto debía ser individual porque existen muchas decisiones congresuales que no pueden ser previstas de antemano por las bases —parte de la tradición del partido, ya que el mandato para cuestiones concretas no era atacado por la corriente de opinión (*Posiciones de Izquierda Socialista ante el XXX Congreso de PSOE*)—; los «felipistas», en su defensa del voto colectivo, sostenían que el delegado, al representar a una federación provincial o regional, debía ser portavoz de la decisión mayoritaria de la organización del ámbito correspondiente, y por lo tanto se encontraba mandatado en su actuación. Justo lo contrario de lo defendido cinco años antes.

Además, existe otra motivación más para el cambio organizativo: la eliminación de la tendencia crítica que se estaba formando en el seno del partido en 1979. La llegada masiva de nuevos afiliados al PSOE provocó que numerosos afiliados «históricos» quedasen relegados frente a éstos. Los arribistas fueron arrinconando a los creyentes en muchas de las facetas de la vida interna y externa del partido, ya que establecían su unión al partido tanto por los incentivos selectivos como por su personal ligazón al líder carismático⁵². Evidentemente, no todos los nuevos afiliados eran arribistas, pero sí algunos de los más destacados. Este tipo de actuación, que favorecía en principio a la oligarquía dominante, provocó un conflicto de intereses de todo tipo entre los afiliados y los distintos dirigentes del PSOE, conflicto que desembocó en una tendencia crítica respecto a la actuación de la ejecutiva federal. Dentro de esta tendencia crítica confluían creyentes, desesperanzados por cómo funcionaban las cosas dentro del partido y por la política realizada en el parlamento; arribistas que se habían quedado sin incentivos selectivos o que habían sido apartados en favor de otros compañeros más o menos valiosos; personalismos y envidias varias por situarse más cerca del líder carismático, etc. No era pues una tendencia uniforme ni con un proyecto claro y definido, salvo el «sector crítico». Así, modificando los estatutos los arribistas, que ya fueron conscientes de su «error» al final del 28º Congreso, volvían a plegarse a los deseos de la coalición dominante en busca de su lugar en el sol. Sin embargo, la tendencia que más preocupaba a los dirigentes sevillanos era el grupo encabezado por Luis Gómez Llorente, Pablo Castellano, Francisco Bustelo y Joan Garcés, entre otros, por la autoridad interna y externa que tenían estas personas. El «sector crítico» podía reunir en torno a él a cerca del 25% de la organización, especialmente en Cantabria, Jaén, Córdoba, País Valenciano, Madrid, Asturias, Cataluña, País Vasco, Canarias, Baleares y Murcia. Lo que suponía tener presencia en las más importantes federaciones del PSOE y, por consiguiente, en los congresos partidistas. La única forma de mitigar las fuerzas del sector crítico era modificar las reglas del juego para beneficiar a la oligarquía del partido. En este sentido operaron

⁵²Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 542.

tanto la eliminación del voto local en favor el voto por delegación⁵³, como la regla de la mayoría y la prohibición de las tendencias y las corrientes internas⁵⁴. Se comprueba entonces que la decisión de modificar los estatutos, el cambio organizativo, no era tanto cuestión de la presión ambiental como un deseo de controlar totalmente el partido por parte de los máximos dirigentes del partido, que utilizaron el marxismo para difuminar el importante cambio que se iba a operar, el cual a su vez contaba con el factor sorpresa por cuestiones formales de funcionamiento congresual.

1.2.4. *El congreso extraordinario y la eliminación real del adversario.*

El debate entre congresos se centró más en las verdaderas pretensiones de los dos grupos contendientes, mostrando que la lucha no fue tanto por el marxismo como por una forma de partido determinada: por un lado, los «críticos» que deseaban seguir manteniendo la tradición del PSOE, o lo que es similar, mantener un partido de masas crítico con la actuación política del gobierno en favor de los trabajadores, incluso manteniendo la lucha de clases como referencia, evitar la concentración de poder, y abogar por una más amplia democracia interna; por otro lado, los «felipistas» defendían un modelo de partido sometido a la autoridad carismática de González —en términos científicos un partido catch-all, aunque con la peculiaridades del partido carismático—, un partido más nacionalista que socialista, más modernizador que revolucionario —aunque

⁵³La incorporación del voto individual y secreto no se produjo hasta el XXXIII Congreso del PSOE en 1993, porque esta medida resultaba beneficiosa para los «renovadores».

⁵⁴Ambos aspectos modificados parcialmente en la Conferencia de Organización de 1983 y el 30º Congreso del PSOE en 1984. A partir de esta fecha quedaba aprobada la posibilidad de formar *corrientes de opinión* en el seno de la organización, sin derivarse ningún tipo de prebenda por este hecho. También la regla de la mayoría se modificaría, ya que de concurrir dos listas para la representación en congresos, comité federal, regional y/o provincial, la menos votada, siempre y cuando obtuviese el 20% de los votos, recibía el 25% de la lista, la más votada obtendría el resto de los puestos, independientemente de los porcentajes obtenidos. Así, una lista con el 51% de los votos obtenía el 75% de los puestos frente al 25% de la lista que obtuvo el 49%; igualmente una lista con el 21% de los votos obtenía el 25% de los puestos. Si concurrían tres listas que superaban el 20% de los votos, la mayoritaria se llevaba el 60% de los puestos, repartiéndose igualmente el 40% restante (20 y 20) las otras dos listas. La última modificación a este respecto se realizó en el XXXIII Congreso del PSOE (1994). En caso de concurrir dos listas que superen el 20% de los votos se repartirían proporcionalmente los puestos. En caso de concurrir tres listas que superen el 20% la más votada obtendría la mitad más uno de los puestos, repartiéndose los restantes de manera proporcional.

este término hay que entenderlo de manera bastante edulcorada y utópica—, y con una centralización del poder muy del estilo de los partidos leninistas/estalinistas —culto a la personalidad, centralismo democrático (práctico y teórico), burocracia prebendada, etcétera—.

Luis Gómez Llorente —el más preclaro de los dirigentes críticos y con menos resquemores hacia la oligarquía dominante— defendía la necesidad de que, en el interior del partido y tomando en cuenta que los recursos del poder eran la información, los recursos económicos y la designación y control de los cargos del partido, había que acabar con la concentración de poder en una sola persona y su *whip*, es decir, era necesario acabar con la concentración semimonopolística del poder del partido: «La concentración de la información también, la asunción de decisiones a nivel personal. El aparato especial en torno al superlíder, creando un efecto psicológico de jerarquía. Y todo esto desemboca a veces en la confusión entre la lealtad personal y la lealtad al partido. Entre la confianza al líder y la confianza al partido»⁵⁵. La pretensión de Gómez Llorente era evitar que la coyuntural existencia de un líder carismático, muy bien aprovechada por la corte de fieles, permutase la estructura orgánica y democrática del partido, pues había que saber diferenciar entre los vínculos personales y de lealtad —elemento de unión de los miembros de un partido con un líder carismático— de los vínculos entre el miembro y el partido socialista. Si todos los miembros del partido perteneciesen a la comunidad de fieles, por muy socialista que fuese el partido, las disputas internas serían meras luchas por el poder delegado del líder. Sin embargo, dentro del PSOE existía una gran cantidad de afiliados que no pertenecían a la comunidad de fieles, sino que anteponían su conciencia socialista a la lealtad para con una persona carismática —aunque hay que exponer que los críticos valoraban la capacidad electoral y de liderazgo de Felipe González—, cuando, además, el partido se había fundado mucho antes de que siquiera existiese el dirigente sevillano. Además, entendían que un partido de militantes —por utilizar la expresión de Gómez

⁵⁵Luis Gómez Llorente, «En torno a la ideología y la política del PSOE», *Zona Abierta*, nº 20, 1979, pág. 34.

Llorente—, independientemente de que existiera un líder carismático, debía contar con una organización abierta y descentralizada, donde la información circulase fluidamente y no sólo estuviese reservada a los «elegidos»; donde las decisiones de quién debía representar al partido fuesen tomadas por las bases, especialmente en el ámbito local —posteriormente, con la creación del Estado de las Autonomías, en el ámbito regional—; y donde se valorase a los afiliados por sus capacidades y su historial —nunca desde un plano meritocrático— y no por su fidelidad a la coalición dominante. Se trataba de evitar la formación de oligarquías de fieles/leales como sucedía en el PSOE: «La prepotencia de un hombre, por inteligente y bueno que éste sea, engendra a su alrededor el seguidismo e incluso suscitará casos de adhesión personal inspirada en móviles egoístas»⁵⁶. La presentación de estas y otras ideas quedaron patentes en el documento presentado por el sector crítico para el debate en el congreso extraordinario, donde se sintetizaban estas posiciones y se exponían las líneas básicas: la defensa del marxismo como «ideología básica (sic)» de un partido socialista; la necesidad de compatibilizar la actividad parlamentaria con la actividad extraparlamentaria dentro de la sociedad; defensa de la lucha de clases frente al electoralismo; democracia interna frente a centralismo y culto a la personalidad; y la defensa de la autonomía de las nacionalidades⁵⁷.

Por su parte, los «felipistas» —como se comenzaba a llamar a los fieles del líder socialista— en el documento de las *59 Tesis*⁵⁸ defendían lo siguiente: dentro del PSOE tienen cabida posicionamientos ideológicos o de sensibilidad política diferentes al marxismo como el humanismo, el socialismo libertario, el sentimiento de clase, las convicciones éticas y religiosas «que aceptan la línea fundamental del partido»; el PSOE

⁵⁶Ibidem, pág. 35.

⁵⁷Documento *Manifiesto de la izquierda socialista* (sin números de página y edición fotocopiada). Éste manifiesto estaba firmado, entre otros, por Luis Gómez Llorente, Francisco Bustelo, Fernando Morán, Joan Garcés, Vicent Garcés, Manuel Turrión, Manuel Abejón, Pablo Castellano, Joaquín Martínez Bjorkman, Joan Pastor, Antonio Chazarra, Manuel Sánchez Ayuso, Javier Paulino, Enrique Moral, Josep Font, José Luis Espejo, Manuel de la Rocha, hasta doscientas firmas más.

⁵⁸El documento de los felipistas fue elaborado principalmente por José María Maravall, Javier Solana, Joaquín Almunia, Raimon Obiols, José Rodríguez de la Borbolla, Manuel Marín, Joaquín Arango, Miguel Satrústegui, Álvaro Espina, Virgilio Zapatero y Joaquín Leguina.

debe adaptarse a la realidad de la sociedad española y no pretender inventar el futuro mientras la derecha gobierna el presente; se apostaba por una «socialdemocracia revolucionaria», es decir, una socialdemocracia que implementase reformas estratégicas que perdurasen en el tiempo y fuesen asimiladas por los ciudadanos como imprescindibles; etcétera. Sin embargo, las referencias a la organización del partido eran livianas, cuando no vagas. La pretensión de centrar el debate en el campo ideológico había dado su resultado, ya que paradigmáticamente, como recuerda Joaquín Almunia, el documento de los felipistas rendía un «pequeño homenaje al papel que Lutero había asumido, siglos atrás, para combatir las posiciones más inmovilistas de la Iglesia»⁵⁹. En efecto, declararse marxista podía ser interpretado como un inmovilismo por parte de los críticos, pero denunciar la centralización del poder, el dirigismo, el amiguismo, la democracia interna o el flujo de información ¿era inmovilismo? Los propios defensores de las *59 Tesis* cambiarían de opinión con el transcurso de los años y demandando lo mismo que hacían los críticos en 1979 como veremos. Felipe González ganó la batalla y la guerra contra los críticos utilizando el mejor instrumento que podía utilizar: la ideología. Acomodó el partido a sus planteamientos socialdemócratas y nacionalistas personales —que en cierto modo eran esenciales para conseguir la modernización de España—, y a sus deseos orgánicos de tener un partido unido, cohesionado y como un «martillo» bajo su dirección.

No sólo las medidas estatutarias —que formalmente deberían haber quedado en suspenso hasta la celebración del congreso extraordinario— impidieron a los críticos alcanzar mayor representatividad en el congreso extraordinario y en el seno del PSOE, sino también las medidas disciplinarias o meras purgas cometidas por la ejecutiva federal del PSOE contra los críticos/Izquierda Socialista, y la utilización de prebendas e incentivos selectivos en la compra de distintos miembros de ese sector del partido. Sorprende cómo los historiadores y los investigadores sociales en general han soslayado, hasta muy entrados los años 1990's escasamente y por cuestiones meramente políticas que no de veracidad, las purgas llevadas a cabo contra los críticos del partido socialista en estos años

⁵⁹Joaquín Almunia, op. cit., pág. 101.

—posteriormente sólo se ha hecho referencia a la expulsión de Pablo Castellano y de manera muy liviana y anecdótica—; los propios medios de comunicación españoles —que tanto se han jactado de defender la verdad de los hechos— lo han ocultado hasta que comenzó su enfrentamiento contra Felipe González, constituyendo así el mayor caso de silenciamiento de un hecho interno del PSOE. La crítica que se puede realizar a esta actuación tiene dos componentes claros y conectados: por un lado, el aspecto ético ligado a la tradición socialista de respeto a la pluralidad de opiniones internas —aunque expulsiones ha habido siempre—; y el aspecto puramente político de aniquilamiento del adversario político con medidas policiales y no políticas. Las purgas y las «deportaciones políticas» habidas en el seno del PSOE desde 1979 sólo se entienden a partir del sentido de uniformidad que prevalecía en Felipe González y Alfonso Guerra, y que en ningún momento dudaron en llevar a la práctica. En el XXVII Congreso de 1976 ya advertía González de los peligros del tipo de democracia tradicional en el PSOE: «[la] profunda vocación democrática del PSOE puede ser el talón de Aquiles de la organización si no se complementa con un *profundo sentido de la disciplina y unidad*»; por lo tanto, consideraba que era necesario, «prioritario hoy, reforzar nuestro sentido de la disciplina [...] *evitar el grave riesgo disgregador de las posturas indisciplinadas*». Así la personalidad democrática y disciplinada del PSOE debía «quedar de manifiesto ante la opinión pública *sin fisuras*»⁶⁰. Era la anticipación de la máxima «quien se mueve no sale en la foto». Se entiende por qué modificaron los estatutos, para que no hubiesen indisciplinados, o lo que es lo mismo, personas críticas con la actuación de la oligarquía del partido. Pero conviene destacar que, hasta la llegada de Felipe González a la primera secretaría, las acciones a ejecutar se discutían en la ejecutiva y todos aceptaban las resoluciones de la mayoría tras el debate. Igualmente, la actuación se discutía en las reuniones del comité federal del partido. Sin embargo, los dirigentes sevillanos evitaron todo debate en los órganos correspondientes por lo que, la supuesta indisciplina cometida al expresar una opinión particular, quedaba legitimada, ya que si la discusión se trasladaba tanto al parlamento

⁶⁰Las citas están tomadas de Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 442. (Las cursivas son nuestras)

como a los medios de comunicación los discrepantes no tenían otra solución que expresarse de la misma forma que los dirigentes del partido. Empero, es cierto que ha habido personas, como Pablo Castellano o Ricardo García Damborenea, por ejemplo, que han hecho una peculiar utilización de la libertad de expresión que se separa de los cauces tradicionales, pero que tampoco justifican ciertas actitudes de la dirección del partido.

Volviendo al hecho clave que nos ocupa, desde la celebración del 28º Congreso, la Gestora en un primer momento, y la ejecutiva federal —a través de la comisión de conflictos— después, iniciaron un proceso de depuración de afiliados críticos con las más dispares excusas para proceder contra ellos. Por nuestra parte, tan sólo expondremos ciertos ejemplos que muestran a la perfección cómo se comportó la dirección del partido. Los trotskistas de *Militant*, que en su momento fueron utilizados por el clan sevillano contra los socialdemócratas del PSOE en el congreso de Suresnes, fueron eliminados con prontitud entre los dos congresos de 1979 en su mayor parte. Cualquier indicio o denuncia de pertenecer al sector trotskista servía como pretexto para abrir un expediente disciplinario y suspender de militancia a los afiliados del PSOE⁶¹. Como recuerda Pablo Castellano: «A unos por troskos, a otros por indisciplinados, a otros por abertzales y a otros porque sencillamente estorbaban les alcanzó el justiciero alfanje. De la Gestora recibías casi cada semana una solícita llamada de atención y petición de explicación en cuanto osabas, no ya discutir, sino apostillar las declaraciones que el Sr. González, en su programada campaña para la vuelta, hacía a raudales por toda la geografía»⁶². Las depuraciones, por lo tanto, fueron una realidad y un intento de acabar «físicamente» con el adversario político⁶³.

⁶¹La acción fue tan precipitada y arbitraria que ocurrieron casos de depuración de felipistas como sucedió en la agrupación de Ciudad Lineal (Madrid). Los críticos eran la mayoría de la agrupación y ostentaban la mayor parte de los cargos del comité local, pero tras la celebración del 28º Congreso dimitieron todos en previsión de la posible purga, así que se procedió a la elección de una gestora compuesta por felipistas, la cual fue expedientada y expulsada del PSOE sin analizar la composición de sus miembros. Este hecho nos ha sido narrado por el diputado de la Asamblea de Madrid, Antonio Chazarra, miembro en aquella época del comité local.

⁶²Pablo Castellano, op. cit., pág. 327.

⁶³Cfr. Fernando Barciela, *La otra historia del PSOE*, Madrid, Emiliano Escolar, 1981, pág. 73 y ss.

Retomando el análisis, sobre la base de las dos posibilidades mencionadas, desde un aspecto ético-político cabe destacar que las reglas del juego carecían de importancia porque se trabajaba, con una entrega personal, para el líder carismático⁶⁴, el cual, por su parte, estaba acomodando la identidad del PSOE a la suya propia que, simbólicamente, se heredaba de Pablo Iglesias. El carisma «organizativo» se transmitía del «abuelo» al «padre/nieto», por eso toda modificación en los pensamientos y actos del líder carismático debía contar con una incondicional obediencia por parte de los afiliados y dirigentes⁶⁵. Si tal situación no se producía, en nombre de la debida disciplina interna, se procedía a la depuración de los críticos. Esto fue lo que hicieron el tándem dirigente del PSOE hasta que comenzó la disputa entre renovadores y guerristas, y cuando Izquierda Socialista había quedado reducida a la mínima expresión, llevar a cabo una depuración de los militantes molestos —el reconocimiento de las corrientes de opinión, básicamente de Izquierda Socialista, fue un trámite de legitimación externa más que una firme apuesta por un modelo de partido como, por ejemplo, el PSF—, no a través del debate y la comparación de proyectos, sino con medidas policiales y poco democráticas. Según el dúo dirigente la democracia interna quedaba para los escalones inferiores del partido, porque su apuesta era firme por un modelo de partido estalinista; curiosamente aquello que aborrecían del PCE y que les impulsó a afiliarse al PSOE. Ética e impecablemente hablando, la oligarquía del PSOE actuó contra sus propios compañeros de una forma similar a los totalitarismos y los autoritarismos, ya que se admitía la pluralidad de opiniones *en* el proyecto del líder, no fuera o contra ese proyecto. Por esta razón, los fieles a Felipe González debían estar totalmente dispuestos a aceptar los cambios de opinión del líder carismático, aunque se produjera una difícil estructuración ideológica, como sucede con todos los líderes carismáticos⁶⁶. Como afirma Santos Juliá, el PSOE, ideológicamente, «no se definirá, pues, por algo específico si no es por este ofrecerse como lugar de

⁶⁴Max Weber, *La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pág. 129.

⁶⁵Martin Rainer Lepsius, «Charismatic leadership: Max Weber's model and its applicability to the rule of Hitler» en C. F. Graumann y Serge Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, New York, Springer-Verlag, 1986, pág. 63.

⁶⁶Alan Ware, *Political parties and party systems*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pág. 5.

encuentro y síntesis de una amplia diversidad de ideologías en el que cabe casi todo el mundo»⁶⁷. Justo a la medida del líder carismático.

Esto no supone que Felipe González no contase con el apoyo mayoritario del PSOE, que por unas u otras razones así era, sino que imposibilitó la existencia de una tendencia crítica con una magnitud considerable por medio de purgas y la instauración de cierto temor a las represalias entre los afiliados que no pensaban igual que la dirección del partido. Este factor, las depuraciones, ha sido casi totalmente omitido por los analistas del PSOE, los cuales no han valorado en su justa medida ciertos datos internos que muestran hasta qué punto llegó la actuación de la oligarquía del partido⁶⁸. Según los datos de afiliación del PSOE, en 1979 (28º Congreso) había afiliados al PSOE 101.082 personas; dos años después (29º Congreso) la cifra había descendido hasta 99.385 afiliados⁶⁹. Es decir, había 1.697 afiliados menos según los datos brutos. Sin embargo, la cifra se antoja más alta si llevamos a cabo una verificación muy sencilla: el PSOE tenía 2.230 agrupaciones locales en 1979, y dos años después había aumentado hasta 2.756, lo que suponía 526 nuevas agrupaciones; si para crear una agrupación local, según los estatutos del PSOE, era necesario contar con cinco afiliados como mínimo, el resultado es que se incorporaron al PSOE cerca de 2.630 afiliados. Por lo tanto, para que el resultado bruto fuese de 1.697 bajas, el resultado neto suponía que habría que añadir, como poco, a esa cantidad las nuevas afiliaciones siendo, pues, una cifra neta de 4.327 bajas en un período de dos años —donde no están incluidos ni los afiliados que estaban suspendidos o los que decidieron no pagar las cuotas, pero que permanecieron en el censo total—. Casi cinco mil personas causaron baja jurídica —la real incluiría a los que renuncian a pagar las cuotas pero no causan baja por los juegos internos de poder— en el seno del PSOE durante dos años, y prácticamente ningún especialista ha analizado las causas, porque si bien es

⁶⁷Santos Juliá, *Los socialistas en la política española*, pág. 538.

⁶⁸Richard Gillespie de forma eufemística ha dicho que «para fines de año [1979] *la izquierda del partido había sufrido reveses tan importantes* que se había despejado el camino para que aumentara la influencia socialdemócrata y neoliberal» (op. cit., pág. 351 —cursiva nuestra—). Sencillamente habían sufrido depuraciones de consideración, no sólo y simplemente reveses.

⁶⁹Datos recogidos en José Félix Tezanos, *Sociología del socialismo español*, pág. 91, tabla 5.1.

posible, por un lado, que se produjeran bajas por fallecimiento, enfermedades o situaciones análogas, no es posible, por otro, que tales bajas por tales motivos fueran más de una cuarta parte siendo muy generosos. La magnitud, aun restándole una cuarta parte, sería lo suficientemente grande para que quedase probado el estilo de dirección que emplearon los miembros de la oligarquía del PSOE para hacerse con el control total de la organización. La profesora Méndez Lago aboga por esta actuación:

«Lo que parece más importante es apuntar el bajo índice de crecimiento del PSOE entre 1979 y 1981. Aunque no se tienen en cuenta los datos detallados sobre los movimientos de afiliados que esconden las cifras agregadas (nuevas altas y bajas), parece plausible pensar que hay razones internas detrás de este declive y posterior estancamiento de la tasa de crecimiento. Son los años inmediatamente posteriores al conflictivo XXVIII Congreso, y estos datos sugieren que un elevado número de afiliados abandonó voluntariamente la organización, o bien se vio obligado a hacerlo fruto de acciones disciplinarias»⁷⁰.

Por nuestra parte lo único que hemos intentado hacer ha sido demostrar la plausibilidad de la cita anterior. Desde un punto de vista estricta y éticamente democrático tenía razón Luis Gómez Llorente al manifestar que «la posición personal de alguien ponga en crisis toda la mecánica democrática de funcionamiento, el que una persona no esté dispuesta a asumir una dirección puede ser un gesto sugestivo y digno a escala personal, para un colectivo indica muy mala salud de la organización pues pone en crisis los mecanismos democráticos ordinarios»⁷¹. En efecto, si analizásemos la renuncia de Felipe González a seguir siendo el secretario general del PSOE en el 28º Congreso, sin entrar en las consideraciones anteriormente citadas —concentración del poder, consecución de la unanimidad, asentamiento simbólico/carismático, etc.—, la actuación del líder socialista indicaría poco respeto por las decisiones democráticamente tomadas por sus compañeros de partido, sobre todo porque sabía perfectamente que la mayoría del partido eran *seguidores* suyos, no simples militantes. Se mostró cruel y no pedagógico, sin, paradigmáticamente, comprender la situación ambiental que provocaba la adhesión tanto al

⁷⁰Mónica Méndez Lago, op. cit., pág. 218.

líder como al marxismo, el cual podía haber sido abandonado sin provocar una crisis interna en el siguiente congreso, eso sí mediante la pedagogía política —parte de la tradición del socialismo español y del propio PSOE desde su fundación—.

1.3. *Liderazgo carismático, gobierno y partido.*

En párrafos anteriores hemos analizado cómo Felipe González acomodó la organización del PSOE a sus propias motivaciones políticas y los métodos que utilizó. También avanzamos algunas características propias de los líderes carismáticos y los partidos políticos en los que se encuentran insertos. Nuestra intención en estos párrafos subsiguientes es verificar cómo la teoría del liderazgo carismático concuerda o no con la realidad del PSOE. Por esta razón analizaremos las relaciones de poder internas, la formación de tendencias y facciones, y la lucha entre renovadores y guerristas con las contradicciones internas que han existido. Pero antes recordaremos, brevemente pues ya se analizó la teoría en el capítulo sexto, cual es la forma que adquiere el partido liderado por una persona carismática. El partido con líder carismático, siempre y cuando exista con anterioridad, tiende a ser una estructura organizativa rígida ya que las decisiones clave se concentran en la cúpula partidaria, en concreto en el líder —que es quien determina la orientación a seguir— y sus colaboradores, de igual manera que en los partidos de centralismo democrático. Sin embargo, la relación entre el dirigente máximo, en nuestro caso el secretario general, y los afiliados/fieles/seguidores, al basarse en lazos personales y emotivos, quiebra en parte esa rigidez, la cual queda para aquellos militantes, creyentes o arribistas, que pretendan adquirir alguna cuota de poder. La rigidez interna está determinada en los partidos políticos de países democráticos, o bien por la voluntad expresa del líder para asegurarse la unidad del partido; o bien por la lucha por los segundos, terceros... puestos de mando, es decir, la lucha por los incentivos selectivos y la cercanía respecto al líder carismático. Respecto a las áreas de incertidumbre del partido, el líder carismático tiene la mayor cuota de poder del partido pues controla las relaciones con

⁷¹Citado en Antonio García Santesmases, op. cit., pág. 76, n. 42.

el entorno (secante marginal), la comunicación y, en parte, las reglas del juego. Por lo tanto, son pocas las áreas de incertidumbre que quedan libres para el resto de miembros del partido. Empero, la existencia de un líder carismático no situacional no impide que otros alcancen a controlar ciertas parcelas de poder⁷², aunque según qué parcela se controle se podrá estar en mayor o menor disposición de enfrentarse al líder, ya que en la mayoría de las ocasiones es el propio líder quien determina los cargos a ocupar, a no ser que delegue esta función en el *whip* del partido o número dos. Esta es a grandes rasgos la peculiar estructura informal de los partidos políticos con líder carismático. Ahora bien, debemos pasar a analizar las relaciones de poder en el seno del PSOE para comprender que la disputa entre los renovadores y los guerristas y la eclosión de los «barones regionales» estaba, prácticamente, determinada al menos desde 1979.

1.3.1. *Las relaciones de poder establecidas en el PSOE entre Felipe González y Alfonso Guerra.*

Son bastantes las exposiciones de que realmente el poder del PSOE estaba en las manos de Felipe González, mientras que Alfonso Guerra era tan sólo un delegado de aquél, es decir, que el poder que tenía Guerra era producto de una delegación personal del líder carismático⁷³. Esta apreciación se ha realizado tanto por los «felipistas» como por los «antifelipistas» o por los «no-felipistas» con muy diversos motivos y finalidades, pero ¿podemos afirmar con rotundidad que tal apreciación es cierta? Y, en el caso de ser cierta ¿habría o no Felipe González estado detrás de muchas de las decisiones tomadas desde el «aparato de Ferraz» en todos y cada uno de los momentos de su mandato?. Estas preguntas y el análisis de las relaciones establecidas es lo que pretendemos analizar en este epígrafe.

La relación mantenida entre González y Guerra había sido de complementariedad y de cooperación en el logro de unos fines: obtención del poder en el

⁷²Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pág. 114.

⁷³El periodista Ricardo Martín, entre otros, ha afirmado que González «nunca entregó el poder a un sólo dirigente, ni siquiera a su “número dos”», op. cit., pág. 143.

partido y obtención del gobierno para transformar España. Mientras los fines estaban por conseguir la relación funcionó perfectamente, aunque con ciertas diferencias no significativas. La existencia de ese tipo de relación, empero, no significaba que el poder residiese en ambas personas en el mismo sentido. De las seis áreas de incertidumbre sobre las que se asienta el poder organizativo, según la tipología de Panebianco, Alfonso Guerra en 1979 controlaba claramente la financiación —burocrática y contablemente hablando— y el reclutamiento —aunque esto sólo en el sentido burocrático y disciplinario—. También era partícipe tanto de la comunicación como de la competencia. Por su parte, Felipe González controlaba —prácticamente en monopolio— las relaciones con el entorno por su capacidad de diálogo y de marcar los temas a debatir con las organizaciones rivales, o lo que es lo mismo se encontraba en la «secante marginal»; controlaba la comunicación, pero no en el mismo sentido que Guerra —a través de «ideas-fuerza»—, sino con un arma mucho más poderosa como era la visión del líder, el discurso de transformación; controlaba la competencia, no tanto en el sentido de experto, sino como hombre de Estado (carismático) lo que le situaba en la cima de la escala valorativa de la experiencia política o profesional; las reglas formales eran controladas por él en un principio, aunque fue perdiendo su capacidad según avanzó su vida, como gobernante más que como secretario general, y se implicó menos en las luchas intrapartidistas —aunque, como veremos, cuando decidió asumir su función de secretario general, recuperó parte de este poder—; la financiación no dependía directamente de González, pero su existencia como futuro presidente del gobierno, al principio, y como tal, después, aseguraban ciertos beneficios a la hora de recaudar dinero, pero no controlaba directamente el flujo y el gasto, por lo que no se puede hablar realmente de que controlase este área; y controlaba parcialmente el reclutamiento, pero en el mismo sentido que otras áreas de incertidumbre, por su sola presencia, esto es, al ser considerado como un líder carismático, González controlaba el reclutamiento de afiliados ya que los neófitos llegaban impresionados por la autoridad del líder socialista y con la intención de trabajar personalmente, en la distancia si se quiere, para él —éste hecho posibilitó, independientemente de los arribistas, que cuando los renovadores comenzaron a formarse como facción encontrasen una amplia base en el

partido, gracias a la asimilación de este grupo con el líder⁷⁴. Igualmente, el reclutamiento de cuadros para el gobierno y el partido estaba compartido por los «gemelos socialistas», pero con un carácter distinto —uno, con vistas al asesoramiento personal y a la labor intelectual gubernamental y partidaria; y otro mucho más centrado en el control, la información y el partido—, lo que no es impedimento para establecer ciertas cuotas de poder. Básicamente, así se repartía el poder dentro del PSOE entre González y Guerra; lógicamente existían otros actores que fueron ocupando cuotas de poder internas de muy diversa índole, pero sin llegar obtener el poder de los gemelos socialistas, aunque el sistema piramidal centralizado y la cultura del *leadership* implantada auspiciaron la aparición de los «barones regionales» como contradictores de González y Guerra —pero hay que tener en cuenta que esto fue posible por varios condicionantes externos que posteriormente analizaremos—. Sin embargo, el máximo poder recaía en la figura de González pues controlaba gran parte de las áreas de incertidumbre tanto por su liderazgo como por su carisma⁷⁵.

Este control ejercido —siempre entendido en términos psicológicos, sociológicos y/o políticos— por González le permitía establecer *relaciones asimétricas de poder* con Alfonso Guerra, toda vez que en un hipotético enfrentamiento —posteriormente

⁷⁴Leguina ha manifestado claramente lo que decimos: «En este sentido, ni sus más ciegos enemigos pueden negar que en el seno del PSOE existe hoy un fuerte liderazgo. Esta doble verdad, a saber: a) que el actual líder socialista atrae por sí mismo votos que sin su presencia irían a otra parte, y b) que todos los afiliados y la sociedad admiten esta evidencia, le convierte en elemento aglutinador y pieza de soldadura». Joaquín Leguina, *Los ríos desbordados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994, pág. 49.

⁷⁵Nos gustaría realizar aquí una apreciación teórica e histórica a efectos de que el análisis no se vea dificultado por cuestiones terminológicas y conceptuales que están fuera de este estudio. Cuando hablamos de liderazgo aplicado en nuestro caso analítico es obvio que se entiende como liderazgo carismático, sin embargo en la frase de arriba hemos hecho una apreciación diferenciada concreta: por un lado liderazgo y por otro carisma. Esta apreciación se realiza porque los líderes «no carismáticos» controlan *parcialmente* —a veces sólo controlan las áreas más importantes (comunicación y relaciones con el entorno)— las mismas áreas que los «carismáticos», pero no en el mismo grado de intensidad o de poder. La autoridad que ostentan los «no carismáticos» les permite evitar ciertas presiones internas, lo que no significa que se establezcan relaciones asimétricas de poder, sino que en muchos casos las relaciones son simétricas cuando no desfavorables a ellos. Por esta razón, hemos querido diferenciar el liderazgo de González de su carisma, porque con el paso del tiempo y la pérdida de intensidad carismática, interna sobre todo, el liderazgo/autoridad le permitió establecer relaciones simétricas, aun cuando sobre ciertas áreas de incertidumbre ya no ejercía un control carismático, sino similar a la de los líderes «comunes».

dejó de ser hipotético— el líder socialista poseía más recursos y más fuerza que emplear. Esto significa que, en un primer momento para algunas áreas, el poder de Guerra fue un poder delegado, una relación asimétrica *transitiva*, que con el transcurso del tiempo el vicesecretario general intentó que tornase *intransitiva*, algo que no consiguió, entre otras cosas por la aparición de los renovadores y de los barones regionales. Carlos Solchaga ha expresado, con términos menos científicos evidentemente pero con claridad supina, la relación de poder establecida entre González y Guerra:

«Alfonso Guerra es un hombre muy consciente. Él sabe que tiene la capacidad para maniobrar en el partido en la medida que utiliza el poder que le otorga Felipe. Contra Felipe, como se ha demostrado posteriormente, su poder se va reduciendo, pero en la medida que él es el intérprete de los deseos de Felipe, tiene todo el poder que quiera en la organización»⁷⁶.

Este poder delegado en Alfonso Guerra, sin embargo, ha sido de gran magnitud porque Felipe González, sobre todo tras el 29º Congreso, dejó de lado el referente del partido para centrarse en la sociedad, el parlamento y el gobierno —posteriormente, una vez en el gobierno se retiró en gran medida de la escena parlamentaria para dedicarse de lleno la actividad de presidente del gobierno—. Esta delegación del poder tendría ciertas consecuencias en el futuro porque Guerra crearía un «fiel» aparato a su alrededor con distintas ramificaciones por las federaciones y agrupaciones del partido. Este hecho, dado el absentismo de González, no contravenía las órdenes del líder carismático, esto es, tener una ejecutiva homogénea y un partido sin fisuras⁷⁷; lo que en gran parte del período de análisis fue así, comenzando por la depuraciones de los críticos, la aceptación de la incorporación de la OTAN, los ataques contra el sindicato UGT —con el entrismo como principal arma de ataque—, pero cometió el error más grave en la formación de la ejecutivas, como veremos. Este tipo de relaciones entre ambos «gemelos» y los resultados de ellas provocaron en el seno del PSOE una organización centralizada y despótica en

⁷⁶Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 168.

⁷⁷Santos Juliá, *Un siglo de España*, pág. 280.

muchas ocasiones, que posteriormente está siendo difícil de destruir. Gregorio Peces-Barba lo ha analizado así: «Creo que ese talante de la burocracia del partido, que alcanzaba cotas de poder que no quería luego abandonar en ningún caso, y una cultura de “leadership” [...] fueron perjudiciales a largo plazo, aunque a corto y medio plazo facilitaron la victoria del Partido Socialista y la llegada al Gobierno en 1982»⁷⁸.

Aún debemos contestar a las preguntas iniciales. La primera pregunta ha sido contestada en los párrafos anteriores. Sin lugar a dudas, y dentro de la comprensión del poder como ostentación más que como ejercicio, Alfonso Guerra sí era un delegado de Felipe González; un delegado con recursos propios y con participación en el control de ciertas áreas de incertidumbre. Pero especialmente en una que no es citada por Panebianco y que tiene suma importancia: la información. Este área de incertidumbre no se incluye dentro del área de comunicación —al menos Panebianco no lo hace— porque no se refiere a los flujos de información comunicativa, sino de información restringida, esto es, una red de informadores a nivel general del partido —similar a la que tenía instalada en el gobierno— o de espionaje laxo. Felipe González contaba con las informaciones internas que podían transmitirle, con no demasiada frecuencia, José María Maravall, Ludolfo Paramio o Joaquín Almunia, entre otros; pero siempre con muchos claroscuros o en relatos transmitidos a éstos por terceras personas. Por consiguiente, la información que obtenía González, en ningún momento, era similar a la de Guerra, es más el vicesecretario general tenía la misma información que el secretario general y con mayor amplitud de detalles. La información reservada le servía a Guerra para depurar, para incentivar, para chantajear o, simplemente, para atemorizar a los afiliados, militantes y cuadros del partido. De esta forma logró crear un aparato, en muchas ocasiones policial y represivo, que estaba a su completa disposición, lo que igualmente le permitió, en muchas ocasiones, controlar el reclutamiento de afiliados y/o la formación de listas electorales y de ejecutivas. Con razón, las críticas realizadas contra Guerra, dado su nivel de información, por no haber sabido cortar de raíz los casos de corrupción aparecidos en España bajo mandato socialista tienen

⁷⁸Gregorio Peces-Barba, *La democracia en España*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pág. 144.

bastante fundamento⁷⁹, aunque no tanta legitimidad, al menos de origen, como se pretende. Ahora bien, respecto a la posibilidad de que Felipe González estuviese al corriente de todos los hechos acaecidos en el seno del PSOE o fuese el que ordenase ciertas acciones, la respuesta ni afirma ni niega rotundamente. No caben dudas de que González ordenó depurar a los críticos o incentivar a algunos para lograr la uniformidad deseada —en el caso de Pablo Castellano es evidente que él personalmente ordenó su «expulsión», pues se acordó en una reunión de la ejecutiva federal por él dirigida⁸⁰—. Sin embargo, no creemos que ordenase ciertas disposiciones como destituir como candidato a Rodríguez de la Borbolla o intentarlo con Leguina; otras acciones fueron apuntadas por él pero con sentido generalizado, especialmente durante el referéndum de la OTAN y la huelga general del 14-D; pero sin duda, Felipe González tiene culpa de muchos errores por dejación de funciones, en concreto sobre el control de Guerra y sus acciones.

¿A qué se debe esta dejación?. A que Felipe González «siempre entendió que como gobernante se debía a los electores y a los ciudadanos y no a la estructura del partido»⁸¹. Para González el PSOE era el instrumento necesario para lograr llevar a cabo su proyecto de transformación de España; el instrumento al que acudía en busca de legitimación de sus decisiones —por ejemplo, el marxismo, la OTAN o el 14-D—; el instrumento que, sobre todo al principio, le permitía obtener cuadros y expertos para su proyecto; el instrumento que más se acomodaba a su pensamiento «ideológico»; o el instrumento gracias al cual presentarse a las elecciones. Al ocuparse tan sólo en los

⁷⁹Cfr. Joaquín Almunia, op. cit., passim. Mónica Méndez Lago —«Se culpó al modelo de partido que se había desarrollado de algunos de los escándalos que afectaron al PSOE y a sus dirigentes: la falta de controles internos, de rotación en los puestos directivos y las prácticas de patronazgo habían facilitado o, al menos, no habían contribuido a evitar los fenómenos de corrupción» (op. cit., pág. 341)— culpa al modelo de partido sin tener en cuenta a las personas que dirigían sobre ese modelo, lo que es un factor fundamental para entender el desarrollo. El problema, desde nuestro punto de vista que es complementario al de Mónica Méndez, es que los controles no se utilizaron para descubrir corruptelas, sino para hostigar y acosar a los miembros del partido —es decir, un control policial—. Sin embargo, parece difícil de creer que ciertas corruptelas, a niveles medios y bajos sobre todo, no fuesen descubiertas dada la importancia de algunos militantes. La hipótesis, muy factible, que manejamos es que sí se descubrieron o, al menos, sí se tenía cierta información sobre la posibilidad de corrupciones, pero que fueron soslayadas por la pertenencia y/o fidelidad al aparato central.

⁸⁰Pablo Castellano, op. cit., pág. 429.

momentos necesarios o decisivos del partido y comunicarse externamente con afiliados, simpatizantes y votantes, González fue difuminando el carácter político del PSOE y centrándolo totalmente en su persona y su «corte de fieles». Para finalizar debemos decir que, básicamente, la actuación de los dirigentes sevillanos ha sido radicalmente distinta: por un lado, Felipe González ha utilizado en el ejercicio del poder cuatro posibilidades como los incentivos (selectivos y colectivos), la fuerza, la influencia y la apelación a la conciencia o moral; y por otro lado, Alfonso Guerra ha basado su ejercicio del poder, delegado pero poder, utilizando incentivos —principalmente selectivos—, y la fuerza —sólo cuando dejó la vicepresidencia del gobierno, Guerra recurrió a la influencia, los incentivos colectivos y la apelación a la conciencia, para legitimar su propia posición dentro del PSOE—.

1.3.2. *La formación de tendencias y facciones en torno al líder carismático.*

En este apartado analizaremos la formación de tendencias y/o facciones en el PSOE dentro del período de mandato de Felipe González. La hipótesis de trabajo es que las principales tendencias y facciones del PSOE no surgieron basándose en ideologías o luchas en sí por el poder de la organización —causas principales de la formación de tendencias o facciones—, sino como un reflejo o un antagonismo respecto al líder del partido. Sin la existencia de un líder como González, sin lugar a dudas, las tendencias y las facciones hubiesen sido radicalmente distintas en el substrato inherente a ellas. Sin embargo, la misma existencia de un líder carismático, que además accede al gobierno de un Estado, dentro de un partido en claro proceso de desarrollo y transformación interna, influyó en la concepción misma de la estructura partidista de lucha por el poder. Igualmente, la existencia de una proyección mítica como la de los «gemelos socialistas» tendría una gran repercusión en la formación de tendencias y facciones en el PSOE, pues el

⁸¹Narcís Serra en Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 185.

reparto de papeles, debido a la dejación de funciones del líder, incidió considerablemente en el desarrollo interno del propio partido. Generalmente, se ha hablado de la lucha entre renovadores y guerristas como una lucha entre los miembros del gobierno y el aparato del partido, lo que en parte así ha sido, pero realmente la consideración final es muy diferente a esta presunción, pues existen una serie de elementos que modifican esa presunción. Por lo tanto, nuestro interés principal en este apartado será discernir nuestra hipótesis de partida, por lo que analizaremos antiguas tendencias, la formación de Izquierda Socialista, el guerrismo y la «renovación», junto con la importancia de Felipe González en todo ello y las propias disputas internas.

Hasta que el PSOE accedió al gobierno en 1982 podemos encontrar dentro del PSOE varias tendencias claras pero cercanas a la dirección del partido. Por un lado, estaba la *oligarquía republicana* donde se podrían encuadrar los hermanos Solana, Miguel Boyer, Mariano Rubio, Julio Feo o, incluso, Roberto Dorado. Los miembros de esta tendencia compartían lazos de amistad forjada en la lucha antifranquista, la pertenencia en la mayoría de los casos a familias burguesas de tradición republicana —recuérdese que los hermanos Solana eran nietos de Salvador de Madariaga, por ejemplo— y un posicionamiento político socialdemócrata y ciertamente posibilista. La influencia de esta tendencia estaba centrada en la provincia de Madrid y algunos apoyos extranjeros, pero contaban con la ventaja de ser «profesionales» de muy distintas ramas. Otra tendencia existente era la de los llamados *vaticanistas* —también conocidos por *convergentes*, aunque la tendencia vaticanista estaba compuesta también por miembros del propio PSOE y algunos convergentes no eran parte de esta tendencia— por su adscripción religiosa de origen católico, en su mayoría compuesta por convergentes, antiguos ex-FLP y sindicatos de la Unión Sindical Obrera (USO). Al igual que la anterior tendencia, la práctica totalidad de los vaticanistas eran profesionales, en este caso mayoritariamente de la educación universitaria⁸², pero a diferencia de los «republicanos» sí tenían una implantación territorial más amplia, lo que

⁸²Como recuerda Joaquín Arango «en Convergencia, por ejemplo, había cuadros, muchos cuadros. El único obrero era Juan Barranco y llegó donde llegó porque era eso, el único obrero aunque trabajaba en un banco. Casi todos los demás éramos profesores». *Ibíd.*, pág. 100.

no empece para que su presencia en la coalición dominante fuese similar. También existía la tendencia trotskista *Militant* de amplia implantación territorial pero de escasa influencia a escala directiva. Y, por supuesto, había tendencias de carácter ideológico/metodológico —marxistas no leninistas, socialdemócratas, libertarios, etc.— pero con un carácter muy difuminado y confuso. A pesar de la importancia futura de estas tendencias, lo que realmente existía en el PSOE era una clara división territorial —el clan de Madrid, el clan sevillano, el clan vasco... —, debido a la forma de reorganización del partido en la transición política, y una serie de grupos que estaban formados por las personas que provenían de distintos partidos —Federación de Partidos Socialistas, Partido Socialista Popular, Convergencia Socialista, PSC, etc.—. Sin embargo, con la participación, como segundo partido en número de escaños y votos, en el parlamento todas estas tendencias fueron perdiendo importancia en favor del felipismo o el sector crítico, cuya consolidación se produjo en el 28º Congreso. En efecto las tendencias existentes en el PSOE quebraron, no los lazos de amistad que son importantes para explicar las formaciones posteriores, y se consolidó una bipolarización muy definida entre los felipistas y los críticos, que posteriormente tendría una nueva disgregación —Guerra aún no había consolidado su hegemonía dentro del aparato, algo que sucedió una vez el PSOE accedió al gobierno del Estado—, tanto territorial como faccional.

1.3.2.a). *Izquierda Socialista: la formación y desarrollo de una tendencia/corriente de opinión.*

La utilización del término corriente de opinión encubre tanto el concepto de tendencia como el de facción. Por ejemplo, el PSF tiene una organización interna basada en «corrientes» que realmente son facciones totalmente verticales; pero el término italiano *corrienti* sin embargo está más cercano al sentido de tendencia que al de facción. Por consiguiente, nos encontramos ante un problema de definición que debemos superar para centrar qué ha significado orgánicamente Izquierda Socialista dentro del PSOE. La propia legalización como corriente puede llevar a suponer que Izquierda Socialista era una

facción perfectamente estructurada de forma vertical y piramidal, sin embargo la realidad demuestra que su creación, funcionamiento y desarrollo han sido los propios de una tendencia, que lógicamente tenía sus bases de apoyo en las agrupaciones locales, pero no en el sentido de estructura sino en el compromiso con unas ideas sobre el partido. Izquierda Socialista surgió a partir del sector crítico que era, claramente, una tendencia existente desde 1978, al menos. Con este sentido de agregación de afiliados con unos mismos puntos de vista se fundó en Madrid, en noviembre de 1980, Izquierda Socialista. Era, pues, en su creación una tendencia aunque tuviese un sentido más o menos faccional por su composición interna. A pesar de que hubo un debate en el seno de la corriente entre persistir como tendencia —posición encabezada por Luis Gómez Llorente— o transformarse en una facción interna *de facto* —posición defendida por Pablo Castellano—, en ningún momento se pretendió alcanzar una clara posición de poder en el seno del PSOE, sino intentar convencer o influenciar en la acción política. Esto provocó que, junto al mantenimiento de una disciplina partidaria —expresión de las críticas en los órganos competentes del partido, y defensa (por acción u omisión) de las resoluciones políticas acordadas—, la tendencia basase su actividad en ejercer la oposición interna (orgánica y política gubernamental), negociar diversos cargos o cuotas de poder y esperar a ser el nexo de enlace con posibles fusiones con los partidos de izquierdas. A ello beneficiaba la estructura interna de la propia corriente de sentido asambleario, con un sistema de portavocías o troikas, y sin una acción política encaminada a ocupar áreas de influencia; e igualmente benefició el mantenimiento como corriente las contradicciones en las negociaciones internas, que dependían de según donde se inscribiese el debate —si estaba en la estructuración interna del partido se pactaba con los «renovadores»; si se debatía ideológicamente se actuaba conjuntamente con los «guerristas»—. Por todo esto, Izquierda Socialista ha terminado por configurarse como una «secta»⁸³ antes que como una tendencia.

⁸³Podríamos haber utilizado el término «clan» para referirnos a Izquierda Socialista, pero pese a los posibles lazos de amistad —la amistad entre los perseguidos siempre es más posible que entre los dominantes— entre los miembros de aquella, la composición de la corriente desde 1994 se aleja del modelo

Las líneas básicas organizativas eran las siguientes. La implantación de un *sistema proporcional* para la elección de delegados a los congresos y a los diversos comités —federales, regionales y provinciales—, sobre la base de que si se defendía ese tipo de representación para la sociedad española por qué no podía implantarse dentro del PSOE. La respuesta, durante gran parte de la etapa que estamos analizando —hasta el XXXIII Congreso de 1994—, que se ofrecía a los miembros de Izquierda Socialista era doble. Por un lado, y copiada de Giovanni Sartori, los dirigentes del partido afirmaban que la aplicación de un sistema idéntico al sistema externo implicaba a) un peligro de faccionalismo y división interna y b) una compartimentación del partido en un sentido regionalista o localista. Teóricamente, también en la práctica, la respuesta de los dirigentes del PSOE era cierta y la inclusión de un sistema proporcional fomentaba el faccionalismo, pero en contraposición a esta evidencia se impone la realidad de que el pluralismo interno tiene un mejor cauce de exposición y favorecimiento del debate si el sistema es proporcional; además, en general los sistemas son buenos o malos dependiendo de las personas que los integren —salvo las excepciones totalitarias o autoritarias—, y de la buena educación democrática de los miembros del partido. Por consiguiente, la respuesta de la ejecutiva era tan verdadera como falsa y sólo cabe pensar, como escribió Fromm, en el miedo a la libertad y al pluralismo interno, el cual era asumible coyunturalmente —debido a una serie de condicionantes externos evidentes en 1982 y algunos internos como el miedo al fraccionalismo del PSOE durante la IIª República—, pero no a largo plazo si se defendía la democracia y el pluralismo interno. Por otro lado, la segunda respuesta que se ofreció, por boca de Joaquín Leguina, a los miembros de Izquierda Socialista fue que no se podía implantar el mismo sistema exterior dentro del partido porque éste no representaba a diversas clases⁸⁴. Esta manifestación, con un carácter

de clan. Tampoco se pueden utilizar los más técnicos conceptos de tendencia —por su carácter no tanto mayoritario como de influencia factible— o de facción —no existe una organización vertical y piramidal como para calificarla así—. Por consiguiente, hemos decidido utilizar el concepto de secta tanto por su carácter minoritario como por los elementos psicológicos que inciden en el mantenimiento de la corriente como tal, o como por el carácter excluyente en términos ideológicos de los propios posicionamientos de Izquierda Socialista.

⁸⁴Richard Gillespie, op. cit., pág. 416.

bastante estalinista, y concepción del partido —que el promotor cambió cuando le fue necesario para defender su cuota de poder, como veremos— es falsa en su formulación, porque si bien dentro de un partido se pueden o no representar las clases sociales —desde luego en un partido *cach-tall* es muy factible que cupiese esa representación—, lo que debe representarse internamente es el pluralismo ideológico tan variado dentro del socialismo. El propio Felipe González, con su manifestación de que en el PSOE cabían desde socialistas con posicionamientos antropológicos cristianos hasta los marxistas no leninistas, estaba dando la clave para justificar la representación del pluralismo en el seno del partido socialista. Cualquier justificación contraria a ese pluralismo «ideológico» atentaba contra los propios principios decididos por la oligarquía partidista; lo que suponía una *contradictio in terminis*. Al final, el sistema de representación proporcional fue aceptado, como vimos al analizar el cambio organizativo, pero con una barrera del 20%, lo que es nuevamente una utilización de las hipótesis de Giovanni Sartori⁸⁵. También defendía Izquierda Socialista el voto individual y secreto en los congresos del partido, como vimos, algo que tan sólo se logró (XXXIII Congreso) cuando la «renovación» hizo causa por ello, como un arma contra el aparato guerrista. Además, podemos destacar entre las distintas propuestas: primera, una de las «clásicas» peticiones de Izquierda Socialista era que los militantes del PSOE fuesen activos miembros en el seno del sindicato UGT; segunda, se defendía que todos los cargos del partido fuesen electivos —posteriormente, a partir del 30º Congreso comenzaron a pedir la celebración de elecciones primarias—; tercera, defendían la limitación de mandatos de los cargos públicos; y cuarta, que las listas electorales fuesen compuestas por los órganos territoriales competentes.

Las propuestas de la corriente de opinión no eran baladíes ni fútiles, sino que, independientemente del sentido democrático de éstas, iban encaminadas a poner cortapisas a la acción del aparato del partido, es decir, a la reducción del poder central en un sentido

⁸⁵ «Si se corrige el sistema PR con una cláusula de exclusión, es probable que el subsistema fraccional se establezca en fracciones de tamaño medio, con unas dimensiones establecidas por la suficiencia del umbral. En cambio, es poco probable que la cláusula de exclusión sea eficaz cuando los umbrales son inferiores del

bastante diferente al lógico de las propuestas. Evidentemente, toda propuesta encaminada a modificar los estatutos de un partido por parte de los opositores internos tiene un sentido reductor del poder de la oligarquía dominante, sin embargo, las pretensiones de Izquierda Socialista iban más allá de la mera lucha por el poder interno —algo que, como tendencia sin aspiraciones de alternativa de poder que era, carecía de fundamento—. Los miembros de la corriente apuntaban tanto a los cargos representativos como a las personas que vetaban a otros compañeros frente a la voluntad general, es decir, se intentaba deslegitimar a gran parte de la coalición dominante frente a los afiliados. La intención de Izquierda Socialista, en general, no era tanto acceder al poder del partido —ya manifestamos que los poderes fácticos no admitirían un PSOE sin Felipe González (al principio, pero posteriormente la posibilidad de alternativa de Izquierda Socialista quedaría imposibilitada por su propia dinámica dentro del PSOE)— como provocar la ruptura de las estructuras creadas desde la ejecutiva federal para controlar el partido y, a la vez, incidir en la construcción de un partido formado por tendencias o facciones en el sentido francés y tener garantizados ciertos cupos de poder.

Ideológica y estratégicamente hablando, la corriente de Izquierda Socialista ha manifestado un proceso de transformación ideológica al albor de los cambios habidos en el contexto internacional. Partiendo de una base de socialismo marxista —aunque ni Pablo Castellano, ni Francisco Bustelo podían ser calificados en 1980 como marxistas—, Izquierda Socialista ha evolucionado hasta una posición socialdemócrata clásica, donde tienen cabida desde los aspectos neomarxistas, la Escuela de Frankfurt, el republicanismo, el humanismo o algunas teorizaciones del liberalismo político e ilustrado —transformación que en gran medida ha estado, también, influenciada por la asunción de la portavocía federal de Antonio García Santesmases y Vicent Garcés—. Aunque, en la práctica ha predominado tanto la defensa inexorable del antimilitarismo o el pacifismo (OTAN), como la defensa de los principios éticos (GAL y corrupción), y una crítica a las políticas

20 por 100». Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pág. 138 (la cursiva es nuestra).

liberales del gobierno del PSOE; en los aspectos estratégicos la evolución ha sido menos pronunciada, ya que se persiste en la concepción del partido como un partido de masas —aunque adaptado a las nuevas condiciones contextuales—; la defensa de los pactos con las demás fuerzas de izquierda —en una recreación de los gobiernos roji-verdes—; el diálogo con los «cristianos de base», no sólo con las élites vaticanistas del partido; y la imbricación con el movimiento asociativo y los sindicatos sin instrumentalizarlos.

¿Qué sentido ha tenido Izquierda Socialista dentro del PSOE y en relación con Felipe González?. Por un lado, cabe la posibilidad de que la existencia de la corriente haya sido un mecanismo de legitimación externa e interna, como elemento de oposición, del estilo de dirección del tándem González/Guerra, así como un lugar de acomodación de ciertas personalidades críticas para evitar crisis orgánicas periódicas. Por otro lado, es posible que la corriente de Izquierda Socialista haya sido la continuación de la tradición orgánica interna del PSOE, que se ha visto superada por los arribistas en detrimento de un posicionamiento ideológico y orgánico más contundente. La realidad refleja que ambas posibilidades tienen visos de conformar una única opción veraz. La corriente quedó legalizada en la Conferencia de Organización de 1983 —anteriormente (29º Congreso) los estatutos del PSOE admitieron la «tolerancia» de las corrientes— tras una serie de negociaciones entre Felipe González, Alfonso Guerra y Luis Gómez Llorente como dirigentes más destacados. Y, aunque sea un dato que podría ser descartable, tiene una importancia mayor de la que se pueda presuponer. Que los negociadores principales fuesen esas tres personas, excluyendo sobre todo a Pablo Castellano, indica que los gemelos socialistas sabían perfectamente que la lealtad y la fidelidad de Gómez Llorente al partido estaba fuera de toda duda, por lo que auspiciar una formación interna bajo la inspiración del dirigente histórico evitaba numerosos riesgos a la coalición dominante del PSOE. Sabían que los miembros de la corriente protestarían y se manifestarían públicamente antes de tomar las decisiones, que por la dinámica interna siempre serían favorables a la ejecutiva, pero después la disciplina y el apoyo sería la actuación normal, salvo que la cuestión a debatir y/o acordar tuviese un calado político fundamental —como sucedió en el

caso de la OTAN, por ejemplo—. También sabían, porque no era algo desconocido para la ejecutiva, que la mayoría de las acciones de Izquierda Socialista se centrarían en cuestiones internas, de demanda del cumplimiento de los estatutos y de mayor democracia interna, o como mucho de diferencias políticas que quedarían sofocadas por el carisma del líder socialista y la fuerza de su discurso. Se quería un grupo opositor interno que legitimara la actuación de la ejecutiva del partido, es decir, un grupo opositor que cumpliera una función determinada (oposición) hasta ciertos límites —límites que cuando fueron sobrepasados se castigaron por parte de la dirección del PSOE—. Igualmente, la propia existencia de la corriente ha servido a ciertas personalidades para un encuadramiento óptimo tanto para cambiar al bando contrario con pagos (marginales o no), como para asentarse políticamente, aunque en defensa de unas posiciones ideológicas determinadas. Sin embargo, la movilidad de los cargos que tanto se pedía desde Izquierda Socialista no ha sido aplicada a la propia corriente. Caben varias explicaciones favorables a la no movilidad de los cargos de portavoces. En primer lugar, las purgas, las deserciones y las cooptaciones sufridas por la corriente a lo largo de los años impidieron el asentamiento de cuadros intermedios que sustituyeran a los existentes con garantías. En segundo lugar, la existencia de Izquierda Socialista como minoría —siempre perseguida y dañada por el aparato guerrista, por las cooptaciones renovadoras o guerristas, o por el simple abandono— ha formado una colectividad carismática de lucha —algo que suele acontecer cuando el contradictor principal es un líder carismático— que se asienta y mantiene en la perdurabilidad de sus representantes al frente de la corriente e impide, en cierta manera, la renovación de las personas directoras. En tercer término, el propio funcionamiento interno de Izquierda Socialista —asambleario, sumamente libertario y muy enfocado a los congresos partidarios y listas electorales— ha posibilitado que los diferentes miembros de la corriente hayan confiado, en parte bajo un sentimiento de solidaridad con el perseguido, en parte por ese componente místico de sus dirigentes, con regularidad en las mismas personas a pesar de las propias propuestas. Y en cuarto término, porque, como advirtió Robert Michels hace años, las cúpulas dirigentes tienden a

perpetuarse en el poder, e Izquierda Socialista, pese a su carácter ácrata y asambleario, no iba a ser menos.

En resumen, Izquierda Socialista surgió como consecuencia de una tradición democrática e ideológica interna que tuvo su eclosión con la aparición del liderazgo carismático de Felipe González y su estilo de liderazgo, apoyado por la oligarquía dominante, y dirigió su lucha contra el felipismo, la deriva liberal del gobierno y, lo que es más importante y destacable del comportamiento de la corriente, en favor de una defensa de la ética socialista⁸⁶. Nació como tendencia, lo que no empece para tener una serie de seguidores de base, y todo su desarrollo se ha mantenido en esos parámetros aunque con una deriva hacia el comportamiento de secta política debido a su conformación como comunidad carismática —contracarismática sería el término más preciso y técnico—. Pese a haber defendido la alternancia en los puestos de dirección y los cargos electivos del partido, Izquierda Socialista ha basado su representación en una oligarquía similar a la que decían criticar, lo que sin duda ha retraído a numerosos afiliados a formar parte de la corriente y el aspecto más negativo de su actuación política junto a su falta de valentía para ser una alternativa de poder. En el aspecto ideológico, la corriente ha sufrido, al igual que todo el partido, un proceso de modificación, aunque en menor medida que el resto, porque, aún manteniendo el marxismo como método fundamental de análisis, se ha ido enriqueciendo con otra serie de aportaciones ideológicas —Bobbio, Offe, Groz, Habermas, etc.— que la han llevado a situarse en un socialismo de izquierdas no sólo marxista. Pero que, dentro de una dinámica de conflicto muy diferente a la ideológica, no ha sabido superar las barreras internas del debate político, iniciando un camino hacia la desaparición o, al menos, la subsistencia como componente histórico vivo de la tradición del partido, porque, además, en ningún momento Izquierda Socialista denunció que las propuestas que consistían el elemento legitimador de las dos facciones enfrentadas eran su discurso

⁸⁶ Las siguientes palabras certifican la base ideológica y estratégica de Izquierda Socialista en el aspecto orgánico: «Ese modelo de partido con un aparato burocrático sólido que sabe vender la imagen de un líder atractivo ha funcionado, pero sus costes son evidentes: son fórmulas que no incentivan la participación y no ayudan a consolidar la urdimbre ética que requiere toda democracia». Antonio García Santesmases, *Ética, política y utopía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pág. 113.

histórico, es decir, que les habían robado el discurso cada una de las partes en conflicto⁸⁷. Antonio García Santesmases ha visto como sus reflexiones sobre el papel de las minorías dentro de un partido como el PSOE se han visto confirmadas en la propia Izquierda Socialista:

«Las minorías siempre viven en la duda de si es preferible ser cabeza de ratón o ser cola de león. Si hay que apostar por crear un partido propio, pequeño, claro, nítido en el que se encuentren identificados los afines (*con el peligro que tiene una agrupación de los puros que pueda degenerar en una secta*) o si hay que seguir dentro de la vieja casa como rescoldo crítico que en algún momento pueda ser mayoritario o pueda, al menos, tener una relevancia en momentos de crisis (*el peligro de permanecer como minoría dentro de una organización grande es el de la irrelevancia, el de terminar como un elemento decorativo del retablo que no participa en la toma de decisiones y que sólo sirve para aparentar ante el exterior un pluralismo que no es real*)»⁸⁸.

1.3.2.b). *El guerrismo como facción y aparato: el contrapoder interno a Felipe González.*

Si utilizamos la historia como punto de partida para determinar la situación de los epígrafes, cabrían dudas sobre si en este momento deberíamos analizar la «renovación» o el guerrismo, porque de la primera tenemos muestras de que empezó a conformarse como tendencia hacia 1979 más o menos, mientras que el guerrismo como facción no surgiría hasta los años 1980's. Sin embargo, el análisis del guerrismo no parte de una situación ideológica propiamente dicha, sino de una situación orgánica, como aparato del PSOE, por lo que cabrían más dudas sobre su formación en un sentido histórico —podríamos irnos hasta los tiempos del ITE—. Por lo que hemos decidido optar por el guerrismo antes que por la «renovación», sobre la base de su acción como contrapoder tanto del gobierno estatal como de los barones regionales. Para estudiar el guerrismo

⁸⁷Este hecho nos ha sido reconocido por los miembros de Izquierda Socialista Mario Salvatierra, Vicent Garcés, Francisco Cordero y José Manzanares en entrevistas personales.

⁸⁸Antonio García Santesmases, *Ética, política y utopía*, pág. 123. (Las cursivas son nuestras y sirven para resaltar que las preocupaciones, respecto a la minorías en los «partidos grandes», de García Santesmases se han cumplido a la perfección en el seno de Izquierda Socialista).

—hasta el momento no conocemos estudios profundos y extensos sobre el tema⁸⁹— no hay que centrarse en el aspecto ideológico solamente, sino incluir las relaciones de poder, el clientelismo y su consolidación como aparato, porque de centrarnos en lo puramente ideológico nos llevaría a engaños y falsas conclusiones, como veremos; pero tampoco se puede negar que los componentes del guerrismo sí se han situado a la izquierda de parte de la «renovación» o del gobierno, aunque no de todos. Deberemos, pues, analizar ambas variables para comprender lo que ha supuesto el guerrismo para la historia del PSOE, pero para ello debemos recurrir a la especial simbología entre los dirigentes sevillanos y las relaciones de poder entre González y Guerra, sin las cuales no se puede entender el proceso.

Normalmente los analistas de la vida interna del PSOE parten del reparto de funciones entre Guerra y González para explicar lo que ha podido ser la constitución del aparato guerrista, lo que es cierto, pues sin ese reparto de funciones parece poco plausible la creación y consolidación del guerrismo. Desde la creación del ITE-PSOE Alfonso Guerra fue formando a su alrededor un grupo de intelectuales y de técnicos que pueden ser considerados como el núcleo primigenio del guerrismo, tanto en su versión aparato/tendencia como en su versión facción. Esta base se fue ampliando con nuevos intelectuales y «aparatistas» que fueron conformando una red clientelar y de información que recorría todo el partido. Ya en 1980 se comenzaba a conocer al grupo de fieles del vicesecretario general como guerristas⁹⁰, aunque, por el contexto interno, no cabía hablar sino de felipistas, pero el grupo primigenio estaba ya conformado. Sólo con la llegada del PSOE al gobierno estatal y hacerse evidente la separación de Felipe González respecto del partido, el guerrismo comenzó a ser visto claramente como el aparato del PSOE. Un aparato que controlaba todos los resortes del poder interno —siempre y cuando consideremos que el grupo parlamentario también es parte del partido como fracción parlamentaria en el sentido británico—, desde la designación de los cargos y candidatos

⁸⁹Existen libros periodísticos sobre el tema pero carentes de un análisis profundo de las motivaciones o la creación, y muy centrados en el anecdotario y la crítica coyuntural, como por ejemplo: Raúl Heras, *La guerra de las rosas*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.

electorales hasta la formación de las ejecutivas de distintos ámbitos internos territoriales. Como recuerda Joaquín Almunia: «Desde la Vicesecretaría General y desde la propia Vicepresidencia, Guerra organizaba redes de fieles adictos —altos cargos nacionales o territoriales, gobernadores civiles o dirigentes del partido— que en última instancia actuaban en función de los criterios que recibían de él»⁹¹. Sin embargo, la estructura mítica de los gemelos socialistas engañaba, incluso, a los propios críticos del partido, ya que se atribuían acciones punitivas al felipismo como tal —es decir, con Felipe González a la cabeza de todas las decisiones—, sin tener en cuenta que muchas actuaciones de Guerra y sus hombres eran por propia iniciativa, escudándose en que la orden de controlar la situación del partido había venido del líder carismático.

Es claro que Alfonso Guerra utilizó el poder que le había sido cedido por González para ir formando un núcleo de fieles y, a la vez, ir transmutando aquella relación de poder asimétrica en una relación simétrica ocupando diversas áreas de incertidumbre del partido, esencialmente los recursos organizativos, la selección de cargos y el control sobre la afiliación⁹². En buena parte, los guerristas consiguieron llevar a cabo sus

⁹⁰Ricardo Martín, *op. cit.*, pág. 71.

⁹¹Joaquín Almunia, *op. cit.*, pág. 300.

⁹²En referencia a la política de afiliación durante la etapa gubernamental del PSOE, la profesora Méndez Lago realiza un acertado análisis cuya conclusión expone que apenas se intentó un aumento de la afiliación por parte del aparato del PSOE (*op. cit.*, pág. 228 y ss.). La no priorización sobre esta materia, necesaria no sólo por la renovación interna sino por la preocupación de la propia organización en su escasa penetración en algunas clases sociales, tiene un doble componente explicativo. Por un lado, la escasa tasa de afiliación en España —en torno al 2%—, la poca simpatía de los españoles por los partidos políticos en general, y la campaña de hostigamiento emprendida desde los medios de comunicación contra el PSOE explicarían el porqué de la poca incidencia de las campañas de afiliación llevadas a cabo por la organización del partido. Sin embargo, y por otro lado, existe una hipótesis plausible que se encuentra incardinada en la propia lucha interna del PSOE y el control de la organización por parte del sector guerrista. Ideológicamente, la evolución que manifestaba el PSOE en el gobierno y la propia evolución personal del líder carismático si no llegaba a suponer la exclusión en la afiliación al partido de personas más a la izquierda, sí propiciaba la llegada en mayor número de ciudadanos con un marcado corte social-liberal —también hay que tener en cuenta que muchos afiliados nuevos llegaban con la intención de servir al líder carismático en una entrega personal y, por lo tanto, se encontraban más influidos por el discurso modernizador que por el discurso ideológico en su actuación interna. Por esta razón, independientemente de que considerasen socialistas o de izquierdas antes que socialdemócratas o social-liberales, estos nuevos afiliados no eran favorables *a priori* a las posiciones del vicesecretario general—. Una vez iniciada la publicitación del carácter de izquierdas que estaba representado en el guerrismo y el aparato, no se podían permitir aquellos una mayor entrada de personas que claramente iban a ir contra sus intereses, por lo que, al igual que sucedía con los nuevos

propósitos hasta que entraron en clara confrontación con el líder del partido, rompiendo de esta manera, el efecto legitimador/encubridor y mítico del reparto de funciones. Llegado el momento en que Felipe González retiró su apoyo a Guerra, el aparato del partido controlado por los guerristas perdió uno de los puntos de legitimación interna que poseían; externamente, sin embargo, Guerra mantendría cierta admiración de la ciudadanía basada en el «populismo tercermundista de los descamisados», aunque su figura iría perdiendo ese halo carismático proporcionado por el efecto del mito de los gemelos —para una parte de la ciudadanía sería el dirigente político de izquierdas preocupado por los más desfavorecidos (es decir, el «bueno» de los dos gemelos); para otra parte sería el hermano de Juan Guerra y el culpable de los «males» que afectaban al líder carismático (es decir, el gemelo malo); y para otras partes sería igual de detestable o de bueno que González⁹³—. Mas el guerrismo, que es lo que interesa en este punto, quedó consolidado como facción interna, al menos, desde 1984; una facción que se legitimó basándose en criterios ideológicos y expulsando hacia la izquierda al sector crítico.

La estrategia orgánica del guerrismo se ha basado, principalmente, en la ocupación de áreas de influencia para permutar las relaciones de poder entre el líder carismático y ellos. Pero, siguiendo esa máxima, son varias las estrategias implementadas.

afiliados izquierdistas, desde las agrupaciones locales y el control central se podía impedir no tanto la entrada de nuevos afiliados, como el activismo de éstos por el procedimiento del apartamiento de la actividad partidista e impidiendo su ascenso interno —gran parte de afiliados no guerristas que se encontraron con este tipo de impedimentos y que aguantaron dentro de la organización serían las bases sobre las que se asentaría la renovación primigenia y en fase de expansión—. Se intentaba reducir el abanico ideológico en favor de una de las facciones o tendencias del partido, en base tanto a los incentivos colectivos —especialmente los ideológicos— como a los incentivos selectivos —aquellos que demostraban su fidelidad al aparato central y sus diversas ramificaciones obtenían recompensas en forma de cargos o nombramientos al nivel local, sobre todo—. Este sistema fue quebrando a partir de 1990 cuando el sector renovador comenzó a organizarse como facción y los recursos organizativos del PSOE se fueron repartiendo entre los distintos actores.

⁹³En un estudio empírico de 1995, el índice de aprecio de Alfonso Guerra era, para el total de la muestra, de -41 (España) y de -38 (Andalucía). Según la posición ideológica, los encuestados de izquierdas apreciaban a Guerra con un -14; los de centro con un -46; y los de derechas con un -65. Según el recuerdo de voto, la valoración de Alfonso Guerra era la siguiente: PP -70; PNV -55; CiU -56; PSOE +12; IU -37; otros -43; indecisos -34; y abstencionistas -41. Comparativamente Felipe González obtenía unos índices favorables. Según la posición ideológica: izquierda +14; centro -5; y derecha -41. Según el recuerdo de voto: PP -50; PNV -16; CiU +22; PSOE +79; IU -26; indecisos +6; y abstencionistas -21. Lo que suponía un total de índice de aprecio de -9. Amando de Miguel, *La sociedad española, 1995-96*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 617-640.

En primer lugar, el discurso guerrista se ha basado en la defensa inexorable de los propios militantes de probadas referencias «socialistas»; lo que se ha catalogado como el *discurso de los nuestros*. Con esta medida se pretendía obtener pagos marginales o beneficios orgánicos al situar a los fieles del guerrismo/aparato en puestos claves y en los distintos grupos parlamentarios o municipales. En ningún momento se rebelaban los guerristas hasta que había cargos públicos en disputa, en ese momento se argumentaba que era conveniente incorporar a los socialistas con probada fidelidad, siempre y cuando fuesen guerristas. Como recuerda Francisco Bustelo: «El no ser un incondicional resultaba ser inaceptable a pesar de tener acreditada nuestra fidelidad a lo largo de muchos años a las ideas socialistas y al Partido Socialista»⁹⁴. A partir del enfrentamiento con los felipistas, algunos analistas han expuesto que esta estrategia también se utilizaba para deslegitimar la acción de aquéllos y el líder socialista⁹⁵. En segundo lugar, el guerrismo ha realizado, dentro del discurso orgánico, una defensa de la colaboración con los sindicatos, especialmente con UGT, pero también con CCOO. En este aspecto se trataba de una contradicción interna, ya que cuando Izquierda Socialista pedía mantener este tipo de relaciones el guerrismo se posicionaba ambiguamente en contra —uno de los aspectos de apropiación del discurso de la corriente de opinión—, y cuando comenzó la disputa contra Felipe González permutaron los discursos (a partir de 1991), como recuerda Joaquín Almunia:

«Desde el PSOE [en 1992], se seguían haciendo intentos para apaciguar la tensión [con los sindicatos], pretendiendo ocupar un espacio intermedio entre las posiciones de unos [sindicatos] y otros [gobierno]. Los mismos dirigentes que, en vísperas del 14-D, habían intentado introducir en la UGT una cuña de dirigentes y cuadros favorables a la acción del Gobierno, ahora optaban por una estrategia distinta, pretendiendo influir sobre el Ejecutivo merced a la confusión de acuerdos con los sindicatos. Había un dato que sin duda influía en ese cambio: Alfonso Guerra ya no era el “número dos” del Gobierno y se

⁹⁴Francisco Bustelo, op. cit., pág. 260. En el mismo sentido hablaba Carlos Solchaga: «Había dos actitudes completamente diferentes: la de Felipe, que era en la medida de lo posible captar lo mejor de lo que veía por ahí, y la de Guerra, que era asegurarse a sus fieles». (Tom Burns Maraño, op. cit., pág. 168) Solchaga se equivoca porque Felipe González también elegía a «fieles» para su proyecto, aunque pudiese tener otras motivaciones.

⁹⁵Jorge Semprún, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1996, pág. 79.

había refugiado en Ferraz para, desde ahí, organizar la respuesta a los ataques que eran objeto»⁹⁶.

Y, en tercer lugar, la estrategia orgánica del guerrismo trataba de enfrentar al partido con el líder carismático, precisamente por la cuestión del carisma. En este sentido cabe hablar de la teoría del *neobonapartismo* de José Félix Tezanos, que ya refutamos anteriormente. Pero básicamente el discurso orgánico se resume en la siguiente cita: «Cuando un líder es más grande o tiende a hacerse más grande que el partido, lo que ocurre es que el partido acaba haciéndose pequeño y pierde la capacidad de cambio y de innovación»⁹⁷. Tiene razón Tezanos al afirmar que el líder carismático empequeñece al partido, sin embargo no es plausible la crítica hacia la falta de capacidad de cambio e innovación. Si nos detenemos en el cambio ideológico y de oferta electoral, la existencia del liderazgo de Felipe González no impidió el cambio de los *issues* concretos, aunque el discurso general —regeneracionista y modernizador— no varió a lo largo de todo el período, como era lógico ya que era un metadiscurso inserto en el inconsciente colectivo de los españoles. Cuestión bien diferente es que el giro hacia el liberalismo —algo concreto y que no iba en contra del discurso general del líder carismático—, con la ejecución de ciertas políticas económicas, encajase a la perfección con la evolución teórica de la socialdemocracia. En ese plano de confrontación, el discurso de González y los renovadores impedía el cambio y la innovación, lo que no implica que dejaran de existir modificaciones. Otro guerrista en tiempos, Gregorio Peces-Barba ha criticado la existencia del liderazgo carismático y de la *cultura de leadership* dentro del PSOE: «El desarrollo de nuestra historia [...] ha puesto de relieve que no sólo la ideología, sino el líder carismático e indiscutible han sido un “adormidera” para la conciencia crítica»⁹⁸. No es totalmente cierto lo manifestado por Peces-Barba porque, aunque el líder carismático domina totalmente el discurso ideológico del partido, no implica que no haya espacio para la conciencia crítica. Desde luego no la ha habido dentro de la oligarquía dominante hasta, al menos, 1990, pero Izquierda Socialista

⁹⁶Joaquín Almunia, op. cit., pág. 261.

⁹⁷Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 397.

⁹⁸Gregorio Peces-Barba, op. cit., pág. 201.

ha ejercido constantemente la crítica contra numerosas decisiones del gobierno y la ejecutiva del partido. Si Peces-Barba se refiere a que no se ha educado a los afiliados socialistas en el sentido de que analizasen las propuestas programáticas y las decisiones gubernamentales desde un sentido crítico, está completamente en lo cierto. Pero no sólo como consecuencia de la existencia de un líder carismático, también influyó en la inexistencia de una conciencia

crítica mayor la persecución, que no fue denunciada por Peces-Barba sino todo lo contrario, a que se vio sometido el sector crítico/Izquierda Socialista, o la inexistencia de debates consecuentes con el pluralismo interno. Acciones todas fomentadas y amparadas por los «felipistas» —que eran tanto los renovadores como los guerristas—. En un nuevo episodio de olvido histórico los guerristas, que ayudaron a cimentar el liderazgo carismático de González, justificaban sus acciones en la lucha por el poder organizativo falseando la realidad o mostrándola parcialmente, situándose siempre en el lado de la pureza orgánica y socialista, lo que suponía negar que los primeros en denunciar las consecuencias del liderazgo carismático —el «felipismo» del que hablaba Luis Gómez Llorente— fueron los miembros de Izquierda Socialista. Pero el mayor caso de olvido lo encontramos en el propio Alfonso Guerra: «Eso [centrar las elecciones en una persona] ha ido creando un liderazgo que, sobre todo con tantos años de gobierno, a veces se sobrepone a la decisión colectiva, pretendida o no pretendidamente»⁹⁹. Si alguien ha favorecido la centralización de las campañas electorales en una persona, o ha favorecido que la decisión colectiva no haya sido tomada en cuenta, ese ha sido Alfonso Guerra como hemos visto en los diversos capítulos de este estudio, por lo que no cabe realizar análisis alguno de las contradicciones de la cita.

En el plano ideológico, el guerrismo ha manifestado ser siempre el grupo a la izquierda del PSOE, lo que sería cierto de la no existencia de Izquierda Socialista. Pero el discurso de la izquierda guerrista ha sido aceptado por la militancia en mayor medida que el de la corriente de opinión, tanto por enfrentarse directa y públicamente al líder

carismático —lo que en cierto modo les deslegitimaba—, como por ser los guerristas parte del mito de los gemelos socialistas. Este cambio público se produjo hacia 1986, momento en que Guerra empieza a perder poder en el gobierno¹⁰⁰: «En julio de 1985, en la clausura de la escuela de verano del PSOE, Guerra reafirmó la vocación republicana del PSOE y declaró imposible que el partido pudiera hacerse socialdemócrata, dado que la sociedad española seguía siendo “una de las más injustas de Europa”. Al hacerse eco de la frase que hacía sólo unos meses había utilizado Redondo, Guerra se distanció de los ministros más criticados por el movimiento obrero, aunque, como de costumbre, no complementó con actos sus afirmaciones de tono izquierdista»¹⁰¹. En efecto, la actitud del guerrismo ha sido realizar un discurso de izquierdas, pero una acción política en claro contraste, lo que ha permitido que algunos actores hablasen de discurso demagógico y populista¹⁰². Sin embargo, ¿ha sido todo el guerrismo así o cabe hablar de una diferenciación interna? Creemos firmemente que no cabe hablar de un guerrismo monocorde, en el mismo sentido que la «renovación» o Izquierda Socialista, sino que cabe diferenciar entre el *guerrismo orgánico* y el *guerrismo ideológico*. Este «guerrismo ideológico» estaría conformado por aquellos intelectuales que se nuclearon alrededor de la Fundación Sistema, la revista El Socialismo del Futuro, los Encuentros sobre el futuro del socialismo y la revista Temas para el debate. La diferencia cualitativa es que esta parte del guerrismo ha fomentado el debate de ideas, la crítica coherente de las políticas gubernamentales, o la forma del partido. Aunque, en su detrimento cabe hablar de la legitimación del «guerrismo orgánico» y su participación menor en el interior del partido. Entonces, ¿cuál es el *verdadero* guerrismo? Ambas partes, porque el nexo de unión de las dos posturas ha sido Alfonso Guerra, que siempre ha querido ser «ideológico» pero que realmente ha sido «orgánico», por lo que en el seno del PSOE ha prevalecido el «guerrismo orgánico».

Actuación del guerrismo y relación con Felipe González.

⁹⁹Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 139.

¹⁰⁰Joaquín Almunia, op. cit., pág. 299.

¹⁰¹Richard Gillespie, op. cit., pp. 441 y 442.

¹⁰²Jorge Semprún, op. cit., pág. 63.

Como ya apuntábamos anteriormente, toda la actuación del guerrismo se ha visto dirigida hacia el mantenimiento y/o ampliación del poder interno mediante el control de diversas áreas de incertidumbre —lo que no es, en modo alguno, diferente a lo que podía optar la «renovación»—. La intención de este control no tenía como fin dirigir la política del gobierno y/o situarse como alternativa interna de gobierno —especialmente a partir del momento en que Felipe González comenzó a plantearse su retirada como presidente del gobierno—, bien al contrario, el fin principal era asegurar las redes clientelares que habían construido desde el aparato central a través del control sobre los incentivos selectivos (cargos internos, nombramientos ministeriales o gubernamentales, candidaturas electorales, cargos en cajas de ahorro, etc.). Lo que se intentaba era no perder el control de la organización para asegurarse el control de los incentivos selectivos. Esta actuación llevaba a un comportamiento claramente sectario como recuerda Milagros Candela: «Se practica la complacencia con los errores de los amigos, se castiga a los que quieren dar su opinión y disienten de la línea oficial del aparato, y hay sucesivas campañas de intoxicación, de descalificación personal, que patrocinan personas del entorno de Alfonso Guerra contra aquellos que no son de su cuerda»¹⁰³. La actuación contra José Rodríguez de la Borbolla, contra Joaquín Leguina, contra Carlos Solchaga o contra Narcís Serra se enmarcan dentro de ese propósito de controlar el partido y de convertirse en los interlocutores válidos de Felipe González, es decir, tener la capacidad de decidir quién debía suceder a González, para lo que utilizaron el hostigamiento y la persecución de aquellos dirigentes territoriales que no eran completamente obedientes con el aparato central —que funcionó en el caso de Rodríguez de la Borbolla, pero que se encontró con la oposición de Leguina, provocando la consolidación como facción de la tendencia renovadora—. Incluso los miembros de Izquierda Socialista también se vieron sometidos a persecuciones durante la época de enfrentamiento contra los renovadores, cuando en buena lógica la coincidencia en los aspectos ideológicos y la lucha contra el felipismo, que eran la base legitimadora del guerrismo, debía haber promovido la colaboración. Ésta no fue posible por la defensa de la democracia interna, aspecto estratégico tan importante como la

¹⁰³Citado en Ricardo Martín, op. cit., pág. 188.

ideología para la corriente del PSOE, algo que atacaba los cimientos mismos de la facción guerrista y fuente de su poder interno¹⁰⁴.

También recurrieron los guerristas, en su lucha contra la «renovación», a la tradición del santoral socialista como elemento legitimador, no tanto en los aspectos ideológicos como en los aspectos éticos. Se criticaba la «cultura del pelotazo» de la que participaban algunos dirigentes socialistas y que chocaba frontalmente con la tradición y el propio discurso del líder carismático. La crítica realizada por el guerrismo era completamente lógica y digna de elogio, sin embargo, en el propio aparato central el exceso del gasto y el recurso a la «pompa y circunstancia» fue algo habitual y contrario a lo que dictaba la tradición que decían defender. Sin embargo, Alfonso Guerra insistía en 1996 en esta crítica: «La gente del Partido Socialista, o amparada por el Partido Socialista, que han realizado operaciones de enriquecimiento personal representan lo más abyecto para un socialista de verdad»¹⁰⁵. Tiene razón Guerra, pero sorprende que no sienta desprecio por él mismo ya que permitió, concediendo un puesto de trabajo y un despacho público, que Juan Guerra, su hermano, se enriqueciese de forma irregular; o que su propio enriquecimiento personal no le parezca —sobre todo teniendo en cuenta las numerosas irregularidades que fueron expuestas en el capítulo 8º— abyecto si se considera, como ha manifestado en numerosas ocasiones, un «socialista de verdad». Corruptos en el PSOE los ha habido tanto en la «renovación» como en el guerrismo, por lo que no cabe establecer un parámetro corruptor para una parte del partido y no para la propia. Sin embargo, sí hay que realizar una apreciación que tiene que ver con el guerrismo y la corrupción. El control que mantenía sobre la organización debería haber servido para detectar los casos de corrupción de baja escala —es decir, los casos aparecidos en el nivel local y/o regional— y, sobre todo, el «caso Filesa». No es posible que ni el vicesecretario general, que se jactaba de

¹⁰⁴Joaquín Leguina, conceptualizando al guerrismo como secta, entiende que el aparato intentaba sustituir al propio partido: «La secta instalada en el aparato y vestida con una túnica seudoideológica sustituye, no ya las labores del aparato, sino al partido todo. Colocada la secta en el centro del tablero, ella es el partido. Todo lo que no es secta es antipartido. Así se denominaba en tiempos de Stalin a cualquier pensamiento disidente por débil que fuera» (op. cit., pág. 39) Lógicamente, y teniendo en gran medida razón Leguina, era imposible la colaboración en términos orgánicos del guerrismo con Izquierda Socialista.

poseer amplia información de todo lo que sucedía en la organización y en el gobierno, ni el secretario de Organización supiesen que existía una trama ilegal para la financiación del PSOE. Pero lo más grave no era el desconocimiento, sino la falta de capacidad de reacción para hacer frente al caso de corrupción descubierto en el seno del partido; lo que sin lugar a dudas, y junto a su enfrentamiento con González, llevó al guerrismo a ir perdiendo poder dentro de la organización.

Al igual que Izquierda Socialista había surgido por la existencia de Felipe González como líder carismático, ¿cabe decir lo mismo del guerrismo?. Evidentemente, la existencia de una estructura mítica como los gemelos, con su respectivo reparto de funciones y de actuaciones —el barroquismo de la actuación teatral del bueno y el malo o el ecléctico y el izquierdista—, ha determinado la existencia del guerrismo respecto a la existencia del líder carismático. De no haber existido un liderazgo carismático como el de González, el aparato central del partido no hubiese sido constituido por una sola facción, sino por una multiplicidad de tendencias y/o facciones debido al control de los recursos organizativos. Pero la existencia del liderazgo de González, desde su aparición pública, fomentó el que se construyera un aparato guerrista, que en un primer momento fue el aparato felipista, el aparato que depuró a los críticos del líder carismático y provocó la unidad interna. Este es un dato que parece haber pasado desapercibido para los renovadores y que, sin embargo, tiene un interés importantísimo. Cuando los renovadores se quejaban del hostigamiento del guerrismo, no recordaban que acusaban a los mismos que en otros momentos redujeron a la mínima expresión a la oposición interna en favor de los felipistas (guerristas y renovadores). La actuación del aparato central fue tan ignominiosa o más cuando renovadores y guerristas formaban parte de él como cuando sólo lo formaban los guerristas. Además, existen otros dos aspectos de relación del guerrismo con el liderazgo carismático de González. Por un lado, los guerristas se enfrentaron a la rama económica del gobierno en contra de un supuesto «rapto» ideológico que habría sufrido el líder y que le habría hecho perder el sentido del proyecto socialista.

¹⁰⁵Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 141.

Como intérpretes de los deseos del líder carismático, como su *guardia de corps*, intentaban que otros no influyeran más que ellos mismos en el líder, rememorando los tiempos de compenetración total entre el líder y su lugarteniente. Joaquín Almunia, creyendo ver una continua contradicción en la actuación guerrista, destaca este aspecto de la relación con el líder carismático: «Los guerristas pretendieron ser ante todo un grupo de presión, y no tanto una corriente organizada para expresar sus diferencias respecto de la política del Gobierno. Prueba de ello es que los mismos que criticaban las orientaciones de la política económica de Boyer o de Solchaga, eran los primeros que se movilizaban para defender al Gobierno en el 14-D. Fueron los más escépticos con el cambio de posición en relación con la OTAN, pero trabajaron como nadie para ganar el referéndum. Animaban las reflexiones del Programa 2000 y algunos debates de filosofía política, y al mismo tiempo salían al paso de cualquier posición que no se plegase a la “ortodoxia” previamente definida por “el aparato” de Ferraz»¹⁰⁶. El guerrismo fue disciplinado hasta que creyó que las fuerzas estaban igualadas y podían atacar al líder carismático directamente. Ese día llegó después del 32º Congreso del PSOE donde los guerristas ganaron la batalla a los renovadores y donde González afirmó que se iba a gobernar desde La Moncloa y no desde Ferraz. A partir de ese momento el guerrismo pasó a situarse en el plano antifelipista. Por consiguiente, habría pasado desde ser el aparato felipista hasta ser los contradictores del líder carismático. Pero el guerrismo nunca intentó convertirse en la alternativa interna a Felipe González. Es más, como veremos en epígrafes posteriores, sería el líder carismático quien presentara batalla al guerrismo hasta descabezarle. Pero al igual que Izquierda Socialista, el guerrismo ha estado determinado en su creación y funcionamiento por el líder carismático.

Además, existe otro aspecto interno del guerrismo que, en conexión con todo lo manifestado anteriormente, debe ser destacado: el liderazgo de Alfonso Guerra dentro de la facción guerrista. Este liderazgo debe ser entendido más en clave interna del PSOE que en un sentido externo, por lo que no cabe realizar una catalogación del liderazgo de

¹⁰⁶Joaquín Almunia, op. cit., pág. 312.

Guerra en los mismos términos que el de González. Sin embargo, el liderazgo del vicesecretario general del PSOE tiene unas especificidades que merecen ser destacadas. La capacidad de liderazgo de Alfonso Guerra está relacionada con el reparto de funciones entre él y González, con la propia figura autoconstruida de ser el representante de la izquierda del partido, y con el enfrentamiento entre los dos dirigentes máximos del PSOE. Como hemos analizado a lo largo de los capítulos, el manto carismático de González y el mito de los gemelos socialistas dotaban a Guerra de un aura carismática dentro de la organización; un aura que sólo dejó de poseer entre la mayoría de los afiliados cuando el enfrentamiento con el líder carismático se hizo patente. A esta variable hay que añadir que el discurso populista de los «descamisados» y de defensa de las esencias socialistas —frente a la cultura del pelotazo o la *gauche caviar*— estaba ampliamente difundido entre numerosos militantes de base de tendencia izquierdista, los cuales no estaban como tales dentro de las redes clientelares del guerrismo/aparato, sino que recibían la influencia del guerrismo ideológico. Esta base militante, cuando se produjo el enfrentamiento y comprobó el giro a la derecha de la facción renovadora y gubernamental, se posicionó favorablemente en favor de Guerra y los guerristas, teniendo en cuenta los factores ideológicos antes que los personalistas u orgánicos. Fue el enfrentamiento directo entre ambos dirigentes lo que promovió el liderazgo de Guerra, ya que éste fue objeto de considerables y, algunas, desmedidas críticas éticas. Por lo tanto, el liderazgo de Guerra se asentó tanto en la ideología como en la actitud de autodefensa. Aún cabe una duda sobre el liderazgo de Alfonso Guerra: ¿surgió de una crisis de liderazgo?. No en el sentido de inexistencia o incapacidad de un líder, pero sí en la incapacidad del líder y su grupo de fieles de llevar a cabo el proyecto «socialista», no el «proyecto social-liberal de los tecnócratas del felipismo». Así se configuró el liderazgo de Guerra *dentro de su facción*, lo que en cierto modo impediría el acuerdo entre las dos posiciones pues se establecieron parámetros ideológicos, éticos y personales demasiado fuertes entre ambas partes.

1.3.2.c). *La renovación: de tendencia a facción felipista.*

Al hablar de la periodización de las tendencias y facciones anteriormente analizadas, adelantábamos que es muy posible que la «renovación» en tanto en cuanto que tendencia sería más antigua que las otras dos. Esta hipótesis es plausible pues muchos de los que posteriormente conformarían el grupo «cercano» de fieles de Felipe González habían coincidido en la UGT, concretamente en la federación de la enseñanza, o bien habían establecido relaciones personales en ésta época. Igualmente, la unión de los «convergentes» al PSOE supuso la conformación de una tendencia homogénea que podría ser catalogada como el germen de los «felipistas-fieles» y la «renovación»¹⁰⁷. De esta manera se fue conformando una tendencia socialdemócrata, que si hacemos caso de lo manifestado por Jorge de Esteban y Luis López Guerra, fueron los verdaderos críticos en el XXIX Congreso en 1981 del PSOE¹⁰⁸. Pero sería con la llegada al poder cuando la tendencia «renovadora» comenzaría a ser vista como tal, en contraposición con el guerrismo/aparato e Izquierda Socialista. En términos generales se puede decir que la tendencia se fue conformando alrededor de docentes universitarios y técnicos del partido. Otra prueba de que nuestra hipótesis de trabajo respecto a la «renovación» es plausible, la encontramos en las acciones de Alfonso Guerra para evitar que los ministros fueran miembros de la ejecutiva federal en el XXX Congreso de 1984 —en concreto evitar que Almunia, Solana o Maravall fuesen miembros de aquélla—; y las continuas negativas a que se integrasen en la ejecutiva federal personas de confianza del líder carismático. Este tipo de acciones se agravaron con el transcurrir del tiempo y las manifestaciones de Felipe González de abandonar la presidencia del gobierno. Era claro que del aparato no iba a surgir el sucesor del líder, pero los guerristas querían influir en la decisión y nada mejor que apartar de las ejecutivas a los miembros de la tendencia renovadora¹⁰⁹.

¹⁰⁷Las personas que comenzaron a coincidir, no sólo de manera personal, sino ideológicamente en esta época son: Javier Solana, Milagros Candela, Alfredo Pérez Rubalcaba, Álvaro Espina, Rosa Conde, Joaquín Arango, Joaquín Leguina, Joaquín Almunia, Manuel Marín, José María Maravall y Juan Manuel Eguiagaray, entre otros.

¹⁰⁸Jorge de Esteban y Luis López Guerra, *Los partidos políticos en la España actual*, Barcelona, Planeta, 1982, pp. 126 y 127.

¹⁰⁹Ricardo Martín recoge las palabras de un íntimo colaborador de Guerra que afirma: «El aparato no considera a Serra el adversario de referencia, pero sí a los del grupo de Madrid, a los Solana, Leguina o Almunia, y también a Solchaga. Lo que está en juego es nada menos que la sucesión». Op. cit., pág. 184.

La principal característica de ésta tendencia era una firme creencia en la socialdemocracia, pero una socialdemocracia que evolucionaba, en el mismo sentido para los renovadores, y una identificación muy grande con el proyecto de Felipe González y con su persona. En general podríamos decir que la «historia» del líder carismático había prendido en ellos de igual forma y manera que en el líder. Pero quien mejor resume la posición de los renovadores es Joaquín Almunia: «Nos unía una determinada idea de la socialdemocracia, capaz de evolucionar al ritmo de los cambios que se produjesen en su entorno, y la concepción del partido como una organización respetuosa con su democracia interna y abierta hacia la sociedad»¹¹⁰. Pero la verdadera presentación pública de la «renovación» se produjo en 1990, con la intención de dejar de ser una tendencia —influir en las políticas y la estrategia— para convertirse en una facción —ocupar áreas de influencia/poder dentro de la organización—. El 4 de septiembre de 1990, el presidente de la Comunidad de Madrid, Joaquín Leguina, convocó en el hotel Chamartín a aquéllos que compartían con él una misma línea de pensamiento ideológica y orgánica¹¹¹. Los allí reunidos, más la adhesión de algunos otros, decidieron enfrentarse a Guerra por las injerencias que estaba llevando a cabo contra presidentes autonómicos que no eran fieles suyos¹¹² —concretamente José Rodríguez de la Borbolla y Joaquín Leguina—. La acción de los renovadores se vio en gran medida alentada al decidir Felipe González apoyar a este grupo y encargar a Narcís Serra la incorporación de nuevos miembros. Desde la vicepresidencia del gobierno Serra fue atrayendo a diferentes dirigentes regionales hacia la «renovación» —el PSC, José Bono, Antolín Sánchez Presedo, Teófilo Serrano, Ramón Jáuregui, Joan Lerma; a los que habría que añadir Manuel Chaves, aunque éste llegó a la «renovación» por expresa petición del propio Felipe González—. Esta acción de sumar fuerzas contó rápidamente con el apoyo de gran parte de las bases del propio partido, pues,

¹¹⁰Joaquín Almunia, op. cit., pág. 318.

¹¹¹El llamado *clan de Chamartín*, aunque habría que calificarlo como ejecutiva de la «renovación», estaba compuesto por Leguina, Joaquín Almunia, Javier Solana, José Barrionuevo, Carlos Romero, Josep Borrell, Alfredo Pérez Rubalcaba, Narcís Serra y Rosa Conde. A los que había que añadir los colaboradores de Leguina: Virgilio Cano, Marcos Sanz, Jaime Lissavetzky, Agapito Ramos, Manuel García Hierro y Ramón Espinar.

exceptuando a los muy creyentes del socialismo, los militantes socialistas —desde los arribistas hasta los carismatizados— decidieron apoyar al líder carismático frente a su gemelo¹¹³. De esta forma, lo que en un principio era una tendencia pasó a ser una facción interna del PSOE.

La *estrategia organizativa* de la «renovación» se basó principalmente en la profundización de la democracia interna del PSOE, porque de esta forma se laminaba el poder del aparato del partido, es decir, del guerrismo, al quebrar el centralismo leninista implementado desde 1979 —sólo matizado por los cambios de 1983—. Realmente la mayoría de las propuestas de modificación de los estatutos no eran propias de la facción renovadora, sino que fueron sustraídas del discurso orgánico de Izquierda Socialista, lo que no empece para que fuesen presentadas bajo un halo de pureza democrática de los renovadores, como veremos posteriormente. Una de las primeras medidas orgánicas que formularon los renovadores fue la introducción del voto individual y, en ciertos actos, secreto de los delegados a congresos del partido y en las votaciones en las asambleas locales y comités de distinto ámbito territorial. La justificación de esta pretensión queda perfectamente expresada en las palabras de Leguina:

«En España, la Constitución exige democracia interna a todos los partidos, pero la Carta Magna (sic) no especifica más. De hecho, en los partidos políticos españoles de cualquier signo el uso de la urna (vale decir, el voto individual, directo y secreto) no se prodiga en las grandes decisiones. Por el contrario, se ha generalizado el uso de otros mecanismos de refrendo-adhesión por delegación»¹¹⁴.

¹¹²Para conocer todo el desarrollo de las injerencias y las luchas internas véase Esther Jaén y Susana Moneo, *Los hijos del César*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, pp. 60 y ss.; y 94-114.

¹¹³«En unos casos los motivos eran su mayor afinidad respecto a las políticas que estaba llevando a cabo el Gobierno; en otros, los argumentos se basaban en la visión sobre la manera de organizar el PSOE y profundizar en su democracia interna. En última instancia, los que se agrupaban bajo la etiqueta renovadora eran quienes, a la vista de la fractura del tándem González-Guerra, se sentían más identificados con lo que representaba la figura política de Felipe González, que con el discurso y los comportamientos del vicesecretario general». Joaquín Almunia, op. cit., pág. 316.

¹¹⁴Joaquín Leguina, op. cit., pág. 25.

Quitar el voto por delegación quedaba justificado como una aplicación de la Constitución española en el seno del partido, ocultando que el verdadero impulso se debía a minar el poder de los guerristas que controlaban las federaciones con más delegados. A esta petición, que se logró en el XXXIII Congreso de 1994, se añadía la ampliación de la proporcionalidad en la composición de las listas para delegados a congresos del partido y para la elección de representantes en los diferentes comités¹¹⁵. ¿Por qué negociaron este sistema las dos facciones predominantes? Porque beneficiaba en ese momento a ambas facciones del PSOE. Por un lado, la «renovación» estaba aumentando sus apoyos aunque no lograba ser mayoritaria en todas las federaciones, y le interesaba conseguir un mejor resultado que el 25% de los puestos. Y, por otro lado, el guerrismo iba perdiendo sus apoyos proporcionalmente al aumento de los renovadores y necesitaba, al menos, asegurarse en previsión al futuro un porcentaje amplio de delegados. En ambos casos no existía una profunda voluntad democrática ya que, de ser verdaderos demócratas como decían ser, hubiesen podido decidirse por una tasa de exclusión del 10% —lógico si tenemos en cuenta que con el 20% quedaban desestimadas las opiniones de, al menos, un 19'9% de los militantes socialistas (que en algunas federaciones suponía, mínimo, dejar fuera a más de mil quinientos afiliados)—; o por una proporcionalidad total. Pero estaban pensando tanto en asentar el poder como en no perderlo del todo. Los renovadores, también, plantearon la incorporación de los *simpatizantes* en algunas áreas del partido: «El partido es propiedad de los que defienden sus mismas ideas, estén afiliados o no. El partido es una plataforma al servicio de estas ideas»¹¹⁶. De esta forma, las redes de clientelismo estructuradas por el guerrismo e, igualmente, por los «barones territoriales» se veían alteradas en favor de los dirigentes «públicos» de nivel estatal. Además, había en la propuesta de los renovadores una necesidad de dar respuesta a la corrupción: realizando la

¹¹⁵Esta modificación estatutaria se consiguió en el XXXIII Congreso quedando conformado el sistema como sigue: si concurren dos listas que superan la tasa de exclusión del 20%, los puestos se reparten proporcionalmente a los porcentajes de votos obtenidos —existía un claro beneficio para la segunda lista ya que si obtenía más del 20% de los votos obtenía una representación igual al porcentaje obtenido—; si concurrían tres listas que superaban el 20%, la más votada obtenía la mitad más uno de los puestos, repartiéndose las otras dos listas los restantes puestos de manera igual al porcentaje obtenido.

¹¹⁶Narcís Serra en Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 184.

apertura de la organización a la sociedad se pretendía establecer una comunicación entre las dos partes y, sobre todo, que los ciudadanos conociesen el interior del partido y no pensasen que estaba plagado de personas tendentes a la corrupción. Lo que no empece para que se deseara controlar la *secante marginal* del PSOE una vez que González no estuviese al frente del partido.

Respecto a la ideología de la «renovación» es difícil establecer una variable única a la que agregar matices, como sucedía con Izquierda Socialista o el guerrismo. Bien al contrario, la facción renovadora, aun teniendo su base en la socialdemocracia, estaba conformada por personas que eran/son claramente liberales con un sentimiento de solidaridad cristiana —lo que podríamos calificar como capitalismo renano—, socialdemócratas evolucionados, socialdemócratas clásicos/keynesianos o meros arribistas desideologizados. Algunos caracteres ideológicos comunes, o de estrategia política, mejor dicho, comunes pueden ser su recelo de las consecuencias del capitalismo al pretendían modificar antes que transformar; su apuesta decidida por el Estado de bienestar, aunque desde parámetros nuevos; o una política de complacencia con la potencia hegemónica imperial (EEUU) y, por consiguiente, un atlantismo practicante —recuérdese que uno de sus miembros, Javier Solana, fue secretario general de la OTAN—. En otros aspectos, como la aplicación de políticas impositivas por ejemplo, había más discrepancias, pero en general, lo que buscaban los renovadores era un giro a la derecha del «PSOE como organización». Sin embargo, la ideología como factor de legitimación de las distintas posiciones de poder no traspasaba las fronteras de esa batalla legitimatoria. Mónica Méndez analiza con precisión la ausencia de debate ideológico en el interior del partido:

«La importancia marginal de las cuestiones ideológicas en las pugnas internas se confirma al comprobar que en los congresos más conflictivos de esos años, los celebrados en 1990 y 1994, las resoluciones sobre política y estrategia fueron aprobadas con el apoyo de la práctica totalidad de los delegados, mientras que fue en las negociaciones

para la composición de la Comisión Ejecutiva donde se hizo obvio el enfrentamiento entre los dos sectores»¹¹⁷.

La posición orgánica e ideológica de la «renovación» ha quedado clara, pero falta añadir una variable que puede resultar más importante para la comprensión de la disputa interna: la *pureza* del posicionamiento de la renovación. El dogma de los renovadores era, principalmente, acabar con el sectarismo interno del aparato del PSOE¹¹⁸. Esta posición orgánica se presentó como inédita y pura de intenciones clientelares. Ambas presunciones eran falsas. Por un lado, las medidas de transformación de las estructuras internas del partido llevaban siendo defendidas por Izquierda Socialista desde años atrás, y durante ese periodo los renovadores —salvo Leguina respecto al voto individual y secreto— nada habían dicho, es más se manifestaron contrarios a la legalización de las corrientes de opinión, al voto individual y secreto y a los cambios en la forma de elegir a los delegados congresuales y/o de los comités territoriales. En aquellos momentos, cuando la disputa con el guerrismo no había comenzado, los renovadores se posicionaban contra las medidas que, posteriormente, serían su principal argumento orgánico. Por consiguiente, o bien no eran democráticos en 1984 y sí a partir de 1990, o bien sólo apreciaban la democracia cuando los perjudicados del sistema eran ellos. La segunda posibilidad es la más factible. Entonces, la «pureza» del posicionamiento de la «renovación» es falsa. Pero además, comenzaron los renovadores una especie de revisionismo histórico del socialismo desde la transición para dotarse de ese aura puro de su posición. Cuando en 1979-1980, principalmente, se expulsó, expedientó o desterró a una gran cantidad (cerca de diez mil) de afiliados socialistas, los renovadores no expresaron en ningún momento preocupación

¹¹⁷Mónica Méndez Lago, op. cit., pág. 149. Aunque la precisión sobre la inexistencia de una confrontación ideológica general es acertada, sin embargo, debe ser relativizada porque la profesora Méndez olvida un hecho fundamental para esa expresión de unanimidad ideológica. Como nos explicó el militante del PSOE e Izquierda Socialista, Mario Salvatierra, las votaciones de las comisiones no se recogen numéricamente, a no ser que algún delegado lo solicite, hasta la votación en el Plenario del congreso, que es donde realmente se contabilizan los votos para que conste en acta. El enfrentamiento era más intenso en los debates de las comisiones, donde se llegaban a acuerdos y transacciones que luego eran aprobadas por la gran mayoría. Sin embargo, es cierto que el debate ideológico no se utilizó como argumento real de la confrontación, sino como legitimación de unas posiciones de poder y como encubrimiento barroco y teatral de las disputas internas.

por los actos en sí; ellos eran parte de la coalición dominante del partido y, por lo tanto, beneficiarios de la purga. Sin embargo, cuando los ataques del aparato se cometieron contra ellos mismos, decidieron que había que acabar con el monopolio de la violencia del vicesecretario general del PSOE. La actitud hipócrita, en muchas ocasiones no escondida¹¹⁹, de la «renovación» se veía fortalecida tanto por la inexistencia de críticas internas —Izquierda Socialista y el guerrismo nada dijeron y aceptaron esa «pureza de origen»—, como por el enfrentamiento entre los dos gemelos socialistas. Pero lo cierto es que, cuando los ataques fueron contra el «sector crítico» o Izquierda Socialista, los renovadores no protestaron ni exigieron una actitud ética impecable, sino que adoptaron una posición contraria a lo que decían defender.

De igual manera, la historia de la corrupción y la ostentación es achacada desde la «renovación» al guerrismo por no haber sabido controlar a los corruptos. Esta acusación no es falsa, pero tampoco totalmente cierta. Si la corrupción se produjo por culpa, como vimos, de la ausencia de controles administrativos, la culpa es de todos los dirigentes socialistas que apoyaron la medida en Consejo de ministros —de mayoría renovadora—, no del aparato del partido —que sí es culpable del «caso Filesa»—. Respecto a la ostentación y la «cultura del pelotazo» fue culpa de todos los estratos dirigentes del PSOE, pues en todos los ministerios hubo cargos políticos que se adaptaron

¹¹⁸Joaquín Almunia, *op. cit.*, pág. 306.

¹¹⁹Joaquín Almunia (*op. cit.*) hace una breve referencia a la expulsión de Alonso Puerta como un error por haber sido un aviso sobre los casos de corrupción que llegarían, pero culpa al aparato (pág. 126) y no sólo no disculpa a Puerta sino que le acusa directamente de *vendetta*: «No es el caso de profundizar aquí sobre cuales fueron las auténticas intenciones de Alonso Puerta al formular sus acusaciones. Puerta había sido desplazado de la dirección de la FSM a raíz de su alineamiento con el sector más crítico con la Ejecutiva Federal y su motivación podía muy bien deberse a una *vendetta* contra quienes le habían dejado en minoría dos años antes» (pág. 127). En ningún momento Puerta pudo realizar, según Almunia, las acusaciones desde una posición ética. A esto nos referimos al hablar de revisionismo histórico e intenciones de pureza de acción y espíritu de los renovadores. A Joaquín Almunia, con una actitud hipócrita, le parece bien en 2001 que se expulsase a Puerta, porque era una persona molesta a la ejecutiva federal —y en favor claramente de un *fin superior* (en todos los autoritarismos y los totalitarismos existe siempre un fin superior que se impone por la fuerza) como era la modernización de España—, cuando había pruebas suficientes para culpar a la persona denunciada —aunque el proceso judicial no pudo concluir al fallecer el principal inculpaado—, pero le aterra no haber prestado atención a los indicios para el futuro. Sin embargo, le parece mal que, dentro de un juego interno de poder, el guerrismo —utilizando los recursos organizativos— dejase sin su cargo a José Rodríguez de la Borbolla, renovador por cierto (pág. 305).

a esa cultura. Por lo tanto, tanta culpa tuvieron los «renovadores» como los guerristas —aún mayor si incorporamos al análisis el «caso Segundo Marey», uno de cuyos principales condenados es miembro del «clan de Chamartín», José Barrionuevo—. Además, se puede señalar, como última de las contradicciones de la facción renovadora, su actuación política en el poder. Pese a haber criticado la actuación sectaria y clientelar del guerrismo, en su actuación los renovadores fueron igualmente sectarios —aunque con menor intensidad que el guerrismo— y establecieron unas redes clientelares —construcción de un aparato propio— similares a las que había tenido el guerrismo y con las mismas funciones de acoso, lo que ha estado en gran medida determinado por la creación de la facción. Al haberse creado la «renovación» por agregación de aparatos territoriales clientelares ya formados, la capacidad del centro para poder actuar ha quedado mermada, como no sucedía en el aparato guerrista que se creó desde el mismo centro, sin un proceso sumatorio. Todas estas contradicciones demuestran que las luchas llevadas a cabo en el seno del PSOE, a pesar del discurso de la «pureza de la renovación», han tenido como referencia el poder, el clientelismo y los incentivos selectivos —es decir, el control de los recursos organizativos— en mayor medida que el posicionamiento ideológico o estratégico¹²⁰.

La relación del líder carismático (Felipe González) en la formación y actuación de la facción renovadora es la más evidente de las analizadas. Si bien, González no estuvo implicado en la formación como tendencia de la «renovación», su presencia y proyecto sí actúa indirectamente en la composición del grupo de personas que la conforman. Además, una vez que los miembros de la tendencia optan por transformarla en una facción —algo que niega Joaquín Almunia¹²¹—, Felipe González toma la determinación de ejercer la función directiva que había dejado relegada, confiando en sus colaboradores más cercanos la formación de un grupo alternativo al guerrismo. Tanto como para que, a partir de 1991,

¹²⁰Richard Gillespie, *Factionalism in the Spanish socialist party*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials (working papers, nº 59), 1992, pág. 5. Véase igualmente Mónica Méndez y Julián Santamaría, «La ley de la disparidad ideológica curvilínea de los partidos políticos: el caso del PSOE», *Revista Española de Ciencia Política*, nº 4, (abril) 2001.

a los renovadores se les considerase igualmente como felipistas. Por lo tanto, en este caso específico cabe hablar de la facción de fieles del líder carismático.

1.3.3. *El liderazgo carismático y los barones territoriales.*

Hemos visto cómo la lucha interna en el PSOE ha estado determinada por la existencia de un líder carismático, pero ¿ha sido la aparición de los barones territoriales producto de la acción del líder o consecuencia de una lógica del entorno institucional del PSOE?. Esto es lo que vamos a dilucidar brevemente en este epígrafe.

En contestación a la pregunta que planteábamos en las últimas líneas del párrafo anterior y que servían de introducción a este epígrafe, debemos contestar que la existencia de un líder carismático como Felipe González no influyó en la aparición de los «barones» territoriales, aunque sí influyó en el poder acumulado por éstos por varias razones. La distribución territorial de España —que es imitada por el PSOE en su estructura interna organizativa— supone un entorno institucional externo que influye fuertemente en la configuración de las relaciones de poder en los partidos políticos en general y en el PSOE, en concreto. Además, hay que añadir a la presión de ese entorno institucional exterior, la distribución poblacional de España como segunda variable decisiva para la formación de las relaciones de poder. Por lo tanto, existen razones suficientes para refutar la hipótesis de que el liderazgo carismático influyó en la aparición de los «barones» territoriales —incluidos los alcaldes de ciudades con amplia población—. Sin embargo, algunas decisiones de Felipe González contribuyeron a consolidar ese poder interno hasta el punto de fijar en el seno del PSOE una especie de monarquía, ora medievalista ora moderna: «Se ha producido, a mi juicio, una evolución muy negativa y muy perversa que es la consolidación de los barones territoriales. La clave está en ponerte de acuerdo con éstos que a su vez son virreyes autócratas»¹²². Fue, pues, la

¹²¹Joaquín Almunia, op. cit., pág. 318.

¹²²Joaquín Arango en Tom Burns Marañón, op. cit., pág. 111.

estructura federal del Estado español la que propició la existencia de barones territoriales en el seno del PSOE, pero contando con la ayuda de González para su consolidación.

Una vez en el gobierno, y tras la estructuración definitiva del Estado de las autonomías en España, Felipe González decidió crear un consejo territorial donde reunirse con los gobernantes socialistas de las diferentes Autonomías y con los dirigentes de las distintas federaciones al margen de la ejecutiva federal. La intención de González para poner en práctica estas reuniones era doble: por un lado, influir en los dirigentes socialistas en la necesidad de llevar a cabo concretamente el proyecto de modernización de España; y por otro lado, conocer la evolución de las reformas realizadas por el gobierno central, y conocer las necesidades y problemas de las distintas regiones españolas. Con esta decisión González consolidaba, en la mayoría de los casos, el poder interno de los dirigentes territoriales, ya que mantenían un contacto directo con el líder carismático a través de una especie de «Consejo del Reino», y podían contradecir las órdenes del propio aparato. Sin embargo, los dirigentes que realmente vieron consolidado su poder interno fueron aquellos que aunaban en su persona tanto la jefatura de la comunidad autónoma como la secretaria general del partido a nivel regional —con la excepción del PSC que, jurídica y, en muchas ocasiones, políticamente, es un partido independiente pero coaligado al PSOE; y de la federación vasca por su especial significación—. Según fueron perdiendo las elecciones regionales, los dirigentes territoriales perdían su peso político en el seno del partido en favor de otros dirigentes de la misma federación —como el caso de Francisco Vázquez (alcalde de La Coruña) en Galicia, por ejemplo—, o en favor de los fieles a alguna de las facciones del partido, o ambos casos. Por consiguiente, vemos como son dos las variables (interna y externa) que influyen en la consolidación de los dirigentes territoriales en el seno del PSOE, pero con un mayor peso de la variable externa como demuestra la propia acción de Felipe González. Igualmente, la labor de acoso a ciertos dirigentes territoriales, para despojarles de su cargo orgánico y, posteriormente, de su cargo institucional —como Rafael Escuredo, José Rodríguez de la Borbolla o Joaquín Leguina, por ejemplo—, llevada a cabo por el guerrismo, se inscribe en la estrategia de esa facción de evitar el control de

las áreas de incertidumbre partidarias a los «no-fieles», especialmente la secante marginal regional/nacional¹²³.

La importancia de estos dirigentes territoriales en el seno de la organización aumentó según los socialistas iban perdiendo el poder en diferentes comunidades autónomas y el respaldo electoral a escala estatal del PSOE disminuía en toda España —incluso en las regiones gobernadas por el PSOE—, llegándose al momento álgido de las tres baronías que siempre han estado gobernadas por el PSOE (Andalucía, Castilla-La Mancha y Extremadura). Pero, ¿han sido diferentes las relaciones de poder de las establecidas con el guerrismo, por ejemplo?. Sí y no, porque al comienzo las relaciones de poder eran asimétricas transitivas, pero sufrieron una evolución distinta a las desarrolladas en los otros casos, tanto interna como externamente. Externamente, el líder carismático determinó el sentido de las políticas regionales al incluirlas dentro de la visión general sobre la modernización de España, pero la propia dinámica política de gobierno determinó que se pasase a una relación de poder simétrica, unas veces de cooperación y otras de antagonismo. Esta evolución de las relaciones de poder externas, desde la asimetría hasta la simetría, está determinada por el desarrollo institucional de la ampliación de las competencias, pero la cooperación y/o el antagonismo tan sólo con la política cotidiana. Sin estar en total desacuerdo con la política gubernamental, ni con el proyecto regeneracionista de Felipe González, los dirigentes territoriales, que en la mayoría de las ocasiones cooperaban con el gobierno, sí se enfrentaron a los deseos del líder socialista en favor de los intereses particulares de las distintas regiones en diversas ocasiones. Por otro lado, internamente las relaciones fueron asimétricas transitivas hasta que la división del partido en dos facciones antagónicas provocó que en algunas federaciones permutasen en

¹²³Joaquín Leguina ha valorado de la siguiente manera el proceso de enfrentamiento entre los «barones» y al aparato: «El aparato no vio nunca con buenos ojos que, al socaire de la descentralización del poder estatal, surgieran poderes territoriales internos que pudieran amenazar, caso de colegiarse, el poder del aparato central. Ante el terror a una posible deslealtad, se ha atacado internamente a los emergentes liderazgos territoriales. Los apodos de “barones”, “califas” y otros términos despectivos, con los que se ha regalado tantas veces a los líderes regionales, han salido del aparato central. Con frecuencia se han incitado desde allí reivindicaciones municipales contra las Autonomías. [...] Y todo ello con la única finalidad de

asimétricas intransitivas. Sólo con la renuncia de González a seguir al frente del PSOE las relaciones con la ejecutiva federal permutaron clara y nítidamente hacia la simetría, aunque con anterioridad se podría comprobar esta evolución de manera lenta por la propia dinámica interna. Por lo tanto, podemos decir a modo de resumen que la existencia de barones territoriales ha sido consecuencia principalmente de la variable externa, no de la existencia de un líder carismático, que sí es cierto que ayudó a consolidar estas figuras con algunas acciones. Aunque, realmente lo que ha sido más decisivo para consolidar las figuras de los barones territoriales, como piezas fundamentales de los juegos internos, fue la división interna entre las dos facciones, las cuales hubieron de mantener las redes clientelares para controlar los recursos organizativos esenciales para la lucha interna.

2.) ALMUNIA Y BORRELL: CONTINUIDAD Y CAMBIO DEL PROYECTO DEL LÍDER CARISMÁTICO.

En este apartado vamos a analizar la renuncia de Felipe González a seguir siendo secretario general del PSOE y los motivos que existían para ello —en concreto los motivos internos—. También veremos que la elección del sucesor estuvo determinada por la voluntad del líder carismático siguiendo los patrones clásicos de la teoría del liderazgo carismático. Igualmente analizaremos la continuidad y el cambio que representaron Almunia y Borrell respecto al proyecto de González, y la permanente crisis de liderazgo que sufrió el PSOE hasta las elecciones del 12 de marzo de 2000 y los motivos de ello. Todo esto, como se comprobará, representa el epílogo del liderazgo carismático de Felipe González, no tanto por su influencia «detrás del escenario» como por la disyuntiva creada entre la continuidad de su proyecto y la posibilidad de cambio.

preservar el poder disuasorio que tiene el núcleo del aparato. Éste nunca ha querido verse como el *primus inter pares* de una dirección territorialmente plural». Op. cit., pág. 65.

2.1. *La retirada y sucesión del líder carismático.*

Tras ser derrotado en las elecciones generales de 1996, el PSOE iniciaba una andadura nueva dentro de la política española: volvía a ser el primer partido de la oposición, pese a la «dulce derrota». El desgaste sufrido por la figura carismática de Felipe González, como vimos en el capítulo 10º, no indicaba durante el primer año de mandato del gobierno del Partido Popular que el líder socialista tomase la decisión de abandonar la secretaria general y/o la candidatura a ser de nuevo presidente del gobierno de España, sobre todo teniendo en cuenta sus manifestaciones respecto a la no conclusión de su proyecto y las buenas valoraciones personales en las encuestas de opinión. Sin embargo, la cercanía de la celebración del 34º Congreso del PSOE en 1997 cambiaría la situación de manera radical, especialmente después de haber observado la desgana manifestada por Felipe González en el debate sobre el estado de la nación. Entonces, ¿cuáles fueron los motivos de esta decisión de retirada?

Las motivaciones personales sólo Felipe González y sus más allegados las conocen, aunque podemos apuntar que el cansancio de llevar más de treinta años en primera línea de la política se encuentre dentro de esas motivaciones. Pero cualquier otra argumentación pertenece al terreno de la elucubración y, además, carece de interés para nuestro estudio. Las motivaciones políticas externas son meridianamente claras. Tras una «conspiración» para derribarle, González tenía que desvincularse del primer plano político tanto para salvar su proyecto de España, como para dejar que el tiempo —y las decisiones judiciales— actuaran en su favor y en contra de los conspiradores. Es decir, que el tiempo lavase su imagen y tener un margen de actuación propio para defenderse de las acusaciones a las que se había visto sometido. Además, es factible que tras haberse enfrentado a grandes dirigentes de la política española, haber vivido el período más fructífero de la reciente historia de España, haber compartido el futuro de las naciones occidentales con grandes líderes y haber estado presente en los mayores acontecimientos internacionales de finales del siglo XX, le resultase aburrido y poco edificante enfrentarse

a una nueva generación de políticos con escaso bagaje y poca prestancia política¹²⁴. Dentro de los motivos políticos internos, o referentes al PSOE, el abanico de posibilidades es igualmente amplio, pero pueden centrarse en tres perfectamente: que el PSOE siguiese teniendo como propio el proyecto de futuro que él defendía; evitar el problema en que se había convertido él mismo para la renovación en la oligarquía dominante; y acabar con las luchas internas arrastrando en su marcha a Alfonso Guerra —líder del guerrismo—. Dejando de lado la primera posibilidad, porque será analizada posteriormente cuando hablemos de Joaquín Almunia, Felipe González fue claro al considerar que él mismo se había convertido en un problema para el propio partido por la magnitud de su liderazgo, el cual impedía la innovación de las ideas —ya que se esperaba de él que mostrase continuamente el camino a seguir— y la renovación en la cúpula partidaria. Respecto a solucionar el problema que significaba para el partido por impedir la renovación, lo expresó clara y metafóricamente durante el discurso de apertura del 34º Congreso:

«Estuve en Suecia hace veinticinco años, acompañando a Olof Palme, y conocí al viejo Tacerlander. Llevaba más de veinte años al frente del Gobierno y del Partido y un buen

¹²⁴Los recuerdos de Almunia de esta época son edificantes y demostrativos de lo que venimos manteniendo: «El tiempo no se detenía. Si frente a Brandt, Mitterrand, o Palme, Felipe González era un dirigente que había llegado de forma precoz hasta las más altas responsabilidades, ahora se empezaba a producir la situación inversa. Muchos de los que ocupaban los puestos más importantes en los partidos hermanos pertenecían a una generación política posterior a la nuestra, aunque las diferencias de edad fuesen mínimas. Felipe tuvo esa sensación, mientras observaba la brillante intervención de Blair [en el congreso del partido socialista europeo] o sonreía con la sinceridad de Jospin, que nos confesó que su victoria le había sorprendido a él casi tanto como a nosotros.

»Pocos días después, a una semana del comienzo del 34 Congreso, tuvo lugar el debate sobre el estado de la nación, el primero que se celebraba con Aznar en la presidencia del Gobierno. Felipe tenía que intervenir en su calidad de jefe de la oposición. Antes de comenzar la sesión, tomamos un café mano a mano, en su despacho del palacio de la Carrera de San Jerónimo. Le encontré cansado e incómodo en el papel que debía representar desde la tribuna, teniendo que oponerse a su adversario en asuntos, como el autonómico, en los que hubiese deseado poder certificar la existencia de un consenso. Estaba también dolido al ver que su sucesor, una vez instalado en La Moncloa, basaba su relación entre ambos en el recelo y la desconfianza, sin valorar el sentido de Estado que él había demostrado en su relación con Suárez o Calvo Sotelo.

»Durante aquella conversación, no quise formular a Felipe la pregunta que me vino a la mente al comprobar su estado de ánimo. Quizás no lo hice para no distraer su atención en ese momento, a punto de afrontar un trámite parlamentario importante. Pero ese día vi en mi interlocutor un deseo casi irresistible de abandonar su puesto de secretario general del PSOE». Joaquín Almunia, op. cit., pp. 351 y 352.

día le dijo a Olof Palme: “anoche pensé —*a mí todavía no me ha llegado esa edad, pero, bueno, la tentación puede estar próxima*—, anoche pensé que era imprescindible para la socialdemocracia y para mi país, y antes de que lo piense otra vez y me lo crea, por favor, sustitúyeme”. Y así fue, esa fue la nobleza de Tacerlander.

»Compañeros. Abrir una nueva etapa —como pedís todos—, estar disponible para ellos, exige de mí, no se lo pido a nadie, una decisión que haga coherente lo que digo con lo que hago»¹²⁵.

Aunque desde sectores guerristas y medios de comunicación antifelipistas siempre se creyó falso este argumento, la verdad es que González, pese a la influencia que podía ejercer, se retiraba sinceramente del primer plano de la actividad política, ya que consideraba que él era un problema, si bien el modo en que se produjo la publicidad de la decisión escondía una estrategia clara de acabar con la división interna y dejarlo todo «atado y bien atado».

Desde febrero de 1997 se venía hablando de la posibilidad de hacer desaparecer el cargo de vicesecretario general, lo que indirectamente suponía situar fuera de la ejecutiva a Alfonso Guerra y al guerrismo. Los renovadores pretendían formar una ejecutiva homogénea, en ningún momento tuvieron constancia de que Felipe González fuese a dimitir —hasta el día anterior a la celebración del congreso, sólo unos pocos y como posibilidad factible, pero posibilidad—, como siempre le han gustado a González las ejecutivas, y de color absolutamente renovador. Por lo tanto, la misma existencia de Guerra como vicesecretario general suponía un impedimento para los deseos de la «renovación». Optaron, entonces, por eliminar el cargo que ostentaba Guerra con el fin claro de que él mismo abandonase la ejecutiva. Los motivos para esta eliminación eran que su utilidad ya no era necesaria, pues al estar el partido en la oposición no era necesario esa división de funciones¹²⁶. Además, se argumentó que Guerra podía seguir perteneciendo a

¹²⁵ *El Socialista*, nº 606, (julio) 1997, pág. 39 (la cursiva es nuestra).

¹²⁶ «Guerra —afirmó José Bono tras una reunión mantenida con el resto de dirigentes de la «renovación»— debe seguir en la ejecutiva, pero no ocupando el cargo de vicesecretario porque esta responsabilidad ha quedado vacía de contenido desde que Felipe González no tiene responsabilidades institucionales y se dedica plenamente al partido». *El País*, 20 de mayo de 1997. La tesis de que ya no era necesaria la presencia de Guerra como vicesecretario general por dedicar más tiempo González al partido es

la ejecutiva en otro cargo, algo que sabían los renovadores que no podía aceptar el vicesecretario general, pues significaba aceptar una degradación y una pérdida de poder en el interior del partido. Así lo expresó Roberto Dorado: «La estrategia de los *barones* era crear un clima de opinión en que pareciera que era unánime el deseo de toda la organización de que la Vicesecretaría General carecía de sentido y que, como consecuencia de ello, era lógico degradar a su titular para que éste se viera obligado a no aceptar su continuidad en la dirección del Partido Socialista. De este modo, se quería presentar su eliminación como una autoexclusión»¹²⁷. Pero las pretensiones de la «renovación» fallaron ya que, además, de la propia defensa de los guerristas, los propios militantes y simpatizantes ejercieron su influencia en considerar que el binomio mítico González-Guerra persistiese en la dirección del PSOE¹²⁸. El error estratégico de centrar la celebración del XXXIV Congreso del PSOE en un juego de nombres y poder —y no de ideas como reclamaban algunos analistas¹²⁹—, estrategia adoptada también por el propio guerrismo¹³⁰, provocó que González —influenciado por las motivaciones indicadas anteriormente— decidiese, en favor de salvar «su» proyecto de España, dimitir para forzar la dimisión de todos los demás y reconstruir la ejecutiva con todos sus partidarios¹³¹.

refutable funcional e históricamente. Alfonso Guerra fue elegido vicesecretario general del PSOE en el Congreso Extraordinario de 1979, año en que el PSOE estaba en la oposición y Felipe González ejercía las mismas funciones que en 1997, es decir, jefe de la oposición —aunque en aquella época no estaba reconocido el cargo como tal—. Por lo tanto, el argumento utilizado por los renovadores es tan sólo un ardid retórico encaminado a enfrentarse a Guerra o para esconder las funciones que ejerció durante esos, algo más, de tres años.

¹²⁷Roberto Dorado, «XXXIV Congreso del PSOE: sorpresas, exclusión e incógnitas», *Temas para el debate*, nº 32, (julio) 1997, pág. 61.

¹²⁸Un sondeo realizado por el semanario *El Siglo* —nada científico y que sólo puede marcar una tendencia— indicaba que las preferencias se decantaban claramente en favor de Guerra como «número dos» del PSOE. El resultado final —los diez más votados— de la encuesta era el siguiente: Alfonso Guerra (3.792 votos); Josep Borrell (1.744); Joaquín Almunia (638); Matilde Fernández (497); Alfredo Pérez Rubalcaba (490); Juan Antonio Belloch (297); Cristina Alberdi (292); Joaquín Leguina (264); Javier Solana (214); y Pascual Maragall (115). Entre el resto de dirigentes más votados destacan: Carlota Bustelo, Manuel Chaves, Cipriá Ciscar, Ramón Jáuregui, Carlos Solchaga, Francisco Vázquez o Luis Gómez Llorente. *El Siglo*, 23 de junio de 1997.

¹²⁹Antonio García Santesmases, «El momento oportuno», *Temas para el debate*, nº 30, (mayo) 1997, pág. 13.

¹³⁰Vid. José Félix Tezanos, «El pulso de la calle», *Temas para el debate*, nº 30, (mayo) 1997, pág. 6.

¹³¹Santos Juliá, *Un siglo de España*, pág. 281.

2.1.2. Joaquín Almunia, el sucesor de Felipe González.

Felipe González manifestó en su discurso de apertura del 34º Congreso que él no estaba dispuesto a elegir a su sucesor porque era una tarea de todos los delegados allí congregados: «Pilotar la sucesión, como alguno me pide, no es propio de partidos democráticos que tienen una veta libertaria como el nuestro. Tal vez en los países nórdicos sepan hacerlo y lo hagan bien. Nosotros, no. Sólo indicar en una dirección personal provoca pasiones y enfrentamientos que lo hacen más difícil. Nosotros no tenemos el carácter para tomar esas decisiones a plazo, sólo podemos hacerlo al contado y ahora podéis y debéis hacerlo, porque vamos a ganar así las próximas elecciones en nuestro país»¹³². Esta fue la premisa que González no cumplió en ningún momento, porque fue él la persona que indicó quién debía sucederle. Antes de entrar en esta cuestión y analizar los motivos que le llevaron a elegir a Joaquín Almunia, debemos recordar que la sucesión de los líderes carismáticos se puede producir: o bien por la *propia designación del líder* —«autoridad del origen», fórmulas heurísticas, etc.—; o bien por la designación de un *conciliábulo carismáticamente calificado* de cualquier tipo —generacional, aristocrático, etc.—; o bien por encontrarse en la persona sucesora características del carisma —dentro de este tipo de designación caben desde la sucesión consanguínea o el descubrimiento del carisma en otra persona—. En nuestro caso de análisis son varias las fórmulas que utilizó González para designar a su sucesor.

Manuel Chaves ha manifestado tiempo después que González no dijo que se debía elegir a Joaquín Almunia, lo que técnicamente es verdad pero fácticamente no. Es cierto que González, en la primera reunión mantenida con los jefes de delegación no dijo el nombre de Almunia, pero como recuerda José Bono:

«Felipe González verbalizó el nombre de su sucesor. En la reunión que celebramos los cabezas de delegación y algunos dirigentes del partido en una sala, él hizo un retrato

¹³²*El Socialista*, nº 606, (julio) 1997, pág. 39.

robot del candidato que indudablemente era Almunia. No podía ser otro. A la salida alguien bromeó: “Tendría que haber dicho que tuviese barba y fuese calvo”»¹³³.

El propio Joaquín Almunia lo ha reconocido tiempo después: «Al margen de las razones objetivas que pudiesen existir a mi favor, los principales dirigentes renovadores coincidieron en que yo debía ser el candidato por la sencilla razón de que ésa era la opinión de Felipe González»¹³⁴. Por lo tanto, primó en la elección de Almunia la autoridad de origen o designación directa por el líder carismático según el esquema weberiano. Ahora bien, las dudas sobre quién debía sucederle estuvieron presentes en Felipe González después de haber terminado su discurso. Una vez que había efectuado ciertas consultas¹³⁵, González se reunió con los jefes de delegación y designó a su sucesor. Ahora era Almunia quien debía pasar el examen de demostrar su capacidad como secretario general y negociar el equipo que debía acompañarle en esta andadura, lo que no fue fácil.

Almunia contaba con el respaldo (unción) de González, ahora debía conseguir el apoyo de los barones territoriales, no respecto a su elección que había quedado asegurada por la autoridad carismática, sino respecto al reparto del poder interno. Los guerristas e Izquierda Socialista también actuaron promoviendo tímidamente la candidatura de Josep Borrell. Cuando *El periódico de Cataluña*, en su edición del 22 de junio de 1997 titulaba a cinco columnas *Los ‘barones’ del PSOE optan por Almunia*, estaba dando demasiada importancia al contexto territorial y poco al reparto del poder interno. No se trataba de que los «barones territoriales» optasen por Almunia, sino que la propia composición por agregación de la renovación —la red clientelar renovadora—

¹³³Citado en Ricardo Martín, op. cit., pág. 258.

¹³⁴Joaquín Almunia, op. cit., pág. 354.

¹³⁵Tras la finalización de la jornada matinal del primer día del congreso, Felipe González se marchó junto a Javier Solana, en el coche del secretario general de la OTAN, con una doble intención: primera, ver la disponibilidad de Solana bien para hacerse cargo de la secretaría general del partido —posibilidad descartada por el propio Javier Solana, que empezaba a distanciarse de la política nacional—, bien para ser el candidato electoral en las futuras elecciones generales de 2000, una vez finalizado su compromiso con la organización atlántica —también desechada por Solana porque ya tenía en perspectiva ser nombrado *mister Pesc* en la Unión Europea—; y segunda, en previsión de que sus esfuerzos por convencer a Solana fueran infructuosos, recibir el consejo sobre la persona más capacitada para sucederle —Javier Solana coincidió con González en señalar como candidato adecuado a Joaquín Almunia—.

incidía en que fuesen los «barones» quienes estuviesen en la negociación de la composición de la Ejecutiva Federal. Básicamente fue una negociación dentro de los grupos que conformaban la renovación. Sin embargo, esta forma de organización faccional permitiría que, frente a un secretario general sin apoyos claros directos en las bases del partido —sólo a través de las redes clientelares, muy al contrario que Felipe González o Alfonso Guerra—, los «barones» una vez que no existía el peligro interior (guerrismo) estableciesen unas relaciones de poder simétricas de antagonismo. Sin embargo, el argumento de que los barones habían elegido a Almunia con la complacencia de González resultaba beneficioso tanto a los contradictores internos¹³⁶, como a los propios barones para deslegitimar al nuevo secretario general.

Todavía queda alguna duda respecto al porqué de la elección como sucesor de Joaquín Almunia por parte de Felipe González. Sin lugar a dudas, sin entrar en los sentimientos de empatía personal que pudiera haber, Almunia significaba la continuidad del proyecto de Felipe González. Así lo reconoció el propio Almunia en una entrevista post-congreso en *El Socialista*:

«**P.** ¿Cambian el proyecto y la estrategia del PSOE tras este Congreso?

»**R.** No, el proyecto es el mismo. Un proyecto de lucha por los objetivos y los valores del socialismo. Bien es cierto que el proyecto socialista tiene que adaptarse a las nuevas circunstancias, tiene que ir recorriendo diferentes etapas. Es un proyecto de largo alcance, no de usar y tirar, como los que suele ofrecer la derecha. Lógicamente cambian las formas de llevarlo adelante»¹³⁷.

Tan sólo cambiaban las formas de llevarlo a cabo, según Almunia, pero no el fondo. En sus palabras resonaban aquellas de González afirmando que a él le bastaba con los principios y valores de la Revolución Francesa como fuentes del socialismo democrático, más la responsabilidad¹³⁸. Pero lo que queda totalmente claro es que Almunia apostaba por la

¹³⁶Vid. José Félix Tezanos, «El pulso de la calle», *Temas para el debate*, n° 32, (julio) 1997, pág. 6.

¹³⁷*El Socialista*, n° 606, (julio) 1997, pág. 14.

¹³⁸Felipe González, *¿Qué era? ¿Qué es? El socialismo*, Barcelona, Destino, 1997, pág. 36.

continuidad del proyecto que antes lideraba Felipe González. Empero, ¿los afiliados socialistas aceptarían de buen grado la decisión que había tomado González respecto a su sucesión?

2.2. Crisis de liderazgo y primarias en el PSOE post-Felipe González.

La conclusión del XXXIV Congreso del PSOE no despejó las dudas sobre el liderazgo y dirección del partido, ya que diversas acciones del ex-secretario general hacían sospechar que seguía dirigiendo la organización desde la sombra¹³⁹. Igualmente, las declaraciones de Felipe González se utilizaban desde los medios de comunicación para corroborar las hipótesis de la dirección en la sombra¹⁴⁰. En realidad González intentaba ayudar a Almunia en sus inicios —incluso, influyendo y aconsejándole—, pero la proyección de la figura del líder carismático ensombrecía la de la nueva dirección. Joaquín Almunia, además, percibía que su poder dentro del PSOE no terminaba de consolidarse: «El respaldo que habíamos recibido del congreso era muy estimable; pero la autoridad de la dirección sobre el conjunto del partido había disminuido de forma notable»¹⁴¹. Las razones que encontraba en este rechazo del poder de la ejecutiva —cierta utilización de la autoridad es un eufemismo de poder— tenían como epicentro la actuación del guerrismo como oposición interna, la autonomía en sus actos de los «barones» territoriales —que «buscaban a veces la opinión del anterior secretario general como aval de sus tesis,

¹³⁹Durante el 8º Congreso de la FSM (octubre de 1997), por ejemplo, no despejó las dudas de su retirada. Según manifestó él mismo, acudió el segundo día del congreso para animar a Jaime Lissavetzky como un afiliado más de la federación. Sin embargo, como nos ha narrado un delegado socialista asistente a este congreso e implicado en las negociaciones, la verdadera intención de González era convencer a una serie de dirigentes locales para que apoyasen a Lissavetzky y formar una candidatura frente al guerrismo, y así desplazarlo de los cargos directivos. Igualmente impuso la candidatura, como presidenta, de Cristina Alberdi, una de sus fieles. Con esta acción, González no actuaba en su propio favor, sino que pretendía ayudar por medio de su autoridad a Joaquín Almunia, quien al fin y al cabo era el continuador del proyecto felipista. Al final, el resultado del congreso fue el planificado por González, pues se consiguió la unión de todas las tendencias del socialismo madrileño —aunque el apoyo de Izquierda Socialista, según nos ha contado Juan Antonio Barrio de Penagos (actual portavoz federal de la corriente) se solventó de madrugada y por un escaso margen («uno o dos votos») entre los partidarios de apoyar a Lissavetzky y los defensores de abstenerse de apoyar a cualquiera de las dos candidaturas— frente al guerrismo.

¹⁴⁰Joaquín Almunia, op. cit., pág. 365.

¹⁴¹Ibídem, pp. 363 y 364.

pretendiendo contraponerlas a las decisiones de los nuevos inquilinos de Ferraz»¹⁴²—, y la escasa aceptación como «líder» de Almunia entre los afiliados socialistas. Por todas estas razones, Joaquín Almunia extendió las elecciones primarias, tras consultar a González y a Javier Solana, a la candidatura para la presidencia del gobierno —los estatutos sólo hablaban de primarias en los municipios mayores de 50.000 habitantes y en el ámbito autonómico—, rompiendo la tradición del PSOE de que el secretario general era el candidato electoral casi de forma directa —tenía que contar con el apoyo mayoritario del Comité Federal—. Las razones expuestas por Almunia se centraban en que al elegirle como secretario general del PSOE los delegados no le tenían en mente como candidato electoral, y él deseaba que la decisión la tomaran todos los afiliados. Estas razones, sin embargo, nos parecen vagas. Almunia extendió las primarias al ámbito estatal para conseguir una legitimidad distinta a la del congreso, la legitimidad de toda la militancia socialista, es decir, deseaba obtener la autoridad de todos los afiliados socialistas para contrarrestar con su «autoridad de base» el poder de los barones territoriales y cerrar, de esta forma, la crisis de dirección del PSOE que el procedimiento reglado no había superado. Esta convocatoria extraordinaria no significaba renunciar a la unción de González, era dotarse de una autoridad, conferida por los afiliados, que no poseía, para enfrentarse a los «barones» territoriales¹⁴³. Ganar las primarias con el apoyo amplio de la militancia suponía contar con los mismos apoyos que los «barones»; de esta forma podría desembarazarse de las ligaduras que le ataban a aquéllos y establecer otras relaciones de

¹⁴²Ibídem, pág. 364.

¹⁴³Milagros Candela, esposa de Almunia, se expresa en el sentido de nuestra tesis: «Joaquín, sin necesitarlo, extendió las primarias a la candidatura a la Presidencia para acentuar la renovación del PSOE, pero también porque quería sentirse avalado por los militantes y así despejar la duda de si en el XXXIV Congreso había sido elegido autónomamente o sólo porque era voluntad de Felipe González. *Quería dejar clara su legitimación mediante un proceso electoral directo*» (Ricardo Martín, op. cit., pág. 289). Desde luego, Almunia no había sido elegido autónomamente sino por decisión de González, como él mismo reconoce, pero sí buscaba una autoridad para enfrentarse a los «barones» con sus propias armas. En el mismo sentido afirma García Santesmases lo siguiente: «El secretario general del PSOE ha recibido el apoyo de líderes significativos del partido. Apoyo sincero en unos casos, cariacontecido en otro, entusiasta en algún otro que no tengo claro si se beneficia o le perjudica con su defensa. El hecho es que, más allá de las declaraciones de los líderes, necesita el refrendo de las bases. Con unas primarias lo puede obtener y eso sería un revulsivo para él y para la organización». Antonio García Santesmases, «Sobre las elecciones primarias», *El Mundo*, 4 de marzo de 1998.

poder, cuando menos simétricas de cooperación. Sin embargo, la estrategia no salió bien, en gran medida porque no supo ver que dentro del PSOE existía una clara crisis de liderazgo que no se había solventado por un procedimiento reglado como fue su elección, pese a contar con el apoyo del líder carismático.

Una vez que el Comité Federal tomó la determinación de extender el proceso de primarias para la candidatura electoral a escala estatal (24 de abril de 1998), sólo faltaba la existencia de un contrincante para Joaquín Almunia. Éste apareció en la figura de Josep Borrell, quien ya había intentado tibiamente suceder a González en el 34º Congreso. La convocatoria de primarias permitió abrir a la militancia socialista un procedimiento para solventar la crisis de dirección/liderazgo a través de la «búsqueda de cualidades carismáticas» o, al menos, un proceso reglamentado para elegir un candidato más acorde con las preferencias individuales. La celebración de las primarias en el PSOE activó numerosos arquetipos del mundo socialista; fue, puede decirse, una campaña llena de simbolismo. En primer lugar, la diferente forma de consecución de los avales necesarios para ser proclamados candidatos para las primarias, ya indicaba un punto de discordancia en la imagen de ambos contendientes. Mientras que Joaquín Almunia decidió optar por conseguir los avales a través de las firmas de los afiliados socialistas (50.170 firmas, 13'8% de los afiliados), para lo cual necesitó del apoyo de los «barones» regionales; Josep Borrell optó por recabar el apoyo de los miembros del Comité federal (17% de los miembros). Esta medida, primero, presentaba a Borrell como el candidato débil, con la posible simpatía que ello podía despertar; y, segundo, Almunia tenía que recurrir a aquellos contra los que pretendía obtener la legitimación de los afiliados, los «barones» territoriales, lo que proyectaba una imagen de estar apoyado por el aparato del partido —lo que tendría consecuencias posteriormente—. En segundo lugar, la pretensión de identificarse con una posición ideológica de Joaquín Almunia y situar a su vez al otro candidato en el mismo lugar —entre el 3-4 de la escala ideológica—, permitió a Josep Borrell situarse a la izquierda de ese candidato: mientras que Almunia estaba a la izquierda

del centro, Borrell se situaba en el «centro de la izquierda»¹⁴⁴, una forma sofisticada de decir que el secretario general estaba más a la derecha que él. La autoubicación ideológica —que era totalmente factible pues Almunia estaba más cercano a los postulados, por ejemplo, de la Tercera Vía; y Borrell representaba los postulados de la socialdemocracia clásica— permitió a los afiliados socialistas —recuérdese que los militantes de base tienden a ser más radicales que los propios dirigentes— establecer un parámetro decisor. En tercer lugar, Almunia intentó utilizar la unción de González y la recuperación de la memoria histórica para hacer ver a los militantes que él estaba perfectamente capacitado para ser el candidato a la presidencia del gobierno. Había sido ministro durante varias legislaturas con González y había sido miembro fundador de la «renovación», en concreto, del «clan de Chamartín»; además, se presentaba Almunia como un eficaz dialogador como demostraba su acción política ministerial. Frente a este posicionamiento, donde Felipe González no podía más que apoyar a Almunia para no desdecirse en su elección, Josep Borrell no podía mostrar una valoración ministerial similar a la de Almunia. Pero, al activar aquél la memoria histórica se comprobaba que Borrell había sido, igualmente, ministro de González y miembro fundador de la «renovación» y el «clan de Chamartín». Y, por lo que respecta a la acción de gobierno, el intento memorístico de Almunia dejaba dos imágenes: una, la del secretario general pactista y enfrentado a los sindicatos; y la de Borrell como persona con valentía para perseguir a los defraudadores de Hacienda —aunque la eficacia no se valoraba tanto como el carácter mediático de su acción como secretario de Estado de Hacienda—, o para enfrentarse a José Bono siendo ministro de Obras Públicas, Transportes y Comunicaciones. Además, el propio González, para no convertirse en el elemento decisorio de la contienda partidista afirmó que ambos habían sido buenos ministros y que de volver a ser presidente del gobierno contaría de nuevo con ambos. De esta forma, la estrategia de Almunia quebraba.

¹⁴⁴ «Cada cual —afirma Borrell— nos situará donde nos identifique, de acuerdo con la visión que cada cual tenga de lo que es la izquierda hoy. Yo no tengo un “izquierdómetro” para decir: “Usted, un 3’7; usted un 5’9”. Tal cosa no existe. Personalmente, creo haber estado siempre en el centro de la izquierda, pero cada cual nos situará en función de la percepción que tenga de nosotros y de ellos». *Tribuna*, 13 de abril de 1998.

En cuarto lugar, según avanzaba la campaña Joaquín Almunia decidió utilizar la descalificación personal como argumento contra el otro contendiente. Afirmó el secretario general que «la personalidad de Borrell es dubitativa ante decisiones que hay que adoptar, mientras que yo creo haber demostrado en mi trayectoria política la capacidad de asumir riesgos. Hay que hacerlo si se quieren cambiar las cosas, avanzar, transformar la realidad. Si no se asumen riesgos, los partidos y las personas se quedan siempre en la misma posición. Y esto es una posición de los conservadores»¹⁴⁵. Además, catalogó a Borrell de ser un «irredento jacobino catalán», mientras que él era un defensor del federalismo. Este nuevo intento de proyectar dos imágenes contrapuestas para obtener ventaja resultó negativa para el secretario general por varias razones. Primera, la capacidad para asumir riesgos de Almunia no había sido nunca una de las virtudes que los militantes socialistas identificasen en la persona de Almunia. Ni en su etapa de ministro se había destacado por asumir riesgos excesivos, más bien todo lo contrario, ni su evolución ideológica se entendía como una asunción de riesgos. Frente a esto, los socialistas tenían una imagen más atrevida de Borrell en la asunción de riesgos —presentarse a la primarias partiendo con desventaja; sus descensos en balsa de ríos bravos; su actuación en el gobierno, etc.—, y se sentían criticados al ver que «ser de izquierdas» en el sentido de Borrell era una muestra de conservadurismo. Segunda, el recurso al insulto demostraba la propia incapacidad de Almunia frente a la campaña bien estructurada y mediáticamente positiva. Teniendo en cuenta, también, que insultar públicamente al otro candidato del mismo partido no encajaba con la ética socialista —algo que ni Felipe González, ni Alfonso Guerra se habían atrevido a hacer—. Y tercera, Borrell supo conjugar magistralmente lo catalán con lo andaluz, es decir, la pluralidad de culturas españolas, mientras que Almunia se enfrentaba indirectamente con Cataluña. En quinto lugar, la propia campaña electoral y el mensaje personal transmitido fue favorable a Borrell. Mientras que Almunia hizo una campaña muy asentada en los apoyos de los «barones» territoriales, individualista y continuista; Borrell representó el cambio, el apoyo de los militantes —sobre todo entre las cohortes más jóvenes— y el «nosotros»: «Lo importante

¹⁴⁵*Tiempo*, 13 de abril de 1998.

—afirmó Borrell— no es el yo, sino el nosotros. Por eso me presenté, porque si no lo hubiera hecho no habrían existido primarias y estaríamos hablando del juicio de Urralburu en vez de hacerlo de este impulso democrático que todo el mundo aplaude»¹⁴⁶. En sexto lugar, Almunia coaccionó a la militancia socialista al afirmar que si perdía las primarias presentaría la dimisión como secretario general, lo que provocaría una crisis institucional en el partido, demostrando no saber aceptar las derrotas y, lo que es peor, no aceptar las decisiones democráticas. Por su parte, Borrell entendió que el voto no debía vincularse a un proceso intrapartidista, sino que se debía votar teniendo en cuenta la opinión de la ciudadanía —«si creéis que yo soy el mejor, no me votéis solamente por eso, más bien preguntad a vuestros amigos, en la fábrica, en vuestro barrio, a quién prefiere la sociedad»—. En general, era una estrategia de campaña mejor articulada¹⁴⁷. Y, en séptimo y último lugar, se proyectó la imagen, pretendidamente o no, a través de acciones, declaraciones, quejas, etcétera, de que Almunia era el candidato del aparato del partido —lo contrario a lo pretendido—, y Borrell el candidato de los militantes de base.

Con estas premisas, los militantes socialistas decidieron de manera reflexiva, y no impulsiva como afirman algunas voces¹⁴⁸, optar por Borrell: Josep Borrell obtuvo 114.254 votos (55'2%); y Joaquín Almunia 92.860 votos (44'8%)¹⁴⁹. Los militantes socialistas creyeron encontrar en el político catalán *signos de calificación carismática*, lo que no significa que tuviesen una percepción suya como carismático, sino que creían observar una mayor capacidad de Borrell para enfrentarse con el PP y, sobre todo, como una forma «reglada no tradicional (o extraordinaria)» de superación de la crisis interna. Esto es, veían posibilidades de que Borrell pudiese llegar a ser un líder para el socialismo —no tanto que lo fuese—, o al menos un dirigente mejor que Almunia. Cabe hacer, además, otra interpretación subsidiaria de las motivaciones de los afiliados socialistas para elegir a Borrell frente a Almunia: el voto contra el aparato del partido. Los afiliados

¹⁴⁶*Tribuna*, 13 de abril de 1998.

¹⁴⁷Joaquín Almunia, op. cit., pág. 368.

¹⁴⁸Milagros Candela, citada en Ricardo Martín, op. cit., pág. 303.

socialistas votaron, en parte, contra el aparato porque el contexto interno del PSOE les había estado impulsando hacia la *salida* y no a la *voz*. Cuando pudieron utilizar la *voz*, se enfrentaron a aquellos que les habían coartado, que habían promovido, parcialmente, la división del partido, y que no habían apoyado intensamente a Felipe González en la última campaña electoral.

2.2.1. *Josep Borrell, el hombre que pudo ser.*

El título utilizado en este epígrafe puede tener un cariz literario más que científico, pero es claramente descriptivo de lo que supuso la figura del político catalán para el PSOE. Los afiliados y simpatizantes socialistas vieron en Josep Borrell a un nuevo líder que representaba un cambio fundamental respecto al pasado. Las bases del PSOE habían decidido pasar página con relación a Felipe González y su proyecto, y buscaban a alguien nuevo que encarnase un nuevo futuro. Sin embargo, diversas variables impidieron que la opción de Borrell se asentase como líder o dirigente del PSOE. Esto es lo que pretendemos analizar en estas líneas. Las variables que impidieron el asentamiento son dos, una de carácter interno y otra de carácter externo: el mal funcionamiento del reparto de funciones (interna); y la modificación del entorno para el discurso político (externa). ¿Cuál de las dos variables perjudicó más a Josep Borrell? La primera puesto que la segunda podía haberse modificado si el candidato no hubiese contado con un ambiente interno hostil.

Comenzando por el *mal funcionamiento del reparto de funciones*. Una vez resuelto el problema de la dimisión del secretario general —Almunia decidió dimitir para cumplir con su palabra, pero le pidieron que permaneciese en su cargo para que el modelo de primarias no quebrase al verse como un mecanismo negativo—, tan sólo cabía establecer un nuevo sistema de reparto de funciones entre el candidato y la ejecutiva federal. El acuerdo más simple podía haber sido tomar el ejemplo del sistema británico o el

¹⁴⁹El dato que más sorprendió fue la victoria de Borrell en Madrid, federación de Joaquín Almunia, cuya ejecutiva apoyó, casi unánimemente, al secretario general.

sistema utilizado por González y Guerra, pero el acuerdo no fue del todo positivo, pues limitaba mucho el campo de acción del candidato principal, sobre todo después del fracaso del candidato en el debate sobre el estado de la nación. La ejecutiva federal recién elegida no quería perder el poder que acaban de consolidar. Las continuas disputas entre el candidato y la ejecutiva federal cristalizaron en la crisis de noviembre de 1998, cuando hubo de convocarse un comité federal para resolver el conflicto del reparto de funciones. Joaquín Almunia recuerda que aquella crisis fue culpa de Borrell porque exigió públicamente «ser el interlocutor único del PSOE ante Aznar»¹⁵⁰. Las palabras del Almunia demuestran la *aparatosis* que sufría la oligarquía del partido, ya que lo lógico es que Borrell, como contradictor principal de Aznar en el parlamento y en las próximas elecciones, fuese su interlocutor, porque así lo habían decidido los militantes socialistas. Como afirmaba el profesor Juliá: «Su origen [crisis] no son las primarias y ni siquiera la derrota en ellas del secretario general sino la obstinación del poder central del partido en no sacar las consecuencias políticas de aquella derrota. [...] No se trataba todavía de una cuestión de autoridad, que no se compra ni se vende, sino de poder, que, ése sí, se gana, se pelea, se pierde»¹⁵¹. Al final, los «barones», esta vez sí, impusieron una solución al conflicto¹⁵². Esta fórmula de resolución del conflicto perjudicó a todos los implicados: a

¹⁵⁰Joaquín Almunia, op. cit., pág. 374.

¹⁵¹Santos Juliá, «Crisis en el PSOE», *El País*, 22 de noviembre de 1998.

¹⁵²La resolución del Comité Federal afirmaba lo siguiente:

«El Comité Federal: 1º) Reafirma que la dirección del PSOE corresponde a sus órganos estatutarios. En consecuencia, el secretario general y el candidato a la presidencia del Gobierno, independientemente del diferente origen de su función, están sometidos a la autoridad del Comité Federal, sin que quepa invocar mayor o superior legitimidad de uno sobre otro. Se trata de legitimidades diferentes. [...] 2º) Declara que... la dirección del partido realizará todo el esfuerzo necesario para apoyar al candidato y éste se apoyará en la misma. 3º) Considera que el candidato, como miembro que es de la dirección del partido, debe integrarse y comprometerse plenamente en el proceso de toma de decisiones en todas sus fases. [...] 4º) Declara que el candidato elegido por los socialistas... es el líder de la oposición. Sus funciones políticas deben corresponderse plenamente con esta condición. En consecuencia, será el primer representante y portavoz de las propuestas de los socialistas adoptadas por los órganos de dirección del partido. [...] 5º) Garantiza al candidato los resortes e instrumentos operativos de la organización con el fin de trasladar a los ciudadanos sus propuestas, y para que pueda expresarse cuando lo crea conveniente —de acuerdo con la CEF—, ya sea personalmente o a través de otros miembros de la dirección [...] 6º) Considera que la mejor plataforma de apoyo al candidato es el partido en su conjunto y, en particular, la Comisión Ejecutiva Federal, el Consejo Territorial y el Grupo Parlamentario Socialista, evitando duplicación de funciones y la creación de otros órganos ajenos a la normativa estatutaria. 7º) Estima conveniente que las plataformas de apoyo al candidato que se creen estén impulsadas desde el partido en el ámbito territorial correspondiente. [...] 8º) Dispone que

Borrell porque proyectó una imagen de estar coaccionado en sus acciones; a la Ejecutiva federal por no tener ni autoridad ni poder; y al PSOE por depender de los dirigentes territoriales. Esto afectó mucho más a Borrell que la no comunicación de pactos —con el PDNI— e imposición de candidatos en las elecciones municipales de 1999; o la imagen de haber sido arrastrado a la concentración frente a la cárcel de Guadalajara para acompañar a dos condenados como José Barrionuevo o Rafael Vera.

Esta variable interna debe ser complementada con una variable externa que, si bien no dañó su imagen, sí marcó el tono de su discurso: la *modificación del contexto del discurso*. Cuando fue proclamado candidato, Josep Borrell ofreció un discurso de marcado corte socialdemócrata clásico lo que indicaba un giro a la izquierda del PSOE. El discurso fue plenamente aceptado por los ciudadanos españoles, lo que provocó un cambio en los sondeos electorales que otorgaban la victoria al PSOE. Sin embargo, la tregua de ETA marcó un giro en el contexto político, y los discursos cambiaron desde el posicionamiento ideológico hacia el debate sobre el Estado. «Cuando Borrell se presentó a la primarias el debate giraba en torno al reparto de la izquierda, a la redistribución de la renta, a la reducción de la jornada de trabajo, a la izquierda que quiere acercarse al centro y al centro reformista que se quiere apropiar el espacio de la izquierda. Surgió la tregua de ETA y todo cambió. [...] Se está hablando de la propia Constitución»¹⁵³. El discurso cambió y Borrell se encontraba con un discurso radicalmente distinto, con el aparato del partido en su contra y sin haber asentado su figura dentro del PSOE. Por consiguiente, Borrell comprendió que lo mejor que podía hacer era marcharse, asumiendo sus responsabilidades políticas por un caso de corrupción en Cataluña. Hasta aquí llega el corto espacio de tiempo —poco más de un año— que permaneció Borrell a la cabeza del PSOE. La excepcionalidad del político catalán respecto a Joaquín Almunia es que aquél podía haber sido el líder del PSOE y éste nunca pasó de ser el máximo dirigente del partido.

la CEF, dentro de sus posibilidades presupuestarias, proporcione al candidato cuantos recursos políticos, humanos y materiales precise para el pleno desarrollo de sus funciones». *El País*, 22 de noviembre de 1998.

¹⁵³Ibídem, «Conflictos de identidad», *El Mundo*, 20 de noviembre de 1998.

2.3. *Del liderazgo carismático al manager político.*

El PSOE había pasado por una crisis de liderazgo tras la renuncia de González, la cual pareció solventarse mediante el liderazgo de Borrell. Una vez que éste falló, la crisis volvió al seno del PSOE y se recurrió a las reglas formales nuevamente para intentar cerrarla, pero Joaquín Almunia no fue en ningún momento el líder del PSOE, sino un dirigente de tránsito. Científicamente, el proyecto y la figura del Almunia encajan perfectamente con el modelo del *manager político*: un político encargado de gestionar solamente los aspectos de la política, sin introducir modificaciones sustanciales en el sistema. En ningún momento Almunia fue el líder de los socialistas, sino la solución reglada a una crisis de liderazgo. Una solución, por cierto, ineficaz como se demostró durante las primarias y las elecciones generales de 2000. Sin embargo, debemos analizar brevemente el discurso y la actuación del secretario general del PSOE para concretar nuestro análisis.

El *discurso* de Joaquín Almunia se situó en los parámetros del liberalismo humanista o socialdemocracia evolucionada, por lo tanto, hacia la derecha. Pero, como hizo su preceptor, Felipe González, y a diferencia de su contradictor, Josep Borrell, Almunia situó el discurso en un proyecto para España, pero no su proyecto sino el de Felipe González. Insistió en la continuidad, es decir, en ser nacionalista antes que socialista:

«Quiero encabezar un proyecto mayoritario. Para que un proyecto político tenga éxito tiene que ser para el conjunto de la sociedad, no para unos pocos. Una cosa que en estos momentos me alegra es escuchar a ciudadanos que nos agradecen que nuestros Gobiernos hayan trabajado con la vista puesta en el conjunto de España, no en un sector o en una parte del país. Quiero retomar ese camino. Por ejemplo, tengo claro que hay que apoyar a los empresarios, ayudarles a abrir mercados. ¿Eso es ser de izquierdas? Estoy convencido de que sí. Creo que hay que apoyar a quienes tienen iniciativas que generan riqueza, y

además hacerles correponsables con los sectores sociales más débiles, porque de otro modo a éstos nunca les alcanzará el progreso»¹⁵⁴.

Si tomamos las palabras de González, incluso en el apoyo a los emprendedores —que fue una idea muy utilizada en sus discursos de ese mismo año—, observamos que el parecido es extraordinario. Con esto no indicamos que fuese Felipe González quien estuviese detrás de Almunia para dictarle lo que debía decir, sino que Almunia y González habían permutado sus puestos. Ahora el primero era el candidato y el segundo el asesor, pero con un ascendiente muy fuerte sobre el primero.

El discurso, sin embargo, contenía ciertas contradicciones ya que se afirmaba que se pactaría tanto con los nacionalistas —«Contaré con los nacionalistas aunque no necesite sus votos»¹⁵⁵— como con IU, pero con una Izquierda Unida de «derechas» —«Depende de que Izquierda Unida. La que está contra la OTAN, contra el euro, contra el equilibrio en las cuentas públicas o contra la buena gestión macroeconómica es inimaginable en un Gobierno de Joaquín Almunia»¹⁵⁶—. Pretendía Almunia que IU pasase por la derecha a sus propios compañeros de partido como los borrellistas, los guerristas o Izquierda Socialista, algo imposible tanto con Anguita de líder como con Francisco Frutos de candidato. Cuando la mayoría de los españoles comenzaba a recelar de los nacionalistas —la tregua de ETA había finalizado— y el gobierno del PP estaba comenzando a concentrar en sí el discurso del nacionalismo español, Joaquín Almunia manifestaba que contaría con los nacionalistas y con IU —que había firmado el pacto de Lizarra—. Un error grave por no entender el mensaje que estaba en la ciudadanía, impulsado fuertemente por los medios de comunicación. Fernando Savater lo manifestó tras la derrota electoral, indicando que ésta era una de las variables importantes: «Me parece evidente que una de las más decisivas [causas de la derrota] ha sido su incapacidad para presentarse ante todos los votantes como un partido tan comprometido con la defensa de la unidad del país como

¹⁵⁴*El País*, 12 de septiembre de 1999.

¹⁵⁵*El País*, 25 de julio de 1999.

¹⁵⁶*El País*, 12 de septiembre de 1999.

claramente lo está en la de su pluralismo»¹⁵⁷. Lógicamente existen otras variables que ahora analizaremos, mas la táctica de Almunia resultó infructuosa respecto a la pretensión de pactar con los nacionalistas —un discurso válido en el contexto del País Vasco, por ejemplo, pero inaplicable en ese momento al resto del Estado—.

Son varios los aspectos estratégicos realizados por la «renovación» para lograr el apoyo de los ciudadanos españoles. La primera estrategia consistió en modificar el anagrama del PSOE del puño y la rosa por una rosa sin tallo. Con este cambio, ideado por la secretaría de Organización, se pretendía pasar página respecto al pasado y avanzar una nueva imagen de futuro. Sin embargo, las distintas actuaciones de defensa de Barrionuevo y Vera —condenados por su relación con la banda terrorista GAL—, con la escenificación de Guadalajara como paradigma de la defensa de la razón de Estado y el terrorismo de Estado¹⁵⁸, y la misma presencia en los puestos directivos del PSOE de los colaboradores directos de Felipe González —y alguno de los miembros del histórico clan sevillano—, impedían que el márketing o la nueva campaña de imagen resultase positiva. Además, hay que añadir que, junto al cambio de anagrama y la música del partido, el equipo de Almunia promovió un cambio en el lenguaje: el socialismo dejó paso al progresismo. De esta forma, las candidaturas, municipales y autonómicas, primero, y generales, después, se presentarían bajo el lema PSOE-Progresistas. Desde un punto de vista del márketing electoral, el cambio en el lenguaje y en la imagen/nombre resultó un fracaso por varios motivos. En primer lugar, porque se renegaba de un pasado del cual, se decía, se estaba orgulloso. En segundo lugar, modificar el nombre de las candidaturas electorales por haber establecido un pacto, no deseado por los afiliados, con un partido político que, aun siendo legal, nunca había sido legitimado por las urnas y que parecía una plataforma de apoyo a ciertos dirigentes *non gratos* de IU, pudo parecer excesivo a los votantes —sobre todo si se tiene en cuenta que, las mismas personas que ahora pasaban a ingresar en las listas del PSOE, durante la legislatura anterior fueron copartícipes de la «conspiración» (Cristina

¹⁵⁷Fernando Savater, «La lección», *El País*, 16 de marzo de 2000.

¹⁵⁸Almunia era consciente, según recoge en sus Memorias, de los peligros de ésta concentración en op. cit., pág. 373.

Almeida en los programas de debates dirigidos por Jesús Hermida en *Antena 3*, por ejemplo)—. En tercer lugar la utilización del vago concepto de «progresista» indicaba varias cosas: primero, que con el concepto se estaba encubriendo un giro a la derecha del PSOE; segundo, que el PSOE tenía una gran indefinición de proyecto, pues cabían todos los progresistas tanto de derechas como de izquierdas; y tercero, que se renegaba del socialismo —concepto asimilado dentro de la cultura política española en un sentido no revolucionario, y entre los votantes socialistas con la imagen y el discurso del líder carismático—. Por consiguiente, la estrategia no resultó positiva porque los ciudadanos tenían asimilado perfectamente los anagramas, las músicas y el lenguaje anteriores, y sabían perfectamente distinguir entre el pasado y el presente.

Sin embargo, la verdadera apuesta estratégica del PSOE de Joaquín Almunia fue la «causa común» de la izquierda y el pacto de gobierno con IU. El dirigente socialista había avanzado, en su discurso de clausura del 34º Congreso, la idea de fomentar la «causa común» de la izquierda:

«Tenemos que contar con esa gente. Tenemos que abrir los espacios a los que dirigimos, en la sociedad española, nuestro proyecto político. Tenemos que contar y saber integrar y articular aportaciones que surjan no sólo de dentro del Partido, sino también de fuera del Partido. Tenemos que saber trabajar y organizar la pluralidad de una sociedad progresista, de unas fuerzas políticas no sólo el Partido Socialista, aunque el más importante sin duda y con mucho es el Partido Socialista, que también quieren, como nosotros, acabar con la actual situación política por vía democrática, articulando una mayoría, ganando las próximas elecciones. Y no estamos ahora hablando, compañeras y compañeros, para que no se adelante alguno, de la “casa común”. De lo que estamos hablando es de la “causa común” de la izquierda y de todos los progresistas españoles por acabar con esto»¹⁵⁹.

El guante lanzando por Almunia fue recogido por Julio Anguita, pero no llevó a ninguna parte por la cabezonería de ambos dirigentes. Se intentó jugar con el concepto durante la incorporación del PDNI a las listas electorales del PSOE, mas se vio claramente que se

trataba de un ardid político y previo a la fusión de ambas organizaciones. La base del acuerdo para organizar la «causa común» de la izquierda no se cimentaba, según los renovadores del PSOE, en el diálogo, confrontación de pareceres y proyecto común, sino en acuerdos puramente electorales para desbancar al PP del gobierno de España. Y en ese juego no querían entrar ni IU ni el ala izquierda del PSOE, así que Almunia vio fracasar esa primera tentativa.

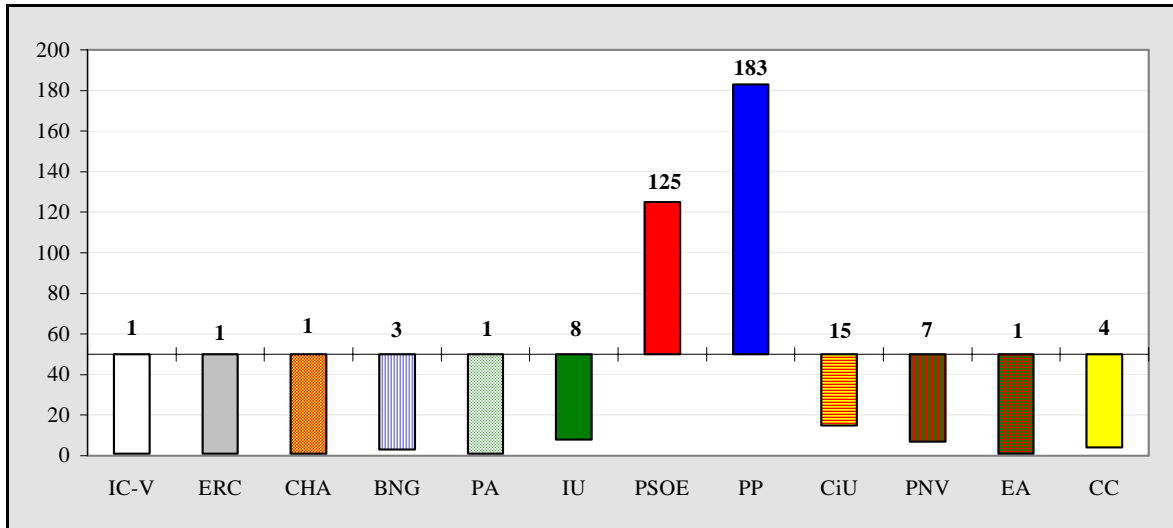
Aún así, vistos los primeros sondeos electorales que vaticinaban una victoria por mayoría absoluta del PP, Almunia realizó un último intento para llegar a un acuerdo con IU, que en ese momento ya no tenía como candidato a Julio Anguita sino a Francisco Frutos. El acuerdo, que sería post-electoral y dependiendo del discurso de investidura de Almunia, significaba un giro a la izquierda en ciertas materias respecto al programa electoral del PSOE y la aceptación de ciertas condiciones internacionales para IU. En general era un acuerdo sobre puntos básicos que no incidían en aspectos estructurales. Sin embargo, pese a las expectativas creadas, el acuerdo se veía inviable, no tanto por la factible derrota de la izquierda como por la falta de credibilidad del secretario general del PSOE: «Fue un mérito de Almunia lanzarse a la desesperada al pacto de la izquierda para tener alguna baza en la campaña electoral pero, en esta ocasión, el comunicador no transmitía la credibilidad suficiente. No había sido nunca su proyecto y se notaba»¹⁶⁰. En efecto, el mismo desarrollo de los prolegómenos del acuerdo —peticiones de retirada de candidaturas, coalición electoral, etc.— restaba credibilidad a un posible acuerdo de gobierno. Las pretensiones que transmitía Almunia eran más electoralistas que políticas. Y si a esto sumamos que la dirección del PSOE había eliminado de las listas electorales a los miembros de Izquierda Socialista por segunda vez en la historia, pese a contar con un representante en la ejecutiva, por razones personales —ni habían apoyado a Almunia en las primarias, ni habían votado a su favor cuando fue elegido candidato por el Comité Federal—, se comprende que el acuerdo se frustrase por la poca credibilidad de

¹⁵⁹*El Socialista*, nº 606, (julio) 1997, pág. 41.

¹⁶⁰Antonio García Santesmases, «Empezar otra vez» en Jaime Pastor (coord.), *Opciones alternativas*, Madrid, Los libros de la catarata, 2000, pág. 29.

intenciones de la dirección del PSOE. Además, al igual que había sucedido con Borrell, el discurso político fomentado por los medios de comunicación se situaba en unos parámetros diferentes a los defendidos por el secretario general del PSOE.

GRÁFICO 11.1. *Resultados elecciones generales 2000.*



Fuente: Elaboración propia.

Tras el fracaso electoral (vid. Gráfico 11.1) Almunia decidió dimitir junto con toda la ejecutiva federal, en un intento de cerrar la crisis a que se veía sometida la organización. La crisis de liderazgo es, posiblemente, la variable que explique mejor no sólo la derrota electoral, sino todo el período que hemos analizado. El futuro determinará si la elección de José Luis Rodríguez Zapatero en el XXXV Congreso del PSOE del año 2000 ha supuesto un procedimiento reglado para superar la crisis interna del PSOE o si podrá superar la organización la figura del líder carismático, sin embargo, es claro y evidente que Felipe González ha determinado la política del PSOE durante cerca de un cuarto de siglo, tanto para los logros obtenidos —que fueron muchos— como por los males cometidos —que fueron muy graves—. Pero de lo que no cabe duda es que la figura de Felipe González ha sido y será considerada como una de la más importantes del siglo XX en España.

CAPÍTULO 12º: CONCLUSIONES FINALES

«La principal función del liderazgo político[...] constituye en anticipar lo que ocurre para darle a la gente la seguridad de que tiene un horizonte despejado»

Felipe González

Una vez finalizado el análisis del caso práctico, motivo principal de este estudio, es necesario concluirlo globalmente mediante una exposición, breve y concisa, de las conclusiones a las que hemos llegado teórica y empíricamente. Incorporamos el marco teórico porque, al haber establecido nosotros mismos un marco teórico propio, conviene exponer detalladamente las conclusiones a las que hemos llegado. Por esta razón, comenzaremos exponiendo las conclusiones teóricas, para dar paso a las conclusiones empíricas, y así proveer a este capítulo de una coherencia global.

1º) CONCLUSIONES TEÓRICAS.

1.— El funcionalismo yerra al prefijar la función de liderazgo político en el sistema, sin tener en cuenta el contexto o ambiente existente. Este error conlleva una apreciación falsa de lo que el liderazgo, y por ende el líder, es. El liderazgo es una función del sistema para superar una crisis, en tanto en cuanto los procedimientos reglados del propio sistema no han resultado eficaces. Es entonces cuando el deseo colectivo reclama una función no reglada para paliar los débitos sistémicos, y cuando ese deseo se personifica en una forma concreta que es el líder. Esto no significa que, cuando la sociedad reclama, ante el fallo de los procedimientos reglados, un líder, éste surja, sino que existe una demanda de solución vía liderazgo. Podemos, por lo tanto, definir el liderazgo como *una función que se desempeña en un contexto específico de crisis, a través de un proceso complejo de interacción entre el líder y los seguidores, donde tienen especial importancia la personalidad del líder, los recursos y las expectativas del grupo, que están determinados por el contexto.*

2.— El desempeño de la función de liderazgo corresponde, evidentemente, al líder, el cual puede ser considerado tanto de forma individual (liderazgo personal), como de forma colectiva (liderazgo colectivo). El líder tiende a utilizar la autoridad antes que el poder en el ejercicio de su función. La autoridad es siempre una concesión de un grupo (o persona) a un individuo (o grupo) sobre la base de la posesión de cualidades consideradas valiosas, de orden espiritual, intelectual o moral. Así pues, debe diferenciarse la autoridad de la autoridad hipostatizada —que es la legitimación de la dominación en el sentido weberiano—, la cual está adscrita a un cargo o una institución (recipientes de autoridad) y, por consiguiente, no es personal. El líder tiene autoridad, no autoridad hipostatizada. En definitiva, *el líder es aquella persona, dentro de un grupo dado que: tiene la capacidad de influir en la distribución de valores, en las expectativas y en las decisiones estratégicas; simboliza, interior y exteriormente, la identidad del grupo; y es capaz de modificar el curso de los acontecimientos.*

3.— Si los mitos no pueden ser descartados en el análisis de la realidad, aún menos lo pueden ser en el ámbito de análisis del liderazgo político, como ocurre en la mayoría de los estudios sobre el tema. Todo líder no deja de ser una proyección simbólica de un mito, o un ideal mítico, que se encuentra tanto en las zonas limitadas de significación, como en el inconsciente colectivo de las personas. Pero la relación del mito con el liderazgo no termina aquí, la gran mayoría de las partes que conforman el liderazgo tienen un sustrato mítico, el cual puede verificarse analizando el mitologema dado. No nos referimos a la posesión de elementos simbólicos del líder, sino al discurso expresado, a la imagen proyectada y, por supuesto, al contexto crítico. En épocas críticas, momento en que las sociedades permiten la afloración de toda la fuerza mágica acumulada en su interior, es cuando pueden surgir los componentes míticos del liderazgo. Sólo durante las crisis los discursos míticos tienen significado y provocan movilización; en épocas de calma pierden fuerza argumentativa —aunque son apreciables como elementos de identidad—, pero sirven para crear un fermento que posibilite el surgimiento de un líder. Igualmente, sólo en momentos críticos se puede recurrir a la *mitopoeia*. Sin embargo, para resultar eficaz la

utilización de aspectos míticos, tiene que existir una clara conexión entre todas las partes del mitologema. Utilizar un discurso mítico sin recurrir a los símbolos y las imágenes, no es productivo para el líder. Por lo tanto, el líder debe emplear el mitologema en su plenitud para lograr que se le considere como tal. Dentro de esta relación mito/liderazgo, cabe establecer una tipología arquetípica del líder con base mítica: a) el *líder prometeico* como procurador de la modernidad; b) el *líder heroico* como realizador de grandes hazañas; c) el *líder mesiánico* como promotor del cambio del orden presente; y d) el *líder mosaico* como elemento movilizador de un sujeto histórico.

4.— Tomando como referencia el sistema político, y como variables internas el cambio sistémico y el alcance de las políticas a ejecutar, podemos establecer la siguiente clasificación del líder político: a) el *líder innovador*, que es aquél que pretende modificar completamente un aspecto político concreto; b) el *líder consolidador*, cuya acción se encamina a mantener algún o algunos aspectos del sistema que están desajustados; c) el *líder redefinidor*, el cual pretende modificar moderadamente algún o algunos aspectos del sistema; d) el *líder reformista*, cuya acción pretende cambiar totalmente algún o algunos aspectos del sistema; e) el *líder salvador*, que pretende mantener todo el sistema; f) el *líder populista/líder transformador*, el cual pretende realizar un cambio parcial de todo el sistema; y g) el *líder revolucionario*, quien tiene la intención de cambiar todo el sistema.

5.— Los rasgos del líder político no se centran únicamente en aspectos físicos, sino que inciden, principalmente, en aspectos psíquicos y lingüísticos, los cuales tienen en sí mayor importancia que aquellos. El principal rasgo de un líder político es la *visión* (o discurso), porque sobre ésta es donde se asienta el liderazgo, y es la que posibilita la ordenación del mundo de forma asequible para los seguidores. En este sentido, cobran especial importancia las características lingüísticas empleadas. El *lenguaje* —la oratoria sería la correcta o hermosa forma de expresión de esta característica— debe estar en plena relación con el discurso, pues es el elemento proveedor de imágenes y símbolos que activan el inconsciente colectivo de los seguidores (potenciales o no), es decir, es la vía del mitologema. Sin embargo, ambos elementos no pueden estar separados, ya que, de utilizar

sólo variables lingüísticas (continente) sin relación con el discurso (contenido), se podría calificar de demagógico al discurso. Basándonos en la visión mantenida se puede establecer una clasificación del líder político: el *líder ordinario*, que narra la historia (visión) del grupo dado; el *líder innovador*, que recoge una historia latente en el grupo, y la dota de un nuevo sentido —la más común tipología entre los líderes políticos—; y el *líder visionario*, que crea una historia completamente nueva. A estos rasgos principales del líder cabe añadir: la pasión, el sentido de la responsabilidad, el sentido de la distancia, la confianza, la habilidad de trato, la capacidad, el *curriculum* social y político, y la inteligencia.

6.— La evolución de la incidencia de los medios de comunicación modifica, no tanto los parámetros clásicos del liderazgo, como su forma de aplicación. La inflación de informaciones y la modificación continua de los *issues* a tratar —la conformación de la agenda política en los medios y no en el parlamento—, provoca que los líderes —y aquellos que potencialmente lo pueden ser— tengan mayores dificultades para canalizar con corrección el discurso. Esta situación ha provocado la aparición de la *teatrocracia*, la cesión de lo político a los técnicos solventadores de problemas, y la *vedettización* de la política. Sin embargo, esto no resta posibilidades a que, en épocas de crisis o de estrés sistémico, surjan los líderes políticos; tan sólo modifica las pautas temporales, al cercenar un trabajo discursivo a medio y largo plazo. El líder, por consiguiente, se ve sometido a la inmediatez de lo político, cuando no a los deseos de los distintos grupos mediáticos —en cuyo caso se produce una relación de colaboración—.

7.— El carisma es una cualidad extraordinaria, la cual produce una fascinación sobre aquellos que no la poseen, y provoca la consideración de estar en posesión de fuerzas extracotidianas. El carisma es una cualidad no privativa del mundo religioso, sino que es aplicable a las sociedades contemporáneas. Al igual que los demás tipos de liderazgo, el liderazgo carismático surge en los períodos críticos de los sistemas políticos, con la diferencia de que en este caso son crisis extremas, es decir, que afectan al sistema en sentido global. Por eso, los líderes carismáticos surgen bien para salvar el sistema, bien

para transformarlo, bien para superarlo totalmente. De ahí que el fenómeno carismático pueda verse de dos formas principales: el carisma como tal —sin determinación situacional—; y el carisma situacional —limitado por la situación dada—. El carisma no es un dato fijo, al contrario, puede haber diversos grados de intensidad carismática —incluso existe el falso carisma—. Por esta razón, el carisma es intrínsecamente inestable —por su carácter transitorio—, y específicamente irracional, en el sentido de extrañeza a toda regla formal. El carisma se obtiene tanto mediante el contacto directo personal, como mediante procesos indirectos de comunicación masiva; ya que el carisma es innato y, por ende, imposible de fabricar. De todo ello se derivan cuatro límites al liderazgo carismático: el límite sistémico, el límite grupal, el límite temporal, y el límite táctico. A los que habría que añadir, evidentemente, el límite personal.

8.— El líder heroico, por ejemplo, como formulación científica no es diferente al liderazgo carismático, como no lo son el líder prometeico, mesiánico, mosaico, salvador, populista, transformador o revolucionario. El liderazgo carismático es poliédrico y, por lo tanto, confluencia de numerosas adjetivaciones. Además, en un líder carismático pueden confluir características de varios tipos de liderazgo, míticos o sistémicos. Así pues las características de cada uno de ellos lo son también del líder carismático. El líder carismático actúa como inhibidor de la conciencia de sus seguidores, que pierden toda actividad crítica, y observan el mundo a través de los discursos del líder. De ahí que, en el liderazgo carismático, exista una tendencia al absolutismo, la tiranía, el autoritarismo o el dogmatismo. Pero éstas no son las únicas características principales del líder carismático, sino que pueden ser observadas ciertas características más. Como dijimos líneas antes, las características de la parte también lo son del todo y, por lo tanto, las características del líder heroico lo son del carismático, y éstas son: el *riesgo envolvente* de la acción; el *grado de dificultad* de la acción a realizar; la *naturaleza del cambio*; la capacidad para obtener *consenso*; el carácter *nacionalista* —aunque sólo referido a los sistemas políticos— o grupal; la *constante llamada* para la acción; la *independencia* respecto al poder; y ser un *outsider* de la política. Los rasgos prototípicos del líder carismático son los siguientes: la

capacidad oratoria, como forma de «embrujo» de los seguidores; la *visión*, claramente relacionada con la anterior, que a diferencia de los líderes no carismáticos, es obsesiva; la *mirada* del líder; la *confianza*, tanto la transmitida a los seguidores como la propia; la *fe ciega en las posibilidades* de llevar a cabo la visión; la *energía* o *vitalidad*; la *disciplina personal*; la *intuición* para conectar con los deseos de las personas y para prever los acontecimientos; la *capacidad de aprendizaje*; la posesión de una gran *inteligencia*; y la *capacidad de autocontrol*.

9.— Respecto a la forma de actuación del líder carismático para con los seguidores, existen dos modelos: el *líder mosaico* —no confundir con el líder mítico—, y el *líder totémico*. El líder mosaico, aquél que destierra de su imagen la representación simbólica del poder, intenta frenar los impulsos de los seguidores por imitarle y de ver la ida a través de sus palabras. De esta forma intenta evitar convertirse en un amuleto y en un objeto de adoración y potenciar la identificación con la causa. Por su parte, el líder totémico fomenta personalmente el culto a la personalidad y la identificación personalista de los seguidores.

10.— Mientras que la sucesión de los líderes no carismáticos tiene una importancia relativa, o ninguna, la sucesión de los líderes carismáticos es sumamente importante porque se genera una crisis grupal. La sucesión del líder carismático se puede realizar tanto por elección o designación del calificado carismáticamente, como mediante reglas prefijadas. Dentro de la sucesión por elección cabe distinguir entre: la designación personal del sucesor por el líder carismático; y la objetivación ritual del carisma (unción, imposición de manos, etc.). Las fórmulas regladas para encontrar sucesor son: la consanguinidad —elección de un sucesor pariente, lo que provoca la rutinización del carisma—; la utilización de un conciliábulo carismáticamente cualificado (consejo); la búsqueda de signos de calificación carismática; y la utilización de oráculos, de la suerte o de otras técnicas de designación.

11.— El surgimiento de un líder carismático dentro de un partido político permuta totalmente los parámetros organizativos. Las áreas de incertidumbre pasan a depender, casi

en exclusiva, del líder. Además, transforma la organización partidista al vincular personalmente los lazos de lealtad, es decir, los seguidores se vinculan directamente con el líder, quedando la organización como mero instrumento. De igual forma incide en ello la identificación *total* entre el líder y el partido, lo que conlleva la modificación o exaltación de la identidad anterior. Este proceso, sin embargo, permite la superación de la rigidez burocrática, pues la comunicación (órdenes, aspiraciones, etc.) entre líder y seguidores se realiza extramuros de la organización. Todo ello provoca, paradójicamente, una mayor dogmatización del partido político. Por último, el cambio organizativo, cuando existe un líder carismático, viene determinado por los deseos de éste más que por motivaciones o factores exógenos o endógenos.

2º) CONCLUSIONES EMPÍRICAS.

12.— Como conclusión general, y siempre previa a cualquier análisis particular, podemos afirmar que el liderazgo ejercido por Felipe González ha sido plenamente un liderazgo de carácter mítico. No ha habido un solo mito en torno a su figura, sino que el liderazgo de González ha sido polimítico, aunque con preponderancia de un mito sobre los demás. Tanto en su discurso como en la proyección de su imagen, como en su discurso, como en los ataques recibidos, como en sus relaciones con otros dirigentes, se pueden apreciar numerosos aspectos míticos, los cuales se corresponden, casi plenamente, con los mitologemas propios de ese mito rememorado.

13.— La aparición pública de Felipe González estuvo marcada por numerosos aspectos míticos. La ocultación de su verdadera identidad bajo el apodo de «Isidoro» ayudaba a crear ese halo de misterio que, normalmente, recubre a los líderes carismáticos, en especial a los líderes prometeicos. Sin embargo, fue el contexto crítico de la transición política española el que permitió potenciar dos figuras míticas relacionadas con González: por un lado, la *palingenesia* del PSOE, tras su «aparente» desaparición; y, por otro lado, la *epifanía* del propio líder socialista. Ambas figuras situacionales y míticas incidieron en la

imagen proyectada por Felipe González, la cual se vio potenciada por la campaña estratégica que se realizó entorno a su figura. Así mismo, se protegió la figura del líder socialista evitando apariciones públicas que pudiesen resultar dañinas y, en sentido contrario, se publicitaron y potenciaron todas aquellas que beneficiaban su proyección pública y mítica —con esto no afirmamos que, directamente, los *cuidadores* de González fuesen conscientes de los elementos míticos que estaban potenciando—. De igual modo, durante la elaboración de la constitución, fueron otros los que se encargaron de las negociaciones y los debates, dejando al líder socialista el discurso más amplio, menos técnico, empero, más movilizador. Este cuidado por la imagen de González tuvo dos momentos álgidos, especialmente por la proyección heroica que transmitieron. El apoyo dado, en primer lugar, por la Internacional Socialista durante el 27º Congreso del PSOE, promovió la *imagen de héroe* del primer secretario. Las figuras-símbolos de François Mitterrand, Olof Palme y, sobre todo, Willy Brandt apoyando a González rememoraban los mitologemas heroicos, donde al héroe siempre le acompaña con su consejo y experiencia un sabio —en concreto fue Brandt el sabio y el consejero anciano del líder socialista—. Y, en segundo lugar, los carteles electorales de 1977 influyeron, de igual forma, en transmitir ciertas imágenes míticas y de transformación. La juventud de los dirigentes socialistas, y su estudiada vestimenta informal, servía para romper con el pasado, con la tradición del franquismo y de la guerra civil, y avanzaba en la idea de una nueva España moderna, donde todos los españoles tendrían cabida.

14.— El segundo paso en la configuración de la imagen de Felipe González se encaminó a mostrarle como un *hombre de Estado*. En primer lugar, se oscurecieron las figuras de aquellos dirigentes socialistas que pudiesen afectar a González, principalmente la figura de Enrique Tierno Galván. Durante la elaboración constitucional, impidieron la participación de Tierno Galván en la Comisión Constitucional, porque una figura respetada como la del «viejo profesor» y, además, «padre» de la constitución hubiese frenado, por un lado, los avances electorales del PSOE y, por otro lado, hubiese sido un obstáculo para el propio González. Tierno Galván como contradictor de Felipe González, no sólo dentro del arco

socialista, podría haber ofrecido otra alternativa para muchos votantes españoles, e incluso dentro del PSOE. Una vez absorbido el PSP, debido a su quiebra económica, «condenaron» a Tierno a la alcaldía de Madrid, apartándole de la política estatal¹. En segundo lugar, en otra acción en favor de proyectar una imagen de hombre de Estado, fue la potenciación de los viajes al extranjero de González. La imagen de los viajes del líder socialista, y sus reuniones con dirigentes de diversos países, era una clara muestra de su aprendizaje, apoyado por Brandt, para llegar a ser un gran dirigente político; concretamente el hombre de Estado que necesitaba España. Pero el contexto histórico —el período conocido como «desencanto»— actuó en contra de las aspiraciones socialistas. Una época de oscuridad, que influyó notablemente en la campaña del PSOE, de aspiraciones no cumplidas, y de sobrecarga política imposibilitó el cambio que propugnaba González. El posterior contexto histórico —la moción de censura contra Suárez y el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981— actuó en favor del líder socialista. Sólo Felipe González podía ser elegido como presidente del gobierno en 1982, porque el sustrato mítico y discursivo de los años anteriores se habría insertado en el inconsciente colectivo de la mayoría de los ciudadanos españoles, y afloraría de manera efectiva en esa fecha.

15.— Como líder carismático, Felipe González había conseguido una identificación entre el PSOE y él mismo, pero esta identificación no era total, pues había ciertos contradictores internos de cierta relevancia (Luis Gómez Llorente y Pablo Castellano, por ejemplo). Los congresos de 1979 (XXVIII y Extraordinario) posibilitaron la identificación total entre partido y líder a través de ciertos mecanismo míticos y formales. Podemos decir, a cuenta de los hechos posteriores y la importancia dada por los científicos políticos y los propios militantes del PSOE, que aquellos fueron congresos míticos. De ellos se derivara lo bueno y lo malo de los años posteriores. El *falso debate sobre el marxismo* ocultó hechos más importantes externa e internamente. Externamente, ambos congresos propiciaron la total identificación de González y PSOE —desde ese momento hasta su marcha de la secretaría

¹Una muestra de la proyección de la imagen de Enrique Tierno Galván es que, al día de hoy, sigue siendo el alcalde añorado, tanto dentro del PSOE como entre los votantes de izquierdas. Es más, se ha

general, al menos, PSOE y Felipe González eran lo mismo—; la catalogación de González como hombre providencial por parte de los medios de comunicación —*todos* apoyaron al líder socialista frente a los críticos—; y la confirmación empírica de la ética del discurso de González. La apelación a la conciencia y las convicciones éticas del líder socialista, que no eran más que un velo con el que cubrir las verdaderas intenciones, impresionó a propios y extraños, provocando un movimiento de apoyo que sería el inicio del proceso culminado en 1982. Interiormente, los congresos de 1979 propiciaron la centralización del poder del PSOE en las manos de los dirigentes máximos. Se centralizó la organización para evitar el disenso y poder controlar toda la estructura, en un claro retroceso de la democracia interna; centralización que era la verdadera motivación de los dirigentes socialistas y que quedó, hábilmente, ocultada por el falso debate sobre el marxismo. Las quejas de los militantes fueron orgánicas, y los deseos de los dirigentes también; el debate sobre el marxismo sirvió para comprobar el grado de integración de los militantes socialistas en el proyecto. Los resultados de esta operación, que pudieron ser positivos en 1982, fueron negativos para el devenir del PSOE, el cual quedó completamente necrosado, y que al día de hoy (2002) todavía no se ha recuperado. A pesar de todo, lo más importante en el ámbito interno fue la *totemización* de Felipe González —al fin y al cabo, las estructuras siempre pueden ser superadas—. La proyección de la imagen de «parricidio» cometido con el líder socialista —simbolizada en su renuncia a seguir siendo primer secretario (o secretario general)—, impulsó a los militantes socialistas a entonar el *mea culpa* y pedir el regreso del «padre». Para completar esta acción, se produjo la transmisión carismática desde el «abuelo» (Pablo Iglesias) al «hijo» (Felipe González), que ahora se convertía en «padre». Toda la tradición intermedia, de los «padres» y «tíos» del PSOE, quedaba totalmente enterrada en los libros de historia. Ahora se había producido la fusión entre el fundador y el líder prometeico. De esta manera mítica desaparecía toda la tradición de democracia interna del PSOE, la cual había existido entre la «secta» de Iglesias y el «dogma» de González. A partir de ese momento, el partido perdía toda su autonomía (política, ideológica, etc.) en favor de Felipe González, el cual no volvería a ser contestado por sus

convertido su figura en un arquetipo político muy demandado por la militancia socialista.

seguidores. El castigo infligido por el líder socialista a aquellos que se habían rebelado, pasaba a formar parte del mitologema —y, por tanto, en una de sus prohibiciones míticas— interno del PSOE.

16.— El discurso/visión de Felipe González ha sido, como su liderazgo, poliédrico, pues ha contado tanto con apelaciones míticas como con propuestas políticas. Las apelaciones míticas las podemos encontrar en el *discurso regeneracionista*, que ha sido el que menos modificaciones ha sufrido a lo largo del tiempo. Las propuestas políticas las encontramos en el discurso ideológico, con sus diferentes evoluciones desde la socialdemocracia al liberalismo radical o humanista. Partiendo de la crítica a la escasa modernización de España, a la falta de ética de sus dirigentes políticos, al patriotismo del lenguaje y al personalismo de la práctica de los políticos, Felipe González recuperó los elementos regeneracionistas de la tradición española. Era un discurso con un alto componente mítico, casi un mitologema, recuperado con nuevos elementos, para acondicionar el discurso a la nueva situación. De esta forma el líder socialista fue activando el inconsciente colectivo de los españoles en favor de la modernización de España. Una modernización que no sólo era económica, sino que incorporaba nuevos usos en la forma de hacer política, y una ética política muy fuerte. Dentro del discurso general de González, el regeneracionismo siempre ha estado presente antes y después de 1982. El discurso ideológico, propiamente dicho, ha ido evolucionando con el transcurrir del tiempo. Comenzó González exponiendo un discurso socialista tradicional en 1977, para evolucionar hacia la socialdemocracia en el período 1979-1986 —con clara influencia de José María Maravall y Ludolfo Paramio—, y terminar con el discurso neoliberal o liberal humanista de los últimos años de gobierno. ¿Por qué se ha producido esta evolución? Porque el marco ideológico del discurso de Felipe González siempre ha sido instrumental, no movilizador, y porque el principio fundamental del líder socialista ha sido el *nacionalismo*. Felipe González ha sido, y sigue siendo, nacionalista antes que socialista, y por ello se ha servido de los aspectos ideológicos que mejor ayudaban a configurar su proyecto nacionalista. Un nacionalismo

cívico cuya máxima principal ha sido situar a España a la cabeza de los países occidentales². De ahí que González pueda ser catalogado como líder prometeico.

17.— Felipe González ha sido considerado por sus seguidores y sus contradictores como un líder carismático, por lo que no cabría realizar mayor apreciación por nuestra parte, pues ése es el factor fundamental para la consideración del carisma. Y, al menos hasta 1993, ha mantenido, más allá del núcleo carismático, la capacidad de proyectar la imagen de estar en condiciones de llevar a cabo acciones extracotidianas. Los rasgos del líder carismático han estado casi totalmente presentes en Felipe González. La *oratoria* ha sido su mejor instrumento para transmitir la visión y movilizar a sus seguidores, pues ha mantenido su capacidad de embrujo, de transportar a las personas a otros lugares, y de hacer presente lo futuro. En otras palabras, de dotar de *seguridad* a los seguidores y, por lo tanto, transmitir la *confianza* propia en el proyecto a los seguidores. Esta confianza no sólo ha sido producida por la oratoria de González, sino por la *fe ciega en las posibilidades*, tanto de idoneidad como de éxito, que tenía el líder socialista en su proyecto. Hasta el último momento, la derrota electoral de 1996, Felipe González ha mantenido una *vitalidad* personal —pese a sus enfermedades— y política que le ha permitido superar los momentos críticos. Lo que, en parte, estaba determinado por la *disciplina personal* que tiene, y que emplea en todas las acciones que emprende, pues no se desvía del camino, ni se despista con cuestiones superficiales. Esto demuestra la gran capacidad de *autocontrol* de González para no verse superado por los problemas. Igualmente, González ha demostrado ser una persona *inteligente*, sobre todo, para saber cuáles son las ondas históricas e incorporarse a ellas. Además, ha demostrado una gran *capacidad de aprendizaje*, lo que le permite, junto a lo anteriormente dicho, «estar a la última», favoreciendo así su discurso con aportaciones novedosas. Sin embargo, el rasgo de la *mirada*, que se encuentra en los líderes carismáticos, no ha sido apreciado en González —salvo en el cartel electoral de 1982—. Como complemento a estas características, los rasgos del héroe político también pueden ser encontrados en González, especialmente en el período 1977-1986

²Una muestra del nacionalismo de Felipe González se puede encontrar en el libro del líder socialista y

—posteriormente sería visto únicamente como líder carismático—. Así, los ciudadanos españoles han observado que el *grado de dificultad de la acción* ejecutada por Felipe González ha sido máximo, con un *grave riesgo* para la acción y la persona que la encarnaba, ya que la *naturaleza del cambio* era moderadamente radical. El líder socialista ha tenido siempre la habilidad de obtener el *consenso* de los seguidores, a los cuales ha pedido con insistencia su participación, no sólo su apoyo, en el proyecto, aunque sólo él tuviese la potestad de elaborarlo. Por último, el líder socialista fue visto en sus inicios como una persona *independiente del poder* y, por su forma de aparición pública, como un «outsider» político. Lo cual es, parcialmente, falso, ya que las primeras entrevistas de Felipe González fueron con los responsables del poder financiero; y el líder socialista no se separó de los parámetros marcados, para la transición, por las potencias occidentales, especialmente EEUU. Pero los ciudadanos, que es lo importante en este sentido, entendieron que era independiente. Por último, dentro del encuadramiento de Felipe González en los distintos tipos de liderazgo, cabe establecer que el líder socialista ha sido un *líder transformador*, pues tenía la intención de modificar sustancialmente gran parte del sistema español, aunque, tras los acontecimientos de 1981, su figura adquiriese elementos salvadores.

18.— El último elemento mítico, que podemos encontrar relacionado con Felipe González, es la utilización del complementario del líder socialista: Alfonso Guerra. Este tipo de relación entre ambos dirigentes cabe entroncarla con el *mito de los gemelos*. Entre González y Guerra ha habido algo más que un reparto de funciones, han cumplido a la perfección el mitologema de los gemelos, llegando a formar un todo único. La figura de Guerra ha servido de excelente contrapeso a la figura de González: uno bueno, otro malo; uno estadista, el otro partidista; uno nacionalista, otro socialista; uno pragmático, otro utópico... Alfonso Guerra ha ejecutado, hasta 1990, las órdenes de Felipe González con total eficacia y diligencia: en el 28º Congreso preparó con acierto la modificación de los estatutos del PSOE para centralizar todo el poder; efectuó numerosas purgas en los

sectores críticos con el proyecto del líder carismático, con la finalidad de tener un partido monolítico; hostigó a los medios de comunicación no afines y manipuló los estatales en favor del gobierno, cuando era necesario. En general, se ha comportado como el «gemelo malo». El mito de los gemelos funcionó a la perfección hasta que el «gemelo malo» decidió enfrentarse al «gemelo bueno» —porque perdía influencia en el líder y en el gobierno—. Desde ese momento, tal como cuenta el mitologema, el gemelo bueno emprendió acciones para conseguir acabar con el gemelo malo, lo que consiguió en el 34º Congreso del PSOE, aún a costa de él mismo. En la actualidad, Alfonso Guerra es prácticamente parte de la historia política, mientras que Felipe González sigue teniendo ascendencia en los asuntos del PSOE.

19.— En este reparto de papeles, la figura que se ha proyectado de Alfonso Guerra ha sido totalmente fabricada por él mismo; es, por lo tanto, una falsa figura. Son dos las variables que ha potenciado Guerra de su figura: su intelectualidad; y su izquierdismo. En el plano intelectual, Alfonso Guerra se ha presentado a sí mismo como una persona de grandes conocimientos y dotes intelectuales, y una preocupación por la cultura —sobre todo, la poesía y la música clásica—. Esto le ha supuesto ciertos enfrentamientos con los «felipistas», pues Felipe González ha nombrado como ministros de cultura, principalmente, a los miembros del mandarinato madrileño o de la *gauche caviar*. Aunque tales nombramientos no le han impedido manipular algunos premios, e influir en numerosos aspectos de la política cultural desde la vicepresidencia del gobierno. Sin embargo, esa imagen de intelectual es, casi totalmente, falsa. Alfonso Guerra, si puede ser considerado como un intelectual, es como un *intelectual de café*. Sus apreciaciones críticas siempre han sido estéticas, cuando no demagógicas; por eso ha proyectado una imagen de intelectual modernista, como vía crítica al capitalismo, y por eso ha narrado con profusión de detalles sus propios aspectos hedonistas —«esas noches dedicadas a disfrutar del sexo escuchando a Mahler»—. Para terminar de construir esa imagen de intelectual, se ha dedicado a promover encuentros y publicaciones sobre el socialismo, convirtiéndose en *sumo pontífice de la intelectualidad socialista tradicional*. Si bien en este sentido la

actuación de Guerra ha tenido consecuencias positivas —aunque grandes fracasos prácticos, debido a la inconsistencia temporal de los proyectos, al dogmatismo intelectual y al sectarismo—, en el ámbito propio de la intelectualidad no ha aportado nada personalmente. Sus críticas, cuando las ha habido, se han centrado en los aspectos económicos del gobierno, pero nunca en los estructurales, sociales, estratégicos o éticos, los cuales se han demostrado como los más negativos en el período socialista. Además, cuando ha decidido escribir algo, o bien ha recurrido al «autoplagio», o bien a realizado un *collage* de otros autores —el *estilo tezanesco* que afirman muchos—. Por otro lado, la imagen de izquierdista es, también, parcialmente falsa. Si comparamos los discursos de Guerra y González, llegaríamos a la conclusión de que el primero es más de izquierdas; si comparamos las alusiones a la tradición socialista, y los intentos de transmisión simbólica de los personajes del pasado, también Guerra se sitúa a la izquierda. Ahora bien, si recurrimos a la experiencia práctica, la comparación es imposible, porque Alfonso Guerra nunca ha intentado llevar a cabo acciones coherentes con su pensamiento. Es más, la duda y el cambio continuo de proyectos, en numerosas ocasiones contradictorios entre sí, ha sido la tónica predominante del discurso izquierdista de Guerra. Y en el plano ético, inserto a la tradición que dice representar, Guerra ha quebrado totalmente los supuestos éticos. Ha patrimonializado el partido en su favor, en el de su grupo de fieles y en el de sus familiares —recuérdese el caso Juan Guerra—; ha permitido una financiación ilegal del PSOE —caso Filesa—; ha perseguido a los discrepantes, tanto a su izquierda como a su derecha; su supuesta austeridad no es tal, es más se le puede considerar como una persona rica. En definitiva, si cabe calificar a Guerra de alguna manera, es como *esteta*, porque ni es intelectual, ni izquierdista —su izquierdismo es una máscara con la que legitimar su posición dentro del socialismo español—, ni ético.

20.— La valoración de las políticas llevadas a cabo por el PSOE, en su etapa de gobierno, debe ser realizada bajo el marco del discurso poliédrico del líder carismático. Tomando como referencia el discurso *regeneracionista*, cabe decir que la modernización de España ha sido completada positivamente. Se ha modificado la estructura económica del país,

aunque con grandes problemas, especialmente laborales y sociales, porque no se implantaron políticas activas de empleo —uno de los mayores fracasos del período socialista—. La incorporación de España al «mundo», es decir, acercarse a los parámetros occidentales, ha sido el mayor logro de los gobiernos socialistas. Se consiguió la incorporación de España a la CEE/UE; las cifras comparativas con Europa, principalmente, se han igualado, aunque se encuentran todavía por debajo de la media en algunas áreas; la resolución de conflictos internacionales —el conflicto de los Balcanes, la guerra del Golfo, acciones humanitarias diversas, etc.— ha contado con España como actor importante, aunque contraviniendo ciertos supuestos éticos e ideológicos del socialismo; las relaciones con los países latinoamericanos han sido inmejorables en todos los aspectos; y, sobre todo, la proyección de Felipe González en el contexto internacional ha colmado las esperanzas —«pese al camino que aún queda por recorrer», González *dixit*³— de las generaciones de principios del siglo XX (tradicción regeneracionista). Tras los años de gobierno socialista, España puede ser considerada como una potencia mundial. En los aspectos éticos, como veremos más abajo, las acciones han resultado un fracaso. Los aspectos *salvíficos* del discurso también han tenido sus claroscuros. Por un lado, la modernización del ejército y su integración en el modelo democrático ha sido todo un éxito; pero, por otro lado, la eliminación del terrorismo ha sido un fracaso —aunque se ha conseguido frenar a organizaciones terroristas menores—, tanto desde un punto de vista impecable, como desde un punto de vista implacable —pese a los esfuerzos, mediante negociaciones, que se han hecho—. En general, la amenaza de involución en España fue eliminada por el gobierno socialista. Bajo la referencia del discurso *socialdemócrata*, las políticas ejecutadas por el PSOE han sido positivas en tanto en cuanto implantación del Estado de bienestar, pero negativas en lo que se refiere a dotar de medios a las reformas realizadas. El esfuerzo fiscal realizado, al incorporar al sistema tributario a más contribuyentes y en la persecución del fraude fiscal, se ha quedado lejos de la media europea, y no ha servido para financiar el Estado de bienestar. A la universalización de la sanidad, de las pensiones

³Palabras expresadas por Felipe González antes de un comité federal del PSOE en 2001, y recogidas por los autores.

y de la educación —hechos positivos—, le ha seguido la falta de camas hospitalarias, la masificación de las universidades, la pérdida de valor de los títulos universitarios en el mercado laboral, el bajo rendimiento educativo-cultural en todos los niveles educativos, el cierre de colegios e institutos del sistema estatal y la permanencia de colegios e institutos concertados —*desaprovechamiento de las infraestructuras creadas*—, etc. Estas consecuencias estaban

determinadas por el intento de financiar el Estado de bienestar a través de políticas monetaristas y de expansión por el lado de la oferta. Es decir, ha resultado un fracaso financiar el Estado de bienestar con políticas económicas liberales. En términos generales, la sociedad española opina que las políticas socialistas han beneficiado en mayor medida a los ricos que a los trabajadores; aunque el período de gobierno socialista es considerado como un período bueno, el cual fue mejor en los primeros años para ir, poco a poco, empeorando, paradójicamente.

21.— La actuación personal, como líder, de Felipe González ha estado perfectamente enmarcada dentro de los parámetros del líder carismático, y ha promovido lo que se ha dado en llamar *felipismo*. El felipismo no ha sido sino la forma de actuación de un líder carismático. En el plano político, Felipe González siempre ha sido nacionalista, interclasista, evolucionista y platónico; que es sobre lo que se lamentaba José Félix Tezanos en su teoría del neobonapartismo. Sin embargo, ha tenido mayor repercusión su actuación personal en la composición del felipismo. Como actor político, Felipe González siempre ha hecho una defensa de la ética de las responsabilidades frente a la ética de las convicciones —a excepción de la «teatral» renuncia del 28º Congreso—, aprovechando el momento político concreto para asumir los costes de oportunidad políticos o los costes de oportunidad de las políticas. En el caso de referéndum sobre la OTAN, González, dejando de lado sus supuestas convicciones, actuó en consecuencia con las responsabilidades políticas. Para vencer en el referéndum, González utilizó todos los medios a su alcance —manipulación de los medios de comunicación estatales; persecución de los partidarios del «no»; prebendas para intelectuales que apoyasen el «sí», etc.—, pero logró el cambio

de opinión gracias a dos variables: los costes de oportunidad políticos; y el plebiscito. Por un lado, la vinculación psicológica del apoyo favorable al referéndum y la integración europea y, por otro lado, la amenaza soterrada de dimitir si perdía el referéndum, ayudaron a conseguir la aprobación. Pero el referéndum dejaría consecuencias psicológicas muy graves en el electorado de izquierdas, porque había obligado a los ciudadanos a elegir entre las propias convicciones y las necesidades gubernamentales. Este desgarró, además, tiene un componente mítico que no debe ser rechazado. Tal y como cuenta el mitologema prometeico, la modernización llevada a cabo por el *titán* no sólo comprendía la técnica o la razón —si se prefiere, la pérdida de la *Edad de Oro*—, sino también la llegada del deber al mundo de los hombres «en el que ser feliz ya no significa ser sumiso»⁴. Esta sumisión a los dioses, encarnados ahora en los Estados Unidos y su brazo armado la OTAN, fue lo que produjo cierta quiebra del mitologema, y por ende el desgarró emocional con la respuesta del líder prometeico. En el enfrentamiento con los sindicatos, que ejercieron de oposición durante la segunda legislatura socialista, también se recurrió a la justificación sobre la base de las responsabilidades de gobierno frente a las convicciones socialistas. La reconversión industrial, la ley de pensiones o los nuevos planes de empleo juvenil —creados por los «guerristas», por cierto, y que tan malos resultados han tenido—, propiciaron la huelga general del 14 de diciembre de 1988. La respuesta del gobierno fue que los sindicatos no tenían sentido de Estado, porque las reformas eran necesarias y anteriores a hacer política socialdemócrata. Pero el felipismo no ha sido sólo una defensa de la ética de las responsabilidades, sino que ha habido otras características. El felipismo es *dogmático* y *autoritario*, no admite enmiendas al proyecto del líder carismático, y por ello no escatima en la persecución de los contrarios, y en la manipulación de sus fuentes de poder contra los que no comparten su opinión —purgas internas contra el sector crítico e Izquierda Socialista, chantajes y presiones a los periodistas y medios de comunicación no afines, etc.—. El felipismo es *prepotente* en su estilo de gobierno, pues ha utilizado su mayoría, no tanto por la puesta en marcha de políticas sin consenso, como en su actuación personal contra los ciudadanos (afines o no), en un sentido ideológico —la democracia

⁴ Gregorio Luri Medrano, *Prometeos*, Madrid, Trotta, 2001, pág. 41.

como ideología, no como posición política y ética—, no en un sentido formal. Se entiende la política desde una posición elitista, donde los ciudadanos deben servirles a ellos, y no como un servicio a los ciudadanos. De ahí el despilfarro y la ostentación realizada, que se enfrentaba directamente a uno de los fundamentos del discurso regeneracionista. El felipismo *niega la alteridad*, básicamente porque la idea, nacionalista y regeneracionista, se ha introducido tanto en la conciencia del líder y sus seguidores que los posee, y todas las propuestas se observan como afrentas personales e irrealizables. También es el felipismo una *validación de los actos sobre la base del proyecto mítico*, esto es, pragmatismo y falta de ética. Y las relaciones dentro del felipismo se han basado en la *fidelidad* antes que en criterios de capacidad. Todo esto ha quebrado la figura pre-gobierno que tenían los españoles de Felipe González y del PSOE, y explica en parte el desgaste del partido en el plano de la imagen de la que no se ha repuesto todavía.

22.— El GAL (o terrorismo de Estado) y la corrupción han sido las dos lacras del proyecto socialista de Felipe González; digamos que han sido el verdadero pecado mortal del mito socialista. Respecto al caso GAL, los dirigentes socialistas se han mostrado implacables, anteponiendo la (mala) razón de Estado antes que las convicciones éticas, las cuales habían difundido como superación del franquismo. No sólo no desecharon las fórmulas de lucha contraterrorista anteriores —del franquismo y de los gobiernos de la UCD—, sino que siguieron financiando sus actividades hasta que la situación se hizo insostenible y se consiguió la colaboración francesa⁵. Si bien una gran parte de los ciudadanos españoles podían justificar el GAL, una vez que se vio que no era eficaz, que existía corrupción monetaria, y que las acciones eran una completa chapuza, retiraron su apoyo en este tema al gobierno. Éticamente, y de acuerdo al discurso del líder socialista, jamás se tenía que

⁵Hoy en día la negación de los hechos por Felipe González continúa, pese a las sentencias de los tribunales de justicia, aunque algún *lapsus linguae* del líder socialista nos hace ver otra perspectiva: «Lo primero que ha obstaculizado cualquier reflexión sería era la suposición de que constituía una monstruosidad contextualizar los acontecimientos, que se producían en la época más dura de la violencia terrorista. Cuando lo que es una monstruosidad es no hacerlo, porque la historia nunca está fuera de contexto, salvo si se quiere su falsificación. Eso es lo que ha pasado con el tema del GAL, casi diez años después de la desaparición del fenómeno, y la complicidad fue de todo el mundo, nadie o casi nadie se escapa» en Felipe González y Juan Luis Cebrián, op. cit., pág. 154.

haber permitido: primero, la transformación del BVE en el GAL; segundo, la financiación del terrorismo de Estado; y tercero, el no establecimiento de un control sobre las actuaciones de los responsables del grupo antiterrorista. Respecto a la corrupción, la conclusión se debe establecer sobre la base de tres puntos. En primer lugar, los políticos socialistas no debieron quitar los controles administrativos para la utilización del dinero público. En segundo lugar, los dirigentes máximos tendrían que haber controlado y seleccionado a sus colaboradores mejor, y no dejarse llevar por la euforia política y económica, y por criterios de fidelidad personal. En los niveles intermedios y bajos de las instituciones políticas, el control debería haberse realizado desde el aparato del partido. Por lo tanto, no cabe culpabilizar a alguna de las dos facciones principales del PSOE de la corrupción, ya que ambas han acogido a corruptos en su seno. Y, en tercer lugar, los dirigentes socialistas no emprendieron con prontitud ninguna acción para investigar otras vías de corrupción, sino que argumentaron que eran casos aislados y sin importancia, lo que les llevó a perder la confianza de muchos ciudadanos. No se pedía que Felipe González, con su poder taumatúrgico, eliminase la corrupción, porque no podía, sino que reaccionase en favor de ser tajante —como había demostrado contra sus adversarios— y encontrar él, o sus más allegados colaboradores, a los corruptos y dirimir las responsabilidades políticas con contundencia, incluso si suponía su propia dimisión. Al contrario, los dirigentes socialistas se encerraron en sí mismos, enfrentándose a aquellos que les acusaban, en la mayoría de los casos con razón, de pérdida de ética. Así se fraguó la quiebra de la figura carismática de González para la mayoría de los españoles, porque había cometido el mayor pecado.

23.— Felipe González ha insistido que su derrota electoral de 1996 se debió a un proceso conspirador contra su persona, y no a un discernimiento personal de los ciudadanos. Se equivoca González al pensar que la mayoría de los ciudadanos españoles son tan infantiles como para no saber discernir entre la corrupción verdadera y los falsos casos, entre otras cuestiones porque los casos reales tuvieron rápida respuesta judicial; aunque, por otro lado, acierta González al observar que hubo una conspiración hacia su persona, con la finalidad

de erosionarle carismáticamente⁶. El proceso principal se estableció en la opinión pública, es decir, en los medios de comunicación, con una ejecutoria multilateral perfectamente calculada. En primer lugar, se elevó el nivel de la crítica sobre los errores conocidos, para que los aciertos pasasen desapercibidos y el contexto de actuación del gobierno fuese totalmente inestable. En segundo lugar, se achacó la corrupción al socialismo en sí. Tanto por transmisión familiar de Felipe González —se inventaron numerosos casos de corrupción vinculados a su hermano, su cuñado y él mismo—, como por transmisión familiar organizativa —del caso PSV, que afectaba al sindicato UGT, se culpabilizó al felipismo—, creando una sensación de que, salvo algunos «santos varones», los socialistas eran todos corruptos, de una forma u otra. En tercer lugar, se asimiló el felipismo a un régimen dictatorial sin libertades, basándose para ello en ciertas leyes, alguna de las cuales sí eran limitativas, y hablando del monopolio (falso) por parte de Felipe González de los medios de comunicación. También se acentuaron las amistades de González con algunos dirigentes latinoamericanos (Fidel Castro, Omar Torrijos, etc.), para demostrar que él también era un dictador corrupto. En clara ligazón con esto, se procedió a un revisionismo histórico que llevaba a culpabilizar al PSOE de la guerra civil; que negaba toda lucha antifranquista al PSOE y a todos sus dirigentes; que exaltaba la transición a la democracia, ninguneando la presencia de los dirigentes socialistas, y el consenso transitorio frente al dogmatismo de Felipe González; y que culpabilizaba al presidente del gobierno de estar llevando a España a la desintegración. Toda esta campaña de falsificación histórica se encaminaba: a depurar la imagen de no demócratas y franquistas de los dirigentes del PP; a presentar a José María Aznar como la persona honrada y regeneracionista, que llevaría a cabo la segunda transición desde el régimen dictatorial felipista hacia la «democracia verdadera»; y, principalmente, a provocar una crisis sistémica que demandase un cambio

⁶Tenemos la sospecha, y por eso la situamos en este pie de página, de que en el proceso conspirador no sólo se trató de erosionar el carisma de González, sino que los fines también eran otros. Por decirlo en términos marxistas, creemos que el proceso de la conspiración fue, principalmente, una lucha por ser la fracción hegemónica dentro del bloque en el poder. Atacando y desbancando a González se conseguía, también, restar poder a ciertos sectores económicos (banca y medios de comunicación preferentemente), los cuales con el tiempo han pasado a poder de los conspiradores. Pero es sólo una suposición, con algún fundamento empírico, que necesita de un estudio propio.

en el gobierno —en cierto modo esto fue lo que se consiguió. Por un procedimiento reglado (no vía liderazgo) y con una imagen antilíder, es decir, con un dirigente sobrio pero con un equipo eficaz (persona vs. equipo)—. Y, en último lugar, se acudió a la enfermedad psicológica del propio Felipe González, la cual le hacía ver conspiraciones contra su persona (síndrome Nixon), y que justificaba el tiranicidio que se estaba llevando a cabo. Ya que ni era capaz de reconocerse neurótico, ni había escuchado las recomendaciones de los hombres educados en la *virtu*, ni quería ver el alto nivel de corrupción en España y el peligro que generaba para el sistema y, por lo tanto, no pensaba dimitir, todas las acciones para defenestrarle estaban justificadas. Tal fue la justificación de la conspiración.

24.— La influencia de Felipe González sobre el PSOE ha sido grande, ya se comentó, tanto como para determinar los juegos internos de poder. Las tres facciones o tendencias internas del PSOE son producto de la existencia y actuación del líder carismático. *Izquierda Socialista*, continuación del sector crítico, nació contra los factores negativos que generaba el felipismo y en favor de un tipo de partido totalmente radical —un partido de militantes, de izquierdas y más democrático—. En un primer momento, los miembros de Izquierda Socialista sufrieron diferentes purgas dirigidas por los gemelos socialistas, hasta que la imagen de monolitismo exterior llevó a Felipe González y Alfonso Guerra a concederles el estatuto de corriente de opinión. De esta forma se justificaba el pluralismo interno del PSOE. La actuación de la corriente dentro del PSOE se vio afectada, además de por las laminaciones, cooptaciones y abandonos, por la pérdida del discurso en favor de las otras dos facciones del partido: el guerrismo le quitó el discurso ideológico de izquierdas; y la «renovación» se aprovechó de su discurso orgánico. La respuesta de Izquierda Socialista ante esta situación fue establecer una política de alianzas confusa, pues se pactaba con la «renovación» temas orgánicos, y con el guerrismo cuestiones ideológicas. La pérdida de autonomía de proyecto ha llevado a Izquierda Socialista a convertirse en una especie de secta política. El *guerrismo* también surgió como derivación del líder carismático. El reparto de funciones entre los gemelos socialistas provocó que el partido

quedase en manos de Alfonso Guerra, quien fue creando una red clientelar de fieles a su alrededor, que actuó como *guardia d'corps* del líder carismático hasta que éste viró hacia otras personas (pre-renovadores) y otros dirigentes (barones). El aparato creado para controlar el partido fue independizándose del líder carismático y «sus» fieles, y comenzó una campaña para ocupar mayores cuotas de poder institucional —lo que provocaría una reacción del propio líder y sus afines—. Una vez que la separación entre los dos gemelos fue evidente, el guerrismo comenzó a actuar contra la facción del líder y el líder en sí, utilizando como argumento principal la ideología. De ser el aparato para-felipista, pasó a ser una facción antifelipista. Por su parte, la *renovación* comenzó siendo una tendencia —que puede ser más antigua que el guerrismo e Izquierda Socialista— muy vinculada al pensamiento de Felipe González, pero sin una implantación fuerte dentro del partido —en el ámbito institucional sí tenía implantación—, y de una composición muy diversa. Cuando el guerrismo comenzó el hostigamiento de los felipistas, la tendencia renovadora tomó la determinación de convertirse en una facción. Partiendo del primigenio *clan de Chamartín*, la «renovación» fue construyéndose por agregación de dirigentes regionales y locales, que ante la lucha entre Guerra y González, tomaron partido por éste último. Una vez que el líder carismático transmitió que apoyaba a los renovadores, aunque siempre estuvo detrás del proyecto, la base militante aumentó geométricamente. La legitimación de su posición fue la democratización interna del partido, con la clara finalidad de restar poder al guerrismo, y recuperar el partido para *su* líder. Esta apuesta por la democracia interna fue un acto de hipocresía en muchas ocasiones, porque, salvo pocas excepciones, anteriormente a la lucha contra el guerrismo nunca se habían expresado así. El voto individual, la proporcionalidad de las listas, las primarias, la crítica a la actuación hostigadora y laminadora del aparato, etcétera, sólo fueron base de su proyecto cuando les beneficiaba o perjudicaba en la lucha interna, antes nunca lo habían defendido, es más lo apoyaban contra Izquierda Socialista. Por lo tanto, la facción renovadora también fue consecuencia del líder carismático por influencia y por apoyo. Por último, los barones del PSOE no han sido consecuencia de la existencia del líder carismático, sino de variables

externas, aunque sí es cierto que su poder de influencia aumentó por el apoyo expresado por Felipe González.

25.— Cuando Felipe González decidió dimitir como secretario general, se produjo una crisis sucesoria que se mantuvo, al menos, hasta el año 2000. La sucesión de González, en un primer momento, se decidió mediante la elección del propio líder, recayendo en Joaquín Almunia. Esta decisión estaba influenciada no tanto por el rechazo del ofrecimiento por parte de Javier Solana, como por la continuación del proyecto del líder en su elegido. Sin embargo, este modo de sucesión (modelo reglado) no superó la crisis abierta por González. Los afiliados socialistas no se identificaban con Almunia, pese a ser el elegido del líder, ni se mostraban contentos por haberse quedado fuera de una decisión tan importante. Por esta razón, Joaquín Almunia extendió las, recientemente aprobadas, primarias al ámbito estatal. Así, pensaba el nuevo secretario general, obtendría una legitimación mayor que la del congreso, y de esta forma tendría un argumento de poder interno para enfrentarse a los barones territoriales, los cuales intentaban dirigir el partido. Las primarias las ganó el contrincante de Almunia, Josep Borrell, por varias razones: en primer lugar, los afiliados socialistas creyeron ver cualidades carismáticas en Borrell; en segundo lugar, se quería pasar página al proyecto, el cual encarnaba Almunia; en tercer lugar, los afiliados votaron contra el aparato del partido que tan olvidados les tenía; y en cuarto lugar, Borrell encarnaba un proyecto más a la izquierda que Almunia. El candidato elegido, sin embargo, no pudo llevar a cabo su cometido, principalmente, por dos razones: el aparato renovador impidió la acción normal del candidato, incluso después de haberse establecido un reparto de funciones; y el discurso general cambió con la tregua de ETA, se pasó de hablar de políticas concretas a hablar de la constitución. Por todo ello, el «efecto Borrell» se fue difuminando y sólo había que esperar al momento preciso para que el candidato renunciase. Se volvió al procedimiento reglado para sustituir a Borrell por Almunia, pero la crisis de liderazgo seguía abierta porque el líder carismático, Felipe González, aparecía como el gran inspirador de las acciones de Almunia. A ello hay que añadir, para entender la derrota en las elecciones de 2000, que acciones como la despedida de José Barrionuevo

y Rafael Vera ante la cárcel de Guadalajara (quiebra ética), o como la modificación del lenguaje y la imagen corporativa del PSOE (quiebra tradicional), así como el pacto con IU —desacertado, erróneo y precipitado— (quiebra ideológica y estratégica), resultaron del todo improductivas. Con la dimisión de Joaquín Almunia como secretario general y la elección de José Luis Rodríguez Zapatero se ha abierto un período nuevo, donde, pese a las sombras de la influencia de Felipe González —tal vez por cuestiones mediáticas a favor y en contra del nuevo secretario general—, el problema de la sucesión parece haber desaparecido y se ha hecho cargo del partido una nueva generación que, poco a poco, va rompiendo con lo malo de la tradición anterior —el hecho de que Rodríguez Zapatero haya hablado de la importancia de Fernando de los Ríos, por ejemplo, o del republicanismo, da a entender un cambio sustancial—.

26.— Todo lo anteriormente expuesto nos lleva a establecer un paralelismo de carácter mítico entre Felipe González y el mito del héroe. La figura de González cumple la mayor parte del mitologema heroico como hemos podido comprobar en el estudio precedente. El nacimiento en una *cuna humilde* no es verdadera, en tanto en cuanto el futuro líder socialista provenía de una familia pequeño burguesa —sus padres eran propietarios de una vaquería— no se puede afirmar la realidad de su humilde nacimiento. Sin embargo, la proyección pública de esa pertenencia de origen fue distorsionada, tanto por acciones publicitarias como por las imágenes transmitidas por el propio líder socialista, por lo que la mayoría de los ciudadanos españoles, más aún entre sus seguidores, entendieron que Felipe González era una persona de origen humilde. La constante *lucha por el poder* para un fin concreto, en este caso de sentido prometeico, es constante en la vida política de González, tanto en su etapa clandestina como en su etapa pública. Las dificultades a las que se vio sometido —algunas hábilmente falseadas (clandestinidad y 28º Congreso), otras reales (enfrentamiento contra Llopis, Suárez, conspiración...)— durante su transcurso político han sido patentes y claras, y así lo han interiorizado los ciudadanos españoles. La ayuda recibida en su labor heroica por un *sabio* o *edecán* se vio plasmada claramente con la figura de Willy Brandt, e incluso potenciada por otras figuras como Olof Palme, aunque se

escondieran ciertos apoyos del gobierno franquista y de los Estados Unidos en su primera etapa. Las *hazañas* logradas son muy claras para una gran mayoría de los ciudadanos españoles —la estabilidad democrática, un cierto avance en el Estado social, la mejora de las condiciones económicas de gran parte de los españoles, etc.—, pero mucho más importantes y fundamentales para sus seguidores. Hay, por consiguiente, una diferente asimilación de las imágenes de las actuaciones políticas del líder socialista. El pecado de la *hybris* es dual en el caso de Felipe González. Por una lado, la «hybris» como tal, es decir, la prepotencia mantenida durante su época de gobierno contra propios y extraños; y, por otro lado, el pecado fundamental de su mandato, cual es el deterioro ético a través tanto de la corrupción como del terrorismo de Estado. Por esta razón, le llegó a González el *castigo* de perder el gobierno del Estado, que no la *muerte* política; en especial cuando se comprobó que había perdido su poder taumatúrgico. Se observa, pues, que la vida política de Felipe González ha sido similar a la mitopoeia heroica.

27.— Como conclusión final, Felipe González, por un lado, ha marcado la historia de España en los últimos veinticinco años, debido principalmente a su liderazgo de carácter carismático. Lo que demuestra que, habiendo perdido peso la tradición de los «grandes hombres» de la historia, sigue habiendo un hueco para éstos —en nuestro caso concreto esto quiere decir que el final del siglo XX en España no podrá ser históricamente entendido en su perspectiva global sin la presencia de González—; y que el liderazgo es una vía de solución para las crisis políticas, y si son extremas, el liderazgo es de carácter carismático. Por otro lado, el líder socialista ha determinado tan totalmente la existencia del PSOE desde 1974 hasta 2000, que la recomposición del PSOE va a ser temporalmente larga para poder superarlo. Es más a corto y medio plazo su influencia va a seguir siendo importante dentro del partido —sobre todo porque, y el hecho no es baladí, cuenta con el respaldo personal de un poderoso grupo mediático—, tanto en lo que se refiere al discurso y la estrategia general, como en la elección de cargos institucionales importantes. Respecto a la influencia de Felipe González en la sociedad española, el líder socialista tendrá una gran repercusión y generarán conflicto o consenso sus declaraciones porque, entre muchos

factores, cuenta con un gran grupo de seguidores que no le ha abandonado (el núcleo carismático); y porque la campaña de erosión llevada a cabo no provocó la pérdida del carisma del líder, ni la consideración de hombre de Estado. En todo caso, como se puede colegir de sus palabras, no perderá influencia en la sociedad hasta que no logre aclarar el asunto de la conspiración⁷, a partir de ese momento es posible que se retire totalmente de la política. Por último, para comprender mejor la imagen de Felipe González, sólo hay que recurrir al análisis de la figura de Rodríguez Zapatero. Al igual que sucede en culturas antiguas con los tótems, existen en el nuevo dirigente del PSOE características antropológicas que explican la influencia del líder socialista. Por un lado, la recreación mítica —como elemento de asimilación de los patrones dictados por el tótem tribal (en este caso Felipe González)— es patente en Rodríguez Zapatero: a) utiliza el mismo mitologema discursivo que González, esto es, el discurso modernizador-regeneracionista; y b) intenta proyectar una transmisión entre el «padre» y el «hijo» tanto en los gestos fisiológicos —como ha reconocido el propio Rodríguez Zapatero, cuando era más joven se aprendía los discursos de González y veía todas sus entrevistas y mítines, lo que le ha provocado una similitud de «tics»—, como en las acciones políticas —viajar al extranjero para aparentar ser un, por así decirlo, hombre de Estado—. Sin embargo, la recreación mítica del nuevo dirigente socialista ha fracasado en su intento de proyección ciudadana: porque Felipe González sigue presente, es decir, no está ausente y no cabe rememorarle; porque no existe un contexto histórico similar al que permitió la aparición del líder carismático; porque el carisma no se transmite, es privativo de la persona; y porque el discurso regeneracionista y modernizador ha sido superado por los ciudadanos españoles, esto es, no forma parte del inconsciente colectivo. Por todas estas razones, podemos decir que, pese a los esfuerzos de Rodríguez Zapatero, Felipe González sólo ha habido uno, y su recreación mítica como tótem socialista sólo tendrá sentido en el tiempo y dentro de la «comunidad felipista».

⁷En este sentido tenemos la muestra palpable de la acusación vertida por el gobierno del Partido Popular, y sus adláteres mediáticos, de «deslealtad patriótica» contra Felipe González por una falsa reunión, el día 23 de febrero de 2002, entre éste y Abderramán Yussufi y el monarca marroquí. Vid. *El País*, 3 de marzo de 2002. La respuesta de Felipe González se ha producido casi un mes después en «Daños colaterales», *El País*, 22 de marzo de 2002.

LISTA DE CUADROS, GRÁFICOS, IMÁGENES Y TABLAS.

CUADROS:

Cuadro 4.1. <i>Los líderes políticos.....</i>	185
Cuadro 10.1. <i>Contabilidad del PSOE en el «caso Filesa».....</i>	681

GRÁFICOS:

Gráfico 7.1. <i>Previsión de votos y escaños. Elecciones generales 1 de marzo de 1979.....</i>	384
Gráfico 9.1. <i>Reparto de escaños elecciones generales de 1982.....</i>	544
Gráfico 9.2. <i>Evolución del IPC (1982-1996).....</i>	573
Gráfico 9.3. <i>Tasa de crecimiento en porcentajes del PIB.....</i>	574
Gráfico 9.4. <i>Evolución de las tasas de desempleo 1982-1996.....</i>	578
Gráfico 9.5. <i>En su opinión, ¿qué grupo o clase social ha resultado en conjunto más beneficiado por estos diez años de gobierno socialista?.....</i>	612
Gráfico 9.6. <i>¿Y quién ha resultado, en cambio, más perjudicado por estos diez años de gobierno socialista?.....</i>	614
Gráfico 9.7. <i>¿Diría usted que estos diez años de gobierno del PSOE han representado.... ? (distribución en porcentajes globales).....</i>	616
Gráfico 9.8. <i>¿La actuación del PSOE le merece a usted la misma opinión en toda la década o cree que ha habido momentos en que lo ha hecho mejor o peor que otras? (Porcentajes globales).....</i>	618
Gráfico 9.9. <i>En conjunto y a grandes rasgos, ¿tiene usted la impresión de que el PSOE ha cumplido la mayoría de sus promesas electorales, que ha cumplido unas sí y otras no, o que no ha cumplido la mayoría? (Porcentajes globales).....</i>	619
Gráfico 9.10. <i>Resultados electorales al Parlamento en 1993 (escaños).....</i>	632

Gráfico 10.1. <i>Resultados elecciones generales de 1986 (escaños).....</i>	651
Gráfico 10.2. <i>Resultados elecciones generales de 1996.....</i>	734
Gráfico 11.1. <i>Resultados elecciones generales 2000.....</i>	840

IMÁGENES:

Imagen 7.1. <i>Cartel electoral de la campaña de 1977 (general).....</i>	354
Imagen 7.2. <i>Cartel electoral de la campaña de 1977 (detalle).....</i>	355
Imagen 7.3. <i>Cartel elecciones generales de 1979 (PSOE).....</i>	381
Imagen 7.4. <i>Cartel elecciones generales de 1979 (José Ramón).....</i>	382
Imagen 8.1. <i>Cartel elecciones generales de 1982 (PSOE).....</i>	426

TABLAS:

Tabla 7.1. <i>Valoración de líderes 1979.....</i>	369
Tabla 9.1. <i>Caracterización sociológica del votante socialista de 1982.....</i>	565
Tabla 9.2. <i>En su opinión, ¿qué grupo o clase social ha resultado en conjunto más beneficiado por estos diez años de gobierno socialista?.....</i>	613
Tabla 9.3. <i>¿Y quién ha resultado, en cambio, más perjudicado por estos diez años de gobierno socialista?.....</i>	615
Tabla 9.4. <i>¿Diría usted que estos diez años de gobierno del PSOE ha representado... ?.....</i>	617
Tabla 9.5. <i>¿La actuación del PSOE le merece a usted la misma opinión en toda la década o cree que ha habido momentos en que lo ha hecho mejor o peor que otras? (Datos según votantes).....</i>	618
Tabla 9.6. <i>En conjunto y a grandes rasgos, ¿tiene usted la impresión de que el PSOE ha cumplido la mayoría de sus promesas electorales, que ha cumplido unas sí y otras no, o que no ha cumplido la mayoría? (Datos según votantes).....</i>	621
Tabla/gráfico 9.1. <i>¿Porque cree usted que la actuación del PSOE ha ido a</i>	

<i>peor?</i>	622
Tabla 10.1. <i>Composición sociodemográfica del electorado del PSOE en los años 1982, 1993 y 1996</i>	713

LISTA DE SIGLAS Y ABREVIATURAS

A. de E.	Alfonso de Esteban
A.G.	Alfonso Guerra
AAA o Triple A	Alianza Apostólica Anticomunista
AECPA	Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración
AEPI	Asociación Española de Periodistas Independientes
AES	Acuerdo Económico y Social
AP	Alianza Popular
ATE	Antiterrorismo de ETA
AVE	Alta Velocidad de España
BNG	Bloque Nacionalista Galego
BOE	Boletín Oficial del Estado
BVE	Batallón Vasco Español
CC	Coalición Canaria o Comité Central
CCAA	Comunidades Autónomas
CCOO	Comisiones Obreras
CD	Coalición Democrática
CDS	Centro Democrático y Social
CEC	Centro de Estudios Constitucionales
CEAMPA	Confederación Española de Asociaciones de Madres y Padres de Alumnos
CEE	Comunidad Económica Europea
CEF	Comité Ejecutivo Federal
CEOE	Confederación Española de Organizaciones Empresariales
CEPC	Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (antes CEC)
CESID	Centro Superior de Investigaciones para la Defensa
CG	Coalición Gallega
CGPJ	Consejo General del Poder Judicial

CHA	Chunta Aragonesista
CIA	Central Intelligence Agency (agencia de espionaje de los EEUU)
CIOSL	Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres
CIS	Centro de Investigaciones Sociológicas
CiU	Convergencia i Unió
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
CSIC	Centro Superior de Investigaciones Científicas
EA	Eusko Alkartasuna
EE	Euskadiko Eskerra
EEUU	Estados Unidos de América
ERC	Esquerra Republicana de Catalunya
ETA	Euskadi Ta Askatasuna
F.G.	Felipe González
FAD	Fondos de Ayuda al Desarrollo
FCE	Fondo de Cultura Económica
FIEJ	Federación Internacional de Editores de Diarios
FLP	Frente de Liberación Popular
FPS	Federación de Partidos Socialistas
FSM	Federación Socialista Madrileña
GAE	Grupo Antiterrorista Español
GAL	Grupo Antiterrorista de Liberación
GRAPO	Grupo Revolucionario Antifascista Primero de Octubre
HB	Herri Batasuna
HGP	Huelga General Pacífica
HOAC	Hermandades Obreras de Acción Católica
I.G.	Iñaki Gabilondo
IC-V	Iniciativa per Catalunya-Els Verds
INEM	Instituto Nacional de Empleo
IPC	Índice de Precios al Consumo

IRA	Irish Republic Army
IRPF	Impuesto de la Renta de las Personas Físicas
ITE	Instituto de Técnicas Electorales
ITE-PSOE	ITE-Proyectos Sociales y Organización Empresarial
IU	Izquierda Unida
J.A.	Joaquín Almunia
JEMAD	Jefe del Estado Mayor de la Defensa
JOC	Juventudes Obreras Católicas
JUJEM	Junta de Jefes de Estado Mayor
KIO	Kuwait Investment Office
LOAPA	Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico
LODE	Ley Orgánica del Derecho a la Educación
LOFCA	Ley Orgánica de la Financiación de las Comunidades Autónomas
LPA	Ley del Proceso Autonómico
LRP	Ley para la Reforma Política
LRU	Ley de Reforma Universitaria
M. F-B.	Miguel Fernández-Braso
NPN	Tratado de No Proliferación Nuclear
NS/NC	No Sabe/No Contesta
OAS	Organisation Armée Secrète
OCDE	Organización de Cooperación y Desarrollo Económico
ONCE	Organización Nacional de Ciegos de España
ONG	Organización No Gubernamental
ONU	Organización de Naciones Unidas
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PA	Partido Andalucista
PASOC	Partido de Acción Socialista (anteriormente PSOE histórico)
PC	Partido Comunista (en términos coloquiales)
PCE	Partido Comunista de España

PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PDNI	Partido Democrático de la Nueva Izquierda
PDP	Partido Democrático Popular
PER	Plan de Empleo Rural
PIB	Producto Interior Bruto
PNV	Partido Nacionalista Vasco
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista
PP	Partido Popular
PRD	Partido Reformista Democrático
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PSC	Partit Socialista de Catalunya/Partit dels Socialistes de Catalunya
PSdeG	Partido Socialista de Galicia
PSF	Parti Socialiste Française
PSI	Partido Socialista Italiano
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSOE (h)	PSOE histórico
PSOE (r)	PSOE renovado
PSP	Partido Socialista Popular
PSPV	Partido Socialista del País Valenciano
PSV	Promoción Social de Vivienda
PUF	Presses Universitaires de France
RDA	República Democrática Alemana
REIS	Revista Española de Investigaciones Sociológicas
REP	Revista de Estudios Políticos
RRII	Relaciones Internacionales
RTVE	Radio Televisión Española
SME	Sistema Monetario Europeo
SPD	Sozialdemokratische Partei Deutschlands
SS	Schulzstaffeln (escuadra de protección del ejército nazi)

STV	Solidaridad de Trabajadores Vascos
T.B.M.	Tom Burns Marañón
TOP	Tribunal de Orden Público
TVE	Televisión Española
UCD	Unión de Centro Democrático
UCM	Universidad Complutense de Madrid
UE	Unión Europea
UEO	Unión Europea Occidental
UGT	Unión General de Trabajadores
UN	Unión Nacional
UNED	Universidad Nacional de Educación a Distancia
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
US	Unidad Socialista
USDE	Unión Socialdemócrata Española
USO	Unión Sindical Obrera
UV	Unió Valenciana
VVAA	Varios Autores

FUENTES

El trabajo que presentamos está basado en gran medida en fuentes indirectas y entrevistas periodísticas, descartando en parte las entrevistas personales en profundidad. Investigar el liderazgo de Felipe González dentro de un partido político y en la sociedad española *a posteriori* siempre resulta difícil porque las sensaciones, imágenes, filiaciones y perspectivas están distorsionadas por múltiples factores. El contexto crítico —o de *crispación* como calificaron los medios de comunicación—, los enfrentamientos personales y políticos dentro del PSOE, o los *curriculae* políticos de numerosas personas impiden una objetividad total en las respuestas. Pese a haber realizado entrevistas, éstas no han tenido un gran predominio en el desarrollo concreto del estudio, aunque han servido para contextualizar algunos aspectos que, por una cuestión lógica de edad, se nos escapaban. Con este motivo, las entrevistas no se centraron únicamente en las élites políticas, sino que descendimos a niveles territoriales inferiores para comprender mejor el significado del liderazgo de González y la figura de Alfonso Guerra, por ejemplo —una especie de historia oral—. Pero fueron mucho más sustanciales los *off the records* que las propias palabras obtenidas en las entrevistas. En muchas ocasiones asistimos como espectadores oyentes, no como actores, a numerosas conversaciones entre dirigentes del PSOE, de las cuales hemos sacado numerosas informaciones —especialmente sobre la época de Almunia como secretario general— que nos han sido de gran ayuda. Otros entrevistados quisieron permanecer en el anonimato, por cuestiones políticas y/o profesionales, y hemos respetado su voluntad. Por esta razón, no vamos a hacer un listado de entrevistas, porque no sería ético exponer unos nombres y no otros, en especial cuando algunas entrevistas no nos ayudaron. De todas formas, aquellos que se han ofrecido sin ningún tipo de rubor están consignados en las notas a pie de página. Solventar este problema de fuentes directas ha sido posible gracias a numerosas memorias políticas y libros de entrevistas publicados en los últimos tiempos.

Los libros sobre la historia del PSOE existentes, en especial los libros de Richard Gillespie y de Santos Juliá, no superan la barrera de mediados de los años 1980's, por lo que gran parte de la investigación, que supera esas fechas, ha debido ser conseguida a través de libros de carácter periodístico. Una excepción a este factor lo encontramos en el libro de la profesora Méndez Lago, pero con la contraprestación de que sólo trata aspectos organizativos formales, aunque nos ha sido de enorme ayuda para encontrar numerosos aspectos que, de otra forma, nos habrían quedado ocultos. En lo referente a los documentos internos del PSOE, aunque los hemos consultado, no nos han servido de gran ayuda porque, como se ha dicho en el estudio, ni el discurso de Felipe González se reflejaba perfectamente en las resoluciones congresuales, ni las resoluciones de los partidos tienen suma importancia cuando se está gobernando. Sin embargo, la lectura de *El Socialista*, tanto en el contenido como en el continente, nos ha sido de gran ayuda para centrar las figuras e imágenes del PSOE; igualmente, la contraposición de textos entre las revistas paracientíficas, «dominadas» por las distintas facciones, nos han ayudado a entender el nivel del enfrentamiento.

En último lugar, hemos utilizado, a modo de entender y contextualizar el período de análisis, colecciones videográficas, programas de televisión y películas. Esta visualización nos ha ayudado, especialmente, a comprender la evolución de la figura de Felipe González, y del PSOE en general, durante el período, y a entender ciertos arquetipos que estaban presentes en muchos españoles. Sin duda es una utilización novedosa de soportes no clásicos, pero que han sido desestimados —por cuestiones generacionales, seguramente— anteriormente, y que, sin embargo, son de enorme utilidad —para conocer mejor, por ejemplo, las campañas electorales—.

RELACIÓN DE DOCUMENTOS DEL PSOE CONSULTADOS

Estatutos

- Estatutos Federales. 28º Congreso Federal, 1979.
- Estatutos Federales. 29º Congreso Federal, 1981.
- Estatutos Federales. 30º Congreso Federal, 1984.
- Estatutos Federales. 32º Congreso Federal, 1990.
- Estatutos Federales. 33º Congreso Federal, 1994.
- Estatutos Federales. 34º Congreso Federal, 1997.

Documentos de Izquierda Socialista

- Manifiesto a los compañeros socialistas (acta fundacional), noviembre 1980.
- Posiciones de Izquierda Socialista ante el XXX Congreso del PSOE, 1984.
- Posiciones de la Corriente de Opinión Izquierda Socialista del PSPV (PSOE), 1985.
- 1975-1983. La transición democrática española y la situación actual. (Documento para la discusión)
- Jornadas de reflexión y debate. El futuro de Europa; el Estado de las Autonomías, la Solidaridad; el Partido Socialista. (Valencia, 18 y 19 de diciembre de 1992)

Publicaciones del PSOE

- El Socialista (periodo 1976-2000)

REVISTAS, PERIÓDICOS Y VÍDEOS CONSULTADOS

Periódicos de ámbito nacional

- El País
- El Mundo
- ABC

- Diario 16
- Ya
- El Independiente
- La Vanguardia
- El Periódico de Catalunya

Revistas de información general y dominicales

- Interviú
- Cambio 16
- Época
- Tiempo
- El País Semanal
- Blanco y Negro
- Magazine
- El Siglo

Revistas de divulgación política, social y económica

- Claves de Razón Práctica
- Temas para el debate
- El futuro del socialismo
- Sistema
- Leviatán
- Cuadernos de Alzate

Videos divulgativos, programas de televisión y películas

- La Transición española (El País/RTVE)
- La Clave (El Mundo/RTVE)
- Documental «Especial 25º Aniversario de la monarquía», RTVE 2000.

- Película: Operación ogro.
- Película: 7 días de enero.
- Película: El disputado voto del señor Cayo.
- Película: ¡Vote a Gundisalvo!

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor W. (et. al.), *The authoritarian personality*, New York, Harper and Brothers, 1950.
- ÁGUILA, Rafael del, «Política, derecho y razón de Estado», *Revista Española de Ciencia Política*, nº 3, (octubre) 2000.
- , *La senda del mal. Política y razón de Estado*, Madrid, Taurus, 2000.
- y Ricardo MONTORO, *El discurso político de la transición española*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984.
- AGUILAR, Miguel Ángel y Eduardo CHAMORRO, *Felipe González. Perfil humano y político*, Madrid, Cambio 16, 1977.
- AJA, Eliseo, *El Estado autonómico*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- ALBIAC, Gabriel (ed.), *El debate sobre la dictadura del proletariado en el PC francés*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1977.
- ALCÁNTARA, Manuel, «Las tipologías y funciones de los partidos políticos» en M. Mella (ed.), *Curso de partidos políticos*, 1997.
- ALMOND, Gabriel y Sydney VERBA, *La cultura cívica*, Madrid, Euroamericana, 1970.
- ALMUNIA, Joaquín, *Memorias políticas*, Madrid, Aguilar, 2001.
- ALONSO-CASTRILLO, Silvia, *La apuesta del centro: historia de UCD*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- ALVARADO, Javier (coord.), *Poder, economía, clientelismo*, Madrid, Marcial Pons, 1997.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, (comp.), «Magia y ética en la retórica política» en Ibídem (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, 1987.
- *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987.
- ARANGO, Joaquín, «Las generales de 1979» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996.

- y Miguel Díez, «6-J: el sentido de una elección», *Claves de razón práctica*, nº 36, (octubre) 1993.
- ARCE, Javier, «Roma» en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política I*, 1995.
- AREILZA, José María de, *Cuadernos de la transición*, Barcelona, Planeta, 1983.
- ARENAL, Celestino del, «La posición exterior de España» en Ramón Cotarelo (comp.), *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*, 1992.
- ARENDT, Hanna, *Eichmann en Jerusalem. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Seix Barral, 1998.
- ARISTÓTELES, *Política*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997.
- ASTORKIA HUALDE, José María, «Evolución de la abstención electoral en España» en Pilar del Castillo (ed.), *Comportamiento política y electoral*, 1994.
- AZNAR, José María, *La segunda transición*, Madrid, Espasa Calpe, 1994.
- BACHELARD, Gaston, *La formación del espíritu científico*, Madrid, Siglo XXI, 1997.
- BALANDIER, Georges, *El poder en escenas, De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós, 1994.
- BALDASANO SUPERVIELLE, José María, *Felipe y su excelencia*, Madrid, Agualarga, 1996.
- BARCALA MUÑOZ, Andrés, «La Edad Media» en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política I*, 1995.
- BARCIELA, Fernando, *La otra historia del PSOE*, Madrid, Emiliano Escolar, 1981.
- BARNES, Samuel H., «Leadership style and political competence» en Lewis J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, 1967.
- BARREIRO, Belén, «Justificaciones, responsabilidades y cumplimiento de promesas electorales», *Revista Española de Ciencia Política*, nº 1, 1999.
- e Ignacio SÁNCHEZ-CUENCA, «Análisis del cambio de voto hacia el PSOE en las elecciones de 1993», *III Congreso AECPA*, Salamanca, (octubre) 1997.
- BARTOLINI, Stefano y Peter MAIR, *Identity, competition and electoral availability*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

- BASS, Bernard M., *Stodgill's handbook on leadership*, New York, The Free Press, 1981.
- BAVELAS, A., «Leadership: man and function» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- BEALEY, Frank W., *The Blackwell dictionary of political science*, Oxford, Blackwell, 1999.
- BENSMAN, Joseph y Michael GIVANT, «Charisma and modernity: the use and abuse of a concept», *Social Research*, n° 42, (winter) 1975.
- BERGER, Peter y Thomas LUCKMANN, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1999.
- BERMEO, Nancy, «Myths of moderation: confrontation and conflict during democratic transformations», *Comparative Politics*, n° 29-3, 1997.
- BEYME, Klaus von, *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986.
- BILBENY, Norbert, *Política sin Estado*, Barcelona, Ariel, 1998.
- BLOCH, Marc, *Les rois thaumaturges*, Paris, Gallimard, 1993.
- BLONDEL, Jean, *Political leadership*, London, Sage, 1987.
- BOBBIO, Norberto y Nicola MATEUCCI, *Diccionario de ciencia política*, Madrid, Siglo XXI, 1983 (2 vols.).
- BOËTIE, Etienne de la, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Madrid, Tecnos, 1995.
- BOIX, Carles, *Partidos políticos: crecimiento e igualdad*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- BORJA, Rodrigo, *Enciclopedia de la política*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1997.
- BOURDIEU, Pierre, *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- , *Contrafuegos*, Barcelona, Anagrama, 1999.
- , *¿Qué significa hablar?*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1999.
- BOWERS, D. G. y S. E. SEASHORE, «Predicting organizational effectiveness with a four-factor theory of leadership» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- BRAMELD, T., «Ethics of leadership» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- BREZINSKI, Claude, *El oficio de investigador*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- BRYMAN, Alan, *Charisma and leadership in organizations*, London, Sage, 1992.

- BURKE, Edmund, «Partido y representación» en Kurt Lenk y Franz L. Neumann (eds.), *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, 1980.
- BURNS MARAÑÓN, Tom, *Conversaciones sobre el socialismo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996.
- BURNS, James MacGregor, *Leadership*, New York, Harper & Row, 1978.
- BUSTELO, Francisco, *La izquierda imperfecta. Memorias de un político frustrado*, Barcelona, Planeta, 1996.
- , Gregorio PECES-BARBA, Ciriaco de VICENTE y Virgilio ZAPATERO, *PSOE*, Barcelona, Avance, 1976.
- CACHO, Jesús, *El negocio de la libertad*, Madrid, FOCA, 1999.
- CACIAGLI, Mario, «España 1982: las decisiones del cambio», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 28, 1984.
- CALVO HERNANDO, Pedro, *Todos me dicen Felipe*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987.
- CALVO SOTELO, Leopoldo, *Memoria viva de la transición*, Barcelona, Plaza & Janés/Cambio 16, 1990.
- CALLEJA, José María, *Contra la barbarie. Un alegato en favor de las víctimas de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.
- CAMPBELL, Joseph, *El héroe de las mil caras*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1998.
- , *El poder del mito*, Barcelona, Emecé, 1991.
- CARLYLE, Thomas, *On heroes, hero worship and the heroic history*, 1840.
- CARR, Raymond, *España: de la Restauración a la democracia*, Barcelona, Ariel, 1991.
- CARRÈRE D'ENCAUSSE, Héléne, *Lenin*, Madrid, Espasa Calpe, 1999.
- CARRILLO, Santiago, *Juez y parte. 15 retratos españoles*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998.
- , *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993.
- CASSIRER, Ernst, *Filosofía de las formas simbólicas II*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1998.

- , *Antropología filosófica*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1997.
- , *El mito del Estado*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1993.
- CASTELLANO, Pablo, *Yo sí me acuerdo*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
- , *Sobre el partido obrero*, Barcelona, El Viejo Topo, 1979.
- CASTILLO, Pilar del (ed.), *Comportamiento político y electoral*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994.
- , *La financiación de partidos y candidatos en las democracias occidentales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1985.
- , e Ismael CRESPO (eds.), *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1997.
- CATT, Helena, *Voting behaviour. A radical critique*, London, Leicester University Press, 1996.
- CATTELL R. B. y G. F. STICE, «Four formulae for selecting leaders on the basis of personality» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- CAVALLI, Luciano, *Il capo carismatico: per una sociologia weberiana della leadership*, Bari, Laterza, 1996.
- , «Charismatic domination, totalitarian dictatorship and plebiscitary democracy» en C. F. Graumann y Serge Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, 1986.
- CAZORLA, José y Agustín RUIZ ROBLEDO, «El funcionamiento de las instituciones» en Ramón Cotarelo (comp.), *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*, 1992.
- CEBRIÁN, Juan Luis, «Acoso y derribo del presidente Suárez» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996.
- CERNUDA, Pilar, *El presidente*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
- CHAMORRO, Eduardo, *Felipe González. Un hombre a la espera*, Barcelona, Planeta, 1980.
- CICERÓN, Marco Tulio, *Sobre la república*, Madrid, Tecnos, 1992.

- Centro de Investigaciones Sociológicas, «Datos de opinión. Los españoles ante el pago de impuestos», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 55, 1991.
- CLAUDÍN, Fernando, «Entrevista con Felipe González», *Zona Abierta*, nº 20, 1979.
- CLIFF, Tony y Donny GLUCKSTEIN, *The Labour party, a marxist history*, London, Bookmarks, 1996.
- CLIFFORD C. y T. S. COHN, «A review of the relationships between leadership and personality attributes perceived by followers» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- COLOMER, Josep María, *La transición a la democracia: el modelo español*, Barcelona, Anagrama, 1998.
- , *El arte de la manipulación política: votaciones y teoría de juegos en la política española*, Barcelona, Anagrama, 1990.
- COOPER J. B. y J. L. MCGAUGH, «Leadership» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- COTARELO, Ramón, *El alarido ronco del ganador*, Barcelona, Grijalbo, 1996.
- , *Los partidos políticos*, Madrid, Sistema, 1996.
- , *La conspiración. El golpe de Estado difuso*, Barcelona, Ediciones B, 1995.
- (comp.), *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992.
- y Juan Carlos CUEVAS, *El cuarto poder. Medios de comunicación y legitimación democrática en España*, Melilla, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1998.
- CREWE, Ivor y Anthony KING, *The birth, life and death of Social Democratic Party*, Oxford, Oxford University Press, 1997.
- CRICK, Bernard, *Socialismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- CROOK, John, «The evolution of leadership» en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, 1986.
- DAHL, Robert A., *La democracia. Una guía para los ciudadanos*, Madrid, Taurus, 1999.
- , *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós, 1993.

- , «La poliarquía» en V.V.A.A., *Diez textos básicos de ciencia política*, 1992.
- , *La poliarquía: participación y oposición*, Madrid, Tecnos, 1989.
- , *Who governs?*, New Haven, Yale University Press, 1961.
- DAHRENDORF, Ralph, *Homo sociologicus*, Madrid, Akal, 1975.
- DAVIS, Flora, *La comunicación no verbal*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- DELGADO, Irene, Antonia MARTÍNEZ y Pablo OÑATE, *Parlamento y opinión pública en España*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (Opiniones y actitudes nº 19), 1998.
- DÍAZ CARRERA, César y María Teresa PALOMO VADILLO, «Liderazgo y motivación de equipos», *Emprendedores*, 30 de marzo de 2000.
- DÍAZ HERRERA, José e Isabel DURÁN, *Los secretos del poder*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
- DÍAZ, Elías, *Socialismo en España: el partido y el Estado*, Madrid, Mezquita, 1982.
- DÍEZ-PICAZO, Luis María, *La criminalidad de los gobernantes*, Barcelona, Crítica, 1996.
- DORADO, Roberto, «XXXIV Congreso del PSOE: sorpresas, exclusión e incógnitas», *Temas para el debate*, nº 32, (julio) 1997.
- DOWSE, Robert E. y John A. HUGHES, *Sociología política*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- DUNN, John (ed.), *Democracia*, Barcelona, Tusquets, 1995.
- DURAND, J., *Introduction a la mythodologie*, Paris, Michel Albin, 1996.
- DURKHEIM, Emile, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1992.
- DÜVERGER, Maurice, *Los partidos políticos*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1974.
- EASTON, David, *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982.
- ECO, Humberto, *Como se hace una tesis*, Madrid, Gedisa, 1997.
- EDINGER, Lewis J., «A preface to studies in political leadership» en G. Sheffer (comp.), *Innovative leadership in international politics*, 1990.

- (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, New York, John Wiley & sons, 1967.
- , «Political science and political biography: reflections on the study of leadership», *Journal of Politics*, nº 26, (may-august) 1964.
- EDERSVELD, Samuel J., *Political parties: a behavioral analysis*, Chicago, Randy MacNally, 1964.
- ELIADE, Mircea, *Aspecto del mito*, Barcelona, Paidós, 2000.
- , *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- ELIAS, Norbert, *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, Barcelona, Península, 2000.
- ENGELS, Friedrich, *Contribución al problema de la vivienda*, en www.marxists.org
- , «On authority» en Robert C. TUCKER (ed.), *The Marx-Engels reader*, Columbia, University of Missouri Press, 1981.
- EQUIP DE SOCIOLOGIA ELECTORAL, «El referéndum del 12 de marzo de 1986 sobre la permanencia de España en la OTAN y sus consecuencias para el sistema político», *Revista de Estudios Políticos*, nº 52, 1986.
- ESPINA, Álvaro, «Diez años en la vida de los españoles. Las políticas laborales y de empleo» en A. Guerra y J. F. Tezanos (eds.), *La década del cambio*, 1992.
- ESTEBAN, Jorge de y Luis LÓPEZ GUERRA, *Los partidos políticos en la España actual*, Barcelona, Planeta, 1982.
- (eds.), *Las elecciones legislativas del 1 de marzo de 1979*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.
- ESTRADA, David, *Objetivo: derribar a F. González*, Madrid, Grupo Libro 88, 1995.
- ETZIONI, Albert, «Dual leadership in complex organizations», *American Sociological Review*, nº 30, (oct.) 1965.
- , *A comparative analysis of complex organisations*, New York, The Free Press, 1961.
- EVANS, Brendan y Andrew TAYLOR, *From Salisbury to Major*, Manchester, Manchester University Press, 1996.

- FÁBREGAS, Didac, «Un partido para construir y dirigir el cambio», *Leviatán*, nº 9 (otoño) 1982.
- FARKAS, Charles M. y Suzy WETLAUFER, «Los sistemas de liderazgo de los consejeros delegados» en V.V.A.A., *Liderazgo*, 1999.
- FEO, Julio, *Aquellos años*, Barcelona, Ediciones B, 1993.
- FERNÁNDEZ, Matilde, «Las políticas sociales en la década de los ochenta. Importancia y vigencia de las políticas de bienestar» en A. Guerra y J. F. Tezanos (eds.), *La década del cambio*, 1992.
- FERNÁNDEZ, Isabel y Fernanda SANTANA, *Estado y medios de comunicación en la España democrática*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- FERNÁNDEZ-BRASO, Miguel, *Conversaciones con Alfonso Guerra*, Barcelona, Planeta, 1983.
- FERNÁNDEZ MARUGÁN, Francisco, «La década de los ochenta: impulso y reforma económica» en A. Guerra y J. F. Tezanos (eds.), *La década del cambio*, 1992.
- FERNÁNDEZ MELLIZO-SOTO, María, «Efectos de la campaña sobre el comportamiento electoral individual: las elecciones generales españolas de 1993», *III Congreso AECPA*, Salamanca, (octubre) 1997.
- FERNÁNDEZ SANTOS, Francisco, «¿Asaltar el palacio de invierno?», *El País*, 8 de septiembre de 1977.
- FIEDLER, Fred E., «The contribution of cognitive resources an behavior to leadership» en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, 1986.
- , «Leadership - a new model», en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- , *A theory of leadership effectiveness*, New York, MacGraw Hill, 1967.
- FISHER, Louis, *Gandhi. La vida del líder espiritual más grande del siglo XX*, Buenos Aires, Vergara, 1996.
- FLEISHMAN, E. A. y J. G. HUNT (eds.), *Current developement in the study of leadership*, Carbondale, Southern Illinois University, 1973.
- FOLEY, Michael (ed.), *Ideas that shape politics*, Manchester, Manchester University Press, 1994.

- FRAGA, Manuel, *En busca del tiempo servido*, Barcelona, Planeta, 1987.
- FREUD, Sigmund, *Tótem y tabú*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- , *Psicología sobre las masas*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- FRIEDRICH, Carl J., «Political leadership and the problem of charismatic power», *The Journal of Politics*, nº 23-1, 1961.
- FUENTE, Ismael, Felipe González. *El caballo cansado*, Madrid, Temas de Hoy, 1991.
- FUKUYAMA, Francis, *The end of history and the last man*, London, Hamish Hamilton, 1992.
- GALLEGO, Soledad y Bonifacio de la CUADRA, «La Constitución» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996.
- GARCÉS, Joan E., «El postfranquismo y la Guerra Fría», J. L. Paniagua Soto y J. C. Monedero (eds.), *En torno a la democracia en España*, 1999.
- GARCÍA DELGADO, José Luis y Juan Carlos JIMÉNEZ, *Un siglo de España. La economía*, Madrid, Marcial Pons, 1999.
- GARCÍA DELGADO, José Luis (dir.), *Lecciones de economía española*, Madrid, Civitas, 1993.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- , «La Grecia Antigua» en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política I*, 1995.
- GARCÍA SAN MIGUEL, Luis, «El trasfondo político del referéndum», *Diario 16*, 7 de marzo de 1986.
- GARCÍA SANTESMASES, Antonio, *Ética, política y utopía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- , «Empezar otra vez» en Jaime PASTOR (coord.), *Opciones alternativas*, Madrid, Los libros de la catarata, 2000.
- , «Borrell, un año», *El Mundo*, 22 de abril de 1999.
- , «Conflictos de identidad», *El Mundo*, 20 de noviembre de 1998.

- , «Sobre las elecciones primarias», *El Mundo*, 4 de marzo de 1998.
- , «El momento oportuno», *Temas para el debate*, n° 30, (mayo) 1997.
- , *Repensar la izquierda*, Barcelona, Anthropos, 1993.
- , «Evolución ideológica del socialismo en la España actual», *Sistema*, n° 68-69, 1985.
- , «PSOE y OTAN», *Leviatán*, n° 17, (otoño) 1984.
- , «Las dos opciones del PSOE», *Zona Abierta*, n° 20, 1979.
- GARCÍA PELAYO, Manuel, *Idea de la política y otros escritos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.
- , *Los mitos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.
- , *Del mito y la razón en la historia del pensamiento político*, Madrid, Revista de Occidente, 1968.
- GARDNER, Howard, *Mentes líderes*, Barcelona, Paidós, 1998.
- GARDNER, John W., *El liderazgo*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- GAUTHIER, Gilles, André GOSSELIN y Jean MOUCHON (comps.), *Comunicación y política*, Barcelona, Gedisa, 1988.
- GERMANI, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1969.
- GERTH, H. y C. Wright MILLS, *Ensayos de sociología contemporánea*, Barcelona, Martínez Roca, 1972.
- GIBB, Cecil A. (ed.), *Leadership. Selected readings*, Harmondsworth, Penguin, 1970.
- , «An interactional view of the emergence of leadership» en *Ibíd.*, 1970.
- , «The principles and traits of leadership» en *Ibíd.*, 1970.
- GIDDENS, Anthony, *La Tercera vía*, Madrid, Taurus, 1999.
- , *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- , *Política, sociología y teoría social*, Barcelona, Paidós, 1997.
- , *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra, 1994.
- GIL CALVO, Enrique, «Incumbencia», *El País*, 29 de enero de 1996.

- GILLESPIE, Richard, *Factionalism in the Spanish Socialist party*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Social (Working papers, n° 59), 1992.
- , *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- GISCARD D'ESTAING, Valery, *El poder y la vida*, Madrid, El País-Aguilar, 1988.
- GLASSMAN, Ronald, «Legitimacy and manufactured charisma», *Social Research*, n° 42, (winter) 1975.
- GLEZEMAN G. Y G. KURSANOV, *El materialismo histórico*, Buenos Aires, Cartago, 1975.
- GÓMEZ LLORENTE, Luis, «En torno a la ideología y la política del PSOE», *Zona Abierta*, n° 20, 1979.
- GONZÁLEZ CASANOVA, José Antonio, *El cambio inacabable (1975-1985)*, Barcelona, Anthropos, 1986.
- GONZÁLEZ DURO, Enrique, *Biografía psicológica de Felipe González*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.
- , «Neuróticos del poder», *El Mundo*, 27 de mayo de 1994.
- GONZÁLEZ GARCÍA, José María, *Metáforas del poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- GONZALEZ, Felipe y Juan Luis CEBRIÁN, *El futuro no es lo que era*, Madrid, Aguilar, 2001.
- GONZÁLEZ, Felipe, «Prólogo» en Fernando FLORES, Charles ESPINOSA y Hubert L. DREYFUS, *Abrir nuevos mundos*, Madrid, Taurus, 2000.
- , *Los cambios del mundo contemporáneo y el papel de la política*, Comisión Progreso Global, 1998.
- , *What is the 'Global Progress' commission?*, Comisión Progreso Global, 1998.
- , *¿Qué es? ¿Qué era? El socialismo*, Barcelona, Destino, 1997.
- , «La cohesión y la solidaridad en la construcción europea», *Sistema*, n° 77, (enero) 1988.
- y Jorge SEMPRÚN, «España en Europa», *Sistema*, noviembre 1987.

- , «Prólogo» en Manuel CASTELLS y otros, *Nuevas tecnologías, economía y sociedad en España*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- , *España y su futuro*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1978.
- , «Perspectivas de una España democrática y constitucionalizada», *Club Siglo XXI*, 5 de octubre de 1978.
- y Alfonso GUERRA, *PSOE*, Bilbao, Albia, 1977.
- , *Socialismo es libertad*, Madrid, Edicusa, 1976.
- , «La unidad de los socialistas», *Sistema*, nº 15, 1976.
- GOPEGUI, Belén, *Lo real*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- GRACIÁN, Baltasar, *Oráculo manual y arte de la prudencia*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- GRAMSCI, Antonio, *Antología*, México D.F., Siglo XXI, 1977.
- GRAUMANN, C. F. y Serge MOSCOVICI (eds.), *Changing conceptions of leadership*, New York, Springer-Verlag, 1986.
- GREENSTEIN, Fred J., «The impact of personality on politics: an attempt to clear away underbrush», *American Political Science Review*, nº 61, 1967.
- GRIJELMO, Alex, «La democracia en los ayuntamientos» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), op. cit., 1996.
- GUERRA, Alfonso, «Bertrand Russell, el compromiso con su tiempo», *Temas para el debate*, nº 69-70, 2000.
- , «La crisis del neoliberalismo y las tareas del socialismo», *Sistema*, nº 145-146, 1998.
- , «Preámbulo» en V.V.A.A., *Por la escuela pública. Homenaje a Mariano Pérez Galán*, Madrid, Fundación Civitas, 1998.
- , «Introducción» en Ibídem, Mario SOARES, Michel ROCARD y otros, *Una nueva política social y económica para Europa*, Madrid, Sistema, 1997.
- , «Prólogo» en Raúl Morodo, *La transición política*, 1997.
- , «El socialismo y la España vertebrada» en J. F. Tezanos, R. Cotarelo y A. de Blas (eds.), *La transición democrática española*, 1993.

- y José Félix TEZANOS (eds.), *La década del cambio*, Madrid, Sistema, 1992.
- , «El socialismo español y el compromiso europeo», *Sistema*, noviembre 1988.
- , «Introducción» en V.V.A.A., *El futuro del socialismo*, Madrid, Sistema, 1986.
- , «El socialismo y la España vertebrada», *Sistema*, nº 68-69, 1985.
- , *Felipe González. De Suresnes a La Moncloa*, Madrid, Novatex, 1984.
- , «Los partidos socialistas del sur de Europa y las relaciones socialistas-comunistas», *Sistema*, nº 15, 1976.
- GUERRERO SALOM, Enrique, «La actualidad del control parlamentario y algunos de sus problemas más relevantes» en J. L. Paniagua Soto y J. C. Monedero (eds.), *En torno a la democracia en España*, 1999.
- GUINDAL, Mariano y Rodolfo SERRANO, *Nicolás Redondo: el sindicalismo socialista*, Madrid, Unión Editorial, 1986.
- GUNTHER, Richard, Giacomo SANI y Goldie SHABAD, *El sistema de partidos políticos en España. Génesis y evolución*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986.
- GUTIÉRREZ, José Luis, *Veinte años no es nada*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- y Amando de MIGUEL, *La ambición del César*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.
- HABERMAS, Jürgen, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra, 1999.
- , *La teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1997 (2 vols.).
- , *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.
- HANDY, Charles, *La edad de la paradoja*, Barcelona, Apóstrofe, 1996.
- HARMEL, Robert, Uk HEO, Alex TAN y Kenneth JANDA, «Performance leadership, factions and party change: an empirical analysis», *West European Politics*, vol. 18-1, 1995.
- HARNECKER, Marta, *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2000.

- HEIFETZ, Ronald A. y Donald L. LAURIE, «El trabajo del liderazgo» en V.V.A.A., *Liderazgo*, 1999.
- HEIFETZ, Ronald A., *Liderazgo sin respuestas fáciles*, Barcelona, Paidós, 1997.
- HELD, David, *Modelos de democracia*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- HEMPHILL, J. K., «The leader and his group» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- HENDERSON, Joseph L., «Los mitos antiguos y el hombre moderno» en C. G. Jung (ed.), *El hombre y sus símbolos*, 1997.
- HERAS, Raúl, *La guerra de las rosas*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
- HERNÁNDEZ BRAVO DE LAGUNA, Juan, «La delimitación del concepto de partido político» en M. Mella (ed.), *Curso de partidos políticos*, 1997.
- HEYWOOD, Paul, «Governing a new democracy: the power of prime minister in Spain», *West European Politics*, vol. 14-2, 1991.
- HINE, David, «Los líderes sus seguidores: democracia y capacidad de dirección en los partidos políticos socialdemócratas» en W. Merkel (ed.), *Entre la modernidad y el postmaterialismo*, 1994.
- HIRSCHMANN, Albert O., *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de las empresas, organizaciones y Estado*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1997.
- HOBBS, Thomas, *Del ciudadano y Leviatán*, Madrid, Tecnos, 1991.
- HOFFMANN, Stanley, «Heroic leadership: the case of modern France» en L. J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, 1967.
- HOLLANDER, E. P., «Emergent leadership and social influence» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- , *Leaders, groups and influence*, New York, Oxford University Press, 1964.
- HOUSE, Robert J., «A 1976 theory of charismatic leadership» en J. G. HUNT y L. L. LARSON (eds.), *Leadership: the cutting edge*, Carbondale, Southern Illinois University, 1977.
- , «A path-goal theory of leadership effectiveness (revisited)» en E. A. FLEISHMAN y J. G. HUNT (eds.), *Current developement in the study of leadership*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1973.

- , «A path-goal theory of leadership effectiveness», *Administrative Science Quarterly*, nº 16, 1971.
- HOWELLS, L. T. y S. W. BECKER, «Seating arrangement and leadership emergence» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- HUNEEUS, Carlos, *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, Madrid, CIS, 1985.
- HUNT, J. G., *Leadership. A new synthesis*, London, Sage, 1991.
- HUNTINGTON, Samuel P., *El orden político en las sociedades en cambio*, Barcelona, Paidós, 1996.
- IZQUIERDO NAVARRO, Francisco, *La publicidad política*, Barcelona, Oikos Tau, 1975.
- JACKSON, Gabriel, «Las perspectivas del cambio», *El País*, 18 de diciembre de 1982.
- JACOBS, T. O., *Leadership and exchange in formal organizations*, Alexandria, Human Resources Org., 1970
- JAÉN, Esther y Susana MONEO, *Los hijos del César*, Madrid, Temas de Hoy, 1995.
- JANDA, Kenneth, «Toward a performance theory of change in political parties», *Congreso de la Asociación Internacional de Ciencia Política*, 1990.
- JÁUREGUI, Fernando y Miguel Ángel MARTÍNEZ, *El hombre que pudo ser FG*, Madrid, Temas de Hoy, 1995.
- JÁUREGUI, Fernando, *La metamorfosis*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.
- JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico, *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, Planeta, 1994.
- , *La dictadura silenciosa. Mecanismos totalitarios en nuestra democracia*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.
- JULIÁ, Santos, *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999.
- , «Crisis en el PSOE», *El País*, 22 de noviembre de 1998.
- , *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997.

- , Javier PRADERA y Joaquín PRIETO (coords.), *Memoria de la transición*, Madrid, Taurus, 1996.
- , «La renuncia del marxismo» en Ibídem, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996
- , «La refundación del PSOE», *Claves de razón práctica*, nº 60, 1996.
- , «Socavando su propio suelo», *El País*, 28 de enero de 1996.
- , *La desavenencia. Partidos, sindicatos y huelga general*, Madrid, El País-Aguilar, 1989.
- JUNG, Carl Gustav (ed.), *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt, 1997.
- , «Acercamiento al inconsciente» en Ibídem (ed.), *El hombre y sus símbolos*, 1997.
- , *The essential Jung. Selected writings*, New Jersey, Princeton University Press, 1983
- , «Confrontation with the unconscious» en Ibídem, *The essential Jung*, 1983.
- JUSTEL, Manuel, «Composición y dinámica de la abstención electoral en España», en Pilar del Castillo (ed.), *Comportamiento político y electoral*, 1994.
- , *El líder como factor de decisión y explicación del voto*, Barcelona, Institut de Ciènces Polítiques i Socials (working paper nº 51), 1992.
- , «Edad y cultura política», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 58, 1992.
- KATZ, Elihu y Daniel DAYAN, «Contests, conquest, coronations: on media events and their heroes» en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, 1986.
- KATZ, Richard y Peter MAIR (eds.), *How parties organize*, London, Sage, 1994.
- , «Changing models of party organizations: the emergence of the cartel party», *European Centre for Political Research Joint Sessions*, Limerick, 1992.
- KELLERMAN, Barbara, *Reinventing leadership*, Albany, State University of New York Press, 1999.

- KENNAN, Nadav y Martha HADLEY, «The creation of political leaders in the context of american politics in the 1970's and the 1980's» en C. F. Grauman y S. Moscovici, *Changing conceptions of leadership*, 1986.
- KENNEDY, Paul, «The PSOE» en Donald SASSOON (ed.), *Looking left. European socialism after the Cold War*, London, I.B. Tauris, 1997.
- KERSHAW, Ian, *Hitler*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- KIRCHHEIMER, Otto, «El camino hacia el partido de todo el mundo» en K. Lenk y F. L. Neumann (eds.), *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, 1980.
- KIRK, G. S., *El mito*, Barcelona, Paidós, 1985.
- KIRSCHT, J. P., T. M. LODALH y M. HAIRE, «Some factors in the selection of leaders by members of small groups» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- KNICKERBOCKER, I., «Leadership: a conception and some implications» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- KOLAKOWSKI, Leszek, *La presencia del mito*, Madrid, Cátedra, 1999.
- KORAK-KAKABASDE, Andrew y Nada KORAK-KAKABASDE, *Leadership in government: study of the Australian public service*, London, Ashgate Publishing, 1998.
- KOTTER, John P., «Lo que de verdad hacen los líderes» en V.V.A.A., *Liderazgo*, 1999.
- LACLAU, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista (Capitalismo, fascismo, populismo)*, México D.F., Siglo XXI, 1978.
- LACOUTURE, Jean, *Los semidioses. Nasser, Burguiba, Shianuk, Nkrumah*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1972.
- LAIZ CASTRO, Consuelo, *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, Los libros de la catarata, 1995.
- LAMO de ESPINOSA, Emilio, «Corrupción política y ética económica» en J. Tusell, E. Lamo de Espinosa y R. Pardo (eds.), *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, 1996.

- LASSWELL, Harold D., «Political systems, styles and personality», en L. J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, 1967.
- LE BON, Gustave, *Psychologie des foules*, Paris, Presses Universitaires de France, 1998.
- LEGUINA, Joaquín, *Los ríos desbordados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994.
- LENIN (Vladimir Ilich Ulianov), *¿Qué hacer?*, Moscú, Progreso, 1980.
- , *Cartas sobre táctica*, Moscú, Progreso, 1970.
- LENK, Kurt y Franz L. NEUMANN (eds.), *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Barcelona, Anagrama, 1980.
- LÉVI-STRAUSS, Claude, *Mito y significado*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- y Didier ERIBON, *De cerca y de lejos*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- LEVY, Bernard-Henri, *El siglo de Sartre*, Barcelona, Ediciones B, 2001.
- , *La pureza peligrosa*, Madrid, Espasa Calpe, 1996.
- LINZ, Juan J., *Michels y su contribución a la sociología política*, México D.F., FCE, 1998.
- , «El liderazgo innovador en la transición a la democracia y en una nueva democracia» en Manuel Alcántara y A. Martínez (eds.), *Política y gobierno en España*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1997.
- , «Conclusiones finales» en Ibídem y J. R. Montero (comps.), *Crisis y cambio: elecciones y partidos en la España de los ochenta*, 1986.
- y José Ramón Montero (comps.), *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986.
- LIPJHART, Arendt, *Las democracias contemporáneas*, Barcelona, Ariel, 1991.
- LIPOVETSKY, Gilles, *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1998.
- LIPSET, Seymour Martin, *El hombre político*, Madrid, Tecnos, 1987.
- LOEWESTEIN, Karl, *Max Weber's political ideas in the perspective of our time*, Amherst, University of Massachusetts, 1966.
- LÓPEZ PINTOR, Rafael y Manuel JUSTEL, «Iniciando el análisis de las elecciones generales de octubre de 1982», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 20, 1982.
- LORENZ, Konrad, *El comportamiento animal y humano*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985.

- LOWI, Theodor J., *The politics of disorder*, New York, Norton, 1971.
- LUQUE, Teodoro, *Márketing político*, Barcelona, Ariel, 1996.
- LURI MEDRANO, Gregorio, *Prometeos. Biografías de un mito*, Madrid, Trotta, 2001.
- MACÍAS PICAVEA, Ricardo, *El problema nacional*, Madrid, Semanarios y Ediciones, 1972.
- MAINER, José Carlos y Santos JULIÁ, *El aprendizaje de la libertad*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- MAIR, Peter, «Party organizations: from civil society to the state» en R. Katz e Ibídem (eds.), *How parties organize*, 1994.
- MALDONADO GAGO, Juan, «La organización territorial del Estado» en P. Román (comp.), *Sistema político español*, 1995.
- MALEFAKIS, Edward, «Cambio estructural y transición a la democracia: una visión comparada» en J. Tusell y A. Soto (eds.), *Historia de la transición (1975-1986)*, 1996.
- MALINOWSKI, Benedict, *Magia, ciencia, religión*, Barcelona, Ariel, 1974.
- MALNES, R., «Leader and entrepreneur in international negotiations: a conceptual analysis», *European Journal of International Relations*, nº 1, 1995.
- MANIN, Bernard, *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- MANN, Michael, *Las fuentes del poder social 1*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- MANN, R. D., «A review of relationships between personality and leadership and popularity» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- MAQUIAVELO, Nicolás de, *Discursos sobre la década de Tito Livio*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- , *El príncipe*, Barcelona, Edicomunicación, 1992.
- MARAVALL, José María, *Los resultados de la democracia*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

- , «Democracia y socialdemocracia. Quince años de política en España», *Sistema*, nº 100, 1991.
- , *La política de la transición*, Madrid, Taurus, 1981.
- , «Del milenio a la práctica política: el socialismo como reformismo radical», *Zona Abierta*, nº 20, 1979.
- , «La promesa socialista», *El Socialista*, 6 de mayo de 1979.
- MARDONES, José María, *El retorno del mito*, Madrid, Síntesis, 2000.
- MARIANA, Juan de, *La dignidad real y la educación del rey*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1981.
- MARICHAL, Juan, *El secreto de España*, Madrid, Taurus, 1995.
- MÁRQUEZ REVIRIEGO, Víctor, *Felipe González. Un estilo ético*, Barcelona, Argos Vergara, 1982.
- MARSH, David y Gerry STOCKER (eds.), *Teoría y métodos de la ciencia política*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- MARTÍN ARRANZ, Raúl, «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo» en J. Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, 1987.
- MARTÍN PRIETO, José Luis, «Con el caballo ganador», *El País*, 14 de octubre de 1982.
- MARTÍN, Ricardo, *Almunia, un corredor del fondo*, Madrid, Temas de Hoy, 1998.
- MARTÍNEZ COBO, José, «Una cierta provocación» en Alfonso Guerra, *Felipe González. De Suresnes a La Moncloa*, 1984.
- MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel, *La democracia en la España de los años noventa*, Barcelona, Ariel, 1996.
- MARTÍNEZ SOSPEDRA, Manuel, *Introducción a los partidos políticos*, Barcelona, Ariel, 1996.
- MARX, Karl, «The eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte» en Ibídem y Friedrich Engels, *Later political writings*, 1996..
- , «Manifesto of Communist party» en Ibídem y F. Engels, *Later political writings*, 1996.

- y Friedrich ENGELS, *Later political writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996
- , «Preface to a contribution to the critique of political economy» en Ibídem y Friedrich ENGELS, *Collected works*, London, Lawrence & Wishart, 1980.
- MATE, Reyes, «El cambio, un reto moral a la política y a la cultura», *El País*, 2 de diciembre de 1982.
- MATEO, Juan y Jorge VALDANO, *Liderazgo*, Madrid, El País-Aguilar, 1999.
- MATEOS y DE CABO, Óscar Ignacio, *nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa. 98 y proyecto de modernización de España*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (Centro Superior de Investigaciones Científicas), 1998.
- MELIÁ, Josep, *Así cayó Adolfo Suárez*, Barcelona, Planeta, 1981.
- MELLA, Manuel, «Partidos y democracia: una reflexión ante el próximo Congreso Federal del PSOE», *Sistema*, nº 138, 1997.
- (ed.), *Curso de partidos políticos*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1997.
- , «Introducción» en Ibídem (ed.), *Curso de partidos políticos*, 1997.
- , «Los sistemas de partidos» en Ibídem (ed.), *Curso de partidos políticos*, 1997.
- , «Los grupos de presión en la transición política» en J. F. Tezanos, R. Cotarelo y A. de Blas (eds.), *La transición democrática española*, 1993.
- , «Los grupos de interés en la consolidación democrática» en R. Cotarelo (comp.), *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*, 1992.
- MÉNDEZ, Mónica y Julián SANTAMARÍA, «La ley de la disparidad ideológica curvilínea de los partidos políticos: el caso del PSOE», *Revista Española de Ciencia Política*, nº 4, 2001.
- MÉNDEZ LAGO, Mónica, *La estrategia organizativa del Partido Socialista Obrero Español (1975-1996)*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2000.

- MERKEL, Wolfgang (ed.), *Entre la modernidad y el postmaterialismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- , «Introducción: los desafíos de la socialdemocracia a finales del siglo XX» en Ibídem (ed.), *Entre la modernidad y el postmaterialismo*, 1994.
- , «Teorías e hipótesis acerca del declive de la socialdemocracia» en Ibídem (ed.), *Entre la modernidad y el postmaterialismo*, 1994.
- MERKL, P. H., «La función legitimadora del líder (Konrad Adenauer, 1949-1976)», *Revista de Estudios Políticos*, nº 21, 1981.
- MICHELS, Robert, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996 (2 vols.).
- MIDGLEY, E. B. F., *Hobbes: el Leviathan*, Madrid, Magisterio, 1987.
- MIGUEL, Iñaki de y Amando de MIGUEL (con la colaboración de Tábula-V), *Los españoles y los impuestos*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (Opiniones y actitudes, nº 35), 2001.
- MIGUEL, Amando de, *La sociedad española 1995-96*, Madrid, Editorial Complutense, 1996.
- , *La sociedad española 1994-95*, Madrid, Editorial Complutense, 1994.
- , *La sociedad española 1993-94*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- , *La sociedad española 1992-93*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- MILIBAND, Ralph, *Socialismo para una época de escepticismo*, Madrid, Sistema, 1997.
- MILL, John Stuart, «The subjection of women» en Ibídem, *On liberty and other writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- , *Sobre la libertad*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- , *Del gobierno representativo*, Madrid, Tecnos, 1994.
- MILLS, C. Wright, *La élite del poder*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1987.
- MIRALLES, Melchor y Francisco, J. SATUÉ, *Alfonso Guerra. El conspirador*, Madrid, Temas de Hoy, 1991.
- MIRALLES, Melchor y Ricardo ARQUES, *Amedo. El Estado contra ETA*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989.

- MISSÉ, Andreu, «La financiación de los partidos» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996.
- MITSCHERLICH, Alexander, «Changing patterns of political authority: a psychiatric interpretation» en L. J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, 1967.
- MITTERRAND, Françoise, «Diez años de recuerdos» en Alfonso Guerra, *Felipe González. De Suresnes a La Moncloa*, 1984.
- MONEDERO, Juan Carlos, «La transición embrujada (un *collage* generacional sobre la transición española)» en J. L. Paniagua Soto e Ibídem (eds.), *En torno a la democracia en España*, 1999.
- MORÁN, Fernando, *Una política exterior para España*, Barcelona, Planeta, 1980.
- MORÁN, María Luz, «Élites y cultura política en la España democrática» en P. del Castillo e I. Crespo (eds.), *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*, 1997.
- MORODO, Raúl, *Atando cabos. Memorias de un conspirador moderado 1*, Madrid, Taurus, 2001.
- , *La transición política*, Madrid, Tecnos, 1997.
- MOSCA, Gaetano, *La clase política*, México D.F., FCE, 1998.
- MOSCOVICI, Serge, *La era de las multitudes*, México D.F., FCE, 1985.
- MUGUERZA, Javier, *Desde la perplejidad*, Madrid, FCE, 1990.
- NATERA PERAL, Antonio, *El liderazgo político en la sociedad democrática*, Madrid, CEPC, 2001.
- NAVARRO ELOLA, Luis, *El político del siglo XXI*, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1996.
- NAVARRO, Vicente y Javier ELOLA, «Análisis de las políticas sanitarias españolas (1975-1992)», *Sistema*, nº 126, 1995.
- NAVARRO, Julia, *Nosotros la transición*, Madrid, Temas de Hoy, 1995.
- NEGROPONTE, Nicholas, *El mundo digital*, Barcelona, Ediciones B, 2000.

- NELSON, P. D., «Similarities and differences among leaders and followers» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- NEWCOMB, T. M., R. H. TURNER y P. E. CONVERSE, «Leadership roles in goal achievement» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- ONETO, José, *El secuestro del cambio*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984.
- , *¿A dónde va Felipe?*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Discursos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- , *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa Calpe, 1993.
- , *Obras completas* (tomo X), Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- ORWELL, George, *1984*, Barcelona, Destino, 1991.
- PALLARÉS, Francesc, «Las elecciones autonómicas en España: 1980-1992» en Pilar del Castillo (ed.), *Comportamiento político y electoral*, 1994.
- PANEBIANCO, Angelo, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- PANIAGUA SOTO, Juan Luis y Juan Carlos MONEDERO (eds.), *En torno a la democracia en España*, Madrid, Tecnos, 1999.
- PARAMIO, Ludolfo, «Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias», *Revista Española de Ciencia Política*, nº 1, 1999.
- , «El final del desencanto», *Leviatán*, nº 9, (otoño) 1982.
- , «¿Es posible una política socialista?», *Zona Abierta*, nº 20, 1979.
- PARSONS, Talcott, *El sistema social*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- , «Some reflections on the place of force in the social process» en Harry ECKSTEIN (ed.), *Internal war*, Glencoe, Illinois, 1964.
- , *Structure and process in modern societies*, New York, The Free Press, 1960.
- PASTOR, Manuel, *Ensayo sobre la dictadura*, Madrid, Tucur, 1977.
- PECES-BARBA, Gregorio, *La democracia en España*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.

- PELZ, D. C., «Leadership within a hierarchical organization» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- PÉREZ-DÍAZ, Víctor, Juan Carlos RODRÍGUEZ y Leonardo SÁNCHEZ FERRER, *La familia española ante la educación de sus hijos*, Barcelona, Fundación La Caixa, 2001.
- PÉREZ-DÍAZ, Víctor, *España puesta a prueba 1976-1996*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- , *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- , «Razones para un sí o el lado serio de la tragicomedia», *El País*, 23 de febrero de 1986.
- PÉREZ ROYO, Javier, «Barrionuevo», *El País*, 7 de febrero de 1996.
- PIAGET, Jean (ed.), *Tratado de lógica y conocimiento científico*, Barcelona, Paidós, 1984.
- , *Estudios sociológicos*, Barcelona, Ariel, 1983.
- , *El criterio moral en el niño*, Barcelona, Fontanella, 1970.
- PIZARRO, Narciso, *Tratado de metodología de las ciencias sociales*, Madrid, Siglo XXI, 1998.
- PLATÓN, *Diálogos I*, Madrid, Gredos, 1993.
- , «Apología de Sócrates» en Ibídem, *Diálogos I*, 1993.
- , «Protágoras» en Ibídem, *Diálogos I*, 1993.
- , *La república*, Madrid, Edaf, 1991.
- POPPER, Karl S., *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- POULANTZAS, Nicos, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México D.F., Siglo XXI, 1997.
- , *Estado, poder y socialismo*, México D.F., Siglo XXI, 1987.
- POWELL, Charles, *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001.
- PRADERA, Javier, «Malas vibraciones», *El País*, 31 de enero de 1996.
- , «Cerradas, bloqueadas y asfixiantes», *El País*, 7 de enero de 1996.
- , «Felipe González diez años después», *El País*, 28 de octubre de 1992.

- PREGO, Victoria, *Los presidentes*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000.
- , *Así se hizo la transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995.
- PRIETO, Indalecio, *Discursos fundamentales*, Madrid, Turner, 1975.
- PRZEWORSKI, Adam, *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- PSEUDO-ARISTÓTELES, *Fisiognomía*, Madrid, Gredos, 1999.
- PSEUDO-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid, Gredos, 1988.
- RAINER LEPSIUS, Martin, «Charismatic leadership: Max Weber's model and its applicability to the rule of Hitler», en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), *Changing conceptions of leadership*, 1986.
- RAMÍREZ, Manuel, «Cuestionar la transición», *El País*, 6 de octubre de 1998.
- , *Sistema de partidos en España (1931-1990)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991.
- RATNAM, K. J., «Charisma and political leadership», *Political Studies*, nº 12, 1964.
- REDONDO, Nicolás, *El sindicalismo de clase en el movimiento obrero*, Madrid, Escuela Julián Besteiro, 1993.
- REIG TAPIA, Alberto, *Franco «Caudillo»: mito y realidad*, Madrid, Tecnos, 1996.
- REQUEJO COLL, Ferrán, *Las democracias*, Barcelona, Ariel, 1990.
- RICHARD, Lionel, *D'où vient Adolf Hitler?*, Paris, Autrement, 2000.
- RICO, Eduardo G., *Queríamos la revolución. Crónicas del Felipe. Frente de Liberación Popular*, Barcelona, Flor del Viento, 1998.
- RIKER, William H., *The art of political manipulation*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1986.
- ROCCHINI, Piero, *La neurosis del poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- ROCHER, Guy, *Introducción a la sociología general*, Barcelona, Herder, 1990.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, *Historia de la democracia*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.

- ROMÁN, Paloma, «El PSOE: un partido en trayectoria circular (1977-1999) en J. L. Paniagua Soto y J. C. Monedero (eds.), *En torno a la democracia en España*, 1999.
- , «Los partidos políticos y las ideologías» en Manuel Mella (ed.), *Curso de partidos políticos*, 1997.
- (coord.), *Sistema político español*, Madrid, MacGraw Hill, 1996.
- , *El Partido Socialista Obrero Español en la transición española*, Tesis Doctoral, UCM, 1987.
- ROSE, A. M., «Alienation and participation: a comparison of group leaders and the 'Mass'» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- ROST, Joseph C., *Leadership for the twenty-first century*, New York, Praeger, 1991.
- ROUSSEAU, Jean Jacques, *El contrato social*, Barcelona, Altaya, 1993.
- RUBERT DE VENTÓS, Xavier, «Alianza Atlántica: por qué, para qué», *El País*, 26 de febrero de 1986.
- RUBIO, María Amalia, *Un partido en la oposición: el Partido Socialista Popular*, Granada, Comares, 1996.
- RUNCIMAN, W. G., *El animal social*, Madrid, Taurus, 1998.
- RUSTOW, Dankwart A., «El estudio del liderismo» en Ibídem (ed.), *Filósofos y estadistas*, 1976.
- (ed.), *Filósofos y estadistas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- SÁENZ DE COSCULLUELA, Javier, «Premática sobre el congreso del PSOE o cómo se las gasta la renovación», *Temas para el debate*, nº 32, 1997.
- , «Las obras públicas. Las infraestructuras» en A. Guerra y J. F. Tezanos (eds), *La década del cambio*, 1992.
- SALVATTI, Mauriccia, *Cittadini e governanti*, Bari, Laterza, 1997.
- SANTAMARÍA, Julián, «El papel del Parlamento en la consolidación de la democracia y después», *Revista de Estudios Políticos*, nº 84, 1994.

- y Mercedes Alcover, *Actitudes de los españoles ante la OTAN*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987.
- , «Elecciones generales de 1982 y consolidación de la democracia. A modo de introducción», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 28, 1984.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *La Monarquía*, Madrid, Tecnos, 1995.
- SARTORI, Giovanni, *Homo videns*, Madrid, Taurus, 1998.
- , *Teoría de la democracia I*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- , *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- SAVATER, Fernando, «La lección», *El País*, 16 de marzo de 2000.
- SCARROW, Susan, *Parties and their members*, Oxford, Oxford University Press, 1996.
- SCHLESINGER, Arthur (Jr.), «On heroic leadership», *Encounter*, 15 de diciembre de 1980.
- SCHLESINGER, Joseph A., «Political careers and party leadership» en L. J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, 1967.
- SCHUMPETER, Joseph A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1996 (2 vols.).
- SCHWARTZENBERGER, Roger-Gérard, *L'Etat spectacle*, Paris, Flammarion, 1977.
- SCHWEITZER, Albert R., «Theory and political charisma», *Comparative Studies in Society and History*, (march), 1969.
- SELIGMAN, Lester G., «Political parties and the recruitment of political leaders», en L. J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, 1967.
- , «The study of political leadership», *American Political Science Review*, nº 44-4, (Dec.) 1950.
- SEMPRÚN MAURA, Carlos, *El exilio fue una fiesta*, Barcelona, Planeta, 1998.
- SEMPRÚN, Jorge, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1996.
- , *Autobiographie de Federico Sánchez*, Paris, Seuil, 1996.
- SERRA ROJAS, Andrés, *Diccionario de ciencia política*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1998.

- SHARE, Donald, «Two transitions. Democratization and the evolution of Spanish socialist left», *West European Politics*, nº 8-1, 1985.
- SHEFFER, Gabriel (ed.), *Innovative leaders in international politics*, Albany, State University of New York Press, 1990.
- SHILS, Edward, «Charisma, order and status», *American Sociological Review*, nº 30, 1965.
- SILVESTRE CABRERA, María, «La concepción del Estado social en el PSOE. Análisis documental de las resoluciones de los congresos federales del PSOE», *III Congreso AECPA*, Salamanca, (octubre) 1997.
- SMITH, Peter y Mark F. PETERSON, *Leadership, organizations and culture*, London, Sage, 1988.
- SMITH, Richard W., «Servant-leadership: a pathway to the emerging territory?» en L. C. Spears (ed.), *Reflections on leadership*, 1995.
- SOLANA, Javier, «La educación en España en el decenio 1982-1992» en A. Guerra y J. F. Tezanos (eds), op. cit., 1992.
- , «La alternativa socialista», *Leviatán*, nº 9, (otoño) 1982.
- SOLCHAGA, Carlos, *El final de la edad dorada*, Madrid, Taurus, 1997.
- SOLÉ TURA, Jordi, «Liderazgo de suplentes», *El País*, 17 de marzo de 2000.
- SOTELO, Ignacio, «Paradojas y aporías de los socialistas en el poder», *El País*, 18 de septiembre de 1983.
- SPEARS, Larry C., *Reflections on leadership*, New York, John Wiley & sons, 1995.
- , «Introduction. Servant leadership and the Greenleaf legacy» en Ibídem (ed.), op. cit., 1995.
- SPENCER, Herbert, «The man vs the state» en Ibídem, *Political writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- STEINER, George, *Pasión intacta*, Madrid, Siruela, 1996.
- STODGILL, R. M., «Leadership, membership, organization» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.

- , «Personal factors associated with leadership: a survey of literature» en C. A. Gibb (ed.), *Leadership*, 1970.
- TEZANOS, José Félix, «El pulso de la calle», *Temas para el debate*, nº 32, 1997.
- , «El pulso de la calle», *Temas para el debate*, nº 30, 1997.
- , «Populismo, corporatismo y neo-bonapartismo», *Sistema*, nº 125, 1995.
- , *Historia ilustrada del socialismo español*, Madrid, Sistema, 1993.
- , Ramón COTARELO y Andrés de BLAS (eds.), *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1993.
- , «Modernización y cambio social en España» en Ibídem, R. Cotarelo y A. de Blas (eds.), *Transición democrática española*, 1993.
- , «Continuidad y cambio en el socialismo español. El PSOE durante la transición política», *Sistema*, nº 68-69, 1985.
- , *Sociología del socialismo español*, Madrid, Tecnos, 1983.
- , *Las nuevas clases medias*, Madrid, Edicusa, 1973.
- THATCHER, Margaret, *El camino hacia el poder*, Madrid, El País-Aguilar, 1995.
- , *Los años de Downing street*, Madrid, El País-Aguilar, 1993.
- THIEBAUT, Carlos, *Conceptos fundamentales de filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- TIERNO GALVÁN, Enrique, *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981.
- , *Idealismo, pragmatismo en el siglo XIX*, Madrid, Tecnos, 1977.
- , *Costa y el regeneracionismo*, Madrid, Tecnos, 1961.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *La democracia en América*, Madrid, Alianza Editorial, 1995 (2 vols.).
- TOLAND, John, *Adolf Hitler*, Hertfordshire, Wordsworth, 1997.
- TORRES BALLESTEROS, Sagrario, «El populismo. Un concepto escurridizo» en J. Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, 1987.

- TORRES, Maruja, «Empieza la 'política-tecno'» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996.
- TORTOSA, José María, *Corrupción*, Barcelona, Icaria, 1995.
- TRÍAS, Eugenio, «Vida y muerte del socialismo», *El Mundo*, 26 de enero de 1996.
- TROSTKY, León, «Bonapartism and fascism», *Bulletin of Opposition*, nº 40.
- , *The worker's state, thermidor and bonapartism*, 1935.
- TUCKER, Robert C., *Politics as leadership*, Columbia, University of Missouri Press, 1981.
- , «Personality and political leadership», *Political Science Quarterly*, nº 92, (Fall) 1977.
- , «La teoría del liderismo carismático» en D. A. Rustow (ed.), *Filósofos y estadistas*, 1976.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), *Historia del socialismo español*, Barcelona, Conjunto, 1989 (5 vols.).
- TUSELL, Javier, *La transición española a la democracia*, Madrid, Historia 16, 1999.
- , Emilio LAMO de ESPINOSA y Rafael PARDO (eds.), *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- , «El invierno del franquismo» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996.
- y Álvaro SOTO (eds.), *Historia de la transición, 1975-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- y Justino SINOVA (eds.), *La década socialista. El ocaso de Felipe González*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.
- y Genoveva GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Los intelectuales y la República*, Madrid, Nerea, 1990.
- UMBRAI, Francisco, *El socialista sentimental*, Barcelona, Planeta, 2000.
- UNAMUNO, Miguel de, *En torno al casticismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.

- VAL CID, Consuelo del, *Opinión pública y opinión publicada: los españoles y el referéndum de la OTAN*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996.
- VALLÉS, Josep María, «La política autonómica como reforma institucional» en R. Cotarelo (coord.), *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*, 1992.
- VALLESPÍN, Fernando (ed.), *Historia de la teoría política 1*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- (ed.), *Historia de la teoría política 6*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- VANACLOCHA, Francisco J., «Representación política y elecciones. El liderazgo político» en Andrés de Blas y Jaime Pastor (coords.), *Fundamentos de Ciencia Política*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1997.
- VÁQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *El poder*, Madrid, Espasa Calpe, 1996.
- , *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos*, Madrid, Alfaguara, 1996.
- VARGAS LLOSA, Mario, *La fiesta del chivo*, Madrid, Alfaguara, 2000.
- VELASCO, Luis de, *Políticas del PSOE: 1982-1995*, Barcelona, Icaria, 1996.
- VERNANT, Jean-Pierre, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona, Ariel, 1993.
- VERSTRYNGE, Jorge, *Memorias de un maldito*, Barcelona, Grijalbo, 1999.
- , *Los nuevos bárbaros*, Barcelona, Grijalbo, 1997.
- , «Votos que muerden», *El viejo topo*, nº 99, 1996.
- VIDAL-FOLCH, Xavier, «La larga marcha hacia Europa» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996.
- VILAR, Sergio, *Historia del antifranquismo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984.
- , *La oposición al franquismo*, Barcelona, Ayma, 1977.
- VILAS NOGUEIRA, José, «La organización de los partidos políticos I» en M. Mella (ed.), *Curso de partidos políticos*, 1997.
- , «La organización de los partidos políticos II», en M. Mella (ed.), *Curso de partidos políticos*, 1997.
- VILLALONGA, José Luis de, «García Trevijano», *La Vanguardia*, 22 de agosto de 1994.

VROOM, Víctor H., *El nuevo liderazgo*, Madrid, Ed. Díaz de Santos, 1990.

V.V.A.A., *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992.

V.V.A.A., *Liderazgo*, Bilbao, Ediciones Deusto, 1999.

WAAL, Frans de, *La política de los chimpancés*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

WARE, Alan, *Political parties and party systems*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

WEBER, Max, *Economía y sociedad*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1993.

———, *La ciencia como profesión. La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.

WERT, José Ignacio, «Juego de paradojas» en S. Juliá, J. Pradera y J. Prieto (coords.), *Memoria de la transición*, 1996.

———, «3-M: paisaje después de la batalla», *Claves de razón práctica*, nº 61, 1996.

WILLNER, Ann Ruth, *The spellbinders*, New Haven, Yale University Press, 1984.

WOLIN, Sheldon S., *Política y perspectiva*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

WOLFENSTEIN, E. Victor, «Some psychological aspects of crisis leadership», en L. J. Edinger (ed.), *Political leadership in industrialized societies*, 1967.

ZALEZNIK, Abraham, «Directivos y líderes. ¿Son diferentes?» en V.V.A.A., *Liderazgo*, 1999.

ZAPATERO, Virgilio, *Fernando de los Ríos. Biografía intelectual*, Valencia, Pre-Textos, 1999.

ZAVALA, José María, *Las mentiras de González*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996.